

Y PAGES
LA
CIVILIZACION

NO 1

87



LA CIVILIZACION

F. JORDA



8687

ESTEBAN MORÁN
RA. HER
LEON



LA

CIVILIZACION



Quedan reservados todos los derechos de reproducción y traducción.
Está hecho el depósito que marca la ley.

ACCIÓN



Quedan reservados todos los derechos de reproduc-
ción y traducción.
Está hecho el depósito que marca la ley.



ESTEBAN MORÁN
RA
HER
LEON

LA

CIVILIZACION

EN SUS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS,
CIENTÍFICAS Y LITERARIAS EN TODO EL MUNDO, DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS
HASTA NUESTROS DÍAS,

—
POR

—
DON PELEGRIN CASABÓ Y PAGÉS

—
TOMO PRIMERO
—



—
BARCELONA

—
MIR, TARRADAS, COMAS Y C.[^]— EDITORES

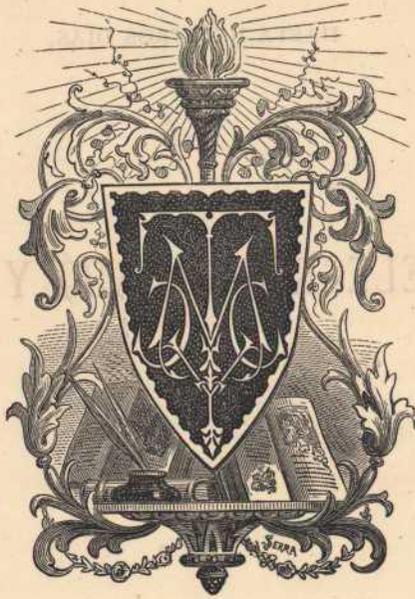
7, PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, 7

1881

ESTUDIO M. A. ...
...
...

LA CIVILIZACION

EN SUS MANIFESTACIONES ARTISTICAS,
CIENTIFICAS Y LINGÜISTICAS EN TODO EL MUNDO, DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS



DON P. ... Y PAGOS

TOMO PRIMERO

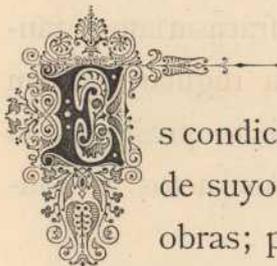


BARCELONA

MR. TARABAS, GOMAS y C.ª—EDITORES

ESTEBAN MORÁN
RAJ. HER.
LEON

PRÓLOGO



Esta condicion—tan sabida como ineludible—de la humana naturaleza, de suyo limitada é imperfecta, que sean tambien imperfectas sus obras; pero si la que debe salir de las manos de un hombre es de mucha monta é importancia magna, y su ingenio de sobra corto y limitado para las proporciones de ella, sube entónces de punto el riesgo que corre de quedar defectuosa, por no decir inadmisibile del todo.

Esto es, querido lector, lo que va á suceder con este libro.

La idea esencial del mismo es grandiosa, el éxito brillante, indudable, para una inteligencia privilegiada que, cerniéndose en las alturas del espacio, abarcase de una mirada la magnitud del plan y el desarrollo que requiere.

Desgraciadamente, si la voluntad del autor es todo lo grande que se necesita, para un buen resultado; las cualidades del ingenio son todo lo exiguas que pueda temerse, para que no correspondan los esfuerzos de la inteligencia á los obstáculos y dificultades de la empresa.

Confesado queda ya con lo dicho, sin hipocresía ni orgullo, que no abrigamos, ni mucho ménos, la pretension de ser nosotros única excepcion de la regla general de la perfectibilidad de los trabajos humanos; al contrario, haciendo hincapié en esta reflexion, debemos declarar ingénuamente que

somos á todas luces y por todos conceptos los más incompetentes é incapaces para salir bien librados de tamaña empresa, como lo es, á no dudarlo, desarrollar, más ó ménos bien, en un libro, el objeto que constituye el título del presente, capaz por sí solo de amedrentar al más osado y de acabar con las fuerzas del varon más animoso.

Nosotros, que no presumimos de animosos, ni queremos ser tenidos por osados, pues, de veras, no lo somos; teniendo, como tenemos, cabal conciencia de nuestras fuerzas, habríamos rehusado, no solo llevar á término, sino aún emprender el trabajo que presentamos hoy al público, si no se nos hubiese ocurrido una idea que, meditándola, nos alentó á no cejar en nuestro empeño.

Si en nuestra conducta nos propusiéramos, siempre que posible fuera, por guía y maestra á la sabia y previsora Naturaleza, no fracasaríamos tantas veces en nuestros propósitos, ya que ella procede con regularidad tan pasmosa en todas sus operaciones, que el órden más perfecto preside y el éxito más seguro y acabado se manifiesta en todos sus actos y funciones.

Ateniéndonos, pues, nosotros á esta doctrina, y tomando ejemplo de ella, nos hemos propuesto, para llevar á buen fin nuestro libro, á la industriosa abeja: libaremos los cálices de las flores que encontremos en nuestro camino, escogeremos lo más sustancioso de cada una, y depositaremos fielmente su jugo en nuestra colmena, para que otros, si quieren, saquen de ella la miel productiva, ó elaboren la cera que pueda contener.

Por cierto que nadie será tan injusto é ingrato que diga que no trabaja la abeja saltando de flor en flor, y yendo despues solícita á la colmena á depositar el jugo de las flores: asimismo, no es poco trabajo el nuestro examinar siglo por siglo, pueblo por pueblo, lo más saliente de entre todos y consignarlo en nuestro libro. Y ya que estamos en el terreno de los símiles, podremos continuar diciendo que elogiamos no pocas veces un hermoso ramillete, cuyo mérito principal consiste, es verdad, en las flores que la pródiga naturaleza produjo, pero que, sueltas y esparcidas en el jardin, cada una en su planta, no habrían dado nunca por resultado el bello efecto que supo

imprimir, combinándolas, el buen gusto y el perfeccionado arte de la inteligente ramilletera que lo trabajó. La historia nos da las páginas que nosotros consultamos y estudiamos, pero, trabajo, y no poco, nos ha costado ordenarlas, para que formaran un libro con trabazon y enlace.

No sabemos que exista en España libro alguno de la índole del que hoy publicamos, ó si existe, no estará más que en trozos dispersos, sin formar un cuerpo de doctrina. Pues bien, este inconveniente es el que tratamos de remediar, y todos nuestros afanes se han encaminado á presentar una obra que, aunque elemental, ligera, si se nos permite la palabra, pueda servir de guía para conocer el desenvolvimiento de la civilizacion en todas las edades y en todos los pueblos, á lo ménos, los que más se han distinguido en alguna de sus manifestaciones.

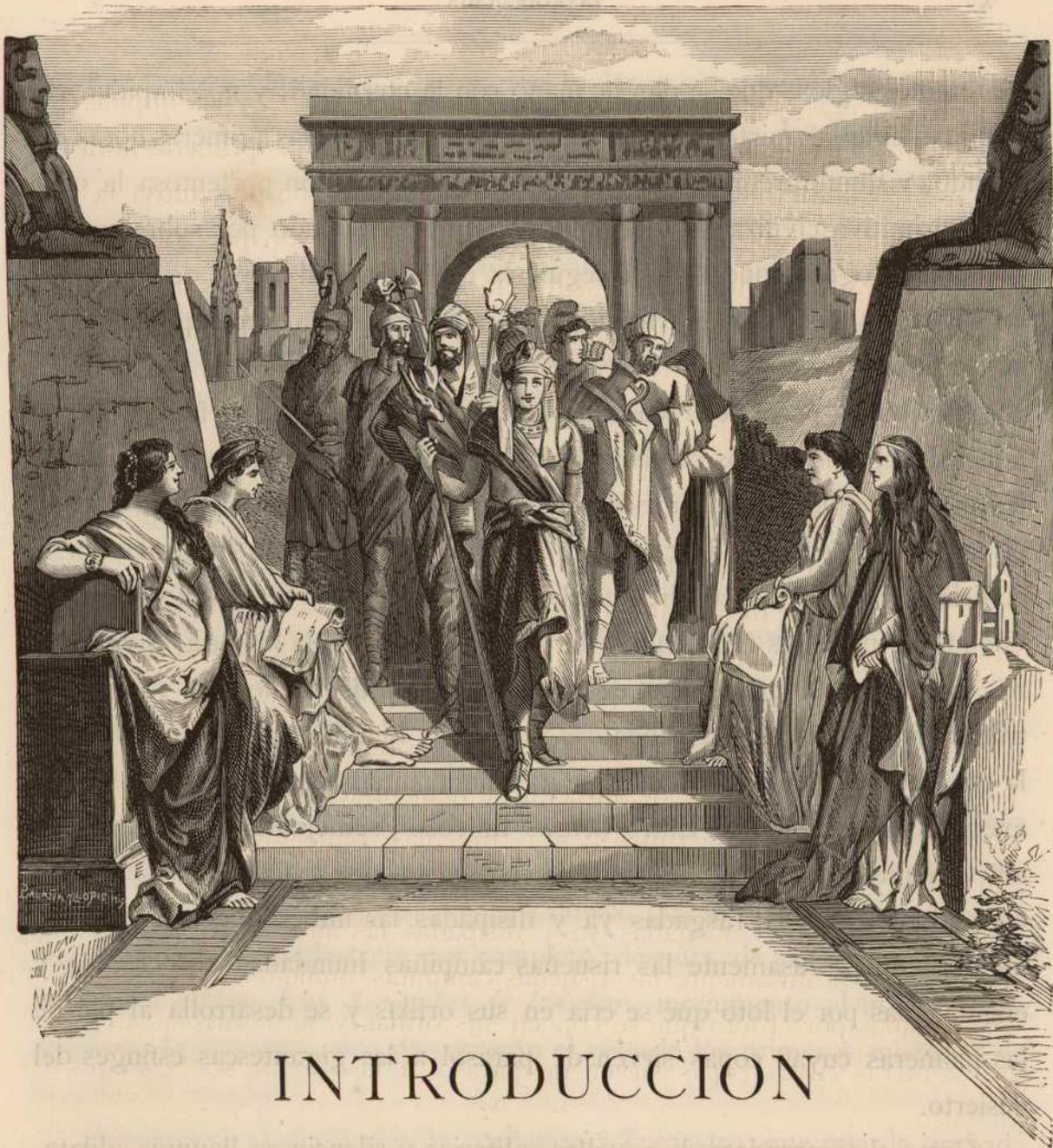
La política y la moral podrían servirnos, junto con la historia, de poderosos auxiliares en el desempeño de nuestra difícil tarea; pero no haremos todo el uso que quizá quisiéramos de las dos primeras, á fin de no chocar con una ú otra de las escuelas que, en nuestras apreciaciones, francas é ingenuas siempre, deberíamos necesariamente censurar ó aplaudir. Á pesar de esta salvedad, podrá el lector seguir en nuestro libro, por vía de comparacion, el camino uniforme, igual, paralelo, por decirlo así, de la civilizacion de los pueblos con sus esenciales manifestaciones de saber, riqueza, lujo, virtudes y vicios; porque, si así no lo hiciéramos, defraudaríamos de seguro sus esperanzas y faltaríamos tambien á las inspiraciones de nuestra conciencia.

Los pueblos principales del Oriente serán los puntos culminantes á donde se dirigirán nuestros estudios, formarán el objetivo de nuestras meditaciones, sin descuidar por esto otros pueblos no tan importantes, y especialmente los del Nuevo Mundo en la época de su descubrimiento y conquista.

Quizas en algunos puntos, puede que en muchos, no estén ciertos lectores de acuerdo con ideas que, en determinados capítulos, y relativamente á especiales materias, consignemos en oposicion con ciertos sistemas que privan en tal ó cual esfera. Para este caso, si llegare, bueno es anticipar que el autor sabe que es hijo de los tiempos modernos, y que nada hay nuevo debajo

del sol. Su criterio gira sobre estos dos puntos, que son como los dos polos del eje, á cuyo rededor se mueve su sistema. Aprecia y saluda con júbilo un progreso donde quiera que esté y venga de donde viniere; censura con dolor, pero sin acrimonia, cualquier error que pueda retardar el progreso, ó que revele la flaqueza humana, madre del vicio que anatematiza. No ignora que el hombre de hoy es igual enteramente al de ayer; que las pasiones, vicios, defectos y virtudes no son de ninguna época, porque nacen con el hombre; y le repugnan las comparaciones de unos periodos de tiempo con otros, porque no olvida nunca que en los dos primeros hermanos, y con todo un mundo por herencia, hubo ya un fratricida. Quiere el progreso de las artes, de las ciencias, de las letras; pero no se satisface su ambicion con todos estos progresos, dado que no sean problemáticos. Los bienes materiales valen mucho; la más rígida moral no los prohíbe en absoluto; pero el hombre no puede prosternarse ante estos bienes, y mucho ménos adorarlos. El bien moral es infinitamente superior á todos los materiales: logremos ese bien y la felicidad rebotará á torrentes en el corazon de la humanidad.





INTRODUCCION



EN la Etiopía oriental, distinta de la que linda por el Sud con el Egipto; en un vasto sitio sombreado por áloes y sicomoros, cuyo aire perfuman el ámbar y la mirra; fertilizado por cuatro caudalosos ríos que dan al país el aspecto de un ameno y delicioso jardín, habitado por pintadas y juguetonas avecillas de armónicos y melodiosos cantos; en la tierra de Chus, conocida ahora por Chusistan, entre las nebulosidades

de remotos siglos, que se dan la mano con la eternidad, y nos impiden ver distintamente las misteriosas escenas allí ocurridas en las primeras horas del mundo, vislumbraremos rodeada de flores y vegetacion portentosa la cuna de la primitiva civilizacion del hombre, el impulso dado por sobrehumana fuerza al progreso que deberá seguir la humanidad al traves de los siglos en su larga y penosa peregrinacion por la tierra, hasta el cumplimiento de su destino.

En aquella parte del Asia, tan otra actualmente de lo que fué un día; en aquellas regiones cuyos caminos lloran, porque no hay planta humana que los pise; en aquellas soledades donde pone ahora su tienda de piel de camello el pastor beduino para apacentar su ganado, ó acechar una caravana por la codicia del pillaje, descubriremos el origen de todos los seres que pueblan el Globo, las primeras monarquías de que hace mencion la historia, los primeros ensayos de la agricultura, de la astronomía y de la filosofia. Así nace y trae su origen un largo y caudaloso río de una humilde fuente que brota de la grieta de un peñasco, ó de un pequeño manantial donde apagan su sed lasavecillas de la montaña. Entre densas tinieblas, semejantes al caos, asoma allí vacilante y pálida la aurora de la civilizacion que extenderá despues sus esplendorosos rayos, rasgadas ya y disipadas las nubes que la ocultaban, alumbrando profusamente las risueñas campiñas inundadas por el Nilo y engalanadas por el loto que se cría en sus orillas y se desarrolla al pié de las palmeras cuyas copas sirven de parasol á las gigantescas esfinges del desierto.

Como si se prendara de aquellas solitarias y silenciosas llanuras, dilatadas como el pensamiento, y odiara el país donde nació, y donde ha visto el imperio de Asiria fundado por Nembrod, el gran cazador; el de Nínive, cuyos primeros cimientos echó Arbaces á la caída del de Asiria; el de los Persas, que Ciro extendió desde las costas del mar Ejeo hasta las orillas del Indo; el inmenso de Alejandro, que abarcó casi el mundo antiguo; el de Siria, que se formó de los restos de la monarquía macedonia, la vemos estacionarse en el país de Isis, de donde irán á arrancarla, para llevarla al suyo, los hijos del Pindo y del Ida, y esparcirse despues por toda Europa.

Las ciencias, las leyes y la religion tuvieron su principio en el seno del Asia, desde donde se propagaron á todos los pueblos. En la India de los grandes misterios religiosos y heróicos, en la Persia de la lujosa magnificencia y principalmente en Babilonia, la ciudad de Semíramis y de los festines de Baltasar, bañada por el Eufrates, aparecieron los primeros astrónomos, legisladores y mitólogos, y en sus tradiciones, antiguas como el tiempo, y en sus ciencias, originarias del Eden, se inspiraron los más antiguos historiadores y filósofos de Grecia, bajo la direccion de los discípulos de Zoroastro.

Deteniéndonos un momento en nuestro rápido viaje, y fijando nuestra consideracion en la que muy propiamente puede llamarse civilizacion oriental, objeto predilecto ahora de los que se dedican á las ciencias históricas, habremos de reconocer forzosamente la cultura y progresos extraordinarios, casi increíbles, á que llegaron los babilonios, los asirios y los caldeos, cuya exuberancia de lujo veremos, y de cuya sorprendente y magnífica grandeza dan evidente é irrecusable testimonio las soberbias ruínas de Nínive y Babilonia, ante cuya majestad se inclina atónito el viajero, siquiera sea para saludar reverente al solitario athele, cuyo verdor siempre inalterable contrasta con el triste colorido de aquellas ruínas, que la mano de hierro de los siglos no ha podido destruir por completo, despues de tantos trastornos y vicisitudes tantas. Las *Leyendas de Izdubar*, monumento el más antiguo quizas de la literatura, nos descorrerán el velo de los primeros misterios de la cuna del mundo.

Hojearemos el *Zend-Avesta*, atribuido á Zoroastro, que guarda grabada en sus páginas la civilizacion de su patria, de la espléndida Persia, y es como un eco confuso de las tradiciones de los primeros días del mundo.

Leeremos los *Vedas*, el *Ramayan* y el *Maharabata*, testimonio inmortal, perenne, de la sublimidad de la moral india, reflejo extraviado de los primeros hombres, y ante el sanscrito, su idioma, la lengua sabia por excelencia, reverenciaremos sus palabras como las más á propósito para formular las más profundas concepciones filosóficas, como para modular los más delicados sentimientos del alma.

Visitaremos los templos egipcios y se nos pondrán de manifiesto sus célebres misterios, de que nos hablan los historiadores, y veremos que no eran más que reuniones de los hombres más civilizados, más distinguidos por su saber, en donde se explicaban los dogmas de la religion natural y todo lo que la ciencia había descubierto hasta entónces sobre los fenómenos celestés y las leyes de la naturaleza. Pitágoras y otros filósofos griegos fueron á iniciarse en aquellos misterios, y de allí sacaron los gérmenes de sus sistemas filosóficos, que propagaron despues en la Grecia mayor y menor.

El Egipto se nos ofrecerá como una nacion de gigantes, de hombres extraordinarios por su saber, si lo juzgamos por sus inmensas obras de utilidad pública, por sus canales así de navegacion como de riego, por sus monumentales pirámides testigos de cuarenta siglos, por sus templos, por sus obeliscos que codician ahora las naciones más adelantadas, por sus ruínas que asombran y confunden á la inteligencia más poderosa y elevada, páginas de la historia de un mundo que estudian los sabios con afan siempre creciente. Su *Ramaseion*, inspiracion quizas de los poemas griegos, nos narrará fielmente los hechos heróicos, cuya exactitud excede á su misma sencillez.

Del Egipto, de ese país sin sombra y sin ruido, por la inmensidad de su desierto, de ese suelo en que las brisas de la noche no encuentran un solo tallo de yerba donde suspirar, donde posarse una mariposilla blanca llevada al impulso de sus amores, pasaremos en alas de nuestra imaginacion, y salvando distancias y barreras, á los confines del pueblo aislado por excelencia, del pueblo chino, tan adelantado á los europeos en la industria manufacturera y en el modo de imprimir colorido á sus ricas y caprichosas telas.

De intento y con toda deliberacion reservamos para el último de los pueblos del Asia, hablar del pueblo hebreo, del predilecto de Jehová, instrumento de sus designios, excluído por lo mismo de las reglas de la lógica humana, y fuera del alcance de toda crítica artística, científica ó literaria.

Al despedirnos de los pueblos asiáticos, tan ricos en saber como en producciones naturales y artísticas, abandonaremos las playas de Egipto para

visitar las costas y bahías de la Grecia, á la que debemos la ilustracion que tanto nos envanece, gran parte de los idiomas que hablamos, las ciencias que hacen llevadera nuestra vida, nuestras ideas acerca de lo bello y lo bueno, las artes que aún ofrecen, desde su época, las más sublimes y elegantes concepciones, y, en una palabra, la manera de ser de nuestras sociedades modernas.

En la Tracia, el Pindo nos mostrará la cuna de las Musas griegas; y al visitar el Parnaso y Helicon, y aspirando el ambiente que respiraron ellas entre sándalos y rosas, nos penetraremos de la religion, filosofía, música y poesía de aquel pueblo de sabios y de aquella raza de héroes.

Sus ideas religiosas nos darán el grado de su civilizacion, y sus productos artísticos marcarán la medida de su esplendoroso lujo representado en sus templos y edificios públicos y privados.

Los rapsodistas de la Jonia nos cantarán los versos del poeta ciego que inmortalizó á Ilion, y esos cantos nos darán á conocer los usos y costumbres, la civilizacion y el lujo de aquel pueblo sin igual.

Los ecos que juguetean aún entre los chopos y álamos de las orillas del Alfeo que lame los muros de Olimpia, asiento del templo de Júpiter Olímpico, nos repetirán vagamente lo que eran los Juegos Olímpicos, solemnidad grandiosa de inmenso aparato y magnificencia, y en los que Corina disputará cinco veces á Píndaro el premio de la poesía lírica.

Las ceremonias del culto, los sagrados derechos de la hospitalidad, la inviolabilidad de los lugares consagrados, la santidad del juramento y las respuestas de los oráculos fueron las prácticas que poquito á poco debían reunir por grados en un punto comun, para formar un todo homogéneo y compacto, á multitud de tribus groseras, y hacer de unos hombres casi salvajes el tipo perfeccionado de la humanidad, sin igual entre sus contemporáneos, ni superior entre los venideros.

En aquella nacion veremos el descubrimiento de los derechos políticos que ninguna nacion había reconocido hasta entónces. Á pesar de la reciente fecha de sus repúblicas, aparecieron en todas ellas hombres eminentemente sabios, legisladores de primer orden y gobernantes de sin igual prudencia y

discrecion, como lo atestiguan Minos, Licurgo, Dracon, Solon y otros.

Los pueblos modernos se quedan aún asombrados ante los progresos que en ciencias y artes consiguieron los griegos. La mayoría de los sistemas conocidos actualmente fueron ó concebidos ó desarrollados por ellos. Sus filósofos son innumerables; sus poetas no han tenido aún quien les supere. La *Iliada*, la *Odisea*, las Odas de *Pindaro* y *Safo*, durarán lo que dure el Olimpo, la morada de los dioses que las inspiraron.

Las inmensas ruínas que esparcidas por todas partes cubren todavía el suelo heleno, son testimonio vivo y elocuente de la eterna grandeza de las artes que nacieron en tan privilegiado país, del asombroso y deslumbrador lujo á que llegaron.

Roma se nos presentará como sucesora y heredera de la antigua Hélade. Verémosla inferior en bellas artes, en la invencion, originalidad y delicadeza del buen gusto, pero superior en instituciones, en política, y, más que todo, en influjo y avasalladora preponderancia moral.

Roma es el pueblo que más ha sobresalido en el arte de dictar leyes. Las suyas han recibido el nombre de *razon escrita*.

Las artes merecieron predileccion especial en Roma, cuyos grandiosos monumentos pregonan la gloria de su inmenso poder.

La civilizacion griega y romana sucumbió al aparecer el cristianismo y por la invasion de los pueblos del Norte que le inocularon nuevos elementos con su propia savia, y la purgaron de los vicios de que ya adolecía, y que minaban por momentos su existencia. Las artes y ciencias recibieron nuevo fuego y elevada inspiracion del sentimiento del amor y de la igualdad, y las bases é instituciones civiles se transformaron por el instinto de la libertad individual que trajeron los germanos.

Los verdaderos sentimientos de igualdad, libertad y fraternidad, tales como debieran entenderlos los hombres para convertir el mundo en un paraíso, predicados entónces por el cristianismo que se abría paso en las sociedades, tuvieron que entrar en lucha abierta con Roma, á cuyo modo de ser se oponían. La arena del Coliseo se amasó en sangre cristiana; pero la sangre de los mártires no ahogó á la nueva secta, sino que, segun la céle-

bre frase de Tertuliano, hizo que se extendiera á los palacios y á las cabañas. El politeísmo recibió un golpe de muerte, á pesar de los esfuerzos del poder imperial por sostenerlo, y de los filósofos por idealizarlo, y sucumbe al fin por la predilección del pueblo hacia la nueva religion, pero principalmente bajo la inspirada palabra de los primeros Padres de la Iglesia, dignos rivales de los filósofos griegos y romanos.

Finalmente, la nueva doctrina informó las instituciones políticas y civiles, las ciencias, la filosofía, la literatura y las artes, colocando á la Europa al frente de la civilización del mundo. Á contar de aquellos momentos, la historia de la civilización deberá necesariamente buscarse en la del cristianismo.

En nuestro viaje nos detendrá un hermosísimo verjel, centro de galantería y amor y residencia de la caballeridad é hidalguía, verdadero oasis de los siglos medios, tan mal conocidos como en demasía ultrajados. Rico eslabon de la cadena de los tiempos, une los antiguos con los modernos por medio de las ciencias y artes, así como unió, por medio del amor, mezclando su sangre, á dos pueblos separados por la profundidad del mar, las inmensidades del desierto y los abismos de la religion.

El pueblo árabe, de imaginación ardiente como la arena de sus desiertos, impetuoso en sus virtudes y vicios como el simoun que arrolla y barre sus inmensos eriales, enamorado del cielo del Sud de España, que eligió por su segunda patria, olvidando el de las regiones que le vieron nacer; el que trocó en jardines de orientales flores las vegas de Granada; el que fundó un museo de preciosidades artísticas en la Alhambra y en la capital de sus Califas; el que nos legó en nuestras hechiceras andaluzas los rasgados y bellos ojos negros que daría Dios á Eva cuando la presentó á Adán; el que nos infundió el númen poético peculiar ahora de España, traído por él de los jardines del paraíso terrenal; el pueblo que si bien salió de nuestra patria después de una lucha de titanes y sin igual en los anales de la humanidad, dejó aquí inoculada su sangre, arraigadas sus costumbres, perpetuada su raza, merecerá que nos detengamos un momento para enviarle un saludo fraternal, estudiar su sorprendente civilización, admirar sus fantásticos palacios,

última expresión del lujo humano, escuchar los melancólicos ecos de sus dulces cantares, salidos, al cerrar la noche, de un bosque de naranjos, enviados al compás de un laúd, á una hermosa cuyo vírgen corazón lucha entre los deberes cristianos y el amor que supo inspirarle un hijo del Islam.

Nuestro viaje, empero, no termina en Europa, ni el somero estudio que de las manifestaciones de la civilización intentamos, se ha de reducir á la de los pueblos europeos.

Á la sombra del pabellón de Castilla seguiremos la estela de las quillas españolas al través del *mar tenebroso*, surcado por primera vez su seno virginal por leños de nuestra patria, y, abierto ya el camino del Nuevo Mundo, penetraremos en aquellas tierras privilegiadas, no holladas aún por extranjeras plantas, no mancilladas todavía por el ponzoñoso hálito de las pasiones que les trajo el mundo antiguo.

En aquel verdadero paraíso, oasis sorprendente de belleza y virtudes en este miserable mundo, no envenenado aún por la baba inmunda de ninguna serpiente maléfica que turbara su tranquila felicidad, nos dirá la tan graciosa y bella cuanto infortunada Anacoana—*flor de oro*,—la encantadora y angelical princesa-poetisa del Xaragua, cómo saben vivir gozando siempre sus hermanos; y sus sacerdotes blancos, que, como mariposas revoloteando entre flores, se aparecen en el fondo de sus bosques tan antiguos como la creación, no heridos nunca por ningún instrumento humano, nos revelarán cándidamente sus ceremonias y religiosos misterios.

Pasaremos, cobijados siempre por el glorioso y afortunado pendón de Castilla, al país de los aztecas, agricultores adelantados, artífices incomparables y arquitectos soberbios. Consultaremos su historia, y nos asombrarán sus adelantos en las ciencias. El Orizaba, Jorullo y otros gigantes de los volcanes, nos dirán la influencia ejercida por ellos en la manera de ser de aquellos pueblos. Del Orizaba y Jorullo pasaremos al Cotopaxi y Pichincha, y los Incas, los hijos del Sol, nos iniciarán en su religión, llena en alto grado de espiritualismo; nos darán á leer sus signos simbólicos, que guardan el recuerdo de su historia, y admiraremos sus grandes progresos en el arte de la escultura, y en el de la pedrería, así como su código de buenas

leyes y el gobierno bien organizado de que gozaban. Admiramos, pero desconocemos todavía en gran parte esas civilizaciones, como se admiran, pero se desconocen también, los criaderos de perlas y corales, cuando tenemos en nuestras manos muestras de los tesoros ocultos en los abismos de los mares.

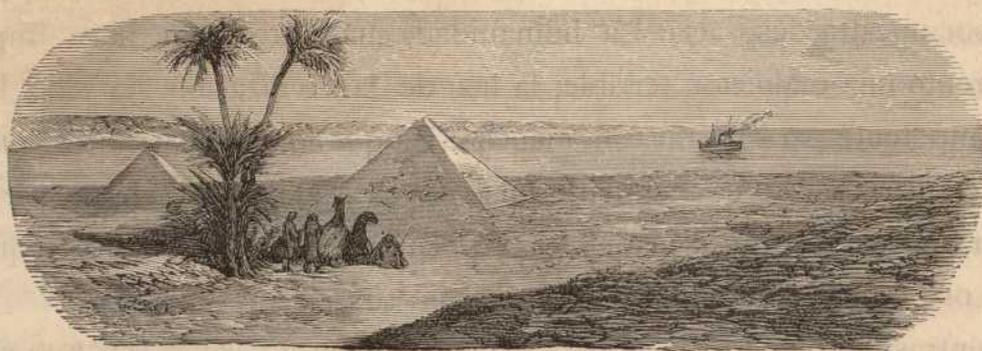
Durante el camino de nuestro estudio no han de faltarnos vicisitudes inherentes á todo viaje largo y costoso como el que emprendemos. Los astros tienen sus eclipses, nubes el cielo y espinas las flores. Veremos también á la civilización eclipsada durante las terribles luchas y profundas transformaciones de la sociedad de los tiempos medios; pero las Cruzadas, aquellas empresas caballerescas tan desgraciadas, aunque de resultados innegables para la civilización, y el Renacimiento, cuyos efectos sentimos ahora, principiado en el siglo décimosexto, y más que todo los portentosos y muchísimos descubrimientos de la época actual, digna continuación de los últimos tiempos, han elevado á Europa á un grado de cultura á que no llegaron en sus días de mayor pujanza y esplendor ni Roma ni Grecia.

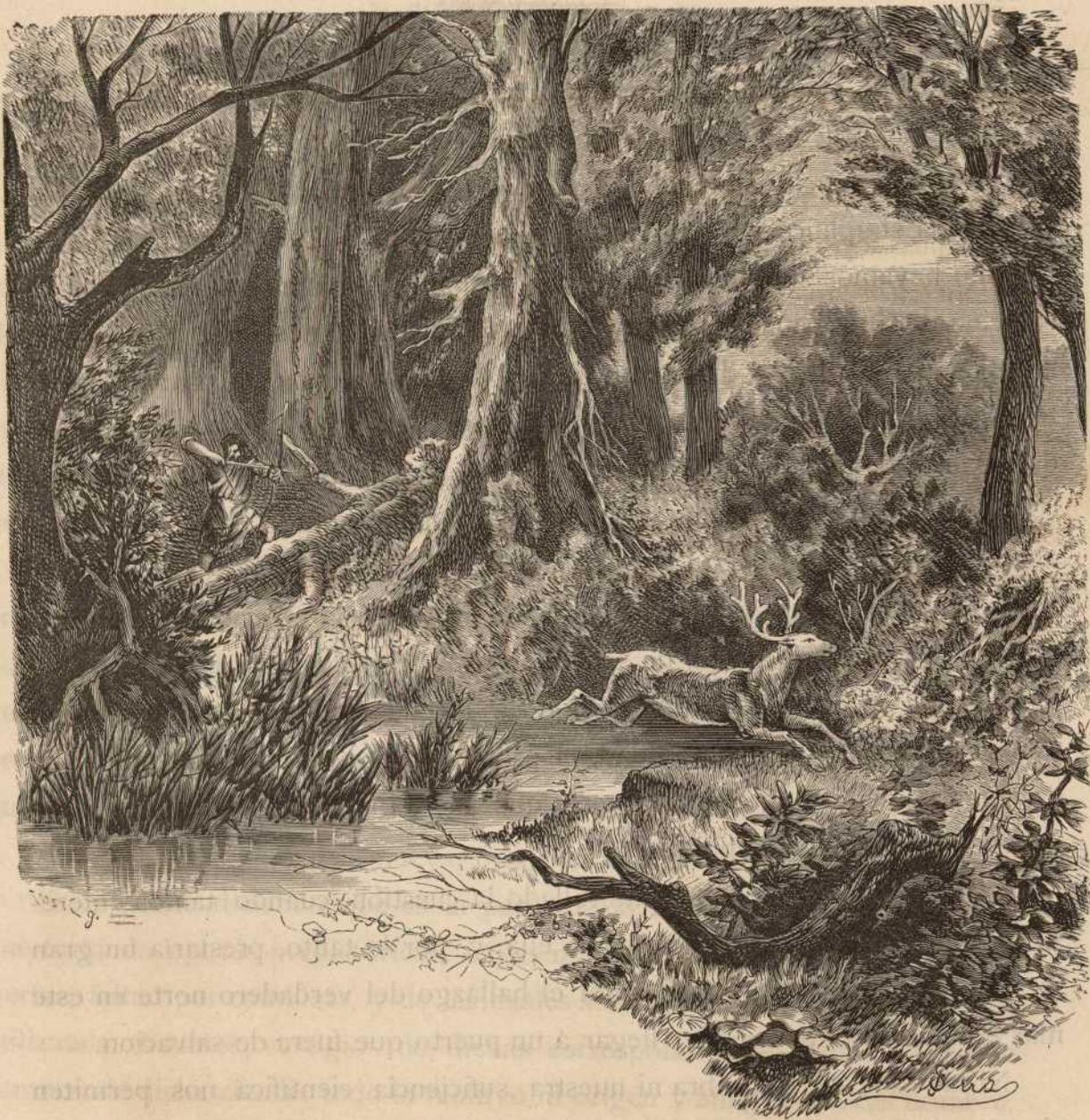
El sol de la civilización parece haber llegado á su zenit, diríase que ni una ligera nubecilla intercepta sus rayos ó empaña su brillo; mas, ¡ay! no es así por nuestra desgracia. La humanidad, cual otro Caín, lleva impresa en su frente una maldición terrible; la luz de la civilización ha sido hasta ahora impotente para borrar esta mancha. Es que lo que llamamos comúnmente civilización, no es realmente tal todavía. Metales hay ahora que imitan con toda perfección la plata y el oro. También, como hay alhajas que no son de oro de ley, hay civilizaciones que no son de ley.

Miéntras los pueblos no vivan y se amen como verdaderos hermanos, hijos todos de un comun padre: en tanto que haya ambiciosos, tiranos y conquistadores; miéntras no desaparezcan las máquinas de muerte; en tanto que el hombre explote al hombre, no brillará, no, esplendente, ni llegará á su zenit el astro de la civilización para la pobre humanidad.

Contribuyamos todos á que así sea, disipemos las tinieblas de la ignorancia que envuelven á muchos hombres como un sudario de muerte que les incapacita para los actos encaminados al bien; desbrocemos, trillemos los

caminos que debe seguir para llegar á su perfeccion intelectual, que le proporcionará el bienestar material; desterremos, extirpemos de raíz los vicios que se anidan en el corazon humano; sembremos en él virtudes y abnegacion; inspiremos amor, aquel amor que nos hace iguales á todos en las tribulaciones y azares de la vida, que son los abrojos que nacen donde debemos sentar nuestras plantas en la vía dolorosa que se nos ha señalado; y si no puede así volver el hombre, que no podrá, al punto de partida de su viaje, desde donde le iremos siguiendo, examinando su progreso y estudiando sus tropiezos ó caídas, porque es irrevocable la maldicion divina que le acompaña á todas partes y en todas las edades; llegue á lo ménos con toda felicidad al término de su jornada, al descanso que le indicó el dedo de Dios, en otro mundo desconocido, al expulsarle del paraíso.





CAPÍTULO I.

EL HOMBRE PRIMITIVO.—INSTINTO DE LA CIVILIZACION.



o más bello es lo más verdadero.

Lo más simple se aproxima más á la verdad.

Con estas breves palabras hemos resuelto ya *a priori*, como se decía en las escuelas, las gravísimas cuestiones que encabezan este capítulo. Gravísimas hemos dicho y casi nos arrepentimos, porque la expresion no es

exacta. Serían, efectivamente, gravísimas si su solución fuera imposible ó siquiera muy difícil; pero, por fortuna, no solamente no es imposible sino que ni aún es difícil. Eliminando términos y despejando miembros, llegaremos á una simplificación que nos facilite dar con la incógnita propuesta. Cuando hayamos simplificado todo lo posible, estaremos muy cerca de la solución del problema, porque, ya lo hemos dicho, lo más simple se aproxima más á la verdad, y dado caso que no consiguiéramos, á pesar de nuestros esfuerzos, descubrir enteramente el secreto principal de la cuestión, no debiéramos dar por perdido el tiempo empleado en llegar á su más posible simplificación, ya que, cuando ménos, habríamos logrado hacer adelantar algunos pasos en el camino cuyo término es la verdad.

Mucho se habla y escribe actualmente acerca de la creación del hombre, de su aparición en la tierra, de su estado primitivo de cultura ó salvajismo y otras por el estilo. La imaginación, la leyenda y la novela se prestan mucho para el tema. La vanidad, el prurito de erudición y la pasión de escuela influyen no poco en el interés que ha tomado este asunto que podríamos llamar de actualidad.

Dicho se está si se habrá embrollado la cuestión, cuando tantos intereses encontrados andan envueltos con ella, y, por lo tanto, prestaría un gran servicio quien se dedicara á facilitar el hallazgo del verdadero norte en este mar tempestuoso, para poder llegar á un puerto que fuera de salvación.

Ni la índole de esta obra ni nuestra suficiencia científica nos permiten abordar de frente y tratar con la debida extensión una materia tan interesante por todos conceptos; sin embargo, no podemos excusarnos de desflorar el asunto, por exigirlo así también la ilación de las ideas que formarán parte de nuestro pobre trabajo.

Hablando de la ciencia prehistórica, llamada ahora nueva ciencia, y que es la relativa al hombre primitivo, ha dicho recientemente el sabio Brugsch:

«En nuestros días se ha constituido una ciencia nueva, que padece, no solamente por encontrarse todavía en la primera infancia, sino también por el excesivo entusiasmo de sus numerosos discípulos. Á tan tierna edad se junta la falta de toda experiencia madura y sólida, y acompaña á dicho

entusiasmo el exagerar siempre cualquiera clase de indicios que califican de hechos reales y positivos.

»Refiérome á la llamada ciencia prehistórica que actualmente conmueve al mundo intelectual, y la que con pasmosa osadía no sólo intenta envejecer al género humano millones de años, sino que se arroja asimismo á describir minuciosamente la vida y hechos del hombre primitivo. Dicha ciencia utiliza las especiales observaciones que practica, para edificar con agudas hipótesis una pirámide cuya punta llega hasta las nubes y forma sitial, donde, como último cuadro, aparece la fantástica imágen del hombre mono (1).»

Indica claramente este pasaje que la ciencia que se ocupa del hombre primitivo es ahora la preocupacion de los hombres sabios de ambos mundos. El interés que despierta esta ciencia nueva se explica por el deseo, ya que no necesidad, que tienen los sabios de conocer algo del origen del hombre y de sondear los misteriosos arcanos de la primera aparicion de la vida humana sobre la tierra.

¿Qué es, pues, la ciencia nueva, ó la ciencia prehistórica?

Se la define diciendo que es la parte de la historia del linaje humano que trata de épocas prehistóricas, cuyas noticias directas, y, por lo tanto, ciertas, faltan por completo, y de las cuales sólo pueden sacarse deducciones utilizando distintos vestigios de dichas correspondientes épocas. Así que comprende dicha ciencia todo lo relativo al origen y antigüedad del hombre, como tambien cuanto concierne á los principios y subsiguientes desarrollos primitivos de la civilizacion humana.

Segun cierta escuela de las que cuenta esta ciencia, por todas partes del mundo sólo hubo hombres enteramente salvajes, quienes por espacio de períodos sucesivos, pero con lentitud inmensa, han ido progresando hasta el grado de cultura que señalan tiempos históricos.

Á fin de construir sus cimientos la ciencia prehistórica, utiliza restos de distintas clases formados por objetos que en su vida los usaron primitivos

(1) Dr. E. Brugsch.—*Presse de Viena*, 4 de Setiembre de 1872. *La ciencia prehistórica y el hombre mono*.

salvajes; pero desgraciadamente, para desengaño de muchos y desconfianza de todo hombre imparcial y sincero, está actualmente probado y fuera de toda duda que muchísimos de tales objetos son falsificados, elaborados por codiciosos que explotan el amor á la ciencia de los incautos y de no pocos avisados, y que otra gran parte de los mismos son productos naturales pero no fabricados por manos de hombres (1).

Conmovida la base, no será muy sólido el edificio; de aquí que la ciencia prehistórica ande muy desacreditada, y pierda mucho terreno la opinion, bajo todos conceptos errada y ridícula, de que el hombre primitivo haya aparecido en la tierra en estado salvaje, no muy superior al mono.

(1) Entre otras obras, consúltense, para convencerse de lo que decimos, las páginas 333 y siguientes del tomo CVI de la *Revue des Deux Mondes* (15 julio de 1873); el apéndice B de la obra de Lyell *Antigüedad del hombre*; la página 81 del tomo correspondiente á 1873 de la *Revista de los progresos de las ciencias naturales*, por Klein; el folleto de Robinsón intitulado: *Flints, Francies and Facts*, (Lóndres, 1871), etc., etc., etc.

Séanos permitido exponer aquí nuestro testimonio personal por la muchísima analogía que tiene con esta materia lo que vamos á decir.

En la provincia de Gerona hay—hubo á lo ménos no hace mucho tiempo—verdadero fuor por la moda de ostentar piedras llamadas de Ampurias en sortijas sobre todo y pendientes. Explotados ya los arenales de la infortunada ciudad, no podían satisfacerse los pedidos de los partidarios de la moda, y subía el precio que se ofrecía y pagaba por tales piedras. El autor de estas líneas, como buen ampurdanés, tenía también su afición á la tal moda: hubo de saberlo un *corredor* de objetos de Ampurias y se nos presentó ofreciéndonos doce magníficas cornerinas y ágatas ricamente grabadas, para que escogiéramos. Nuestra primera impresion fué de sorpresa, pero desvanecida ya, comenzamos á examinarlas, para quedarnos con la que más nos cautivara. Á los pocos momentos concebimos una sospecha, y apurando más el exámen, ya no tuvimos ninguna duda de que había allí un engaño. Comparando aquellas piedras con otras que habíamos visto y teníamos, declaramos al *corredor* que entre aquellas piedras, cuya venta nos proponía no había ni una sola de Ampurias, y que eran muy recientes los grabados de todas ellas. Corrido y confuso, no tuvo más remedio, apremiado por los argumentos que le presentamos, que confesar la verdad. Nos reveló el engaño, el nombre del platero que intervenía en el negocio y la procedencia de las piedras que venían de París, con otros supuestos objetos de Ampurias, que se vendían á precios muy subidos en la provincia y fuera de ella.

Como no se trataba de ningún falsificador de moneda nos contentamos con despedirle; no sin habernos indicado ántes algunos nombres de personas conocidas que ostentaban en el índice de su mano derecha ricas sortijas de oro con supuestas piedras de Ampurias.

Véase, pues, ahora el caso que debe hacerse de los instrumentos de silex prehistóricos.

Además, en su lugar correspondiente, cuando tratemos de la civilización del Egipto en sus épocas antiguas, veremos que por efecto de las investigaciones hechas en nuestro siglo, en el limo del Nilo, por Horner y otros, se ha despertado la codicia de los árabes hasta el extremo de proceder á enterramientos artificiales, para engañar á los arqueólogos.

Dígase lo que se quiera, no son nunca precisos y exactos los datos, mejor dicho indicios, que suministran los objetos que forman la base de ese ramo de la arqueología, y no es temerario aventurar que, en vista de la discrepancia de los resultados que su estudio ofrece, caerá en descrédito la ciencia prehistórica, y volverán los sabios á los monumentos escritos, prescindiendo mucho de los gráficos. Ciertamente se desterrará á la imaginación; pero, en cambio, ganará mucho la ciencia.

Para nosotros la actual ciencia prehistórica tiene, relativamente hablando, mucha semejanza y puntos de contacto, comparada con la verdadera ciencia histórica, como la tenían con la química y astronomía, la alquimia y la astrología en los siglos de la Edad media.

Actualmente ya está muy quebrantada, por no decir enteramente desmentida, la cacareada división de las edades de piedra, bronce y hierro.

No queremos decir con esto que el hombre no haya llegado al salvajismo. Todo prueba cabalmente que el hombre ha existido y existe en el estado salvaje; pero todo prueba tambien que el estado salvaje no ha sido su condicion primitiva; que cayó en él despues de una era de civilizacion primera; que es imposible al hombre salir por sí mismo del estado salvaje y que la civilizacion viene esencialmente de un origen exterior del hombre.

No podemos ahora pasar adelante sin entrar en algunas consideraciones que nuestra lealtad debe á nuestros lectores.

En el curso de esta obra examinaremos con nuestro leal saber y entender, y tomando por guías á los hombres más eminentes en esta clase de estudios sin distincion de procedencias ni predileccion por ninguno, el libro ó libros que más expresen la fisonomía de su respectivo pueblo, sin darles, empero, para nuestro objeto, más valor literario é histórico que el reconocido por todos los hombres competentes. Al hablar de este modo, no es nuestro ánimo excluir de este número, no dándole empero más autoridad que la meramente humana é histórica, el libro titulado *Génesis* de Moisés, cuya competencia no podrá negarnos nadie que de imparcial se precie; porque es el más antiguo, el más asombroso y el único que trata las materias que más interesan á la historia de toda la humanidad. Si se nos permite expresar una idea que se nos ocurre, diremos que sin este libro, quedaría la humanidad reducida á la condicion de un bastardo expósito que no puede presentar su fé de pila, ó su partida del registro civil, ni documento alguno que acredite su procedencia.

Á mediados del siglo pasado, el presidente Goguet, en su excelente obra: *Del origen de las leyes, de las artes, de las ciencias y de sus progresos en los pueblos antiguos*, había mostrado ya evidentemente en la simple historia de la dispersion del género humano, despues de la confusion de las lenguas, la razon necesaria y suficiente de todos los hechos de la historia de la humanidad que la supuesta ciencia prehistórica nos habría revelado. Y Belgrand, de la Academia de ciencias, director general de las aguas y cloacas de París, en su obra, *Le Bassin parisien aux âges antehistoriques*, resume á su vez dicha historia con estas frases: «El hombre y la mujer mejor organizados,

llegados al estado más perfecto de civilización..., si quedaran abandonados á sí mismos en una tierra desierta, verían desde las primeras generaciones á sus hijos vestidos con pieles de animales, dichosos al encontrar un sílex para defenderse ó para golpear á su presa..., en una palabra, reducidos al estado salvaje....»

No anticipemos empero juicios y análisis, y veamos las textuales páginas del presidente Goguet:

La familia de Noé, reunida en las llanuras de Sennaar, no permaneció allí más que el tiempo necesario para aumentarse y fortalecerse. Hacia el nacimiento de Phaleg, esto es, como unos ciento cincuenta años después del diluvio, habiéndose multiplicado suficientemente el género humano, resolvió Dios esparcirlo en las diferentes partes del universo. Parece que la intención de los nuevos habitantes de la tierra no era separarse. La necesidad de proveer á su subsistencia les obligaba á menudo á desviarse los unos de los otros. El temor de dispersarse en estas diferentes correrías les hizo tomar las precauciones que juzgaron propias para prevenir semejante desgracia. Con esta mira, emprendieron la construcción de una ciudad y edificar en ella una torre extremadamente alta, á fin de que descubriéndose de muy lejos sirviera de señal y punto de reunión. Pero la Providencia, que había juzgado necesaria su separación para poblar más pronto la tierra, escogió el medio más capaz de forzarles á ello. El género humano no hablaba entonces más que una sola y misma lengua. El Sér Supremo rompió el lazo que tan estrechamente unía á los hombres. Confundió su lengua, de manera que no entendiéndose ya unos á otros, se separaron y dirigieron sus pasos á diversos lados.

»No intentaré marcar el camino que siguieron las diferentes colonias que se formaron entonces.... Diré sólomente que, á poco que se reflexione acerca de la facilidad y prontitud con que aún actualmente se trasladan los salvajes, los tártaros y los árabes, con todas sus familias, á muy grandes distancias, se comprenderá fácilmente que personas robustas, acostumbradas á una vida penosa, y no teniendo casi ninguna necesidad, obligadas á abandonar su tierra natal é ir á buscar nuevas habitaciones, debieron esparcirse muy prontamente en los diferentes climas de nuestro hemisferio.

»Estas transmigraciones, empero, debieron alterar en gran manera lo que había podido conservarse de los conocimientos primitivos. Encontrándose rotas las sociedades por la diversidad del lenguaje, y permaneciendo aisladas las familias, cayeron muy pronto la mayor parte de ellas en una profunda ignorancia. Á estas consideraciones agreguemos el tumulto y el desorden inseparables de los nuevos establecimientos, y concebiremos sin trabajo cómo existió un tiempo en que toda la tierra estuvo sumida en una barbarie extremada. Viéronse entónces los hombres andar errantes, dispersos en los bosques y los campos, sin leyes, sin civilizacion, sin gefe. Tan grande llegó á ser su ferocidad, que varios la extremaron al punto de comerse unos á otros. Descuidaron hasta tal punto conservar los conocimientos más comunes, que algunos aún olvidaron el uso del fuego. Á estos desdichados tiempos debe referirse lo que los historiadores profanos cuentan de las miserias que afligieron al mundo en sus comienzos. Todas las antiguas tradiciones atestiguan que los primeros hombres llevaban una vida poco diferente de la de los animales.

Sin dificultad se dará crédito á estas narraciones cuando se dé una mirada al estado en que dicen los antiguos historiadores que se encontraban aún en su época varias comarcas, estado cuya realidad se encuentra confirmada por las relaciones modernas. Hácennos saber los viajeros que todavía actualmente, en algunas partes del mundo, se encuentran hombres de un carácter tan cruel y feroz, que no tienen aún entre sí ni sociedad, ni comercio, haciéndose una guerra perpétua, no procurando más que destruirse y comerse. Faltos aquellos pueblos de todos los principios de la humanidad, carecen de leyes, de civilizacion, no tienen ninguna forma de gobierno; no muy diferentes de las bestias, no tienen por habitacion más que los antros ó las cavernas. Consiste su alimento en algunas frutas, algunas raíces que les suministran los bosques, y por falta de conocimiento é industria, no pueden procurarse sino muy raras veces alimentos más sólidos. Finalmente, privados como están de las nociones más simples y ordinarias, no tienen de hombre aquellos pueblos más que la figura.

»Estas ideas presentan una pintura enteramente conforme á la que todos

los historiadores nos han dejado del antiguo estado del género humano. También vemos por el Génesis que poco tiempo después de la dispersión, se habían de tal manera perdido de vista los preceptos y ejemplos de Noé, que los antecesores de Abraham estaban sumidos en la idolatría. Cuando Jacob pasó á Mesopotamia, encontró, en la familia de su tío Laban, mezclado el culto de los ídolos con el del Dios verdadero. Después de semejantes hechos, no es maravilla ver que la tradición primordial se haya oscurecido hasta el punto de que no se la encuentre, en las naciones profanas, sino en extremo desfigurada por las fábulas y los más ridículos cuentos.

»En cuanto á las artes y ciencias, no es dudoso que algunas familias se preservaron de la barbarie que reinó en la tierra, inmediatamente después de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las familias. No se borró absolutamente el conocimiento de los descubrimientos más útiles ó más esenciales. Las familias que continuaban habitando los puntos en donde el género humano se había reunido en un principio, es decir, en las llanuras de Sennaar y sus cercanías, conservaron algunos gérmenes preciosos. Tampoco se perdieron enteramente los primeros conocimientos entre las colonias que se fijaron pronto, como, por ejemplo, las que pasaron á Persia, Siria y Egipto. Por su medio se extendieron y perfeccionaron sensiblemente los diferentes ramos de los conocimientos humanos. Pero, á excepción de este corto número de familias, el resto de la tierra, lo repito otra vez, llevaba una vida absolutamente bárbara y salvaje..... Puede compararse muy bien el estado en que se encontraba antiguamente la mayor parte del género humano á aquel en que Homero representa á los Cíclopes, es decir, á los antiguos habitantes de Sicilia.

»Los Cíclopes, dice Homero, no conocen leyes. Cada uno gobierna su familia y reina sobre su mujer y sobre sus hijos. No se inquietan por los asuntos de sus vecinos, ni creen que les conciernan. Por esto no celebran reuniones para deliberar acerca de los negocios públicos. No se gobiernan por leyes generales que regulen sus costumbres y acciones. No plantan, ni siembran. Su alimento consiste en los frutos que la tierra produce sin cul-

»tivarla. Su habitacion está en la cima de las montañas, y los antros les sirven de morada» (1).

«Hé aquí el cuadro que puede formarse de la manera con que han vivido casi todas las familias despues de la dispersion..... Este estado no habrá debido durar mucho tiempo respecto de una gran parte del género humano. Tantas razones concurren á acercar las familias, que varias no tardaron en reunirse.....» (2).

La creacion del hombre en el estado perfecto, adulto y social, ó civilizado, es una verdad científica actualmente demostrada, miéntras que su supuesta aparicion en la tierra en el estado de pura naturaleza es un aserto meramente gratuito y falaz, contradicho clara y manifiestamente por los hechos, por la historia, por la ciencia y hasta por el buen sentido. Por nuestra parte, si otras razones no tuviéramos, contestaríamos de esta manera, porque se acerca más á la belleza el hombre en estado perfecto que en estado salvaje, y para nosotros, lo más bello es lo más verdadero. Además, la naturaleza obra en todo con mucha sencillez, y más sencilla es la explicacion del hombre culto, perfecto, que no salvaje y remedando al mono; y tambien para nosotros, lo más simple se aproxima más á la verdad.

Adrede hemos omitido hablar del lenguaje (en cuya materia entraríamos gustosos) por no ser de la incumbencia de esta obra. No obstante, por los puntos de contacto que tiene con lo que vamos tratando, no podemos prescindir de apuntar á la ligera una idea.

Nosotros, ricos en toda clase de conocimientos, con una civilizacion que ya cuenta siglos, no somos capaces de inventar una palabra nueva, para expresar una idea, sin recurrir inmediatamente al auxilio de otras lenguas, ya sea la griega, la latina, el inglés, etc., etc.; y los primeros hombres, sin ninguna experiencia científica ¿habrían inventado las lenguas en que primero se comunicaron? Con toda intencion decimos *comunicaron*; porque en el

(1) *Odisea*, libro IX, verso 106 y siguientes.

(2) MOIGNO. *Les Splendeurs de la foi*. Tomo II, pág. 359 y siguientes.

supuesto imposible de que un hombre hubiese inventado una ó más palabras, ¿había de poder comunicar al que la dirigiera el sentido, significado y propiedad de lo que él hubiese querido expresar? Y dado que todos estos imposibles absurdos hubiesen sido posibles y practicables, ¿qué memoria habría podido retener tal cúmulo de palabras á medida que se inventaban? Contesten esta pregunta los que hayan tenido que aprender idiomas extranjeros al suyo. Además, ¿qué han adelantado en muchísimos años, qué resultados han obtenido los sabios y sociedades científicas que se han propuesto formar una lengua universal?

Optemos, pues, por lo más sencillo y verdadero, y sobre todo por lo más cierto, y quede sentado que nuestro primer padre fué persona civilizada, pero en alto grado.

Veamos ahora el instinto de la civilizacion en el hombre, desde su primera aparicion en la Tierra, y ántes que todo, formémonos una idea de la civilizacion.

Constituyen la civilizacion los diferentes grados del sucesivo desarrollo á que llegan los hombres reunidos en sociedad.

La civilizacion es naciente y rudimentaria cuando están poco desarrolladas las condiciones en las que se perfecciona el hombre bajo el triple punto de vista del bienestar físico, de las relaciones morales con sus semejantes y de las condiciones políticas.

Es grande la civilizacion cuando estas condiciones son más amplias.

Sería completa la civilizacion si se llenaran todas estas condiciones.

Examinemos ahora la manera de llenar el hombre estas condiciones de la civilizacion desde el primer momento de su aparicion en la tierra.

Segun el *Génesis*, único guía que podemos consultar, Cain fué padre de Enoc, cuyo nombre puso á una ciudad que edificó despues de haberle nacido este hijo, en un sitio que el historiador Josefo llama Nais. Algunos le atribuyen la invencion del arco, que es sin duda la más antigua de todas las armas, que ha estado en uso en todas las naciones civilizadas, y del cual se sirven todos los pueblos salvajes que se han descubierto hasta ahora. Aun entre los tirios, descendientes de los fenicios, que deben su origen á los ca-

naneos, hasta las mujeres llevaban ordinariamente aljaba y arco, según lo atestigua Virgilio (1) en su Eneida.

Lamec, biznieto de Enoc, da el primer ejemplo de poligamia, tomando á un mismo tiempo por mujeres á Ada y Sella. Dos hijos tuvo de la primera; Jabel, que fué padre de los pastores y de los que habitan en tiendas, y Jubal, que fué el inventor de los instrumentos de música y enseñó á los hombres á tocarlos.

De Sella tuvo Lamec á Tubal-Cain, que fué un artífice muy hábil en toda clase de obras de hierro, cobre, plata y otros metales. En este nombre y oficios se reconoce con toda evidencia al Vulcano de la mitología. Dióle también una hija llamada Noema, que inventó el modo de hilar y tejer la lana. Parece ser la Minerva de los griegos llamada también Nemanun.

No estará de más recordar aquí que, para nuestro intento, no atribuímos ni queremos que se atribuya al Génesis, de donde sacamos estos datos, más fe que la meramente humana é histórica que damos á Herodoto, Hesiodo, Beroso, etc., etc. Pues bien, véase cómo sin necesidad de recurrir á esfuerzos de imaginación y de envolver entre hojarasca y balumba de argumentos y racionios una cuestión de sí muy sencilla, divisamos los primeros albores de la civilización corriendo parejas con la vida de la humanidad.

Examinemos el orden progresivo de la civilización.

Lo primero que se nos presenta es el hombre estudiando medios para libertarse de las fieras, é inventa el arco. Más adelante se adquiere celebridad y prestigio con este ejercicio, y Nembrod, por su habilidad en la caza, logra el dictado de gran cazador, y fama de hombre feroz, haciéndose por su genio altivo el primero de los conquistadores. Vemos, pues, convertidas ya contra el hombre las armas que la necesidad hizo inventar contra las fieras.

En posesión ya el hombre de instrumentos con que librarse de los ani-

(1) *Eneida*. Libro 1.º, verso 336.

Tum Venus:.....

Virginibus Tyriis mos est gestare pharetram.

males dañinos, y llevado de una consecuente lógica, se pone en contacto con los que pueden, por sus costumbres mansas, serle útiles y provechosos, y nace de esto el arte de guardarlos reunidos, ó sea el oficio de pastor. Esta vida monótona, sin movimiento, exenta de cuidados en aquellos campos vírgenes, inmensos, deslizándose á la sombra de frondosos árboles durante el día para librarse de los rayos del sol, ó á orillas de un río que reflejaría en las misteriosas horas de la noche la pálida claridad de la luna, debía tender necesariamente á procurarse una distraccion, un objeto que hiciera más variado el intermedio de uno á otro tiempo, y se nos presenta Jubal inventando los instrumentos de música y manera de tañerlos.

Así hemos visto en todas épocas los caramillos ú otros distintos instrumentos, compañeros inseparables de la vida pastoril, y muchas veces, aún ahora, hemos oído al atravesar solitarios y desiertos puntos de nuestras montañas, el lejano eco de alguno que contrastaba con el mugido de un salto de agua; con el murmullo manso de un arroyo, ó formaba coro con el canto de las aves y el suave columpio de las copas de los pinos y encinas.

Provistas estas primeras necesidades del cuerpo y del alma, que ésta las tiene también y muchas, debía el hombre acudir á otras indispensables asimismo, originándose de aquí el arte de trabajar el hierro y metales, y con estos medios y con los vellos que las ovejas ofrecerían á sus dueños y pastores, pensaría entónces Noema hilar y tejer la lana, con cuyo invento tenían los hombres satisfechas y redondeadas ya todas las más apremiantes é indispensables necesidades de la vida.

Hasta ahora no puede presentárenos más regular y natural el desarrollo de la civilizacion, y, como si obedeciera á una ley física, diríase que sigue la ley de la luz, cuya intensidad se sabe que disminuye á medida que se aleja de su centro de acción; la luz se debilita apartándose del cuerpo luminoso; así disminuye la civilizacion alejándose de su cuna ó centro de vida.

Queremos cerrar este periodo para entrar en otro orden de consideraciones acerca de la manifestacion de la civilizacion humana por su tendencia á excederse de las exigencias de sus necesidades, acudiendo ya á lo superfluo que es la manifestacion del lujo; pero no sabríamos hacerlo sin corro-

borar lo que hasta ahora llevamos dicho con una autoridad de gran peso, con el final del capítulo segundo del discurso del gran Bossuet sobre la *Historia universal*.

«Comienza todo: nada de lo criado deja de tener principio debido á Dios: y no hay historia antigua en que no se descubran, no sólo en aquellos primeros tiempos, sí aún mucho despues, vestigios manifiestos de la infancia del mundo. Se ven establecerse las leyes, pulirse las costumbres y formarse los imperios. El género humano sale poco á poco de la ignorancia; la experiencia le instruye, y las artes se inventan ó se perfeccionan. Al paso que los hombres se multiplican, se va poblando sucesivamente la tierra: se pasan los montes y los precipicios: se atraviesan los ríos y en fin los mares: se establecen nuevas habitaciones. La tierra, que sólo era en su principio una selva inmensa, recibe nueva forma: los bosques talados dan lugar á los campos, á las dehesas, á las aldeas, á los lugares y en fin á las ciudades. Se aprende á cazar algunos animales, á domesticar otros y á acostumarlos al servicio. Fué necesario al principio combatir con las fieras, en cuyas guerras se señalaron los primeros héroes; y ellas hicieron inventar las armas, que despues convirtieron los hombres contra sus semejantes..... Domesticados los animales supo tambien el hombre hacer sazonar los frutos y las plantas; ablandó hasta los metales para su uso, y poco á poco se hizo servir de toda la naturaleza. Pero así como es verosímil que obligase el tiempo á inventar muchas cosas, lo es tambien que hiciese olvidar otras, por lo ménos á la mayor parte de los hombres. Las primeras artes que había Noé conservado y que se ven siempre florecer en aquellos parajes donde se hizo el primer establecimiento del linaje humano, se fueron perdiendo al paso que se alejó de ellos, y fué necesario con el tiempo volver á aprenderlas, ó que las llevasen á los demas que las ignoraban los que las habían conservado. Por eso vemos que todo viene de aquellas tierras siempre habitadas, donde los fundamentos de las artes permanecieron en su ser; y que tambien en ellas muchas cosas importantes se aprendían todos los días. Conservóse allí el conocimiento de Dios y la memoria de la creacion; pero se iba poco á poco debilitando. Las antiguas tradiciones se olvidaban y se oscurecían: las fá-

bulas que les sucedieron sólo retenían de ellas unas toscas ideas; las falsas deidades se multiplicaban.....»



La humanidad ha tenido edades sucesivas de cultura. Como si debiera sujetarse á los cambios de estaciones de la naturaleza ó seguir los crecientes y menguantes del satélite de la tierra, así se observa la civilizacion con sus cambios de más á menos ó viceversa, si se la estudia atentamente, con el auxilio de las ciencias compañeras actualmente de la historia.

Consultemos á la arqueología y veamos qué nos dice acerca de las edades de la humanidad, inventadas y hasta multiplicadas ya indefinidamente.

La clasificacion de sir John Lubbock es la primera que se nos presenta algo completa, y nos hace una division de cuatro épocas ó edades.

Nuestra época, que se distingue por su actividad en todo, dedica especial atencion á estas materias, que parecen destinadas á influir hondamente en los estudios morales y en otros de igual ó mayor trascendencia en el terreno de la filosofía de la historia.

De todos modos, se desprende innegablemente de estas consideraciones que el arte ha existido contemporáneamente al primer hombre, y que dominan á éste los mismos instintos, iguales aspiraciones que al hombre de civilizacion más refinada. El hombre siempre ha sido hombre.

La necesidad obligó al hombre á ciertas industrias cuyo fin ú objeto no fué siempre, como así parece que debía haber sido, la utilidad; al contrario, prescindiendo de lo útil, y cediendo á las sugerencias de móviles indiscretos, llegó á lo supérfluo, que es como si dijéramos á lo útil.

Pero no siempre lo supérfluo fué, ni es, lo más bello, ó siquiera hermoso y elegante, tomadas estas palabras en el sentido universalmente admitido por los pueblos más cultos. En las manifestaciones primitivas del lujo, como aún se observa entre las tribus salvajes que se van conociendo y estudiando,

entre muy poco bello abunda en gran manera lo grotesco, lo ridículo, lo feo y hasta lo repugnante.

¿Son un bien ó un mal esas manifestaciones, esas exuberancias de civilizacion?

Dejemos aquí planteada la pregunta, que tiempo sobrado tendremos para estudiarla y contestarla, pasando en revista las distintas escuelas moralistas y las que se ocupan en economía, y demos ahora una rápida ojeada á las edades de la arqueología llamada prehistórica.

La edad *arqueolítica* de la piedra tallada no pulida, primera edad de piedra, en cuya época vivía el hombre en Europa con el mammoth, el oso de las cavernas, el rinoceronte velludo y otros animales desaparecidos, es la primera época que se nos ofrece á nuestras meditaciones. La segunda edad es la *neolítica* ó la edad de la piedra pulida, segunda edad de piedra, periodo caracterizado por bellas armas, excelentes instrumentos de sílex y de otras especies de piedras, durante el que no se encuentra ningun vestigio del conocimiento de ningun metal, exceptuado el oro, que se empleaba á veces para adorno. La edad de bronce es la tercera, en la que servía el bronce para la fabricacion de armas y toda clase de instrumentos cortantes. La cuarta edad es la de hierro, en la que reemplazó este metal al bronce para la fabricacion de las armas, de las hachas, de los cuchillos, etc. El bronce no había dejado de ser de un uso comun para adorno, á menudo para puños de espadas y otras armas, pero nunca para lanzas. Sin embargo, la piedra de toda clase, continúa diciendo sir John Lubbock, estuvo siempre en uso durante la edad de bronce y hasta durante la edad de hierro, de manera que la presencia de algunos utensilios de piedra, no es por sí misma, como se comprende á primera vista en buena lógica, una prueba suficiente de que las que se descubren se remontan á la edad de piedra.

En fuerza de esta razon tan óbvia por sí misma, no descuida sir John Lubbock hacer notar tambien que, á fin de evitar todo error, se aplica especialmente esta clasificacion, ó hasta únicamente á Europa, ó bien de una manera general á las colonias humanas que, despues de haberse separado por la dispersion del centro donde radicaba la civilizacion, recurrieron ins-

tintivamente al sílex, y lo transformaron en utensilios y en armas. El comercio y las relaciones con pueblos ya civilizados les trajeron más tarde la piedra pulimentada, ó á lo ménos la materia del sílex pulido, el bronce y el hierro.

No se necesita mucho esfuerzo de ingenio para comprender que estas restricciones, ó díganse concesiones, de Lubbock, prueban hasta con exceso que esas diversas edades no tienen nada de absoluto, y deben siempre considerarse en un punto de vista local y relativo, como lo dice el sabio Morgen. Además, según este mismo autor, no han coincidido de ninguna manera en el mundo ó en Europa, ni siquiera en regiones ó comarcas poco distantes.

No son un dogma científico, ni de mucho, estas divisiones ó clasificaciones de las sucesivas edades que, cual otras etapas, indicarían en concepto de algunos sabios, los progresos ó la marcha de la civilización humana manifestada por el desarrollo de ciertas artes. No faltan sabios que no admiten semejantes sucesiones de edades, y los hay aún que piden la desaparición de edades enteras.

«Ateniéndonos á las fuentes históricas, dice M. Chabas, estaríamos completamente autorizados para negar que haya existido una edad de la piedra. Esta edad, sus subdivisiones y las demás edades reputadas prehistóricas, son concepciones que descansan sobre descubrimientos numerosos, pero demasiado á menudo contradictorios, para que hasta ahora pueda encontrarse en ellos los elementos de una clasificación cronológica indiscutible.»

En otra parte dice el mismo autor:

«Desde el siglo xvii anterior á nuestra era, nos muestran monumentos contemporáneos á los Sardonios y Etruscos en posesión del conocimiento de los metales, de las telas y de una cerámica ya perfeccionada. Distaban mucho del estado de barbarie que se atribuye á las edades llamadas de piedra; conocían los metales; los utilizaban para las armas y los adornos. Si se servían entónces y se sirvieron después de instrumentos de piedra y de hueso, habría en esto sencillamente lugar de inferir que la extrema facilidad

de procurarse sin gasto y casi sin trabajo esos útiles imperfectos, había hecho conservar su uso, á lo ménos entre las clases pobres.» (1)

De todos modos, resulta cierto, segun dice un sabio publicista de nuestros días, que las cuatro edades se encuentran confundidas la una en la otra, que no hay entre ellas límites visibles, se suceden de una manera insensible, y en todas partes se encuentran, en los sepulcros ó en otras partes, mezclas de instrumentos de piedra, hierro y bronce. Fuera de esto, todos están acordes en admitir los siguientes hechos:

1.º La edad de hierro, en Europa, es histórica; apenas se remonta á unos pocos siglos ántes de nuestra era; pudiérase, ó debiérase llamar la edad gala, porque en la época en que se ve aparecer el hierro, dominaban los galos en toda la Europa occidental, en la Italia superior, en donde coexistían

(1) Fieles á nuestro sistema manifestado ya más de una vez en el decurso de esta obra, y no perdiendo de vista el plan que nos hemos propuesto en la publicacion de la misma, no podemos censurar aquí ni aplaudir los respectivos sistemas de ciencia prehistórica; no obstante, guiándonos por criterios respetables, no podemos ménos de sentir que circulen únicamente, para vulgarizar la ciencia en nuestro país, obras traducidas ó arregladas del francés, de autores que ninguna fé merecen científicamente hablando, y que, sin embargo, son los únicos que conoce el vulgo, y áun cierta clase que no se cuenta entre el vulgo, formándose de esta manera un concepto muy equivocado de la ciencia verdadera.

En el tomo segundo del *Cronicon científico*, en su página 400, se lee lo siguiente: «... Sigue una nota bibliográfica para los que aspiren á instruirse ó educarse en la ciencia de que se trata (*la prehistórica*), y muy especialmente para cuantos deseen conocer el movimiento contemporáneo en esta esfera del pensamiento y en sus diversas direcciones y tendencias. No deja de sorprender que se consignen en esta nota las obras de Figuiet sobre *El Hombre primitivo* y *La Creacion*, por Quinet, á los que los doctos niegan autoridad y crédito; porque, respecto á ciencias, ambos autores carecen de educacion, conocimientos, práctica y de la necesaria cultura en este linaje de estudios (a).

(a) Véase el juicio de la obra citada de Figuiet, escrito por Dally, en la página 214 y siguiente del tomo IX *Annuaire scientifique* de Deherain, donde se prueba la completa ignorancia científica de Figuiet, fabricante de libros hechos con recortes sacados de periódicos y obras, que no entiende este recopilador indocto, sin crítica, y sin el menor linaje de saber rudimentario en ciencias.—El doctor J. Jeannel publica en *L'Union medicale*, un juicio del *Année scientifique*, de Figuiet, para 1873 (reproducido en el numero correspondiente al 28 de Mayo de 1874 de *Les Mondes*), donde se indica que Figuiet fabrica sus libros copiando á varios autores, sin crítica de ninguna clase y sin entender los trabajos que transcribe. En la página 279 del tomo IX de *Nature*, un célebre crítico inglés afirma que *El Hombre primitivo*, y las demás obras de Figuiet nada absolutamente valen. Omitimos los juicios despreciativos publicados respecto á dicho autor por alemanes, quienes, como Virchow, Brugsch y otros tratan mal, fundándose en argumentos sólidos, hasta al mismo Quatrefages.»

En la página 482 del *Polybiblion* correspondiente al mes de Junio de este año de 1880, en un artículo firmado por Leoncio Couture, dando cuenta de una obra de Amadeo H. Limonin, se lee, entre otras cosas, lo siguiente: «Ademas, no le falta la erudicion tan indispensable para una informacion de este género como el sentido metafórico; ha leído mucho, y no dudamos ni de la buena fé ni de la conciencia que le han guiado en su obra; pero no ha casi nunca abordado sino trabajos de vigésima mano, y lo dice todo que Figuiet es una de las autoridades que más comunmente invoca, áun tratando de los filósofos griegos.»

Cuando sábios alemanes, ingleses y hasta franceses juzgan á Figuiet de este modo ¿no hemos de sentir que *su ciencia* forme el alimento científico de nuestros compatriotas?

con los Ligurios, en el valle del Danubio, en donde habían dejado huellas de su paso.

2.º La misma edad del bronce es histórica ó casi histórica. Rougemont dice:

«La edad del bronce que terminó en Grecia, Italia y quizás en las Galias el año 600 antes de Jesucristo, se perpetuó entre los Escandinavos hasta cerca del siglo octavo de nuestra era; y de los dos periodos del estaño de Cournouailles, comienza el primero con Moisés y David, hacia el siglo décimocuarto ó el décimotercero antes de la era cristiana. El estaño de Cournouailles, la púrpura del Mediterráneo y el ámbar del Báltico, fueron los tres imanes que, ya antes de Moisés, atrajeron entre los bárbaros de Occidente á los pueblos civilizados de la raza semítica, pura ó mezclada, que habitaban las regiones marítimas del Oriente. Los pueblos fenicios, filisteos y feresios despertaron con su comercio é industria el genio de los leposinios, de los ligurios, iberos, galos, gaetas, bretones, germanos, escandinavos, etc. La edad de bronce fué para la Europa bárbara el periodo durante el cual los camo-semitas del Oriente comenzaron la civilizacion material á la que debían más tarde agregarse las artes y ciencias de los griegos de Marsella, las instituciones políticas de los romanos, las creencias y la moral del Egipto.»

La amabilidad de nuestros lectores nos dispensará con fina atencion la aridez de la materia que vamos tratando, y que no podemos abandonar aún, dada la importancia que tiene para nuestro objeto. En viajes largos se cruzan países y terrenos, cuya poesía distrae de las penalidades anejas á todo camino por más comodidades que se tenga á mano, pero no siempre se presenta con igual tono la naturaleza, y á las hermosas vegas sembradas de ríos, orladas sus riberas con alamedas magníficas, que semejan una larga y ancha cinta azul ribeteando una franja de plata, á las magníficas llanuras sembradas de frutales, se sucede luégo despues una hilera de áridas y melancólicas montañas, cubiertas de seculares encinas, cobijando cavernas refugio de alimañas y fieras, cuyo aspecto entristece el alma y abisma á la imaginacion en vagas y fatídicas ideas que harían ingrato el viaje, si luégo

la pródiga y varia naturaleza no presentara otro panorama, otro género de vegetacion y paisaje.

Nosotros hemos emprendido un viaje con nuestros amables lectores, durante el cual hemos de ver la distinta pero sucesiva marcha de la civilizacion humana en sus variadas manifestaciones. ¡Qué mucho, pues, si insistimos una y otra vez en el estado de los primitivos tiempos del hombre, sabiendo, sobre todo, como sabemos, lo muy divididos que andan acerca de esto los pareceres de los sabios, y de los que, no siéndolo, se ocupan en esta materia! ¡Qué mucho que anhelemos fijar, en cuanto nos sea dable, el verdadero estado del hombre primitivo, de las primeras agrupaciones humanas, de las primeras exhibiciones de la civilizacion del hombre! Cuando tanto se escribe y se discute, cuando tantos despropósitos se estampan en letras de molde, ¿no ha de sernos lícito á nosotros, descendientes, al fin y al cabo, de esos seres primitivos apenas llamados hombres, por hijos indignos de serlo de tales padres, de fijar un poco nuestra atencion en aquellos nebulosos días cercanos á la creacion, en que toda la naturaleza comenzaba á cumplir su destino?

¡Cuánto sufre nuestra dignidad humana al leer los despropósitos que la leyenda ó la vanidad inspiran!

Vean nuestros lectores el prólogo de una obra ilustrada que trata de un asunto que se da la mano con el que forma el objeto de la nuestra.

«Hace ya de esto mucho tiempo.

»En la abierta cima de un monte hay sentados dos personajes, y, pensativos contemplan el inmenso paisaje que se extiende á sus piés.

»Lagos de irregulares contornos, reunidos por aguazales de aguas mansas, dejan elevarse tierras llanas cubiertas de vegetacion espesa, y á veces rocas poco altas que muestran sus costados como largas redes verticales. En el horizonte se levanta una cadena de montañas de raros perfiles.

»El disco del sol, ancho y cobrizo, sin rayos, esparce inciertos resplandores sobre las innumerables fajas líquidas al traves de los vapores suspendidos encima de ellas.

»Las tierras elevadas debajo de esta luz velada son negras y dibujan sus siluetas en las neblinas.

»Confusos rumores hienden el aire cálido y húmedo. Son graznidos de batracianos, silbidos de reptiles, bramidos de rumiantes, los gritos estridentes de los mammutos, los quejidos de las aves corpulentas.

»Todo está bien: dijo uno de los dos personajes.—Nada está acabado, replica el otro; ves al pié de ese escarpe esos séres que se reúnen, que despues se separan, buscan y se refugian.....—¿Y bien?—No son séres semejantes á los demas..... Están agitados, inquietos, miran á todas partes, son, entre todos, los únicos que andan firmes sobre sus piés.—Mira: luchan entre sí; se arrojan piedras, avanzan á pelotones armados con ramas de árboles.—Todos los animales se baten unos contra otros.—Mira todavía! Hé aquí un oso gigantesco que sale de las malezas; esos séres dejan de batirse entre sí; se reúnen..... forman un círculo al rededor del terrible animal y lo abruman con guijarros. No sabe la bestia por qué lado atacar, gruñe y da vueltas sobre sí misma, erizado el pelo..... Miral se estrecha más el círculo, algunos de aquellos séres llevan largos palos armados en su extremidad con piedras cortantes..... Golpean al mismo tiempo al oso furioso..... Él se defiende..... Dos de los combatientes han caído destrozados por las garras del oso. El animal sucumbe entretanto, míralo en tierra cubierto con ligaduras de junco.—Todos los animales se defienden y atacan.—Mira otra vez; afánanse alrededor de los dos heridos, se los llevan á la orilla del lago; se les acuesta sobre hojarasca; les lavan sus heridas. Mira cómo se inclinan hacia ellos; escucha los gritos.—Qué importa! Cada sér creado posee sus aptitudes, sus instintos, y unos se construyen nidos, otros se abren cuevas, ó se hacen habitaciones. Véñese que se reúnen en pelotones, algunos viven aislados y desconfiados; todos se devoran entre sí y procuran prevenirse contra los ataques de sus enemigos.—Esta es la ley.—Bajemos hasta esos séres, ven.—Para qué?—Quizas encontraremos?—Qué?—Lo que se debe buscar.—Espíritu vano é inquieto!..... enhorabuena, vamos.»

No se tendría cabal idea de la intencion encerrada en este prólogo, si no

vieran nuestros lectores el primer capítulo de la obra á que aludimos, y por cierto no les ha de pesar que se lo presentemos. Dice así:

«¿SON HOMBRES?»

«Una docena de séres de miembros pesados, piel de un amarillo lívido, cubierto el cráneo de pelos largos y negros que caen sobre sus ojos, de uñas encorvadas, están agrupados, apretados los unos contra los otros, debajo de un árbol frondoso cuyas ramas bajas se han llevado hacia el suelo y sujetado por medio de mogotes de barro. El viento sopla con violencia y arroja la lluvia por entre aquel abrigo; algunas pleitas de junco, pieles de animales, protegen apénas los miembros de aquellos séres, que con el auxilio de sus uñas, desgarran trozos de animales al punto devorados.

»Anochece y aumenta la lluvia. Los más robustos amontonan brancas muertas, largas yerbas, arrancan helechos y cañas y las amontonan en oposicion al viento; despues, con bastones y sus manos, procuran dar un derrame al agua que invade su refugio, echando lodo sobre ramas amontonadas.

»Á pesar de la violencia de la tempestad, todos, apretados como un nido de culebras, se echan á dormir, excepto uno de ellos, que se queda en vela, lanzando en la noche gritos lastimeros y prolongados para alejar á los animales nocivos. Cuando le vence el sueño, va á despertar á uno de sus compañeros, que le reemplaza.

Por la mañana, ha aflojado el viento, pero la lluvia no cesa de caer menuda y espesa. El pié del árbol está cubierto de agua. Cada uno busca entónces ramas, cañas y barro para levantar el suelo. Algunos reptiles sacados de sus guaridas se refugian á los mogotes que rodean el abrigo. Mueren á bastonazos, para servir de alimento á la familia.

»No léjos de allá, movido Epergos á compasion en vista de tanta miseria, escoge dos árboles tiernos distantes pocos pasos uno del otro. Izándose en uno de ellos, hácele inclinar con el peso de su cuerpo y atrae la copa del otro con el auxilio de un palo ganchudo, y, juntando de este modo

las ramas de los árboles, las ata con juncos. Los seres que han acudido á su rededor quedan maravillados. Epergos empero no intenta que estén ociosos, y les hace comprender que deben buscar otros árboles tiernos en las cercanías. Los desarraigan con sus manos y palos y los llevan á Epergos.

»Este les muestra entónces cómo deben inclinarse en círculo apoyando sus copas en los dos árboles primero ligados; despues cómo deben llenarse los intervalos con cañas, ramas y grandes yerbas enlazadas; luégo cómo deben taparse las raíces con barro y sucesivamente todo el conjunto, dejando una abertura en el lado opuesto al viento que trae la lluvia. En el suelo deben esparcirse ramas muertas, juncos y barro apisonado con los piés.

»Al anochecer queda terminada la choza. Cada familia de los Narriti quiere poseer una semejante á aquella.

Epergos, bañado en sudor y cubierto de barro, descansa entónces cerca de su compañero Doxi. «¿Por qué, dice éste, nos hemos de oponer á lo hecho? ¿Querrás tú ahora enseñar á las aves á hacer sus nidos, á los castores á construirse cabañas distintas de las que saben fabricar? ¿Por qué modificar de esta manera la obra del Criador?—¡Quién sabe! repuso Epergos; volvamos aquí dentro de cien mil días y veremos si estos seres han olvidado mis instrucciones para vivir como vivían ayer. Si es así, no tengo razon mezclándome en sus negocios, y erré el golpe; pero, si se han aprovechado de mis consejos, si las barracas que veremos entónces son más acabadas que estas, habré tenido buen acierto, porque entónces estos seres no son animales.—¡Locura! replicó Doxi; ¿qué serían, pues, entónces?—Yo qué sé!...» (1).

El artista nos ha dado su leyenda; el vulgarizador de la ciencia nos proporcionará ahora su novela.

«Por más que nuestro orgullo pueda sentirlo, debe reconocerse que en los primeros tiempos de su existencia excedía el hombre en estupidez natu-

(1) VIOLLET-LE-DUC. *Histoire de l'habitation humaine depuis les temps préhistoriques jusqu'à nos jours.*—París.—Páginas 1-7.

ral á los salvajes más toscos de nuestros días. El cuidado de sus necesidades naturales le absorbía por completo y todos sus esfuerzos convergían hacia un fin único: asegurar su diaria subsistencia.

»En un principio no pudo alimentarse más que de frutas y raíces, porque no había inventado aún ninguna arma para matar á los animales salvajes. Si conseguía matar á algunos, de poco tamaño, los devoraba chorreando aún sangre, y se cubría con su piel para resguardarse de la intemperie del aire. Por almohadon tenía una piedra, para toda sombra corpulentos árboles, ó alguna caverna oscura, que le servía al mismo tiempo de refugio contra las bestias fieras. Habitaba las cavernas naturales abiertas en las fragosidades del suelo; era *troglodita*, según la palabra que se encuentra en Homero, y que significa *habitante de las cavernas*. Su vida se reducía á una lucha sin tregua contra los animales salvajes y contra toda la naturaleza.

»Las leyendas de los pueblos antiguos que nos representan á los primeros hombres luchando con los Titanes, los gigantes ó los monstruos, no son más que un recuerdo de las más antiguas tradiciones de las luchas del hombre contra los animales temibles que le disputaban el paso. La tradición es, á no dudar, el mejor origen que debe consultarse para formarse una idea de la humanidad en la época de su infancia.

»Según la tradición de los chinos, el hombre vivió en un principio desnudo, sobre los árboles, y sin conocer el uso del fuego. Más adelante se vistió de hojas y cortezas de árboles, y, finalmente, se cubrió con pieles.

»Según las tradiciones de los hebreos, indios y babilonios, el hombre vivió primitivamente en el estado salvaje (1). Las leyendas de los arianos (persas) señalan el desarrollo gradual del género humano á contar del estado salvaje hasta un estado social regular. Su primer rey (Gainmard) enseñó á los hombres á vestirse con las pieles de los animales y alimentarse con frutas. Más adelante, un árbol incendiado por un rayo enseñó á otro de sus reyes (Huscheng) la existencia del fuego. En estos fenómenos se reconoció

(1) Esto ya no es novela: es decir lo contrario de la verdad.

algo divino, y el culto del fuego comenzó entre los persas, en donde subsiste todavía actualmente.

»Entre los fenicios, como entre los persas, el arte de producir el fuego por la frotacion y el empleo usual del fuego están puestos en el segundo periodo de la historia del género humano. Segun un antiguo documento iraniano, el *Bundelesh*, los primeros hombres no vivían sino de frutas y agua. Despues conocieron la leche y la carne, aprendieron á tener fuego, se vistieron con las pieles de los animales, se construyeron barracas, etc.

»Entre los griegos y los romanos no se formaban otra idea del estado primitivo de nuestra especie y de su desarrollo.

»La infancia de la humanidad se ha señalado, pues, por un estado salvaje.

»¿Cuántos siglos duró este estado miserable? Nadie podría decirlo.

»El hombre es perfectible; el progreso indefinido es su ley; es su atributo supremo, lo que le confiere la preeminencia sobre todos los seres que le rodean. ¡Cuán vacilantes, empero, debieron ser sus primeros pasos, y cuántos esfuerzos debió costarle la primera obra de sus manos, bosquejo informe sin duda y en el cual nos costaría trabajo reconocer actualmente la labor de un sér inteligente!

»El primer paso importante que dió el hombre en el camino del progreso fué la conquista del fuego. Segun todas las probabilidades tuvo conocimiento de él accidentalmente; ora hubiese recogido materias que se hubiesen encendido expuestas al sol, ora hubiese conservado y alimentado el fuego encendido por casualidad á consecuencia de un rayo en medio de un bosque.

»Para procurarse fuego, el hombre de la época del oso grande debió emplear los medios que usaban los indígenas de la América cuando Cristóbal Colon visitó, por la primera vez, las playas del Nuevo Mundo, medios que emplean todavía actualmente los pueblos salvajes que subsisten aún. Frotaban dos leños secos uno contra otro, ó bien volteaban rápidamente una estaca aguzada rematando en punta en un agujero practicado en el tronco de árbol muy seco.

»La pirita, golpeada con un sílex (pedernal) despide chispas, y los habitantes de la Tierra del Fuego, en el sud del continente americano, se procuran fuego de este modo aún actualmente. Como la pirita es un mineral en extremo esparcido lo propio que el sílex, no es imposible que los primeros hombres hayan usado este medio para procurarse fuego.

»Antes de continuar enumerando los desarrollos del sér humano en la serie de las edades, detengámonos un momento, para reunir en un cuadro de conjunto los rasgos esparcidos en los precedentes capítulos, y que por su reunion, deben darnos el retrato del hombre en los primeros tiempos de su existencia en nuestro globo.

»Cuando el hombre, por un misterio que quedará enteramente oculto á nuestras explicaciones, á saber, por una órden divina, fué lanzado á la tierra, se encontró rodeado de toda una poblacion animal, hostil y salvaje. Era débil, y todo lo que le rodeaba era poderoso. Estaba desnudo, y todos los animales estaban protegidos por una piel espesa contra la inclemencia de las estaciones. Tenía enfrente un oso dos veces más enorme que el de nuestras épocas; un elefante mayor que el que conocemos, cubierto con un caliente vello y provisto de una melena de lana; un rinoceronte más macizo que el actual; un caballo más animoso y rápido; un toro más robusto, un tigre más terrible, una hiena más grande y más feroz. Si hubiese vivido en las islas del este de África, en Madagascar, ó bien en la Nueva Zelanda, en el Océano Austral, hubiera encontrado aves gigantescas, aves corredoras, sin alas; el drante macizo, el diornis, el epiornis, ave de más de tres metros de altura.

»Entre él y estos colosos debió entablarse una lucha terrible; desigual en un principio, pero que se hizo igual muy pronto, primero porque el hombre aprendió á perfeccionar la guerra contra sus poderosos enemigos, despues porque las especies animales que debía combatir se extinguían poco á poco y disminuían en número y fuerzas, segun una mira de la naturaleza.

»Observando las costumbres de estos mismos animales comenzó sin duda el hombre á mejorar las condiciones de su propia existencia. Siguió primero al oso grande (*Ursus spelæus*), estudió sus costumbres, y por espí-

ritu de imitacion aprendió á refugiarse como él en cavernas, á agazaparse en alguna choza natural. Cuando armado con piedras ó palos, y reuniéndose en pelotones asociados, hubo el hombre conseguido matar algunos osos, se vistió con su caliente piel, y pudo de este modo librarse de los rigores del clima..»

La tristeza no nos deja continuar. Con mirada llena de angustia vemos ese cuadro dominado en todos sus puntos por la muerte, y aunque lo ridículo debiera prevalecer sobre nuestros sentimientos, nos hinche de amargura el alma ver cómo se permite vagar á la imaginacion tratándose de ciencias é historia.

¿Qué es el hombre, qué es ese sér de aspecto más noble que todos los demas seres que se mueven en la tierra, pero el más abandonado de todos por el descuidado autor de su vida que lo lanzó como un cebo, como una presa, en medio de gigantescas y terribles fieras, provistas de armas naturales, de vestidos propios para desafiar las intemperies?

¿Qué pensaría el hombre pálido y silencioso como la estatua de la muerte, paseando sus extraviadas ó tímidas miradas en las fragosidades de las montañas, contemplando la espesura de los bosques al borde de algun precipicio en cuyo pié mugiría torrente impetuoso? ¿Qué reflexiones se le ocurrirían cuando en horas de callada noche, alumbrada por los suaves rayos de la luna, escogería el sitio donde debía alojarse para pasar aquellas largas horas al abrigo de las fieras, de los reptiles, de la inclemencia de la atmósfera? ¡Ay! el corazon se oprime envuelto en manto de hielo, al pensar en la suerte reservada á nuestros primeros padres por las imaginaciones de los que no haciendo caso de la ciencia conocida, andan en pos de lo ridículo y absurdo.

¿Qué belleza, qué poesía, qué verosimilitud hay en la inferioridad manifiesta del hombre comparado con los animales? Si el origen del hombre se debe á una Providencia ¿habría estado ésta muy acertada, que digamos, abandonando al hombre, poniéndole en circunstancias parecidas? Mil veces no: lo bello, lo verdadero, lo natural es lo contrario.

«He visitado, dice Chateaubriand, en medio de la noche el valle solitario



HOMBRE PRIMITIVO.

su de imitacion aprendió á refugiarse como él en cavernas, á apartarse en alguna choza natural. Cuando armado con piedras ó palos, y reunido en pelotones asociados, hubo el hombre conseguido matar algunos osos, se vistió con su caliente piel, y pudo de este modo librarse de los rigores del clima.

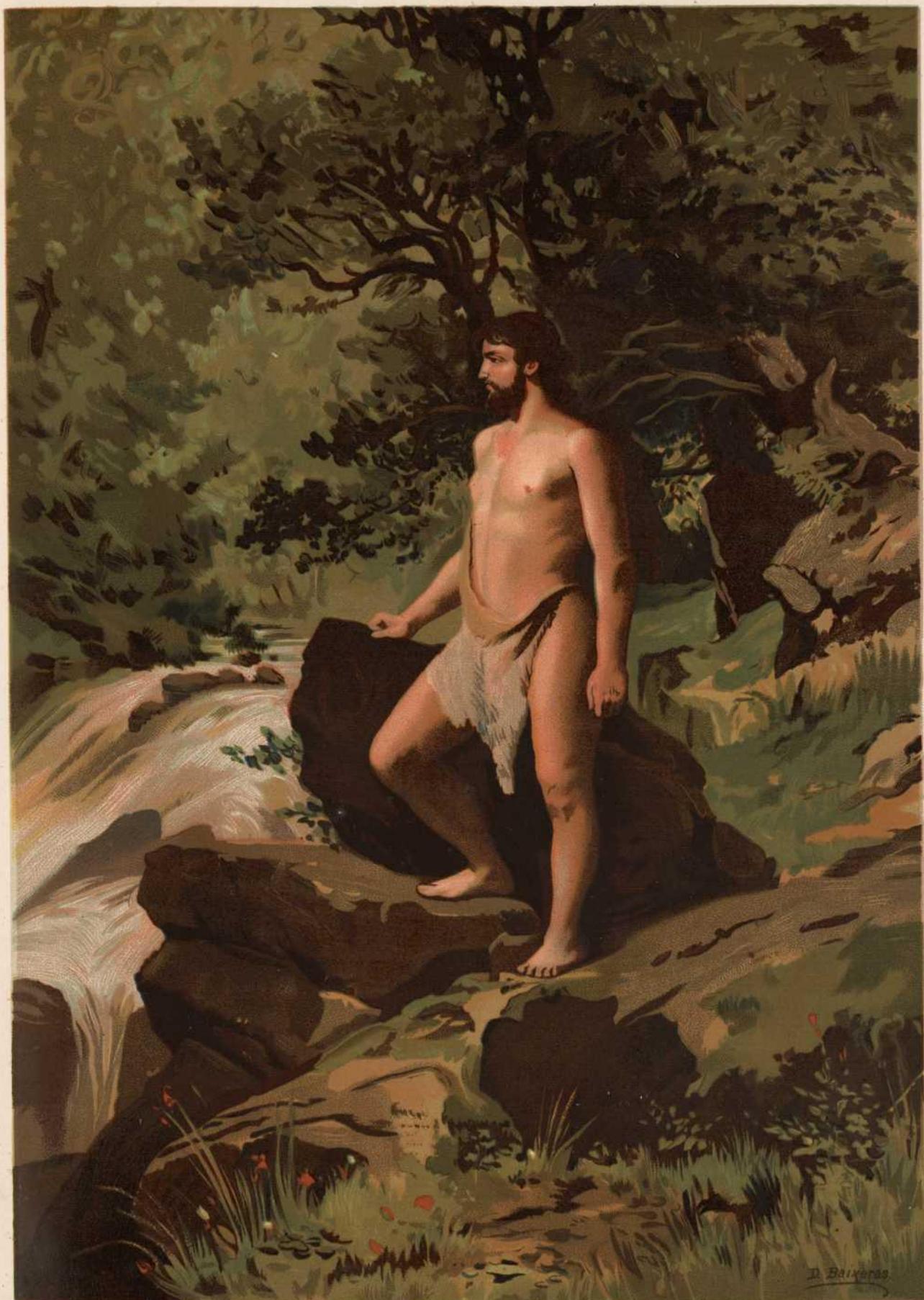
La tristeza no nos deja continuar. Con mirada llena de angustia vemos ese cuadro dominado en todos sus puntos por la muerte, y aunque lo ridículo debiera prevalecer sobre nuestros sentimientos, nos hinche de amargura el alma ver cómo se permite vagar á la imaginacion tratándose de ciencias é historia.

¿Qué es el hombre, qué es ese sér de aspecto más noble que todos los demas seres que se mueven en la tierra, pero el más abandonado de todos por el descuidado autor de su vida que lo lanzó como un cebo, como una presa, en medio de gigantescas y terribles fieras, provistas de armas naturales, de vestidos propios para desafiar las intemperies?

¿Qué pensaría el hombre pálido y silencioso como la estatua de la muerte, paseando sus extraviadas ó tímidas miradas en las fragosidades de las montañas, contemplando la espesura de los bosques al borde de algun precipicio en cuyo pié mugiría torrente impetuoso? ¿Qué reflexiones se le ocurrirían cuando en horas de callada noche, alumbrada por los suaves rayos de la luna, escogiera el sitio donde debía alojarse para pasar aquellas largas horas al abrigo de las fieras, de los reptiles, de la inclemencia de la atmósfera? ¡Ayl el corazon se oprime envuelto en manto de hielo, al pensar en la suerte reservada á nuestros primeros padres por las imaginaciones de los que no haciendo caso de la ciencia conocida, andan en pos de lo ridículo y absurdo.

¿Qué belleza, qué poesía, qué verosimilitud hay en la inferioridad manifiesta del hombre comparada con los animales? Si el origen del hombre se debiera á una Providencia ¿habría estado ésta muy acertada, que digamos, abatiéndonos al hombre, poniéndole en circunstancias parecidas? Mil veces no: lo hebe de verdadero, lo que es lo contrario.

•He viajado con Chateaubriand en medio de la noche el valle solitario



HOMBRE PRIMITIVO..



habitado por los castores, sombreado por los abetos, y hondamente silencioso al resplandor de un astro tan tranquilo como el pueblo cuyos trabajos iluminaba. ¿Cómo no hubiera visto en aquel valle alguna señal de la Inteligencia divina? ¿Quién ha puesto la escuadra y el nivel en el ojo de ese animal, que sabe construir un dique en declive por la parte de las aguas y perpendicular por el lado opuesto? ¿Sabeis el nombre del físico que ha enseñado á ese admirable ingeniero las leyes de la hidráulica, ó quien le ha hecho tan hábil en el uso de sus dos dientes incisivos y de su cola aplanada? Nunca predijo Reaumur las alternativas de las estaciones con la exactitud de ese castor, cuyos almacenes más ó menos abundantes, indican en el mes de junio la mayor ó menor duracion de los hielos del enero.»

¿Qué cualidades posee el castor que atraigan la atencion del hombre? Ninguna. Sus formas rechonchas, su cabeza grande, con dos ojos pequeños, y una boca cuyo labio superior, hendido, deja ver grandes y poderosos incisivos; su larga y ancha cola, aplastada en forma de espátula y cubierta de escamas contribuye todo esto junto á darle cierta apariencia de estupidez. Pues bien, este mamífero roedor, de apariencia estúpida, está dotado de mejores condiciones que las del hombre primitivo, segun las leyendas y novelas de ciertos autores; y miéntras las manadas de castores se reunirían en los meses de junio y julio para proceder, segun sus instintos, á fabricar sus moradas á orillas de un pintoresco río, serrando con sus incisivos el corpulento árbol que debía servir de base de su ciudad en miniatura, el hombre, el pobre hombre, el rey de la creacion, fugitivo de las fieras, ocultándose entre matorrales ignorados, no atreviéndose á separarse de ciertos sitios conocidos, y sufriendo á un tiempo los rigores del miedo, del hambre, del calor ó del frío, no pensaría sino en sustraerse de los peligros que le amenazaban do quier? ¿Por qué la Providencia alfombró las selvas y los campos con junquillos y ronúnculos, por qué las anémonas y narcisos festonearían las fuentes y arroyos, por qué darían sus frutos las higueras y perales, por qué alumbraría el sol las praderas y collados, si el sér más privilegiado por su inteligencia no debía distinguirse por sus costumbres, hábitos y casi figura de los demas animales embrutecidos y salvajes?

Sabemos perfectamente que Lubbock, Tylor, Caspari y otros llamados sabios contemporáneos sostienen que los pueblos civilizados actualmente, se parecían en su primitivo origen á los salvajes que ahora existen aún en diversas partes del mundo. Estos tales hablan por conjeturas, y mejor diríamos aún porque así les parece bueno para sus propósitos, toda vez que no pueden presentar pruebas positivas, reales, fundadas, que abonen sus opiniones. Además, todos los que profesan esta opinion, ó alardean profesarla, desconocen que es empresa ménos que imposible civilizar á los salvajes de nuestras épocas, segun opinion de misioneros y de otros que por largo tiempo lo intentaron; de todo lo cual se desprende naturalmente que nuestra raza, que nuestros padres, nunca habrían salido del estado de salvajismo primitivo si hubiesen principiado su vida como suponen los ya dichos sabios.

Más aún; á riesgo de chocar con opiniones generalmente admitidas, quizas porque no se meditan bastante, no queremos pasar por alto una observacion nuestra que desvanece todo este castillo científico de unos sabios poco reflexivos en nuestro concepto. Por más que se nos hable todos los días de que la humanidad progresa, por más que se nos predique en todos los tonos del progreso indefinido, y por más que nos duela decirlo, debemos confesar que esto es una paradoja, ó, sin rodeos, que no es verdad.

Fijémonos en cualquiera de las infinitas islas que hay sembradas en el grande Océano, y sin prevencion ninguna de ningun género, examinando atentamente el lenguaje, ceremonias, usos, costumbres y carácter de los seres inteligentes que la habiten, venga quien pueda y sepa decirnos cuántos grados han subido en la escala del progreso de la civilizacion aquellos isleños. Si no quiere sacrificarse la verdad al amor propio, si no quiere cederse á juicios previamente formados, habrá de convenir cualquiera persona imparcial en que, léjos de progresar aquellos seres, han descendido, han degradado desde la época remota ó relativamente próxima en que están allí aislados de la comunicacion de otros seres inteligentes. El lenguaje que hablen apénas si tendrá semejanza con el que sus primeros moradores trajeron á la isla, sus prácticas religiosas serán una confusa sombra de lo que

fueron las ceremonias de sus progenitores, sus usos y costumbres no las conocerían por suyas los que en la isla fueron sus primeros pobladores. Y si tanto no quiere concedérsenos, esto es, si no quiere convenirse con nosotros en la decadencia de dichos isleños, habrá de confesarse á lo menos que permanecen estacionarios, que no se distinguen por ningun adelanto en ningun género.

Si no temiéramos ser vulgares, ó si no se nos achacara á manosear la materia que tratamos, expondríamos una observacion muy antigua que tenemos hecha y que nadie podrá contradecir: sin embargo, contando con la benevolencia de quien nos lea, y con el único propósito de aclarar más y mejor el asunto, que bien lo merece, nos atrevemos á emitir esta observacion.

Los pueblos de corto vecindario de las naciones cultas son más ó menos ilustrados á medida que se alejan más ó menos de un centro de mucha poblacion. Supongamos ahora uno de los pueblos de los llamados de la alta montaña, en donde hay su capellan y médico cirujano. Estos dos últimos siguieron su carrera respectiva en capitales de provincia, con más ó menos brillantez, vivieron unos cuantos años alternando con personas de mucha ilustracion, de fino trato, etc., etc. Llegan al pueblo y comienzan el ejercicio de su cargo cada uno. Desde el día en que llegaron al pueblo para fijarse en él, han pasado ya veinte años: veinte años que suponen muchas horas empleadas por el cura en predicar á sus feligreses, y por el médico en indicarles las causas de las enfermedades, modos de curarlas, etc., etc. Pues bien, durante todo este largo espacio de veinte años ¿quién ha sentido la influencia de las costumbres y de la civilizacion: el cura y el médico, ó el pueblo? Una larga y muy atenta observacion nos permite contestar sin vacilaciones, sin rodeos y sin temor de ser desmentidos ni por un solo caso, que en lugar de civilizarse el pueblo con el contacto y roce de aquellas dos personas públicas, son éstas, al contrario, las que han adquirido, sin darse cuenta de ello, los hábitos groseros, su descuido en el vestir, etc., etc., de aquellas pobres gentes, identificándose de tal manera con ellas que ya no viven con holgura, sino atemperándose en un todo á su modo de ser y vivir.

Respondemos de la exactitud y veracidad de esta observacion, repetida innumerables veces y en muy distintos puntos: ahora bien, si personas civilizadas y hasta finas, si personas ilustradas y con hábitos distinguidos, puestas en contacto con inferiores descienden en lugar de hacer ellos subir algun grado de cultura á los que forman su sociedad ó trato diario, ¿cómo puede argüirse en buena lógica, ni deducirse con sano y seguro criterio que sociedades, mal dicho, que pelotones de salvajes, entregados á rienda suelta á sus pasiones, arrastrados por la corriente innata en el hombre hacia el mal, se vayan mejorando ellos mismos sin el aliciente de la imitacion ó del ejemplo exterior, venzan sus pasiones, corrijan sus defectos, sujeten sus malos instintos, que malos instintos tiene el hombre salvaje, y lleguen al grado de cultura que distingue á los pueblos moralizados?

Háse dicho y con razon, que el hombre sabio tiene sus ribetes de loco. Locos deben ser, y rematados, cuando escriben los sabios cosas por el estilo de las que llevamos indicadas acerca de la primitiva barbarie de los primeros hombres.

Ya hemos dicho y casi es inútil repetirlo que conocemos los tiempos actuales y que no desconocemos los pasados; que nada hay nuevo debajo del sol, y por esto mismo nos subleva la opinion del salvajismo de los primeros hombres.

Hemos estudiado bastante la historia, y cuando vemos que en remotísimos tiempos hubo sociedades que edificaron ciudades como Ninive y Babilonia; que levantaron monumentos como las pirámides, que fabricaron estatuas como la del coloso de Rodas, y construyeron templos como el de Salomon; cuando en China, Persia, Egipto, Grecia y Roma, dejó la civilizacion unas huellas tan profundas que docenas de siglos, trastornos y cambios no han conseguido borrar aún; cuando vemos que ni el más refinado lujo actual puede compararse con el de las dinastías y pueblos asirios, egipcios, persas, griegos, romanos y ni siquiera con los mejicanos y peruanos que hemos llamado bárbaros ó salvajes; cuando vemos que las artes modernas se inspiran aún para ser bellas en los modelos de esos pueblos antiguos que se perdieron entre el polvo de sus sepulcros; cuando reflexionamos que todas

las literaturas modernas no han ni siquiera igualado los poemas del pobre ciego que no tuvo modelo á quien copiar ni casi precedentes en que inspirarse; nos rebelamos llenos de indignacion é ira contra los detractores de los pasados tiempos y encomiadores de los actuales. ¿Qué modelos para copiar, qué ejemplos para imitar tenían los representantes de aquellas civilizaciones que aún admiramos?

La imaginacion entra por mucho, si ya no lo hace todo, en los trabajos de los sabios que suponen al hombre en estado enteramente salvaje, y la fantasía es mala consejera y peor guía tratándose de materias científicas, é históricas.

Para que se vea lo que influye la imaginacion, oigamos lo que dice el señor vizconde d' Archiac, sabio geólogo y paleontólogo, quien, como si hubiese sido testigo presencial de la aparicion de los primeros hombres en la tierra, nos dice lo siguiente: «Ninguna especie nos muestra una infancia »tan larga como la especie humana. Ninguna empleó tanto tiempo para ma- »nifestar sus caracteres propios, los que debian asegurarle, á lo ménos en »algunas de sus razas, una supremacía real sobre los otros *organismos*.» (1)

Y en otra parte de sus obras estampa el mismo autor los siguientes despropósitos reñidos con todos los datos históricos y científicos: «Las huellas »materiales de la industria naciente del hombre, la marcha tan lenta y casi »inconmensurable de sus progresos al traves de tantas generaciones que se »sucedieron, el desarrollo apénas sensible de su inteligencia, aplicada á las »cosas más esenciales de la vida y que no excede en mucho á la de ciertos »animales; miéntras que toda idea elevada dormitaba profundamente, que »toda aplicacion de esta idea á un objeto inmaterial parecía ser desconocida, »son, indudablemente, en el hombre inmaterial un fenómeno muy curioso. »Por esto, ninguna circunstancia particular marca la aparicion del hombre, »en el órden físico de la naturaleza. Las primeras generaciones debieron vi- »vir rodeadas de los animales que vemos todavía actualmente, y, sin oca- »sionar entre ellos otros cambios que los exigidos por la necesidad de vivir,

(1) *Lecciones acerca de la fauna cuaternaria*, pág. 30.

»alimentarse, vestirse y abrigarse. Nada denotaba entónces en él la supremacía que sucesivamente adquirió por un fenómeno fisiológico particular.» (1)

¡Qué ridículos y necios son los sabios! ¿Quién, sino un testigo ocular, puede hablar con esta autoridad?

Nuestro testimonio no serviría de nada por incompetentes: á fin de prevenir, pues, las objeciones que en este sentido se nos pudieran hacer, nos acogemos á la autoridad de un sabio, el doctor Cerise, quien escribía en 1868:

«Es preciso resignarse á confesar que el estado de naturaleza para el hombre se sustrae á la observacion como al experimento..... Jamás se han encontrado ejemplos del hombre natural, esto es, de hombres que hayan alcanzado un desarrollo regular, fuera de toda influencia de educacion ó social..... La hipótesis no está probada ni por la observacion ni por el experimento. Los hombres señalados como salvajes, víctimas de la casualidad ó del crimen, estaban lisiados en su inteligencia, detenidos en su desarrollo físico-cerebral, idiotas, imbéciles ó monomaníacos. Algunos disponían de palabras, signos é ideas, justificando un abandono tardío ó una influencia educatriz que no había sido enteramente suprimida. La hipótesis del estado de naturaleza queda pues sin comprobacion posible. Su destino es sostenerse en el delirio ó en la paradoja, como en el siglo décimo octavo. El experimento imposible y la observacion impotente dejan libre campo á la imaginacion. Cuando se ha tomado en serio el descubrimiento de un hombre en el estado de naturaleza, le han pegado á uno un chasco..... el mismo Rousseau ha tenido buen cuidado de advertirnos que él no caía en el engaño. Las tribus llamadas salvajes por los viajeros, no realizan más el estado de naturaleza. Revelan decadencia, pero no son primitivas. En su barbarie no representan á la humanidad en su aurora, libre de toda tradicion, y en plena posesion de sus instintos primordiales.»

Vamos á terminar este ya demasiado largo capítulo para entrar de lleno

1) *Curso de paleontología estratigráfica.*

en el asunto más interesante para nuestro objeto; pero no pondremos punto final sin aducir todavía alguna autoridad que dé mayor peso á nuestras afirmaciones, hijas de una profundísima convicción.

«El hombre, dice M. Itard, célebre médico, en el estado de naturaleza pura, es inferior á muchísimos animales; espanta por su nulidad y su barbarie. La superioridad moral que se afirma ser natural al hombre, no puede asegurársele sino por la sociedad y la civilización. No dudo que si se aislaran desde la más tierna infancia dos niños, varón el uno, hembra el otro, y si se hiciera lo mismo con dos cuadrúpedos escogidos en la especie ménos inteligente, se mostrarían estos últimos mucho más superiores á los primeros en los medios de proveer á sus necesidades, y velar, ya para su propia conservación, ya para la de sus hijuelos.»

Un sabio naturalista de este siglo, M. de Blainville, en su *Historia de las ciencias de la organización*, dice acerca de esto: «Las tradiciones de todos los pueblos están acordes con la Escritura revelada y con la ciencia para enseñarnos que el hombre fué originariamente criado en un estado de perfección del que ha caído. Perfecto desde el principio, no pasó por los desarrollos sucesivos de las diferentes edades; fué criado social, porque esta es su naturaleza y su estado normal. Su ciencia fué grande. Dios fué su maestro; la naturaleza entera le estuvo sujeta, y él conocía su imperio. Dios llevó todos los animales delante del hombre, que les dió nombres convenientes, formó de esta manera la nomenclatura universal, y llegó desde el primer paso al perfeccionamiento de una ciencia acabada. . . . (1).»

Nuestro corazón respira al ver que hay buena parte de sabios sensatos que opinan como nosotros, oponiéndose al estado salvaje ó de naturaleza pura del hombre primitivo. La naturaleza, dice muy bien un sabio contemporáneo, habría sido más que madrastra, habría sido homicida, si hubiese hecho aparecer al hombre acá y acullá, aún en el estado adulto, con sus solas aptitudes naturales, condenado á adquirirlo todo ó á desarrollarlo todo por sí mismo. Habría desaparecido después de algunas generaciones y hasta

(1) BLAINVILLE, *Histoire des sciences de l'organisation*. Paris, 1847. Tom. I, pág. 6.

quizas al cabo de pocos años; porque, al nacer, habría constituido una raza degradada ó degenerada, y está en la naturaleza de las razas degradadas ó degeneradas no tener una larga existencia.

Hemos pasado en revista, aunque muy ligera y someramente, todo cuanto la leyenda, la novela, la sana y mala filosofía han dicho acerca de la aparicion del hombre en la tierra.

Nuestros lectores comprenderán que, llevados nosotros de nuestro amor á lo bello, á lo simple y á lo lógico, huímos, como de un objeto apestado, de la horrible idea del hombre en estado salvaje. Nadie puede apoyar en datos positivos, ni probables siquiera, la aparicion natural del hombre en la tierra; los que tal dicen no tienen más fundamento que los delirios de su fantasía. Nosotros, fundados en una historia antiquísima, la más antigua que registran los anales del mundo, podemos á lo ménos emitir nuestro juicio acertado diciendo: tenemos la creacion del hombre afirmada por Adan, que fué su objeto, recogida por Noé al traves de un corto número de generaciones, transmitida á Moises por una tradicion muy reciente y sin ninguna interrupcion. De este modo se realizó este maravilloso acontecimiento, que no pudo realizarse de distinta manera.

Siguiendo el curso escrito en las páginas de esta historia, que nos revela las primeras horas del mundo, vemos al hombre caminando á pasos de gigante hacia la civilizacion, haciendo producir á la tierra sabrosos frutos, multiplicando los rebaños de animales domésticos de toda especie, edificando ciudades, creando con la armonía y el canto instrumentos de música, organizando un culto divino público, forjando el hierro y otros metales.

Aquí cerraríamos ya definitivamente este capítulo, si nouviésemos curiosidad de hacer una pregunta á todos los sabios que quieren el estado salvaje de las primeras generaciones humanas.

Si el hombre no se diferenció de los animales; si nada denotaba en él la supremacía que sucesivamente adquirió por un fenómeno fisiológico particular, ¿cómo llegaron hasta los primeros hombres civilizados las especies de plantas de toda clase que exigen el cuidado agrícola anual de sementera, laboreo, recoleccion y demas operaciones? ¿quién sembró, segó, trilló y

conservó el trigo que pudieron sembrar, segar, trillar y conservar los primeros pueblos civilizados? ¿quién sembró, cuidó y recolectó las demas semillas que exigen iguales ó parecidos cuidados que el trigo? ¿Se ha calculado lo que hubiera sido la tierra, si, suponiendo aún un sér superior criador, hubiese quedado por generacion tras generacion, abandonado á sí mismo todo cuanto hubiese ostentado en su primer día nuestro globo, como manifestacion del poder omnipotente? Preocupados los sabios en sus paradojas no han atinado en este insignificante detalle que es de sentido práctico, y, ó mucho nos engañamos, ó es la piedrecita que derriba el coloso de piés de barro, ó es el grano de arena que atasca la carroza de la vanidad y orgullo de la ciencia que no atiende á lo más insignificante infatuada con su falso oropel y fingido brillo.

¡Cuánta audacia se necesita para obstinarse ridículamente en hablar con tanto aplomo de los orígenes de las cosas como si se hubiese sido testigo presencial de ellos, fundándose en su propio criterio y prescindiendo del único guía existente acerca de tal materia!

Ajustándonos estrictamente á la índole de nuestra obra y no saliéndonos de los límites á que debemos concretarnos, creemos dejar probado que en el estado actual de la ciencia son insuficientes, segun dice Virchow, los materiales prehistóricos y la agudeza de los investigadores, así para explicar con acierto los instrumentos, habitaciones, los cráneos y demas huesos de tiempos anteriores á la historia, como para deducir lo que serían los primitivos hombres respecto á sus hábitos, costumbres y distintos géneros de vida. Con tal objeto es preciso observar y estudiar á los salvajes contemporáneos, y ni aún así puede esclarecerse todo lo que es necesario á fin de lograr acabado conocimiento acerca de hombres que vivieron en épocas, climas y circunstancias de que nada se sabe.

No deshonremos nuestro abolengo; respetemos la memoria de nuestro primer padre, verdadero tipo del hombre varonil é inteligente; no mortifiquemos el amor propio de nuestra primera madre, modelo acabado de belleza y prototipo de elegantes y perfiladas formas; admiremos su inteligencia de la que son eco fiel las tradiciones antiguas de todos los pueblos que

conocemos, y recreemos nuestra imaginación meditando en las bellas horas que pasarían cuando, solos en el mundo, tenían por habitación tiendas de rosas y azucenas, alfombras de florido césped y todo el universo sujeto á su dominio por herencia; no rechazemos la edad de oro, ya que se nos quiere hacer admitir la de hierro; no neguemos el Eden, el jardín de delicias, primera mansión del hombre inocente y feliz cuya tradición se ha conservado en el recuerdo de todos los pueblos, y esta unánime conformidad, dice Renan, «descansa necesariamente en algun rasgo general de la condición de la humanidad, ó en alguno de sus instintos más profundos.» (1)

No se nos censure porque nos vence la tentación de alargar un poquito más este ya extenso capítulo, que también nosotros, imitando á los sabios, nos dejamos llevar por la imaginación. «La edad de oro, dice Ovidio, fué »la primera..... La tierra inculta lo producía todo por sí misma, sin atormentarla el rastrillo, ni abrirla el arado. Satisfecho el hombre con los alimentos que la naturaleza le ofreció sin esfuerzos, cogía los frutos del madroño »y del cornizo, la fresa de las montañas, la zarzamora que crece en el arbus- »to espinoso, y las bellotas que caen del árbol de Júpiter. Reinaba entónces »una primavera eterna. Los dulces céfiros animaban con sus tibios soplos »las flores abiertas sin semilla. La tierra, sin el auxilio del arado, producía »por sí misma, abundancia de cosechas. Corrían por los campos fuentes de »leche, ríos de néctar, y la corteza de la encina destilaba la miel á manera »de benéfico rocío.» (2)

El Iking, uno de los libros más sagrados de los chinos, hablando de los primeros tiempos del mundo, dice: «..... El hombre, habitante de »un mundo tan regalado y magnífico, no veía nada que no contribu- »yera á contentar sus deseos: unido en el interior á la soberana razón, »ejercitaba la justicia en el exterior: no teniendo cosa alguna falsa en el co- »razón, gozaba de una alegría siempre pura y tranquila; sus acciones eran »sencillas y su conducta sin artificios. El cielo le ayudaba á aumentar sus

(1) RENAN, *Historia de las lenguas semíticas*, pág. 475.

(2) OVJUDIO, *Metamórfosis*, libro 1.º

»virtudes, y la tierra productora por sí misma en abundancia, le procuraba
»una vida deliciosa; los seres vivientes no tenían que temer la muerte y las
»criaturas no se dañaban mutuamente. Los animales y los hombres estaban
»en una especie de amistad; el hombre no pensaba en dañarles y ellos no
»tenían la voluntad de hacerle mal; habitaba un lugar delicioso, la mansion
»de los inmortales.» (1)

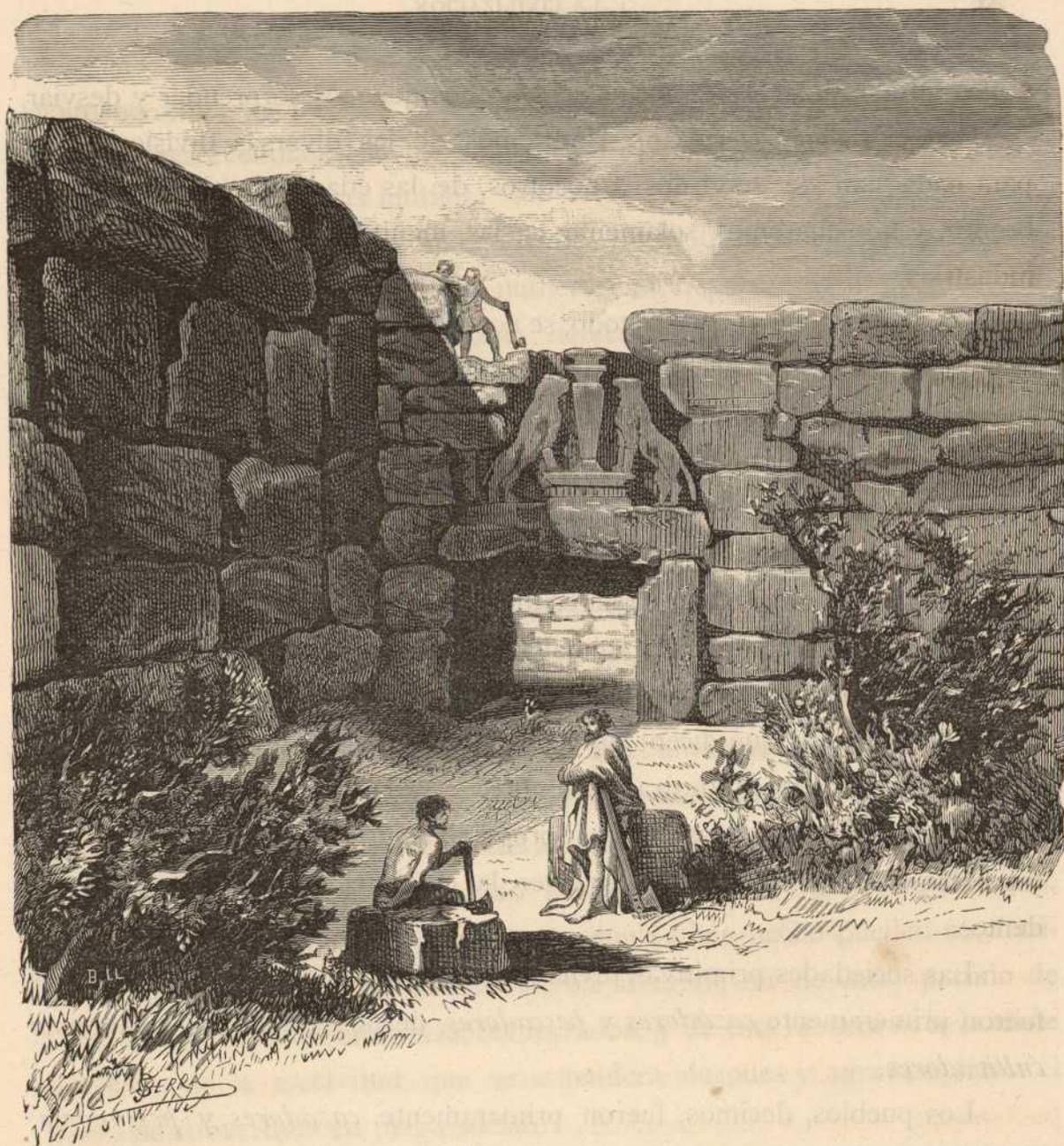
Quizas á estos textos de Ovidio y del Iking se nos opongan los de Horacio (2) y Lucrecio (3); pero para nosotros es preferible el hombre divino, sublime, noble, bello y poético al bestial y voluptuoso, en una palabra, al hijo del mono.....



(1) BERTRAND. *Diccionario de las religiones*, pág. 234.

(2) HORACIO. *Sátiras*, libro 1.º, sátira 3.ª

(3) LUCRECIO. *De Natura rerum*, libro V.



CAPÍTULO II.

PRIMERAS INDUSTRIAS.—PRIMERAS Y DIVERSAS MANIFESTACIONES
DE CIVILIZACION.

ENTRAMOS en un laberinto que ni el de Dédalo. Las diversas sectas en que se ha fraccionado la ciencia volverán á obstruirnos el camino á cada paso, á fin de dificultarnos nuestro viaje, y nos presentarán

tantas falsas salidas, que mucho será no nos dejemos sorprender y desviar.

Para el mejor acierto, prescindiremos de las diversas divisiones, que para nada han de servirnos á nosotros, de las edades de piedra, hierro y bronce, y nos fijaremos solamente en las manifestaciones de las primeras industrias.

Por de pronto, y ántes que todo, se nos presenta una observacion y es que el hombre revela una opcion muy decidida á los adornos, porque se la encuentra en los más remotos tiempos de la antigüedad y en todos los países. Los hombres y las mujeres de los primeros días ofrecían ya sacrificios á las gracias. En medio de su existencia precaria, y cuando tenían apénas lo indispensable, se dedicaban ya á fabricarse collares, brazaletes, arracadas, ya de conchas que agujereaban en su centro, para ensartarlas á manera de rosario, ya con dientes de diversos animales que horadaban con el mismo objeto.

No anticipemos ideas que tendrán su oportunidad más adelante, y mientras tanto sepamos qué dicen las leyendas ántes de engolfarnos en la verdadera historia, segun nuestra costumbre.

«Es curioso seguir las formas progresivas de las sociedades humanas, y señalar las etapas que debió recorrer la civilizacion en su marcha ascendente.

»Las sociedades primitivas tuvieron tres formas sucesivas. Los hombres fueron primeramente *cazadores* y *pescadores*, despues *pastores* y finalmente *cultivadores*.

»Los pueblos, decimos, fueron primeramente *cazadores* y *pescadores*. La poblacion humana era entónces poco numerosa, y esto se explica. Un grupo de hombres que no encuentra sino en la caza y la pesca sus medios de existencia, no puede componerse de un número muy crecido de individuos. Se necesita una vasta extension de país para alimentar á una poblacion que no encuentra su subsistencia sino en la caza ó en la pesca. Además, este género de vida es siempre precario, porque nunca se está seguro de tener víveres para el día siguiente. Esta preocupacion continua de la subsistencia aproxima el hombre al bruto, y le impide ejercer su inteligencia en cosas nobles y útiles. La caza es además la imágen de la guerra, y esta debe nacer

fácilmente entre los pueblos vecinos y que viven de igual manera. Si en estas colisiones eventuales se hacen prisioneros, son estos inmolados, por no tener que alimentar bocas inútiles.

»Mientras las sociedades humanas no se compusieron más que de grupos de cazadores y pescadores, no pudieron hacer pues ningun progreso en el orden intelectual, y sus costumbres debieron ser bárbaras. La muerte de los prisioneros era la regla de los combates.

»La sociedad de los pastores sucedió á la de los cazadores. Habiendo el hombre domesticado primero al perro, despues al toro, al caballo, al carnero ó lama, aseguró su existencia del día siguiente, y pudo ocuparse en otras cosas que en su alimento. Por esto se ve á los pueblos pastores adelantar en el camino del progreso, perfeccionar su vestido, sus armas y abrigos.

»Pero los pueblos pastores necesitan igualmente grandes espacios, porque los ganados agotan muy pronto los pastos de una region, y es preciso ir á buscar más léjos los que deben asegurar el alimento por la carne y la leche. Los pueblos pastores fueron pues necesariamente nómadas.

»En sus emigraciones recíprocas encuéntranse las tribus de pueblos pastores, y deben disputarse el mismo territorio, con las armas en la mano. Estalla la guerra. Como los prisioneros que se han hecho pueden ser fácilmente alimentados por el vencedor, con la condicion de sacar partido de ellos, se les convierte en servidores forzados, y de esta manera nace la triste condicion de la esclavitud, que se extenderá despues y agravará hasta el punto de convertirse en plaga social.

»La tercera forma de la sociedad se realizó el día en que el hombre pasó á ser cultivador, es decir, cuando pidió á las plantas y á las yerbas artificialmente producidas un manantial de alimentos abundante y seguro.

»La agricultura da comodidades al hombre y suaviza sus costumbres. Si llega á estallar la guerra, es ménos cruel en sus episodios. El cautivo, sin ser reducido á esclavitud, puede aumentar el número de los trabajadores de los campos, y en cambio de un censo, contribuir al bienestar de la tribu. Entónces el siervo reemplaza al esclavo; se organiza y pasa á ser definitiva una verdadera sociedad, compuesta de amos y de siervos de diversos grados.

» Los pueblos cultivadores, desembarazados de las preocupaciones de la vida material, pueden cuidar su inteligencia, que se enriquece rápidamente. De esta manera echó la civilización sus primeros cimientos en la sociedad de los hombres.

» Estas son las tres etapas que debieron recorrer en todos los países los grupos humanos, para llegar á la civilización. La sucesión de uno á otro estado fué más ó menos rápida según los tiempos y los lugares, según los países y los hemisferios. Pueblo hay actualmente muy poco adelantado en la civilización, que era, al contrario, superior á otro en su origen. Los chinos fueron civilizados mucho ántes que los europeos. Construían soberbios monumentos, cultivaban la morera, criaban gusanos de seda, fabricaban porcelanas, etc., cuando nuestros antepasados los celtas y los arias, cubiertos con pieles de fiera, y el rostro pintado, vivían en los bosques, en el estado de cazadores. Los babilonios se ocupaban en astronomía y calculaban la vuelta de los astros dos mil años ántes de Jesucristo, porque los registros astronómicos que Alejandro el Grande trajo de Babilonia, suponen más de diez siglos de observaciones celestes. La civilización egipcia asciende á lo ménos á cuatro mil años ántes de Jesucristo, como lo prueba la magnífica estatua de Gheffrel que se remonta á dicha época, y que, compuesta de granito, no puede haber sido tallada sino con instrumentos de hierro y acero, lo que supone ya una industria bastante adelantada.

» Háganos modestos esta última consideración. Recordemos que los pueblos que hemos venido á aplastar con nuestra superioridad intelectual, que los chinos, los egipcios, y quizás hasta los antiguos habitantes de Méjico y del Perú, nos precedieron mucho en la carrera de la civilización.

» La industria fué evidentemente la que contribuyó á apresurar los progresos de la civilización. Es muy digno de notar, ver que la materia que compone los agentes de la industria, es la que, transformándose, produjo los progresos de las sociedades. Dos sustancias minerales fueron los agentes de la industria primitiva: la piedra y los metales. El instrumento de piedra bosquejó la civilización y el de metal la completó.....

» En otra obra nuestra (*El hombre primitivo*), hemos seguido paso á paso

el perfeccionamiento y las oscilaciones de la industria primitiva de los pueblos. Hemos visto primeramente al hombre sin más instrumento de defensa ó ataque que sus uñas, sus dientes ó el palo, apoderarse muy pronto de la piedra, para fabricar con ella armas é instrumentos. Le hemos visto despues hacer la conquista del fuego, cuyo uso conoce solamente el hombre. Hemos visto merced al auxilio del fuego, suplir en los climas rigurosos el calor que le negaba el sol, crear durante la noche un alumbrado artificial y completar lo insuficiente de su régimen alimenticio, sin contar con los muchísimos servicios que su industria sacaba del poderoso auxilio del calor.

»Á medida que el hombre progresa, no le basta ya el instrumento de piedra simplemente tallado; lo pule, y hasta comienza á adornarlo con dibujos y símbolos. Así nacen las artes.

»Á la piedra se suceden los metales, y merced al empleo de estos, se opera una verdadera revolucion en las sociedades humanas. El instrumento de bronce realiza trabajos y obras absolutamente fuera del alcance del instrumento de piedra. Más adelante aparece el hierro, y desde entónces progresa la industria á pasos agigantados (1).»

Si estos cuadros representaran la verdad, no fuera el hombre el rey de la creacion, no fuera el señor de la naturaleza, y no estarían á su merced el elefante, el rinoceronte, el leon, el tigre y demas animales, á los que bate y mata cuando quiere.

Concretándonos ahora á la industria de remotos tiempos, las dimensiones gigantescas de las pirámides, de los obeliscos, de los diques y mil otros trabajos, nos dicen á voces que se movieron aquellos materiales por medio de máquinas, pero máquinas de gran potencia, y todos sabemos los grados de cultura que supone la construccion de una máquina. ¿Puede admitirse por ventura que las construcciones ciclópeas, que aún podemos examinar actualmente en algunos puntos del globo, á pesar de los muchos siglos transcurridos, se hayan levantado sin el auxilio de cabrias y gruas ú otras máquinas análogas que las sustituyeran? ¿Hubieran los hombres, aunque hu-

(1) FIGUIER. *Las Razas humanas. Introduccion.*

biesen sido gigantes, podido levantar las piedras que las forman, algunas de las cuales se encuentran colocadas á muy grandes alturas? La misma naturaleza de los materiales, su justa posicion sin ningun tallado previo, el aparejo y la base de piedras enormes, todo prueba que se debieron emplear poderosas máquinas para edificar estas grandes obras. ¿Pudieron levantarse á fuerza de brazos los obeliscos que tanto abundan en Egipto? Contesten por nosotros los esfuerzos que han sido necesarios para vencer las dificultades que oponía la traslacion de alguno de ellos á Europa. De todo esto se infiere la prueba innegable de que los egipcios disponían de medios muy adelantados, quizas más de los que disponemos nosotros, por más que duela á nuestro orgullo confesarlo.

Y no se crea que cultivando esta clase de industrias se descuidaran ó desconocieran otras que podrían considerarse como de mero lujo; porque tenemos datos suficientes que nos prueban lo contrario.

En la excelente obra de Pablo Lacroix *Las Artes en la Edad media y en la época del Renacimiento* hay un capítulo, el segundo, cuyo sumario empieza así: *Los orígenes bíblicos de la tapicería.....* y luégo entra en materia diciendo:

«Si hay un arte cuya historia, en los tiempos más remotos, ofrezca brillante testimonio de la industria é ingeniosidad humanas, es, á buen seguro, el de tejer ó bordar tapicerías; porque, por muy alto que podamos remontarnos, en los anales de los pueblos, encontramos este arte floreciente ya, y produciendo ya maravillas.

»Abramos en primer lugar la Biblia, el más antiguo de los documentos históricos: nos mostrará telas tejidas, no solamente al telar, sino tambien á la mano, ó, mejor dicho, ricamente bordadas á la aguja en un cañamazo de cañamo ó lino. Estas magníficas telas, lenta y minuciosamente fabricadas, que representaban toda clase de imágenes, figuradas en relieve y en colores, servían de adorno para el templo del Señor, y de ornamento para los sacerdotes que celebraban las ceremonias del culto, y puede convencernos de esto la descripcion que hace el Éxodo de las cortinas que rodeaban el tabernáculo. Uno de estos bordados, en cuya ejecucion se empleaban, juntamente con

hilos de oro y plata, la lana y la seda teñidas, habían recibido el nombre de *opus plumarii* (trabajo que imita el plumaje de las aves); otros, el velo del Santo de los Santos, por ejemplo, que representaba querubines en adoración, se llamaban *opus artifices* (trabajo del artista), porque salían de manos del tejedor, que los fabricaba en el telar, combinando, con el auxilio de muchas lanzaderas, la trama de las lanas y de las sedas de diversos colores.

»En las tradiciones de la soberbia Babilonia, vemos también que las tapicerías de figuras exponen los misterios de la religión y perpetúan la memoria de los hechos históricos. «El palacio de los reyes de Babilonia, dice »Filostrato en la *Vida de Apolonio de Tiane*, estaba adornado de tapicerías »tejidas de oro y plata, que recordaban las fábulas griegas de los Andrómedas, de los Orfeos, etc.» El poeta griego Apolonio de Rodas, que escribía un siglo antes de nuestra era, repite en su poema de los *Argonautas*, que las mujeres babilonias sobresalían en el trabajo de las telas suntuosas. Las famosas tapicerías que, en la época de Metelo Scipion, fueron vendidas por ochocientos mil sextercios (unas 165,000 pesetas de nuestra moneda), y compradas cien años después por el precio exorbitante de dos millones de sextercios (unas 412,000 pesetas), por Neron, para cubrir los lechos de sus festines, eran de procedencia babilónica.

»El antiguo Egipto, que parece haber sido la cuna lejana de una civilización superior, se distinguió también en este arte maravilloso cuyo invento atribuían los griegos á la diosa Minerva, y de que se trata á cada instante en su mitología. La tela de Penélope, que representaba las hazañas de Ulises, ha quedado célebre entre todas. En una tela parecida bordó Filomela, en su cárcel, la historia de sus desgracias, después que Teseo le hubo cortado la lengua para impedirle que se quejara á Proguca, su hermana, de las afrentas que le había hecho sufrir. En los poemas de Homero se mencionan ó describen continuamente bordados del mismo género, hechos á la aguja ó en telar, y destinados á servir de tapices decorativos ó de adorno para los hombres como para las mujeres. Elena, durante el sitio de Troya, trabaja en reproducir en un fino tejido los sangrientos combates de los héroes que

se degüellan en su nombre; el manto de Ulises representa un perro destrozando á un cervatillo, etc.

»El uso de bordar combates ó cacerías en los vestidos parece haber durado mucho tiempo. Segun dice Herodoto, ciertos pueblos de los alrededores del mar Caspio eran aficionados á representar en sus vestidos animales, flores, países, etc. Este uso está indicado entre los paganos por Filostrato, y entre los cristianos por Clemente de Alejandría. Plinio, el naturalista, que vivía en el primer siglo de nuestra era, habla varias veces de ello en sus obras. Trescientos años despues, Arnasio, obispo de Amaseo, deplora la locura que hace «dar tan crecido precio al arte de tejer, arte tan vano como inútil, que por la combinacion del urdimbre y de la trama imita la pintura. »Cuando hombres vestidos de telas tejidas de dicha manera, añade el piadoso obispo, se presentan en la calle, les miran los transeuntes como si fueran cuadros caminantes, y los niños les señalan con el dedo. Hay allí leones, panteras, osos, rocas, bosques, cazadores, etc. Los más devotos llevan tambien en sus vestidos á Jesucristo, sus discípulos y la figura de sus milagros. Aquí se ven las bodas de Caná y los cántaros de agua trocados en vino; allí hay el paralítico con su cama á cuestras, ó la pecadora á los piés de Jesús, ó Lázaro resucitando.»

»Basta hojear los escritores del siglo de Augusto para saber que los salones de las casas opulentas estaban siempre cubiertos de tapices, y que los había en las mesas, ó mejor dicho en los lechos en que se recostaban los convidados.

»Los tapices Attalicos, especialmente, que se llamaron así porque procedían de la sucesion legada al pueblo romano por Attalo, rey de Pérgamo, eran de indescriptible magnificencia; Ciceron, que era inteligente en la materia, habla de ellos con entusiasmo en sus obras.....»

Dos objetos nos hemos propuesto al presentar estos párrafos de una obra tan acreditada: probar que la relacion de Moisés es un arsenal de noticias aún para las artes, y demostrar lo muy adelantadas que habían de estar desde remotísimos tiempos las industrias ó artes y oficios, teniendo en cuenta las muchas que hay aquí citadas de un modo indirecto, como son: el te-

jido, el dibujo, la pintura, el labrado de oro y plata, el tinte de la seda y lana, la fabricacion de las agujas, etc., etc.

Siguiendo nosotros el ejemplo de Lacroix, esto es, buscando en la narracion de Moisés los datos que puedan servirnos para nuestro objeto, vamos á probar que los hombres desde los tiempos prehistóricos estaban muy adelantados no sólo en industria sino hasta en ciencias, y por lo tanto, que es una pedantería de género bufo pintarnos al hombre valiéndose de las uñas—como si fuera un oso—de los dientes—como si fuera un lobo—para defenderse ó atacar á los animales, y procurarse los medios necesarios para la vida.

Segun la refacion de Moises, dijo Dios á uno de los primeros hombres del mundo: «Tú haz para tí un arca de maderas bien acepilladas: en el arca dispondrás celditas, y las calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y has de fabricarla de esta suerte: la longitud del arca será de trescientos codos, la latitud de cincuenta, y de treinta codos su altura. Harás una ventana en el arca y el techo del arca lo harás de modo que vaya alzándose hasta un codo; pondrás la puerta del arca en un costado, y harás en ella tres pisos, uno abajo, otro en medio y otro arriba.....»

Creeríamos ofender la ilustracion de quien nos lea si nos detuviéramos en enumerar aquí los distintos oficios citados en estas pocas líneas de un modo indirecto, y en discurrir acerca de los conocimientos previos necesarios, para llevar á cabo una obra como la que debía hacer é hizo Noé. En su consecuencia, dígasenos ahora si se concibe el hombre luchando á arañazos y dentelladas, cuando está en disposicion, á las pocas generaciones, de construir una obra de madera, claveteada, calafateada con brea, etc., etc., con puertas, ventanas, pisos, etc., etc.

«Si adelantando un paso más, dice el sabio Moigno, se quiere disputar á las generaciones antediluvianas el poder de construir, bajo la direccion de Noé, un buque de dimensiones colosales, y si se encuentra que los cien años consagrados á esa inmensa obra eran suficientes, recordaremos lo que ya tenemos dicho, que las ciencias y las artes antediluvianas estaban incomparablemente más adelantadas de lo que se imaginan los partidarios del progreso

continuo, que el mundo primitivo estaba en posesion del hierro y del bronce; que sabía trabajar estas materias primeras en muy vasta escala; que se habían edificado ya ciudades, pero grandes ciudades, etc.; 2.º apelaremos de ello á un testimonio positivo, irrecusable, contemporáneo de las maravillas de la industria y de la mecánica de aquella época de gigantes. «Al pié de las ruínas de Balbeck, tan célebre por sus monumentos de arquitectura que se remontan precisamente á la edad de Noé, pudimos, dice un viajero ilustre, M. de Lamartine (*Viaje en Oriente*, edicion en 12, 1859, tomo II, pág. 24 y siguientes) medir las piedras ciclópeas que forman el pedestal del monumento. Este pedestal tiene 30 piés próximamente sobre la llanura de Balbeck; está construído de piedras cuya dimension es de tal manera prodigiosa, que, si no estuviera atestiguada por viajeros dignos de fe, la imaginacion de los hombres actuales quedaría abrumada bajo la inverosimilitud; la imaginacion de los mismos árabes, testigos diarios de estas maravillas, no las atribuye al poder del hombre sino al de los genios ó potestades sobrenaturales. Cuando uno considera que estas piedras de granito tallado tienen hasta 156 piés de largo por 15 ó 16 piés de ancho, y un espesor desconocido, y que esas masas enormes están elevadas unas sobre otras á 20 y 30 piés del suelo, que se han sacado de canteras lejanas, traído allá y levantado á tan grande altura para formar el pavimento de los templos, retrocede uno ante tal prueba de las fuerzas humanas; la ciencia de nuestra época no tiene nada que lo explique, y no debe sorprender que se necesite entónces acudir á lo sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente de la fecha de los templos; eran misterios para los antiguos como para nosotros; son de una época desconocida, quizas antediluvianas; es muy verosímil que han llevado muchos templos consagrados á cultos sucesivos y diversos. Á simple vista se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos pertenecientes á épocas diversas sobre la colina de las ruínas de Balbeck. Créese que estas piedras gigantescas han sido removidas ya por las razas de hombres que todas las historias primitivas llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Asegúrase que, no léjos de allí, en un valle del Anti-Líbano, se descubren osamentas humanas de inmensa grandeza. Las tradiciones orientales y el mismo monumento le-

vantado sobre la llamada tumba de Noé, á poca distancia de Balbeck, señalan esta mansion al patriarca. Los primeros hombres salidos de él pudieron conservar mucho tiempo todavía la talla y las fuerzas que tenía la humanidad ántes de la submersion total ó parcial del globo; estos monumentos pueden ser obra suya. Aun suponiendo que la raza humana no haya excedido jamas sus proporciones actuales, pueden haber cambiado las de la inteligencia humana. ¿Quién nos dice que esta inteligencia más jóven no hubiese inventado procedimientos mecánicos más perfectos, para remover, como un grano de polvo, esas moles que un ejército de cien mil hombres no conmovría ahora? Sea como quiera, algunas de las piedras de Balbeck, que miden hasta 62 piés de longitud y 20 de anchura por 15 de espesor, son las más prodigiosas moles que jamas haay removido la humanidad. Las piedras más grandes de las Pirámides no exceden de 18 piés de longitud.»

¿Era más difícil construir el arca de Noé, descrita por Moises, que levantar las piedras de Balbeck? Y, sin embargo, las piedras de Balbeck permanecen en pié, están firmes allí como un testimonio vivo y permanente del poder, de la fuerza, de la inteligencia de una raza de la que, sin Moises, no sabríamos auténticamente la existencia, y para la cual no debió ser más que un juego la construccion del arca. (DARRAS, *Historia de la Iglesia*, tomo I, pág. 272.)

La misma narracion de Moises nos dice muy poco despues: «Y Noé, que era labrador, comenzó á labrar la tierra, y plantó una viña; de que bebiendo el vino, quedó embriagado, y echóse desnudo en medio de su tienda..... Sem y Jafet echándole una capa sobre sus hombros..... cubrieron la desnudez de su padre...»

Por poco que se fije la atencion en las líneas anteriores, se descubrirán una infinidad de industrias y artes ú oficios formando ya la ocupacion especial de aquellos primeros pobladores del mundo. El ser labrador, labrar la tierra y plantar una viña, cuyo vino embriagó, echarse desnudo, y cubrir los hijos con una capa ó manta la desnudez del padre..... ¡cuánta civilizacion no se descubre ya aquí, cuánta moral, cuántos adelantos!.... Y Noé labra la tierra, y planta viñas, y sus hijos le cubren con una capa ántes de aparecer

en la tierra Nemrod, el cazador forzado, con lo que se desvanece la idea de que la agricultura fuera posterior á los hombres cazadores.

Siguiendo siempre la sencilla pero sublime relacion de Moises, veremos un poco más adelante: «...Y se dijeron..... Venid, hagamos ladrillos, y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betun en lugar de argamasa; y dijeron: Vamos á edificar una ciudad, y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, ántes de esparcirnos por toda la faz de la tierra.....»

Una pequeña dosis de buena fe, y una mediana atencion en lo que antecede bastará al hombre imparcial, que no se deje dominar por prevenciones de ninguna especie, para medir el grado de progreso y desarrollo que habían adquirido las artes y oficios, auxiliados por la industria, entre los hombres primitivos.

Si un hombre dispusiera de una buena linterna para investigar un sitio oscuro, rodeado de precipicios y falto de toda luz natural, y por su antojo se empeñara en apagar la linterna y recorrer á oscuras el sitio, costándole una caída cada paso, ¿qué concepto merecería, sino fuera loco?

La contestacion, por óbvia, es excusada. Este es pues el concepto que se merecen los sabios, ó los que pasan por tales, que, en las investigaciones á que se dejan llevar por su afan de saber, acerca de los tiempos no descritos en ninguna historia, prescinden como si no existiera, de la relacion de Moises, que merece cuando ménos igual crédito que las relaciones de los demas autores antiguos y modernos.

Y como si la verdad, que es de todos los tiempos, temiera salir mancillada de las nebulosidades de los siglos, porque en tiempos lejanos se leyera que los hijos de Noé iban á fabricar una torre muy alta con ladrillos, ella se ha encargado de su propia defensa, procurando que despues de millares de años se desentierren y descifren grandes montones de ladrillos que dan una idea de los sucesos de aquellos días, ladrillos ante cuya venerable antigüedad se descubren respetuosas las academias más ilustradas de Europa, que los estudian y traducen con el afan y cuidado que se merecen (1).

(1) Cuando tratemos de la civilizacion asiria, daremos la traduccion de los episodios del poema ó *Leyendas de Isdubar*,

Quisiéramos entrar ya en el estudio de las ciencias de los hombres primitivos, no de aquellos hombres que se batían con las uñas y los dientes, sino que cultivaban con provecho y mucho lustre, como lo probaremos, las ciencias que tanto nos envanecen ahora; pero deseosos de dar un descanso á nuestros amables lectores, continuaremos aquí una de las tantas leyendas inventadas acerca de la habitacion del hombre.

Ya sabrán los que nos lean que se ha inventado tambien el hombre troglodita, ó habitante de las cuevas ó cavernas, como los buhos y lagartos: y así debía de ser, porque ya que se comenzó una fábula, las buenas reglas literarias exigen que se la complete con unidad de plan y uniforme desarrollo de ideas. Pero vamos á la leyenda (1).

«Doxi! gritó Epergos, ven tambien á ayudarnos.—Si esta choza se cayó, respondió Doxi, ¿por qué intentar volverla á levantar?—Pues, replicó vivamente su compañero, cuando la tempestad ha destruído el nido ¿no lo rehace nuevamente el ave? Si cae una piedra en el hormiguero ¿no hacen otro al lado las hormigas?—Es verdad,» respondió Doxi, y fué á ayudar al escombramiento.

» Á eso del medio día regresó el padre con sus dos hermanos, y, al ponerse el sol, estaba despejado de escombros el emplazamiento de la choza. Los hermanos habían traído provisiones. El tiempo era hermoso; encendióse un gran fuego en la plataforma, y sentándose alrededor en mogotes de césped, los habitantes y los dos compañeros, despues de haber comido, platicaron así:

» Huésped, dijo Epergos, si levantais vuestra casa junto á esta roca, ¿no temeis que la primera tempestad vuelva á derribarla?—Sí, respondió el ario, pero mi padre vivió aquí, y yo quiero hacer lo mismo.—Está bien; pero entónces ¿no convendría desviar las aguas pluviales que, reunidas allí arriba, vienen á caer sobre el tejado?—Blasfemo! dijo en voz

que narran, conforme las tradiciones caldeas, la creacion del mundo y el Diluvio, la construccion del arca, etc., etc., justificando lo dicho por Beroso.

(1) El buen juicio del lector comprenderá que no negamos la existencia de hombres trogloditas, sino que este estado haya sido natural y el general de los hombres de los primeros días del mundo.

baja Doxi, ¿quién te ha dado el derecho de desviar las aguas del cielo?

» Epergos se contentó con sonreír, y prosiguió:

» Al amanecer, subiremos á la roca y veremos si se pueden apartar las aguas del cielo á la derecha ó á la izquierda de vuestra habitacion.—Posible será, repuso el padre, ya había yo pensado en ello.—Pues, continuó Epergos, ¿por qué no levantais las paredes de vuestra habitacion con trozos de piedra y tierra? Así tendría más estabilidad y os preservaríais mejor del frío y del calor.—Lo probaremos, replicó el ario.

—» *Hombre!* dijo entónces Doxi, acabais de pronunciar una palabra prudente; dijisteis que queríais reconocer la casa de vuestro padre; rehacedla, pues, tal como vuestro padre os la dejó.—Pero, repuso Epergos, ¿quién te dice que la casa destruída ayer era enteramente semejante á la que se levantaba probablemente en el mismo sitio ántes que ella?—No era semejante, dijo el ario; porque mi padre me contó que la de su padre era ménos vasta y que estaba cubierta de yerbas secas.—Luego, respondió Epergos, podemos hacer la nueva más espaciosa y sólida que no era la última.—Dónde pararán tus deseos? murmuró Doxi.—¿Por qué los limitaría? Obrar será mejor que discurrir..... Mujer, continuó Epergos, dirigiéndose á su huésped, decidnos, vos que estais siempre en casa y cuidais de lo que hay en ella, si os conviene enteramente la habitacion arruinada, si la encontrábais bastante ancha, bastante alta, bastante cerrada.—Es verdad, respondió la mujer, que los hijos estaban en ella estrechos, que el humo nos incomodaba á menudo, por los grandes vientos, que nos costaba trabajo librarnos del frío ó del calor. Pero tal como era, habíamos vivido en ella felices y en paz. » Y se puso á llorar.

» Fuera lágrimas inútiles, dijo el ario. Pongamos manos á la obra ántes que el sol haya desaparecido detras de la montaña. Ven con nosotros, madre, y dí á este extranjero lo que deseas de más de lo que poseíamos, ya que muestra la voluntad de ayudarnos.

» La mujer indicó entónces sobre el sitio de las ruínas escombradas el espacio que intentaba dar á los hijos, á la sala comun, á la pieza que se reservaba para sí y su esposo. Pero designaba tambien cada parte de su casa,

derramando nuevas lágrimas. «Ya lo ves, dijo Doxi, esta mujer no piensa sino en su habitacion destruída y todo lo que tu saber edificará, no podrá hacerle olvidar jamas la antigua vivienda en donde educó á su familia. Conéntate, pues, con lo que era; nuestros huéspedes serán dichosos y te bendecirán.—Déjame hacer, respondió Epergos. El bien presente hará olvidar el bien pasado, el fruto hace olvidar la flor. Y el invierno marchita á entrambos,» dijo Doxi entre dientes.

»En materia de instrumentos no disponía el ario más que de hachas de sílex enmangadas, y de clases de sierras obtenidas con el auxilio de la misma materia.

»Mientras que el huésped, sus hermanos, Epergos y el mayor de los hijos se iban al bosque vecino para cortar las maderas necesarias, Doxi se había quedado cerca de la madre. Recordaba la habitacion destruída y se complacía haciéndole describir hasta en los más pequeños pormenores las diversas partes de aquella cabaña, los muebles primitivos que contenía, los acontecimientos de familia de que había sido testigo. Doxi parecía conmovirse á cada recuerdo tierno expresado por su huéspeda, y repetía continuamente: «Rehaced, pues, mujer, esa habitacion, de manera que encontréis otra vez cada cosa en el puesto que ocupaba, y que no podais sentir nada de lo pasado.

»Cuando los hombres regresaron al anochecer, cubiertos de sudor y trayendo maderas recogidas en el bosque, vieron á la mujer triste y silenciosa. La cena no estaba preparada y tenían mucha hambre. «¡Madre! dijo el ario ¿qué es esto y por qué estás triste? ¿Qué ha sucedido? ¿quién te ha impedido preparar nuestro alimento? La mujer, encendidos los ojos, no contestó y se apresuró á recobrar el tiempo perdido. «La madre, dijo Epergos, siente su habitacion destruída; su pesar le ha hecho olvidar nuestras necesidades y las tuyas propias. Es muy natural. Cuando se vea dueña de otra habitacion más grande y mejor cerrada, se desvanecerá su tristeza. Dejadla con sus pesares, y mañana pongamos mano á la obra.»

»Efectivamente, luégo que amaneció, pusieronse á trazar la nueva casa y prepararlo todo para edificarla prontamente. Segun los consejos de Epergos,

la casa debía edificarse sobre una plataforma compuesta de un cerco de piedras gruesas, á fin de librar al suelo interior de la humedad sostenida por la lluvia al rededor de la antigua habitacion. Despues, se formó el perímetro de la casa con piedras juntadas con cuidado. Púsose en el suelo una primera hilera, colocando debajo la parte más ancha; luégo, con el auxilio de dos pedazos de madera reunidos por una clavija, se tomó el ángulo entrante formado por las dos piedras ya puestas, y se fué á buscar una piedra que presentara poco más ó menos este ángulo; habiéndola hallado, se la colocó en el ángulo entrante, y así para toda la primera hilera, de modo que al terminar el día, se había formado el basamento de la futura habitacion, dejando vacío el espacio de la puerta.

» Con fragmentos más pequeños se aplanó el basamento. Las paredes se apoyaban en la roca.

» Si en lugar de los troncos de árboles apilados que formaban las paredes de vuestra casa, dijo Epergos al día siguiente, cuando se prosiguió el trabajo, levantáramos estas paredes hasta la altura del techo, tendríamos así un abrigo más sólido y duradero.—Ciertamente, respondió el padre, pero ¿cómo podremos levantar estas piedras? mucho trabajo nos ha costado ya poner las últimas.—Hé aquí, repuso Epergos, lo que podemos hacer. No subiremos las piedras desde abajo, sino que iremos á buscarlas allá arriba, en la roca, y las bajaremos con la ayuda de árboles inclinados como sobre un camino. Á medida que la pared suba, daremos menos pendiente á los troncos de árboles poniendo á estos sobre la pared.—«Probémoslo,» dijo el ario. Efectivamente, de lo alto de la roca, sobre árboles apareados, dispuestos en pendiente y descansando su extremidad inferior en las paredes laterales, salidas ya del suelo, bajáronse las piedras sujetas por lazos hechos de ramas flexibles. De esta manera se levantaban las paredes sin mucho trabajo, reservando las aberturas de la puerta y de las ventanas. Esta operacion no dejaba, sin embargo, de emplear mucho tiempo, porque los trabajadores no eran muy hábiles, y luégo la lluvia cayó otra vez por espacio de veinte y cuatro horas. Una noche en que comían la familia y sus huéspedes, acurrucados al rededor de un brasero, abrigados con esteras, se pintaba el

desaliento en los rostros; apiñados los hijos en torno de su madre, tiritaban de frío y apenas nadie decía una palabra. Sólo Epergos conservaba su jovialidad acostumbrada. «Veo, dijo finalmente, que la tarea emprendida os parece pesada y demasiado larga. Habríamos terminado más pronto si hubiésemos hecho paredes con ayuda de troncos de árboles apilados, de la manera que estaba hecha la casa destruída.

»—Esto es lo que aconsejaba la prudencia, dijo al punto Doxi, y hoy esta mujer y sus hijos estarían al abrigo en su vivienda, si tu imprudencia no te hubiese empeñado en emprender un trabajo superior á tus fuerzas.—¡Ay! suspiró la madre.—Considerad, sin embargo, replicó Epergos, que no adquiere la duracion sino lo que exige tiempo para crecer, y trabajo. La encina crece más lentamente que el helecho; pero este se seca durante el invierno, miéntras que persiste la encina y acaba por cubrir con sus ramas un vasto espacio. El insecto se hace una habitacion para su vida que se extingue con el verano, y no tiene que preocuparse por las generaciones que le siguen. Pero vos, ario, debeis construirs una habitacion para vuestra vida, y, si es posible, para la de vuestros hijos, porque se acordarán de vos si conservan el techo que les hicísteis y os creerán siempre entre ellos. La vista de los lugares que habitásteis les recordará vuestro valor y cuidados. Mi compañero Doxi pretende que todo está por lo mejor y que así debe ser en lo venidero como en lo presente. Entiende que debe conservarse el bien como el mal, lo incompleto como lo finito. No escuchéis mucho sus ideas, si queréis distinguirs de los brutos.

»—El criador de todas las cosas, replicó Doxi, con cierta acritud, repartió á cada sér una dósís de inteligencia que le permite obtener lo que le conviene; ir más allá de esto, es traspasar el límite que le ha fijado. Estos arios tienen instrumentos con los cuales cortan la madera y rompen la piedra, y esto es ya demasiado; el ave no necesita instrumentos para hacer su nido, y vive de este modo dentro del límite que se le ha señalado, sin desear más ó mejor. Tú has encontrado á esta familia establecida en una habitacion que le parecía buena y en la que vivía tranquila; un accidente ha destruído esa habitacion y en seguida tu carácter inquieto sugiere á nuestro huésped

la idea de construir otra con unas condiciones que excedan sus fuerzas y que piden muchos días, mientras que podía volver á su techo, restaurado tal como estaba, en pocas horas. ¿Es esto prudente?

»Habríamos acabado más pronto si tú nos hubieses ayudado, interrumpió Epergos. Pero ya que el hombre concibe lo mejor, debe seguir la inclinación que le lleva hacia ese mejor, y es oponerse á las miras del Criador decirle: «No pasarás de aquí.» El ario había escuchado atentamente esta discusión, y poniendo la mano en el hombro de Epergos, dijo: «Huésped, se hará como digiste.»

»Al día siguiente, la familia se puso á trabajar con nuevo ardor, y pocos días después la casa estaba acabada.»

También acabaríamos aquí nosotros la leyenda, dejando en paz á los arios en su nueva casa; pero sentiríamos casi remordernos la conciencia, si priváramos á nuestros curiosos lectores—que curiosos han de ser por fuerza—de saborear la descripción de los materiales y fábrica de la que ya puede llamarse obra de albañilería, hija de la imaginación de un hombre del siglo XIX de la era cristiana. Bien es verdad que nos aguardan materias de más interés y sobre todo más serias, y que deseamos de veras estarlas ya tratando, pero no podemos prescindir de emplear cuatro minutos más en la chistosa leyenda que es como sigue:

«Los vanos se habían construído, siguiendo el consejo de Epergos, por medio de montantes de madera inclinados con travesaños encima. Las piedras iban á apoyarse en dichos montantes y descansar sobre aquellos dinteles, de manera que estaban sólidamente sostenidas. Las juntas, más ó menos abiertas entre las piedras, se habían llenado con musgo mezclado con tierra de miga. Los vanos se tapaban con esteras. Delante de la habitación se levantaba en la plataforma que alzaba la construcción sobre del suelo natural, un pórtico compuesto de troncos de árboles ahorquillados, que sostenían un travesaño en el que se apoyaban las maderas que sostenían la techumbre hecha de cortezas de abetos. La chimenea estaba ahora construída con grandes piedras planas colocadas verticalmente. En el hogar se levantaban las jambas en las cuales había fijadas las cortezas de árboles que forma-

ban el conducto del humo. Las cortezas estaban sostenidas por ligaduras de mimbre, y el todo estaba cubierto con una capa de tierra de miga que se encontraba en los alrededores.

»En la cima de la roca habían hecho los trabajadores una barrera por medio de troncos de árboles tendidos en el suelo, interpolados con guijarros sostenidos con tierra. De esta manera las aguas pluviales corrían á derecha é izquierda y no podían ya invadir el tejado. Instalábanse en la nueva vivienda más espaciosa, más sólida y mejor cerrada que no lo estaba la anterior. Trabajábase en las esteras que debían formar los tabiques. El padre preparaba las vajillas destinadas á reemplazar las rotas. Servíase para esto de la arcilla recogida en las cercanías y que modelaba con sus manos en una plancha de esquisto puesta en un eje de piedra. Hacía dar vueltas á este á fin de dar la forma circular á los vasos. Epergos les miraba fijándose atentamente en algunos fragmentos de la vajilla rota de resultas de la caída de la casa.»
¿Cómo das la dureza necesaria á estos vasos para que puedan contener el agua?—Haciéndolos secar al sol y rodeándolos de fuego cuando están secos.

»—Pero entónces, repuso Epergos, podrías hacer paredes con esta tierra, y darles mucha consistencia rodeándolas de un fuego ardiente.—Estos montes de tierra no podrían secarse suficientemente, conservarían humedad en su espesor y se agrietarían con el calor, porque si nuestros vasos son muy gruesos y no se secan enteramente ántes de hacerlos cocer, se abren.—Oh! entónces podrían cocerse pedazos de tierra bastante pequeños para que se secaran bien, y, reuniéndolos, componer paredes más fáciles de levantar que no lo han sido las nuestras hechas de pesadas y gruesas piedras. Escuchando á su huésped, había el ario suspendido su trabajo; reflexionó algunos instantes; despues, tomando tierra blanda la golpeó en una piedra de manera que se adelgazara, la cortó en cuadro con un pedazo de madera cortante y dijo:

»Piensas muy bien, Epergos! probaremos el cocer esto con los vasos.»

»Poco despues, con el auxilio del calor del sol, la vajilla quedó bien seca; el ario levantó alrededor una pared circular de guijarros, llenólo despues todo de astillas á las que pegó fuego cuidando de mantener la llama.

Al cabo de medio día, los vasos parecieron suficientemente cocidos; se los dejó enfriar suavemente hasta la mañana del siguiente día. Entre ellos había algunos rotos ó contrahechos; tocante á la plancha de tierra, era dura, sonora y de un hermoso color negro. «Vamos, dijo Epergos á su huésped, ya no necesitas otra materia para hacer las paredes que quieras levantar. Tus hijos pueden modelar trozos de tierra, y cuando tengas ya cierto número de ellos, los haces cocer á la vez, y de esta manera podrás obtener en tu casa un aire muy seco y sano, y si obtienes planchas bastante grandes y delgadas las podrás poner tambien sobre las maderas que forman el techo y poner á tu familia al abrigo de la lluvia» (1).

*
* *

Hasta ahora hemos considerado solamente al hombre en un aspecto: el de la salud. Las enfermedades son inherentes á la naturaleza humana, y no fuera creíble ni natural un estado continuo y enteramente sano. Así que estaremos en lo cierto dando por sentado que uno de los primeros cuidados que debieron ocupar á nuestros padres fué el de atender al restablecimiento de su salud despues de haberla perdido. De esto á reconocer la urgencia de consagrarse á los experimentos indispensables para recobrar la salud y de ahí á la invencion de la medicina no media más que un paso.

La mitología pagana atribuyó á un dios la invencion de un arte tan necesario á la humanidad, y este dios estaba representado con semejanza casi igual á Serapis de Egipto. ¿Tiene alguna relacion de origen ó es meramente casual esta semejanza de las dos divinidades, griega la una, egipcia la otra? La afirmativa por lo tocante á la relacion original es lo más fundado en nuestro concepto.

No falta quien supone á Esculapio hijo de Egipto, y en esta suposicion,

(1) VIOLLET-LE-DUC. *Historia de la habitacion humana.*

que no es del todo infundada, puede hallarse la causa de las dos parecidas representaciones mitológicas. Y no pára aquí la semejanza, pues además de los atributos iguales, los de Serapis y de Esculapio, debe recordarse que el Egipto tenía templos destinados á Serapis, así como Grecia tenía tabernáculos consagrados á Esculapio.

Hemos creído necesarios esos ligeros apuntes para dejar probado con ellos que los conocimientos médicos de los griegos derivan de Egipto, como derivaron todos los demás. El mismo Hipócrates tuvo por uno de sus muchos maestros en la medicina á un filósofo que adquirió su ciencia de los magos de Oriente. No será aventurar nada asegurar que la medicina tuvo su cuna en el mismo sitio donde la tuvo el primer hombre, y habremos adelantado mucho si probamos que desde antiquísimos tiempos había médicos, pero inteligentes, en los países que habitaron los hombres primitivos.

Consultemos una vez más los libros que nos legó Moises y pidámosle datos para probar la antigüedad remotísima de la medicina.

Cuando murió Jacob, padre de José, dice el Génesis: «Arrojóse José sobre el rostro de su padre, bañándole en lágrimas, y besándole; y mandó despues á los médicos que tenía á su servicio, embalsamar el cuerpo; los cuales, en ejecución de lo mandado, gastaron cuarenta días, que tal era la costumbre en embalsamar los cadáveres...»

Herodoto y Estrabon confirman lo dicho por Moises, porque describen la manera observada en el embalsamamiento de los cadáveres que fué comunísimo en Egipto, como lo prueban las muchísimas momias que aún existen procedentes de aquel país. Segun dicen estos dos autores, empleaban cuarenta días en introducir en los cadáveres drogas aromáticas, y por espacio de otros treinta días los dejaban penetrar de sal y nitro para que se secaran.

La antigüedad de la medicina nos queda probada por la de Jacob; y no sería entónces reciente la creación de los médicos, cuando José los tenía ya á su servicio, y como formando una Facultad de la Real Casa, que diríamos ahora, toda vez que tenía algunos bajo su dependencia. Y ¡cosa rara! despues de tanto que se ha escrito acerca de la historia de la medicina, es sen-

sible decir que los médicos ignoren la existencia del arte de curar á partir de los Asclepiades hacia los orígenes del mundo, y hasta es bochornoso que hombres legos en la materia hayan debido ilustrarles acerca de ella.

Para que no se nos diga que procedemos con ligereza, vean nuestros lectores el siguiente pasaje de una obra muy distinguida en los tiempos que corremos.

«En su famoso discurso afirmaba además M. Leon Lefort que ántes de Hipócrates no había habido ni médicos, ni medicina, ni medicamentos, sino solamente invocaciones y embaucamientos. Al hablar de esta manera el flamante profesor daba más que muestras de ignorancia y faltaba á la verdad. No conocía el libro de los libros, que apasionaría llenándoles de admiración á los sabios y eruditos, si no fuera divino. Algunas citas ignoradas de la Biblia probarán, efectivamente, hasta la evidencia que, en la antigüedad más remota, había médicos célebres y verdaderos medicamentos. Génesis, cap. L, v. 2: «Faraon mandó á los médicos que estaban á su servicio que embalsamaran el cuerpo de Jacob.» Y en estos últimos años se ha publicado todo un libro de la medicina y de la terapéutica de los Egipcios, tomándolo de los monumentos é inscripciones.—Éxodo, cap. XXI, v. 19: «El que hiriese á su prójimo está condenado, como actualmente, á compensar el trabajo interrumpido y á pagar los honorarios de los médicos.» Libro II de los Paralipómenos, capítulo XIII, v. 14, trátase de los médicos en quienes tenía el rey una confianza harto absoluta. Eclesiástico, cap. XV, v. 12, encuéntrase enunciada esta verdad muy antigua y muy nueva: «El médico corta de raíz las enfermedades agudas, las crónicas le fatigan.» Cap. XXXVIII, v. 2: «La ciencia del médico le elevará á los honores, y será celebrado ante los magnates.»—3. Honra al médico porque le necesitas; pues el Altísimo es el que le ha hecho (la medicina es una profesion divina, y M. Lefort quiere médicos ateos ó á lo ménos espíritus fuertes); porque de Dios viene toda medicina, y será remunerada por el Rey...; el Altísimo es quien crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará» (qué sabiduría también).—6. «La virtud de los medicamentos pertenece al conocimiento de los hombres; y el Señor se la ha descubierto, para que le glorifiquen por

sus maravillas.» V. 11: «Hijo mío, da lugar á que obre el médico, pues para eso le ha puesto el Señor, y no se aparte de tí porque su asistencia es necesaria.» Y toda esta legislacion del médico y de la medicina estaba escrita desde muchos siglos ántes de Hipócrates. ¿Qué piensa de esto M. Lefort? Recamier era creyente, y, más que creyente, fervoroso y práctico; pero él mismo desgraciadamente ignoraba esta hermosa doctrina. Quedó muy agradablemente sorprendido cuando yo, su humilde discípulo, se la revelé. Le asombró y le arrebató (1).»

La preparacion de los medicamentos debe ser inseparable del arte de curar, y, efectivamente, á renglon seguido en la última cita que hemos copiado, leemos lo siguiente: «Con ellos (los medicamentos) cura y mitiga los dolores, y el boticario hace electuarios ó composiciones suaves, y forma unguentos saludables, y no tendrán fin sus operaciones.» Nadie podrá negar un antiquísimo abolengo á las profesiones de médico y boticario, como tampoco podrá ponerse en duda que proceden del punto céntrico que hemos señalado á los primeros albores de la civilizacion humana.

Á los hombres científicos de buena fé y á los que, no siéndolo, quieran consultar las fuentes originarias de los conocimientos humanos ó de la mayor parte de ellos, áun de los que actualmente privan en las listas de los más modernos, les aconsejaríamos, sin vacilar, y sin temor de aconsejarles mal, que se tomaran la molestia de consultar, como á otro autor cualquiera, los escritos del gran legislador del pueblo hebreo, y quedarán asombrados de la inmensidad de civilizacion extendida en épocas que se pierden con los principios del mundo, en pueblos sumidos ahora poco ménos que en la barbarie, en terrenos donde no abre surcos ahora el arado, ni tienen asiento las artes é industrias de ninguna especie. No debemos, ni queremos hacer la apología del libro más antiguo de todos los libros, pero podemos asegurar que en él se hallan profundos conocimientos científicos, artísticos y literarios. La Astronomía, la Biología, la Etnología, la Física, la Geografía, la Historia, la Higiene, la Historia natural, la Meteorología, forman parte de

(1) MOIGNO. *Les Splendeurs de la Foi*. Tomo III, pág. 1557.

ese libro, y acreditan unos conocimientos que honrarían á más de un sabio del siglo XIX.



El hombre tiene por compañeras inseparables las pasiones. La primera pareja las tuvo en el paraíso, y la envidia de Caín regó por primera vez la tierra, vírgen todavía, con sangre de Abel.

La flaqueza humana se manifiesta por la vanidad, y esta se demuestra y atestigua de varias maneras, imperceptible casi las más de ellas en ciertos individuos; pero en este defecto, que no merece otro nombre, debemos buscar el origen ó la causa de algunas manifestaciones de los adelantos de la humanidad. Hasta sin quererlo está el hombre sujeto á la vanidad, y no hay hombre que no sea vanidad. Lo mismo en público que privadamente, lo mismo dentro de las cuatro paredes de una celda, que en los salones de los palacios, está el hombre sujeto á la vanidad.

La mitología griega, que debía sus ideas fundamentales á los Egipcios y Fenicios, y que debajo del velo de la fábula nos suministra los medios de estudiar filosóficamente la historia del espíritu religioso en los diferentes pueblos, nos presenta una hermosa página, como lo son casi todas las que nos ofrece, para pintarnos alegóricamente el poder de la vanidad y sus efectos.

El hijo de Céfiro y Leriopé era el objeto querido de todas las ninfas, pero él á ninguna correspondía. El adivino Tiresias vaticina á los padres de Narciso que moriría cuando se viera á sí mismo. Un día volvía Narciso de caza; en medio de un paisaje agreste, pero lleno de poesía, se acercó á una fuente para descansar, vióse en ella, se miró complacido y se enamoró de tal suerte de su propia hermosura, que se consumió de tristeza y fué convertido en la flor conocida por su nombre.

¡Qué excelente lección encierra esta hermosa y delicada fábula de la mitología griega! La hermosura no puede ser sino perjudicial, á no que



NARCISO SE ENAMORA DE SI MISMO

ese libro, y acreditan unos conocimientos que honrarían á más de un sabio del siglo XIX.



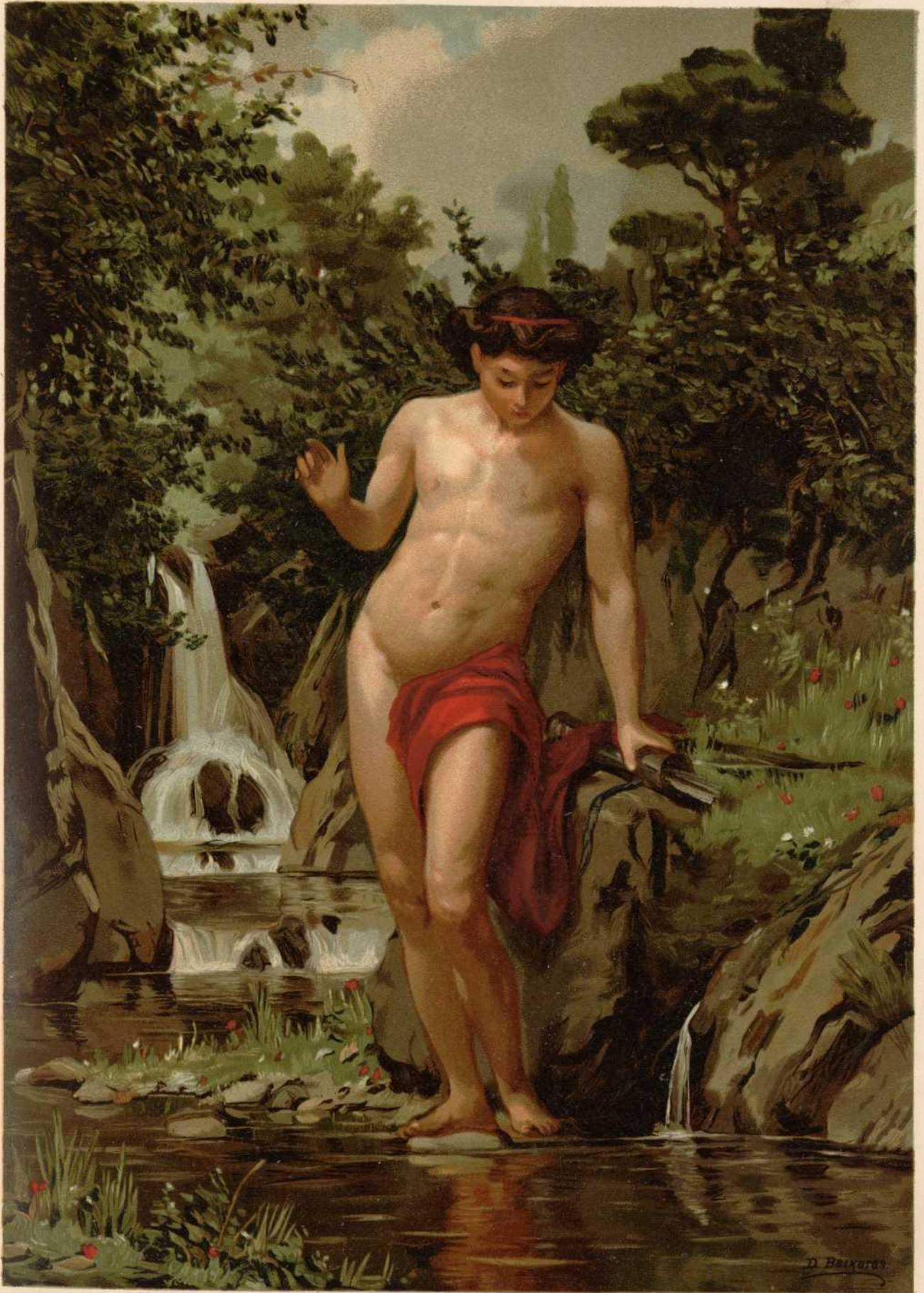
El hombre tiene por compañeras inseparables las pasiones. La primera pareja las tuvo en el paraíso, y la envidia de Caín regó por primera vez la tierra, vírgen todavía, con sangre de Abel.

La flaqueza humana se manifiesta por la vanidad, y esta se demuestra y atestigua de varias maneras, imperceptible casi las más de ellas en ciertos individuos; pero en este defecto, que no merece otro nombre, debemos buscar el origen ó la causa de algunas manifestaciones de los adelantos de la humanidad. Hasta sin quererlo está el hombre sujeto á la vanidad, y no hay hombre que no sea vanidad. Lo mismo en público que privadamente, lo mismo dentro de las cuatro paredes de una celda, que en los salones de los palacios, está el hombre sujeto á la vanidad.

La mitología griega, que debía sus ideas fundamentales á los Egipcios y Fenicios, y que debajo del velo de la fábula nos suministra los medios de estudiar filosóficamente la historia del espíritu religioso en los diferentes pueblos, nos presenta una hermosa página, como lo son casi todas las que nos ofrece, para pintarnos alegóricamente el poder de la vanidad y sus efectos.

El hijo de Céfiro y Periope era el objeto querido de todas las ninfas, pero á ninguna correspondía. El adivino Tiresias vaticina á los padres de Narciso que moriría cuando se viera á sí mismo. Un día volvía Narciso de cazar, por donde se ve un paisaje agreste, pero lleno de poesía, se acercó á una fuente para beber, y al verse en ella, se miró complacido y se enamoró de su reflejo. De su amor se consumió de tristeza y fué convertido en la flor con que se llama.

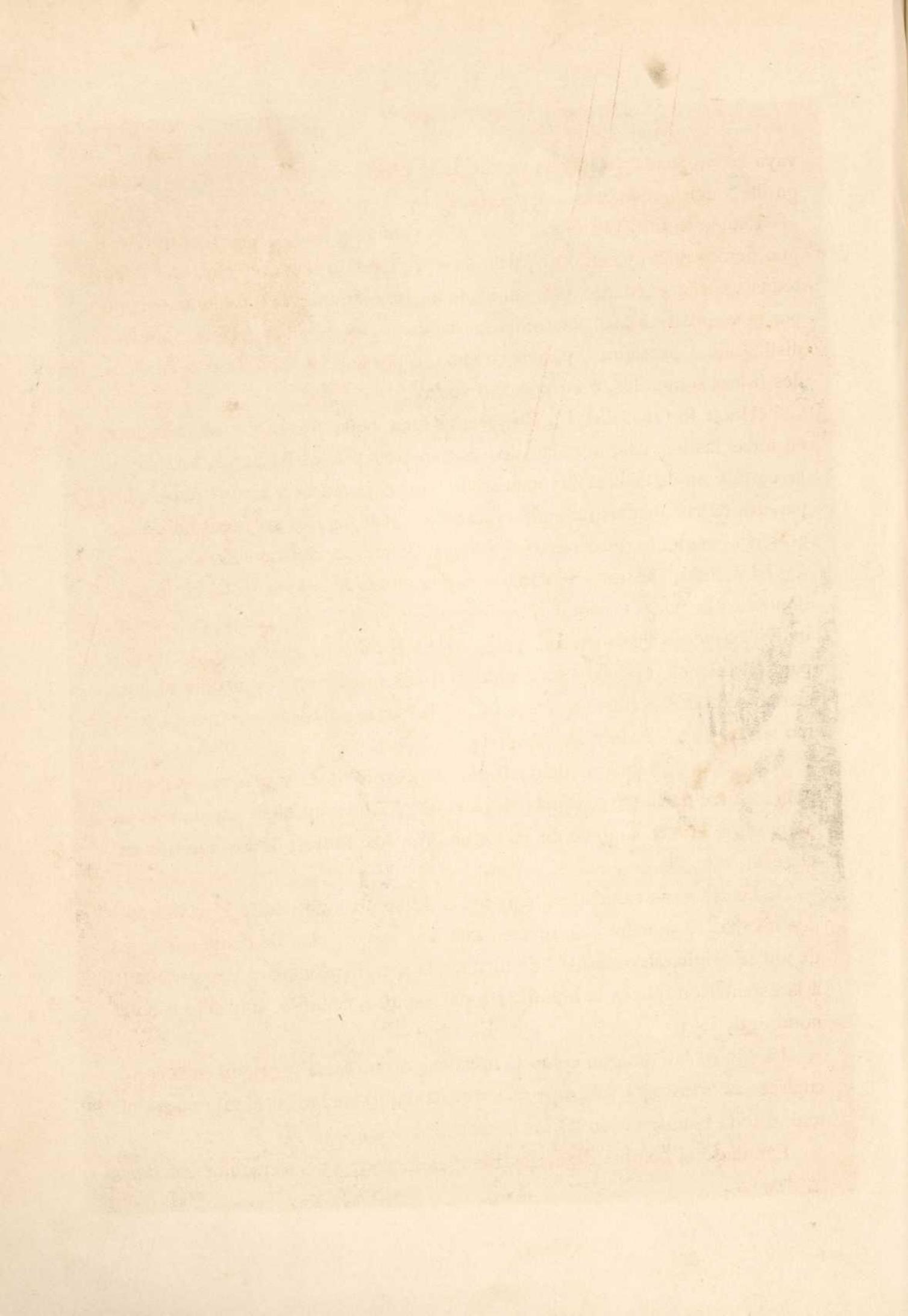
Este excelente lección para esta hermosa y delicada fábula de la mitología griega. La hermosura no puede ser sino ser perjudicial, á no que



Mr. Terradas, Comas y C^o.-Editores.

R. Rocafort.-Lit.

NARCISO SE ENAMORA DE SI MISMO.



vaya acompañada de mucha virtud. Esto quiere expresarnos la fábula griega de Narciso enamorándose de sí mismo.

Estúdiense bien la vanidad y se verá cuánto puede. El hombre que, según hemos dicho ya en otra parte, siempre ha sido hombre, y ha tenido en todas épocas y edades por compañeras inseparables las pasiones, siente por la vanidad el afán, la comezón de distinguirse, quiere dar de sí ideas distinguidas, excelentes, ya por su cuna, ó por sus talentos ú otras cualidades físicas ó morales, ó de posición social.

«Hacer fortuna, dice La Bruyère, es una bella frase, que se la conoce en todas las lenguas; agrada á los extranjeros y á los bárbaros; impera en la corte y en la ciudad; ha penetrado en los claustros y ha traspasado las paredes de las abadías de ambos sexos; no hay lugares sagrados en donde no haya penetrado, ni desierto ni soledad donde sea desconocida.»

El deseo de poseer, el afán de riquezas, tanto si está sostenido en los límites de la justicia, como si se sale de ellos, útil en el primer caso así al individuo como á la sociedad, perjudicial á los dos en el segundo, estimula para el trabajo, verdadero medio de adquirir, y se revela y manifiesta por ciertas señales exteriores que dan vida á las artes é industrias, y por lo mismo sirven de adelanto á la civilización.

El que es rico quiere demostrarlo en cuanto lo es y más si cabe, y el pobre quiere dar á parecer más de lo que es. Así como hay vanidad de la hermosura, la hay también de la fortuna, de los títulos, de los adornos en el vestir, etc., etc.

Estas diversas vanidades, hijas todas de una común madre, que van todos los días en aumento, se revelan también por el afán de distinguirse, y de ahí se origina la necesidad de torturar la imaginación para dar variedad á la ostentación que es la hija directa del espíritu fastuoso, conocido con el nombre de lujo.

El lujo es tan antiguo como el mundo, porque tiene su origen en la concupiscencia, y esta ya sabemos que inclina naturalmente al hombre á todo mal, á toda manifestación de los deseos desarreglados.

Estúdiense el hombre desde los tiempos más remotos á que nos sea da-

ble remontarnos, fijémonos en sus diversos estados y en sus muy variadas posiciones de la escala social, y ¿qué observaremos? Un deseo de adorno, de ostentación, de salirse de la esfera de lo indispensable, para penetrar en el terreno vedado de lo superfluo. Prescindamos de las leyendas de los que nos pintan al hombre entretenido en cortar silex ó grabar figuras más ó menos grotescas en sus utensilios particulares ó domésticos, y fijemos nuestra atención en datos más positivos y reales.

En el capítulo XXXVIII del Génesis se dice que avisaron á Tamar de que su suegro (Judá) iba á Tamnas, al esquila de sus ovejas..... (1) y acercándose á ella, dijo: Déjame que cohabite contigo: no sabiendo que fuese su nuera. La cual le respondió: ¿Qué me darás por hacer tu gusto? Te enviaré, dijo Judá, un cabrito de mi ganado. Á lo que contestó Tamar: Permitiré lo que tú quieres, con tal que me des una prenda, hasta enviar lo que prometes. Á lo cual dijo Judá: ¿Qué prenda quieres? Ese anillo tuyo, respondió, y el brazaletes.....»

Ese anillo y brazaletes ¿no prueban evidentemente en un ganadero ó pastor la manifestación de lo superfluo, la ostentación, el lujo, una civilización refinada ya, comparativamente hablando? De suyo es el hombre veleidoso y tornadizo y se opone á todo estado que suponga inamovilidad, y excusado es decir cuánto perjudica al hombre ese vicio, aunque sea la verdadera causa de muchos adelantos hijos inmediatos de esa versatilidad del hombre.

Sin advertirlo, sin casi darnos cuenta de ello, aunque no hemos citado la palabra taxativamente, hemos llegado á lo que podríamos llamar jurisdicción de la moda.

*
* *
*

Podrá parecer extraño, pero, quieras que no, debemos penetrar en ese antiguo templo de la moda, deidad adorada por todos los pueblos cultos y

(1) Obsérvese que ya hay aquí otro oficio que da margen á otros muchos, ó los supone.

salvajes, por todas las religiones monoteistas y politeistas, por todas las edades antiguas y modernas.

La moda es una de las más antiguas manifestaciones de la civilización en todos los pueblos.

«Siempre la moda fué la moda. Quiero decir, que siempre el mundo fué inclinado á los nuevos usos. Esto lo lleva de suyo la misma naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. Á lo que no quita la vida, quita la gracia. Aun las cosas insensibles tienen, como las mujeres, vinculada su hermosura á la primera edad, y todo el donaire pierden al salir de la juventud.....

»Piensan algunos que la variación de las modas depende de que sucesivamente se va refinando más el gusto, ó la inventiva de los hombres cada día es más delicada. ¡Notable engaño! No agrada la moda nueva por mejor, sino por nueva. Aún dije demasiado. No agrada porque es nueva, sino porque se juzga que lo es; y por lo comun se juzga mal. Los modos de vestir de hoy, que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos. Aquel linaje de anticuarios, que llaman medallistas (estudio que en las naciones también es de la moda) han hallado en las medallas, que las antiguas emperatrices tenían los mismos modos de vestidos y tocados que como novísimos usan las damas en estos tiempos» (1).

El estudio de la moda, aún á pesar nuestro, nos detendrá unos momentos, porque señala una de las causas del continuo cambio en la manera de ser de las costumbres y en el desarrollo de varias artes é industrias compañeras obligadas de la civilización.

La continua variación de las modas produce el carácter veleidoso así en hombres como en mujeres, y esta veleidad se exterioriza por la manera de vestir, de adornarse, y aún por la conducta observada ante la sociedad.

De las modas de su tiempo decía La Bruyère: «Se censura una moda que dividiendo la talla de los hombres en dos partes iguales, toma una to-

(1) FEIJOO, *Teatro crítico universal*, Discurso *Las Modas*.

da entera para el busto, y deja la otra para el resto del cuerpo: se condena la que hace de la cabeza de las mujeres la base de un edificio de varios pisos, cuyo orden y estructura cambian según su capricho, que aleja los cabellos del rostro, por más que no nazcan sino para estar junto á él, que los levanta y eriza á la manera de las Bacantes, y parece haber atendido á que las mujeres cambien su fisonomía dulce y modesta en otra que sea orgullosa y osada. Se clama finalmente contra tal ó cual moda, que, sin embargo, por extraña que sea, adorna y embellece mientras dura, y de la que se saca toda la ventaja que de ella puede esperarse, que es agrandar. Paréceme que solamente debiera admirarse la inconstancia y ligereza de los hombres, que hacen consentir sucesivamente los atractivos y el bien parecer en cosas enteramente opuestas, que emplean para lo cómico y lo jocoso lo que les sirvió de adorno grave y de más formal ornato, y que un espacio tan corto de tiempo constituya su diferencia.»

La moda impone nuevas leyes para sacar continuamente nuevos tributos, y como no se dejan los vestidos por malos ó usados sino porque no gustan, es un gasto excesivo para la mayoría de las fortunas el que causa el imperio de la moda. No son las personas más prudentes las que inventan las modas, sino las mujeres y los jóvenes, auxiliados por mercaderes y obreros que no tienen más mira que su interés. Y esto es más que natural porque las artes é industrias dependen del consumo, y no fuera este tan grande si sólo debiera atender á lo necesario como lo es debiendo acudir á lo superfluo. La moda contribuye, por otra parte, pero muchísimo más de lo que nadie se figura, á menoscabar el respeto que se merecen las personas que cuentan ya una edad regular. Es también un manantial continuo de pendenencias entre los ancianos y los jóvenes, y disminuye no poco el respeto que se debe á los tiempos que fueron. Dominados los jóvenes por la imaginación, al ver á sus abuelos con trajes que sólo revelan lo ridículo, porque ya no se está acostumbrado á verlos, conciben muy difícilmente que fueran bastante cuerdos y que sea bueno seguir sus máximas, porque siempre lo actual les parece preferible, y, por lo tanto, censurable lo que no es de su época. La moda además contribuye á que sean de cada vez más frívolas las intelligen-

cias, porque los que alardean de elegantes se ven obligados á ocuparse continuamente en sus trajes, y hacer de ellos un estudio que no sirve seguramente para aguzar su talento ni hacerles capaces de grandes empresas, que harto hacen torturando su imaginacion para componerse.

Muchísimo podríamos extendernos si debiéramos decir cuanto se nos ocurre acerca de la moda, ya por los efectos que son de temer por causa de ella así en los hombres como en las mujeres, ya por lo que á la economía doméstica y social atañe. Solamente ateniéndonos á sus excesos diremos con un conocido economista: «La moda tiene el privilegio de gastar las cosas ántes que hayan perdido su utilidad, y áun á menudo ántes que hayan perdido su hermosura; multiplica sus consúmos, y condena lo que todavía es excelente, cómodo y bello á que no sea ya bueno para nada. De esta manera la rápida sucesion de las modas empobrece un Estado en lo que consume y en lo que no consume.»

Á fuer de imparciales, y sin ánimo de atenuar el furor que por el lujo y las modas se ha desarrollado en nuestro siglo, y, sobre todo en estos tiempos, debemos recordar aquí lo que tenemos dicho ya en otros puntos de este trabajo, es decir que nada hay nuevo debajo del sol, y que los hombres fueron siempre los mismos. Para corroborar nuestro aserto, pediremos el testimonio de Feijoo, quien se expresa de la siguiente manera en su ya citado artículo de *las Modas*:

«Pero aunque en todos tiempos reinó la moda, está sobre muy distinto pié en éste que en los pasados su imperio. Antes el gusto mandaba en la moda, ahora la moda manda en el gusto..... Antes se atendía á la mejoría, aunque fuese sólo imaginada, ó por lo ménos un nuevo uso, por ser nuevo agradaba, y hecho agradable se admitía; ahora áun cuando no agrade, se admite sólo por ser nuevo. Malo sería que fuese tan inconstante el gusto; pero peor es, que sin interesarse gusto, haya tanta inconstancia.

».....No se trajo cuatro días el vestido, cuando es preciso arrimarle como inútil, y sin estar usado se ha de condenar como viejo. Nunca se menudearon tanto las modas como ahora, ni con mucho. Antes la nueva invencion esperaba que los hombres se disgustasen de la antecedente, y á que gustasen

lo que se había arreglado á ella. Atendíase al gusto, y se excusaba el gasto. Ahora todo se atropella. Se aumenta infinito el gasto, áun sin contemplar el gusto.»

Cualquiera diría, al leer estas sentidas frases, que el lujo de las modas había llegado, en la época de Feijoo, al último extremo á donde podían aspirar. Nosotros creemos, al contrario, que la ostentacion, la compostura, el lujo, en una palabra, dominaron desde el comienzo de la humanidad, y continuarán haciéndolo miéntras dure el mundo. Los salvajes, reducidos á los estrechos círculos de sus relaciones y sin ambicion, ni orgullo, verdaderos móviles del lujo, se dedican furiosamente á la ostentacion y adorno de sus personas, y si no saben atender á las necesidades exigidas por el frío ó el calor en lo tocante al vestido, en cambio procuran en todo lo posible el adorno de su cabeza con estrambóticos plumeros, de su cara con las figuras coloradas que la disfrazan y de sus orejas ó nariz con los arcos ó dijes que cuelgan en ellas. Y lo que hacen los salvajes de hoy lo hicieron los de ayer y los de todas las épocas. Y es que el hombre ha sentido siempre la inclinacion del orgullo y de la vanidad para distinguirse, para aparecer no tal cual es, sino tal como quiere que se le considere. Pocas necesidades sentiría el hombre si se concretara á las exigencias de la vida natural, sin el aguijon de las pasiones, y la satisfaccion de estas necesidades no le habrían impulsado á grandes adelantos. Con esto se comprenderá que en nuestro concepto hay, en los cambios impuestos por la moda, algo que tiende á ser una mejora, y que este camino puede conducir tambien, y conduce realmente á ciertos descubrimientos.

No censuraríamos nosotros en absoluto la aparicion de una moda, sino la tiranía que ejerce, el vasallaje que impone; mejor dicho, la locura de sus partidarios y secuaces. Las verdaderas gracias, sobre todo en una mujer, no provienen de un adorno vano y afectado, porque jamas podrán los adornos dar una verdadera belleza. ¿Quién no admira las estatuas griegas y romanas? y sin embargo ¿qué les queda quitada su noble sencillez? ¡Cuán agradables y majestuosos son en dichas estatuas los cabellos atados como al descuido por detras y unas telas holgadas pero sueltas con grandes pliegues!

Y no obstante, observamos diariamente que hay mujeres que gustan de adornarse y descuidan el vestirse.

Parécenos inútil manifestar que no hablamos en sentido absoluto. Como todo lo demás, está sujeto el lujo á condiciones de relacion, y, en este sentido, puede hasta ser necesario para la dignidad personal, y nos atreveríamos á decir hasta para la decencia. El mismo orgullo puede ser útil reducido á sus justos límites, y guiado por la virtud.

Expresándonos así no vamos aún tan léjos como el autor del *Espiritu de las leyes*, quien se atreve á lo siguiente: «No hay sino representarse por un lado los innumerables bienes que resultan de la vanidad: de ahí proceden el lujo, la industria, las artes, las modas, la civilizacion ó cortesanía, el gusto: y, por otro lado, los vicios infinitos que nacen del orgullo de ciertas naciones: la pereza, la pobreza, el abandono de todo, la destruccion de las naciones que la casualidad hizo caer en sus manos, y la suya propia. La pereza es el efecto del orgullo, el trabajo es una consecuencia de la vanidad; el orgullo de un español le llevará á no trabajar; la vanidad de un frances le llevará á saber trabajar mejor que los demás.»

El afan de bien parecer ha dado grande impulso, como ya lo hemos dicho ántes, á muchos adelantos útiles é inventos provechosos; así que no comprendemos por qué hay ciertos hombres, que se precian de ilustrados, que anatematizan todo lo comprendido bajo el nombre de civilizacion, ó cuando ménos todo lo que pueda incluirse dentro del significado de lujo. Cuando el lujo, en lugar de degenerar en disipacion, favorece solamente el desarrollo de industrias decorosas, debe merecer los plácemes de las personas inteligentes y amantes de los verdaderos progresos de la humanidad. Pero todas las simpatías que nos merece esa proteccion que diríamos de los adelantos, nos excita de odio y aversion contra el lujo abusivo que todo lo malea, incluso la honra de las familias.

Partiendo de este supuesto y ateniéndonos á las premisas que dejamos sentadas, es evidente que habremos de ser inexorables contra las manifestaciones de la civilizacion que sean la ruína de las familias y la carcoma de las naciones, así como seremos entusiastas admiradores de las que sirvan

para contribuir á la mejora y honra de las sociedades. Tienen estas muchos cánceres que las corroen y matan, y contra los cuales son ineficaces los remedios, porque no pueden cortarse de raíz como se debiera. Ni aún en las manifestaciones religiosas puede el crítico pasar por alto sus censuras, porque hasta en ese terreno se ha introducido también el lujo. Desde que nace el hombre, hasta que muere, pregona la manifestación religiosa la pompa que quiere atribuirse la vanidad y el lujo. La agricultura paga también su tributo, á costas de la virtud del pobre que, mientras no tiene donde reclinar su cabeza, contempla abrumado por el dolor el lujo de la propiedad. «El número de los parques en Inglaterra, dice un escritor, es enorme, desde los que miden varios miles de hectáreas hasta los que sólo comprenden unas cuantas. Los más grandes, los más antiguos, los únicos que merecen legalmente el nombre de parques, están indicados en todos los mapas. En estos recintos cercados, hasta en los más modestos, se mantiene caza de toda especie; se alimentan animales con sus pastos. El afortunado propietario tiene á la vista desde su ventana ó gradería una escena pastoril; puede, cuando le place, pasearse á caballo en sus alamedas ó entregarse al placer de la caza á pocos pasos de su morada. Agrádale vivir allí con su familia, lejos de las agitaciones vulgares, imitando la existencia del gran señor, de la manera que el colono imita á su vez la del noble.

Ardua y espinosa cuestión es la de resolver la bondad ó malicia de todo lo referente á la manifestación del lujo, á esa exuberancia de bienestar. Las escuelas andan divididas en esto como en la mayor parte de las cuestiones que no pueden sujetarse á una demostración matemática. Una época ha calificado de objeto de lujo lo que otra época ha tenido en desprecio. Una nación dispensa favor inmenso á objetos ó prácticas que otra mira con desden y considera de baja extracción. Hoy mismo vemos pronunciarse muy decidida afición por muebles y otros objetos antiguos, que en muy reciente fecha tenían las familias arrumbados en desvanes y sitios descuidados de la casa. ¿Habrá pues lujo, habrá manifestaciones de civilización fijas, duraderas, constantes, de todas las épocas, de todos los pueblos, á lo menos de los tenidos por cultos?

Ni siquiera para las necesidades de un orden más elevado podríamos decidírnos, ateniéndonos á los partidarios de distintas escuelas. Concretemos la cuestion, y fijémonos en las manifestaciones del espíritu que irán tambien acompañadas de otras de un orden material.

Juan Jacobo Rousseau en una carta que se ha hecho célebre, dirigida á D. Alembert, le dice hablando del reposo del domingo, mejor dicho, tratando la cuestion de las fiestas: «¿Qué debe pensarse de los que quisieran quitar al pueblo las fiestas, los placeres y toda especie de diversion, como otras tantas distracciones que le desvían de su trabajo? Esta máxima es bárbara y falsa. Tanto peor si el pueblo no tiene tiempo sino para ganar su pan; fál-tale todavía para comerlo con alegría: á no ser así, no lo ganará mucho tiempo. El Dios justo y bienhechor que quiere que se ocupe, quiere tambien que descanse. Su naturaleza le impone igualmente el ejercicio y el reposo, el placer y la pena. El disgusto del trabajo abrumba más al desgraciado que el mismo trabajo. Si quereis, pues, hacer á un pueblo activo y laborioso, dadle fiestas; ofrecedle diversiones que le hagan amar su estado, y que le priven de envidiar una suerte más dulce, y unos días de este modo perdidos darán más valor á los demas.»

Esta opinion de Rousseau tiene más valor desde el momento que se reflexiona en su manera de pensar acerca de la religion y del estado social del hombre, y más aún si se tiene en cuenta que era enemigo de las representaciones teatrales.

Sabida ya la opinion de Rousseau, abramos el *Diccionario filosófico* y en su artículo *Fiestas* leeremos acerca de este tema: «Las tabernas son indudablemente las que inventaron el prodigioso número de fiestas; la religion de los labriegos y artesanos consiste en emborracharse el día del santo que no conocen sino por ese culto: en esos días de ociosidad y libertinaje se cometen todos los crímenes: las fiestas llenan las cárceles y hacen vivir á los alguaciles, á los escribanos, á los alcaides y á los verdugos; hé aquí entre nosotros la única excusa de las fiestas.»

Si hemos de manifestar francamente lo que opinamos, diremos que ninguno de esos párrafos copiados contiene la verdad absoluta, porque los

puntos de vista desde donde examinan la cuestion no son los que se la han de presentar en su desnuda exactitud.

El *panem et circenses* ó como se dice ahora *pan y toros*, no es la fórmula que buscamos. Ciertó que el hombre no resistiría el trabajo continuo de todo el mes, de todo el año, sin intervalos de descanso, pero para que las fuerzas gastadas se recobren por el reposo, no es lo más apropiado, que digamos, entregarse á demasías de comidas y bebidas, y á las diversiones que excitando pasiones, son más indicadas para extenuar que para reforzar los cuerpos. La civilizacion no sale muy bien librada de esas fiéstras en que la ostentacion del lujo entra por no poca parte.

Las fiestas nos conducen muy naturalmente á decir dos palabras acerca del lujo religioso como manifestacion de los puntos que calzan los pueblos en materia de civilizacion. Hay varios gremios en todos los pueblos ó distintas clases sociales que tienen su día destinado á tal ó cual santo patron. Ya son los labradores que obsequian á san Isidro, ya los albañiles á san Antonio, ó á los cuatro santos mártires coronados, ya los carpinteros á san José, etc. No hay programa de estas fiestas, sobre todo en ciertas localidades, en el que no se haga ostentacion de uno ó más bailes para obsequiar al santo patron. Quien no haya presenciado alguno de esos bailes de clase no puede formarse idea de lo que sirven para medir el grado de desarrollo del lujo entre los asistentes á ellos, y nos dicen con harta elocuencia lo arraigada que puede estar en aquellos corazones una religion, reñida con los bailes públicos, y que no sabe festejar á un titular sin el acompañamiento de bailes y demas accesorios. «El hombre justo, dijo un sabio en la antigüedad, al acercarse á los altares, comunicando con los dioses por las oraciones, las ofrendas y toda la pompa del culto religioso, hace una accion noble, santa, útil á su felicidad y conforme en todo á su naturaleza.» En este pasaje del libro cuarto de las *Leyes* de Platon no vemos ni una reminiscencia siquiera de bailes y otras demostraciones profanas para venerar á los dioses, como actualmente hacen llevados del furor del lujo y de la moda la mayor parte de los pueblos que se titulan cristianos.

Léjos de nosotros criticar, ni por pienso, el lujo, nunca excesivo en

nuestro concepto, que se despliegue en los templos para venerar con el culto externo al Señor de todo lo criado. Para nosotros es muy poco todo cuanto en este sentido se haga, únicamente censuraríamos si fuera de nuestra incumbencia, que no lo es, lo de pompa mundana que haya podido introducirse en algunas de estas manifestaciones debidas indudablemente al prurito de lujosa ostentacion maleada al traves de los tiempos y con el cambio sucesivo de las costumbres.

Para ninguno de nuestros lectores será autoridad sospechosa la de Diderot tratando este asunto del lujo en las ceremonias religiosas; pero como la verdad es siempre más poderosa que la preocupacion, véase lo escrito por dicho filósofo sobre este particular: «Los absurdos rigoristas en religion no conocen el efecto de las ceremonias exteriores en el pueblo. Jamas han visto nuestra adoracion de la Cruz el Viernes Santo, el entusiasmo de la multitud en la procesion del Corpus, entusiasmo que á veces se apodera hasta de mí. Jamas he visto la larga hilera de sacerdotes con hábitos sacerdotales, los jóvenes acólitos vestidos con túnicas blancas, ceñidos con sus anchos cintos azules y sembrando flores delante del Santísimo Sacramento, la multitud que les precede y les sigue con religioso silencio, tantos hombres con la frente prosternada hasta el suelo; jamas he oído el canto grave y patético, entonado por los sacerdotes y respondido afectuosamente por una infinidad de voces de hombres, mujeres, niñas y niños, sin que se me hayan conmovido y estremecido las entrañas, y se me hayan asomado las lágrimas á los ojos.»

¿Cuál es el verdadero significado de la pompa, del lujo desplegados en el culto externo, y que se manifiesta ya por el decorado de los templos, ya por la solemnidad de las ceremonias? La contestacion á esta pregunta nos llevaría á estudios que no entran en el plan de esta obra. Los pintores y poetas debieran contestar por nosotros, porque las solemnidades, á pesar de las tribulaciones de la vida, proporcionan de generacion en generacion unos cuantos momentos de consuelos y dichas inefables á los corazones torturados por la contradiccion ó el infortunio. Son recuerdos de épocas pasadas, legados de generaciones que fueron, bálsamo de almas atribuladas que agradecerán á su vez las sociedades venideras.

«No hay alma por áspera que sea que no se sienta movida de cierta reverencia, ha dicho un célebre filósofo frances, al considerar la sombría inmensidad de nuestras iglesias, la diversidad de ornamentos y orden de nuestras ceremonias, y oír los sonidos devotos de nuestros órganos, y la armonía tan sosegada y religiosa de nuestras voces. Los mismos que entran en ellas con desprecio, sienten cierto estremecimiento en el corazón y una especie de horror que hace desconfiar de su opinión.»

No siempre unas mismas costumbres revelan el mismo nivel de civilización; las épocas contribuyen no poco al cambio fisionómico y hasta moral de las manifestaciones de la cultura de los pueblos.

Más de una vez hemos oído narrar á nuestros abuelos una costumbre, entre otras mil, sencilla y poética como lo son todas las que tienen alguna semejanza con las patriarcales de los antiguos tiempos, que hoy no se vería sin escándalo de muchos y sorpresa universal. Contábanos nuestros abuelos que en las fiestas que ellos celebraban, y en las que, como es de suponer, no faltaba el baile, tenía lugar éste en la plaza pública, ú otro sitio análogo, pero público. Reunido el pueblo, como una gran familia de hermanos, guardaba el lugar preferente, la presidencia, que diríamos ahora, para su padre común, el cura de la parroquia. No comenzaba el baile hasta dada la señal por el presidente, y, no se escandalicen nuestros lectores, el que abría el baile era el mismo cura párroco en persona. ¡Cómo cambian las costumbres! ¡Qué transformaciones sufre la civilización!

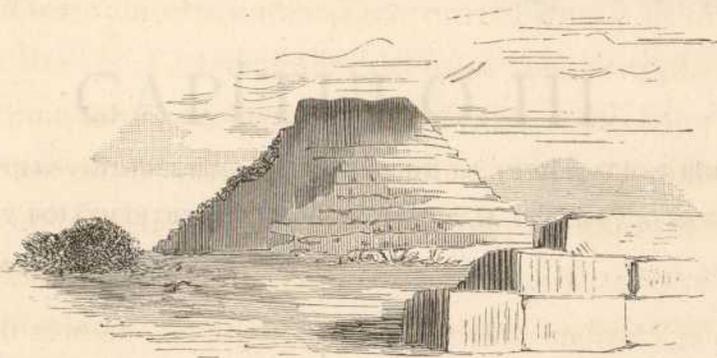
Á los que pueda parecerles extraño la presencia del cura en el baile público, les recordaremos, copiándolo, un hermoso pasaje acerca de las festividades debido á la florida pluma de Chateaubriand.

«Mientras la estatua de Marat reemplazaba á la de San Vicente de Paul, y mientras se celebraban todas aquellas pompas, cuyos aniversarios están señalados en nuestros fastos como días de eterno dolor, alguna piadosa familia celebraba en secreto una devota fiesta cristiana, y la Religion mezclaba amigable algun goce entre tanta tristeza; los corazones sencillos no recuerdan sin enternecerse aquellas horas de desahogo y sociedad..... El abuelo, retirado todo el año en el rincón de su aposento, salía aquel gran día, como

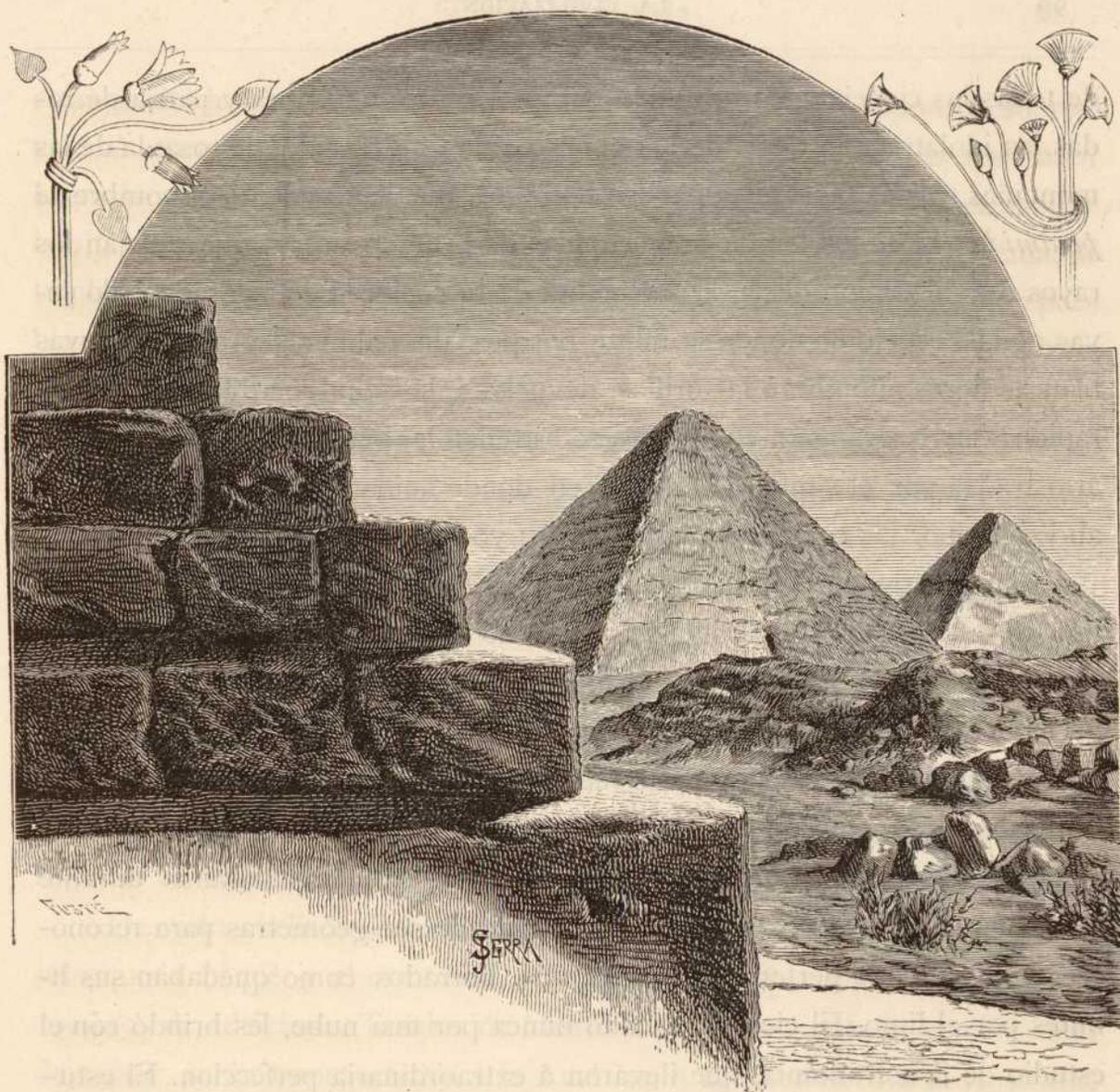
la divinidad del hogar paterno. Sus nietos, que despues de mucho tiempo no soñaban en otra cosa que en la esperada fiesta, abrazaban sus rodillas, y le rejuvenecían con su juventud. Todos los semblantes respiraban alegría, todos los corazones se dilataban; la sala del festin estaba maravillosamente adornada, y todos estrenaban vestidos.

»Presente el cura á la fiesta, recibía aquella primera parte llamada *de los pobres*, para distribuirla con otros socorros. Los juegos del tiempo antiguo, y un baile cuyo primer músico era algun antiguo criado, prolongaban los placeres nocturnos; y nodrizas, niños, arrendadores, criados y amos, bailaban juntos la antigua rueda.»

Horacio ya dijo en su tiempo: «muchas cosas que han decaído, revivirán con el tiempo.» Es verdad que el gusto y la moda renacen y fluctúan; pero, no tememos pecar de pesimistas si decimos que las tendencias actuales de la civilizacion no son de renacer esas escenas de familia anteriormente descritas. La actual civilizacion propende á la division y separacion de la familia. El tiempo se encargará de decir si la sociedad habrá ganado ó perdido en el cambio. Para nosotros no es dudosa la decision.



¡Soy tan respetuoso ante el país de Menfis! ¡Oh, la región de los misterios y de la majestad! saludemos á la antigua cuna de todos los conocimientos, y admiremos á los primeros cultivadores



CAPÍTULO III.

CIVILIZACION EGIPCIA.—SIMBOLISMO RELIGIOSO DE LA CIVILIZACION EGIPCIA.—ESTADO SOCIAL, CIVIL Y POLÍTICO DEL EGIPTO.—INFLUENCIA DE LAS CASTAS EN SU CIVILIZACION.—LA GRAN PIRÁMIDE.

DESCUBRÁMONOS respetuosos ante el país de Mesraim (1), la region de los misterios y de la majestad; saludemos á la antigua cuna de todos los conocimientos, y admiremos á los primeros cultivadores

(1) Mesraim, por otro nombre Menes, hijo de Cam, fué el primero que se estableció en Egipto con toda su familia, despues de la dispersion de la posteridad de Noé.

de todas las ciencias. Yo te saludo, Egipto, centro del saber y patria de todas las idolatrías; la tierra de los obeliscos de granito color de rosa; la de las montañas calizas fabricadas por los hombres, que han recibido el nombre de *pirámides*; la de los templos con cúpulas de bruñido acero, que reflejan los rayos del sol y reproducen las imágenes de tu suelo; la del sagrado Nilo cuyas aguas, espejo en donde se miran bosques de palmeras y acacias, cuyas blancas flores alfombran las orillas, devuelven la salud perdida; la del Serapion y de la esfinge á cuyos piés se estrellan las olas de arena del desierto arrastradas por el simoun; la tierra en donde anidan las palomas en casas abrigadas por las copas de los sicomoros; yo te saludo.

Salud, tierra de Cam (1), nueva Cemia (2); salud faro que iluminaste al mundo con los resplandores de tu luz: como eres privilegiada entre todas las tierras del mundo recibiendo la fertilidad de las inundaciones del Nilo, así lo fuiste en la civilizacion desde los primeros días del mundo.

Es indudable que los egipcios fueron los primeros hombres que cultivaron las ciencias, cuyas huellas se conocen aún actualmente en aquel país. La anual inundacion del Nilo cuyas aguas cubren inmensas llanuras durante unos cuantos meses, les impuso la necesidad de ser geómetras para reconocer las tierras que pertenecían á cada uno, borrados como quedaban sus límites por el limo. El cielo no velado nunca por una nube, les brindó con el estudio de la astronomía, que llevaron á extraordinaria perfeccion. El estudio de una ciencia lleva al de otras, y así sucedió en Egipto que fué mirado como el pueblo más civilizado del mundo.

Es cosa ya muy sabida que los sabios de Grecia bebieron la ciencia en las fuentes del Egipto, á donde acudían todos para iniciarse en la civilizacion.

Al propio tiempo que se cultivaban en Egipto las ciencias, no se descuidaban las artes. Su arquitectura, sin modelos que imitar, llegó á un grado admirable de perfeccion.

Creían los egipcios en la inmortalidad del alma, y comparando la breve

(1) En el salmo CIV, versículo 23; y en el salmo CV, versículo 22, se da á Egipto el nombre de tierra de Cam.

(2) Aún actualmente dan al Egipto el nombre de Cemia los del país.

estancia del hombre en la tierra, con la inmensidad del tiempo que sobrevive al cuerpo, desplegaban extraordinaria magnificencia en sus sepulcros. Llamaban hospederías, dice el inmortal Bossuet, á las casas ó palacios que habitaban en este mundo, para distinguirlos de la verdadera morada, la tumba, que debe habitarse por espacio de muchos siglos. Ningun otro pueblo del mundo ha sabido ó intentado imitar esta clase de construcciones, que se encuentran en todas partes.

«Ni un solo paso puede darse en este país, dice Chateaubriand, sin hallar un monumento. ¿Veis por ventura un obelisco? Es un sepulcro. ¿Los trozos de una columna? Son un sepulcro. ¿Un subterráneo? Es otro sepulcro. Y cuando la luna, levantándose por detras de la *gran pirámide*, brilla sobre el vértice de aquel sepulcro inmenso, parece verse el faro de la muerte, y que se vaga sobre las orillas donde un día el barquero del infierno hacía pasar las sombras (1).»

Los obeliscos están sembrados, por decirlo así, en Egipto. Son estos grandes, altísimas columnas, redondas ó cuadradas, que los reyes hacían levantar en las ciudades para perpetuar la memoria de sus grandes hechos.

«He visto obeliscos de una pieza, dice un publicista, de los cuales uno solo queda en pié, y el otro caído y medio cubierto por tierra, piedras y escombros de edificios... Traídos de Menfis á Alejandría cuando aquella dejó de existir, serán transportados á la América, á la Oceanía ó á la Australia, cuando en la costa de África no se miren más que el polvo y las excavaciones hechas por los viajeros buscando las ruínas de la ciudad de Alejandro.»

Consultemos ahora á un escritor antiguo, para que nos hable de una de las maravillas egipcias no vista por los modernos.

Herodoto es quien tiene la palabra:

«He visto, dice, aquel edificio (el laberinto), y lo he encontrado superior á toda ponderacion. Las obras, todos los monumentos de la Grecia, no pueden serle comparados ni en cuanto al trabajo ni en cuanto al coste; todos le son muy inferiores. Los templos de Éfeso y de Sámos, merecen sin duda ser

(1) *Genio del cristianismo*, lib. II, cap. I.

admirados, pero las pirámides son superiores á cuanto puede expresarse, y cualquiera de ellas puede entrar en comparacion con muchos edificios de la Grecia. El laberinto guarda la misma relacion con las pirámides. Compónese de doce patios cubiertos cuyas puertas se hallan opuestas, una á la otra, seis al norte y seis al sud, y todas contiguas: ciérrales el mismo cinto de paredes exteriores. Las habitaciones son dobles, mil quinientas hay debajo de tierra, é igual número encima, al todo tres mil. No puede dejar de admirarse la diversidad de las salidas de las diferentes partes de este edificio, y de los rodeos que hay que pasar para llegar á los patios, despues de haber pasado por multitud de estancias que terminan en pórticos. Estas conducen á otros cuerpos de edificio cuyas habitaciones es preciso atravesar para penetrar en las otras. El techo de todas estas piezas es de piedra, lo mismo que las paredes cubiertas por todos lados de bajos-relieves. Al rededor de cada patio hay una columnata de piedras blancas perfectamente unidas entre sí. En el ángulo donde termina el laberinto se levanta una pirámide en la que se han esculpido gran número de figuras de animales.» ¡Tanta era la habilidad de los egipcios en tan remotas edades en las ciencias y artes!

Sin embargo, ese pueblo que con su civilizacion debía, al parecer, deslumbrar á los demas, ó servirles de guía en la buena senda de la sana razon, se precipitó en los más groseros errores y más opuestos al buen sentido. Cayó en todas las idolatrías, áun las más repugnantes y obscenas. No satisfecho con tributar honores divinos á los reyes que más se habían distinguido, prostituyó el culto, rindiéndole á los animales, áun los más inmundos, y á las legumbres y plantas, sin exceptuar las mismas cebollas que les nacían en los huertos.

¿Es muy antigua la civilizacion egipcia? ¿Hay datos seguros en que apoyar los cálculos que acerca de su antigüedad se hagan? Los obeliscos, las pirámides, las esfinges y demas monumentos esparcidos en aquel suelo privilegiado ¿tienen indicios ó datos para contestarnos?

En cuanto lo permita el plan impuesto á nuestra obra, procuraremos contestar á estas preguntas lo más satisfactoriamente que nos sea posible, valiéndonos de las autoridades más competentes en la materia.

«Antes de la gran catástrofe del diluvio había hombres, ciencias y cierta astronomía cualquiera que fuese. Esta astronomía era el producto de dos mil años de observaciones. Esto supuesto, ¿qué no pudo producir una duración de veinte siglos en la primera edad del mundo! Mucho más quizá que los cinco mil años que nos separan de ella. Efectivamente ¿qué vale la inteligencia del hombre llegado á su madurez? Vale lo que pueden producir treinta años de experiencia de la vida, treinta años de reflexiones y estudios; y después de este tiempo tan breve, ha llegado á su apogeo. Supongamos ahora vidas patriarcales: ya no son treinta años, son tres siglos de experiencia y observaciones. ¿Qué conocimientos no poseerá el hombre que habrá observado, reflexionado, experimentado la vida, el cielo, la tierra por espacio de cinco á seis siglos! Supongamos además, y la analogía lo hace verosímil, que la extensión de sus facultades intelectuales, de su memoria sobre todo, estuviera en relación con sus facultades físicas ó á lo ménos con el vasto conjunto de conocimientos adquiridos recorriendo esta larga carrera. Comprenderáse que una duración de dos mil años, explotada por semejantes hombres, fué para ellos una mina de conocimientos en todos géneros, muy distintamente rica en producciones de lo que no pueden serlo veinte siglos para la humanidad degenerada. Es pues posible, hasta probable, que los conocimientos científicos en la época del diluvio eran muy superiores á nuestras mezquinas luces del año 1834. Estos conocimientos debieron pasar también al mundo post-diluviano en la persona de Noé y de su familia.

»Podían conocer los principales hechos de la astronomía, como la duración del año, la de las revoluciones lunares, la posición de los equinoccios, y de los solsticios en el zodíaco, quizás la presión, las leyes de la vuelta de los eclipses, etc.

»Parece que el gran ciclo luno-solar, ó año máximo de seiscientos años les era notorio, como lo certificaba Josefo (*Antigüedades judáicas*, tomo I, capítulo V). Y es muy verosímil que estos conocimientos habrán sido transmitidos al través del diluvio, reducidos á la simple expresión del hecho, aislados de los métodos de cálculos y de todo lo concerniente á la ciencia astronómica propiamente dicha... En esta manera de ver ningún obstáculo nos

serían ni los emblemas antidiluvianos de los monumentos de Egipto, ni los números misteriosos de sus sacerdotes, números que ocultaban una ciencia que ellos mismos no comprendían.» (1)

Varias veces, en las pocas páginas que cuenta ya nuestro pobre trabajo, hemos acudido al Génesis, como se acude á una fuente segura y abundante, para que nos suministrara datos necesarios al objeto que nos proponíamos. Parécenos que ahora, habiendo nosotros dado armas, se nos objetará, como lo hacen escritores algo ligeros que aducen el tiempo enorme que habrían exigido su civilización avanzada y las construcciones gigantescas que levantaron, á favor de la desmedida antigüedad que atribuyen á la monarquía egipcia.

El Faraon que reinaba en Egipto cuando Abrahan pasó á este país, era ya un monarca poderoso y magnífico, rodeado de cortesanos ocupados en lisonjear sus gustos y pasiones, como haya podido hacerse en las cortes de Europa en las épocas de mayor refinamiento. Faraon colmó de regalos á Abrahan.

El Faraon que ocupaba el trono de Egipto cuando Jacob fué allá, tenía provincias, distritos, un consejo de ministros, sacerdotes, médicos á su servicio, cárceles, un capitán de Guardias, un copero mayor, un jefe de la panetería, graneros públicos, anillos de oro, telas preciosas, carros, objetos todos que prueban un estado de adelanto extraordinario en artes é industrias; comerciaba en esclavos; doblaban todos la rodilla en su presencia, sin extendernos en otras cosas que probarían más aún el desarrollado adelanto de los egipcios en aquellos primeros tiempos del mundo.

Todas las antecedentes objeciones se repiten á coro, y las tienen como estereotipadas ciertas escuelas que pretenden una antigüedad extraordinaria no solamente de la tierra sino también de la aparición del hombre en el globo terrestre.

Dejando aparte esta cuestión de la antigüedad extremada que no es de nuestra incumbencia, y que, relativamente al hombre, no puede admitirse

(1) DESDOUITS. *Soirées de Monthérvy*, tercera edición, páginas 402 y siguientes.

científicamente hablando, puede contestarse que, según las cronologías más admitidas é indudables, trascurrieron setecientos cincuenta años desde el diluvio hasta la época en que Jacob fué á Egipto, y que, con la historia en la mano, puede probarse que en ménos de trescientos cincuenta años se habían hecho muy florecientes las dos vastas monarquías de Perú y Méjico, hasta en las ciencias y artes, y precisamente se habían levantado todos sus edificios y monumentos, heraldos de una civilizacion riquísima, en aquel intervalo de tiempo.

Ahora bien, contestando á una de las preguntas que nos hemos hecho anteriormente, y en presencia de los más seguros datos, despues de mucho exámen, y siguiendo la opinion más probable, no puede fijarse la existencia de la civilizacion egipcia, por más que se haga, más allá de cuatro mil años ántes de Jesucristo.

Continuando en este órden de ideas, y para dar una noticia cronológica tan completa como nos sea posible de las civilizaciones conocidas, apuntamos aquí para más adelante las fechas que se les puede señalar, mucho menores todas, como se verá, á la egipcia.

Efectivamente, la de la China, que pasa por ser antiquísima, y en cantidad de tiempo fabulosa entre ciertos escritores, no se remonta más allá de tres mil años ántes de Jesucristo; la de Babilonia no pasa de dos mil seiscientos; la de la India no excede de dos mil; la de Siria no cuenta más que mil trescientos treinta y nueve; la de Grecia, mil doscientos cincuenta; la de Fenicia, mil doscientos veintinueve; la de Esparta, mil doscientos; la de Cartago, ochocientos ochenta; la de Roma, setecientos cincuenta y dos; y la de los Medos no va más allá de setecientos ocho años ántes de Jesucristo.

Para formarnos una idea de los autores que pueden consultarse en materias históricas de la más remota antigüedad, y saber con criterio exacto así los datos que pueden suministrarnos, como la fe que deben merecernos, no debemos olvidar que Moisés, el más antiguo de todos los historiadores, según lo hemos dicho ya varias veces, tiene próximamente una antigüedad de tres mil cuatrocientos cuarenta y ocho años; Sanchoniaton, antiguo historiador fenicio de Tiro, de quien nos quedan solamente algunos fragmentos de

la traducción griega hecha por Filon de su obra *Teología fenicia*, tiene una antigüedad de tres mil doscientos veintidos años; Confucio, el célebre filósofo chino, reformador de las costumbres del celeste imperio, no tiene más antigüedad que de dos mil cuatrocientos veintidos años; Herodoto, llamado padre de la historia profana, que viajó por Egipto y Asia, no cuenta más antigüedad que dos mil trescientos cincuenta y seis años; Beroso, de Babilonia, que escribió la historia de los Caldeos y de los Babilonios, á la que añadió también la de los Medos, tiene una antigüedad de dos mil doscientos veintiocho años, y Maneton, historiador y sacerdote egipcio, guarda de los sagrados archivos del templo de Heliópolis, patria, según se cree, de Moisés, y que escribió una *Historia de Egipto*, no es anterior á la fecha de dos mil ciento veintidos años.

Si de la antigüedad de los primeros escritores pasamos á la de los monumentos artísticos, podemos asegurar por los cálculos y datos más racionales y mejor fundados que el más antiguo monumento del Egipto no va más allá de cuatro mil cien años de antigüedad: el más antiguo monumento de Babilonia no cuenta más de tres mil ochocientos años, y el más antiguo monumento ciclópeo no excede de tres mil años.

Aunque sea repitiendo alguna idea, no queremos continuar esta materia sin decir que los descendientes de Noé no desconocieron las artes provechosas para la vida, como el fabricar ladrillos, trabajar los metales, el modo de hilar y tejer, finalmente, la música y el canto. Todo esto fué inventado y puesto en obra aún ántes del diluvio.

En cuanto á ciencia astronómica y cronológica, aventajaron á Atenas y Roma en su siglo de oro.

Dividían el mes en treinta días, el año en doce meses ó sea trescientos sesenta días, añadiendo además cinco días, que llamaban epagómenos, y después de los seiscientos años ordinarios, sucedía el año llamado grande. De suerte que su calendario era también más exacto que en Grecia y en el Lacio en sus mejores tiempos, gracias todo esto á la tradición de los primeros patriarcas, que, viviendo cerca de mil años, tenían tiempo y edad para completar las observaciones.

Josefo, el historiador, asegura que la vida de los patriarcas se prolongaba tanto, por voluntad expresa de Dios, para que perfeccionaran mayormente la geometría y astronomía que habían encontrado. Y mal habría podido suceder esto si no hubiesen vivido más de seiscientos años, puesto que el llamado año grande no caía sino despues de haber trascurrido seis siglos enteros.

Por todo lo dicho, Abrahan y sus descendientes siguieron constantemente el expresado calendario; y, miéntras los Griegos y Romanos reformaron el suyo por defectuoso, mucho ántes de la venida de Jesucristo, aún actualmente observan los Hebreos el que heredaron de sus antepasados.

Tambien se descubrió y usó la escritura poco despues de la separacion de los hijos de Noé. Escribíase en las membranas y en las cortezas de los árboles, en las láminas de plomo con estilos (punzones) de hierro ó se tallaban los caracteres en las piedras, segun lo menciona Job, y en la época de Moisés existía en la tierra de Canaan una ciudad llamada Cariath-Sepher, ciudad de letras. Sólo se ignora quién fué el primer inventor de la escritura.

De la civilizacion egipcia conocemos los muebles por las representaciones que se han conservado en algunos monumentos, y por algunos modelos encontrados en los sepulcros. Los muebles egipcios de ménos pureza de forma y tambien ménos graciosos que los de los griegos, ofrecen, sin embargo, una apariencia más cómoda. Conocían tambien los egipcios las colgaduras, tapicerías y alfombras de lujo, y en el ramo de joyería nos han dejado ricos y elegantes modelos de collares, brazaletes y pendientes dignos de interes, adoptados por la moda en estos últimos tiempos.

La importancia del pueblo que estudiamos, y la necesidad de investigar los orígenes de la civilizacion, nos dispensarán que, por vía de digresion siquiera, digamos dos palabras solamente acerca del estado político de las naciones desde la separacion de los hijos de Noé, y que entremos en una indicacion general acerca del estado de la religion en aquellos tiempos. Una idea político-religiosa nos iniciará en el secreto de la civilizacion antigua, y nos dará la clave para generalizar acerca de la de los demas pueblos.

Desde que se separaron los hijos de Noé hasta el año 820 ántes de Jesucristo, ó sea durante 1420 años, no existió monarquía propiamente tal, ni

se halla vestigio de ello en la Biblia, ni en Homero, únicas fuentes de la más remota antigüedad. Antes bien, cada region y cada ciudad ensalzaba un rey de su pertenencia. Solamente en la tierra de Canaan se cuentan algunas docenas combatidos por los Israelitas; haciendo caso omiso de Abrahan, quien, mucho tiempo ántes derrotó con trescientos hombres los cuatro reyes que habían hecho esclavo á Loth su sobrino. En la misma Grecia, miéntras ardía la guerra de Troya, enumera Homero tantos reinos como ciudades, y cada uno de los héroes es un rey en sus poemas.

Tocante á la religion, para esclarecer esta materia es necesario distribuirla en tres diferentes épocas que comprendan sucesivamente el conocimiento y culto del verdadero Dios, el culto del sol y de las estrellas, ó sea el sabeismo, la idolatría en general.

En los primeros tiempos despues del diluvio, enseñados todos los hombres por Noé y sus hijos, se adoraba al único verdadero Dios: ofrecían á éste los frutos de la tierra y le inmolaban las primicias de los ganados; la mayor parte vivían con la esperanza de un Mesías que vendría á redimir al género humano. Miéntras tanto, con la oblacion de los frutos reconocían á Dios por Señor absoluto y dador de tales bienes, y con el sacrificio de los ganados, confesándose reos de sus pecados, le suplicaban para que cesara contra ellos su ira vengadora. De aquí nacieron tantas maneras de culto llegadas al abuso entre los gentiles de toda nacion y época.

El culto del Sol, de la Luna y de las estrellas se llamó Sabeismo, del nombre Saba, que significa ejército, porque se llamaba ejército celeste el desmesurado número de los astros. Despues que comenzó á oscurecerse entre los hombres la idea del Criador y de la religion, poseídos de admiracion por la belleza y el orden de aquellos cuerpos, les tributaron á ellos la adoracion y las víctimas. Semejante supersticion aparece en Asiria, Persia, Fenicia y Egipto, y cuando se haya descubierto el Nuevo Mundo, la veremos arraigada tambien entre algunos de sus pueblos. Esta identidad de culto ¿no nos dirá nada acerca de los orígenes y procedencias de los pueblos? Pero no anticipemos ideas que tendrán su natural cabida en otras páginas.

Se ha observado que siempre que los Israelitas se apartan de Dios, se-

gun las narraciones de la Biblia, se les ve inclinarse ante la reina celeste ofreciéndole sacrificios á ella y al ejército celeste. Para disuadirles despues de ese rito impío llamóse á Dios Señor de los ejércitos: *Dominus Sabaoth*.

El uso de levantar estatuas á la memoria de los muertos y á la veneracion de los vivos, no se introdujo tan pronto como se unió la idolatría al sa-beismo. Las primeras, segun se lee en el libro de la Sabiduría, de la Biblia, representaban un hijo difunto, cuya efigie quería tener un padre afligido á su lado; para que todos los días la inclinasen los familiares á una señal suya, y sacrificaran á la misma. Figuraban las otras príncipes y reyes vivos, que, enviados á países lejanos, recibían en ellos las adoraciones y homenajes de los súbditos. Sin embargo, la emulacion de los escultores y la belleza del trabajo, entraron por mucho en la multiplicacion de las estatuas, y tambien para extender la idolatría, que nació cabalmente de esto.

Aunque rigurosamente hablando no corresponda aquí decirlo, llegó á tal punto la idolatría entre los Fenicios y otros pueblos de Palestina, que los padres quemaban vivos á sus hijos ó los degollaban en sacrificio á los ídolos bebiendo su sangre.

Entre los escritores griegos parece enteramente inútil averiguar quién fué el primer idólatra, ya que sólo nos ofrecen mal perjeñadas fábulas de aquellos tiempos, y el mismo autor de la Sabiduría no nos cita el padre ó el rey que primero que todos mandó esculpir tal clase de estatuas.

Aseguran algunos, sin fundamento, que Nino fué el primero que introdujo la idolatría, levantando estatuas á su difunto padre con el nombre de Belo.

La idolatría comenzó en los tiempos de Abrahan; con todo, muchas familias se sostuvieron así entónces como despues, en el verdadero culto, como la de Job y las de sus amigos y otras á no dudarlo, de modo que no se borró enteramente el conocimiento del Dios verdadero. Así los reyes como los pueblos, miéntras adoraban con honores divinos á las estrellas é ídolos, sabían que existía un Supremo Señor y le temían, llamándole Dios de los ejércitos, Señor del cielo.

En los tiempos de Moisés, cuando esta idea de Dios estaba entre los

gentiles poco ménos que borrada, empezó á obrar maravillas ya en el Egipto, para sacar libre de él al pueblo de Israel, ya en los desiertos de la Arabia para alimentarle, y ya finalmente en la Palestina, destruyendo á los idólatras para subrogarlos con su pueblo elegido, siendo tan claros y palpables aquellos milagros, que todos, á boca llena, confesaban al Dios de Israel, sin igual en fortaleza y poderío.

En lo sucesivo contribuyó mucho á mantener esta opinion entre los pueblos, con la celebridad del reinado de David y de Salomon, la portentosa magnificencia del templo de Jerusalem, atrayendo allí muchísimas gentes de todos países, para ver y admirar aquella maravilla del mundo.

Ya hemos dicho anteriormente que los egipcios eran hábiles en la ciencia de geometría y de los números. «Efectivamente, dice un autor á quien ya hemos citado más de una vez en esta obra, en el valle que el Nilo riega é inunda periódicamente, la tierra es prodigiosamente fértil y es muy numerosa la poblacion que habita dicho valle: por esto, desde muy antiguo, pareció importante no dejar sin cultivo ninguna parte de aquel terreno. Partiósese, pues, en lotes con el mayor cuidado, de tal manera que cada habitante tuviese en propiedad la cantidad de tierra que podía cultivar ó hacer cultivar. De este modo, los antiguos sacerdotes que gobernaban ántes de los reyes conservaban escrupulosamente, trazadas en hojas de papiro, las pertenencias de cada uno, á fin de evitar disputas y usurpaciones. Para trazar estos planes catastrales, fué preciso acudir á operaciones geométricas que la necesidad hizo perfeccionar poco á poco, y se llegó muy pronto á comprender que el triángulo era la figura que permitía señalar exactamente una extension de terreno, apreciar sus dimensiones y accidentes, tales como corrientes de aguas, partes inundadas ó secas, arenosas, peñascosas ó fangosas. Por esto se consideró el triángulo como la figura sagrada, particularmente el triángulo rectángulo, cuya base se divide en cuatro, el lado en tres y la hipotenusa en cinco partes iguales entre sí; tan bien que esta figura debió servir á los arquitectos para construir los palacios y los templos.

«El triángulo equilátero y el rectángulo fueron igualmente considerados como figuras perfectas..... En cuanto á las ideas religiosas anexas á estas

figuras, debemos abstenernos de hablar de ellas. Son misterios conocidos solamente de los sacerdotes; basta decir que el lado del triángulo recto dividido en tres representa á Osíris, la base dividida en cuatro á Isis, y la hipotenusa, Orus, compuesta de los dos; dando 9 el cuadrado de 3; 16 el cuadrado de 4, y 25 el cuadrado de 5, es decir igual á $9+16$. Siendo pues este triángulo la figura perfecta, no podía producir, si se le empleaba en el trazado de los edificios, más que resultados excelentes; por esto quedó prescrito, al igual que el triángulo equilátero.»

Debiéramos continuar aquí explicando la manera cómo procedieron los sacerdotes en cuanto al método que debía adoptarse para utilizar el triángulo perfecto en las construcciones; pero, por temor de hacernos pesados á nuestros lectores, lo pasaremos por alto, y describiremos solamente un palacio de un nomo, ó nomarca, (gobernador de provincia).

Sesostris, que, según Herodoto, fué el inmediato sucesor de Moeris, el que hizo construir el vestíbulo del templo de Vulcano, que miraba al norte, excavar el lago de su nombre y que elevó las pirámides, al volver á Egipto de su grande expedición al Asia y á Europa, dividió el Egipto en treinta y seis nomos ó gobiernos de provincia, al frente de las cuales había puesto igual número de oficiales, los más experimentados y los de su mayor confianza. Consistían sus funciones en recaudar las rentas del príncipe, y entender en todos los negocios que se suscitasen en la extensión de su provincia.

Examinaremos ahora el palacio de uno de esos nomos ó gobernadores de provincia, y, para el mejor acierto, cederemos la palabra á un arquitecto, á Viollet-Le-Duc.

«El programa propuesto por este nomo á su arquitecto es el siguiente: dos entradas en el palacio, pública la una, para los habitantes la otra. Del lado de la entrada pública un patio con pórticos dando paso á un salón vasto descubierto en la parte media. Del lado de la entrada privada, un primer patio vasto, con habitaciones para los criados de ambos lados; cocina y cisterna. Después un segundo patio con pórticos y salones abiertos á cada extremo. Entradas para los cuartos, colocadas á ambos lados del gran salón, pero sin comunicación directa con este.

» Dos patios laterales con almacenes para toda clase de provisiones. Debían ocupar estas construcciones una superficie cuadrangular de ciento sesenta codos de fachada por ciento ochenta y cuatro próximamente de profundidad.

» Dos hermosos jardines, cuidadosamente conservados, circunvalaban la habitación construída á orillas del Nilo, y cuyos terrenos cruzábalos un canal de riego.

» Encima de los aposentos de los bajos se había construído un piso de habitaciones, y las escaleras reservadas en los frontispicios dirigían á ellas y á la galería que en caso necesario se cubría con velas.

» Epergos y Doxi tuvieron ocasion de visitar la mansion del rico nomarca y el intendente de este palacio les admitió con la urbanidad habitual en las clases superiores del valle del Nilo. Recibióles este funcionario en la entrada del este reservada para el público y les enseñó desde luégo el primer patio provisto de pórticos en tres de sus lados.

» En cada extremo unos machones cuadrangulares sostenían los terrados de ese pórtico, mientras que unas columnas cilindro-cónicas se alineaban á lo largo de la portada exterior que formaba el centro de la cerca.

» En frente del salon principal se levantaba una cerca sobre la que había tendida una vela azul y que formaba una especie de porche. Otras dos fachadas que dejaban entre sí un intervalo cerrado por puertas, formaban la entrada del salon principal.

» Epergos no se cansaba de admirar aquella bóveda rodeada por dos pórticos sostenidos por elevadas columnas. Toda la parte central, al descubierta, podía cubrirse con velas tendidas al extremo de los mástiles plantados en el terrado. Atábanse en estos mismos mástiles otras velas que formaban dos tiendas continuas sobre las dos azoteas dispuestas para disfrutar del fresco de la noche.

» Las columnas de piedra, con capiteles, que, por su forma, recordaban el boton del loto, estaban cubiertas de pinturas; tenían arquitrabes de madera pintados tambien con colores vivos y una cornisa modelada con cañas.



INTERIOR DEL PALACIO DE UN MONARCA EGIPCIO

» Dos patios laterales con almacenes para toda clase de provisiones. Debían ocupar estas construcciones una superficie cuadrangular de ciento sesenta codos de fachada por ciento ochenta y cuatro próximamente de profundidad.

» Dos hermosos jardines, cuidadosamente conservados, circunvalaban la habitación construída á orillas del Nilo, y cuyos terrenos cruzábalos un canal de riego.

» Encima de los aposentos de los bajos se había construído un piso de habitaciones, y las escaleras reservadas en los frontispicios dirigían á ellas y á la galería que en caso necesario se cubría con velas.

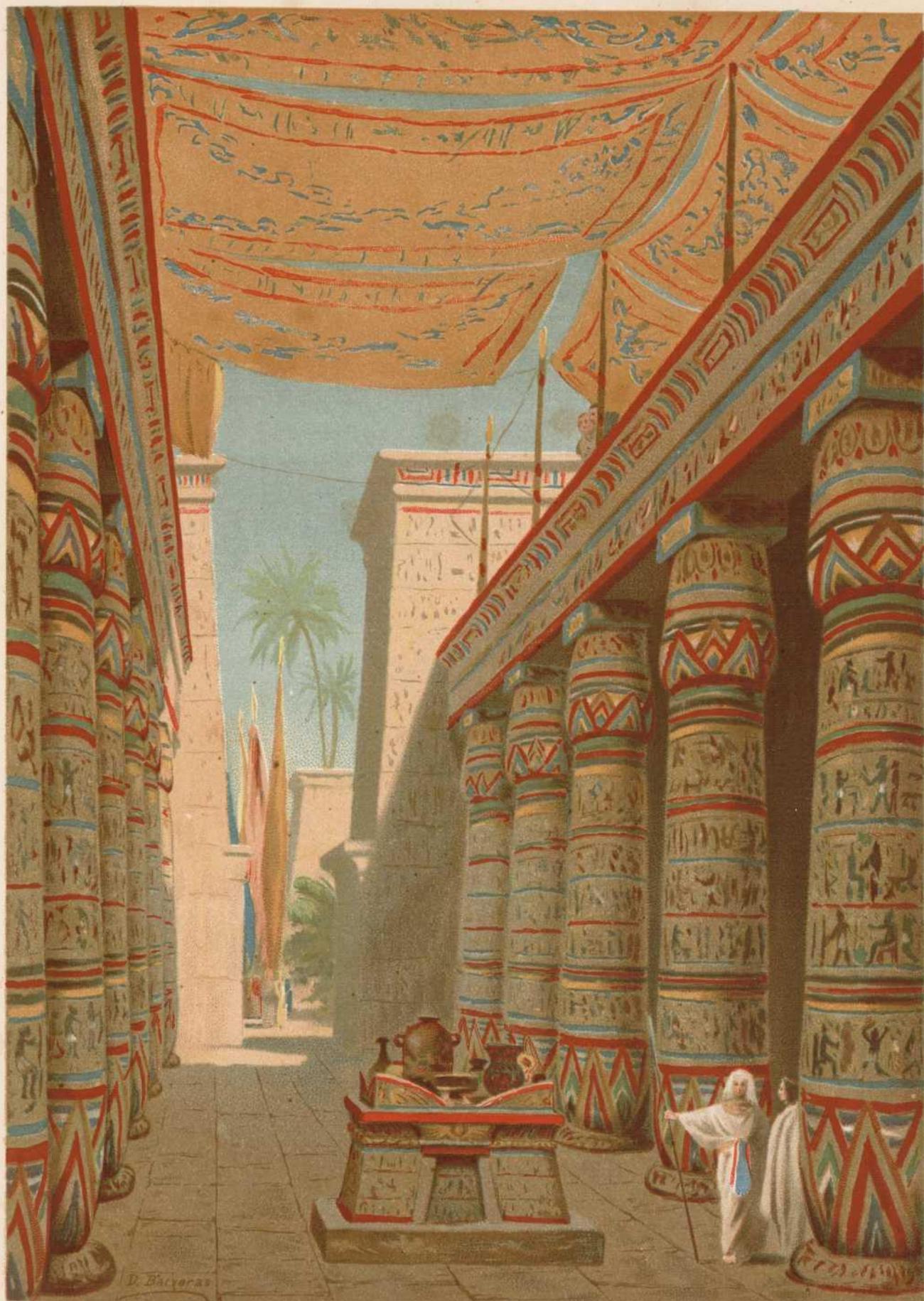
» Epergos y Doxi tuvieron ocasion de visitar la mansion del rico nomarca y el intendente de este palacio les admitió con la urbanidad habitual en las clases superiores del valle del Nilo. Recibióles este funcionario en la entrada del este reservada para el público y les enseñó desde luégo el primer patio provisto de pórticos en tres de sus lados.

» En cada extremo unos machones cuadrangulares sostenían los terrados de ese pórtico, miéntras que unas columnas cilindro-cónicas se alineaban á lo largo de la portada exterior que formaba el centro de la cerca.

» En frente del salon principal se levantaba una cerca sobre la que había tendida una vela azul y que formaba una especie de porche. Otras dos fachadas que dejaban entre sí un intervalo cerrado por puertas, formaban la entrada del salon principal.

» Epergos no se cansaba de admirar aquella bóveda rodeada por dos pórticos sostenidos por elevadas columnas. Toda la parte central, al descubierto, podía cubrirse con velas tendidas al extremo de los mástiles plantados en el terrado. Atábanse en estos mismos mástiles otras velas que formaban dos tiendas continuas sobre las dos azoteas dispuestas para disfrutar del fresco de la noche.

» Las columnas de piedra, con capiteles, que, por su forma, recordaban el tronco del loto, estaban cubiertas de pinturas; tenían arquitrabes de madera pintadas tambien con colores vivos y una cornisa modelada con cañas.



INTERIOR DEL PALACIO DE UN MONARCA EGIPCIO

» Los techos de los dos pórticos estaban igualmente fabricados de madera pintada, comprendiendo el área de la azotea. Al través del intervalo dejado entre los dos frontispicios, brillaba el azul del cielo, en cada extremo del salón, en tanto que el interior no estaba alumbrado sino por la suave y colorida luz que pasaba como por un tamiz por las velas tejidas de diversos colores.

» En medio de la nave central se levantaba una credencia en la que estaban depositadas las ofrendas. El silencio que reinaba en aquel sitio era sólo interrumpido por el murmullo de la brisa que se colaba en las velas y acariciaba los ángulos de las fachadas.

» Epergos preguntó al intendente por qué las entradas estaban abiertas también hasta la cima de las fachadas y por qué estaban cortados los dinteles de las puertas.

» Porque, contestó el intendente, es costumbre, con motivo de ciertas solemnidades, dejar entrar aquí procesiones compuestas de personas que traen las rentas debidas al nomarca. Pues bien, cada comunidad se hace preceder de unas banderas muy altas, como desafiándose á quién las traerá más altas y ricas. De esta manera los que las llevan pueden entrar aquí sin tener que bajarlas. Cada cual deposita los objetos en la credencia ó hasta á los piés del nomarca, y la profesion sale con el mayor orden por la otra puerta. No se acostumbra hacer entrar en el palacio á los animales vivos, ofrecidos al nomarca, pero en el lado del oeste, dando frente al río, hay levantada una ancha plataforma. El nomarca va allá, colócase debajo de una tienda y recibe los impuestos pagados con animales vivos, frutos y semillas.

» Fuera de la puerta que daba salida al largo patio privado, al oeste del salón, examinó curiosamente Epergos, á los dos lados de dicha puerta, dos estatuas colosales de piedra, sentadas, que le parecieron muy bellas.

» Díjole el intendente que representaban, una al rey reinante Cerferes, y la otra á su mujer, que el nomarca había levantado aquellas estatuas en honra de ellos y para demostrarles su gratitud.

» Y, efectivamente, largas inscripciones geroglíficas grabadas en el zócalo expresaban los nombres é innumerables cualidades de los dos personajes y

referían los sentimientos de gratitud del nomarca para con sus soberanos.

»Este segundo patio pareció aún más bello que el primero á los visitantes, y llamaron sobre todo la atención de Epergos los dos hermosos salones situados á los extremos con sus pilares de entrada y las columnas que sostenían los techos ricamente pintados.

»Penetrando en pos de su guía en uno de los corredores laterales, pudieron visitar algunos aposentos entónces inhabitados.

»Contenía cada uno de ellos una cama de descanso de madera pintada, provista de almohadones y cubierta de tejidos de lino de variados colores; una especie de cofre grande también de madera pintada, destinado para guardar los vestidos, una silla, una mesita y una lámpara. De día no recibían estos aposentos más luz que la que pasaba por las puertas dejadas abiertas en el corredor; pero la luz del sol es tan viva en aquellas comarcas, que los aposentos recibían una luz reflejada muy suave y agradable, al propio tiempo que conservaban una temperatura fresca. Sus paredes estaban adornadas con pinturas que representaban personajes entremezclados con inscripciones explicativas.

»Los aposentos del primer piso, que daban á las azoteas de encima los corredores, tenían iguales adornos, y, delante de las puertas, había tendidas unas velas que impedían á los rayos del sol penetrar en el interior.

»Estas dos pequeñas azoteas tenían vistas á los dos jardines longitudinales en los que había plantados sicomoros, palmeras, mimosas, naranjos y algunos árboles raros, y los regaban pequeños canales. Á cada lado, frente á los aposentos, veíase un pequeño pórtico de madera al rededor de unas celdas en las que había colocados, con perfecto orden, los géneros de todas clases, frutas, simientes, miel, legumbres, bebidas, vino y cerveza.

»Estas partes, empero, de la habitación no eran accesibles á las personas forasteras, y los criados que guardaban estos almacenes eran responsables de su contenido; por esto vivían en los dos edificios que había al extremo del gran patio del oeste. Alrededor de esta hermosa habitación había plantados vastos jardines, de formas regulares, con canales, viveros, almacenes y todo lo que era necesario para el cultivo.

»El orden, la regularidad, la limpieza era lo más agradable de estas residencias.

»Esclavos continuamente ocupados en mantener las cosas en buen estado, eran vigilados por directores que había al frente de cada servicio, y el látigo recordaba sus deberes á los descuidados ó perezosos.

»El intendente reglamentaba cada uno de estos servicios y se hacía dar cuenta de todas las entradas y salidas, del consumo, de las provisiones, de las ventas y compras.

»Gran número de animales, bueyes, caballos, asnos, ocupaban establos que había en el extremo de los jardines, y en un vasto corral se veían gallinas, ocas, patos, alimentados cuidadosamente para la mesa del dueño.»

Poca meditacion se necesita para comprender que está dentro de la exactitud la detallada relacion que acabamos de leer: el clima excepcional del valle del Nilo favorece á sus habitantes, que nada han de temer de las escarchas ni de las tempestades. Sin molestarse mucho, tienen cuanto necesitan para la vida, y el desierto que les rodea les protege. De ahí que ellos dediquen al aumento de su bienestar toda la actividad y cuidado que otros deben emplear necesariamente para luchar contra los elementos ó librarse de vecinos codiciosos.

Un atractivo inexplicable, íntimo, misterioso, pero dulce y halagüeño, aunque velado por indefinible tristeza, nos tiene como sujetos en este bello país de Mesraim, que fué tambien la patria de Cleopatra, símbolo de los atractivos, como lo fué tambien de las supersticiones, símbolos de los misterios del alma. Sus inmensas riquezas, su venerable antigüedad, su poblacion innumerable, sus palacios residencias de príncipes, sus monumentos de toda especie, admirables y gigantescos todos, sus instituciones adelantadas, su política ilustrada, sus leyes producto de la sabiduría y del buen sentido práctico nos admiran, nos cautivan. Pero un misterioso presentimiento, triste como la luz de la luna bañando la inmensa sábana de su desierto dominado por aterrador silencio, nos dice que aquellos palacios, que aquellos templos y monumentos, que aquellos jardines asombro de la imaginacion, serán ¡ay! inmenso arenal, pisado solamente por lagartos, árido y seco hasta el

extremo de no producir ni un tallo donde posarse el ave fugitiva que caerá extenuada de sed y hambre sin hallar en las ardientes arenas ni un pedazo de escombros siquiera donde guarecerse. Uno á uno caerán sus grandiosos monumentos, orgullo de unas generaciones que fueron, perdidas ahora sus cenizas entre el polvo que arremolina y lleva el huracan del desierto. La ciencia de sus sacerdotes se disipará como el humo, pasará desapercibida como la corriente del Nilo que saltando impetuosa de sus cataratas va á confundirse en el Mediterráneo, desapareciendo entre arenas que abaten su majestuoso orgullo, y la supersticion de los siglos que se llamarán ilustrados te pregonará por su maestra y guía para más baldon de tus pontífices. Ni recuerdos quedarán de las fiestas que en el solsticio hacían correr á torrentes la sangre de toros negros en las aras del templo consagrado al Nilo, y sembraban de flores de loto su corriente semejando una alfombra inmensa movida por los soplos de ocultos y misteriosos céfiros moradores de sus orillas. Ni restos quedarán, ni escombros para estudiarlos, del templo que te levantó Nicópolis. Tu colosal estatua de mármol negro, coronada de laureles y espigas, cabalgada en enorme esfinje, caerá tambien hecha polvo, con todos sus atributos. Tu suelo se convertirá en inmenso cementerio, triste como la tristeza de la muerte, y un día ¡ay! la codicia de los hombres te pisará con desprecio, comparable sólo á tu infortunio, y turbará la paz de tus sepulcros, como turba la de las entrañas de la tierra para arrancarle sus tesoros, y arrancará de las tumbas de tus hijos los huesos que allí descansan para diseminarlos por todo el mundo, en cambio de unas cuantas monedas. Ni te salvará la antigüedad de tu origen, ni se respetará lo ilustre de tus dinastías, ni moverán á compasion la inmensidad de tus desgracias ni el triste cambio que habrá sufrido tu destino. De este rico tesoro de glorias, sin igual en el mundo, sólo quedará en pié para atestiguar tu existencia y acreditar tu poderosa civilizacion, uno que otro monumento, muy pocos por desgracia, recuerdos de otro monumento de un pueblo hermano tuyo. Subsistirá el monumento más grandioso é indudablemente el más perfecto de todos los monumentos de tu suelo, para pregonar á todas las generaciones futuras la fecha de tu civilizacion, los adelantos en las ciencias y artes que hiciste, y decirles

al propio tiempo que nada hay nuevo debajo del sol, y que es leve humo el orgullo de las naciones que desde la cúspide de las altaneras pirámides descienden á la abyeccion, hasta convertirse en pueblos de eunucos y traficantes de serrallos.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que no aludimos á los canales de Sesóstris, caso que no fueran una fábula; ni á la torre de piedra de Rampsimite mandada edificar por éste para guardar sus cuantiosos tesoros, sino que aludimos á la portentosa obra del sucesor de éste, llamado Cheops; á la gran pirámide de Gizeh.

No sería este el lugar oportuno para dar cuenta ó reproducir las interminables discusiones á que ha dado lugar el destino de su fábrica y de las demas que hay sembradas en Egipto; pero no estará de más que digamos que actualmente está muy desacreditada entre los sabios la idea de que se hubiesen construido para depositar las cenizas de algunos soberanos, sirviéndoles de magníficos mausoleos.

Ya que hemos nombrado á Cheops, al propio tiempo que hablaremos de su colosal obra, digamos algo de su biografía que tomaremos de Herodoto.

«Hasta el tiempo de Cheops, dijeron á Herodoto los sacerdotes egipcios, había florecido la justicia y reinado la abundancia en todo Egipto; pero no hubo iniquidad que no cometiera su sucesor Cheops. Primeramente cerró todos los templos, y prohibió á los egipcios que ofreciesen sacrificios; despues de esto les hizo trabajar para él. Unos se emplearon en sacar piedras de las canteras de Arabia y trasportarlas desde allá al Nilo, y trasladarlas en barcos al otro lado del río, allí las recibían otros y las llevaban á la montaña de Libia. Empleábanse en este trabajo cien mil hombres cada tres meses. En cuanto al tiempo en que el pueblo fué atormentado de este modo, pasáronse diez años en construir la calzada por donde debían conducirse las piedras; esta calzada no cede en mucho á mi modo de ver á la misma pirámide, porque tiene cinco estadios de longitud, sobre diez orgías (cincuenta y un piés, tres pulgadas) de ancho, y ocho orgías (cuarenta y un piés) en su mayor altura, toda ella compuesta de piedras pulimentadas y adornadas con figuras de animales. Pasáronse diez años en construir esta calzada, sin contar el

tiempo que emplearon para llevar á cabo las obras de la colina sobre la que se levantan las pirámides, y en los edificios subterráneos que hizo construir para su sepultura en una isla formada por las aguas del Nilo que introducía por un canal. La sola pirámide costó veinte años de trabajo. Su base es cuadrada, y cada una de sus caras tiene ocho pletros (ochocientos piés) en su mayor altura; está formada toda ella de piedras pulimentadas, perfectamente unidas entre sí, y de las cuales ni una tan sólo hay que tenga ménos de treinta piés. Construyóse esta pirámide en forma de gradería. Cuando se hubo empezado á construir de esta manera, levantaron las otras piedras, y con el auxilio de máquinas construidas de pedazos cortos de madera, las colocaron sobre la primera línea de gradas. Cuando una piedra llegaba allí, la colocaban en otra máquina semejante, que se hallaba en este primer escalon. Tal vez no tenian más que una máquina, fácil de trasladar de un punto á otro.»

Leyendo esta relacion de Herodoto, transmitida, segun hemos visto, por los sacerdotes egipcios, se nos vienen por sí mismas á la memoria unas cuantas líneas de Buchner que se ven en su obra titulada *El Hombre segun la ciencia*.

«¡Qué asombro y admiracion, dice, no debe apoderarse de nosotros al pensar que en la época en que el aborígene europeo, con sus pobres armas de piedras, perseguía á las bestias fieras, ó habitaba en chozas de madera encima de las aguas, contando por todo alimento con los productos de la caza ó pesca; allende el Mediterráneo, en la afortunada region regada por el Nilo florecían ya ciudades poderosas y espléndidas; cultivábanse las artes y ciencias de toda especie; una casta sacerdotal ilustrada y fuerte empuñaba con mano firme las riendas de un gobierno regular, y verosímilmente sostenía relaciones comerciales en larga extension de las costas mediterráneas!»

Y, apoyados en esta autoridad se nos ocurre una observacion, muy oportuna aquí, que hubiéramos emitido más de una vez ya, si hubiésemos creído poder hacerlo con tanto fundamento como ahora.

Segun lo que llevamos visto, el hombre salió adulto de las manos de su Criador, y vivió hasta nuevecientos años en toda la plenitud de su inteligencia y demas facultades mentales, sucediéndose por espacio de dos mil

años, estas largas vidas físicas é intelectuales, completamente privilegiadas, cuya idea no llegamos ahora á formarnos. Durante este largo periodo de dos mil años no sólo ha alcanzado el hombre la civilizacion más adelantada, sino que la ha sobrepujado, excedido, y hasta, por su fatalidad, ha conocido los excesos de esta extremada civilizacion. Ahora bien, ¿hay algun inconveniente en admitir que en este dilatado periodo de dos mil años hayan tomado un vuelo muy alto y muy veloz, al propio tiempo, las ciencias y las artes? ¿Hay alguna inconsecuencia en conceder que esas generaciones robustas y llenas de vida, verdaderos gigantes físicos é intelectuales hayan llevado á cabo progresos y adelantos no sólo comparables sino muy superiores á los de las generaciones actuales, que dos mil años atras no habían salido todavía de la barbarie en que habían caído? Por nuestra parte, no ofrece ninguna dificultad la contestacion á estas preguntas, ni la tendría tampoco para nadie si no se hubiese embrollado esta materia con la absurda majadería del hombre criado en estado salvaje.

*
* *

Ménos extraño se nos presentará el grado de civilizacion á que llegó el pueblo egipcio si, saliéndonos de las cosas, penetramos en la esfera de las ideas, dando la preferencia á las religiosas, como las más nobles y simples.

Aunque á primera vista parezca extraño, y crea quizás álguien que nos contradecemos, débese la civilizacion egipcia á su creencia monoteista. Pero, se nos dirá, todos los símbolos del Egipto, todas sus artes así suntuarias como decorativas, todos sus signos externos no pregonan el politeísmo? Cierto que así parece á primera vista, y no faltan celebridades que así lo creen, pero se oponen á esta muchas opiniones muy bien fundadas. Más aún: la egiptología, que forma hoy uno de los ramos más distinguidos del saber humano, ha hecho progresos inmensos de pocos años acá, y nadie duda ahora que el fundamento religioso de Egipto es el monoteísmo, ó la existencia de un Dios solo y único.

Es cierto que la naturaleza, ó como si dijéramos cierto panteísmo, entra por mucho en la idea de Dios que tenían formada los egipcios; cierto que entre sus dioses se contaba el buey, emblema de la agricultura; el perro, guardian de las casas y rebaños; el gato, destructor de los ratones que infestaban el país; el ibis, que perseguía á las aladas; el icneumon, enemigo del cocodrilo; y es cierto asimismo que los animales dañinos recibían también su culto debido al terror que infundían; y que no satisfechos aún con todas estas adoraciones, adoraban también algunas plantas como el loto, el puerro, la cebolla y otras; pero el Dios único, el organizador de toda la materia, el Dios juez de los hombres y regulador de la moral, queda distinto de todos los demás objetos de la veneración y culto, que pueden traducirse por un politeísmo vulgar, propio sólo de las más humildes capas sociales, independiente de la verdadera religión egipcia, mal comprendida y peor juzgada.

Jámblico, filósofo platónico, autor alejandrino del siglo IV de nuestra era, y uno de los enemigos más temibles del Cristianismo, nos dice en su obra *De los Misterios de los egipcios*: « Cuando se considera el Dios egipcio como la fuerza oculta que lleva las cosas á la luz, recibe el nombre de Hammon; cuando es el espíritu inteligente resumen de todas las inteligencias, se llama Emeth (Imhotep de los geroglíficos); cuando es el que lo realiza todo con arte y verdad, se llama Phtah; y, finalmente, cuando es el Dios bueno y bienhechor, se le conoce con el nombre de Osiris. »

Otro autor, Alfredo Maury, dice que testimonios muy anteriores á Jámblico, prueban que la creencia en la unidad divina era la esencia de la teogonía egipcia desde el antiguo imperio y los primeros tiempos del nuevo. Una inscripción del Museo de Berlín, de la dinastía décimanona, llama á Ammon el dios « *único viviente en sustancia*; » otra inscripción de la primera época, le da el calificativo de « *sola sustancia eterna*, » de « *único generador en el cielo y la tierra, que no es engendrado*, » idea que se aparece para todas las divinidades que, con nombres diversos, reproducen los principales rasgos de la suprema divinidad. »

No son posibles la duda ni la discusión, acerca del monoteísmo egipcio, ante unas declaraciones tan explícitas y terminantes como claras. El dogma

de la unidad divina informa toda la civilizacion egipcia en sus manifestaciones artísticas, y á él se deben sus más célebres monumentos, expresion material, traduccion fiel de sus creencias espirituales.

Concordando estas ideas con lo que llevamos dicho acerca del camino seguido por la civilizacion humana, sería cerrar los ojos á toda evidencia no ver en esta idea de un Dios uno, no engendrado, único generador en el cielo y la tierra, el eco poderoso y vivificador de las creencias salidas del Eden, la tradicion no interrumpida de las primitivas doctrinas religiosas, cadena misteriosa cuyo primer eslabon está fijo en el árbol del fruto vedado y se extiende como una inmensa red donde quiera que hay seres inteligentes.

Un sabio del siglo XIX ha dicho que la razon no inventa lo que la razon no comprende. Partiendo de este principio muy exacto, no hubieran los egipcios, por su sola razon, inventado el Dios « uno, único, el que existe por esencia, el solo generador en el cielo y en la tierra que no ha sido engendrado; el padre de los padres, la madre de las madres, el Dios sér único, perfecto, dotado de ciencia é inteligencia ciertas », como llamaban ellos al Dios de toda la eternidad.

Gustosos cedemos aquí la palabra á un autor dedicado especialmente á la egiptología, porque nos explicará esta materia de un modo magistral que no podríamos pretender nosotros, atreviéndonos á suplicar á nuestros lectores que se fijen en la concordancia y armonía que se descubre entre esta página y lo fundamental de la religion mosaíca y cristiana.

« Siempre igual, siempre inmutable en su inmutable perfeccion, siempre presente para lo pasado como en lo venidero, llena el universo sin que haya imágen en el mundo que pueda dar ni siquiera una débil idea de su inmensidad: se le siente en todas partes, pero no se le alcanza en ninguna. Único en esencia, no es único en persona. Es padre por la sola razon de que es, y el poder de su naturaleza es tal que engendra eternamente sin debilitarse ó agotarse jamas; no tiene necesidad de salir de sí mismo para convertirse en fecundo, encuentra en su propio seno la materia de su perpetuo parto. Solo, por la plenitud de su sér, concibe su fruto, y como en él la

concepcion no podría distinguirse del parto, desde toda la eternidad produce en sí mismo otro él mismo.»

¿Quién no ve aquí claramente indicado, más de lo que pudiera presumirse, y aún diremos más de lo que á primera vista parece el más incomprendible de todos los misterios del cristianismo, el de un Dios uno y trino, el de un Dios uno en naturaleza y trino en personas? ¿Cómo se elevaron los egipcios á esa metafísica que confunde y humilla á las inteligencias más privilegiadas? ¿Podía el hombre en estado primitivamente salvaje remontarse á estas concepciones que abruman á los sabios? El buen sentido nos impide contestar á estas preguntas.

Ya hemos dicho en otra parte que los egipcios creían en la inmortalidad del alma, pero elevando á dogma fundamental la *metempsychosis*, ó sea el paso del alma, despues de la muerte, á otro cuerpo. Estas transmigraciones se extendían hasta á los animales inmundos que se reservaban para los culpables. En esta parte, esto es en la manifestacion de esta creencia desplegaron los egipcios un lujo que no tiene igual en ningun otro punto del globo: no parece sino que tenían una revelacion ó convencimiento especiales de otro mundo, de la mansion de los muertos, y á la magnificencia de esos lugares de reposo eterno dedicaron todas sus riquezas, todo su saber, como nos lo demuestran de un modo evidente sus innumerables hipojeos.

«Ha llegado el fin, el hombre es muerto para la tierra. El espíritu se retira al instante en el alma, coagúlase la sangre, vacíanse las venas y arterias, el cuerpo abandonado á sí mismo se resolvería pronto en informes moléculas, si los procedimientos del embalsamamiento no le prestaran una apariencia de eternidad. Libertada la inteligencia, recobra su envoltorio luminoso y se convierte en *demonio* (Khon). El alma abandonada de la inteligencia que le guiaba, aligerada al propio tiempo del cuerpo que le pesaba, comparece sola delante del tribunal en donde preside Osiris Bhen-Ament rodeado de los cuarenta y dos miembros del jurado infernal. Su conciencia, ó como decían los egipcios, su *corazon* habla contra ella; el testimonio de su vida la agobia ó la absuelve; sus acciones se pesan en la balanza infalible de verdad y justicia, y, segun que se encuentran pesadas ó ligeras, dicta el jurado infernal

un fallo que la inteligencia está encargada de ejecutar. Entra otra vez en el alma impía, no ya desnuda y sin fuerza sino provista del fuego divino, recuérdale sus consejos despreciados, sus ruegos trocados en burla, la azota con el látigo de sus pecados y la entrega á las tempestades y torbellinos de los elementos conjurados. Traqueteada siempre entre el cielo y la tierra, sin librarse jamas de las maldiciones que la ligan, busca la condenada un cuerpo humano para habitar en él, y, luégo que lo ha hallado, lo tortura, lo agobia con enfermedades, lo precipita al asesinato y á la locura. Cuando despues de siglos llega finalmente al término de sus padecimientos, tócale sufrir la segunda muerte y precipitarse en la nada. Pero el alma justa, despues de haber pasado su juicio, no es admitida á contemplar las verdades supremas; ántes de llegar á la gloria, debe todavía experimentar más de una prueba. Lánzase al traves de los espacios desconocidos que la muerte acaba de abrir á su vuelo, guiada por la inteligencia y sostenida por la esperanza cierta de una próxima felicidad. Su ciencia se ha aumentado, sus facultades se han ensanchado, es libre de tomar todas las formas que le plazca revestir. En vano se levanta el mal contra ella bajo mil figuras horrendas é intenta detenerla con sus amenazas y espantajos. Identificada con Osiris y por consiguiente, victoriosa como él, recorre las mansiones celestes y lleva á cabo en los *Campos de Aalon*, las ceremonias del cultivo místico. Acércase el fin de las pruebas, disípanse poco á poco las sombras, amanece el día de bienaventurada eternidad y la penetra con sus luces; confúndese con la multitud de los dioses, y camina con ellos en la adoracion del Sér perfecto. Hay dos coros de dioses, errantes unos, fijos los otros; este es el último grado de la iniciacion gloriosa del alma. En este punto, el alma se hace toda inteligente: ve á Dios cara á cara y se abisma con él (1).»

¡Cuánto trigo, de excelente calidad por cierto, de doctrina católica no hay entre la cizaña de errores y supersticiones en la cita que antecede! ¡Qué grado de civilizacion no revela esa teología pura, clara, como el sol de mediodía, que alumbraba el Egipto!

(1) MASPERO G. — *Historia antigua de los países de Oriente*.

Pero no se crea que fueran esas creencias las que pudiéramos llamar meramente especulativas, ó de órden abstracto, pues se manifestaban exteriormente por medio de prácticas que hasta cierto punto las materializaban, para que fuera completa la armonía entre la fe y la práctica religiosa ó espiritual.

Desde el monarca al último súbdito, eran sometidos á un juicio solemne los egipcios despues de fallecidos. Si el magistrado encargado de las acusaciones probaba que el difunto había llenado mal sus deberes, era condenada su memoria y se le enterraba sin ninguna pompa; pero, si el juicio le era favorable, se hacía su elogio fúnebre, vestíanse de luto sus allegados por espacio de cuarenta ó sesenta días, segun su categoría, y el cadáver recibía el honor de ser embalsamado.

Cuando se medita con alguna reflexion en esas prácticas que, dígase lo que se quiera, prueban adelantos portentosos en la civilizacion, no acertamos á darnos cuenta de las aberraciones religiosas que fueron el origen de la mitología griega, de la romana, del paganismo, en fin, que dominó por tantos siglos en los pueblos que llevaban la delantera en los progresos de la humanidad.

En su afan por el simbolismo, diríase que tendían á materializarlo todo, dando á todos los seres espirituales é ideas una forma ó figura material, adecuada ó expresiva si se quiere, pero al fin representada por materia. De esto á la idolatría, á la supersticion, sólo falta dar un paso. Que los egipcios fueron en alto grado supersticiones lo prueba que abominaron como animales inmundos al cerdo y algunos otros cuadrúpedos; pero más que todo lo demuestra el horror con que miraban el mar y la aversion que tenían á los extranjeros llevada al extremo de no consentir comer en su compañía, ni probar siquiera un manjar que el extranjero hubiese cortado con su cuchillo.

Estas supersticiones, ó alucinaciones populares alteraron profundamente el sentimiento religioso de los egipcios, hasta el punto de representar la mayor parte de sus divinidades por medio de figuras más ó ménos simbólicas, pero con la cabeza de algun animal: así vemos que el *buey* era la imágen viva de Osiris ó el Sol; la *ternera* de Isis ó la Luna, y así por este estilo.

Acostumbrados ya á estas manifestaciones simbólicas respecto de sus divinidades, y por efecto de su sistema de escritura geroglífica, único que se conoció durante muchos siglos en aquel país, y conservado aún por los sacerdotes, en quienes estaba vinculada la prerogativa de cultivar las ciencias, les vemos acudir á la produccion de mil distintos dibujos ó figuras para la representacion material de ciertas ideas. Así vemos, por ejemplo, que la grulla, la golondrina, el gavilan son la imágen de la inteligencia; el cocodrilo, la tortuga y varias especies de serpientes figuran el principio malo, sin contar otras muchísimas figuras que representaban distintos objetos, cuya enumeracion nos llevaría más allá de nuestro plan.

No obstante, y como única muestra de cuanto descende un pueblo cuando entra ya en la pendiente de los errores, no queremos omitir dos líneas para explicar el culto particular que tributaban al buey Apis, para medir el grado de civilizacion religiosa de un pueblo tan adelantado en ideas teológicas.

El buey Apis merecía un culto particular entre todos los animales divinizados; en sus magníficos templos recibía los más grandes honores y adoraciones, y ademas era consultado como oráculo. Cuando moría, todo el Egipto se cubría de luto, llorando su pérdida, se le hacían las pompas funerarias con la mayor magnificencia, y le buscaban un sucesor, que reconocían por ciertas señales que debía reunir. El cuerpo debía ser negro con una mancha blanca en la frente, en el lomo debía verse la figura de un águila, la de un escarabajo en la lengua, y una especie de media luna en el lado derecho. ¿No parece esto un remedo de los que creen ver en las variadas formas de las nubes animales, gigantes, y otras figuras ó alusiones á sucesos futuros, ó á presagios en los que creen más que en los mismos artículos de la religion que profesan? Luégo que los egipcios habían hallado el Apis, renacía la alegría en todas partes, y lo conducían á Menfis en donde se le ponía en posesion de su grandeza por medio de suntuosas ceremonias.

*
* #

« No, decía Demóstenes en su primera *Olintiana*, no se funda un poder duradero en la iniquidad. Todo esto puede quizás dar un buen resultado

una vez, un instante, hacer concebir las más deslumbradoras esperanzas; pero el tiempo mina sordamente el edificio y todo se desploma por la base. En una casa, en un buque, en una construcción cualquiera, la parte inferior debe ser lo más sólida que posible sea: pues bien, demos la justicia y la verdad por fundamentos y base á nuestros actos políticos. »

« La justicia, al fin y al cabo, decía Hesiodo, triunfa siempre de la violencia; es una ley que el insensato no reconoce sino cuando sufre su aplicación. »

Los que tienen miedo á la justicia se juzgan á sí mismos. Á fuerza de habilidad y sutileza puede retardarse la hora temida, pero debe llegar tarde ó temprano.

Para dar una idea más cabal y exacta del estado social del Egipto, en sus primeros tiempos, dada la inmensa distancia que nos separa de ellos, necesitamos acudir á la biografía de sus primeros monarcas, á fin de que, por inducción siquiera, podamos divisar alguna luz entre tantas nebulosidades como nos ocultan los objetos.

Sesostris, el inmediato sucesor de Moeris, según Herodoto, fué el mayor conquistador que hasta entónces hubiese pisado la tierra. Según relación dada por los sacerdotes egipcios á Herodoto, quien les consultó, fué Sesostris el primero que partió con dos grandes navíos del golfo Arábigo, y sujetó á los pueblos que habitaban las orillas del mar Eritreo; dirigióse aún más lejos hasta llegar á un mar innavegable á causa de los bajíos. Cuando encontraba pueblos valientes y celosos de su libertad, levantaba en el país columnas en las que hacía grabar una inscripción que indicaba su nombre, su patria, y que había vencido á aquellos pueblos con la fuerza de sus armas. Recorriendo de este modo el continente, pasó de Asia á Europa, y sujetó á los escitas y á los tracios. Retrocediendo por el mismo camino, llegado á orillas del Zaro, no puedo asegurar, dice ingénuamente Herodoto, si dejó una parte de su ejército para cultivar el país, ó bien si algunos de sus soldados, cansados de tan largo viaje, se establecieron en las márgenes de aquel río.

Este príncipe, que murió después de un reinado de cuarenta y cuatro

años, había dividido el Egipto en treinta y seis nomos ó gobiernos de provincia. Dividiólo también, según el testimonio de Herodoto, en tantas partes, cuantas eran las porciones de habitantes que cada una de por sí pagase una cantidad determinada de las rentas.

La más notable de todas las instituciones que se atribuyen á Sesostris, es la division que hizo de sus vasallos en diferentes estados. Contábanse en Egipto siete órdenes distintos que sacaban sus nombres de las profesiones que cada uno de ellos ejercía. Por este establecimiento, se hallaban distinguidas y separadas, unas de otras, las diferentes profesiones de cada miembro del estado. No se permitía á los egipcios dedicarse á la profesion á que se sentían inclinados. Los hijos estaban obligados á seguir la de sus padres: al que la dejaba, para seguir otra, se le castigaba severa y gravemente. Los egipcios atribuyen á este príncipe la mayor parte de las ordenanzas relativas á las tropas y á la disciplina de los ejércitos.

No tememos ofender la memoria de Sesostris atribuyéndole á él la inícuá ley de castas, calcada, ó copiada quizás de la que encontraría en los territorios de allende el Ganges.

Efectivamente, allí encontraría los *brahmas*, salidos de la cabeza de Brahma, y que eran los sacerdotes; los *chattrias*, ó guerreros, salidos de sus brazos; los *vaiscias*, agricultores y mercaderes, salidos de su vientre, y los *sudras*, artesanos, obreros y servidores, salidos de sus piés, y aplicaría estas divisiones á su reino, aunque no falta quien comprende todas las divisiones del Egipto en tres sólamente, á saber: los sacerdotes, los militares y el pueblo. La ciencia pertenecía exclusivamente á los sacerdotes, siéndoles familiares la mecánica, la geometría y la astronomía.

¿Debemos buscar la civilizacion del Egipto en la ley de las castas? ¿Debemos caracterizarlo por este régimen?

Desde luégo, y contestando en sentido absoluto, puede asegurarse rotundamente que la ley de castas perjudicó más bien que cooperó á la civilizacion egipcia. Ya hemos dicho que los oficios eran hereditarios de padre á hijo: el hijo del cultivador debía llenar las funciones de éste cuando le había sucedido; el artista no podía hacer sus trabajos distintos de los que había

hecho su padre; hasta había patronos cortados para labrar las estatuas y trabajar los geroglíficos bajo un modelo inalterable, considerándose como un crimen toda mejora introducida en ellos.

Este régimen excluye toda inspiracion, quita el vuelo á la inteligencia, lo fía todo á la rutina, y es un atentado gravísimo contra la libertad personal. Ya se comprende, pues, con lo dicho que la division de un pueblo en castas invariables, permanentes, ha de ser un obstáculo para la mejora y progreso de la civilizacion, para el desarrollo y perfeccionamiento de las artes y de la industria. La China y la India nos servirían de prueba concluyente, si debiéramos probarlo, ó si necesitáramos juzgar la inutilidad y perjuicios gravísimos que se siguen de la division de un pueblo en castas.

No consta, no obstante, que en Egipto fuera tan rigurosa y duradera como en otros pueblos orientales, la ley de la transmision forzosa de las industrias de padres á hijos; sin embargo, es lo cierto que el hecho de la transmision de los oficios y profesiones debe considerarse habitual en aquel país. La uniformidad de ciertos trabajos lo probaría más que todo.

Sea como quiera, la division de castas tiene el gravísimo defecto de entorpecer la marcha de la civilizacion, perpetuar los malos métodos, los errores ó abusos, las imperfecciones, atendiendo sólomente á que son antiguos, y, por lo tanto, respetables. Falta la emulacion, y sin esta no hay deseo de extender ni desarrollar el oficio. Esto favorece á la indolencia, la pereza, la apatía, y reduce los límites de las aspiraciones humanas.

Ya hemos dicho ántes que considerada esta cuestion en absoluto debía resolverse, en nuestro concepto, en sentido contrario á la ley de castas. En Egipto, sin embargo, en lo tocante á las industrias, bajo la direccion de los sacerdotes, respecto especialmente á algunas determinadas como las relativas á los templos y á la vida espiritual, que deben considerarse como eminentemente egipcias, no deben mirarse como exclusivas, sino atribuirse á la idea de la casta.

Se ha dicho en favor de la division de los pueblos en castas, que, circunscritas cada una de ellas á cierta serie de deberes, por más que sean imperfectos, establece un medio de orden y de trabajo, siendo absolutamente

preciso que el labrador, el artesano, el soldado y el sacerdote, desempeñen sus cargos, puesto que no pueden ser reemplazados en ellos por otros. Con este sistema se hacen indispensables los empleos y las profesiones; porque la sociedad, aunque no adelante, ya no puede declinar ni caer en la disolución. Y se alega como prueba de esta teoría el estado social de las naciones estacionarias que son continuamente permanentes en su carrera, á pesar de los cambios de dinastías. Para esos pueblos las revoluciones son pasajeras: son la roca del mar que no conmueven las olas que la azotan, pero que se estrellan á sus piés.

Muy mal juzgaría al organismo egipcio quien lo definiera meramente teocrático. Sin embargo, en honor de la verdad, no podemos ocultar lo que puede haber sido el origen de este juicio.

El Egipto estaba sometido á la autoridad de sus reyes desde tiempo inmemorial. La monarquía era hereditaria, pero el príncipe estaba sojuzgado por las leyes; estas disponían el órden que la córte debía observar, el modo en que debía emplear el tiempo, y hasta los manjares que debían servirse al Rey. Ningun extranjero ni esclavo podía ser admitido á su servicio; la religion le recordaba diariamente sus deberes, y en el templo les exhortaba el gran sacerdote á practicar la virtud, hacía terribles imprecaciones contra los malos consejeros, y terminaba por la lectura de máximas morales, históricas é instructivas.

El príncipe administraba justicia por sí mismo, y fallaba gran número de causas. Las demas estaban sometidas á treinta jueces elegidos por igual entre las tres ciudades de Heliópolis (Delta), Memfis (Heptanómida) y Tebas (Tebaida). El príncipe proveía á su manutencion, y les tomaba juramento de no obedecer sus órdenes en caso de mandarles cosa injusta.

Los pleitos se ventilaban por escrito, para evitar que la fuerza de la elocuencia hiciese torcer la conciencia de los jueces. El presidente del tribunal llevaba un collar de oro y piedras preciosas, del que pendía una figura sin ojos llamada la *Verdad*, con la cual tocaba al que ganaba la causa. Esta ingeniosa ceremonia era la señal del fallo.

No abundan mucho las noticias que nos han quedado de las leyes civiles

de Egipto, pero las que sabemos manifiestan con cuánta sabiduría debían estar formadas.

El homicidio voluntario, aún en la persona de un esclavo, era castigado con la muerte, lo mismo que el perjurio.

Bajo igual pena estaba mandado que todos debían auxiliarse recíprocamente en caso de peligro.

La calumnia se castigaba con la pena misma que hubiera sufrido el acusado, si hubiese cometido el crimen que se le imputaba.

No podía el hijo pedir prestado sino empeñando el cuerpo de su padre; pero era declarado infame, y privado de sepultura, si no lo redimía antes de su muerte.

El adulterio era severamente castigado como uno de los crímenes más nocivos á la sociedad.

La educacion de la juventud era austera y varonil: alimentábanse los niños con legumbres y raíces, y andaban descalzos, con la cabeza rapada y descubierta.

Pesaríanos omitir aquí una curiosa observacion de Herodoto, en su libro III, análoga á la costumbre de los egipcios de raparse la cabeza.

Cambises, rey de Persia, penetró en Egipto al frente de un ejército formidable. Acampó frente del ejército egipcio: no tardó en trabarse el combate, y los egipcios, despues de defenderse heroicamente, se vieron precisados á emprender la fuga.

»Yo he visto, dice Herodoto, en el libro citado, una cosa muy sorprendente, que me hicieron observar los habitantes de aquel país. Los huesos de los que perecieron en aquella jornada, se hallan aún dispersos, pero separados, de modo que á un lado se ven los de los persas, y al otro los de los egipcios, en el mismo lugar en donde se hallaban desde el principio de la accion. Los cráneos de los persas son tan blandos, que se atraviesan con un guijarro, pero los de los egipcios son por el contrario tan duros, que, con dificultad, se rompen á pedradas. Explicáronme la causa de esta diferencia, diciéndome que consistía en que los egipcios tenían la costumbre de raparse la cabeza desde su más tierna edad, por cuyo motivo, obrando sobre ella los

rayos del sol, la endurecían: al contrario de los persas, que tienen el cráneo débil, porque desde sus primeros años viven á la sombra, y cubren además la cabeza con una tiara.»

Bossuet hace redundar en honra de los egipcios la dureza de sus cráneos comparada con la blandura del cráneo de los persas. Si nos concretáramos sólo a la literatura, muy poco honraría á los habitantes del Egipto la dureza de sus cráneos; porque no se ha encontrado vestigio alguno de literatura comun, ni señal tampoco de haber tenido teatros. La civilizacion egipcia se muestra con una solidez tal que se parece á la rigidez. Diríase que la organizacion de la raza egipcia, tan bien dotada bajo muchos conceptos, no era empero ni muy elevada ni muy flexible. Y es que en ese país se debe todo, como hemos visto ya, al poder colectivo de las castas no al talento; porque, si bien es verdad que aquel pueblo nos legó monumentos que honran á muchas generaciones y á toda una nacion, no nos ha legado, sin embargo, ningun genio, á lo ménos que se sepa, ni en el ramo de escultura y pintura, en que tanto se distinguieron, ni en otras profesiones que cultivaron con provecho. Cierta que leemos con admiracion las descripciones de sus canales, de sus pirámides, de sus obeliscos, de sus hipogeos: cierto que veneramos el saber de sus sacerdotes; pero no tenemos ni remotamente un Homero, ó un Apeles, ó un Aristóteles ante quienes descubrirnos como genios superiores. La administracion pública prevalece en todas partes, y sobre todo, y mientras no se encuentra un monumento, ni humilde siquiera, ó un simple sepulcro levantado á la memoria de un genio ilustre por el saber ó las letras, ó por algun arte, abundan los dedicados á los nomos ú otros dignatarios de menor categoría, hasta el punto de que el mayor elogio que puede registrarse en un monumento funerario es el haber sido un gran nomo, ó propietario, ó colono.

Todos los autores, con muy cortas excepciones, convienen, quizás por copiarse unos á otros, que las mismas pirámides son sepulcros, grandiosa pero soberbia manifestacion de un lujo de civilizacion llevado más allá de la tumba.

Demos una rápida reseña de ese monumento único, gigante destinado á

resistir á los siglos para perpetuar el poder humano, y, aunque sea ir contra la corriente, nos apoyaremos en un fundamento sólido, para resistir la opinion hasta ahora admitida en todo el mundo.

Algo hemos dicho ya de esos colosos que exceden á cuanto puede figurarse la imaginacion; pero no estará de más repetir algun dato para entrar en materia con las ideas más frescas de ella, á fin de fijarnos en consideraciones.

El poder humano no ha dejado huella más indeleble de su paso en la tierra que Cheops con su pirámide. Su sola concepcion, más que llevarla á cabo, parece ya una cosa extraordinaria, una idea más divina que humana.

El arte no comprende y admira cómo, despues de tantos siglos, sostienen los aposentos interiores, sin ceder un punto, la carga de tan enorme peso. La gran pirámide descansa sobre más de doscientas hileras de enormes piedras. Su altura intacta, era de ciento cincuenta y dos metros. Decimos era porque no ha faltado quien ha intentado demolerla, y aunque al ver en el suelo la enormidad de piedras que quitaron sus fanáticos demoledores, creería cualquiera contemplar una ruina, apénas parece desmochada si se fija la mirada en su cúspide. Seis millones de toneladas componen su masa segun cálculos, y podríase formar con sus materiales una pared de seis piés de altura por mil leguas de longitud. Estas cifras abruman, y apénas concibe la imaginacion lo que ellas expresan.

De la misma manera se resisten al cálculo las cantidades que ha debido importar esa mole, eslabon que une los artefactos humanos con los de la naturaleza; porque esta pirámide es realmente una verdadera montaña artificial. Dícese que los gastos en legumbres consumidas por los operarios ascendieron á más de mil seiscientos talentos, equivalentes á cerca de nueve millones de pesetas.

Y ahora vamos á entrar en una materia muy delicada por varios conceptos. En primer lugar, porque el criterio que nos guiará se opone á lo generalmente admitido hasta ahora acerca del punto en cuestion, y luégo despues, porque nuestra absoluta incompetencia, que nosotros somos los primeros en confesar, sin atenuacion de ningun género, previene ya en contra de nuestro

dictámen, para que no se le dé el menor crédito. No obstante, hemos estudiado la cuestion, y, con la franqueza que nos es característica, apoyados y guiados por respetabilísimas autoridades, emitiremos nuestro parecer, sin exigir de quien nos lea ninguna abdicacion de sus ideas: nos bastará que medite lo que sigue.

Hablando Bossuet del antiguo Egipto, y participando tambien de la idea de que las pirámides eran sepulcros, dice: «Por más que se esfuercen los hombres, aparece en todas partes su nada. Esas pirámides eran sepulcros, y todavía los reyes que las construyeron no han tenido el poder de ser inhumados en ellas, y no han disfrutado de su sepulcro.» Lástima que Bossuet sea muchas veces más elocuente que exacto!

Este dato de que los reyes que construyeron las pirámides no han tenido aún el poder de ser enterrados en ellas y que no han disfrutado de su sepulcro, es más importante de lo que á primera vista parece para nuestro objeto, y lo aduciremos más de una vez en nuestra rápida reseña ó estudio que comenzamos.

Ademas, segun el testimonio de Diodoro de Sicilia, queriendo algunos reyes egipcios librar á sus cadáveres de los odios que habían desencadenado contra sí, mientras vivieron, por los excesivos capitales que habían gastado en la construccion de las pirámides, y aún amenazados por su pueblo con arrancarles de sus sepulcros y destrozarles ignominiosamente, mandaron á sus servidores al morir, que les sepultaran clandestinamente, y en sitio ignorado.

Añádase á esto que, reconocida la segunda pirámide, ó sea la de *Chefrem*, y examinados los huesos que se encontraron en un sarcófago de grandes dimensiones que había en un salon del centro de la misma, resultaron ser de buey. ¿Sería algun despropósito suponer que fueran los restos de un Apis enterrado solemnemente en aquel salon?

M. Saint-John Vincent Day, distinguido ingeniero escocés que ha hecho un estudio profundo de la gran pirámide, dice terminantemente que no fué un sepulcro; que nada en su construccion denuncia un monumento elevado á la gloria de un hombre, y que la falta de inscripciones y de nombres propios le quita todo carácter de una obra meramente humana.

¿Qué es, pues, la gran pirámide? Veámoslo.

Casi todas las grandes autoridades científicas están acordes, tocante á la fecha relativa de las pirámides que tanto abundan en el Egipto, en señalar la mayor antigüedad á la principal ó á la de Cheops, conocida por la gran pirámide. Esta se encuentra situada más al norte que todas las demas, y se ha averiguado que cada pirámide es tanto más moderna cuanto más al sud se halla. Está fuera de toda duda que la gran pirámide es el primero y el más antiguo de todos los monumentos de la antigua civilizacion egipcia; pero es tambien el más asombroso, no sólomente por sus dimensiones, su volúmen, su masa, la incomparable solidez de su construccion, la falta completa de geroglíficos, inscripciones y nombres propios, sino tambien por los misterios que revela. Para demostrarlo, es necesario entrar en algunos pormenores que tomaremos de autoridades muy competentes. El carácter científico de las explicaciones á que hemos de acudir, quitará quizas el aliciente de la lectura para muchas personas no aficionadas á esta clase de estudios; pero les suplicamos que no se impacienten, seguros de que nos han de agradecer el empleo del tiempo.

La gran pirámide no es un monumento artístico, en el sentido de esta palabra, sino un monumento simple y meramente geométrico, una obra eminentemente científica.

Herodoto decía saber por los sacerdotes egipcios que la proporcion establecida para la gran pirámide entre el lado de la base y la altura era tal, que el área de cada una de las caras triangulares fuera igual al cuadrado construido sobre la altura vertical. Las medidas tomadas en los tiempos modernos, prueban efectivamente, que existe esta igualdad próximamente; pero estas mismas medidas han evidenciado otra ley. Para la ley formulada por Herodoto, el ángulo de las caras con las bases debiera ser de $51^{\circ} 49'$; este ángulo es realmente de $51^{\circ} 51'$, y resulta de ahí que la relacion del perímetro ó de la suma de los cuatro lados de la base rectangular á la altura vertical es igual á $3,14 \times 2$, ó á la relacion de la circunferencia del círculo con su radio; de manera que este monumento, único en el mundo, es la materializacion ó la consagracion material del número misterioso que los geómetras

modernos han llamado π la realizacion en cierto modo de la cuadratura del círculo, mucho ántes de que la ciencia se hubiese ocupado en ello. Este mismo número π desempeña un papel verdaderamente notable en el trazado de los cortes hechos debajo de diversos azimuts en la masa de la montaña sobre la cual está construida la pirámide, para asegurar su orientacion, y el sabio ingeniero Day, á quien hemos citado ya, ha encontrado que el área de la seccion meridiana de la pirámide, seccion hecha por el plano meridiano, es al área de su base como 1 es á π .

En su base tiene la pirámide cuatro lados, cuatro aristas en su masa, cinco caras y cinco ángulos. Pues bien, estos números 2 y 5 repetidos dos veces son característicos del sistema decimal, que es efectivamente el sistema numérico de la pirámide; encuéntrase en ella ademas que los números 3 y 7 desempeñan un papel muy significativo.

La altura vertical de la gran pirámide, altura igual á $1 : 2 \pi$, si se toma el perímetro de la base por unidad, es igual á 5,819 pulgadas inglesas, con un desvío posible en más ó en menos de 16 pulgadas. Expresada esta altura en millas inglesas se convierte en 0,09184. Este número multiplicado por 10', da 91840000, con un desvío posible en más ó en menos de 26,000 millas. Pues bien, esta última cifra está comprendida entre los valores extremos atribuidos á la distancia media de la tierra al sol. Efectivamente, en 1750 los astrónomos hacían esta distancia igual á 82,000,000; á principios de este siglo se había adoptado la cifra 95 000 000; nuevas determinaciones directas ó indirectas dieron en 1860, 91 678 000; en 1867 dieron 92 380 000. De esta manera se llega á una conclusion verdaderamente extraordinaria, y es: de todas las condiciones materiales necesarias para la conservacion de la vida en la superficie de la tierra, son las más esenciales la luz y el calor solar; y de todos los problemas de la ciencia es uno de los más importantes la determinacion de la distancia de la tierra al sol, distancia que regula exclusivamente las cantidades de luz y calor que nos distribuye el astro regulador del sistema planetario. Pues bien, este colosal problema estaba resuelto, sin sospecharlo siquiera, miles de años há. Esta distancia tan deseada estaba simbolizada, materializada, monumentalizada en la gran pirámide, hasta el extremo

de que todas las conquistas de la ciencia conducen á números que oscilan sencillamente á derecha é izquierda, acá y acullá del número suministrado por la altura de la gran pirámide, hasta el punto de que el último y más sublime esfuerzo de la astronomía moderna no dará una aproximacion mayor, y podrá aceptarse el número de la pirámide como el número definitivo.

Cien años há, el error cometido tomando el número más acreditado entonces, era de 10.000 000 millas; doscientos años há, ascendía el error á 66.000 000 millas; mil novecientos años ántes, en los mejores tiempos de la astronomía de los Griegos, alcanzaba á la enorme cifra de 87.000 000 millas, por 92.000 000 es decir que era los 99 céntimos de la cantidad por determinar. Y hé aquí que mil setecientos años ántes, á saber el año 2170 ántes de Jesucristo, habíase visto levantar en la superficie de la tierra, sin ninguna vacilacion, sin ninguna irresolucion, una expresion permanente de esta misma cantidad fundamental, sin error sensible ó aparente, su valor más aproximado, quizas, al que pueda aspirar el talento humano.

No será inútil observar aquí que la altura de la gran pirámide, que desempeña un papel tan maravilloso en la física celeste, 5819 pulgadas inglesas, es la mayor de las alturas conocidas de los monumentos en piedra pasados y presentes. Á la aguja de la catedral de Colonia se le habia querido dar mayor altura, 6120 pulgadas inglesas, pero debióse renunciar á ello; la antigua catedral de San Pablo, en Lóndres, construida en 1822, era algo más alta, pero su aguja que era de madera cayó, tocada por un rayo, en 1561.

El destino simbólico que se desprende de todos los elementos de la gran pirámide, exigiría que estuviera colocada en el paralelo de 30° , ó muy cerca del paralelo de 30° , de manera que el polo del firmamento estuviera situado á una altura dada sobre del horizonte. El paralelo de 30° ofrece el carácter particular de dividir la semisuperficie terrestre del hemisferio boreal en dos partes iguales, la una al norte, la otra al sud. Además, las observaciones hechas en 1865, con un poderoso instrumento, han puesto en evidencia que el centro de la gran pirámide está situado no en el paralelo de 30° , sino á $1' 12''$ de ese paralelo; algunos restos de construccion parecen tambien indicar que se le ha retrocedido hacia el norte todo lo que pudo permitirlo

la forma de la montaña; de manera que su posición teórica en el paralelo de 30° estaba perfectamente en la intención del arquitecto, lo cual es una coincidencia muy rara.

Cada cual fija excepto muy pocos grados la posición de los cuatro puntos cardinales, norte, sud, este y oeste; pero ¿quién ignora cuán difícil es á los astrónomos determinar esas mismas posiciones próximamente de algunos segundos ó hasta de algunos minutos? Las necesidades de la astronomía moderna exigen que los observatorios estén rigurosamente orientados, ó que sus cuatro caras miren á los cuatro puntos cardinales tan exactamente como posible sea. Tycho-Brake hizo cuanto supo y pudo, en 1577, para orientar de esta manera su célebre observatorio de Uraniebourg, y creyó estar muy cerca de la verdad, aunque el error de orientación fuera de 18'. Muchísimo peor orientado está todavía el observatorio de París. ¡Cuál no será pues la sorpresa de los astrónomos cuando sepan que el error cometido en la orientación norte, y sin duda también en la orientación sud de la gran pirámide, es de 4' 35", ó cuatro veces menor que el error sufrido por Tycho-Brake, trescientos años há! Y, sin embargo, la gran pirámide se construyó hace ya más de cuatro mil años, cuando, en toda la superficie de la tierra, no se trataba de astronomía, ni de instrumentos astronómicos.

Pero aún hay otra coincidencia más asombrosa. Sólomente 339 años ántes de Jesucristo reconoció Pytheas, primero que nadie, que la estrella polar no coincidía con el polo verdadero, sino que estaba unos 6° distante de él. Si pues los astrónomos griegos hubiesen querido orientar sus observatorios por medio de la estrella polar, habrían cometido necesariamente un error de 6° más ó ménos. Y, sin embargo, los arquitectos de la gran pirámide, que vivían 1800 años ántes, no cometieron en su orientación más que un error setenta veces menor; y su obra permanece todavía firme, materializando el hecho descubierto por Pytheas, hasta el punto de darle una brillante certeza histórica.

Piazzi Smith y Petrie han deducido de un estudio experimental atento de las tres clases de materiales que entran en la construcción de la gran pirámide, que su peso se expresaba aproximadamente por el núme-

ro 5 273 834, siendo la unidad el peso de un codo cúbico (siendo el codo el de la gran pirámide) teniendo por densidad la densidad media de la tierra 5, 7. Pues bien, este peso estaría al peso entero de la tierra en la relación muy simple de 1 á $10^{15} = 10^{5 \cdot 3}$, lo que no deja de ser una muy rara coincidencia.

Por razón de su situación en el paralelo de 30° , era curioso buscar si la temperatura media anual del aire en el seno de la gran pirámide coincidiría ó no con la temperatura media anual de toda la superficie de la tierra; ó si á lo ménos no sería una fracción simple, por ejemplo un quinto, del intervalo de las temperaturas de congelación y ebullición del agua, en el mismo sitio de la gran pirámide. Las observaciones hechas por Piazzzi Smyth habrían dado una cifra demasiado elevada de 6° Fahrenheit ó 4° centígrados; pero una discusión más profunda ha reducido á ménos de un grado la diferencia entre la temperatura real y la teórica; ambas serían de 20° centígrados.

El eje de rotación de la tierra, por muchas razones físicas y metafísicas, es incomparablemente el mejor contraste de medidas lineales que puede usarse. Concibamos que esta longitud esté dividida en quinientos millones de partes iguales, y tomemos una de estas partes para la unidad de pulgada propia de la pirámide. Tomemos 5×5 , ó 25 de estas unidades para el codo contraste, propio también de la pirámide; este codo tendrá por propiedad estar contenido diez millones de veces en el semieje polar de la tierra; ó dicho de otra manera, un número de estas unidades igual á 10^7 mediría la distancia más corta del centro de la tierra á su superficie ó á sus dos polos. Las determinaciones más exactas de la forma y de las dimensiones de la tierra señalan á este eje polar una longitud comprendida entre 500 482 396 y 500 522 904 pulgadas inglesas. Si tomamos la mitad de estos dos números, dividiéndola por 500 000 000, tendremos por unidad de medida ó pulgada técnica expresada en pulgadas y fracciones de pulgada inglesa 1, 00101, con una incertidumbre de más ó ménos 0, 0000 4. El contraste de medidas lineales ó codo teórico formado de 25 de estas unidades, expresado en pulgadas inglesas, sería 25, 025, con una incertidumbre de más ó ménos 0, 001.

Pero ¿qué relaciones actuales tendrá este codo con el de la gran pirámi-

de? Relaciones verdaderamente particulares y asombrosas. Y, por de pronto, está contenido en el lado de la base de la pirámide, estimada en 9142 pulgadas inglesas, un número de veces expresado por 365,30 que es próximamente el número de días y fracciones de día del año, que se ve casi uno forzado á creer que esta relacion estaba en el ánimo, ó á lo ménos explícita ó implícitamente, en el ánimo del arquitecto, y desaparecería la diferencia si tuviéramos la longitud rigurosamente exacta del lado de la base. Además, ésta tiene cuatro lados semejantes, y si estos estuviesen rigurosamente expresados en términos del codo piramidal, es decir si cada uno de ellos fuera rigurosamente 365,25, su conjunto indicaría el número de años despues del cual llega la fraccion de día á formar un día entero, lo que forma el año bisiesto, cuyo conocimiento es absolutamente necesario para los cálculos cronológicos del género humano. Y nótese que este resultado admirable aparece cuando el lado de la base es medido con un contraste cuya longitud es una fraccion entera, expresada en cifras decimales y piramidales 10 y 7 ó 10⁷; de este eje de la tierra, cuya existencia es una funcion y acompañamiento necesario de la misma rotacion diurna. ¿No es rara esta coincidencia agregada á otra, cuyo efecto es dar un desarrollo nuevo á las relaciones de la tierra con el sol descubiertas ya por otras porciones del edificio?

Este codo teórico que, aplicado á la pirámide, nos revela tan curiosas relaciones, es evidentemente, en sí mismo, un contraste meramente científico, muy superior á la ciencia de aquella época y hasta á la ciencia de los 3.800 años que se han sucedido despues, para que se haya podido conquistar de la misma naturaleza por medidas semejantes á las que fijaron la longitud del metro; por otra parte, nada indica que este codo haya estado en uso entre las naciones paganas. Pero Newton demostró que un codo de longitud exactamente igual al de la pirámide era el codo sagrado de los Hebreos, codo que ellos trajeron á Egipto y que volvieron á llevarse de dicho país, codo que ellos miraban como un don de Dios, codo que reservaban exclusivamente para los usos sagrados, codo muy diferente del profano de los egipcios, de los babilonios y de todas las demas naciones paganas. (1)

(1) El codo hebreo es equivalente á 1 pié de Búrgos y tres cuartas.

La discusión sostenida por él con los datos bíblicos relativos al arca de la alianza, la porción más solemne del contenido del tabernáculo, indujo á Piazzí Smyth á mirar como cierto que el codo de la gran pirámide y el codo sagrado de los Hebreos, son medidas de idéntica longitud.

Veamos empero algo más extraordinariamente raro aún. Sabido es que la tierra se mueve en su órbita con una velocidad enorme de 65 530 millas inglesas por hora, velocidad muchísimo más difícil de medir que el paralaje del sol. Pues bien, hagamos esta pregunta práctica: ¿qué longitud de su órbita recorre la tierra en el periodo especial de tiempo que llamamos *día*, tan admirablemente uniforme en sí mismo, de tan grande importancia en cuanto á regulador de los negocios humanos, representado por el intervalo de tiempo que la tierra entera emplea en girar alrededor de su eje polar, y que trae á todas las generaciones fatigadas de la humanidad un día de trabajo y una noche de reposo? La respuesta, dada primeramente por Petrie, es que si se emplea la pulgada piramidal como unidad lineal, puede afirmarse que el elemento imponente de espacio y movimiento está expresado por un número decimal exacto $10^7 \pm 4$ ó 10^{11} , es decir que es igual á 100 000 000 000 de pulgadas piramidales. Interin se esperan nuevas observaciones para dar más valor á todo esto, obsérvese que la altura de la pirámide, 5.819 pulgadas inglesas, reducida á pulgadas piramidales, se convierte en 5 813, 2, cantidad que, multiplicada por 10^9 , nos da el valor más aproximado que hasta ahora se tiene del radio sector de la tierra. Dicho esto, la circunferencia de la órbita média de la tierra será:

$$5813, 2 \times 10^9 \times 2 \pi = 36 525 430 000 000$$

y esta cantidad, dividida por el número de días solares contenidos en una revolución de la tierra ó por 365, 25636, da 99 999 400 000, muy próximamente $10^7 \pm 4$. La pulgada piramidal nos da pues la medida del día ó de la porción de su órbita recorrida por la tierra en un día, de ese contraste tan sorprendente y solemne de la naturaleza, en números redondos y decimales, con un error proporcionalmente muy pequeño, lo que no harían sino muy tosca é impropriamente la yarda inglesa ó el metro francés.

En el interior de la gran pirámide, en el centro casi de su masa y de su

peso, en cierto aposento llamado comunmente la *Cámara del Rey*, se encuentra una caja hueca, vacía y sin cubierta, depósito descubierto en piedra dura. Quieren algunos que sea un sarcófago, destinado á recibir el cuerpo del rey fundador de la gran pirámide; otros lo llaman simplemente el *cofre*, y creen que constituía un gran patron ó contraste de medida de los volúmenes y pesos. Ninguna inscripcion indica su destino exacto; pero es lo cierto que presenta particularidades científicas muy notables, y que es forzoso considerarlo como una obra de geometría y ciencia física muy adelantada. Es lo cierto tambien que su contenido cúbico es la representacion exacta del arca de la alianza construida por Moisés segun medidas mandadas por Dios, para el tabernáculo del desierto; es decir que el arca, en cuanto á su volúmen interior, era la reproduccion exacta del cofre de la cámara de la gran pirámide.

El cofre es de granito encarnado, duro como una piedra preciosa, sonoro como una campana, que da un sonido particular cuyo número de vibraciones sentimos no conocer. Está admirablemente tallado y pulido en el interior. Mide 78 pulgadas de longitud interiormente, 27 pulgadas de ancho, 34 pulgadas de profundo: si era un sarcófago sería el más profundo de todos los sarcófagos de la misma edad. Lleno y cerrado, no habría podido ser introducido en la cámara real, porque la entrada de la gran pirámide era ciertamente demasiado baja. Se lo puso pues en su sitio, vacío y sin cubierta. Además, todo induce á probar hasta la evidencia que no sirvió de sepulcro, sino que es esencialmente geométrico y métrico. Su volúmen exterior es exactamente doble de su volúmen interior y este es sencillamente igual á 71, 250 pulgadas cúbicas piramidales. ¿Es un nuevo accidente esta cifra ó capacidad, ó es una cifra intencional que tenga relaciones íntimas con la estética y la metrología? ¿No tiene tambien una relacion exacta con el volúmen y densidad media de la tierra? Si tomamos por esta densidad media 5, 7, siendo la unidad el peso del agua á 20° centígrados, ó sea que tomemos el cubo de 50 pulgadas piramidales, es decir una fraccion del eje entero de la tierra, representado por 1: 10⁷, encontramos que el contenido entero del cofre está dado por la ecuacion $\frac{50^3 \times 5,7}{10} = 71250$. Derivado ó

deducido de esta manera, el volúmen interior del cofre de la pirámide sería una medida de capacidad intencional. El peso de este volúmen de agua, á 20° centígrados y á la presión barométrica media, sería la unidad de peso en la escala de la gran pirámide: el cociente de 71250 por la densidad media de la tierra 5, 7, ó 12 500, sería el número de pulgadas cúbicas piramidales de materia igual en densidad ó en peso específico medio al de la masa entera de la tierra; y las 12 500 pulgadas cúbicas pesarían tanto como el contenido del cofre en agua, á iguales temperatura y presión. Si, además, dividimos el gran contraste de peso de la pirámide en 2500 partes y dando á una de las partes el nombre de *libra-peso*, continuamos siempre en el sistema de los números piramidales, 2, 5, y obtenemos una *libra* que podría presentarse á todas las naciones civilizadas, como á peso científico de cinco pulgadas cúbicas piramidales de materia que tiene la densidad media de la tierra. Encuéntrase que esta libra piramidal es igual, excepcion hecha de una trigésima parte, á la libra inglesa de peso legal. ¿Sería un simple accidente esta conformidad, ó la libra de peso legal procedería desde la antigüedad hasta nosotros, por una especie de preservacion tradicional? Taylor ha encontrado por su parte que el *cuarto*, unidad de medida inglesa, de los granos, era igual á la cuarta parte del volúmen interior del cofre de la gran pirámide.

El paso de entrada á la gran pirámide está muy aproximadamente en el meridiano astronómico, y su eje, en este plano, mira directamente á un punto puesto debajo del polo, de manera que se presta maravillosamente para la observacion del paso inferior por el meridiano de una estrella circumpolar, situada á una distancia dada del polo. En una época dada que Herschell (primero que hizo esta observacion) consideraba en 1838 como la fecha más probable de la gran pirámide, encontró por medio del cálculo que una estrella notable, *Alpha* del Dragon, estaba situada precisamente á la distancia angular indicada por el eje del paso de entrada. El año en que el *Alpha* del Dragon se había visto en el meridiano, debajo del polo, á una altura angular de 26° 18', precisamente igual al ángulo que subtiende el eje del paso, otra constelacion brillante, la de las Pléyades, pasaba al mismo tiempo por el me-

ridiano de sobre del polo; y este meridiano, lo que no había tenido lugar ó no tendrá lugar para ninguno de los diez mil años anteriores y posteriores, era el meridiano del punto equinoccial, punto de partida de todo cálculo de ascension recta en el firmamento.

Hé aquí que por la sola eleccion de $26^{\circ} 18'$ para el ángulo del eje del paso, son fenómenos simultáneos tres grandes fenómenos astronómicos de tiempo y espacio, el paso de *Alpha* del Dragon por el meridiano con el mismo ángulo debajo del polo; el paso por el meridiano, sobre del polo, de la célebre constelacion de las Pléyades, en el mismo instante y en el meridiano del punto equinoccial. ¿Podría acaso imaginarse una combinacion más propia para fijar por siempre una fecha memorable, en relacion íntima con la construccion de la gran pirámide? Y ya que este triple fenómeno acaeció el año 2170 ántes de Jesucristo, ¿no debemos inferir de ahí que este año es el mismo de la fundacion de la gran pirámide, y, por consiguiente, que este coloso de las construccioncs humanas acredita, miéntras escribimos estas líneas, 4.050 años de existencia?

Esta, que podríamos llamar misteriosa coincidencia, suministra ademas un método cronológico incomparable de sencillez y grandeza, extendiéndose á lo pasado como á lo venidero, y cuyo elemento principal lo suministra el aumento anual de la distancia del grupo de las Pléyades del punto equinoccial, aumento igual, en ascension recta, á 3, 5 segundos. Realmente, sujetas las Pléyades á la ley de la precesion de los equinoccios, que hace que describan en el firmamento su movimiento cíclico aparente en el periodo de $25\ 860 + x$ años, vienen á ser como el reloj de la gran pirámide, y este reloj comenzó su maravilloso curso, es decir, que sus agujas estaban á 0 horas o minutos, o segundos, cuando el *Alpha* del Dragon pasaba por última vez en el meridiano, á la distancia del polo marcada por el paso de entrada de la pirámide; ó, como ya lo quería sir John Herschell, que no se apoyaba más que en un muy reducido número de datos, *cuando se construyó la gran pirámide*.

¿Hay necesidad de añadir que, con la velocidad de una pulgada por año, está representado exactamente el número de los años del gran ciclo de la

precesion por la suma de las dos diagonales de la base del gran monumento; y que la gran galería, el más notable de todos los pasos interiores de la pirámide, el que forma la salida hacia el sud, en el plano del meridiano, á contar desde el punto de encuentro principal de los pasos con las siete cuñas de sus paredes tan largas y solemnes, la han considerado muchos como un recuerdo de las Pléyades, constelacion que ya en tiempo de Job ocupaba un puesto tan distinguido en las tradiciones de Oriente?

Resumiendo lo dicho hasta ahora tocante á la gran pirámide, piedra de toque por decirlo así de la civilizacion egipcia, y teniendo á la vista los autores que nos han guiado en esta interesante cuestion, debemos observar muy atentamente que las antecedentes revelaciones son el resultado no de la interpretacion más ó ménos arbitraria de caracteres é inscripciones geroglíficas, cuyo significado es todavía mal definido, sino simples medidas matemáticas y físicas tomadas por muchos viajeros ó arqueólogos, y son tanto más asombrosas cuanto todas las autoridades competentes están unánimes en la afirmacion de los hechos siguientes:

Los antiguos egipcios no hicieron ninguna alusion á la relacion de la circunferencia con el diámetro ó al numero π ; en ninguna parte se ve que hayan hecho un uso exclusivo, como divisores ó multiplicadores, de los números 2, 3, 5, 7, esencialmente piramidales; no tenían ninguna idea de la distancia media de la tierra al sol; no conocían las relaciones de la latitud con la orientacion astronómica; el peso de la tierra y su temperatura media estaban completamente fuera de su pensamiento; el codo de que hicieron uso no era el codo piramidal ó sagrado, igual á una fraccion del semi-eje polar de la tierra cuyo denominador es 10^7 , y no habían en manera alguna calculado cuántos codos de estos recorría la tierra en un día en su rotacion alrededor del sol; no habían deducido sus contrastes de capacidad y peso de datos piramidales, no los habían subdividido por 5 y por 10; no se sabe que hayan tenido un contraste especial de temperatura, ó que ese contraste estuviera en relacion con la escala de las dilataciones del agua. No se cree que hayan tenido algun método de graduacion del círculo y de su division en números piramidales, 2, 3 y 5; su estrella de observacion habitual no era ni el *Alpha*

del Dragon, ni las Pléyades, sino Sothis ó el Perro; finalmente, su gran ciclo no era el periodo de la precesion de los equinoccios, sino el período so-tiaco de 1.461 años, manifiestamente demasiado corto y reciente ademas (1).

No queremos despedirnos de ese gigante de los monumentos sin dar á conocer lo que acerca del mismo decía muchos años há un hombre tan autorizado como Desdouits hablando de esa maravilla del poder humano:

«La gran Pirámide de Gizeh, si es una obra egipcia debe pertenecer á una época excesivamente remota. Es innegable que es la más antigua, está enteramente desprovista de inscripciones geroglíficas y tampoco las había en el sarcófago que se encontró en ella. Comparada con las Pirámides de Sonora, es una obra maestra de la que distan infinitamente las primeras, y revela tambien muy acabada perfeccion en los medios de trabajar la piedra y en todas las artes que este trabajo supone. Confieso que por mucho tiempo he dudado que las pirámides de Gizeh fueran una obra egipcia y las consideraba como monumentos antediluvianos..... Estas pirámides suponen una civilizacion muy excelente pero muy antigua, y esta civilizacion es la de los siglos y del mundo antediluvianos; esta herencia puede encontrarse en manos de una nacion jóven aún, como lo era en aquella época el pueblo de los primeros Faraones. Los hombres que alinearon las primeras piedras de la torre de Babel no eran seguramente ignorantes salvajes, y sospecho que la idea de las grandes pirámides podía muy bien ser una reminiscencia de aquella famosa torre.»

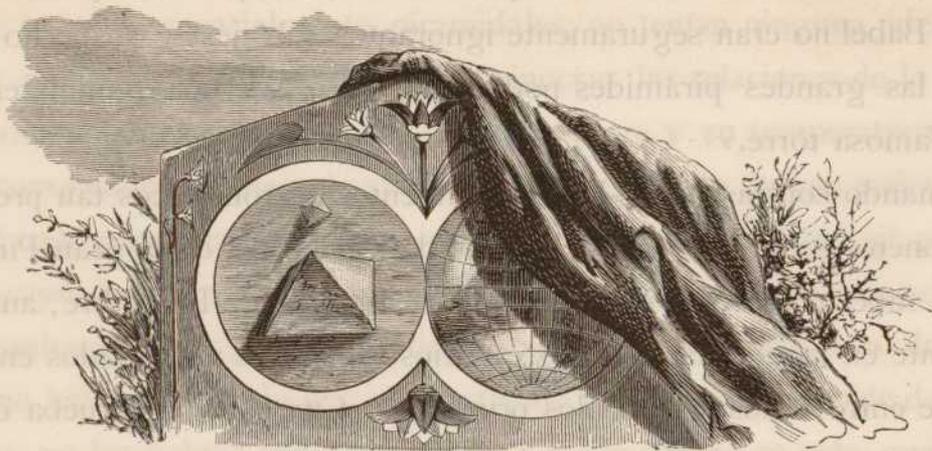
Formando contraste con los conocimientos astronómicos tan profundos que suponen los estudios que acabamos de leer acerca de la gran Pirámide, conviene saber ó recordar que, segun el testimonio de Delambre, autoridad competente en la materia, eran los egipcios los menos adelantados en astronomía de entre todos los pueblos primitivos. Cítase como prueba de esto

(1) Todo este estudio relativo á la gran pirámide, y que contradice lo dicho hasta ahora por todos los historiadores de todas las épocas, respecto al destino de dicho monumento egipcio, está traducido casi al pié de la letra de la excelente obra de Moigno: *Les splendeurs de la Foi*, teniendo á la vista la excelente obra de Piazzí Smyth titulada: *On the Antiquity of intellectual Man from a practical and astronomical point of view*, que es como un compendio de otra obra del mismo autor que tiene por título: *Life and work at the great Pyramid, during the months of January, February, March and April 1868*.

Recomendamos estos trabajos á las personas estudiosas.

que Tolomeo, no obstante de vivir en Egipto en el seno de toda la ilustracion del país, se sirve de las observaciones de los caldeos y de los griegos, y no cita ni una sola vez á los egipcios. En el siglo cuarto de nuestra era se ve á Eudoxio, que había trabajado por espacio de trece años con ellos en medio de ellos mismos, llevando á Grecia unos mapas celestes que horrorizaba verlos por lo toscos que eran. Citase otra prueba, á saber: si los egipcios hubiesen conocido la precesion de los equinoccios, los sabios griegos de la escuela de Alejandría (fundada por los primeros Lágidas) que la ignoraban, no habrían dejado de aprenderla de los egipcios. Sin embargo, no fué así, y el conocimiento de la citada precesion fué el fruto de las observaciones hechas por los sabios de la escuela de Alejandría.

Hagamos aquí alto, y, como el viajero del desierto que extiende su manta para sentarse al pié de una palmera donde recobrar sus fuerzas, sentémonos nosotros á la sombra de la veneranda obra que los siglos respetan, para tomar nuevo aliento á fin de proseguir nuestro itinerario por las llanuras, llenas de recuerdos, fertilizadas por el Nilo.





CAPÍTULO IV.

MIRADA RETROSPECTIVA.—TEBAS, MENFIS, ETC.—LUJO EGIPCIO.—

CLEOPATRA.



os monumentos del Egipto! Ved ahí una historia de cuarenta siglos escrita en páginas sueltas, únicos documentos que nos quedan de un gran pueblo, de un pueblo de historia tan oscura como la interpretación de sus geroglíficos, de un pueblo anterior á los Pelasgos.

Orgullosos los egipcios con la magnificencia de sus robustos monumen-

tos, no se cuidaron de registrar en libros sus anales, y son estos el único testimonio de su civilizacion y casi diríamos de su existencia; pero nuestros lectores se habrán ya convencido de lo difícil que es la interpretacion de monumentos, y cuán ocasionada es á errores, y las muchas opiniones que de ella pueden originarse, sin que haya una autoridad suficiente para imponerse ó fallar en definitiva. Si se consideran cada uno de por sí, y á medida que se presentan en el curso de un viaje, poca fe pueden inspirar al arqueólogo, y si, entrando en comparaciones, quiere reunirlos y cual si fueran premisas de un razonamiento, intenta sacar deducciones de ellos para formar un criterio determinado que le sirva de base general, retrae de hacerlo la dificultad de la tarea y el mucho tiempo que para llevarlo á cabo es preciso emplear.

Ya hemos dicho que sus monumentos son los más antiguos y al mismo tiempo los más grandiosos que el mundo conoce: sólo pueden compararse con sus pirámides los colosales *zigurrat* de la Caldea, pueblo que corre parejas en antigüedad y grandeza con el Egipto, los dos imperios más grandes del mundo antiguo, fundados sobre las ruínas que amontonó el gran desastre del diluvio.

Menfis, en la Heptanómida, fundada por Menes ó Misraim, 2467 años ántes de Jesucristo; Tébas, la ciudad de Busíris, la de las cien puertas, la de antiquísimos y grandiosos templos y palacios, construidos con fragmentos de otros anteriores á ellos, nos revelan una civilizacion llevada á un extremado lujo que se nos haría increíble, por más que lo leyéramos escrito, si no lo viéramos todavía en pié como perenne testimonio.

Hemos visto además que anteriormente á esta civilizacion tan perfeccionada, pero tan remota, existían ya varias artes y ciencias; se conocía la moneda, y se ejercía el comercio, motivos todo esto para formar, aunque sea artificialmente, la gran cadena cuyos eslabones, arrancando de nuestra época, se remontan á los primitivos tiempos del mundo, y nos presenten, á lo ménos en algunas regiones del Oriente, al hombre verdaderamente culto á partir desde sus orígenes, y no acariciado en alguna breña por su padremono, falto de inteligencia, desprovisto de razon.

Duélenos que se haya abandonado el camino trillado, recto y conocido de la verdadera ciencia, para internarse en vericuetos y andurriales desconocidos y extraviados, ocasionados á fatales caídas, en busca de doctrinas que repugnan por lo absurdas, débiles por demas, pues que carecen de fundamentos donde apoyarse, porque no merecen tal nombre las extravagancias de ciertos hombres que no dejan de ser extravagantes á pesar de toda su ciencia.

Ya en este terreno, y concretándonos á un solo caso, veamos el crédito que puede darse á lo que nos dicen los tales sabios, respecto á la division de las edades que señalarían como otros tantos mojones ó etapas, el camino que siguió la civilizacion humana.

Conviene todos los sabios en que la edad de hierro fué la última, posterior á la de la piedra y del bronce. Pues bien: un monumento egipcio, que ya conocemos, la gran Pirámide, se ha encargado de presentar á los sabios una objecion que, por su buen nombre científico, debieran solventar, y á fé que no lo han hecho hasta ahora, á lo ménos que sepamos nosotros, y por cierto que la dificultad no nos parece de fácil solucion que digamos.

Es positivo que en las pirámides no se han encontrado pruebas de la edad de piedra, como tampoco en ninguna parte se han encontrado instrumentos ó restos de ellos que prueben la edad de bronce, y sin embargo se encuentran miles de testimonios representando la existencia y uso del hierro tal como lo conocemos actualmente.

Ya se comprende que en este momento nos referimos al Egipto, cuyo país estudiamos.

Inglaterra, tan rica en preciosidades de los monumentos antiguos, posee abundantes ejemplares de hierro encontrados en Egipto, pertenecientes á Menfis. Pero no es sólo ese hierro el que abona cuanto venimos diciendo, sino que en la gran Pirámide se ha encontrado hierro « no en un sitio ó en circunstancias que puedan hacer creer que se ha depositado allí por accidente ó con intencion, en fecha posterior á la de la creacion, sino en condiciones tales que no pudo quedar olvidado allí sino cuando la construccion estaba todavía en curso de edificacion. »

El sabio Moigno, apoyado en autoridades respetables, nos prestará una de sus páginas que nosotros trasladamos á continuación:

«Cierto que sorprenderá muchísimo saber que los historiadores de la Metalurgia ni siquiera aludieron, treinta y cinco años há, al hecho de haberse desprendido un bloque de hierro por medio de barrenos de la sólida mampostería de la gran Pirámide por el coronel Howard Wisse. No se desenterró ese bloque de hierro de la masa concreta de materia acumulada alrededor de las fundaciones de la gran Pirámide, sino que se encontró muy cerca de su cúspide, en su interior, cerca de la abertura del paso de aire sud, como lo prueban los certificados de los señores J. B. Hill, J. S. Perring, Ed. S. Andrews, James Mash, que lo acompañan en el Museo británico. La boca del canal de ventilación no ha sido forzada; mide ocho y media pulgadas de longitud por nueve y media pulgadas de altura, y está defendida de las arenas del desierto por una piedra que la tapa. El hierro tiene pues una antigüedad mucho mayor que la que se le atribuye: la Biblia afirma, efectivamente, que el trabajo del hierro era un arte antediluviano. Y, nótese bien, ese bloque de hierro lo descubrió Howard Wisse, en una época en que los señores Horner y otros no habían examinado aún el limo del Nilo, para encontrar en él vasijas ú otros restos del arte humana, exámen que excitó la codicia de los árabes induciéndoles á practicar ocultaciones artificiales para engañar á los arqueólogos. Además, un estudio atento de esta masa de hierro ha hecho descubrir en su superficie fragmentos de calcáreo de numulitos, de la misma piedra con que se construyó la Pirámide. ¿No prueba hasta la evidencia esta circunstancia que ese trozo de hierro es contemporáneo de la erección de las pirámides?

» Sir Jorge Wilkinson, en su obra *Las maneras y costumbres de los antiguos Egipcios*, (1), no vacila en decir: «En el desierto del Egipto se encuentran minas de cobre y hierro que han sido explotadas en épocas antiguas; los monumentos de Tebas y algunos otros monumentos de la ciudad, cerca de Menfis, cuya construcción se remonta á 4.000 años, nos represen-

(1) Lóndres, 1847, página 8 del prefacio.

tan carniceros afilando sus cuchillos en una barra redonda de metal atada á su delantal, y que, por razon de su color azul, no puede ser sino acero. Con qué pues habrían los egipcios tallado sus geroglíficos en la piedra dura, el granito y el basalto, á la profundidad de dos pulgadas, cinco centímetros, si no hubiesen conocido el acero? Es una curiosa concordancia que el hierro, en la lengua copta, como en la geroglífica, como tambien en la sahídica actual, sea *Benipe*, que significa literalmente: *piedra de los cielos, piedra del firmamento, piedra firmamentaria*. Pues bien, este nombre conviene eminentemente al hierro, que nunca se encuentra en el estado natural, como el oro, la plata, etc., que se encuentra al contrario casi en todas partes en el estado de hierro meteórico, caído de seguro del cielo. ¿Resulta acaso de esto que el primer hierro utilizado por los hombres haya sido el hierro meteórico, y que no hayan conocido sino mucho más tarde el hierro extraído de sus minerales? No puede contestarse á esto, pero lo cierto es que esa extraccion es una operacion muy sencilla, mucho más sencilla en realidad que la extraccion del bronce. Este exige una verdadera fusion, miéntras que el óxido de hierro calentado con el contacto del carbon, con el auxilio de simples fuelles, se separa del oxígeno y se transforma ya en hierro maleable, ya en acero bruto, dispuesto á ser otra vez calentado y transformado por el martillo en instrumentos de todas formas. La necesidad de defender una idea preconcebida, la hipótesis de las tres edades sucesivas de la humanidad, ha hecho olvidar á sabios de primer orden, á Lyell por ejemplo, esta verdad elemental. ¿Cómo negar la anterioridad del hierro al bronce, cuando se ve á los habitantes del bajo Egipto, en las épocas más remotas, tallar tan perfectamente el granito, la diorita y otras varias piedras muy duras, que no podrían labrar los instrumentos de bronce? (1).»

Nuestro principal objeto es demostrar la civilizacion de los diferentes pueblos en sus diversas épocas, apoyándonos en sus manifestaciones artísticas, científicas y literarias. Algo llevamos dicho ya en general de la civilizacion del antiguo Egipto, pero es tan abundante, tan rica, tan espléndida,

(1) MOIGNO. *Les splendeurs de la Foi*. Tomo II.

que, diciendo mucho más, nos quedaremos cortos aún con harto sentimiento nuestro.

Las artes de adorno ó decorativas fueron tan florecientes como llenas de enseñanza. Ciertó que el tiempo con su mano de hierro ha destrozado uno tras otro casi todos los restos de los magníficos y sorprendentes edificios que constituían el adorno de la mayor parte de las ciudades de Egipto, y no podemos, por consiguiente, formarnos una idea, ni aproximada siquiera, de lo que eran entónces un palacio, un templo, un edificio público; pero hay restos que han vencido hasta ahora á la furia de los siglos, y nos permiten ver que la arquitectura egipcia llegó á un grado de perfeccion y maestría que envidiarían aún ahora muchas naciones modernas. Uno de los pórticos de Beni-Assen ostenta columnas de orden dórico de una pureza tal, que no las igualó la Grecia, en sus buenos tiempos, á pesar de toda su correccion y elegancia de sus líneas, dos mil años despues de aquellas. Los monumentos egipcios abundan especialmente donde se dejó sentir con mayor influencia la dominacion de los sacerdotes, depositarios de la ciencia. Las ruínas de Meroe lo atestiguan con una muda elocuencia que habla á la inteligencia y llega al corazon. Cuando hablemos de las ruínas de Tebas y Menfis, los dos prodigios de ciudades egipcias, se verá si nos dejamos arrastrar por ciego entusiasmo al prodigar tantos elogios á la civilizacion de un pueblo que sólo puede comprenderse exactamente comparando sus ruínas con las miserables viviendas de sus modernos habitantes.

«La escultura, aunque inferior en ciertos puntos al gran arte del antiguo Imperio, dice un autor moderno, nos ha legado tantos trozos admirables, que uno se pregunta en dónde puede el Egipto encontrar bastantes artistas para llevarlos á cabo. Las estátuas de Amenemhat I y de Ousortesen I, descubiertas en Tanes, son casi tan perfectas como la estátua de Khawra, y les parecían tan bellas á los mismos egipcios, que los Faraones de época posterior las usurparon. El tipo de estos monumentos es generalmente notable por un vigor á menudo exagerado; los armazones están tratados con grande libertad de cincel. Todos los accesorios, dibujos de los adornos, grabados de los geroglíficos, alcanzaron una perfeccion que ya no volverán á re-



PATIO DE UNA CASA PARTICULAR EGIPCIA.

que, diciendo mucho más, nos quedaremos cortos aún con harto sentimiento nuestro.

Las artes de adorno ó decorativas fueron tan florecientes como llenas de enseñanza. Ciertó que el tiempo con su mano de hierro ha destrozado uno tras otro casi todos los restos de los magníficos y sorprendentes edificios que constituían el adorno de la mayor parte de las ciudades de Egipto, y no podemos, por consiguiente, formarnos una idea, ni aproximada siquiera, de lo que eran entónces un palacio, un templo, un edificio público; pero hay restos que han vencido hasta ahora á la furia de los siglos, y nos permiten ver que la arquitectura egipcia llegó á un grado de perfección y maestría que envidiarían aún ahora muchas naciones modernas. Uno de los pórticos de Beni-Assen ostenta columnas de órden dórico de una pureza tal, que no las igualó la Grecia, en sus buenos tiempos, á pesar de toda su correccion y elegancia de sus líneas, dos mil años despues de aquellas. Los monumentos egipcios abundan especialmente donde se dejó sentir con mayor influencia la dominacion de los sacerdotes, depositarios de la ciencia. Las ruínas de Meroe lo atestiguan con una muda elocuencia que habla á la inteligencia y llega al corazon. Cuando hablemos de las ruínas de Tebas y Menfis, los dos prodigios de ciudades egipcias, se verá si nos dejamos arrastrar por ciego entusiasmo al prodigar tantos elogios á la civilizacion de un pueblo que sólo puede comprenderse exactamente comparando sus ruínas con las miserables viviendas de sus modernos habitantes.

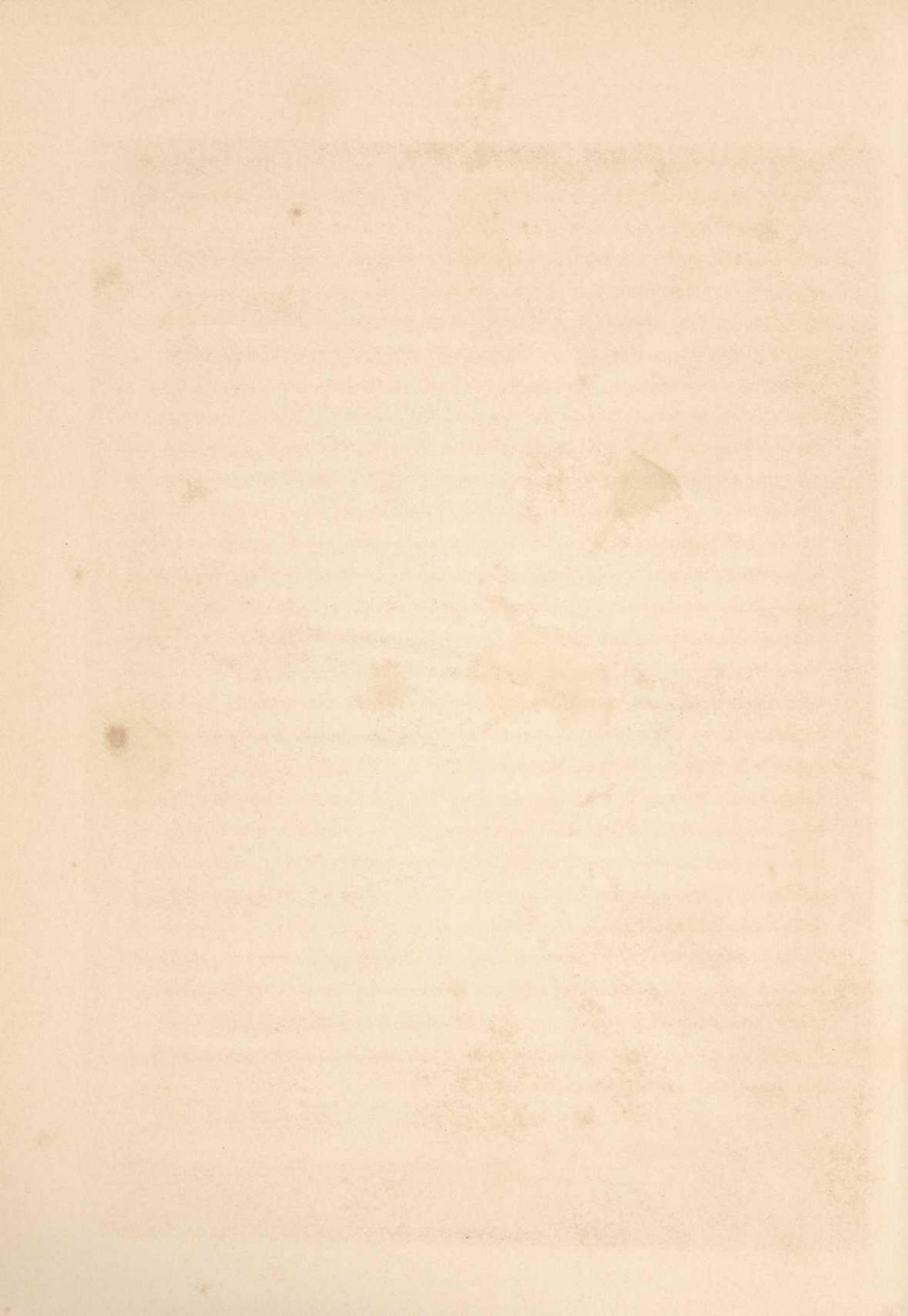
La escultura, aunque inferior en ciertos puntos al gran arte del antiguo imperio. Pero un autor moderno, nos ha legado tantos trozos admirables, que uno se pregunta en dónde puede el Egipto encontrar bastantes artistas para llevarlos á cabo. Las estátuas de Amenemhat I y de Ousortesen I, descubiertas en Tebes, son casi tan perfectas como la estátua de Khawra, y les parecían tan bellas á los mismos egipcios, que los Faraones de época posterior las usurparon. El tipo de estos monumentos es generalmente notable por un vigor á menudo exagerado; los amazones están tratados con grande libertad de cincel. Todos los accesorios, dibujos de los adornos, grabados de los geroglíficos, alcanzaron una perfeccion que ya no volverán á re-



D. Beltrán

Mr. Carreras Gomas y C^{ta}. Editores.

PATIO DE UNA CASA PARTICULAR EGIPCIA.



costrar jamas. Los bajo-relieves, faltos siempre de perspectiva, son como durante el periodo menfita, de extremada delicadeza; se les revestía de colores vivos que conservan aún actualmente todo su primitivo esplendor. El arte de la dinastía duodécima, tomado en su conjunto, era muy poco inferior al arte de las dinastías menfitas. Los defectos que más adelante detuvieron el desarrollo de la escultura egipcia, el convenio en la representación de los detalles, la pesadez de los trabajos de mampostería, la rigidez hierática se hacían sentir apénas. Siempre que en medio de la decadencia artística se revelaba un renacimiento parcial, los escultores de las dinastías décimo-octava y vigésimasexta iban á buscar su modelo entre las obras de la duodécima y de la cuarta, y procuraban reproducir el estilo de sus predecesores (1).»

Si prescindiendo de generalidades, nos concretamos á la descripción de un punto determinado, para inferir lógicamente el grado de civilización que nos revele, fijémonos en la capital de la Tebaida, ó Egipto meridional, y aunque un poeta no merezca mucho crédito, que digamos, hé aquí lo que nos dice Homero hablando de Tebas. «Era la ciudad más grande del universo; estaba tan poblada, que por cada una de sus cien puertas podían salir diez mil combatientes y doscientos carros, ó sean un millon de hombres y veinte mil carros, lo que daría una población de cinco ó seis millones de habitantes.» Su superficie que existe aún bajo el nombre de Derch, era de cerca dos millones novecientas noventa y siete mil toesas cuadradas. La de París parece que contiene cuatro millones diez mil trescientas treinta y siete, de donde resulta que Tebas no llegaría de mucho á las tres cuartas partes de la superficie de París.

Diodoro Sículo habla de Tebas en terminos muy magníficos, pero duda que hubiese cien puertas en la ciudad. No obstante, dice que no hay debajo del sol una ciudad que esté adornada de mayor número de monumentos inmensos, de estátuas colosales, de plata, oro y marfil, á todo lo cual debe añadirse las construcciones hechas de una sola piedra, los obeliscos monolitos.

(1) MASPERO.

Pero no eran sólo obeliscos lo que estaba formado de una sola piedra, pues además de encontrarse estatuas de más de 16 metros de una sola pieza, nos habla Herodoto de templos egipcios monolitos y cita uno en Sais de 21 codos de longitud, 14 de latitud y 8 de altura, y otro en Butos de 40 codos en cada una de sus distintas dimensiones.

Hablando Diodoro de uno de los templos principales del Egipto dice: que «los monumentos interiores correspondían por su riqueza y la perfección de la obra, á la magnificencia exterior.»

«Estos edificios, continúa diciendo, han subsistido hasta una época muy reciente; los persas robaron la plata, el oro y los objetos ricamente labrados en marfil y pedrerías que encerraban, cuando Cambises incendió los templos del Egipto. Cuéntase que entónces hizo trasladar esos despojos al Asia, y que se llevó consigo artistas egipcios para construir los palacios reales tan célebres en Persépolis, Susa y en la Media. Añádese que eran tan considerables esas riquezas, que los restos salvados del pillaje y del incendio daban más de trescientos talentos de oro, y poco menos de dos mil trescientos talentos de plata.»

¡Qué lujo de civilización no revelan estos datos! Y, sin embargo, todo esto palidece al lado del templo de Carnak. Este, sin contar sus inmediatas dependencias, mide 358 metros de largo y 110 de ancho, y deja muy atrás al célebre del Sol, del mismo Egipto, y á todos los que levantó la orgullosa Roma pagana á su enjambre de divinidades. Pero ni la Roma cristiana ha podido superar tampoco con su catedral de San Pedro la grandiosa capacidad y lujo del templo de Carnak.

Oigamos á Belzoni hablando de la suntuosidad y magnificencia de los monumentos de Carnak.

«Una de las figuras colosales del segundo propileo, más allá del camino de las esfinges que conduce al gran templo, es de piedra calcárea muy dura; mide 29 piés desde la cabeza hasta el extremo del asiento, y al pié de este encontré una figura de mujer sentada, de 7 piés de altura, representación quizá de Isis. Las magníficas ruínas del templo de Carnak, vistas de lejos, no aparecen más que como una vasta confusión de propileos, peristilos y

obeliscos que elevan su cúspide sobre los céspedes de las palmas. El camino de las esfinjes dispone el ánimo del viajero para contemplar el imponente aspecto del templo á donde guía. Al fin del sendero se extienden anchos propileos, que conducen á crujías interiores, donde se ven inmensos colosos sentados á los dos lados de la puerta, á modo de gigantes encargados de custodiar la santa mansion. Desde allí se pasa al verdadero santuario, consagrado al Ser omnipotente de la creacion.

» ¿Cómo describir lo que sentí á la vista de aquella selva de columnas, cubiertas de figuras y otros adornos desde la cima á la base, con los capiteles de forma graciosa, cual es la del loto, y que agradan á pesar de su gigantesca mole? ¿á la vista de aquellas puertas, de aquellas paredes, pedestales, arquitrabes, en fin, de todo el edificio lleno de figuras simbólicas, grabadas ó esculpidas en bajo-relieve, y que representan procesiones, batallas, triunfos, ofrendas, fiestas y sacrificios, y todas relativas sin duda á las costumbres, á los usos y á la historia del antiguo Egipto? Sumergido en profundas meditaciones no advertí el rápido curso del arte que había visto elevarse; las masas de las ruínas no estaban iluminadas ya sino por sus últimos rayos, cuando saliendo de mi abstraccion conocí que era tiempo de salir de la sagrada ciudad. »

¿Quién podrá decir, ni admirar bastante esa gigantesca reunion de edificios de ese maravilloso monumento, obra de varias dinastías, de una capacidad superficial inmensa? La imaginacion más poderosa queda abrumada, desvanecida, al contemplar las portentosas dimensiones de sus aberturas, la elevacion de sus columnas, el largo camino de las esfinjes de increíbles proporciones, con sus cabezas de carnero y cuerpos de leon; al meditar en la riqueza y majestad del pórtico, al que se subía por una escalera de veintisiete peldaños, y cuya capacidad excedía de siete mil metros cuadrados; al recordar el techo formado por enormes sillares sostenidos por ciento treinta y cuatro columnas, cuyas proporciones sólo pueden creerse examinando las que aún subsisten.

Si el carácter distintivo del arte en su infancia es la uniformidad, y sólo con los progresos de la civilizacion se hizo múltiple y vario, júzguese cuál

sería la civilización de un pueblo que en tan lejana distancia de nuestra época presenta ya tantos y tan variados ejemplares de edificios destinados al culto de la divinidad tan lujosos y magníficos, que, dígase lo que se quiera, dejan muy atrás á todos los de las épocas sucesivas en todos los demás países.

Porque, es preciso tenerlo en cuenta, no se trata de uno, de dos ó más templos, pero en número reducido, que estuvieran dispersos en todo el país egipcio, sino que eran muchos; estaban, por decirlo así, profusamente sembrados, y ofrecían á la divinidad riquísimas mansiones, hasta el punto de que se reservaban algunos, la mayor parte de los más suntuosos, para el rey solamente y para cierta clase de sacerdotes escogidos. Y no era esto todo, sino que además de los muchísimos templos esparcidos en todas partes, tenía cada egipcio su templo particular.

Estas ideas nos llevan como por la mano á hablar de Menfis y Tebas, representación elocuente de la civilización egipcia, exteriorizada, materializada, por decirlo así, en monumentos que actualmente nos permiten aún formarnos ideas aproximadas, sinó exactas de aquellas generaciones.

Menfis, según lo hemos dicho ya, debió su fundación á Menes ó Misraim, quien hizo florecer la monarquía, á cuya influencia se debió indudablemente que el palacio de sus reyes se convirtiera en centro de cultura por medio del cultivo de las ciencias, especialmente de las exactas. Su magnífico templo de Phtah se había convertido en uno de los principales santuarios de Egipto, á pesar de los muchos y grandiosos que, según ya lo llevamos indicado, pululaban, por decirlo así, en todas partes. Menfis reunía entonces las condiciones necesarias para convertirla en una capital de primer orden: era emporio de comercio é industria, ciudad fortificada, centro de ciencias y literatura. La civilización rebosaba á raudales en la gran ciudad, pero con un sello de severidad peculiar que sus obras nos revelan.

Por espacio de siete siglos conservó Menfis el esplendor que le proporcionó una civilización en todo su apogeo, pero comenzó después á menguar para ceder su puesto á Heracleopolis, en el Egipto medio, reemplazándole más adelante la ciudad de Tebas.

La fundación de Tebas se debe á Busiris, quien la rodeó de murallas.

Los templos y palacios casi enteros, adornados con innumerables columnas y estatuas, que se han descubierto entre sus inmensas ruínas revelan con muda elocuencia su inmensa importancia y sin igual grandiosidad.

Sus reyes de la duodécima dinastía no fueron sólo guerreros ocupados en defender á su país de nuevas invasiones, sino que fueron además excelentes ingenieros que hicieron construir monumentos útiles ó grandiosos pero con una grandiosidad que aún admiramos.

Para el historiador no es indiferente el paso ó cambio de Menfis de ciudad meramente comercial y científica en asiento de la monarquía. En todas las edades y en todos los pueblos sus cuestiones políticas y sociales han entrañado, más ó menos manifiestamente, una cuestion religiosa ó teológica. El cambio en la manera de ser social de Menfis era la expresion del triunfo de la idea monárquica sobre el antiguo elemento de la teocracia cuyo centro había estado en Theni, heredándolo despues Abydos, pero únicamente en el solo concepto religioso depurado de toda idea política. Las luchas consiguientes sostenidas por el sacerdocio inspirado por su odio contra la monarquía, causa ú origen de esas divisiones, nos distraerían de nuestro objeto, sobre que nada nos enseñarían acerca de un fenómeno constante en la historia antigua de Egipto.

Meris sucesor de Thutmosis el vencedor de los Hiksos ó Pastores mandó abrir el lago que lleva su nombre, para corregir algun tanto la irregularidad de las avenidas del Nilo. Á este fin, cuando las aguas del río eran demasiado abundantes, recibíalas el lago por medio de un canal y de esclusas, y cuando la inundacion había sido poca, las aguas del lago la suplían. La ciudad de Heliópolis debe su embellecimiento á esta dinastía, y Tebas que deberá un día llegar al colmo de la grandeza, recibe especiales favores de estos reyes tan ilustrados como magnánimos. La civilizacion egipcia llegará, por decirlo así á su apogeo en esa época, como nos lo demuestra todo el Egipto con sus innumerables suntuosidades. Las industrias y las artes adquieren sorprendente desarrollo, y en todas partes encontraremos sus huellas. La agricultura, el cultivo de la vid, la escultura, la vidriería, la alfarería y otros innumerables ramos de artes y oficios se ejercen en todas partes con notable

actividad y con perfecto conocimiento. Los zapateros, carpinteros, curtidores, tejedores abundan en todas partes, dando movimiento y vida á un pueblo que ha conseguido el mayor grado posible de civilizacion, dadas sus circunstancias de lugar y tiempo.

No es sólomente la civilizacion material la que debe admirarnos en el Egipto en la remota época en que lo estamos examinando, porque tambien hay muy adelantada entónces la civilizacion moral que parece como inspirada en el Evangelio.

«Desde el norte al sur estaban labradas y sembradas todas las tierras, dice una inscripcion sepulcral de un gobernador de provincia; nada se robó en mis talleres; jamás afligí á ningun niño, ni maltraté á ninguna viuda. Igualmente consideré á la viuda que á la jóven casada, y jamas en ningun fallo que dicté preferí el grande al pequeño.»

¡Cuántos y cuántos que siguen ó conocen la religion del Crucificado, y que viven en plena civilizacion de últimos del siglo XIX, habrían de avergonzarse por no poder decir otro tanto, como ese antiguo magistrado egipcio!

Acostumbrados como estamos por efecto de la instruccion que recibimos; educados y formados, por decirlo así, en la lectura de los clásicos antiguos griegos y latinos, nos reducimos instintivamente el horizonte de la civilizacion, del saber, de los adelantos humanos, á los estrechos límites formados por el cielo de Grecia y Roma. Estamos completamente equivocados. Grecia recibió sus inspiraciones de allende el Mediterráneo, y siglos ántes que la arquitectura helénica y demas bellas artes que tanto renombre le dieron se cultivaran en el archipiélago, habían llevado los egipcios al último grado de perfeccion el arte de construir y adornar templos y palacios. Los inteligentes han podido examinar y contemplar asombrados ejemplares de columnas dóricas del más elegante y puro estilo, cuya fecha es dos siglos más antigua que la de las primeras erigidas en Grecia.

Acaso se nos acuse de que repetimos ideas emitidas ya por nosotros mismos, y que insistimos en apreciaciones conocidas. Nuestros lectores nos dispensarán, porque nunca se aboga demasiado contra la injusticia, y la

generalidad de los hombres ha sido muy injusta al olvidar las civilizaciones anteriores á Grecia, cuya prioridad desconocen no pocos.

El solo templo de Abydos bastaría para hacernos formar una idea cabal, exacta, de la grandiosidad egipcia. Sus restos instruyen al historiador que los estudia y revelan pasmosa magnificencia y profusa variedad de adornos que pregonan un lujo del que distamos muchísimo actualmente.

Abydos era la ciudad más importante de Egipto despues de Tebas: era famosa por el oráculo del dios Beza, por el templo y el sepulcro de Osíris y por el soberbio palacio del rey Memnon.

En nuestro siglo se ha hablado mucho de Abydos por el descubrimiento de la tabla llamada de Abydos. Llámase así una piedra mutilada que se encontró en 1818 en los gigantescos restos de esa gran ciudad del antiguo Egipto, y que ha conseguido fijar por mucho tiempo la atención de los sabios de Europa. Compónese de 26 cartuchos que ofrecen una página de escritura vertical en 26 líneas, terminando por una fórmula alternativamente fonética y simbólica, en honor del rey religioso Ramsés-Sesóstris. Habíase creído en un principio, como por el zodíaco de Denderah, que esta piedra debía ser hostil á la cronología bíblica y apoyar el cánon cronológico de Manethon, pero la explicacion de la misma dada por el doctor John Lamb, de Cambridge, ha probado, muy al contrario, que existía perfecta concordancia entre la tabla de Abydos y la Biblia. Es una especie de homenaje dirigido por dicho Ramsés á sus antepasados, una lista de los reyes de las seis primeras dinastías.

Los sabios egiptólogos han dado magníficas y extensas descripciones de las bellezas de Abydos, que nos hacen formar una idea completa de la civilizacion dominante entónces. Ciento cuarenta escenas, distribuidas por veintenas entre siete aposentos abovedados, representan al rey Seti I, fundador del templo. Esta soberbia fábrica estaba llena en su lado derecho de objetos de adorno de reconocida solidez; en el lado izquierdo se quemaban los inciensos dedicados á la divinidad.

Los templos, manifestacion externa y material de los íntimos sentimientos religiosos de la humanidad en todas épocas y países, nos servirán de

guía para medir los grados de civilización de las generaciones que los levantaron. Ya hemos indicado antes que el antiguo Egipto estaba sembrado de templos, como alfombra de flores que cubre un extenso jardín.

Los viajeros y sabios exploradores del siglo XIX han podido contemplar aún en lo que fué emplazamiento de la antigua Abydos, tres grandiosos templos envueltos entre sábanas de arena cual fúnebre sudario que los cubría desde remotos siglos, con desdoro de su belleza y sin igual magnificencia. Uno de estos templos, santuario principal de los consagrados á Osiris, el dios más universalmente adorado en todo Egipto, ha podido servir de punto de comparación, respecto de los pueblos bañados por el Nilo, con lo que era el templo de Salomón para los judíos. Otro de estos templos, el de Seti I mencionado ya por Estrabón, ha sido el primero que se ha descubierto, originándose de ahí el feliz hallazgo de los otros dos: este se encuentra al sud de Abydos, así como el primero al norte; no lejos del de Seti I hay el de Ramsés II, completamente arruinado. Entre las muchas curiosidades descubiertas en el grandioso y extenso templo de Seti, correspondiente á la brillante época de los Faraones, han llamado vivamente la atención una galería de cuadros donde se figura la apoteosis del padre de su fundador.

Estos portentos de una civilización que muchas naciones europeas podrían envidiar aún actualmente, quedan eclipsados ante el lujo desplegado en el templo dedicado á los Apis.

M. Mariette, sabio investigador egiptólogo á quien debe la ciencia muchos y muy valiosos descubrimientos—aunque á veces incurra en errores inevitables en este género de estudios—nos servirá de guía para visitar el Serapeum.

Tres épocas arqueológicas distintas ha reconocido el citado viajero en dicho templo: comprende la más antigua desde Amenophis III hasta Ramsés II; la segunda abraza los Apis enterrados en los reinados de Sesostris y Psammatiko I; y la tercera se extiende desde el año 53 de dicho reinado hasta el siglo primero de la era cristiana.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente la alternativa de vivas y

gratas emociones que sentiría el ilustre Mariette al encontrarse en presencia de tantos misterios desconocidos, ocultos por un velo de muchos siglos.

Para seguir con algún fruto el estudio de la civilización egipcia en aquellos momentos históricos, debemos recorrer con Mariette ese nuevo mundo que se nos ofrece á nuestra curiosidad.

En el aposento del Apis más antiguo, perteneciente al reinado de Amenofis III, se presenta una pintura figurando al rey acompañado de su hijo, Thoutmés, en actitud de ofrecer incienso al buey divino. Un mismo nicho guardaba los restos del séptimo y octavo Apis, pertenecientes ambos al dilatado reinado de Ramsés II ó Sesóstris.

La ciencia debe estar muy agradecida á estos preciosos descubrimientos, por lo mucho que le facilitan el estudio de aquellas sociedades, usos y costumbres de las mismas, y manera de manifestar su civilización.

En el Serapeum se han encontrado multitud de joyas de oro y esmaltes separados, testimonios elocuentes que nos revelan y descubren la historia de cuarenta siglos, gran número de estatuas de piedra y barro cocido esmaltado. Nos ha dado también este templo el gavilán de oro y esmalte, con sus alas extendidas y cabeza de carnero, tipo de modelado de extremada delicadeza y de perfección en todos sus pormenores que no desdeñarían los primeros cinceles del mundo.

Si, prescindiendo de épocas, nos fijamos en el exámen de los templos egipcios, especialmente en los del Alto Egipto, en las cercanías de Tebas descubriremos edificios de la magnificencia incomparable que reúne el de Esuch y en particular el recién descubierto de Denderah. En esta construcción descubriremos á primera vista la idea monárquica confundida con la rica manifestación religiosa peculiar del pueblo egipcio, monárquico y religioso por excelencia. Tolomeo XI fué el fundador de este portentoso arquitectónico consagrado á la diosa Hathor, morada de Horo, que los griegos identificaron con Vénus, Diana y Juno. Hathor, aunque divinidad de segundo orden, era considerada como madre de los dioses y se la respetaba con diversos caracteres; por esto el rey Tolomeo, que ocupa un papel importantísimo en el templo de Denderah, consagra los objetos de la liturgia, y ordena y regla-

menta todos los pormenores de las ceremonias. El rey está representado en cuadros grabados y pintados en las paredes, á los que acompañan extensos textos explicativos, frente á frente de la divinidad, como único intermediario entre el pueblo y la madre de los dioses, presentándole las ofrendas y homenajes de la nacion. Elocuente símbolo de las ideas religiosas y monárquicas de un pueblo tan adicto á la religion como á la monarquía.

El importantísimo descubrimiento del templo de Denderah, realizado en estos últimos tiempos, ha facilitado por muchos conceptos el estudio de la pompa y magnificencia del interior del mismo, y el esplendor del culto que allí se practicaba. Telas riquísimas que servían de adorno de las estatuas, pomposas procesiones á que eran tan aficionados los egipcios, joyas, diademas, collares, que han inspirado á las artes modernas en sus más lujosas demostraciones, eran el comun adorno de todas las imágenes de los dioses.

Un pueblo tan sincera y profundamente religioso como el egipcio sería tambien muy dado á las fiestas religiosas, y, en efecto, se las encuentra en todas partes, de un modo muy significativo y elocuente, aunque la ciudad de Abydos parece, segun todas las conjeturas, haber sido la ciudad santa por antonomasia, ya que, despues de Tebas, ocupaba el segundo lugar, no obstante su reducida extension superficial, encerrada como estaba entre el desierto y un canal del Nilo.

Los templos descubiertos hasta ahora acreditan unánimemente la profunda religiosidad del pueblo egipcio, porque sus fiestas religiosas se celebraban en muchísimos puntos, bajo distintas formas que sabía imprimirles el pueblo más devoto de los entónces conocidos y el más apasionado tambien por los espectáculos, segun lo demuestra la propension á inscribir el calendario en la entrada de los templos.

Compréndese sin dificultad que un pueblo tan aficionado á los espectáculos dedicara á los mismos un esplendor sin igual, y así era efectivamente cuando celebraba las fiestas en que se paseaba procesionalmente los objetos que les estaban consagrados; y sube de punto la consideracion que se merecen estas ideas, recordando que no sólomente cada provincia, sino tambien

cada pueblo y aún muchos particulares tenían sus dioses especiales, sus ritos peculiares, y sus animales y objetos insensibles sagrados.

Los verdaderos filósofos, los que consideren al hombre un compuesto de materia y espíritu, comprenderán fácilmente el sentimiento religioso del pueblo egipcio, pueblo sometido á rudos é improbos trabajos, deseoso por consiguiente del reposo inefable, incomprendible, que inspira la contemplación de otra vida basada en la fe innata de un mundo destinado como á mansion de la parte inteligente que, con el cuerpo, forma la individualidad humana.

Estas fiestas, á las que acudían los egipcios á millares, cantando y tañendo diversidad de instrumentos músicos, las conocemos perfectamente, porque se celebraban aún durante la dinastía fundada por Lago, y se han descrito á menudo y por distintos autores. La embriaguez se representaba frecuentemente en estas solemnidades religiosas, lo propio que las supersticiones más corrompidas exageradas hasta su postrer límite. El culto fálico es una prueba de esas orgías veladas con apariencias religiosas. Ciertamente que ese culto ha existido en todos los pueblos, atribuyéndose su origen á que en tiempos cercanos á la creación se impresionaban más los ánimos con las obras de la naturaleza, de lo que lo han hecho después andando el tiempo y morigerándose las costumbres, y porque nada excitaba tanto su imaginación como la procreación, fecunda y misteriosa fuerza que sienten dentro de su interior todos los seres vivientes. Ciertamente asimismo que el culto fálico era meramente reverencial en épocas antiquísimas, y no contenía nada obsceno ni lujurioso, ya en su enseñanza, ya en su ejercicio, sirviendo sólo con su práctica como de homenaje á la expresada fuerza natural. Las fiestas fálicas iban acompañadas en Egipto—como después en Grecia— de la más degradante y envilecida disolución.

Además del culto fálico, celebrábase en Denderah la *fiesta de los Pámpanos*, imitación, á lo que parece, de las orgías dionisiacas, con las que honraban los griegos á Baco, consistiendo sus principales ceremonias en procesiones, llevando en las manos vasos llenos de vino y coronas de pámpanos en la cabeza. Los Lágidas desfiguraron el culto austero y místico de

la diosa Hathor, hasta el punto de convertirla en Afrodita, como última expresión de cínico desprecio.

Si las solemnidades públicas se apoyan en razones de un orden moral, todo lo que acabamos de exponer nos daría una bien triste idea de moralidad, en épocas determinadas, entre un pueblo tan civilizado, por otra parte, como lo era el Egipto. Todos los pueblos de la antigüedad, según se nos ofrecerán ocasiones de verlo en nuestro examen que haremos de ellos, parece como que rivalizaron á porfía en la celebración de esas manifestaciones exteriores ya religiosas, ya cívicas.

El filósofo y el historiador deben prestar especial atención á esas solemnidades, cuyo estudio le facilitará la clave de muchos enigmas difíciles de descifrar sin ella. La misma naturaleza del asunto presta distinciones que deben atenderse. Las ceremonias públicas á que aludimos ó fueron á menudo multiplicadas sin provecho, ó estériles en sus efectos, ó ruinosas por sus abusos, ya que no perjudiciales física y moralmente. De todos modos, en esto, como en los metales, puede haber mezclas dignas de aprecio, asimismo debe examinarse la profunda significación que tengan para la historia, si fueron esas ceremonias lo que realmente debieron ser.

Ya sea la religión la que, adornando sus templos y entonando cánticos sublimes y sagrados, convoque los pueblos para que asistan á sus ceremonias; ya sea la patria la que en determinados aniversarios, ó en casos supremos invite para el recuerdo de hechos gloriosos; ya sean las autoridades públicas ostentando majestuosos emblemas, quienes reúnan á sus subordinados para pública ostentación de un sentimiento noble y generoso; es lo cierto que en todos estos casos merecen fijar atentamente el examen serio y minucioso de todo historiador ó filósofo que intente formarse cabal idea de las épocas y de los hombres que llevaron á cabo aquellos actos exteriores como pública manifestación de ideas de cultura religiosa ó civil.

Estas consideraciones nos llevarían á materias que trataríamos aquí con mucho gusto, y que sentiríamos profundamente abandonar si no tuviéramos ya determinado detenernos en ellas en ocasión y lugar oportunos. Esas manifestaciones exteriores se presentan bajo mil aspectos y formas distintos que

sabrán apreciar los hombres reflexivos. Quizas haya quien califique de aparatosas demostraciones de lujo, reprecensibles por lo mismo, esas distintas manifestaciones á que aludimos ahora; pero en nuestro concepto incurrirían en tan grosero como imperdonable error los que tal hicieran. La naturaleza, guía y maestra en todo, varía hasta el infinito sus manifestaciones, si se nos permite el símil. Al lado del abrojo, se permite el lujo de la perfumada flor; junto al gusano se mueve la pintada avecilla, y cerca del monótono y pesado grito del grillo, nos deja oír los variados y melódicos trinos del ruiseñor; así como despues de una borrasca que tuvo durante horas velado el cielo con cenicientas y negras nubes, se presenta nuevamente el sol radiante de alegría y calor que anima así el corazon de los hombres como á los seres que forman el gran cuadro limitado por el horizonte donde se desencadenó la tempestad.

Así pues no serán sólomente los actos religiosos ó cívicos, representados con mayor ó menor pompa, las únicas manifestaciones de la civilizacion de un pueblo, sino que lo son tambien los museos y bibliotecas públicas y las exposiciones artísticas ó industriales. Y ya en este terreno, pueden y deben considerarse asimismo como tales manifestaciones los parques y jardines abiertos al público, los teatros, etc., etc., con tal que una direccion inteligente y recta presida la influencia que todo esto puede ejercer en el público, ya en su moralizacion, ya en su higiene.

Estas diversas manifestaciones de civilizacion que entran ya en la categoría de lo que se llama lujo público, prestan ancho campo al moralista y al legislador para que fijen en ellas su consideracion, porque si se les imprime una buena y acertada direccion son provechosas para la sociedad, por la influencia que ejercen en el bienestar comun. En lo material, fomentan la industria, y en lo moral ponen al alcance de la multitud unos bienes de que sólo goza por sí mismo el potentado. Distinguir en esta materia el bien y el mal es el propósito que debe animar al historiador, ya sea que siga los progresos de estas manifestaciones comparándolos con el estado de la inteligencia humana, ya sea que busque su influencia directa ó inmediata en las costumbres sociales. Dentro de esta distincion del bien y del mal se mueven

en distintas esferas los partidarios de la escuela rigorista, y de la que forma su apología, equivocadas ambas, hablando en absoluto, como lo son siempre todos los extremos apasionados.

Casi inoportuna habrá sido la digresion de nuestro objeto principal, máxime porque ocasion tendremos de tratar con detencion la materia que acabamos de insinuar, destinándole capítulo aparte.

Continuando, aunque á la ligera, lo concerniente á las solemnidades religiosas de los egipcios, como expresion fiel de los adelantos de su civilizacion, debemos notar como signo característico de sus costumbres, que en todas las épocas guardaron su puesto tradicional en el curso del año. Y no eran de carácter expansivo y alegre sólamente las fiestas, como sucedía especialmente con la llamada de año nuevo, en la que se dedicaban solemnísimos cultos á todos los dioses y diosas personificados por decirlo así en la imágen de la diosa Hastor, madre de todos ellos, sino que tenían tambien solemnidades tristes ó fúnebres como compensacion de las risueñas.

Ya hemos indicado algo en su lugar correspondiente acerca de las ceremonias destinadas para llorar la muerte del dios Osiris. Durante los quince días en que permanecía enterrado, esperando su resurreccion, combinábase todo en todo el Egipto, para que todos sus habitantes sintieran impresiones de luto y espanto en sus afligidas almas.

Estudiando atentamente esas costumbres, recordando las lejanas épocas en que tenían lugar esos hechos, queda el ánimo asombrado ante los testimonios que nos revelan una civilizacion que es imposible separar dadas sus circunstancias de lugar y tiempo. Las generaciones venideras no superarán las maravillas de los reinados de los Tutmosis y de los Sesostris que vieron llegar á su mayor apogeo la estrella esplendente que presidía los misteriosos destinos del Egipto.

Los sabios del siglo XIX pueden contemplar atónitos los elocuentes testimonios de tantas grandezas caídas, porque son numerosísimas las representaciones en conmemoracion de cuanto se refiere á aquellos siglos, abundantes en guerras y en extraordinarias construcciones, así como tampoco faltan las inscripciones, en brillante lenguaje oficial, que pregonan la gloria

de aquellos Faraones. El templo de Karnak, la maravilla de las maravillas, nos exhibe, grabada en su santuario, la gloria de Thutmés III, narrada por él mismo. La historia ha registrado además en esta narración citas exactas de hechos y guarismos de inestimable precio, sin el énfasis de lenguaje tan prodigado en otros monumentos.

El brillo de las artes egipcias, elocuente demostración del grado superior á que llegó su civilización, puede verse y examinarse en las representaciones que aún subsisten, no obstante la injuria de los siglos, de los muchos pueblos sojuzgados y de los nomarcas, dueños de grandiosos palacios, al presentar los tributos en oro, plata, granos y animales de toda especie á sus reyes.

No sólo se dedican estos á las conquistas ó á la defensa de su país, sino que, llevados de su amor á las artes y á la gloria, se dedican á las construcciones de obras monumentales al propio tiempo que á los azares de las guerras. Ya hemos hablado de Moeris, á quien debió el Egipto el famoso lago de su nombre; de Sesostris, el rey más digno quizás en concepto de ciertos historiadores, aunque está ya muy desacreditada su fama, que ocupó el solio de la tierra de Cam, cuyos nombres vivirán lo que duren los siglos, por el inmenso número de construcciones que legaron. Digno continuador de estos reyes fué el gran conquistador Tutmés, cuyo nombre pregonan el templo de Amada que fundó y dedicó al Sol y el consagrado á la adoración del rey Ousourtesen, sito en Semneh, restaurado por él, y una multitud de ciudades reedificadas y embellecidas por él. Heliópolis, Menfis, Ombos, Elefantina y Tebas conservan todavía actualmente elocuentes vestigios de sus construcciones.

Amenofis borda, por decirlo así, las orillas del Nilo con monumentos que son prodigios de grandeza imponente y ricas esculturas. Levanta suntuosos templos, edifica inmensamente en Silsilis, Elefantina, Siena y otros puntos, embellece y engrandece el templo de Karnak, y, como si no le bastara lo edificado en honor de los dioses y la magnificencia de sus pueblos, levántase á sí propio una colosal estatua en Tebas.

¿Quién no ha oído hablar de la famosa estatua llamada de Memnon, alta de unos veinte metros, que representa á Faraon sentado, extendidas las

manos sobre sus rodillas, en actitud tranquila, y que dejaba oír sonidos maravillosos al herirla los primeros albores del día? Esta es pues la estatua erigida á sí mismo por Amenofis. Un terremoto estropeó la estatua, y, despues de restaurada, cesó el fenómeno de los sonidos explicado por la vibracion rápida producida por los rayos del sol en aquella piedra algo elástica, despues de haber estado sujeta á la humedad de la noche.

Quizas nuestros lectores se hayan adelantado ya haciéndonos mentalmente la objecion que se presenta espontánea, al considerar la civilizacion egipcia, esto es, ¿por qué teniendo el Egipto tantas esculturas y pinturas, de más ó ménos valor artístico, no ha producido, que se sepa á lo ménos, ningun artista de primer orden? ¿Por qué en tantos siglos de existencia no tiene el Egipto un poeta, un filósofo, un artista como alguno de los muchísimos que fueron la gloria de Grecia? Es innegable que estudiando la historia de ese gran pueblo, debemos confesar ingénuamente que todo cuanto conocemos suyo se debe más á la accion colectiva y sucesiva que al talento. Si su organizacion no es ni flexible, ni elevada en grado extremo, deberáse quizas á condiciones climatológicas ignoradas, ó á costumbres locales que influyen más de lo que parece en el desarrollo de las inteligencias.

Sea de esto lo que fuere, es evidente que la civilizacion egipcia representa la solidez hasta llegar á la inflexible rigidez, atestiguada por sus monumentos arquitectónicos. Fuera de estos, en vano se buscan en Egipto manifestaciones externas de civilizacion, y á buen seguro que nadie hará consistir en la arquitectura sola y sus accesorios la expresion civilizadora de un pueblo. En este concepto, deben hacerse ciertas reservas tocante al grado de civilizacion que alcanzó el Egipto; porque aún mirándolo en sentido lato, no es patria de grandes hombres ni de obras maestras. No negaremos ¿y cómo poder negarlo? que el espectáculo que nos ofrece ese país es grandioso hasta la maravilla relativamente á la inteligencia y al arte, pero le falta en realidad de verdad la grandeza peculiar del individuo y la perfeccion ideal inseparable de la forma.

Al expresarnos de esta manera, con demasiada severidad quizas, no creemos ponernos en contradiccion con lo anteriormente dicho por nosotros

mismos acerca de la portentosa civilización egipcia, en particular la especial suya anterior á la conquista persa y á las dominaciones macedoniana y romana; porque repetimos una vez más que en las artes decorativas sobre todo reconocemos la revelación de una majestuosa é innegable civilización moral y material que asombra por su inmensa duración. Ni Homero, ni Fidias, ni Aristóteles habrían quizás ilustrado á la Grecia, si, cual otro satélite del Egipto, no hubiese reflejado la luz que él le prestó.

Además, las condiciones sociales del pueblo egipcio no le fueron propicias para el desarrollo intelectual que debiera darle un puesto paralelo al de otros pueblos que se le adelantaron en el camino del saber. El pueblo egipcio vivió siempre oprimido, y su opresión debió ahogar sus aspiraciones á un arte sencillo, puro, inspirado, como debió privarle de remontarse á las serenas y tranquilas regiones del idealismo, para ocuparse en los problemas filosóficos. Todas las grandes construcciones egipcias pregonan la opresión de aquel pueblo condenado á un trabajo excesivo en todos conceptos y á llevar arrastando ó en hombros las enormes piedras que atestiguan esfuerzos de gigantes. El historiador, para ser imparcial, debe atender estas circunstancias atenuantes, y nosotros, imparciales ante todo, no podemos desconocer, ni desvirtuar los inmensos sacrificios que debieron costar las públicas manifestaciones de los señores del pueblo egipcio, al legarnos su inmensa multitud de asombrosas é imponentes construcciones.

Y entrados ya en el terreno de las circunstancias atenuantes, ¿podemos por ventura decir con seguridad que estemos en posesión de todas las piezas del proceso, para fallar con acierto y la debida justicia? ¿Sabemos acaso lo que era la tan celebrada biblioteca de Osimandias? Y dado caso que no se tuviera en cuenta, ¿por qué habríamos de pasar por alto el Ramaseion? Y qué se nos podrá oponer en comparación del célebre sepulcro del mismo Osimandias, rodeado por un círculo de oro de un codo de ancho y de trescientos sesenta y cinco de circunferencia, cada uno de los cuales señalaba el orto y el ocaso del Sol, de la Luna y de las estrellas? ¿No es por ventura este uno de los monumentos más grandes no sólo del Egipto, sino de todo el mundo antiguo? ¿Y qué diremos de la estatua colosal, hecha de granito, de

diez y siete metros de altura, y cuyos piés medían cuatro metros, en uno de los cuales se leía esta inscripción mezcla de soberano orgullo y profundo saber: «Yo soy Osimandias, rey de reyes; el que quiera disputarme este título debe excederme por sus obras»?

Hemos citado la biblioteca de Osimandias, primera de que se tiene noticia, y el Ramaseion que puede considerarse su complemento. Sabido es que los edificios egipcios abundaban en columnas y que estaban todas estas completamente cubiertas de geroglíficos. El Ramaseion era uno de los más imponentes monumentos del antiguo Egipto, lleno de hileras de patios y salones rodeados y llenos de columnas que referían en lenguaje geroglífico las hazañas de Ramsés el Grande. El Ramaseion y la biblioteca se completaban mutuamente, y pregonaban la gloria del monarca, según se desprende de excelentes trozos de un poema épico cuyo héroe protagonista es Ramsés. ¿Se inspiraría Homero en esas narraciones, sean cantos si se quiere, estelegrafadas? Háse dicho que en Homero hay más verdad y grandeza de inspiración. No lo negaremos; pero la epopeya egipcia llena de proezas fabulosas, en que intervienen continuamente las divinidades, pudo inspirar muy bien al ciego cantor de la Iliada, y darle el plan de sus cantos inmortales. En el Ramaseion siempre que el rey teme ser vencido, recuerda en sus invocaciones á los dioses los templos que les ha dedicado y las fiestas que en su honra celebró; y Homero, ya en el primer canto de la Iliada, como para poner término á los desórdenes que turban la tranquilidad del Olimpo por las distintas invocaciones que les dirigen los capitanes de los ejércitos enemigos, no tiene más recurso que la intervencion de Vulcano, quien derrama el néctar en las copas de los dioses, para que el sueño termine lo que no pudo la razón. Al hacer intervenir Homero á los dioses en querellas de simples mortales, diríase que tuvo á la vista, ó que recordó á lo ménos las estelegrafías del Ramaseion.



¡Qué brillantes se nos aparecen las estrellas del firmamento en noche

serena y no iluminada por la luna! En cambio, qué pálida es su luz cuando el astro de la noche está en todo su lleno!

El grandioso esplendor público de la civilización egipcia eclipsa por completo el ostentado por las personas más distinguidas por su elevada categoría social, á la manera que la luz de la luna amortigua el centelleo de los demás astros de la noche.

El Egipto se bastaba á sí propio para la satisfacción de las necesidades de la vida: el trigo era abundantísimo, y por espacio de siete siglos hizo llamar á este país el granero de Roma y Constantinopla; las hojas del papiro le servían para escribir; producía mucho lino de extraordinaria finura; el loto, muy comun, daba una simiente de que se hacía pan, al propio tiempo que sus raíces servían de alimento; sus cebollas eran excelentes y en cantidad crecida toda especie de legumbres, cuya calidad era inmejorable.

Si de estas cosas necesarias para la vida, pasamos á las de superfluidad ó que entran ya en la categoría del lujo, quizás no se bastara á sí solo con sus recursos propios, porque apenas si podía contar el Egipto con más de unas cuantas minas de piedras preciosas; pero el comercio suplía lo que el país no daba de sí, aparte de que la canalización del Nilo, verdadera Providencia de aquellos habitantes, suministraba muchos medios para la abundancia, verdadera madre del bienestar de los pueblos.

Si alguna duda nos cupiera acerca del próspero estado y buen régimen alimenticio del llamado pueblo egipcio, quedaría desvanecida con la lectura de los lamentos del pueblo hebreo en su peregrinación por el Desierto. « ¡Ojalá hubiéramos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos habéis traído á este desierto para matar de hambre á toda la gente? (1) ». Si los hebreos, tratados por los egipcios como cautivos, estaban sentados junto á calderas llenas de carne, y comían cuanto pan querían, ¿qué régimen alimenticio no seguirían no ya el pueblo egipcio, sino las clases distinguidas de aquella sociedad, cuyo lujo no ha tenido

(1) Éxodo, cap. XVI, v. 3.

igual quizás en ningún otro, consideradas las circunstancias de lugares y tiempos?

Además de las producciones naturales del fértil terreno egipcio, proveía el Nilo de excelentes y variados peces que cría en sus aguas, suministraba grandes cantidades de vegetales útiles que alimenta en sus orillas, sin contar los muchísimos animales que vivían á la sombra de sus palmeras.

La inmensa distancia que nos separa de los primitivos tiempos del Egipto no nos permite, á pesar de los buenos deseos, emitir más que conjeturas acerca de la mayor ó menor moralidad de sus primeros reyes. Dícese que los palacios de los reyes y de los magnates fueron el centro de la ostentación y del lujo ántes que se desarrollara el comercio y cuando no se contaba aún con los tributos procedentes de las conquistas. Partiendo quizás de estas suposiciones, se ha dicho que Menes, fundador de Menfis, primer rey y legislador de Egipto, fué un hombre entregado á la disipación ó cuando ménos al lujo, y, sin embargo, no hay dato alguno positivo por donde probar ó inferir siquiera que Menfis haya sido una ciudad de costumbres libres. ¿Quién sabe si no debió Menes esa reputación que le rebajaba á lo que de él dijeron los sacerdotes, reñidos siempre con la majestad real por rivalidad extremada? ¿Quién sabe si no le perdonaron los sacerdotes el haber regularizado el culto de los dioses y las ceremonias de los sacrificios, y haber hecho florecer la monarquía?

De todos modos parece fuera de duda que los reyes egipcios en general no fueron dados á la suntuosidad, ni desplegaron el lujo que de ellos podía esperarse, atendidos los grandes medios de que disponían. No parece que reinara la mejor armonía entre el sacerdocio y la monarquía, y la vigilancia ejercida por los sacerdotes en la conducta de los reyes, sujeta al sacerdocio hasta el extremo de no poder excederse del vino que le entregaban medido para sus comidas, parece que nos ofrece la clave del concepto que debemos formarnos de la fama atribuída á tal ó cual rey en lo tocante á su moralidad.

¿Quién sabe el papel que la leyenda desempeña en las biografías de la mayor parte de esos reyes, sin más historiadores, ni cronistas que unos sa-

cerdotes, cuya vida íntima no podría servir de modelo á un hombre de intenciones completamente honradas?

Los historiadores del Egipto han sacado todos sus datos de Manethon, sacerdote de Heliópolis. Veamos qué nos dice Herodoto del rey Rampsimite, llamado Ramis por Diodoro de Sicilia, y nos convenceremos de cuán suelta iba su imaginacion al describir la biografía de sus reyes.

La avaricia de Rampsimite, dice, y sus extorsiones causaron graves daños á sus vasallos. Reunió cuátricientos mil talentos en oro y plata, que á doce mil reales que es el valor que ordinariamente se da á cada talento, dan la increíble suma de cuatro mil ochocientos millones. Para tener en seguridad estas riquezas, hizo construir una torre de piedra, cuyas paredes estaban fuera del recinto del palacio. El arquitecto, mal intencionado, colocó una de las piedras con tanto arte, que dos hombres y aún uno solo, podían quitarla con facilidad. Terminado el edificio, hizo Rampsimite trasladar á él sus riquezas. Algun tiempo despues, sintiendo el arquitecto acercarse su fin, llamó á los dos hijos que tenía, y les dijo que al construir el edificio en donde estaban los tesoros del rey, se había valido de un artificio, para proveer á sus necesidades y procurarles los medios de vivir en la abundancia; y les explicó claramente el modo de sacar la piedra, sus dimensiones y límites, añadiendo por fin, que si cumplían exactamente lo que les había dicho, serían los dispensadores de los caudales del rey.

Muerto el arquitecto, ponen luégo sus hijos manos á la obra. Fueron de noche al palacio del rey, encontraron la piedra, la sacaron con facilidad, y se llevaron crecidas cantidades. Habiendo un día visitado el rey su tesoro, quedó sorprendido al ver disminuido considerablemente su dinero en los vasos donde lo tenía, y no sabía á quien culpar, porque los sellos se hallaban enteros y todo bien cerrado. Volvió dos ó tres veces más, y viendo siempre que el dinero disminuía, porque los ladrones no cesaban de robarlo, hizo colocar lazos alrededor de los vasos donde estaban sus tesoros.

Llegan los ladrones, como otras veces, y uno de ellos se dirige inmediatamente á uno de los vasos, cae en el lazo y queda preso. En cuanto vió el estado á que se hallaba reducido, llama á su hermano, dícele el modo

como se encuentra, conjurándole á entrar lo más pronto posible y que le corte la cabeza, temeroso de ser causa de su pérdida.

Viendo éste que tenía razon, obedeció, puso la piedra en su lugar, y se fué á su casa con la cabeza de su hermano.

Apénas entró el rey, cuando quedó lleno de admiracion viendo el cuerpo del ladron, sin cabeza, cogido y preso en el lazo; pero no lo quedó ménos viendo que el edificio no había recibido daño, y al no descubrir entrada ni salida. En tal embarazo, hé aquí qué partido tomó. Hizo colgar el cadáver en la pared, poniendo guardias al rededor con órden de presentarle al que llorase en vista de semejante espectáculo ó demostrase conmiseracion.

Indignada la madre del ladron por este tratamiento, conjura á su hijo y hermano del muerto á no perder diligencia para descolgar el cuerpo de su hermano y llevárselo, amenazándole con que si se niega á darle esta satisfaccion, iría ella misma á denunciarle al rey. No pudiendo el jóven, por más esfuerzos que hizo, desviar á su madre de su intento, y temiendo, por otra parte, el efecto de sus amenazas, imagina el siguiente artificio.

Cargó sobre dos asnos algunos pellejos de vino, y los hizo marchar delante de sí, y en cuanto se halló cerca de los que guardaban el cuerpo de su hermano, desató el cuello de dos ó tres pellejos. El vino empezó á correr, y él á golpearse la cabeza, y á dar grandes alaridos comò un hombre desesperado, y que no sabe á cuál de los dos asnos acudir primero.

Viendo que se vierte el vino, corren los guardas á recogerlo, contando que todo sería beneficio para ellos.

Finge el jóven irritarse, desahogándose en injurias contra ellos; pero cuando trataban de consolarle, cesa en sus transportes, aparenta apaciguarse, vuelve los asnos al camino, y se dispone á atar los pellejos. Entretiénese luégo con los guardas y les da uno de los pellejos.

Siéntanse en el mismo lugar en donde se encuentran pensando tan sólo en beber, instando al jóven para que se quede en su compañía. Déjase persuadir, y permanece con ellos, y les da otro pellejo.

En cuanto vió á los guardas embriagados y rendidos del sueño, descolgó el cuerpo de su hermano, lo colocó sobre uno de los asnos, y se vol-

vió á su casa despues de haber cumplimentado las órdenes de su madre.

Sabedor el rey de cuanto había pasado, concibió tan grande admiracion por aquel hombre, que le dió á su hija en matrimonio.

Todo lo que antecede es de Herodoto.

Si no supiéramos que este autor no conocia la lengua del Egipto y que no pudo beber directamente en las fuentes de aquel país, podríamos titubear en ponerlo en la lista de los zurcidores de novelas que es donde le corresponde, más bien que en la de autores graves y serios dedicados á escribir historia. Herodoto debió todos sus datos á los sacerdotes de los templos que visitaba; por esto dijimos que debian acogerse con reserva las noticias biográficas de la mayor parte de los reyes egipcios, tocante á su conducta moral ya pública ó privada, por el antagonismo eterno que se notó entre la monarquía y el sacerdocio. Herodoto no ha dejado más que series de anécdotas en lo relativo á Egipto y fuera aún ménos mal si se continuaran por su órden cronológico, circunstancia que descuidó tambien el llamado Padre de la historia.

Otra leyenda ó novela debemos á los sacerdotes egipcios respecto de un gran rey que ya hemos citado más de una vez.

Dando credito á los sacerdotes egipcios, el rey Menes, conceptuado por voluptuoso entre dichos sacerdotes, inventó el arte de arreglar una comida, habría enseñado á sus súbditos el modo de comer en una cama y finalmente el uso de las ricas alfombras y toda clase de suntuosidades.

Para formar contraste, añádese que Tuephactus, príncipe muy amigo del sacerdocio, por rara excepcion, y que reinó despues de varias generaciones, se vió obligado durante una expedicion á Arabia, por carecer de víveres en el desierto, á contentarse con un régimen muy sencillo en casas de particulares donde se había albergado, y que esta sencillez le había llenado de júbilo. Como consecuencia de esto, renunció á la esplendidez y lanzó una maldicion contra el rey que había sido el primero en enseñar una vida tan suntuosa, pero tomando tan á pechos el cambio de alimento, en sus distintas maneras de comida y bebida, que mandó dejar copia de la maldicion en letras sagradas contra Menés, en el templo de Tebas dedicado á Júpiter, segun lo dice terminantemente Diodoro de Sicilia.

No creemos inútil recordar aquí que el anatema lanzado por un rey unido por tan íntima amistad con el sacerdocio, no merece mucho crédito que digamos, sobre todo recordando que los sacerdotes cuidaban más de prodigar regalos en el interior de verdaderos palacios, á los animales tenidos por sagrados, que á sus mismos reyes mirados por ellos en muy inferior concepto.

Si Diodoro de Sicilia nos mereciera algun crédito, que no lo merece mucho, porque es un simple compilador que ha reunido y amontonado confusa é indigestamente datos sacados de toda clase de fuentes; si sus relaciones acerca de los anales de Egipto tuvieran algun verdadero valor, que no tienen ninguno, debiera merecernos especial atencion el cuadro que nos presenta acerca de los animales sagrados de aquel país. Pero aún así, no sabemos pasarlo en silencio.

¡Qué cuidados tan delicados, dice, qué suntuosidad! Confiados en manos de elevados personajes, son alimentados con flor de harina cocida, con harina de avena mezclada con leche, con pasteles de miel y carnes muy preparadas. Úntaseles con aceites preciosísimos, y continuamente se queman en su presencia los más suaves inciensos. Adórnaseles con las pieles más hermosas y se les cubre con los más ricos adornos.

El harem de estos animales privilegiados es objeto de iguales atenciones. Las hembras, honradas con el título de concubinas, son de una belleza sin igual, y se las viste hasta con lujo. Cuando estos animales mueren, se les celebran magníficos funerales. Los del buey Apis eran ruinosos. Cuando Tolomeo, hijo de Lago, fué á tomar posesion del Egipto, ocurrió en Menfis la muerte por vejez del buey Apis. El sacerdote que había cuidado de él gastó en sus exequias cantidades que agotaron todos sus recursos. Para acabar de satisfacer los gastos tomó prestados de Tolomeo cincuenta talentos de plata (unos cincuenta y cinco mil duros).

¿Cómo atendía el Egipto á sus exigencias ostentosas? Extendiendo su comercio á los países limítrofes. La Etiopía le daba su oro y marfil, la India sus especias, la Arabia su incienso, Grecia y Fenicia sus vinos: sin embargo, no hay pruebas de que este comercio se extendiera á tiempos muy

remotos, unos seis siglos ántes de Jesucristo. Las relaciones con los griegos influyeron en la manera de ser de los egipcios, y la Hélada que había recibido su civilizacion de los egipcios, influyó despues en gran manera en la verdadera revolucion social que se efectuó en Egipto, sobre todo á contar desde el reinado de Amasis, punto de partida para estudiar la nueva civilizacion del país de Mesraim. Por la primera vez se les permitió entónces á los extranjeros entrar en las llamadas bocas del Nilo. Dióse circulacion á montones de dinero enterrado y se importaron nuevas mercaderías, origen de nuevas necesidades, pero tambien de nuevas industrias. Concediéronse terrenos á los griegos para edificar en ellos altares y templos, efecto sin duda del cambio moral producido por el contacto con pueblos extranjeros, manifestado ya por varios dignos precursores mucho ántes del reinado de Amasis. La historia nos enseña que ha sido siempre el mismo el efecto producido por semejante contacto en los pueblos estacionarios ó rehacios á los progresos á que está destinada la humanidad. Esos cambios en la manera de ser de los pueblos, son ventajosos indudablemente para la civilizacion que penetra en ellos, pero es asimismo innegable que son muy perjudiciales para su nacionalidad é independendia. La misma multitud de ejemplos que podríamos citar en corroboracion de lo que decimos, nos dispensa de entrar en pormenores.

De los objetos de comercio en su importacion y exportacion, pasemos á los de la industria especial del Egipto.

No por su prioridad sino por su especialidad, digamos ante todo algo respecto del papyrus.

Inventada la escritura, y siendo ya de uso más ó ménos general, procedióse, como en las demas industrias respectivas, á la diversificacion de la materia que debía contenerla de una manera fija y estable. Los metales, la piedra, los ladrillos, la madera, el marfil, distintas cortezas de árbol, la cera, las pieles de animales, etc., etc., fueron otras tantas materias que se usaron para la escritura. El Nilo producía una caña, cuya segunda corteza, el papyrus, se aprovechó como materia donde escribir, empleando para ello el pincel ó caña y tintas de diversos colores, si bien fué la negra la más usada.

En las mismas orillas del Nilo, donde ya hemos dicho que se criaba la caña que proporcionaba el papyrus, había otra especie de caña, más rígida, pero al mismo tiempo más flexible, muy propia para hacer de ella el *calamus* reemplazado por la pluma.

Con el trascurso del tiempo, y escaseando el papyrus, por efecto sin duda de su mucho consumo, Tolomeo Epifano prohibió su exportacion, y la falta de ese artículo, que era ya como de primera necesidad, puso en actividad la fabricacion del pergamino para sustituirlo, afluyendo tanta cantidad de primera materia á Pérgamo, que se consideró á esta ciudad como la cuna de la nueva industria tan floreciente ya, aunque, segun se sabe positivamente, no fué Pérgamo donde se inventó el uso primero de la piel llamada pergamino.

Despues de la fabricacion ó preparacion del papyrus, merecen especial mencion el arte del tejido, muy célebre por su perfeccion y hermosura, y muy extendido en todo el Egipto. Hay fundados motivos para suponer que el arte del tejido no se practicaba particularmente por trabajadores caseros sólo, sino que había establecimientos públicos, ó fábricas, como diríamos ahora, en las que se trabajaba por cuenta de sociedades ó de particulares acaudalados. Si hemos de dar crédito á Herodoto, la mujer egipcia no tejía; los hombres sólo se dedicaban á esta clase de trabajo, á cuya circunstancia se debe, en su concepto, su mucho adelanto y perfeccionamiento. Isaías, en su capítulo XIX, versículo 9, profetizando contra el Egipto, dice: «Quedarán confusos los que trabajaban el lino y lo rastrillaban, y hacían de él *telas delicadas: (textentes subtilia)*.» Ezequiel, en su canto elegiaco sobre la ruina de Tiro, dice textualmente: «..... O Tiro, tú dijiste: Yo soy de una belleza extremada, y situada estoy en medio del mar. Tus vecinos que te edificaron, te embellecieron con toda suerte de ornato: construyéronte de abetos del Sanir, con todas las crugías á uso del mar: para hacer tu mástil trajeron un cedro del Líbano: labraron encinas de Basan para formar tus remos; y de marfil de India hicieron tus bancos, y tus magníficas cámaras de popa de materiales traídos de las islas de Italia. Para hacer la vela que pende del mástil, *se tejió para ti el rico lino de Egipto, con varios colores:*

el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa formaron tu pabellon.....» (1)

Los tejedores egipcios se valían de procedimientos particulares, porque echaban la trama hacia abajo, cuando fabricaban la tela, en lugar de empujarla hacia arriba, como hacían los trabajadores de las demas naciones, segun nos lo refiere Herodoto. El vigor del trabajo de los hombres no dañó, ántes bien aprovechó á la solidez de los tejidos egipcios, segun lo acreditan restos antiguos de finura transparente.

En el capítulo VII, versículo 16 de los Proverbios de Salomon, se lee: «Tengo tendida mi cama sobre cordones, la he cubierto con colchas recamadas de Egipto; (stravi tapetibus pictis ex Egypto).»

En los últimos capítulos del Exodo, muy curiosos para formarse una idea del estado de las artes en aquellos remotísimos tiempos, encontramos una detallada y magnífica relacion del trabajo realizado por el egipcio Beseleel, que nuestros lectores nos permitirán presentarles con alguna extension: «Todos los hombres, pues, de talento y habilidad para las obras del Tabernáculo, hicieron diez cortinas de lino fino retorcido, de color de jacinto, de púrpura, de grana dos veces teñida, con varias labores y bordaduras; cada cortina tenía de largo veinte y ocho codos, y cuatro de ancho... y unió Beseleel cinco de estas cortinas la una con la otra, y del mismo modo las otras cinco. Para lo que hizo cincuenta presillas ó cordones de color de jacinto en la orilla de una cortina por ambos lados, y lo mismo en la orilla de la otra cortina, por manera que confrontasen las presillas una con otra, y recíprocamente se ligasen. Á este fin fundió tambien cincuenta sortijas de oro, en las que trabasen las presillas de las cortinas, las cuales formaron así un solo Tabernáculo ó pabellon. Hizo asimismo once cubiertas de pelos de cabra para cubrir el techo del Tabernáculo. Cada cubierta tenía treinta codos de largo y cuatro de ancho.

Estas mismas paredes de tablonas las cubrió de planchas de oro, haciendo de fundicion sus bases de plata. Hizo tambien de oro las argollas por donde

(1) Ezequiel. Cap. XXVII, v. v. 3 á 7.

habían de pasar los travesaños, los que asimismo cubrió con chapas de oro. También hizo el velo de color de jacinto, y de púrpura, y de grana, de un lino fino retorcido, tejido todo con variedad de colores y diversos recamos, y cuatro columnas de madera de setim; las cuales y sus capiteles cubrió de oro, habiendo fundido de plata sus bases. Hizo además, para la entrada del Tabernáculo, un velo de color de jacinto, de púrpura, de grana, y tejido de lino fino retorcido, obra de bordador; y para sostenerle, cinco columnas con sus capiteles, que cubrió de oro, vaciando de bronce sus bases.

Hizo también Beseleel de jacinto, de púrpura, de escarlata, y de lino fino las vestiduras con que se había de vestir Aaron al tiempo de ejercer sus funciones en el Santuario, según mandó el Señor á Moisés. Hizo pues el Efod de oro, de jacinto, de púrpura y de grana dos veces teñida, y de lino fino retorcido, siendo el todo un tejido de varios colores; y cortó hojas de oro muy delgadas, que redujo á hilos de oro, de modo que pudiesen entrar en el tejido de los otros hilos de los varios colores ya dichos. Hizo..... un cinturón de los mismos colores..... el Racional, tejido como el Efod, con una mezcla de hilos de oro, de jacinto, de púrpura, y de grana dos veces teñida, y de lino fino retorcido..... asimismo otras túnicas de lino fino, tejidas, para Aaron y sus hijos, y mitras también de lino fino con sus coronitas, y calzonzillos de lo mismo; además el ceñidor de lino fino retorcido, de jacinto, de púrpura, de grana dos veces teñida, con varios recamos.....

Hicieron la lámina..... de oro acendradísimo, y grabaron en ella con buril de lapidario: la santidad al Señor (1): y ajustáronla á la tiara con una cinta de jacinto..... y presentaron todos los materiales para el Tabernáculo y su techo, y todos los utensilios, anillos, tablas, varas, columnas y basas, la cubierta de pieles de carnero almagradas, y otra sobrecubierta de pieles de jacinto, el velo, el arca con sus varas, el propiciatorio, la mesa con sus vasos,..... el candelero, las lámparas y todo lo de su uso, con el aceite, el altar de oro, el oleo de las consagraciones, y el incienso de los perfumes, el velo de la entrada del Tabernáculo, el altar de bronce con su rejilla y

(1) No pierdan de vista los lectores los adelantos que todo esto revela y significa.

varas y todos sus instrumentos, la concha con su basa, las cortinas del atrio y las columnas con sus basas.....»

De lo hasta aquí dicho se desprende que las artes é industrias estaban muy desarrolladas y perfeccionadas en Egipto en épocas que cuentan más de tres mil años; y sin embargo el traje egipcio parece haber sido sencillo generalmente hablando. Miéntas fabricaban alfombras que medían más de doscientos piés de largo, adornadas por lo comun con bordados, hilos de colores ó de oro, vestían ordinariamente, á lo ménos los guerreros, incluso el rey, un traje corto, que sólo cambiaban por otro más largo en las procesiones á que eran tan dados los egipcios. Los demas, labradores y obreros, vestían sólo un delantal blanco. Segun nos dice Herodoto, á quien hemos de acudir muchas veces á pesar de la poca fe que merece, no llevaban los sacerdotes egipcios más que una especie de toga de lino y zapatos de corteza de papyrus, sin que les fuera permitido tener otro vestido ni otro calzado. Ateniéndonos á las figuras que se conservan en los monumentos antiguos, no son todas enteramente blancas las togas, sino que las hay listadas de encarnado, ó sembradas de flores, y hasta las hay con toda la viveza de los colores en que tanto se distinguieron los pueblos orientales.

Las personas curiosas pueden consultar en Plinio los procedimientos empleados por los egipcios para el tinte de las telas.

En otras partes hemos insinuado ya lo adelantados que estaban los artistas del Egipto en el arte de trabajar los metales y las piedras preciosas. La lectura de los últimos capítulos del Exodo puede dar una idea del punto á que llegaron tocante al tallado y grabado de los topacios, esmeraldas, etc., etc. Ya sabemos que poseía el Egipto muchas minas de piedras preciosas, especialmente de esmeraldas de pureza y magnitud extraordinarias.

El mobiliario egipcio revela un arte sorprendente, sobresaliendo de un modo especial en las camas y sillas. Sus artefactos en marfil, concha y asta acreditan un gusto por todo extremo delicado. Sus instrumentos músicos revelan toda la elegancia peculiar de civilizaciones muy adelantadas. Las bellas artes del siglo XIX admiran é imitan los productos de un arte maravilloso cuyos procedimientos desconocen los artífices modernos. Todas las

industrias egipcias, como todo lo que informaba la sociedad de aquel gran pueblo, tuvieron carácter religioso y sacerdotal, dado que no ejercieron los sacerdotes el monopolio de alguna de aquellas, como el de las telas, por ejemplo, destinadas para las momias.

Demos ya de mano á esta materia, y ocupémonos en la constitucion de la familia en Egipto y veamos qué papel representaba la mujer en aquel gran pueblo.

Las naciones orientales no pueden servirnos de modelo en el estudio de la familia egipcia. La abyeccion y esclavitud de la mujer entre los pueblos orientales no tuvo entrada ó no alcanzó éxito en Egipto. La mujer representa en él su verdadero papel de esposa y madre, con verdadera importancia rodeada de todo el prestigio indispensable. La mujer en la familia egipcia era un poder regulador de los excesos desconocidos en Egipto, pero que fueron tan comunes y fatales en Persia, Asiria y otras naciones del Oriente. La civilizacion egipcia en lo tocante al aprecio tributado á la mujer tiene poco que aprender ó envidiar á la cristiana, porque era considerada en sus distintos estados sociales de mujer, esposa, madre y administradora de la casa. Rodea á la mujer egipcia una aureola de música, poesía y misterioso encanto religioso, porque, prescindiendo del desempeño augusto de sus funciones maternales y caseras, con entera independencian é impulso propio, toma parte en las ceremonias religiosas del culto, y mientras ofrece sacrificios á las divinidades en compañía de su esposo, compartiendo con él la majestad sacerdotal, tañe el sistro en los momentos solemnes como el genio de la armonía pagando el tributo de sumision y vasallaje á los dioses tutelares de su hermoso país. Los hijos de la mujer egipcia llevan su nombre. Entre los judíos era un privilegio reservado al padre designar el nombre que debía tener el hijo; era, por decirlo así, aquel privilegio la señal de la paternidad. ¿Quién sabe la influencia que en esta costumbre judía pudo tener la costumbre egipcia, cuando tanto aprendieron los hebreos en aquella tierra de su cautiverio?

La importancia social de la mujer egipcia nos consta por infinitos testimonios que pudieran reducirse á la esplendidez y riqueza de las figuras que

de ella nos han quedado. Sus ricas telas, su tocado, su prodigalidad de joyas para el adorno de su persona pregonan muy alto el grado de refinamiento á que llegó la ostentacion. Es indudable que ese exceso de elegancia había de perjudicar notablemente la majestad de las costumbres de aquellas sociedades, y que debía ofrecerle más de un escollo donde correr graves peligros la virtud. La misma libertad de que disfrutaba la mujer egipcia, dentro de las relaciones sociales, debía cooperar funestamente al abuso de su independencia, y su asistencia á los espectáculos, su participacion en la vida social, debieron ocasionar más de una caída imposible en las mujeres orientales. Háse dicho que no hubo mujer más virtuosa, casta, buena madre y mujer honrada que la egipcia, y, sin embargo, pocos países habrá cuyas mujeres hayan sido acusadas con mayor frecuencia por delitos contra la fidelidad matrimonial. Consúltese la leyenda, escrita por Herodoto, del hijo de Sesostris, y se tendrá una idea cabal del concepto merecido por la mujer egipcia en aquella época.

Consta, pues, de un modo innegable que la civilizacion egipcia fué superior, por muchos conceptos, á la de todos los demas pueblos orientales, sobre todo en lo concerniente á las ideas y relaciones religiosas, ateniéndonos á las manifestaciones exteriores, y esta superioridad tendría su explicacion en el estado intelectual, moral y político de aquellos pueblos.

Estas ideas nos llevan por sí mismas á fijarnos en un caso particular de la historia egipcia, cuya explicacion indescifrable ó imposible para muchos, puede hallarse en las ideas expuestas hasta aquí acerca de las relaciones de la mujer en la sociedad egipcia.

Corría el último tercio del siglo I ántes de Jesucristo. Reinaba en Egipto el último vástago de los Lágidas. El imperio romano iba ensanchando sus límites y amenazaba reunir bajo su dominio todo el mundo entónces conocido. Los romanos acusaron á Cleopatra, reina de Egipto, de haber prestado socorros á Bruto y Casio. Enojado por ello Marco Antonio, uno de los individuos del triunvirato en cuyas manos estaba entónces todo el poder de Roma, la mandó comparecer en su presencia para justificarse.

El orgullo de los Lágidas enardeció la sangre de la bella egipcia y

determinó ésta pasar á verle con ánimo de castigar su osadía; pero la reina de Egipto no pensó ya en los medios de disculpar ó explicar su conducta, sino en los de sojuzgar al altivo romano con sus atractivos, convencida como estaba del irresistible poder que ejercía sobre cuantos la contemplaban.

Maestra en el arte de agradar y conocedora profundamente del corazon humano, embarcóse en una galera convertida en ascua de oro y en la que resplandecían la plata, la seda y la púrpura. Juegos de miles de pebeteros de oro esparcían en los aires el humo de los más delicados aromas del oriente, envolviendo la nave en nubes mágicas que semejaban apariciones salidas del fondo azul de las aguas; multitud de sistros, liras, flautas y otros instrumentos músicos poblaban el viento de dulces y suaves armonías, cuyos ecos se perdían en la inmensidad del mar como suspiros lejanos llevados en alas de genios perdidos de amor por la bella egipcia reina de aquellos tesoros, dueña de todas aquellas gracias, y tiernas y escogidas niñas mitad desnudas, mitad veladas con seductores cendales, bailaban graciosas danzas alrededor de la reina, al compas de la música voluptuosa. Cleopatra iba muellemente recostada sobre un magnífico lecho en la cubierta, cual otra Venus en blanca concha sostenida por la espuma del mar, y sus hijos, figurando Cupidos, jugueteaban á sus piés. Diríase, al verlos, que se propuso Cleopatra representar en su nave el nacimiento de la diosa de la hermosura. Las más bellas damas de la corte, vestidas de Nereidas, estaban colocadas junto al timon las unas y al lado de los remeros las otras, formando el todo un conjunto maravilloso, copia de alguna grandiosa escena de la mitología griega, representando una reunion de diosas en el Olimpo.

Así llegó Cleopatra á Tarsis de Cilicia, donde á la sazón estaba Marco Antonio. Avisado éste de la llegada de Cleopatra, mandó que la invitasen á que pasase á verle; pero como la idea de la egipcia era deslumbrar al romano con sus encantos é incomparable magnificencia, pretextó encontrarse fatigada del viaje, pero rogando al mismo tiempo á Marco Antonio que aceptase un convite en su nave.

Van á encontrarse frente á frente el orgullo romano y la esplendidez egipcia. Preséntase Marco Antonio á Cleopatra, y el poder romano enmudece y



L. Casanovi. 201

CLÉOPATRA ESTRECHANDO LA VISITA DE MARCO ANTONIO.

Mr. Ia

determinó ésta pasar á verle con animo de castigar su osadía; pero la reina de Egipto no pensó ya en los medios de disculpar ó explicar su conducta, sino en los de sojuzgar al altivo romano con sus atractivos, convencida como estaba del irresistible poder que ejercía sobre cuantos la contemplaban.

Maestra en el arte de agradar y conocedora profundamente del corazón humano, embarcóse en una galera convertida en ascua de oro y en la que resplandecían la plata, la seda y la púrpura. Juegos de naves de pebeteros de oro esparcían en los aires el humo de los más delicados aromas del oriente, envolviendo la nave en nubes mágicas que semejaban apariciones salidas del fondo azul de las aguas; multitud de sistrós, liras, flautas y otros instrumentos músicos poblaban el viento de dulces y suaves armonías, cuyos ecos se perdían en la inmensidad del mar como suspiros lejanos llevados en alas de genios perdidos de amor por la bella egipcia reina de aquellos tiempos, dueña de todas aquellas gracias, y tiernas y esquivas niñas mitad desnudas, mitad veladas con seductores cendales, bailaban graciosas danzas alrededor de la reina, al compas de la música voluptuosa. Cleopatra iba muellemente recostada sobre un magnífico lecho en la cubierta, cual otra Venus en blanca concha sostenida por la espuma del mar, y sus hijos, figurando Cupidos, jugueteaban á sus piés. Diríase, al verlos, que se propuso Cleopatra representar en su nave el nacimiento de la diosa de la hermosura. Las más bellas damas de la corte, vestidas de Nereidas, estaban colocadas junto al timon las unas y al lado de los remeros las otras, formando el todo un conjunto maravilloso, copia de alguna grandiosa escena de la mitología griega, representando una reunion de diosas en el Olimpo.

Así llegó Cleopatra á Tarsis de Cilicia, donde á la sazón estaba Marco Antonio. Avisado éste de la llegada de Cleopatra, mandó que la invitasen á que pasase á verle; pero como la idea de la egipcia era deslumbrar al romano con sus encantos é incomparable magnificencia, pretextó encontrarse fatigada del viaje, pero rogando al mismo tiempo á Marco Antonio que aceptase un convite en su nave.

Van á encontrarse frente á frente el orgullo romano y la esplendidez egipcia. Preséntase Marco Antonio á Cleopatra, y el poder romano emudece y



Mir. Tarradas, Gomas y C^{ia} - Editores.

CLEOPATRA ESPERANDO LA VISITA DE MARCO ANTONIO.

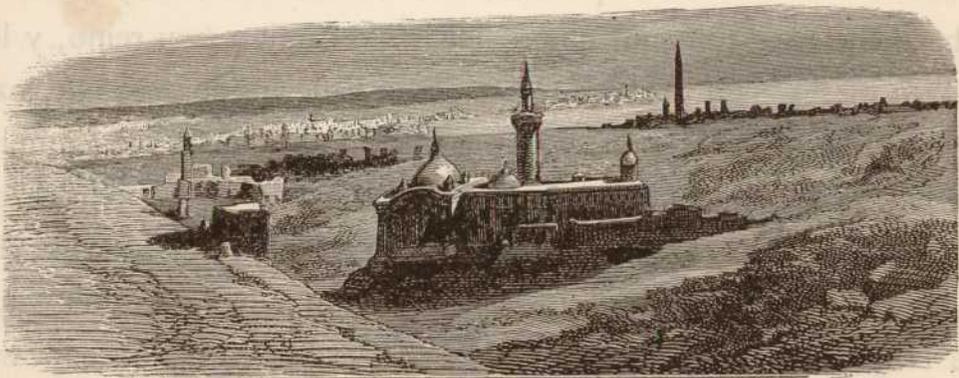
A. Casanovas - Lit.

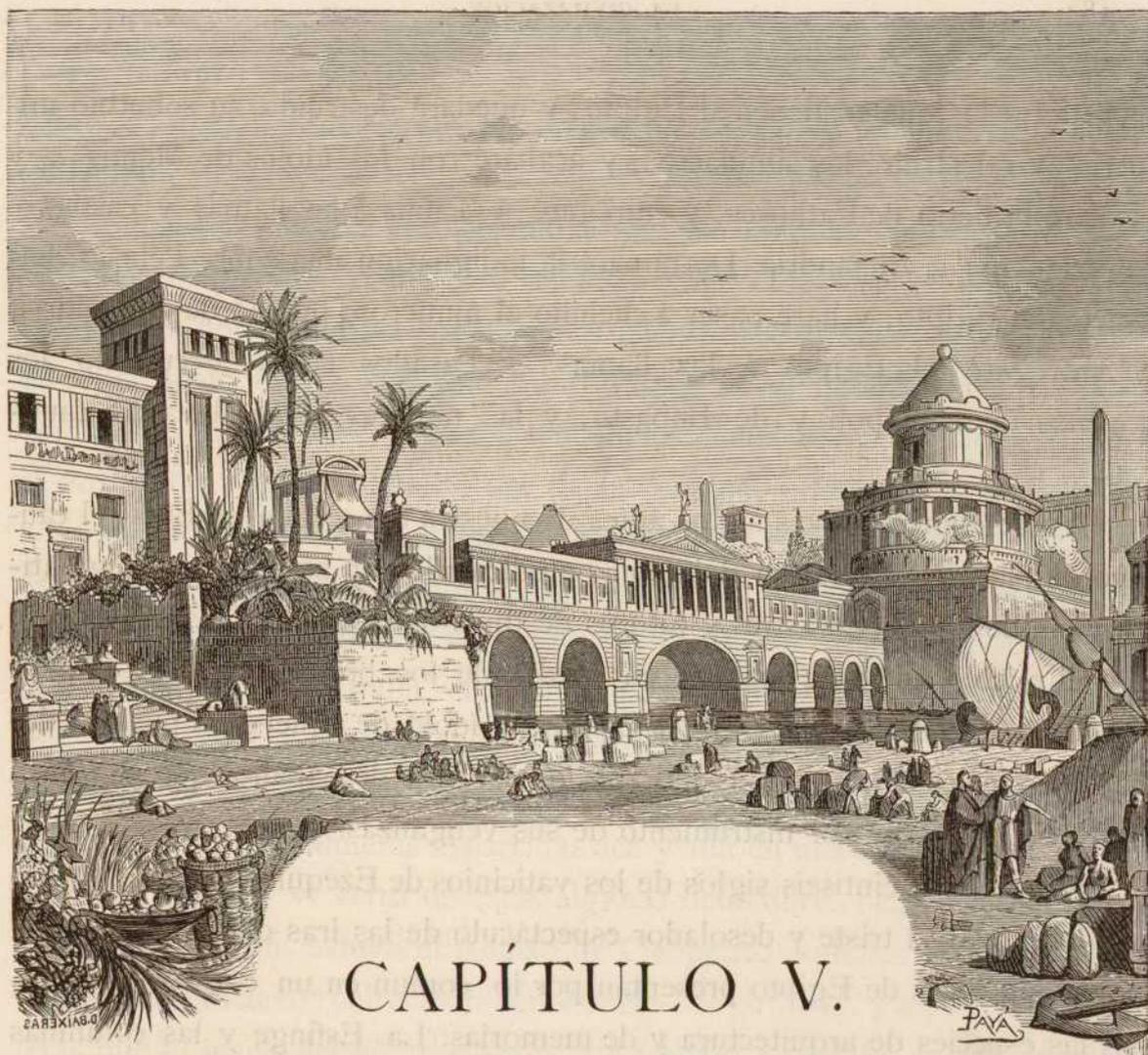
se postra fascinado por la mirada de una mujer egipcia reclinada en un lecho y por la sonrisa de una boca que pone al descubierto dos hileras de perlas desconocidas entre las más bellas matronas romanas.

Inaugúrase una lucha entre Roma y Egipto, con las fiestas tan delicadas como suntuosas que se dieron mutuamente, viéndose obligado el triunviro á arruinar el Asia para igualar la prodigalidad de la reina. Esta presenta verdaderas orgías de púrpura, y geroglíficos, y esfinges, y armaduras y perfumes, y músicas y bailes capaces de cegar al más acostumbrado á las mejores maravillas. Las damas de la reina, resplandecientes de belleza y elegancia, con su peplo de muselina color de rosa con broches de oro, sostenidos por el rico cinturón egipcio, adornadas sus cabezas con el casco en forma de Ibis, todo de oro finísimo y esmalte encarnado, cuya labor tratarán en vano de imitar las generaciones venideras y los más reputados artistas de las naciones más afamadas, con las alas y colas sembradas de brillantes, producen efectos mágicos que subyugan.

Egipto venció siempre á Roma en esta lucha; pero el corazón de Cleopatra suspiraba por las noches azules, propias sólo del hermoso cielo de su país, sembrado de estrellas, en cuya inmensidad parecen perderse los remates de los monumentos especiales de las orillas del Nilo, y no satisfecha con haber vencido al romano, quiere llevárselo cautivo á su reino, y lo consigue. Tres meses pasa Antonio preso entre cadenas de rosas y jazmines tejidas por la hermosa egipcia, y aunque el carácter del feroz triunviro era indomable, los atractivos de Cleopatra le afeminaron de tal manera que ya no fué conocido. La caza, los juegos, las danzas, los festines y toda clase de placeres fueron las habituales ocupaciones de Antonio, mientras estuvo al lado de la reina de Egipto, olvidándose de sus proyectadas expediciones militares. Muchos siglos después de esta hazaña femenil, un poeta de primer orden nos pintará una émula de Cleopatra, reteniendo con sus encantos alejado de sus ejércitos á un gran capitán. El episodio de Armida, jugando con el corazón de Reinaldo, immortalizará á la *Jerusalén libertada*. Para nuestro objeto termina aquí cuanto de Cleopatra pueda interesarnos, sin que deba llamarnos la atención su trágica y sensible muerte. La figura de Cleo-

patra es, para nosotros, un raudal de poesía y una piedra de toque, al mismo tiempo, para medir los grados de civilización de un gran pueblo, digno de toda consideración y estudio por parte de los arqueólogos y filósofos. El interés que inspira el antiguo Egipto queda completamente justificado por verdaderos servicios prestados á la civilización de todos los pueblos, y si nos faltaran datos en que apoyarnos, si no tuviéramos sus monumentos, sino supiéramos que la religión y la filosofía de Grecia proceden del Egipto, si no estuviera demostrado que sus artes produjeron las de todo el mundo occidental, después de perfeccionadas en Atenas y Roma, si no constara la utilidad que del Egipto ha sacado el mundo entero, —no se escandalicen nuestros lectores, —la victoria de Cleopatra sobre Marco Antonio debiera hacernos descubrir respetuosos ante aquel pueblo que produjo una mujer cuya igual no han visto los siglos, y cuya esplendor arruinó todas las riquezas del Asia y Roma reunidas.





CAPÍTULO V.

RUINAS DE EGIPTO.—CIVILIZACION ACTUAL.—COMPARACIONES ENTRE SU CIVILIZACION ANTIGUA Y MODERNA.

Esto dice el Señor Dios: Héme aquí contra tí, ó Faraon, rey de Egipto, dragon grande, que yaces en medio de tus ríos..... Y la tierra de Egipto quedará hecha un desierto y una soledad..... y yo haré que la tierra de Egipto quede hecha un desierto, despues de haberla asolado con la espada desde la torre de Syene hasta los confines de Etiopía. No transitará por ella pié humano, ni la hollará pezuña de jumento..... Y haré que quede yermo el país de Egipto en medio de otros países yermos, y destruídas quedarán sus ciudades en medio de otras ciudades destruídas..... Caerán

por tierra los que sostienen al Egipto, y quedará destruído su soberbio imperio. Yo destruiré los simulacros, y acabaré con los ídolos de Menfis..... y asolaré la tierra de Fathures, y entregaré á Tafnis á las llamas y castigaré severamente á Alejandría. Derramaré la indignacion mía sobre Pelusio, baluarte del Egipto, y haré pasar á cuchillo al numeroso pueblo de Alejandría, y entregaré el Egipto á las llamas..... Pasados serán á cuchillo los jóvenes de Heliópolis y de Bubasto, y las mujeres serán llevadas cautivas..... »

Así se expresaba seis siglos ántes de nuestra era el hijo de Buzi, el cautivo de Nabucodonosor en Babilonia, prediciendo con su lenguaje enigmático y simbólico los desastres y futuros destinos del Egipto.

El pueblo que yace sentado en medio de los brazos del Nilo, el gran dragon, el *cocodrilo*, símbolo del Egipto, el ídolo de aquel gran pueblo, debe desaparecer al soplo de la indignacion del Dios de Sabahot que se valdrá de Nabucodonosor por instrumento de sus venganzas.

Al cabo de veintiseis siglos de los vaticinios de Ezequiel, puede el viajero contemplar el triste y desolador espectáculo de las iras del Señor.

« Las ruínas de Egipto presentan por lo comun en un corto espacio todas las especies de arquitectura y de memorias. La Esfinge y las columnas del antiguo estilo egipcio se elevan al par de la elegante columna corintia; un trozo de orden romano se une á una torre árabe, y un monumento del pueblo pastor se confunde con una construccion romana.

» Las Esfinges, los Anubis, las estatuas rotas y los mutilados obeliscos han rodado hasta el Nilo, y se ocultan en la tierra ó bajo la yerba, y en rededor se extienden campos cubiertos de habas y trébol. Algunas veces en los desbordamientos del río, se asemejan estas ruínas á una gran flota; otras, las nubes, fingiendo vistosas ondas á entrambos lados de las Pirámides, las dividen en dos mitades. El chacal, colocado sobre un pedestal abandonado, extiende su hocico de lobo por detras del busto de Pan con cabeza de carnero: la gacela, el avestruz y el ibis saltan los escombros, y la gallina sultana se mantiene inmoble, como un ave geroglífica de granito ó pórfido. »

Esto escribe el ilustre autor del *Genio del Cristianismo*, en el capítulo IV,

Libro V, hablando del efecto pintoresco de las ruínas, cuando trata de las de Egipto.

« Subsisten todavía en Alejandría algunas reliquias de la grandeza de los monumentos que la hicieron célebre, cuando fué corte de una reina tan memorable por su belleza como por su talento para seducir; y tan espléndida en el boato de sus palacios, como trágica en el desenlace de sus extravíos: he visto obeliscos de una pieza, de los cuales uno solo queda en pié, y el otro caído y medio cubierto por tierra, piedras y escombros de edificios, nos está mostrando que nada es subsistente en la vida de los pueblos, y que estos mueren como los hombres que los forman. Traídos de Menfis á Alejandría cuando aquella dejó de existir, serán transportados á la América, á la Oceanía ó á la Australia, cuando en la costa de África no se miren más que el polvo y las excavaciones hechas por los viajeros buscando las ruínas de la ciudad de Alejandro. Ví también algunas piedras informes sobre una playa solitaria, ví palmeras esparcidas acá y allá en una extensión considerable de terreno, y ví cerca de estas algunas hendiduras hechas en las rocas. « Allí, me dijeron, estuvo el palacio de Cleopatra; aquellas palmas nacieron » donde sus esclavos cultivaban con esmero sus jardines; y aquellas hendiduras que la mano del hombre abrió con trabajo increíble en las rocas del » mar, muestran el sitio de sus baños tan conocidos en la historia. »

Nosotros no hemos visto, como el autor que acabamos de copiar, los restos venerandos del antiguo poderío egipcio; pero, comprendemos perfectamente el sentimiento de secreto atractivo que debieron causarle, porque hemos tenido ocasión de contemplar muchas veces y pisar con nuestras plantas unas ruínas de secreto y misterioso encanto para nosotros; las ruínas de la célebre Ampurias. Sumergidos en profundas y melancólicas meditaciones hemos visto arrastrarse las sabandijas y lagartos por los mosaicos pisados un día por delicada sandalia de elegante matrona, y hemos contemplado restos de suntuosos edificios trocados en abrigo de humilde labrador. Fijos, como la estatua de la soledad, en aquellos eriales, hemos en vano intentado distraer de allí nuestra atención cautivada por las ideas que irresistiblemente se agolpan como evocaciones de lo que fueron los destrozos

que en indecible confusion se presentan á la vista. ¡Cómo late el corazon al impulso de las reflexiones sugeridas por el majestuoso silencio de aquellas soledades!

Fijemos ahora nuestra atencion en el Egipto, y veremos con dolor y honda pena desaparecidos todos los monumentos del imperio de Meroe, debidos á la omnímoda dominacion de los sacerdotes, sin que nos queden de ellos más que algunas imponentes ruínas. Las cercanías de Tebas ofrecen al viajero las ruínas de los monumentos debidos á la opulencia de las dinastías XVII y XVIII. Ni restos quedan apénas en los desiertos egipcios de las inmensas grandezas con tanta prodigalidad sembradas allí por las civilizaciones de los Faraones, de la dominacion romana y de la época cristiana. Ahora, como en remotísimos siglos, sentado el pastor al pié de una palmera, guarda sus rebaños sin que un eco repita los acentos de sus cantares, sin que una voz humana responda á sus sentidas notas, y en las calladas horas de la noche, cuando la luna desde el cielo azul peculiar del Egipto, no proyecta ni una débil sombra en aquellas superficies sin término, jamas un gemido de los céfiros le recordará un sér enamorado que, mirando al astro de la noche, le envíe un pensamiento de su alma dedicado al alivio de su monótona soledad. El Amentes del antiguo Egipto parece haber sido el destino de aquel gran pueblo, como si el árbol de la muerte hubiese extendido sus ramas sobre aquellas regiones, y dándolas sombra las hubiese asfixiado, produciéndoles la muerte ó eterno letargo.

¿Cómo es posible que el país de las dinastías y de los gigantescos monumentos; el país privilegiado por su naturaleza entre todos los del mundo conocido; el país de los misterios religiosos y científicos; el país refugio de Israel y albergue de la familia del carpintero de Nazaret; el país escogido por miles de anacoretas de los primitivos tiempos cristianos, cómo es posible, repetimos, que haya descendido tan bajo en la escala de la civilizacion, que apénas se distingue, en ciertas épocas, de los otros pueblos africanos? En la historia del cristianismo no hay páginas que demuestren más elocuentemente el fervoroso espíritu que animó á los primitivos cristianos, como las que con muda elocuencia pregonan la Tebaida y la Nitria.

Hemos hablado de prácticas religiosas de los sacerdotes de Isis y Apis. Para comparar las distintas civilizaciones, dispénsennos nuestros lectores que nos permitamos copiar aquí una página de un autor contemporáneo de los anacoretas del desierto, donde veremos su retrato hecho de mano maestra.

« Las rocas escarpadas, dice, ó las cavernas profundas son su morada; se encierran en los montes como detras de inaccesibles murallas. La tierra es su mesa, y su comida ordinaria las yerbas que ella misma produce: las aguas que llevan los arroyos, ó las que brotan de las grietas de los peñascos, les sirven de refrigerio. Para ellos son templos todos los lugares del universo, su oracion es continua, y pasan los días enteros en su ejercicio santo. Las alabanzas son los sacrificios que ofrecen al Señor en las concavidades de sus grutas, y ellos mismos son allí el sacerdote y la víctima. Ignoran lo que es ser grande entre los hombres, ni jamas imaginaron abrirse camino para llegar á los primeros puestos del siglo; su bajeza es su gloria, y en su vida humilde trabajan por ser fieles al que siendo rico se hizo pobre por amor nuestro. En la cumbre de los cerros están como refulgentes antorchas que alumbran á los que vienen á buscarles movidos por su piedad sincera; en medio de la soledad es esta su muralla impenetrable para defender la tranquilidad constante de sus almas: como palomas reposan sobre las colinas y como águilas se levantan sobre las cimas de las rocas más altas. Si alguna vez fatigados van á tomar un instante de reposo es sobre la tierra, y para alzarse al momento con nuevo fervor y hacer resonar cual trompetas sonoras los desiertos y los montes, las colinas y los collados con sus cánticos á Dios. Su muerte no es ménos dichosa, ni ménos admirable que su vida; ningun cuidado tienen de hacerse construir tumbas. Crucificados al mundo, la violencia del amor que les une á Jesucristo les ha dado el golpe y abierto la herida mortal; el mismo sitio que eligieron para pasar su vida de penitencia será tambien el de su sepultura. Muchos en medio de su oracion fervorosa cerraron sus ojos como con un sueño dulce, y otros que vivían como unidos con las rocas que los sostenían, pusieron su espíritu voluntariamente en las manos de Dios. Unos haciendo su ejercicio ordinario

murieron en las montañas que les sirven de tumba; y otros conociendo haber llegado para ellos su última hora, murieron recostándose sobre su sepulcro, sin otra compañía que la de una cruz que apretaban sus manos. Todos esperan la voz del Arcángel, que mandará á la tierra entregar los muertos que Dios le confió, y cuando llegue este instante, renacerán como el blanco lirio para resplandecer con inmortal candor. »

Recordando estas ideas y cotejando épocas, compréndese ménos todavía la vicisitud de las civilizaciones de los pueblos. ¡Quién hubiese dicho á los Faraones, quién hubiese dicho á Tebas y Menfis, que en las orillas del Nilo acamparían un día doce mil monjes cristianos salidos de las sinuosidades de las montañas vecinas, para tributar una manifestacion triunfal á un obispo cristiano, expulsado de Alejandría por los cismáticos! ¡Quién hubiese dicho á los fundadores de las dinastías egipcias, fundadores á la vez de los grandiosos templos cuyas soberbias ruínas se burlan aún actualmente de la injuria de los siglos, que en sus emplazamientos se levantarían iglesias dedicadas al Dios de Jacob, de José, de Moisés y de los esclavos hebreos?

Necesitamos precipitar la narracion, porque nos llaman otros puntos muy importantes, y sentimos la imposibilidad de abarcar en el reducido espacio de que podemos disponer todo cuanto se nos ofrece de la comparacion de las civilizaciones egipcias. Séanos empero dispensado que dediquemos algunas líneas á la ilustre fama de Alejandría.

El Serapeion, el Dicasterion, el Possidium y otros muchos templos; el Faro, el Canal de Canope, la Columna de Pompeyo y las agujas de Cleopatra bastarían por sí solos para dar inmortal fama á la ciudad fundada por Alejandro el Grande, si no se la dieran por otra parte su gran biblioteca y su escuela. Prescindiremos de todas esas grandiosidades para fijarnos en la Escuela, cuyo somero exámen nos pondrá al corriente de la civilizacion egipcia de aquella época en sus manifestaciones científica y literaria.

Cuando Tolomeo Soter fundó la biblioteca de Alejandría, fundó al mismo tiempo el Museo de dicha ciudad, para que en él vivieran en comun los sabios y poetas, con lo que recibieron poderoso impulso las ciencias y las letras. Varias veces hemos dicho que del Egipto habían pasado las ciencias

á la Grecia; pero ahora la importancia comercial de Alejandría atrajo á su seno, quitándolo de Atenas, todo el movimiento intelectual. Grecia, agradecida, devolvía á Egipto decaído las ciencias que le facilitó un día. Euclides, Apolonio de Pérgamo, Nicomaco, Eratóstenes, Aristarco, Erasistrato y otros, llevaron á muy alto grado de esplendor la geometría, aritmética, astronomía y anatomía; miéntras que Teócrito, Apolonio, Calimaco y muchísimos otros cultivaban la poesía, al propio tiempo que Aristarco de Samotracia, Zenodoto de Efeso, Dionisio de Tracia, Apolonio y Zoilo sobresalían en filología, historia literaria y gramática.

En dos sentidos se acostumbra tomar la Escuela de Alejandría, aunque son muy distintos entre sí. Significa en un sentido la reunion de sabios que la proteccion de los Tolomeos sostenía en Alejandría; y se aplica otras veces á la sucesion de filósofos que por espacio de tres siglos se propusieron unir en una sola las dos filosofías, oriental y griega. La distinta procedencia de los sabios reunidos en Alejandría explica por sí sola la tendencia ecléctica que se notó en su Escuela, y que tan funestos efectos produjo en el campo de la ciencia. La idea principal, el fin propuesto, el objetivo, que se diría en otro lenguaje, podrían ser quizas plausibles y hasta nobles y generosos; pero las pasiones humanas, que todo lo malean, desbaratarían los más santos propósitos. Ensayar una conciliacion y fusion de todos los sistemas fisiológicos y de todas las tradiciones religiosas, ensayo llamado eclecticismo, y el misticismo, fruto del contacto con los pueblos orientales: hé aquí los dos principales caracteres que distinguieron á la Escuela de Alejandría. La lucha de las distintas doctrinas traídas á Alejandría por los filósofos procedentes de diversas escuelas, debió producir el eclecticismo, aunque en rigor de verdad no principió la Escuela hasta el segundo siglo de la era cristiana. La Escuela de Alejandría luchó tenazmente contra el cristianismo. Santa Paulina convirtió á uno de sus principales doctores, Clemente, continuado equivocadamente por muchos autores en la lista de los santos venerados por la Iglesia católica, Clemente, como todos los alejandrinos, unió cuanto pudo la filosofía platónica á la religion, considerando á la filosofía como preparacion á la religion cristiana, así en el terreno de la lógica como en el de la

historia. La escuela de Alejandría, lejos de ser, como suponen algunos con intencion no muy sana, cuna y fuente de todo saber, fué un verdadero centro de errores y aberraciones, una revuelta amalgama de todas las creencias conocidas. ¡Quién sabe si la tradicion llegada hasta nosotros de la disputa pública sostenida por Catalina de Alejandría contra los retóricos y filósofos más afamados de aquella escuela, no es un símbolo poético pero aplicado contra los errores de todo género sostenidos por aquellos sabios!

De todos modos, el neoplatonismo de la escuela de Alejandría es un verdadero caos, más tenebroso que el que envuelve los albores de la civilizacion egipcia. La filosofía de Plotino se sobra por sí sola para desacreditar por completo toda aquella escuela, áun abarcando los seis siglos que tuvo aproximadamente de duracion.

Antes de dar el postrer despido al simpático país de Egipto, debemos cuatro palabras á nuestros lectores acerca de su civilizacion cristiana, propiamente dicha.

El evangelista san Márcos fué el fundador de la iglesia de Alejandría, por cuya razon y por ser dicha ciudad la capital entónces del Egipto, ejerció la primacía sobre las demas iglesias. Desde principios del siglo v acostumbróse dar el título de Patriarca al metropolitano de Alejandría, y en el año 451 se le dió oficialmente en el cuarto concilio ecuménico.

En Alejandría se celebraron varios concilios, siendo el más notable de todos el reunido en 633 á instancias del patriarca Ciro. La iglesia de Alejandría, como todas las orientales, generalmente hablando, lleva en su frente el estigma de la reprobacion. Fué cuna de los cismas y herejías, y el monofisismo no ha perdido aún el terreno que ganó en sus primeros tiempos en el Patriarcado de Alejandría. Sus vicios, su degradacion y su ignorancia la han hecho decaer por completo.

Alejandría, como todas las ciudades de Egipto, decayó enteramente en la Edad media, pero de algun tiempo acá se ha realzado mucho. La civilizacion europea pudo introducirse en aquellos centros y han cambiado enteramente de aspecto. Actualmente ofrece Alejandría la particularidad de representar á la vez dos épocas y dos civilizaciones: la antigua y la moderna. Os-

tenta ricos jardines y bosques de palmeras, que recuerdan las épocas de sus Faraones, magníficos palacios y respetables fortificaciones. En un concepto representa el carácter oriental, en otro el occidental. Por una parte conserva todavía el aspecto de la ciudad de Alejandro y Cleopatra, por otra parte se la tomaría por una ciudad europea. Palacios y chozas, lujo y miseria, civilización y barbarie, ilustración é ignorancia, coches elegantes y reatas de camellos, todo se presenta en confusa mezcla. Minaretes de mezquitas, agujas rematando con la cruz cristiana, calles lujosas y rebosando animación y bulli-cio, barrios sucios y hediondos albergue de mendigos y seres repugnantes confundidos entre sepulcros y ruínas, hé aquí el aspecto de Alejandría; hé aquí dos civilizaciones que pugnan. ¿Cuál de las dos vencerá?

En Egipto presenta el cisma la misma decadencia que se nota en el Islamismo, y, como ya lo hemos dicho no há mucho, reconoce por causas esa decadencia los vicios y la ignorancia del clero. Pocas naciones del globo podrán presentar tantas alternativas, revoluciones y cambios como el Egipto, durante los muchos siglos de su conocida historia. Al pié de las Pirámides desfilaron despues de todas las dinastías, Tolomeo, los romanos, los emperadores de Oriente, los bizantinos, los árabes y los otomanos. Dadas las actuales condiciones de ese país, abierto el canal de Suez, blanco de las ambiciones europeas, ¿á quién estará sujeto dentro de un término cercano?....

Para el espectador atento ofrece el Egipto actual una odiosa mezcla de civilización y barbarie, sostenida en gran parte por la escasez de su población, máxime estando sujeta á infinidad de vicios, consecuencia necesaria de su ignorancia, hija de las máximas imbuídas por el Islamismo. El contraste de civilización y barbarie se descubre á simple vista. En el Cairo, por ejemplo, capital del Egipto, se presentan mujeres ataviadas con velos blancos, que arrastran por el suelo, montadas en caballerías ricamente enjaezadas, llevando en pos de sí esclavos que revelan la categoría á que pertenecen sus señoras, mediante un baston de plata que llevan en su mano; negros opulentos procedentes de la Nubia, vestidos con lujo deslumbrador y acompañados de esclavos; coches pertenecientes á distinguidas familias, caballos con monturas de seda recamadas de oro y plata; mendigos completamente des-

nudos sin un sitio donde albergarse, triste imágen de la miseria más horrible; cuerdas de esclavos que llegados de la Nubia son llevados en dobles hileras al mercado; derviches antipáticos á todo el mundo, verdaderos explotadores de la ignorancia..... ¿Puede llamarse civilizacion aquel lujo frente á esta pobreza, aquel esplendor frente al hambre, y aquel aparato de cultura ante esta funesta y terrible realidad de positiva barbarie?

Y no está aquí todo. Pesa sobre el Egipto una plaga social, odiosa para toda persona de nobles sentimientos. Nos referimos á la trata de esclavos. La Nubia y Abisinia ofrecen crecido y horrible contingente á la esclavitud. El camino que de estos puntos conduce al Cairo está sembrado de huesos blanqueados por el continuado roce de la arena del desierto. Los ecos solitarios de aquellas sábanas inmensas murmuran las maldiciones lanzadas por miles de víctimas del calor de los arenales que mueren revolcándose sin un consuelo humano, sin poderse abrigar en sus postreros y rabiosos momentos á la sombra de los bosques que les vieron nacer ú oyendo los gemidos lastimeros de los seres queridos que velaron su cuna colgada de una palmera.

La Europa, que lleva la delantera en el camino de la civilizacion, no debiera tolerar por ningun concepto ese comercio inmoral y bárbaro, deshonra de la humanidad, que se efectúa en los bazares públicos de las principales ciudades de Egipto, como si se tratara de mercancías de lícito comercio. El grito de dolor arrancado del corazon de tantos infelices al verse arrebatados del suelo de su patria debiera resonar en los pueblos llamados cultos de Europa, y moviéndose á piedad, debieran imponerse al fanatismo musulman, é impedirle esa trata inhumana y cruel. No deja el hombre de ser un miembro de la gran familia humana porque sea nubio, abisinio, etc., etc., y la redencion de la humanidad por el mártir del Gólgota debe alcanzar al africano como al europeo. La degradacion de un individuo humano agobiado por la adversidad y afrentosa esclavitud es un crimen social que las naciones están obligadas á evitar y reprimir.

El Catolicismo en sus buenos tiempos atendió al remedio de ese mal social; las vicisitudes de las edades han modificado, por no expresarnos de otro modo, las condiciones vitales de las congregaciones que á ello se dedi-

caban. Afortunadamente, al impulso de ideas generosas, se han reanudado las hermosas tradiciones católicas relativas á la lucha contra la esclavitud, y los mártires voluntarios que surcaban el mar desde los puertos españoles á las costas africanas para la redencion de los cautivos, van actualmente al Egipto, internándose hasta la Nubia, para arrancar hermanos suyos de la esclavitud de otros hermanos. ¿Brillará para el Egipto como en la época de sus reyes el sol de la civilizacion, y ocupará entre las naciones cultas el puesto que no debiera haber perdido nunca?.....

El autor de las *Ruinas de Palmira*, formando coro, sin sospecharlo quizá, con lo vaticinado por los profetas de Israel, pudo decir hablando de Mesraim: «El Egipto ha cesado de pertenecer á sus propietarios naturales, ha visto sus fértiles campos convertidos sucesivamente en la presa de los persas, de los macedonios, de los romanos, de los griegos, de los árabes, de los georgianos, y finalmente de la raza de tártaros conocidos con el nombre de turcos otomanos. El sistema de opresion es metódico, todo cuanto el viajero ve ú oye, le recuerda que está en una tierra de esclavitud y tiranía. No hay en Egipto ni clase media, ni nobleza, ni clero, ni comerciantes, ni propietarios!»

Vamos á despedirnos definitivamente del bello suelo egipcio haciendo un brevísimo sumario de lo dicho, compendiando sus rasgos históricos más salientes.

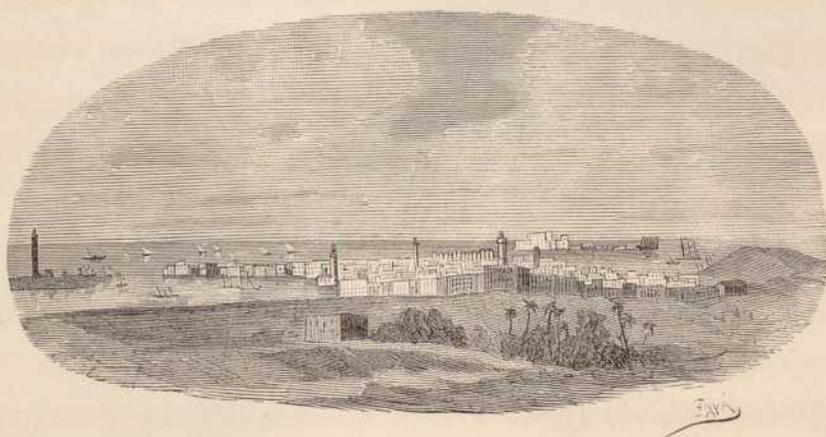
Prescindiendo de las leyendas, podemos decir que florecía el Egipto mucho tiempo ántes de Abraham, bajo el gobierno de los Faraones, cuyo nombre, segun Bochart, significaba cocodrilo entre los egipcios. Menes, uno de los Faraones, se supone nieto de Noé. De 1700 á 1500 ántes de Jesucristo, los reyes pastores procedentes de la Arabia dominaron el Egipto. Tutmosis los arrojó de él. Apareció Sesostris, reemplazado despues por su hijo Feron. Dícese que Proteo fué contemporáneo de la guerra de Troya. Cheops y Cefren construyeron las Pirámides. En 714 fué repartido el Egipto en doce partes. Psametico lo reunió otra vez en 650, aliándose íntimamente con los griegos. En 610 intentó Neco abrir un canal entre el Nilo y el golfo arábigo; y los fenicios dieron la vuelta al África por el mar.

En 604 fueron vencidos los egipcios por Nabucodonosor. En 525 quedó Psammenito vencido por Cambises, rey de los Persas, cerca de Menfis. Entonces quedó reducido el Egipto á provincia persa.

El gobierno del antiguo Egipto fué teocrático. Los sacerdotes reinaban en nombre de los dioses. Los mismos reyes estuvieron casi siempre sujetos al poder de los sacerdotes. Manteníase este poder á favor de la influencia ó distincion de las castas ó clases. Las profesiones eran hereditarias. Se ha ensalzado mucho la legislacion de los egipcios; pero favorecía demasiado al despotismo. Su religion es una verdadera mitología. Los sacerdotes egipcios poseían extensos conocimientos, no tantos empero como se ha supuesto. La escritura egipcia era geroglífica: representaba las ideas por medio de imágenes de objetos materiales. El Egipto estuvo en casi continúa revolucion durante la dominacion de los persas. Como Persia, fué conquistado por Alejandro, quedando dueño del país Tolomeo, hijo de Lago, otro de los generales de Alejandro. Durante su reinado llegó á ser el Egipto uno de los pueblos más civilizados y prósperos del globo. De entonces data la fundacion de la biblioteca y del museo de Alejandría, y el desarrollo de su vastísimo comercio. Débese al mismo la construccion del faro de Alejandría, una de las maravillas del mundo. Tolomeo II construyó un canal entre el Nilo y el Mar Rojo; protegió mucho á las ciencias y pactó una alianza con Roma. Tolomeo III conquistó mucho en Asia y África. Tolomeo IV fué indigno sucesor de los precedentes. Tolomeo V subió al trono á los cinco años de edad, y á ruegos de los egipcios, se encargaron los romanos de su tutela. Bajo el reinado de Tolomeo VI tomaron los romanos al Egipto bajo su proteccion. Desde entonces fueron continuos los desórdenes, que dieron motivo á los romanos para inmiscuirse en los gobiernos de aquel país. Tolomeo VIII sólo pudo sostenerse en su trono, por su despotismo, con el apoyo de los romanos y valiéndose de tropas auxiliares. Legó la Cirenaica á su hijo natural, Apion, y éste la legó á los romanos el año 96. Despues de grandes discordias intestinas reinó Tolomeo de 81 á 80. Tolomeo Auletes debió abandonar á su hermano Tolomeo la isla de Chipre, de que se apoderaron los romanos el año 57. Cleopatra, de 17 años de edad, gobernó

primero en union de su hermano mayor, Tolomeo Denis, que la destituyó; pero que murió en una guerra contra ella y César, y despues con Tolomeo el jóven, á quien envenenó. Ella se unió entónces con Antonio, fué vencida por él con Octavio, y se dió la muerte, haciéndose picar por un áspid. En Cleopatra terminó, despues de 294 años de duracion, el reinado de los Lágidas; el Egipto quedó desde entónces reducido á provincia romana, y fué gobernado por un prefecto enviado de Roma. La batalla de Actium, tan funesta para el Egipto, inaugura una nueva era, llamada por los egipcios era acciaca.

Hagamos aquí alto para no incurrir en repeticiones, y mostrándonos agradecidos á la antigua civilizacion egipcia, saludemos respetuosos esa tierra digna de veneracion, haciendo votos para que renazca á la vida social de los pueblos cultos, y sea digna de los grandes destinos á que la llaman su situacion geográfica y sus imperecederos recuerdos.





CAPITULO VI.

NOCIONES HISTÓRICAS DE ASIRIA.—MONARQUÍA ASIRIA.



ESTÁ probado ya actualmente que todos los pueblos del mundo traen su origen del Asia occidental. Los árabes, egipcios, libios y etíopes por el occidente; los indios, escitas, tártaros y mongoles,

por el oriente; los fineses, celtas, pelasgos y germanos, por el norte respectivamente, proceden todos del punto conocido ahora por Mesopotamia. Pero, si no es posible ya la duda tratándose del origen de los diversos pueblos más antiguos del mundo, no es empresa fácil explicar los comienzos de algunas naciones, ya por la falta de datos á ellas relativos, ya por la confusión que se observa en la mayor parte de los que se poseen.

Una de las naciones antiguas cuyo estudio ofrece más dificultades, por la oscuridad en que se nos presenta envuelta, es sin disputa la Asiria, cuya historia, no obstante los datos de Beroso, habría desaparecido enteramente entre las fabulosas leyendas de los tiempos antiguos, si no poseyéramos la narración mosáica, corroborada de muy poco tiempo acá por importantísimos descubrimientos y estudios asiriólogos.

La historia de Asiria, que se confunde en sus comienzos y vicisitudes con la de otros varios pueblos como los sirios, persas, medos, etc., queda como asimilada con la de la Caldea, hasta el punto de ser casi imposible, por lo árdua, la empresa de estudiarlas separadamente.

Sin embargo, de muchas investigaciones, recientes sí, pero concluyentes, puede inferirse que la nación asiria fué posterior en tiempo á la caldea, y así lo corroboran todos los monumentos descubiertos hasta ahora en aquellas comarcas. «Mientras que Babilonia y Caldea, dice Lenormant, pueden rivalizar en antigüedad con Egipto, y muestran desde más de dos mil años ántes de Cristo un Imperio poderoso y llegado al colmo de la civilización, el cual extendía su dominio hasta la Siria y el valle del Nilo; la Asiria, al contrario, comparada con ellas, se presenta más jóven y moderna como Estado y nación (1).»

Dados estos antecedentes debe suponerse, y así fué en efecto, que los asirios debían ser una imágen de la civilización caldea, y que debían, además, presentar muchos puntos de semejanza con ellos. Esto, agregado á las alternativas de dominación del imperio caldeo contra el asirio y vice-versa, aumenta extraordinariamente la confusión que presenta el estudio de la historia del pueblo asirio.

(1) LENORMANT. *Las primeras Civilizaciones*. Tomo II, pág. 212.

Cuando la monarquía asiria estaba en el colmo de su grandeza, se componía de todas las provincias próximamente de que se compuso despues la persa, á saber: la Asiria, la Persia y la Media, la mayor parte del Asia menor, la Siria, Palestina y Egipto. Extendíase pues desde el río Indo al Mediterráneo, y desde los montes Cáucaso é Imao al golfo pérsico y arábigo. Segun el testimonio de Beroso, Abideno y Estrabon, citados por Bossuet en su *Discurso sobre la Historia universal*, extendió Nabucodonosor su imperio hasta el estrecho de Gibraltar.

Han contribuído á enredar la historia antigua los escritores modernos que separan la Media y la Persia del imperio asirio, cuando realmente formaron parte del mismo. En la época del primer Nabucodonosor los persas y medos formaban parte del ejército capitaneado por Holofernes, y así lo menciona Judit cantando: « Estremeciéronse los persas de su firmeza, y los medos de su osadía. Entónces resonó en alaridos el campamento de los asirios (1). » Además, despues de la ruína de Samaria, los reyes asirios dispersaron á los israelitas por las ciudades de la Media. Finalmente, poco ántes de la caída de la monarquía asiria, siendo Daniel primer ministro de Nabucodonosor el grande, vivía frecuentemente en Susa, capital de Persia, y tenía magnífico palacio en Ecbatana, capital de la Media, segun consta del versículo 2, cap. VIII de sus profecías. Prueba concluyentemente esto que los persas y medos pertenecieron siempre á la monarquía asiria desde sus comienzos hasta su fin.

Es positivo que los asirios hablaban la misma lengua que los caldeos, que tenían igual escritura, y que toda la literatura de la opulenta Nínive no era más ni ménos que una fiel imágen de la babilónica. Asirios y caldeos tuvieron por espacio de muchos siglos una misma vida política, y si alguna duda cupiera acerca de este particular, nos la desvanecería completamente la relacion mosaica, acorde, como ya lo hemos dicho, con los datos que se van adquiriendo todos los días por medio de los importantísimos descubrimientos arqueológicos que afortunadamente se hacen de algun tiempo acá.

(1) *Judit*. Cap. 16. V.V. 12—13.

Pocos, muy pocos años há, se habría calificado de quimérica la empresa de quien hubiese intentado dar una idea, ni confusa siquiera, de la vida asiria; hoy sabemos que el pueblo asirio tomó de Babilonia toda su civilizacion, las ciencias, la religion, las leyes, las costumbres y hasta su lujo refinado, con todo su cortejo de voluptuosidad y molicie. Los asirios adoraron los ídolos caldeos, practicaron los mismos cultos, siguieron los mismos ritos y estuvieron sujetos á iguales supersticiones, ejercieron las mismas artes, profesaron las mismas doctrinas y veneraron las mismas instituciones.

Lenormant nos dice que los asirios no sólomente se llevaron consigo en su emigracion al norte los gérmenes de aquella doble cultura, intelectual y material, que vemos desenvolverse entre ellos más adelante y más lentamente, pero con iguales formas que en la Caldea; sino que siguieron recibiendo despues perennemente sus influencias, considerando siempre á los babilonios por maestros suyos, y modelándose en todo segun su tipo; de manera que los dos pueblos, si bien diversos, llegaron en breve á componer una sola nacion, de índole mixta, la nacion asirocaldea, áun ántes de que conquistando los reyes caldeos con las armas la Asiria, formaran de los dos Estados un solo reino asirocaldeo (1).

Estos dos Estados, asirio y caldeo, continúan por algun tiempo conservando el aspecto de Estados distintos é independientes uno de otro; pero muy pronto desaparece la línea de su separacion, y se invaden y se sujetan alternativa y mútuamente, y caen á veces ambos bajo extranjera dominacion y la sacuden tambien los dos, y forman despues por espacio de más de quince siglos un solo Imperio cuya capital es ya Babilonia ya Nínive, por cuya razon toma unas veces el nombre de Imperio asirio, de caldeo otras veces, siendo empero siempre el mismo aunque con distinta denominacion. Nínive y Babilonia no cesaron jamas en sus rivalidades: más moderna Nínive, pero más belicosa, dominó por más tiempo; más antigua Babilonia, llevó siempre la primacía en la civilizacion y en las deferencias debidas á la jerarquía. Como fué la primera en ser la residencia del Imperio, fué tambien la última, y un

(1) LENORMANT. *Manual de historia antigua del Oriente*. Tomo II, pág. 20.

siglo despues de estar envuelta Nínive entre ruínas, sobrevivía aún Babilonia, desplegando mayor esplendor en civilizacion y lujo del que había ostentado en sus mejores días de rivalidad y pujanza.

Antes, empero, de entrar de lleno en explicaciones esenciales de la monarquía asiria y de las diversas manifestaciones de la civilizacion de aquel gran pueblo, no holgarán aquí algunos ligeros apuntes acerca de la historia fabulosa del mismo y unas breves noticias de los escritores á quienes la debemos, terminándolos con una somera reseña de la verdadera historia, que ampliaremos despues con todos los datos modernos adquiridos por la paciente investigacion y sana crítica de los sabios arqueólogos de este siglo.

Era costumbre entre los asirios anotar diligentemente todo cuanto pertenecía al Estado, al rey y á los pueblos subyugados. Estas memorias ó crónicas se guardaban depositadas en el palacio real, y cuando los persas se apoderaron del imperio de los asirios, conservábanse con el mayor cuidado en Ecbatana y Babilonia; pero cuando estas ciudades cayeron en poder de los griegos, se perdió irreparablemente tan precioso tesoro de la antigüedad.

Y aquí ocurre notar, ateniéndonos á lo dicho por Bossuet en su ya citado *Discurso sobre la historia universal*, que al querer los griegos escribir la historia de los asirios y de los demas pueblos del Asia, debieran haberse atendido á los anales que allí se habían formado por autores contemporáneos; pero ni uno siquiera pensó en ellos. Ni Ctesias, que residió algun tiempo en la corte de Persia; ni Herodoto, quien, segun su propio testimonio, estuvo en aquellos países; ni los filósofos que estuvieron con Alejandro en Babilonia y Ecbatana. Dominábales á todos la preocupacion comun á los griegos, quienes, creyéndose los más sabios de todo el mundo, despreciaban á todos los demas pueblos, llamando bárbaros á sus hombres y reputando por inútiles sus escritos. Así es que preferían escribir novelas ó leyendas fabulosas segun su antojo, ántes que consultar á unos autores cuya lengua, por otra parte, ni conocían siquiera. No debe, pues, maravillarnos que no citen ni uno solo de los historiadores del país, y que no concuerden ni entre sí, ni con las narraciones bíblicas. Esta desdeñosa soberbia de los griegos fué

causa de que perecieran los anales de Asiria y Persia, dejándonos en angustiosa oscuridad.

No obstante, la historia asiria tiene una fuente, casi única, que ha podido consultarse para escribirla y aclararla en muchísimos puntos dudosos y oscuros. Los libros bíblicos llamados de los reyes, los dos de los paralipómenos, el de Judit, el de Tobías, los de los profetas, pero especialmente el de Daniel, han suministrado abundantes y seguros datos, que los descubrimientos modernos corroboran y justifican de cada vez más. Y la razón de esto es muy óbvia, puesto que por efecto de las continuas guerras entre los israelitas y los asirios limítrofes, abrazan naturalmente los fastos de los israelitas los pertenecientes á los segundos. Redactáronse, además, en aquella misma época, y Daniel, que habla de Nabucodonosor y de sus sucesores hasta los comienzos de Ciro, era, como ya lo hemos dicho en otra parte, primer ministro del mismo Nabucodonosor, y vivía en su propio palacio real.

Beroso, natural de Babilonia, escribió la historia de los caldeos y de los babilonios, continuándola también con la de los medos. Habíala dividido en tres libros, que abarcaban, según testimonio de Plinio, cuatrocientos ochenta años, y la había dedicado á Antíoco. Actualmente está perdida. El historiador Josefo trae algunos fragmentos de ella, por los cuales se descubre que Beroso, en las narraciones más importantes, estaba completamente de acuerdo con la narración bíblica.

Ctesias, médico del ejército de Ciro, fué el primero de entre los griegos que publicó los fastos de la monarquía asiria varios años después de la caída de aquel imperio y 1500 después de los hechos que narró. Aristóteles, contemporáneo suyo, habla de él en el Libro VIII, capítulo 28, de la *Historia de los animales*, calificándole de escritor sospechoso y que no merece ninguna fe. Otro autor, Antígono de Caristo, lo tiene por un escritor descaradamente mentiroso. Según Plutarco, su obra no es más que un tejido de fábulas insulsas. De igual manera opina acerca de Ctesias Diodoro Sículo, que se sirvió de él para recopilar la historia de los asirios. Si los griegos entremezclaron tantas fábulas en los fastos de su propio país pertenecientes á los

tiempos anteriores á la primera Olimpiada que se remonta s3lamente á 776 años ántes de la venida de Jesucristo, no debe asombrarnos que entretejieran con semejantes cuentos las memorias mucho más remotas de los países extranjeros, cuyas lenguas ignoraban tambien. Estas y otras observaciones por el estilo que podrían hacerse, son motivos más que suficientes para incluir la historia de Ctesias en el número de las novelas, sin crédito ninguno en materias históricas.

Veamos ahora la historia fabulosa de la monarquía asiria contada por Ctesias segun se halla en Diodoro Sículo.

Por deseo de mayor dominio entró Nino en alianza con el rey de los árabes ensanchando con su ayuda el imperio desde el Egipto hasta las cercanías de Battro, y sujetando á su poder las provincias del Asia menor hasta la misma Troade. Despues de tan feliz éxito levantó en el sitio más ameno en las orillas del Eufrates una ciudad muy soberbia que hizo llamar Nínive por su propio nombre. Resolviendo luégo llevar más allá sus conquistas, alistó nada ménos que dos millones de hombres, sitía la metrópoli de los batrianos, la estrecha con largo y fuerte sitio, pero sin provecho alguno, cuando Semíramis, esposa de un capitan, llamado Menona, advirtió que el fuerte (el macho) de la defensa era una peña que dominaba la ciudad, y, en su consecuencia, se comprometió ella á realizar la empresa, con tal que se le conceda escoger entre los soldados algunos hábiles para trepar la peña. Efectivamente, llegados, aunque con mucha dificultad, á la cima de aquella cuesta, apoderóse con esto solo la valiente mujer de toda la plaza, lo que maravilló y complugo tanto al monarca, que á toda costa la quiso por esposa suya, habiendo ántes inducido al marido con perversas intrigas á que se ahorcara. De este matrimonio nació Ninia.

Continuemos la leyenda, y veamos lo que nos dice de Semíramis.

Derceto, divinidad asiria adorada en Ascalon, bajo la figura de una jóven con cuerpo y la cola de pez, madre de Semíramis la abandonó en medio de rocas desiertas luégo despues de haberla dado á luz. Las palomas campestres, que anidaban en ellas, así que vieron á la niña la rodearon y fueron á darle calor con sus alas, alimentándola con leche primeramente y despues con queso que robaban á los pastores. Así que estos lo notaron, siguieron

á las ladronzuelas, y, encontrada la pequeñita, lleváronla á su amo, que emprendió su educacion, y la dió despues por esposa á Menona con el resultado que ya saben nuestros lectores.

Habiendo Semíramis sucedido á Nino, difunto, se propuso excederle en gloria fabricando la ciudad de Babilonia pero haciéndola muy superior á Nínive, á cuyo objeto destinó más de dos millones de operarios. Con semejante ostentacion de poderío recorría los países sujetos á su dominio. Era para ella un recreo allanar repentinamente las montañas, y llenar de colinas las llanuras para sembrarlas de bosques y jardines, segun se le antojaba, así como esculpir en las peñas vivas figuras de magnitud muy extraordinaria, representándola cercada de todas partes por miles de guarniciones formadas con el escoplo ó cincel en la misma peña.

Intentando Semíramis la sujecion de las Indias, reunió con grande profusion de oro un ejército de tres millones de hombres, sin contar la caballería y los carros de combate. Previendo luégo que el número de los elefantes era escaso comparado con el del rey indio, mandó al instante desollar trescientos mil bueyes negros y cubrir con las pieles los camellos de manera que parecieran elefantes. Con tan formidable aparato de guerra llegó Semíramis al río Indo que vadeó con naves traídas para el caso desde Battro. En el primer encuentro, no pudiendo soportar los caballos indios el hedor de las pieles de buey retrocedían y derribaban á los ginetes; pero, descubierto el engaño, mandó el rey dar el asalto por verdaderos elefantes, y con esto solo quedaron desbaratadas y derrotadas las huestes enemigas. La misma reina, miéntras buscaba su salvacion, quedó herida en las espaldas por el rey de los Indios, y debió la vida á la velocidad de su corcel. Vuelta de esta expedicion murió á manos de su hijo, segun escriben algunos historiadores, y, segun Ctesias, quedó transformada en paloma y se escondió á las miradas humanas despues de un reinado de cuarenta y dos años.

Ya que hemos dado un brevísimo resúmen de la historia fabulosa de la monarquía asiria, bueno será que ántes de completar la narracion con otro breve resúmen de la verdadera, expongamos unas cuantas ligerísimas observaciones que nos sugiere lo que dejamos apuntado.

No hay la menor sombra de verdad en que en la época de Nino comprendiese el reino de los asirios la Palestina y el Asia menor; porque en cuanto á la primera no les perteneció ántes de Nabucodonosor, pues los cananeos que la poseían no fueron sometidos sino por los israelitas, y estos ni cuando los Jueces, ni cuando los primeros Reyes tuvieron que habérselas con los asirios; y aunque en las épocas de David y Salomon dominaron desde el Egipto al Eufrates, jamas se les opuso ningun asirio. En cuanto al Asia menor si los asirios la hubiesen tenido sojuzgada, habríalo debido cantar Homero, incluyendo al rey de Asiria entre los más poderosos monarcas del sitio de Troya, y, sin embargo, no nos da el menor indicio de ello no obstante la asercion de Ctesias de que la Troade formaba parte de aquel reino jamas desmembrado ántes de Sardanápalo.

No estuvo edificadâ Nínive sobre el Eufrates sino á orillas del Tigris, ni fué su fundador Nino sino Asur, hijo de Sem.

Las expediciones de Nino con dos millones de hombres y de Semíramis con tres millones son más fáciles de narrar que de llevar á cabo. Y no se atribuya á error de copia, como lo suponen algunos autores modernos, pues consta el guarismo exacto en Diodoro Sículo.

¿Qué concepto puede merecer como no sea de grosera fábula todo lo referente á la educacion de Semíramis, las maravillas de su viaje, la metamórfosis de los camellos y demas cuentos de Ctesias?

Sin perjuicio de dar cuenta á nuestros lectores del estado actual de los descubrimientos que aclaran la historia asiria, veamos ahora rápidamente algunos datos á ella referentes conformes con la narracion bíblica.

Assur, con una colonia cuyo jefe era, partió del Sennaar y se estableció en el país que se llamó Asiria, derivacion de su propio nombre, é hizo edificar al oriente del Tigris la ciudad de Nínive, ensanchada de tal manera, andando el tiempo, que, segun se lee en el libro de Jonás, tenía tres días de circuito. Esto y la depravacion de costumbres en Nínive es lo que sabemos de esta ciudad, desde su fundacion hasta Nabucodonosor primero, esto es: por espacio de mil doscientos años, ateniéndonos al texto bíblico.

Á este rey se debe la institucion de la monarquía asiria, aunque hubo

antes de él varios reyes en Nínive, así como en las otras ciudades de más nombradía, pero su dominio no salía de aquellos confines. Ocupada la Asiria y unidos á ella los reinos limítrofes, erigióse Nabucodonosor en monarca suyo. El reinado de éste se hizo memorable por dos hechos, á saber: la sujecion de los medos y la derrota de su ejército delante de Betulia.

Arfaxad, ó, segun dice Herodoto, Fraorte, segundo rey de los medos, había conquistado con sus fuerzas la Persia y Armenia, por lo que se atrevió á retar á Nabucodonosor en las llanuras de Ragan entre el Tigris y el Eufrates, donde pereció con su gente, pasando con esto la Media y la Persia al poder de los asirios.

Orgullosa Nabucodonosor por aquella victoria, protestó en pleno consejo que deseaba sujetar todo el mundo, y estimulado por los aplausos de sus cortesanos, perdicion eterna de todos los reyes, mandó á Holofernes, su generalísimo, que redujese á su poder á todas las naciones desde allí al Egipto. Puesto este general al frente de 120,000 hombres de caballería, invadió y sujetó la Cilicia. Vadeó el Eufrates, se posesionó de Mesopotamia, y penetrando en los países de Aram, llamados Siria despues de la invasion de los asirios, hizo estragos en los habitantes, pegó fuego á los sembrados, destruyó los bosques consagrados á los dioses, derribó los templos y redujo á cenizas las ciudades. Poseídos todos de espanto, entregándose á discrecion los pueblos con sus jefes y reyes, salíanle al encuentro de todas partes con palmas y coronas al son de instrumentos músicos. Pero no desistía por esto el cruel invasor de sus saqueos, prohibiendo al mismo tiempo que se prestara culto á nadie más que á su rey Nabucodonosor.

De esta manera, pasando por los países de los amonitas y moabitas avanzó sin obstáculos en la Idumea. Sólomente se le opusieron los israelitas de Judá, que temían por Jerusalem y su templo; por lo que obedientes á la voz del sumo sacerdote Eliacim que gobernaba á los judíos por muerte de Amasia, se posesionaron de las colinas para precaver la entrada en la ciudad, procurándose el auxilio del cielo con ayunos y oraciones. Cercaron los asirios la fortaleza de Betulia, y cortados los acueductos, la redujeron en poco tiempo al último extremo. Estaban á punto de rendirse los sitiados, cuando se pre-

sentó la jóven viuda Judit ofreciéndose por la salvacion de su pueblo, á cuyo efecto, vistosamente engalanada, pasó al campo enemigo. Acogióla benignamente Holofernes y la convidó para un suntuoso banquete. Habiendo quedado sola Judit con él cuando ya el vino habia producido sus efectos en Holofernes, cortóle á éste la cabeza, y vuelta á Betulia mandó colgarla en sus murallas. Difundida la noticia en el campamento enemigo, apoderóse la consternacion de los asirios. Aprovechando los israelitas ocasion tan propicia, se les echan encima, pasan á degüello gran número de asirios, apoderándose de tan inmenso botin que se necesitaron treinta días para su trasporte. Así quedaron desvanecidos los soberbios intentos del fiero Nabucodonosor.

*
* * *

En el siglo XIII ántes de Jesucristo se dibujan en la historia del Asia occidental los comienzos del grande imperio asirio, nuevo é importante periodo que abarca un espacio de siete siglos, llegando hasta el año 625 ántes de Jesucristo, que fué el de la caída y destruccion de Nínive la grande.

Beroso y Herodoto concuerdan en sus apreciaciones acerca de los comienzos del imperio asirio, porque están unánimes en el importante dato de la fecha de la toma de Nínive, y con estos dos historiadores de la antigüedad están acordes tambien, con muy insignificantes diferencias, los cronólogos modernos. Añádase á esto que Herodoto, más antiguo que Beroso, escribió cuando no habían trascurrido aún dos siglos desde la destruccion de Nínive, y se apreciará mejor la importancia de su relato.

No se crea empero que la monarquía asiria comenzara, en todo el rigor de la palabra en el siglo XIII ántes de Jesucristo, porque existía ya y florecía tambien desde algunos siglos ántes, bien que viviendo una vida más que modesta casi oscura. Cuando hablamos de su comienzo en el siglo XIII, nos referimos al periodo inaugurado entónces, conocido con el nombre de *dominacion asiria*, ó de *grande Imperio asirio*.

Segun las leyendas fabulosas de Ctesias, nació el imperio asirio hecho ya un gigante con su rey Nino, conquistador de toda el Asia, y, sin embargo, como ya lo hemos visto, y es natural que así fuera, tuvo un principio humilde y se engrandeció con la sucesion de los tiempos, incorporándose sucesivamente, ó anexionándose, segun el lenguaje moderno, las tribus y pueblos vecinos hacia oriente y norte y sobre todo hacia mediodía donde la Caldea le ofrecía ancho campo á su ambicion y codicia. Moisés de Khoren, historiador armenio, habla indirectamente del engrandecimiento de ese imperio, publicando una lista de cinco nombres, que el tomó por otros tantos reyes asirios, pero en los cuales dice Lenormant no es difícil encontrar, aunque algo desfigurados, los nombres de sus respectivas ciudades célebres enumeradas segun el orden de su incorporacion al reino asirio. Estos nombres son: Ninos, Chabaos, Arbelos, Anebos, Babios, y sus correspondientes son: Nínive, Calach, Arbela, Nipur y Babilonia (1).

De todos modos resulta innegable que la Asiria, ántes del siglo xv anterior á Jesucristo, carece hasta de historia, y miéntras que poseemos datos acerca de la existencia, vida política, civilizacion y conquistas del imperio caldeo que se remontan á más de diez siglos, apénas si se encuentra esparcido un ligero indicio del reino asirio. Gracias á la narracion mosáica si sabemos algo auténtico acerca de la remotísima antigüedad de los orígenes de aquel pueblo, representándonos á Assur, hijo segundo de Sem, como fundador y autor de la nacion asiria; y nos habla de Ariocho, rey de El-assar, y auxiliar de Chodorlahomor en la guerra contra los reyes de la Pentápolis, en la época de Abrahan, es decir, unos dos mil y más años ántes de Jesucristo.

Despues que los asirios se hubieron separado de Sennaar es indudable que vivirían autónomos formando un Estado independiente de la Caldea; pero lo es tambien que pasaron despues á ser vasallos suyos. La prueba de esto nos la suministra el rey asirio Ariocho, ántes citado, quien, en el siglo XXI ántes de Jesucristo, no fué precisamente un mero aliado del rey Chodor-

(1) LENORMANT. *Manual de historia antigua del Oriente*. Tom. II, pág. 56.

lahomor, sino verdadero súbdito y tributario. Además, el reino de este monarca extendíase desde Susa á la Palestina.

En esta misma época, empero, preparaba la Asiria sus propias fuerzas sazonando los gérmenes del colosal poder, que, llegando después á su colmo, debía librarla de todo poder extranjero y formar el imperio más dilatado y poderoso que hubiese jamás existido en Oriente, abarcando los inmensos países del Indo al Nilo.

No seguiremos las vicisitudes de las guerras de conquista, entre caldeos y asirios, que costaron torrentes de sangre, y en último resultado, por disputar una primacía de dominio que ningún provecho debía reportar á los que vertían su sangre y perdían sus vidas. Es verdad que la diplomacia substituyó á las armas y procuró terminar á veces los litigios pendientes entre las dos naciones, pero sólo se apeló á este recurso cuando los dos pueblos se trataban de igual á igual, y cuando el éxito de las batallas hubo desgraciadamente demostrado que las fuerzas y recursos de los contendientes no se diferenciaban entre sí.

Un enlace contraído entre Purnapuryas II, que tomó por esposa á una hija de Assurubalit, rey de Asiria, de cuyo matrimonio nació Karahardas, que sucedió á su padre en el trono de Babilonia por los años de 1400, parece que debía poner fin á las rivalidades de los dos pueblos confundidos ya en uno; pero, las pasiones humanas, que son de todas las épocas y de todos los países, destruyeron miserablemente lo que el parentesco había unido.

Alrededor de la reina asiria, sentada en el trono de Babilonia, formóse una facción asiria que despertó los celos nacionales, provocó turbulencias y hasta guerras, poniendo de manifiesto las secretas rivalidades de los dos pueblos.

La historia no varía, porque los hombres fueron, son y serán siempre lo mismo. Quince siglos ántes de la era de Jesucristo se sucedían los acontecimientos humanos tal como pasan ahora, y acabará el mundo siendo teatro de las mismas escenas.

Karahardas murió víctima de una revolución promovida por los Kassí, y entronizóse por la misma revolución un aventurero llamado Nazibugas,

quien á su vez murió á manos de los asirios, quienes, para vengar á Karahardas, penetraron en el interior de la Caldea con poderoso ejército, y despues de dar muerte al usurpador, sentaron en el trono á Kurigalzu, hermano de Karahardas.

Á fines del siglo xiv, reinando en Asiria Salmanasar I, y Nazi-murudas había sucedido en el trono de Babilonia á Merodach-baladan I, continuaba todavía con vario éxito la encarnizada lucha entre los asirios y caldeos, porque se disputaban los dos rivales el imperio de toda la Mesopotamia. Las victorias de Salmanasar fueron continuadas por su hijo Tuklat-samdan, segun consta de una inscripcion votiva del templo de la *Diosa Istar, señora de Ninive*. Segun la traduccion que de esta ha dado el sabio Smith que descubrió tambien el monumento, se le llama en ella *Salmanasar, el rey poderoso, rey de las naciones, rey de Asiria, hijo de Binnirari, etc., conquistador de..... Niri, Lulumi y Muzri; el cual por el servicio de la Diosa Istar, su señora, (contra de estos) marchó y no tiene rival; el cual combatió en persona en el corazon de la batalla y conquistó sus tierras (1)*.

Otras inscripciones monumentales confirman el hecho de la conquista (2), pero nos apartaríamos mucho del objeto de nuestra obra si debiéramos entrar en más pormenores, que, por otra parte, nos parecen ya demasiado extensos los hasta aquí consignados.

De todos modos, no podemos dejar de observar que el año 1303 fija el fin de la dominacion caldea y el principio de la asiria, de resultas de la conquista de Babilonia llevada á cabo por Tuklatsamdan, quien puede llamarse en realidad de verdad el verdadero fundador del *Imperio Asirio*; porque, con la conquista de Babilonia extendió la dominacion asiria á toda la Mesopotamia desde los montes de Armenia hasta el golfo Pérsico. Aquí acaba definitivamente la historia caldea para fijarse única y exclusivamente en Asiria, donde pasan sus principales sucesos.

Desde este punto se oscurece la civilizacion caldea para ceder el puesto

(1) SMITH. *Descubrimientos asirios*, páginas 248 y siguientes.

(2) MENANT. *Babilonia y la Caldea*.

á la asiria, dominando desde entónces sus diversas formas en religion, leyes, letras, ciencias, artes y costumbres. Entre el vulgo cae poquito á poco en desuso el idioma caldeo que continúa sólamente en las escuelas y los templos, y ¡cosa extraña! se traduce en lengua asiria para el uso del pueblo todo lo que en ciencia y literatura poseía desde antiguo la Caldea. Más aún, va perdiendo el caldeo su antiguo semblante, y el de los tiempos modernos distínguese apénas del asirio. De ahí la confusion que se apodera de los extranjeros que no aciertan á distinguir entre los dos pueblos, trasmitiendo de este modo á las generaciones venideras esa confusion, que comenzó ya en Herodoto, para no aclararse algo hasta nuestros tiempos, merced á los inesperados descubrimientos que se están llevando á cabo.

La Caldea estuvo gobernada por delegados enviados desde Nínive y que se cambiaban del modo que lo tenía á bien el monarca. Babilonia conservó su esplendor de metrópoli, sucediéndose sus reyes por derecho hereditario, y dándose á sí propios el título de *Sar Bab-Ilu* (rey de Babilonia); aunque dependieran como vasallos del rey asirio que se daba entre varios títulos el de *Sakkanakku Bab-Ilu*, que Oppert interpreta: *Vicario de los dioses de Babilonia*.

Estos hechos, acaecidos muchísimos siglos ántes de la era cristiana, entre pueblos paganos, dominados por pasiones fogosas, son una leccion de moral severísima para la civilizacion harto ponderada del siglo actual, que, inventando el derecho nuevo de las anexiones, ha conculcado el título de la posesion ó propiedad, arrebatando los tronos á sus poseedores, traspasándolos á otros y cambiando las nacionalidades como cosa suya. Comparando estos hechos con los antiguos, hemos de ver desgraciadamente en ellos fecundos gérmes de venganzas. En efecto, las rebeliones y revoluciones se sucedían en los pueblos antiguos con espantosa frecuencia, porque el recuerdo de los suplicios, y la falsa unidad del reino formado por medio de conquistas, ó anexiones, fomentaban los elementos necesarios para acechar el momento de la venganza ó el de sacudir el yugo opresor. Un momento de debilidad en el poder central era ocasion tan esperada como oportuna para un levantamiento. Si es ley de naturaleza que iguales causas

produzcan iguales efectos, la historia se encarga de enseñarnos lo que puede esperar la humanidad de los hechos ocurridos en el actual siglo de las luces contra las eternas leyes de la moral y de la justicia, á las que no pueden faltar impunemente las naciones.

La tenacidad con que los príncipes de Babilonia se levantaron siempre en guerra contra la sujeción impuesta por Nínive, el afán por sacudir el yugo no obstante los continuados y duros reveses y escarmientos, puede servir de espejo fiel á los modernos conquistadores ó *anexionadores* de nacionalidades, para ver el grado de fidelidad que pueden prometerse de unos súbditos, que no tienen ningun deber de conciencia para con ellos.

Para completar el estudio, aunque ligero, que estamos haciendo de la monarquía asiria, y dados ya los antecedentes que tenemos de la civilización egipcia, por lo que llevamos dicho en capítulos anteriores, nos tomaremos la libertad de una pequeña digresion cuyo objeto será dar una breve idea de las conquistas egipcias en Mesopotamia.

Sabemos ya que el Egipto fué un imperio de los mayores del mundo antiguo; pues bien, la Mesopotamia no tuvo nada que envidiarle, pues procede tambien de los primeros días posteriores al Diluvio. Miéntras otros pueblos que pasan por antiguos, como los pelasgos y griegos y germanos y celtas y otros andaban de punto en punto, llevando una vida nómada, errante, sin historia, buscando dónde establecerse, eran ya Egipto y Mesopotamia dos naciones grandes, ilustres, civilizadas, con vida política y civil en todo su desarrollo y esplendor. Sus civilizaciones, dígase lo que se quiera, no ceden absolutamente en nada á las actuales: testigos son de ello los innumerables monumentos que se descubren despues de tantos siglos de permanecer sepultados y desconocidos.

Cerca de cuarenta siglos ántes de Jesucristo, comenzó con Menes la primera dinastía histórica de Egipto, que extendió las conquistas al occidente y mediodía, contentándose por la parte de oriente con detener las incursiones frecuentes de los pueblos limítrofes.

Ahmes I que expulsó á los Hyksos de Egipto, fué el primero de los faraones que llevó las armas egipcias á territorio asirio, y con las victorias que

consiguió en su afortunada expedición militar, abrió el camino que siguieron después sus sucesores. Actualmente se ven aún testimonios fehacientes del paso de los ejércitos faraónicos en tierras de Asiria. Entre las ruínas de Carchemis, según dice Lenormant, se han encontrado muchos muebles y menudencias de fabricación egipcia, con leyendas geroglíficas; así como se han encontrado también en varios lugares de Asiria y Babilonia; monumentos todos que acreditan el paso por allí de la dominación faraónica. Por lo demás, aún después de haber cesado esta dominación, dejó allí el arte egipcio profundas huellas, y entre los artistas asirios llegó á ser de moda imitar sus formas. Para citar un ejemplo de esto, en el Museo británico se ven algunos platos de bronce cincelado, que encontró Layard en Calach en el palacio de Assurnas-irhabal, pero ciertamente anteriores á este rey, y pertenecientes al siglo XI ó XII ántes de Jesucristo, los que si bien son obra de asirios, son, no obstante por el ornato, las figuras y los símbolos en ellos representados, artefactos enteramente egipcios (1).

Los reyes egipcios, como dijimos ántes de los de Asiria, respetaban en sus conquistas en la Mesopotamia, el derecho hereditario ó de sucesión de las familias de los reyes hechos por ellos sus tributarios, conforme se desprende de una inscripción encontrada en Karnak, que es como sigue: «Hé aquí que los hijos de los príncipes y sus hermanos fueron presentados para ser entregados en poder del rey y conducidos á Egipto. Si moría alguno de los jefes, debía Su Majestad mandar un sucesor para ocupar su puesto.»

El poderío de Egipto no se extendió nunca tanto como durante el reinado de Tutmosis III. Al mediodía se acercaba al Ecuador, y por el nordeste, después de algunos años de guerras no interrumpidas casi nunca, sometió toda el Asia occidental, ó poco menos, y se le rindieron Nínive y Babilonia.

Los monumentos de granito, duraderos como el tiempo, nos recuerdan los hechos gloriosos de ese rey conquistador, consignados por los poetas que se inspiraron en sus proezas. El viajero Mariette encontró en Karnak una

(1) LENORMANT. *Manual de historia antigua del Oriente*. Tom. I, pág. 42.

inscripcion monumental, en la que Amon, el Dios supremo de Tebas dice al rey Tutmosis:

«Yo he venido: Te he concedido magullar á los príncipes de *Tsahi*; los he derribado á tus plantas en medio de sus países; yo hice verles tu majestad, como un señor de luz, brillando sobre sus cabezas al igual que mi imagen.

»Yo he venido: te he concedido magullar á los bárbaros del Asia, traer cautivos á los jefes de los pueblos *Rutennu* (asirios y babilonios); yo hice verles tu majestad, revestido con tus ornamentos, cuando tú agitabas tus armas y combatiste en el carro.

«Yo he venido: te he concedido magullar á los pueblos del Oriente; estuviste con tus tropas en las provincias de Arabia: yo hice verles tu majestad, semejante al Sol en el solsticio, que lanza el calor de sus fuegos y derrama su rocío.

«Yo he venido: te he concedido magullar á los pueblos del Occidente; *Kevva* y los *Asi* están bajo tu terror; yo hice verles tu majestad, semejante á un toro joven, de corazon sólido, cuernos agudos, irresistible.»

El Dios continúa con estrofas parecidas á estas el recuerdo de las victorias de Tutmosis sobre los demas pueblos por él sojuzgados.

Los sucesores de Tutmosis continuaron sus conquistas, y Amenhotep II, que fué su inmediato, penetró como un leon furioso, segun dicen las inscripciones, en el centro de la Mesopotamia, porque á su advenimiento hubo en Asiria conatos de proclamarse independiente. Nínive se le rindió sin combatir; corrióse á lo largo del Tigris, llegando hasta la ciudad de Accad, que tambien sometió á su poder. En una inscripcion de Amenhotep II, encontrada en el templo de Amada, en la Nubia, se lee: «Al subir el Nilo hacia Tebas, capital del imperio, la nave triunfal de Amenhotep llevaba colgados en la proa, como trofeos, los cuerpos de siete reyes del país de Takhis, muertos por él mismo en acciones de guerra; la cabeza y las manos de seis de estos fueron despues colgadas en las murallas de Tebas; el séptimo fué trasladado á Napata, capital de la Etiopía, á fin de que los etíopes, frecuentemente turbulentos, aprendieran á respetar la autoridad de Faraon y los

negros pudieran ver las victorias de Su Majestad eternamente sobre todas las tierras y todos los pueblos del mundo, habiendo tomado posesion de los pueblos del mediodía y castigado á los pueblos del Septentrion (1).»

Un cuadro del *Ramaseion* representa al rey Ramses II recibiendo los homenajes de los príncipes Rutennu y dándoles la investidura de sus Estados, demostrándonos esto la continuacion del vasallaje y consiguiente dominio del Egipto, y este vasallaje de los príncipes de Mesopotamia parece continuar durante los reinados de otros cuatro sucesores de Ramses II, miéntras se le observa desaparecer con la decadencia política iniciada despues de Ramses III.

Finalmente, reinando este último Faraon en Egipto, á principios del siglo XIII ántes de Jesucristo, se dibujaba en Oriente la gran figura del Imperio Asirio, conquistando á Babilonia, é invadiendo la Siria y toda el Asia occidental, llevando despues sus estandartes vencedores hasta el interior del mismo Egipto que de vencedor pasó á vencido.

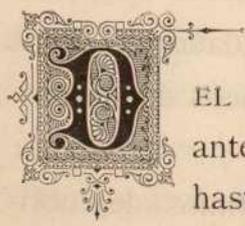


(1) LEPSIUS y MASPERO.



CAPÍTULO VII.

IDEAS GENERALES DE LA CIVILIZACION ASIRIA FUNDADAS EN LOS DESCUBRIMIENTOS MODERNOS DE SUS ANTIGUOS MONUMENTOS.



EL exámen de lo que llevamos dicho hasta ahora en el capítulo anterior se desprende lógicamente que no ha sido empresa fácil hasta fecha muy reciente aclarar el verdadero caos en que estaba

confundida la historia de Asiria por culpa, en gran parte, de autores relativamente modernos. Oponiéndose á la autoridad no sólo de la Biblia, sino de los autores profanos, ponen, por ejemplo, dos monarquías en Nínive; y no satisfechos con esto, despues de arruinada Nínive, hacen salir de ella tres pueblos, pero cada uno de por sí, medos, babilonios y los llamados por ellos nuevos asirios, de cuyo hecho se originaron tambien como consecuencia natural otros tantos imperios. Finalmente, despues de Sardanápalo, ya distinguen á los medos de los asirios, ya los reunen para separarlos de nuevo ántes de mucho, convirtiendo de esta manera la historia en un tejido de fábulas y novelas tanto más repugnantes y odiosas cuanto más se apartan de la verdad.

Por fortuna, el siglo XIX que ha visto destruir y desaparecer mucho por su desgracia, siguiendo la ley de las compensaciones ha visto asimismo reconstruir ó aparecer muchos monumentos perdidos, entre el sin fin de inventos que le han hecho célebre y perpetuarán su memoria en la sucesion de los siglos venideros.

Merced á los esfuerzos y constancia de Champollion pudo Europa á principios de este siglo aprender y examinar atenta y seguramente la historia del antiguo Egipto, y pocos años há, merced al cónsul de Francia en Mosul, M. Botta, pudo averiguarse lo que revelaban las excavaciones practicadas en Khorsabad en Mesopotamia, manifestado por la escritura cuneiforme de los monumentos asirios.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores el interes que entre los sabios despertarían tan preciosos descubrimientos, y el afan con que se estudiarían en busca de datos para aclarar la historia y aprenderla al propio tiempo en fuentes tan autorizadas y auténticas. Densas eran las tinieblas que envolvían las páginas de la historia asiria, de la que muy poco nos dejaron escrito los autores de la antigüedad griega y romana, pero merced á los modernos descubrimientos podemos disiparlas algun tanto, fundados en la fe que nos merecen los antiqüísimos monumentos contemporáneos de las épocas objeto de nuestras investigaciones y estudios.

Inmensa es la ventaja que reporta la historia de los últimos descubri-

mientos hechos en Asiria, porque no sólo resulta aclarada y explicada la historia peculiar de aquel país, sino que relacionada esta con las conquistas y demas empresas militares respecto de las naciones limítrofes del África y del Asia occidental, se nos presenta de rechazo puesta de manifiesto la historia concerniente á todos estos pueblos.

Trabajo, y no poco, nos cuesta resistir á la tentacion que sentimos de extendernos en esta simpática materia, pero su inmensidad por una parte, y la índole de esta obra por otra, nos obligan á concretarnos dentro de ciertos límites muy á pesar nuestro.

No se ofenderán nuestros lectores si, suponiendo que hay alguno entre ellos, que, por sus especiales ocupaciones ó circunstancias excepcionales, no esté muy al corriente de la geografía del país asirio, nos permitimos dar algunas compendiosas noticias á él referentes, á fin de que al tratar de los sitios donde se han verificado los descubrimientos, sepa formarse más cabal idea de cuanto le vayamos presentando á su vista.

La Asiria, mejor dicho, la Mesopotamia, forma una especie de oasis muy extenso situado entre dos inmensos desiertos que lo rodean, por oriente y occidente. Distínguese tambien este oasis por la circunstancia de que en él cambia la topografía de aquellas regiones, toda vez que al occidenté de la Mesopotamia las soledades de Arabia pasan á ser mares de arena casi al nivel del Océano, cuando no están debajo del mismo, y á oriente presenta una continuacion de planos elevados que van subiendo desde mil á tres mil metros de altura, pasando al traves de Persia, Tartaria etc., etc.

El Tigris y el Éufrates que recorren á lo largo todo el país, forman el oasis, debiendo á ellos el nombre con que se le ha conocido en todas las épocas. Los antiguos semitas indígenas lo llamaron Naharain, la Biblia le da el nombre de Sennaar, los griegos lo distinguieron con el de Mesopotamia, y entre los árabes y turcos modernos recibe el de *Al-Gezireh*. La fertilidad y vida que convierten ese oasis en un jardín rodeado de desiertos, se deben á los dos ríos que lo fecundan. Los montes Niphates, llamados actualmente Keleschin, que radican en Armenia, dan nacimiento á las fuentes del Tigris y Éufrates, que corren luégo despues de sus respectivos orígenes por

valles diametralmente opuestos, pero desembocando en la llanura por las dos faldas extremas del Masius, que ahora se conoce con el nombre de Karagehdagh, se aproximan sucesivamente el Tigris por oriente y el Éufrates por occidente hasta el grado 34 de latitud, corriendo desde aquí casi en líneas paralelas en una longitud de trescientos sesenta kilómetros, y reuniéndose finalmente en un solo cauce, llamado por los modernos Schat-el-Arab (río de los Árabes) desembocan por cinco brazos en el golfo Pérsico.

Estos ríos, con sus afluentes, fecundan maravillosamente los vastísimos terrenos que riegan con sus inundaciones y canales como lo hace el Nilo en Egipto, y si bien es verdad que, como éste, no depositan en el terreno el precioso limo, lo es también que convierten especialmente toda la parte más baja y meridional del país, que es la Caldea, en verdadero y hermoso jardín del Asia occidental.

Efectivamente, el Éufrates con su cauce más elevado y sus orillas en nivel más bajo que las del Tigris, está sujeto á inundaciones periódicas que hacen un mar del inmenso llano de Babilonia. El problema que la naturaleza presentaba desde un principio á las tribus aglomeradas en las orillas del gran río, que debieron sorprenderse ante los beneficios que tenían en perspectiva, consistió en contener por medio de diques las aguas del río, darles dirección y retenerlas en canales y lagos abiertos por la industria humana, estableciendo un sistema de riegos que trocaran el desierto en jardines.

Como los egipcios, realizaron los asirios todos estos problemas, dando así comienzo á la grandiosa y sorprendente civilización caldea que tuvo su centro en la poderosa Babilonia. El desierto cambió de aspecto, el país recobró lo que había perdido, la vegetación inútil producida por los depósitos de las aguas al retirarse, se substituyó por los cultivos que, cambiando las condiciones climatológicas del país, le valieron la justa y merecida fama de ser uno de los países más fértiles del mundo.

Beroso, el historiador más exacto y verídico de la monarquía asiria, nos dice que el trigo se daba allí en estado salvaje. Los pantanos producían también, según el citado Beroso, unas raíces que podían substituir á la cebada. Esta, el sésamo y otros cereales nacían asimismo en estado salvaje. La ma-

yor parte de los árboles eran frutales, y se comprende que no abundaran, dadas las condiciones de los terrenos, poco á propósito para arraigar los corpulentos, excepcion hecha de las palmeras cultivadas artificialmente. En Babilonia fueron famosos los sauces que crecen frondosos junto á las aguas, porque en ellos colgaban sus arpas los hijos de Israel durante su cautiverio de los setenta años. Como faltaban los árboles corpulentos, no había tampoco madera de construccion. Carecíase asimismo de piedras que debían bajarse, con muchísimo gasto y grandes dificultades, por el Éufrates desde la Armenia y otros puntos de la Mesopotamia. Por la ley de la compensacion que la naturaleza observa constantemente en todos los puntos, estaba suplido este defecto. Abundaba cerca de Babilonia una tierra arcillosa de excelente calidad, con la que hacían ladrillos que servían para la construccion de todos los edificios de la ciudad. Por medio de un cimiento tan duradero como los mismos ladrillos iban colocando estos, y los edificios contruidos con dichos materiales y ese betun mineral, sacado de un riachuelo cercano, han resistido durante muchos siglos la lucha de los elementos. Actualmente se ven aún masas enormes barnizadas y cubiertas de inscripciones, que nos van revelando la verdadera historia de aquellos tiempos á la distancia de siglos sin cuento.

En este oasis, colocado por la naturaleza entre tanto lujo de fertilidad y hermosura, con deliberado propósito que dijéramos para que sirviera de cuna á las primeras naciones despues del diluvio, y de primitivo teatro donde formadas las primeras sociedades fundaran allí ciudades é imperios, debemos buscar el primer albor de la civilizacion humana.

De ese centro, del cual partieron los hombres que se diseminaron para poblar la tierra en todas direcciones, salió efectivamente el primer imperio mencionado por la historia: el babilónico, fundado por Nembrod, hijo de Chus, nieto de Cam. De ese mismo centro partió Assur, hijo de Sem, fundador de Nínive. Segun hemos visto ya anteriormente, florecieron durante muchos siglos los dos reinos de Nínive y Babilonia con varias alternativas, ya independientes el uno del otro, ya por conquista del uno contra el otro, fundidos en un solo cuerpo de imperio asiro-caldeo, con su capital en Babi-

lonia unas veces, en Nínive otras, extendiendo sus invasiones y conquistas desde sus capitales hasta el extremo Egipto é islas del Mediterráneo, ya más allá de la Persia y Media hasta penetrar en la India.

El destino de Nínive y Babilonia tocaba á su fin cuando en el occidente aparecía un astro cuya civilizacion debia en cierto modo eclipsar la de oriente. Nínive y Babilonia sucumbían al peso de su poder y orgullo cuando á orillas del Tíber, en el Lacio, se levantaba la ciudad de Roma. La caída de los dos colosos de oriente fué tan estrepitosa y terrible, que sus ruínas los envolvieron como en fúnebre sudario que los ocultó, borrándolos de la tierra, hasta el punto de perderse con el tiempo las huellas de su emplazamiento. Como al deshojarse una violeta silvestre, cuyos pétalos apenas se distinguieron al traves de la hojarasca en las escasas horas de su vida, se olvida el sitio desde donde perfumó con sus suaves olores los agrestes sitios que fueron su cuna, así tambien, no obstante su grandeza, se olvidó hasta la memoria de los dos más poderosos imperios del antiguo oriente, bañados por el Tigris y el Éufrates. Los palacios y monumentos se derrumbaron para convertirse aquellos sitios en llanuras estériles y solitarias, y al estrépito de los potentados y príncipes, cuyas carrozas deslumbraban, sucedióse el silencio y quietud de los sepulcros y de la mansion de los muertos. Apenas si entre las sábanas de arena que cubren tanta gloria, magnificencia y riquezas se descubre uno que otro resto, cual osamenta que se abre paso al traves de una grieta, para indicar el entierro de un esqueleto.

Veinte y más siglos permanecieron completamente olvidadas tantas glorias contenidas en los recintos de Nínive y Babilonia, hasta que en estos últimos tiempos, abriéndoles paso sus sepulcros, se nos han aparecido envueltas en el misterio y veneracion que sólo dan la desgracia y el tiempo, y el mundo asombrado ha podido contemplar las antiguas glorias del imperio asirio-caldeo escritas en sus propios monumentos, estudiando en ellos su verdadera historia, la de sus dinastías, y las vicisitudes políticas que cambiaron á menudo su manera de ser, enterándose de sus costumbres y usos, de su religion y artes, de sus ciencias y civilizacion. Desde hoy quedan relegadas al descrédito y desprecio todas las fábulas y leyendas que los

autores griegos y romanos nos transmitieron sin crítica ni conciencia respecto de la monarquía asirio-caldea, desacreditados todos ante el elocuente testimonio de los textos escritos arrancados del seno del mismo país que los produjo, contemporáneos todos de los hechos que revelan.

Ménant en su obra acerca de Babilonia (1) nos habla de algunos viajeros que en el siglo XVI llamaron ya la atención de Europa acerca de las ruínas de la Caldea en general, pero en particular de Babilonia, de la que habían descubierto algunas huellas. Niebuhr dió á últimos del siglo pasado una descripción más detallada de los restos babilónicos descubiertos, despertando de este modo la curiosidad de los eruditos. Ménos afortunada Nínive, no daba todavía señales de su resurrección, ni se acertaba en el hallazgo de su emplazamiento, cuando la Europa poseía ya un tesoro de inscripciones traídas de las orillas del Éufrates.

Á Pablo Emilio Botta, cónsul francés enviado á Mosul en 1841, estábale reservada la gloria de emprender y de llevar felizmente á cabo los afortunados descubrimientos que se han realizado y continúan siempre desde entónces en los valles de Mesopotamia.

Botta era erudito y animábale extraordinaria pasión por los estudios orientales, y movido por su amor á ellos resolvió practicar excavaciones, confiado en la tradición antigua que encontró en Koyundük de que en aquella comarca se habían encontrado de vez en cuando algunas antigüedades con inscripciones extrañas en caracteres desconocidos.

Gustosos entraríamos en minuciosos pormenores acerca de las vicisitudes que experimentó en su empresa el cónsul Botta, pero no consintiéndolo el carácter de nuestra obra, diremos sólomente que á los seis meses logró desenterrar completamente seis vastas salas, de longitud algunas de ellas 115 piés con 35 de ancho, abundando en todas partes los bajo-relieves é inscripciones.

Otro cónsul, Víctor Place, continuó las excavaciones, y después de averiguar Botta el emplazamiento de los palacios de Assarhaddon y de Nabu-

(1) MÉNANT. *Babylone et la Chaldée*.—Paris, 1875.

codonosor, y de consignar que Nínive que cubría el espacio que separa Korsabad del Tigris, correspondía por su magnificencia á la narracion de los profetas de Jehová y á los recuerdos y tradiciones del Oriente, halló Place en un aposento subterráneo la inmensa provision de instrumentos de hierro y acero que habían servido para la construccion de aquellos espléndidos monumentos.

Las excavaciones de Botta y Place pusieron enteramente al descubierto las ruínas de Khorsabad, que despues de haberlas estudiado sobre los planos y dibujos publicados posteriormente, y teniendo á la vista las inscripciones allí encontradas, se supo que eran de una ciudad edificada por el rey de Asiria Sar-Kin, que es el Sargon de la Biblia, padre de Sennaquerib. Pocos restos se hallaron de los demas edificios de la ciudad, pero quedaban hermosísimos cuya grandeza y suntuosidad puede fácilmente reconocerse, de lo que fué un dia palacio real de Sar-Kin.

La civilizacion asiria alcanzaba en aquellas remotísimas épocas un desarrollo increíble en todas sus diversas manifestaciones artísticas, científicas y literarias. La planta del palacio real del que acabamos de hacer especial mencion, nos demostrará hasta qué punto habían llegado las construcciones entre aquel pueblo oriental. El grandioso edificio se levantaba en forma de rectángulo cuyo lado mayor medía mil doscientos piés de longitud y quinientos el lado menor, sobre una vasta plataforma hecha toda de ladrillos. Paredes macisas de ladrillos tambien, de 12 á 20 piés de espesor, dividían el edificio en muchísimos compartimientos de salones y aposentos, muchos de los cuales excedían de 100 piés de largo por 35 de ancho. Todo esto ha podido comprobarse, por existir aún, á pesar de los muchos siglos que se han aglomerado, sobre tantas ruínas. De seguro que sobre lo existente se levantarían otras piezas ó pisos de elevaciones diversas; pero todo está arruinado, no quedando en pié más que los aposentos de los bajos hasta una altura de 10 á 15 piés. Así el interior como el exterior de las paredes estaban revestidos de grandes losas calcáreas, de unos 10 piés de elevacion llenas de esculturas é inscripciones. En la puerta principal del palacio había dos toros colosales, no sólomente para adorno, sino á manera de guardias del palacio

real, cubiertos asimismo de inscripciones en sus dorsos y piernas. En los pavimentos y umbrales de los aposentos había también grabadas multitud de inscripciones; y, finalmente, en los cimientos del palacio se encontraron planchas de oro, plata, cobre y plomo, llenas de epígrafes conmemorativos de la construcción, que comenzaban casi todos con esta fórmula: *Palacio de Sar-Kin, descendiente de Belo, Patis (soberano) de Assur, rey poderoso, rey de las legiones, rey del país de Assur* (1). ¿Necesitamos decir la curiosidad que despertaron estos primeros descubrimientos, y la emulación que sintieron los sabios y eruditos europeos para continuarlos? ¿Era legítimo, estaba fundado ese entusiasmo, ó era hijo de impresiones fuertes sí, pero pasajeras, que debían desvanecerse apenas sintiera el amor propio las punzadas del desengaño?

Antes de entrar en pormenores, necesarios para que se vea la inmensa trascendencia de los descubrimientos asirios, para la aclaración de muchísimos puntos históricos, nos permitiremos citar un solo hecho que servirá para solventar todas las objeciones y contestar todas las preguntas.

Voltaire negó, á lo ménos puso en duda, la existencia de Nabucodonosor, pretextando que no se le encontraba citado en Herodoto, como si un argumento negativo probara concluyentemente en buena lógica. Pues bien, una inscripción descifrada por Oppert, nos dice que la ruína llamada actualmente Bar-Nemroud es el resto de un edificio erigido por Nabucodonosor, y que en la época de ese rey, hacia el año 558 ántes de Jesucristo, contábase cuarenta y dos vidas humanas de cincuenta y cinco años, ó sean 2,730 años. Este intervalo difiere sólomente de diez años del que encontramos en la cronología bíblica. ¡Qué son diez años tratándose de cuarenta y tantos siglos! Además, ha descubierto Oppert en Babilonia una colina artificial (como lo eran todas las de aquellas llanuras) llamada Mokattah, cuadrada, orientada, construída con ladrillería, y que parece haber sido el pedestal de la estátua colosal levantada por Nabucodonosor. Este, según la Biblia, fué el restaurador de Babilonia; pero Herodoto atribuye esta gloria

(1) MÉNANT, *Anales de los Reyes de Asiria*. París, 1874.

á Semíramis. Se ha descubierto una inscripcion que hace decir á Nabucodonosor: « Yo he construido el asiento de mi reino; yo he edificado este palacio indestructible..... Yo he mencionado mi construccion en cilindros revestidos con betun y ladrillos. » Y estos cilindros se han descifrado, y estos cilindros no dejan duda ninguna de la existencia de Nabucodonosor, en la época precisa mentada por la narracion bíblica. Nadie ignora que Nabucodonosor estuvo sujeto á una terrible enfermedad mental; pues bien, ese rey infortunado dice en la inscripcion conmemorativa de la reconstruccion de Babilonia: « Acepta mi humillacion, concédeme la prolongacion de mi vida hasta los dias más remotos. »

Indicada pues ya la importancia de los descubrimientos asirios para rectificar y aclarar datos y noticias relativas á la historia del imperio fundado por Nembrod, nos permitirán nuestros lectores que seamos algo extensos —no tanto como quisiéramos— respecto al estudio de todo cuanto pueda llevarnos á la consecucion de nuestro interesante objeto. Y sujetándonos á las reglas de prioridad y de orden cronológico, relegando para ulteriores capítulos materias quizá más interesantes para muchos de nuestros lectores, nos fijaremos ahora con preferencia en dos puntos muy capitales y de grandísima trascendencia histórica, á saber: ideas que tenían los antiguos caldeos acerca de la creacion del mundo, é historia del diluvio narrada por las tablillas cuneiformes.

Beroso, el historiador contemporáneo de muchos hechos actualmente comprobados y certificados por los textos cuneiformes recientemente descubiertos, nos dirá con su respetable autoridad, muy estimada ya entre los antiguos, pero muy aumentada ahora desde que ha podido cotejarse su historia con los datos suministrados por las planchas y los ladrillos asirios, nos dirá, repetimos, lo relativo á la cosmogonía de los caldeos, y compararemos luégo su relato con los cortos sí, pero elocuentes trozos del Poema caldeo de la Creacion del mundo, cuya traduccion y aclaracion debemos á los estudios y esfuerzos de Smith y Oppert (1). El crédito de Beroso aumenta

(1) The Chaldean Account of Genesis; containing the description of the creation, the fall of man, the deluge, the tower

sabiendo que pudo estudiar él mismo fácilmente las planchas é inscripciones que ahora se descubren, cuando adornaban todavía las bibliotecas y archivos de los palacios de Nínive y Babilonia, de Ur y Larsam, de Calach y Erech y otros puntos importantes de los pueblos de la Mesopotamia, recopilando á la par y transmitiendo por medio de sus obras á las generaciones venideras las antiquísimas tradiciones de la cuna de la humanidad.

Algo hemos dicho en otros sitios del historiador Beroso; no obstante, como la crítica es tan recelosa, nos tomamos la libertad, aunque parezca repeticion de cosas ya sabidas, de ampliar los datos biográficos del escritor babilónico, á fin de que hasta las personas más prevenidas no teman dar fe á su historia.

Beroso nació en Babilonia por los años 330 ántes de Jesucristo bajo el reinado de Alejandro el Grande. Era sacerdote del dios Belo, y estaba profundamente versado en astronomía y astrología, segun costumbre general de los sacerdotes caldeos. De Babilonia pasó á la isla de Cos en el Egeo, donde enseñó públicamente la ciencia de los astros, y tanta fama adquirió en Atenas, que en el Gimnasio le erigieron una estatua con lengua de oro. Á sus profundos conocimientos astronómicos reunía tambien vastísima erudicion en las antigüedades caldeas y en la historia de su patria, siendo asimismo gran literato. Hacia el año 280 ántes de Jesucristo escribió en griego, cuyo idioma aprendió perfectamente de los conquistadores de Babilonia, una historia de las antigüedades caldáicas, compuesta de tres libros dedicados al rey Antíoco Sotero. Todos los autores antiguos están unánimes en los magníficos elogios que hacen de esta obra, pero por desgracia de todos los amantes de los buenos libros, hace ya mucho tiempo que está perdida, sin que nos queden más que uno que otro fragmento citado por Flavio Josefo, Clemente de Alejandría, Eusebio de Cesarea y Jorge Sincello, quienes, á su vez, lo copian de Julio Africano, de Juba rey de Mauritania, de Alejandro Poliistore y de Apolodoro, cuyos libros corrieron tambien la misma suerte que los de Beroso.

of Babel, the times of the patriarchs and Nimrod; babylonian fables and legends of the Gods; from the Cuneiform Inscriptions. By George Smith of the department of Oriental Antiquities, British Museum. Wit Illustrations. London, Sampson Low and C.º, 1876.—OPPERS.—Göttingen Anzeiger del 11 de julio de 1876.

Sabidos ya estos antecedentes, hé aquí ahora, según el citado Beroso, en su fragmento que nos ha transmitido Eusebio, quien lo copió de Alejandro Poliistore, las creencias ó tradiciones de los caldeos relativamente á los principios ú orígenes del mundo: « Cuenta Beroso en el primer libro de sus antigüedades babilónicas, que en Babilonia se conservan con gran cuidado muchísimos documentos que abrazan el espacio de más de ciento cincuenta mil años, y contienen la historia del cielo, de la tierra y del mar, el primer origen de las cosas, los anales de los reyes y la relacion de sus empresas..... En el principio hubo en Babilonia una multitud de hombres de diversas naciones que habían colonizado la Caldea, y vivían sin leyes á manera de animales. Pero, el primer año, se vió salir fuera del mar Eritreo, allí donde lame los confines de Babilonia, un animal dotado de razon, llamado *Oannes*. Tenía este monstruo cuerpo de pez, pero debajo de la cabeza de pez tenía otra de hombre; y de la cola de pez le salían á fuera piés de hombre, y hablaba el lenguaje humano. Su imágen se conserva aún entre nosotros. De día vivía este animal entre los hombres, sin tomar alimento; enseñándoles las ciencias y los principios de todas las artes, las reglas para la fundacion de las ciudades, la construccion de los templos, la medida y límite de las tierras, las siembras y recolecciones; finalmente todo lo que civiliza las costumbres y constituye la vida urbana, de manera que desde aquel tiempo no faltó ninguna nueva invencion. Despues, al ponerse el sol, este monstruoso *Oannes* entraba otra vez en el mar y pasaba la noche dentro de las aguas, puesto que era anfibio. Andando el tiempo, aparecieron otros animales semejantes, y el autor prometió hablar de ellos en la historia de los reyes. Añade que *Oannes* escribió acerca del origen de las cosas y las reglas de la vida civil un libro que dedicó á los hombres. »

Este libro de *Oannes* explicaba el origen del mundo de la manera siguiente:

« Hubo un tiempo en que todo era Tinieblas y Agua, y en estas vivían animales monstruosos, algunos de los cuales se engendraban espontáneamente. Tenían figuras extrañas: hombres con dos alas ó con cuatro; otros de dos caras ó de dos cabezas, una de hombre, otra de mujer, sobre de un

solo tronco con ambos sexos; otros con piernas de cabra y cuernos en la cabeza; y otros con piés de caballo; y otros tambien con miembros posteriores de caballo y con los anteriores de hombre, semejantes á los hipocentaurros. Habíalos tambien toros con cabeza humana; perros con cuatro cuerpos y cola de pez; caballos con cabeza de perro; y hombres tambien con cabeza de perro; animales con cabeza y cuerpo de caballo y cola de pez; y otros cuadrúpedos, en los que estaban á la vez confundidas todas las formas animales. Peces, reptiles, serpientes de toda clase de monstruos portentosos, con la más grande variedad de formas, cuyas imágenes se ven en las pinturas del templo de Belo. Una mujer, llamada *Omoroca*, presidía esta creacion: en el idioma caldeo lleva ésta el nombre de *Thalatth* que en griego significa Mar; y está identificada tambien con la luna. Estando así las cosas, sobrevino Belo, y cortó á la mujer en dos. De la mitad inferior de su cuerpo hizo la Tierra, de la mitad superior el Cielo, y desaparecieron todos los seres que estaban en él. Esto es un modo figurado de expresar la produccion del universo y de los seres animales por la materia húmeda. Belo se cortó entonces su propia cabeza, y habiendo los demas Dioses amasado con tierra la sangre que de ella salía, formaron los hombres, quienes por esto están dotados de inteligencia y participan del pensamiento divino. De esta manera habiendo Belo, llamado Zeus por los griegos, dividido las tinieblas, separó el Cielo y la Tierra y crió el Mundo. Murieron todos los seres animales que no podían sostener la accion de la luz. Viendo Belo que la Tierra estaba desierta, aunque fértil, mandó á uno de los Dioses que le cortara la cabeza, y amasando con tierra la sangre que se derramaba, formó los hombres, igualmente que los animales que pueden vivir en contacto con el aire. Despues Belo formó tambien las estrellas, el sol, la luna, y los cinco planetas. Hé aquí, segun Alejandro Poliistore, la narracion de Beroso en su primer libro » (1).

La ciencia moderna está completamente de acuerdo con las anteriores lí-

(1) LENORMANT. *Essai de Commentaire des fragments cosmogoniques de Beroso, d'après les textes cunéiformes et les documents de l'art asiatique.*—París. 1872.

neas de Beroso explicándonos las tradiciones cosmogónicas de los caldeos. Layard, embajador de Inglaterra que fué no ha mucho en Madrid y actualmente en Constantinopla, publicó la descripción de uno de los cilindros asirios en el cual se ve á Bel-Marduk (la figura de Belo), el Dios especial de Babilonia, que está en pié, mirando á Belit-Tihavti, provista de grandes alas, con un arpa en las manos, en medio de los monstruos del caos presidiéndolos á todos. Esta Belit-Tihavti, es la esposa de Belo, la madre de los Dioses y de todos los seres, la gran Diosa Naturaleza de los babilonios, la Materia fecunda y pasiva de la que Belo forma el universo. Son innumerables los cilindros de Babilonia en los que se encuentra la figura de Belo, empuñando la espada con que partió en dos mitades á la Diosa del caos y de la muerte, según las indicaciones del historiador Beroso. En otro cilindro está representado Belo luchando con la diosa Um-Uruk, que no es otra que la Omoroca de Beroso. Belo está en pié, armado con rayo y espada á punto de herir á Um-Uruk, simbolizada por una leona de tamaño igual al suyo. Detrás de ésta hay cuatro fajas con muchas figuras: hay en la más alta varios animales y tres cabezas humanas; en la segunda una cabra, un leon, un hombre derribado al suelo y un águila; en la tercera hay representadas las olas del abismo; y representa la última diversos monstruos, entre los que hay un leon atado, y un hombre arrodillado, con dos cabezas, de hombre la una, de toro la otra (1).

Estas representaciones escultóricas son abundantísimas, al igual que los bajo relieves é inscripciones en todo cuanto se ha descubierto en Asiria. En el palacio de Sar-Kin de que hicimos mencion no há mucho, estaban todas las paredes cubiertas de admirable variedad de escenas grandiosas. Ya eran procesiones, audiencias reales, ya grupos de batallas, triunfos alrededor del carro del monarca victorioso con todo el acompañamiento de las pompas religiosas y militares, ya cazas de leones en las selvas y montañas, ya ritos solemnes de sacrificios, ya mil variados espectáculos con todo un mundo de figuras gigantescas á veces con riquísimos adornos y esplendidez de trajes.

(1) LENORMANT. *Essai de Commentaire, etc.*

No hemos de extrañar pues que Beroso nos diera tantas descripciones de pinturas de animales y mónstruos, porque abundan mucho en los cilindros de Babilonia y en los bajo relieves de Nínive, donde á cada paso se observan caprichosas y extravagantes representaciones de cabras, toros, leones alados con dos ó cuatro alas ó con rostro y cabeza de hombre, hombres con piés y astas de toro, serpientes de extraordinario tamaño, reptiles de formas caprichosas, peces con cuerpo humano, evidente demostracion todo esto de cuanto se complacían los asirios en ese género de arte.

Para el observador atento sirven ademas estas descripciones comparadas con los descubrimientos modernos, de poderoso auxiliar en el estudio del estado relativo de los conocimientos científicos de los antiguos pueblos, á la par que de seguro termómetro para saber los grados de civilizacion en sus diversas manifestaciones. Creían los asirios que el mar Océano rodeaba toda la Tierra á manera de un grande río, así como que había estado un tiempo sumergida en su seno: fiel imágen de esa creencia suya sería, á no dudarlo, y hasta del antiguo Cáos la representacion de los mónstruos que se movían dentro de este. En el Museo del Louvre existe un bajo relieve que da lugar á creer esto, porque representa la navegacion de maderas traídas de allende los mares para las fábricas del rey Sargon, entre inmensa multitud de raros y fantásticos peces y reptiles, mónstruos y quimeras á cual más caprichosos y extravagantes que pululan entre las olas.

Prescindiendo ahora nosotros de los puntos de comparacion que se han hallado entre el Oannes de Beroso y otros personajes célebres de remotísima antigüedad, y dejando aparte la relacion de otros hombres peces que salieron de las aguas del golfo Pérsico, para instruir á los primitivos caldeos en las reglas de la civilizacion, segun lo refiere el mismo Beroso, que da por menores circunstanciados de todos ellos, examinemos los trozos de un antiquísimo poema caldeo, en el cual leeremos el génesis del mundo, tal como lo entendían ellos con sujecion á sus tradiciones.

Conviene, empero, para la mejor comprension y mayor claridad, que, ántes de trascribir esos trozos ó fragmentos, demos algunas noticias necesas-

rias respecto al hallazgo, y distribución de ese Poema en las diferentes planchitas que lo contienen.

El malogrado Jorge Smith, ilustre asiriólogo, muerto en la flor de su edad y cuando más esperaban de su talento y celo todos los amantes de los estudios de la antigüedad asiria, extrajo de entre las ruínas de la gran biblioteca del palacio de Sennacherib las importantísimas planchitas, pequeña parte de las muchísimas que, en su concepto, deben continuar enterradas en otros puntos de las ciudades que florecieron un día entre el Tígris y el Éufrates. En opinión del citado Smith debía componerse el Poema de la creación del mundo de doce planchitas, escritas en sus dos caras con más de cien líneas ó versos en cada una; pero ni una sola de estas doce planchas se encontró entera, habiéndose necesitado un inmenso caudal de paciencia y estudios para ordenarlas. Según el mismo Smith, apoyado en sólidas conjeturas, se remonta el Poema en cuestión al intervalo mediado desde Abraham á Moisés, lo que le daría una antigüedad de unos dos mil años anteriores á la venida de Jesucristo.

Smith tradujo y Oppert mejoró los fragmentos del Poema; nosotros los damos en castellano valiéndonos de estas traducciones, sujetándonos empero al rigor del sentido literal más que á la galanura del estilo que no hermosearemos en lo más mínimo, para no desfigurar la sencillez y genuína expresión del texto.

Comienza la primera plancha por el Cáos y la generación de los Dioses, dándonos los primeros versos del primer canto, que son como siguen:

1. Una vez, lo que hay en lo alto no se llamaba (todavía) Cielo;
2. Y lo que hay abajo sobre la Tierra, no tenía nombre.
3. El abismo infinito fué su origen (del Cielo y de la Tierra).
4. El mar, que engendró todas las cosas, era un Cáos.
5. Las aguas fueron reunidas juntamente. Entónces
6. había una oscuridad profunda sin ninguna claridad, un viento de tempestad sin reposo.
7. Una vez los Dioses no existían todavía,

8. ningun nombre era nombrado, ningun destino determinado.
9. Y fueron hechos los grandes Dioses.
10. El Dios Lakmu, el Dios Lakamu existieron (solos),
11. hasta que se aumentó (su número).
12. Los Dioses Assur y Kissur nacieron entónces.....
13. Gran número de días y mucho tiempo trascurrió.
14. El Dios Anu.....
15. Los Dioses Assur y.....

Hay otro fragmento cuya página no ha podido numerarse, donde se lee:

1. Cuando (tú estableciste) los fundamentos de la tierra,
2. el fundamento de la tierra tú lo llamaste.....
3. Tú hermosteaste el cielo.....

En la plancha quinta se lee la siguiente descripción:

1. Era satisfactorio todo esto, que había sido fijado por los grandes Dioses.
2. Las estrellas, su forma (en forma) de animales dispuso.
3. Para fijar el año mediante la observacion de sus constelaciones.
4. Doce meses (ó signos) de estrellas en tres series dispuso,
5. desde el día que comienza el año, hasta su término.
6. Él señaló las posiciones de los astros errantes, para brillar en su curso,
7. á fin de que no hagan mal alguno y no turben ninguno.
8. Las posiciones de los Dioses Belo y Hea él fijó,
9. y abrió las grandes puertas en las tinieblas.
10. Él hizo robustas puertas grandes á derecha é izquierda.
11. En su masa (el Cáos inferior) él produjo una ebullicion;
12. Al Dios Uru (la Luna) hízole salir fuera de allí, para gobernar la noche,

13. para hacer tambien de él el luminar de la noche hasta al nacer del día,
14. á fin de que el mes no fuese interrumpido y fuese regular en su todo.
15. Al principio del mes, al entrar de la noche,
16. Sus cuernos aparecen y brillan en el cielo.
17. El día séptimo comienza á agrandarse (y á ser) un cerco
18. y dura hasta la aurora.
19. Cuando el Dios Samas (el sol) al horizonte del cielo, á oriente
20.formado con belleza.....
21.en órbita Samas fué completo.....

La plancha séptima contiene un fragmento muy corto, y dice hablando de la creacion de los animales:

1. Cuando los Dioses en sus reuniones hubieron criado.....
2. eran satisfactes los grandes mónstruos.....
3. Estos hicieron de ellos criaturas vivientes.....
4. animales de los campos, bestias de los campos, y reptiles de los campos.
5. estos hicieron de ellos criaturas vivientes.....

Aunque no descubierto por Smith, conócese otro fragmento correspondiente á los anteriores, cuyos cuatro primeros versos no se hallaron, y dice:

5. Dios dijo tres veces el principio de un salmo.
6. El Dios de los sagrados cantos, de la religion y del culto
7. hizo sentarse mil cantores y músicos, y formó un coro
8. que debía responder de lleno á su himno.
9. Con un gran grito de desprecio estos interrumpieron su sagrado canto,

10. turbando, mezclando, confundiendo su himno de alabanza.
11. El Dios de la brillante corona resolvió dominar la rebelion;
12. hizo resonar una trompa que habria despertado á los muertos,
13. que á estos ángeles rebeldes impidió el regreso.
14. Hizo cesar su servicio, y los mandó á los Dioses que eran sus enemigos.
15. En lugar de ellos crió al género humano.
16. El primero que recibió la vida, habitó con él.
17. Pueda él dar su fuerza, no olvidar nunca su palabra,
18. siguiendo la voz de la Serpiente que sus manos hicieron.
19. Y pueda el Dios del divino lenguaje echar fuera de estos cinco mil estos mil malvados
20. que en medio de un canto celestial profirieron impías blasfemias.

¿Qué nos dicen estos fragmentos del estado de la civilizacion asiria en la época á que se refieren ó pertenecen? ¿Qué concepto puede formarse de sus ideas religiosas y filosóficas? Á primera vista se nota muy marcada semejanza entre esta cosmogonía y la mosaica; pero, en honor de la verdad, debemos confesar tambien que resulta de la comparacion de las dos una diferencia notabilísima.

Lo primero que se ocurre es la falta completa de espiritualismo en la teología de los caldeos. El panteismo y materialismo se descubre en primer término. El Cáos lo produce todo hasta los grandes Dioses. «Un abismo divide los dos conceptos de la Cosmogonía babilónica y de la bíblica, no obstante las más vivas semejanzas en cuanto á la forma exterior. Por un lado tenemos la materia eterna, organizada por un Demiurgo que emana del seno de sí mismo; por otro, el universo criado de la nada por la omnipotencia de un Dios; espíritu purísimo. El autor del Génesis, con el primer verso, *In principio* etc., poniendo el acto libre del Criador espiritual ántes de la existencia misma del Cáos, que el panteismo pagano creía anterior á todo, hace así que este Cáos, principio primero para los caldeos, y del cual ha-

bían salido los mismos Dioses, se convierta en una creacion, que el Eterno hace aparecer en el tiempo (1).

El politeismo, diametralmente opuesto al monoteismo mosaico, se desprende tambien desde el primer exámen de la narracion asiria. Los habitantes de las hermosas llanuras regadas por el Tigris y el Éufrates fueron desde remotísimos tiempos extravagantes politeistas, como que, segun ya lo hemos visto, al tratar del Egipto, eran ya idólatras los antecesores de Abrahan.

Si lo permitiera la naturaleza de nuestra obra entraríamos con gusto en la comparacion de las dos cosmogonías más antiguas que se conocen: la caldea y la mosaica; pero en la imposibilidad de hacerlo, indicaremos muy de paso una observacion hecha ya por otros autores. El sol obtiene preferencia á la luna en la cosmogonía mosaica, y al contrario en la caldea. La distincion á favor de la luna entre los caldeos explícase muy sencillamente por las muchísimas observaciones de dicho astro á que les brindaba el despejado cielo de su hermoso clima.

Pasemos ahora al estudio del magnífico episodio del Diluvio contado por las planchas cuneiformes de Nínive; pero ántes, para proceder á comparaciones, sigamos la narracion que nos da Beroso de aquel inmenso cataclismo.

« Muerto Oriartes, Xisuthrus su hijo reinó 18 sari. Durante su reinado ocurrió el gran Diluvio, cuya historia está referida de este modo en los documentos sagrados. *Cronos* se le apareció en sueños y le anunció que el 15 del mes de *daesius* (2) todos los hombres perecerían por un diluvio. Así que le mandó que tomara el principio, el medio y el fin de todo cuanto estaba consignado en escritos, y lo enterrara en la ciudad del sol en Sippara; despues, que construyera una nave y entrara en ella con su familia y con sus amigos más queridos; depositar en la nave provisiones de comer y beber; hacer entrar en ella los animales, volátiles y cuadrúpedos; finalmente, dis-

(1) LÉNORMANT. *Ensayo*, etc.

(2) El *sivan* de los asirios, mes del solsticio de verano.

ponerlo todo para la navegacion. Y preguntando Xisuthrus hacia qué parte debía dirigir el rumbo de su buque, fuéle contestado: *Hacia los Dioses*, y fuéle mandado que orara para que redundara esto en bien de los hombres.

» Xisuthrus obedeció, y construyó una nave de cinco estadios de largo y dos de ancho; recogió todo cuanto se le había mandado y embarcó á su esposa, á sus hijos y á sus amigos más queridos.

» Habiendo sobrevenido el diluvio, y decreciendo pronto, soltó Xisuthrus algunas de las aves. No habiendo estas hallado paso ni sitio donde posarse, volvieron á la nave. Al cabo de algunos días, Xisuthrus les dió nuevamente libertad, pero volvieron todavía á la nave con los piés llenos de barro. Finalmente, soltadas por tercera vez, no regresaron las aves. Entónces comprendió Xisuthrus que la tierra estaba descubierta; practicó una abertura en el techo de la nave y vió que esta se había parado encima de una montaña. Bajó pues con su mujer, con su familia y con su piloto; adoró la Tierra, levantó un altar y sacrificó en él á los Dioses: entónces desapareció junto con los que le acompañaban.

» Entretanto los que se habían quedado en la nave, no viendo volver á Xisuthrus, bajaron tambien ellos á tierra y empezaron á buscarle, llamándole por su nombre. No vieron más á Xisuthrus; pero se dejó oír una voz del cielo, que les mandaba fueran piadosos para con los Dioses, y que Xisuthrus recibía la recompensa de su piedad, habiendo sido arrebatado al cielo para morar de allí en adelante con los Dioses, y que su mujer, su hija y el piloto de la nave participaban de la misma honra. La voz dijo además á los que quedaban, que debían volver á Babilonia y, conforme á los decretos del destino, desenterrar las escrituras enterradas en Sippara, á fin de trasmitirlas á los hombres. Añadió que el país en donde se encontraban era la Armenia. Estos, despues de haber oído la voz, sacrificaron á los Dioses y volvieron á pié á Babilonia.

» Del buque de Xisuthrus, que se había finalmente parado en Armenia, subsiste todavía una parte en los montes Gordici en Armenia, y los peregrinos traen de allí el asfalto que han raspado de sus reliquias, del que se sirven para rechazar la influencia de los maleficios. En cuanto á los compa-

ñeros de Xisuthrus, vinieron á Babilonia, desenterraron las escrituras depositadas en Sippara, fundaron muchas ciudades, edificaron templos y restauraron á Babilonia.»

Eusebio, autor que hemos citado otras veces, nos ha conservado este fragmento, copiándolo de Alejandro Poliistore; y de Abideno copió el que sigue: «Después de Evedoreschus hubo más reyes, y finalmente Sisithrus, á quien *Cronos* anunció que el 15 del mes de *daesius* habría gran abundancia de lluvia. Dios le mandó pues que escondiera todo lo que componía las Escrituras en la ciudad del Sol en Sippara. Habiendo Sisithrus cumplido estas órdenes, navegó al punto hacia Armenia, porque en breve se confirmó la predicción de Dios. Al tercero día después de haber cesado la lluvia, soltó á muchas aves, para ver si descubrirían alguna tierra, sumergida ya por las aguas; pero no habiendo estas aves hallado en ninguna parte más que un mar dispuesto á engullirlas, y no pudiendo posarse en ningún sitio, volvieron á Sisithrus, quien soltó otras. Finalmente, habiendo salido con su intento la tercera vez, porque las aves habían vuelto con los pies cubiertos de barro, los Dioses le arrebataron de la vista de los hombres. Y de la madera de su nave, que se había parado en Armenia, los habitantes de la comarca hacen amuletos, que se cuelgan del cuello contra los maleficios.»

Hasta aquí Beroso.

El estudio que de la civilización hemos emprendido, aunque superior de mucho á nuestras fuerzas, nos obliga, ántes de entrar en el episodio del Diluvio, á extendernos en algunas explicaciones necesarias para aquellos de nuestros lectores que no estén al corriente de las llamadas *Leyendas de Izdubar*.

Este título dió el sabio asiriólogo Smith á la epopeya babilónica consignada en las planchitas de barro cocido procedentes de la biblioteca real de Nínive que adornaba el palacio de Sennaquerib, abuelo del rey Assurbani-pal que mandó hacerlas, copiándolas de otras cuya antigüedad se remonta á más de dos mil años ántes de Jesucristo, según opinan los más autorizados asiriólogos, entre otros Smith y Lenormant (1).

(1) SMITH. *Chaldean Account*, etc.—LENORMANT. *Les premières Civilisations*, etc.

Doce planchas de seis columnas cada una, con cuarenta ó cincuenta líneas cada columna, componen el poema. Ni una sola de estas salió entera de los escombros que las envolvían, pero la undécima, donde está el episodio del Diluvio, es la ménos averiada.

Cilindros antiquísimos descubiertos en las ruínas de Babilonia han confirmado, por decirlo así, la lectura de las *Leyendas de Izdubar*, porque se ven grabados en ellos muchos de los pasajes mencionados en las planchas, de donde se desprende que los hechos narrados en las *Leyendas* eran populares en la Caldea en una época remotísima que asciende á más de veinte siglos ántes de nuestra era cristiana.

Hasta ahora han sido impotentes los esfuerzos de la ciencia para descubrir el verdadero nombre de Izdubar, héroe de la epopeya caldea, protagonista de todas las empresas en ella narradas. La lectura fonética da este nombre; pero la ideográfica, tal como la pronunciarían los asirios, es todavía desconocida. Sólomente por conjeturas opinan Smith y Lenormant que el Izdubar del poema es el Nembrod de la Biblia, y se fundan para opinar así en los muchos puntos comparativos que ofrecen las hazañas de Izdubar con los hechos sabidos de Nembrod, como son las luchas con fieras, las conquistas llevadas á cabo y la dilatacion consiguiente de su reino, etc., etc.

Ántes hemos dicho ya que el poema estaba contenido en doce planchas que forman otros tantos capítulos ó cantos, correspondiendo uno de estos para cada una de aquellas, cuyos sumarios pueden reducirse á lo siguiente: En los cinco primeros cantos se narran las luchas del héroe con varios mónstruos fieros, los sueños misteriosos que tuvo, la alianza que contrajo con Heabani, ilustre sabio convertido en compañero y consejero, y la conquista de Erech, una de las tres ciudades que el Génesis atribuye al primer imperio de Nembrod, matando al tirano extranjero Umbada que la dominaba. En el canto sexto se refieren los amores de Istar, que es como si dijéramos la Vénus de Caldea; y las proposiciones de casamiento que presenta á Izdubar, la negativa del héroe, los enojos de la Diosa y su bajada al infierno que forma el sumario del canto séptimo. Contiene el octavo la muerte del sabio Heabani, el dolor de Izdubar, la enfermedad que á éste

aqueja y las angustias que le causa el temor de morir. Izdubar quiere sustraerse de este último enemigo del hombre, para lo cual decide consultar á Hasisadra, que es el último de los reyes antediluvianos, que tenía fama de haber conquistado la inmortalidad y vivir dichoso en una lejana region ignorada. Hasisadra es el personaje de Beroso llamado Xisuthros ó Sisithros. Va el héroe en su busca, y despues de varios viajes, que forman con otras peripecias el asunto del canto nono, se encuentra con Urhamsi, experimentado piloto, junto con el cual, y construída una nave, desciende Éufrates abajo hasta cerca de su desembocadura. Todo esto forma el objeto del canto décimo. En la desembocadura del Éufrates encuentran á Hasisadra, dormido en una orilla, de la cual les separa un brazo de río que ellos, pobres mortales, no pueden vadear; en semejante apuro le llaman desde léjos, é Izdubar les propone la gran cuestion acerca de la vida y la muerte, proclamando la respuesta del inmortal la ley sin exclusion ninguna de muerte para todos los hombres. La plancha décima termina así: «La Diosa Mausit, la creadora del destino, les asigna la suerte fatal; ella ha determinado la muerte y la vida; pero el día de la muerte es desconocido.» No satisfecho Izdubar con semejante respuesta, pregunta nuevamente á Hasisadra, diciéndole ¿cómo se hizo inmortal? movido por la esperanza que abriga de obtener él tambien la inmortalidad, valiéndose de los mismos medios. Esta pregunta es el comienzo de la plancha undécima, y para contestarla comienza Hasisadra á contar extensamente la historia del Diluvio, dando á entender al protagonista Izdubar que la inmortalidad y el haberse librado del naufragio universal fué la recompensa de su piedad.

Sabido ya el sumario del poema, daremos ahora una muestra de su estilo, traduciendo el episodio del Diluvio, por ser el único que nos ofrecerá comparaciones seguras y fáciles, para venir en conocimiento de la civilizacion caldea en sus manifestaciones literarias, que lo serán á la vez de sus creencias religiosas y opiniones filosóficas, sirviéndonos ademas de guía para formarnos ideas, aunque más confusas, de sus manifestaciones artísticas.

Nuestra lealtad, como siempre, debe algunas explicaciones á nuestros lectores. Smith y Lenormant han sido los primeros que han interpretado las

planchas cuneiformes; pues bien, la traducción que nosotros ofrecemos no puede apartarse absolutamente de la interpretación de Smith, aclarada en algunos puntos por notas debidas á Lénormant. Los primeros versos que Smith tradujo, leyólos por primera vez el 3 de diciembre de 1872 á la Sociedad de Arqueología bíblica de Lóndres, y son como siguen:

1. Al país de Nizir llegó la nave;
2. La montaña de Nizir detuvo la nave y no pudo pasar de allá.
3. El primer día y el segundo día, la montaña de Nizir, la misma;
4. El tercero día y el cuarto día, la montaña de Nizir, la misma;
5. el quinto y el sexto, la montaña de Nizir, la misma.
6. En el séptimo día, en su curso,
7. despedí una paloma, y partió. La paloma voló, y dió vueltas y
8. lugar de descanso no halló, y volvió.
9. Solté un cuervo y partió.
10. El cuervo partió, y vió los cadáveres sobre las aguas y
11. los comió; él nadó y anduvo errando léjos y no volvió.
12. Hice salir á los animales á los cuatro vientos. Derramé una libacion,
13. edificué un altar en la cumbre de la montaña, etc., etc....

La ilustracion de nuestros lectores comprenderá fácilmente no sólo los obstáculos que se presentan para la perfecta y exacta traducción de unas oraciones tan concisas y en estilo tan primitivo, sino la necesidad que hay de atenerse al sentido literal de las frases, cuya circunstancia quita al parecer todo el mérito, cuando en realidad es su mayor quilate, porque no hay atavíos con que vestir y engalanar la desnudez del periodo. Las planchas que vamos ahora á traducir son documentos que se remontan no sólo muchos siglos más allá de la cautividad de Babilonia, sino tambien del mismo Moisés, y de paso diremos que la circunstancia de ese hallazgo destruye por su base la objecion de que las narraciones de Beroso, contemporáneo de Alejandro Magno, debieran su origen á la estancia de los hebreos en Babilonia ó á los escritos de Moisés, de donde las hubiese él sacado.

Pero, acudamos ya á la curiosidad legítima por cierto de nuestros lectores y veamos la *Historia del Diluvio*.

1. Izdubar de esta manera aún dijo á Hasisadra desde léjos:
2. Yo considero la causa,
3. porque tú no me repitas por tu parte,
4. y tú no me repitas por tu parte,
5. tu apartamiento, mi corazon para guerrear
6. solicita (?) de tí, yo bajo hacia tí.
7.(dime) cómo lo hiciste y en la reunion de los Dioses, viviendo, tú estás colocado.
8. Hasisadra de esta manera tambien dijo á Izdubar:
9. Revélesete, ó Izdubar, la historia arcana
10. y el juicio de los Dioses se te refiera.
11. La ciudad de Surippak, la ciudad donde tú estás, no..... situada
12. aquella ciudad es antigua..... los Dioses dentro de ella
13.su siervo, los grandes Dioses
14.el Dios Anu,
15.el Dios Bel,
16.el Dios Ninip
17. y el Dios..... señor del Hades (1)
18. su voluntad reveló él en medio (2)..... y
19. su voluntad yo escuché y él me habló:
20. Uom de Surippak, hijo de Ubaratutu (3).

(1) O, « de la region interna. » Lénormant interpreta: señor de la region inmutable, esto es, « de la region subterránea donde bajan los muertos. »

(2) En medio (de la noche). Lénormant.

(3) Ubaratutu es el Otiartes ú Obartes, noveno rey antediluviano, antecesor de Xisuthrus. Así se lee en Beroso.

Más de una vez nos hemos referido á los diez reyes antediluvianos citados por Beroso, y son por el órden siguiente: Alorus, Alaparus, Amelon, Ammenon, Megalarus, Daonus, Evedoracleas, Amempsinus, Otiartes, Xisuthrus.

Jorge Sincello, tomándolo de Abideno, uno de los antiguos comentaristas de Beroso, dice hablando de estos reyes:

«Dícese que el primer rey de estas regiones (de la Caldea) fué Alorus, y refiere la tradicion que la Divinidad le escogió por Pastor del pueblo..... Despues de él reinó Alaparus, despues Amillarus, de la ciudad de Pantibibla. En el reinado de éste se vió salir fuera del mar al segundo Annedotus, semidios, semejante por la figura á Oannes. Vino despues Ammenon, de Pantibibla, despues Megalarus de Pantibibla. El reinado siguiente fué el de Daos, Pastor de Pantibibla. Entónces fué cuando vinieron de

21.fabrica una nave segun este.....
22.yo destruyo (?) el pecador y la vida.....
23.haz entrar (?) la semilla de vida, cuanta hay, en medio de la nave (1).
24. La nave que tú fabricarás,
25. 600 (?) codos será la medida de su longitud, y
26. 60 (?) codos el valor de su ancho y de su altura.
27.lanzada en el profundo.
28. Yo comprendí y dije á Hea, mi Señor:
29. La nave que tú me mandas fabricar,
30. cuando la habré fabricado
31. jóvenes y viejos se me reirán.
32. Hea abrió su boca y habló y díjome á mí, su siervo:
33.tú les dirás
34.él se ha rebelado contra mí y
35.fijado sobre mí
36.á manera de cavernas.....
37.de arriba y de abajo
38.cierra la nave.....
39.la inundacion que yo os enviaré,
40. entra en ella y cierra la puerta de la nave.
41. Dentro de ella tu grano, tus muebles y tus haberes,
42. tus riquezas, los siervos de tu esposa, las mujeres tus esclavas y los jóvenes,
43. las bestias del campo, los animales del campo, todos los reuniré yo y
44. te los enviaré, y serán encerrados dentro de tu puerta.
45. Adrahasis (Hasisadra) abrió su boca y habló y

mar á tierra cuatro seres de doble naturaleza, cuyos nombres son: Eneudotus, Eneugamus, Eneubulus, Anemeutus. Despues, bajo el reinado siguiente de Evedoreschus, apareció Anodaplus. Despues de este último príncipe reinaron muchos otros, y finalmente Sisuthrus, de manera que se cuentan entre todos diez reyes.....»

(1) Haz entrar la semilla de vida de la totalidad de los seres, para conservarlos.—Lénormant.

46. dijo á Hea, su señor:
47. Ninguno fabricará la nave...
48. en la tierra fijada...
49. pueda yo ver tambien la nave...
50.en el terreno la nave...
51. la construccion de la nave que tú me mandas...
52. que en...

*
* *

1. robusto...
2. en el quinto día... ella
3. en su circuito 14 medidas... su corpulencia,
4. 14 medidas ella medía... sobre de ella
5. yo coloqué su techo, ella... la cerré.
6. Navegué en ella por la sexta vez; examiné su externo la séptima vez;
7. su interno examiné la octava vez.
8. Tablas contra las aguas dentro de ella coloqué.
9. Ví hendiduras y las partes necesarias junté.
10. 3 medidas de betun derramé en los costados externos.
11. 3 medidas de betun derramé en los costados internos.
12. 3..... hombres llevando sus cestos, ellos construyeron cajas.
13. Yo puse en las cajas la ofrenda que ellos sacrificaron.
14. Dos medidas de cajas yo había distribuido á los bateleros.
15. Á..... fueron sacrificados bueyes.
16. polvo, y
17. vino en odre de cabra
18. yo recogí, como las aguas de un río, tambien
19. comida, como el polvo de la tierra, tambien

20. yo recogí, en cajas por mi mano puse otra vez.
21. Samas (1)... el material de la nave ultimó.
22. robusto y
23. los remos de caña, de la nave, hice traer encima y debajo.
24. ellos anduvieron en los dos tercios de ella.
25. Cuanto yo poseía, su valor, cuanto yo poseía, su valor, (en) plata,
26. cuanto yo poseía, su valor, (en) oro,
27. cuanto yo poseía, su valor, la semilla de la vida, todo
28. lo introduje en la nave, todos mis siervos varones y mis siervas hembras,
29. la bestia del campo, el animal del campo, los hijos del pueblo todos, les hice entrar.
30. Samas hizo una inundacion y
31. habló diciendo en la noche: «Yo haré llover excesivamente,
32. entra en el seno de la nave y cierra tu puerta.»
33. Aquella inundacion llegó, de la que
34. él habló diciendo en la noche: «Yo haré llover del cielo excesivamente.»
35. Aquel día, yo celebré su fiesta,
36. el día de expectacion, yo tuve temor.
37. Yo entré en el seno de la nave y cerré mi puerta.
38. Para cerrar la nave, á Buzur—sadirabi, el batelero,
39. el palacio yo dí con sus bienes (2)
40. *Ragmu—seri ina—namari* (3)
41. se levantó, desde el horizonte del cielo extendiéndose y extensamente.
42. Vul (Dios de la atmósfera y de las tempestades (4) en medio de él tronó, y

(1) Ya sabemos que significa el sol (Divinidad).

(2) 38. Para guiar la nave hacia los lugares inaccesibles de las grandes montañas, al piloto
39. yo confié la habitacion, en su mano. —Lénormant.

(3) Smith dejó este verso sin interpretar. Lénormant le dió esta traduccion: El furor de una tempestad, por la mañana.

(4) Lénormant le da el nombre de Bin.

43. Nebo y Saru caminaron de frente,
44. los portadores del trono (1) caminaron en las montañas y las llanuras,
45. el destruidor Nergal derribó,
46. Ninip marchó de frente y abatió,
47. los Espíritus (2) trajeron la destrucción,
48. en su gloria estos barrieron la tierra;
49. La inundación de Vul llegó hasta el cielo.
50. La tierra brillante fué cambiada en un desierto (3).

*
* *

1. La superficie de la tierra, como..... ella barrió,
2. destruyó toda vida de la haz de la tierra.....
3. el fuerte diluvio sobre el pueblo, llegó hasta el cielo
4. El hermano no vió (más) á su hermano, las gentes no se conocían (más entre sí). En el cielo.

(1) Lénormant interpreta aquí *devastadores*. En lengua asiria se llamaban Guzalu los espíritus de destrucción y se incluían entre los demonios.

(2) Estos espíritus llamábanse *Anunnaki*, ó, mejor dicho, *Anunna irsiti*, y eran unos Genios de segundo orden, de terrible poder, pero que dependían del Dios Anu.—Lénormant.

(3) Lénormant inserta aquí otra plancha cuneiforme, señalada K 136 en la colección del Museo Británico, y le acompaña un magnífico pasaje que es á todas luces de inmejorable parecido á la terrible descripción dada en la Biblia de la gran catástrofe. La traducción, tomándola de la de Lénormant, es como sigue en castellano:

1. Un mandato (salió) del medio del mar.
2. Una orden (salió) del medio de los cielos,
3. una tempestad cubrió la tierra, como.....
4. Á los cuatro puntos cardinales ella esparció el terror; destruyó como el fuego,
5. al pueblo de las ciudades impresionó tanto que no podía más sostenerse en los riñones, é inspiró el terror;
6. en las ciudades y en los campos les llenó de estupor y de silencio;
7. hombre libre y esclavo ella abatió y
8. en el cielo y en la tierra como un huracán de granizo ella hizo llover, y se hinchó en inundación.
9. Hacia los santuarios de sus Dioses ellos huyeron, y buscaron un refugio
10.sus potentados..... ellos oraron, y como.....
11.á un mismo tiempo la muerte (les cogió).

5. los Dioses tuvieron miedo á la tempestad y
6. buscaron un refugio; estos subieron hasta el cielo de Anu.
7. Los Dioses, como perros estrechados en cuadrilla, (eran) abatidos.
8. Istar hablaba como un niño,
9. Rubat pronunció su discurso (1):
10. «Todos se han vuelto á la corrupcion (2), y
11. entónces, en presencia de los Dioses, yo profeticé la desgracia.
12. Cuando, en presencia de los Dioses, yo profeticé la desgracia,
13. á la desgracia fué dado por presa todo mi pueblo, y yo profeticé
14. así: Yo he procreado á mi pueblo, y
15. como los hijos de los peces ellos llenan el mar (3).»
16. Los Dioses, mirando á los Espíritus, lloraban con ellos (4);
17. los Dioses, en (sus) asientos estaban sentados lamentándose,
18. cubiertos (cerrados) estaban sus labios por causa de la desgracia
sobreviniente.
19. Seis días y (seis) noches
20. pasaron; el viento, el diluvio (5), y la tempestad dominaban.
21. En el séptimo día, en su curso, la tempestad se calmó, y todo el
diluvio
22. que había destruído, á manera de un terremoto,
23. cesó. El mar hizo él secar (6), y el viento y el diluvio terminaron.
24. Yo ví el mar que se agitaba;
25. y todo el género humano vuelto á la corrupcion (7),
26. á manera de perro, los (sus) cadáveres sobrenadaban.

(1) 7. Los Dioses, como perros que esconden sus rabos, se encogieron.

8. Istar pronunció un discurso,

9. la más grande de las Diosas habló su palabra. — Lénormant.

(2) 10. El mundo se ha vuelto al pecado. — Lénormant.

(3) 14. así: Yo he procreado al hombre: que él no sea más

15. como los hijos de los peces que llenan el mar. — Lénormant.

(4) 16. Los Dioses, al igual que los Espíritus, lloraban con él. — Lénormant.

(5) En el asirio se llama Abubu.

(6) El mar se secó. — Lénormant.

(7) 24. Yo fuf llevado al traves del mar. Quien habia hecho el mal,

25. y todo el género humano, que se había vuelto al pecado. — Lénormant.

27. Yo abrí la ventana, y la luz dió en mi rostro,
 28. ella pasó. Yo me senté y lloré,
 29. por mi rostro corrían mis lágrimas.
 30. Yo reconocí la playa en el confin del mar;
 31. doce medidas subía sobre la tierra (1),
 32. Al país de Nizir llegó la nave;
 33. la montaña de Nizir detuvo la nave, y no pudo pasar de allá.
 34. El primer día y el segundo día, la montaña de Nizir, la misma;
 35. el tercero día y el cuarto día, la montaña de Nizir, la misma;
 36. el quinto y el sexto, la montaña de Nizir, la misma.
 37. En el séptimo día, en su curso,
 38. solté una paloma, y partió. La paloma voló, y dió vueltas y
 39. lugar de descanso no halló, y volvió.
 40. Yo solté una golondrina, y partió. La golondrina voló y dió vuel-
 tas y
 41. lugar de descanso no halló, y volvió.
 42. Solté un cuervo, y partió.
 43. El cuervo voló, y vió el descenso de las aguas, y
 44. él comió (2), él nadó y anduvo errando léjos y no volvió.
 45. Hice salir á los animales á los cuatro vientos. Yo derramé una li-
 bacion;
 46. yo edificué un altar en la cumbre de la montaña;
 47. corté yerbas de siete en siete;
 48. en sus bases coloqué cañas, pinos y *simgar*.
 49. Los Dioses acudieron á su perfume, los Dioses acudieron á su buen
 perfume;
 50. los Dioses, como moscas, sobre el sacrificio se amontonaron.

(1) 27. Yo abrí la ventana, y la luz entró en mi asilo,
 28. esta pasó, yo me senté tranquilo y
 29. á mi asilo vino la paz.
 30. Yo fui llevado sobre de la playa, al confin del mar;
 31. hasta 12 codos en todo (la nave) subió sobre de la tierra. —Lénormant.
 (2) 43. El cuervo partió, y vió los cadáveres sobre las aguas y
 44. los comió. —Lénormant.

51. De tiempo antiguo tambien Rubat en su curso
 52. el grande esplendor de Anu había criado. Cuando la gloria
 53. de aquellos Dioses en fascinacion alrededor de mi cuello yo no que-
 ría dejar; (1)

*
* * *

1. en aquellos días yo rogué, que por siempre yo no las dejase (2).
 2. Vengan los dioses á mi altar;
 3. no venga Elu á mi altar,
 4. porque él no tuvo consideracion, y ha hecho un diluvio,
 5. y á mi pueblo envió al profundo.
 6. De tiempo antiguo tambien Elu en su curso
 7. vió la nave, y lleno de cólera Elu dirigióse á los Dioses y á los
 Espíritus:
 8. « Ninguno salga de aquí vivo, ningun hombre se salve del profundo. »
 9. Ninip abrió su boca y habló y dijo al guerrero Elu:
 10. « Quién, pues, interrogará á Hea acerca de lo que ha hecho? » (3).
 11. y Hea lo sabía todo.
 12. Hea su boca abrió y habló y dijo al guerrero Bel:
 13. « Tú príncipe de los Dioses guerrero,
 14. « cuando estás encolerizado, mandas un diluvio;
 15. « el pecador hizo su pecado, el malhechor ha hecho su mal;
 16. « (pero) el príncipe justo ¡ay! que él no sea despedazado, el fiel no
 sea destruído

(1) 51. De léjos, al mismo tiempo, el Dios supremo al acercarse
 52. produjo la gran luz de Anu; entónces la gloria
 53. de aquellos Dioses, semejante á piedra preciosa brillante, yo no podía sostenerla. — Lénormant.
 (2) 1. En aquellos días yo rogué, que por siempre yo no debiese sufrir. — Lénormant.
 3) 10. « Quién será salvo entónces? » Nonah (Hea) expresó su voluntad,
 11. y Nonah lo sabía todo. — Lénormant.

17. « en lugar de mandar tú un diluvio, sean multiplicados los leones y los hombres sean disminuídos;
18. « en lugar de mandar tú un diluvio, sean multiplicados los leopardos y los hombres sean disminuídos;
19. « en lugar de mandar tú un diluvio, llegue una carestía y el país sea destruído;
20. « en lugar de mandar tú un diluvio, sea multiplicada la pestilencia y los hombres sean destruídos. »
21. No me puse á escudriñar los juicios de los Dioses.
22. (Á) Adrahasis un sueño estos enviaron, y él oyó el juicio de los Dioses.
23. Cuando su juicio estuvo terminado, Bel montó en el seno de la nave.
24. Él me tomó de la mano y me levantó,
25. hizo levantar y conducir mi mujer á mi lado;
26. él hizo una alianza, estableciendo un pacto, y dió esta bendicion,
27. en presencia de Hasisadra y del pueblo así:
28. « Cuando Hasisadra y su esposa y el pueblo, para ser como los Dioses, serán arrebatados;
29. « entónces Hasisadra habitará en un lugar remoto, en la embocadura de los ríos. »
30. Estos me tomaron, y en un lugar remoto, en la embocadura de los ríos me establecieron (1).

Á pesar de la oscuridad que se nota en el transcrito episodio del poema de Izdubar, efecto de la difícil interpretacion de su original asirio, se habrán

(1) En la traduccion de Lénormant hay en estos últimos versos las siguientes variantes:

24. Él me tomó de la mano y me condujo fuera, á mí
25. él condujo fuera, é hizo conducir mi esposa á mi lado.
26. Él purificó el país, estableció un pacto y tomó (en mano) al pueblo
27. en presencia de Sisithrus y al pueblo.
28. Entónces Sisithrus y el pueblo para ser semejantes á los Dioses, fueron quitados;
29. entónces Sisithrus habitó en un lugar apartado en la embocadura de los ríos.
30. Estos me tomaron, y me establecieron en un lugar apartado en la embocadura de los ríos.

formado nuestros lectores una idea aproximada de la narracion, y si la comparan con el texto de Beroso, que ántes hemos dado, se convencerán de la acreditada exactitud, proverbial ya en este autor, cuando refiere en sus *Antigüedades* las tradiciones de su país.



Continuando en nuestro propósito de dar ideas generales de la civilizacion asiria fundadas en los descubrimientos modernos de sus antiguos monumentos, examinaremos rápidamente algunos datos que nos demostrarán la inmensa grandeza de aquellos pueblos en épocas no comprendidas en la historia, y ateniéndonos á la importancia histórica y geográfica de los puntos explorados, comenzaremos por la gran capital del Imperio caldeo, superior á todas las demas ciudades por su poder, celebridad y esplendor, como ya lo era tambien por su venerable antigüedad. Todo cuanto han revelado acerca de Babilonia los modernos descubrimientos, ha tenido la inmensa ventaja de poderse comparar con lo que de ella nos legaron los historiadores más antiguos, cuyas relaciones han recibido solemne confirmacion despues de trascurridos tantos siglos.

Bajo el reinado de Nabucodonosor llegó Babilonia á su mayor pujanza. El rey Assarhaddon (siglo VII ántes de Jesucristo) la mandó cerrar de un doble recinto cuadrado de murallas rodeadas de fosos, como consta en la inscripcion debida á él mismo, y encontrada en el mismo sitio, cuyo contenido es el siguiente: «Bab-Ilu (*Babilonia*) es la ciudad de las leyes, Imgur-Bel (1) es su baluarte, Niviti-Bel (2) su cintura. Yo he levantado estas construcciones desde los fundamentos hasta su cima; yo las he hecho fabricar, yo las he hecho fortificar. Yo he hecho hacer las imágenes de los Dioses, les he hecho honrar, he restaurado sus mansiones eternas que estaban deteriora-

(1) *Imgur-Bel* era su foso exterior.

(2) *Niviti-Bel* era su foso interior.

das..... yo he sometido á los hombres de Bab-Ilu á las leyes que he fundado y que he hecho» (1). El cercado ó muro mayor, segun nos refiere el mismo Ménant, medía cuatrocientos ochenta estadios, correspondiendo ciento veinte por cada uno de sus cuatro lados, que formaban un verdadero cuadrado; el otro muro medía trescientos sesenta estadios, equivalente todo el espacio cercado á una superficie de quinientos catorce kilómetros cuadrados; área inmensa, apénas creíble, que da á Babilonia una proporcion siete veces mayor que la del París actual.

Como la mayor parte de las ciudades de fundacion antigua, estaba Babilonia atravesada por un río, el Éufrates, que la cruzaba de noroeste á sudeste en línea diagonal. Si hemos de dar crédito á Herodoto, había más de cien puertas, de bronce todas, en los muros de Babilonia, flanqueados estos por torres, parte de cuyas ruínas se ven aún actualmente. Entre estas cien puertas sobresalían cuatro, abiertas precisamente en los cuatro ángulos formados por los lados del cuadrado, llamadas de Semíramis la del ángulo noroeste, de Nínive la del noreste, de los Caldeos la del sudeste y de Belo la del sudoeste. Al igual de lo que sucedió en la ciudad de Ampurias, que estaba dividida en dos ciudades separadas por una muralla, cuyas puertas se cerraban de noche, para sellar así la distincion de griegos y marselleses, tambien estuvo Babilonia dividida, por decirlo así, en varias ciudades distintas, bien que estas no estaban separadas por murallas, como Ampurias, sino por vastos jardines, quintas, palacios, monumentos y templos diseminados en tan vasto recinto. Babilonia propiamente dicha, la Bab-Ilu de las antiguas inscripciones, como reina de todas, ocupaba el centro del cuadrado, y á su vez estaba tambien dividida esta en otras dos, una de las cuales, la aristocrática, ó ciudad real, se componía de un inmenso grupo de fortalezas, templos, palacios y jardines reales, cercada toda por una triple muralla, y la otra la plebeya, ó ciudad popular, se levantaba alrededor de la aristocrática, á entrambos lados del río Éufrates. Las otras dos ciudades se llamaban Cutha la del extremo noreste, y Borsippa la del punto opuesto.

(1) MÉNANT. *Babilonia y Caldea*.

Con vivo sentimiento de nuestra alma debemos ahora, como otras muchas veces, renunciar al deseo y vencer la tentación que sentimos de extendernos en pormenores interesantísimos sí, pero impertinentes á la índole de nuestra obra, que no es una excursión arqueológica, sino una revista que se diga de los grados de civilización á que llegaron las diversas naciones del globo. A no ser por esto, diríamos aquí lo que los descubrimientos modernos han revelado de la ciudad de Cutha asentada sobre la colina Oheymir, daríamos las descripciones que Herodoto y Diodoro de Sicilia nos legaron de las magnificencias babilónicas, las compararíamos con lo que nos revelan las modernas exploraciones de la Caldea, y formaríamos un concepto cabal de aquellos pueblos tan mal conocidos hasta ahora. Sin embargo, como no podríamos concebir exactamente la civilización, objeto de nuestros estudios, sin examinar sus manifestaciones en las diversas formas con que puede presentárenos, se nos hace indispensable detenernos aquí un momento delante de las imponentes ruínas de uno de los principales monumentos de Borsippa, la ciudad del sudoeste de Babilonia. Aludimos á la Torre de Nembrod, la Birs-Nimrud de los árabes.

Mide esta torre en su base más de setecientos metros de circunferencia, y se levanta sobre un monte de ladrillos y trozos de barro cocido, según costumbre de las construcciones asirias, llegando á una altura de 46 metros. Muchísimos restos de ruínas babilónicas dan evidentes indicios de destrucción producida por incendio, por lo cubiertas que están de escorias. Esto ha dado lugar á equivocaciones entre viajeros que han visitado estas ruínas, por haber creído rocas lo que eran vitrificaciones. Además de estas enormes rocas, que son completas vitrificaciones, se encuentran grandes troncos de pilastras que se conservan todavía en pié hasta la altura de unos diez metros, pero tan deteriorados en sus aristas y caras que no hay medio de reducirlos á su primitivo estado. El edificio estaba orientado. El orientalista Rawlinson encontró entre sus escombros cuatro cilindros de barro cocido, que han dado la historia de la primera fundación y posterior restauración del monumento hecha por Nabucodonosor, cuya historia comienza de esta manera: « Yo soy Nabu-Kudur-usur, rey de Bab-ilu, siervo fiel, prenda del afecto inmutable

de Marduk, el Issakku supremo, que ensalza la gloria de Nabo, el salvador, el prudente que presta atento oído á los preceptos del Dios supremo, el Sakkanaku sin pecado, el reedificador del Bit-Saggatu y del Bit-Zida, hijo primogénito de Nabu-pal-usur, rey de Bab-ilu, etc., etc.» (1) Más adelante daremos íntegra toda esta inscripción por el mucho valor histórico que envuelve.

El Bit-Zida de que habla Nabucodonosor en la inscripción conmemorativa, que es precisamente el monumento á que nos referimos, era una pirámide de unos ochenta metros de altura cuya base era cuadrada, compuesta de siete torres superpuestas y en disminución hacia su cúspide. En la última torre, que formaba el vértice, había el templo del dios Marduk, á cuya divinidad, por lo visto en la dedicatoria de Nabucodonosor, estaba consagrado el monumento. Las torres eran desiguales en su altura, y distintos también los colores que ostentaban los barnices de los ladrillos que los formaban, representando el astro ó el planeta de su dedicatoria. Aún actualmente, ateniéndonos á los diversos colores de los ladrillos amontonados en las ruínas, podemos inferir el orden que observaban y subiendo desde la base á la cúspide eran: negro, blanco, anaranjado, azul, encarnado, plata y oro correspondientes según las aplicaciones de los babilonios y asirios á Saturno, Vénus, Júpiter, Mercurio, Marte, Luna y Sol (2). Como á consecuencia de esto y conformándose con el lenguaje alegórico y poético de los pueblos orientales tan exactos y precisos en sus imágenes, tiene también el Bit-Zida en las inscripciones cuneiformes el expresivo nombre de «Templo de los siete luminares de la Tierra.» Estas pirámides asirias, formadas por diversos planos superpuestos, distintas de las egipcias construídas lisas, son los monumentos conocidos con el genérico nombre de *Zigurrat*, bien que luego después se distinguía cada una con el calificativo especial que formaba su nombre propio. Estos monumentos estaban siempre orientados: sus planos ó torres no tenían número fijo, bien que parece no excedieron de siete.

(1) MÉNANT.—*Babilonia y Caldea.*

(2) FINZI.—*Ricerche per lo studio dell' antichità Assira.*

Se han encontrado muchos *Zigurrat* en Babilonia y Nínive, Ur y Eridu, Khorsabad, Colach y otros puntos de Caldea y Asiria.

*
* * *

Hagamos aquí alto, y dando de mano á lo expuesto hasta ahora, imitemos á la naturaleza que sabe alternar las sucesiones de sus fenómenos para evitar la fatiga causada por la monotonía, y sin faltar á nuestro propósito ni apartarnos del plan propuesto en esta obra, permítamonos una pequeña digresion que no ha de pesar á nuestros benévolos lectores.

Acabamos de mentar el *Zigurrat Bit-Zida*, y no puede pronunciarse este nombre, sin ocurrirse, por la ley de las ideas relativas, el de la Torre de Babel ó de las lenguas en Babilonia. Los recientes estudios asiriólogos acerca de este punto de historia bíblica son demasiado interesantes, para que no sintiéramos vivos remordimientos si los pasáramos por alto, máxime pudiendo aclarar una dificultad científica é histórica harto relacionada con la civilizacion de aquella época, que nos importa mucho conocer.

La relacion que existe entre el *Zigurrat Bit-Zida* y la Torre de Babel se funda, en opinion de muchos, en que el nombre de Borsippa ó Barsip, significa precisamente « Torre de las lenguas », confirmando con este significado las tradiciones antiguas del Oriente, que fijan el sitio del emplazamiento de la Torre de Babel en el mismo cabalmente donde están las ruínas del *Zigurrat* mencionado.

Si existen estas tradiciones ¿se fundan en datos atendibles? La existencia no puede ponerse en duda; porque dan fe de ella los orientalistas asiriólogos que han explorado aquellas regiones y estudiado todo lo notable que hay en ellas, relacionado con los profundos estudios que allí han hecho. Fuera de duda ya su existencia no sólo en las regiones bañadas por el Tigris y el Éufrates, donde las encontraron Lénormant y Maspero (1), sino tambien

(1) LÉNORMANT.—*Manual de historia, etc.*—MASPERO.—*Historia antigua de los pueblos, etc.*

entre los chinos, en cuyos libros sagrados se conserva (1), y entre los mejicanos donde la encontró d'Humboldt (2), se ha sellado esta tradicion con la autenticidad de los documentos cuneiformes, prueba desde ahora irrecusable de los fundamentos sólidos, auténticos, en que se apoya.

Por no retardar la satisfaccion de la curiosidad de nuestros lectores, diremosles de pronto que el malogrado Smith fué el primero que notó el descubrimiento de la narracion de la Torre de Babel entre los restos rotos de una tableta asiria, procedente de Nínive y depositada como tantas otras en el Museo Británico. Muy deteriorada está desgraciadamente esa preciosa reliquia que recuerda un acontecimiento único en los anales del mundo y en la vida de la humanidad; pero así y todo la traduccion del resto más importante para nuestro objeto, satisfará la exigencia más pronunciada. Hé aquí ahora la traduccion, tomándola de la dada por Smith.

1. ellos (?) el padre.....
2. de él, su corazon era malvado
3. contra el Padre de todos los Dioses era incuo
4. de él su corazon era malvado.
5. Babilonia reducida á sujecion,
6. (pequeños) y grandes, él confundió su lenguaje
7. Babilonia reducida á sujecion,
8. (pequeños) y grandes, él confundió su lenguaje.
9. Su fortaleza (la torre) durante todo el día ellos fundaban;
10. á su fortaleza en la noche
11. enteramente él ponía fin.
12. En su cólera tambien así él habló:
13. (a) dispersar léjos él volvió su rostro
14. él dió esta (?) órden, su consejo fué confundido
15. el curso él interrumpió
16. fijó el santuario.

(1) D'ANSELME.—*Mundo pagano.*

(2) ALEJANDRO D'HUMBOLDT.—*Vistas de las Cordilleras.*

Otra inscripcion viene en apoyo de esta, de la cual hemos hablado poco ántes, y es la de Nabucodonosor encontrada en Borsippa, ciudad situada, como recordarán nuestros lectores, dentro del recinto de Babilonia en su ángulo sudoeste. La traduccion de este documento ha ofrecido muchas dificultades, como lo demuestran sus variantes, pero la más generalmente admitida por todos los asiriólogos es como la ponemos á continuacion:

«Yo soy Nabu-Kudur-usur, rey de Bab-Ilu, siervo fiel, prenda del afecto inmutable de Marduk, el Issakku supremo, que ensalza la gloria de Nabo, el salvador, el prudente que presta atento oído á los preceptos del Dios supremo, el Sakkanaku sin pecado, el reedificador del Bit-Saggatu, y del Bit-Zida, hijo primogénito de Nabu-pal-usur, rey de Bab-Ilu, Yo!

» Nos decimos: Marduk, el Dios supremo, me ha engendrado él mismo; él me ha ordenado reconstruir sus santuarios. Nabu, que supera en saber á las legiones del Cielo y de la Tierra, ha cargado mi mano con el cetro de la justicia.

» El Bit-Saggatu es el templo del Cielo y de la Tierra, la habitacion del Señor de los Dioses, de Marduk. Yo hice cubrir de oro puro el santuario en que descansa su soberanía.

» El Bit-Zida es la casa eterna; yo la he reconstruído desde sus cimientos; he completado su magnificencia con plata, oro, metales, piedras preciosas, ladrillos barnizados, maderas de lentisco y cedro.

» Yo he reconstruído el templo de las Bases de la Tierra, el Zigurrat de Bab-Ilu, y lo he completado con ladrillos y cobre; yo he levantado su cúspide.

«Yo digó esto: el templo de los Siete Luminares de la Tierra, el Zigurrat de Borsippa, fué edificado por un rey antiguo. Cubría 40 medidas de tierra, pero él no levantó su cúspide; los hombres lo habían abandonado despues del día de la inundacion, cuyo curso no habían dirigido ellos. La lluvia y las tempestades habían dispersado las obras de arcilla y los enyesados de sus paredes. La arcilla se había despegado junto con la tierra, y formaba un monton de ruínas. El gran Dios Marduk excitó mi corazon para reconstruirlo. Yo no cambié su sitio. Yo no toqué su *timin*. En el mes de la

Paz, en un día propicio, yo he... el ladrillo crudo de los empedrados y el ladrillo de los enyesados. Yo inscribí la gloria de mi nombre en.....

»Yo puse mano á esta reconstruccion; yo levanté la cúspide (de este edificio), lo he fundado, lo he reconstruído, como era una vez, como era en los tiempos antiguos, y he levantado su cúspide.

»Ó Nabu, hijo de tí mismo, inteligencia suprema que ensalza la gloria de Marduk; sé propicio á mis obras gloriosas. Concédeme por siempre la perpetuidad de mi estirpe, por los tiempos venideros una próspera fecundidad, la solidez del trono, la victoria de la espada, la pacificacion de los rebeldes y la conquista de las tierras enemigas. Escribe el curso feliz de mis días en las columnas de la tabla eterna, que fija los destinos del Cielo y de la Tierra, é inscribe en ella la fecundidad.

»Imita, ó Marduk, rey del Cielo y de la Tierra, al padre que le ha engendrado, bendice mis obras, protege mi dominacion.

»Nabu-kudur-usur, el Rey que realza las ruínas, encuentre gracia en tu presencia.»

Parécenos oír la objecion de nuestros lectores arguyéndonos que en la anterior inscripcion no se reza absolutamente de la Torre de las lenguas, y si bien es verdad el reparo que puede hacerse, y nos damos por hecho, debemos contestar que entre los Caldeos estuvo siempre admitido como históricamente verdadero el hecho de la edificacion de la Torre colossal emprendida á raíz del diluvio; la confusion de las lenguas ocurrida durante la construccion de dicha Torre, y como consecuencia de esta la dispersion de los pueblos. Además, todas las tradiciones y todas las investigaciones de los asiriólogos antiguos y modernos concuerdan en un punto, á saber, que la Torre de las lenguas se levantaba en Borsippa, precisamente en el mismo sitio del gran Zigurrat reedificado despues por Nabucodonosor, y cuyas imponentes ruínas se contemplan aún actualmente, llamando la atencion de todos los sabios su recuerdo y más que todo su majestad severa, grandiosa, imponente y venerable.

Pero como no somos amigos de aventurar proposiciones que no podamos probar, damos á continuacion los pasajes de Beroso, que serán la confirmacion de lo antedicho.

« Cuéntase que los primeros hombres, desmedidamente orgullosos de su fuerza y estatura (los gigantes), y despreciando á los Dioses, emprendieron levantar una Torre cuya cima llegara al cielo, en el sitio donde ahora está Babilonia. Ya estaba la torre próxima al cielo, cuando los vientos acudieron al auxilio de los Dioses y derribaron toda la obra ultimada por los constructores. Dícese que aún se ven sus ruínas en Babilonia. Y los Dioses introdujeron infinidad de lenguas entre los hombres, que hasta aquel día habían todos hablado un mismo lenguaje. Y se encendió una guerra entre Cronos y Titan. El lugar en donde estos fabricaron la torre, se llama ahora Babilonia, por causa de la confusion de las lenguas, porque *confusion*, entre los hebreos, se llama *Babel*. »

Este pasaje de Beroso lo copió Abydeno, de quien lo tomaron y nos lo han conservado Eusebio y Sincello. Abydeno, célebre historiador, es autor de una historia de los caldeos y asirios, de la cual se conservan sólo algunos fragmentos en las obras de Eusebio, San Cirilo y otros. Créese que vivió en tiempo de los primeros Tolomeos en Abydos de Egipto, en donde era sacerdote de Osiris, y de allí le vino el nombre de Abydeno (1).

En los mismos autores en esta nota citados y en Flavio Josefo ademas puede consultarse tambien otro pasaje de Alejandro Poliistore, otro de los compendiadores de Beroso, y por quien sabemos mucho de los escritos del historiador babilónico, quien pone en boca de la Sibila el siguiente relato:

« Dice la Sibila que cuando todos los hombres hablaban primeramente el mismo lenguaje, algunos de ellos emprendieron la edificacion de una vasta y altísima torre, á fin de poder subir por ella hasta el cielo; pero desencadenando Dios una borrasca, confundió su designio, y dió á cada una de las Tribus un lenguaje especial suyo; y por esto aquella ciudad se llamó Babilonia. Despues del Diluvio vivían Titan y Prometeo, cuando Titan emprendió la guerra contra Cronos. »

Estico, autor griego citado por Flavio Josefo y Eusebio en su obra *Preparaciones Evangélicas*, hablando de la confusion de las lenguas y de la

(1) Para esta cita pueden consultarse: EUSEBIO, *Prepar. Evangel.*, — SINCELLO, *Chronographia*, — SMITH, *Chaldean Account*, — MÉNANT, *Babylone et la Chaldée*, etc., etc...

dispersion ocurrida en Babilonia, se expresa de esta manera: «Los sacerdotes que se salvaron, se llevaron consigo los instrumentos del culto de Júpiter Enialio, y fueron á Sennaar en Babilonia; pero fueron nuevamente expulsados de allí por la introduccion de una diversidad de lenguas; por lo cual fundaron colonias en varias partes, cerrando y deteniendo cada uno la mansion en las tierras donde la casualidad ó la guía de Dios le llevaba.»

Moisés de Corena, autor armenio, más de una vez citado ya en nuestro pobre trabajo, copia un pasaje sacado por él de una escritura caldea muy antigua, en la que se lee: «Terribles y extraordinarios eran los primeros Dioses (los Patriarcas), autores de los mayores bienes del mundo, principios del universo y de la multiplicacion de los hombres. Separóse de estos Dioses la raza de los Gigantes, seres monstruosos (1), de fuerza invencible, de estatura colosal, quienes en su orgullo concibieron y pusieron en obra el impío designio de la construccion de la Torre. Realizaban ya su proyecto; pero hé aquí que un viento terrible y divino, soplado por la cólera de los Dioses, destruyó el edificio. Dispensando los Dioses á cada uno de los hombres un lenguaje ininteligible á los demas, sembraron entre ellos el tumulto y la confusion. Uno de estos hombres era Haig-Gog (Magog) hijo de Yapitor (Yaphet (2)), príncipe de mucha nombradía, valiente, poderoso, diestro saetero, etc., etc.»

(1) En todas las citas referentes á la *Torre de las lenguas* se habla de gigantes, seres monstruosos, de mucha fuerza, etc., etc. Quizás haya quien se ria de esto y lo tome á pura broma, como efecto de la ignorancia de aquellos remotísimos siglos. Á estos tales debemos recomendarles un suelto que leemos en el número 80 del *Diario de Barcelona* del año 1881, correspondiente al día 21 de marzo, lúnes, que se expresa de este modo: «Leemos en las *Novedades* de Nueva-York: — «El miércoles por la noche se reunieron al rededor de una mesa de Delmónico los cuarenta miembros del «Club de Titanes», ninguno de los cuales mide ménos de seis piés dos pulgadas de estatura. El más alto tiene seis piés siete pulgadas, y muchos pasaban de seis con cuatro. — No obstante su apetito increíble, del que dieron claras muestras, no imitaron la conducta censurable de los antiguos gargantúas y no se comieron niño alguno ni hicieron daño á los diminutos «garçons» que les servían. Algunos parroquianos sentados á mesas contiguas palidieron cuando el primer brindis de los gigantes provocó una carcajada del club en masa, que se oyó en la calle 14. Después de elegir presidente al señor Woodford, el más alto de la reunion, se retiraron en grupo compacto, haciendo correr á los chiquillos y oscureciendo con su sombra á nuestros hasta aquí invencibles policías.»

(2) He sunt generationes filiorum Noe, Sem, Cham et Japhet: natiq̄ sunt eis filii post diluuium. Filii Japheth: Gomer, et Magog, etc., etc. Estos son los descendientes de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafeth, y estos los hijos que les nacieron después del diluvio. Hijos de Jafeth: Gomer, y Magog, etc., etc. (a)

(a) Dante, en el canto 12 del Purgatorio, dice hablando de la Torre:

«Vedea Nembrotto appié del gran lavoro
Quasi smarrito, e riguardar le genti,
Che in Sennaar con lui superbi foro.»

De lo dicho hasta aquí, resultan probados hasta la evidencia tres hechos que, en buena y sana crítica, son innegables, á saber: la unidad del lenguaje primitivo, la edificación de la Torre de Babel, y la confusion de las lenguas que dió motivo para la dispersion de las tribus.

*
* *

Por más que nos hemos resistido, se nos viene siempre debajo de la pluma la complicada y trascendental cuestion del lenguaje. Para nosotros está fuera de toda duda, ni entra en la jurisdiccion de serias discusiones, la unidad de lenguaje en sus relaciones con la unidad de la especie humana; pero, con las reservas necesarias, mejor dicho, con las aclaraciones indispensables, para no embrollar la cuestion en perjuicio de altísimos y venerandos intereses.

Á la brevedad procuraremos unir la claridad.

Es indudable que la unidad de lenguaje es una prueba muy valiosa, concluyente, de la unidad de la especie humana; pero el argumento, absolutamente hablando, tiene un lado flaco, y la verdad, que no necesita de pruebas humanas, podría salir perjudicada por falta de claridad en los términos.

Nos esplicaremos.

Hay sabios, muy respetables por cierto, que han dedicado todos sus esfuerzos á probar que todas las lenguas habladas en el mundo proceden de una lengua madre, llegando al extremo de asegurar que es el hebreo, infiriendo de ahí que siendo, mejor dicho, habiendo sido una sola la lengua hablada por los hombres, debió ser una la especie humana procedente de una primera pareja.

La cuestion es difícil, porque es difícil poseer los conocimientos necesarios para tratarla, ya que no resolverla, científicamente. Por esto, estudiando nosotros muchas veces este problema, que no vacilamos en calificar de insoluble, á lo ménos en el actual estado de las ciencias, hemos creído que

había en estos propósitos parte de alucinación y parte de temeridad, si no suenan mal estos calificativos que estampamos sin ánimo de ofender á nadie en lo más mínimo.

¿Qué se proponen los partidarios de la unidad del lenguaje en sus relaciones con la unidad de la especie humana? En general, defender la narración bíblica, el dogma cristiano.

¿Qué se proponen los contrarios? Atacar lo dicho por Moisés, y de rechazo dejar mal parada la religión que tiene por dogma el monogenismo.

Aclaremos, simplifiquemos los términos del problema; planteémoslo según sus verdaderos enunciados, y si no alcanzamos á resolverlo, por culpa de nuestra insuficiencia, esperemos que otros, dotados de más conocimientos, lo resuelvan según nos parece que se debe.

Prescindamos de Moisés. ¿Qué nos dicen los autores profanos, y qué nos ha legado la tradición de todos los pueblos? No fatigaremos á nuestros lectores con repeticiones fastidiosas; pero sería temerario negar que los hombres que hablaban todos un mismo idioma en la Torre de Babel, quedaron confundidos en su lenguaje. Hablando de esto ha dicho Balbi: «Hasta ahora ningún monumento ya histórico, ya astronómico, ha podido probar que fuera falsa la narración de Moisés; ántes, al contrario, están acordes del modo más notable con los resultados obtenidos por los más sabios filólogos y los más profundos geómetras.»

Á esta autoridad puede añadirse la de Niebuhr, quien dice: «Los que se remontan á una pareja humana única, deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructuras diferentes..... Deben admitir el prodigio de la confusión de las lenguas. La admisión de semejante milagro no se opone á la razón.»

Colocados ya en este terreno, es, para nosotros, muy sencilla empresa la de conciliar todas las opiniones, y vamos á ensayarlo.

Todas las tradiciones orientales, en armonía con Moisés, citan á los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, construyendo, en compañía de sus familias y descendientes, la célebre Torre de la confusión. La Sibila dice que Dios, al confundir á los hombres, dió á cada una de las tribus un lenguaje especial

suyo; de donde resultan probadas dos verdades: primera, la desaparicion del lenguaje primitivo; segunda, la infusion de tres lenguas nuevas y distintas.

Que la primitiva lengua desapareció cuando la confusion, se prueba por sí mismo; pues mal se avendría la confusion consiguiente con la permanencia ó continuacion de la lengua que habrían entendido las tribus inspiradas con otro idioma. Y si desapareció esta lengua, que debió necesariamente desaparecer entre el derrumbamiento de la Torre, en vano se afanan los sabios persiguiendo una sombra que no alcanzarán jamas; porque no quedaron huellas en el mundo de aquel lenguaje, cuyo recuerdo borró Dios de la inteligencia humana.

La segunda verdad, la de la infusion de tres lenguas nuevas, se prueba tambien por sí misma; porque sería ridículo y necio suponer que Dios infundiera tantas lenguas cuantos eran los hombres; al contrario, lo natural, lo consiguiente, para que pudieran agruparse y dispersarse luégo por grupos, fué que cada una de las tres tribus las de Sem, de Cam y de Jafet, recibieran cada una la infusion de una lengua inteligible sólamente entre los mismos individuos de una misma tribu, deslindándose de esta manera por el lenguaje las familias de una misma rama, y emprendiendo cada una por distinto camino el viaje de separacion á la sombra del idioma hablado y comprendido mútuamente por cada una de ellas.

Una observacion queremos apuntar aquí, corroborando la infusion de las tres lenguas á las tres tribus salidas de los hijos de Noé. La filología actual reduce las lenguas á tres clases, ó formas lingüísticas: monosilabismo, aglutinacion y flexion. ¿No podrían representar estas tres formas las tres primitivas lenguas hijas de la confusion de Babel?

Con estas ligerísimas indicaciones parécenos resultar más que probado, evidente, que pierden lastimosamente el tiempo los sabios que dedican su talento á investigar los orígenes de las lenguas, para ir á parar á una sola que fuera madre de todas; pero lo que más nos sorprende en todo esto, ó estamos nosotros muy obcecados, es que la mayoría de estos, sino todos, sean cristianos más ó ménos católicos, que se figuran prestar un inmenso servicio á la religion con sus propósitos, para ir á demostrar la uni-

dad de la especie por la unidad del lenguaje, cuando, bien mirado, pero sin darse cuenta de ello, se oponen y refutan la narracion bíblica, que nos dice textualmente: «Hé aqui el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje..... confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda la habla del otro» (1). Su lengua quedó confundida: ¿dónde hallar pues esa lengua única, sin contrariar lo dicho por Moisés?

No se nos oculta que emitimos una idea enteramente nueva, y más que nueva, totalmente opuesta á la corriente dominante entre los filólogos más eminentes favorables al catolicismo; tambien sabemos que el dogma no necesita pruebas humanas, y que, en general, causa más daño un amigo imprudente que un enemigo declarado.

¿Qué nos dice el dogma? Que todo el género humano desciende primeramente de la única y primera pareja Adan y Eva; de Noé, descendiente de esta pareja y de los hijos de Noé salvados en el arca. Que los hijos de Noé tenían un mismo lenguaje, y que este quedó confundido entre las ruínas de la Torre de Babel, de donde se dispersaron á las diversas regiones del mundo las tribus formadas por Sem, Cam y Jafet, agrupándose los que entendían el nuevo idioma que hablaban. Hasta aquí el dogma. Las tradiciones de todos los pueblos confirman este dogma, cuyo eco se ha extendido desde la India hasta los más remotos pueblos americanos.

El empeño de los católicos por descubrir una lengua madre perjudica mucho más que no favorece á los intereses religiosos, porque abundan los filólogos que apoyan sus argumentos en pro de la pluralidad de las especies humanas en la pluralidad de las lenguas, que, dígame lo que se quiera, están en favor suyo; aunque ellos defiendan, sin advertirlo, la narracion bíblica, que nos habla de la desaparicion de esta lengua madre, y de la aparicion de otras nuevas, que nosotros reduciríamos á tres, correspondientes á otras tantas tribus, una para cada uno de los hijos de Noé. De este modo con nuestra teoría, queda el dogma completamente á salvo, pero quedan tambien desarmados los que defienden el poligenismo, partiendo de la necesidad, que

(1) Génesis XI.—6 y 7.

suponen los católicos, de una lengua madre, lo que es un absurdo, como lo hemos probado con la misma autoridad de Moisés.

Abrigamos la seguridad de que nuevos y perseverantes estudios conducirán al resultado final del hallazgo de tres lenguas primitivas, originarias de Babel, corroborando así lo dicho por la Biblia, de la misma manera que los recientes descubrimientos han aclarado ya muchos puntos discutidos ántes y aún negados.

En 1845 había dicho Renan: « La leyenda de la Torre de Babel no parece ser muy antigua, y se explica por ciertas particularidades características de Babilonia, sin ninguna relacion con la confusion de las lenguas (1). » No se hizo esperar mucho tiempo el mentís, porque si en 1845 pudo decir Renan lo que antecede, habían apénas pasado diez años cuando, abriendo su seno los terrenos que han servido durante siglos de sepultura á Babilonia y Nínive, nos han dado los testimonios que ya conocemos, refutando y desmintiendo á Renan, y ante la elocuencia de aquellas venerandas ruínas que resucitan para deponer á favor de la verdad oculta entre aquellos escombros, ha podido escribir uno de sus exploradores lo siguiente: « La orgullosa torre ha perdido seis de sus ocho pisos; los dos que permanecen aún en pié se descubren á veinte leguas de distancia; su base cuadrangular mide ciento noventa y cuatro metros de lado. Los ladrillos que la componen son de arcilla la más pura y de un barniz apénas colorado por un leve matiz leonado; ántes de cocerlos, llenáronlos de caracteres formados con la seguridad de mano de un calígrafo. Moisés afirma que para su atrevida construccion sirviéronse los hijos de Noé de ladrillos en lugar de piedras, y de betun en lugar de cemento ó argamasa, y no ha faltado quien preguntara en son de burla que en dónde pudieron encontrar tanto betun. Pues bien; allí mismo está la fuente que lo proporcionó, pero mana en tanta abundancia que forma un verdadero río, y hasta llegaría á invadir un río cercano, si los habitantes no se apresurasen á detenerla incendiándola (2). »

(1) RENAN. — *Historia de las lenguas semíticas*, tomo I.

(2) VICTOR PLACE. — *Moniteur universel*. — 1857.

Considerando todo lo dicho hasta ahora, se deduce lógicamente, fundándolo en los descubrimientos de estos últimos años, que los orígenes de todas las civilizaciones deben buscarse no solamente en el Oriente, sino, y nótese bien, al pié de la torre de Babel. Más aún, los estudios lingüísticos deben fijarse en los pueblos cercanos al gran mojon, digámoslo así, que señala la primera etapa de la humanidad, y analizando sus inscripciones y examinando sus monumentos se consiga quizás descifrar las gramáticas de las lenguas que hablaron los dispersos de Babel.

Las inscripciones trilingües en caracteres cuneiformes descubiertas en las ruínas de los antiguos palacios persas y en algunas rocas de aquellas regiones, aparecieron redactadas en persa, en asirio y en otra lengua de la cual se sabe hasta ahora muy poca cosa ó nada.

La primera columna de estas inscripciones, llamadas de los Aqueménides, estaba redactada en persa antiguo, y fué la primera que se descifró. La segunda ha recibido varios nombres y entre ellos médica y escita, resultando hasta ahora indescifrable; y la tercera columna, cuya lengua no se descifró hasta mucho tiempo despues que la primera, está en asirio, lenguaje semítico.

Desde principios de este siglo (1802) en que Grotefend se propuso descifrar la primera columna de las inscripciones Aqueménides, redactada, como ya lo hemos dicho, en persa, ó, como se dice más comunmente, en persa antiguo, hasta los más recientes trabajos de Oppert, Rawlinson, Norris, Lénormant, Mordtmann, Smith y muchísimos otros que sería prolijo enumerar, han adelantado extraordinariamente los trabajos encaminados al esclarecimiento de los puntos dudosos que ofrecen los más antiguos monumentos orientales. Nosotros abrigamos la muy íntima convicción de que no se pasarán muchas generaciones sin haberse puesto en claro, y entregado al dominio público, no solamente el conocimiento de los idiomas primitivos, que proporcionará la lectura exacta de todas las inscripciones descubiertas y por descubrir, sino que se irán descubriendo monumentos é inscripciones que vendrán á confirmar no solamente lo dicho por los más acreditados historiadores antiguos, sino tambien todas las narraciones bíblicas oscuras ó impugnadas hasta ahora.



Siendo, como es, un hecho indiscutible la confusion de las lenguas y la dispersion de los hombres, hecho probado por autores profanos antiquísimos, sin interes de ningun género en pro ni en contra de la cuestion que trataban y cuyas consecuencias estaban fuera de su alcance; hecho probado por las inscripciones y los monumentos conmemorativos, y probado tambien por el libro más antiguo conocido, dejaríamos un vacío en el nuestro si no tratáramos aquí de la dispersion de las tribus, salidas al impulso de una fuerza superior, misteriosa, de entre la polvareda de las ruínas de la Torre, para ir á las cuatro partes del mundo á cumplir su destino impuesto por aquel Sér que con un leve soplo deshizo la obra del orgullo humano sin igual en toda la sucesion de los siglos. Para nuestro objeto daremos una brevísima idea de los viajes emprendidos por las tribus dispersas al pié de la Torre con expresion de los países á donde fueron, para cuyo trabajo tomaremos por guía la obra de Lénormant publicada en París en 1869 con el título de *Manual de historia antigua del Oriente* (1).

EGIPCIOS.—Pertenece á la raza de Cam y descendencia de Misraim, como ya lo hemos dicho al hablar de la civilizacion egipcia. Desde el Asia se trasladaron á los valles del Nilo, atravesando el desierto de la Siria.

ASIRIOS Y BABILONIOS.—Los semitas de la raza de Assur vivieron mucho tiempo mezclados con los chusitas de la raza de Cam, en la Caldea de donde no salieron hasta una época ya histórica para emigrar hacia el norte, en donde fundaron las poblaciones de Asiria y Babilonia. Ya sabemos que Nembrod, descendiente de Cam, fué el fundador de Babilonia. La primera dinastía asiria comenzó por los años 1314 ántes de Jesucristo.

(1) Los datos más verosímiles, por no decir seguros, fijan la época de la dispersion de los pueblos en el año 2528 ántes de Jesucristo.

MEDOS Y PERSAS.—Proceden de la raza de Jafet, aunque otros los hacen descender de Sem. Los más antiguos recuerdos de los pueblos indo-europeos no se refieren á más allá del año 1500 ántes de Jesucristo. La raza jafética estaba enteramente concentrada entónces cerca de la primera cuna de la humanidad postdiluviana, en las orillas del río Oxus, en la Bactriana que puede considerarse como el centro de donde partieron sucesivamente sus diversas tribus. Esta grande raza se daba el nombre comun de Arias (1). El imperio meda, propiamente dicho, comienza el año 788 ántes de Jesucristo, en tiempo de Arbaces, jefe militar. Deyorés fué su primer rey. El año 559 ántes de Jesucristo comienza con Ciro el imperio persa.

CANANEOS Y FENICIOS.—En los primeros siglos del cristianismo todavía se declaraban ellos mismos descendientes de Canaan, nieto de Cam, siendo efectivamente su rama más célebre y la que se conservó más tiempo. Sus principales colonias se establecieron en Grecia 1700 años ántes de Jesucristo en el Ponto Euxino 1600 años ántes; en el África 1600; en el mar Rojo 1600; y despues del 1500, en Tebas, Zentigane y Bizancio.

TIRIOS.—Fugitivos de Sidon, 1209 años ántes de Jesucristo: colonias en África, Sicilia y España desde el 1158 al 1051; y 869 años ántes de Jesucristo en el valle de la Bética, Malta, Sicilia y Cerdeña.

INDIOS.—Los primeros que ocuparon el suelo de la India en los tiempos primitivos de la historia de la humanidad, fueron tribus de la raza negra análogos enteramente á los salvajes de la Australia. Hasta es muy probable que no son otros estos últimos que los descendientes de las tribus negras indígenas de la India, expulsados por Dravidianos ó Cuschitas.

DRAVIDIANOS.—Rama de la gran raza turaniana de la Caldea (2).

CUSCHITAS.—De la raza de Cam. Hiciéronse dueños de los valles del

(1) Llámanse Arias ó Arianos los pueblos que habitaron primeramente el país comprendido entre la Persia y la India, designado todo antiguamente con el nombre de Aria, cuyo nombre se redujo despues á una sola provincia del Imperio persa, cuya metrópoli se llamaba Aria y actualmente Herat. Aquellos pueblos fueron el tronco del cual se propagaron los indios y los persas. De estos nacieron tambien las lenguas de la familia llamada ariana, ó indo-europea, que comprende el sanscrito, el armenio, el celta, el persa, el griego, el latín, el albanes, el teutónico, el eslavo, con todos sus derivados y afines.

(2) Turania ó Turan es el nombre que los antiguos medos ó persas dieron de un modo vago á los países del Asia central, que estaban al nordeste de la Media y al este del mar Caspio, por contraposicion al Iran, país del sud y que despues quedó por sinónimo de Persia. Las lenguas que se hablaban en aquellos países se llamaban turánicas.

Indo y del Ganges, cuya posesion conservaron hasta la conquista ariana.

AFRICANOS NIGRICIOS.—La emigracion de los pueblos del Asia y del Egipto hacia la Nigricia está confirmada por las tradiciones de los pueblos sudanianos y hasta por varias tribus negras que conservan su recuerdo. Los madingos, el pueblo primitivo aborígena entre los negros, se titulan descendientes de Esaú, que se había establecido en Minda, siendo el padre de todas esas generaciones.

ARIAS.—Su entrada en el Pendjab se remonta al año 2500 ántes de Jesucristo. Los Vedas son de la misma época (1). Las leyes de Manú son del año 1200; el brahmanismo del año 1000, y el budhismo del año 700 ántes de Jesucristo.

CHINOS.—Las pacientes y sabias investigaciones de Klaproth y Jones han probado hasta la evidencia que la China debe su poblacion á emigraciones indias, formadas á su vez de colonias asiáticas ó hasta europeas, cuya huella se encuentra en los nombres de los Yavanas, descendientes de Javan; de los Paradas, los Partos; de los Pichlavas, los antiguos Persas, cuya lengua se llama aún actualmente Pehlvi; de los Saras, Saci, los escitas primitivos; de los Tichinas, los chinos actuales.

AMERICANOS.—Cuando tratemos de la civilizacion de los pueblos del Nuevo Mundo, nos extenderemos en lo relativo á su procedencia. Bastará indicar aquí ahora que las tradiciones primitivas de los americanos les representan como un pueblo emigrante y descendiente del noroeste hacia el sud, sabiéndose ya actualmente que la California fué en remotísimos tiempos visitada y colonizada por los chinos.

Ya que nos hemos extendido algo en el hecho trascendental para la humanidad de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las tribus, no queremos dejar incompleto este asunto sin poner á continuacion un estado expresivo de las denominaciones histórico-geográficas de los pueblos de la tierra, tomándolas del capítulo X del Génesis en donde se trata de la repar-

(1) Llámanse Vedas los libros sagrados más antiguos del Indostan. Los Vedas están en lengua sanscrita, y contienen las nociones primordiales de filosofía india acerca de Dios, de la creacion, del alma y de sus relaciones con Dios.

ticion de la tierra entre los hijos de Noé. Á fin de ahorrarnos nosotros el trabajo de la formacion del cuadro, lo copiamos traduciéndolo al pié de la letra del que publicó el abate Darras en el tomo primero de la *Historia general de la Iglesia*, y es como sigue:

JAFET

JAPETI GENUS. (EUROPEOS.)

I GOMER <i>Kimri, Cimbro. Cimerianos.</i>	I MAGOG <i>Escitas.</i>	I MADAI <i>Medos.</i>	I JAVAN <i>Jonios.</i>	I TUBAL <i>Tobeli. Iberos.</i>	I MOSCH <i>Moscovitas.</i>	I THIRAS <i>Tracios.</i>
I ASCENEZ <i>Ascania. Ponto-Euxino.</i>	I RIPHAT <i>Riphei. Montes.</i>	I THOGORMA <i>Thygramuncos 6 Frigios. Turcomanos.</i>	I ELISAH <i>Hélade 6 Grecia.</i>	I THARSIS <i>Tarsis 6 Cilicia.</i>	I CETHIM <i>Cetios de Tracia.</i>	I DODANIM <i>6 Rodanim. Dodona 6 Rodas.</i>

CAM

AMMONIA. (ÁFRICA.)

I CHUS <i>Cuschitas-Etiopes. Cuschad-Widpa, la India.</i>	I MESRAIM <i>Tierra de Mesraim. Egipto.</i>	I PHUTH <i>Phuteos. Libios.</i>	I CANAAN <i>Tierra de Canaan. Palestina.</i>
I Seis hijos: SABA <i>Sabeos.</i>	I Seis hijos: LUDIM <i>Lydda 6 Diospolis.</i>	I Once hijos: SIDON <i>Ciudad de Sidon.</i>	I SIN <i>Sineos.</i>
HEVILA <i>Chavilalei (Arabia Pétreá.)</i>	ANANIM <i>Nasamoneos.</i>	HETH <i>Heteos.</i>	ARAD <i>Aradianos.</i>
SABATHA <i>Sabateos (Arabia feliz.)</i>	LAAHIM <i>Libia.</i>	JEBUS <i>Jebuseos. Jerusalen.</i>	SAMAR <i>Samaritanos.</i>
REGMA <i>Rhegma en el golfo Pérsico. Rama de la India.</i>	SABA <i>Sheba.</i>	AMOR <i>Amorreos.</i>	AMATH <i>Amateos.</i>
SABATHYCA <i>Sabidaca en Carmania:</i>	DADAN <i>Daden.</i>	GERGÉS <i>Gergeseos.</i>	
NEMBROD <i>Babilonia.</i>	NEPHTUIM <i>Nephta en Etiopía.</i>	HER <i>Hereos.</i>	
	PHATROUSIN <i>Phatros cerca de Tébas.</i>	ARAC <i>Araceos.</i>	
	CHASLUIM <i>Goub 6 Cobii. Filisteos, Coftos.</i>		

SEM

RAZA SEMÍTICA. (ASIA.)

I ELAM	ASSUR	ARFAXAD	I LUD	I ARAM		
<i>Elamitas.</i>	<i>Asirios.</i>	<i>Ar-Chasdim.</i>	<i>Lidios.</i>	<i>Arameos.</i>		
Persas.		Ur en Caldea.	Asia Menor.			
		^		^		
		SALE		Us		
		<i>Sala-Salem.</i>		Tierra de <i>Hus.</i>		
		^		HUL		
		HEBER		<i>Hul en Armenia.</i>		
		<i>Hebreos.</i>		GETHER		
				<i>Katasa en el golfo Pérsico.</i>		
		JECTAM	FALEG	MES		
		<i>Arabes Jechanides.</i>	<i>Falsga.</i>	<i>Messa-Massanita.</i>		
ELMODAD	SALEPH	ASARMOTH	JARE	ADURAM	UZAL	DECLA
<i>Alumaiste.</i>	<i>Salapem.</i>	<i>Hadramant.</i>	<i>Irach.</i>	<i>Adruma.</i>	<i>Auzara.</i>	<i>Diglito.</i>
EBAL	ABIMAEI	SABA	OPHIR	HEVILA	JOBAB	
<i>Hobol.</i>	<i>Mali.</i>	<i>Sheba-Mareb.</i>	<i>Ofir.</i>	<i>Hevilath.</i>	<i>Jobarite.</i>	

Este cuadro nos indica exactamente la formación de los primeros pueblos del mundo, aunque sus nombres hayan recibido algunas modificaciones con el transcurso de los siglos. Los griegos, por ejemplo, llamaron Siria al país de Aram, demostrando con esto grandes probabilidades de no haberlo conocido hasta que, sojuzgado por los asirios, recibió de ellos este nombre.

Homero llamó jonios á los atenienses. Daniel llama rey de Jonia á Alejandro rey de Grecia. Después que los jonios pasaron á Italia, llamóse Jonio: *mare Jonium*, el mar que la separa de la Grecia. Esto nos prueba claramente que los griegos se llamaban jonios en la antigüedad.

Como los griegos ignoraban la lengua y costumbres de los pueblos que desde ultramar iban á ellos por razón del comercio, acostumbraban distinguirlos por medio de algun signo exterior. Así, por ejemplo, á los mesraimitas procedentes de las orillas del Nilo, les llamaban egipcianos de la palabra *αίγυπιός*, que significa gavilan, ya sea que éstos se parecieran á esta ave en las facciones del rostro, ya que le imitaran en la rapacidad. De la misma manera llamaban fenicios á los cananeos de Tiro y Sidon, deri-

vando la palabra de la griega $\varphi\acute{o}\nu\varsigma$, que significa rubio, ya porque vestían de este color, ya porque estuviesen acostumbrados á comprar los tintes encarnados tan abundantes en el Peloponeso. Á los cusitas les llamaban etíopes, á saber, hombres de tez bronceada, con palabra formada de $\acute{\epsilon}\tau\iota\omega$ quemado y de $\rho\acute{o}\varsigma$ rostro. De esta manera, y trocando los griegos á los pueblos sus verdaderos nombres, que denotaban los orígenes de los mismos, cuya circunstancia facilitaríá mucho la historia del género humano, envolviéronla en tinieblas que sólo pueden disiparse con los descubrimientos de los monumentos antiguos y especialmente con los libros hebreos.

Como resúmen, y en obsequio á la mayor claridad, debe recordar el lector los datos siguientes para tener una idea fija y exacta de la division de la tierra entre las tribus que salieron de la Torre de Babel para poblar el mundo.

Sem se estableció en el Asia; Jafet, ó más exactamente su raza pasó á Europa, y Cam fijó su estancia en el África.

La division de la tierra no se efectuó de golpe, sino á medida que se iban alejando de Sennaar los descendientes de los tres hermanos, hijos de Noé. Las colonias conservaron la denominacion de sus primeros fundadores, y por esto es bueno y hasta necesario recordar los principales, sobre todo sabiendo, como acabamos de insinuarlo, que los griegos embrollaron la historia antigua con el cambio de nombres de las naciones que ellos conocían.

De Sem, padre de los pueblos llamados semíticos, nacieron Elam, Arfaxad, Assur, Aram y Sud. De Elam nacieron los elamitas, pueblo de Persia. De Arfaxad, los caldeos, que Josefo llama tambien arfasidas. De Assur, proceden los asirios; y de Aram, los aramitas, que son los habitantes de la Armenia y de la Siria.

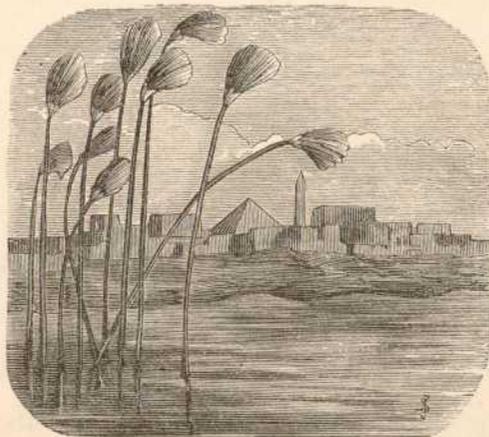
Jafet tuvo por hijos á Gomer, Magog, Med, Jon, Tiras y Mosoc. De Gomer proceden los gomeritas, y de estos los cimbrós, celtas y galos. Aún actualmente los habitantes del principado de Wallis en Inglaterra, salidos de los galos, se llaman guineri. De Magog salieron los escitas y godos; de Med, los medos; de Jon, los jonios, llamados despues griegos; y de Tiras

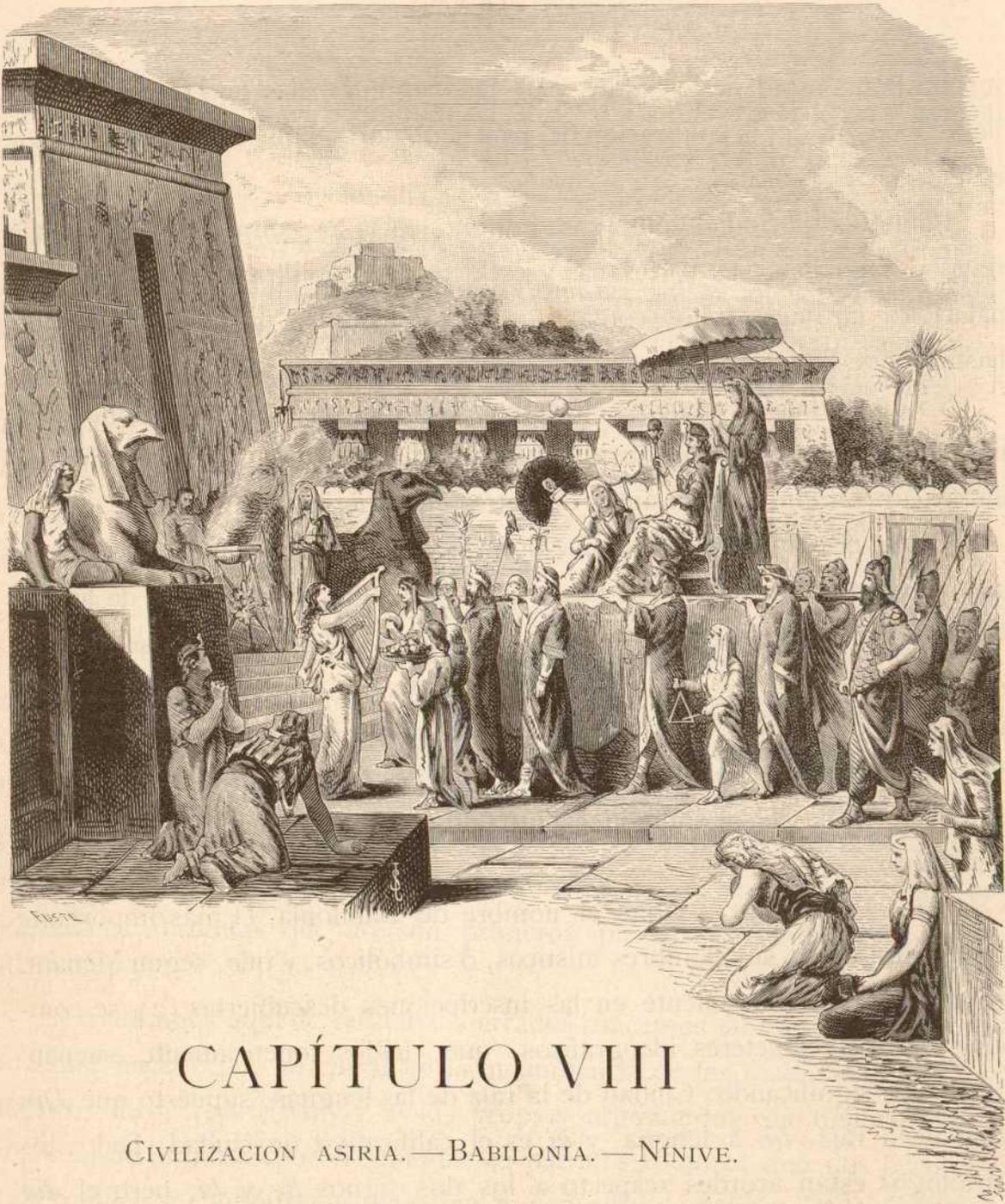
los tracios. De Mošoc nacieron los moscovitas, pueblo antiguo que habitaba la Armenia occidental.

Cam fué padre de Canaan, de Cus, de Mesraim y otros. Canaan ocupó la tierra que llevó su nombre, de la que se apoderaron despues los israelitas á título de tierra prometida. De Cus nacieron los cusitas, parte de los cuales habitaron la provincia denominada hasta en la actualidad Cusistan, cerca del golfo Pérsico, y la parte restante vivieron en la tierra de Cus sobre el Eritreo. Trasladáronse despues á la Etiopía, cuyos habitantes se llaman cusitas áun actualmente. Mesraim fué el gefe de los mesraimitas, nombre usado constantemente en el texto hebreo para denotar á los pueblos que los griegos llamaron egipcios.

Estas indicaciones bastan, dados los límites dentro de los cuales hemos de concretar nuestro trabajo, para que nuestros lectores sepan á qué atenerse respecto á los orígenes de los primeros pueblos cuyas civilizaciones forman el objeto de esta obra. La historia universal y la geografía suplirán lo que quizás anhelen saber ademas de lo que dejamos expuesto, ya que no deberemos insistir más en la materia por ser agena á nuestros propósitos.

Y haciendo aquí punto, pasemos á ocuparnos en la civilizacion asiria, especialmente en la babilónica y ninivita, que, cual jardines vastísimos y amenos en toda clase de flores y hermosas plantas, nos ofrecerán rico y espléndido campo donde recrear la vista y fijar la inteligencia.





CAPÍTULO VIII

CIVILIZACION ASIRIA.—BABILONIA.—NÍNIVE.



ENTÉMONOS en las márgenes de los ríos de Babilonia, y á la sombra de los frondosos sauces que festonean sus orillas, y se miran retratados en las corrientes que dibujan en su límpida superficie las elevadas cúspides de los gigantescos *Zigurrats*, que quitan la monotonía de las llanuras interminables de la Asiria, consultemos con la veneracion que

inspira la majestad de los siglos y de las magnificencias que fueron, lo que llegó á ser un día la civilizacion del país de Assur, de los valles formados por el Tigris y el Éufrates.

Babilonia, la ciudad voluptuosa por excelencia, nos dirá lo que fueron sus reyes y magnates, sus cortesanas y esclavas, nos pondrá de manifiesto sus palacios y jardines, y nos contará con la esplendidez de su estilo oriental hasta dónde llegaron sus excesos y locuras y molicie.

No descuidando, empero, el carácter histórico-científico que anhelamos imprimir en cuanto de nosotros dependa á nuestro libro, nos permitiremos una excursion etimológica ántes de entrar en materia.

¿Tiene el nombre de Babilonia algun significado particular, especial, que nos convenga averiguar ó conocer, para la mejor comprension de lo que sucesivamente habremos de ver? Segun sabios asiriólogos que consultaremos y serán nuestros guías, lo tiene efectivamente. La amabilidad de nuestros apreciables lectores no llevará á mal la pequeña digresion que se nos hace necesaria, así como nos disimulará la aridez inseparable de todo estudio que, como este, debe versar sobre un asunto falto de atractivo y reducido á mucho tecnicismo.

Opina Lénormant (1) que el nombre de Babilonia, el más importante y más antiguo de sus nombres místicos, ó simbólicos, y que, segun Ménant, se encuentra frecuentemente en las inscripciones descubiertas (2), se compone de tres caracteres ideográficos, que, leidos fonéticamente, suenan: Din-tir-ki, significando: Ciudad de la raíz de las lenguas, supuesto que *Din* equivale á raíz, *tir* á lengua, y *ki* es el calificativo de ciudad. Todos los asiriólogos están acordes respecto á los dos signos *tir* y *ki*; pero el *din* interpretado *raíz* por Lénormant, equivale á *vida* en concepto de Ménant y Schrader; así que, segun estos dos últimos, los caracteres ideográficos Din-tir-ki significarían: Ciudad de la vida de las lenguas. Sea de esto lo que fuere, y careciendo nosotros de suficiencia para decidir la cuestion, podemos

(1) LÉNORMANT, *Essai de commentaire de Berosé.*

(2) MÉNANT.—*Babylone et la Chaldée.*

no obstante comprender que en el fondo convienen sustancialmente ambas interpretaciones, y que, de todos modos, en la ciudad de Babilonia tuvieron su *ratz* ó su *vida*, que en lenguaje oriental es lo mismo, las lenguas de los hombres. Además, según Lénormant (1), la evidente alusión que el nombre simbólico de Babilonia hace á la tradición que coloca allí la Torre de las lenguas, constituye una prueba decisiva del carácter enteramente nacional y de la antigüedad de semejante tradición cerca de los babilonios, que es oportuno recordar para oponerlo á lo dicho por Renan, relativo á la reciente leyenda de dicha Torre, y en confirmación de lo que llevamos dicho ya acerca de la trascendental cuestión de las lenguas é invención de las mismas.

Al tratar de la etimología de la palabra Babilonia, no hemos de ocultar á nuestros lectores, inspirados como estamos siempre por la más leal buena fe, que hay actualmente una escuela opuesta á la etimología, á la cual niega los honores de ciencia (2), y la califica de truhanería (*jonglerie*) (3) y arte divinatoria; pero, con la misma lealtad debemos confesar que todos sus argumentos no han podido nunca convencernos. Su proposición peca de absoluta, y como es una negación absoluta, es falsa, como lo son todas las negaciones absolutas que no son primeros principios, evidentes por sí mismos.

Si tratáramos aquí de refutar los errados conceptos de ese autor, que no podemos hacerlo por no entrar en la incumbencia de las materias objeto de nuestro libro, recurriríamos á sus propios argumentos que deduciríamos nosotros de premisas por él sentadas en párrafos como el que nos permitimos traducir á continuación, para que lo conozcan y analicen nuestros lectores. «La experiencia le ha hecho conocer (al lingüista) hasta qué punto pueden ser engañosas (las soluciones etimológicas); pero especialmente y ante todo le ha enseñado que las lenguas no son creaciones casuales y que corresponden, como toda función, á una necesidad orgánica; que las leyes

(1) LÉNORMANT.—*Essai de commentaire de Berosé.*

(2) A. HOVELACQUE. *La Linguistique*, París, 1876.

(3) *Id.* pág. 15.

que las rigen revelan una exactitud tanto más brillante cuanto se las investiga con más método; que estas leyes, finalmente, descubren y explican, en muchas circunstancias, el parentesco directo ó indirecto de las palabras, pero que la investigación de este parentesco no es más que un hecho accesorio, un hecho accidental, desprovisto de interés científico.»

La palabra etimología compuesta de las dos griegas *ἔτυμος*, verdadero; *λόγος*, discurso, ha sido siempre la usada para dar nombre á la ciencia que se ocupa en investigar el origen de las palabras. La etimología ayuda muchísimas veces al historiador, quien, deseando remontarse al origen y á los primeros desarrollos de un pueblo, espera hallar algunas indicaciones útiles en los nombres de sus divinidades, en el de la comarca ó region en donde se estableció y en los de los caudillos ó gefes que le capitanearon ó condujeron.

Miéntas un autor contemporáneo ha dicho: «actualmente la ciencia etimológica se cultiva, en general, con más método y con miras más útiles, y puede esperarse que prestará también servicios importantes á la gramática general, á la lingüística, á la etnografía, á la historia, á la filología antigua y moderna;» se la quiere no sólo despojar del título de ciencia, sino calificarla de farsa, de arte divinatório, cual si fuera hija de algun nigromántico ó salida de algun prestidigitador-saltimbanquis.

No negaremos que se haya abusado de la etimología, pero nunca podremos consentir que se la dé de baja en el cuerpo de las ciencias, que se desconozcan sus servicios prestados y se rehusen los que aún puede prestar y prestará indudablemente, correspondiendo á la verdadera significación de su propio nombre. La escuela á que pertenece Hovelacque navega en pabellón más que sospechoso, y la mercancía lo es más aún, protegida por tal bandera. No hagamos pues caso de los que niegan la etimología, como no debemos tampoco hacerlo de los que quisieran reducir todas las lenguas actualmente habladas á una sola conocida y hablada todavía, y dando punto á la digresión, volvamos á la etimología del nombre de Babilonia.

Babel y Bab-Illu son los dos nombres vulgares, que diríamos, aplicados á Babilonia. En el capítulo XI, ver. 9 del Génesis dice Moisés: «Por esto se le dió á esta el nombre de Babel; porque allí fué confundido el lenguaje

de toda la tierra,...» pero en los textos cuneiformes de aquel país el nombre de la ciudad se encuentra casi siempre escrito Bab-Ilu, que se traduce: Puerta de Ilu, ó Puerta de Dios, porque la palabra *Ilu* es la correspondiente á la de Dios.

Varias veces hemos hablado de escritura cuneiforme, una de las manifestaciones de la civilizacion de los pueblos orientales, en especial de los asirios y persas, y creemos llegado el caso de no pasar adelante sin dar las explicaciones necesarias acerca de lo que es la escritura cuneiforme, de la que deberemos hablar necesariamente algunas veces.

Las diferentes formas de la escritura asiria, comprendiendo en esta la ninivita y la babilónica, se componen de especies de cuñas más ó menos grandes, dispuestas de distinta manera que las de la escritura persa. Los caracteres cuneiformes provienen de antiguos caracteres geroglíficos que no es difícil reconocer entre algunos de los mismos. Los cuneiformes asirios difieren de los persas, pero son casi enteramente los mismos que los empleados en la segunda columna de las inscripciones aqueménidas de que hablamos en el capítulo anterior, al tratar de las tres lenguas originarias de la Torre de Babel. Su origen comun es evidente y se reconocen desde luego á la simple vista. Estos caracteres, cuyo número es muy crecido, figuran ideas ó sonidos. Los signos fonéticos, que son los que representan sonidos, figuran sílabas enteras pero no una consonante ó una vocal determinadas; se les traslada ó copia fácilmente en caracteres latinos, pero no puede hacerse otro tanto, como se comprende sin dificultad, con los signos ideográficos. Efectivamente, el valor fonético del ideograma no puede descubrirse sino por medio de los indicios accesorios.

«La escritura cuneiforme, dice Lénormant, es uno de los sistemas más embrollados, de que se haya servido el hombre para escribir sus pensamientos. Su aclaracion presentaba extraordinaria dificultad; pero actualmente el problema está resuelto por medio de reglas seguras desde ahora para en adelante; y este descubrimiento debe contarse entre los más bellos y fecundos de nuestro siglo en el terreno de las ciencias históricas (1).»

(1) LÉNORMANT. *Manual de historia antigua*, etc. París, 1869.

Para eludir la dificultad de los valores fonéticos, se convino en copiarlos como si fueran realmente signos fonéticos, valiéndose empero para la copia de las letras latinas capitales. Así se comprende sin esfuerzo que lo árduo para descifrar los textos cuneiformes consistía casi por completo en su lectura y no en su traducción, porque no era empresa difícil comprender la lengua en que se presentaban escritos, ya que pertenecía á la rama de las semíticas, análoga de todo punto á la hebrea y árabe.

Bastan estas breves indicaciones para comprender que los asirios emplearon en sus inscripciones signos en lugar de las letras del alfabeto, pero unos signos que, perdida su clave con el trascurso de los siglos, parecía totalmente imposible descifrarlos. Las dificultades que presentaban los gerglíficos del Egipto, á pesar de conocerse la lengua en que estaban escritos, que era el copto, impedían tambien á su vez penetrar el sentido de las inscripciones asirias, por desconocerse completamente la lectura de los escritos cuneiformes.

Por exigirlo la importancia del asunto y tratarse de una de las principales manifestaciones de la civilización de las primeras edades del mundo, debemos descender necesariamente á explicaciones algo detalladas, en la seguridad de que no les pesará á nuestros lectores.

Sabemos ya que son dos las maneras con que puede el hombre expresar por escrito sus ideas ó pensamientos, recibiendo la una el nombre de ideográfica y la otra el de fonética. La ideográfica representa la idea, la segunda el sonido. Siguiendo el método ideográfico, se pinta la idea por imagen ó por símbolo solo, que es lo más comun. Tambien hay dos maneras distintas de representar los sonidos por medio del fonetismo, ya que pueden expresarse por sílabas ó por simples letras.

Bastarán estas ligerísimas indicaciones—que á más no podemos extendernos—para comprender la inmensa ventaja que el modo fonético debía llevar sobre el ideográfico, por la inmensidad de figuras ó caracteres de que debía necesariamente constar, para corresponder á la infinita variedad de los objetos que nos presenta la naturaleza. Las ventajas de la escritura fonética sobre la ideográfica fueron causa de que esta quedara vencida por la

otra, y poco ménos que desterrada desde las primeras manifestaciones de la civilizaci6n de los pueblos.

Pasando ahora de estas generalidades á lo especial de que estamos tratando, vemos que la escritura cuneiforme de los asirios es precisamente una complicadísima mezcla de los dos sistemas: de ideografismo y fonetismo, á que llegó no de golpe, sino sucesivamente.

La primitiva escritura asiria, como la primitiva de los egipcios, fué enteramente geroglífica ó ideográfica, formada con las imágenes ó símbolos de los objetos que deseaba expresar el escritor, segun lo acreditan algunos antiquísimos monumentos que aún se conservan. Simplificáronse despues con el tiempo los ideogramas, reduciéndose á unas cuantas líneas, de mayor carácter ya, pero que recordaban los antiguos símbolos. La ley de la simplificación ó de la perfección, cuya necesidad siente el hombre en todas las esferas de las ciencias é industrias, se dejaba traslucir ya en las manifestaciones escritas de los primeros días. Siguiendo esta ley, la escritura geroglífica se transformó por grados en la que los asiriólogos llaman hierática, tal como sucedió en Egipto. Esta escritura hierática, transformaci6n y simplificación de la geroglífica, no es todavía la cuneiforme, como lo atestiguan muchos ladrillos conservados aún de Babilonia y otras partes de la Caldea que conservan recuerdos epigráficos de los siglos más remotos. Finalmente, de la forma hierática pasó la escritura á la cuneiforme, de caracteres más breves y simplificados reducidos á pocos rasgos rectilíneos, que conservaron muy pocos vestigios de la primitiva imagen que les sirvió de modelo.

Por la semejanza que el primer elemento de todos estos signos ó caracteres tiene con una cuña ó con un clavo de cabeza triangular, y mejor aún con la punta de una flecha, se denominó de varias maneras esa escritura, hasta que finalmente prevaleció el nombre de cuneiforme que es el actualmente empleado. Por medio de las combinaciones de las cuñas se consigue la diversidad y la grandísima multitud de los caracteres, sin que pierdan empero nunca en sus múltiples disposiciones su severa forma rectilínea, que no admite la más mínima curva.

Los asirios y demas pueblos vecinos desconocerían el papel, pergamino

y tejidos de tela que usaban otros pueblos, porque abundaba su país en arcilla, y servíanse de ella para escribir, secándola despues por medio del fuego, cuando trataban de conservar lo escrito. Los ladrillos ó planchitas con escritura en sus dos caras eran las hojas de sus libros, y su pluma era un estilo de cabeza triangular como lo prueban los muchos que se han encontrado en las excavaciones practicadas en aquellos sitios, especialmente en el recinto de Nínive. Además de los estilos usaban una especie de imprenta parecida al grabado en madera, con que calcaban en la arcilla fresca las formas en donde habían ántes grabado lo que deseaban escribir, y así en poco rato podían proporcionarse muchísimas copias del texto dado. Despues de esto ¿no parece imposible que se pasaran tantos siglos ántes de inventarse en Europa la imprenta y el arte del grabado?

Andando el tiempo recibió la escritura cuneiforme varias modificaciones encaminadas todas á simplificar y abreviar los signos. Estas modificaciones corresponden á tres especies principales: la arcáica, la moderna y la cursiva.

La arcáica corresponde á los monumentos de los primeros reyes caldeos; la moderna, llamada con este nombre por su mayor sencillez y limpieza, se usó especialmente en los monumentos de los reyes que vivieron desde el siglo décimo ántes de Jesucristo hasta la época de la conquista persa; la cursiva, forma más clara y breve que la moderna, se usaba en obras de poca importancia.

Despues de estas breves indicaciones se comprenderá fácilmente que la lectura ó interpretacion de las inscripciones cuneiformes haya adquirido ya en nuestra época el puesto que de justicia le corresponde entre las ciencias de los orientalistas, así como que deba contarse entre los más preciosos adelantos del siglo decimonono. El ilustre egiptólogo G. Maspero ha dicho, hablando de esta nueva ciencia: «Háse abierto—con ella—un nuevo mundo de lenguas y de pueblos desconocidos para el estudio; y han salido de la tumba treinta siglos de historia y han aparecido otra vez á la luz pública (1).»

Inscripciones cuneiformes grabadas en ladrillos ó pequeños cilindros, en

(1) G. MASPERO.—*Histoire ancienne des peuples*, etc.

las rocas, en tablas de mármol ó de piedra, se han descubierto en los valles del Éufrates y del Tigris, en Babilonia y Nínive, extendiéndose ademas estos hallazgos á la Persia, en el mismo sitio de Persépolis, Susa, Pasargada, Ecbatana, Orontes, Kirmanschah, Armenia, Chamiramagnerd, Siria, Egipto, y otros muchos puntos.

El descubrimiento, empero, de ese género de inscripciones se remonta al siglo xvii, y parece que el sabio jesuita aleman Atanasio Kircher poseyó el primer ladrillo de escritura cuneiforme enviado por Valle desde las orillas del Éufrates. No deja de ser curioso en extremo, para estar al corriente del progreso de la civilizacion en los siglos que cuenta la humanidad, saber las vicisitudes y adelantos del estudio de la escritura cuneiforme desde su primer descubrimiento hasta ahora. Manuel de San Alberto, fraile residente en Bagdad, en el siglo xvii, es el primero que escribió acerca de los caracteres cuneiformes, y su trabajo está citado por Anville en su «Memoria acerca de la posicion de Babilonia.» Chardin, Bruyn y Niebuhr visitaron más tarde las inscripciones que el padre Manuel había visto y de que habla en su trabajo. Chardin copió, además de las murallas de Tchehelminar, entre las ruínas de Persépolis, varias líneas de caracteres cuneiformes. La Sociedad Real de Lóndres, que tanto ha hecho á favor de las ciencias, dió noticia en sus *Transacciones filosóficas* de esta conquista, de tanta importancia para la arqueología oriental; pero de pronto no se acertó en determinar si se debía ver en estos monumentos caracteres realmente significativos, ó meramente un género especial de ornato. Witte de Rostock es el autor de la más original y extravagante de todas las teorías inventadas para explicar la aparicion de los caracteres cuneiformes en los ladrillos y demás materias en donde se descubrían: segun él, los trazos de los caracteres cuneiformes no eran más que señales ó huellas de deterioros producidos en la piedra ó ladrillos por la constancia en el trabajo destructor de una especie de gusano ó insecto. Le Bruyn publicó algunos años despues de Chardin sus nuevas copias, y ya no se dudó desde entónces de que había en ellas verdaderas inscripciones, aunque nadie se atrevía á descifrarlas por desconfianza de buen éxito.

Los sabios recibieron y saludaron con el mayor entusiasmo las copias publicadas por Niebuhr y sacadas por él mismo con escrupuloso cuidado. En 1782 encontrábase en Bagdad Andrés Michaux, y envió á París una piedra con caracteres cuneiformes. El mariscal de Castries recibió en París, también el año 1786, una «Memoria acerca de los ladrillos y piedras escritas encontradas por algunos obreros en Hellah, cerca de las ruínas de Babilonia,» enviada por el obispo de Beauchamp, cónsul de Francia en Bagdad. Á fin de encauzar las investigaciones que debían llevarse á cabo en aquel mismo sitio, escribió el abate Barteley unas instrucciones oportunas, y al cabo de poco tiempo unos monumentos de igual clase, encontrados en Persépolis, ensancharon el campo que se abría á la curiosidad de los hombres dedicados á los estudios anticuarios.

En 1803, sir Harford Jones descubrió una bella inscripcion en las ruínas de Babilonia, y, mediando pocos años de intervalo, Morier, Ouseley, Porter, Stewart y Bellino practicaron investigaciones en Persépolis, Nakalir-Roustan, Mourghab y el Alvando.

Á expensas del Gobierno frances hacía Schultz en 1827 un viaje de exploracion científica en Armenia, y recogió muchísimas inscripciones cerca del castillo de Van y en diferentes iglesias armenias edificadas con restos de monumentos antiguos del mismo país.

En el mismo emplazamiento de Nínive halló Rich paredes llenas de escrituras cuneiformes. Llegados á esta época es casi inútil repetir que Bota, cónsul de Francia en Mossul, practicando investigaciones en la aldea de Nininah, descubrió unas inscripciones grabadas en ladrillo y piedra, y en Korsabad, á cinco leguas al norte de su residencia, desenterró de debajo de un cerro todo un palacio asirio, página brillante para el estudio de la historia de aquellas edades. Doscientas inscripciones que recogió fueron el premio del descubrimiento de aquella construccion. Bonet, gerente de aquel consulado, halló otras inscripciones en Arbela, y Layard otras en Ninsrud. Posteriormente á todo esto, los Sres. Flaudin y Corte se han comprometido á publicar otras muchas inéditas aún cuando dén á luz la noticia de su viaje á Persia.

Parece que la escritura cuneiforme no salió de los límites de la Asiria y Media, aunque se extendió luégo con la dominacion persa, acabando por usarse en toda el Asia occidental. Es muy probable que Babilonia fué la cuna de la escritura cuneiforme, extendiéndose despues por el norte en Asiria y por el sud en la Suriana, pasando luégo á la Media y despues á Persia, donde se perfeccionó simplificándose. Es probable que su uso cesó en el imperio de los persas cuando se extinguió la dinastía de los Aqueménides. En Asiria y Babilonia todo induce á creer que desapareció ántes, cuando una dominacion extranjera sometió aquellos países.

Actualmente no se tiene noticia alguna, que sepamos nosotros, de haberse descubierto algun manuscrito hecho con caracteres cuneiformes, y parece que sólo se emplearon para inscripciones monumentales.

Incurriría en grave error quien creyera que las aplicaciones diversas del sistema cuneiforme no se adaptaran á los idiomas de muchísimos pueblos del antiguo Oriente, porque el asirio, de cuya civilizacion tratamos ahora, no es sino un caso particular de entre los infinitos que pudieran citarse, porque estaba ya en uso en otras naciones ántes de su introduccion en la Mesopotamia. De ahí es que los orientalistas distinguen ya la escritura cuneiforme en dos clases: la ariana y la anariana. El idioma de la primera es el de los antiguos persas, hijos de la antiquísima raza de los arias. La anariana, nombre genérico y vago, ha recibido su nombre á causa de las varias lenguas de familias diversas, teniendo únicamente de comun el escribirse con cuneiformes ideográficos.

Cinco son á lo ménos las lenguas principales que se cuentan en esa rama, y son: la asiro-caldea, semítica, que se hablaba en Babilonia y Nínive, y es la de los monumentos de que tratamos; la armenia, indo-europea, hablada por los pueblos armenios desde el siglo IX al VII ántes de Jesucristo, y que se encuentra en las rocas de Van (Armenia) en las inscripciones cuneiformes que aún se conservan; la suriana, de la familia turánica (con perdon sea dicho de algun autor que se rebela contra esta calificacion que llama error grave), y es la de las inscripciones de Susa; la meda, otro idioma turánico, que predominó en la antigua Media hasta la época de los reyes Aque-

ménides; y la caldea primitiva, turánica también, hablada por los primeros caldeos antes de su salida de las regiones del noreste que abandonaron para establecerse en el Éufrates. Á estos primeros caldeos de origen turánico se debe la introducción de la escritura cuneiforme en Babilonia y Nínive. Es muy probable, además, que fueran ellos los primeros inventores de esa manera de escribir, como lo es también que llevado por ellos su uso á Mesopotamia, la imitaron los indígenas, haciendo aplicaciones de ella á su propio lenguaje semítico.

No son para dichas, y mucho menos en nuestro libro, las inmensas dificultades que presenta la interpretación, y hasta el uso, de la escritura cuneiforme. Los mismos asirios, acostumbrados á ella, se encontraban á menudo envueltos en mil obstáculos que les embarazaban su uso expedito por la oscuridad, ambigüedad é inseguridad continuas que les presentaba la multitud inmensa de combinaciones de cuñas, siéndoles necesario un largo y detenido estudio para aprender sus misteriosas significaciones. Si alguna duda pudiéramos tener acerca de esto, quedaría desvanecida por completo ante la innumerable multitud de diccionarios, manuales, tratados lingüísticos y otros guías por el estilo que se encontraron en las bibliotecas de Asiria, y especialmente en la famosa biblioteca de Nínive, restos de una extensa enciclopedia gramatical formada por los mismos asirios en los buenos tiempos de su literatura, destinada, según todas las apariencias, al uso público de sus estudiantes, á fin de iniciarles en los misterios gráficos de su país.

Á propósito de esto, un hombre tan competente como Lénormant, ha dicho lo siguiente: «Más de la mitad de los monumentos de la escritura cuneiforme anariana usada en Asiria y Babilonia desde tres mil y más años antes de Jesucristo hasta la época de los Seléucidas, se compone de cartillas que sirven para descifrar la otra mitad, y actualmente las consultamos nosotros tal como lo hacían veinticinco siglos há los estudiantes del antiguo país de Assur (1).» Y por si alguno no quedara del todo satisfecho con lo dicho por Lénormant, de que la biblioteca antes mencionada servía para el

(1) LÉNORMANT.—*Manuel d'histoire*, etc., Tom. II.



ASURBANIPAL OFRECE EN SACRIFICIO A LOS LEONES MUERTOS POR EL

Edición de 1907

ménides; y la caldea primitiva, turánica también, hablada por los primeros caldeos antes de su salida de las regiones del noreste que abandonaron para establecerse en el Éufrates. A estos primeros caldeos de origen turánico se debe la introducción de la escritura cuneiforme en Babilonia y Nínive. Es muy probable, además, que fueran ellos los primeros inventores de esa manera de escribir, como lo es también que llevado por ellos su uso á Mesopotamia, la imitaron los indígenas, haciendo aplicaciones de ella á su propio lenguaje semítico.

No son para dichas, y mucho ménos en nuestro libro, las inmensas dificultades que presenta la interpretación, y hasta el uso, de la escritura cuneiforme. Los mismos asirios, acostumbrados á ella, se encontraban á menudo envueltos en mil obstáculos que les embarazaban su uso expedito por la oscuridad, ambigüedad é inseguridad continuas que les presentaba la multitud inmensa de combinaciones de cuñas, siéndoles necesario un largo y detenido estudio para aprender sus misteriosas significaciones. Si alguna duda pudiéramos tener acerca de esto, quedaría desvanecida por completo ante la innúmerable multitud de diccionarios, manuales, tratados lingüísticos y otros guías por el estilo que se encontraron en las bibliotecas de Asiria, y especialmente en la famosa biblioteca de Nínive, restos de una extensa enciclopedia gramatical formada por los mismos asirios en los buenos tiempos de su literatura, destinada, según todas las apariencias, al uso público de sus estudiantes, á fin de iniciarles en los misterios gráficos de su país.

Á propósito de esto, un hombre tan competente como Lénormant, ha dicho lo siguiente: «Más de la mitad de los monumentos de la escritura cuneiforme anariana usada en Asiria y Babilonia desde tres mil y más años antes de Jesucristo hasta la época de los Seléucidas, se compone de cartillas que sirven para descifrar la otra mitad, y actualmente las consultamos nosotros tal como lo hacían veinticinco siglos há los estudiantes del antiguo país de Assur (1).» Y por si alguno no quedara del todo satisfecho con lo dicho por Lénormant, de que la biblioteca antes mencionada servía para el

(1) LÉNORMANT.—*Manuel d'histoire, etc.*, Tom. II.



Mir. Tarradas, Comas y C^{ta}. Editores.

ASURBANIPAL OFRECE EN SACRIFICIO LOS LEONES MUERTOS POR ÉL.

[Detalles exactos de los bajo-relieves del Museo Británico.]

D. Boissier.
A Casanovas-Lit.

estudio del público, dirémosle que lo atestigua una inscripción encontrada al pié de uno de sus libros, última página de una gramática, en la que se lee: «Palacio de Assurbanipal, rey del mundo, rey de Asiria, á quien el Dios Nebo y la diosa Tasmit (1) dieron orejas para oír y abrieron los ojos para ver lo que constituye la base del gobierno. Ellos revelaron á los reyes mis antecesores esta escritura cuneiforme, manifestacion del dios Nebo, del dios de la inteligencia suprema; yo lo escribí sobre planchitas, yo la firmé, yo la ordené, yo la puse en mi palacio para la instruccion de mis súbditos.» Como ampliacion de esta, se conoce otra inscripción que pertenece al mismo Assurbanipal, grabada en cilindros de arcilla en el mismo palacio, en la cual se lee: «Yo Assurbanipal he recogido en este palacio los oráculos de Nebo y todas las planchitas del reino. Yo he resuelto sus misterios y sus dificultades, etc.»

En estas brevísimas noticias que damos acerca de la escritura cuneiforme, se notaría un vacío inmenso, si omitiéramos lo relativo al modo con que procedieron los asiriólogos para llegar al desciframiento de las primeras inscripciones; pero, como quiera que no podemos entrar en pormenores, remitimos á los curiosos á la obra de Ménant, intitulada: *Les Ecritures cuneiformes. Exposé des travaux qui ont préparé la lecture et l'interprétation des inscriptions de la Perse et de l'Assyrie.*—París, 1864. Con todo, para satisfacer la curiosidad natural de los lectores que no tengan á mano esta obra, vamos á decirles dos palabras acerca de la materia.

Es evidente que para la lectura de las inscripciones cuneiformes debía partirse de una lengua conocida, y proceder á un estudio comparativo. Cuando Champollion se propuso leer los geroglíficos de Egipto, tuvo á la vista la célebre inscripción llamada ó conocida por el nombre de *Piedra de Rosetta*, en la que había un decreto de los sacerdotes en honra del quinto de los Tolomeos, escrito en dos idiomas, egipcio y griego, y con escritura geroglífica, demótica y griega; de manera que sin esa inscripción y otras semejantes, en varias lenguas, quizás estarían aún envueltos los geroglíficos

(1) La diosa de la ciencia.

en las tinieblas que los ocultaban desde tantos siglos ántes. Los asiriólogos tuvieron tambien una fortuna parecida á la de Champollion; porque la grande inscripcion trilingüe de Behistun sirvió á los cuneiformes asirios, como la Piedra de Rosetta había servido para los geroglíficos egipcios, dándoles la clave que debía abrirles los misteriosos secretos de aquella escritura.

Á mano izquierda del camino que va de Bagdad á Ispahan, junto al valle de Kerah, hay una roca gigantesca que se levanta perpendicularmente sobre el camino hasta la altura de quinientos sesenta metros, y sirve como de espolon al monte Behistun, cuyo nombre toma tambien. Hasta la altura de cien metros hay dibujos impresos en ella, en forma de inmenso bajo-relieve que representa el triunfo del rey Darío, hijo de Histaspes, sátrapa persa, contra los reyes enemigos que se ven encadenados á sus piés. Alrededor del bajo-relieve hay una grande inscripcion distribuída en tres columnas muy distintas, con caracteres ligados, limpiamente grabados en la superficie lisa de la pared, y al abrigo de las injurias del tiempo por medio de un barniz como de vidrio líquido. La inscripcion es enteramente cuneiforme, pero ya en 1765 descubrió Niebuhr que en las tres columnas del texto había otros tantos estilos de escritura, correspondientes quizas á tres idiomas distintos. Efectivamente, al poco tiempo se reconocieron los tres idiomas propios de las tres principales naciones de que se componía su imperio: la persa, la meda y la asira, segun lo hemos dicho ya anteriormente. La escritura ariana ó persepolitana, es la más sencilla de las cuneiformes, porque es enteramente alfabética y no cuenta más que cuarenta caracteres. Así se comprende que, descifrada la lectura, no fué empresa mayor la interpretacion de la lengua, puesto que era la persa antigua, perteneciente á la familia de las lenguas arianas ó indo-europeas, muy parecida al sanscrito de los vedas; muy íntimamente relacionada con el griego y otros idiomas europeos. No era tan fácil leer los cuneiformes anarianos de las otras dos columnas de la inscripcion de Behistun: no obstante, como su texto era el mismo de la otra columna, fué tambien sencilla su interpretacion.

Terminaríamos aquí las noticias referentes á la escritura cuneiforme, si no temiéramos dejar un vacío que afearía nuestro pobre trabajo, omitiendo

la breve historia que prueba la certeza de las reglas admitidas para la interpretacion de los cuneiformes. En gracia de la brevedad citaremos el hecho más concluyente y terminante.

La prueba más satisfactoria es el experimento propuesto en 1857 por Fox Talbot de la Sociedad Asiática de Lóndres. Escogió Talbot la primera de las inscripciones asirias publicada por los Directores del Museo Británico, á saber el grande texto de los prismas encontrados en Kalah-Sherghat, en los cimientos del palacio de Tuklat-Pal-Assar I, en los que el Rey, que vivió entre el siglo XII y XI ántes de Jesucristo, refiere extensamente las empresas de los primeros años de su reinado. Talbot envió, en pliego sellado, á la Sociedad Asiática, la traducción hecha por él mismo, invitándola al propio tiempo á proponer el mismo tema á otros asiriólogos, para que cada uno de ellos enviara por separado, y bajo sello, la traducción que habrían hecho, debiendo, despues de rotos los sellos, cotejar las versiones presentadas. Rawlinson, Hincks y Oppert aceptaron el tema, y ántes de un mes enviaron sus respectivas traducciones á la Sociedad. Cotejadas con la primera de Talbot, se vió que las cuatro estaban perfectamente acordes en lo sustancial, expresando todas el mismo sentido, sin más diferencia que alguna muy insignificante. Todo esto consta, como puede verse, en el *Diario de la Real Sociedad Asiática* del año 1860, en su tomo XVIII, que contiene las traducciones de que acabamos de hablar.

No podía exigirse ya mayor seguridad literaria del hallazgo y descubrimiento del secreto de la lectura cuneiforme, y las nuevas y variadas pruebas que se practicaron, confirmaron de cada vez más las reglas que se habían seguido para el desciframiento. Practicóse otro ensayo en una inscripción redactada en cuatro lenguas, egipcia, persa, asiria y medo-scita, y descifrándola segun las reglas que acababan de establecerse, dió igual resultado é iguales nombres que los geroglíficos egipcios.

Actualmente, despues de las muchísimas pruebas practicadas de varios años acá, es imposible concebir ni la más ligera sombra de duda acerca de la exactitud y autenticidad de la lectura é interpretacion fiel y exacta de los cuneiformes, y abundan ya las inscripciones asirias de toda clase proceden-

tes de las ruínas de Babilonia y Nínive y de otros puntos del territorio asiro-caldeo, que han enriquecido los anales literarios, demostrando al propio tiempo la conformidad entre los diversos traductores que se dedican actualmente á la ímproba tarea de revelarnos los misteriosos arcanos ocurridos en los primeros albores de las civilizaciones del Oriente. No negaremos ¿ni cómo negarlo? que se presentan á veces palabras, y hasta frases aisladas, en los cuneiformes, cuyo significado pone á prueba la constancia y paciencia de los asiriólogos, resultando infructuosos sus esfuerzos; pero esto que, en último resultado, no prueba sino que faltan aún descubrimientos que hacer en la asiriología, no es argumento contra la solidez de las conquistas hechas por los sabios en el estudio de la lectura cuneiforme, que desde ahora forma ya parte muy principal de las ciencias orientales, y es un blason glorioso de los progresos y adelantos del siglo décimonono.

Son inmensas las aclaraciones y rectificaciones que en materia de hechos históricos y datos cronológicos se deben ya á la interpretacion de textos cuneiformes, y por nuestra parte no dudamos que, andando el tiempo, tendrán las generaciones venideras escrita la historia con precision y exactitud así en fechas como en hechos, á lo ménos los que forman épocas históricas.

Gustosos daríamos aquí las traducciones que confirmarían nuestro aserto, pero en la imposibilidad de hacerlo, no podemos dejar de continuar algunas que, á la par que serán la confirmacion de lo que decimos, nos darán una idea clara y evidente de la civilizacion antiquísima de la Mesopotamia.

La primera que se nos ocurre es la que narra la infancia, guerras, conquistas y empresas guerreras de Sargon.

Agané ó Sippara, actualmente Suffeira, sita al norte de Babilonia, fué la primera residencia de Sargon, trasladada despues á Babilonia. Setenta planchitas cuneiformes, que comprenden augurios sacados de los aspectos de la luna, narran extensamente sus expediciones guerreras, formando al propio tiempo una preciosísima obra de astrología de la época, compuesta por orden expresa del mismo Sargon. Pero no anticipemos los hechos, y veamos ántes el trozo de la leyenda donde el mismo Sargon cuenta sus pro-

pias aventuras. Para la mejor inteligencia, debe saber el lector que Sargon era adorado en Agané con culto divino. Sabido esto, veamos la leyenda:

1. Sar-Kin (Sargon), el Rey poderoso, el Rey de Agané, yo (1).
2. Mi madre me engendró sin participacion de mi padre, miéntras el hermano de mi padre oprimía al país (2).
3. Me concibió en la ciudad de Azupirana, situada en la orilla del Éufrates.
4. Mi madre estuvo en cinta y me dió á luz en lugar oculto.
5. Depositóme en una cesta de mimbres y la enjabelgó con betun, y me confió al río que me llevó léjos de ella.
6. Yo sobrenadé en el río que me arrastró hacia Akki, el poderoso de las aguas.
7. Akki, el poderoso de las aguas, me tomó cariño y me recogió.
8. Akki, el poderoso de las aguas, me educó como hijo (suyo).
9. Akki, el poderoso de las aguas, me tomó por operario suyo, é Istar prosperó mi educacion.
10. (Despues)..... cinco años, yo me apoderé del reino (3).
11. Yo goberné á los hombres de la cabeza negra (4).
12. Yo..... sobre carros de ruedas de bronce, (recorrí) países difíciles.....
13. Yo subyugué los países montañosos.....
14. Yo reiné sobre los Reyes de la llanura *ti ti sal lul*.
15. Yo asedié por la tercera vez y sujeté á Dilmun (5).
16. *Dur an ki gal* se doblegó (6)..... Yo destruí y.....

(1) Despues de Nembrod, Izdubar y Urkham es Sargon uno de los héroes más famosos de la antigüedad caldea. Su existencia histórica está realmente comprobada por multitud de documentos, pero esto no obstante su memoria fué luego transfigurada y engrandecida con leyendas sembradas de mitología, que pasaron pronto á los monumentos, convirtiéndolo de este modo en personaje más legendario que histórico.

(2) Smith traduce este versículo de la siguiente manera: « Mi madre era princesa, yo no conocí á mi padre, un hermano de mi padre reinaba en el país. »

(3) Smith traduce esto diciendo: « 45 años, yo goberné el reino. »

(4) Lénormant da esta traducción: « De tez negra; y Smith lo interpreta: « De raza negra. »

(5) Isla del golfo Pérsico cerca de la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates.

(6) Lénormant pone aquí esta variante: « Yo hice doblegar á la grande Duban. » Duban era una ciudad caldea.

17. Cuando el Rey que reinará despues de mí en los (días) venideros.....
18. (Gobernará) al pueblo de los hombres de la cabeza negra, por países difíciles..... sobre carros (de bronce correrá).
19. Gobernará las regiones superiores y (dominará suyos) á los Reyes de las regiones inferiores..... *ti ti sal lul*, asediará por la tercera vez á Dilmun y la sujetará.
20. *Dur en ki gal* se doblgará..... de mi ciudad Agané.

El lector habrá observado que aquí es el mismo Sargon quien habla, siguiendo la costumbre que hemos podido ya notar en todas las inscripciones reales, así egipcias como caldeas. Poca atención se necesita además para echar de ver al momento la semejanza que existe entre la aventura de Sargon, abandonado en una cesta de mimbrés, á las aguas del río, y la de Moisés, y otros muchos personajes legendarios ó mitológicos, como Rómulo, Ciro, Baco, Edipo, Perseo y otros. ¿Qué nos diría un estudio detenido y concienzudo acerca del nacimiento y abandono de Sargon, Moisés, Rómulo y otros muchos hombres célebres en los fastos del mundo? Sargon, cuya leyenda es la más antigua de todas las de este género, es abandonado al Éufrates, Moisés al Nilo, Rómulo al Tíber, Baco á las aguas que bañan las costas de Laconia, como si los encargados de su muerte, confiaran en algun sér habitante de las aguas, que, movido á compasión, les librara de la triste suerte á que parecía entregarles su destino, á los pocos momentos de abrir sus ojos á la luz del día.

Pero, demos de mano á estas reflexiones que no son del caso, y presentemos una muy ligera muestra de la escritura astrológica encontrada en la biblioteca de Nínive, debida á Sargon, segun dijimos ántes.

« Cuando la Luna..... Presagio para Sar-kin, que bajo dicha posición, camina hacia Elam y destruye á los elamitas, completa su derrota y dispersa á sus miembros.

» Cuando la Luna..... Presagio para Sar-kin: irá hacia Siria y destruirá á los asirios; reducirá á su poder las cuatro razas.

» Cuando la Luna..... Presagio para Sar-kin, que, bajo dicha posición.....

se levanta..... jamas tuvo igual ó rival, sus ejércitos atravesaron las tierras, sitas allende el mar del sol occidente, y en el tercer año al sol occidente..... su brazo ha conquistado, él domina, él ha erigido su imágen al sol occidente, él ha pasado el mar con su botin sobre las regiones (1). »

Hemos dicho poco há que la historia era ya deudora de muchas aclaraciones á la escritura cuneiforme, que nos han revelado los monumentos del Oriente, y, prescindiendo de la leyenda de Sargon, tenemos aquí en esta obra de astrología algunos datos ignorados hasta ahora. Por ellos sabemos que Sargon se apoderó no sólo de Babilonia sino tambien de todos los pequeños reinos de la Caldea; que llevó sus carros de guerra hasta el golfo Pérsico; que sujetó é hizo tributarios suyos á los Elamitas, señores poco ántes y quizas opresores de los caldeos; que extendió su dominio no sólomente sobre la Asiria, sino tambien sobre las tribus nómadas de los Gutim que andaban errantes en los valles del Éufrates; que las costas del Mediterráneo vieron sus armas vencedoras y que en sus aguas se reflejó la sombra de sus banderas plantadas en los últimos confines del occidente asiático.

En corroboracion de lo que vamos diciendo, y para que se comprenda mejor la grande revolucion que en los estudios históricos están llamadas á llevar á cabo las escrituras cuneiformes, vean á continuacion nuestros lectores una lápida conmemorativa de Sargon, á propósito de la reedificacion del templo Ulbar consagrado á la Diosa Anunit, templo que se remonta á más de veinte siglos ántes de Jesucristo.

« Sagaraktiyas (Sar-kin, Sargon), Pastor veraz, Rey de Bab-Ilu, yo.

» Yo digo esto: El Dios Samas y la Diosa Anunit me llamaron á gobernar las tierras y los pueblos; estos me llenaron las manos de los tributos de todos los hombres.

» Yo digo esto: El templo del Día, el templo de Samas, mi señor, en Sippar, y el Templo Ulbar de Anunit, mi soberana, en Sippar, habían sido derribados hasta sus bases, en los tiempos del antiguo Rey Zabum. Yo he desembarazado las construcciones, he puesto al descubierto los fundamentos,

(1) MÉNANT. — *Babilonia y Caldea.*

he acumulado allí tierra, y he levantado sobre los fundamentos un templo á la gloria de Samas y de Anunit, para mi propia satisfaccion. Ellos me concedieron su afecto perpetuo. Prolonguen ellos mis días, devuélvanme mi vida primera, y perpetúen en este palacio mis años de felicidad. Protejan la escritura de este documento, y exalten la gloria de mi nombre.»

Á esta inscripcion debida, como ya hemos dicho á Sargon, y continuada quince siglos despues por Nabonid, le sigue la que ponemos á continuacion, propia de este último:

« Así encontré yo..... el nombre de Sagaraktiyas, Rey de Bab-Ilu, predecesor mío, que construyó el templo Ulbar en Sippar, en honra de la Diosa Anunit, y puso su timin (piedra angular).»

Sargon merece ocupar una página en la historia de los grandes hombres, porque no sólo fué un gran rey, sino ilustre y activo promovedor de la literatura y ciencias. Aumentó la célebre y rica biblioteca de Sippara; fundó otra muy grandiosa en Erech, mandando buscar en todas partes libros antiguos religiosos y científicos, que hizo traducir y comentar. Proveyóla de muchas obras literarias que mandaba componer á los sabios de su corte, siendo sus principales asuntos gramática, legislacion, astronomía, magia, astrología, etc., etc., segun puede verse aún en los muchísimos fragmentos que forman uno de los más ricos tesoros del Museo Británico.

Otras inscripciones, pertenecientes al rey Rim-Sin, fijan épocas exactas y hechos precisos que aclaran y revelan la historia de aquellos días. Véanse, como muestras, las siguientes:

« Mes nisan (marzo), el día 25, del año en que los poderosos soldados de Anu, de Bel, y de Hea tomaron la ciudad real de Karrak.

» Mes tasritu (setiembre), el día 30, del año décimotercero despues de la toma de Larrak, hecha por el rey Rim-Sin.

» Mes sabatu (enero), del año en que él (Rim-Sin) ocupó á Kisuri con sus guerreros y se apoderó de Dur-Ilu.

» Mes davuzu (junio), del año en que Rim-Sin colocó dos estatuas de bronce en el Bit-Parra.

» Mes abu (julio), del año en que el río Tiglat (Tígris), el río de los Dioses, fué canalizado hasta el mar. »

De este rey Rim-Sin hay una lápida conmemorativa del templo erigido por él á la diosa Beltis, en la que se lee: « Rim-Sin, Pastor del país y del pueblo de Nipur, el mishihar, el majestuoso, el augusto, el..... señor de Ur, rey de Larsam, rey de los Sumiras y de los Acades, adorador de Anu, de Bel, y de Bin, los grandes dioses que confiaron á mis manos la soberanía de Uruk..... » (1)

De Salmanasar I, que llevó al mayor esplendor el poder asirio, y cuyos hechos interesantes para la historia, quedaban algo confusos, poseemos datos preciosos debidos, entre otros monumentos, á una inscripcion votiva del templo de la Diosa Istar, señora de Nínive, reedificado desde sus cimientos por el expresado rey. Smith, que tuvo la fortuna de descubrir ese monumento, lo traduce así: « Salmanasar, el Rey poderoso, Rey de las naciones, Rey de Asiria, hijo de Binnirari, etc., conquistador de..... Niri, Lulumi..... y Muzri; el cual por el servicio de la Diosa Istar, su señora, (contra estos) se dirigió y no tiene rival; quien combatió en persona en el corazon de la batalla y conquistó sus tierras (2). » Á este Salmanasar se debe tambien muy probablemente la restauracion de Calach, segun reza una inscripcion en la cual se lee: « La antigua ciudad de Calach había sido fabricada por Salmanasar, Rey del país de Assur, un Príncipe antecesor mío; esta ciudad había caído arruinada, estaba cambiada en un monton de trozos; yo la he vuelto á fabricar (3). »

Uno de los monumentos más preciosos que nos han regalado los descubrimientos asirios es la inscripcion de Sennacherib, donde se lee que al conquistar él la ciudad de Babilonia se apoderó del riquísimo sello de Tuklatsamdan, conquistador de la Caldea, seis siglos ántes, y que dejó aquel sello como un monumento que recordara su conquista. En el sello había esta inscripcion: « Tuklat-samdan, Rey de Asur, hijo de Salman-asar, Rey

(1) MÉNANT. — *Babilonia y Caldea.*

(2) SMITH. — *Descubrimientos asirios.*

(3) MÉNANT. — *Anales de los Reyes de Asiria.*

del país de Asur, conquistador (Kasid) de Kardunias. Cualquiera que borrare mi escrito, mi nombre, destruyan Asur y Bin su nombre, su país.» Sennacherib añade por su parte: «Estas líneas estaban escritas sobre un sello en piedra *za-mat*. Este sello había sido quitado del país de Asur y trasladado á Akkad. Yo, Sin-akhi-irib, Rey del país de Asur, despues de seiscientos años he conquistado á Bab-Ilu, y he vuelto á sacar este monumento del tesoro de Bab-Ilu (1).»

Las personas dedicadas á los estudios históricos conocerán el valor inmenso que tiene esta inscripcion de Sennacherib, atendiendo al dato histórico de la fecha que fija para la conquista de Babilonia por Tuklatsamdan, fundador, propiamente hablando, del Imperio Asirio, extendiendo su dominio á toda la Mesopotamia, terminando ademas en él la quinta dinastía caldea, concordando de este modo exactamente los datos de Herodoto y Beroso y los de los cronólogos modernos.

Las escrituras cuneiformes son inapreciables para conocer no sólo las dinastías y formacion del grande Imperio Asirio, sino tambien para estudiar y redactar su historia hasta en pormenores casi insignificantes, que jamas habrían llegado al dominio del público, ni en el supuesto de que existiesen historiadores de aquellas épocas, porque no descienden estos, en general, á minuciosidades que no creen necesarias ó pertinentes á su objeto.

Como prueba concluyente de esto podrían citarse las vicisitudes ocurridas entre Binpalidin y Belkudurusur, muerto éste en el campo de batalla por el primero; las derrotas de éste ocasionadas por Adarpalasar que le obligó á retroceder, deshechos sus ejércitos, y destrozándole ignominiosamente. Á las mismas inscripciones debemos poder salvar las ambigüedades que se presentan al ver que Tuklatsamdan y Adarpalasar son titulados ambos como fundadores del Imperio Asirio, y este último de su poder militar, toda vez que á este se le llama en la grande inscripcion de Tuklatpalasar «el Rey que fundó el reino de Asur,..... que organizó ántes que nadie los ejércitos de Asur.»

(1) MÉNANT. — *Babilonia*, etc.

El hijo de Adarpalasar, Asurdayan, según las mismas inscripciones, sostuvo el esplendor que le había legado su padre, y del mismo nos dicen aquellas: «En la época de Zamama-zakin-idin, Rey de Kardunias, Asur-dayan, rey de Asiria, llegó hasta el Kardunias y tomó las ciudades de Zaba, Irriga y Agarsalu, y llevó á Asiria sus abundantísimos despojos.» De este mismo se lee en otra parte: «Llevó el cetro supremo, ilustró la nación de Belo, recomendó á los Grandes Dioses la obra de su mano y la hechura de sus dedos, y sobrepujo todo cuanto se había hecho anteriormente á él.»

De Assur-ris-isi, hijo de Mutakkil-Nabu, y nieto de Assurdayan, nos dicen las inscripciones que dominó las rebeliones de los babilonios, y le llaman: «el Rey poderoso que atacó las regiones de los rebeldes y sujetó los países de toda la tierra,» dícennos que Nabukudurusur estuvo varias veces en guerra con el asirio, y «avanzó contra las fronteras del país de Assur, pero que le rechazó Assurrisisi, rey del país de Assur que juntó sus carros para salir contra él, y se vió obligado á regresar á su país.» Emprendió una vez más el ataque empeñándose una grande batalla con las huestes asirias, de la que salió completamente derrotado; puesto que el asirio «cortó en pedazos su ejército, tomó cincuenta de sus carros con sus arneses y se apoderó del estandarte que llevaban delante de él.»

Los bríos guerreros de Nabukudurusur, derrotado en el norte de Asiria, no cedieron á pesar de sus contrariedades, ántes bien llevó sus armas contra Susiana, castigando á los elamitas que invadían frecuentemente la Caldea. En esta expedición fué cuando, según lo traduce Smith (1), se apareció un enorme cometa, cuya cabellera figurando una colosal serpiente, se extendía desde el norte al sud.

La reconocida importancia histórica que avalora las inscripciones, que nos han dado á conocer los adelantos asiriólogos, nos detienen más de lo que nos habíamos propuesto en la traducción de las mismas, y la ilustración de nuestros amables lectores no llevará á mal que continuemos un momento más revelando secretos históricos.

(1) SMITH. — *Historia de Babilonia.*

«Hausmerabi, rey poderoso, rey de Bab-Ilu, rey de las cuatro Regiones, el que atacó á los enemigos de Marduk, el pastor que alegra el corazon de este Dios, Yo.

»Nos decimos: Los Dioses Bin y Bel me han dado los pueblos de los Sumiras y de los Acades, para que reinara sobre ellos: han llenado estos mis manos con los tributos de esas naciones.

»Yo hice abrir el Nahar-Hammurabi (canal de Hammurabi) la bendicion de los hombres de Babilonia, el canal que conduce á las tierras de los Sumiras y Acades. Yo dirigí las aguas de sus brazos sobre llanuras desiertas, las hice verterse otra vez en áridos fosos, y con esto provehí perennemente de aguas á los pueblos de los Sumiras y Acades.

»Yo repartí los habitantes del país de los Sumiras y de los Acades en poblaciones extensas, convertí en tierra de riego las desiertas llanuras, díles la fertilidad y la abundancia y las convertí en mansiones de felicidad.

»Nos decimos esto: Hammurabi, Rey poderoso, favorito del Dios supremo, Yo.

»Siguiendo los mandatos impenetrables de Marduk el Tremendo, fabriqué una excelsa fortaleza, provista de grandes torres, cuyas cimas son altas como montañas, el extremo del canal del Nahar-Hammurabi, la bendicion de los hombres. Yo llamé á esta fortaleza Dur-Ummu-banit del nombre del padre que me engendró. Yo la fundé en estas regiones en memoria de Ummu-banit, el padre que me engendró (1).

»Hammurabi, el Rey, el poderoso guerrero, que destruye al enemigo, que rechaza toda oposicion, posesor de sus enemigos, autor de batallas, que derrama reverencia, el saqueador, el guerrero, el destructor.

»Establecida en las cuatro regiones y en las alturas del cielo, tu gloria ellos (los Dioses) proclamen; poderosamente te bendigan; sus rostros sean propicios; riquezas y grandezas (sobre tí) acumulen; con insignes alabanzas te ensalcen (2).»

Sirven ademas esos monumentos escritos para descubriarnos la manera

(1) MÉNANT, *Babilonia y la Caldea*.

(2) SMITH, *Descubrimientos asirios*.

de contratar los hombres de aquellas épocas, según lo prueban las siguientes muestras:

«Mes sabatu (febrero), día 22, del año en que Hammurabi, el Rey, marchaba triunfalmente al servicio de Ana y de Bel, derribó al soberano de Elam y al rey Rim-Sin.

»Mes ulu (agosto), día 10, del año en que Hammurabi, el Rey, proclamó el culto de Urmitu.

»Mes airu (abril), del año en que Hammurabi restauró el Bit-Miturris, y levantó al cielo la cima de la gran torre de Zamama.

»Mes sabatu (enero), día 13, del año en que Hammurabi, el Rey, adornó el..... de Am, Anunit y Nana, y restauró el Bit-Silimkamma.

»Mes samna (octubre), del año en que Mullias (ciudad) fué destruida por una grande inundacion.

»Mes tebitu (diciembre), del año en que él (Hammurabi) construyó la gran muralla de Teara-Samas.

»Mes ululu (agosto), del año en que él, Hammurabi, el Rey, construyó el gran dique á lo largo del Tigris; levantó su cima al igual de una montaña, y la llamó Tearu-Samas.

»Mes abu (julio), día 13, del año en que Hammurabi, el Rey, por orden de Bel, destruyó los baluartes de las ciudades de Mairu y de Malalnak.

»Mes kiseleva (noviembre), día 25, del año en que, por orden de Bel, fueron destruidos los baluartes de Kitu.»

La mitología asiria tiene páginas curiosas en las inscripciones, según hemos tenido ocasion de observarlo algunas veces. Hé aquí una excelente muestra: La estatua de Nana (1), desde 1635 años ántes, había sido arrebatada y obligada á permanecer en el país de Elam, en un templo no consagrado á ella. Esta Diosa, la cual con los Dioses sus padres había llamado mi nombre al gobierno del mundo, me mandó que restableciera su imagen divina, con estas palabras: «Assurbanipal, sácame del país (impío) de Elam y llévame otra vez en medio del Bit-Anna. El mandato de la divinidad, in-

(1) Recuérdese que Nana ó Nanna es el nombre turánico de la Diosa, y que corresponde á Istar, nombre semítico, al As-tarte de los fenicios, y á la Vénus de los griegos.

timado ya desde los más remotos días, fué renovado á las gentes modernas. Yo tomé las manos de la gran Diosa; su partida alegró mi corazón; ella se dirigió hacia el Bit-Anna; en el mes kisilion (diciembre) el día primero, yo la introduje en la ciudad de Uruk (Warka) en el Bit-Hiliani, amado de ella, y le levanté un santuario, »

El mismo Assurbanipal nos refiere cómo fué á parar á manos de los elamitas la estatua de la Diosa Nana. La inscripcion está concebida así: «Kudur-nakhunti, el elamita, que no tenía la menor reverencia para los grandes Dioses, que se había confiado por espíritu malvado en sus propias fuerzas, había puesto las manos en los templos del país de Accad, había oprimido á los Accades, había levantado la imagen de Nana; sus días fueron llenos, su poder fué vasto. Los grandes Dioses conocieron estas cosas; por el espacio de dos neros, siete sosos y quince años, estuvo en poder de los elamitas. Por esto, yo Assurbanipal, Príncipe obediente á los grandes Dioses, he invadido Elam..... » (1)

«Al Dios Sin, su rey, Kudur-mapuk, soberano del país de Martu (la Siria, ó el Occidente), hijo de Simti-sitarhak, adorador de Sin, su apoyo que le precede, ha construído el Bit-rubmah (el templo supremo) para la conservacion de sus días, y para la conservacion de los días de su hijo Zókar-sin, Rey de Larsam. »

«Zicar-sin, el fuerte poderoso, Pastor supremo, puesto por Belo, Soberano de Ur, Rey de Larsam, Rey de los Sumiras y de los Acades, hijo de Kudur-mapuk, señor de Elam, ha construído el gran..... de Ur; ha establecido..... su Rey, á fin de que le bendiga; ha construído la grande muralla del *Harris qa tu la a* para defenderse; ha trazado su circuito, la ha levantado; ha construído sólidamente la grande torre de Ur (2). »

*
* *
*

Como á nosotros, se les habrá ocurrido varias veces á nuestros lectores

(1) Cada nero equivale á seiscientos años y cada soso á sesenta años. Estos y los quince de la inscripcion suman los 1635 de la anterior.

(2) MÉNANT. — *Babilonia*, etc.

querer concordar datos y fechas, buscando con afán la armonía que huye á primera vista como una sombra al perseguirla.

Estudiando el hecho más antiguo de armas de los libros históricos, á saber la guerra de Chodorlahomor, narrado en el capítulo XIV del Génesis de Moisés, y comparándolo con las noticias que nos ofrecen las inscripciones cuneiformes, llegamos á conseguir la perfecta igualdad de fechas y nombres, como puede observarlo el estudioso que lo medite, sobre todo si compara sus investigaciones con los monumentos egipcios, y recuerda el poder de los rutenos, de los khetas, etc., etc.

No podemos detenernos en presentar todas las concordancias de los hechos; pero pondremos á continuación el relato del hecho que nos legó Moisés, para que se convenzan nuestros lectores de lo que gana la cronología con la comparación que nos facilitan las inscripciones cuneiformes.

«Aconteció por aquel tiempo que Amrafel, rey de Sennaar, y Arioc, rey del Ponto, y Codorlahomor, rey de los Elamitas, y Thadal, rey de naciones, movieron guerra contra Bara, rey de Sodoma, y contra Bersa, rey de Gomorra, y contra Sennaab, rey de Adama, y contra Semeber, rey de Seboim, y contra el rey de Bala, la misma que se llamó despues Segor. Todos estos vinieron á juntarse en el valle de las Selvas, que ahora es el mar salado. Y el motivo fué porque habiendo estado doce años sujetos á Codorlahomor, al décimotercio sacudieron el yugo. Por lo cual el año décimocuarto vino Codorlahomor con los reyes que se le reunieron; y derrotaron á los Rafaitas en Astarot-Carnaim, y con ellos á los Zuritas, y á los Emitas en Save-Cariataim; y á los Correos en los montes de Seir hasta los campos de Taran, que está en el desierto. Y dada la vuelta vinieron á la fuente de Misfat, la misma que ahora se llama Cades, y talaron todo el país de los Amalecitas, y de los Amorreos, habitantes en Asasontausar. Y salieron á campaña el rey de Sodoma, y el rey de Gomorra, y el rey de Adama, y el rey de Seboim, y tambien el rey de Bala, la cual es Segor, y ordenaron batalla contra ellos en el valle de las Selvas: es á saber, contra Codorlahomor, rey de los Elamitas, y Thadal, rey de naciones, y Amrafel, rey de Sennaar, y Arioc, rey del Ponto: cuatro reyes contra cinco. Es de notar que

el valle de las Selvas tenía muchos pozos de betun. El resultado fué que el rey de Sodoma, y el de Gomorra volvieron las espaldas, y cayeron allí mismo; y los que escaparon huyeron al monte. Así se apoderaron de toda la riqueza de Sodoma y Gomorra, y de todos los víveres, y se marcharon; llevándose asimismo á Lot, hijo del hermano de Abram, que habitaba en Sodoma, con todo cuanto tenía. En esto, uno de los que escaparon fué á dar la nueva á Abram el hebreo, que habitaba en el valle de Mambré, amorreo, hermano de Escol y de Aner; los cuales tenían hecha alianza con Abram. Así que oyó Abram que Lot, hermano suyo, había sido hecho prisionero, contó de entre los criados de su casa trescientos y diez y ocho armados á la ligera, y fué siguiendo su alcance hasta Dan: donde divididas las tropas, echóse sobre ellos de noche, y desbaratólos, y les fué persiguiendo hasta Hoba, que está á la izquierda de Damasco, con lo que recobró toda la riqueza, y á su hermano Lot con sus bienes, y tambien á las mujeres y demas gente. Por lo cual el rey de Sodoma les salió á recibir en el valle de Save (que es el valle del Rey) cuando volvía de la derrota de Codorlahomor, y de los reyes, sus aliados. »

No podemos pararnos en notar todas las concordancias que resultan de la comparacion del texto bíblico con las inscripciones cuneiformes; pero sí diremos que todos los asiriólogos están unánimes en ver en los aliados del rey Codorlahomor otros tantos vasallos suyos. Efectivamente, por los textos asirios sábese que Kudur-naklumti, con la conquista de la Caldea, había establecido sobre el Éufrates el centro de un vasto poder y que Kudur-mapuk extendía este poder por el occidente hasta la Siria; esto es, hasta allí donde Codorlahomor, segun la relacion bíblica, tenía vasallos Príncipes y pueblos, cuyas tierras llegaban hasta el desierto de Tarau. En esta extension de Imperio, que, desde Susa llegaba hasta las puertas del Egipto, estaban pues comprendidos tambien los Estados mesopotámicos, y son precisamente aquellos que atribuye el Génesis á los tres Reyes, aliados de Codorlahomor: el Estado de Amrafel, que era el Sennaar, ó Babilonia; el Estado de Arioc, Rey de Ellasar, esto es de Asiria, cuya capital en aquella época era Ellasar (ahora Kalah Sherghat); el Estado de Thadal, ó Thargal, Rey de los Goim,

ó de los pueblos nómadas, designados en las inscripciones asirias con el nombre de Guti ó Gutium, que ocupaban las llanuras de la alta Mesopotamia entre el Éufrates y la Media.

La asiriología actual ha disipado completamente todas las dudas que pudieran ocurrirse acerca del poder elamítico. «El poder y la influencia de Elam, dice Smith, en aquella época, está generalmente confirmado por las primitivas inscripciones babilónicas, y especialmente por la grande obra babilónica de astrología, donde hay muchos datos y continuas alusiones á las relaciones entre Babilonia y los Elamitas. Estos documentos confirman la narracion del Génesis y éste recíprocamente nos ha conservado, en el capítulo XIV, un fragmento preciosísimo de la antigua historia de Babilonia y de Elam, en el cual los nombres y las circunstancias de la guerra corresponden muy exactamente al concepto que de aquellos tiempos nos proporcionan las inscripciones y los monumentos de la historia babilónica (1).»

*
* *

Después de lo que acabamos de ver acerca de las inscripciones asirias, en general, intentemos formarnos una idea de la ciudad que debía ser el centro de una civilización exagerada hasta rayar en lujo escandaloso.

Herodoto, Diodoro, Estrabon y otros autores antiguos nos prestarán sus relaciones, y, comparadas con los descubrimientos modernos hechos en la antigua Mesopotamia, nos ilustrarán copiosamente, confirmándose unos á otros recíprocamente los datos antiguos y los modernos.

Se nos han contado maravillas de la ciudad de Babilonia, que luego se han calificado de leyendas por creérselas exageradas. Háse dicho que, celosa Semíramis de Nino, (2) quien había hermoñado á Nínive, quiso dejar fama póstuma por medio de los grandes monumentos, á cuyo efecto mandó hacer

(1) SMITH. — *Historia de Babilonia*.

(2) Más adelante veremos lo que hay de verdad en esta fábula debida á Ctesias.

suntuosas obras en la ciudad de Babilonia, á fin de que pudiese competir con Nínive; rodeóla de una muralla de diez y seis leguas de perímetro, tan ancha que por ella podían pasear seis carros de frente, y alta de doscientos piés: sus entradas, en número de ciento, tenían puertas de bronce. Para contener las inundaciones del Éufrates, y aprovechar el exceso de sus aguas, construyó muelles, abrió canales atravesados por magníficos puentes, y por medio de un camino subterráneo, dió comunicacion á los dos palacios establecidos en ambas orillas del río. Á esta reina son debidos tambien los maravillosos jardines sostenidos por bóvedas, y muchos prodigios de escultura. Sus murallas, dice Herodoto, estaban construídas con ladrillos unidos con betun caldeo llamado nafta, formaban un cuadrado perfecto con veinticinco piedras de bronce fundido en cada uno de los cuatro lados. Dividía por medio á la ciudad el Éufrates, encerrado entre gruesos diques con profundidad conveniente para contener sus avenidas. Levantábase en una de las orillas el templo de Belo, en cuyo interior había la estatua del mismo de cuarenta piés de altura, maciza de oro purísimo: en la otra había el palacio real con los jardines.

No puede Herodoto merecernos entero crédito, porque nos dice falsamente que él vió en Babilonia el templo y la torre de Belo, cuyas largas y detalladas descripciones nos da en confirmacion de lo que dice; miéntras que Estrabon, geógrafo experimentado, dice estar destruído aquel templo por Jerges despues de la infeliz expedicion de Grecia más de diez años ántes que pudiera Herodoto visitar á Babilonia. Si nos faltara una regla de crítica para saber el grado de certeza que tienen las narraciones de los griegos hablando de las cosas de Babilonia, nos la ofreciera lo que escribían á Aristóteles los compañeros de Alejandro el Grande, diciéndole que Babilonia era igual en extension al Peloponeso, y que, cuando Alejandro la tomó, hubo cuarteles en donde al cabo de tres días no tenían todavía noticia de este suceso. Bien es verdad que puede interpretarse lo dicho por Aristóteles y Herodoto comprendiendo todo el terreno á que se extendía el circuito no edificado ni habitado. Así es que Babilonia no se hallaba poblada proporcionalmente á su extension. Todas sus casas estaban aisladas, y la mayor parte rodeadas de patios y jardines. De este modo están edificadas aún muchas poblaciones en

los países cálidos, á fin de evitar las sofocaciones y otras enfermedades á que se exponen habitando en casas muy juntas.

Herodoto da á Babilonia cuatrocientos ochenta estadios de circuito, y los descubrimientos modernos han demostrado la exactitud de la medida, calificada de fábula durante muchos siglos por los autores que no podían avenirse con la inmensa extension de la capital asiria. Recuérdese lo que acabamos de indicar respecto al recinto de las poblaciones y no á su parte habitada, y no se desmentirá al autor griego.

Veamos ahora qué nos dice la ciencia moderna.

En sus bellos tiempos, bajo Nabucodonosor, estaba la capital de la Caldea encerrada dentro de un doble recinto cuadrado, con fosos que la rodeaban. El recinto exterior se llamaba Imgur-Bel, y el interior Niviti-Bel. Realizó estas dos obras el rey Assarhaddon, cuya memoria dejó él mismo en la inscripcion del monumento, llamado por los asiriólogos *Piedra de Aberdeen*. La fecha de estas obras es del año 680 ántes de Jesucristo. La inscripcion dice: «Bab-Ilu es la ciudad de las leyes, Imgur-Bel es su baluarte, Niviti-Bel su cintura. Yo he levantado estas construcciones desde los fundamentos hasta la cima; yo las he hecho fabricar, yo las he hecho fortificar. Yo he hecho hacer la imágen de los Dioses, les he hecho honrar, he restaurado sus mansiones eternas que estaban deterioradas..... yo he sometido los hombres de Bab-Ilu á las leyes que he fundado y que he hecho (1).»

El cerco mayor de Babilonia medía 480 estadios, 120 por cada uno de sus cuadro lados; el otro era de 360; lo que da á todo el recinto una superficie de 514 kilómetros cuadrados. De consiguiente, equivalía Babilonia siete veces á la ciudad de París é igualaba en extension de territorio al departamento del Sena (2).

Segun la ciencia moderna era Babilonia muchísimo más extensa que no lo son ahora respectivamente París y Lóndres.

(1) MÉNANT, *Babilonia y Caldea*.

(2) MÉNANT, *Babilonia y Caldea*.

Ateniéndonos á lo dicho por Quinto Curcio, el recinto habitado de Babilonia era de noventa estadios.

El asiriólogo Oppert dice que las medidas tomadas por él mismo sobre el terreno, cuando la expedicion francesa á Babilonia, en 1853, están conformes con las de la inscripcion conmemorativa de Nabucodonosor y con las de Herodoto. La inscripcion que está en el Museo Británico habla de cuatro mil *mahargagas*, y corresponden exactamente á los cuatrocientos ochenta estadios, mencionados por Herodoto.

Ya recordarán nuestros lectores que la ciudad de Babilonia estaba dividida en dos: real, la una, y profana la otra. En la real habitaban los reyes, y era el centro principal del culto, y en ella estaban la mayor parte de los monumentos religiosos y civiles que se hicieron célebres. En la ciudad profana, que es la actual Hillah, vivían las numerosas colonias de cautivos trasladados allí de todos los países. En Hillah vivieron los judíos llevados de Jerusalem al cautiverio de Babilonia.

Una de las primeras manifestaciones de la civilizacion babilónica que se ofrece al estudio y curiosidad es la existencia de los jardines suspendidos ó jardines de Semíramis. Cedamos la palabra á Diodoro de Sicilia y leamos la descripcion que nos da de ellos.

«Tocante á las plataformas de los terraplenes, dice, componíanse de piedras cuya longitud, incluso el saledizo ó vuelo, era de diez y seis piés por cuatro de anchura. Estas piedras estaban cubiertas por una capa de cañas mezcladas con mucho asfalto; sobre esta capa descansaba una doble hilera de ladrillos cocidos juntados con yeso; á su vez estaban estos forrados con planchas de plomo, para impedir que el agua filtrara al traves de los terrenos artificiales y penetrara en los cimientos. Sobre esta cubierta se habían esparcido montones de tierra suficiente para recibir las raíces de los árboles más corpulentos. Este suelo artificial estaba lleno de árboles de toda especie, capaces de encantar la vista por su dimension y su belleza. Las columnas, que se levantaban gradualmente, dejaban penetrar la luz por sus intersticios, y daban paso á las habitaciones reales que eran muchas y estaban adornadas con grande variedad. Una sola de estas columnas era hueca

desde la cima á su base, y contenía máquinas hidráulicas que hacían subir del río inmensa cantidad de agua, sin que nadie pudiera observar lo más mínimo desde el exterior.»

Preciso es confesar que hay aquí una verdadera maravilla de prodigiosos conjuntos, cuya sola concepcion supone progresos extraordinarios, siendo cada pormenor suyo una ingeniosa combinacion debida á un estado de mucha perfeccion en artes y ciencias.

Figúrense nuestros lectores jardines de formas cuadradas, desarrollándose por cada uno de sus lados en una extension de ciento veinte metros próximamente, formando anfiteatro, donde se sube por grados á terraplenes superpuestos y sostenidos por columnas, de las cuales la más alta, la que sostiene el centro del jardin, mide unos veinticinco metros próximamente, y teniendo las paredes que los rodean unos ocho metros de espesor en toda su extension.

Observen al mismo tiempo que la jardinería, arte muy adelantado en los pueblos cultos de Europa, existía en grado muy notable de desarrollo en Asiria, pero que no sólo conocían la trasplatacion de los árboles, sino que habían llevado á un punto desconocido quizas entre nosotros la hidráulica aplicada al riego de los jardines, pero de un modo que nos debe llenar de admiracion, confundiéndonos al propio tiempo por el atraso en que nos encontramos en una época de civilizacion tan cacareada, relativamente á tan remotísima fecha.

¿Fueron Nino ó Semíramis los que realizaron las maravillas de los jardines babilónicos? La historia no adelantará un solo paso poniendo en claro si fué uno ú otro de los dos expresados personajes quien dotó al mundo de una nueva maravilla; pero los corazones sensibles, los sujetos á la triste enfermedad conocida por el nombre de nostalgia, nos agradecerán algunos datos que quizas ignoran.

Resulta ahora evidentemente de lo que puede saber todo el mundo que los trabajos de embellecimiento atribuidos á Semíramis, pertenecen unos á la reina Nitocris, de una época muy posterior, y los otros á Nabucodonosor. Quizas pertenezcan algunos tambien á una Semíramis ó Sammonramit muy

ulterior, reina brillante tambien, aunque mucho ménos espléndida que la Semíramis protagonista de las leyendas. Las inscripciones no dejan duda ninguna de que los trabajos más fastuosos atribuidos á la Semíramis, cuya misma existencia parece fabulosa, tienen un origen enteramente distinto, del todo histórico y más reciente.

Despréndese de lo dicho que importa poco saber si Nino y Semíramis son realmente Adar-Samdan é Istar, el Hércules y la Vénus de los asirios: lo que nos interesa es hacer constar que la Semíramis histórica es la esposa de Binliknons III, que reinó con esplendor en Nínive á principios del siglo nono ántes de Jesucristo. Su nombre está escrito junto al de ese príncipe guerrero al pié de la estatua del dios Nebo.

Asaradon que reinaba en Nínive en el siglo séptimo ántes de Jesucristo residía más habitualmente en Babilonia, y á él se le debe la empresa de hacer de Babilonia la ciudad más hermosa del Asia. Prosiguió esta empresa Nabopolasar, pero parece que su esposa Nitocris fué el alma de todos los trabajos que se emprendieron. El lago de Nitocris tan famoso en aquellos tiempos es una idea de valor innegable, como trabajo de fortificacion y como medio de evitar los desbordamientos del Éufrates.

Pero no fué sólo Nitocris la mujer de influencia en aquella monarquía que le fué deudora de un palacio, expresion de un fasto resultado de la institucion monárquica; porque Amytis influyó decididamente en el reinado de Nabucodonosor. Amytis era una mujer de origen meda, y fué ella quien hizo construir los jardines suspendidos. Una idea tierna, sensible, grande, le inspiró la construccion de los jardines. Su país, de aspecto montañoso, se le ofrecía continuamente á su imaginacion enferma ante las inmensas llanuras de Babilonia, y, ¡quién sabe si, como se ha dicho, no correspondían los maravillosos jardines á una necesidad del país, más sensible aún para una persona no nacida bajo su influencia atmosférica! El objeto principal de aquellos jardines era obtener la mayor ventilacion posible y la temperatura más baja que fuera dable conseguir en aquel país durante las noches de verano. Amytis, natural de Ecbatana, en la Media, sentiría más que los naturales del país el brusco cambio de las montañas por las llanuras sin término,

y la temperatura elevadísima que dominaba en Babilonia, sería un motivo poderosísimo para que volviera los ojos á su querida patria de aires más benignos y templados. Aquí debemos buscar la justificación ya que no la excusa del antojo de Amytis.

*
* *

Tenemos ya descrita, aunque sea á grandes rasgos, la importante ciudad cuyo fausto debía hacerse célebre en todo el mundo y las edades todas. Las formas que revestirá su civilización excederán á todo lo imaginable, y pesará sobre la misma una execración hija del odio universal contra ella.

No investigaremos las causas productoras de esa corrupción que tanto nombre dió á la grande ciudad, porque se encuentra en todas partes la sociedad entregada á los vicios y defectos que conquistaron su fama á Babilonia.

La imaginación viva y ardiente de los pueblos orientales y más que todo el vigor de aquellas generaciones primitivas secundadas por un cielo puro y sereno, debía inspirarles la esplendidez de las construcciones que se observa de antiguo en Babilonia.

Agréguese á esto el régimen monárquico despótico acompañado de todos los excesos de explotación á que se presta contra todos los vencidos é inferiores, y calcúlese, dadas aquellas circunstancias inherentes á la época, el vuelo inmenso que tomaría el insaciable afán de dar formas exteriores á la soberbia y al poder, favorecidos por el éxito de las batallas.

Y no es esto solo. Las condiciones climatológicas de Babilonia, como de toda la Caldea, bañada por dos ríos tan caudalosos como lo eran el Tigris y el Éufrates, que sostenían una vegetación portentosa, exuberante, debían ser parte muy principal para favorecer los goces y hasta los refinamientos de las más vivas pasiones, satisfechas cual debían quedar ámpliamente todas las necesidades de la vida. Compréndese con esto, sin esfuerzo, que

la vida material, secundada por tantas circunstancias, debía convertirse con harta facilidad en deleitosa, ya que el hombre, por ser hombre, se crea las necesidades á medida de los recursos con que cuenta para satisfacerlas, sin reparar en lo costoso de los medios, ni en la moralidad que los acompañe. El calor sofocante de aquel suelo coadyuvaría á la voluptuosidad y molicie, segun acostumbra observarse en los países donde dominan elevadas temperaturas.

¡Qué portentos de construccion nos habría legado Babilonia si hubiesen abundado las piedras en sus cercanías! Ya vimos ántes que debían trasladarse allá desde Armenia, valiéndose de la navegacion fluvial, y esto no obstante pocos pueblos presentarán tanto número de extraordinarios edificios como la metrópoli de la Mesopotamia, que supo aprovecharse de los materiales ofrecidos por los alrededores, para la fabricacion especial de ladrillos y argamasas.

El comercio, empero, que su situacion peculiar le permitia desarrollar en grande escala, suministróle más que todo cuantos medios podía apetecer para auxiliares de su lujosa civilizacion. «Arrancó de él los renuevos que despuntaban, y los transportó á la tierra de Canaan, ó de los traficantes, y púsolos en una ciudad de grande comercio (Babilonia).» Esto nos lo dice Ezequiel en una de sus profecías (1), dándonos á entender de esta manera el movimiento que habría en la ciudad situada favorablemente por la naturaleza entre un país que se extendía de la India al Mediterráneo, convirtiéndose de este modo en depósito comercial de los géneros de valor que del Oriente pasarían al Occidente, originando así un movimiento y giro cuyos primeros resultados debían beneficiar á Babilonia.

De esto á la vanidad, á la molicie, al culto tributado á las más abyectas pasiones no falta más que un paso, y pronto veremos cuántos adelantó Babilonia en este camino.

Procuraremos no incurrir en repeticiones, pero es de todo punto imposible no recordar someramente lo que la arqueología oriental nos ha revela-

(1) EZEQUIEL, XVI, 4.

do acerca de los monumentos religiosos de Babilonia, fiel imagen de los sentimientos más nobles de aquel gran pueblo, mirándolos, aún solamente en el punto de vista que interesa á nuestro trabajo, prescindiendo de otros tanto ó más importantes.

Á juzgar por las ruínas subsistentes aún actualmente, no hubo jamás en el mundo manifestación más espléndida que la del Templo del cielo y de la tierra, y la del Templo de los siete luminares de la tierra, según nos lo revela la inscripción de Nabucodonosor depositada en el Museo Británico, aunque es cierto que no hay imaginación capaz de concebir lo que pudo ser aquella maravilla del arte y del lujo mil años antes de la venida de Jesucristo, bajo la dirección de un rey poderoso, soberbio y llevado del amor á la fama.

No haremos aquí nuevas descripciones insinuadas ya, aunque á la ligera, en páginas anteriores, pero no estará de más decir que no hubo género de adorno que no estuviera en esos monumentos cuyos restos son dignos todavía de admiración, y cuya cúpula de oro y mármol coronando una bóveda imagen del firmamento con sus constelaciones y astros, no ha tenido igual en los siglos posteriores.

Recuerden nuestros lectores la construcción especial de los zigurrat, formados de cuerpos de edificios contruidos unos sobre otros, y calculen lo que podía ser el Templo del cielo con santuarios dedicados á las principales divinidades, contruidos en cada una de los pisos que formaban la colosal pirámide, y después de todo esto, cansada ya la imaginación, podrá concebir apenas el coronamiento del inmenso edificio en cuya cima se levantaba el edificio llamado en las inscripciones las bases de la tierra ó los fundamentos del mundo.

Jerjes destruyó este edificio, portento de lujo y último esfuerzo de la arquitectura, cuyo altar consagrado á Merodach, fué fabricado en oro por orden de Nabucodonosor, por considerar la plata, de que estaba hecho, un metal poco digno de la majestad del Dios. Toda la madera empleada en el edificio era de cedros del Líbano.

Podemos pasar por alto el *Templo de los siete luminares*, que ya cono-

« cemos, dando de paso las medidas que del mismo nos legó Herodoto. « Fórmalo, dice, un cuadrado regular que mide dos estadios en todos sentidos. En el centro se ve una torre maciza que mide un estadio (1), así en largo como en ancho; encima de esta torre se levanta otra, y encima de esta segunda otra todavía, y así sucesivamente, de manera que se cuentan hasta ocho. » (2)

Para formarnos una idea aproximada del esplendor y grandeza de este edificio, debemos recordar las descripciones de Herodoto y Diodoro. « En la torre superior, nos dice este, hay una capilla y en esta un lecho magnífico cubierto, cerca del cual hay una mesa de oro..... En el templo hay otra capilla en el bajo donde se ve una grande estatua de oro que representa á Júpiter (Bel-Merodak) sentado. Cerca de esta estatua hay tambien una mesa de oro. En esta capilla se ve un altar de oro, y otro altar muy grande, en el cual se inmola el ganado. Los caldeos queman tambien en este grande altar todos los años, el día de la fiesta del Dios, mil talentos de peso de incienso. »

No se limita á esto la descripción que nos da Diodoro de este portento del arte, sino que nos habla de las estatuas fabricadas de oro á las que da nombres mitológicos griegos como Júpiter, Juno, Rea, etc. Sentada ésta en un carro de oro, tenía cerca de sí dos leones y dos enormes serpientes de plata. Juno tenía en la mano izquierda un cetro guarnecido de rica pedrería. En el templo se ve oro donde quiera que se fije la vista. Delante de las tres estatuas hay una mesa chapeada, larga de cuarenta piés y de quince de ancho, de quinientos talentos de peso, sobre la cual había dos urnas cuyo peso era de treinta talentos. Tambien había dos vasos para quemar aromas, cada uno de los cuales pesaba trescientos talentos, y tres cráteras de oro, de las cuales la consagrada á Júpiter Belo (Bel-Moradak) pesaba mil doscientos talentos babilónicos y cada una de las otras dos pesaban seiscientos talentos.

(1) El estadio equivalente á 135 metros.

(2) HERODOTO. Libro I, cap. CLXXXI.

Á fin de formarnos cabal idea de unas cosas tan lejanas, débese citar aquí parte de la inscripcion de Nabucodonosor cuyo hallazgo y traduccion debemos á Rawlinson. La civilizacion babilónica, como otras muchas, es una civilizacion perdida para nosotros, pero lo hubiera sido completamente y por siempre á no haber venido á manifestárnosla los descubrimientos asiólogos. Comienza así la inscripcion: «Nabucodonosor, rey de Babilonia, servidor del Sér eterno, testigo del inmutable cariño de Merodak, el poderoso emperador que ensalza á Nebo, el salvador, el prudente que presta su oído á los mandatos del Dios supremo, el vicario de ese Dios, que no abusa de su poder, el reconstructor de la Pirámide y de la Torre, hijo mayor de Nabopolasar, rey de Babilonia, rey.—Nos decimos: Merodak, el gran Señor, me ha engendrado él mismo, me ha mandado reconstruir sus santuarios. Nebo, que vela las legiones del cielo y de la tierra, ha cargado mi mano con el cetro de la justicia. La Pirámide es el templo del cielo y de la tierra, la mansion del señor de los dioses, Merodak; yo hice cubrir otra vez de oro puro el santuario donde descansa la soberanía. La Torre, la casa eterna yo la he refundido y construido; en plata, en oro, en otros metales, en piedra, en ladrillos barnizados, en ciprés y en cedro, yo he acabado su magnificencia.—El primer edificio, que es el templo de las bases de la tierra, y al que va unido el más antiguo recuerdo de Babilonia, lo he vuelto yo á hacer y lo he acabado; yo he levantado su cima con ladrillos y cobre.....»

La civilizacion asiria, si se ha de juzgar por sus manifestaciones artístico-religiosas, alcanzó un grado que no igualó ninguna otra nacion, aunque se concrete á la sola época de Nabucodonosor, ese rey extraña mezcla de piedad fervorosa para sus dioses y de arrogante soberbia, cuyo testimonio nos legó él mismo en innumerables inscripciones. Citemos la de Val-Saggaton, *templo que levanta la cabeza*. «Yo emprendí en Val-Saggaton la restauracion del aposento de Merodak; yo dí á su cúpula la forma de un lirio, y la revestí de oro cincelado, de manera que resplandece como la luz del día. En la Alta Colina, de donde se explayaban los destinos, fuera de nuestra ciudad, había el altar de los Destinos; se le erigió en Val-Saggaton durante las fiestas de primero de año. Este altar, el altar de la soberanía del

sublime dueño de los dioses, Merodak, habíalo hecho de plata un rey antiguo; yo lo hice cubrir de oro puro de peso inmenso. Para el maderaje de la cámara de los oráculos empleé los árboles más corpulentos que hice transportar de las cimas del Líbano. Hice forrar con oro puro las vigas enormes de ciprés empleadas en el maderámen del aposento de los oráculos; en la porcion inferior del maderámen tiene incrustaciones de oro, plata y otros metales. Hice incrustar con cristales la bóveda del santuario místico de Merodak, de manera que representa el firmamento con sus estrellas. Yo he reconstruído y restaurado la maravilla de Babilonia; es este templo de las bases del cielo y de la tierra, cuya cima edificué yo con ladrillos, revistiéndolo enteramente con un capitel de cobre.»

Las excavaciones practicadas en la Asiria, desde que los asiriólogos europeos comenzaron su estudio, han permitido encontrar no sólo el emplazamiento de muchísimos templos, sino también las más de las veces muchísimos restos de los mismos, facilitando así su estudio y el del carácter religioso, político y social de aquellas remotísimas edades. Sippara, Larsam, Nipour, Our, prescindiendo de Nínive y Babilonia, contenían gran número de edificios religiosos, según nos lo revelan las inscripciones encontradas. Concretándonos á los más notables, débense citar las tres maravillas, el gran templo, el templo de la vida, el templo del alma viviente; el templo del juez del mundo, el dios Samas; el del dispensador de las tempestades, Bin; el de las profundidades y el de las elevadas montañas, en honra de la gran diosa Nana; el de la Soberanía Sublime, Bilit-Zarpanit; el templo de la diosa de la cumbre de las montañas; el templo de la grande luz, ó dios Sin; el templo del que confiere el cetro, Nebo, etc., etc.

Los profetas de Israel confirman todo cuanto llevamos dicho respecto á la grandiosidad de los templos é ídolos asirios. En la carta de Jeremías á los cautivos de Babilonia, exhortándoles á huir de la idolatría, se lee:

«Vosotros veréis en Babilonia dioses de oro, y de plata, y de piedras, y de madera llevados en hombros, que causan un temor respetuoso á las gentes. Guardaos pues vosotros de imitar lo que hacen los extranjeros; de modo que vengais á temerlos ó respetarlos, y á concebir temor de tales

dioses..... Puesto que la lengua de los ídolos limada fué por el artífice, y muda se queda, y aunque están ellos dorados y plateados, son un mero engaño, é incapaces de poder hablar. Y al modo que se hace con una doncella amiga de engalanarse, así echando mano del oro los adornan con esmero. Á la verdad los dioses de ellos tienen puestas sobre la cabeza coronas de oro; oro que despues juntamente con la plata, les quitan los sacerdotes, á fin de gastarles ellos para sí mismos. Y áun le hacen servir para engalanar á las abarraganadas, y á las rameras; y á veces recobrándolo de ellas, adornan con él á sus dioses. Sin embargo que estos dioses no saben librarse del orin ni de la polilla. Y despues que los han revestido de púrpura, les limpian el rostro, con motivo del muchísimo polvo que hay en sus templos. Tiene tambien el ídolo un cetro en una mano, como lo tiene aquel que es juez ó gobernador de un país; mas él no puede quitar la vida, ni dañar al que le ofende. Tiene igualmente en su mano la espada y la segur; mas no se puede librar á sí mismo de la guerra, ni de los ladrones; por todo lo cual podeis echar de ver que no son dioses. Y así no teneis que temerlos; porque los tales dioses son como una vasija hecha pedazos, que para nada sirve. Colocados que se hallan en una casa ó templo, sus ojos se cubren luégo del polvo que levantan los piés de los que entran. Y al modo que al que ofendió al Rey, se le encierra dentro de muchas puertas; y como se practica con un muerto que se lleva al sepulcro: así aseguran los sacerdotes las puertas con cerraduras y cerrojos, para que los ladrones no despojen á los dioses. Enciéndenles tambien delante muchas lámparas; mas no pueden ver ninguna de ellas: son los tales dioses como las vigas de una casa... »

Tambien Isaías en su capítulo XLVI predice la ruína de los ídolos de Babilonia con estas palabras: «Bel está hecho pedazos; Nabo queda reducido á polvo; sus simulacros, hechos trozos, sirven de carga para las bestias y jumentos; cargas que con su grave peso os abrumaban á vosotros. Esos dioses han caído en tierra, y todos se han hecho pedazos: no han podido salvar al que los llevaba en las fiestas de su culto, ántes bien ellos mismos han tenido que ir cautivos... »

La ira de los profetas de Israel se explica perfectamente recordando que

los ídolos de los caldeos representaban figuras y formas y actitudes enteramente humanas, y que estaban cubiertos con iguales vestidos, armas y adornos que los simples mortales. Esta semejanza entre la criatura y el criador, entre el hombre y la divinidad, entre lo temporal y lo eterno debía inspirar á aquellos sublimes videntes que expresaban en cantos de incomparable lirismo los arranques de su indignacion. La explosion más sublime, empero, el acento más dramático que arrancó de las templadas arpas de los profetas hebreos la manifestacion idolátrica de Babilonia, encuéntrase en Daniel, cautivo en Babilonia.

Paseábase Nabucodonosor en el palacio de su capital, acariciando ideas de soberbia y cediendo á las instigaciones de su vanidad y amor propio, exagerados hasta el último extremo. «¿No es esta, se dice á sí propio, la gran Babilonia que yo he edificado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderío y el esplendor de mi gloria?» No había aún acabado el Rey de decir esto, cuando se oyó, dice Daniel, una voz del cielo que le dijo: «Á tí, ó rey Nabucodonosor, se te dice: Tu reino te ha sido quitado; y te echarán de entre los hombres, y habitarás con las bestias y fieras: heno comerás como el buey, y pasarán de esta manera por tí siete tiempos ó años, hasta tanto que conozcas que el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres, y lo da á quien le place.» Un publicista moderno, al terminar esta cita de Daniel, continua este comentario: «Este fué, expresado bajo los rasgos de una alegoría llena de enseñanza, el grande castigo impuesto al lujo constructor en la persona de ese déspota asiático.»

La licantropía de Nabucodonosor de que nos habla el texto de Daniel, está confirmada por el historiador Beroso, y por el mismo Nabucodonosor. Beroso, citado por Josefo (1), indica la enfermedad mental de Nabucodonosor, diciendo: «Después de haber comenzado la construcción de las murallas, cayó este monarca en una enfermedad que le redujo á la impotencia.» La inscripción de Nabucodonosor, que ya conocen nuestros lectores, relativa á las murallas de Babilonia, circunstancia citada por Beroso con

1) JOSEFO.— *Contra Apionem*, lib. I, cap. VI.



CASTIGO DE NABUCODONOSOR.

los ídolos de los caldeos representaban figuras y formas y actitudes enteramente humanas, que estaban cubiertos con iguales vestidos, armas y adornos que los simples mortales. Esta semejanza entre la criatura y el criador, entre el hombre y la divinidad, entre lo temporal y lo eterno debía inspirar a aquellos sublimes videntes que expresaban en cantos de incomparable lirismo los arranques de su indignación. La explosión más sublime, empero, el acento más dramático que surge de las templadas arpas de los profetas hebreos la manifestación idolátrica de Babilonia, encuéntrase en Daniel, cautivo en Babilonia.

Paseóbase Nabucodonosor en el palacio de su capital, acariciando ideas de soberbia y cediendo a las sugestiones de su vanidad y amor propio, exagerados hasta el último extremo. «No es esta, se dice a sí propio, la gran Babilonia que yo he edificado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderio y el esplendor de mi gloria? No había aún acabado el Rey de decir esto, cuando se oyó, dice Daniel, una voz del cielo que le dijo: «Al rey Nabucodonosor se te dice: Tu reino te ha sido quitado, y te echarán de entre los hombres, y habitarás con las bestias y fieras: heno comerás como el buey, y pasarán de esta manera por tí siete tiempos ó años, hasta tanto que conozcas que el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres, y lo da á quien le place.» Un publicista moderno, al terminar esta cita de Daniel, continúa este comentario: «Este fue, expresado bajo los rasgos de una alegoría llena de enseñanzas, el grande castigo impuesto al lujo constructor en la persona de ese despota asiático.»

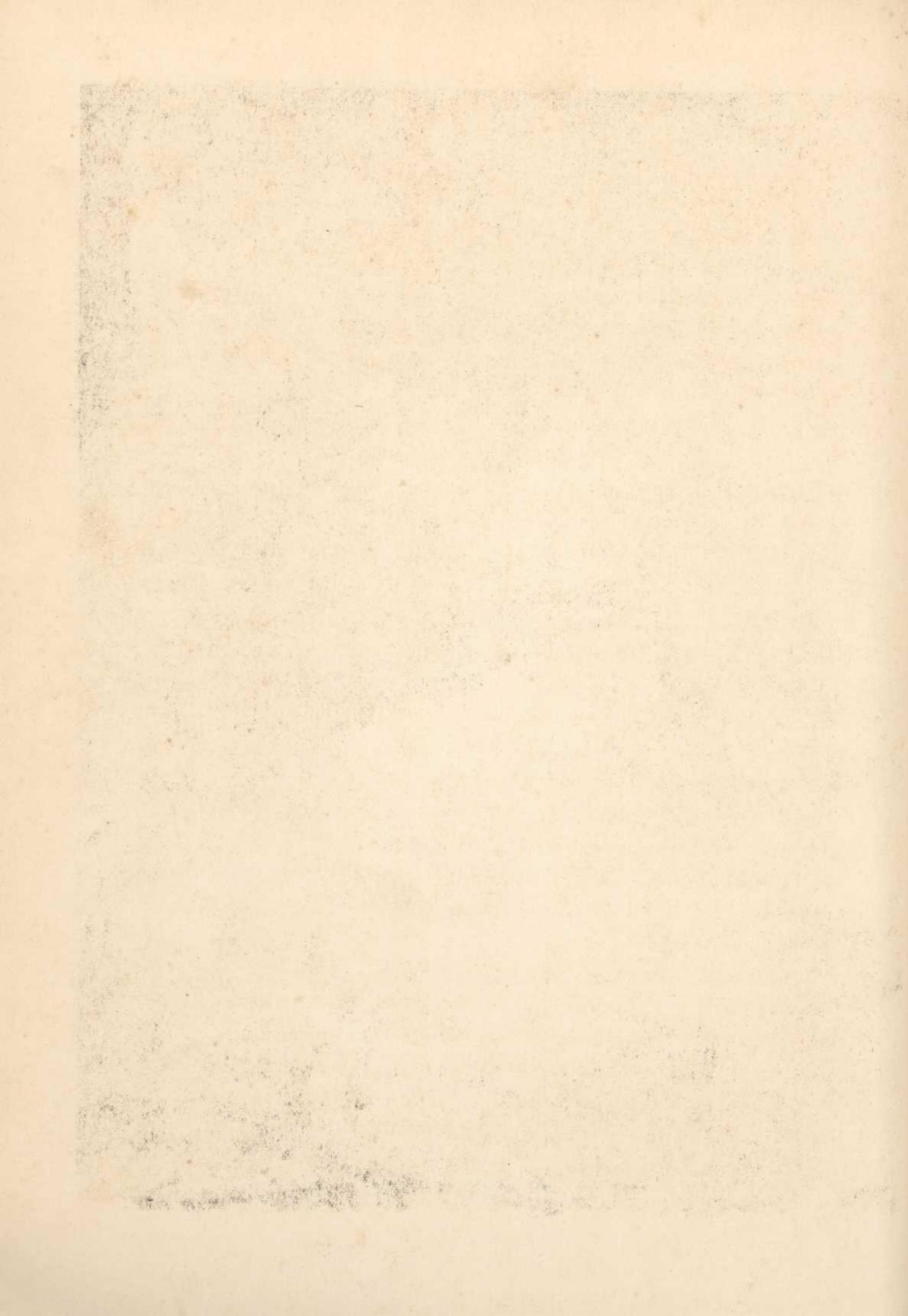
La licantropía de Nabucodonosor de que nos habla el texto de Daniel, está confirmada por el historiador Beroso, y por el mismo Nabucodonosor. Beroso, citado por Josefo (1), indica la enfermedad mental de Nabucodonosor, diciendo: «Después de haber comenzado la construcción de las murallas, cayó este monarca en una enfermedad que le redujo a la impotencia.» La inscripción de Nabucodonosor, que ya conocieron nuestros lectores relativa á las murallas de Babilonia, circunstancia citada por Beroso con

(1) Josefo.—*Contra Apionem*, lib. I, cap. 11.



Mir Tarradas, Comas y C^{ta} - Editores

CASTIGO DE NABUCODONOSOR.



sorprendente concordancia, confirma lo dicho por Beroso, y la relacion de Daniel. « Dios Merodak, dice el Rey, bendice tambien las tentativas de mi mano, sé propicio, acepta mi humillacion..... »

Á medida que los pueblos se aproximan en escala ascendente á las primeras edades del mundo, se observa, á poco que se reflexione, que se distinguen por sus arraigados afectos religiosos y monárquicos, y que exteriorizan espléndidamente estas dos clases de sentimientos.

Si Babilonia desarrolló grandiosidad y magnificencia en los templos consagrados á sus divinidades, no las manifestó ménos en los monumentos dedicados á la veneracion de su monarquía.

Cuando Babilonia, más que la capital del Imperio asirio, fué la reina de todo el Oriente, la copa de oro que embriagaba toda la tierra, segun la gráfica frase de Jeremías, alcanzó su mayor magnificencia el ideal monárquico de aquel pueblo. Los adelantos de la ciencia nos ponen al alcance del sucesivo desarrollo que transformó á Babilonia; pero todos los trabajos emprendidos por Binlikhas III, Semíramis, Asarahaddon, Nabopolasar y otros, quedan eclipsados ante la preponderancia del tantas veces mencionado Nabucodonosor. Á este rey se le debe una nueva y vastísima reconstrucion de la ciudad, bajo un plan muchísimo más vasto y edificó un palacio mucho más gigantesco y suntuoso que el antiguo.

El mismo rey nos da testimonio de esto en la inscripcion que se conserva en Lóndres, en la cual se lee: « Nabopolasar, rey de Babilonia, mi padre, había comenzado á edificar el palacio con ladrillos y había levantado un altar en el centro. Había sumergido sus cimientos en agua profunda..... Yo he afirmado su construccion por una obra de ladrillos; yo he depositado allí la piedra de fundacion. Yo he llegado hasta el nivel de las aguas y he puesto en ellas profundamente las bases del palacio. Yo lo he construído con betun y ladrillos... Para su maderámen he empleado gruesas vigas de madera de cedro con armazones de hierro; en él he empleado ladrillos barnizados formando inscripciones y asuntos, y las puertas están tambien encuadradas por obras de ladrillo barnizado. He amontonado allí la plata, el oro, los metales, piedras preciosas de todo género y de todo valor, una coleccion de

objetos de valor, tesoros inmensos. Allí establecí una brillante cohorte, la guarnición de la realeza.»

Muy poco debe fijarse la atención en lo que nos dice Nabucodonosor, para comprender que la esplendidez desplegada en la construcción de su palacio se refería no solamente á la masa total, en conjunto, del edificio, sino también á sus más insignificantes pormenores. En este palacio había además lo que ahora llamaríamos un museo de objetos preciosos, coleccionados por su orden.

Ateniéndonos á las muestras que nos han regalado las excavaciones hechas en Babilonia, cuya fiel imagen son las láminas que ofrecemos á nuestros lectores, no estaba muy adelantada la escultura, que deja mucho que desear, siendo hasta muy inferior á la de Nínive. No obstante, conocían muy bien el arte de pintar sobre esmalte, conforme lo acreditan los restos de los palacios que subsisten.

Son en gran número las pinturas que se han encontrado en ladrillos esmaltados, y las letras de que tanto hemos hablado, aparecen hechas de esmalte blanco sobre fondo azul, aparentando cierto relieve. Después de preparados así los ladrillos, los sujetaban al fuego. Este procedimiento acerca del relieve, observábanlo también con las figuras de personas y animales.

Ezequiel, testigo de mayor excepción, nos ayudará á formarnos una idea exacta del estado á que había llegado la pintura entre los caldeos. «...Hubo dos mujeres... las cuales se prostituyeron estando en Egipto;... llamábanse, la mayor Oolla, y la hermana menor Ooliva..... Oolla pues me fué infiel, y perdió el juicio yéndose tras de sus amantes, los asirios sus vecinos, que estaban vestidos de púrpura, y eran grandes señores, y de altos destinos, jóvenes amables, caballeros todos que montaban briosos caballos. Y se prostituyó descaradamente á todos estos hombres que ella se escogió, todos asirios..... Por todo lo cual la entregué en poder de sus amantes, en poder de los asirios, á quienes había amado..... Habiendo visto esto su hermana Ooliva, enloqueció de lujuria aún más que la otra, y se prostituyó con más furor que su hermana: abandonóse descaradamente á los asirios, á los capitanes y á los magistrados, que venían á encontrarla vestidos de varios

colores, á caballeros montados en sus caballos, y á jóvenes, que eran todos de extraordinaria belleza..... Ooliva fué siempre aumentando su prostitucion; y habiendo visto unos hombres pintados en la pared, que eran imágenes de caldeos, hechas con colorido, los cuales tenían los lomos ceñidos con talabartes, y sus cabezas con tiaras ó turbantes de varios colores, que todos parecían capitanes ó generales, y representados como los hijos de Babilonia, y de la tierra de los caldeos, de donde eran hijos; esta vista la hizo enloquecer de amor hacia ellos, y les envió mensajeros á la Caldea. Y habiendo venido los hijos de Babilonia, y sido admitidos en su tálamo, la deshonraron con sus deshonestidades, y quedó contaminada y bien harta de ellos..... (1)»

Ezequiel completa lo que nos dicen los monumentos asirios y vice-versa, y juntos nos demuestran el grado de civilizacion y hasta refinamiento á que llegaron los caldeos por el extremado lujo de las materias que empleaban, circunstancia que indica las más de las veces no el apogeo de cultura sino el declinar de un pueblo que baja rápidamente la pendiente que lo conduce en un período más ó ménos largo á la sima de su completa destruccion.

Pero no debe buscarse, en nuestro humilde concepto, la decadencia y consiguiente ruína de Babilonia en el lujo desplegado por sus habitantes en la riqueza y hermosura de sus trajes, en la finura ó perfeccion de sus tejidos de algodón, lino y lana y en los demas ramos de los tejidos y tintes que los persas aprendieron de los babilonios; sino en los deleites que la embriagaron, en los espléndidos festines, orgías de lujo, vanidad y prostitucion, en la confusion producida por la reunion de hombres y mujeres en los voluptuosos serrallos, verdadera escuela de afeminacion y depravacion de costumbres.

Babilonia no conoció límites en su furor por los deleites, y recurrió á todos los artificios, agotados ya los naturales. Sus reyes se dedican á la caza de los leones y toros salvajes que matan á centenares en sus cacerías

(1) EZEQUIEL.—Cap. XXIII.

dispuestas con aparatosa ostentacion de carros de guerra, y para dar mayor atractivo á la diversion, se cierran inmensos espacios de terrenos, que se quitan á la agricultura, para dedicarlos á la cría de las fieras. Y no será esto solo. Tritantechmis, sátrapa de Babilonia, exime á cuatro ciudades de todo impuesto, para que se dediquen exclusivamente al sostenimiento de sus perros de caza traídos de la India.

¿Y qué podremos decir de un pueblo que no sólo consentía sino que obligaba á sus mujeres á prostituirse una vez á lo ménos durante su vida á los extranjeros en el templo de Milita, la Vénus de los asirios? ¡Qué abyeccion no revela en las costumbres de un pueblo la degradacion de la mujer sujeta, cuando núbil, á la subasta pública, como lo era la de Babilonia!

Ya dijimos ántes que los ídolos asirios eran representaciones humanas, sin ningun ideal divino que las espiritualizara, elevándolas á regiones más puras y bellas que las miserables de este mundo. Pues bien, esas groseras ideas religiosas contribuirían en gran parte á la depravacion de un pueblo, cuyos dioses no les eran superiores en virtudes, ni les mejoraban en sus debilidades.

Podrá objetársenos que los sacerdotes babilonios tenian ideas religiosas monoteistas; pero ese Dios uno, que figura á veces en los monumentos de aquel pueblo, no recibía su culto puro, sino mezclado con elementos que debían por necesidad corromper las costumbres públicas. La multitud de ídolos y el afan por la astrología, que degeneró en la supersticion más grosera de todas las conocidas, fueron la causa más principal que sumergió á aquellos hombres en el abismo insondable de placeres desenfrenados, inducidos á ello indirecta sino directamente por sus mismos sacerdotes.

Baruch, el discípulo y compañero inseparable de Jeremías, á quien siguió á Egipto, pasando despues á Babilonia, cuyas costumbres estudió, nos dirá qué conducta llevaban los sacerdotes de los ídolos caldeos. «Estas ofrendas (las de los ídolos) las venden y malgastan sus sacerdotes, y tambien sus mujeres roban para sí: no dan nada de ello al enfermo ni al mendigo. Tocan los sacrificios de ellos las mujeres..... ¿Mas, cómo es que los llaman dioses? Es porque las mujeres presentan dones á estos dioses de pla-

ta y de oro y de madera; y los sacerdotes se están en las casas de ellos, llevando rasgadas sus túnicas, y raído el cabello y la barba, y con la cabeza descubierta.... Los sacerdotes les quitan á los ídolos sus vestidos, y los hacen servir para vestir á sus mujeres y á sus hijos (1).»

El mismo Baruch, de acuerdo con los historiadores antiguos que nos hablan de las costumbres babilónicas, llevadas al último relajamiento, nos ofrece un dato odioso, repugnante, acerca del culto á la Vénus asiria. «Las mujeres, empero, ceñidas de cordones, se sientan en los caminos, quemando el terron ó el desecho de la aceituna; y así que alguna de ellas, atraída por algun pasajero, ha dormido con él, zahiere á su compañera de que no ha sido escogida como ella, y no ha sido roto su cordon ó cinta. Y todas cuantas cosas se hacen en honor de los ídolos, están llenas de engaño é infamia (2).» Para la exacta comprension de esta cita, debe saberse que al cumplir las mujeres asirias con la brutal costumbre de prostituirse en honor de Milita, llevaba cada una de ellas alrededor de su cabeza un cordon ó cinta que rompía el hombre en señal de que escogía aquella mujer. Quemaban ademas el terron de la aceituna, cediendo á la necia y supersticiosa opinion, sostenida por los sacerdotes y el pueblo, creídos de que aquel humo era apto para atraerse el amor de otra persona.

Cuando la religion corrompe el corazon de sus adeptos y extravía la inteligencia de las masas que la siguen, es imposible que esté lejana la última hora del pueblo que tales cosas debe tolerar, porque ya no puede haber en él más que opresores y oprimidos. La idea fatalista informará todo el sistema religioso, y abandonadas las clases á sus pasiones, harán insostenible el orden social por la desigualdad de las categorías sin el contrapeso de las nobles ideas del espíritu, únicas capaces de contrabalancear las vicisitudes de la vida y hacer llevadero el peso de las contrariedades é infortunios. Entregado el hombre á los vaivenes, á la versatilidad de la fortuna, será débil caña azotada por el viento de la contradiccion, dispuesto á ceder á todos los embates que considere superiores á sus fuerzas ó sufrimientos,

(1) BARUCH. Cap. IV.

(2) BARUCH. Id.

si no tiene un apoyo, el de las regiones de los espíritus, que le aliente y fortalezca.

Como en Egipto, regía en Babilonia la ley de castas, entregadas estas á ocupaciones diversas, pero sujetas unas al dominio de otras, como estaban sometidas todas al más bárbaro despotismo de sus reyes entregados por siglos enteros á los placeres de la vida más afeminada, muriendo alguno de ellos rodeado de mujeres y hombres corrompidos, entre quienes había pasado su vida.

Ocioso es notar que viviría muy miserablemente la multitud en un pueblo tan abyecto, y, efectivamente, en Babilonia había una clase muy numerosa de pescadores, que debía alimentarse de pescado seco, pero que vivía en la más completa miseria y desnudez. La casta sacerdotal vivía, al contrario, una vida rodeada de molicie, empleando el tiempo en horóscopos y presagios que la enriquecían á costa de la credulidad de los pobres que les consultaban llena el alma de terror, el corazón de angustia, y ofuscada la inteligencia por las más densas tinieblas, más espesas aún que los vapores del Éufrates.

Ya no extrañarán ahora los lectores poco acostumbrados á los estudios históricos de la remota antigüedad, que los profetas hebreos dejaran oír su voz de trueno contra las iniquidades de la gran prostituta que yacía recostada á orillas del Éufrates, y nos dispensarán que traslademos aquí las notas inspiradas del primero de los profetas llamados mayores, relativas á la destrucción de Babilonia.

«Duro anuncio, dice, contra Babilonia..... Sobre el monte cubierto de tinieblas, plantad el estandarte, alzad la voz, tended la mano, y entren los caudillos por las puertas. Yo he dado mis órdenes á los guerreros que tengo prevenidos, he llamado en mi ira á mis campeones llenos de alborozo por defender mi gloria. Algazara de mucho gentío sobre las montañas, como de pueblos numerosos: voces de alarma de príncipes y de naciones reunidas. El Señor de los ejércitos ha dado sus órdenes, ó pasado revista á la belicosa milicia, la cual viene de países remotos desde el cabo del mundo; el Señor y los instrumentos de su ira vienen para dejar desierta toda la tierra.

Esforzad los aullidos, porque cercano está el día del Señor; la desolacion será como de la terrible mano del Señor. Por esto todos los brazos perderán su vigor y energía, y todos los corazones de los hombres desfallecerán, y serán quebrantados. Se verán agitados de tormentos y dolores, y gemirán como mujer que está de parto, cada uno quedará atónito mirando á su vecino: sus rostros se pondrán secos y denegridos..... Todo el que se encuentre en la ciudad (Babilonia) será muerto; y cuantos acudan á su socorro, perecerán al filo de la espada. Sus niños serán estrellados delante de sus ojos, saqueadas sus casas, y forzadas sus mujeres. Hé aquí que yo levantaré contra ellos á los medos, los cuales no buscarán plata, ni querrán oro, sino que matarán á saetazos á los niños, y no tendrán compasion de las mujeres embarazadas, ni perdonarán á sus hijitos. Y aquella famosa Babilonia, gloriosa entre los demas reinos, de la que tanto se vanagloriaban los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor. Nunca jamas será habitada, ni reedificada por los siglos de los siglos: ni aún el árabe plantará allí sus tiendas, ni harán en ella majada los pastores. Sino que se guarecerán allí las fieras, y sus casas estarán llenas de dragones, y allí habitarán los avestruces, y allí retozarán los sátiros peludos. Y entre las ruínas de sus palacios resonarán los ecos de los buhos, y cantarán las sirenas en aquellos lugares que fueron consagrados al deleite (1).»

¡Qué reflexiones se presentan leyendo las terribles amenazas del profeta hebreo, que los ejércitos de Ciro se encargaron de ejecutar! El mundo ha visto otras Babilonias y las ve aún diseminadas en los cuatro puntos del globo. Sino las castas, como en la antigüedad, las clases subsisten como entonces, y los ayes y lamentos de los desheredados de la fortuna llenan continuamente el espacio sin que tengan término, ni mejore su triste situacion en general. Ahora, como en la época de Babilonia, hay en las Babilonias modernas, miles de seres hambrientos y casi desnudos que á su paso encuentran por las calles y plazas miles de briosos caballos arrastrando lujosos carruajes, cuyos dueños muellemente recostados en ellos, vuelven la cabeza

(1) ISAÍAS.—Cap. XIII.

para no ver la miseria pintada en los rostros de los infelices, que no por ser desgraciados dejan de ser hermanos suyos. Muchas, muchísimas veces hemos pensado que la mejor prueba que puede alegarse para afirmar la existencia de Dios, como para demostrar que la humanidad no está tan maleada como suponen muchos pesimistas, es la paciencia, sí, la virtud sublime de la paciencia que revela en las inmensas masas desvalidas, la actitud pasiva que observan ante la inmensa desigualdad social que á todas horas y á cada momento les echa retos desesperantes, acerbos, capaces de conducir al crimen. Léjos de nosotros excitar las malas pasiones de los pobres; más léjos aún declamar contra la existencia de esa clase que existirá, más ó menos, mientras la humanidad subsista; pero no podemos dejar de emitir aquí, bien que muy á la ligera, la idea de que es inmensa, pero tan inmensa como desconocida, la virtud de los miles de miles condenados al trabajo que, en las Babilonias modernas, contemplan silenciosos, pacientes, pasivos, el desnivel social entre ellos mal comidos, peor vestidos, sin porvenir, sin esperanza, sin goces, y los que, por no tropezar con la miseria, ni siquiera se dignan salir de sus casas á pié. Si ellos tuvieran conciencia de su fuerza, si un espíritu maligno les tentara mañana para la desaparicion del desnivel social, estamos seguros de que imprimirían un cambio, no tan momentáneo y efímero como á primera vista pudiera parecer á muchos optimistas acostumbrados á verlo todo de color de rosa. Un diestro domador sujeta una fiera, un niño conduce un toro: si tuvieran conciencia de su fuerza ni la fiera lamería la mano del hombre, ni el toro acudiría á la voz infantil. Entre los dos casos que citamos, no hay la diferencia que podrán figurarse muchos.

Basta ya de esta digresion, porque se nos presentará más de otra vez la materia que la ha causado, y presenciemos la desaparicion de Babilonia.

«Babilonia ha sido hasta ahora en la mano del Señor, como un cáliz de oro para embriagar á toda la tierra. Todas las naciones bebieron de su vino, y quedaron como fuera de sí... Hemos medicinado á Babilonia, y no ha curado: abandonémosla, pues, y volvámonos cada cual á su tierra; pues

sus delitos subieron más allá de las nubes, llegaron hasta el cielo (1).»

Con el texto bíblico, de acuerdo con los autores antiguos, se prueba que la relajación de Babilonia no fué sólo un hecho aislado, sino que había sido, además de un centro, una especie de escuela de corrupción, un modelo para imitarlo los demás pueblos, un foco de lujuria y deshonestidad que hacía sentir su influencia á todas las naciones.

No pueden leerse sin estremecimiento las maldiciones y los vaticinios del profeta de los Trenos contra Babilonia. La viveza de las imágenes, la brillantez del estilo, el fuego de las palabras, natural todo, sin artificio, sobrecoge de espanto y hace temblar al más animoso. En los arranques proféticos del más triste de los videntes de Israel se explica la caída de Babilonia por un castigo tremendo pero especial de Dios. La fría razón, despojada de toda idea religiosa, verá irremisiblemente en la desaparición de la reina del Éufrates la consecuencia necesaria de la violación de la ley natural que el hombre honrado siente en su interior.

Las civilizaciones cortadas por el patrón de la de Babilonia llevan en sí mismas, aunque no lo adviertan, el veneno que tarde ó temprano debe dejar sentir sus efectos. Los pueblos entregados á la sensualidad se encuentran en un plano inclinado que no pueden dejar de recorrer en un plazo más ó menos corto, sin que baste á detenerlos ninguna fuerza física ni humana. En todas partes lleva el hombre en su seno un fondo de corrupción, y no puede neutralizarse esta á no ser por otro fondo religioso, insuficiente las más de las veces y en todo caso si esta religión, pura é inmaculada, no domina como soberana.

La grande catástrofe de Babilonia merece que le dediquemos alguna atención, y nuestra pluma cederá unos momentos el puesto á las narraciones poéticas pero aterradoras de la Biblia: «Levantaré un viento pestífero contra Babilonia, y enviaré contra ella aventadores que la aventarán, y asolarán su país..... Babilonia ha caído repentinamente y se ha hecho pedazos.... Aguzad, ó babilonios, vuestras saetas, llenad de ellas vuestras aljabas. El

(1) JEREMÍAS.—Cap. LI.

Señor ha suscitado el espíritu de los Reyes de la Media, y ha tomado ya su resolución de arruinar á Babilonia. Levantad las banderas sobre los muros de Babilonia, aumentad la guarnicion, poned centinelas, disponed emboscadas; pero el Señor ha decretado, y ejecutará todo cuanto predijo contra los habitantes de Babilonia. Ó tú que tienes tu asiento entre abundancia de aguas, colmada de riquezas, tu fin ha llegado, ha llegado el punto fijo de tu destruccion..... Y quedará Babilonia reducida á un monton de escombros, guarida de dragones, objeto de pasmo y escarnio, pues permanece inhabitada (1).»

Consultemos ahora á la historia, leyendo la última página de los monarcas babilónicos.

Nabonadius, llamado Labinet por Herodoto, Naboandel por Josefo, y Baltasar por Daniel, hijo de Evilmerodac, subió al trono despues de la muerte de Laborosoarchod. Era muy jóven, y no tenía mejores inclinaciones que su padre, malvado á cuanto cabe, pero las cualidades que le faltaban para gobernar, se encontraron afortunadamente en Nitocris, su madre, que puede ponerse al lado de la ilustre Semíramis. Miéntras él se adormecía en el seno de la voluptuosidad, esta princesa tomó en sus manos las riendas del gobierno. Terminó las obras empezadas para el embellecimiento y defensa de Babilonia, y á ella se atribuye la construccion de los muelles de esta ciudad, que eran, como sus murallas, de ladrillos unidos con betun: y unas puertas de bronce cerraban las avenidas de las calles que desembocaban en los muelles. De este modo servían para preservar á Babilonia de las inundaciones, y ponían á la ciudad á cubierto de un ataque del enemigo por la parte del río. Para la construccion de estas obras fué necesario torcer el curso del río. Logrólo Nitocris haciendo abrir al lado del Éufrates un inmenso lago que recibiese sus aguas. Despues que hubieron vuelto á su cauce, fué conservado este receptáculo para remediar las inundaciones del río.

Entretanto, Ciro pensaba seriamente en la conquista de Babilonia. El rumor de sus preparativos y las representaciones de Nitocris, sacaron por

(1) JEREMÍAS.—Cap. LI.

fin á Nabonadius de su letargo. Fué á encontrar al rey Creso en Sardis, le representó el peligro en que ambos se hallaban, amenazados sus Estados á la par por las armas triunfantes de Ciro, y le indujo, tanto por sus discursos, como por la inmensa cantidad de oro que hizo brillar á sus ojos, á renovar una alianza con él. Creso, en consecuencia de esto, reunidos todos los pueblos que le eran tributarios, levantó un poderoso ejército de cuatrocientos veinte mil hombres con el cual fué á presentarse á Ciro, que no contaba ni con la mitad de estas fuerzas; pero esta superioridad numérica no impidió al rey de Lidia quedar vencido en la famosa batalla de Timbrea. Su derrota fué seguida de la conquista de las provincias comprendidas entre el Ponto Euxino, el mar Ejeo y el Éufrates.

Habiendo Ciro sometido en seguida los países situados al norte de Babilonia, se adelantó con Ciájara, rey de los medos, á poner sitio á dicha capital. No fué una sorpresa: Nitocris lo había previsto, proveyendo en consecuencia á la plaza de víveres en grande abundancia.

Confiando los babilonios en la fortaleza y altura de sus murallas, no parecían en ellas más que para insultar al enemigo cuando le veían acercarse. Burlábanse de sus máquinas, y trataban de locura un foso ancho y profundo que Ciro hacía abrir alrededor de la ciudad. Esta empresa ocupó cerca de dos años á los sitiadores. Cuando estuvo acabada, Ciro, en una noche en que los babilonios con motivo de una fiesta se habían entregado á toda clase de excesos, hizo cortar el Éufrates más arriba de la ciudad, para que desaguase en el canal que le había preparado. Hizo romper al mismo tiempo el dique que separaba el Éufrates del lago Nitocris. Separadas las aguas del río por esta doble abertura, dejaron en poco tiempo su cauce en seco. Miéntras tanto había Ciro dividido su ejército en dos cuerpos, uno de los cuales apostó en el lugar por donde el Éufrates entraba en la ciudad y el otro en el sitio por donde salía de la misma.

Dada la señal, ambos cuerpos entraron á la vez en la madre del río, introduciéndose en la ciudad por los malecones que habían quedado abiertos por descuido de los babilonios: marcharon directamente al palacio real, cuya guardia degollaron. Nabonadius se les presenta con la espada en la ma-

no, seguido de algunos pocos que se hallaban en estado de socorrerle. Muere en el mismo sitio, sufriendo igual suerte los que le acompañaban.

Ciro hace publicar un edicto prometiendo la vida á los que depongan las armas. Tranquilizados con esto los babilonios, se sometieron sin sentimiento al vencedor.

Conocida ya la página postrera de Babilonia escrita por la historia profana, consultemos á un testigo presencial.

«Dió el rey Baltasar un banquete á mil de los Grandes de su corte, y cada uno bebía segun su edad. Estando pues él ya lleno de vino, mandó traer los vasos de oro y plata que su padre Nabucodonosor se había llevado consigo del templo que hubo en Jerusalem, para que bebiesen en ellos el Rey y sus Grandes, y sus mujeres, y sus concubinas. Trajeron pues los vasos de oro y plata, trasportados del templo que hubo en Jerusalem, y bebieron en ellos el Rey y sus Grandes, y sus mujeres y sus concubinas. Bebían el vino, y celebraban á sus dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra. En la hora misma aparecieron unos dedos, como de mano de hombre que escribía enfrente del candelero, sobre la superficie de la pared de aquel régio salon; y el Rey estaba observando los dedos de la mano que escribía. Mudósele al instante al Rey el color de la cara, llenábanle de turbacion los pensamientos que le venían, se le desmanejaban las junturas de los riñones, y batíanse una contra otra sus rodillas.

Gritó pues en alta voz el rey que hiciesen venir los magos, y los caldeos y los adivinos. Y comenzó el Rey á decir á los sabios de Babilonia: Cualquiera que leyere esta escritura, y me declare su significacion, será revestido de púrpura, y llevará collar de oro en su cuello, y será la tercera persona de mi reino. Vinieron en seguida los sabios del reino, y no pudieron ni leer la escritura, ni indicar al Rey su significacion. Por lo cual quedó el Rey Baltasar muy conturbado, y mudósele el color del rostro, y quedaron tambien aterrados sus cortesanos. Mas, la Reina con motivo de lo acaecido al Rey y á sus cortesanos, entró en la sala del convite, y tomando la palabra, dijo: Vive, ó Rey, eternamente: no te conturben los pensamientos que tienes, ni se altere tu semblante. Hay en tu reino un varon el cual

tiene dentro de sí el espíritu de los santos dioses, y en tiempo de tu padre se manifestaron en él la ciencia y la sabiduría, por cuya causa el mismo rey Nabucodonosor tu padre le constituyó jefe de los magos, de los encantadores, caldeos y agoreros; tu padre, digo, ó rey. Porque se conoció en él un espíritu superior, y prudencia é inteligencia para interpretar los sueños, para investigar los arcanos, y para la solución de cosas intrincadas; hablo de Daniel, á quien el rey puso el nombre de Baltasar: ahora pues que se llame á Daniel, y él dará la interpretación. Fué en seguida presentado Daniel ante el Rey; y dirigióle el Rey su palabra diciendo: ¿Eres tú aquel Daniel de los hijos desterrados de Judá, que trajo mi padre de la Judea? He oído decir que tú tienes el espíritu de los dioses, y que se hallan en tí en grado superior la ciencia, é inteligencia, y la sabiduría. Ahora pues han venido á mi presencia los sabios y los magos para leer esta escritura, y declararme su significado; mas no han podido decirme el sentido de estas palabras. Pero yo he oído decir de tí que tú puedes interpretar las cosas oscuras y desatar las cosas intrincadas. Si puedes pues leer la escritura, y declararme lo que significa, serás revestido de púrpura, y llevarás collar de oro en tu cuello, y serás la tercera persona en mi reino. Á lo que respondiendo Daniel dijo al Rey: Quédate con tus dones, y dispensa á otros los honores de tu palacio; mas la escritura, ó Rey, yo te la leeré, y te declararé su significado. El Dios Altísimo, ó Rey, dió á tu padre Nabucodonosor el reino y la magnificencia, la gloria y los honores; y por la grandeza que le concedió le respetaban, y temblaban en su presencia todos los pueblos, tribus y lenguas: él hacía morir á aquellos que quería, y castigaba á quien le daba la gana; á los que quería ensalzaba, y á los que quería abatía. Pero cuando se engrió su espíritu, y se obstinó su corazón en la soberbia, fué despojado del trono de su reino, y despojado de su gloria, y fué apartado del trato de los hombres; y además su corazón se hizo semejante al de una bestia, y habitó con los asnos monteses; comió heno como si fuera un buey, y su cuerpo recibió el rocío del cielo: hasta tanto que reconoció que el Altísimo tiene el dominio sobre el reino de los hombres, y que ensalza sobre el sólio á quien él quiere. Tú, pues, ó Baltasar, siendo hijo suyo, y sabedor

de estas cosas, con todo no has humillado tu corazón; sino que te has levantado contra el Dominador del cielo, y has hecho traer á tu presencia los vasos de su templo, y en ellos has bebido el vino tú, y los Grandes de tu corte, y tus mujeres y tus concubinas: has dado también culto á dioses de plata, y de oro, y de cobre, y de hierro, y de madera, y de piedra, los cuales no ven, ni oyen, ni sienten; pero á aquel Dios, de cuyo arbitrio pende tu respiración, y cualquiera movimiento tuyo, á ese no le has glorificado. Por lo cual envió él los dedos de aquella mano que ha escrito eso que está señalado. Esto es pues lo que está allí escrito: *Mane, Thecel, Phares*. Y esta es la interpretación de aquellas palabras. *Mane*: Ha numerado Dios tu reinado, y le ha fijado término. *Thecel*: Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto. *Phares*: Dividido ha sido tu reino, y se ha dado á los medos y á los persas. En seguida por orden del Rey fué Daniel revestido con la púrpura, y se le pasó al cuello el collar de oro, y se hizo saber á todos que Daniel tenía el tercer puesto de autoridad en el reino. Aquella noche misma fué muerto Baltasar Rey de los caldeos. Y le sucedió en el reino Darío el medo, de edad de sesenta y dos años (1).»

Tal fué el fin del reino de Babilonia. Así se abatió el orgullo de esta soberbia ciudad, parecida en un todo hasta su postrer momento á los voluptuosos reyes que la gobernaron, muriendo en el seno de los deleites en que con tanta imprevisión como afeminada molición le gustaba revolcarse. Todas las imaginaciones tienen á la vista el festín de Baltasar, cuya idea relativa, que no todos recuerdan oportunamente, es la desaparición de la metrópoli caldea. Con su caída desapareció una civilización que, contenida en la esfera de lo decente y honrado, habría dado siglos de gloria al Oriente, influyendo en los progresos de la humanidad; pero sucumbió asfixiada por la pesada atmósfera de sus excesivos goces, y las demasías de su crápula. Sus imponentes ruínas que pregonan á los cuatro vientos sus grandezas, llenan el alma de espanto y se prestan á muy serias y graves meditaciones acerca de los destinos de la humanidad en general y de los diversos pueblos en parti-

(1) DANIEL. — Cap. V.

cular, á quienes no salvan la brillantez de sus hermosos destinos, ni la pujanza y poderío de sus adelantos. Derramemos una lágrima sobre los destrozos de lo que fué Babilonia, y enviémosle un saludo que se perderá en las inmensidades del desierto, sepulcro de tantas glorias, como se pierde, sin llevarlo los ecos, el chillido del buho que anida en las grietas de las paredes que eran palacios de los monarcas más poderosos del oriente.

*
* *

De nuestros ojos se escapa una ardiente lágrima que escalda nuestras mejillas; el corazon busca ansioso un desahogo, y esta lágrima, involuntaria, abre la corriente de aire que permite alentar un momento despues de tan grave opresion. La tristeza es dueña de nosotros y al ver la inmensa desgracia de Nínive, la ciudad llamada grande en las narraciones bíblicas, cuando aún no nos hemos recobrado de las penosas impresiones recibidas en la presencia del infinito desastre de Babilonia, decae nuestro ánimo y un sentimiento de espanto y profunda melancolía abrumba nuestra mente y nos domina por completo.

Babilonia, Nínive, dos grandezas abatidas, dos mansiones de la muerte. ¡Ay! triste destino el de la humanidad..... Á pesar de los muchos adelantos de este siglo, apénas conocemos actualmente lo que fué la antigua Nínive; porque casi todo lo que de ella sabemos ahora, se refiere á la Hissir-Sargon, que fué la segunda Nínive.

Herodoto, Ctesias, Diodoro de Sicilia y cuantos historiadores antiguos han hablado de Nínive, convienen todos en que era una ciudad opulentísima y populosa muchos siglos ántes de la venida de Jesucristo. Jonás, el profeta de Nínive, vivía en el siglo nono ántes de Jesucristo, y Nínive era ya una ciudad inmensa muchos siglos ántes del nacimiento del profeta, el primero entre todos los que salieron de Israel.

La narracion bíblica, de acuerdo con los escritores antiguos, dice: era

Nínive una ciudad grandísima, que tenía tres días de camino (1). Pocos años atrás no se conocía exactamente el sitio donde estuvo edificada esa ciudad gigante, sepultada entre los restos arcillosos de sus edificios transformados por la acción de los siglos y de los elementos en suelo vegetal.

No repetiremos aquí la historia de los descubrimientos que indicamos al tratar de Babilonia, debidos á Rich, Mohl, Botta, Place, etc., etc.; pero cuantos hayan seguido el curso de los trabajos llevados á cabo por esos sabios arqueólogos, saben cómo el suelo de Korsabad limítrofe de Nínive sacó de su seno bajos relieves de mucha importancia, toros alados, génios ahogando leones y otros monumentos por el estilo. Las inscripciones que aparecían daban noticias exactas del terreno que se excavaba y ponían de manifiesto el palacio construído por el mismo Sargon el siglo octavo anterior á Jesucristo.

Entre los edificios que se descubrían encontrábanse muchos objetos de arte que han servido para estudiar la civilización de la Asiria en general y de Nínive en particular, y son dijes y otros objetos de mármol y marfil, y piedras más ó ménos preciosas que nada tienen que envidiar á lo más adelantado de nuestra civilización actual. Y no era esto solo, sino que todo cuanto conocemos nosotros formando parte del mueblaje y tocado y trajes de ambos sexos tenía su representación manifestada de muy variados modos. Sin embargo, nada de todo esto revelaba de una manera concreta y clara el estado social y político de Nínive, manifestado, no obstante, en otro género de exhibición.

Quieras que nó, la política debe estudiarse, por su innegable influencia, desde los primitivos tiempos de las sociedades humanas. Para formarse una idea exacta del estado social asirio, debe estudiarse la manera de ser de su monarquía, despótica hasta el último grado. En todos los pueblos asiáticos se ve desde luego, sin profundos estudios, el predominio de la aristocracia, la influencia muy marcada de las castas; pero en Asiria eran los reyes poco ménos que dioses, porque si no eran omnipotentes, reunían en sus manos

(1) JONÁS, Cap. III.

los dos poderes, el espiritual y el temporal, y ya hemos visto en inscripciones cuneiformes que se llamaban á sí propios *vicarios de los dioses en la tierra*, como que todo dependía de su omnímota voluntad, sin excluir las mismas almas de sus vasallos. Si consultamos á Lénormant y Maspero, verdaderas autoridades en la materia, sabremos que iban los reyes rodeados de numerosa y brillante corte, formando un inmenso personal de eunucos y distinguidos empleados de palacio, que no les abandonaban ni para ir á la guerra, á la que conducían hasta las mujeres llevadas en carruajes cerrados. Esos magnates y palaciegos serían satélites de su monarca á cuyo rededor se movían: ¡qué esplendidez de civilizacion, pero qué vasallaje no descubren estos datos!

El asiriólogo Víctor Place, que ha estudiado detenidamente lo relativo á Nínive, nos dirá, con su reconocida autoridad, lo que era el palacio de Korsabad y lo que debió ser Nínive, segun los testimonios de sus ruínas. Sus paredes exteriores están revestidas de bajo-relieves, é inmensos departamentos de recepcion, adornados espléndidamente, anuncian solemnemente todo el fasto del inmenso edificio. Hay allí seis grandes salones llenos de esculturas, una sola pieza formando uno de los cuerpos del edificio que encierra riquezas de todo género amontonadas como en un tesoro, con una parte separada, que forma todo un compartimiento triste y sombrío destinado para harem. Las principales divisiones son: el serrallo ó palacio propiamente dicho, el harem, el templo, el observatorio y las dependencias, sin faltar ninguno de los característicos atractivos de la extremada manifestacion monárquica, ni una sola de las dependencias que pregonan el poderío y la riqueza en todo su lujo deslumbrador: almacenes, panaderías, cocinas, bodegas, picaderos para amaestrar á los caballos, caballerizas, cocheras, pasillos por los que debía pasar el rey para dirigirse al harem, edificios independientes para habitacion de los domésticos y criados encargados de la vigilancia, etc., etc. Nuestra imaginacion, acostumbrada á las proporciones moderadas de los edificios actuales, se confunde y abruma ante el número y dimensiones de las piezas de ese asombroso palacio, donde se cuentan doscientos treinta y cinco aposentos, treinta y cinco patios interiores, algunos de los cuales eran inmensos y cogían diez hectáreas de extension.

Sino las dimensiones increíbles, la autenticidad á lo menos de este palacio, al igual que la de otros hechos muy importantes relativos á Nínive, la encontramos certificada por la misma inscripcion, en la que el rey Sargon da noticia de la restauracion de la ciudad y del palacio. Dicha inscripcion es como sigue: «Al pié de los montes Mousré, para reemplazar á Nínive, con arreglo á la voluntad divina y al deseo de mi corazon, hice una ciudad que llamé Hisir-Sargon. Yo la he construído para que se parezca á Nínive, y los dioses que reinan en la Mesopotamia han bendecido las murallas soberbias y las miras espléndidas de esta ciudad. Para llamar á ella á los habitantes, para inaugurar su templo y los palacios donde reina su majestad, he escogido el nombre, he trazado el recinto y lo he trazado tomándolo de mi propio nombre.»

Las artes de construccion, más que decorativas, eran expresion de refinado lujo, y más de siete siglos ántes de Jesucristo nos ofrecen ya abundantes rasgos distintivos de ornamentacion hasta exagerada. Así es que Sennaquerib, en medio de contínuas guerras, supo hallar el tiempo y medios necesarios para levantar excelsos monumentos religiosos y civiles, reparar los viejos, y reedificar el recinto de la ciudad, sus muelles, acueductos, etc., y dejarnos una inscripcion, en la cual nos dice él mismo: «Yo he reconstruído las calles antiguas, ensanchando las calles estrechas, y he hecho de la ciudad entera una ciudad resplandeciente como el sol.»

El mismo Sennaquerib, como le llama la Biblia, ó Sin-acke-irib, segun las inscripciones, nos habla con soberbia sin igual del palacio de aquellos reyes, cuyas ruínas quedaron formando una extensa colina. «En un mes afortunado, en día feliz, he construído, segun el deseo de mi corazon, encima de ese basamiento, un palacio de alabastro y cedro, producto de la Siria, y el palacio más elevado segun el estilo de la Asiria..... Yo he restaurado y acabado este palacio, desde sus fundamentos hasta su cima; yo he puesto en él la consagracion de mi nombre. Al que, en la sucesion de los días, sea, entre mis hijos, llamado á la custodia del país y de los hombres por Assur é Istar, yo digo esto: Este palacio envejecerá y caerá en ruínas en la sucesion de los días. Que mi sucesor repare las ruínas, que restablezca las líneas

que contienen la escritura de mi nombre. Que restaure las pinturas, que limpie los bajo relieves y que los vuelva á su puesto. Entónces Assur é Istar escucharán su oracion. Pero el que altere mi escritura y mi nombre, que Assur, el gran dios, el padre de los dioses, lo trate como rebelde, le quite su cetro y su trono y humille su espada.»

Debemos á Oppert la traduccion de este cuneiforme, que nos demuestra hasta dónde puede llegar la vanidad humana en los proyectos basados en las pasiones. Hay aquí una asombrosa pero elocuente leccion de moral, porque ese palacio tan soberbio, tan recomendado por un déspota á todos sus descendientes, no necesitó más que el trascurso de sesenta años, la vida regular de un hombre, para quedar destruído de arriba abajo. Pero la moralidad de esta leccion sube de punto, considerando que el misterioso secreto de todos esos soberbios trabajos, que tanto enaltecieron el reinado del orgulloso rey, consistió en la prodigalidad basada en la explotacion sin lástima ni piedad de los innumerables prisioneros de guerra que se llevó de sus países natales, haciéndolos trabajar sin descanso en aquellos edificios que revelaban su orgullo y despotismo.

¿Á qué escuela, como se dice ahora, pertenecían las artes en Nínive? El coronel Rawlinson, que ha estudiado aquellas ruínas, nos dirá que reconoce ántes que todo en aquellas muestras de las artes un realismo muy marcado, y, en su consecuencia, escribe: «Bajo el reinado de Sin-Acke-Irib se propagó la costumbre de completar cada cuadro por un fondo semejante al que existía en la época y la localidad del acontecimiento representado; las montañas, las rocas, los árboles, los caminos, los ríos, los lagos fueron figurados regularmente, y se intentó reproducir la localidad tal como estaba, con tanta verdad cuanta permitían la habilidad del artista y la naturaleza de los materiales. No se limitaban en estos ensayos á reproducir los rasgos generales y las grandes líneas de la escena; queríase comprender todos los pequeños accesorios que el ojo observador del artista habría podido notar, si hubiese hecho su dibujo copiándolo del natural. En los bajo-relieves hay indicadas las diferentes especies de árboles, los jardines, los campos, los lagos, los juncos, representados con cuidado; los animales salvajes, ciervos,

jabalíes, antílopes, introducidos con sus rasgos característicos; los pájaros vuelan de nido en nido ó se columpian sobre sus nidos en tanto que sus pequeñuelos alargan sus cuellos hacia ellos; los peces juguetean en el agua; los pescadores ejercen su oficio; los bateleros ó los labriegos prosiguen sus faenas; la escena está, por decirlo así, fotografiada en todos sus pormenores, los pequeños como los más importantes, marcados igualmente, sin que se haya intentado elegir ó intentar la unidad artística (1). »

Sabido ya el parecer de Rawlinson, sepamos el de Víctor Place que ha estudiado también, sobre el terreno, los caracteres distintivos de las artes en Nínive. « El artista, siempre profundo observador, encuentra los pormenores más propios para caracterizar á los hombres, á los animales y á las cosas; posee, en su lenguaje figurado, el epíteto justo, el rasgo que lleva. La actitud, el gesto, los atributos, los trajes, todo está concebido en consideración al efecto buscado. La exactitud más minuciosa preside en la elección de los pormenores. Los adornos, collares, brazaletes, zarcillos, los tocados, las armas, los enjaezamientos de los caballos, el aspecto de las ciudades, los mismos remates de las murallas, cada rasgo denota una paciente y calculada atención. »

Concuerdan con estos detalles nuestras impresiones personales efecto de lo que hemos visto del Museo Británico, y podemos añadir por cuenta propia que la actividad, el movimiento, la vida, por decirlo así, de las figuras que representan los personajes, dan un aspecto eminentemente decorativo á las esculturas, salvo empero la incorrección del dibujo, poco exacto las más de las veces, como podrán observarlo por sí mismos nuestros lectores fijándose en las láminas que les ofrecemos relativas á asuntos asirios. Lo que decimos respecto á las figuras vivas pueden aplicarlo nuestros lectores á todos los objetos imitaciones de la naturaleza, como sauces, palmeras, ríos, etc., etc., emblemas para ellos, ó medios para hacerse comprender, más bien que objetos cuya representación real intentaban dar.

El observador atento puede encontrar en estas cualidades una guía ge-

(1) G. RAWLINSON. *The five great Monarchies*, tom. II, p. 181.

neral para el estudio de las épocas, así para las antiguas esculturas de Nembrod, como para las de Korsabad, que siguen inmediatamente, y también para las de los palacios construídos en Koyoundjick, que fueron las últimas en orden de tiempo.

Abundan en las ruínas de los países que estudiamos las muestras que atestiguan una civilización llevada hasta el lujo, cuyos progresos son empero más difíciles de estudiar. El pueblo asirio, fuerte por virtud y temperamento y muy guerrero sobre todo, conservó muchísimo tiempo sus virtudes en lucha continuamente con sus temibles vecinos; no obstante, por efecto del comercio, de la riqueza, de las artes y de los inmensos botines recogidos de los pueblos vencidos, debía manifestarse, como en otro pueblo cualquiera, todo cuanto tiende al mayor goce de placeres, sin que sea posible detener ese movimiento una vez comenzado. Las esculturas que se nos han conservado demuestran la elegancia y profusión de los bordados con que cubrían sus telas, hechas célebres lo mismo que la púrpura que les daba sus vivos colores. Quizas se nos diga que en los trabajos de ornamentación asirios influyeron no poco las civilizaciones egipcia y fenicia, pero sea como fuere y aún admitiendo esta circunstancia, es imposible negar en justicia la muchísima gloria correspondiente al arte ó fabricación indígena.

Sabemos ya la inmensa profusión desplegada en la ornamentación de figuras humanas, animales simbólicos, flores, etc., etc.; pero si observamos el trabajo realizado en objetos de metales preciosos, la elegancia de los grabados de los vasos, jarrones, las esculturas hechas en marfil para el adorno de muebles, comprenderemos claramente el gusto y magnificencia desplegados, en la clase rica á lo ménos, en una civilización de muchos siglos de fecha anterior á nosotros. Las artes asirias se distinguieron especialmente en muebles, pequeños, sí, pero lujosísimos, de maderas preciosas, y en obras de cerámica, poco perfeccionadas estas últimas, rindiendo culto á la verdad.

Si de lo que decimos y pudiéramos aumentar aún respecto al mueblaje de las casas asirias, pasamos al adorno de las personas, las relaciones de Herodoto nos dirán lo mismo que nos revelan la pintura y escultura. Herodoto nos describe el traje rico y holgado de los hombres, el cuidado que

tenían de sus cabellos, de sus barbas rizadas con arte y dispuestas por escalerilla, la costumbre que tenían de cargarse con zarcillos, brazaletes y sortijas. Envolvíanse en una capa de color blanco; cubríanse la cabeza con una mitra; se perfumaban el cuerpo, llevaban un sello en sortija, y acostumbraban llevar regularmente un baston trabajado, en cuyo extremo representaban una manzana, una rosa, un lirio, un águila ú otras figuras (1).

Entrados ya en estas consideraciones, que nos dan una idea muy exacta de las costumbres de Nínive y demas poblaciones asirias, podemos continuar diciendo que, todas las piedras duras sin excepcion, grabadas ó sin grabar, sean cuales fueren su tamaño, forma y calidad, se presentan taladradas, sin ningun hilo ó alambre ú otro objeto que las una, por haber quizas desaparecido con el trascurso de tantos siglos que habrán hecho sentir su accion destructora. Hablando M. Feydeau del uso á que pudieron estar destinadas estas piedras, encontradas las más de ellas en sepulcros, dice lo siguiente: «Hemos indagado el uso á que pudieron destinarse esas muchísimas piedras, y hemos observado en los bajos de los vestidos de algunos personajes, alrededor de las mangas, sobre los cinturones, varias hileras de bolitas redondas, que más bien nos parecen ser piedra que pasamanería. Estas piedras habrían formado un bordado de género particular. Á los orientales, en todas las épocas, les han gustado, en sus vestidos, las guarniciones brillantes, y que al caminar, producen cierto paloteo ó ruído. Es tanto más verosímil este uso, en cuanto encontramos el mismo adorno en los caparzones de los caballos, en cuyas cabezas, á falta de cascabeles ó campanillas, se ha colocado siempre y en todos los países algun objeto que meta ruído. En todo caso, la mayor parte de los amuletos descubiertos, son encarnados, de ágata ó cornalina, y es de notar que en todas las partes en donde los bajo-relieves habían sido pintados de encarnado, estaba extendido este color sobre los adornos de que hablamos.»

¿Cuál fué la influencia ejercida por la mujer en las comarcas asirias sobre las costumbres de aquellas comarcas y en la civilizacion de aquellos

(1) HERÓDOTO, Libro I.

pueblos? ¿Tuvo la mujer asiria la que se observa, generalmente hablando, en las regiones orientales? Parece que no. Examinando las esculturas, especialmente de los edificios de los magnates, no se encuentra vestigio ninguno de los trajes de las mujeres, como no se las encuentra tampoco á no ser mezcladas entre las poblaciones llevadas cautivas. La poligamia y el divorcio que entraban en la constitucion de la familia, podrán descorrernos el velo de ese misterioso silencio. «La poligamia estaba admitida en todas las clases de la sociedad, pero sólomente los ricos tenían los medios de practicarla. El harem real estaba elevado á la categoría de una institucion de Estado, y tenía un monstruoso desarrollo. Las inscripciones encontradas en el interior de harems de Sariukin; en el palacio de Korsabad, y relativas á la dedicacion de ese edificio, contienen sobre el particular los más raros pormenores, pero de tal manera raros, que fuera imposible reproducirlos aquí. Los matrimonios estaban puestos bajo la proteccion especial del dios Nisroch. La mujer aportaba á la casa un inmueble que su padre le constituía en dote. La célebre piedra babilónica de la Biblioteca nacional de París, conocida con el nombre de *Caillou Michaux*, contiene la escritura constitutiva de uno de esos inmuebles dotales, cuya propiedad está puesta bajo la garantía de las más terribles imprecaciones contra cualquiera que atentara en lo más mínimo contra de la misma. Una tablilla del Museo británico contiene un fragmento de ley civil con doble texto, caldeo, turánico y asirio semítico, acerca de los derechos y deberes recíprocos del marido y de la mujer, del padre y de los hijos, etc. En ella se ve que la constitucion de la familia asiria estaba fundada sobre la potestad patria y marital, tan absoluta como era dable, y llevada hasta su último extremo. En ella no se da ninguna garantía protectora á los seres débiles. El marido que quiera recuperar á su mujer debe pagarle sólomente dos minas de plata; la mujer que engañe á su marido ó que quiera separarse de él, será arrojada al río (1).»

Dijimos anteriormente que Hisir-Sargon, ó la segunda Nínive, era la conocida en rigor de verdad por el estudio de las inscripciones de los mo-

(1) LÉNORMANT. — *Manual de historia antigua del Oriente*, tom. II, libro IV.

numentos últimamente descubiertos; así que todo cuanto llevamos dicho hasta ahora se refiere á la segunda, ó sea á Hisir-Sargon, reedificada después del año 789 ántes de la era cristiana en que cayó arruinada sin quedar piedra sobre piedra, no obstante su colosal grandeza. Los medos, que la destruyeron, no dejaron un resto siquiera donde estudiar su historia, y pasma, aterra, y hace enmudecer la terrible pero exacta concordancia que se nota entre las narraciones de sus historiadores y las espantosas maldiciones lanzadas contra ella por los profetas de Israel.

La opresion extranjera, la debilidad consiguiente en la administracion de un país conquistado sí, pero no sometido á la voluntad del conquistador, el espíritu de rebelion latente siempre y siempre mal reprimido, el amor desenfrenado por los goces, el abandono voluptuoso encarnado no sólomente en los reyes y cortesanos, sino hasta en las capas inferiores de aquella sociedad de costumbres cada día más corrompidas, apresuraron la descomposicion de una ciudad que no podía ya resistir el gran peso de su grandeza.

Assurlikhus, conocido más comunmente por Sardanápalo, último rey de Nínive, ha dejado en la historia una mancha negra que no borraron aún los siglos trascurridos desde su prosáica muerte, parodia del heroismo. Sardanápalo no vivía sino para su harem, cuyas orgías se sucedían con los días y las horas. Débil como todos los hombres afeminados, llegó al extremo de vestir el traje de sus mujeres, en medio de las cuales vivía como una de ellas, con la rueca y el huso, deslizandose su vida entre las voluptuosidades más repugnantes de la molicie y libertinaje. Cuando Belesio, gobernador de Babilonia, y Arbasés, sátrapa de los medos, conspiraron contra él, quiso despertar de su letargo, y probó de defender su corona. Arrancado á sus liviandades por el rumor de las armas, de nada le sirvieron algunas ventajas obtenidas primeramente contra sus enemigos. Derrotado completamente en una cuarta batalla que le presentaron los enemigos, refugióse á Nínive, en donde se defendió valerosamente por espacio de dos años, al cabo de los cuales los sitiadores lograron abrir brecha. Cobarde para morir matando, prefirió acabar sus días, sino en los brazos, en la compañía de sus concubinas, y amontonando en una inmensa hoguera todas sus riquezas, dinero, joyas

y adornos, eunucos y mujeres, arrojóse él mismo á ella, quedando al poco tiempo reducido á un monton de cenizas su palacio y todo aquel mundo de vanidad y placeres, corriendo igual suerte toda la monumental ciudad, sin caberle la gloria que cupo á Numancia envuelta gloriosamente entre llamas que la hicieron inmortal. La historia no registra un desastre más terrible, pero más humillante, que el de Nínive: lo que respetó el pillaje consumiolo el fuego. Casas, templos, palacios, fortificaciones, monumentos, todo quedó destruído, arrasado.

La exactitud histórica exige una aclaracion. La Nínive de Sardanápalo no es la que sucumbe para no levantarse más. Despues del incendio de Sardanápalo, Babilonia tomó el gobierno del imperio asirio; pero á los cuarenta y cuatro años se restaura el segundo imperio asirio, por los años de 744 ántes de Jesucristo, á pesar de los esfuerzos de los babilonios. En el período comprendido desde el año 744 al 606 asombran al mundo las grandezas y magnificencias que hacen de Nínive una rival de Babilonia; pero en vano se amontonan y acumulan tantas suntuosidades, que servirán de presa á la destruccion ántes de tres generaciones. El fin del segundo imperio asirio tendrá lugar ántes de sentarse tres reyes en su trono. Nabopolasar, capitaneando á los babilonios asedia á la opulenta ciudad, y Assarams, su último rey, renueva el suicidio de Sardanápalo, como si el vicio inoculado en la sangre de aquellos príncipes les incapacitara para morir luchando como bravos, haciendo frente al enemigo.

Pero, á fin de dar una idea del espantoso desastre de Nínive y comprender la inmensidad de sus riquezas, oigamos los gritos de maldicion lanzados contra ella con toda la terrible indignacion de Nahum, el profeta de Galilea: «El Señor es un Dios zeloso y vengador. El Señor ejercerá su venganza, y se armará de furor..... El Señor pronunciará contra tí, ó Nínive, esta sentencia: no quedará más semilla de tu nombre, exterminaré de la casa de tu falso dios los simulacros y los ídolos de fundicion; la haré sepulcro tuyo, y tú quedarás deshonorada..... El señor va á tomar venganza de tu insolencia, como igualmente de tu soberbia..... Resplandecen como una llama los escudos de sus valientes, sus guerreros vienen vestidos de púrpura, y en el

día de la reseña para la batalla, están centelleantes sus carros de guerra, y furiosos como borrachos sus conductores. Se agolpan en los caminos: los carros se chocan unos con otros en las calles: sus ojos son como centellas de fuego, como relámpagos que pasan de una á otra parte. Se acordará de sus valientes: marcharán de tropel por los caminos, escalarán con denuedo los muros, preparando ántes máquinas para ponerse á cubierto de los sitiadores. Se han abierto las puertas en los muros, por la avenida de los ríos, y el templo ha sido arrasado: y han sido llevados cautivos sus soldados, y las mujeres conducidas á la esclavitud, gimiendo como palomas, y lamentándose en sus corazones. Y Nínive inundada con las aguas, ha quedado hecha una laguna. Huyeron sus defensores, y por más que les gritaban: detenéos, detenéos, ninguno volvió á mirar atrás. Robad, caldeos, la plata, robad el oro: es inmensa la riqueza de sus preciosas alhajas. Devastada ha quedado ella, y desgarrada y despedazada: los corazones desmayados, vacilantes las rodillas, quebrantados los lomos, y las caras de todos ellos denegridas como hollin. ¿Dónde está la feroz Nínive, esa guarida de leones, ese pasto de cachorros de leones, á donde iban á reposar el leon y sus cachorros, sin que nadie los ahuyentase? El leon Rey de Asiria, habiendo tomado lo bastante para sus cachorros, hizo una matanza para sus leones, y llenó de caza sus cuevas, y de rapiñas su guarida..... ¡Ay de tí, ciudad sanguinaria, llena toda de fraudes y de extorsiones y de continuas rapiñas! Estruendo de látigos, estruendo de impetuosas ruedas, y de relinchos de caballos, y de carros ardientes, y de caballería que avanza, y de relucientes espadas, y de relumbrantes lanzas, y de muchedumbre de heridos que mueren, y de grandísima derrota: son innumerables los cadáveres: los unos caen muertos encima de los otros..... Todos cuantos te vieren, retrocederán léjos de tí horrorizados, diciendo: Nínive ha sido assolada. ¿Quién con un movimiento de cabeza mostrará compasion de tí? ¿En dónde buscaré yo quién te consuele? ¿Eres tú por ventura mejor que la populosa No-Ammon (Alejandría), que tiene su asiento entre ríos, y está rodeada de aguas; cuyos tesoros son el mar, y las aguas sus murallas?..... Mas ella sin embargo ha sido llevada cautiva á país extranjero: sus párvulos han sido estrellados en las esquinas de las ca-

lles, y se echaron suertes sobre sus nobles, y fueron metidos en cepos sus magnates. Tú, pues, ó Nínive, beberás hasta embriagarte; y serás abatida, y pedirás socorro á tu mismo enemigo. Caerán todas tus fortalezas..... Mira que el pueblo que contiene se ha vuelto como si fuese un pueblo de mujeres. Las puertas de tu país se abrirán de par en par á tus enemigos; devorará el fuego los cerrojos que les pongas. Abastécete de agua para cuando te halles sitiada; repara tus fortificaciones: entra en el barro, y písale, y amasándole forma de él ladrillos. Entónces mismo serás devorada por el fuego; perecerás al filo de la espada, la cual te devorará, como el pulgon, aunque reunas gente en tanto número como el pulgon y la langosta. Tus negociantes eran en mayor número que las estrellas del cielo; mas fuerón como el pulgon, que habiéndose engordado voló á otra parte..... No hay remedio para tu llaga; todos cuantos han sabido lo que te ha acaecido, batieron las manos en señal de alegría.....» (1).

La sucesion de los siglos repite aún el eco de las maldiciones del profeta, como aplicadas á las Nínives modernas, cuyas sociedades carcomidas tan mal cumplen las leyes que les obligan á la conmiseracion de los desgraciados.

La importancia que actualmente tienen los estudios asiriólogos exigen que nos detengamos algunos momentos más en comparaciones y cotejos de textos históricos que aclaren nuestras observaciones.

«El caldeo extenderá su mano contra el aquilon y exterminará á los asirios—exclama Sofonías—, y convertirá la hermosa ciudad de Nínive en una soledad, y en un país despoblado y yermo. De suerte que sestarán en medio de ella los rebaños, y todos los ganados de las gentes, y se guarecerán dentro de sus casas el onocrótalo y el erizo: oiráse el canto de las aves campesinas en sus ventanas, y los cuervos anidarán sobre sus dinteles, pues yo acabaré con todo su poder. Esta es aquella ciudad gloriosa que nada temía, y que decía en su corazon: Yo soy, y fuera de mí no hay otra ninguna. ¡Cómo ha venido á quedar hecha un desierto, y una guarida de fieras!

(1) NAHUM. Cap. I y III.

Todo el que transitará por ella, la silbará y mofándose batirá una mano contra otra.»

«La antigua Nínive, escribe Hœfer, fué destruída completamente. Este hecho capital está confirmado por todos los testimonios, así sagrados como profanos, y las palabras de los profetas han recibido su cumplimiento. La historia lo consigna. Herodoto fué el primero que consagró algunas líneas á la caída de Nínive. Á Fraorthe (el Arfaxad de la Biblia), rey de los medos, sucedió su hijo Cyuxuro, y dícese de él que fué más guerrero que sus antepasados. Reunió fuerzas y se encaminó contra Nínive. Teníala asediada cuando intervino un ejército numeroso de escitas. Los medos fueron vencidos y perdieron el imperio del Asia, del que se apoderaron los escitas. Dominaron el Asia por espacio de veintiocho años, pero por su brutalidad é ignorancia multiplicaron los desastres. Cyuxuro y los medos consiguieron exterminarlos, y recobraron de este modo el imperio del Asia. Tomaron á Nínive y quedaron dueños de la Asiria, exceptuada Babilonia.»

Herodoto añade en el capítulo 178 de su Historia, que á la toma de Nínive se le siguió una ruína completa.

Un pasaje de Abydeno—autor conocido ya de nuestros lectores—conservado por Eusebio de Cesarea, nos hace saber que el último rey ninivita, llamado Saras, pegó fuego á su palacio, y, desesperado, se arrojó á las llamas. No nos da Herodoto ninguna explicacion acerca de las causas ó acontecimientos que pudieran reanimar hasta tal extremo el valor y las fuerzas de Fraorthe, el Arfaxad de la Biblia. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Nínive, la ciudad grande, la inmensa, la de las siete leguas de largo, segun el testimonio de Diodoro de Sicilia, y la de las diez y ocho leguas de circuito, había tan completamente desaparecido, y parecía hasta tan imposible el descubrir el sitio en donde había estado emplazada, que han sido necesarios los esfuerzos de todo género y toda la ilustracion y actividad características del siglo XIX para dar con ella.

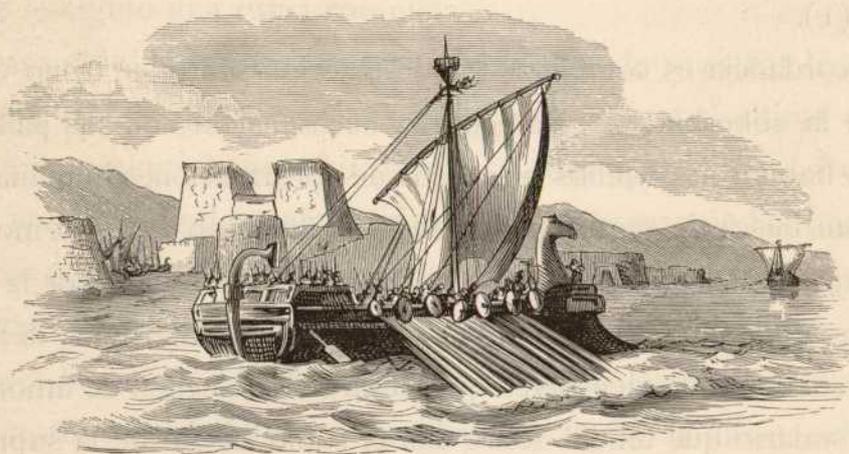
Apliquemos á Nínive lo que se ha dicho de Babilonia, y veamos lo que un ilustre arqueólogo nos dice acerca de las ruínas de esta última metrópoli, coloso de ciudades: «Se quiere saber por qué poseemos tan pocos de sus mo-

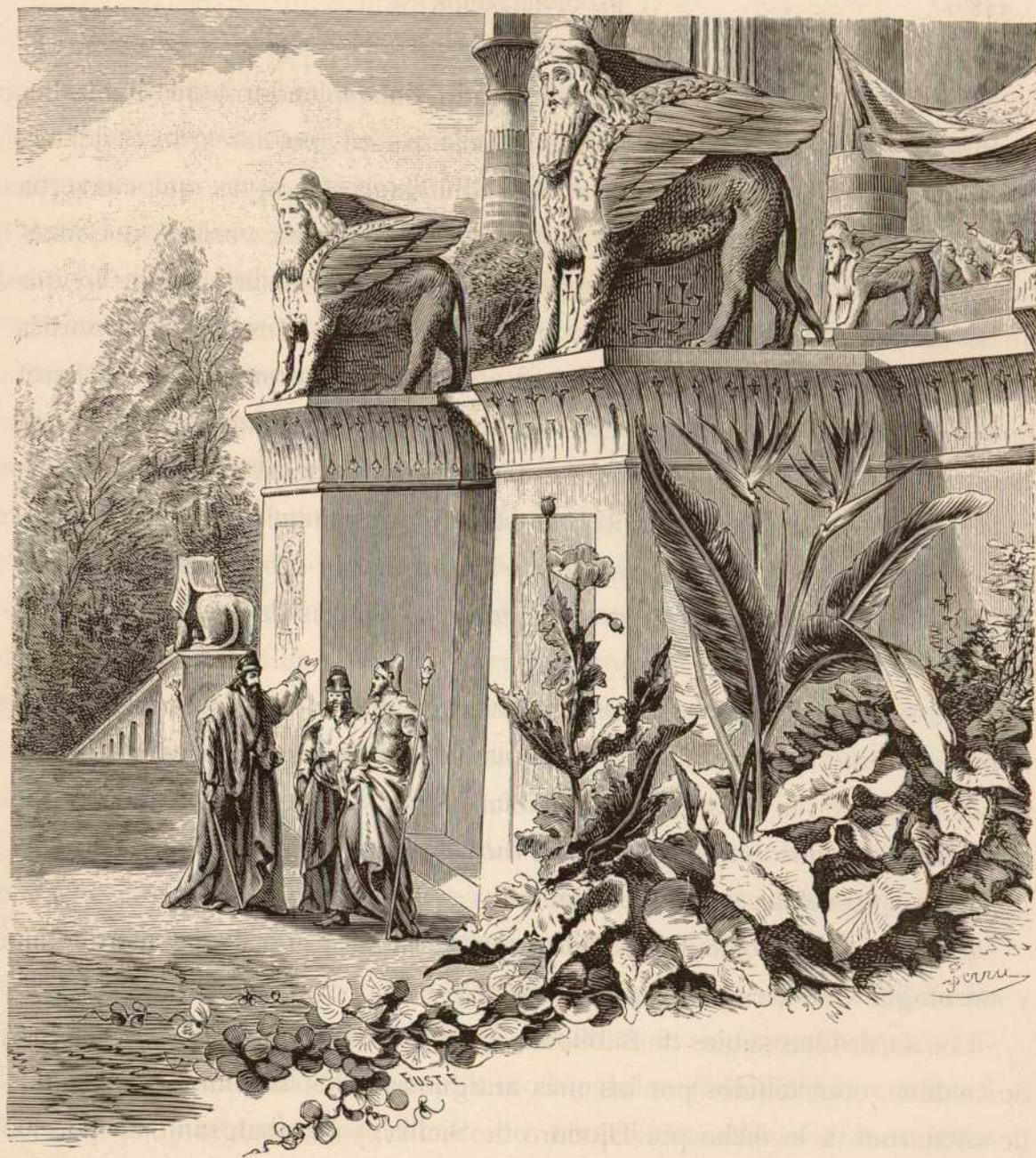
numentos? por qué no hemos podido retirar de sus destrozos más que algunos fragmentos de ladrillos y algunos cilindros de metal? Porque la desolacion aleja de ella á todos los habitantes de la comarca, la desolacion que parece un carácter tan distintivo como providencial de esa antigua ciudad. Actualmente y desde muchos siglos no es más que una guarida de fieras. El leon, el chacal, los buhos, los erizos, los escorpiones, todo cuanto la naturaleza ha producido de animales horrorosos y nocivos se encuentra allí reunido, y parece querer habitar sin participacion aquellos lugares desiertos: es al pié de la letra el cumplimiento de la prediccion de la Escritura. No se encuentra allí ningun abrigo, ningun asilo, los viajeros aterrorizados no los recorren jamas sino con desconfianza, y varios al penetrar en aquellos subterráneos, han corrido riesgo de quedar sofocados en ellos por el hedor que allí había dejado el leon..... Babilonia, en otro tiempo capital del más vasto imperio del mundo, parece actualmente maldecida, su nombre es un nombre de terror para los habitantes del desierto, es el espanto de las naciones, y las caravanas se alejan de ella precipitadamente para evitar hasta el aspecto de sus ruínas (1). »

La concordancia es completa. La destruccion sentó su trono en aquella morada de la soberbia, y la soledad ha hecho asiento en sus palacios. Los Dioses que habitaron aquellos portentos de construcciones humanas huyeron pavorosos en busca de seguridad, cuando se derrumbaron sus moradas como leve hoja de sauce llevada por el huracan, y arrastrada por la impetuosidad de las aguas que la arremolinara río abajo hacia el mar; la Sultana de oriente, la soberana de cien reyes que besaron sus lechos de amores, se arrolló en el sudario que tendió sobre ella el soplo airado de la suprema divinidad, para desaparecer envuelta en la maldicion de los siglos, y ocultar debajo de montes de escorias y ruínas la vergüenza del inmenso desastre con que la abrumaba su destino; el humo de sus inciensos se confunde y pierde entre las nubes del polvo de las ruínas que se precipitan unas sobre otras; como si quisieran ocultar la afrenta que las estigmatiza por toda la

(1) RAOUL ROCHETE.—*Lecciones acerca de las ruínas de Babilonia.*

duracion de los tiempos. Las tribus nómadas miran de soslayo, huyendo, aquellas regiones guaridas de alimañas. La civilizacion cedió el puesto á la barbarie, y el mundo lee en aquellas reliquias de grandezas la leccion más elocuente legada por siglos sucesivos para escarmiento de pueblos corrompidos. Los moralistas no deben olvidar esos altos ejemplos; los historiadores deben consignarlos tambien, porque, siendo imparciales, si no pueden registrar catástrofes como las de Babilonia y Nínive, encontrarán á su paso rasgos mucho más salientes aún y llenos de enseñanza, para la educacion de los pueblos, en las modernas metrópolis de la licencia y libertinaje, mucho más merecedoras, por la mayor abundancia de luces, de los terribles castigos descargados sobre aquellas dos ciudades, cuya existencia tanto contribuyó á la civilizacion del oriente y cuya desaparicion cambió notablemente la manera de ser de los pueblos de aquellas hermosas regiones.

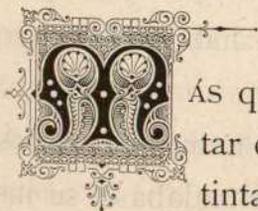




CAPÍTULO IX

ARTES Y CIENCIAS, GOBIERNO Y RELIGION, USOS Y COSTUMBRES

DE LOS ASIRIOS.



Más que un capítulo, formaríamos un tomo, si debiéramos tratar con cierta extension cuanto se nos ofrece decir de las distintas manifestaciones de la civilizacion asiria. Los monumentos

de Babilonia y Nínive atestiguan el grado de esplendor á que había llegado la agricultura en aquellas regiones, cálidas, sí, por los ardores del sol, pero bañadas por todas partes con tanta abundancia de agua, que convertía en jardín delicioso y ameno todo el vasto país, pobre en verdad, por naturaleza, de frondosas vegetaciones, pero que supo con el arte suplir lo que no le diera la calidad de sus terrenos. No desconocían los asirios la música y la pintura, y desde la más remota antigüedad poseyeron el arte de hacer hilos de oro que mezclaban en los tejidos de lana; cubrían de láminas de este metal, en extremo delgadas, las maderas con que artesonaban las paredes, y en sus fundiciones de cobre, plata y otros metales, se hacían bellísimas estatuas, así como sus escultores las producían de piedra, mármol, ó de madera. No tenían rivales en saber teñir los lienzos de los más vistosos colores.

Los médicos asirios eran sólo empíricos, y tenían la costumbre de exponer sus enfermos á la vista del público, para que se aprovechara de los remedios que en la enfermedad se habían usado. Los que curaban, debían presentar un cuadro en el templo del dios de la medicina, señalando los remedios á que debían su restablecimiento.

Es imposible hablar de la civilizacion asiria sin tratar de la astronomía y astrología, que merecen capítulo aparte.

Los sacerdotes sabios de Babilonia, que llevaban en propiedad el nombre de caldeos, eran tenidos por los más antiguos de los babilonios, si hemos de atenernos á lo dicho por Diodoro de Sicilia, y pasaban tambien por ser los autores de la civilizacion de aquel país, lo que parece fundado estudiando sus tradiciones. Estos sacerdotes, ó sabios, como se les llama en el libro de Daniel, formaban una casta en el sentido propio y literal que se daba á esta palabra en los pueblos orientales. Formaban, pues, una corporacion hereditaria, en la que los conocimientos, el poder, los derechos y demas prerrogativas se trasmitían de padre á hijo. Originariamente habrían formado una tribu, pero una tribu preferente de la nacion.

Extendíase esta casta ó corporacion por toda Babilonia; tenía en distintos lugares sus escuelas ó sectas más ó menos acreditadas. Fundábase su in-

fluencia en la religion, en el culto, en las creencias, cuyo depósito exclusivo poseían; pero al propio tiempo estribaba tambien en la ciencia unida íntimamente á la religion, y en el doble prestigio de una y otra. La casta sacerdotal de que tratamos era la compañera de la del Egipto, de los magos de la Media y Persia y de los brahmanes de la India.

El carácter distintivo de la casta sacerdotal asiria ó caldea es la especie de fatalismo razonado que de las leyes fijas é invariables del cielo les hacía deducir las cosas de la tierra: gobernadas, segun ellos, por esas leyes, les hacía leer en los astros, que ellos tomaban por dioses, en sus movimientos, en sus posiciones, en sus apariencias, los secretos del destino humano y las revoluciones del mundo.

Pero no anticipemos ideas, y ántes de hablar de la astrología de los caldeos, digamos algo de sus conocimientos astronómicos, armándonos ántes de una buena dosis de crítica, porque encontraremos muchos datos falsos unos y equivocados otros, respecto á conocimientos y fechas de este pueblo.

Háse colocado á los caldeos entre los más antiguos astrónomos, por no decir los primeros, y se les atribuyen una serie de observaciones astronómicas enviadas de Babilonia á Aristóteles por Calistenes, compañero de Alejandro en su expedicion. Supónese que las tales observaciones abarcaban un espacio de 1903 años, ó sea desde el comienzo de la monarquía de los babilonios hasta la entrada de Alejandro el Grande en Asia. Dando crédito á estas noticias, y segun el cálculo indicado, las primeras observaciones de los caldeos serían del año 115 despues del Diluvio.

En buena crítica es insostenible esta relacion debida en primer lugar á Simplicius, escritor del siglo sexto de la era cristiana. En ninguna parte de las obras de Aristóteles consta este importante dato que no habría callado el filósofo, y tampoco hablan de él Hiparco ni Tolomeo, muy anteriores á Simplicius: al contrario, despues de haber buscado cuidadosamente los escritos de los astrónomos antiguos, confiesan no haber hallado observaciones de los babilonios anteriores á la época de Nabonasar, que sabemos ya subió al trono el año 747 ántes de Jesúcristo.

Sabemos por Sincello, que los ha conservado, los nombres de tres famosos periodos astronómicos inventados por los caldeos, que son: el Saro, el Nero y el Soso; ignoramos empero exactamente lo qué eran y la época en que por primera vez se usaron. Ciertamente que Beroso tenía noticia de ellos; pero ni se tomó la molestia de explicárnoslos ni indicarnos la fecha de su descubrimiento. El mismo Sincello, ya citado, nos dice que el Saro era muy probablemente un periodo de diez y ocho años, compuesto de doscientos veintitres meses lunares sinódicos de veintinueve días y medio cada uno, y que servía para predecir los eclipses. El Nero debió ser el periodo ó año grande de seiscientos años, que, segun dice Josefo, lo conocieron los patriarcas, y el Soso sería un periodo de sesenta años, la décima parte del Nero de seiscientos años, conforme lo hemos visto comprobado en otro capítulo al comprobar fechas y espacios de tiempo.

Tambien sabemos que los babilonios se vanagloriaban de su grandísima antigüedad; de modo que si se les diera crédito á ellos, su nacion existía ya formada como tal, desde cuatrocientos setenta mil años; y el historiador Beroso afirmaba en serio haber encontrado en Babilonia unas memorias que se remontaban á ciento veinte mil años. Se comprenderá fácilmente la falsedad del aserto de Beroso, sabiendo que, no obstante tan precioso hallazgo ó descubrimiento, no pudo conseguir llenar por hechos ó acontecimientos el infinito espacio de tiempo trascurrido desde la fundacion de la monarquía hasta la época de Nabonasar, del siglo octavo (año 747) ántes de Jesucristo. Para salirse de este atolladero, no vaciló en decir, siguiéndole despues otros historiadores antiguos y modernos, que dominado Nabonasar por loco orgullo, y ambicioso por pasar á la posteridad como primer rey de Babilonia, había mandado destruir todos los monumentos históricos de su nacion. Afortunadamente, la actual ciencia histórico-arqueológica se ha encargado de desmentir lo dicho por Beroso y sus copiadores.

Fueron los caldeos los inventores de la astrología, esa falsa ciencia cuya fortuna ha sido tan grande desde la antigüedad hasta casi nuestros días, cuyo reinado dura aún en Oriente, y que, segun ellos y el mismo Tolomeo, se confundía con la astronomía más adelantada de la época de los griegos.

Continuamente ocupados en estudiar el cielo por un interes á la vez religioso, político y científico, y en las circunstancias más favorables de posicion y clima, estaban en el caso de adelantarse á los demas pueblos en este ramo de las ciencias, dejando atras en él á los mismos egipcios, de quienes se dice que lo aprendieron. Á los caldeos se deben los más antiguos cálculos de eclipses de luna que Tolomeo cree deber anotar en su *Almagesto*, y son á contar del día 19 de marzo del año 721 ántes de Jesucristo, con la notable y curiosa circunstancia de que no difieren de los cálculos modernos sino en algunos minutos.

No fueron tan hábiles los caldeos en observar los eclipses de sol, que ofrecen mayores dificultades; sin embargo, es muy verosímil que fueron los primeros en observar la órbita solar, y «abrieron las puertas del universo», conforme dice Plinio en una frase feliz. Efectivamente, por medio de la fijacion de los puntos equinocciales y solsticiales, encontraron al propio tiempo casi el año verdadero, con sus cuatro estaciones, y dividieron la eclíptica en doce partes iguales, lo que les condujo á la construccion particular llamada zodíaco, que es un compuesto de astrología y simbolismo.

La existencia del zodíaco tal como se halla entre los caldeos está probada ademas por lo dicho por Diodoro de Sicilia, y su testimonio puede y debe servirnos acerca de los demas puntos del sistema astronómico religioso de aquel pueblo. La religion de los babilonios tal como ya la conocemos por datos anteriores, no pasa de ser un naturalismo sidérico y simbólico, como hijo de la observacion del cielo en aquellas noches azuladas y serenas, propias de su clima especial, naturalismo semejante al que constituía el fondo de la creencia de los fenicios y de las demas naciones de Asia, y que despues degeneró en religion exclusivamente astrológica.

Enamorados los caldeos de sus propios descubrimientos astronómicos, y confusos ante el órden admirable que vieron reinar en los cielos, concibieron más que nunca morando sus dioses en los astros, reguladores, segun ellos, del mundo físico y moral, construyendo de consiguiente con arreglo al zodíaco y á la esfera que habían hallado, su antigua teología y el nuevo método de adivinacion que le aplicaron, especie de astrología judiciaria á que se dió el nombre de apotelesmática.

Seremos muy breves, para no incurrir en repeticiones de ideas emitidas ya anteriormente; pero la claridad nos obliga á recordar circunstancias necesarias aquí.

El sol y la luna, con nombres simbólicos, permanecieron desde mucho tiempo al frente de los dioses en el zodíaco, y al frente también de los planetas que allí tomaron sus asientos; pero estos, tan adorados desde mucho tiempo, adquirieron extraordinaria importancia, cuando, por razón de su movimiento propio, tan complicado, pero tan regular al propio tiempo, por razón de las distintas circunstancias de su posición, ora entre sí, ora con relación al sol ó á la luna, comenzaron á ser considerados como intérpretes de la voluntad divina, ó, mejor dicho, de los absolutos decretos del ciego destino.

La astrología de los distintos pueblos á donde fué llevada la caldea nos puede servir de base y complemento á la vez para estudiar y profundizar esta. Con el sol y la luna, con los cinco planetas desarrollados y las divinidades que los regían, ocuparon su puesto en el zodíaco luégo que estuvo formado con sus doce constelaciones, los doce maestros ó señores de los dioses, como les llama Diodoro de Sicilia, atribuyéndose á cada uno de ellos un mes y un signo, cuya combinación se descubre donde quiera que se ha introducido el zodíaco con los signos de la astrología caldea, que es la que encontramos después en la India y en Egipto, y posteriormente en Grecia y Roma, por no hablar de los pueblos cultos de Europa, donde se rinde culto á las artes divinatorias en sus distintas ramificaciones.

Á las doce grandes divinidades zodiacales y planetarias fuéronles subordinados treinta y seis dioses secundarios, llamados dioses consejeros, que presidían á otras tantas estrellas, la mitad de las cuales habitan encima y la otra mitad debajo de la tierra, para vigilarla; de manera que cada diez días pasa uno de ellos como mensajero de la región superior á la inferior, y otro de esta á aquella por un cambio fijo. Dividiendo toda la esfera fuera del zodíaco como habían dividido el zodíaco mismo, para terminar los caldeos su construcción científica y religiosa del cielo, distinguían doce estrellas ó constelaciones en su parte boreal, y otras doce en su parte austral, diciendo que

aquellas visibles estaban designadas á los vivos, y las invisibles á los muertos, por cuya razon les llamaban «Jueces del universo.»

Saturno, como el más elevado en los cielos, fué el intérprete por excelencia, el revelador, se le confundió por el nombre con el sol y con la más antigua y noble divinidad de todos los pueblos de procedencia semítica. Júpiter fué el astro de la dicha entre los caldeos, como tambien donde quiera que se extendió la astrología. Marte fué el príncipe del fuego, y su nombre fué peculiar á los príncipes de los caldeos. Vénus, estrella de la felicidad, recibió el nombre de Fortuna. Mercurio fué el gefe místico de la casta sacerdotal. Los nombres caldeos correspondientes á estos astros ó dioses los conocen ya nuestros lectores, por las muchas veces que hemos hablado de Merodak, Nana, Bel, etc., etc.

La division de la circunferencia del cielo en doce partes, implicaba necesariamente la de la revolucion diurna, ó sea del día natural, en doce horas y no en veinticuatro; por consiguiente, las horas equinocciales llamadas con razon babilónicas por algunos autores antiguos, las horas dobles conocidas de los griegos desde la época de Eudoxio, en que gran parte de la astrología caldea se había introducido ya en la Hélade. Á la manera que los doce meses correspondían á los doce signos en el año no sólomente solar sino astronómico y zodiacal de los caldeos, así las doce horas, astronómicas tambien y contadas de un sol á otro, corresponden al propio tiempo á los doce meses del año y á los doce signos del zodíaco. Estaban, pues, acordes la revolucion diurna y la anual, fundándose ambas en el sistema duodecimal, que la naturaleza misma les proporcionó.

Conocemos ya someramente la ciencia fundamental de los caldeos, la que les ha dado nombre imperecedero, la que lleva adjunto el calificativo de su nombre, la astrología, mezclada de grandes verdades y de grandes errores, la ciencia que les adquirió universal fama y gloria, la que fué el secreto de su influencia sobre los reyes y los pueblos todos del universo. Los textos de los autores profanos están aquí de acuerdo tambien con los sagrados para probarnos la existencia de la astrología, de sus misterios, de sus excesos y extravagancias entre los caldeos. Lo mismo bajo el dominio de

Nínive, que bajo el de Babilonia, sacrificó el pueblo caldeo al sol, á la luna y á todo el ejército de los cielos, segun lo atestiguan Diodoro y los autores hebreos. Los sabios ó astrólogos pertenecientes, como hemos dicho ya, á la casta sagrada de los sacerdotes, gozó de elevado concepto entre su pueblo, hasta que, dispersados sus individuos en la época de Alejandro, se acarrearón universal menosprecio.

Consultando el libro de Daniel veremos las atribuciones de los sacerdotes clasificados en escritores sagrados ó intérpretes de las escrituras; descubridores de horóscopos ó intérpretes de los astros; magos, ó que pronunciaban las fórmulas mágicas; conjuradores que tenían el poder de conjurar las potestades malignas, etc., etc. Sabido es de todo el mundo que hacían los caldeos toda especie de predicciones por medio de los astros; por la inspeccion de los cadáveres, por el vuelo de las aves, y por otros muchos medios que fuera pesado é inútil enumerar. Conocían tambien los almanaques, cuyo uso quizas nos procede de ellos y de entónces, y por su medio anunciaban todo cuanto predicen ahora los nuestros, llegando hasta el extremo de predecir las catástrofes físicas y las revoluciones populares, como hacían muchos astrólogos europeos de la edad media y de fecha más reciente aún, como puede verse leyendo las vidas de los grandes astrónomos de esos periodos históricos.

El poder de la casta sacerdotal ó de los astrólogos era ilimitado: debíase esa omnipotencia á su carácter sagrado, al misterio de que rodeaban su saber y prácticas religiosas, al temor supersticioso que inspiraban á todas las clases de la sociedad, á la creencia universal de que ellos poseían el secreto del destino de todos los hombres, y más que todo al influjo que ejercían sobre el monarca por las ceremonias religiosas con que habían sabido enlazar, con grande prevision política, así la vida privada como la pública del soberano. Es verdad que el rey gobernaba despóticamente, pero los sacerdotes, lo mismo que en Egipto, ejercían inmensa y decisiva influencia. El soberano residía en su palacio que era como una especie de ciudadela, rodeado de numerosa y espléndida corte, cuyos principales cargos desempeñaban los eunucos.



Ediciones Comas y C.ª Editores

ASURBANIPAL CAZANDO LEONES.
(Detalles exactos de los bajo-relieves del Museo Británico)

A. Comas y C.ª

Nínive, que bajo el de Babilonia, sacrificó el pueblo caldeo al sol, á la luna y á todo el ejército de los cielos, segun lo atestiguan Diodoro y los autores hebreos. Los sabios ó astrólogos pertenecientes, como hemos dicho ya, á la casta sagrada de los sacerdotes, gozó de elevado concepto entre su pueblo, hasta que, dispersados sus individuos en la época de Alejandro, se acarrearón universal menosprecio.

Consultando el libro de Daniel veremos las atribuciones de los sacerdotes clasificados en escritores sagrados ó intérpretes de las escrituras; descubridores de horóscopos ó intérpretes de los astros; magos, ó que pronunciaban las fórmulas mágicas; conjuradores que tenían el poder de conjurar las potestades malignas, etc., etc. Sabido es de todo el mundo que hacían los caldeos toda especie de predicciones por medio de los astros; por la inspeccion de los cadáveres, por el vuelo de las aves, y por otros muchos medios que fuera pesado ó inútil enumerar. Conocían tambien los almanaques, cuyo uso quizas nos procede de ellos y de entónces, y por su medio anunciaban todo cuanto predicen ahora los nuestros, llegando hasta el extremo de predecir las catástrofes físicas y las revoluciones populares, como hacían muchos astrólogos europeos de la edad media y de fecha más reciente aún, como puede verse leyendo las vidas de los grandes astrónomos de esos periodos históricos.

El poder de la casta sacerdotal ó de los astrólogos era ilimitado: debíase esa omnipotencia á su carácter sagrado, al misterio de que rodeaban su saber y prácticas religiosas, al temor supersticioso que inspiraban á todas las clases de la sociedad, á la creencia universal de que ellos poseían el secreto del destino de todos los hombres, y más que todo al influjo que ejercían sobre el monarca por las ceremonias religiosas con que habían sabido enlazar, con grande prevision política, así la vida privada como la pública del soberano. Es verdad que el rey gobernaba despóticamente, pero los sacerdotes, lo mismo que en Egipto, ejercían inmensa y decisiva influencia. El soberano residía en su palacio que era como una especie de ciudadela, rodeado de numerosa y espléndida corte, cuyos principales cargos desempeñaban los eunuocos.



Mr. Farradas, Comas y C^{ta} - Editores.

ASURBANIPAL CAZANDO LEONES.

(Detalles exactos de los bajo-relieves del Museo Británico)

A. Casanovas, lit.

La caza de leones era una de las diversiones más favoritas de los reyes asirios. Cuando la llanura de Sennaar, comprendida dentro del inmenso recinto cerrado por el Tigris y el Éufrates, se hubo poblado lo suficiente para que desaparecieran de allí los leones que ántes abundaban, como abundan ahora otra vez, destinaron los reyes un grande recinto cerrado, en la llanura, cada uno de cuyos lados medía un estadio poco más ó menos, y cuya área estaba completamente desprovista de vegetacion. Este recinto estaba destinado á las cacerías reales. Cuando el rey quería entregarse á dicha diversion, en la época en que los leones no abundaban ya en las llanuras, era preciso ir algo léjos hacia el norte ó al oeste, pero los reyes no tenían siempre suficiente tiempo para emprender largas cacerías. Así que tenían vasallos diestros que llevaban consigo grandes jaulas, y, valiéndose de artificios, conseguían coger en la montaña leones y leonas sin causarles ningun daño. Se les trasportaba despues á las residencias reales, y cuando el soberano quería entregarse al placer de la caza, hacíase rodear el recinto con soldados cubiertos de grandes escudos y armados con fuertes chuzos. Previas estas disposiciones, se trasladaban las jaulas al cercado.

Subía el rey entónces á un carro (1) teniendo cerca de sí al cochero, y dos cazadores designados por él provistos de lanzas. Abríanse luégo las jaulas; los soldados lanzaban grandes gritos, y las fieras, llenas de rabia, corrían, como es natural, en todas direcciones. Perseguíalas el rey, y desde su carro las cubría de flechas. Á veces las fieras, impulsadas por su furia, se arrojaban sobre los caballos ó á las ruedas, y entónces los dos auxiliares, armados con lanzas, las derribaban.

Sin esfuerzo se comprende que semejante diversion era en extremo peligrosa; pero el éxito, bueno ó malo, dependía de la habilidad del cochero. Si éste era hábil, sabía librarse de las fieras y presentar á su señor la ocasion favorable para disparar la flecha. Por su parte los reyes eran muy aficionados á estas cazas; adquirían en ellas mucha destreza, y habia rey que

(1) La lámina que damos representa exactamente una de estas escenas fielmente copiada en sus detalles de los dibujos y relieves existentes en el Museo Británico.

en una tarde de entregarse á esta diversion mataba una docena de leones. Por esto los reyes dispensaban grandes mercedes á los cocheros experimentados y activos; pero, si ocurría alguna desgracia, si algun leon furioso agarrándose en los costados del caballo detenía el carro en su carrera, si el rey corría peligro, entónces ¡ay del cochero! se le clavaba en cruz ó se le empalaba.

Ya que se nos han venido á la pluma estas palabras, diremos dos acerca de las crucifixiones ó empalamientos en masa de los pobres prisioneros de guerra destinados á los trabajos.

La construccion de los colosales edificios que se levantaban en Babilonia y Nínive, sin citar otras ciudades de la Caldea, exigía la cooperacion de extraordinario número de operarios, difíciles de hallar pero más difíciles de retribuir; pero se subvenía á esa dificultad obligando á los prisioneros de guerra á trabajos públicos en calidad de esclavos. Las condiciones del clima y la clase del trabajo diezaban terriblemente á los pobres condenados, cuyo número disminuía á veces hasta el extremo de ser insuficientes los que sobrevivían para la continuacion de las obras emprendidas. Llegado este caso, la perversidad humana inherente á los hombres de todas las épocas y de todos los países, cuidaba de que no faltaran operarios acudiendo á un medio tan vil como reprobable. Enviábanse emisarios á los provincias del Norte y debían sublevar aquellas gentes siempre mal sometidas á la dominacion extranjera. Provocados aquellos pueblos por los pérfidos agentes, negábanse á pagar los tributos, interceptaban las comunicaciones, ó degollaban á los agentes reales. Así dispuestas las cosas, enviaba el rey un ejército, saqueábase al país y llevábanse esclavo á todo el pueblo: de esta manera se proveían nuevamente de operarios, y crucificando á algunos, los considerados como más culpables, en presencia de los esclavos reunidos, hacíanse sumisos y obedientes los que quedaban con vida y trabajaban sin murmurar (1).

(1) No por antiguo ha caído en desuso el procedimiento. La malicia humana ni envejece, ni cambia, ni mejora. Un país conocemos nosotros en donde, *mutatis mutandis*, se aplicó mucho tiempo un procedimiento análogo para otros fines, más criminales aún. Varios pueblos de corto vecindario, muy dados á los bailes públicos en la plaza, eran tan irascibles por el motivo más fútil, como amigos de divertirse. No faltó en la cabeza del partido judicial de aquellos pueblos quien descubrió en aquellas cualidades un rico filon para enriquecerse, y cediendo á su mala inspiracion, comunicó un plan que habia concebido á otros del oficio

Lo antedicho se refiere solamente á los operarios de albañilería, porque tocante á los escultores, pintores y demas operarios poseían corporaciones de dichos artistas sujetos á reglas severas, que se instruían en escuelas dirigidas por maestros bajo una direccion sacerdotal, porque no debía hacerse cosa alguna contraria á la religion. Aquellos hombres eran libres y vivían en comun en barrios que se les señalaban, quedando lo que ganaban en provecho de la corporacion, encargada del sostenimiento de cada uno de sus miembros.

El imperio estaba dividido en satrapias (provincias) en que mandaban sátrapas (gobernadores) y oficiales desiguales entre sí por los diversos títulos ó cargos. Á veces reunían los dos poderes, civil y militar, y otras veces los tenían separados. Tenían como una de sus principales atribuciones el cobro de los tributos, pagados ya en dinero, ya en especias, como en Egipto. Ayudábales en su cargo un juez superior y un intendente general, á los que seguían por orden de menor categoría varios jueces y funcionarios dependientes de ellos, distribuídos en varios puntos de las satrapias, á manera de sub-gobernadores ó delegados suyos.

El espíritu del poder absoluto, mejor dicho, del despotismo oriental, dejábase sentir con mayor vehemencia en los procedimientos criminales. La justicia criminal era más que sumaria y las penas eran crueles. Ligeras é imperceptibles formas religiosas más que civiles, templaban, pero de un modo insignificante, el despotismo.

y ya no se pensó más que en realizarlo al pié de la letra. Efectivamente, aquellos pueblos que ántes se contentaban con propiarse garrotazos por *alguna ella*, tomaron aficion á la *sevillana* y hasta al ruido de alguno que otro pistoletazo, con la particularidad, empero, de enredar siempre en el lío á algun individuo de las familias más pudientes de los pueblos. Á los pocos momentos de comenzada la pelea, cuando ni por el telégrafo—y esto que aún no funcionaba ninguno en toda España, ni se sabía lo qué era—se hubiera podido saber en la cabeza del partido lo que pasaba en el teatro de la lucha, presentábase ya el Tribunal, prendía á unos cuantos de los combatientes, sin descuidar nunca, empero, de llevarse bien atado á alguno de los más visibles; incoábase el proceso, pagaba siempre los platos rotos el más *propietario ó hacendado*, y engordaban los curiales que era una maravilla, y levantaban unas fortunas que daba escándalo verlo. Como la trama era algo grosera, y la codicia rompe el saco, no hubo de faltar quien concibiera sospechas, y tomando estas cuerpo, se acabó por ver claro en aquellas tenebrosidades del Tribunal de Pilatos. Nuestros lectores habrán adivinado ya el procedimiento. Al comenzar el baile, había ya distribuídos algunos agentes del Tribunal, encargados de meter bulla y repartir algun garrotazo á algun prójimo de los ménos pacíficos del pueblo: la riña ya no podía faltar entónces, y cuando estaba en lo más recio la pelea, presentábase como llovido del.... infierno el consabido Tribunal, para hacer..... *justicia*. Lo demas ya lo saben nuestros lectores. Luégo, escarmentados los pueblos, se pusieron sobre aviso, hasta cesaron temporalmente los bailes, y, al reanudarlos, más precavidos y prudentes, no dieron ya más que hacer al Tribunal, ni engordaron tanto los curiales. ¿Si serían estos descendientes de algun emisario asirio enviado á las provincias de la Media para sublevarlas?

Á pesar de todo esto, y no obstante esta organizacion general del imperio caldeo, aún en las épocas de su mayor esplendor, que fueron, como ya hemos visto en los reinados de Nabucodonosor y algunos de sus descendientes, permaneció Babilonia lo que había sido desde su origen; fué siempre el centro de la industria, del comercio y del saber; fué la ciudad, como diríamos ahora, de las luces, de las magnificencias, pero tambien del lujo y de las voluptuosidades; fué al mismo tiempo la soberana y la prostituta del Oriente y el foco de la corrupcion universal. El comercio que había fomentado era inmenso, las relaciones que había creado eran vastísimas, pero su desastrosa influencia sobre las costumbres fué aún más inmensa y vasta.

Ezequiel llamó á Babilonia la tierra de los mercaderes. Debía este nombre á la feliz situacion propia y á la del país; en el punto cabalmente donde se reunen el Asia inferior y superior, cerca de los dos ríos que descienden de los montes de Armenia y del golfo Pérsico que los recibe, poniéndose por su medio en comunicacion con la India, y por el Éufrates con las costas del Mediterráneo y del Ponto Euxino. Los pueblos del Oriente y del Occidente encontrábanse allí con los mercaderes procedentes del mediodía y con los buques que bajaban del norte, formando allí un centro de riquezas, artefactos y comunicaciones, que debía necesariamente convertirse en foco de lujo y corrupcion por la demasía de goces. Todos iban allí á buscar los productos de una industria refinada, los tejidos de lana é hilo, los famosos tapices de Babilonia, tan vivos en colorido, tan variados en dibujo. En cambio, Armenia le daba su vino y Palestina su aceite, la India sus grandes perros de caza, sus piedras preciosas y sus chales; la Arabia sus perfumes, especias, oro, marfil, ébano, y los países más distantes del mediodía y oriente les enviaban sus ricas telas de seda y mil otros objetos de primeras materias que fabricaban para el consumo de la opulenta metrópoli. Los griegos admiraron sus costumbres llevadas al último grado de relajacion y licencia sistemática, efectos del bienestar, de las riquezas que resultaron de una industria relativamente muy adelantada y de un comercio extensísimo, que dieron á la civilizacion de los babilonios tal carácter de lujo y molicie.

Todos esos efectos son propios de las grandes ciudades comerciales por

un concurso especial de circunstancias particulares que produce en ellas la indiferencia moral á que les conduce el espíritu del negocio, tanto ó más que el fatalismo ó negacion de creencias. Necesítase, finalmente, para esto, toda la fuerza de las supersticiones basadas á un tiempo mismo en una religion que diviniza todas las pasiones, en la influencia del clima que embota la mente y desarrolla las malas inclinaciones, y en el más refinado egoismo sin más norte que los cálculos del interés personal. Cuando un pueblo llega á este punto de su decadencia moral, no hay fuerzas humanas que detengan su caída; así es que en vano formará Alejandro, que pudo fundar la más hermosa ciudad de Egipto, el proyecto de levantar á Babilonia de su abatimiento, constituyéndola en capital de un nuevo imperio que fuera el punto de empalme del Occidente y Oriente. Debían cumplirse los anatemas fulminados, anatemas que toda la ciencia sacerdotal de los caldeos no supo ni leer en los astros, ni mucho ménos evitarlos cuando se les precipitaron encima, á pesar de que se descubría, escrita en el destino de la gran ciudad, la frase proverbial duradera por los siglos en todo el mundo: *la corrupcion de Babilonia*.

En Asiria no se embalsamaban los cadáveres como en el Egipto, ni los arrojaban á la pira como hacían los griegos: para ellos tenía algo de repugnante la operacion del embalsamamiento, y mucho de bárbaro, lo que ahora se ha dado en llamar la incineracion. Aprendan nuestros modernos reformadores de un pueblo que, en medio de su depravacion y rebajamiento de todas las virtudes, no tuvo la bárbara y necia debilidad de saberse desprender de los restos de seres queridos, dándoles honrosa sepultura, donde si no se conservaba el cadáver, existía el recuerdo de su última morada, como postrer consuelo en este mundo.

*
* *

Quando hacía ya mucho tiempo que los grandes valles regados por el Tigris y el Éufrates formaban los poderosos y ricos reinos á que dieron

nombre la Asiria y Babilonia, fueron conquistados, como lo hemos dicho ya muy anteriormente, por Tutmosis III, rey de la décima octava dinastía de Egipto; pero, léjos esta conquista de perjudicar, salva su independencia, al pueblo asirio, no hizo más que introducir allí los elementos de civilizacion y artes que le faltaban todavía para hacer de él un pueblo modelo, el pueblo soberano del Asia occidental, superior á todos en saber y cultura.

No obstante, y á pesar de los adelantos que en la civilizacion del país introdujeron los vencedores, no aceptaron los asirios sin contínuas luchas la ley del vencedor, así que se coaligaron con otros pueblos del Asia y acabaron por libertarse de la dominacion egipcia bajo los reinados de Ramsés II, y Ramsés III.

Hasta la época de la dominacion egipcia, obligados los asirios por las condiciones especiales de su país, no edificaban más que habitaciones muy sencillas, sin ninguna clase de adornos, y hasta se prohibían la representacion escultórica de sus dioses.

Más de una vez hemos dicho ya que las orillas del Tígris y del Éufrates no presentaban más que llanuras de barro, y que eran allí muy raras las maderas de construccion. Además, el cielo despejado y de incomparable pureza no quedaba velado por ninguna nube durante la casi totalidad del año, á cuya circunstancia se debe el calor bochornoso y ardiente de aquel suelo.

Al conquistar los egipcios la Asiria habían traído en pos de sí con su aficion á las artes, sus conocimientos astronómicos y geométricos, su civilizacion muy refinada ya y su administracion correcta, severa y organizada. Como lo hemos insinuado ya más de una vez, y ocasiones tendremos de repetirlo, es difícil apreciar si ganan ó pierden los pueblos conquistados con la introduccion por sus conquistadores de una civilizacion muy adelantada: los pueblos asirios supieron aprovechar, es verdad, las ventajas de la civilizacion egipcia, pero en cambio perdieron sus hábitos de sencillez y rudeza que les distinguían, y hemos visto ya á qué abismo de corrupcion y podredumbre les llevó ese cambio en su manera de ser. Al igual que en naciones invadidas por dominadores, las familias asirias de origen ario eran amigas de conservar

la pureza de su sangre; convencidas de la superioridad de la raza á que pertenecían, formaban una especie de casta aristocrática, y considerando su reducido número relativamente al pueblo subyugado, aspiraron á dominar no sólo por la inteligencia y el valor sino tambien por el número.

Á esta casta superior y á este ambicioso deseo de dominacion que la animaba, débese, más que todo, la introduccion en aquel país de la poligamia, por lo que no fué raro encontrar en Asiria personajes nobles rodeados de cien ó más hijos; pero, contra lo que ellos se proponían, este recurso perjudicó más que no favoreció al logro de sus propósitos, porque minó rebajándolo en lugar de robustecerlo el prestigio de la raza. Desde el soberano hasta el último de los nobles, tenían cada uno su harem, cuyo mayor contingente estaba formado por jóvenes semitas, de manera, que al cabo de pocas generaciones se vió la sangre aria mezclada enteramente con la semítica. Los arias, por su parte, eran inclinados á la poesía, tenían claro talento, sentían viva aficion por el estudio de los fenómenos de la naturaleza, eran valientes é inclinados á la soberanía, pero no tenían más que mediana aptitud para las artes plásticas. Los semitas eran el reverso de la medalla; así que la alianza de esos dos pueblos debió producir los elementos más favorables para el desarrollo de dichas artes. Despues que la influencia de los egipcios se había hecho sentir en Asiria y que por la fuerza de las cosas se operaba la mezcla de las dos razas, aria y semítica, alcanzaron las construcciones asirias una perfeccion que no tenían ántes, al propio tiempo que se adornaban con esculturas y pinturas, aumentando de cada día más el lujo y elegancia de las habitaciones humanas, ligera sombra de la grandiosa magnificencia de los monumentos y templos destinados al culto de las divinidades.

Entre los nobles era costumbre edificar sus habitaciones sobre sitios elevados, y con mayor motivo los reyes construían sus palacios en un sitio que dominara mucha extension de terreno, á cuyo efecto formaban una plataforma por medio de ladrillos crudos, si bien revestían las paredes con piedras que traían de las montañas que separaban la Asiria de la Media. Como el suelo era tan llano, los nobles fabricaban montañas de arcilla para construir

sus viviendas en las cimas de ellas. La masa enorme de arcilla habría podido ceder debajo de la carga de las construcciones que debía soportar, pero todo lo habían estudiado los asirios para prevenir los accidentes desgraciados.

La arcilla era muy abundante en la llanura y hasta dentro de los cauces de los ríos. Para regar las campiñas y asegurar de esta manera su fertilidad, pues la escasez ó falta completa de lluvias las habría hecho estériles enteramente, abrían muchos canales que ponían en comunicacion los dos ríos, fuentes de abundancia para aquellos hermosos países. La arcilla extraída de los canales servía para las construcciones, y así la edificación de un palacio, por ejemplo, era un grande beneficio para el país, porque de seguro que no se levantaba sin la apertura de un canal. Á medida que unos operarios iban sacando el barro de las zanjás, amasábanlo cuidadosamente otros en grandes hoyos; despues se arrojaba en moldes cuadrados y planos para darle forma, obteniendo de esta manera ladrillos que se hacían secar al sol. Pocas horas bastaban para secarse, por la viva acción del sol en aquel clima, y porque no era preciso que los ladrillos perdieran toda su humedad, á fin de que no se rompieran al hacer uso de ellos. Las construcciones de los albañiles asirios hechas con ladrillos no experimentaban aplanamientos ni hendiduras, porque dejaban una masa compacta y homogénea, cubriendo los juntos de los ladrillos con la propia arcilla de estos empleada convenientemente. Hacían cocer tambien ladrillos para dedicarlos á los acueductos que formaban debajo de la plataforma, ó pasarlos en otros puntos que exigieran resistencia, y hasta se los cubría con esmaltes.

Sólo el rey penetraba montado en su carro hasta los patios interiores de su palacio, pues las demas personas, por más caracterizadas que fueran, debían dejar sus carruajes en las cocheras anteriores.

Llegados á este punto, en obsequio á la amenidad, y por no faltar al tecnicismo tratando una materia especial, examinemos lo que nos dice un autor conocido ya de nuestros lectores acerca de un punto determinado de construcción, por referirse á los comienzos del arte.

«Deja, Doxi, que admire el exterior de esta puerta terminada por un

arco, cosa que no he visto en ninguna otra parte, y que me sorprende en extremo. ¿Quién os ha enseñado, pues, esta manera de construir?

—La necesidad.....Los bosques no abundan aquí como en la Media; sólo venciendo muy grandes dificultades podemos proporcionarnos maderas; luégo el calor las pudre muy pronto cuando están en contacto con la arcilla; después también los cubiertos de madera, aunque estuvieran revestidos con tierra, según se practica en algunos pueblos situados al norte, no dan en los interiores una temperatura suficientemente fresca. Necesitábamos pues prescindir de maderas y edificar completamente con arcilla. Nuestros predecesores no llegaron sino sucesivamente á formar esas bóvedas. Viendo que las maderas puestas horizontalmente encima de las paredes cedían al peso de las tierras que formaban las cubiertas ó tejados, y se descomponían atrayendo multitud de insectos, ocurrióseles de pronto á los antiguos constructores modelar, con cañas que abundan en las orillas de los ríos, unos arcos cuya curva se hacía fija por otras cañas puestas debajo, vertical, horizontal y diagonalmente, y de esta manera componían un especie de zarzo sólido. Encima de este hicieron colocar longitudinalmente otras cañas más ligeras, después una primera capa de arcilla blanca que seguía la forma del arco, y se la dejaba secar todo un día. Cuando estaba endurecida, se sobreponía una segunda capa de arcilla blanca, tomando siempre la forma del zarzo, y de este modo, procediendo por capas horizontales á las que, una vez puestas se daba el tiempo de secarse, el zarzo cimbrado se encontraba cubierto enteramente de arcilla. Como cada una de las capas se había puesto horizontalmente, los constructores quitaban después todas las cañas verticales, horizontales y diagonales, no dejando más que las que habían servido de formas. Quedaban entonces una serie de baquetillas ó molduras redondas que no se atrevían á quitar debajo de la bóveda, creyendo en su eficacia. Muy pronto empero secándose aquellas cañas no estuvieron adheridas, y se comprendió que eran inútiles, y se las quitó.

Estas bóvedas exigían muy larga construcción por la necesidad de dejar que se secase cada capa de arcilla ántes de poner la siguiente. Además, se necesitaba tener con un día de anticipación la arcilla convenientemente

amasada para proceder á la capa nueva, y á veces esta tierra era demasiado humedecida y á veces demasiado poco, originándose de ahí dilaciones y hasta peligros, porque las capas puestas demasiado blandas se rajaban y corría peligro de caerse toda la obra. Luégo tambien cuando se llegaba cerca del vértice de la bóveda, las partes de arcilla, muy delgadas en toda la extension de las curvas, secábanse mucho más rápidamente que las puestas en sus extremos, y necesitábase conservar la humedad en estas partes delgadas. Todo esto exigía infinitos cuidados y el éxito no era nunca seguro. Sin embargo, ya se moldaban ladrillos entónces como lo hacemos ahora.

Un hombre muy importante por su saber, á quien nosotros llamamos Kabu, propuso entónces continuar la construccion sobre las cañas encorvadas como se construyen las paredes, y por consiguiente pasar del plano de la pared vertical al plano curvo de la bóveda sin dejar un ángulo entre los dos planos; en una palabra, trazar las bóvedas por medio de un semicírculo completo. De esta manera la construccion de la pared continuaba, por decirlo así, encorvándose de cada vez más.

Parece que le costó mucho á Kabu hacer adoptar su idea: los antiguos le declaraban insensato, pretendiendo que una pared no podía sostenerse en pié desde el momento en que salía de la vertical..... Pero Kabu hizo en miniatura una bóveda con arreglo á su sistema..... Os reís? dijo el arquitecto á Epergos; quizas os parece ociosa esta historia?—De ningun modo, replicó Epergos, me interesa, y deseo oírtela referir; voy á contarte su final, continuó mirando de soslayo á su compañero Doxi; que estaba visiblemente indispuerto. Kabu no obtuvo buen resultado entre los antiguos con su modelo de bóveda, y se le declaró que si podía pasar con una dimension reducida, se desplomaría infaliblemente la construccion hecha en grande. Entónces Kabu hizo amoldar ladrillos en forma de cuñas del tamaño de los ladrillos ordinarios, y poniéndolos unos al lado de otros, en seco, sin la interposicion de la arcilla mojada, demostró por el hecho que aquellos ladrillos se sostenían por sí mismos.

Zulul, el más testarudo entre los antiguos, no pedía ménos que el destierro de Kabu, quien procedía por sortilegios contra las leyes naturales.....

Kabu se vió efectivamente obligado á abandonar las orillas del Tígris; pero á pesar de esto sus ideas se abrieron paso.....

Ahora si quieres continuar explicándonos estas maravillas, te escuchamos con atencion. Desde el momento, repuso el arquitecto, que se hacían ladrillos especiales para construir bóvedas, siguiendo la indicacion de Kabu, no fué difícil cocerlos y esmaltar sus caras como se cuecen y esmaltan vajillas. Con estos ladrillos cocidos y esmaltados formamos las cabezas de los arcos que resplandecen con brillantes colores dándoles el sol, y esos frisos, y esos cuadros y los basamientos de los salones y hasta embaldosados de aposentos. Pero entremos. Esta puerta principal, cuyas jambas están adornadas con toros alados tallados en la piedra, da entrada á dos vestibulos, donde están los servidores que acompañan á los personajes llamados al lado del rey. Ahí está el patio mayor, consagrado á la habitacion especialmente reservada al rey, al serrallo. Al lado sud da una sala precedida de un segundo patio largo y de una espesa muralla con una gran puerta abierta en ella y otra más pequeña. En esta sala y en este patio están reunidas las personas llamadas por querellas sometidas al fallo del rey. Los litigantes de elevada categoría entran por la puerta grande, los demas por la pequeña; pero unos y otros no pueden ser introducidos en la sala hasta que se han dado á conocer por el oficial situado en la puerta pequeña. Llegada la hora de las audiencias, atraviesan todos el patio y se dirigen hacia las salas del norte. El rey está sentado en un trono, y son sucesivamente llamados los litigantes. Veis como está iluminada esta segunda sala. Una media cúpula abierta á la luz descansa en el arco de bóveda en el centro de la sala.

—Pero es muy bello esto, dijo Epergos; ¿qué te parece de esto, Doxi?... Confieso que se equivocaba mucho el viejo Zulul queriendo prohibir al pobre Kabu la construccion de las bóvedas, porque hay aquí, á fe mía, una nueva aplicacion hecha afortunadamente de esta primera idea.

Efectivamente, ya que se hacían arcos, no costaba mucho más trabajo hacer con ellos cúpulas y semicúpulas; pero está hábilmente hecha la que vemos aquí. ¿Has sido tú el primero que has empleado estas bóvedas?—

No, contestó el arquitecto. Hace mucho tiempo que se hacen así y su construcción es más fácil aún que la de los arcos. Estas semicúpulas, abiertas en las azoteas del palacio, tienen la ventaja de dar al interior de las salas una luz hermosa, sin dejar que penetren demasiado en ellas los rayos del sol. Además, se ponen habitualmente cortinas delante de esas aberturas, y de esta manera la luz es suave y el aire circula libremente.....

¿Qué significan estos toros alados con rostro humano que forman las jambas de la entrada y en cuyas piernas se han grabado largas inscripciones?—Estas recuerdan los trabajos del rey: tocante á los toros alados, pertenecen estas representaciones á las cosas sagradas, y está prohibido hablar de ellas.

Mirad allá arriba aquellas palmeras hechas de madera de cedro cubierta de planchas de oro que adornan aquella pintura esmaltada representando una cacería real, y aquellos palos terminados por discos de oro.—Todo es maravilloso, pero veo que las paredes están muy frecuentemente adornadas con grandes cilindros verticales como troncos de árboles unos á continuación de otros.—Sí, es una tradición de las primeras construcciones de nuestros antecesores, que estaban hechas de troncos de árboles unos á continuación de otros, y aunque se construye con ladrillos, se ha conservado el recuerdo de esa primitiva estructura..... Por dos salas dispuestas como las que acabais de ver y que sirven para los oficiales de servicio en palacio, penetrase en el serrallo que contiene tres patios, y los aposentos del rey. Observaréis que ese local está completamente cerrado y no comunica con los edificios del noreste más que por una sola puerta. En esas construcciones del noreste, donde hay dos patios, residen los oficiales agregados al servicio del príncipe, quienes tienen su entrada especial por la puerta de la escalera. Este edificio está también aislado de los demás.

Pasemos ahora al ángulo sudeste.

Observad que no se puede penetrar en él desde el exterior sino por dos puertas, una de las cuales da al palacio del serrallo. Aquí hay el edificio destinado á los comestibles y á cocinas que posee también su patio. Las provisiones están colocadas con el mayor orden en las salas destinadas al

efecto. Por esta segunda puerta sirven las comidas al rey penetrando á los grandes salones del serrallo, en donde se sirven á veces comidas á elevados personajes ó bien en los aposentos privados.

Todos estos salones tienen bóvedas de arco. Ved aquí empero la parte más interesante del palacio y que puedo enseñaros porque aún no está ocupada. Es el harem situado en el ángulo noroeste. En este edificio se penetra sólomente por una puerta y por dos pequeños vestíbulos. Hay un patio largo donde están las guardias eunucas. El harem, propiamente dicho, posee su patio, al que dan dos pequeños aposentos para las mujeres á quienes está confiado el cuidado de los niños, dos salones grandes reservados á los niños que viven en el harem hasta la edad de cinco años, otros dos salones en los cuales pasan las mujeres sus días y las piezas sagradas destinadas al rey cuando vive en su harem.....

Salgamos y pasemos á ver el observatorio establecido en el ángulo noroeste de aquella plataforma. El observatorio mide setenta codos de elevacion y su base cuadrada tiene cuarenta codos por lado. Súbese á la plataforma que corona su cima por tramos inclinados cuyo desarrollo es de cuatrocientos ochenta y cuatro codos. Como todo lo demas, está el observatorio construído con ladrillos crudos revestidos de piedra en la base y algunas partes de ladrillos esmaltados. Cada una de las paredes de los tramos que forma un piso está pintada con diferentes colores. El primero es negro, el segundo blanco, el tercero anaranjado, el cuarto azul, el quinto escarlata, el sexto plateado y el último dorado. Mirad cómo brilla herido por el sol. Quereis subir arriba?—De buena gana.....

Desde la plataforma superior del observatorio era admirable el panorama que se descubría. Á lo léjos, hacia el sudeste, veíase dibujarse en el horizonte la ciudad de los ninivitas, grande ya y cuyo centro estaba ocupado por palacios de elevadas murallas. El Tígris, dividido en varios brazos dejando salir de en medio de ellos islas cubiertas de rica vegetacion y casas de campo de paredes y azoteas blanqueadas, arrastraba, en su rápida corriente, multitud de almadías circulares sostenidas por pellejos llenos de aire y montadas cada una por seis hombres que distribuían de esta manera provisiones

de toda clase á la ciudad. Allende el río, seguía sus orillas una cadena de colinas, cuyas áridas cimas contrastaban con la superficie llana de sombrío verdor que cubría sus piés. Al este, extendíase una inmensa vega surcada enteramente de canales cuyas aguas brillaban heridas por los rayos del sol como planchas de plata y de cuyo seno se levantaba, de trecho en trecho, un montecillo artificial con un edificio por remate, que eran otras tantas moradas de personajes poderosos rodeadas de jardines bien conservados. Al norte, el curso sinuoso del Tigris se perdía entre fajas de colinas azules que se levantaban sucesivamente hasta el horizonte con maravillosa limpieza.....

Las sombras se prolongaban en la vega y parecían lienzos de lápiz desarrollados poquito á poco en una alfombra de oro. El río tomaba reflejos plomizos, mientras que las habitaciones centelleaban como topacios en medio del verdor purpurado por los rayos oblicuos del sol. Al occidente todo parecía fuego y veíase dibujarse en el horizonte, al traves de la atmósfera encendida, largas fajas rojizas. Oíanse á lo léjos cantos de obreros y labradores. Las azoteas del palacio comenzaban á tomar tonos de lila bajo la influencia de los últimos rayos del sol y de los reflejos del cielo, y sus patios parecían anchos valles anegados en sombras, de donde salían copas de palmeras que chorreaban oro.

—Y bien! preguntó Doxi cuando comenzaron á bajar del observatorio, qué me dices de esta maravilla de las civilizaciones? No estás orgulloso de los progresos de los hombres en todas las cosas, ayudados por tu preciosa influencia y especialmente la raza que tiene la dicha de poseer tus simpatías? No edifica palacios espléndidos; no cambia el curso de los ríos para regar sus bellas tierras; no introduce el mayor orden en todos sus negocios; no es tan económica como pródiga: por qué pareces pues estar ansioso? No basta este buen resultado aún para tus deseos? —Doxi! hace mucho tiempo que lo sé; eres malo: cállate hoy. —Por qué callarme? no estoy yo maravillado como tú de los esplendores de esta vivienda que tú me instaste vivamente á visitar? Es verdad que es algo costosa, como tú dices, que es necesario saquear provincias y hacer esclavos á sus habitantes, á destajo, despues de haber

ahorcado ó empalado algunos centenares para obtener este progreso en las cosas de la industria humana; que es necesario que trabajen millares de hombres para la satisfaccion de uno solo y que, si llegan á faltar estas masas, es necesario empujar á estúpidos para que se rebelen contra esa civilizacion, para tener un pretexto de hacerles cooperar á su desarrollo. Hasta encuentro esto ingenioso, porque.... — Cállate, Doxi! tú te chanceas á sangre fría, cállate. — No, á la verdad, no te comprendo. No has prestado tu cooperacion á estos hombres que hacen cosas tan excelentes? ¿no has ido tú á buscarles? ¿no les has seguido tú á donde quiera que les ha parecido bien extenderse? ¿no te deshacías poco há en los más exactos razonamientos acerca de sus aptitudes, de las ventajas de no sé qué mezclas de razon destinadas á favorecer ciertos desarrollos? Estos hombres se creen superiores á los demas, y lo son efectivamente por su valor, su industria, su amor al orden; usan de su superioridad y consideran á los demas hombres como brutos. ¿Es verdad?— Sí, lo es. — ¿Apruebas tú su manera de tratar á los demas pueblos?— No.— Pues bien! de qué sirve entónces, en el orden general, este desarrollo prodigioso de civilizacion, este perfeccionamiento de la vida, si sólomente algunos se aprovechan de esto y si la generalidad padece por ello?— Oye, Doxi, hoy no puedo ni quiero contestarte. No sé.... Confieso que en todo esto hay algo de monstruoso, que este espantoso consumo de materia y hombres tiene algo que espanta.... Qué raza, sin embargo!... qué poder y qué energía!... Reflexiona, pues.... qué progresos!... estas construcciones inmensas.... estas bóvedas..... — Ah! muy bien! Efectivamente, la bóveda es una excelente cosa! reconoce empero que yo era previsor cuando me oponía á la explicacion de este antojo tan calorosamente apoyado por tí tiempo há. Tú ves cuánto cuestan estas bóvedas. Necesitan montones de cadáveres humanos para asiento.

Discutiendo de este modo, habían entrado los dos compañeros en el gran patio del palacio. La última luz del crepúsculo se reflejaba apenas en las partes más elevadas de las construcciones, y todo lo demas estaba sumido ya en una sombra azul, brillando también alguna estrella en el cielo. La extraña estatuaria que adornaba las puertas del salon del trono, los toros

alados que parecían salir de debajo la bóveda sombría y cuyas cabezas humanas estaban todavía alumbradas por la postrera luz del día, atraían invenciblemente la atención de los dos compañeros. Ante aquellas figuras misteriosas experimentaban una especie de raro sentimiento de espanto. Sumido Epergos en sus reflexiones, parecía él también una estatua puesta delante de aquellos colosos.

Esperas, le dijo Doxi dándole un golpe en el hombro, que te hablen los toros alados del palacio?—Me hablan, efectivamente, replicó Epergos.—¿Y qué te dicen?—Más tarde lo sabrás; pero salgamos de aquí.

Epergos y Doxi recorrieron durante algunos días las orillas del Tigris. Vieron en todas partes campos muy cultivados, y, por consiguiente, cuidadosamente regados. En los caminos reinaba el mayor orden; veíanse continuamente correr por ellos muchos carros y circular pacíficamente innumerables rebaños. Innumerables canales servían para el riego de las tierras, pero también para una navegación muy activa; aquel medio de transporte era el menos penoso en aquella comarca, donde el calor abrumba durante gran parte del año. Las casas diseminadas en la campiña estaban casi todas construídas según el mismo modelo. Las más ricas estaban abovedadas, las más sencillas cubiertas por medio de troncos de palmeras y cañas, sobre las que con tierra amasada y enyesada formaban azoteas en las que tendían lonas para dormir de noche y encontrar sombra durante el día. Subíase á las azoteas por medio de tramos de ladrillo crudo.....

Cuando el calor arrecia de manera que los interiores de las casas llegan á ser sofocantes, las personas acomodadas hacen colocar entónces sobre las azoteas tiendas de tela de lana blanca, espesas, y hay criados ocupados en regar continuamente el exterior de las tiendas. De esta manera, haciendo el sol evaporar rápidamente el agua, procura un fresco agradable debajo de las tiendas.

Es evidente, decía Doxi, que para habitar este país debe haberse nacido entre los señores y los ricos. Jamas he visto un pueblo en el cual fuera más triste la suerte de la plebe.—Y el Egipto? replicó Epergos.—No, por cierto, las cosas en Egipto están ordenadas; las clases tienen sus privile-

gios, sus derechos y sus cargas, están separadas por reglas severas, pero la más ínfima entre estas clases es tratada paternalmente, si se compara este trato con el que sufren aquí todos los que no son de noble raza ó que no están favorecidos por los grandes ó el rey.—Sí, estoy conforme contigo que el estado de este pueblo es miserable, que la clase dominante es tiránica, dura, cruel, que abusa de su poder de una manera escandalosa; pero, mira Doxi, aquí se hace un grande trabajo. Esto es una inmensa oficina en la que se fabrican las civilizaciones futuras; tus amigos los egipcios son mejores que estos asirios de ojos grandes, de espesas cejas, de barba poblada, de miembros robustos y anchas espaldas; pero no prosperan porque no han estado jamas en contacto con el mundo sino accidentalmente; están y continuarán inmóviles en las orillas del Nilo. Sucede todo lo contrario con los habitantes de estas regiones, devoran y serán quizás devorados; pero habrán enseñado muchas cosas á los hombres. Me preguntabas qué me decían los colosos del palacio del rey: me decían: «Nosotros somos el trabajo paciente, continuo, la fuerza y el poder material que llevamos á todas partes, porque tenemos alas; nuestro trabajo es inteligente y no quedará sin provecho ni gloria, porque tenemos la cabeza humana.» Á tí, que temes cada paso hacia adelante, que admites que toda tentativa, todo ensayo, todo esfuerzo tambien conducen al abismo, los egipcios te parecen estar en el apogeo de la humanidad.—Cierto que sí, interrumpió Doxi.—Pues bien, tus amigos los egipcios, serán siempre un pueblo cerrado, una excepcion; no nacerá de ellos la grande gloria humana, la que yo aguardo y espero, mientras que de este pueblo, á pesar del abuso del poder, á pesar de su corrupcion, á pesar de su desden para todo lo que está fuera de la casta superior, puede manar una fuente de vida fecunda.....» (1)

Ya que hemos hablado de construcciones, no les ha de pesar á nuestros amables lectores que, ántes de entrar en otro orden de ideas acerca de la civilizacion asiria, les pongamos á la vista unos ligerísimos apuntes de otro

(1) VIOLLET LE DUC. — *Historia de la habitacion humana.*

género de construcciones y sobre todo de un célebre puente y de un túnel en el Éufrates.

Á lo largo de este río véense aún ahora en muchos lugares los vestigios de las antiguas orillas, de que nos habla el historiador Beroso atribuyendo sus construcciones á los últimos reyes de la Caldea. Esas orillas artificiales defendían el río, formando en las dos como una doble y muy sólida coraza, que se extendía á todo lo largo de la ciudad, esto es ciento sesenta estadios, equivalentes á unos treinta kilómetros, que eran precisamente la longitud de la diagonal del cuadrado de Babilonia. Segun los viajeros más modernos, se ven todavía trozos macizos de pared, compuestos de ladrillos muy duros de color encarnado vivo cementados con betun, que llegan á mucha profundidad dentro de las aguas. Las inscripciones descubiertas en ellos llevan el nombre de Neriglissor y de Nabonid, á cuyos dos reyes se debe por consiguiente la portentosa construccion de tan colosal obra. El primero de esos dos soberanos reinó del año 559 al 555 ántes de Jesucristo y el segundo del 555 al 537.

Diodoro y Herodoto nos han dejado la descripcion de un puente, atribuido por el primero á Semíramis y á Nitocris, la mujer de Nabopolasar por el segundo, que medía cinco estadios de largo, equivalentes á poco menos de un kilómetro, y treinta piés, unos diez metros próximamente, de ancho. Una fuerte hilera de gruesas pilastras sostenían su cuerpo que era todo de piedras grandes, encadenadas juntas con ganchos de hierro, y soldadas en sus juntas con plomo. Sobre ellas se extendía la trabazon de cedro y ciprés, y despues el entablado de palmera.

El asiriólogo Oppert opina que este puente estaba situado hacia el mediodía de la ciudad popular, cerca de la actual Helleh ó Hillah. Había además allí un paso cubierto debajo del mismo río, que ahora llamaríamos túnel, y era la galería que daba comunicacion entre el Kasr con el palacio real de la orilla opuesta. El puente ántes descrito servía para el paso público, no así el túnel que estaba en la ciudad real, y por consiguiente servía para el uso particular del rey. Segun Oppert, las huellas de ese túnel están en los dos extremos donde estaban antiguamente los dos puentes de bronce, cuya

duracion llegó hasta la época de los reyes persas, y daban paso á la galería subterránea.

Sabemos ya que los asirios eran hábiles en la construccion de bóvedas de que nos dan ejemplares magníficos los monumentos que nos legaron; así que no extrañaremos que Diodoro nos diga estar construída dicha galería por el sistema de bóveda, con paredes muy gruesas de ladrillos cocidos y asfalto, y midiera quince piés de ancho y once piés de altura desde el suelo hasta el arranque del arco. Segun costumbre de Diodoro, mandó hacer esta grandiosa obra la reina Semíramis; pero lo más raro de todo es—si debemos darle crédito—que se hiciera en solos siete días, desviando ántes el río que se introdujo en un ancho lago artificial abierto exprofeso por la reina al norte de Babilonia.



Lóbrega noche cubre con su negro manto las espaciosas llanuras de Babilonia y Nínive; calladas están las arpas y las voces cuyas notas repitieron los ecos que jugueteaban en sus artísticos jardines; un destino fatal, vengador, pasó su mano de hierro por aquellos edificios arrasándolos, reduciendo á escombros templos, palacios y monumentos, para que sus artesonados salones sirvieran de cueva á los leones y chacales de los desiertos, y se posara el triste buho en la rota columna que fué adorno de escogida cámara real; los jardines cedieron el puesto á las arenas del desierto amontonadas sobre los escombros, y el viajero que abrasado por los ardores del clima acierta á pasar por aquellas inmensidades no surcadas por ningun camino, busca en vano una sombra en aquel suelo caldeado, sin vegetacion de ningun género, triste recuerdo de las maldiciones de los profetas de Jehová.

La exuberancia de civilizacion abrumó las populosas ciudades, capitales alternativamente del grandioso imperio asirio, y esta consideracion nos lleva á preguntar si es acaso inmoral la civilizacion. Esta pregunta es tan comple-

ja, entraña en sí tantos problemas á cual más difíciles, que, aún tratándola muy someramente nos ha de llevar muy allá en las consideraciones que nos inspire.

Se equivocan miserablemente, en nuestro humilde concepto, los que, para resolver esta difícil cuestión, prescinden de las circunstancias del clima que habitan los pueblos objeto de sus estudios y juicios. Las manifestaciones de la civilización no serán, no pueden ser iguales, por las diversas influencias climatológicas en dos distintos pueblos sujetos al exámen de un atento observador.

En el siglo v antes de Jesucristo escribía ya el célebre Hipócrates, tratando de los pueblos del Asia que conocía perfectamente por haberlos visitado: « Si los pueblos de Asia son cobardes, sin energía, de un humor ménos belicoso y de un carácter más dulce que los europeos, se debe en gran parte á la temperatura siempre igual del clima. No conocen mucha diferencia entre el calor y el frío, y las dos temperaturas se confunden una con otra. El alma no experimenta las vivas agitaciones, ni el cuerpo los cambios súbitos que dan al carácter un vigor agreste y un ímpetu dócil..... » Pasando del mundo físico al político, se expresa el célebre sabio de Cos de la manera siguiente para explicar la influencia que el estado social puede ejercer en los habitantes de una comarca: « Pero otra razón de la inercia de los asiáticos es la naturaleza de sus leyes políticas, pues la mayor parte están gobernados por monarcas absolutos: y en todas partes en que el hombre no es dueño de su persona, ni participe del poder legislativo, sino sujeto á déspotas, procura no echarla de valiente, pues de lo contrario se expondría á mayores peligros. Se les obliga á ir á la guerra, soportar todos sus trabajos, y hasta morir por sus señores, léjos de sus hijos, de sus mujeres y de sus amigos. Todos sus esfuerzos sólo sirven para aumentar y propagar el poder de sus déspotas, y los peligros de la muerte son el único fruto que sacan de su bravura. Añádase que están necesariamente expuestos á ver cambiar sus tierras en desierto, ya por las devastaciones de la guerra, ya por la cesacion de los trabajos; de manera que si se encuentran algunos de espíritu valiente, son desviados del uso de sus fuerzas por la naturaleza de sus instituciones

políticas. Una prueba de lo que digo es que entre los mismos asiáticos, los más belicosos son los que gozan de alguna libertad política, y por consiguiente trabajan para sí mismos.

Es innegable por demasiado evidente que la fertilidad del suelo y la constante benignidad del clima exigirán menos trabajo de los moradores de aquellas comarcas, quedando de esta manera sofocada la energía de su entendimiento libre de escogitar medios con que librarse de la necesidad y de los obstáculos. Este modo de vivir producirá necesariamente en el alma y el cuerpo una pureza tal que, hecha hereditaria, revelará inferioridad relativa comparada con habitantes de condiciones climatológicas opuestas á las suyas. Las dulzuras de la vida indolente, donde la naturaleza acude á las necesidades de la existencia, favorecen el desarrollo de los vicios del espíritu y del cuerpo, y en su consecuencia son de temer para esos pueblos los desastrosos efectos de las supersticiones para la vida del alma, y los de la poligamia para la vida del cuerpo y el porvenir de las familias.

Quizas se nos opongan á estas ligeras indicaciones, que apuntamos solamente, el antiguo estado espartano: los que tal hagan se habrán dejado deslumbrar, como tantos otros, por el falso oropel que oculta ese estado cuya existencia estaba fundada en un cúmulo de negaciones tristes y frías como la muerte. ¿Dónde estaba allí la familia, dónde la propiedad individual, dónde la sociabilidad, dónde la justicia? Dominaba allí la corrupcion más disolvente, la influencia de los más nobles instintos rebelándose contra la represion á que se les sujetaba, y todas sus feroces virtudes militares—porque no conocieron otras—acabaron, peor que Nínive y Babilonia, sucumbieron entre vicios y depravaciones, mientras estas acabaron entre delicias y exuberancia de lujo. Y no se nos diga que las virtudes militares que tanto nombre dieron á Esparta, no pueden ostentarlas naciones muy adelantadas en civilizacion: la historia nos demuestra lo contrario, y si fuera posible dudar-lo, está reciente la gran lucha franco-alemana, cuyo resultado parece legendario, y por cierto que nadie acusará á los alemanes de atrasados en el camino de la civilizacion en todas sus diversas manifestaciones. La paz entre los pueblos cultos es una fuente no sólo de riqueza sino tambien de

virilidad que se demuestra en los distintos teatros donde está llamada á funcionar.

«La mejora de las costumbres, dice Dunoyer, aumenta el poder de la industria; los progresos de la industria traen los de la moral. No es verdad que adquiriendo más bienestar nos hagamos ménos sensibles á la consideracion. No quiero admitir que los habitantes de París sean ménos honrados hoy que en tiempo de la Liga ó en épocas más remotas y más bárbaras. No sabría imaginar que empedrando y alumbrando sus calles, purificando y adornando sus habitaciones, proporcionándose mejores vestidos y mejores alimentos, librándose por el trabajo de la inmundicia y de la miseria, hayan debido perder algo de su dignidad (1).»

La civilizacion no es, no puede ser inmoral. Su solo enunciado es un absurdo, una contradiccion. Es acusar de oscuridad á la luz. La civilizacion es el trabajo, la produccion de la riqueza, y un pueblo trabajador no puede ser inmoral; porque el trabajo es una necesidad y una virtud, prescindiendo de que es ley impuesta por el Criador. Los fenómenos de civilizacion y de barbarie se presentan por sí mismos al atento observador del globo, con todos sus accidentes de climas y demás influencias físicas y áun morales.

Acabamos de decir que la civilizacion es el trabajo. Los habitantes de los trópicos, cubiertas sus necesidades por la naturaleza, no trabajan apénas. Acostumbrado el cultivador mejicano, ha dicho un sabio de este siglo, á obtener en dos días de trabajo con que subvenir durante la semana á las necesidades de su existencia y á las de su familia, se entrega al reposo en los otros cinco días restantes. Tal es el efecto de la satisfaccion fácil de una necesidad indiferente: aquel hombre pasa cinco días en una quietud soñolienta. No piensa en arreglar su choza, aumentar, adornar su mobiliario: ni siquiera piensa en prever la mala cosecha. Que le llegue á faltar una sola de esta y experimenta todos los horrores del hambre en el seno de la más fértil region del mundo (2).»

(1) DUNOYER.—*Libertad del trabajo*.—Introduccion.

(2) A. D' HUMBOLDT, *Nueva España*.

«Hay, dice Montesquieu, en Europa, una especie de alternativa entre las naciones del mediodía y las del norte. Las primeras tienen toda clase de comodidades para la vida y pocas necesidades: las segundas tienen muchas necesidades y pocas comodidades para la vida. La naturaleza ha dado mucho á unas, y estas le piden muy poco; á otras les ha dado poco y le piden mucho. El equilibrio se mantiene por la pereza que ha dado la naturaleza á las naciones del mediodía, y por la industria y actividad que ha dado á las del norte. Estas últimas están obligadas á trabajar mucho, sin lo que carecerían de todo y llegarían á ser bárbaras (1).»

Si fuera aquí lugar oportuno y conveniente, nos extenderíamos en consideraciones acerca de los ejemplos que nos ofrecen las tribus bárbaras ó salvajes, estudiaríamos los llamados excesos de la civilizacion, y la corrupcion dominante en los grandes centros de poblacion; estudiaríamos el lujo y sus relaciones con otros abusos; daríamos una ojeada á las necesidades y modo de satisfacerlas; examinaríamos la propiedad y la riqueza afectadas por el lujo, y muchas otras cuestiones que nacen naturalmente de la materia que estamos tratando. Confiamos, empero, hacerlo á medida que se nos vaya presentando su oportunidad respectiva, y podremos llevarlo á cabo con alguna más detencion que ahora, y por consiguiente con mayor copia de argumentos como tratadas exprofeso.

*
* *

Condensaremos lo mucho que debiéramos decir del grande imperio mesopotámico, cuyas noticias son interesantísimas, porque los monumentos descubiertos de pocos años acá destruyen y desmienten totalmente la historia asiria tal como fué conocida desde los griegos hasta nosotros, y enseñada por consiguiente de la misma manera en todos los establecimientos de enseñanza

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*.

de Europa hasta nuestros días. Por nuestra parte no vacilamos en decir que hemos debido descuidar cuanto habíamos aprendido, haciendo un nuevo estudio histórico de aquellas regiones. Los monumentos auténticos de las inscripciones cuneiformes leídas y traducidas en nuestra época, entre los que abundan prodigiosamente los históricos, con preferencia á los religiosos y literarios, se remontan hasta los primeros días de la formación del grande imperio debido á Nembrod, nieto de Cam y á Assur, hijo de Sem, fundadores respectivamente de Babilonia y Nínive. Los datos escritos que han podido consultarse llegan á dos mil años ántes de Jesucristo; de manera que, segun dice un asiriólogo moderno y muy competente, comenzando desde el siglo XIV ántes de Jesucristo, se encuentra completa la serie de los reyes; se establece sólidamente la armazón fundamental de la historia; y la cronología no ofrece ninguna incertidumbre excepcion hecha de muy pocos años; de manera que no sólo puede escribirse un compendio exacto de la historia de Asiria desde el siglo XIV ántes de Jesucristo hasta la destrucción de Nínive, sino que puede penetrarse ya hasta en las particularidades de los hechos; seguir los pasos de ciertos reinados, ó de algunos de sus episodios, no sólomente año por año, sino mes por mes, y casi día por día; y escribir casi íntegra la biografía de varios personajes que descuellan maravillosamente en esos anales (1).

Las páginas de la historia desenterradas de entre las ruínas de Babilonia y Nínive, donde se han ocultado durante tantos siglos, han prestado inmensos servicios á los hombres estudiosos, ya que han disipado por siempre las fábulas que dificultaban un periodo tan inmenso é importante de la historia antigua, arrojando brillantes rayos de luz sobre las tinieblas en que estaban envueltas. Á fin de separar el trigo de la cizaña, lo verdadero de lo falso, la historia de la fábula, nos habrán de dispensar nuestros lectores que, á grandes rasgos, recordemos la falsa historia asiria y la verdadera nuevamente descubierta, al objeto de que sepan á qué atenerse en lo sucesivo, manifestándoles de paso que no lo haríamos si no fuera porque tuvieron carta de naturaleza las fábulas asirias por espacio de muchísimos siglos

(1) LÉNORMANT.—*Les premières Civilisations*. Tom. II.

en la enseñanza, y en vista de la necesidad de darlas por siempre al olvido.

Recordarán nuestros lectores que Ctesias, natural de Gnido, *fué el primer maestro* de los griegos en historia asiria. Trasladóse á Persia el siglo v antes de Jesucristo, donde residió varios años en la corte de Darío II y de Artajerjes II en calidad de médico. Recogió en Persia los materiales del libro que escribió titulado *Historia de la Persia y de la India*, consignando en él cuánto narraba la fama de las antigüedades del Asia occidental en el país que habitaba. Sus escritos se perdieron, pero nos conservaron parte de ellos Focio y Diodoro de Sicilia.

Ampliando datos anteriores que debemos consignar en obsequio á nuestros amables lectores, veamos la fábula tejida por Ctesias, que se ha enseñado con honores de historia muy autorizada hasta nuestros días.

Nino, hijo de Belo, fué el primer rey asirio, y desde Asiria extendió el imperio á toda el Asia. Babilonia fué su primera conquista, y esa ciudad se encontraba desmembrada despues de una invasion de los árabes. Antes de salir Nino á campaña formó un cuerpo de ejército, formado con la flor y nata de la juventud, al que adiestró con muchos ejercicios en todos los trabajos y peligros de la guerra. Alióse ademas con un general árabe celoso tambien de la fortuna de Babilonia, y ambos con poderoso ejército acometieron juntos á los babilonios. La comarca de Babilonia estaba sembrada de pueblos y habitantes; pero inexpertos éstos en el arte de la guerra, fueron fácilmente vencidos y sujetos al pago de tributos. Nino se llevó presos al Rey y á sus hijos y les mató.

De Babilonia siguió su carrera triunfal contra Armenia y sembró el espanto en todo el país saqueando algunas ciudades. Viéndose el rey Barzanes impotente para resistir, salió al encuentro del enemigo con regalos y ofrecimientos de vasallaje. Tratóle Nino con generosidad: dejóle en el trono, y se contentó con exigir de él un subsidio de tropas auxiliares. Quiso resistirse el rey de Media que se vió inmediatamente atacado; pero, habiéndole abandonado los suyos, fué hecho prisionero y crucificado. De esta manera, se hizo Nino en diez y siete años dueño de todas las tierras enclavadas entre el Mediterráneo y el Indo.

Vuelto de estas expediciones y deseando dar á sus Estados una capital digna de tan grande Imperio, fabricó Nino á orillas del Éufrates (Ctesias dice Éufrates y debiera decir Tigris) la ciudad de Nínive, llamándola así de su propio nombre. Dió á la ciudad la forma de un cuadrilátero rectángulo; cuyos dos lados mayores medían cada uno ciento cincuenta estadios y noventa los menores; de tal manera que el perímetro total era de cuatrocientos ochenta estadios. Estaba defendida por una corona de quince mil torres, cada una de las cuales medía ciento cincuenta codos de altura. Además de los asirios, que formaban la parte más rica y poderosa de la población, admitió Nino en su metrópoli á gran número de forasteros, con lo que llegó á ser ántes de mucho la ciudad más grande y floreciente del mundo.

El genio guerrero de Nino quedó aún sediento á pesar de tantas glorias, y emprendió la conquista de la Bactriana, intentada ya anteriormente, aunque en vano. En esta guerra hizo su primera aparición Semíramis, cuyo nombre debía conquistar en breve tan grande celebridad. La historia de sus maravillosas aventuras es digna de saberse desde su origen.

Hubo en Siria una ciudad llamada Ascalona, en cuyas cercanías hay un vasto y profundo lago, abundante en peces. Levántase á su lado el templo de una Diosa de mucha fama, llamada por los asirios Derceto (ó Atergatis, Diosa de la naturaleza generatriz), representada con busto de mujer y cuerpo de pez. Los más ilustrados del país cuentan que irritada Afrodita (Vénus) contra esta diosa, le inspiró violento amor hacia un jóven ministro de su templo; que la hizo madre de una niña; pero, avergonzada muy pronto de su falta, dió muerte al amante, y expuso á la niña en un sitio desierto, rodeado de peñas. Impelida despues por el dolor y la vergüenza, arrojóse ella misma al lago, en donde se trocó en pez, por cuyo motivo, y desde entonces, se abstienen los sirios de comer peces y les tributan honores divinos. Mientras tanto, muchísimas palomas anidaban al rededor del sitio donde había estado expuesta la niña, cuidando de alimentarla y salvándola la vida de un modo milagroso y divino, calentándola unas debajo de sus alas, trayendo otras en el pico y depositando en sus tiernos labios la leche que arrebataban á las chozas vecinas. Luégo despues, cuando la niña, cumplido

un año de edad, necesitó comida más sólida, trajéronle queso las palomas, que arrebatában de la misma manera. Notáronlo finalmente los pastores, y apostados al intento siguieron á las palomas hasta el sitio en donde encontraron á la niña que era admirablemente bella. Lleváronla á sus chozas y la presentaron al superintendente de los pastos reales, llamado Simmas, quien, no teniendo hijos, la educó como suya, y llamándola Semíramis, de la palabra que en lengua siria significa Paloma, y desde aquel tiempo honraron los sirios á las palomas como á divinidades.

Creció, pues, Semíramis en casa de Simmas; y por su hermosura casóse con el Gobernador de Siria, llamado Menones, ó, segun otros, Oannes. Muy luégo dominó absolutamente á su marido, y marchó con él, formando parte del ejército de Nino, á la guerra contra los bactrianos, en donde su valor la sublimó á la más alta fortuna. Despues de haber Nino derrotado á los bactrianos en batalla campal, tenía sitiada su capital, Battro, donde se había refugiado su rey, llamado Oxiartes. Prolongábase el sitio, y Semíramis disfrazada de guerrero, halló medio para escalar los muros, é indicando el paso á las tropas de Nino, introdújolas victoriosas en la ciudad. Asombrado Nino de tanto valor, unido á tan grande belleza, quitó la esposa á Menones, muriendo de resultas de su afliccion, y la tomó por suya. Al cabo de poco tiempo tuvo Nino de Semíramis un hijo llamado Ninia; y murió despues dejándole heredero del Imperio.

Ambiciosa entónces Semíramis de sobrepujar las glorias de Nino y animada por grandiosos designios, comenzó á fabricar en el bajo Éufrates una inmensa ciudad, que fué Babilonia, y la destinó para nueva metrópoli del imperio asirio. El recinto que dió á la ciudad medía trescientos setenta estadios, y la muralla que la encerraba era tan ancha, que podían pasar por sobre de ella seis carros de frente: su elevacion llegaba á ciento ochenta y cinco codos, y la rodeaban doscientas cincuenta torres de elevacion y ancho proporcionales. Toda la construccion era de ladrillos crudos calafateados con betun.

Despues de esta primera obra echó Semíramis sobre el Éufrates—que dividía toda la ciudad en dos mitades—un puente que medía cinco estadios

de largo y veintitres codos de ancho. Extendíase el tablado del puente sobre una grande trabazon de cedros, cipreses y palmeras, y descansaba sobre enormes pilastras, distantes nueve codos una de otra, formadas con grandes piedras, unidas entre sí con ganchos de hierro, y formando ángulo en la parte que daban á las aguas, para dividir la corriente y cortar mejor su ímpetu. Además hizo construir la reina, en cada orilla del río, en todo el trecho que medía dentro de la ciudad, esto es en una longitud de ciento sesenta estadios, una sólida orilla, cuya pared tenía un ancho igual al de la muralla de la ciudad. Después, y de frente á los dos extremos del puente, hizo levantar dos grandes castillos, protegidos por torres y rodeados de triple recinto de muralla. Los ladrillos empleados en estas obras se llenaron, crudos aún, con impresiones de figuras de toda especie de animales, coloridos al natural. También realizó Semíramis otra obra maravillosa: la excavacion en lo más bajo de una llanura de un vasto lago cuadrado, terminado el cual se desaguó el Éufrates en él, y luégo que estuvo enjuto el lecho del río se construyó un corredor cubierto que iba del uno al otro de los dos antedichos castillos, terminando allí con dos puertas de bronce. Realizóse en siete días el trabajo del corredor, y vuelto otra vez el río á su antiguo cauce después de los siete días, pudo la reina pasar á piés enjutos por debajo del agua de la una á la otra de sus fortalezas. Finalmente construyó en el centro mismo de la ciudad el gran templo de Belo.

Llevadas á cabo en Babilonia estas obras grandiosas, emprendió Semíramis una expedicion contra los medos que se habían rebelado poco ántes. Sujetó nuevamente aquel país dejando en él monumentos inmortales de su paso. Llegada al monte Bagistan (Behistun) hizo construir allí un palacio real. Una de las vertientes de la montaña presentaba una gran pared de roca viva, cortada perpendicularmente, de espantosa elevacion; en aquella roca hizo esculpir su propio retrato, con un cortejo de cien guardias á su rededor, y una inscripcion que narraba sus empresas. Fundó además Semíramis la ciudad de Ecbatana, á donde solían ir después los reyes asirios á veranear, y como la nueva ciudad carecía de agua y no tenía ningun manantial en sus cercanías, condujo allí, con grandes gastos y extraordinarias obras, un gran

caudal de agua límpida, perforando para ello el monte Oronte y abriendo en sus entrañas un canal de siete codos de ancho por veintinueve de profundidad, que tomaba las aguas de un lago, situado en la otra parte del monte.

Volvióse Semíramis de la Media á la Persia, y recorrió los demas Estados que poseía en Asia. Edificó en Armenia, cerca del lago Van, la ciudad de Semiramocarta, con un palacio inmenso. Tambien construyó Tarso en Cilicia, y otras varias ciudades en otros puntos. En todas partes á donde iba, perforaba montañas, rompía rocas y abría espaciosas y bellas carreteras: en las llanuras levantaba colinas para servir de sepulcro á sus generales muertos en la expedicion, ó de fundamento para las nuevas ciudades que ideaba. Ni bastó el Asia para sus conquistas. Llegada á los confines de la Siria, vadeó el istmo, y sujetó á su imperio al mismo Egipto, con la mayor parte de la Etiopía.

La fama empero de las riquezas de la India y su codicia la llevaron de las orillas del Nilo á las del Indo; pero aquí la abandonó la fortuna. Sabe-dor Stratobates, rey de los indios, de los grandes preparativos guerreros que hacía la reina de Babilonia, armóse fuertemente: mandó despues á la misma reina una carta de desafío, en la que le echaba en cara las disoluciones de su vida privada, y la amenazaba con crucificarla luégo que él saliera vencedor. No por esto desistió Semíramis de acometer al monarca de la India; pero los elefantes de Stratobates le aseguraron la victoria á su rey, poniendo en fuga al ejército de Semíramis del que se salvó sólomente la tercera parte.

Despues de esta derrota volvióse Semíramis á sus Estados y ya no pensó en más conquistas; ántes bien procuró continuar las grandes obras de sus construcciones monumentales cuya fama ha llenado el mundo. Al cabo empero de poco tiempo, habiendo conseguido saber que Ninia, su hijo, le tendía asechanzas, tomó el partido de abdicar. En lugar de castigar al hijo ingrato y traidor, entrególe el Imperio, y mandó á todos los Gobernadores que en lo sucesivo obedecieran al nuevo soberano. Despues de esto desapareció, cambiada en paloma; y fué adorada como Diosa.

Ninia pues le sucedió en el trono, pero no había heredado nada del elevado talento y genio guerrero de sus padres. Sumergido enteramente en los placeres llevaba en el fondo de su palacio una vida perezosa y oscura; contentándose con asegurar la paz del Imperio y la obediencia de los súbditos, manteniendo un numeroso ejército, que reclutaba de todas las provincias. Á principios de cada año daba á cada nacion del Imperio un gobernador muy adicto á él, y reunía las milicias en los alrededores de Nínive. Despues, al terminar el año, licenciaba á sus soldados, reemplazados por otros en igual número. Renovando así perpétuamente los gobernadores de las provincias y el ejército al propio tiempo, impedía que se estrecharan lazos peligrosos entre los sátrapas y el pueblo, entre los jefes y soldados; y evitaba tambien toda conspiracion. Por otra parte, haciéndose invisible, ocultaba á las miradas del público su vida voluptuosa, y, como si fuera un Dios, nadie se atrevía á difamarle.

Los sucesores de Ninia continuaron hasta Sardanápalo este mismo tenor de vida y de gobierno, y por esto quedaron sus reinados sepultados en la más profunda oscuridad. Sucediéronse pacíficamente por espacio de mil trescientos años, sin que sufriera contraste alguno su poder, ni se menguara la extension de sus dominios. Finalmente, bajo Sardanápalo, el grande imperio asirio fundado por Nino y Semíramis, terminó con la destruccion de Nínive, llevada á cabo por los medos y babilonios. Hé aquí cómo.

Siete años había que reinaba Sardanápalo, viviendo, como los reyes predecesores suyos, descuidado y perezoso en el interior de su serrallo, sumido en los placeres y oculto á las miradas de todo el mundo; cuando Arbasés su vasallo y jefe de las milicias medas, habiendo conseguido entrar en el palacio real de Nínive, vió al rey vestido de mujer, con la rueca en la mano, entre un enjambre de mujeres, con las que se entregaba á todo género de voluptuosidad. Consideró Arbasés que era indigno reinara un príncipe semejante, y empresa fácil el destituirle; á cuyo fin se puso en inteligencia con el caldeo Belesis (Balazu), gobernador de Babilonia, y ambos tramaron, con otros principales sátrapas, deseosos tambien de independencia, una vasta conjuracion. Á últimos de año estalló ésta rebelándose cua-

renta mil hombres, llevados por Arbasés y Belesis á Asiria, para relevar, segun la costumbre, las tropas del año anterior.

Despertado Sarnadápalo de su letargo con tal anuncio, mostróse de golpe distinto hombre: púsose al frente de las tropas asirias que le permanecían fieles, y salido á campaña contra los rebeldes, derrotóles tres veces sucesivas. Desesperaban ya éstos de su buen éxito, cuando valiéndose Belesis de una estratagema supersticiosa, prometió á las tropas que si se sostenían cinco días más, les darían los dioses la infalible victoria, por habérselo contestado ellos mismos despues de consultarles con la observacion de los astros. Efectivamente, á los pocos instantes un fuerte cuerpo de ejército que Sardanápalo había llamado en su auxilio desde la Bactriana, al llegar á Nínive, se pasó súbitamente al campo de los rebeldes, quienes consiguieron entónces el triunfo. Consternado el Rey con tal traicion, encerróse en Nínive, donde sostuvo por espacio de dos años estrecho cerco, porque la solidez de las murallas desafiaba á todas las máquinas y á todos los ataques de los enemigos, ni podía la ciudad tomarse sino por hambre. Al llegar, empero, el tercer año, crecido el Tígris por continuas lluvias, destruyó un gran lienzo de muralla, de veinte estadios de largo, é inundó parte de la ciudad. Acordóse entónces Sardanápalo de un oráculo, que le había prometido que Nínive no sería nunca tomada, hasta que no se le declarara enemigo el mismo río. Desesperando entónces de su salvacion, para no caer vivo en manos de los rebeldes, encendió una grande hoguera en su palacio, arrojó á ella todo el oro, plata y los tesoros y adornos reales, encerróse luégo con sus mujeres y eunucos en un aposento, construído en medio del fuego, y desapareció entre las llamas.

Los ninivitas abrieron entónces las puertas á los sitiadores, pero no consiguieron salvarse con esto. La ciudad fué saqueada, entregada á las llamas, despues arrasada de manera que no quedó piedra sobre piedra, de sus baluartes, palacios, templos y casas. Con la destruccion de Nínive quedó tambien aniquilado el grande imperio asirio, que había dominado durante más de treinta siglos la mayor parte del Asia: las provincias, ántes vasallas, se declararon Estados independientes, y la Asiria pasó á ser una provincia de Babilonia.

Hasta aquí ha tenido la palabra el historiador Ctesias.

No les duela á nuestros lectores haber aprendido un curso de historia que luégo ha resultado falsa: cámbien el nombre de la asignatura, y habrá sido provechosa la enseñanza: en vez de *historia* digan *mitología*.

«Puede asegurarse con toda seguridad, dice un asiriólogo, que este Nino y esta Semíramis, no existieron nunca en el mundo: su historia es una pura novela, una fábula sin ningun fundamento histórico, desmentida en todas sus partes por los textos cuneiformes; la cual por esto debe borrarse enteramente en adelante de los anales del Asia (1).»

«El Nino de Ctesias es una personificacion colectiva de la ciudad de Nínive y de su poder: bajo su nombre las narraciones populares recogieron todas las empresas, todas las conquistas de los reyes de las diversas dinastías asirias, y como es propio de tales narraciones el exagerarlo todo, exageraron tambien las conquistas que nunca hizo ningun rey de Asiria. Semíramis es tambien una personificacion de dicho género. Ademas de las empresas militares y las victorias por las que participa de la gloria de Nino, atribuyóla particularmente la leyenda la honra de todas las construcciones gigantescas y grandiosas obras de utilidad pública, que en muy diversos tiempos realizaron diversos monarcas del Asia; la edificacion de Babilonia, y todas sus maravillas, desde el antiquísimo templo de Belo hasta las magnificencias creadas en el siglo VI ántes de Jesucristo, por Nabucodonosor y sus sucesores; la fundacion de Ecbatana en la Media y las construcciones del rey Deioceo; las esculturas y epígrafes monumentales del monte Bagistan, que pertenecen al reinado de Darío, hijo de Histaspes, y mil otras cosas por el estilo (2).»

Bastan pocos esfuerzos de ingenio para ver en la leyenda de Semíramis una página de mitología. Su nacimiento de la diosa siria, Derceto, las milagrosas aventuras de su infancia, su metamórfosis final en paloma, y el culto con que se la honraba, nos la muestran Diosa, ó sea uno de los perso-

(1) LÉNORMANT — *Manual*, etc. Pueden consultarse tambien MÉNANT, MASPERO y otros.

(2) LÉNORMANT. — *Manual de historia*, etc.

najes mitológicos de la religion dominante en las orillas del Éufrates. Efectivamente, en ella y en los rasgos preeminentes de su carácter y de sus hechos, se distingue de un modo evidente la forma heróica de la gran diosa de Babilonia, que reunía en sí los dos atributos, opuestos en apariencia, de voluptuosa y guerrera, y tenía la paloma como símbolo especial, con que se la distingue actualmente por todos los hombres competentes en la materia.

El nombre de Semíramis parece ser el de una reina verdaderamente histórica, que floreció en Babilonia en el siglo IX ántes de Jesucristo, ó sean muchos siglos despues de la época en que coloca la leyenda á la Semíramis fabulosa. Esta reina babilónica era esposa del rey asirio Bin-nirari (1) cuyo nombre se lee en el epígrafe de la base de una estatua del dios Nebo, descubierta en Nimrud (2) por Loftus, que se halla actualmente en el Museo Británico. La celebridad adquirida por esta inscripcion entre los asiriólogos, precisamente por el nombre que lleva de semejante reina, y por el raro y único caso hasta ahora de presentar á una reina llamada así al igual del rey en un monumento público, merece que la citemos aquí, copiándola íntegra. Es una excepcion de la ley observada en las cortes de Asiria y Caldea particularmente, y en general de todas las de Oriente, en las cuales no habia más que esclavas y concubinas en lugar de reinas.

Dice así la inscripcion:

«Al Dios Nabur, custodio de los misterios, hijo de Bit-Sakkil, augusto, gobernador de los astros, gefe supremo, hijo del Dios de los Nukiusut, protector, director de las obras espléndidas, superintendente de las legiones del Cielo y de la Tierra: tutor de aquellos que bendicen su nombre y le prestan atento oído; aquel que tiene la tabla de los destinos;..... augusto; el que se ensalza; el que preside la salida del sol y su ocaso, el que señala el tiempo; el glorificador de Belo; el señor de los señores, cuyo poder es firme, y por quien fué creado el Cielo; el vencedor, el augusto, el guardian cuya vigi-

(1) Segun Ménant reinó este príncipe desde el año 809 al 780 ántes de Jesucristo. Lénormant le llama Bin-likhus III y le hace reinar desde el año 857 al 828 ántes de Jesucristo.

(2) Es la antigua *Calach*.

lancia es buena; el Dios que habita el templo Birzida en medio de la ciudad de Calach.

»Al Señor supremo de su Señor, protector de Binnirari, rey del país de Assur, mi amo.

»Al protector de Sanunuramat, la señora (ó la esposa) del palacio, mi Soberana.

»Bel-hassi-ilumu, gobernador de la ciudad de Calach del país de Khamidi, del país de Sutgana, del país de Timeni, del país de Yaluna, mandó hacer esta imágen, para proteger su vida, prolongar sus días, aumentar sus años, para hacer prosperar su estirpe.

»Cualquiera que tú seas, tú que vivirás despues de mí, ten confianza en Nabu, y no te confies á ningun otro Dios (1).»

Hablando Herodoto de la Semíramis histórica, que es la Sanunuramat mencionada en esta inscripcion, á la que coloca como un siglo y medio ántes de la reina Nitocris, esposa de Nabopolasar, rey de Babilonia, en el siglo VII ántes de Jesucristo, no dice de ella sino que «hizo construir magníficos diques, para contener en su cauce al Éufrates, que ántes solía inundar toda la campiña de las cercanías de Babilonia.»

Estrabon dice que no hay en Asia monumento ú obra grandiosa que la fama pública no la atribuya á Semíramis; había llevado sus estandartes victoriosos hasta los confines de la Escitia, extremidad de la tierra habitable; y cuéntase que Alejandro Magno encontró su nombre escrito en una columna monumental cerca del Yasarte, el más septentrional de los ríos asiáticos conocidos de los antiguos. Polieno, escritor griego del siglo segundo, nos ha conservado la inscripcion del supuesto texto, en la que habla la misma Semíramis, diciendo:

«Yo nací mujer, pero mis hechos me han igualado con el más valeroso de los hombres. Yo he gobernado el imperio de Nino, el cual llega por Oriente al río Hinamau (el Indo), por mediodía al país del incienso y de la mirra (la Arabia Feliz) y por el norte á los sacios y á los sogdianos. Ningun

1) MÉNANT.—*Anales de los Reyes de Asiria.*



INFANCIA DE SARAMIS.

lancia es buena; el Dios que habita el templo Birzida en medio de la ciudad de Calach.

»Al Señor supremo de su Señor, protector de Binnirari, rey del país de Assur, mi amo.

»Al protector de Sanunuramat, la señora (ó la esposa) del palacio, mi Soberana.

»Bel-hassi-ilumu, gobernador de la ciudad de Calach del país de Khamidi, del país de Sutgana, del país de Timeni, del país de Valuna, mandó hacer esta imagen, para proteger su vida, prolongar sus días, aumentar sus años, para hacer prosperar su estirpe.

»Cualquiera que tú seas, tú que vivirás despues de mí, ten confianza en Nabu, y no te confies á ningun otro Dios (1).

Hablando Herodoto de la Semíramis histórica, que es la Sanunuramat mencionada en esta inscripcion, á la que coloca como un siglo y medio ántes de la reina Nitocris, esposa de Nabopolasar, rey de Babilonia, en el siglo VII ántes de Jesucristo, no dice de ella sino que hizo construir magníficos diques, para contener en su cauce al Éufrates, que ántes solía inundar toda la campiña de las cercanías de Babilonia.

Estrabon dice que no hay en Asia monumento ú obra grandiosa que la fama pública no la atribuya á Semíramis; había llevado sus estandartes victoriosos hasta los confines de la Escitia, extremidad de la tierra habitable; y cuenta que Alejandro Magno encontró su nombre escrito en una columna monumental cerca del Yasarte, el más septentrional de los ríos asiáticos conocidos de los antiguos. Polieno, escritor griego del siglo segundo, nos ha conservado la inscripcion del supuesto texto, en la que habla la misma Semíramis, diciendo:

»Yo naçi mujer, pero mis hechos me han igualado con el más valeroso de los hombres. Yo he gobernado el imperio de Nino, el cual llega por Oriente al río Hinamau (el Indo), por mediodía al país del incienso y de la mirra (la Arabia Feliz) y por el norte á los sacios y á los sogdianos. Ningun

1) MÉNANT. — *Annales de los Reyes de Assur.*



M. Garradas Comas y C^o. - 1 litros.

INFANCIA DE SEMIRAMIS.

asirio había visto mares ántes que yo: yo ví cuatro, no surcados nunca por ningun hombre, por lo muy lejanos. Yo he obligado á los ríos á pasar por donde tuve á bien; y no tuve á bien sino allí donde fueran útiles: hice fecunda la tierra estéril, regándola con mis ríos. Yo levanté fortalezas inexpugnables; abrí con el hierro caminos por entre montañas impracticables; allané para mis carros sendas no recorridas nunca, ni siquiera por las fieras. Y entre tantas ocupaciones encontré tiempo desocupado para mis placeres y para mis amores.»

Parécenos que no holgarán aquí algunas consideraciones que saltan á la vista despues de cuanto nos ha dicho el fabulista Ctesias, acerca de la manera de ser de todas las sociedades en sus relaciones con la civilizacion, aplicándolo al caso especial de que tratamos. Dejando aparte, por demasiado sabido, lo de Nino y Semíramis, á quienes atribuye la fundacion del Imperio, se nos presenta el largo tejido de cuentos de Ninia y sus sucesores hasta Sardanápalo, comprendiendo un periodo de trece siglos, durante los cuales, como las flores de sus jardines, vegetaron indolentes entre las delicias de sus serrallos, sin un ligero nubarron que oscureciera nunca el límpido cielo de sus placeres y orgías. La naturaleza humana no se presta á tan larga serie de siglos de inaccion é inmovilidad; ni las sociedades pueden vivir trece siglos estacionadas, segun nos lo demuestra la historia universal. Sube de punto este absurdo, recordando que se trata aquí de un imperio colossal, que dominaba desde el Indo al Nilo, que comprendía en su seno multitud de pueblos muy diversos en costumbres, usos y hasta idiomas, que acecharían todas las ocasiones que pudieran presentarse para dar el grito de independéncia, ó sacudir el yugo á que se les tenía sujetos, y que es asimismo inverosímil, mejor dicho, imposible que en tan largo periodo de siglos no surgiera un hombre de genio, guerrero, conquistador, revolucionario, ó lo que se quiera, que no intentara acabar con aquella calma chicha en que parecía dormir aquel grande Estado. Estas observaciones exactas en todo, están confirmadas ademas por las inscripciones y demas monumentos de la historia del Asia que nos dicen todo lo contrario de las fábulas de Ctesias.

Si se nos pregunta por los orígenes de estas, y es muy natural la pregunta en quien trate de investigar los orígenes de las cosas, podemos contestar que en parte está dada ya la respuesta en anteriores párrafos, que condensaremos brevemente, dando alguna mayor aclaracion ahora que se presenta la oportunidad.

La leyenda de Ctesias nació muy tarde, muchos siglos despues de la fecha de donde se la arranca; ademas, no tuvo su origen en su propia patria, sino en tierra extranjera. Ni los asirios, ni los caldeos fueron sus inventores ó padres sino que lo fueron los persas, de quienes la aprendieron los griegos, difundiéndola estos en Europa. Ya hemos dicho en otro capítulo que orgullosos los griegos de su idioma y de su literatura, no se cuidaron de aprender, generalmente hablando, las lenguas extranjeras á las que llamaban bárbaras. Dijimos tambien que los geroglíficos de Egipto fueron para ellos misterios ocultos é impenetrables, sucediéndoles lo propio con los cuneiformes asirios que nunca se cuidaron de leer ó descifrar. Así es que no comprendiendo los griegos nada absolutamente de la lengua asiria, tampoco pudieron aprender su historia en sus libros ó monumentos originales, como se debe para que se proceda con rigurosa exactitud y veracidad.

Cuanto escribieron los griegos de historia asiria, debieronlo á los orientales cuyas leyendas recogieron tomándolas de la tradicion vulgar, y todos sabemos cuán ocasionada es esta á desfigurar las circunstancias de un hecho, aunque no se pueda dudar de la existencia primitiva del mismo. Los persas sojuzgaron la Asiria, y de los persas, dominadores ya, tomó Ctesias los datos de su historia, en vez de aprenderlos de boca de los babilonios. Beroso, de esta nacion, á quien hemos consultado con provecho, no nos ha dicho nada de las fábulas del compañero de Alejandro. Herodoto, que visitó Babilonia, ántes que Ctesias, no habla de los personajes de éste como si no hubiesen existido, y no los callara á no ser mitos existentes en la creadora imaginacion de los persas, gente faltada de criterio histórico en concepto de Lénormant y Ménant(1), que prefiere la poesia á la severidad de la historia.

(1) LÉNORMANT.—*Manual*, etc.—MÉNANT.—*Babilonia*, etc.

Las grandes inscripciones monumentales de Assurnasirhabal, de Salmanasar III, de Tuklatpalasar II, de Sarkin, de Sennacherib, de Asurakiddin, de Asurbanipal nos prueban la vida y movimiento del Imperio asirio en sus diversos siglos de existencia. Según observan los asiriólogos más competentes en la materia, todas las inscripciones monumentales parecen modeladas en la célebre de Tuklatpalasar I, que, como recordarán nuestros lectores, fué la que, en 1857, propuso la Sociedad Asiática de Londres como experimento para la traducción de inscripciones cuneiformes, con cuyo buen resultado se obtuvo la clave verdadera de los misterios asirios. Ya por servir como de modelo á las demas, ya por ser como una muestra de la literatura asiria, ya para conocer los hechos y datos en ella detallados, damos á continuación traducido este monumento en su mayor parte, por no permitir otra cosa su demasiada extensión, valiéndonos de la francesa de Ménant.

«Asur, gran Dios, tú que gobiernas las legiones de los Dioses, tú que das el cetro y la corona, tú que consolidas el trono; Dagon señor rey del mundo, Dios de los Annunaki (1), padre de los Dioses, señor de la tierra; Sin, deidad santa, Dios de las coronas, tú que derramas el rocío de los namriri; Samas, árbitro del cielo y de la tierra, tú que disipas los designios de los enemigos; Bin, custodio (del mundo) tú que inundas las tierras de los rebeldes, las montañas y los valles; Adar-Samdan, Dios poderoso, tú que destruyes á los enemigos y sostienes el valor; Istar, soberana de los Dioses, Diosa de la victoria, árbitra de las batallas; Grandes Dioses, vosotros que gobernais el Cielo y la Tierra; vosotros, cuya voluntad se extiende arriba y abajo, vosotros que engrandecísteis el reino de Tuklat-pal-asar, grande entre los grandes, vuestro adorador, pastor de los pueblos, elegido por vosotros por voluntad vuestra; á quien confiásteis el reino, la corona soberana, y trasmitísteis con el poder el país de Bel; vosotros le asegurásteis la *assaridut*, (2), la superioridad, el valor; vosotros consagrásteis per-

(1) Genios celestes.

(2) Rawlinson traduce esta palabra por *preeminencia*.

petuamente la suerte de su imperio, á fin de que imponga tributos y censos, y para que él reine sobre la tierra.

Yo soy Tuklat-pal-asar, el rey poderoso, rey de las legiones invencibles, rey de las cuatro Regiones, rey de todos los Soberanos, señor de los señores, rey de los reyes, padre augusto, aquel que bajo los auspicios de Bel ha sobrepujado á todos los pueblos, pastor veraz que anunció su poder en medio de los Príncipes. Árbitro supremo, cuyo nombre propagará el Dios Assur, protector suyo, en las cuatro regiones eternamente..... Él ha esparcido el terror en los países rebeldes, gigante en las batallas ha invadido, semejante á las olas del mar, las regiones rebeldes; ha impuesto el culto del Dios Bel y ha machacado á los adversarios del Dios Assur. El Dios Assur y los Grandes Dioses han extendido mi imperio: éstos me han dado el poderío sobre de mis súbditos, han proclamado mi soberanía sobre los reinantes. En guerra cargaron ellos mi mano con las armas que derriban á mis enemigos en las llanuras y en las montañas. Yo he destruído los templos de los reyes enemigos de Assur, y me apoderé de sus provincias. Yo he vencido á setenta reyes y les he tomado rehenes. He triunfado en las batallas, he impuesto tributos en guerras innumerables, he añadido nuevas provincias á las provincias del país de Assur, otros habitantes á sus habitantes, he dilatado las fronteras de mi país, he impuesto tributos á todos los Estados.

Al principio de mi reinado, vencí á veinte mil moschos y á sus cinco reyes. Por espacio de cincuenta años el país de Alce y de Burukhumzi habían pagado los tributos y censos que debían al Dios Assur, mi señor. Ningun rey les había vencido en batalla campal; confiáronse en sus fuerzas y sujetaron el país de Khummuk (1). Para obedecer al Dios Assur, mi señor, puse en órden mis carros y mis ejércitos. No hice como mis predecesores: marché hacia el país de Kasiyara, puesto sobre un alto plano inaccesible. Vine á las manos con veinte mil guerreros y con cinco reyes del país de Khummuk; les derroté. Yo me precipité, como tempestad, entre las filas de los comba-

(1) La Commagene.

tientes, en medio de la refriega. Llené con sus cadáveres los barrancos de las montañas. Les corté la cabeza. Derribé las murallas de sus ciudades; cogí esclavos, botín, tesoros sin número; seis mil de ellos que se habían sustraído á mi brazo, estrecharon mis rodillas; yo les hice prisioneros.

En aquel tiempo dirigíme contra el país Khummuk que me era rebelde. Había negado al Dios Assur, mi señor, los tributos y los censos que le debía; yo invadí todo el país de Khummuk. Traje de él esclavos, botín y tesoros; incendié sus ciudades, las demolí, las destruí. Los habitantes del país de Khummuk, que se habían sustraído á mi poder, se habían retirado á la ciudad de Serisa, al otro lado del Diglat (1). Ellos habían fortificado esta ciudad para mantenerse en ella. Yo reuní mis carros y mis guerreros; atravesé con ruedas de bronce lugares inaccesibles y valles tortuosos. Eché un puente sobre el río para hacer pasar mis carros y mis soldados. Vadeé el Diglat, y atacé á Serisa, una de sus plazas fuertes. Perseguí á sus combatientes, como fieras, en las selvas; llené con sus cadáveres los barrancos de las montañas.

Después de esto, cerqué las tropas del país de Kurkhia, venidas en auxilio del país de Khummuk; las deshice al mismo tiempo que estas. Hice montes de los cadáveres de sus soldados en los barrancos de las montañas. Precipité sus batallones al Diglat y al río Nami. Kiliantaru, hijo de Kiliantaru, que ellos habían hecho rey para sostener su rebelion, cayó en mis manos en medio de la refriega. Yo hice prisioneros á sus mujeres, á sus hijos, vástagos de su corazón, y á sus hijas; me apoderé de ciento ochenta sunuk de bronce, de diez nirmak de hierro, de sus Dioses, del oro, de la plata, del dumuk de sus tesoros; llevéme lejos á sus esclavos; arrojé á las llamas sus muebles, su tesoro; derribé, destruí su ciudad y su palacio.

Suspendemos aquí la narracion de la primera campaña y conquista, que continúa el rey explicándola con igual estilo, vivo en imágenes, rico en figuras cuando habla de su valor en frases tan elocuentes como «penetré cual dardo dentro de los collados de las montañas tortuosas,» «arrojéme en la

(1) Tigris.

batalla á manera de tempestad sobre los batallones enemigos», amenizándolos despues de algunos periodos con la acostumbrada estrofa, á manera de coro en una cancion patriótica: «Yo soy Tuklatpalasar, el justo, el valeroso, aquel que abre el camino de las conquistas, que doma á los enemigos, que subyuga la ancha sierra», terminando finalmente la primera parte de sus hazañas diciendo: «Yo sujeté el país de Khummuk en toda su extension, y de entónces acá lo he comprendido dentro de los límites de mi imperio. Yo soy Tuklatpalasar, el Rey poderoso, el destructor de los malvados, aquel que anonada las falanges enemigas».

Obedeciendo los soberanos consejos del Dios Assur, mi señor, dirigíme contra el país de Kharia y contra los ejércitos del vasto país de Kurkhie por entre selvas impenetrables que ningun Rey había explorado ántes. El Dios Assur, mi señor, me dijo que me pusiera en camino; yo ordené mis carros y mis ejércitos, y me apoderé de las fortalezas del país de Itni y del de Aya, sobre elevados picos de montañas impenetrables, semejantes á la punta de un puñal, que no permitían el paso á mis carros. Yo dejé mis carros en la llanura y penetré dentro de las tortuosidades de las montañas. Los habitantes habían dispuesto en órden sus fuerzas para darme batalla en el país de Azu. Combatí contra ellos en la explanada de las montañas; les derroté. Hice montes de sus cadáveres;..... ocupé veinticinco ciudades suyas,..... las entregué á las llamas, las demolí, las destruí..... Cubrí de ruínas los países de Sarcusit y de Ammanit, que de tiempo inmemorial no habían hecho acto de vasallaje. Ataqué á sus ejércitos en el país de Aruma, los acosé, perseguí á sus guerreros como bestias fieras, ocupé sus ciudades, llevéme léjos sus Dioses. Hice prisioneros, posesionéme de sus bienes y tesoros; entregué las ciudades á las llamas, las demolí, las destruí, hice de ellas un monton de escombros y ruínas; impúseles el pesado yugo de mi dominacion, y en su presencia dí solemnes gracias al Dios Assur, mi señor..... Yo soy Tuklatpalasar, el Rey poderoso, el que ataca los países rebeldes, el vencedor de todos los Reyes.

Valiente en la refriega, animoso en las batallas, dirigíme sin igual con-

tra los Reyes ninisule de las orillas del Mar superior, que no se habían sometido y que el Dios Assur me había mandado sujetar. Atravesé pantanos inaccesibles, regiones de calenturas, en las que no había penetrado nunca ninguno de los Reyes antecesores;..... recorrí diez y seis grandes provincias. Abríme paso por caminos escarpados con mis carros de ruedas de bronce..... Vadeé el río Purat (1)..... veintitres Reyes del país de Naivi habían dispuesto en orden de batalla sus carros y sus ejércitos en las fronteras de su territorio; viniéronme al encuentro para darme batalla; yo les rechacé con el poder de mis armas, sembré el terror en sus batallones como una tempestad del Dios Bin; empujé las primeras filas de sus guerreros en el corazón de sus altas montañas y hasta debajo de las murallas de sus ciudades. Tomé ciento veinte carros en el campo; perseguí á los sesenta Reyes del país de Nairi y á los que habían venido en su auxilio de las costas del Mar superior; atacé sus grandes fortalezas; tomé sus esclavos, bienes, tesoros; entregué á las llamas sus ciudades, las demolí, las destruí, hice de ellas un monton de ruínas y escombros..... Cogí vivos á todos los Reyes del país de Nairi; tuve lástima de aquellos Reyes, les perdoné y les concedí la vida. Ofrecí al Dios Samas sus despojos y bienes, y con ritos religiosos consagré su propiedad á nuestros Grandes Dioses perpétuamente. Tomé por rehenes sus hijos, esperanzas de sus tronos; impúseles un tributo de 1,200 caballos y 2,000 bueyes; y los despedí para su tierra. Sieni, rey de Duyani, no quiso someterse al Dios Assur, mi señor; yo traje sus despojos y bienes á mi ciudad de El-Assur, para que se someta á los Grandes Dioses y persevere en su sumision. En aquel tiempo yo sujeté las vastas regiones del país de Nairi en toda su extension, y sujeté á mi dominio todos sus Reyes..... Yo soy Tuklatpalasar, naplu Khamthu, aquel que dispone de la victoria en las batallas.

Obedeciendo al dios Assur, mi señor, junté mis carros y mis guerreros; fijé un año y un día de buen agüero, segun un sueño que yo tuve, y dirigíme contra el país de Aram, que no reconocía al Dios Assur, mi señor. Del

(1) Éufrates.

país de Sukki avancé hasta la ciudad de Kar-Kamis, en el país de Katti (1); llegué allí en un solo día. Hice una grande matanza (de los arameos); cogí sus esclavos, sus bienes, sus haberes sin número. Los restos de sus ejércitos que se habían sustraído al poder del Dios Assur, vadearon el río Purat; yo les perseguí sobre armadías, pasé el río Purat; ocupé seis de sus ciudades en el país de Bisri, las entregué á las llamas, las demolí, las destruí; y llevéme sus despojos, sus bienes y haberes á mi ciudad de El-Assur. Yo soy Tuklatpalasar, aquel que pisotea á los enemigos attuli, que reduce á esclavitud á los malvados, que domina sobre toda la tierra.

Yo hice desaparecer debajo de sus ruínas la ciudad de Khunusa (2),..... la reduje, junto con sus tres fortalezas, que eran de ladrillo *rasbu*, á un monton de ruínas y escombros: y encima de estos levanté piedras *sipa* é hice planchas de bronce, para escribir en ellas el botin de los pueblos que he conquistado, en virtud de mi Dios, mi señor. Sobre estas planchas yo escribí: Esta ciudad no será nunca más reedificada, y esta fortaleza no será jamas reconstruída. Allí construí yo un edificio de ladrillos, y coloqué en él mis tablas de bronce.

Cuenta, pues, cuarenta y dos países y sus Príncipes, desde las orillas del Zab inferior, desde las selvas nisuti hasta las orillas del Purat, el país de Khatti y el Mar superior que está en el sol occidente (3); hé aquí lo que, desde mi advenimiento acá hasta mi quinta campaña militar, ha podido reunir mi mano: sujetéles uno despues del otro, saqué de allí rehenes, impúseles tributos y censos. Añadí á esto numerosas expediciones contra los rebeldes que ya no pagaban tributos, y que yo perseguí con mis carros por sendas impracticables; en mi país quebranté el poder de los enemigos. Yo soy Tuklatpalasar, el valiente, el terrible, aquel que tiene el cetro de las naciones, aquel que anonada á los opresores.»

Hasta aquí nos habla el rey de sus expediciones, hechos y glorias militares. Su inscripcion continúa dando cuenta de su habilidad y valor en la

(1) Siria.

(2) La capital de los khumanos.

(3) Mediterráneo.

caza. Si en todo esto se preconiza por valiente y afortunado guerrero, se hace mérito á continuacion de sus buenas cualidades civiles ó administrativas.

Veamos ahora á Tuklatpalasar, émulo de Nemrod.

«El Dios Adar y el Dios Nergal me confiaron sus armas terribles y su poderoso arco para sosten de mi trono. Bajo los auspicios del Dios Adar, mi protector, yo maté cuatro búfalos machos, *suturut*, en los Khudirlos, en el país de Mitan y en la ciudad de Arazika que está enfrente del país de Khat-ti; los maté con mi arco poderoso, con mi espada de hierro y con mi gran *mulmalli*; llevéme sus pieles á mi ciudad de El-Assur. Yo maté diez jabalíes machos y robustos en el país de Kasni y en las orillas del Khobur. Cogí cuatro jabalíes vivos. Llevé las pieles y los colmillos de los jabalíes muertos, junto con los jabalíes vivos á mi ciudad de El-Assur. Bajo los auspicios de Adar que me ayudó, maté ciento veinte leones; yo combatí con mi valor cuerpo á cuerpo y los derribé á mis piés. Yo cogí ochocientos leones, con mis carros en los *pussuti bu ul an nir*. Y el ave del cielo, en su vuelo, no se libró nunca de lo certero de mis flechas.

La época de Tuklatpalasar se remonta al siglo XII ántes de Jesucristo, y sumando fechas, vemos que más de treinta siglos ántes del que ahora llamamos nosotros mismos el de las luces, olvidando el *laus in ore proprio vilescit*, estaba el ramo de administracion civil algo más adelantado en Asiria, de lo que lo está actualmente en las más afortunadas naciones de la culta Europa. En su inscripcion histórica nos recuerda Tuklatpalasar el buen gobierno establecido por él en todas las provincias y las grandes obras de bien público terminadas ya felizmente desde los primeros años de su reinado. Nuestros lectores se asombrarán, como nosotros, al saber que las obras de verdadera utilidad pública llevadas á cabo en aquella remotísima época, son: vastas plantaciones, repoblacion de bosques, introduccion y multiplicacion de razas útiles de animales, impulso dado á la agricultura y á la industria, ensanche de territorio, aumento de poblacion, y otros beneficios por el estilo, con los que se gloria de haber «alegrado el corazon de sus súbditos y haberles hecho de la Asiria un lugar de delicias.» Como si todo esto, que

basta para inmortalizar la buena administracion de un hombre, no fuera aún bastante, ó como si creyera que á lo indispensable debía añadir lo supérfluo hasta cierto punto, continúa el poderoso rey gloriándose por las grandes construcciones y los trabajos emprendidos para restaurar ó completar los antiguos palacios, las casas reales, los vastos castillos de que estaba cubierto el territorio del país, pero que estaban abandonados desde sus antecesores y estaban arruinados desde muchos años; y las fortalezas del reino que se hallaban deterioradas, y particularmente los templos de los Dioses y de las Diosas. Á todo esto que hemos extractado, valiéndonos de las mismas palabras del rey, añade: «Yo reconstruí y terminé el templo de la Diosa Istar, la asiria, mi soberana, el templo del Dios Martu, el templo del Dios Bel-aura, el templo de la Diosa Belit, las casas de los Dioses de mi ciudad de El-Assur, que se habían arruinado; reconstruí sus santuarios, repuse las imágenes de los Grandes Dioses, mis señores, y realegré el corazon de sus grandes deidades.»

Á pesar de todo esto, á pesar de tan excelentes obras para inmortalizar un reinado, el nombre de Tuklatpalasar ha vivido treinta siglos olvidado entre los escombros que convirtieron en tristes desiertos el bello país del valle de los ríos que lo regaban, y continuaría aún oscuro y descuidado entre el polvo, á no haber venido en nuestro siglo la ciencia asirióloga á sacar del olvido, á dar nueva vida á hombres y cosas que no debieran haber perecido nunca, para gloria y esplendor de la humanidad y progreso de su civilizacion. Aprendan nuestros modernos vividores de política, aprendan los modernos hombres de partidos y no de nacionalidades, aprendan los civilizados de las luces de un bárbaro del siglo XII anterior á nuestra era, á politiquear ménos y administrar más, aprendan á envanecerse ménos, viendo los adelantos administrativos reales y positivos y de utilidad inmediata realizados por un hombre bárbaro cuanto se quiera, pero más inteligente que todos ellos en el arte de gobernar. Él repoblaba bosques, nosotros los talamos; él hacía grandes obras de utilidad pública, nosotros dejamos que se arruinen los pocos monumentos que nos quedan; él introducía y multiplicaba nuevas razas útiles de animales, nosotros aún en tiempo de veda legal extermina-

mos las especies; él protegía la agricultura y la industria, nosotros no nos acordamos siquiera de que existan; en cambio, nosotros sabemos hacer elecciones á gusto de quien manda hacerlas, cuyo secreto no tuvo nunca en su poder el célebre imbécil oriental; sabemos mover una guerra civil que riega el suelo con torrentes de sangre, en lugar de canales debidos á la industria, por quitar ó poner del poder á una persona que siempre será peor que la que lo tiene ó debiera tenerlo, y de cuya guerra nunca resultará ningun beneficio para el pueblo, sea cual fuere su éxito; sabemos..... dispénnos nuestros lectores si por un momento nos habíamos olvidado de nuestro objeto que vamos á continuar, siguiendo al historiador real, que otra cosa no es, en la descripción que nos da, con la mayor complacencia, de la reedificación de los dos grandes templos de El-Assur, dedicado el uno á Anu y Bin y á Bintel el otro, edificados ya 641 años ántes por Samsibin, hijo de Ismydagan, arruinados ya. Con su lenguaje oriental que nos habló ántes con imágenes tan brillantes como la de «segué cabezas de hombres como yerba seca» que apenas sabemos imitar ahora, despues de tantos siglos de estudios, nos recuerda los dos zigurrat gigantescos que levantó al lado del primero, proporcionados á la grandeza de sus augustas divinidades y que se elevan por esto hasta el cielo; el santuario ó celda de los Dioses, puesta en medio del templo, resplandeciente como las estrellas del firmamento, y levantada sobre construcciones profundas como el abismo de donde salen las estrellas. Continúa Tuklatpalasar su interesante inscripcion con su propio elogio y el de sus antecesores hasta Adarpolasar que parece considerado por él como el tronco de donde arranca su dinastía, y dice: «Yo soy Tuklatpalasar, el Señor supremo, á quien los dioses Assur y Adar contentaron segun el deseo de su corazon, aquel que persiguió á los enemigos del Dios Assur en todas sus tierras, el vencedor que los deshizo enteramente; hijo de Assurrisi,..... nieto de Mutakkilnabu..... biznieto de Assurdayan..... descendiente de Adarpalasar..... Yo honré lo que debía ser honrado, la habitacion suprema, la mansion augusta que destiné por morada de Anu y Bin, Grandes Dioses, mis Señores. No interrumpí mi designio, continué mi obra con perseverancia y alegré el corazon de sus grandes divinidades. Así Anu y Bin

me hagan feliz por siempre, bendigan la obra de mi mano, escuchen mi plegaria, me concedan años de abundancia y felicidad; en las batallas me acompañen á la victoria, sujeten á mi dominio todas las regiones que se rebelen contra mí, los países rebeldes y los príncipes mis rivales; agradezcan mis ofrendas sagradas para la propagacion y fecundidad de mi familia; establezcan mi prosapia, sólida al igual que las montañas; sea este el deseo de Assur y de los Grandes Dioses hasta los días más remotos.

Yo he escrito en sólidas piedras la narracion de mis proezas, el éxito de mis batallas, la sujecion de los rebeldes y rebelados contra Assur, la proteccion que me concedieron los Dioses Anu y Assur; he colocado estas tablas en el templo de Anu y Bin, Grandes Dioses, mis señores eternamente, junto con las inscripciones de Samsibin; mi antecesor; he restaurado sus bajo-relieves, he completado un sacrificio, los he devuelto á su sitio. Á aquel que con la sucesion de los días, en los tiempos lejanos reinará despues de mí, le digo esto: Este templo de Anu y de Bin, grandes Dioses, mis señores, y estas torres envejecerán y se arruinarán, él restaure sus ruínas, limpie las tablas, las piedras de los fundamentos (esto es los prismas de las inscripciones, enterrados en los fundamentos) y los bajo-relieves, haga un sacrificio purificadorio, devuélvalos á su sitio y escriba su nombre al lado del mío; y de esta manera Anu y Bin, los Grandes Dioses, le concederán la alegría del corazon y el feliz éxito de sus empresas. Pero aquel que esconda, borre ú olvide mis tablas y mis piedras fundamentales, que las eche al agua, las queme en el fuego, las sepulte en tierra, las ponga en sitio donde no puedan verse; aquel que borre de ellas el nombre que llevan escrito y ponga en ellas el suyo, y se apropie los hechos referidos en esta narracion, alterando con esto mis inscripciones; Anu y Bin, los Grandes Dioses, mis señores, le maldigan con todo su poder, le hieran con imprecacion de oprobio; humillen su reino, quebranten las bases de su trono, destrocen la fuerza de su soberanía, la gloria de sus siervos, hagan huir sus ejércitos; el Dios Bin, en la tabla de sus maldiciones, consagre su país á la desolacion, derrame en él la pobreza, el hambre, la enfermedad, la muerte; no le deje vivir feliz ni un solo día, destruya sobre la tierra su nombre y su linaje.

En el mes de *cislev*, el día 29, durante el Limmu de In-Ilya-allik, Gefe de los eunucos.

Dos palabras acerca de la fecha de esta inscripcion.

Llamábase *Limmu* en Asiria la magistratura, por decirlo así, parecida á la de los cónsules en Roma y á la de los Arcontes en Atenas, de quienes tomaba nombre el año en que la desempeñaban. El rey atribuía los honores de esta eponimia á los grandes personajes y dignatarios de su Estado, despues, empero, de haber hecho él mismo de Limmu durante el primer año de su reinado. El orden de concesion de los Limmu variaba á voluntad del rey; no obstante, se conservó con cierta regularidad en los reinados anteriores á los Sargonidas, miéntras que desde Sargon para en adelante, ó sea del siglo octavo ántes de Jesucristo, se ve proceder caprichosamente en la eleccion del Limmu.

La fecha de esta institucion, que sirve para los datos cronológicos asirios, es incierta, y, mejor dicho, desconocida, aunque se encuentran huellas muy anteriores al siglo nono, en el reinado de Binnirari II. Aunque existen vestigios de Limmu, de año incierto, no obstante la lista fija y continúa de semejantes eponimias asirias no es anterior á los últimos años del rey Binnirari II, desde el cual continúa sin interrupcion por espacio de 228 años. Tal vez nuevos descubrimientos de cuneiformes permitan establecer esta lista interrumpida de eponimias, y entónces adelantaría un gran paso la comprobacion de las fechas, que permitiría aclarar muchos puntos históricos algo confusos todavía.

*
* *

Lo que hasta ahora llevamos dicho del reinado de Tuklatpalasar I nos demuestra con toda evidencia que ilustró los fastos asirios y que fué uno de los reyes más excelsos que ocuparon un trono. Desde El-Assur sentada sobre el Tígris, que era la capital de su reino, vemos extender su dominacion

desde los montes de la Armenia hasta el Golfo Pérsico, comprendiendo inmensos territorios. La fama de sus empresas hizo temido su nombre en toda el Asia occidental, llegando los mismos Faraones de Egipto á enviarle regalos para captarse su amistad, temerosos de que se vengara, como así lo hizo, de las invasiones de sus antepasados en el país de Mesopotamia.

Pero no son las victorias del rey asirio lo que venimos á recordar aquí. Su reinado tan floreciente supone un adelanto en la civilizacion de aquellas regiones, y esto es lo que nos incumbe á nosotros. Afortunadamente abundan los datos relativos á ese gran monarca para que podamos estudiarle, comprendiendo de este modo toda una época notable por varios conceptos.

Explorando el asiriólogo Taylor en 1862 las fuentes del Tigris, encontró dentro de una gran caverna de la que sale el Supnat, brazo oriental del Tigris, cerca de la poblacion de Korkhar, cosa de sesenta millas al norte de Diarbekir, un bajo-relieve grabado en la roca viva con una inscripcion cuneiforme.

Este bajo relieve, el más antiguo hasta ahora conocido del arte asiria, representa un rey de aquel país en traje sacerdotal, con la acostumbrada gran barba y gran cabellera rizadas, cubierta la cabeza con la tiara figurando un cono truncado, teniendo en la mano izquierda el mazo de los sacrificios.

El rey representado en ese bajo-relieve es Tuklatpalasar, el que por oriente extendió sus conquistas hacia la Media, sujetó los musros y khumanos; por el norte penetró en el corazon de los montes de Armenia, sometió á los pueblos habitantes en las orillas del Tigris y Éufrates hasta sus mismas fuentes, y con la guerra que hizo á los nairos y moscos llevó sus estandartes victoriosos hasta las regiones de la Cilicia, Capadocia y Ponto, en el Asia Menor; y por occidente, despues de vadeado el Éufrates, extendió sus dominios á la Aramea y Siria hasta el Líbano, penetró en la Fenicia, siendo el primero de los reyes asirios que visitó triunfante las costas bañadas por el Mediterráneo. El monumento donde constan comprobadas las hazañas de ese rey se ha descubierto afortunadamente para la historia despues de tres mil años de su ereccion, y se expresa de la siguiente manera: « Por

favor de Assur, Samas, y Bin, Grandes Dioses, mis señores, yo Tuklat-habal-hasar, rey del país de Assur, hijo de Assur-ris-ili, rey del país de Assur, hijo de Matakil-Nabu, rey del país de Assur; dominando desde el Gran Mar del país de Akharri (esto es, de las orillas de la Fenicia) hasta el mar del país de Nairi; por la tercera vez he ocupado, el país de Nairi (1). »

Un reinado tan glorioso debió dejar recuerdos imperecederos, y los textos asirios, actualmente descubiertos, pintan con colores sorprendentes todas las facciones del héroe de El-Assur, dándonos un retrato suyo con todos los rasgos y perfiles necesarios para conocerle á fondo.

Por de pronto se descubre en Tuklatpalasar un varon de actividad y energía sorprendentes, características de aquellas constituciones primitivas acostumbradas á las luchas contra los elementos y las fieras más que con los mismos hombres, naturaleza muy opuesta, como lo han observado nuestros lectores, á la atribuída por Ctesias á los sucesores, sin excepcion, de Nino y Semíramis. No fía nuestro héroe sus victorias á la pericia más ó ménos probada de sus generales: él mismo se pone al frente de sus ejércitos y dirige personalmente todas las operaciones militares; recorre distintas veces toda la inmensa extension de su imperio; vence tenazmente cuantas dificultades se le oponen, sin que le detengan ni las asperezas de los terrenos, ni los obstáculos acumulados por sus muchos y temibles enemigos que le salen al paso para disputarle el éxito de las batallas. Él se arroja como una tempestad en medio de los batallones enemigos; llena de cadáveres los barrancos y precipicios de las montañas; siega cabezas de hombres como yerba seca; sitía fortalezas y ciudades y las rinde y les impone tributos, devasta países enteros, subyuga nuevos pueblos y organiza la administracion de los nuevamente conquistados. Entre tantas ocupaciones y fatigas, sin dormirse sobre sus laureles, ni dejarse desvanecer por la vanidad que podía nacer en su ánimo recibiendo los homenajes de cuarenta y dos reyes vencidos y tributarios suyos, encuentra no sólomente el tiempo necesario para dedicarse á

(1) Esta inscripcion, segun su texto asirio, se lee: « Ina risuti sa Asur, Samas, Bin, ili rabuti, bili-ya, anaku Tuklat-habal-asar, sar mat Asur, habal Asur-ris-iliv, sar mat Asur, habal Ma-tak-kil-Nabu, sar mat Asur, va Kasid istu tihamli rabiti sa mat Akharri adi tihamti sa mat Nairi, III saniti ana mat Nairi allik. »

grandes cacerías en las que emula á Nemrod, sino que—y esta es su verdadera y diríamos única gloria—provee en el interior de su reino lo necesario para el fomento de las artes é industrias, levanta monumentos nuevos, restaura los deteriorados, fertiliza con canales de riego el territorio, lo enriquece con la importacion y mejora las condiciones de sus gobernados por cuantos medios le inspiran su saber y buen deseo de gobernar bien y acertadamente, con honra propia y provecho de sus súbditos.

La civilizacion no puede pedir más á un rey y la historia debe consignar su agradecimiento en páginas de oro; pero éstas tienen tambien su vuelta y en ella encontraremos manchas, porque es ley de la naturaleza que haya compensaciones relativas. El orgullo es la pasion dominante, como dicen los moralistas, del héroe Tuklatpalasar, y aún podría buscársele alguna circunstancia atenuante, á no ser su ferocidad, compañera inseparable de su carácter, que le convirtió en cruel, cuando hubiera podido pasar por altanero sólomente. Ciertó que ese carácter es el distintivo de todos los príncipes asirios, pero el número no mengua el defecto de un particular. ¿Quién no se horroriza al leer las frases inspiradas por una calma y ferocidad que aterra, en las que nos describe, segun lo hemos visto ya, los estragos y devastaciones llevados á cabo por él en inmensos territorios; los montes de cadáveres formados en multitud de partes por él; los montones de ruínas; las ciudades entregadas á las llamas, etc., etc.? Despréndese de esto, cotejándolo con otros datos que tenemos, que el carácter feroz era peculiar de los asirios. «¡Ay de tí, ciudad sanguinaria....! le dice el profeta Nahum á Nínive..... Esta es aquella ciudad gloriosa que nada temía, y que decía en su corazon: Yo soy, y fuera de mí no hay otra ninguna..... exclama Sofonías (1).» «¡Ay de Assur! vara y baston de mi furor: en su mano he puesto mi ira..... (2).

Si fuera de nuestra incumbencia, ó lo permitiera la oportunidad, haríamos aquí algunas reflexiones, muy á propósito por cierto, acerca de la

(1) NAHUM. Cap. III. v. 1.—SOFONÍAS. Cap. II, v. 15.

2) ISAIAS. Cap. X, v. 5.

extrañeza que podrá causar á cierta clase de lectores la rara mezcla de cualidades antitéticas reunidas en Tuklatpalasar; á saber: una religiosidad profunda, una veneracion á sus divinidades llevada al último extremo, y la salvaje ferocidad, la inhumana crueldad que formaba, por decirlo así, el carácter distintivo del rey asirio, de cuyos hechos nos estamos ocupando. Cuanto más se medite en los desmedidos elogios que á sí propio se tributa el rey de El-Assur, más contraste se observará en el espíritu eminentemente religioso que le domina. Su inscripcion comienza y acaba con una fervorosa plegaria á los Grandes Dioses, á quienes atribuye todo el buen éxito no sólo de sus batallas y empresas, sino hasta de sus cacerías y cosas más insignificantes y les demuestra su agradecimiento, no con vanas palabras, sino con erecciones de templos y monumentos y reconstrucciones de otros.

Si álguien creyere que nos hemos excedido al decir que la ferocidad era el carácter distintivo de los asirios, se desvanecerá su error examinando dos ó tres párrafos de una inscripcion perteneciente á Assurnasirhabal que corre parejas con la clásica de Tuklatpalasar I. Por vía de muestra, vean nuestros lectores lo siguiente: «Assurnasirhabal es el rey poderoso, el rey del mundo, el rey sin igual, el rey de los países situados en las cuatro regiones del sol, la pupila de los ojos del Dios Bel y del Dios Adar..... Yo digo esto: Assur, el Dios supremo, pronunció mi nombre, ha hecho ensancharse mi reino, me ha trasmitido su espada invencible, á fin de que yo dilate mi poder. Yo soy Assurnasirhabal, el amo augusto, el adorador de los Grandes Dioses, investido de su poder..... Señor de los señores, rey de los reyes, el ojo de Adar el terrible..... Yo soy rey, soy amo, soy augusto, soy omnipotente, soy juez, soy príncipe, soy heróico, soy vencedor, soy poderoso, soy varon, soy Assurnasirhabal, rey poderoso, rey del país de Assur, nombrado por el Dios Sin, favorito del rey Anu, ministro de los Dioses. Yo!»

Todo lo antecedente, aunque dicho por un rey asiático, excede á todo lo ridículo y bufo, que diríamos ahora, por no calificarlo de tontamente cursi; pero toda la ridiculez se queda muy por debajo de la crueldad, que es lo que debemos probar. Convénzanse por sí mismos nuestros lectores, con los siguientes pasajes que copiaremos—traducidos—de sus cuneiformes: «Mi

rostro se distraerá sobre las ruínas; yo encuentro mi contento en el desahogo de mi ira.» Escribió estas frases en una columna levantada por él en el emplazamiento de una ciudad arrasada por él mismo. «Degollé con mi espada á doscientos sesenta combatientes, cortéles la cabeza y formé pirámides con ellas..... Cogí á Bubu, hijo de Buba, gobernador de Nistun, le hice desollar en Arbela y cubrí con su piel la muralla de la ciudad.» Consta esto en el monolito, donde nos cuenta, con la más inaudita complacencia, todas las diversas crueldades por él ejecutadas en vencidos y prisioneros por él degollados, desollados, crucificados, empalados, emparedados vivos, mutilados, etc., etc..... Si álguien cree que exageramos, sepa que, habiéndose rebelado la ciudad de Sudi, edificada á orillas del Chabur, hizo en ella horrosa carnicería, á pesar de habersele rendido y suplicarle indulto sus moradores. «Para salvar su vida—nos dice él mismo—abrazáronse á mis rodillas. Yo les maté uno tras otro.... levanté una pared delante de las grandes puertas de la ciudad; hice desollar á los cabezas del motin y cubrí con su piel aquella pared; algunos fueron emparedados vivos en ella, otros crucificados ó empalados á lo largo; hice desollar á muchos de ellos en mi presencia, y cubrir con su piel la pared; hice coronas con sus cabezas y guirnaldas con sus cadáveres enfilados. Conduje á Nínive á Akhiyabab (1), le hice desollar y extender su piel sobre la muralla de Nínive..... Hice yo mismo muchos prisioneros; á unos les corté las manos y los piés, á otros la nariz y las orejas, á otros les arranqué tambien los ojos..... hice un monton de cabezas; deshonoré á sus hijos é hijas, devasté la ciudad, la demolí, la entregué á las llamas..... Hice degollar á ochocientos hombres, cortéles la cabeza..... levanté una pared delante de la puerta de la ciudad con cadáveres de los prisioneros á quienes hice cortar la cabeza; hice crucificar delante de la gran puerta de la ciudad á setecientos hombres; devasté la ciudad, la arruiné, hice de ella un monton de ruínas (2).»

Todas las victorias de Assurnasirhabal quedan manchadas por la feroci-

(1) Este Akhiyabab había sido proclamado rey por los rebeldes.

(2) Llevó á cabo estas horribles y sanguinarias crueldades, despues de Sudi, en las ciudades de Tiela y Pituru, respectivamente.

dad desplegada despues de la victoria, pero más aún por el cinismo y sangre fría con que la alardeaba, segun nos lo demuestra nuevamente y con exceso al hablarnos de la conducta que observó con los reyes de Zamuya á quienes venció despues de haber sacudido el yugo asirio. «Humilláronse — dice — ante mi soberanía, estrecháronme las rodillas; impúseles tributos de plata, oro, estaño, hierro, vestidos de lana, caballos, bueyes, carneños, cabras; y nombré en la ciudad de Calach un Virey para gobernarles.»

Esta conducta fué la generalmente seguida por todos los príncipes asirios; y, sin embargo, el reinado de Assurnasirhabal, parecido al de Tuklatpalasar, no fué sóloamente ilustre militarmente hablando, sino que señala tambien uno de los más excelentes periodos de la civilizacion asiria; porque miéntras la fortuna y la victoria le acompañaban en todas sus expediciones, no dejándose desvanecer por sus halagos y favores, protegía y fomentaba el desarrollo de las artes é industrias, dando maravilloso impulso á gigantescas construcciones que dejaron muy atras la magnificencia y pompa de sus antecesores, hasta el punto de que aún actualmente causan sus ruínas asombro y estupor á cuantos las visitan.

Como si temiera ese rey el juicio de la posteridad, ó sea que su conciencia lograra hacerse oír entre el fragor de las batallas, es lo cierto que, despues de recordarnos en sus inscripciones, las ciudades por él destruídas é incendiadas ó convertidas en montones de ruínas, gloriándose por haber de este modo dilatado el terror de Assur, su Señor (1), nos da cuenta á renglon seguido, con manifiesta complacencia, de las que restauró ó edificó desde sus cimientos en distintos puntos de su extenso Imperio, mencionando tambien los palacios y monumentos y demas obras públicas que llevó á cabo.

La civilizacion asiria adquirió en este reinado un desarrollo como pocos pueblos lo hayan tenido en épocas de su mayor esplendor. G. Rawlinson, en su obra *Las cinco grandes Monarquias* emite acerca de ella un juicio que vamos á extractar sucintamente. Las esculturas del palacio de Assurnasirhabal,

(1) MÉNANT.— *Anales de los Reyes de Asiria.*

aunque generalmente algo toscas y groseras en la ejecución, muestran, no obstante, mucho brío de concepto y gran vigor y osadía de formas, y á veces tambien resultan excelentes en el dibujo. Lo que empero causa mayor asombro y maravilla es el arrojo totalmente improvisado, repentino, que el arte, y no solo el escultórico, sino tambien con éste el arquitectónico y las demas bellas artes parecieron tomar de un solo golpe, sin pasar de otra manera por las acostumbradas gradaciones. Las regias construcciones de las épocas anteriores, en El-Assur y otros puntos, son muchísimo inferiores á las grandiosas moles que desde la época de Assurnasirhabal acá se levantaron rápidamente en Calach, Nínive, Dur-Sarkin— hoy Khorsabad— por aquel rey y sus sucesores; y miéntras no se tienen de ántes más que muy pocos y muy toscos ensayos de esculturas, los palacios y los templos de Assurnasirhabal presentan de golpe una maravillosa riqueza de grandes cuadros en bajo-relieves, esmaltes, colores, de obras que por varios conceptos pueden calificarse de muy excelentes, aunque despues fueran sobrepujadas por maestros que florecieron en los siguientes reinados. En Asiria parece nacer el arte como Minerva de la cabeza de Júpiter, enteramente adulta, gigante en un momento; pero sucedió esto no sólo en sus tres principales formas de arquitectura, escultura y pintura, sino al mismo tiempo en todas las reglas afines, y en todas las industrias que sirven á la comodidad y lujo de la vida, como lo prueban ámpliamente las muy variadas escenas y representaciones de los mismos bajo-relieves de Assurnasirhabal, que nos presentan un vivo espejo de la vida y civilizacion asiria, en el siglo IX ántes de Jesucristo, y demuestran evidentemente al propio tiempo que los asirios en aquella época eran ya un pueblo muy grande y muy civilizado; que no sólo conocían sino que tambien cultivaban en alto grado, las nobles artes y ademas de estas la mayor parte de las industrias útiles; y tocante á magnificencia de vestidos, muebles, oros, joyas y otros objetos de lujo, no eran muy inferiores á los más opulentos de los pueblos modernos.

En paz y en guerra, en artes y empresas fué el reinado de Assurnasirhabal uno de los más ilustres y de aquellos que dejan huellas indelebles en la vida de las naciones y en el desarrollo general de la civilizacion de la huma-

nidad. Los dioses venerados por los asirios en sus templos de oro y ocultos entre las nubes salidas de sus pebeteros, recibieron adoraciones y ofrendas y nunca se vió el culto de los mismos tan exagerado como en los buenos tiempos de la monarquía asiria, representada en Tuklatpalasar, Assurnasirhabal, Salmanasar y otros no ménos ilustres por su magnificencia y esplendor en las artes y sus gloriosas conquistas.

Nos haríamos interminables, y nos excederíamos de los límites y objeto de nuestro trabajo si quisiéramos dar una muy breve idea ó noticia de todo lo notable que nos ofrece la historia asiria, consignada ahora de un modo auténtico en los muchos y muy preciosos monumentos que continuamente se descubren. El Obelisco, distinguido con el sobrenombre de negro por los asiriólogos, descubierto por Layard en Calach, sepultado entre los escombros del llamado *Palacio central* desde donde se llevó al Museo Británico, es un documento inapreciable é importantísimo, porque es de los muy pocos monumentos asirios hasta ahora descubiertos entero y en perfecto estado de conservacion. El mérito de este monumento consiste en ser un compendio de los hechos militares de Salmanasar, hijo de Assurnasirhabal, tan glorioso y distinguido como éste, recordando sucintamente y por orden cronológico, con exactitud de lenguaje oficial, todas las guerras de los primeros treinta años de su reinado. Los cuatro lados del Obelisco contienen cinco columnas de bajo-relieves, que representan los tributos ofrecidos al Rey por cinco naciones vasallas; y todo el monumento, que mide de alto siete piés ingleses por dos de ancho en su base, está cubierto de arriba abajo y en los mismos intervalos de los bajo-relieves de caracteres cuneiformes pequeños pero claros, que forman una inscripcion de más de doscientas líneas.

Como muestra literaria y manera de emprender y llevar á término las expediciones guerreras, ponemos á continuacion unas cuantas líneas tomadas del monumento poco há citado: «En aquel tiempo, al comenzar mi reinado, en mi primera campaña, yo me senté en mi trono real, numeré los carros de mis ejércitos....., avancé hacia la ciudad de los Aridas, una de las fortalezas de Ninni, apoderéme de la ciudad, maté mucha gente de su ejér-

cito, cogí sus despojos, y levanté una pirámide de cabezas frente á su ciudad; deshonré á sus principales magnates, á sus hijos é hijas. Despues me retiré de la ciudad de Aridas, y recibí los tributos de los países de Khargasa, Marbair, Simisa, Simira, Sirisa, Ulbani, caballos....., bueyes, carneros, cabras. Yo partí de Aridas, dirigíme por lugares impenetrables hacia montañas escarpadas, cuyas cimas se levantan hacia el cielo como un puñal de hierro; hice pasar mis carros de ruedas de bronce junto con mi ejército; dirigíme hacia la ciudad de Khubuskia; entregué á las llamas la ciudad de Khubuskia y cien ciudades fortificadas de su territorio. Kakúja, rey del país de Nairi y el..... de su ejército, para sustraerse á mi poderoso dominio, habían combatido en retirada hacia regiones fortificadas, habían llegado á las montañas; yo les dí una terrible batalla en el corazon de las montañas. Les derroté, toméles sus carros, su ejército, sus caballos, en el corazon de las montañas. El terror inmenso de Assur, mi señor, los conquistó; los demas se sometieron; yo les impuse tributos y tasas. Dejé la ciudad de Khubuskia y avancé hacia la ciudad de Subuniga, una de las plazas fuertes de Arama, rey del país de Urarthie (1). Yo tomé la ciudad, maté mucha gente, hice un rico botin, levanté un monton de cabezas en el centro de la ciudad, y entregué á las llamas otras catorce ciudades dependientes de él. Dejé la ciudad de Subuniga, pasé al oriente del país de Nairi, impuse mi obediencia al país del oriente. Hice un sacrificio á los Dioses. Mandé hacer mi imágen, escribí sobre de ella la gloria de Assur, el Señor poderoso, mi Señor, y la relacion de mis empresas en aquella tierra. Á la vuelta, recibí los tributos de Asu, rey del país de Gurani, caballos, bueyes, ganados, cabras....., y las llevé á mi ciudad de El Assur. »

Necesitamos terminar este capítulo excesivamente extenso ya, y sentimos vernos obligados á pasar por alto mucho y muy interesante que se nos ofrece, para presentar un cuadro acabado, ya que no perfecto, de la importante civilizacion asiria en las antiquísimas épocas á que nos referimos, porque no cede en nada, atendidas todas las circunstancias, á las más adelanta-

(1) Armenia.

das de nuestra edad contemporánea. Pero, ántes de dar el postrer adios á unas regiones que se nos han hecho tan simpáticas; ántes de despedirnos de aquel azulado cielo, cuyos astros resplandecientes como puntas de diamantes, inspiraron tanto estudio, tantas verdades y tantos errores á los magos y sabios caldeos; ántes de abandonar por siempre aquellos hermosos valles fertilizados por tantos ríos y canales, sombreados por tantos sauces y palmeras, testigos de tantos siglos, en cuyas copas gimieron los céfiros después de besar las cúspides de los colosales zigurrat, mansion de Belo y Nana, recuerdo imperecedero de la magnificencia de cien conquistadores; ántes de que perdamos de vista aquellas gigantescas esfinges de cabeza humana y alas de águila, representaciones del mayor poder de la tierra y de los aires, centinelas ayer de los palacios asirios, testigos hoy de la mayor pujanza humana en remotos siglos; ántes que se pierda para nosotros en el espacio el último rumor de las olas del Tigris y Éufrates que guardan en su lecho los misteriosos arcanos de cien generaciones arrogantes, como guarda el boton de la flor el misterio del perfume que exhalará cuando el beso de las brisas haya rasgado su seno; ántes de alejarnos de la triste soledad en que yacen tantas ruínas sepultadas debajo de montes de ladrillos y tierra vegetal ahora, entrelazadas con espinosas hojas, coronas punzantes en que se trocaron las guirnaldas de las cortesanas de los serrallos asirios, soledades cuyos ecos no repiten ahora los armoniosos trinos del ruiseñor; ántes de enviar nuestra última mirada á las antiguas florestas en donde saltaron felices de flor en flor, de rama en rama mil pintadas aves que libaban las esencias de los jardines monumentales de Nitócris, mirada mucho más triste que la de la golondrina al emprender su camino á Europa, porque sabe por su instinto que visitará otra vez aquellos lugares ardientes como el pecho herido de amores; ántes, finalmente, de resignarnos á no ver jamas las poéticas y venerandas comarcas que vieron los primeros días de los hombres, permítasenos, por el respeto y veneracion que nos inspiran tantos recuerdos, que pongamos á continuacion una de las muchísimas inscripciones que tenemos á la vista de los cuneiformes asirios, para dejar una prueba más de la arrogante civilizacion que nos legó tanto que admirar y no poco que aprender.

«Palacio de Sar-Kin, rey grande, rey poderoso, rey de las legiones, rey del país de Assur, representante de los Dioses en Bab-Ilu, rey de los Sumiras y Acades, adorador de los Grandes Dioses.

»Los Dioses Assur, Nabu, Marduk me han encargado reinar sobre las naciones; ellos han llevado la gloria de mi nombre hasta los confines de la tierra. Yo restauré los templos de Sippara, Nipur, Bab-Ilu, Barsip; yo castigué á los transgresores de las leyes.

»Yo reuní las coronas de Kaln, Chalanne, Erech, Rata, Larsam, Kullab, Kisik, Nivit-Laguda; yo goberné á sus habitantes. Yo restauré en la ciudad de Kharran las leyes del país de Assur que habían caído en desuso, y repuse victorioso sus costumbres alteradas.

»Los Grandes Dioses me han hecho afortunado merced á su constante cariño; ellos me han conferido la soberanía sobre todos los reyes; les han reducido á obediencia. Comenzando desde el día de mi advenimiento al trono, los Príncipes, mis rivales, no tuvieron quien me igualase; yo no temí absolutamente los combates y las batallas; yo llené de terror á los rebeldes, y recobré los símbolos de la sujecion en las Cuatro Regiones. Yo abrí selvas innumerables, profundas, y de grande extension, yo las hice desmontar; yo crucé valles tortuosos y áridos, donde reinaban calores mortales; yo hice excavar cisternas.

«Por la gracia y poder de los Grandes Dioses, mis Señores, yo reduje á mis siervos á la obediencia; con mis oraciones obtuve la derrota de mis enemigos.

»Yo reiné desde el país de Yatuana (1) que yace en medio del mar del Sol occidente, hasta las fronteras del país de Muserros (2) y del país de Muski; sobre el vasto país de Akhari, el país de Khatto, y todas las tribus de Guti-Muski que habitan el país lejano de Madai, cerca del país de Bikni, hasta el país de Illipi. Comenzando desde el país de Ras en las fronteras de Elam, á lo largo de las orillas del río Diglat (3), hasta las tribus de Itu, Ru-

(1) Chipre.

(2) Egipto.

(3) Tigris.

bu, Kharil, Khatdud, Khavraun (1), Ubal, Ruha, Litai, que habitan las orillas del río Surapi y del río Ukui; las tribus de Gambul, Kindar, Pukud. Yo reiné sobre los Sutos del desierto que habitan todo el país de Yatbur, hasta las ciudades de Samuna, Bab-Dur, Dur Tilit, Khilikhi, Pillatu, Dunni-Samas, Bubi, Tul-Khumba, que dependen del país de Elam y del país de Tirat-Dunyas (2), la alta y la baja (3), los países de Bit-Amukan, Bit-Dakkur, Bit-Silan, Bit-Salla, que en su conjunto forman el país de Kaldo todo entero; el país de Bit-Yakin que está á orilla del mar (4), hasta los confines de Dilmun. Yo recibí sus tributos, les impuse mis lugartenientes para gobernarles, y les reduje debajo de mi soberanía.»

En otra parte dice: «Yo hice la guerra al país de Uruarthu (5), destruí la ciudad de Muzasir, sujeté el país de Andía, trasporté los hombres del país de Van, coloquéles en sitio fértil, les dirigí á las estancias del país de Khatto, en las ciudades de Karkamis y Khummukh. Yo arranqué á Gunzinanu, rey del país de Khammaun, de la ciudad de Miliddu, su capital. Yo establecí á mis lugartenientes por gobernadores; destruí el imperio de Tarklular, de la ciudad de Markas; trasporté al país de Assur las tribus del vasto país de Gamgum..... Yo penetré en Yamna, que está puesta en medio del mar del Sol occidente, nadando como un pez. Exporté los tesoros del país de Kasku (6), Tabat, Khilakhu (7). Derroqué á Mitatti, rey del país de Muski. Derroté al ejército del país de Musuri, en la ciudad de Rapikh. Reduje á esclavitud á Khanon, rey de la ciudad de Khaziti (8). Impuse tributos á los siete reyes del país de Yanayi, del país de Yatuana, que tienen fijas sus mansiones en medio del mar del Sol occidente, á siete días de navegacion. Y Marduk-bal-adan, rey del país de Khaldo que habitaba en las orillas del mar (9) y había ejercido el poder de Bab-Ilu, contra la voluntad de los

(1) El Hauran.

(2) El Teredon.

(3) Caldea.

(4) Golfo Pérsico.

(5) Armenia.

(6) Cólquida.

(7) Cilicia.

(8) Gaza.

(9) Pérsico.

Dioses, cayó en mis manos. Yo tomé por prenda, todos sus vastos Estados, y los puse, bajo la proteccion de Assur, en las manos de mis lugartenientes, el gobernador de Bab-Ilu, y el gobernador de Gambulu. Upire, rey del país de Dilmun, cuya habitacion, como de pez, está puesta en mitad del mar (1), me envió presentes para someterse á mi voluntad.»

« Él (Sar-Kin) reunió debajo de su dominio todas las tierras desde donde sale el Sol hasta su ocaso, é hizo brillar con el esplendor de la guerra la dominacion de Bel. Terrible y temido, hizo cumplir los decretos soberanos de los Dioses *nukimut*, que cargaron su mano con un poder sin igual.»

« Él (Sar-Kin) caminó en la adoracion de los grandes Dioses, hizo un pueblo solo de los hombres de la orilla del Mar superior (2) y de los hombres de la orilla del Mar inferior (3). »

*
* * *

Vamos finalmente á separarnos de la Asiria, porque nos llaman otros pueblos, cuyas civilizaciones debemos estudiar á su vez; pero defraudaríamos las esperanzas de muchos lectores si no dijéramos algo más acerca de la astrología en que tanto se distinguieron los sacerdotes de aquel país.

En opinion de Suidas y Justino sacó la astrología su origen de Zoroastro y Ostanés el babilonio; pero Eupolemio y Beroso la atribuyen falsamente al patriarca Abrahan, ó, como si dijéramos, la hacen descender del primero y más antiguo de todos los Patriarcas. Chilon, de Lacedemonia, y uno de los siete sabios de Grecia, fué el primero que inició á su bello país en las prácticas astrológicas; y en Petronio y en el poeta Manilio se encuentran detalles acerca de las interpretaciones de este arte.

No debiendo ahora ceñirnos á la Caldea sólomente para la rápida histo-

(1) Pérsico.

(2) Mediterráneo.

(3) Pérsico.

ria de la astrología, nos dispensarán nuestros lectores una rápida excursión que nos ponga al corriente de lo principal entre los pueblos que más culto le prestaron.

Entre los egipcios tuvo Hermes la buena fortuna de notar que los siete agujeros que se encuentran colocados en la cabeza quedaban bajo la influencia de los siete planetas. Según él, Saturno y Júpiter presidían á las orejas; Marte y Vénus á las narices; el Sol y la Luna á los ojos y Mercurio á la boca.

Los árabes fueron más allá que los egipcios, y atribuyeron á los astros las más maravillosas propiedades. Concedieron también á cada uno de ellos el gobierno de una región en el cuerpo humano. Así es que el Sol, según ellos, tuvo su influencia en la cabeza, el corazón, los tuétanos y el ojo derecho; Mercurio en la lengua, las manos, las piernas, el sistema nervioso y la imaginación; Saturno en el hígado, la oreja derecha y el bazo; Júpiter en el ombligo, los intestinos y el pecho; Marte en el quilo, la sangre y las narices. Vénus presidió las buenas comidas y gordura; la Luna administró el ojo izquierdo, la oreja izquierda, los pulmones y el estómago. Los árabes declaraban también en la influencia de los planetas que el Sol era benéfico y favorable; Saturno triste y frío; la Luna melancólica; Júpiter templado y benigno; Marte seco y ardiente; Vénus fecunda y benévola y Mercurio inconstante y variable.

La corte de la reina de Médicis estaba poblada de astrólogos de todos los países, y cada dama de aquella corte tenía su adivino que ella llamaba su barón, y á quien consultaba en todas las ocasiones importantes.

Dícese que el papa Paulo III, Alejandro Farnesio, gratificó á un astrólogo del obispado de *Civita Ducale* por haberle dicho su buena aventura. Los cardenales d' Ailly y de Cusa trabajaban en el horóscopo de Jesucristo, y se persuadieron de haber hallado su nacimiento, su vida, sus milagros y su muerte, en el aspecto de Marte y de Vénus. El cardenal de Richelieu celebraba frecuentes conferencias con los hombres que se dedicaban á la astrología, y el cardenal Mazarino señalaba una pensión de dos mil libras á Juan Bautista Morin para recompensarle por sus estudios astronómicos.

Es indudable que la patria de la astrología es la astronómica Caldea, desde donde se esparció por los demas pueblos, y los árabes la practicaron asiduamente en la edad media. Á pesar de la oposicion que le hizo el cristianismo, áun desde sus primeros días, siempre tuvo muchos partidarios hasta entre los mismos cristianos, reclutándolos, sobre todo, en la época del Renacimiento, al tiempo mismo que las opiniones paganas reconquistaban su imperio sobre los ánimos. El Renacimiento es precisamente la edad en que la astrología llegó á su mayor apogeo, como es tambien aquella en que los astrólogos decidieron de los asuntos más trascendentales en las cortes de los príncipes y en los consejos de los hombres de Estado, así como en los asuntos de las familias dentro del reducido círculo de lo que llamamos la vida privada.

La caída del imperio romano y las diversas invasiones de los bárbaros en Europa nos dan la clave de la introduccion, mejor dicho, de la conservacion y propagacion de la astrología en Europa. El pueblo árabe, á quien tanto debe la civilizacion europea, recogió y conservó cuidadosamente, junto con las ciencias, el arte astrológico salido directamente de la astronomía. Nadie ignora que los árabes trajeron consigo á España las ciencias y multitud de artes, y, cuando á últimos del siglo duodécimo empezaron á disiparse los nubarrones que tenían oscurecida la mayor parte de Europa, acudieron á España todos los sabios europeos para beber en las fuentes árabes los conocimientos científicos que ellos poseían en alto grado en sus múltiples y diversos ramos.

Mezclada con la astronomía enseñaron los árabes la astrología traída del oriente y aprendida por sus antecesores los egipcios y especialmente de los asirios, sus primeros inventores. No debe extrañarse nadie que aquellos hombres creyeran en un arte que muchos califican hoy de absurdo, como lo es realmente, ni debe sorprender tampoco que por tanto tiempo dominara en todos los ánimos áun los más ilustrados; porque, segun dice un escritor de estos últimos tiempos, los astros, y particularmente el sol y la luna, tienen una influencia tan directa, tan innegable sobre las estaciones, la temperatura y la fecundidad de la tierra, que era natural pensar que todos los as-

tros habían sido creados sólo por su relacion con los hombres y con el globo que habitan, y que puesto que tenían influencia sobre la tierra, debían tenerla igualmente sobre las costumbres de los hombres en general, y de los individuos en particular. Además, dice otro sabio, la astrología se apoya en bases mucho mejores que la magia, porque, si nadie ha visto duendes, ni brujas, ni demonios, ni espíritus malignos, se ha visto á menudo cumplirse las predicciones astrológicas. Es verdad que á veces, casi siempre, las mismas predicciones influyen en los sucesos, disponiendo los ánimos de los ejecutores, como desgraciadamente sucede todos los días entre las inocentes mujeres que consultan á las tiradoras de cartas y sonámbulas. Pero no son sólo las mujeres las que en todos tiempos han dado crédito á la astrología y otras artes parecidas. Ahí están Craso, Pompeyo, César, Alejandro de Médicis, y aún sabios cuyos nombres no citamos por decoro y hasta por demasiado sabidos entre los eruditos. En este mismo siglo, con asombro de las personas verdaderamente ilustradas, no falta quien rinde culto á la astrología, aunque esté algo cambiado el nombre que aplican al arte. Buena prueba es de ello el afan con que consultan los secretos de Alberto el Grande, venerado por santo en la Iglesia romana. En estos secretos, más consultados aún de lo que muchos se figuran, se ve de qué modo Saturno domina sobre la vida, las ciencias y los edificios: el honor, los deseos, las riquezas, la limpieza en el vestir dependen de Júpiter. Marte ejerce su influencia sobre la guerra, las prisiones, los matrimonios y los odios; el Sol esparce con sus rayos la experiencia, la felicidad, las ganancias y las herencias; las amistades y los amores proceden de Vénus; Mercurio envía las enfermedades, las pérdidas, las deudas, preside al comercio y al miedo; la Luna domina sobre las heridas, los sueños y los robos. Los días, los colores, los metales están igualmente sometidos á los planetas; el Sol es benéfico y favorable; Júpiter templado y benéfico; Marte ardiente, Vénus fecunda y benévola; Mercurio inconstante y la Luna melancólica. Las constelaciones tienen del mismo modo sus cualidades buenas ó malas.

La formación de los horóscopos era la operación más importante, así como la más comun de los astrólogos. El horóscopo era la misma observa-

cion que hacían los dichos astrólogos del estado del cielo en el momento preciso de nacer alguna persona, y por cuyo medio pretendían adivinar el porvenir de la misma. Para esto les servía la figura ó tema celeste que comprende las doce casas ó signos del Zodíaco, en los cuales se marca el estado del cielo y de los astros en un momento dado para hacer los astrólogos sus predicciones. La manera más general de formar los horóscopos consistía en combinar las consecuencias indicadas por las virtudes de las constelaciones y planetas, despues de haberlos examinado atentamente en el momento preciso de haber nacido la persona, cuyo destino se averiguaba. Si en el cielo se encontraban tres signos de la misma especie, formaban el aspecto trino, que era tenido por favorable; el aspecto séxtuple no pasaba de ser mediano, y el aspecto cuadrado se pronosticaba malo.

Daríamos proporciones interminables á este capítulo, si debiéramos extendernos en las consideraciones que aquí se ofrecen acerca de la astrología y de su increíble influencia en los destinos de las naciones en las épocas antiguas y modernas y especialmente en el siglo décimo sexto; en cuya época adquirió ese arte todo el prestigio é inmenso desarrollo de que podía ser susceptible. Baste saber que Cárlos V de Francia, llamado el Sabio, fué tan dado á la astrología que fundó un colegio para que se enseñara públicamente en él esta ciencia, colmando de beneficios á Chretien, *médico y astrólogo soberano del rey Cárlos V*, segun lo dice textualmente Simon de Phares en su *Catálogo de los principales astrólogos de Francia*. Pero lo más notable y digno de saberse es que estas disposiciones del rey fueron confirmadas por una bula del Papa Urbano V, que fulminó excomunion contra los que se atrevieran á sacar de aquel colegio los libros y los instrumentos que servían para las operaciones astrológicas.

Actualmente se cultiva aún con toda fe y veneracion la astrología en los países orientales donde se meció su cuna, y China, Persia, India y demas pueblos de aquellas regiones se postran humildemente ante la significacion misteriosa de los astros que estudian como árbitros de sus destinos.

Despréndese de todo esto que jamas hubo cosa más impertinente ni quimérica que la astrología; nada más ignominioso para la naturaleza

humana, en cuyo desdoro podrá no obstante decirse con toda verdad, que ha habido siempre hombres bastante malvados para engañar á los demas, só pretexto de conocer las cosas del cielo, de disponer de sus influencias por medio de figuras y palabras, y otros bastante tontos para aceptar promesas cuya realizacion se nos presenta imposible ante la sola luz de la razon.

Un astrólogo habrá predecido á veces la verdad por casualidad, ó por ciertas pasiones que supo inspirar hábilmente para el buen éxito de su profecía, ó por conjeturas independientes de sus reglas y fundadas sólamente en conocimientos que sacó mañosamente de la condicion, de las costumbres, de la conducta de los que quisieron saber de él su porvenir; ó porque estos mismos le ayudaron á salir bien de su empresa por su necesidad ó torpeza. Un famoso astrólogo, llevado por la fuerza de la verdad, se vió precisado á confesar que en Alejandría, se imponía á los astrólogos una contribucion llamada *el dinero de los tontos*, porque, dice él mismo francamente, sólamente los tontos acuden á consultar á los astrólogos.

Este legado se lo debemos á la Asiria. ¿Sabemos lo que le debemos? ¿Quién sabe? Las cacerías de toros llevadas á cabo con tanta aficion por sus reyes, ¿no pueden haber dado origen—traídas por los árabes, como lo fué la astrología—á las corridas de toros, consideradas puramente españolas?.....

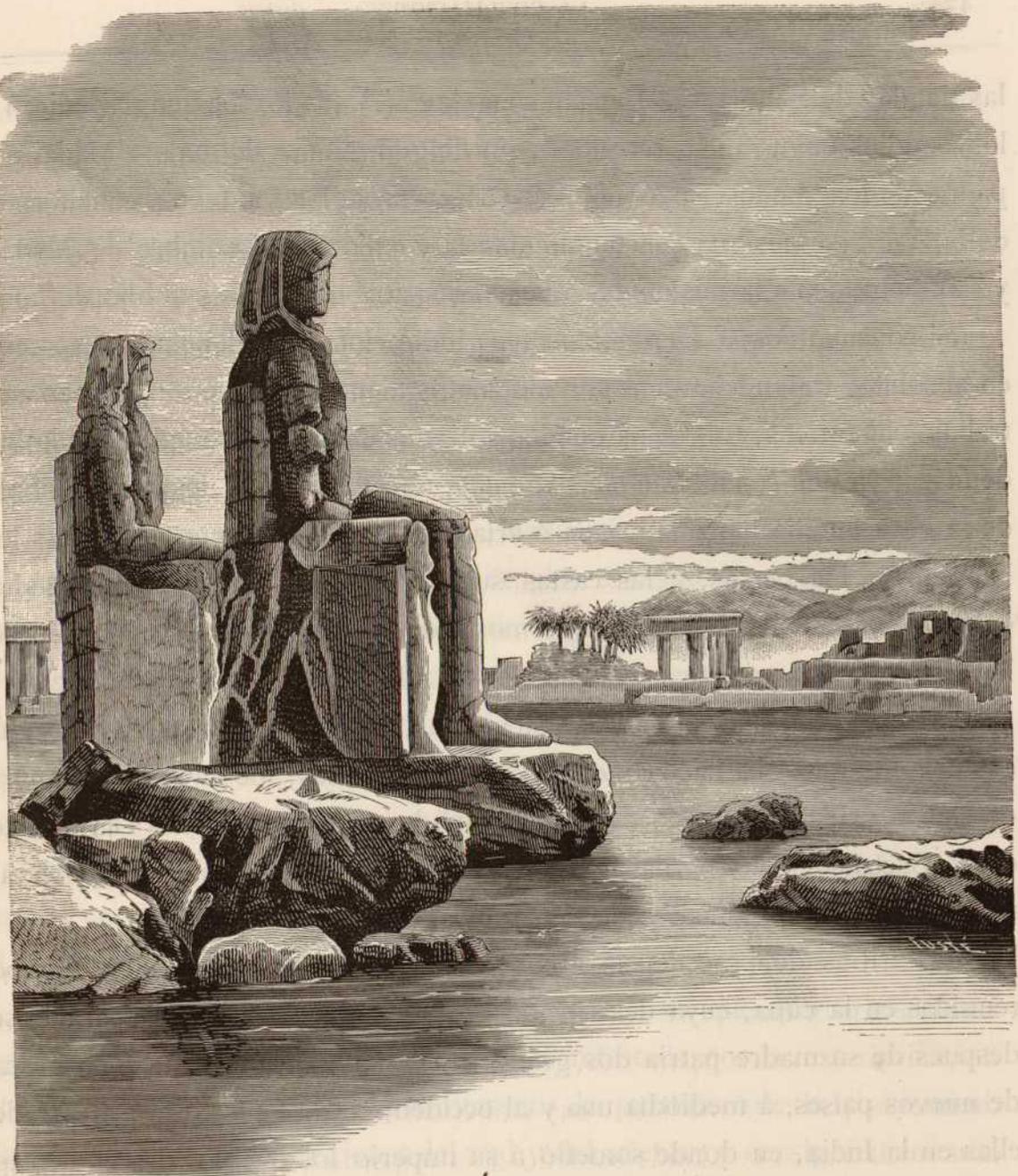
Debemos partir á otras tierras con nuestros lectores. Confesamos una vez más que sentimos viva, honda simpatía por el bello país que nos vemos obligados á abandonar. Aquí brota la vida, la inspiracion, en cada paso que damos, en cada recuerdo que se nos ofrece. La superficie de sus ríos nos refleja un cielo al cual quisiéramos tener siempre fija nuestra vista. Sus campos, donde brotaban bosques de palmeras y sauces nos tienen encantados con sus mismas tristezas, sublimes como el cantar de las aves que los pueblan. ¡Ay! cuán tristes son los destinos de las naciones, cuánta amargura se anida en el corazon humano! Ya no oímos aquí arrullos de palomas, ya no murmuran las fuentes, como si fueran ecos de almas enamoradas que se revelan sus pasiones, ya no crecen las yerbas olorosas en este suelo privilegiado, cuyas brisas alentaron nuestras almas. ¡Ay! la grata

sombra donde se cobijaron las hermosas hijas arias desapareció con los árboles que tronchó la tempestad: secos ahora los canales, secáronse sus raíces, cayeron una tras otra sus verdes hojas, secas despues, y no vive ya la vida donde ántes los perfumes hacían preciosa y grata la estancia. La muerte, cuyo despertar ¡ay! no ha llegado aún, impera allí con todo su despotismo; la naturaleza duerme un sueño no arrullado por céfiro ninguno, y desaparecieron los cantares que hicieron ántes un paraíso de aquellas inmensas soledades. El genio de la desolacion, sentado sobre montes de ruínas, aleja de allí todo movimiento de vida, y el ánimo decae, y el espíritu se oprime, y la neblina que cubre el horizonte como inmensa gasa plomiza, dificulta la respiracion para que sea más absoluto é irresistible el dominio de la muerte que se observa en aquellas ruínas, entre tantas columnas rotas, tantas pirámides caídas, tantas esfinges mudas, tantos jardines trocados en desiertos, tantos perfumes é inciensos transformados en emanaciones repugnantes y ofensivas. ¿Qué se hicieron aquellos Dioses? ¿Dónde están las rosas y jazmines que los adornaron? ¿Dónde está el oro que cubrió sus templos? ¿Qué se hicieron los sacerdotes que los veneraron? ¡Ay! los dioses se fueron; las rosas y jazmines se marchitaron; se pulverizó el oro y desaparecieron entre los escombros los sacerdotes, como si todo aquel mundo de grandeza, de poder y poesía hubiese sido una ilusion engañosa de la naturaleza para burlar nuestras almas.

Grandezas babilónicas, grandezas ninivitas, poderío de los monarcas asirios, hermosura de las jóvenes arias, pasásteis como pasaron las auras que se columpiaron en las copas de las palmeras que se mecían gallardas como os mecíais vosotras en los serrallos de vuestros príncipes y magnates, como pasaron las ondas de vuestros ríos, como pasaron vuestras gracias, perdidas entre los suspiros de vuestros amores no correspondidos, de vuestras pasiones desenfrenadas no satisfechas en el reducido recinto dominado por un solo señor. Un abismo de siglos nos separa de todos vosotros, de toda vuestra historia, pero al estudiar vuestros monumentos, parécenos que zumba en derredor nuestro el soplo de los aires que vosotros respirásteis, y como si formáramos un solo mundo, una sola sociedad, como si nuestra

edad actual fuera aún la vuestra, como si vuestras meditaciones se inspiraran en las nuestras, melancólicas como el presentimiento de vuestro destino, gloriosas como el que os presidió durante tantos siglos de grandezas, os enviamos un adios que expira en nuestros labios pero que desgarrar nuestro oprimido corazón. Si nuestro aliento no puede devolveros la vida, si el calor de nuestra civilización no puede arrancaros de vuestros sepulcros, si una maldición eterna se cierne en vuestro cielo para aplastar todo movimiento vital en lo que fué patria vuestra, recibid con ese adios imperceptible el espíritu de un siglo que os admira y envidia, recibid ese adios como un suspiro arrancado de un alma herida de amores, porque es verdaderamente amor lo que sentimos y pensamos, pero amor engrandecido por las tiernas, simpáticas, inolvidables meditaciones inspiradas por vuestros recuerdos que llegan á nosotros como cantos melódicos de otros mundos desconocidos pero envidiados, de otros mundos habitados por espíritus hermosos que viven entre los misterios de la creación, entre bosques de genios superiores á las mezquindades humanas que nos hacen odiosa esta vida para envidiaros la que ahora vivís en cielos de angelicales armonías. Si á vosotros llegan los quejidos de un mundo que dejásteis, si no turba vuestro reposo el murmullo de la voz que cruce las inmensidades que nos separan, ¡ay! acoged este recuerdo que os consagramos como un himno que si no aciertan á cantarlo nuestros labios, se exhala sincero y apasionado de nuestro triste corazón!

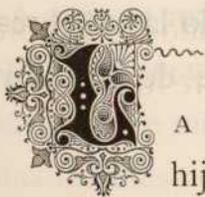




SERRA

CAPÍTULO X

CIVILIZACION MEDA



LA etnografía nos ha enseñado que Madai fué el tercero de los hijos de Jafet, nieto por consiguiente de Noé, quien le bendijo, según el Génesis, con estas palabras: Amplifique Dios á Jafet, y habite en

las tiendas de Sem, y sea Canaan su esclavo (1). Todos los que se dedican á los estudios etnográficos reconocen sin ningun género de duda á Madai por padre de los medos, cuyo nombre conservaron. En los textos cuneiformes de la Asiria se designa constantemente la Media con el nombre de Madai, y es precisamente la misma designacion que atribuye Moisés al hijo de Jafet.

Si consultamos á Herodoto, cuyas indicaciones no debemos despreciar en absoluto, tratándose de los remotísimos tiempos á que se refieren sus trabajos históricos, sabremos que los antiguos daban á los medos el nombre de arios; ya que constituían efectivamente uno de los más ilustres miembros de la gran familia llamada ariana ó ariaca, á la cual pertenecían ademas los bactrianos, los persas, y las castas superiores de la India; pueblos todos cuya comunidad de origen está demostrada por la íntima afinidad de las lenguas y de las primitivas tradiciones así religiosas como históricas (2).

El primer puesto habitado por los arias, ó á lo ménos la más antigua estancia de que nos hacen mencion sus tradiciones, fué la extensa llanura que hay á orillas del Oxus, ó Gihun, llamado actualmente Aum Daria, esto es, la Bactriana y la Sogdiana, país que en el *Zendavesta* es llamado Airyanem-Vaedio, ó sea Mansion de los arianos.

Las tribus de procedencia aria permanecieron por muchísimo tiempo reunidas en la cuna, cuya descripcion acabamos de dar; pero separándose despues de su madre patria dos grandes colonias, encamináronse en busca de nuevos países, á mediodía una y al occidente otra. Penetró la primera de ellas en la India, en donde sometió á su imperio los pueblos descendientes de Cam y á los dravidianos que primitivamente habían vivido allí, y fundaron en aquel país la civilizacion llamada de los brhamas. La otra, despues de muchas vicisitudes y alternativas que se encuentran extensamente narradas en el primer capítulo de la primera parte del *Zendavesta*, se estableció definitivamente entre el mar Caspio y el río Tigris, ocupando las célebres comarcas que despues llevaron hasta nuestros días el nombre de Media y Persia.

(1) Dilatet Deus Japheth, et habitet in tabernaculis Sem, sitque Chanaan servus ejus. — *Génesis*, IX, 27.

(2) HERÓDOTO.—Libro VII, cap. 62.

En el país que vamos á estudiar, como en todos los del Asia, hemos de ver una civilizacion llevada á un punto increíble. Hasta ahora y sin que ningun hecho pueda desmentirnos, podemos consignar que el Oriente, el Asia, fué la cuna de la civilizacion humana, la cuna de las antiguas religiones, como es tambien la cuna de todas las manifestaciones exteriores de lo que hemos dado en llamar lujo, por ser el exceso, lo sobrante, lo supérfluo de cuanto necesita el hombre, quedando, de consiguiente, el Asia el tipo más asombroso y extraordinario de la esplendidez, que no en vano ha hecho decir: *lujo asiático*.

Llevamos ya vistas algunas de las manifestaciones de la civilizacion. Á la manera que un terreno exuberante de vida demuestra su vigor por la lozanía, frondosidad y rico matiz de las plantas que produce, así las civilizaciones asiáticas se nos presentan sobradas de caracteres que nos indican no la vida de un pueblo, sino un desarrollo de fuerzas extraordinarias que la hacen objeto especial de los estudios filosóficos y morales. Ya vimos anteriormente que las condiciones climatológicas de los pueblos de Oriente eran parte muy principal para sorprender el secreto de los distintos caracteres del lujo desplegado en Oriente en contraposicion al de los pueblos occidentales. La ley del progreso de las sociedades humanas, impresa á los pueblos por la ley de la civilizacion es la que debe servirnos de guía; así que, por lo visto hasta ahora, es evidente que la civilizacion manifestada por la exteriorizacion del lujo, que es el apogeo—permítasenos la palabra—de la civilizacion, debió anticiparse en las regiones del sud y del oriente, y consiguientemente, debió ser más tardía en los pueblos del norte y del occidente, como así se observa consultando á la historia.

Como idea general dejamos sentado tambien que la facilidad mayor de atender á las necesidades—verdaderas ó ficticias, que de todo hay—conspira á que sea mayor ó menor el progreso de la civilizacion, y, consecuencia natural, la manifestacion del lujo, satisfechas ya las primeras necesidades con sobra de medios. La más rígida moral no podría condenar en conciencia estas manifestaciones en pueblos donde la naturaleza les da ejemplo, y hasta cierto punto las incita. En esas regiones cálidas la esplendidez asombra;

el sol brilla con rayos más ardientes y ofrece tonos de luz que deslumbran, las aves se distinguen por la viveza de los colores de sus plumas y por lo variado y rico de sus cantares; hasta las piedras preciosas, más abundantes que en otros sitios, reflejan con mayor intensidad la descomposicion de la luz, casi irresistible á las miradas.

Las mismas desigualdades de castas son debidas tambien á las mismas circunstancias físicas, porque el enervamiento de las masas condenadas á la obediencia, no reconoce otra causa, y con poco gasto es posible darse el lujo de la superioridad. Los sentidos son los que dominan en esos pueblos, y se sabrá explotar como un medio de goce é instrumento de dominacion cuanto pueda tender á aumentar la desigualdad entre las castas.

No crean nuestros lectores al expresarnos así que supongamos ni por pienso que los pueblos occidentales, sujetos á climas distintos, se libren de la accion demoledora de las manifestaciones exteriores del bienestar. Ya hemos indicado más de una vez que la precision de atender á las necesidades obliga al hombre á la ley del progreso en toda vitalidad moral. La misma multiplicacion de las necesidades despierta la inteligencia, aviva el ingenio para que procure el hombre la satisfaccion de las mismas, y luégo despues, impulsado por la misma ley del progreso, franquea el límite de la necesidad y entra en el terreno vedado de los goces, del lujo, del exceso de civilizacion: de manera que lo que se debe en los pueblos orientales á la magnificencia de la naturaleza, se debe en los occidentales á sus mismas asperezas.

Quizas nuestros lectores nos encuentren monótonos en lo que hemos dicho comparándolo con lo que vamos á decir ahora; pero ¿será nuestra la culpa si se parecen los países cuya civilizacion estudiamos? Créannos nuestros lectores que procuraremos dar amenidad á nuestro trabajo, valiéndonos al efecto de cuanto se haya publicado acerca del asunto, dándole la unidad necesaria á nuestro objeto; pero culpen á la materia y no á nosotros si resalta alguna semejanza ó parecido entre lo ántes escrito y lo que ahora sigue, porque está en las leyes de la naturaleza que sean semejantes las frutas de una misma especie aunque procedan de distintos árboles y de diferentes países.

Aún actualmente comparados los países actuales del oriente con los de

los antiguos tiempos, no difieren tan esencialmente como á primera vista pudiera parecer. Un viajero moderno, hablando de las costumbres de las mujeres egipcias, dice lo siguiente: «Las sartas de perlas, los collares de coral ó de granos de ámbar les agradan mucho, así como los grupos de zequíes, porque la moneda de oro es en su concepto un adorno. Las mujeres egipcias parecen escuchar con complacencia el ruido de las joyas que traen en sus orejas, cuello, brazos y piernas, encima del tobillo. Debe creerse tambien que semejante gusto se ha manifestado en ellas desde muchísimo tiempo, puesto que hay en el Coran un pasaje en el cual está condenado este género de ostentacion: «Las mujeres se abstendrán, caminando, de hacer ruido con sus piés para no atraer la atencion á los adornos que deben ocultar (1).»

Están demasiado recientes los grandes ejemplos de despilfarro oriental que nos han ofrecido últimamente el sultan Abdul-Aziz de Turquía, con su serrallo de mil doscientas mujeres é innumerables palacios, y el virey de Egipto destituido por efecto de la mala administracion de su hacienda, incapaz para sostener la enormidad de sus gastos y locuras, suspirando en extranjera tierra por las brisas que gemían en sus bosques de naranjos, como un parásito soñoliento en inmenso espacio falto de vida y luz.

Por lo demas, ahora, como cuarenta siglos atras se nos presenta exuberante la civilizacion de los pueblos de oriente, de manera que un crítico de estos últimos años dijo á propósito de una Exposicion universal, hablando de los pueblos de quienes tratamos: «El capricho lujoso del artífice sembró en las muestras que tenemos de los artefactos orientales los arabescos y las pedrerías con una fantasía desenfadada llena de esplendor. No es una silla, sino una joya de grande dimension, es un cofre con estribos. No hay nada bastante precioso: el terciopelo desaparece debajo del oro, el oro debajo de las turquesas, los granates, los rubíes y los diamantes. No creais, segun esto, en una riqueza pesada, en una opulencia excesiva; el arte excede todavía á la materia; el gusto más puro, fino é inventivo, ha cincelado, labrado, afiligranado los adornos infinitos, tan limpios, tan obstinadamente seguidos,

(1) BLANC.—*Viaje al Alto Egipto.*

á pesar de su complicacion laberíntica. No dejaron más maravillosamente acabadas sus obras Benvenuto Cellini, Enrique d' Arfé ni Vechte. Y qué admirable conocimiento del color! De qué manera un hilo de plata suaviza oportunamente el brillo demasiado leonado de un galon de oro! De qué manera una piedra felizmente engastada llena una hoja de luz harto difusa! Los más vivos matices y los más violentamente opuestos se armonizan sin esfuerzo en una brillantez general (1).» En estas líneas se halla perfectamente retratado el Oriente actual, y, excepcion hecha, del tiempo, podría esto aplicarse con toda exactitud al que nosotros estudiamos á tantos siglos de distancia.

Aquí, como en la Asiria, nos encontramos con pueblos que, ya juntos, ya separados, forman á veces todo un imperio, y dejan otras veces de pertenecer al mismo. El estudio de estos pueblos ofrece siempre una dificultad más, prescindiendo de la oscuridad en que están envueltos sus orígenes: la confusion. La Media no puede estudiarse sin confundírsela con la Persia, en muchos de sus periodos históricos; no obstante, nosotros le destinamos un capítulo aparte, para mayor claridad; porque si bien es verdad que estuvo siempre en continua relacion con los persas y que hasta durante algun tiempo estuvo completamente mezclada con ellos, se la puede no obstante ver enteramente distinta, y esto basta para que nos fijemos un momento en ella sola, en su vida propia, con entera independendencia de la Persia.

Algo hemos visto relativo á la Media estudiando la Asiria. Sabemos que Arbacés destruyó el imperio asirio, pero siguiendo este general la regla casi infalible de que no todos los que saben destruir son aptos para edificar, nada supo establecer en la Media, abandonándola á la libertad que se habían conquistado aquellos pueblos, sin acertar en darles una forma de gobierno.

Pero ántes de anticipar ideas, creemos oportuno, para mayor claridad, determinar los verdaderos límites de la Media propiamente dicha.

Segun nos dicen Plinio y Estrabon, estaba la Media terminada al norte por la Armenia, al mediodía por la Suriana y la Sitacena; al oriente por el

(1) TEÓFILO GAUTIER.—*Articles sur l' Orient.*

reino de los partos y los países situados á lo largo del mar Caspio, y al occidente por la Adiabena y la Gordiena.

Habiendo los medos sacudido el yugo de los reyes de Siria, si hemos de dar crédito á autores que no lo merecen mucho, prefirieron el gobierno republicano al monárquico; pero, otros pueblos, que bajo sus banderas habían tomado parte en la rebelion, llamados impropriamente medos por Ctesias, reconocieron por su rey á Arbasés. La muerte de éste abrió el campo á los desórdenes de la anarquía, durando esta por espacio de veintinueve años, permaneciendo los habitantes de aquella vasta region divididos en tribus independientes entre sí, cada una de las cuales tenía un juez en lugar de rey. Durante este tiempo había la libertad degenerado en licencia, como sucede siempre y en todos los países, cuando se traspasan los límites de aquella, á que son muy propensas las pasiones humanas, y sintieron entónces los medos la necesidad de darse apresuradamente un legislador y soberano comun para no caer bajo el dominio de los asirios, y recayó la eleccion en Deyoceas, que por su calidad de juez y por sus prendas personales, creyeron que era el más á propósito para curar los males de su país.

Elegido ya Deyoceas, fueron á encontrarle todas las demas tribus para someterse á su gobierno, y aceptada la oferta, le dieron en junta general el título de rey. Sentado ya Deyoceas en el trono, y conecedor del espíritu turbulento de sus vasallos, fué su primer cuidado rodear la soberanía de todo aquel aparato que atrae el amor y el respeto á los monarcas. Para inspirar respeto, y reformar las costumbres casi bárbaras de los medos, exigió de éstos que le fabricaran un palacio al que rodeó de fortificaciones. Creó una guardia considerable para la seguridad de su persona, nombró oficiales para su ejército, y ministros que gobernasen el estado bajo sus inmediatas órdenes.

Vivían los medos dispersos en sus aldeas sin conocer más ley que la fuerza de su capricho; pero el ejemplo de la Asiria les descubre el secreto de su civilizacion y hasta de su lujo y le hace entrega de sus tesoros. La monarquía llena de pompa que establece Deyoceas, contribuye por su parte á dar más esplendor y delicadeza á la vida, y los medos pasan de un salto de la

vida agrícola, de las costumbres rudas y guerreras á los hábitos de refinamiento y de vida holgada.

Para contener en su deber á esta nacion feroz y civilizarla, estableció Deyoceas una legislacion fija, é hizo edificar una ciudad en torno de su palacio en la cual reunió á los medos de más consideracion. Rodeóla de siete murallas, de las cuales unas eran más altas que las otras, no en sí mismas, sino á causa de la pendiente del terreno, de manera que dominaba sobre de una colina en figura de cono. Todas las murallas que la rodeaban le daban desde léjos un aspecto hermosísimo, porque todas eran de distinto color: blanca la primera, negra la segunda, púrpura la tercera, azul la cuarta, naranjada la quinta, plateada la sexta, y dorada la séptima.

Dióle á esta ciudad el nombre de Ecbatana.

Encerrado Deyoceas con sus cortesanos en el palacio, que ocupaba el centro de la ciudad, y cuya magnificencia no tardó mucho en igualar á la de los soberbios de Babilonia y Nínive, se hizo el rey inaccesible al resto de sus súbditos, que en sus asuntos sólo podían dirigírsele por conducto de sus ministros. Estos y los demás cortesanos estaban obligados á guardar en su presencia la mayor circunspeccion. No se les permitía reir ni escupir delante del monarca. Mantuvo ademas su autoridad, castigando con rigor á los infractores de sus leyes. De este modo domó la ferocidad de los medos, doblegando su carácter al yugo de la obediencia y estableciendo entre ellos una buena policía. Para impedirles que se moviesen en el interior del reino, hizo guerra á los de fuera, pero la historia no nos ha dejado pormenores de sus expediciones militares; sin embargo, parece que fueron afortunadas y que contribuyeron al engrandecimiento de sus estados. Su reinado duró cuarenta y dos años, tiempo sobrado, para que, al bajar al sepulcro, se llevara en pos de sí, ya que no las lágrimas, á lo ménos la estimacion de sus súbditos.

Tenemos ya constituída la nacion meda. Los monumentos que de ella nos quedan nos habrán de ayudar á formarnos sencillas ideas de sus usos y costumbres, debiendo ser muy reducido lo que podamos decir de un pueblo cuya existencia nacional fué de tan corta duracion. La historia nos describe los largos trajes talaes que tenían grandes mangas perdidas, traje holgado,

ancho, noblemente elegante, cuyas telas estaban teñidas de colores brillantes ricamente bordadas de oro y plata.

Afortunadamente la curiosidad puede satisfacerse leyendo en Jenofonte el tocado de los medos, de acuerdo con las descripciones exactas y circunstanciadas en muchos pormenores del historiador Herodoto, formándonos así una cabal idea del conjunto de aquella civilizacion manifestada al traves de las huellas no borradas aún de su ruda barbarie. En las figuras con cuerpo de toro y cabeza de mago se descubre el imperio medo y persa, union de dos sociedades constituídas por el refinamiento y la barbarie.

Como los asirios y muchos de los pueblos orientales, cubríanse los medos la cabeza con una rica tiara que ocultaba sus largos cabellos. Iban cargados de brazaletes, y cadenas de oro y collares sembrados de piedras preciosas; llevaban pintados los ojos y las cejas, el rostro compuesto con afeites y mezclaban con sus cabellos, postizos y cabelleras artificiales. Á todos esos adornos, á todo ese lujo de refinamiento que prueban una civilizacion llevada al exceso, y, por consiguiente, próxima á la decadencia, añadieron los medos el vicio de la crápula. No les bastó ya la afeminacion en la delicadeza de los manjares y deleites de la mesa, y acudieron á la música y al baile para acompañar sus comidas. De esto á los excesos en la comida y sobre todo en la bebida, no media grande distancia, y la salvaron los medos cayendo en una embriaguez á la que se siguieron todos los arrebatos que forman su cortejo inseparable.

La historia de la civilizacion meda se confunde ya con la de Lidia, pueblo que fué más allá en las manifestaciones viciosas. Desde ahora, al hablar de los medos, debemos referirnos siempre á los lidios, bien así como dos ríos confundidos por su afluencia en uno solo.

La raza lidia había sido heróica y lo había acreditado en los campos de batalla combatiendo intrépidamente, armados sus soldados con lanzas de extraordinaria longitud. Estas costumbres bélicas cedieron, como las de los medos, ante la influencia de vicios repugnantes y vergonzosos. Parece que la Providencia se sirvió de la Persia, pueblo vigoroso entónces, para castigar la ingratitud que podríamos llamar de los lidios á la fertilidad de su suelo, á

su inmenso comercio, á las inmensas y naturales riquezas que le ofrecía el monte Tmolus y el oro que en sus aguas arrastraba el famoso río Pactolo. Sin duda se debe á estas riquezas la opinion muy acreditada de que ellos inventaron las monedas de oro y plata.

Eran los lidios de carácter industrial, sabían trabajar finas telas de púrpura y los metales preciosos. Su principal comercio consistía en objetos de lujo, en tejidos preciosos y en juguetes de niños de los que surtían á la Grecia, á la que compraban otros productos que les entregaban en cambio del precioso metal convertido por éstos en estatuas de dioses.

Los lidios se vieron afligidos por diez y ocho años de carestía durante el reinado de Atis. Para distraer sus males, inventaron el juego de la taba, de los dados, de la pelota y algunos otros; y así alternaban los días, distrayendo el hambre que les atormentaba, jugando un día entero y comiendo el siguiente. Basta esta simple consideracion del origen de los juegos, para renegar de su abolengo. Sólo la miseria, la necesidad impuesta por el hambre pudo dar vida al juego, que no debe, ni puede tener carta de naturaleza entre gente honrada con el sudor del trabajo: el juego antítesis del trabajo; esto es todo.

Los lidios concertaban sus casamientos haciéndose incisiones en el brazo y lamiéndose recíprocamente la sangre que de ellas salía. Esta idea nos obliga á continuar aquí un pasaje de la historia lidio-meda que termina con esta ceremonia del recíproco chupamiento de sangre.

Á Fraortes—el Arfaxad de la Biblia, segun vimos en el capítulo anterior—hijo de Deyocean, primer rey de la Media, sucedióle en el trono su hijo Ciájara. Era éste el príncipe que convenía á los medos para desviar el reino de la pendiente de su ruína á que le llevaban las malas empresas de Fraortes. La victoria de Ragu, el Rages de la Biblia, segun se lee en el libro de Tobías, había hecho á los asirios dueños de una gran parte de la Media, é igual suerte amenazaba al resto de su imperio. Ciájara, levantando un ejército, dedicóse á establecer una nueva disciplina. Segun nos cuenta Herodoto, fué el primero que ordenó las tropas de Asia en diferentes cuerpos militares, porque ántes la caballería iba mezclada con la infantería. Re-

mediando Ciájara tal desórden, se halló en estado de vengar la muerte de su padre Fraortes, preso y muerto violentamente por Saosduquin, rey de Asiria, vencedor en la mentada batalla de Ragan, y de restaurar ademas el honor de los ejércitos medos. Ocurría esto el año 954 ántes de Jesucristo.

Despues del sitio y batalla de Bétulia, en que á manos de la hermosa Judit había muerto Holofernes, general de los ejércitos asirios, habían perdido éstos gran parte de su brillante reputacion militar, y, en su consecuencia, los pueblos que habían conquistado sacudían á porfía su yugo. Ciájara, á su vez, alentado por ese descalabro marchó contra aquellos envilecidos conquistadores, y habiéndole salido al encuentro los asirios fueron éstos derrotados. Persiguióles Ciájara hasta Nínive, cuya ciudad sitió; pero miéntras estaban ocupados en el sitio, supo que un ejército formidable de escitas, despues de haber arrojado de Europa á los cimbro, se adelantaba hacia la Media, mandado por su rey Madies, hijo de Prototías. Este contratiempo obligó á Ciájara á abandonar el sitio de Nínive para acudir á la defensa de su país. Atacó á los escitas que se hallaban ya en sus fronteras, y á pesar del valor que desplegó en la batalla, quedó su ejército enteramente derrotado, y el país á merced del vencedor, que, no encontrando obstáculo, atravesó toda el Asia, penetrando hasta el Egipto. Ganados empero por los presentes de Psammático, que reinaba en aquel país, renunciaron á su conquista, y se retiraron. Su dominacion en Media duró por espacio de veintiocho años. No pudiendo deshacerse Ciájara á fuerza abierta, de estos huéspedes importunos, recurrió á una estratagema que concertó con sus principales súbditos. Invitó á los gefes escitas á un festin, y los hizo asesinar despues de haberlos embriagado. Los grandes de Media hicieron lo mismo, y en un día se vió libre este reino de una larga y cruel esclavitud. Los escitas que escaparon de la matanza se refugiaron en Lidia, en donde fueron recibidos con humanidad. Despues de reparar los daños que en sus Estados habían causado, volvió Ciájara á emprender la conquista de Nínive, y se le unió Nabopolsar que reinaba en Babilonia hacía diez años, ó, por mejor decir, su hijo Astiages, llamado Asuero por el profeta Daniel, para sitiar otra vez esta

ciudad. Sucedió esto el año 615 ántes de la era de Jesucristo. Dueños de Nínive la destruyeron, y por esta conquista fué dividido el reino de Asiria entre los medos y los babilonios.

Desde que los escitas fugitivos se habían retirado á Lidia, no había cesado Ciájara, aunque inútilmente, de reclamarlos como enemigos á quienes tenía derecho de castigar. Ofendido porque se los negaban, á fines de su reinado declaró la guerra al rey de Lidia, llamado Aliates. Duró seis años y terminó por un eclipse, que, aunque anunciado por Tales de Mileto, asustó de tal manera á los dos ejércitos, segun lo refiere Herodoto, que, á pesar de estar riñendo, bajaron las armas y sólo pensaron en hacer la paz. No sólo fué causa este eclipse de la paz entre los medos y los lidios, sino que, para cimentarla, se convino que Astiages, hijo de Ciájara, se desposaría con Arienis, hija de Aliates. Nabucodonosor, rey de los babilonios, y Syennesin, rey de Cilicia, fueron, segun nos cuenta el historiador Herodoto, los mediadores del tratado que se concluyó, dice, á manera de los griegos, esto es, haciéndose cada una de las partes una incision en el brazo para sacar sangre que chuparon recíprocamente.

La gula, los hábitos afeminados y la mala fe del pueblo lidio le hacían despreciable. Su música era voluptuosa, fiel expresion de sus costumbres depravadas. No obstante, las ofrendas presentadas á veces á los dioses por este pueblo fueron á menudo espléndidas, complaciéndose tambien los reyes en prestar homenajes bajo las más suntuosas formas.

Tratando nosotros de la civilizacion de los pueblos más que de su historia, y reflejándose aquella principalmente en sus reyes y magnates y filósofos, por estar en puestos elevados desde los cuales irradia á las capas inferiores de la sociedad, citaremos algunos hechos históricos de los reyes del país de que tratamos, que nos demostrarán los progresos de la civilizacion en aquellas edades.

Curado Aliates, padre de Creso, de una enfermedad, dedica á Delfos una crátera de dimensiones muy grandes, montada sobre un pié de hierro soldado, y era una de las más excelentes preciosidades que podían contemplarse en Delfos. Los dones ofrecidos por su hijo Creso á los Dioses exceden á toda

ponderacion. Para hacerse propicio el Dios de Delfos, le sacrifica tres mil animales de todo género. Manda construir una inmensa hoguera sobre la cual amontona camas cubiertas con planchas de oro y plata, muchísimos vasos de oro, telas y túnicas de púrpura, y le manda pegar fuego. Con la inmensa cantidad de oro que recogió de las cenizas de la hoguera, fundiéronse ciento diez y siete ladrillos de oro y un leon de diez talentos de peso, cuyos presentes se enviaron al templo de Delfos. Á todo esto añadió Creso dos cráteras muy grandes, de oro una, de plata otra, vinajeras de plata de forma circular, una estátua de mujer hecha de oro, de tres codos de altura. Tambien consagró á los dioses todos los adornos de su esposa. Todos estos regalos empero eran interesados: ofrecíalos á los dioses para que le fueran propicios en una guerra que emprendía contra los persas á consecuencia de un oráculo que él creyó favorable para sí, aunque el resultado de la guerra le fué contrario. Todo lo que antecede se refiere al órden religioso. Veamos ahora el filosófico ó social.

Creso cultivaba las ciencias y las letras. Su corte era el punto de reunion de todos los sabios: en ella vivió el fabulista Esopo; y Solon, el gran legislador de Atenas, estuvo en ella algun tiempo. Queriendo Creso desplegar toda su magnificencia, presentó á los ojos del filósofo su oro y pedrerías, pero Solon apenas se dignó fijar en ellas una mirada desdeñosa, en vista de lo cual le dijo el rey: «—¿Habeis conocido algun hombre más dichoso que yo?—Sí tal, le respondió Solon; he conocido á un simple ciudadano de Atenas, llamado Tello, que era más feliz, porque pereció combatiendo por su patria despues de haberla visto floreciente y sus hijos estimados.—Y despues de Tello ¿quién es el más feliz?—Cleobis y Biton, dos hermanos que despues de haber conducido al templo el carro fúnebre de su madre, se durmieron para no despertar jamas.—Segun esto, replicó Creso, tú no me cuentas entre el número de los afortunados?—Rey de Lidia! exclamó Solon, nadie es feliz si la fortuna no le acompaña hasta la tumba; ningun premio recibe el atleta miéntras corre en la carrera. Miéntras los mortales viven, su dicha no tiene más estabilidad, que la corona durante la pelea.» ¿Por qué no se habla siempre así á los reyes? ¿por qué se les adula y pierde? Por lo demas,

los sucesos justificaron muy luégo la verdad de las célebres palabras dirigidas por el austero Solon al infatuado rey.

Las aplicaciones morales que surgen naturalmente del fin de Creso, comparado con su engrimiento, hijo de sus riquezas que le han dado celebridad en todos los siglos, no nos permiten omitir aquí el triste desenlace de su historia.

Creso perdió el menor de sus hijos en una cacería, y el primogénito era mudo. Las grandes conquistas que Ciro había hecho en el Oriente, y la reunion del imperio de los medos al de Persia, affigieron el ánimo de Creso, que temiendo perder sus posesiones, concluyó una liga con Amasis, rey de Egipto, y Labinito, rey de Asiria; pero, vencido por Ciro cerca de Capadocia, fué perseguido hasta las llanuras de Timbrea, cerca de la ciudad de Sardas, en donde le presentó su última batalla, y, vencido de nuevo, se encerró en Sardas, cuya ciudad tomó Ciro y saquearon sus soldados. Uno de estos encontró á Creso, y, sin conocerle, iba á darle muerte, cuando su hijo, movido por la ternura filial, hizo un esfuerzo, y rompiendo el nudo que embargaba su lengua, exclamó: «Soldado! deja la vida á Creso!» Á este grito el guerrero suspende su brazo, y Creso salvó su vida á costa de su libertad.

Creso subía ya á la fatal hoguera á que estaba condenado por órden del vencedor, y el recuerdo de las lecciones que el sabio legislador y filósofo Solon le diera, preocupaban vivamente su espíritu. Oh Solon! exclamó, y sin darse cuenta de ello lo repitió tres veces. Sorprendido Ciro de estas exclamaciones quiso saber la causa de ellas, y conmovido de las desgracias humanas, le perdonó la vida.

Hemos nombrado poco há la ciudad de Sardas. Reconstruída nuevamente pero de un modo muy suntuoso bajo la dominacion persa, convirtióse en centro de las delicias del Asia, y fué la residencia favorita de los reyes persas cuando iban al Asia menor. Á ella acudían en gran número los extranjeros, hospedándose en palacios que afectaban la magnificencia de verdaderos edificios públicos. Ofrecíales asimismo dicha ciudad elegantes artefactos como los juguetes para niños, trabajados con sin igual arte, y los bailes y las diversiones de una ciudad llena de movimiento y alegría. Todo esto, por

aliciente que fuera no llegaba, ni de mucho, al cebo, al incentivo que presentaba Sardas para dar satisfaccion á la lujuria cuyo igual no se hallaba ni en todos los demas pueblos del Oriente, por más disolutos que fueran. El libertinaje, el continuado desarreglo de las costumbres, el hábito de las orgías estaba desarrollado en todas las clases de aquella sociedad, favorecido como estaba por los infinitos recursos que proporcionaba para el vicio el gran mercado de esclavos establecido allí, como centro en donde se reclutaban los pobres seres destinados á los serrallos de la mayor parte de las grandes poblaciones del Asia.

La monarquía de los medos que comenzó con Deyoceas y terminó con Ciájara II, llamado Darío el medo por el profeta Daniel, no duró más que unos doscientos años; por cuyo motivo se comprende muy bien que no ofrezca mucho que decir una civilizacion que, apénas comenzada, dejó de ser para quedar embebida por otro Estado al cual pertenece desde la muerte de Darío. No obstante, y sin perjuicio de dar todos los pormenores indispensables, cuando tratemos de la civilizacion persa, no podemos prescindir de apuntar lo más esencial de los pocos reinados que formaron la duracion del imperio de los medos, para podernos formar de este modo una idea, sino cabal, aproximada á lo ménos de lo que fué aquella civilizacion, pasajera en el mundo como aquellas flores de matices y perfumes delicados que abren su cáliz al nacer el sol y espiran marchitas y mustias con el postrer centelleo del último crepúsculo del día que contaron de vida.

Astiages, hijo de Ciájara I, le sucedió en el trono de la Media. Había tenido en su primera mujer, ántes de desposarse con Arienis, una hija llamada Mandana, que dió en matrimonio á Cambises, rey de Persia, en vida de su padre Ciájara. Arienis, por su parte, le dió un hijo que fué llamado Ciájara como su abuelo. Colmado Astiages de riquezas, fruto del valor de sus antepasados, dedicóse más á disfrutar de ellas que á seguir los instintos de la codicia, aumentándolas con nuevas conquistas. Dejándose arrastrar por la corriente que impera en todas las razas y cortes orientales, brillaron en su corte todo cuanto tiene el fausto de más imponente, el lujo de más refinado, y la delicadeza de más exquisito.

Aunque sea anticipando la relacion de un hecho, muy pertinente por otra parte aquí, con el objeto de dar una idea del fausto, lujo y delicadeza que nos pintarán las costumbres de la corte de Media, formando contraste con las austeras y rígidas de Persia, vamos á narrar un hecho, digno de fijarse en la memoria de cuantos se interesen á favor de las grandes acciones, de las grandes virtudes y sobre todo de la buena educacion de la juventud.

Mandana, hija de Astiages y esposa de Cambises, tuvo de éste un hijo llamado Ciro. Llegado éste á la edad de doce años, llevóle Mandana al palacio de Astiages, rey de un pueblo, como ya lo sabemos, que hacía tanta ostentacion del lujo, como los persas de su sencillez; pero, ni la pompa ni el oropel pudieron deslumbrar al jóven príncipe persa, ni mucho ménos romper su tierno corazon las delicias de aquella afeminada Corte. Deseoso su abuelo de ver si podía hacerle olvidar las costumbres persas, había dispuesto al efecto un suntuoso banquete en que la prodigalidad competía con la delicadeza de los manjares; pero el niño Ciro, dando alto ejemplo de sobrias virtudes, miró todo aquel tentador aparato con suma indiferencia, y leyendo en el semblante de su abuelo la admiracion que su conducta le inspiraba, le dijo el niño: «los persas, para satisfacer su apetito, se molestan ménos que vosotros, para ello toman un partido más sencillo; algunos puerros y un pedazo de pan cumplen su objeto.» Con el beneplácito de su abuelo tomó entónces los manjares que en la mesa había, y los distribuyó entre los oficiales que se hallaban presentes; pero acordándose el jóven príncipe de que Sacas, copero del rey é introductor en su cámara, le había negado alguna vez la entrada,—pues que Ciro pasó cuatro años en la Corte de su abuelo Astiages,—le dejó olvidado, como si no estuviera allí presente. Viendo, empero, que su abuelo Astiages se resentía del desaire hecho á su favorito, pidióle permiso, á fin de desagraciarle, para desempeñar por sí mismo las funciones de copero en lugar de Sacas. El modo gracioso y la finura con que presentó la copa al rey, encantó á los cortesanos que lo estaban viendo, y le dijo su abuelo: «Quedo satisfecho de tí, hijo mio; nadie es capaz de servir con tanta gracia; pero te has olvidado de probar el licor que me presentas, esta ceremonia es esencial.—Ciro le replicó: «No ha sido por olvido

sino porque he temido que esta copa estuviera emponzoñada.—¡Emponzoñada! y por qué? preguntó Astiages azorado.—Porque hace algunos días que observé, contestó Ciro, que despues de haber bebido de este líquido, se turbó la razon de vuestros cortesanos. Daban voces, cantaban y hablaban sin sentido; parecía que vos habíais olvidado que sois rey, y ellos que son vuestros vasallos. Quisísteis andar, y no os podíais sostener.—¿Y no sucede lo mismo á tu padre Cambises? le preguntó Astiages.—Jamás! contestó el jóven indignado; cuando mi padre ha bebido, se ha apagado su sed, y no le sucede otra cosa.»

¡Qué cuadro de costumbres, pero qué leccion de moral revelan estas líneas! ¡Cuánta degradacion, cuántos vicios corroían el corazon de aquella sociedad que muy léjos de tomar ejemplo de la austera virtud de un niño, la ponía á prueba, pero á prueba muy dura y tentadora, para hacerla naufragar! ¡Qué civilizacion la de un pueblo entregado á los excesos de la embriaguez, hasta el punto de olvidar rey y súbditos el decoro debido á la respectiva y propia dignidad no sólo de monarca y cortesanos, sino hasta de hombres, de seres racionales! ¡Qué corrupcion de costumbres la que no escarmentó con la elocuente leccion práctica de un príncipe niño!

Dícenos la historia y lo consignamos con extrañeza que, á pesar de todo esto, no fué Astiages un monarca indolente y despreciable, sino que supo hacerse respetar de sus súbditos y temer de sus vecinos. Nuestros lectores nos agradecerán la narracion de un hecho curioso y poco sabido que lo prueba terminantemente.

Evilmerodac, hijo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, conoció por experiencia propia que no se insultaba impunemente á Astiages. Hallándose el jóven príncipe en vísperas de contraer matrimonio, quiso ir en persona, siguiendo las aficiones de los reyes asirios, á buscar la caza de que necesitaba para sus bodas. Supo que abundaba en cierto paraje de su reino confinante con el de los medos. Dirigióse á él con un numeroso séquito de cazadores, que se reforzó al día siguiente con un destacamento de guardias que su padre le envió para su seguridad. Envalentonado con esta especie de ejército, entró en el territorio de los medos, tanto para perseguir la caza, como para provo-

car á su vecino. Apénas tuvo noticia Astiages de tamaño insulto, cuando exigió que se le diese una satisfaccion. Reunido un ejército, le condujo, acompañado de su hijo Ciájara, al país de los babilonios invasores en donde se le juntó su nieto Ciro. Evilmerodac, que les salió á su encuentro, fué derrotado, y el rey de los medos volvió triunfante á sus Estados, que dejó florecientes al morir, despues de un reinado próspero de treinta y cinco años.

Ciájara II fué el sucesor de su padre Astiages, á quien se propuso por modelo en el gobierno de sus Estados. El objeto constante de su ambicion era vivir en el reposo y las delicias en medio de una corte faustuosa y brillante, recibir los homenajes, y reinar pacíficamente sobre un pueblo acostumbrado al yugo de su grande autoridad.

Para dar una idea de la increíble esplendidez de la Corte de la Media, vamos á reproducir aquí parte del libro de Ester, en donde se lee: « En tiempo del rey Asuero (1) que reinó desde la India hasta la Etiopía sobre ciento y veintisiete provincias; al sentarse en el trono de su reino, fué Susa la ciudad escogida para la capital de su imperio. Al tercer año pues de su reinado, dió un espléndido convite, que honró con su presencia, á todos los príncipes de su corte, á todos sus oficiales, á los más valientes de los persas, y á los más señalados entre los medos, y á los gobernadores de las provincias, (todo para ostentar las riquezas y magnificencia de su reino, y la grandeza y pompa de su poderío); convite cuya celebracion duró mucho tiempo, á saber ciento y ochenta días (2). Estando ya para acabarse, convidó á todo el pueblo que se hallaba en Susa, grandes y chicos, y mandó se les dispusiese un banquete de siete días, en el cercado del jardin, y del bosque, que había sido plantado de mano de los reyes, y con regia magnificencia. Habíanse tendido por todas partes toldos de color azul celeste y blanco, y de jacinto, sostenidos de cordones de finísimo lino, y de púrpura, que pasaban por sortijas de marfil, y se ataban á unas columnas de mármol. Estaban tambien dispuestos canapés

(1) Ya hemos advertido ántes que á Ciájara II, hijo de Astiages, se le llama Darío el medo en el libro de Daniel y Asuero en el de Ester. Los griegos le llamaron Artajerjes.

(2) En muchos autores profanos de la antigüedad se leen relaciones de semejantes fiestas y convites de larga duracion. Pueden consultarse Suetonio hablando de Tiberio y Juliano; Ciceron, en sus Tusculanas; Ateneo, libros VIII y XII y otros.

ó tarimas de oro y plata, sobre el pavimento enlosado de piedra de color de esmeralda, ó de pórvido, y de mármol de Paros, formando varias figuras á lo mosaico, con admirable variedad. Bebían los convidados en vasos de oro, y los manjares se servían en vagilla siempre diferente: presentábase asimismo el vino en abundancia, y de exquisita calidad, como correspondía á la magnificencia del Rey. Ninguno forzaba á beber al que no quería, sino que cada cual tomaba cuanto gustaba, conforme lo había mandado el Rey; el cual á este fin dió la presidencia de cada mesa á uno de sus magnates. Al mismo tiempo la reina Vasthi dió un convite á las mujeres, en el palacio donde solía residir el rey Asuero. Y el dia séptimo, estando el Rey más alegre de lo acostumbrado, y por el demasiado beber recalentado del vino, mandó á..... siete eunucos que estaban de servicio al rededor de él, que condujesen á la reina Vasthi con la corona puesta en la cabeza, para hacer ver su hermosura á todo el pueblo y señores; pues era de extremada belleza.....» (1)

Ahora que sabemos la pródiga esplendidez de los monarcas medos, estudiemos la magnificencia, el derroche desplegados para el arte de agradar en sus palacios. «..... los criados y ministros del rey dijeron: Búsquense para el rey jovencitas, que sean vírgenes y hermosas: enviando por todas las provincias personas que escojan entre las doncellas vírgenes las más lindas, y las traigan á la ciudad de Susa, al palacio de las mujeres (2); entregándolas al cuidado del eunuco Egeo, superintendente y guarda de las mujeres del rey, y déselas allí cuanto sea necesario para su ornato mujeril, y lo demas que hubieren menester, y la que entre todas será más del agrado del Rey, esa sea la Reina en lugar de Wasthi..... Divulgada la orden del Rey, como fueran conducidas segun la real disposicion, muchas hermosas vírgenes á Susa, y entregadas al eunuco Egeo, fuéle tambien entregada entre las demas doncellas Ester, para ser guardada con las otras. Esta se llevó las atenciones de Egeo, y cayó en gracia á sus ojos; y así mandó á otro eunuco que le aprontase luégo los adornos mujeriles, y le diese lo que la correspondía, con siete muchachas de las más bien parecidas de la casa

(1) ESTHER.—Cap. I.

(2) Llamado *harem* entre los persas.

real para servirla, y que cuidase del adorno y buen trato, así de ella como de sus criadas..... Al llegar el tiempo en que cada una de las doncellas, por su orden, debía ser presentada al Rey, despues de haber practicado todo lo que se requería para su adorno mujeril, corría ya el mes duodécimo; porque durante seis meses se ungián con óleo de mirra, y por espacio de otros seis usaban de ciertos afeites y perfumes. Y cuando habían de ser presentadas al Rey, se les daba todo cuanto pedían para su adorno; y engalanadas como mejor les parecía, pasaban del convictorio de las mujeres á la cámara del Rey. Y la que había entrado por la tarde salía por la mañana; y de allí era conducida á otro departamento, de que cuidaba el eunuco Suzagazi, que tenía el gobierno de las mujeres secundarias del Rey; ni podía ya ella volver más al Rey, si el Rey no la deseaba y no la mandaba venir expresamente..... (1).»

¡Qué son las fantásticas leyendas de las *Mil y una noches* al lado de esas relaciones exactas y verídicas del libro que acabamos de citar! La voluptuosidad y molicie, el refinamiento de los goces y deleites sensuales no pueden extremarse ya más allá. La explotación del hombre por el hombre ha llegado á su último grado. Esas *requisas* de doncellas vírgenes; esas preparaciones por espacio de doce meses de las víctimas que debían sacrificarse á la sensualidad del rey; esa prodigalidad de bellezas desdeñadas cada veinticuatro horas por la alternativa sucesion de una á otra, contristan el ánimo, y pregúntase uno llena de angustia el alma ¿qué es la humanidad en la sucesion de los siglos en la tierra? ¿á qué vino al mundo para ser objeto de la codicia del más fuerte ó afortunado, en lugar de encontrar en todas partes el amor debido entre hermanos? ¿será la humanidad una burla? ¿será el hombre un objeto vil, despreciable, inferior á todo, lanzado á este gran circo de espectáculos llamado mundo?

La envidia acostumbra ser la compañera inseparable de la prosperidad, y Ciájara no estuvo exento de envidiosos que no le dejaron gozar mucho tiempo de su dulce bienestar. Si en vez de los banquetes ostentosos, públi-

(1) ESTHER. Cap. II.

cos y prolongados hubiese gastado en obras de utilidad pública y duradera los inmensos montones de oro que aquellos debieron costarle, quizás le hubiese perdonado la envidia el desenvolvimiento y manifestacion de su prosperidad.

Neriglisor, el usurpador del trono de Babilonia, miraba á Ciájara como á su rival, porque era tan poderoso como él, y nada descuidó para indisponerle con todas las córtes extranjeras. Sus emisarios le pintaban por doquiera como un príncipe revoltoso y ávido, que meditaba la conquista de cuanto le pareciese, y que toda prisa era poca para prevenir sus ambiciosos intentos. Tomó cuerpo la calumnia, que no hay rendija donde no penetre el vientecillo que la lleva, y se armaron contra el rey de los medos la mayor parte de sus vecinos. Sabedor Ciájara de la liga que se formaba contra él, tomó sus medidas para ponerse en estado de defensa. El peligro amagaba tambien á Cambises, rey de los persas, cuñado de Ciájara, contra quien se dirigían al mismo tiempo los aliados. Rogóle Ciájara que le mandase su hijo Ciro, conocido ya en la corte meda, cuyas grandes cualidades por lo tanto había tenido ocasion de apreciar, para que fuera á auxiliarle con las tropas de que pudiese disponer. Acudió Ciro con treinta mil hombres, y su tío le confirió el mando del ejército. Prevalidos los armenios miéntras tanto de la crítica situacion en que se encontraba Ciájara, habían sacudido el yugo de los medos, que nunca los pueblos sometidos por las armas se mantienen obedientes más tiempo del que tarda en debilitarse el poder que les tiraniza.

Ciro, despues de sorprender al rey de los armenios, los redujo á la obediencia: marchó en seguida contra los babilonios, y alcanzó sobre ellos una victoria, que, aunque completa, no fué no obstante decisiva para los medos y los persas. Los enemigos tenían otro ejército mucho más considerable á diez leguas del paraje en donde acababan de ser derrotados, y allí se encontraron no sólo las fuerzas del rey de Babilonia, sino las de todos sus aliados. Viendo Ciro á sus tropas tan animadas por su primera victoria que pedían las llevase al combate, juzgó prudente no dejar enfriar su ardor y propuso á Ciájara conducir las en persecucion del enemigo. Aunque naturalmente tímido, aprobó este intento el rey de los medos, y la alegría de los soldados no

tuvo límites cuando supieron la resolución de sus gefes. Después de ofrecer sacrificios para obtener el favor de los dioses, pusieron en marcha, penetrando en el país. Avistaron por fin el ejército de los babilonios, que se había fortificado en su campo, rodeado de un ancho foso de circunvalación para estar al abrigo de toda sorpresa. Ciájara era de opinión de que se les atacase; pero, habiéndole hecho observar Ciro lo peligroso que era acometer al enemigo en un campo tan bien fortificado, no insistió más.

Pasáronse algunos días examinándose mutuamente los dos ejércitos, hasta que creyendo los babilonios efecto del temor la inacción de sus contrarios, salieron de sus atrincheramientos y se trabó entonces el combate, demostrando igual ardor ambos ejércitos; pero, mejor armados y disciplinados los medos y los persas, combatieron con más orden. Después de sufrir una descarga de sus contrarios, que fué inútil por no estar aún á tiro, cayeron sobre los babilonios, y tras una horrible carnicería, los derrotaron enteramente.

Ciájara no tuvo parte en esta victoria.

En tanto que peleaban los dos ejércitos, se hallaba en su tienda bebiendo y divirtiéndose como si la vida de los hombres fuera cosa baladí, debida además como un tributo á los soberanos, sin deberes ellos para su patria y sus súbditos. ¿Cuándo escarmentarán los pueblos y comprenderán que su sangre, su vida, tiene el mismo valor que la de los reyes? ¿Cuándo renunciarán á matarse en provecho particular de dos personas que no por ceñir diademas dejan de estar sujetas á las leyes generales de la humanidad? ¿Cuándo cesará de correr la sangre humana como la moneda con que pagan y ventilan sus pleitos los ambiciosos y déspotas? ¿Quién expiará los crímenes de tanto derramamiento de sangre humana?

Halagados los medos por sus victorias siguieron voluntariamente á Ciro, y, al despertar Ciájara del sueño de sus festines, entró en furor viéndose sin tropas, y envió orden á Ciro de que se las devolviese, acusándole de habérselas atraído por medio de la seducción, como si no fuera la mejor de las seducciones la de la victoria y no les sobranan motivos de repulsion en la sensual conducta de su rey.

Ciro notificó á los medos las intenciones de Ciájara, y todos se negaron á conformarse á ellas. Esta desobediencia podía haber producido funestas consecuencias; pero prefirieron arrostrar la cólera de su soberano, á abandonar un gefe victorioso, bajo cuyo mando tanto podían esperar.

No tardó Ciro en proporcionarles nuevos laureles en Babilonia cuya conquista hemos visto en el capítulo correspondiente á la Asiria. Despues de haber conquistado Ciro muchas provincias de este imperio, volvió con su ejército victorioso á Media.

Confuso Ciájara con el contraste que formaba su liviana conducta con la de su sobrino, acabó por no disimular sus celos al ver á Ciro cubierto de gloria, cuyas fatigas debía haber compartido con él, léjos de los festines y orgías á que se había entregado. Ciro logró apaciguarle con sus demostraciones prudentes y respetuosas. Participóle la expedicion que meditaba contra Creso, rey de Lidia, el más firme apoyo del rey de Babilonia, pero no pudo alcanzar que fuése á compartir con él la gloria de destruir tan poderoso enemigo. Ciájara permaneció ocioso en su harem abandonado en brazos de sus mujeres, en tanto que su sobrino, adquiriendo imperecedera gloria, conquistaba el reino de Lidia.

De este modo, en el seno de la indolencia y de la voluptuosidad, cuidando sólo de que le recogieran en sus Estados miles de doncellas vírgenes y hermosas, cual si fueran flores escogidas de bellos jardines destinadas á olerlas él y tirarlas despues de olidas, se encontró Ciájara dueño del más poderoso imperio que hubiese existido hasta entónces, porque se componía de ciento veintisiete provincias, y se extendía desde la India hasta la Etiopía. Al morir, despues de veinticuatro años de reinado, dejó su imperio á Ciro, á quien había declarado su heredero, haciéndole casar con su hija, quedando de este modo unida la Media á la Persia, bajo un solo cetro.

*
* *

Hemos visto á los medos invadiendo la Armenia y ántes la Caldea y sujetarlas á su dominio; pero esta dominacion de los medos no fué la pri-

mera que no echó profundas raíces en la Caldea, ni tampoco, á lo que parece, dejó allí monumentos ó vestigios que resistieran los siglos. Hasta ahora no nos han descubierto las inscripciones cuneiformes de la Caldea ni un solo nombre de rey de aquella procedencia, como tampoco han aparecido señales ó huellas de construcciones de palacios, ó templos ó de otra clase de obras públicas, que puedan referirse con alguna seguridad á aquellos reyes. Al contrario, la época á que nos referimos deja, en concepto de un asiriólogo competente (1), y dejará un gran vacío en la historia monumental de aquellas regiones. Quizas en concepto de los caldeos eran todavía bárbaros los medos de aquellos tiempos, y su invasion al bajo Éufrates tendría, aun bajo este concepto, mucha semejanza con la que llevaron á cabo en Egipto los hyksos; ó sean los pastores cananeos. Esta dominacion no debe confundirse con la segunda á que nos referimos. La primera, si hemos de atenernos á los cómputos de Beroso, desapareció de la Caldea ántes de dos y medio siglos de duracion, y la segunda, la de Ciro, no ocurrió hasta despues de unos diez y ocho siglos, ó sea los que mediaron hasta la conquista de Ciro, el verdadero fundador del imperio persa y el más célebre conquistador de la raza meda. No es aquí ocasion de decir ni averiguar cómo y de qué manera ocurrió el cambio del dominio caldeo y medo cuando la primera invasion, porque ademas de no ser de este lugar, debemos confesar ingénuamente que nos es enteramente desconocido todo cuanto á esto se refiera.

Son tan remotos los tiempos en que pasó todo esto, y se nos presentan tan diminutos y nebulosos los objetos á tan larga distancia, que no basta la vista perspica de la historia para ponerlos á nuestro alcance. Por lo que á los medos se refiere, sabemos sólomente que el poder de los sucesores de Nembrod, al cabo de un número de años ó siglos cuya cifra sería empresa inútil querer averiguar, quedó al fin derribado por una invasion meda, sustituyendo á los hijos de Cus en la Caldea una dinastía extranjera de ocho tiranos, cuyos nombres nos son desconocidos, y que ejercieron el dominio de

(1) LÉNORMANT. *Manual*, etc.

la Caldea durante un espacio de más de dos siglos; á saber unos doscientos veinticuatro ó doscientos treinta y cuatro años.

Teniendo en cuenta los cómputos de las dinastías siguientes, y de las que se tienen noticias casi exactas, debió ocurrir aquel trastorno cerca de los años dos mil quinientos ántes de Jesucristo; cuyo hecho ocurriría poco despues de la grande emigracion de los descendientes de Jafet, quienes desde la Bactriana, donde vivieron primeramente, se trasladaron, parte de ellos á mediodía á la conquista de la India, y parte al occidente entre el mar Caspio, el río Tigris y el mar Eritreo, donde, despues de establecidos, fundaron los reinos arios de la Media y de la Persia. Así que desde la Media, donde se había sobrepuesto ya su dominacion al primitivo pueblo turánico, extendiéronse tambien estos conquistadores arios, despues de vadeado el Tigris, hasta la Caldea, y allí despues de haber sujetado á los turánicos y cusitas indígenas junto con las diversas tribus semíticas que vivían mezcladas con ellos, inger-taron los elementos arianos á la primitiva civilizacion babilónica.

Sincello y Eusebio difieren muy poco entre sí como tambien muy poco de lo dicho por Beroso respecto á la dinastía caldea relativa á la época de los sucesos que tratamos. Ocho reyes nos da el texto de Eusebio, aunque sin nombrarlos, y que llenan el periodo de los doscientos veinticuatro ó doscientos treinta y cuatro años; y Sincello los sustituye con otros tantos, á saber Zoroastro con siete sucesores de nombre desconocido, que reinaron poco ménos de dos siglos. No es, empero, muy verosímil que digamos que el célebre legislador ario Zoroastro fuera personalmente á la conquista de Babilonia y que allí fundara la nueva dinastía; pero que Beroso nos dé por conducto de Sincello el nombre de Zoroastro entre las antiguas tradiciones babilónicas, puede ser un indicio seguro de que los medos eran de raza ariana, y que profesaban ya desde entónces las leyes de Zoroastro, de las que hablaremos en los capítulos referentes á la civilizacion persa. Baste decir aquí que los orígenes de las leyes á que aquí aludimos se encuentran en la Bactriana desde donde las llevaron los arios en tres emigraciones á la Media y Persia, propagándolas y fijándolas en todos los puntos donde establecieron su dominio.

La Bactriana, de la que acabamos de hablar, y que varias veces hemos citado refiriéndonos á pueblos antiquísimos, era, segun Estrabon, una extensa provincia, compuesta en su parte principal de Ariana. El país fué en su mayor parte montañoso, estuvo regularmente poblado, muy regado por los riachuelos que lo bañaban, y por lo mismo muy cultivado y en extremo fértil. Las costumbres de los bactrianos no eran muy recomendables, pues eran voluptuosas é inhumanas: en prueba de todo esto podríamos citar una cancion y un baile que ha tomado su nombre, y el abandonar los ancianos vivos aún á los perros, á los cuales llamaban sepultureros de la muerte, dejando hasta la misma ciudad llena de huesos humanos. En relacion con lo dicho de Zoroastro en el párrafo anterior podríamos alegar asimismo que en la Bactriana prevalecía tambien la práctica observada entre los partidarios de aquel legislador de exponer los cadáveres al aire libre para su descomposicion.

No hemos descendido á pormenores de Bactriana, que serían interesantes si fueran dignos de crédito, ya que en su mayor parte los debemos á Ctesias, y nos consta ya que este autor merece más el nombre de novelista que de historiador. Además la historia de la Bactriana, conocida de mucho tiempo en la antigüedad, estuvo más ó ménos enlazada con las fábulas de origen ó relacion india, como lo prueba que un autor antiguo hace aquel lugar objeto de las correrías de Baco, y Ctesias nos dice que Nino—su creacion favorita—fué con un poderoso ejército á Bactriana para atacar á su capital Bactria, la cual defendida por el rey Oxiartes, no pudo tomar aquél hasta que Semíramis—otra creacion suya—fué en su auxilio.

Repetimos que así la historia antigua como la relativamente moderna de la Bactriana es muy confusa, por la discordancia de los pocos autores antiguos que nos hablan de ella, y por la falta de monumentos antiguos que nos permitirían estudiarla y aclarar quizás la oscuridad en que se hallaba envuelta. De todos modos no parece haber sido un pueblo, aunque ario, que haya dejado profundas huellas en la civilizacion de la humanidad, y como hemos de hablar todavía de los pueblos indios y persa, cuyas civilizaciones nos ofrecerán ancho campo que recorrer, nos veremos precisados

más de una vez á referirnos á la Bactriana, y apuntar de paso alguna que otra idea, que nos la ponga más á nuestro alcance.

Los pueblos se nos presentan en la historia así por su grandeza como por su influencia en el progreso de la civilizacion como los astros en el firmamento: miéntras alumbran unos y centellean otros con vivísima y hermosa luz, preséntanse otros apénas perceptibles á la simple vista. El pueblo medo que hemos estudiado en este capítulo, nos ha ofrecido muy poco que estudiar y nada que agradecer ó admirar: ni un paso hizo adelantar á la civilizacion; porque el excesivo sensualismo redujo aquel pueblo á la esfera de los sentidos sin saberse remontar á la de la inteligencia. Este sensualismo les llevaba á la preocupacion funesta de tener por deshonoroso el morir en el lecho y ser sepultados en la tierra. Esta preocupacion podía dar buenos resultados á un pueblo guerrero, pero ni esta cualidad sobresalió en ellos, y, como los bactrianos, arrojaban á los perros á las personas en sus últimos momentos.

Antes hemos hablado de la celebracion de contratos lamiéndose recíprocamente la sangre los contratantes. Pues bien, esta costumbre tuvo su origen entre los medos, y esta ceremonia daba á sus alianzas un carácter sagrado é inviolable. Atábanse los contratantes los pulgares de la mano derecha, y picándose en sus extremos, chupaban la sangre que salía de ellos.

Respecto á las costumbres de los medos para con sus reyes, algo hemos insinuado ya de la profunda veneracion en que les tenían, como que rayaba en adoracion. El monarca no se presentaba en público sin estar rodeado de gran número de guardas escogidos de entre la nobleza, y sin ir precedido de muchos músicos.

La veneracion de los medos á sus reyes parecería increíble, por lo absurda, si no constara en documentos indudables. Veamos á este propósito lo que nos dice el libro de Ester. Apremiada ésta por su tío Mardoqueo para que se interesara con su esposo Asuero á favor de los judíos, mandó ella que llevasen la siguiente respuesta á Mardoqueo: «Todos los criados del Rey y todas las provincias sujetas á su imperio, saben que cualquier hombre ó mujer, que, sin ser llamados, entraren en el cuarto interior del Rey, al pun-

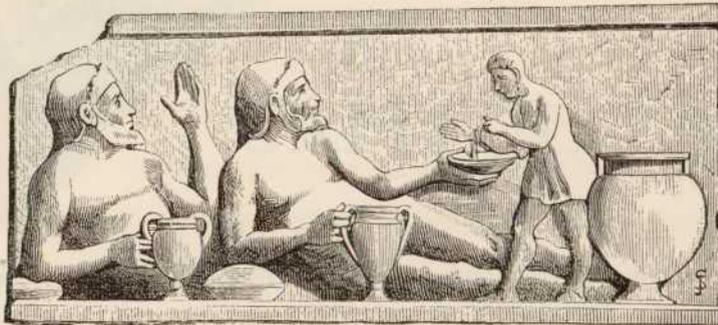
to sin remision alguna deben ser muertos: á no ser que el Rey extienda hacia ellos su cetro de oro en señal de clemencia, salvándoles así la vida. Esto supuesto ¿cómo podré yo entrar al Rey habiéndose ya pasado treinta días, que no he sido llamada á su presencia?..... Al tercer día vistióse Ester las vestiduras reales, y presentándose en la habitacion interior del Rey se paró en la antecámara de la sala en que estaba el Rey sentado en su trono, colocado en el fondo de la sala, frente de la puerta. Y habiendo visto á la reina Ester parada, la miró con agrado, y alargó hacia ella el cetro de oro que tenía en la mano. Acercóse Ester, y besó la punta del cetro real.»

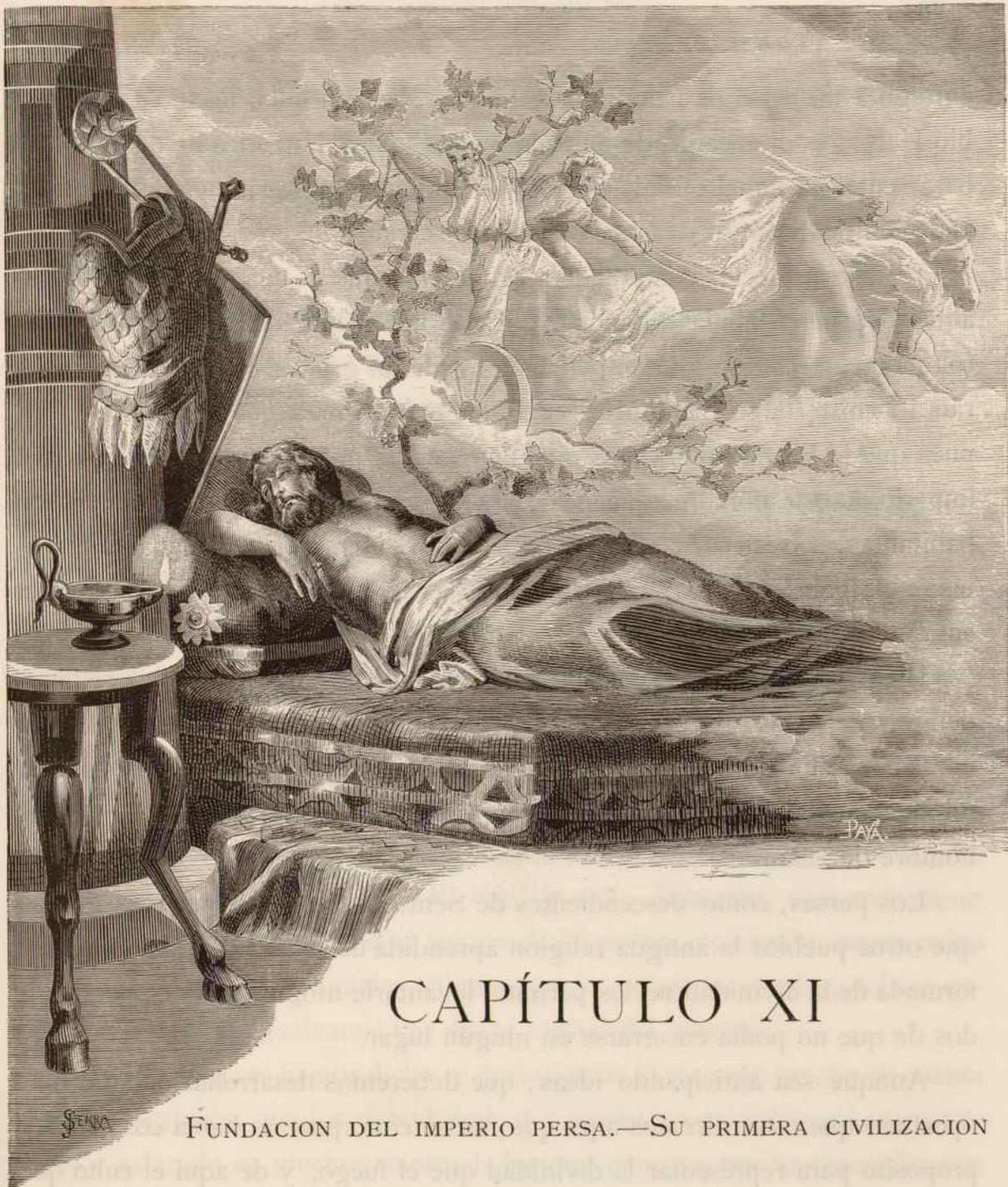
Esta costumbre, observada tambien en muchos otros pueblos orientales, pinta admirablemente el despotismo, la sujecion humillante de seres humanos, dignos de compasion puestos como esclavos frente á frente de otro hombre. Aunque no pertenezca aquí decirlo, al ver el respeto de Ester para con su esposo, y su humillante confesion de no haber sido llamada por su esposo en treinta días anteriores al suceso que hemos relatado, se nos ocurre preguntar si revela mucha civilizacion la costumbre introducida en cierta clase que se llama elevada de la actual sociedad de anunciarse con un *¿se puede?* los esposos, al querer entrar uno de ellos en el aposento del otro, retirándose de allí en caso de negativa..... En este punto nada tiene que envidiar nuestro siglo al del rey medo Asuero. ¡Oh las costumbres!... ¡Cuánto más no vale que todo esto, que todo el lujoso esplendor en que vegetan esos parásitos de la sociedad humana un tierno amor de familia expansivo, franco, tierno, de todas horas, sin trabas, sin mentiras, que mentiras son al fin esas costumbres disolventes del cariño de familia, por más que á ellos les parezca distinguirles del comun de la plebe, mil veces más feliz porque están á ménos distancia de sí el esposo de la esposa, para poderse comunicar sus mútuos amores y celos y felicidades si las hay en este pobre y miserable mundo. ¡Fanatismo de las costumbres!

Á propósito de esas costumbres, que no vacilamos en calificarlas de depravadas, se nos ocurre lo dicho por un célebre filósofo: «En los Estados despóticos, las mujeres no introducen el lujo, sino que ellas mismas son un objeto de lujo.»

Y es una triste verdad; pero tambien lo es que la mujer debe su triste suerte á esos pueblos orientales, déspotas hasta el último exceso, y como los excesos son los que privan en todas las sociedades, puede aplicarse á nuestro caso, con muy contadas diferencias, lo que decía Montesquieu, que es el autor á que aludíamos ántes: «Las mujeres son muy poco recatadas en las monarquías, porque, llamándolas á la corte la distincion de las clases, van á tomar allí el espíritu de libertad que es casi el único que allí se tolera. Cada uno se sirve de sus atractivos y de sus pasiones para prosperar su fortuna, y como su debilidad no les permite el orgullo pero sí la vanidad, el lujo domina allí siempre con ellas.»

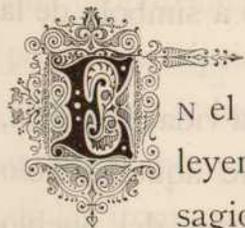
Oportunamente trataremos este punto que aquí indicamos sólo, y veremos lo que la moral y la política de los Estados habrán ganado ó perdido con la mayor ó menor consideracion de la mujer en la sociedad humana.





CAPÍTULO XI

FUNDACION DEL IMPERIO PERSA.—SU PRIMERA CIVILIZACION



En el capítulo anterior hemos conocido á Astiages. Refieren las leyendas que éste había tenido un sueño espantoso, cuyos presagios le anunciaban que sería arrojado del trono por el primer nieto; y con el fin de alejar el peligro que él creía casi inevitable, en vez de dar la mano de su hija Mandana á un príncipe poderoso como él, se la

entregó á un persa de cuna muy humilde. No bien hubo nacido Ciro, recibió Harpages el encargo de darle la muerte, pero horrorizado de tan bárbara sentencia aquel oficial, entregó el niño á un pastor, cuya mujer compadecida, se propuso criarle en el mayor secreto (1).

El discreto lector comprenderá claramente que es una pura fábula lo que antecede; pero fábula que nos explica de una manera sabida ya los primeros momentos de un grande personaje y de un grande imperio que fatigarán á la historia por las muchas y brillantes páginas que deberá escribir, pues que la Persia no era más que una de las provincias ménos ricas del imperio de este nombre, que no contaba más que unos ciento veinte mil habitantes, selváticos la mayor parte y casi enteramente nómadas ó errantes; cuya pobreza les hizo contraer aquellas virtudes bélicas que tanto han engrandecido á los imperios.

Elam, primogénito de Sem, dió origen á los elamitas, que se apoderaron del país entre el Tigris y la Persia propiamente tal, llamado por ellos Elimaida, y depues Susiana, de Susa, célebre capital de su reino, llamada Persépolis por los griegos. En la Biblia se da á Persia el nombre de Elam.

Los persas, como descendientes de Sem, conservaron por más tiempo que otros pueblos la antigua religion aprendida de Noé. La idea que tenían formada de la divinidad no les permitía levantarle ningun templo, persuadidos de que no podía encerrarse en ningun lugar.

Aunque sea anticipando ideas, que deberemos desarrollar en sitio más oportuno que este, diremos aquí que, en su concepto, no había cosa más á propósito para representar la divinidad que el fuego, y de aquí el culto que rendían al sol, no por consideracion á él mismo, sino como á símbolo de la divinidad.

La religion nos explicará el grande hecho de sucederse la vida, la accion, el movimiento á la inmovilidad de aquel pueblo oriental, de aquel pueblo nacido de la antiquísima raza de los arias, del pueblo del Iran, del pueblo

(1) HERODOTO, Libro I., cap. 108-113.

que veintitres siglos ántes de la era cristiana, capitaneado por Kudurnakhunti, extendió con las armas su dominio desde Susa á la Caldea.

Creían tambien los persas que el sol era la morada que ocupaba especialmente la divinidad, y que desde aquel astro repartía sus influencias sobre todo el universo.

Pero concretémonos ahora á la fundacion del imperio persa, que tiempo tendremos de hablar de su religion y moral.

Todos los asiriólogos convienen ahora en que en la edad remotísima á la cual hemos aludido poco há, se extendía un dominio elamítico no ya sóloamente entre el Tigris y el Éufrates sobre la Caldea, Asiria y Babilonia, sino tambien más allá hacia occidente, en Siria y Palestina, hasta cerca de las orillas del Mediterráneo y á las fronteras de Egipto. Una inscripcion de Assurbanipal, hablándonos de Kudurnakhunti, fundador, como ya lo hemos dicho, del imperio persa, dice expresamente que *su poder fué vasto*, y que *sus días fueron llenos*, con lo que parece haber podido trasmitir su poderoso imperio á sus sucesores. Uno de estos, Kudur-mapuk, extendía su dominacion desde Susa hasta cerca de las playas del Mediterráneo, en un territorio que puede apreciarse en mil millas cuadradas desde oriente á occidente y en quinientas desde norte á sud. El hijo de éste, Zikar-sin, conservó segun parece en toda su integridad el legado de su padre, recibiendo, segun todas las probabilidades, los anuales tributos que los príncipes vasallos debían enviarle á Susa, que, sabemos ya, era la capital del imperio.

Repetidas veces hemos dicho, y desearíamos lo tuvieran mucho en cuenta nuestros lectores, que los descubrimientos modernos asiriólogos han rectificado y aclarado en muchos puntos la historia antigua, por las concordancias que proporcionan. Pues bien, la existencia del imperio elamítico, indicado por las inscripciones cuneiformes, tenemosla confirmada, de un modo que no deja lugar á dudas, por el cotejo de los textos asirios con los monumentos egipcios, porque el imperio de Elam se extendió tambien hasta muy cerca de las fronteras de Egipto. Además, y siguiendo en el terreno de las concordancias, si se coteja todo esto con la relacion bíblica, que ya conocemos, de la guerra de Abrahan contra Codorlahomor, tendremos completamente

formada la historia de los comienzos de un imperio que, al igual de los demás de oriente, conservaron, hasta poco há, envueltos entre oscuras tinieblas los primeros tiempos de su vida.

Codorlahomor, á quien el Génesis llama Rey de los Elamitas, es el primer rey de Persia conocido. Entre los asiriólogos hubo quien desde luégo quiso ver en el Codorlahomor del Génesis el Kudur-mapuk de las inscripciones asirias, fundándose en que estas le llaman Señor del Occidente ó de la Siria, en donde había varios príncipes tributarios de Codorlahomor; pero, mejor pensado despues, se abandonó enteramente dicha opinion, que no tiene ya actualmente crédito ninguno. Sin embargo, es ya cosa admitida y corriente poner al Codorlahomor del Génesis entre los reyes de Susa ó persas, y continuarlo en la dinastía que los textos cuneiformes nos dicen fundada por el Kudurnakhunti, conocido ya de nuestros lectores.

Despues de la derrota sufrida por Codorlahomor y sus aliados en la Pentápolis, nos dejaba la historia persa un vacío de quince siglos, sabiéndose únicamente que eran los persas tributarios del imperio de Asiria, cuando Cambises ocupó el trono de Persia; pero las inscripciones cuneiformes han disipado muchas oscuridades, y nos han dado nombres desconocidos hasta ahora como los de Kudarnakhunti, Kudur-mapuk ó Kudur-mabog, hijo de Simti-sitarhak, Zikav-sin, etc., etc.

No fatigaremos á nuestros lectores con discusiones históricas, que, si podrían acreditar cierta erudicion, no conducirían á ponerles en claro los principios del imperio de que hablamos, porque pocas materias pueden tratarse más embrolladas que las pertenecientes á la cronología de las edades primitivas. Previa esta declaracion, y por lo muy relacionada que está con nuestro asunto, hablaremos aquí de una curiosa y antigua leyenda iránica que bajo el nombre de Zohak nos legó el poeta persa Firdussi en su gran poema histórico Sciá-Nameh, esto es el «Libro de los Reyes.»

En concepto del orientalista Lénormant, parece que esta leyenda, con sus galas fabulosas, da á entender el hecho histórico de una invasion armada, llevada á cabo por alguno de los primeros reyes caldeos al país de los arios, de la misma manera que más adelante y repetidas veces lo hicieron los re-

yes asirios. El poeta coloca la invasion inmediatamente despues del reinado del casi mito Gemschid, representado como el primer civilizador de los persas, con lo que se remontaría á una edad muy antigua, y más teniendo en cuenta que su nombre consta ya en los libros de Zoroastro. El invasor, llamado Zohak, es un conquistador árabe; nombre dado por los arios á las naciones del occidente de la suya. El retrato que el poeta ofrece del conquistador se aviene perfectamente á uno de los primeros sucesores del poderoso Nemrod; nos lo presenta tirano sanguinario, corruptor de costumbres y propagador, por complemento, de una religion obscena y monstruosa; para que sea una verdad que desde los primeros días del mundo hay una cuestion religiosa envuelta siempre en toda cuestion política. Para que sea más cabal y perfecta la exactitud, exigía Zohak víctimas humanas para alimentar á dos serpientes que se le enroscaban en los hombros, pareciéndose en esto al Moloch de los fenicios y al Adar-Malik de la Caldea.

Los arios deseaban sacudir el yugo extranjero que los oprimía, y véase cómo lo consiguieron.

Coloca el poeta la accion de su leyenda en Ispahan. Había en esta ciudad un herrero llamado Caveh, padre de dos jovencitas de hermosísimos semblantes y noble carácter. Un día fueron presas y muertas sin contemplacion ninguna para dar á comer sus cerebros á las serpientes de Zohak. Trabajaba el infeliz padre en su obrador, cuando recibió la noticia de la muerte de sus hijas. Dolorosamente afligido, salió inmediatamente fuera de su tienda, llevando en hombros el delantal de cuero que acostumbran llevar los herreros para defenderse del fuego, y se puso á correr por las calles dando grandes gritos y gemidos por toda la ciudad. Los habitantes de Ispahan acudieron en multitud á rodearle, y como todos estaban cansados de la crueldad de Zohak, levantáronse al punto en masa contra el tirano, siguiendo al herrero Caveh, quien, levantando su propio delantal de cuero en la punta de un palo que le sirvió de asta, convirtiólo en estandarte de la libertad. Venció Caveh, y, expulsados los extranjeros, puso en el trono de los arias á Feridun, hijo—ó sobrino—del tirano Gemschid.

Esta es la leyenda persa que ya en remotísimos siglos tuvo un eco pro-

fundo y lejano; porque cuando en el siglo tercero despues de Jesucristo, — el año 226 — hubieron destruído los reyes sasanidas el imperio de los partos arsacidas y restablecido en Persia la pura religion de Zoroastro, en memoria del antiguo hecho que acabamos de narrar, hicieron un estandarte de cuero, que cubrieron con piedras preciosas, dándole el nombre de estandarte de Caveh, que se conservó como el paladion de la monarquía, de la independencia nacional y de la religion, que no se desplegaba sino en ciertas ocasiones solemnes, ni se sacaba sino cuando el rey salía en persona á mandar su ejército.

Antes de entrar de lleno en la narracion de lo perteneciente á Persia, creemos necesarias algunas noticias prévias que nos darán ideas muy exactas del estado de su civilizacion y de la influencia que ella tuvo en la constitucion de tan grande imperio.

Dividíanse los persas en diez castas ó tribus, entre las que sobresale la de los Pasargadeos, que estuvo en posesion del gobierno.

El estado se encargaba de la educacion de los jóvenes, la que se les daba en comun y por igual. Estaba señalado el lugar y tiempo destinado á los ejercicios y á las comidas. El alimento consistía en berros, pan y agua.

Desde la primera edad se les enseñaba á practicar la justicia, la buena fe, la sobriedad y el agradecimiento. La ingratitud y la mentira eran miradas como los vicios más infames.

Hasta la edad de diez y seis años estaban en la clase de los niños, en donde aprendían la gimnástica y el arte de la guerra, luégo pasaban á la clase de los jóvenes, en que perfeccionaban los conocimientos adquiridos, seguían al Rey en sus cacerías, y por las noches vigilaban los puntos más importantes; desde los veintiseis á los cincuenta años, servían en el ejército ó en la administracion del Estado, y de esta cuarta clase se tomaban los de más talento y experiencia, para formar el Consejo y los Tribunales de justicia.

Los hijos del Rey hacían los mismos ejercicios que los de cualquier particular, y ademas cuatro personas respetables por sus virtudes y talento estaban encargadas de vigilar su instruccion. Uno les enseñaba las ciencias de

religion y gobierno; otro les inspiraba amor á la justicia y á la verdad; el tercero cuidaba de que fuesen sóbrios y continentes, y el último les incitaba á ser valientes y á despreciar los peligros.

Esta fué tambien la educacion de Ciro, ántes y despues de haber conocido la corte de su abuelo Astiages.

Jamas los jóvenes de ningun reino, si se atiende á la *Ciropedia de Jenofonte* recibieron más esmerada ni más larga educacion que los persas, sobre todo en la época á que nos referimos.

Colocado Ciro de alumno en la escuela pública y en la clase de los demas niños, adelantó á sus compañeros por sus progresos, tanto como les sobrepujaba en nacimiento. Ya sabemos que á la edad de doce años se le envió á su abuelo Astiages, que deseaba con impaciencia verle, por lo que le habían contado de sus raras cualidades. Hallábase el príncipe en un nuevo mundo. La corte de Persépolis sólo respiraba sencillez en los muebles, en los trajes y en la comida. La de Ecbatana ofrecía un espectáculo totalmente distinto. Ciro quedó sorprendido á la vista de Astiages, vestido de púrpura, adornado de brazaletes de gran precio y con las cejas teñidas. No le aturdió, sin embargo, tanta magnificencia, ni aquel aire de lujo y molicie. Disimuló lo que pensaba, y se encerró en los límites de una sabia reserva. Sus gracias y la viveza de su índole cautivaron á Astiages y á toda la corte. Diéronsele maestros para continuar su educacion.

No conocían los persas el arte de la equitacion, porque su país, demasiado estéril, no les permitía criar caballos, y sólo combatían á pié. Ciro aprendió en Media á montar y regir el caballo.

Hacía cuatro años que se dedicaba á estos ejercicios con el mejor éxito posible, cuando la imprudencia—que ya conocemos—del hijo mayor del rey de Asiria agrió á los babilonios con los medos. Declarada la guerra entre las dos naciones, Astiages, acompañado de su hijo Ciájara y de su nieto Ciro, entra en las tierras de Babilonia al frente de un poderoso ejército que se batía con el enemigo miéntras Astiages se entregaba á toda clase de orgías en su tienda. Entónces fué cuando Ciro empezó á desarrollar el gérmen de heroismo que tenía en su corazon. Efectivamente, vencedores los

medas, reconocieron que debían gran parte de sus ventajas contra los babilonios al valor y capacidad del jóven Ciro.

De vuelta á Ecbatana, fué llamado Ciro por su padre, temeroso de que no le contagiase su permanencia en una corte tan afeminada y voluptuosa, pero regresó á Persia tal como había salido. Entró de nuevo en la escuela pública de Persépolis, en la que permaneció todavía un año en la clase de niños, entrando en seguida en la de jóvenes en donde se ejercitó durante diez años en todo lo perteneciente al arte militar. Entró luégo en la de hombres hechos, de la que no salió hasta pasados veinticinco años, para ser admitido en la de los ancianos.

*
* *

La cuna de las primeras civilizaciones se nos presenta siempre envuelta en nubes por entre las cuales se escapa apénas un rayo de luz que aprovecha el hombre estudioso, para penetrar en aquellas misteriosas mansiones que guardan avaras los recuerdos de la formacion de los imperios. Los capítulos de la historia primitiva de la humanidad ofrecen inmensas dificultades, y sólo á fuerza de mucha voluntad acompañada de mucho trabajo, se logra de pocos años acá escribir una que otra página de una que otra region antigua. Actualmente deben contentarse los sabios con reunir materiales; otros sabios se aprovecharán mañana de ellos, y así se irá levantando, majestuoso sí, pero paulatinamente, el edificio de la historia de los primeros días del mundo, que nosotros no podemos apreciar sino aisladamente, por partes.

Las civilizaciones primitivas se nos ofrecen como el resultado, un producto mixto de razas muy diversas que imprimieron sus huellas en una comarca al pasar por ella, y esta circunstancia que amontona los factores del problema, hace más difícil su solución, por la multitud de elementos que tienen su acción simultánea en la última resultante.

Dijimos poco há que la religion nos explicaría en Persia por qué el movimiento, la acción, la vida, por decirlo todo en una palabra, sucede á la in-

accion, al estacionamiento. El fuego es el símbolo del dogma en Persia. Mejor que nosotros nos dará una idea del culto del fuego en los antiguos pueblos una página que tomaremos aquí del sabio Lenormant, en la que nos habla de una materia conocida ya de nuestros lectores.

« Pero la narracion del Diluvio es sólo un episodio en la grande epopeya de Izdubar. Importa estudiar ahora esta en su conjunto y ver de penetrar su intencion y economía.

» Y primeramente ¿quién es su héroe? Ya lo hemos dicho; Izdubar está formalmente presentado como un dios en otros textos; es un personaje del Olimpo caldeo-asirio trasformado en héroe en el ciclo épico. Conforme lo han reconocido sir Enrique Rawlinson, M. Sayce y M. Oppert, no es otro que el antiguo dios accadio del Fuego, cuyo culto parece haber tenido mucha importancia en las épocas primitivas y que desempeña un papel de primer orden en los antiguos himnos mágicos en lengua accadia, reunidos en coleccion, con una traduccion asiria, por los hierogramatas de Asurbanipal.....

» El nombre del dios accadio del fuego se escribe ideográficamente haciendo seguir el determinativo de la idea de *dios* de los dos signos *iz—bar*, cuya reunion se emplea frecuentemente en los textos para expresar á título de ideograma complejo, la nocion de *fuego*, ó de los dos signos *ne—gi* cuya reunion está usada con el mismo título para decir *llama*. La diferencia entre la ortografía por los signos *iz—bar* y la por los signos *iz—dhu—bar* consiste en la introduccion del carácter *dhu*, que tiene el valor de *masa*; aquí tenemos dos expresiones accadias, *bar*, « fuego » y *dhu—bar* « masa de fuego » precedidas ambas del signo *iz* empleado como determinativo afono. Si ignoramos pues cómo este dios ígneo se llamaba en asirio, distinguimos que los accadios le daban tres nombres diferentes, susceptibles de cambiarse y que significaban el uno *llama*, el otro *fuego*, el tercero *masa de fuego*. Este último es el que le pertenece especialmente en la epopeya, y en efecto sus aventuras muestran que no se le miraba en ella sino bajo un aspecto solar.

» Estas observaciones acerca de la naturaleza de Izdubar como dios no dañan á la comparacion que hemos hecho entre sus hazañas heróicas, su tetrapola, su papel de conquistador y de domador de mónstruos, y la leyenda de

Nemrod recordada por la Biblia. Sir Enrique Rawlinson lo ha reconocido perfectamente. «Fuego, dice él (1), es el elemento principal del nombre. De ahí la aplicacion, hecha por los griegos, al sabio antiguo de Babilonia titulado Zoroastro, que se dice haber no sólomente enseñado á los babilonios la astronomía y la astrología, sino tambien haber introducido el culto del fuego. Los judíos y los primeros cristianos compararon este Zoroastro con el Nemrod de la Biblia, y de ahí nacieron las tradiciones que, tocante á Babilonia, compararon á Nemrod con el fuego (2).»

Para la veneracion de la divinidad no les bastaba á los persas el culto tributado al fuego como el agente terrestre del sol, considerado por ellos como centro y principio del movimiento. En un principio adoraron los persas á los cuatro elementos y despues á los astros. En el orden de las ideas abstractas, entregados los hombres á sus pasiones y á los conocimientos propios adquiridos por el espectáculo de la naturaleza, independientemente de las tradiciones primitivas en materia de religion, desfiguradas y viciadas por el trascurso del tiempo y falta de magisterio competente que las encauzara, parece que debieron entregarse desenfrenadamente á la contemplacion y consiguiente explicacion del movimiento, de la vida y del pensamiento. Parécenos que en el movimiento, principio primero de toda vida, en el fuego ó calor compañero inseparable del movimiento, y en el aire, es decir, en el movimiento sentido, pero invisible, debieron considerar ellos los agentes principales, universales, que engendrarían la existencia de lo visible y de lo que ellos considerarían invisible, pero existente.

Las primeras manifestaciones de la civilizacion literaria y filosófica de la Persia reveladas por sus primeros libros nos lo demuestran de un modo indudable, y esta demostracion la encontramos en los diversos libros de las diferentes nacionalidades orientales. Casi todas las teogonías de los pueblos antiguos del Asia, cuna de todas las religiones, nos ofrecen himnos al fuego, al sol, como primer principio, divinidad primera, y los encontramos, sino

(1) *Athenaeum*, 7 diciembre, 1872.

(2) F. LÉNORMANT, — *Les premières civilisations*.—T. II.

escritos, practicados por haberse encarnado en sus ritos religiosos en Fenicia y Cartago.

Séanos permitido traducir aquí como prueba de lo que decimos, y á fin de dar una muestra de la literatura de los primeros días, un fragmento de un himno dedicado al dios Bin (asirio), y un canto de victoria en boca de un dios desconocido.

Dice así el trozo de himno:

- « dios, señor del rayo,
- » dios, señor del rayo,
- » dios, señor del rayo,
- » dios, señor del rayo,
- » dios, señor del rayo,
- » El dios Bin con su llama ilumina el cielo,
- » El dios Bin con su fuerza levanta la tierra.
- » La grande montaña que él la coja enteramente!
- » Con su llama, con su fuerza,
- » con su generosidad, con su exaltacion,
- » los dioses del cielo se levantan en el cielo,
- » los dioses de la tierra entran en la tierra.
- » El Sol ha entrado en el cielo inferior;
- » El dios Luna ha subido á lo más alto del cielo.» (1)

Véase ahora el ditirambo guerrero, de muy remota antigüedad, en concepto del expresado orientalista de quien lo traducimos:

- » Los dioses.
- » Como aves.
- » Su cercenamiento.

(1) LÉNORMANT. *Las primeras civilizaciones*, etc.

» En presencia del terror inmenso que yo esparzo, semejante al del dios Anu, quién sostiene erguida la cabeza?

» Yo soy dueño. Las montañas escarpadas de la tierra agitan violentamente sus cimas sobre sus fundamentos.

» La montaña de alabastro, de lápiz y de mármol, en mi mano yo la (poseo.

« Espíritu divino,.... como un ave de presa que se arroja sobre los gorriones,

» en la montaña por mi valentía heroica yo decido la contienda.

» En mi mano derecha yo tengo un disco de fuego.

» en mi mano izquierda yo tengo mi disco mortífero;

» El sol de los cincuenta rostros, el arma levantada á mi divinidad, yo la tengo;

» el valiente que destroza las montañas, su sol que no se desvía (?) yo lo tengo.

» La grande arma que, como la espada, devora en círculo los cadáveres de los combatientes, yo la tengo.

» La que destroza las montañas, el arma mortífera de Anu, yo la tengo.

» El que encorva las montañas, el pez de las siete aletas, yo lo tengo.

» La espada flamígera en la batalla, que devasta al país rebelde, yo la tengo.

» La grande espada que trastorna las filas de los valientes, la cuchilla de mi divinidad, yo la tengo.

» Aquella de cuyos golpes no se libra la montaña, la mano de los varoniles poderosos de la batalla, yo la tengo.

» La alegría de los héroes, la lanza que hace la fuerza en la batalla, yo la tengo.

» El lazo que envuelve á los hombres y el arco del rayo, yo los tengo.

» La maza que aplasta las habitaciones del país rebelde y el escudo de la batalla, yo lo tengo.

» El rayo de la batalla, el arma de las cincuenta puntas, yo la tengo.

» Semejante á la serpiente enorme de siete cabezas, el..... (1) de siete cabezas, yo lo tengo.

» Semejante á la serpiente que sacude las aguas del mar, (atacando) al enemigo en frente,

» devastadora en el choque de las batallas, extendiendo su poder en el cielo y la tierra, el arma de las (siete) cabezas, (yo la tengo.

» Haciendo brotar su brillo como el del día, el dios ardiente del Oriente, yo lo tengo.

» Criador del cielo y de la tierra, el dios del fuego, cuya mano no tiene igual, yo lo tengo.

» El arma que (esparce) sus terrores en el país,

» en mi mano derecha poderosamente, el proyectil de oro y de mármol.....

» que hace la fuerza del dios ministro de la vida en sus milagros, yo lo tengo.

» El arma que como..... combate al país rebelde, el arma de cincuenta puntas, yo la tengo.» (2)

Podríamos inferir de todo esto que el sol, ó su agente cósmico y terrestre el fuego, no fué ya simplemente el motor en las creencias de los pueblos asiáticos, sino que fué el dios criador, el padre celestial, que el fuego, en su consecuencia, fué llamado el hijo, y el aire fué el espíritu, cuyo soplo penetra en todos los seres vivientes. Así se explica sencillamente la identidad, en el fondo á lo ménos, de las religiones de los pueblos asiáticos primitivos, como nos lo demuestran los estudios últimamente hechos de los libros indios y persas; de manera que si bien se reflexiona, no se descubre entre la multitud de guerras continuas que asolaron el Asia, que las hubiese, como en Europa despues, por motivos religiosos, sino que todas reconocen causas políticas ú otras más ruines, enteramente separadas empero de la religión. Los arios trajeron á la India y Persia el sistema feudal por el cual se gobernaban,

(1) Palabra oscura.

(2) F. LÉNORMANT. — *Las primeras civilizaciones*. Tomo II.

y en la diferencia esencial de este sistema y el de las castas que dominaban aquellos países deben buscarse aquellas causas.

La política medo-persa introdujo elementos monárquicos en la religión, y este sistema, debilitado, pero no destruido cuando la conquista de Alejandro Magno, duró hasta la invasión musulmana. Cuando nos ocupemos en el magismo, la segunda religión persa, veremos que más que una religión, era todo un sistema de política.

Las ideas absolutamente abstractas de los persas en materias religiosas les llevaban á no dar á sus dioses formas humanas ó corporales, como hacían los asirios é hicieron despues los griegos, ni les levantaban estatuas, ni templos, ni altares; y si alguna vez se les sacrificaba alguna víctima, hacíanlo en la cima de las montañas, creyendo que no bastaban los templos para contener al dios objeto de su culto. Las ideas religiosas de los pueblos modificaban el carácter general del culto, y si el persa no consentía templo para la grandiosidad del dios venerado, más tarde el germano consagró las selvas al culto de sus divinidades. La ley prohibía en Persia que los particulares hiciesen sacrificios como no fuesen dirigidos á la pública felicidad. Aunque los persas no tenían ídolos, simbolizaban á Oromazo por el fuego. En un recinto sin techo conservaban un fuego perenne, y los magos estaban encargados de su conservacion.

Estos magos eran los sabios, los filósofos y los profetas de la nacion; pertenecían á una misma tribu, á la que estaba exclusivamente vinculado el sacerdocio y las ciencias: el mismo rey no se hubiera sentado en el trono, si antes no se hubiese sometido á sus lecciones, é iniciado en su órden. Véase si no hemos dicho con razon que el magismo—del que hablaremos—era más un sistema político que una religión.

Siendo el fuego uno de los principales objetos de culto entre los persas, no debe extrañar á nadie que su uso fuera prohibido ó reprobado en una multitud de circunstancias que imposibilitaba el ejercicio de varias profesiones ú oficios. Sin embargo, con el tiempo las necesidades por una parte y la mayor ilustracion por otra consiguieron eludir esas prohibiciones, y perdió el respeto al fuego mucho de aquel carácter sagrado que le hacía como invio-

lable. Bien es verdad que la industria se desarrolló sólo en Persia entre dos clases, mestiza una de ellas, por desdeñar el trabajo muchos de los descendientes de los antiguos arias engraidos con ideas de nobleza. No se crea por esto que los arias fueran rehacios ó enemigos del trabajo, pues que se halla actualmente comprobado que la antigua sociedad formada por aquel pueblo distinguido era agrícola en alto grado con un carácter moral fuerte, activo, elevado, opuesto por muchos conceptos al que distingue á la generalidad de las razas asiáticas; y este carácter es por otra parte muy adecuado para dar á los pueblos que lo poseen un porvenir histórico brillante y lleno de vida, energía y poderoso dominio.

El trabajo es la cualidad dominante en el pueblo ario; este es el primero que nos ofrece en el globo las huellas que en él dejaron sus grandes cualidades y, sin embargo, al lado de tantas virtudes compañeras inseparables de la paz, que es la vida de los pueblos de grandes destinos, encontramos también grandes instintos guerreros en esta raza tan digna de estudio.

Después de todo esto, y profundizando más el estudio de la civilización persa, descubriremos entre la raza que ocupó el territorio de Iran vestigios muy marcados de una industria que comprende no sólo los objetos pertenecientes á la guerra, sino los correspondientes á las artes y sobre todo á las manifestaciones del lujo. Con estas industrias ejercidas entre un pueblo agrícola, es natural que se vaya abriendo paso la idea del lujo, y no tardará mucho tiempo desde entonces á trocarse la gravedad en ligereza.

Las sociedades luego que han multiplicado sus medios de subsistencia, pasan del estado de agrícolas á la de industriales: llegadas á este punto se multiplican ellas á proporcion de los alimentos que les proporcionan sus tierras, y desde el momento de la prosperidad de las industrias, se hace ya imposible el estacionamiento, naciendo al mismo tiempo las exigencias del lujo con los cambios de las modas, efecto del bienestar que se deja sentir en todas partes.

Concretando estas consideraciones á la Persia, cuya constitución civil estamos estudiando, vémosla rodeada de felices circunstancias que conspiran á su desarrollo material. La habilidad desplegada por los persas para hilar

y teñir la seda, dará un vuelo á su civilizacion que en vano querrán igualar otros pueblos faltos de las materias necesarias en que emplear su actividad intelectual.

*
* *

Fijémonos ahora en lo que puede y debe considerarse en todos los pueblos como el origen y fuente de todas las civilizaciones: la religion.

El hombre ama y espera en su peregrinacion en la tierra, sea cual fuere la edad á que pertenece y cualquiera que sea el país que le vió nacer.

En el fondo del corazon humano viven dos sentimientos vivos aunque estén ocultos, que tambien viven en la soledad de los bosques las violetas ignoradas, á pesar de la excelencia de su aroma. Esos dos sentimientos son el del amor y el de la gratitud al sér de los seres, cualquiera que sea la denominacion que se le dé, sin que obste la idea, buena ó mala, que de él se haya formado. La expresion de esos sentimientos forma lo que se llama culto, el cual es de dos clases, interno y externo. El interno reside en el alma y fúndase en la admiracion que excita en nosotros la idea de su grandeza. El altar de ese culto es el corazon, y penetrado este de los sentimientos que le inspira, los manifiesta por el lenguaje que le es propio, exclusivo, pero familiar: los himnos, los sacrificios, las oraciones.

De ahí nace el culto exterior, consecuencia inevitable, necesaria del interior. Así se explica que, convencidos los hombres de lo que deben á sus inspiraciones del culto interno, se reúnan públicamente para expresar juntos, como en una sola y grande familia, lo que deben al sér que les inspira los vivos sentimientos del alma, cantando sus maravillas, bendiciendo sus beneficios, publicando sus alabanzas y anunciándolo á todos los pueblos.

Muchos siglos anteriores á la Biblia, muchísimo ántes que David cantara sus salmos acompañándose en su arpa de oro, nos han legado los pueblos asiáticos sus cantos de poesía lírica, cuyas preciosidades literarias nos

los harían confundir con los mejores de la Biblia, si la diferencia de los nombres no lo impidiera.

- « Quién se libra ante tu granizo? »
 « Tu voluntad es un decreto sublime que tú estableces en el cielo y en la tierra. »
 « Volvíme hacia el mar, y el mar se allanó; »
 « volvíme hacia la planta, y la planta se marchitó; »
 « volvíme hacia la cintura del Éufrates, »
 « y »
 « la voluntad de Marduk revolvió su lecho. »
 « Señor, tú eres sublime, ¿y quién te iguala? »
 « Marduk, entre los dioses, profeta de toda gloria..... »

Este fragmento de himno cuya traducción damos teniendo á la vista la francesa de Lénormant, este trozo de poesía tan antigua como las primeras sociedades humanas, no desmerece en nada á las mejores de la Biblia, ni es inferior á las más bellas inspiraciones del mejor de los líricos españoles, el inmortal Herrera, y es una de entre los muchos miles de pruebas que podrían presentarse de las manifestaciones del culto interno que los hombres de todas las épocas y de todos los países tributaron al sér de los seres.

Entre los persas, no obstante, observaremos un fenómeno digno de estudiarse, y es que mientras los antiguos dogmas conservaron su pureza y ejercieron su influencia, apénas se manifestó el culto con exterioridades dignas de tenerse en cuenta.

Debemos buscar la explicación de esta anomalía en el carácter tan eminentemente espiritualista de los dogmas que formaban las creencias persas.

El fuego, la luz, el astro del día como cosas ménos materiales entre la materia, por expresarnos así, fué el símbolo del dogma persa. Zarahastra, á quien conocemos mejor con el nombre de Zoroastro, fundador, segun unos, del mazdeísmo, organizador ó propagador del mismo, segun otros, codificó

en el Zend-Avesta la religion más pura por lo ideal de cuantas conoció la antigüedad.

De paso diremos aquí á propósito de este filósofo-legislador, que no puede fijarse con seguridad y exactitud la edad en que vivió, prescindiendo aún de los que niegan su existencia, cuya opinion nos parece enteramente destituida de todo fundamento. Los estudios modernos, en especial los de Oppert y Spiegel, están acordes en fijar su existencia, como lo más probable entre los años 2500 y 2400 ántes de Jesucristo, lo que equivale á decir que existió unos mil años poco más ó ménos ántes que Moisés.

Á pesar de las nebulosidades y contradicciones que rodean hasta la existencia de Zoroastro, de manera que llegan á hacer dudosa su misma realidad histórica; aún suponiendo que sea una leyenda, un mito, cuanto se refiera á sus milagros—en que no debe creerse por otra parte—á su predicacion, á su papel de legislador, es indudable no obstante que existe su obra aún actualmente, despues de tantos siglos transcurridos.

Zoroastro, con la palabra de luz ó Zendavesta transmitió á los hombres el mazdeismo ó ciencia universal, revelada por la Palabra excelente, pura y activa, y el carácter de esta ley religiosa nos parecerá incompatible con las representaciones simbólicas del culto exterior, manifestadas por el fausto y los objetos que se acostumbra dedicar al culto.

Segun dice Zoroastro, Oromazo (Ahouramazda) que es el espíritu sabio, el principio del bien, representado por el sol, el fuego, que ya sabemos se llama hijo suyo, es el autor de la creacion.

El Yazna, que es una coleccion de fragmentos del Zend-Avesta, nos dice á este propósito: « Yo invoco y celebro al criador Ahouramazda, luminoso, resplandeciente, muy grande y muy bueno, muy perfecto y muy enérgico, muy inteligente y muy bello, eminente en pureza, que posee la buena ciencia, fuente de placer, el que nos ha criado, que nos ha formado, que nos ha alimentado, el más completo de los seres inteligentes. »

Para hallar unas ideas tan espirituales como estas relativas al primer sér, al sér necesario, absoluto, será preciso prescindir de todos los países y ce-

ñirse al hebreo, cuyo Pentateuco será el único que excederá en espiritualismo al Zendavesta de los persas.

El mazdeismo de Zoroastro admitía dos principios primeros: el uno llamado Oromazo ó la luz, que era el bueno; y el otro Arimano ó las tinieblas, que era el malo.

Estos dos primeros principios, bueno y malo, verémoslos, con el transcurso de los siglos, figurar en otras religiones ó sectas.

Así como Oromazo, el principio bueno, creó genios de luz ó buenos—llamados ángeles por Moisés—, Arimano, el principio malo, creó espíritus malos ó demonios; y unos y otros son de carácter espiritual, ó inmaterial cuando ménos, pero sujetos al poder superior, unos y otros, de las divinidades superiores, representadas por los dos principios del bien y del mal.

Herodoto nos prestará una excelente página de su historia para que podamos formarnos una idea de la manera de manifestar los persas su culto tributado á los dos primeros principios.

« No está permitido entre ellos levantar templos, altares, ni siquiera simulacros de los dioses; y á los que los exigen les consideran locos. Es indudable que proceden así para evitar que se atribuya á los dioses un origen y forma humana, como entre los griegos. Tienen por regla no sacrificar á Júpiter sino en las cumbres más elevadas de las montañas, y llaman á Júpiter el círculo entero de los cielos. Sacrifican al sol, á la luna, á la tierra, al fuego, al agua, al viento.....No hacen uso ni de libaciones, ni de flautas, ni de cintillas, ni de pasteles salados. El que quiere sacrificar, conduce la víctima á un lugar puro, y la inmola invocando al dios, cubierta la cabeza con una tiara adornada de una guirnalda de mirto. No ora exclusivamente para él pidiendo á la divinidad los bienes que desea; sino que ora por la felicidad de toda la nacion persa y para el rey, y se mira como comprendido en ese voto general. Divide despues en pedazos la víctima y hace cocer sus carnes, que coloca sobre un lecho de yerba tierna, lo más frecuentemente de trébol. Cuando todo está preparado de este modo, se presenta un mago, y canta una teogonía que algunos miran como una especie de sortilegio; no les está permitido ofrecer un sacrificio sin llamar magos á él. Poco tiempo despues, el

que ha presentado la víctima se lleva las carnes y hace de ellas el uso que le conviene.»

*
* *

Estas ideas acerca de las manifestaciones religiosas de los persas nos explican satisfactoriamente el gran vacío que habrán notado ya nuestros lectores desde que vamos estudiando la manera de ser de aquel pueblo. Aludimos á la falta de arquitectura religiosa, por la sencilla razon de la falta absoluta de templos. Si en Egipto y Asiria hemos podido asombrarnos ante la grandiosidad y magnificencia de las moradas de la divinidad; si el arte arquitectónico de esas dos grandes naciones llegó á un apogeo de majestad que no alcanzará ningun otro pueblo antiguo ni moderno; si los reyes egipcios y caldeos cifraban su poder en la aparatosa ostentacion de los palacios dedicados por ellos á sus dioses, falta la religion de Zoroastro de la idea que informó la de aquellos pueblos, no materializó sus creencias con la construccion de locales que por grandes, magníficos y espléndidos que fueran, hubieran siempre sido indignos de contener en su recinto la majestad superior vedada á las miradas de los mortales.

Todos los pormenores que nos han llegado de la religion persa, y de su manera de practicarla, nos revelan claramente lo extremo de su sencillez así en su culto como en las ceremonias del mismo. En vano buscaremos en el Iran la escultura y pintura, compañeras inseparables de la arquitectura religiosa; porque no la han inspirado, no pudieron inspirarla los dioses que allí se adoraron. Y esta falta, y esta ausencia de bellas artes, ese vacío que observamos en las grandezas exteriores excluídas por el culto persa, lo notaremos más especialmente á proporcion de la austeridad en que se mantenga dicho culto.

Esta falta de arquitectura religiosa parece que debiera haber influído en la arquitectura civil, presentándola pobre, raquítica, sin inspiracion; pero no fué así. El palacio de Susa, á pesar de no presentárenos más que en

ruínas, y el de Persépolis especialmente, mejor conservado, nos ofrecen buena prueba de notable perfeccionamiento en el arte de construcción.

« Los restos del antiguo palacio de Istakhar ó Persépolis, dice un viajero, ocupan una plataforma cortada en la roca, cuyos cuatro lados corresponden á los cuatro puntos cardinales. La montaña es un conjunto de diferentes terraplenes, los unos encima de los otros, á donde se sube por una escalinata de mármol azul de quinientas gradas, sobre la cual podrían pasar diez caballeros de frente; en lo alto de cada uno de estos terraplenes se encuentran restos de pórticos y cámaras espaciosas; los primeros objetos que hieren la vista, son dos pórticos de piedra que pueden tener cada uno 16 metros de altura; dos esfinges en pié y de un enorme tamaño adornan los costados, cuya parte superior está cubierta de inscripciones griegas, árabes, cúficas, persas y en caracteres cuneiformes. Súbese á la gran sala de las colunatas, no léjos de los pórticos, por una escalera bastante suave, cuyos dos lados están cargados de una multitud de figuras en bajos relieves, muchas de las cuales colocadas de espacio en espacio, tienen vasos en la mano: completan esta especie de cortejo carros de triunfo á la romana, camellos, caballos, bueyes y carneros; nótese en lo bajo de la escalera un leon agarrando un toro. En cuanto á las colunas que forman el salon del cual acabamos de hablar, quedan aún quince de ellas enteras y en pié, y tienen de 20 á 30 metros de altura, pudiendo mirarlas como obras maestras de construcción.

» Se notan hacia el fondo en la roca en la cual fué sentado el gigantesco palacio, dos tumbas colocadas en la roca y cuya entrada no ha podido descubrirse aún. Las escaleras, los pórticos, todas las partes del edificio son de mármol, y las paredes, aún cuando parece que no están pegadas con argamasa, están tan bien juntadas, que es precisa mucha atención para distinguir las juntas. Algunos de los bajorelieves que adornan el palacio representan, aquí un príncipe que recibe los grandes de su corte, allí las ceremonias religiosas; por una parte se figuran combates de animales la mayor parte fabulosos, por otra parte se ve un personaje de alta estatura cubierto de vestidos talaes, con la tiara sobre la cabeza y el cetro en la mano; detras de este dos figuras de menor dimension sin adorno, una de ellas llevando un quitasol

que extiende sobre la cabeza del principal personaje, y otra un abanico.

»Mide todo el palacio mil cuatrocientos metros de circunferencia; la fachada tiene seiscientos metros de norte á sud y trescientos metros de este á oeste. En Oriente se le conoce aún con el nombre de Tchihil-Minar, esto es, cuarenta columnas, y con el de Takht-Djemchyd, ó trono de Djemchyd.»

Algunos sabios orientalistas que han estudiado las inscripciones de este palacio persa, suponen que es el que fué quemado por Alejandro Magno, cuando, cediendo á las inspiraciones de su embriaguez quiso señalar para siempre la caída del imperio de Ciro. Saint-Martin, que las estudió, ha reconocido el nombre de Darío bajo el de Dareinsch; el de Histaspes bajo el de Vyschtasp; y el de Jerges bajo el de Khschearschah. Niebuhr leyó en una de las que presentó: «Darío, rey poderoso, rey de reyes, rey de los dioses, hijo de Histaspes.» Y en otra que también descifró: «Jerges, rey poderoso, rey de reyes, hijo del rey Darío, de una raza ilustre.»

Si bien se reflexiona, léjos de causar extrañeza la supuesta anomalía entre la carencia absoluta de arquitectura religiosa en Persia, y la grandiosidad y riqueza de la civil, debe al contrario ofrecérsenos muy natural y ajustada en un todo á las reglas de la más rigurosa lógica, como que no podía ser de distinto modo.

Sabemos ya el espiritualismo dominante en el dogma persa, que hacía intraducible—si se nos permite la frase—en lenguaje representativo por vía de la materia, lo sutil de la idea concebida, cuya expresión debía hacerse difícilísima por no decir imposible, en pueblos faltos de una revelación que espiritualizara de una manera asequible sus fundamentos dogmáticos, y esto explica suficientemente la repugnancia que sentirían á encerrar en un espacio, limitado al fin y al cabo, por grande que fuera, al dios objeto de sus adoraciones.

Al contrario, el profundo, el humillante respeto que tenían á la autoridad representada en la persona de su rey, daría rienda suelta á su imaginación para ofrecerle moradas dignas de la idea que representaba, materializada además, por decirlo así, con la existencia de la persona que ocupaba el trono.

Ni aún actualmente ha decaído con el trascurso de los siglos el concepto en que tienen los persas á sus soberanos, llegando al extremo, ántes como ahora, de perder toda dignidad humana para demostrar el respeto y sujecion al monarca.

Los antiguos persas como los modernos, dice un autor, despues de haber sufrido azotes ó palos por órden del rey, iban á dar gracias de rodillas al monarca por haberse dignado acordarse de ellos. Las muestras de la más ignominiosa esclavitud no repugnaban á los antiguos, ni repugnan á los modernos grandes señores de la Persia. Y si en el día, como en otras épocas, los cortesanos se daban y recibían sin vergüenza el epíteto de perros del rey, los sátrapas de la dinastía de los Arsacidas se adelantaban más; pues fieles á esta expresion alegórica, se acurrucaban debajo de la mesa real, para comer respetuosamente los trozos de alimento que el monarca les arrojaba. Las genuflexiones y los títulos de *hermano del sol y de la luna*, impedían creerse mortal al rey de Persia, quien, á semejanza de los actuales schahs, permanecía inaccesible en su serrallo; en medio de sus mujeres y eunucos. Todos sus súbditos sin distincion de categorías eran considerados esclavos; y, por decirlo en breves palabras, en la historia antigua de Persia encontramos exacta y fielmente trazado el espantoso espectáculo de despotismo y esclavitud, que nos presentan sus anales modernos. Hay algo de horroroso en esa sucesion hereditaria de los mismos vicios y atrocidades.

Entre los actuales persas, como en tiempos de Jenofonte, se fijan la clase y las prerogativas de todos por las reglas de la más severa etiqueta observadas en aquella sociedad. De la misma manera que el primer ministro se arrastra ante su soberano, así tambien el más miserable campesino toma la más humilde postura ante el gefe de su villorrio. Un hijo, cualquiera que sea su dignidad, no se sienta nunca frente su padre. Los príncipes de la sangre, los sabios, los poetas y los embajadores son los únicos personajes que, en la corte, gozan del privilegio de sentarse en presencia del rey.

Si debe darse crédito á Herodoto y á Josefo, cábeles á los persas la triste gloria del mayor testimonio de la más atroz corrupcion de costumbres, por ser los inventores de la operacion que, formando seres sin sexo,

proporciona desapiadados guardas á un serrallo. Aludimos á los eunucos. Eran estos tan numerosos y tenían tanto poder en la antigua corte de Persépolis, como en las modernas de Ispahan y Teheran.

Antiguamente se llamaban eunucos aquellos que en los palacios servían en lo interior de ellos. Aumentada despues la corrupcion de costumbres, los zelos de los príncipes introdujeron la bárbara costumbre de que fuesen hombres mutilados los que sirviesen este destino. La palabra eunuco está compuesta del griego, siendo su verdadero significado: guardar la cama ó interior del aposento.

Á los eunucos se confiaba ántes, así como ahora entre los persas modernos, la educacion de los príncipes que tanto admiró Platon.

Pero no es esta únicamente la triste gloria que le cabe á Persia en cuanto á la degradacion del hombre por el hombre, y nos quedan muchos vestigios de su antigua barbarie, que la civilizacion no ha conseguido extirpar. Muchos castigos atroces, puestos actualmente en práctica, derivan de su antigua institucion: se desollaba vivos á los rebeldes, se les cortaba en dos partes, y se vaciaban los ojos á las víctimas de la política. La historia está llena de tristes y famosos ejemplos de semejantes atrocidades en el espacio de muchos siglos. Para los antiguos era un juego, como lo es todavía para los modernos soberanos de aquel país, el cortar las orejas, la nariz, las manos, y desahogarse en otras barbaridades por el estilo.

Á pesar de estos gravísimos lunares que afean la civilizacion antigua persa, encontramos en ella anomalías que nos asombran, por lo reñidas que están con ese orden de cosas establecido.

El fallo de las cuestiones árduas estaba reservado al Rey, cuyo deber principal era administrar recta justicia. Todas las mañanas un oficial recordaba al Rey que Dios le había puesto en el trono para que llenase bien los deberes de monarca. Los fallos ménos importantes se dejaban á la decision de los Jueces Reales. Cambises hizo desollar á uno de estos, y mandó colocar el pellejo en el lugar en que debía reemplazarle su hijo único, para que le sirviese de ejemplo en el cumplimiento de sus deberes.

Nadie era condenado á muerte por la primera vez que cometía un delito.

Los servicios hechos al Estado eran una compensacion de los delitos, y jamas se condenaba al acusado sin preceder el careo con el acusador. En Persia se castigaba la calumnia como en Egipto.

Siguiendo en este órden de ideas que prueban excelentes y extraordinarios adelantos en la civilizacion persa, debe saberse, para leccion de monarcas modernos que debieran aprender para el buen gobierno de sus pueblos, que el monarca persa estaba obligado á recorrer las provincias de su reino, y sólo cuando se lo impedían los negocios graves, podía enviar delegados. El principal objeto de estas visitas era velar la guerra, la hacienda, la justicia, el comercio, el buen estado de los caminos, la seguridad de las ciudades y el ejercicio de las artes, sobre todo el de la agricultura.

¡Cuántos tronos, barridos por el soplo de las revoluciones, se sostendrían todavía robustos y respetados, si, tomando los reyes por modelo la conducta de los monarcas persas de la antigüedad, hubiesen ajustado la suya á las reglas que seguían aquellos, en lugar de entregarse á la ociosidad y satisfaccion de livianas pasiones, confiando á favoritos, raza de tiranos, las riendas del gobierno y direccion de sus Estados!

Ya que tenemos formado algun concepto, basado en buenos datos, de lo que fueron los antiguos persas, á los que se parecen en muchas cosas los modernos, leamos lo que nos dice de ellos un viajero moderno:

« Con la persuasion de que la justicia no sigue entre las persas otra regla que la del príncipe, inclinan estos su cerviz bajo el yugo, y no creen que les sea dable escaparse de él. Combaten para obedecer ó cambiar de señor; pero no por la libertad, puesto que ignoran en su lengua el significado de esta palabra. Lisonjean sin pudor al poderoso que les oprime y observan á menudo aquella máxima odiosa que ha llegado á ser proverbial entre ellos: *Besar la mano que no se puede cortar*. El derecho, en su concepto, no tiene significado; la fuerza lo es todo. Como el resultado justifica siempre la empresa, fíjense poco en la eleccion de los medios, así es que la perfidia, la traicion, el perjurio les parecen aceptables; interesa ante todo alcanzar el objeto. Tam-

co reputan por crimen el disimular ni aún renegar de su religion, si así lo exigen las circunstancias (1).»

Los persas, dice otro autor, se distinguen por su finura y astucia y con exceso: son bellacos, egoistas, venales é incapaces de rasgos generosos. Su finura se reduce á un vano ceremonial, y su hospitalidad no está exenta de vanidad, ni separada de la esperanza de recibir por ella algunos presentes. Parece que se consideran mucho más sabios é inteligentes que las demas naciones, mas á pesar de ello flotan siempre entre la anarquía y el despotismo. Su carácter suave y humano en tiempo de paz es muy diferente en el de sus discordias intestinas, y es de notar que ora vencedores ó vencidos, ora pobres ó ricos, gozan de igual jovialidad y presencia de ánimo, y que experimentan desmedida alegría tras de la más fuerte querrela.

En nuestro concepto, y no creemos equivocarnos, débese el carácter persa, continuado aún entre los modernos, al contacto perpetuo producido por varias razas confundidas en un solo imperio formado de entidades distintas, separadas ántes por su origen, constitucion, culto y demas factores que concurren á la creacion de un grande Imperio, como lo fué el de Persia. Por esa reunion de distintas razas debe producirse el resultado de iniciarse todas en artes é industrias en las que deben figurar así la utilidad llevada al colmo de la perfeccion, como la superfluidad extremada hasta el exceso.

Esta confusion de razas en la formacion de un solo imperio debe conspirar á que haya exuberancia de actividad y deseos de extenderla fuera de los confines señalados por la política ó impuestos por la naturaleza, resultando de aquí en último caso la propagacion de las ciencias y artes, aunque sea por medio de la conquista.

Cuanto parece inmóvil el extremo Oriente, ha dicho un autor, otro tanto se agitan en la cuna los pueblos Zends. El movimiento de la historia comienza con ellos y la humanidad se lanza á la inquietud que ya no tendrá fin. Un vago instinto les empuja á la conquista de cuanto les rodea; necesitan imponer su fe, sus símbolos, sus dioses, quieren ser los apóstoles del

(1) A. JAUBERT. *Viaje á Armenia y Persia.*

mundo. Bajados de las alturas de la Bactriana, se precipitan estos pueblos, osados ginetes, á ciegas contra la raza de Sem, Babilonia, la Caldea, el imperio de Asiria, que muy luégo pasan á ser su presa. El imperio persa no tiene punto de reposo hasta haberlo subyugado todo, desde el Indo hasta el Halys. Al cabo de poco, Cambises le añade el Egipto; pero el Asia es ya demasiado estrecha para la empresa de esos creyentes; sometido el Oriente, es necesario apoderarse de la Europa, no por medio de una invasion clandestina, por una colonia que va á ocultar su origen en alguna costa desierta, sino por una verdadera emigracion del Oriente al Occidente. Sin duda no espera la Grecia más que la llegada del gran Rey para inclinarse á su paso;..... los magos lo han prometido.

En los tiempos de Ciro y Cambises la monarquía persa fué absoluta; y en el de Darío, templada por un Consejo de siete personas notables; y por la autoridad de los sátrapas bajo sus sucesores. No es empero la monarquía persa, vasta red feudal, la monarquía administrativa, teocrática formada y hasta representada por distinguidos funcionarios que hemos visto ya y habremos de ver aún en otras naciones del Oriente, con todas las consecuencias derivadas de su organizacion político-administrativa relativamente á sus manifestaciones civilizadoras. En Persia se nos ofrecen las satrapias en número considerable, como otras tantas sucursales, que podríamos llamarlas, del esplendor cortesano de su soberana.

Los sátrapas son otros tantos reyes, á quienes tratará en vano de eclipsar el mismo rey. Tan hondas raíces echaría la magnificencia y esplendidez en aquella monarquía, que aún actualmente merece citarse el lujo de los modernos monarcas de aquel imperio.

Veamos cómo nos describe el traje del monarca persa Teth-Ali-Schah en el acto de recepcion de M. A. Jaubert: «Un sol representado por numerosos y gruesos diamantes brillaba detrás del Schah, que estaba sentado con la espalda apoyada sobre un almohadon de raso blanco, bordado de perlas, y cubierto con una bata de la misma tela sobre la que caía su larga barba. Adornos tejidos de perlas y bordados de rubíes, y sembrados de rosas ó piedras de color, cubríanle casi hasta los codos; y de un tejido de

la misma clase adornaba sus hombros y la mitad del cuerpo. Dos grandes brazaletes de forma redonda engastados de piedras preciosas, brillaban en la parte superior de sus brazos. El diamante, conocido entre los persas por el nombre de kuhi-nur (montaña de luz), estaba engastado en medio de uno de los brazaletes, á la par que el otro estaba adornado con el que llaman deryai-mur (océano de luz)..... Llevaba el schah, en lugar de turbante, una especie de tiara, cuyo ribete estaba formado con un tejido de perlas sembrado de rubíes y esmeraldas. Un penacho de pedrería estaba colocado al frente de este adorno, en el que ondeaban tres plumas de garza real. Un collar de perlas del tamaño de avellanas, muy iguales y de riquísimas aguas, ceñían dos veces el cuerpo. Un puñal lleno de pedrería colgaba de su cinturón, adornado de bellas esmeraldas, de que igualmente pendía un sable completamente cubierto de perlas y rubíes.»

Pero no es sólo en los palacios reales donde se hace aparatosa ostentación del lujo y extremada riqueza. El lujo de los persas modernos recuerda, bajo diferentes conceptos, el de los antiguos. Vastos jardines ofrecen un paseo solitario á las mujeres de los grandes, que, dominados de excesivos celos, procuran ocultarlas de la vista de los extranjeros. Pueblan los harems hermosas esclavas que arruinan á los más ricos señores, gastando enormes sumas en frívolos adornos. Aparte del afeminado gusto por las joyas y pedrerías, conserva todavía el persa la antigua costumbre de pintarse de negro las cejas y la barba. De este antiguo país nos han llegado por medio de los griegos y especialmente de los macedonios, las sombrillas, sillas de mano, las alfombras y otros objetos de lujo y comodidad. Los monarcas y sátrapas persas comían al ruido de un concierto vocal é instrumental, ejecutado por bailarinas que los griegos llamaban *musurgas*, y los persas *raccas* ó *alimeh*, esto es sabias, y nosotros bayaderas, segun los nombres que los portugueses les dieron en la India. Todo lo que dicen de esta clase de cortesanas Suidas y Ateneo, conviene á los persas modernos: « Unas tocaban la flauta, otras el psalterio de cinco ó siete cuerdas, y se cantaba sin acompañamiento de música, como entre los griegos, pues esta formaba el prelude.»

Debido sin duda á la fertilidad y riqueza de su clima, son los persas muy

aficionados á las flores, cuyo gusto se remonta á muy antiguos tiempos. Aunque Langles ha demostrado que el descubrimiento de la esencia de rosa no cuenta más fecha que de 1612, sin embargo parece que Herodoto y Quinto Curcio indicaron ya la fiesta de *Gubryse* ó de la profusion de las rosas como una antigua costumbre en la solemne entrada de los monarcas persas en una ciudad.

Ademas de la fiesta de las rosas, existen otras varias en Persia, pero no hablaremos más que de la de *New-ruz* ó la fiesta del año nuevo, instituída por Djemchid, cuyas procesiones nos representan los mármoles de Ystakhar en la llanura de Persépolis.

Esta fiesta, única civil que se celebra en Persia, da lugar á extraordinaria pompa. Débese el día de la celebracion de esta fiesta al sultan Djelaleddin, fundador de un calendario que se cree preferible al gregoriano, que la fijó para el día del equinoccio de la primavera, siendo así que el año mahometano y lunar comienza en época variable. Chardin nos dará la descripcion de esta fiesta.

«Se anuncia esta al pueblo con descargas de artillería, y mosquetería en los pueblos donde la hay..... Los astrólogos magníficamente vestidos se trasladan al palacio real, ó al del gobernador del distrito, una ó dos horas ántes del equinoccio, para observar su momento preciso..... Así que dan la señal se tiran descargas, y se llena el aire con el sonido de los timbales, cuernos, trompetas y otros instrumentos de música. Todo es cantar, todo es alegría entre los grandes del reino. En Ispahan se coloca durante los ocho días de la fiesta una música frente la puerta del palacio del rey, y se interpola con danzas, fuegos, y comedias, como si fuera en una feria, y todos pasan aquellos ocho días en indecible alegría. Esta fiesta entre los varios nombres que recibe de los persas tiene el de *los vestidos nuevos*, puesto que no hay individuo por pobre y miserable que sea, que no vista uno, y los más acomodados uno cada día, miéntras dura la fiesta. Esta es la ocasion oportuna para visitar la corte, con motivo de que en ella se despliega una pompa desconocida en los demas días del año..... Todos se remiten presentes, y desde la vigilia se envían mútuamente huevos pintados y dorados, de los

cuales hay algunos que valen hasta tres ducados de oro. El rey los regala de esta clase á las principales damas de su serrallo sobre quinientos, puestos en hermosos azafates. Así es como me ha sido posible recoger algunos de ellos. El huevo está cubierto de oro, teniendo en los lados cuatro figuritas ó miniaturas muy finas. Dícese que los persas se han regalado en todos tiempos tal clase de huevos en ocasion del año nuevo, con motivo de que el huevo indica el principio de las cosas.»

Á propósito de esto observa Langles el papel que en la cosmogonía oriental presenta el *huevo mitológico*, simbolo del caos y del estado primitivo del mundo.

Continuando empero la descripción de la fiesta del equinoccio, diremos con Chardin, de quien tomamos estos apuntes:

«Apénas comienza el momento del equinoccio, los grandes van á felicitar al rey el *año nuevo*, puesto su *tadje* ó gorro real, cuajado de pedrería, y su más vistoso traje: cada uno le hace su presente de joyas, pedrería, tejidos, perfumes, preciosidades, caballos ó plata, segun sea su destino y haber. La mayor parte de ellos regalan oro, pues consideran que es el único objeto digno de entrar en el arca de S. M. Se le dan ordinariamente desde quinientos hasta cuatro mil ducados. Los grandes que desempeñan algun destino en las provincias procuran tambien hacer su felicitacion y presente: nadie se libra de esta costumbre; por el contrario, cada uno procura exceder á los otros, y á sí mismo respecto de lo que ha hecho en los años anteriores, de modo que en esta fiesta recibe el rey grandes riquezas, parte de las cuales se invierten en regalos á los numerosos individuos que componen el serrallo..... Los grandes pasan el resto del día recibiendo visitas y presentes de sus inferiores; porque es costumbre invariable en Oriente, que desde el humilde campesino hasta el rey *dé* el inferior al superior y el pobre al rico.»

Es casi seguro que esta costumbre persa se remonta á los tiempos del gobierno patriarcal; á lo ménos se eleva á la más remota antigüedad. Sábese que cuando los antiguos reyes de Persia pasaban por un villorrio, se les ofrecían trigo, queso y bueyes. De Artajerjes Mnemon se cuenta que habiendo encontrado de pronto á un hombre llamado Cenefas, quien no tenía á mano

nada que ofrecerle, corrió á buscar un poco de agua cristalina con la palma de la mano, y ofreció este simple presente acompañado de un discurso lleno de protestas de adhesion que le fué escuchado con la atencion más benévola.

Otro rasgo del mismo príncipe refieren Plutarco y Eliano. Al ofrecerle un tal Megistes una manzana de extraordinaria forma, infirió de ello el monarca que sabría desempeñar cuantos negocios se le confiaran; y en seguida le confirió un importante destino. Este es el espíritu que domina en Oriente; que nos pinta los progresos y verdadero estado de su civilizacion, casi estacionaria, porque esta costumbre no ha cambiado nunca.

Pero terminemos ya la descripción de la fiesta del año nuevo.

Los devotos pasan orando en su casa, si les es posible, todos los primeros días de la fiesta. Se purifican al rayar el alba, se lavan con agua todo el cuerpo, se ponen vestidos muy limpios, se abstienen de todo comercio con sus mujeres, hacen sus plegarias ordinarias y extraordinarias del día; leen el Alcoran y sus libros devotos, todo con el objeto de procurarse con tales actos religiosos un año feliz. Contribuye á dar más solemnidad á esta fiesta la circunstancia de hacerse memoria en ella de la inauguracion de Alí á la sucesion de Mahoma. Pretenden los persas esquivitas, que en este día del equinoccio abdicó el profeta el califato á favor de Alí, por cuyo motivo esta es la única fiesta religiosa que estando arreglada segun el año solar no es movable. »

Casi está demostrado que esta fiesta fué conocida en la más remota antigüedad, porque el rey Djemchid, que, segun la muy bien fundada presuncion de Wahl es el mismo Achemenes de los griegos, fué el primero que reguló el calendario y fundó la fiesta de New-rúz ó del año nuevo, sin embargo de que en el orden de los meses persas se han introducido varios cambios, debidos probablemente á la primitiva irregularidad del calendario.

Estas fiestas recuerdan naturalmente la extraordinaria magnificencia de la corte persa, cuyo lujo excede al de todas las demas. Ninguna tuvo nunca más numeroso personal. Una simple salida del rey con su numerosa comitiva de ginetes, se parece más á un ejército emprendiendo una campaña, que

un paseo de la corte. El tesoro real persa mantiene á sus expensas quince mil cortesanos.

Infinidad de personajes desempeñan en palacio un mismo destino, hasta el extremo de que se destinan muchísimos empleados al único cargo de hacer diariamente la cama del rey. Los cortesanos llevan variados títulos y visten lujosamente púrpura y adornos de oro.

Las concubinas son innumerables, y para su custodia hay un ejército de eunucos. Algo de esto saben ya nuestros lectores por lo que han leído de la corte de Asuero, en la Media; pero no es impertinente recordar aquí lo que pasa en la corte de Persia.

Desde el día de su llegada al harem pasan las víctimas de la lascivia un año entero entre aromas ántes de admitirlas el rey á la honra de compartir con él su lecho. Como en la Media, no puede ninguna recibir dos veces los favores reales á no ser que por una especial distincion se la llame expresamente. Para que no falten pobres víctimas al mónstruo devorador de honras y bellezas, le pagarán tributo de honra y hermosura todos los pueblos del Asia. Esto no obstante, todas las mujeres del harem vestirán con lujo deslumbrador, con riqueza digna de presentarse ante la feroz pasion del hombre que ha de gozarlas sin amarlas.

Ocupado el rey en contemplar tantos portentos de belleza, no tiene tiempo para presentarse á sus pueblos que apénas le conocen. Sólo algunas veces conseguirán distinguirle apénas por su deslumbradora corte. Susa, Babilonia, Ecbatana gozan cada una de estas capitales la honra de hospedarle algunas veces al año, para que sean testigos de sus placeres.

El rey comía solo—y así lo hace aún actualmente.—Á veces se admite á su mesa á su esposa ó algunos de sus hijos, y entónces, como lo dijimos ya ántes, se llama á las jóvenes del harem para que canten y bailen delante de ellos. Es imposible formarse una idea del lujo desplegado en las comidas reales. Nos dice Herodoto (1) que el agua que ha de beber el rey procede del Chraspe, y en los viajes que hace para visitar su reino, se la trasporta en

(1) HERODOTO. — Libro I.

jarras de plata del templo de Júpiter Ammon, que está en el oeste de África; el vino se lo traen de Chalibon, en Siria, y el trigo de la Eolia. Cuando el rey da un banquete no admite más que doce convidados, y estos beben distinto vino que el rey. Este se sienta en un sitial con piés de oro, y los convidados en el suelo. Las comidas de los reyes se regulan por leyes fijas.

Los sátrapas imitaban cuanto podían la esplendidez real en sus comidas, objeto predilecto en Persia de las personas acomodadas. Todos los acontecimientos de familia se celebraban con suntuosas comidas en las que abundaba el más exquisito vino y los manjares más delicados se presentaban con prodigalidad.

La sociedad persa nos presenta con sus costumbres la verdadera efigie del feudalismo más soberbio y suntuoso, sin faltarle nada de aparato guerrero.

¿Podían los recursos propios de la Persia sufragar tantos gastos, alimentar el lujo deslumbrador de sus reyes, sátrapas y magnates? Jamas hubiesen bastado para ello ni todos los productos del Iran ni los de las provincias que le estaban sometidas, si no se les hubiese agregado la fuerza para arrebatar lo ageno y la expoliacion para quitar las propiedades á sus dueños. Para cubrir tanto despilfarro, señalaba el rey una provincia á cada favorita, á cada reina, sin descuidar en el reparto á los señores. Cuéntase el caso de haber destinado el rey toda una provincia ó comarca muy fértil para cubrir únicamente los gastos del cinto de la reina.

Casi está ya fuera de duda que se debe á Darío el grande fausto monárquico de Persia, y que es debido á esto el título de *gran rey* que le dieron los griegos.

Veinte satrapías, establecidas por Darío, comprendían además del imperio de los persas en Asia, el Egipto y la Cirenáica, una parte de la Tracia y algunas islas del mar Egeo. Las contribuciones proporcionaban cantidades enormes sacadas de la inmensa extension del imperio, exceptuada la Persia llamada propiamente tal, y las contribuciones, en metálico, impuestas por las diversas satrapías, importaban unos cien millones de pesetas.

Las otras contribuciones fueron todavía mucho más importantes. El rey

concedía además á precio de oro los derechos de riego y pesca. Varias provincias enviaban, además de las contribuciones principales otros tributos especiales, muchos de los cuales ofrecen ideas de superfluidad la más refinada. Los reyes persas llegaron casi á comerciar con sus contribuciones, así que no es extraño que á Darío se le diera el nombre poco halagüeño para un rey de *mercader*. Ávidos los reyes persas de riquezas, cobraban anualmente ciento sesenta caballos blancos de la Cilicia; dos fanegas de oro, doscientos tronos de ébano, cinco jóvenes esclavos y veinte colmillos de elefante de los etíopes; los de la Cólquida le enviaban, cada cinco años, cien muchachos y cien muchachas; Babilonia proporcionaba quinientos eunucos, y los árabes mil talentos de incienso.

Con las edades no terminará ni cambiará esta esplendidez persa, y las civilizaciones sucesivas le deberán no poco en sus adelantos y progresos. Ella no tiene arquitectura religiosa, y sin embargo la Europa destinará para sus magníficas catedrales la hermosa ojiva nacida en Persia, después de haberla adoptado la república romana; y el noble castellano de la edad media la adoptará también para el castillo que, cual atalaya, levantará en la cima de una montaña que dominará inmenso terreno.

En los siglos más cercanos á nuestros tiempos, veremos que las manifestaciones persas adquieren infinita variedad como productos del contacto con Grecia y Roma y otros pueblos con quienes tuvo comercio. Este contacto nos explicará la variedad de sus productos, y estos nos darán á su vez la medida de sus inmensos y prodigiosos recursos que se bastaban para todo.

Esta esplendidez la encontraremos apenas disminuída en la época de los Arsácidas, que ocupaban el trono persa cuando imperaba Augusto; ni es probable que fuera inferior al de los Aqueménidas, antecesores suyos.

Reflexionando en el carácter austero de los persas primitivos, sorprende verles sostener y pagar tan diversas y costosas empresas, y fundar y conservar tantas ciudades tan opulentas como Rages y otras que llegaron á ser capitales inmensas, sostener la magnificencia de los reyes que poseían maravillas de riqueza, y levantar finalmente en todo el vasto imperio la multitud de castillos tan bien construídos como ricamente adornados, moradas fan-

tásticas de los señores feudales, que dominaban vilmente la Persia.

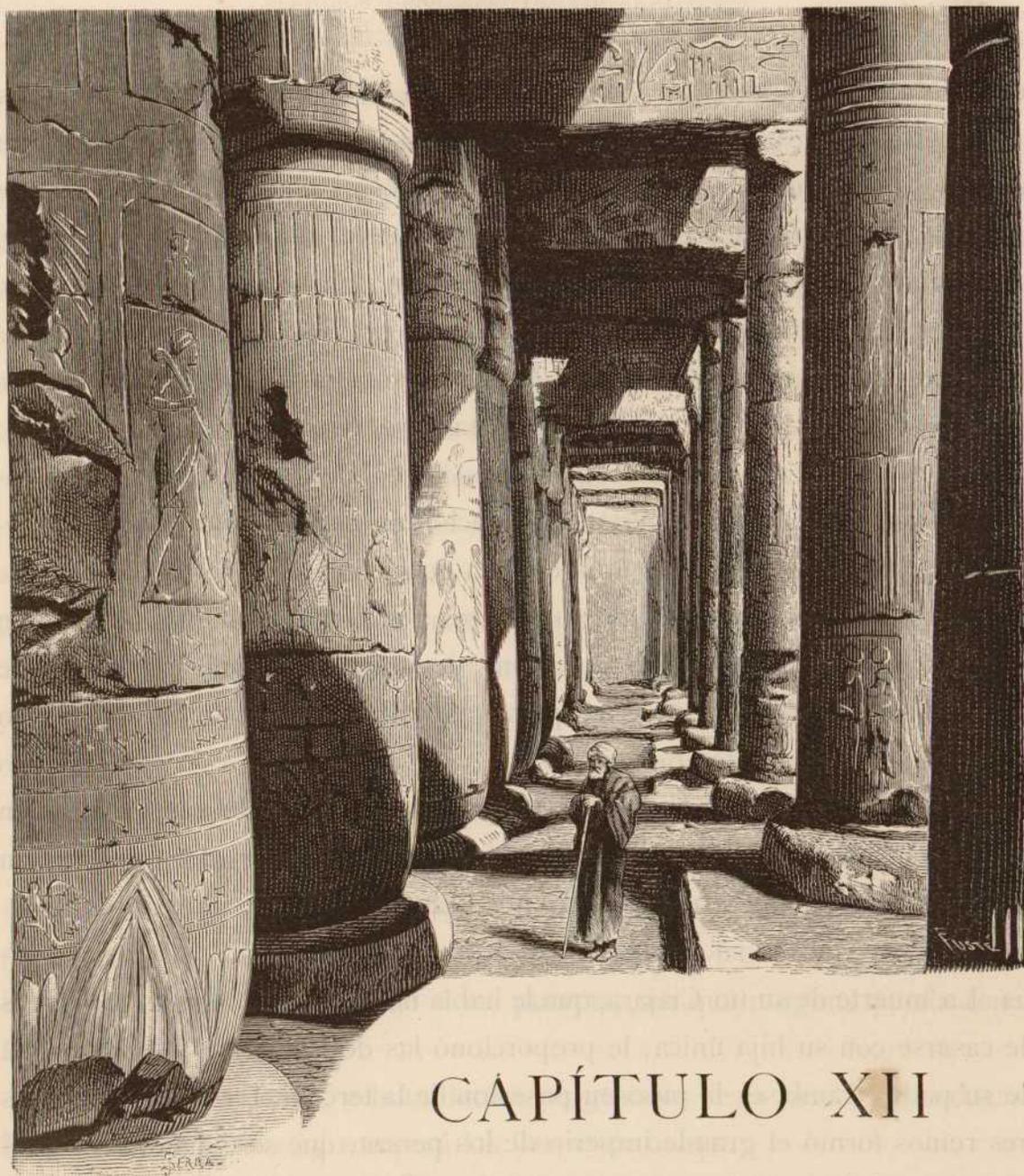
Cuando este imperio sostenía todo ese aparato de riqueza, si bien es verdad que iba envuelto á la vez con muchísimas miserias y degradacion, hacía no obstante circular las riquezas entre las clases trabajadoras y alimentaba muchas industrias que desconoce la Persia moderna. Su decadencia ha sido espantosa. Desde la cima de la gloria se hundió en el abismo de la barbarie, sin que haya conseguido salir de la profundidad á que se precipitó. Diríase que la civilizacion es una mujer hermosa pero vengativa; cuando se la desprecia ó desdeña, se venga retirándose, sin acordarse jamas del país que abandonó. Los pueblos que hasta ahora hemos visitado abonan nuestro aserto, y lo acreditarán desgraciadamente muchos otros que veremos ó mencionaremos como de paso. Los pueblos favorecidos por la civilizacion deben pues procurar halagarla, seguir los consejos que ella da, no despreciar sus luces, crédos de que se la puede ofender impunemente.

Á poco que se medite sobre cuanto acabamos de ver, se comprenderá desde luégo que sabemos muy poco de la historia de Persia y que desconocemos casi completamente el desarrollo y vicisitudes de su civilizacion, especialmente hasta la época de su filósofo-legislador Zoroastro, cuya existencia es tambien problemática, y sobre todo lo es el tiempo de su aparicion en el mundo. La historia antigua, así como las religiones de aquellas épocas, se completan unas por otras: los libros antiguos persas tienen no poca relacion con los de otros pueblos de la antigüedad y sobre todo con los de la India, como nos lo acreditan los Naskas. Las mitologías de esos pueblos, examinadas sin prevencion, sin ideas preconcebidas, son un regulador exacto, seguro, de las ideas filosóficas y religiosas de aquellas sociedades primitivas que no debe desdeñar el que quiera formar cabal juicio de la cultura de unos pueblos que debemos conocer más por induccion que por testimonios existentes de sus distintas manifestaciones en las variadas esferas de los conocimientos revelados por la humanidad en la sucesion de los siglos.

Si no fuera por adelantar aquí datos y materias que la ocasion nos proporcionará ántes de salir de Persia, daríamos ahora una ojeada acerca de la situacion actual política y moral de este imperio tan floreciente en otros

tiempos, tan decaído y empobrecido ahora; compararíamos sus antiguas ciudades opulentas, orgullosas, con los malos pueblos de ahora sucios, asquerosos, mal construídos, insalubres, y edificados por decirlo así, sobre lodo ó porquería, y veríamos lo que son sus grandes poblaciones sin solidez ninguna, incapaz de librarlas, en el norte, del frío que se ceba en su falta de prevision y medios. Veríamos los tristes resultados que de todo se siguen contando las muchas víctimas que anualmente ocasionan los hundimientos de casas, edificios y pueblos enteros que desaparecen como si los barrierá un huracan infernal, ó los llevara á lo desconocido una maldicion poderosa é irresistible. Veríamos cómo el hambre la peste, y mil otras plagas completan la obra de destruccion que respetó la naturaleza ó dejaron los elementos. Llámannos, empero, otras ideas, y debemos terminar aquí, para la mejor division de las materias.





CAPÍTULO XII

PERIODOS GLORIOSOS DEL IMPERIO PERSA. — COMPARACION DE SU
ESTADO ANTIGUO CON EL ACTUAL



L pueblo persa estaba dividido en diez castas ó tribus, entre las que sobresale la de los Pasargadeos, que estuvo en posesion del gobierno.

Ciro, el verdadero fundador del imperio persa, era de la familia de los Aqueménidas, pertenecientes á la tribu de los Pasarga-

deos, y fué levantado al trono de Persia, segun las leyes del país.

En los albores de la historia persa vemos en aquel territorio distintas naciones independientes: los propiamente llamados persas al mediodía, los arianos al este, los medos al centro, y ocupando el norte las diversas hordas bárbaras de hircanios, partos ó cadusianos. Las revoluciones políticas, á que se han arrojado distintas veces varias provincias del imperio persa han acabado siempre por reunir las bajo una sola dominacion, conspirando de este modo á la formacion de una vasta y poderosa monarquía.

Despues de varias luchas con los medos, babilonios y otros pueblos limítrofes, acabó Ciro por libertar á su nacion en el siglo sexto ántes de Jesucristo, y la hizo señora de toda el Asia occidental. Sabidos los límites de la Persia, bañada en muchos de sus puntos por distintos mares, observarán con extrañeza nuestros lectores, por uno de aquellos fenómenos raros que no se explican fácilmente, que los persas de todos tiempos tuvieron y tienen la marina olvidada enteramente.

Por lo visto en el capítulo anterior sabemos ya algo del rey Ciro, quien decia ya á Jenofonte: «es tan extenso el imperio de mi padre, que en un extremo de él se muere uno de frío, mientras en el otro se ahoga de calor.»

Este rey ciñó en su frente las tres coronas de Babilonia, Media y Persia. La muerte de su tío Ciájara, que le había nombrado su heredero, despues de casarse con su hija única, le proporcionó las de Babilonia y Media, y la de su padre Cambises le puso en posesion de la tercera. La reunion de estos tres reinos formó el grande imperio de los persas, que se extendió aún durante los reinados de los sucesores de Ciro. Éste no gozó de él más que siete años, y, al morir, lo dejó en profunda paz y en el estado más floreciente á su hijo y sucesor llamado Cambises.

Reunida la monarquía de los babilonios á la de los persas, formaba un vasto imperio cuyo gobierno era preciso arreglar bajo un nuevo plan. Á este efecto fué Ciro á verse con su tío Ciájara en Ecbatana despues de la conquista de Babilonia. La historia nos cuenta el resultado de la conferencia.

Dividieron sus estados en ciento veinte provincias, colocando al frente de cada una á uno de aquellos que más fielmente habían servido á Ciro en

sus expediciones militares. Superiores á estos gobernadores de provincia (sátrapas), que tenían obligación de residir cada cual en la suya respectiva, crearon tres superintendentes que debían permanecer constantemente en la corte, y á estos debían los demas dar cuenta de su administracion, para comunicarla al príncipe, recibiendo sus órdenes por el mismo conducto. En este punto están acordes en los datos que nos suministran Jenofonte y la narracion bíblica, especialmente la de Daniel quien fué uno de los tres superintendentes y áun el primero, ya por ser más anciano, ya por su fama superior en todo el oriente por su profunda sabiduría.

Ciro es el único conquistador cuyo nombre estuvo escrito muchos años ántes de su nacimiento como el de un hombre extraordinario llamado á grandes cosas. No queremos hacer ningun comentario porque nos expondríamos á malas interpretaciones, pero no podemos resistir al deseo de copiar la profecía de Isaías, para que vean nuestros lectores la ilustre gloria del poderoso Ciro.

« Yo el que digo al abismo: Sécate: yo enjugaré tus ríos:

Ciro: Tú eres mi pastor: tú has de cumplir todos mis designios.....

Esto dice el Señor á mi ungido Ciro, á quien he tomado de la mano para sujetar á su persona las naciones, y hacer volver las espaldas á los Reyes, y para abrir delante de él las puertas, sin que ninguna pueda resistirle:

Yo iré delante de tí, y humillaré á los grandes de la tierra: despedazaré las puertas de bronce, y romperé las barras de hierro.

Y te daré á tí los tesoros escondidos, y las riquezas recónditas; para que sepas que Yo soy el Señor, el Dios de Israel, que te llamo por tu nombre.

Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre, te puse el sobrenombre de Ungido, y tú no me conociste.

Yo el Señor, y no hay otro que yo; no hay Dios fuera de mí: Yo te ceñí la espada, y tú no me has conocido;

y te armé, á fin de que sepan desde oriente á poniente, que no hay más Dios que yo.....

Yo soy el que levantaré un varon (Ciro) para ejercer mi justicia, y dirigiré todos sus pasos; él reedificará mi ciudad, y dará libertad á mis hijos cautivos, sin rescate, ni dádivas.....

Esto dice el Señor: Las labores del Egipto y el tráfico ó comercio de la Etiopía, y los sabeos, hombres agigantados, se pasarán á tí y serán tuyos; caminarán en pos de tí con esposas en las manos y te adorarán, y te presentarán súplicas: en tí sólamente está Dios, fuera del cual no hay otro Dios (1).»

Ciro fué un conquistador afortunado. Deseoso de aumentar el catálogo de sus victorias, dejó en el Asia menor á Hárpago, general experimentado, para que sometiera el imperio de Creso, con los pueblos de la Jónia, la Dórída y la Eólida; y él mismo pasó á conquistar la Siria, la Fenicia, la Palestina, parte de la Arabia y el Egipto, para dar despues el último golpe al imperio asirio con la toma de Babilonia, cuya conquista conocemos minuciosamente.

Como indicio del progreso de las ideas humanitarias, se nos presenta en el reinado de Ciro un hecho notable, y que formó época en un gran pueblo, en el judío. Nos referimos al término del cautiverio de los judíos en Babilonia.

No había olvidado Ciro haber destruído el reino de Babilonia, en nombre de su tío, y por la voluntad de los dioses puso el timon del imperio conquistado en manos de Ciájara, muerto dos años despues; y, para cumplir con los dioses, señaló su advenimiento al trono con el famoso edicto que puso fin al cautiverio que setenta años hacía sufrían los judíos, y les permitió que reedificaran el templo de Jerusalem.

Tan apto Ciro para administrar como para conquistar, luégo que estuvo en pacífica posesion de su imperio, dedicóse á poner orden en los diferentes ramos del gobierno; la religion, las leyes, la guerra, la hacienda. Todo fué finalmente objeto de sus cuidados, y entre otras mejoras estableció los correos, cuyos beneficios debían contribuir más que todo, especialmente en

(1) ISAÍAS. — Caps. XLIV y XLV.

aquella época, á los progresos de la civilizacion de aquellas regiones orientales. Debemos este dato á Jenofonte.

Para la organizacion de este servicio había, segun nos dice Herodoto, ciento cinco casas de postas, distante una de otra un día de camino, desde las orillas del mar Egeo á Susa, corte de los reyes de Persia. El director de este establecimiento era uno de los individuos de la principal nobleza, y el mismo Darío, ántes de subir al trono, tuvo este mismo encargo.

«No hay cosa mortal que iguale en velocidad á esos correos, nos dice Herodoto. Esta institucion es una invencion de los Persas. Dícese que disponen en todo lo largo del camino de tantas paradas de caballos y hombres como días hay de viaje. En cada una de las paradas hay dispuestos caballos y un hombre que ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la noche impiden cumplir de la manera más rápida el camino que les está prescrito. El primer correo trasmite los pliegos al segundo, el segundo al tercero, etc. El uno entrega ó pasa al otro lo que se le ha confiado, como los helenos celebran la fiesta de la Lamedofora en honra de Vulcano (1).»

No se extrañarán estos datos sabiendo que los Estados de Ciro tenían mil cien leguas de largo y quinientas de ancho, siendo sus límites por oriente el Indo, el mar Egeo por poniente, al norte el Ponto Euxino y el mar Caspio, y al Sud el Océano y la Etiopía.

Hay quien supone y hasta afirma que Ciro no siguió la ley de Zoroastro, sino que fué un príncipe sinceramente afecto al culto del Dios de Israel; y que al permitir la reedificacion del templo de Jerusalem lo calificó él mismo de templo del *Dios verdadero*.

Pudo dar margen á este pomposo elogio en favor de la religion del monarca la fama que dejó de sobrio y virtuoso, despues de adquirida la reputacion de gran conquistador y príncipe perfecto; pero á poco que se reflexione, los mismos textos que sirven de fundamento para su abono lo destruyen con el final «y tú no me conociste.»

Léjos de poder averiguar cuáles fueron las creencias de Ciro, no ha po-

(1) HERODOTO.—Libro VIII.

dido asegurarnos la historia ni siquiera cómo murió un príncipe tan ilustre. Según Herodoto, llevado Ciro por su amor á la gloria de las conquistas, hizo la guerra á los masagetas, poblacion de los escitas situada al este del mar Caspio, y habiéndoles ganado la primera batalla, aparentó retirarse dejando gran cantidad de vino y carne. Cebáronse los escitas en este botin, y sorprendidos en su embriaguez, Ciro hizo en ellos grande carnicería. El hijo de Tomiris, reina de los escitas, cayó prisionero y se dió la muerte, y la reina impulsada por el deseo de vengarle, presentó nuevo combate á los persas, y simulando una retirada les atrajo en medio de sus emboscadas, en donde perecieron más de doscientos mil persas y Ciro con ellos. Tomiris le hizo cortar la cabeza, y poniéndola en un odre lleno de sangre, le dirigió estas palabras: «Saciate, bárbaro, de esta sangre de que has estado sediento durante tu vida. Apaga, despues de muerto, la sed que te devoraba.»

Este relato de Herodoto no inspira mucha confianza. Más merece el de Jenofonte diciéndonos que Ciro murió en su lecho.

Sea como quiera, las prendas personales del conquistador persa le merecieron el amor de sus pueblos por la rectitud y sabiduría con que los gobernó, aún en medio de las calamidades de la guerra y de las graves atenciones políticas que le ocuparon durante todo su reinado.

La prosperidad de los estados, gobernados por un monarca absoluto, depende de las cualidades personales de éste. El imperio persa, fundado por Ciro y dejado por él, al morir, en un estado floreciente, rico y respetado, decayó notable y rápidamente en el reinado de Cambises, hijo mayor de Ciro y sucesor suyo, que no acreditó la preferencia que en él había hecho su padre para colocarle en el trono de Persia.

La civilizacion persa retrogradará mucho durante el reinado de este rey indigno de sentarse en un trono. La política, la moral, serán cosas desconocidas para este histrion más merecedor de figurar en una tribu de salvajes que entre un pueblo culto. Este rey, insaciable en todos sus vicios, dió á los pueblos orientales, harto licenciosos ya de sí, el primer ejemplo de incesto desposándose con su hermana. Siguieron este mal ejemplo sus su-

cesores, y en las costumbres persas se introdujo desde entónces no ya sólo la union del hermano con la hermana, sino la más repugnante aún del padre con su hija y del hijo con su madre.

La pendiente de la inmoralidad es la más inclinada que se conoce. Iniciado el descenso, no hay fuerza humana que lo contenga, y así como se dice que el abismo lleva á otro abismo, diríase aquí que los abismos son infinitos en número y en profundidad.

La ferocidad de Cambises corre parejas con su inmoralidad. Los vicios son hermanos gemelos inseparables. La naturaleza obra monstruosamente en todo lo que contraría sus exactas y eternas leyes.

Cambises, que no respeta las leyes naturales de la moral, no respetará más las impuestas por el sentimiento religioso de los pueblos, y todos los medios le serán lícitos, con tal que le conduzcan al fin propuesto, fin que no irá nunca guiado por propósitos nobles y dignos.

El primer año de su reinado, cediendo á las sugerencias calumniosas de los samaritanos contra los judíos, hace suspender la reedificacion del templo de Jerusalem, sin tener en cuenta el edicto de su padre que lo permitía.

El segundo año cede tambien á la solicitud de Fanees de Halicarnaso, para ir á hacer la guerra á Egipto, con el objeto de vengarse de Amasis, que en lugar de enviarle á una de sus hijas que le había pedido, la sustituyó con una hija de Apries. Cada paso que da en esta expedicion señala una ferocidad ó un crimen. Cuando se hallaba ya en camino para esta expedicion, supo la muerte de Amasis, pero esta noticia no le hace variar de intento. Se adelanta y penetra en el Egipto, en donde encuentra al ejército de Psammético, sucesor de Amasis, dispuesto á recibirle. Recurre entónces á una estratagema plausible en cualquier otro caso que no fuera mortificante para los sentimientos religiosos de un pueblo. Delante de la primera línea de los combatientes hizo colocar una porcion de gatos, perros, ovejas y otros animales que los egipcios tenían por sagrados, y no atreviéndose éstos á ofender á tamaña vanguardia, emprendieron la fuga. Cambises les persiguió hasta Pelusa, en donde continuó la mortandad que había hecho ya en el camino.

Llegado á Sais, lugar de la sepultura de Amasis, hizo quemar su cadáver, arrojando al viento sus cenizas. Digna acción de quien la llevó á cabo.

Envió una embajada al rey de los etíopes con el pretexto de hacer la alianza con él, pero verdaderamente para reconocer sus fuerzas y las curiosidades de su país, pero no impuso en manera alguna al rey. Éste recibió á los embajadores con dignidad mezclada de ironía, y les encargó para su dueño una respuesta de la que éste quedó muy poco satisfecho; ántes irritado por ella y sin tomar tiempo para reflexionarlo,—como hombre no acostumbrado á encontrar obstáculos á su voluntad,—condujo precipitadamente su ejército á Etiopía, destacando por el camino cincuenta mil hombres para que fuesen á incendiar el templo de Júpiter Ammon, y saquear la Lidia. La disentería y el ardor del clima acabaron muy pronto con este destacamento, cabiéndole igual suerte en Etiopía.

Dícenos Herodoto que los pueblos de aquella vasta region eran los hombres más bien formados y de más hermosa talla entre los conocidos; su talento vivo y sólido, pero tenían poco cuidado en cultivarlo, poniendo toda su confianza en sus cuerpos robustos y en sus fornidos brazos. Y no es de extrañar que así fuera, porque así las naciones, como los individuos, prosperan mejor y se inclinan siempre además hacia donde se creen llamados por las facultades, físicas ó intelectuales, con que les dotó la naturaleza.

Para sorprenderles, hábles Cambises enviado embajadores con ricos presentes, tales como acostumbraban hacerlos los persas, de púrpura, brazaletes de oro y perfumes.

La próspera fortuna engríe á los hombres de temple débil, para ceder ante sus halagos. La primera victoria engrió á Cambises, y ya no pensó sino en atarla á su carro de triunfo, sin recordar que la fortuna es antojadiza y que así dispensa favores como prodiga desdenes. Infatuado por el sonris que le envió en Pelusa, dirígese como un insensato hacia Etiopía, sin orden, sin convoyes ni disciplina y ve perecer su ejército falto de víveres, en medio de los arenales, ántes de acercarse al enemigo. Confuso con tan terrible revés, vuelve con las miserables reliquias de su ejército á Men-

fis, en donde ofrece el espectáculo de nuevas locuras y crueldades. Ya ántes se había cebado en destruir los más antiguos monumentos de Tébas, atrayendo sobre los egipcios males sin cuento. En Menfis vió que los ciudadanos estaban en el mayor regocijo: creyó en el primer momento que provenía del éxito fatal de sus empresas; pero informado de que el motivo de tanta alegría era el hallazgo de su dios, manda que se lo presenten, y al ver que era el buey Apis, lo atravesó de una puñalada, haciendo recaer su venganza sobre los sacerdotes que fueron atrocemente asesinados.

Veremos ahora en un hecho aislado, pero íntimamente unido á la historia persa, el grado de moralidad á que había llegado la sociedad distinguida de aquel imperio, debiéndonos servir de enseñanza provechosa para conocer á los hombres, y comprender que todos están sujetos á iguales pasiones, vencedoras siempre, cuando no se las reprime con el contrapeso de la virtud.

Cambises tenía un hermano llamado Smerdis. Como sóloamente los vicios y defectos tenían cabida en el corazón de aquél, dió preferente lugar á sospechas contra su hermano, y cediendo á las instigaciones del genio del mal, determinó mandarle asesinar. Nunca les faltan á los poderosos cómplices para toda clase de crímenes, á trueque de obtener sus favores, aunque hayan de tomarlos con las manos teñidas en sangre, y no le faltó á Smerdis un Prejaspo que se encargó de satisfacer los deseos del rey cometiendo un vil asesinato, ya que así complacía al fratricida.

Está en el orden de la Providencia, por más que no acierten á comprenderlo los mortales, que no pueden abarcar con su débil mirada el inmenso plan del universo, que no queden impunes los delitos cometidos contra la naturaleza con escándalo público. Cierta día obligó Cambises á su confidente Prejaspo, asesino de Smerdis, á revelar el concepto en que le tenían los persas, como si no bastara su conciencia que se lo diría á cada instante con clara é inteligible voz.

—«Príncipe, le dijo el cortesano, los persas admiran vuestras bellas calidades, pero están en cierto modo ofendidos por vuestra excesiva pasión por el vino.

—Lo comprendo, repuso el Rey; creen que el vino perturba mi razon: tú verás si es cierto..»

Entónces bebió Cambises con más exceso que de costumbre, y mandando al hijo de Prejaspo que se colocara al extremo del salon, puesta la mano izquierda en la cabeza, dijo armando su arco: *¡al corazon!* y el pobre jóven cayó exánime, blanco de la brutalidad del salvaje feroz, sin un beso paternal en su postrer momento.

—¿Tengo seguridad en la mano? preguntó con ironía el tigre real al desnaturalizado padre.

—El mismo Apolo no dispararía con más certeza, respondió el cobarde Prejaspo.

La pluma se nos resiste á escribir y la inteligencia no nos inspira las palabras que nosotros quisiéramos, para expresar todo lo repugnante, horrible y fiero de esta increíble é inverosímil historia que pinta la abyecta degradacion de dos mónstruos humanos que no caben en el mundo, que no debieran haberlo visto nunca.

La venganza se cebó en el asesino, pero no se descuidó tampoco del fraticida.

El gran sacerdote de los persas, llamado Patisites, temía la vuelta de Cambises, como la temerían todos los súbditos suyos, que nunca fué la crueldad abonado recurso para captarse voluntades. El temor le indujo á hacer, como efectivamente lo hizo, que el mago Smerdis, sumamente parecido al asesinado hermano de Cambises, se sentara en el trono; y aseguró que era Smerdis, el hijo de Ciro. Sin pérdida de momento envió heraldos á todo el imperio, para que proclamasen el cambio de reinado, confiando en que serían auxiliares suyos activos la repugnancia que sentían todos contra el rey y el temor que sus atrocidades les inspiraba.

La infausta noticia sorprendió á Cambises en Siria, el año octavo de su reinado. Asegurado de la impostura por las pruebas que le da su favorito y cómplice Prejaspo, apresura su marcha para desposeer del trono á su rival; pero desenvainándosele la espada al montar á caballo, hízole una herida en la pierna, que acabó con su vida.

Aquí ocurre hablar de la fiesta, que celebraban los persas, llamada *Magofonia*, cuyo origen es como sigue:

Las precauciones que el mago Smerdis, sentado ya en el trono persa, había tomado para ocultar su impostura, le perdieron. Era sabido que en castigo de cierto crimen, había Ciro mandado cortar las orejas á todos los magos. Ganada Fedima, una de las mujeres de Smerdis, por su padre Otanes, señor persa de los más principales, para que examinase al rey mientras dormía, á fin de saber si tenía ó no orejas, aseguró que, en efecto, su marido no las tenía. Tan luégo como se supo esta revelacion, Darío, hijo de Histaspes, de la familia de los Aqueménidas, y seis de los más principales conjurados contra el intruso rey, entraron en palacio, como para prestar su homenaje al soberano, y dieron cruda muerte al impostor Smerdis, y á cuantos magos quisieron defenderle. Presentada la ensangrentada cabeza al pueblo, descubrióse la impostura, é irritada la multitud, continuó la matanza de los magos, y para perpetuar la memoria de este hecho, se estableció la fiesta llamada *Magofonia*.



Hasta ahora hemos visto caminar las sociedades entre sendas sembradas de abrojos, con víboras ocultas en cada matorral acechando el momento propicio para picar traidoramente al confiado ó ménos previsor; pero la raza persa, la descendiente de los nobles y honrados arias, se nos presenta ahora con caracteres más salientes por su perversidad, astucia y malicia, efecto sin duda de los cruzamientos que tuvo con los distintos pueblos que fué sucesivamente conquistando y vice-versa.

Un rasgo insignificante en sí, que no merecería los honores siquiera de que se le citara en cualquier otro caso, nos dará ahora la medida de la moralidad de la civilizacion persa, fundada en la astucia y mala fe, cuyos ca-

racteres compararemos luégo con los de los actuales persas, que serán en abono nuestro.

Después de la matanza de los magos y muerto también Cambises, quedaron los conjurados persas dueños del poder, y en este estado deliberaron acerca de la forma de gobierno que mejor convenía establecer, y prevaleció la monárquica. ¡Tan cierto es que los pueblos orientales, embrutecidos por su vasallaje y sumisión, han sido siempre incapaces de sentir los nobles impulsos de la ordenada libertad del hombre!

Convenida la forma de gobierno, estribaba la dificultad sólomente en la elección, y esta era la más espinosa, porque la ambición impide siempre el buen acierto en dar con lo mejor, ó siquiera lo bueno, cuando sólo pretenden los malos.

Conociendo, pues, la dificultad, convinieron en que el cetro fuese de aquel cuyo caballo relinchara primero á la salida del sol, en el lugar donde debía hacerse la solemne prueba.

Véase cuán livianos son los hombres aún tratándose de su propia suerte y bienestar, cuando confían sus destinos no al hombre mejor, más virtuoso, ó más guerrero siquiera, pues se comprende que el débil se ampare al más fuerte, sino que lo fían todo al relincho de un caballo que podrá dar la dirección y gobierno del Estado á un estúpido ó malvado, cuando ellos, con su elección, pudieran obrar con mejor acierto, y sobre todo con todo conocimiento y conciencia. Cuando los hombres abdican su dignidad, como en el caso de que tratamos, tienen merecido cualquier castigo por duro que pueda parecerles, que nunca será proporcionado á la falta que cometieron.

Así debió comprenderlo Darío á juzgar por su comportamiento. Su escudero tomó la víspera anterior una yegua, y la condujo al lugar de la cita con el caballo de su amo. Al día siguiente, apenas llegó Darío con sus compañeros al punto convenido, púsose á relinchar su caballo y fué reconocido por Rey.

La civilización persa entra, con Darío, en un periodo nuevo. Dividió primeramente el reino en veinte satrapías, ó provincias. Encargó la administración civil á los sátrapas, ó gobernadores. Sustituyó una contribución

fija á los tributos voluntarios que hasta entónces habían pagado los pueblos á los reyes de Persia: no obstante, obrando como hábil político, recordando quizas la manera poco digna de su advenimiento al trono, dejó exentos del impuesto á los persas propiamente tales, ni los dejó sometidos tampoco á los sátrapas.

Sin embargo, no le libró esta hábil pero interesada política del juicio de sus súbditos, acostumbrados ya á regalar calificativos ó sobrenombres á sus soberanos. Los vasallos de Darío, que á Ciro le apellidaban *padre*, y á Cambises *señor*, no tuvieron para él otro sobrenombre que el de *mercader*.

En Egipto y en Asiria hemos estudiado sus civilizaciones respectivas consultando sus grandiosas ruínas, páginas mudas pero elocuentes de la historia que nos legaron aquellos dos grandes pueblos escritas en mármoles y bronces, huellas indelebles de sus artes y ciencias. Persia no nos ha dejado más que rasgos sueltos que hemos de coleccionar con no poco trabajo, estudiarlos, y con la luz de la filosofía y el auxilio de la crítica deducir lo que pudo ser su civilización.

Babilonia se había sublevado, y Darío reunió todas sus fuerzas para volverla á su obediencia. Los babilonios, para economizar sus víveres, se habían desembarazado de todos los consumidores inútiles, degollando á sus mujeres é hijos. Veinte meses hacía que Darío tenía puesto cerco inútilmente á la ciudad, y empezaba ya á desesperar del éxito, cuando Zofiro, su amigo, é hijo de Meyabises, uno de los siete conjurados contra Smerdis, se le presenta cubierto de sangre y mutiladas las orejas y la nariz. Al verle, exhala Darío un grito de horror, y le pregunta quién se ha atrevido á maltratarle de aquella manera. « Vos mismo, le responde Zofiro; el deseo de haceros un servicio señalado, me ha puesto en el caso que veis; ahora mismo voy á presentarme al enemigo, y no dudo que hallaré medio para que se os someta. »

Preséntase Zofiro en la ciudad, y les cuenta la crueldad con que Darío ha tratado á sus consejeros, porque opinaban que debía levantar el sitio. Creyéronle, y en seguida pusieron á sus órdenes algunas tropas con las cuales

obtuvo algunas concertadas ventajas sobre el sitiador, y habiendo sido aclamado por generalísimo de los Babilonios, coronó su perfidia abriendo las puertas de la ciudad á Darío, su rey.

Todos los hechos históricos que hasta ahora llevamos registrados de las clases más elevadas de Persia, como diríamos ahora, no les colocan, por cierto, entre los pueblos amantes de los medios morales, lícitos, inspirados por la honradez y buena fe. Un pueblo generalmente dominado por esos defectos no se remontará á las regiones del espíritu, y, fiel observante de una moral reprobada, formará linaje aparte en el gran concierto de la familia humana, que, por decaída que esté, apreciará siempre las nobles cualidades que forman los grandes caracteres, así en moral como en política.

Entre el Ister (Danubio) y el Tanais (Don) habitaban los pueblos escitas, pueblo nómada que conservaba la pureza y sencillez en sus costumbres. Este pueblo errante, compuesto de pastores, tenía por principal alimento la leche y la miel, sus vestidos eran las pieles de los animales, y sus habitaciones los carros entalamados. No circulaba entre ellos el oro ni la plata, y practicaban la virtud por inclinación y voluntad, sin que á ello les obligara ley alguna.

Ocurriósele á Darío turbar la dulce felicidad de aquel pueblo llevando el azote de la guerra á su país, alegando para atacarles el pretexto de castigarles por una invasión que habían hecho ciento veinte años ántes al Asia menor, de la cual habían permanecido dueños por espacio de veinticinco años.

Citamos esto no para escribir la historia persa, que no es incumbencia nuestra, sino para acreditar con hechos fehacientes lo que llevamos ya dicho del carácter pérfido del pueblo persa, modelo de réprobos entre los más.

Dirigióse Darío á las márgenes del Ister, sobre el que construyó un puente que dejó al cuidado de los jonios, pasó el río, y se adelantó hacia los escitas, quienes, al acercarse el agresor, inutilizaron los pozos, los víveres y forrajes, retirándose á sus desiertos, para atraer á ellos al enemigo. El hambre se hizo sentir en el ejército, y Darío envió al rey de los escitas

un heraldo para preguntarle por qué rehuía su encuentro, pues si se consideraba con suficientes fuerzas para resistirle, debía aventurar el combate, y si se conocía demasiado débil, debía inclinarse ante su Señor. Orgullosa embajada que llevará su castigo en la contestacion noble, arrogante y bien pensada de un rey de pastores, Indatirso.

«Evito tu encuentro, le contesta éste, no porque te tema, sino porque esta es mi costumbre en tiempo de paz. Los escitas no tienen ciudades ni tierras que conservar. Si quieres obligarnos al combate, ven á atacar los sepulcros de nuestros padres, y entónces nos conocerás. En cuanto á tu calidad de Señor, sabe que los escitas no la reconocen en otro que en Júpiter.»

*
* *

Hablando de Zoroastro, dijimos que no puede fijarse con certeza la época en que vivió, y ahora debemos decir que hay una opinion muy verosímil que le coloca bajo el reinado de Darío. Sin embargo, discordes las opiniones de Plinio y las de Oppert, Spiegel y Lénormant, dejamos la cuestion sin decidir y nos ocuparemos muy ligeramente del filósofo y de su doctrina.

Segun dice la leyenda, cuando vino al mundo Zoroastro, le acompañaron, y ántes le habían precedido los más raros prodigios. Tema obligado es este de todos los hombres que luégo se han hecho célebres, por cuyo motivo no damos nosotros gran crédito á todo lo que pregona la fama en estos casos. Tan pronto como los magos comprendieron lo funesto que debía serles un día el recién nacido, le declararon una guerra á muerte. Zoroastro, sin embargo, llegó á los quince años sin la menor novedad, y luégo empleó los quince que se siguieron en actos de piedad, beneficencia y virtud poco comunes, retirándose por último á la edad de treinta años al desierto y á las montañas, donde permaneció por mucho tiempo. En estos lugares solitarios, —siempre es la leyenda la que habla— ó como si dijéramos en ese monte Sinaí, fué donde tuvo sus entrevistas con Oromuzo (Ormuzd) el dios de la

luz, y recibió el *Zend-Avesta*, ó sea la nueva ley, para predicarla en la corte del rey Gustasp. Varios milagros que hizo el elegido á presencia del monarca —uno de ellos curar una parálisis reputada por incurable, á su caballo,— le acreditaron extraordinariamente no sólo con el rey, sino con toda la poblacion de Balk. Hubo, sin embargo, algunos individuos, que queriendo desprestigiar al filósofo-poeta de Irán, le calumniaron, y hasta lo tuvieron encerrado por siete días en una estrecha prision; pero, apareciendo luégo en todo su esplendor su inocencia, adquirió con estas persecuciones nuevos títulos al aprecio y la estimacion de las gentes. Estas se convirtieron en gran número á la religion de Oromuzo, y admitieron el *Zend-Avesta*, ó nueva ley, como la única verdadera, tributando en seguida cultos y adoracion al fuego y al ciprés de Zoroastro. Luégo ya apenas se sabe nada más de ese célebre reformador, sino que desapareció de Balk en ocasion que un príncipe extranjero la tomó y saqueó, ignorándose, empero, si le mataron los enemigos, ó si murió naturalmente de alguna grave dolencia. Se le atribuyen los *Oráculos mágicos* y otra multitud de obras indudablemente apócrifas; á lo ménos la primera, que es la más conocida de todas, se puede tener por seguro que la escribió en griego un filósofo de Alejandría.

Zoroastro pasó á Susa, capital de Persia, llegó á convencer al rey de su doctrina y hacer de él uno de sus más celosos prosélitos.

El dogma principal de su religion, era la existencia de dos seres principales, el uno principio del bien y el otro del mal, sobre los cuales estaba un dios supremo, creador de la luz y de las tinieblas, y que por la mezcla de estos dos principios hacía todo cuanto quería.

En los primeros días del cristianismo renovará un filósofo esta doctrina de los dos principios del bien y del mal, llamada maniqueismo, de su autor Manes, y se necesitará todo el genio del Obispo de Hipona, el coloso de los Padres, para rebatirla y evitar los males sin cuento que produce su propagacion.

Á fin de no hacer Zoroastro á Dios autor del mal, decía que Dios no había criado originariamente más que la luz ó el bien; que el mal le siguió como la sombra sigue al cuerpo, y no era en sí más que una privacion del

bien. Este Sér supremo é independiente por sí mismo existía desde toda la eternidad, y se servía del ministerio de dos ángeles, uno que presidía la luz y otro las tinieblas, y con cuya mezcla se había formado todo cuanto existe. Cuando el ángel de luz era el más fuerte, el bien triunfaba del mal; y al contrario, cuando el ángel de las tinieblas dominaba al de la luz. Añadía Zoroastro que este combate de los dos ángeles debía durar hasta el fin del mundo, que entónces habrá una resurreccion universal y un día de juicio en que cada uno recibirá la recompensa de sus acciones; que los dos ángeles serán separados para siempre; y que la luz y las tinieblas no se confundirán ya más.

Considerando imparcialmente la doctrina de Zoroastro descúbrese, á primera vista, su perfecta armonía con las primeras tradiciones que arrancan de la cuna del mundo, aparte los vicios inherentes á toda tradicion trasmitada por el trascurso de siglos y que ha recorrido varios países. La armonía innegable de que hablamos prueba irrefutablemente, en nuestro concepto, una de las dos cosas, fundadas, por otra parte, en la leyenda de Zoroastro, á saber: ó este filósofo fué posterior á Moisés, y estudió los escritos del legislador hebreo, ó estuvo, en caso contrario, perfectamente enterado de las tradiciones recogidas por Noé, y enseñadas por éste á sus hijos.

La secta de Zoroastro subsiste aún actualmente en algunos lugares de la Persia y de la India, pero con el nombre de *gauros* ó *guebros*, y ha conservado todos sus dogmas sin ninguna alteracion.

La mayor parte de los persas profesan ahora la religion mahometana que ha perdido, no obstante, parte de la fanática intolerancia que la caracteriza. Los persas como partidarios de Alí profesan un odio mortal á los turcos y demas sectarios de Omar. En la fiesta de Hussen, hijo de Alí y uno de los grandes santones de la secta persa, resuenan las calles de Schiraz con las imprecaciones lanzadas contra los sunnitas; pero estos odios no se hacen extensivos á las demas religiones; porque se conservan sólo quizás á favor de la rivalidad política de los dos imperios. De mucho tiempo acá no se persigue ya á los guebros ó adoradores del fuego, y á pesar de los sacerdotes, se llega hasta á tolerar á diversas sectas mahometanas, la de los ismaelitas por ejemplo, cuyo patriarca reside en Yrak-Ajemí.

Existe en el Khusistan una secta mahometana de mucha importancia, llamada de los sabianos, que sin razon se han llamado sabeos y se han confundido por este motivo con los secuaces del antiguo culto de los astros, designada con el nombre de *sabeismo*, y con los pueblos de la Arabia feliz conocidos con los nombres de *Saba* y *Schaba*, de los que formaron los filósofos griegos el de *sabeis*. Esta secta, á pesar de que tiene algunos establecimientos cerca de Basova, nada presenta de comun con los sabeos que profesan el culto de los astros. Fué fundada en el siglo nono por Nassairi, y sus libros religiosos, escritos en lengua siriaca, que se asemeja al galileo, indican el país de donde es originario.

Los magos persas, como los sacerdotes de Egipto, eran fanáticos é intolerantes, dos cualidades que demostraron más que nunca cuando hicieron saquear y reducir á cenizas los templos de la Grecia cuando la expedicion de Jerges. El sacerdocio antiguo no supo nunca convertir, ni intentó convencer: ó fe ó muerte; dilema terrible que esclaviza la inteligencia ó destruye el cuerpo. ¡Y aún si ellos hubiesen tenido la fe que exigían! Porque debe saberse que no creían los magos en la religion que enseñaban. Y es natural que así fuera, ya que los magos estudiaban las ciencias, y era imposible que hombres científicos creyeran en la espiritualidad del sol ó del fuego, representacion suya, como primer sér, como sér necesario y creador. Si alguna duda pudiéramos tener acerca de esto, á poco de reflexionarlo, se nos desvanecería completamente recordando que Darío, el hijo de Histaspes, muy conecedor de ellos, llevó á cabo al ocupar el trono, una grande revolucion religiosa, dando á los magos, que hasta entónces habían dominado en la opinion y usurpado las riendas del poder supremo, un golpe de muerte que formó época en la manera de ser de la Persia. No satisfecho el nuevo rey con haberles arrojado del poder, les atacó en su raíz misma, en el mismo origen de su influencia, y tuvo la habilidad de dejarlos desprestigiados en el concepto público sustituyendo supersticion á supersticion, á saber, cambiando el culto antiguo del sol por el nuevo culto de las estrellas.

Por esto y por otras razones que no son de ahora, hemos dicho ya ántes, y lo tenemos confirmado, que así los persas antiguos como los modernos,

han sido siempre fáciles en cambiar de religion, amoldándose dócilmente á cualquiera forma que les dicte su conveniencia ó interes personal. Un pueblo sin arraigadas convicciones religiosas, sean las que fueren, ha de carecer necesariamente de las primeras grandes cualidades que dejan graves huellas impresas en la vida de la humanidad; no es extraño pues que el pueblo persa, á pesar de la vasta extension de su imperio, á pesar de los inmensos ejércitos que reunió, no haya dejado grandes ejemplares que admirar ó estudiar, ni que se estrellara ante un pueblo, corto en número, pero de grandes convicciones, inmortalizado en las Termópilas.

Envilecida la Persia con su sistema feudal lo mismo bajo la república romana que durante el imperio, vémosla con sus brillantes trajes así en tiempo de guerra como reinando la paz, segun nos lo dicen claramente las medallas y otros objetos grabados que se conservan todavía.

En el traje ó uniforme militar observaremos la armadura escamosa parecida á la cota de malla de la edad media, ó á la loriga que usaban los antiguos paladines. En la época á que nos referimos, llegaba esta prenda hasta la rodilla, y cubría unos calzones atados con cintas, cruzados ó sueltos hasta la parte superior de los borcegués. Pendíales del cinto el cuchillo recto, de dos filos. En la cabeza llevan á veces un casco redondo que se parece al capacete actual de los kurdos y circasianos, y sin visera.

El autor de la *Historia de los persas*, A. de Gobineau, dice hablando de esta materia: «El ginete va cubierto lo más frecuentemente con el casco macedonio, desconocido en los monumentos iranios ántes de la época de Alejandro, y cuyo uso se mantuvo indudablemente como militar y conmemorativo de los recuerdos más halagüeños para los descendientes, los amigos y compañeros de los Epigones y de los guardias persas del Macedonio. Además, los Dioscuros llevaban tambien este casco, que no se muestra nunca en Asia ántes de la época de Alejandro que lo había traído de su patria, y por esto los cilindros y las piedras grabadas, en los que se le encuentra muy frecuentemente en concurrencia con leyendas cuneiformes, no podían pertenecer sino al periodo arsacida y no, como se ha supuesto, á las épocas babilónicas ó ninivitas. Era un sombrero de fieltro de grandes alas, ahuecado,

algo puntiagudo, terminado comunmente con un ancho boton plano.»

Actualmente, los adornos de la cabeza y la forma de ellos varían segun la dignidad, las riquezas ó el capricho, de modo que los grandes y los príncipes se la cubren con cierta clase de turbante adornado de penachos, perlas y diamantes, y sólo el monarca lleva en ella emblemas del sol ó del globo terráqueo. El adorno que un persa acostumbra llevar en la cabeza consiste en un gorro de piel de carnero negro en forma cónica; pero en los días de ceremonia lo envuelve en un chal que le da la forma de un tonel.

Despues de lo que llevamos dicho acerca del carácter persa, séanos permitido acudir al testimonio de varios viajeros que han visitado aquel país.

«Sólo la primera ojeada es ventajosa al persa, dice Dupré; si se exceptúa su bondad aparente, no debeis esperar otra cosa de él; su objeto se dirigirá á engañaros, tanto si excitais como no su desconfianza, tanto si os ama como si os aborrece, tanto si espera como si no espera de vosotros: no cumple nunca sus promesas y seréis irremisiblemente víctimas de su engaño.»

«La nacion persa, dice por su parte Maholm, se compone en general de un excelente pueblo, dotado de grande energía, actividad é imaginacion: de un pueblo de rápida concepcion y cuyas maneras son agradables y áun seductoras; pero cuyos vicios son superiores á sus virtudes. Como el régimen con que se gobiernan les obliga en todas circunstancias á recurrir á la astucia y á la violencia, son sucesivamente esclavos ó tiranos.»

«Son los persas amables hacia sus iguales, dice Pottinger, bajos hacia sus superiores, altaneros hacia sus subordinados; pero tanto en la condicion más elevada como en el más humilde estado, son igualmente avaros y pícaros. La falsedad y la perfidia les parecen medios plausibles para conseguir sus fines. En resúmen, la Persia, digámoslo así, es el centro de toda clase de vejaciones, tiranía, crueldad, bajeza y oprobio.»

«Se distinguen los persas en las ciencias, nos dice Otter, en las artes y generalmente en todas sus empresas; son de ingenio muy fino, sociables, delicados y atentos para con los extranjeros; son aficionados al vino, á las fiestas y al lujo en el que aventajan á las demas naciones; son diligentes en

todo y es difícil engañarlos, por cuyo motivo los judíos, que son excesivamente ricos en Turquía, son muy miserables en Persia.»

«Las ciencias y las letras, dice Olivier en su *Viaje á Persia*, habían brillado más desde la época de los califas en Persia, bajo el reinado de los sefis, que en ninguna otra comarca del Asia. Los poemas de Firdussi, Saadi y Hafis han sido traducidos con éxito en varias lenguas europeas. La imaginación viva y ardiente de estos autores sólo respira el aroma de las rosas, sólo oye el suspiro del ruseñor, y sólo vive en el mundo de los genios y de las hadas; pero se nota cierto vacío en sus ideas y sentimientos; son la imagen del suelo persa con sus edenes y desiertos. Quedan aún algunos rayos de aquella luz que el soberano actual tiende á conservar y propagar, pues se enseñan en numerosos colegios las lenguas árabe, turca y persa, la elocuencia, la poesía, la religion, la medicina y la astrología. Y si la Turquía no existiera como una barrera entre las luces de la Europa y el genio natural, quizás veríamos al pueblo asiático tomar un vuelo extraordinario. En Persia se honra á los hombres instruídos, y se les confieren los más importantes destinos.»

Poco difiere en todos conceptos el persa actual del de los tiempos antiguos. Hasta el lujo persa, proverbial siempre, ha continuado á pesar de profundas transformaciones sosteniendo el carácter del antiguo Irán, cambiando muy poco en sus distintas maneras de manifestarse.

Ahora, como antiguamente, domina la misma pasión para la pedrería. Todos recordamos el deslumbrante, inmenso lujo desplegado, en diamantes y piedras preciosas, por el actual soberano persa en su viaje por Europa efectuado muy pocos años há. Su sombrero, su sable, era un mundo de pedrería.

Los puñales y espadas que usan los persas de nuestra época están cuajados de piedras preciosas. Los persas ricos, ó altos dignatarios, llevan las manos cubiertas de sortijas, hasta el extremo de ostentar cinco ó seis en un mismo dedo. Su tahalí, así como sus broches son de oro esmaltado. Finalmente, no usan ninguna prenda desde los piés á la cabeza que no esté sembrada de pedrería, sin exceptuar los arreos de sus caballos cubiertos de oro y perlas.

El principal gasto empero así del hombre como de la mujer persa consiste en los vestidos que tienen de reserva, porque representan un verdadero capital. En el interior sólo visten las mujeres una simple camisa abierta, y un pantalón de lienzo ó seda. Para salir de casa se cubren con cuatro velos espesos y se envuelven con una inmensa pieza de lienzo formando cuadros, que las oculta de modo que sólo se les ven los ojos. Para hacer resaltar más sus naturales hechizos, se pintan las uñas, la planta de los piés y la palma de las manos de color encarnado, y á favor de este tinte presentan más negras y arqueadas sus cejas.

El vulgo persa es sucio, pero es notable el aseo en las clases distinguidas, tanto en sus personas como en sus habitaciones.

Aún actualmente se verifica entre los persas la ceremonia religiosa de la circuncision, cuya operacion practica un facultativo. Se permite entre ellos la poligamia, pero distinguiendo con muchas prerogativas á la primera esposa. Verifican los matrimonios por medio de procuradores, y no se da más dote que el ajuar. De noche se conduce la desposada á casa de su consorte en gran procesion, á la luz de antorchas, y al compás de instrumentos músicos. Celebran sus funerales con mucha ostentacion, y erigen á los ricos soberbias tumbas, cuya costumbre data ya de la antigüedad como lo acredita el sepulcro de Roustam, el Hércules persa, que es una de las pocas grandezas arquitectónicas de la Persia.

La mujer persa perteneciente á las clases acomodadas ha conservado el brillante traje que heredó de las antiguas. Calza borceguíes ricamente bordados. Rodean su cuello muchas sargas de perlas. Su cabeza ostenta piochas de pedrería, y hasta á veces se las ponen en las cejas. En lugar de pendientes, coloca alrededor de las orejas sargas de perlas que á veces le cuelgan hasta la barba.

Después de todo esto, creemos oportuno copiar aquí el concepto formado, por persona competente, de la *Exposicion persa* en la Universal de 1867, celebrada en París.

«Sólo recordando, dice, la brillante historia del pueblo acheménide y comparando aquel glorioso pasado con su presente en la Exposicion de 1867,

se puede comprender el estado de miserable decadencia á que llegan los pueblos en el trascurso de los siglos. Persia, que en sus tiempos esplendurosos dominaba cuatro mares, que poseía las más ricas comarcas del Tigris, del Éufrates y del Indus, que muchos años ántes de Jesucristo imponía su voluntad en todas partes, que ha tenido á Ciro y á Cambises, á Darío y á Xerxes, á Mitrídates y Khosru, que ha construído ciudades más extensas que Lóndres y más pobladas que París, y poseía sabios como Zoroastro, aparece en la exposicion, mezquina, pequeña, y formando en uno de los últimos lugares de la postrera fila. Aquellas que fueron magníficas alfombras en Bagdad y Teheran no pueden competir hoy con cualquiera de las alfombras europeas; sus tapetes bordados sobre fino paño, por los cuales piden los persas quince ó veinte mil reales, se hacen hoy en una máquina de coser por la cuarta parte de ese precio; las zarazas llamadas persas están reemplazadas por los percales; el tabaco de Shiraz, por el de cualquiera procedencia; los chales de Ispahan han sido aventajados por los de la fabricacion occidental, y sus instrumentos músicos, sus incrustaciones y mosaicos, sus porcelanas, pipas, sombreros, sedas, algodones, fieltros y telas del Caspio, nada son ni nada valen al lado de lo que nos ofrece cualquiera de las industrias de Europa.

» Alguna que otra cosa notable expone Persia sin embargo: un artesón de espejos que refleja de mil maneras y multiplica de mil modos cuanto existe y cuanto se mueve en la habitacion; un maniquí que representa un soldado persa del siglo xvii cubierto de cota de cadeneta y armado de dos cuchillos en las rodillas para herir de muerte el pecho del vencido en el acto de caer en tierra, y el retrato del actual Shah con su mitra de pieles, su elegantísima garzota, su casaca bordada, sus charreteras, su banda y sus placas, es todo lo que merece recordarse. La figura del actual vice-regente del Profeta no está en armonía con la tiránica conducta que debe ejercer para cumplir las renombradas leyes del *Urf* y del *Sherrah*, que son quizá las más arbitrarias del universo y á las cuales obedece con humildad abyecta aquella raza mezclada de árabes y turcos, tártaros y armenios, georgios y circasianos.

» La colección agrícola es poco numerosa, y los cereales y legumbres son de lo peor que hemos visto. ¿Dónde están las renombradas cañas de azúcar, las naranjas y las riquísimas frutas que según los viajeros producen aquellos valles? ¿Dónde el tabaco, el arroz y las lanas de aquellas vegas? nada de esto vemos allí como tampoco vemos los productos industriales de armas, brocados y terciopelos que inundaban en otros tiempos los bazares de Turquía. Lo único que se ve en esta exposición con abundancia y variedad, es el opio y sus preparaciones, como prueba de que los persas duermen el letargo general de los pueblos de Oriente en la larga noche que ha sucedido al esplendoroso día de su dominación. Por lo demás, Persia es un país en que se goza de tranquilidad política y social como en pocos pueblos del mundo; sus nueve millones de habitantes han vuelto al estado primitivo de la indiferencia campestre, y el Shah actual, joven de treinta y ocho años, reina sin contrariedades interiores desde 1848 con el nombre de Nasser-ed-Din. (1)»

Formando contraste con este juicio, vamos á traducir tan literalmente como sea posible un trozo de una obra que se ocupa en las exhibiciones persas en las últimas exposiciones de París, á fin de que, no dando nosotros ni quitando el más mínimo valor á las palabras, se vea la manera de juzgar una misma cosa por dos distintas personas, competentes ambas.

«En vano es sencillo el mueblaje (persa). Ofrece á la admiración algunas partes delicadamente tratadas, cofrecillos incrustados y esmaltados con exquisito gusto. Las encuadernaciones, los libros ilustrados son maravillas. Las armas son alhajas. Ningun rico puede prescindir de las mantas de brocado, de las largas y espléndidas alfombras, ese producto del arte más perfeccionado, una de las superioridades industriales persistentes de esa comarca lujosa y decaída.

» Háse visto ostentarse este último lujo en nuestras grandes exposiciones. Ninguna ciudad en Oriente sobrepaja ni iguala siquiera á Recht para este ramo tan lucrativo de su comercio, las alfombras en mosaico ó *galdonzi*,

(1) CASTRO Y SERRANO. — *España en París. 1867.*

que nuestros ojos han podido admirar. Esos pedacitos de tela, de diversos colores, dispuestos ingeniosamente, y cuyas costuras están disimuladas debajo de los bordados y que forman su cañamazo; esa serie de dibujos en relieve, en que se da rienda suelta al capricho del artista, ofrecen á la vista un barullo centelleante de arabescos, flores, aves, animales fantásticos, y se ofrecen bajo las formas variadas de manteles, antepuertas, gualdrapas para los caballos, etc. Algunos de esos mosaicos alcanzan un valor de mil francos y más, precio relativamente módico, si se atiende á la suma de paciencia que reclama semejante trabajo.

» De Persia nos han venido esas telas pintadas de colores brillantes de grandes ramos, que tanto se han usado para las colgaduras de los retretes y alcobas.

» El carácter eminentemente monárquico del lujo persa no se ha perdido más que lo restante. El moderno heredero de los Daríos y Xerxes, por deslucido que sea su papel, es todavía el primer poseedor de diamantes del mundo entero.

» Su persona está cubierta de ellos, y de ellos está lleno su palacio.

» Tocante al mueblaje no es quizás este palacio muy diferente del de los Arsacidas.

» Los antiguos monarcas persas no tendrían que sonrojarse ante el palacio del *shah* actual, y por de pronto nada les haría notar la inconmensurable decadencia de su gloriosa patria.

» ¿Por ventura es indigna de las magnificencias de otros tiempos la primera sala llamada de la Coronacion, con sus cuatro columnas macizas, doradas, que dos hombres podrían apenas abrazar, con su famoso trono llamado trono de los Pavos, obra maestra persa del siglo pasado, que se parece á una gran cama de respeto rodeada de un sostenimiento de un pié de altura, en donde brilla un sol de diamantes, trono cubierto de oro en toda su superficie, sostenido por leones?

» Los esmaltes que lo adornan, y en los que están reproducidos versículos del Coran, no son menos dignos de admiracion. Cuéntanse á centenares los diamantes, rubíes, turquesas, esmeraldas y zafiros que adornan el exte-

rior del mueble. El asiento está adornado con una cubierta de cachemira con franjas de perlas que tienen dos dedos de alto, bajo cuya masa brillante ha desaparecido completamente la tela. Asegúrase que hay allí sólomente por más de un millon de joyas.

» La parte anterior del salon está adornado de un objeto único en su género. Es una esfera de oro, preservada por una campana de cristal, y que descansa en un pedestal muy elegante, cuyos piés de oro puro están incrustados de perlas y diamantes. Sería interminable la enumeracion de todos los demas objetos de oro, mezclados con piedras preciosas que se encuentran en aquella maravillosa mansion.

» Por qué no es esto más que la delantera que oculta una miseria asaz real? Y cuánto no ha sufrido el mismo lujo en las grandes ciudades!

» No obstante, Ispahan, en medio de innumerables ruínas, presenta aún las huellas de una verdadera grandeza.

» El palacio del Tchehar-Bagh y sobre todo el Colegio de la Madre del Rey atestiguan una magnificencia no sobrepujada por nuestras más hermosas capitales de Europa.

» ¿Por qué la incuria de los gobiernos deja perecer poco á poco esas maravillas que recuerdan otra edad?

» Un régimen administrativo lleno de corrupcion, desórden y vicios de toda naturaleza, pesa sobre esas comarcas naturalmente tan fértiles y las abruma con una esterilidad desastrosa.

» Una raza inteligente se entorpece en la pereza en que sucumbe debajo de esfuerzos sin resultado.

» No hay allí caminos, ni encuentra el viajero más que miserables paradores.....

» En Teheran sólomente durante el invierno de 1874, se elevó á cerca 150 el número de víctimas aplastadas por los derrumbamientos de casas. Achácase esto á la fatalidad. Los terremotos, el hambre, la peste completan la obra de la imprevision. Húndense barrios enteros y desaparecen poblaciones.»

Hasta aquí M. Baudrillart, en oposicion, en algunos puntos, con el español que ántes hemos citado.

Ya dijimos que los persas carecen de marina, y se atribuye á la falta de madera de construccion y al calor del clima; pero nosotros no podemos dejarnos convencer por estas razones que carecen de fundamento sólido. Más bien podría explicarse esto por su aversion al oficio de marino, como la tenían tambien los antiguos egipcios.

Si Europa conociera mejor sus intereses, si en lugar de debilitarse por leves rencillas, indignas de diplomáticos serios, se inspirara en elevadas ideas de civilizacion y humanidad, ya que es imposible hacer entrar á Turquía en el concierto de las naciones adelantadas en el progreso humano, la arrumbarían al lugar de su destino, ocuparían las provincias que no deben vegetar en la somnolencia oriental y podrían resucitar el comercio en aquellos pueblos tan importantes en la antigüedad, y tan decaídos ahora, gracias al régimen despótico de los Sultanes y al fanatismo religioso que los domina, impidiéndoles vivir con los adelantos de un mundo que ellos no deben habitar, y se conseguiría tambien la rehabilitacion de la Persia.

¿Qué puede esperarse de un pueblo sin administracion, sin beneficencia pública, sin hospitales militares, ni muchos otros elementos indispensables para la vida de los pueblos, y que ademas de los impuestos que le abruman, tiene otro conocido con el nombre de *sadr*, tributo extraordinario, que tiene el carácter más odioso de vejacion? En fuerza de ese tributo está obligado el persa á proveer de caballos, granos, forraje y corderos al rey, á los príncipes, á los altos funcionarios y á los embajadores extranjeros cuando están de viaje, así como á abastecer á las tropas en campaña, albergar los correos, y conservar los caminos, los puentes y edificios públicos.

*
*
*

La necesidad en que nos veremos de mencionar la Persia, cuando tratemos de los grandes días de Grecia, nos permiten poner aquí punto al capí-

tulo concerniente á la civilizacion persa; pero ántes nos dispensarán nuestros lectores una breve digresion que suponemos no les pesará.

Hemos dicho, y así es la verdad, que en los primitivos tiempos de la Persia no se edificaban templos al sol, ni al fuego, en aquel país. Mantenían braseros encendidos en las montañas y al aire libre; pero como este fuego estaba expuesto á la lluvia, ordenó Zoroastro que se construyesen templos para mejor guardarle, y otros sacerdotes velaban día y noche para conservarle. Estos sacerdotes y luégo despues los sectarios de Zoroastro le atribuyeron un libro del que vamos á dar unas brevísimas noticias.

Un francés, llamado Anquetil Duperron, se embarcaba á mediados del siglo pasado, y á la edad de veintitres años, para la India, como simple soldado, por no poder emprender de otra manera el lejano viaje que meditaba. El intento de este hombre animoso, cuyo nombre no podrá olvidar jamas la ciencia, era aprender las lenguas del país en los mismos sitios donde se hablaban. Contra lo que esperaba, no pudo estudiar el sanscrito en Chaudernayor, y tuvo que ir á Pondichery solo y sin recursos, llegando á dicho punto despues de cien días de camino. De las costas del golfo de Bengala se dirigió hacia las del golfo de Oman, llegó á Malé, y subió despues hasta Surate, donde, conquistándose la confianza de los sacerdotes de una colonia de persas, fué iniciado en el conocimiento del zend y del pehlvi. Anquetil Duperron regresó á Francia en 1762, á donde llegó pobre, pero con más de cien manuscritos. Publicó uno de estos en Francia, en 1770, dándole el nombre de *Zend-Avesta*, y es precisamente la obra de que hemos hablado ántes, atribuída á Zoroastro.

Este libro, reconocido como el sagrado del zoroastrismo, estuvo redactado en zend. El Avesta no ha llegado entero hasta nosotros: sólo poseemos una pequeña parte del mismo con los títulos de el *vendidah*, el *vispered*, el *yacua*, que ya conocemos, y cierto número de trozos de devocion íntima, de meditaciones privadas, conocidas con el nombre de *pequeño Avesta*. La traduccion publicada por Anquetil-Duperron era muy defectuosa, por haberla hecho siguiendo las indicaciones sin crítica de los sacerdotes persas; pero, al depositar Anquetil sus manuscritos en la biblioteca real, había proporcionado

á sus sucesores el único medio de comprobar, rectificar y continuar su obra, cuya noble empresa correspondió tambien á un francés llamado Eugenio Burnouf, cuyos escritos acerca del persa antiguo, lengua hermana del zend, han ilustrado tambien su nombre.

Actualmente está comprobado que el zend era la lengua de los países iranianos del este. Sus límites, segun Burnouf, eran, al norte la Sogdiana, al noroeste la Hircania, y al sud la Arachosia. Adoptando esta opinion, ha podido darse al zend el nombre de *bactriano*, que de seguro es muy admisible.

Actualmente es difícil emitir una opinion cualquiera acerca de la edad de la lengua zend y de su lejano y primitivo origen. Tampoco puede asegurarse cosa alguna acerca de la época de su desaparicion, pero puede suponerse que, en un momento dado, fué contemporáneo del persa antiguo. Hablando en rigor de verdad, y segun lo que llevamos ya dicho anteriormente, no conocemos el persa antiguo á no ser por los monumentos aqueménides de pocos siglos anteriores á nuestra época, y hasta es verosímil que se hablaba ya desde mucho tiempo ántes.

Nuestros lectores podrán completar los datos necesarios para todo lo concerniente á la lengua del Avesta, recordando lo dicho en los capítulos correspondientes á Asiria, donde hablamos de las inscripciones trilingües en caracteres cuneiformes descubiertas en Persia en las ruínas de los antiguos palacios, que estaban redactadas tambien en persa.

Mucho se estudian ahora la literatura y la filosofía orientales. La civilizacion ganará mucho con los adelantos que proporcionen estos estudios, porque se reducirá todo poco á poco á la unidad, base de toda ciencia y de todo progreso.

Anquetil Duperron nos dejó una traduccion del Onpuekhat, compilacion persa de los Vedas, en donde el curioso lector encontrará textos tan extraños pero tan claros como este: « El *Verbo* del Criador es tambien el Criador y el gran *Hijo* del Criador. *Sat*, esto es la verdad, es el nombre de Dios, y *Trabrat*, esto es, tres veces haciendo uno solo. » Cualquiera que lea esto, se figurará estar leyendo el *In principio erat Verbum* del Evangelista San Juan,

lo que prueba, como dijimos ántes, que las tradiciones primitivas sobre las doctrinas religiosas se han conservado entre diferentes naciones.

En el *Akhlak-e-Naseri*, otra obra persa escrita para discutir cuestiones acerca del alma, se tratan con increíble penetracion todas las cuestiones relativas á esta noble parte del hombre, y los argumentos en que se apoyan, presentan todos los caracteres que pueden acreditarlos de originales.

Los reyes persas sucesores de Darío continuaron, con diferentes alternativas, sosteniendo el esplendor de la corona. No obstante, y por lo concerniente á la moralidad, verdadera base de toda civilizacion, debemos consignar que Jerjes, hijo y sucesor de Darío, recibió la noticia de los postreros desastres que le ocasionaron los griegos, hallándose en Sardas en el seno de las voluptuosidades á que se había entregado. Entónces, creyéndose perseguido por los griegos, tomó precipitadamente el camino de Susa. Pasó el resto de su reinado en la molicie y el libertinaje, en tanto que los griegos le conquistaban las provincias del Asia menor apoderándose de la isla de Chipre, que, sin embargo, recobraron sus tropas. Artabano, capitán de sus guardias y su favorito libró á la Persia de tan odioso monarca, asesinándole en su lecho, de concierto con el eunuco Mitrídates.

No se contentó Artabano con un crimen. Después de haber subido al trono Artajerjes, indújole á que se deshiciera de Darío, su hermano mayor, acusándole de ser el asesino de su padre, aprovechando la ocasion de hallarse ausente Histaspes, su hermano segundo, sátrapa ó gobernador de la Bactriana, para colocarle sobre el trono. Habiendo, empero, descubierto las siniestras intenciones del malvado, contra su propia persona, le previno Artajerjes, asesinándole por su propia mano. Vengó igualmente la muerte de su padre en el eunuco Mitrídates, cómplice de Artabano, condenándole á un suplicio muy usado en Persia, que prueba la refinada crueldad de aquellos verdugos, y el cual consistía en lo siguiente: Encerraban al paciente de espaldas entre dos calderos puestos uno sobre el otro, dejándole solo el espacio necesario para sacar la cabeza á fin de que pudiese recibir algun alimento, que le obligaban á tomar pinchándole los ojos. En este estado vi-

vía hasta que los gusanos, engendrados por sus excrementos, le habían roído las entrañas, lo que sucedía á los veinte días.

Parece que sobre el trono de Persia se cierce en su época antigua un genio maléfico que inspira crímenes y alienta fratricidios. Terminó Artajerjes su vida el año cuarenta y uno de su reinado, dejando por sucesor el hijo único que tenía de legítimo matrimonio; pero contaba además otros diez y siete habidos en sus concubinas. Jerjes II, hijo legítimo, á quien había designado para sucederle, solo gozó del trono por espacio de cuarenta y cinco días. Sogdiano, su hermano natural, de concierto con el eunuco Farnaces, le asesinó un día festivo hallándole embriagado.

Apoderándose Sogdiano del trono, después de la muerte de Jerjes II, quiso afianzarse más en él con otro fratricidio. Pero Oco, contra quien se dirigían sus funestos designios, poniéndose en guardia, interesó en su favor á los grandes y á los gobernadores de provincia, que colocaron en su frente la corona y le proclamaron rey. Siéndole entregado Sogdiano, fué condenado á un nuevo suplicio, que enseguida se hizo comun en Persia. Este fué el de la ceniza. Desde una de las más elevadas torres le precipitaron de cabeza sobre un gran monton de ceniza, que no cesaron de remover hasta que le hubieron ahogado. De este modo pereció á los seis meses y quince días de reinado.

Arsites disputó el trono á su hermano Oco, y lo hizo apoyado de algunas tropas griegas conducidas por Artifices, hijo de Megabises. Después de tres batallas se hizo dueño de su persona. Teniéndole en su poder, le hizo morir en la ceniza á instigación de Parysatis, su mujer, y al mismo tiempo su hermana por parte de padre.

Nueva conspiración formada contra él por Pisytenes, gobernador de Lidia, á quien Lycon, capitán ateniense, condujo tropas de su nación. Tisafernes, enviado contra el rebelde, logró sobornar á su ejército é inducirle á recurrir á la clemencia del rey, que, lejos de perdonarle, le hizo expiar su crimen en la ceniza. No impidió este suplicio que Artojaro, primer eunuco, y el más querido, aspirara al cetro; pero vendido por su mujer, fué entregado á la reina Parysatis, que le hizo sufrir una muerte vergonzosa y cruel.

La pluma se resiste á escribir las atrocidades y crímenes cometidos desde el trono de Persia para sostenerse en él ó desde sus gradas para escalarlo. Oco, por sobrenombre Darío, penúltimo rey de Persia, para cortar de una vez el hilo de las revueltas que era ya el estado normal de aquel reino, dió libre curso á su ferocidad, haciendo dar muerte á todos los príncipes de su casa, sin exceptuar á su hermana Oca, á quien hizo enterrar viva. Trató con igual barbarie á cuantos le hacían sombra.

En medio de este periodo de horror en que toda la atmósfera no parece respirar más que hedores de sangre humana y cadáveres corrompidos, en que la sociedad persa, cuyo dominio se extendía á tanta distancia, estaba como loca furiosa, corriendo á su disolucion entre cenagosos charcos de sangre y montañas de huesos humanos calcinados unos, cubiertos otros aún de carne; en medio de tantas escenas repugnantes y asquerosas que hacen formar un triste y muy desventajoso concepto de la civilizacion de todos los pueblos entónces más conocidos y adelantados en el progreso, consuela, enternece y refrigera el alma, como el jugo de una fruta entre los ardores del desierto, un hecho singular, sublime por su ternura, conmovedor por su sentimiento, que vamos á referir á nuestros lectores, porque es de esta época que narramos, y por ser este el lugar en donde debe colocarse.

Cuando Oco, por sobrenombre Darío, mandó dar muerte no sólo á sus hermanos sino á cuantos se le hacían sospechosos, y eran estos el mayor número, Artabaso, gobernador de una provincia del Asia, temeroso de la misma suerte, la evitó sacudiendo el yugo de la Persia. Cares, general ateniense, tenía en aquel entónces una flota y cuerpo de tropas griegas bajo sus órdenes. Atrayéndole Artabaso á su partido, deshizo con su auxilio un ejército de setenta mil hombres que el monarca persa había mandado contra él. Pero á poco los atenienses, intimidados por las amenazas de este príncipe, resolvieron llamar á Cares. Artabaso, abandonado de sus aliados, recurrió á los tebanos, que le proporcionaron un ejército de cinco mil hombres bajo el mando de Panimeno, con cuyo socorro alcanzó dos brillantes victorias sobre los persas. Hubiéranle procurado otras ventajas, si trescientos talentos que les hizo dar Oco, no les hubiesen inducido á volver á su país. Reducido

con esto Artabaso á sus propias fuerzas, sucumbió por fin, buscando un refugio junto á Filipo, rey de Macedonia.

Á esta desercion siguióla de cerca la muerte de Mausoleo, rey de Caria. Este príncipe, por un abuso comun en Oriente, se había casado con su hermana Artemisa, que no cesó de llorar despues de haberle perdido. No contenta con pagarle un tributo de lágrimas, hizo publicar por toda la Grecia que daría un premio considerable por su oracion fúnebre. Muchos oradores, atraídos por la promesa de una grande recompensa, junto con la ambicion de distinguirse, se trasladaron á Halicarnaso para disputar el premio. De todas las obras compuestas con este objeto, sólo nos queda la de Isócrates ó de uno de sus discípulos en su nombre. No paró aquí Artemisa: para dejar á la posteridad un monumento eterno de su ternura, llamó escultores hábiles, y les dió sumas inmensas para que construyesen un cenotafio para Mausoleo, tal, que aún no se hubiese visto cosa igual. Este sepulcro, que era de mármol, formaba un cuadrilongo cuyo perímetro era de cuatrocientos once piés sobre treinta y siete de altura. Este monumento contado, con razon, entre las siete maravillas del mundo, ha llegado á dar el nombre de Mausoleos á todos los sepulcros de algun mérito.

Este rasgo de amor, esta virtud sublime de un corazon lacerado por la pérdida del objeto querido, parécenos en ese cuadro sombrío de matanzas y rencores y envidias y ambiciones que renacen á medida que se satisfacen, el rayo de luz que se abre paso por entre negros nubarrones de deshecha tempestad, para infundir esperanza ó alivio al pobre caminante sobrecogido en solitario sitio y perdido el camino que debía seguir.

El imperio persa caminaba á su total ruína. Despues del reinado de Artajerjes el Longimano, las rivalidades de sus soberanos, como ya lo hemos visto, habían perpetuado en su seno las guerras civiles con todos sus desastres, y ¡ay de las naciones condenadas á guerras civiles!

Sólamente por estas rivalidades continuas, encarnadas ya en la sociedad persa, y por el deseo vivísimo que sentían todas las clases de aquel imperio de sacudir su largo y pesado yugo tiránico, puede explicarse que un Estado tan floreciente, próspero y potente, cediera tan rápidamente ante la

invasión tan inesperada, como protegida por la fortuna, del conquistador macedónico, del ilustre hijo de Filipo.

La última victoria ganada por Alejandro contra el último rey de Persia, en la Asiria, es conocida por la batalla de Arbella, si bien se dió cerca de Gangamella, población distante ochenta estadios de Arbella, según lo refiere Quinto Curcio. La victoria fué vivamente disputada, pero al fin se declaró por el héroe de Macedonia. Darío, perseguido por su vencedor, se salva en Ecbatana, desde donde manda á sus tropas dispersas que vayan á reunírsele. Entre tanto Alejandro le perseguía rápidamente. Sabiendo que se acerca, Darío se retira á la Partia, dudando si pasará á la Bactriana. Nabuzardan, jefe de su caballería, y Bessus, gobernador de los bactrianos, viéndole indeciso, le cargan de cadenas en un carro, queriendo obligarle á montar á caballo, para huir con más ligereza. En vista de su negativa le acribillan á golpes, dejándole por muerto en el camino. Un soldado macedonio le encuentra en un sendero excusado, y recoge su último suspiro.

Darío era el hombre más hermoso de su imperio; la regularidad de sus facciones y la majestad de su talle le conciliaron el amor y el respeto de sus pueblos; sus gracias exteriores se hallaban además realzadas por sus prendas morales. La historia le presenta como á un príncipe bueno y generoso, con talentos á propósito para hacer florecer un imperio. Su desgracia consistió en tener que lidiar con Alejandro que se preparaba á arrojarle del trono cuando acababa de subir á él, y en ser el representante de un imperio carcomido por los vicios y manchado por los crímenes más espantosos. Sus fundamentos estribaban sobre cadáveres humanos y estos se estremecieron á los gritos de tantas víctimas, y con sus estremecimientos bamboleó el asiento ocupado por una generación de criminales. Con la muerte de Darío terminó el vasto imperio fundado por Ciro, que se extendía desde el Mediterráneo hasta el Indo, y cuyo soberano se daba el arrogante título de «el gran rey, y el rey de los reyes.»



Como la geología nos revela los trastornos y transformaciones ocurridas en nuestro globo terráqueo, nos manifiesta asimismo la historia los cambios verificados en las naciones, desmembrándose unas, engrandeciéndose otras, pereciendo unas y naciendo otras de entre las ruínas de una ó varias.

Antes de abandonar la Persia é internarnos en la India, cuya civilizacion nos ofrecerá materia de profundas meditaciones y curioso estudio, nos tomaremos la libertad de pasear una ligerísima mirada á pueblos limítrofes de la Persia, algunos de los cuales formaron un día parte de su imperio, al único objeto de emitir brevísimas consideraciones acerca del triste estado actual de su civilizacion.

Para no producir confusion, y en obsequio á la brevedad que se nos impone despóticamente, reduciremos todo lo que se nos ofrece decir concretándolo á la actual Turquía asiática, emitiendo sólo alguno que otro apunte por pertenecer en mucho á pueblos que ya conocemos.

Cónstanos ya que ha desaparecido de aquellos pueblos toda huella de civilizacion; ya no resuenan en aquellas inmensas llanuras los cantos de los poetas que las ilustraron acompañándose en sus arpas y liras; sabemos tambien que el pastor beduino sienta su tienda con la mayor indiferencia entre preciosas ruínas que no le evocan ningun recuerdo, ni arrancan de sus ojos una pequeña lágrima dedicada á su memoria.

En la imposibilidad de coordinar nuestras ideas para reducirlas al breve espacio que podemos destinarlas en esta obra, y especialmente en el capítulo actual, pediremos al crítico que conocen ya nuestros lectores la página dedicada por él á la exposicion turca en la Universal de París de 1867, y tendremos condensado lo mucho que debiéramos decir nosotros si dispusiéramos de espacio.

Dice así el citado crítico:

« Antes de ahora hemos consignado que el imperio turco es la nacion,

inmediatamente despues de Francia, que mayor número de objetos ha traído al certámen de 1867. Más previsor su gobierno que el de otros países, ó más halagado sin fundamento legítimo por la Comision imperial, es lo cierto que su exhibicion cuenta con una extensa superficie en el palacio y en el parque, tres veces mayor de lo que ocupa España, por ejemplo. Y si al local que le es especialmente propio, se añaden los que pueblan sus provincias tributarias, Egipto, Moldo-Valaquia y Túnez, puede concebirse el gran panorama de Oriente que dentro de la Exposicion se presentará á la vista del curioso, con más contento de los ojos, sin duda, que pasto para el raciocinio y el estudio. Turquía ha querido demostrar en París que no sólo es una potencia de primer órden en cuanto al número y extension de sus recursos nacionales, sino que tambien lo es por sus elementos de produccion y por la actividad de su industria y su comercio. Hasta qué punto haya conseguido esto último, lo demostrará una rápida visita por las galerías y aparadores de su pertenencia.

» Conviene ántes decir que el tesoro del Sultan ha levantado en el parque una mezquita, un kiosko, un baño público y una puerta de honor; cuatro edificios que superan en lujo y en belleza á casi todos los de las otras naciones. Este alarde de exhibicion nacional sería digno de los Estados- Unidos, que no lo han hecho, si como ellos el antiguo imperio de Oriente ostentase á la par una produccion en artes y en industria correspondiente á la fachada de sus edificios. Pero Turquía, aunque rica como el país que ántes hemos nombrado en productos naturales, no es sino la antítesis del pueblo del Norte en la manera de extraerlos y utilizarlos.

» No hablemos de la maquinaria turca: un aparato antiguo de trillar mieses, y un telar no moderno de tejer tapices, son los únicos instrumentos mecánicos que muestra en esa galería. Más abundante su seccion mineralógica, exhibe en ella notables ejemplares de la Tracia, de la Tesalia, del Danubio y de Jerusalem, entre los cuales se distingue por su riqueza un peñon de amatistas de Salónica que pesa sesenta libras. Al hacer uso del cobre y de la plata, es cuando principia á conocerse el estancamiento industrial de los turcos: ellos trabajan la filigrana y el adorno de cosas y personas con bas-

tante primor y buen estilo propio; pero sin aceptar innovaciones de los pueblos con quienes tratan, ni secundar el movimiento manufacturero que les condujese á la exportacion y el cambio. La bisutería turca, que tal nombre puede darse á todo lo que fabrican con metal, es siempre turca con respecto á su forma y á su uso: el que la adquiere no puede servirse de ella de los Dardanelos acá.

»En materias primeras de otro orden, sorprende desde luego la vegetacion espontánea. El plátano, el cedro, el pino y la palmera se ven allí en consorcio natural, como si fuesen propios de una sola region y no correspondieran á climas y terrenos diferentes. De estos y otros muchos hermosos árboles de que la Europa occidental está muy necesitada, sacan escaso partido los turcos, aún cuando manifiestan gran predileccion para labrar maderas, y de ellos ofrecen numerosísimos ejemplares en sus galerías. La atencion, sin embargo, se muestra desdeñosa con las obras de los carpinteros musulmanes, al compararlas con las de los rusos, suavos y noruegos, cuya habilidad y gracia hemos encarecido ántes de ahora. Los vasos de higuera de Djeddah, los toneles de Janina, unas lindas esteras del Líbano, y sillerías y canastillos de Siria, son los productos que por su original belleza y exquisito primor manufacturero merecen señalada mencion entre los numerosos que exponen de industrias vegetales.

»Excusado parece decir que como pueblo se halla casi en estado primitivo; presenta abundante coleccion de despojos de caza y pesca, susceptibles de aplicaciones industriales. Leones contrastando con cabritillos de Astracan, chacales con corderos, castores con tigres; y un número infinito de colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte y pieles y plumas de avestruz, rodean los objetos que en Turquía se elaboran con estos elementos naturales de que sus tierras y sus aguas son tan ricas. El coral de Candía luce sus caprichosas formas y colores; la esponja ofrece ejemplares de colosal tamaño y extremada finura; y los betunes y azufres del mar Muerto demandan aplicacion más útil y productiva de la que reciben.

»Hay en la exposicion turca cereales de gran estimacion, así como buena cochinilla (inferior sin embargo á la española que se ha llevado el primer

premio), mieles y ceras de excelente clase, aceite de oliva y de extracción medicinal que obtienen boga merecida, gomas y breas tan varias como notables, y algunos vinos de legítima fama que sostienen el renombre de Candía, Chipre y Scio. Los tabacos de Andrinópolis, Trebisonda y Alepo son de muy baja calidad, y propios únicamente para recibir esas mezclas aromáticas y narcóticas á que deben su estimación entre los árabes. Europa que acepta la holandilla y el trieste, no aceptaría el tabaco turco aunque es más fino y de mejor color que los expresados. Por fin, algunos algodones de mérito, cáñamos y linos no despreciables, y buenas lanas de clases diferentes, completan la colección de materias primitivas que constituyen la casi exclusiva riqueza de Turquía.

»En telas y artículos para el vestido se ve mucho original y raro, pero nada aceptable fuera del país. Lo propio sucede con los objetos destinados á la habitación, entre los cuales suele haber algo fastuoso aunque poco útil. Muchas telas bordadas con abigarramiento y torpeza, muchas gasas tejidas con hilos de oro, grandes panoplias de armas incrustadas y cinceladas, brocados tradicionales para alfombras y asientos, y una rica colección de tapices de una fábrica de Smyrna que ocupa en esta industria tres mil operarios. Los tapices turcos son todavía un ramo de fabricación oriental que puede aceptarse, no en competencia con los elaborados al estilo y por los medios mecánicos europeos, sino como expresión de un arte primitivo de valer, que se conserva en condiciones aceptables: hay en la Exposición un tapiz de Bronsse representando el antiguo cultivo de la seda, cuyos dibujos, composición y colores tienen un carácter de gran mérito. También se conservan en buen estado la industria de incrustar maderas, como se ve en los modelos de cofres y taburetes, la de trabajar pipas y objetos de fumar, la de construir instrumentos músicos, especialmente los renombrados platillos de Constantinopla, y la de adorno de mobiliario y habitaciones. En la galería de la historia del trabajo tiene reproducidos con notable propiedad algunos monumentos de que parece que Turquía sabe mostrarse orgullosa, tales como la columna Serpentina, una vista interior de la sala Hebdoman de Heraclio, la columna de Constantino y el monumento de Teodosio.

Resumiendo las impresiones de una visita por la exposicion turca, no puede ménos de reconocerse con pena que el imperio bizantino duerme ese sueño mahometano de que ni las comunicaciones ni la vecindad de la civilizacion consiguen despertarle. Treinta y nueve millones de criaturas posesionadas de un territorio fertilísimo cuya superficie excede de dos millones de kilómetros cuadrados, claman, ante el prodigioso espectáculo de los Estados-Unidos de América, por algo de eso que la diplomacia evita con el amenazador dictado de la ruptura del equilibrio europeo. El siglo actual no puede consentir que su balanza civilizadora se equilibre con un peso bruto de ignorancia, que en ocasiones es sanguinario y destructor. Turquía, alternando con Europa en su actual estado de inercia, es un baldon para los que dirigen la marcha general de los sucesos públicos. Toda la ostentacion de que ha querido hacer gala en el Campo de Marte, no sirve más que para demostrar su espíritu refractario al concierto comun de los pueblos con quienes vive. Si, pues, la Turquía ha de desaparecer más ó ménos pronto, hágase del certámen de 1867 un campo de estudio para saber la forma en que debe repartirse, y los medios más eficaces que han de emplearse para roturar el ingenio de cuarenta millones de europeos que ántes de mucho se han de necesitar, como verdadero equilibrio de contraste, ante el coloso americano que se cierne en la lontananza de la política del antiguo mundo.

»Europa debe ser de los europeos (1).»

Parece imposible que un pueblo tan en contacto con Europa, se mantenga tan estacionario. Cuanto pueda concebir la imaginacion más fecunda de los poetas se halla realizado en la incomparable hermosura del Bósforo, última expresion de bellísimos paisajes, porque allí se ve reunido cuanto ha creado la naturaleza de grande y deleitable. Descúbrense allí montañas salpicadas de verdes y variados bosquecillos, praderas cubiertas de jardines fantásticos y olorosos y magníficos palacios, cuyas variadas y caprichosas formas dan una idea exacta del gusto especial de los orientales, completando el grandioso panorama miles de embarcaciones de construccion á cual

(1) CASTRO Y SERRANO.—*España en París, 1867.*

más caprichosa, adornadas y equipadas con lujo deslumbrador que serpentean en un mar de cristal, reflejando la hermosa luz de un sol sin nubes que lo oculten.

¿Por qué ese pueblo que tiene esta maravilla de la naturaleza y del arte reunidos duerme el sueño del embrutecimiento y la barbarie? ¿Por qué no le arrastra la corriente civilizadora que contempla en lo restante de Europa?

El fanatismo que las promesas del Alcoran mantiene vivo en el pecho de los musulmanes, sostiene el estado de decadencia, al propio tiempo que es causa de ella, del antes poderoso Estado turco. Además, la falta completa de un código perfecto, que en vano se buscará en el Alcoran, por no contener cosa alguna en orden al derecho civil ni penal, ha influido más que todo en la decadencia de un imperio que sólo pudo formarse por el furioso fervor de los primeros secuaces de Mahoma. Si á esta falta de toda clase de leyes y carencia de instituciones se agrega la esclavitud, la poligamia, el desorden en la administracion, y la preponderancia, cada día más creciente de los sistemas, no sorprenderá ni al ménos avisado que se derrumbe un poder tan falso de elementos propios para su conservacion y afianzamiento.

En estos mismos momentos, y con motivo del fallo dictado en Constantinopla por la muerte del sultan Abd-ul-Aziz, están dando los ulemas una buena prueba del descrédito que merecen ellos y su doctrina, ateniéndonos á los siguientes párrafos que copiamos de un periódico extranjero:

«Escriben de Constantinopla, dice, que el Consejo de los ulemas encargados de examinar el proceso de los asesinos de Abd-ul-Aziz no habían decidido nada, pero se cree que por una gran mayoría son contrarios al fallo del tribunal.

»Los ulemas han reconocido que con la deposicion de Abd-ul-Aziz no se faltó al espíritu del Coran; relativamente al asesinato han declarado que el fallo no había probado la culpabilidad de los acusados que han negado su participacion, que la sentencia no era válida sino para los acusados confesos y que hasta estos son inocentes, segun el Coran, si recibieron orden superior de asesinar á Abd-ul-Aziz.

»El Sultan, en vista de este informe, ha suscitado la cuestion de si Murad, estando loco cuando subió al trono, podía ser considerado como verdadero califa, pues en caso negativo las órdenes dadas por Murad, serían nulas.

»Segun otra version, los ulemas piden nuevo fallo. Muchos opinan que á pesar de su oposicion, los ulemas confirmarán la primera sentencia con condicion de que el Sultan prometa conmutar la pena de los que no han confesado.»

Ofenderíamos la ilustracion de nuestros lectores si púsiéramos aquí ni un solo comentario de los muchos que se presentan á la sola lectura de tantos despropósitos, de tantas bajezas y ataques al sentido comun y á las más simples nociones de moral que revelan las pocas líneas trascritas.

Las disposiciones más oportunas de los Sultanes, dice un publicista contemporáneo, han fracasado en esta barrera formidable (de los ulemas), y más de una vez vió la nacion al gran Sultan resignar su poder, por exigirlo así los ulemas apoyados en la firme resolucion de un pueblo decidido á hacerlos respetar, como intérpretes de la voluntad de su Profeta.

Por ahora, poniendo aquí punto, para trasladarnos á la India, hagamos fervientes votos por la regeneracion del pueblo turco, por ese pueblo que debe su origen á una rebelion, de la que ha sacado sólo fructos amargos de ceguedad y muerte, que le han postrado en degradantes vicios.





CAPÍTULO XIII.

ORÍGEN DE LA INDIA.—SUS CREENCIAS RELIGIOSAS
Y PRIMITIVA CIVILIZACION.



La rama Draviniana de la familia turánica descendiente de Magog, se extendió hacia el mediodía de Asia en el país del Indostan, sujetado después por la raza ariana de los Brahmanes. La historia de este país no se ha podido arreglar aún por tiempos, por lo que es necesario

acudir, para estudiar sus acontecimientos políticos, á los de otros pueblos que poseen una cronología más segura.

Atribúyese á Baco la primera conquista de la India, cuyo honor se dispensa tambien á Hércules. Semíramis emprendió asimismo avasallar algunos pueblos de aquella region, conforme lo sabemos ya, y otro tanto intentaron los persas. Alejandro se propuso tambien su conquista, pero sus victorias no pasaron del Hifaso en donde se detuvo por el cansancio y hastío de sus soldados. Los romanos recorrieron poco este país, pero sus naturales se habían formado una idea tan alta de su poder, que diferentes veces les enviaron embajadores.

Ningun país abunda tanto como la India en mitología y leyendas, pero esa misma abundancia y la inmensa confusion que abunda en una y otras, hace difícilísimo, por no decir imposible, su estudio, á lo ménos si se intenta hacerse con perfeccion y claro conocimiento de todos sus pormenores que llegan casi al infinito.

Por de pronto se nos presentan dos religiones en la India, muy importantes ambas, de estudio necesario, para poder apreciar la civilizacion antigua de aquella grande porcion del globo; y luégo despues cuatro castas, cuyo conocimiento interesa para completar el estudio que nos dejaría imperfecto el que hiciéramos de las religiones.

Estas eran el Brahmanismo ó religion de Brahma, segun la cual este es el dios principal y divinidad suprema; y la otra el Buddismo ó religion de Budda, nombre sagrado de su fundador.

Hablaremos de ambas oportunamente.

La primera casta la formaban los Brahmas, que son los sacerdotes y sabios del país, de entre los cuales salen los funcionarios; la segunda es la de los guerreros; la tercera se compone de los agricultores, pastores y comerciantes, y la cuarta de artesanos y trabajadores. Lo mismo que en Egipto, estaba prohibido mezclarse unas castas con otras, y los que quebrantaban esta ley, eran colocados en la clase de los *impuros*, llamados *Parias* entre los indios. La esclavitud era desconocida en la India.

La extensa region de que estamos hablando se ha considerado, con ra-

zon, como una de las del globo en donde cuentan más antigüedad las sociedades civiles, cuya verdad han confirmado los recientes descubrimientos y estudios, de acuerdo con las creencias y fundadas opiniones que colocan la cuna del mundo en aquellos puntos privilegiados de la tierra.

En parte alguna del mundo, dice un geógrafo moderno, ha encontrado el hombre alimentos más abundantes, más sanos, ni más fácilmente preparados que en las orillas del Ganges; en parte alguna ha sentido menos la necesidad de disputar la posesion de una fuente ó la cosecha de un campo; en parte alguna ha tenido un clima más cálido que le dispensara de arrebatar las pieles ó las lanas á los animales para ponerse á cubierto de la intemperie del aire; puesto que podía considerar como una cosa enteramente supérflua hasta la construccion de una cabaña, merced á las palmeras y bananos que le ofrecían espontáneamente un abrigo contra la lluvia y un asilo contra los ardientes rayos del sol. El comercio de los pueblos del occidente del Asia se pierde en la oscuridad de los siglos más remotos: ya los libros de Moisés hacen mencion de las maderas de áloe y de ébano, de la canela y de las piedras preciosas de la India, cuyo nombre se ignoraba todavía; posteriormente los fenicios, los egipcios, los griegos y los romanos iban á las costas de Malabar en busca de los ligeros tejidos, de las materias colorantes, del añil, de la goma laca, de los artefactos de marfil y de madreperla que dicho país exporta aún actualmente; y este comercio supone necesariamente cierto grado de civilizacion en muchas naciones indias, cuya existencia, por consiguiente, debía ser anterior á la comunicacion regular y continúa en que las puso la invasion de Alejandro con el resto del mundo.

Un estudio comparativo entre el Indostan actual y el de la época de Alejandro, revela muy poca diferencia entre el estado político-religioso de ahora y el de aquellos remotos tiempos; prueba concluyente y decisiva de la antigua civilizacion de aquellos pueblos cuyos orígenes desconocemos por completo.

Cuando la invasion de Alejandro estaban ya en su desarrollo las supersticiones en la India, con sus correspondientes sacerdotes como ahora. Había-

los que pasaban la vida en los bosques alimentándose de raíces y cubriéndose con cortezas de árboles, otros traían amuletos y remedios milagrosos, hacían bailar las serpientes y decían la buena ventura; habíalos que estaban echados en tierra durante todo un día recibiendo sin conmoverse los torrentes de lluvia que les calaban hasta los huesos; colocábanse otros desnudos sobre una piedra casi ardiente, arrostrando el fuego de los rayos del sol y las picaduras de los insectos, y todos se dejaban flotar en la espalda una inmensa cabellera que procuraban más conservar que limpiar. Estas y otras costumbres que iremos viendo, y que forman el carácter distintivo de la civilización india existen ahora, como existían en remotísimos tiempos, según los testimonios más auténticos que pueden consultarse.

Los monumentos literarios de la India serán segura guía que consultaremos para el estudio de su civilización, como reflejo que son de sus costumbres y creencias.

En la India, más quizá que en otro punto alguno del globo, deben tenerse en consideración las condiciones climatológicas para el conocimiento de sus costumbres, pues que su clima, la magnificencia de sus productos, la riqueza de sus minas de diamante, junto con el régimen de las castas extremado hasta el exceso y que formaba su organismo social, conspiraba eficazmente al desarrollo de su bienestar y á la manifestación de prodigioso fasto.

Comencemos por la naturaleza, y presentemos un cuadro tierno, simpático, anterior á los mejores de la Grecia, que no es, como creen muchos, la madre y la maestra de la literatura, cultivada ya en todos los géneros en la India, más que en Egipto y Caldea. El trozo literario que vamos á transcribir es del género pastoril, fresco y tierno como un capullo de rosa del mes de abril, respira una inocencia como la primera mirada de un ángel, y extasía el alma como la melodía de un mundo virginal y desconocido.

Una princesa de muy ilustre alcurnia, llamada Sacontala, es educada por un religioso en una selva sagrada, viviendo allí los primeros años de su vida, dedicada á ocupaciones rústicas y en medio de la inocencia propia de pastores. En vísperas de trocar aquel grato y oscuro albergue, por tener



SACONTALA SE DESPIDE DE MADHAVI

los que pasaban la vida en los bosques alimentándose de raíces y cubriéndose con cortezas de árboles, otros traían amuletos y remedios milagrosos, hacían bailar las serpientes y decían la buena ventura; había los que estaban echados en tierra durante todo un día recibiendo sin conmoverse los torrentes de lluvia que les calaban hasta los huesos; colocábanse otros desnudos sobre una piedra casi ardiente, arrojando el fuego de los rayos del sol y las picaduras de los insectos, y todos se dejaban flotar en la espalda una incansa cabellera que procuraban más conservar que limpiar. Estas y otras costumbres que iremos viendo, y que forman el carácter distintivo de la civilización india existen ahora, como existían en remotísimos tiempos, según los testimonios más auténticos que pueden consultarse.

Los monumentos literarios de la India serán segura guía que consultaremos para el estudio de su civilización, como reflejo que son de sus costumbres y creencias.

En la India, más quizá que en otro punto alguno del globo, deben tenerse en consideración las condiciones climatológicas para el conocimiento de sus costumbres, pues que su clima, la magnificencia de sus productos, la riqueza de sus minas de diamante, junto con el régimen de las castas extremado hasta el exceso y que formaba su organismo social, conspiraba eficazmente al desarrollo de su bienestar y á la manifestación de prodigioso fasto.

Comencemos por la naturaleza, y presentemos un cuadro tierno, simpático, anterior á los mejores de la Grecia, que no es, como creen muchos, la madre y la maestra de la literatura, cultivada ya en todos los géneros en la India, más que en Egipto y Caldea. El trozo literario que vamos á transcribir es del género pastoril, fresco y tierno como un capullo de rosa del mes de abril, respira una inocencia como la primera mirada de un ángel, y extasia el alma como la melodía de un mundo virginal y desconocido.

Una princesa de muy ilustre alcurnia, llamada Sacontala, es educada por un religioso en una selva sagrada, viviendo allí los primeros años de su vida, dedicada á ocupaciones rústicas y en medio de la inocencia propia de la vida. En vísperas de dejar aquel grato y oscuro albergue, por tener



Mr. Erradas Comas y Ca. Editores

SACONTALA SE DESPIDE DE MADHAVI.

que trasladarse á la corte de un poderoso rey á quien estaba prometida, lloran su partida sus compañeras de infancia y piden su felicidad diciendo:

«¡Árboles del bosque sagrado, oid y quejáos de que Sacontala deba despedirse de vosotros, para ir al palacio de su esposo! Sacontala, aquella que no bebía agua cristalina sin haber regado ántes vuestras raíces; aquella cuyo cariño por vosotros era tan tierno que jamas arrancó ni una sola hoja de vuestro lozano follaje, por más que sus hermosos cabellos parecieran reclamar una guirnalda; aquella, cuyo placer más grato era la estacion en que vuestras flexibles ramas se cubren de flores.»

Á estos sentidos lamentos de las compañeras de Sacontala contestan las ninfas del bosque, con un raudal de poesía que conmueve.

«¡Acompañenla todas las prosperidades! Rodéenla las suaves brisas empapadas con todo el aroma de las flores. Présténla grata frescura durante su viaje los lagos de agua cristalina cubiertos de verdes hojas de lotos! Protéjanla las sombras de los bosques de los abrasadores rayos del sol!»

Después de estas estancias que son todo un mosaico de poesía, parece que no puede ir ya más allá el tierno autor de este bello idilio indio, que en nada cede á los griegos y latinos, y sin embargo, en nuestro concepto, siguen luégo los pensamientos más felices, las ideas más propias y adecuadas al asunto que trata el poeta con un colorido y sabor que no tendrán superior en lo sucesivo.

Cana, el religioso que educó á Sacontala, está allí presente. Pídele ésta permiso para despedirse de la liana Madhavi, después de haberle rogado que la ciña con sus amorosos brazos, cuando prorumpe Sacontala en la siguiente exclamacion:

—¡Ah! ¿quién tira de los pliegues de mi vestido?

—Tu hijo adoptivo, le contesta Cana, el cabritillo cuyos labios has humedecido tantas veces tú misma con aceite balsámico cuando se los habían desgarrado las espinas; el cabritillo á quien has dado de comer tú misma tantas veces con tu propia mano. No quiere separarse ahora de su bienhechora.

—¿Por qué gimes, tierno cabritillo? pregunta Sacontala. Debo aban-

donar necesariamente nuestra morada. Yo te tomé bajo mi proteccion cuando, á poco de haber nacido, perdiste á tu madre. Cuando yo no habite en este sitio, cuidará de tí mi padre Cana. Retírate, pobre cabritillo, retírate; es fuerza separarnos.

Conmovida Sacontala, prorumpe en llanto.

—Esas lágrimas, hija mía, dícele Cana, no convienen á tu situacion. Ya volveremos á vernos; cobra aliento. Si acude á tus hermosos ojos una ardiente lágrima, sepa contenerla tu valor aunque esté á punto de salir. En nuestro paso sobre esta tierra, donde el camino tan pronto se abisma en los valles, como sube á la cumbre de las montañas, y donde es difícil distinguir la verdadera senda que debemos seguir, han de ser desiguales sus pasos por necesidad; pero nunca pierdas de vista la virtud y ella será tu guía con toda seguridad.»

¡Cuánta filosofía en estas cortas líneas! ¡Cuánta civilizacion en un pueblo donde se escriben idilios tan puros, inocentes, tiernos y poéticos como Sacontala!

De la naturaleza pasemos al arte.

El Ramayana, poema indio que data del siglo décimotercero ántes de nuestra era, nos dará pormenores exactos, minuciosos, pero abundantes del estado social de la India en una época que no pudiéramos ni sospecharlo.

Aludiendo, segun parece, á la ciudad de Elora, santa entre los brahmanes, nos da la descripcion de una ciudad ficticia en los siguientes términos:

Habiendo entrado el piadoso Lakchmana por órden del Rama en la terrible Kiskindhya, contempló las maravillas de la vasta ciudad de los trogloditas, adornada de variados objetos, plantas y jardines, resplandeciente con el brillo de las piedras y de las flores de los bosques, llena de habitaciones y palacios que se levantaban en su salvaje esplendor debajo de gozosas sombras, y llevado á cabo por la presencia de nobles *Monos*, hijos de los Devas y de los Gandharvas, vestidos con ricos trajes y adornados con guirnaldas sagradas.

Enteramente aromatizada la calle principal en toda su extension con sándalo y esencias de variadas flores, vió Lakchmana abrirse otros caminos bor-

dados de edificios de diversas formas y semejantes á la cima del monte Kailaza. Delante de él, en la calle real, se levantaban los templos de los dioses, y todo alrededor de sus blancas paredes, revocadas con resplandeciente betun, había carros preparados, cubríanse claras hondonadas con nínfeas azuladas, algunos bosquecillos ostentaban sus floridas sombras y una corriente de agua de las montañas su murmurante y límpido cristal.

Cerca de allí se levantaban las nobles y vastas habitaciones de los magníficos gefes de los Vanaras, habitaciones semejantes á blancas nubes, adornadas de espléndidas guirnaldas, llenas de pedrerías y riquezas, y que contenían tesoros más dulces aún, hermosas mujeres.

Lakchmana descubrió finalmente el suntuoso palacio del rey de los *Monos*, de difícil acceso, rodeado de un antemural como si fuera una blanca cadena de montañas y semejante á la corte de *Indra* por sus brillantes cúpulas. Rodeábanle plantas ricas en frutas de todas estaciones; todos sus alrededores estaban sombreados por árboles soberbios y divinos, nacidos en los jardines del cielo, y regalo del *Grande Indra*; *Monos* fieros y terribles guardaban, siempre armados, sus puertas de oro bruñido; matizado de flores, esmaltado de piedras finas, reflejaba en sus vastas paredes, brillantes y pálidas, olas de resplandeciente luz (1).

Para formarse cabal idea de esta descripción no debe ignorarse que el mono en los antiguos tiempos de la India era un animal sagrado para los habitantes de aquellas comarcas, y que, en su consecuencia, vivían allí aquellos cuadrumanos á centenares de miles, ocupando inmensos espacios de terreno.

El Mahabbarata, otro poema indio posterior al Ramayana, nos confirma y completa por decirlo así las brillantes, animadas y poéticas descripciones que, acerca del estado social de los indios, encontramos en el primer poema citado.

Conforme hicimos notar en una descripción tomada del Génesis acerca del arte del tejido y bordado en el Egipto, reflexiónese también aquí en la

(1) RAMAYANA. Lib. I.

multitud de industrias que tienen por objeto el adorno, y el adelanto de civilización que suponen. El marfil, la seda, el algodón, todo está indicado y aplicado á diversas artes, de manera que, al llegar á la India los griegos y macedonios, quedaron asombrados ante los tejidos finos del país y el tinte del que hacían un objeto de lujo aplicado á las telas.

En el Ramayana encontramos el siguiente pasaje, modelo de buena dicción y de elegancia en el traje de las mujeres de elevada alcurnia: Kusa-ya, Sumitra, la hermosa Keikeyi y las demás mujeres del rey, dispuestas á abrazar á sus nueras, recibieron á la afortunada Sita, á la gloriosa Urmila y á las dos hijas de Kuscha-Dwaja. Todas estas mujeres vestidas de brillante seda se dirigieron á los templos de los dioses para sacrificar incienso en ellos, conversando agradablemente.

Sin perjuicio de entrar más adelante en pormenores más circunstanciados, vamos emitiendo ideas sueltas acerca de los usos y costumbres indios, á fin de que se prepare el lector con ligeras nociones ó prolegómenos, que diríamos, para estudiar después más á fondo la civilización india en sus diversas manifestaciones. El rajah Variehtra ofrece un festin al ejército de Wiswha-Mitra y sirve varios de los manjares en vasos llenos de almíbar de la caña de azúcar. « Se da á cada uno todo lo que pide, dice el poema, caña de azúcar, miel, madja (arroz), miredja (bebida fermentada de melaza y agua), vino y excelentes licores, y otros manjares y frutos suculentos.

La pasión que sentían los indios por los perfumes era tan intensa que el poema los menciona de un modo especial, y sobre todo al hablar de la entrada de Barata en la ciudad de su suegro: Después de haber los habitantes regado las calles, dice, las habían enarenado y adornado con arbustos floridos colocados simétricamente. La ciudad estaba engalanada con guirnaldas y de todas partes se exhalaba el olor del incienso y de los más preciosos perfumes (1).

Todo lo que llevamos citado hasta ahora nos da no sólo una idea de la primitiva civilización india en general, sino que nos hace formar una

(1) RAMAYANA, libro III.

muy ventajosa concepción de su literatura superior, por su prioridad, á la griega y latina. Los montes de la India tenían también sus musas tan inspiradas y bellas como las tuvo después Grecia en sus mejores tiempos.

El Mahabarat, poema épico indio, poema grandioso del que ya hemos extractado algún trozo, contiene un episodio titulado *Baghral Geeta*, digno de figurar entre lo más delicado de cuanto se ha escrito.

Dos ramas de la casa real de Bhaurat estaban en sangrienta guerra. Ambos ejércitos estaban á punto de llegar á las manos, cuando el dios Kreeshna que acompaña á Arjoon, empeña á su discípulo para que lance su carro entre los combatientes. Tiende éste la vista en rededor suyo, y no viendo en todas partes más que padres, hijos, hermanos y amigos prontos á degollarse mutuamente, prorumpe en las siguientes exclamaciones dictadas por el más profundo dolor.

¡Oh Kreeshna! abandónanme las fuerzas al ver á mis amigos tan impacientes por oír la señal del combate, palidece mi rostro, se me eriza el cabello, y tiembla de horror todo mi cuerpo. Grandew, se me cae de las manos mi propio arco, y se deseca mi piel pegándose á los huesos. Después de haber dado muerte á todos esos queridos parientes contra quienes debo combatir ¿me atreveré á pedir felicidad para mí? ¡Oh Kreeshna! no ambiciono la victoria. ¿Qué necesidad tengo de aumentar mi poder, ni el número de mis placeres? ¿Qué me importan los imperios, los placeres, ni mi propia existencia, si no existen los únicos que daban algún valor á esos imperios, á esos placeres y á esa vida? Padres, abuelos, hijos, nietos, tíos, sobrinos, primos, parientes y amigos, vosotros deseais mi muerte, y, no obstante, yo no deseo la vuestra; ¡no! aún cuando pudiera adquirir por ella el imperio de las tres cuartas partes del universo, y mucho ménos por un rincón de la tierra.

No puede darse mayor sencillez unida á más hermosura.



La antigüedad, generalmente hablando, es deudora á la India de los principales dogmas que forman la base de su doctrina. No hay siglo, desde

los más remotos hasta los nuestros, que no le deba algun mito, alguna fábula, alguna supersticion. Esto no significa, segun suponen algunos, que sea la India el origen de todas las ciencias con que nos envanecemos, y, lo que es más aún, de los sistemas filosóficos que forman la base de nuestra cultura actual.

Los brahmanes nos han conservado cuidadosamente los himnos, llamados *Vedas*, rica coleccion que constituye desde muchos siglos la Sagrada Escritura de los Indios, debiéndoles de este modo todas las nociones que poseemos acerca del primitivo período de la historia de los arias de la India. Este periodo de la existencia de las naciones arias en las comarcas regadas por el Indo, se conoce entre los hombres científicos con el nombre de *Época védica*. El *Rig* es el más antiguo de los *Vedas*, al propio tiempo que es el más importante, y el que, por decirlo así, ha dado origen á todos los demas.

Antes de entrar en el estudio del brahmanismo, y demas materias relacionadas con la civilizacion india, no será supérfluo un ligero resúmen que hagamos de la mayor ó menor antigüedad de los *Vedas* para fijar la importancia así de estos libros como del pueblo que los posee.

Segun observaciones muy fundadas y que parten de textos de los mismos *Vedas*, debió hacerse la primera compilacion de estos libros en el siglo XIV ántes de Jesucristo, así como la fecha de los himnos más recientes parece que debe fijarse en el año 160 ántes tambien de Jesucristo, cuya fecha debe ser asimismo el término del periodo llamado con toda propiedad el védico. No faltan sabios muy competentes que adoptan el siglo IX anterior á Jesucristo como la época más verosímil de la redaccion del código y leyes de Manú.

La astronomía ha sido la base de las observaciones á que nos referimos. Los brahmanes comenzaron á cultivar el estudio de la astronomía desde la época védica, pero sus observaciones se limitaban entónces al curso de la luna, á los solsticios y á unas cuantas estrellas fijas. Ni en los *Vedas* ni en las leyes de Manú se encuentra la más mínima mencion de los planetas. La astronomía india no adquirió carácter científico, propiamente hablando, hasta

en los siglos posteriores á la expedición de Alejandro Magno, por el contacto de los griegos, y sobre todo por efecto de las comunicaciones comerciales regulares y frecuentes, desde entónces, con la ciudad de Alejandría. Luégo despues en los primeros siglos de la era cristiana, progresó extraordinariamente influyendo sus adelantos en la astronomía de los árabes, sobre todo en tiempo de los califas.

Hemos citado alguna vez á los brahmanes, y para formarnos una idea aproximada, ya que no exacta, de los privilegios, cargos y deberes de los brahmanes, debemos acudir á las leyes de Manú, que es el libro sanscrito más autorizado entre los legisladores y tribunales de la India.

Brahman es una palabra derivada de *Brahma*, que significa *divino*, y es hijo del Dios Supremo.

Los brahmanes forman la primera de las cuatro castas hereditarias que, segun hemos visto ántes, dividen la sociedad india. La casta de los brahmanes es la sacerdotal.

Para propagar la raza humana, leemos en el Manava-Dharma-Sastra, que son las leyes de Manú, produjo Brahma de su boca, de su pié, de su brazo y de su muslo el brahman, el kabastriya, el vaisya y el sudra, y señaló ocupaciones diferentes á cada uno de ellos.

Señaló al brahman el estudio y enseñanza de los vedas, la celebracion del sacrificio y la direccion de los sacrificios ofrecidos por otros, así como tambien el derecho de dar y el de recibir; á los kabattriyas les impuso la obligacion de proteger al pueblo, ejercer la caridad, leer los libros santos y no entregarse á los placeres de los sentidos; á los vaisyas les asignó por funciones suyas el cuidado de las bestias, dar limosnas, sacrificar, estudiar los libros santos, dedicarse al comercio, prestar con interes y cultivar la tierra; finalmente, á los sudras les señaló únicamente un solo oficio; servir á las clases anteriores sin despreciar su mérito.

Procede esta superioridad de los brahmanes sobre las otras tres castas, de haber sido creado el primero por el Sér Supremo, y haber sido creado de su boca que es la parte más noble del cuerpo.

Entre todos los seres, dicen las *Leyes de Manú*, los primeros son los

seres animados, y entre estos los que subsisten por su inteligencia; los hombres son los primeros entre los seres inteligentes, y los brahmanes los primeros entre los hombres. El nacimiento del brahman es la encarnación eterna de la justicia, porque el brahman nace para la ejecución de la justicia y está destinado á identificarse con Brahma. El Brahma al venir al mundo es colocado en el primer lugar sobre la tierra; y como soberano señor de todos los seres, debe velar por la conservación del tesoro de las leyes.

Todo lo que este mundo contiene es propiedad del Brahma, que, por su primogenitura, tiene derecho á todo lo que existe. El brahman come sus propios alimentos, lleva sus propios vestidos, da lo que es suyo, y sólo por la generosidad del brahman gozan los demás hombres de los bienes de este mundo. La casta brahmánica ha adoptado minuciosas precauciones en la educación y disciplina que impone á sus miembros para mantenerse siempre al nivel de su elevada posición y de su eminente dignidad social. Antes de que nazca el brahma, ya ha pensado la ley en él, y apenas ha sido concebido en el seno de su madre, se ofrece ya un sacrificio por la purificación del feto. En el instante de su nacimiento y ántes de la sección del ombligo se le hace gustar miel y manteca clarificadas en una cuchara de oro, recitando al mismo tiempo palabras sagradas. Cuando se trata de darle nombre, es necesario llenar ciertas condiciones, y que la primera de las palabras de que se debe componer exprese el favor propicio y la segunda la felicidad. Cuando tiene de uno á tres años de edad debe recibir la tonsura, ceremonia que consiste en rasurarle toda la cabeza ménos la coronilla, en donde se le deja un mechón de cabello, y á los ocho años, y hasta á los cinco, puede ser iniciado por la investidura del cordón sagrado, sin que esta pueda dilatarse para después de los 16 años, bajo pena de excomunión.

Ocúpase también de la ley de composición del cordón sagrado que debe usar el novicio, y del cinturón, manto y bastón que debe llevar.

Después que el novicio ha recibido la iniciación, debe mendigar sus alimentos; no puede hacer más que dos comidas al día, una por la mañana y otra por la tarde, y hacer ciertas abluciones. Á los diez y seis años pasa

á recibir las lecciones de un director espiritual llamado *guru*, que es su segundo padre, y más venerado aún que el que le ha dado la naturaleza; porque, segun las ya citadas *Leyes de Manú*: «cuando un padre y una madre uniéndose por amor dan la existencia á un hijo, este nacimiento no debe ser considerado más que como puramente humano; pero el nacimiento espiritual que le viene de su preceptor, segun la ley, es el verdadero, y no está sujeto á la vejez ni á la muerte.»

El *guru* hace estudiar constantemente al novicio el Veda, y el jóven debe todos los días por la mañana y tarde hacer sus oraciones, leer el libro santo con las explicaciones que lo completan é ilustran, y ver salir y ponerse el sol, aprendiendo aquel respeto debido á la escritura santa y al que se la enseña y á dominar tambien sus sentidos.

Las lecciones del *guru* son gratuitas, y sólo cuando ha terminado el noviciado, puede el discípulo ofrecer á su maestro algun recuerdo de su agradecimiento.

El noviciado es muy penoso. Dura nueve años á lo ménos, y puede durar diez y ocho y hasta treinta y seis, ó todo el tiempo necesario, segun la inteligencia de cada cual, para conocer á fondo los *Vedas* y cuanto se refiere á ellos.

Así que ha terminado el noviciado, puede el brahmachari ser padre de familia y jefe de casa, y este forma el segundo periodo de la vida del brahman.

Consiguiente con la ley de la division de la sociedad en castas, para la primera union debe elegir el brahman una mujer de su casta, y para las siguientes, si desea contraerlas, no es tan exigente la ley, y le permite elegir-las entre las otras castas, si bien esto es siempre considerado como una degradacion digna de mayor ó menor censura.

Consigna la ley los medios que debe emplear el brahmachari para vivir él y los suyos, y prescribe que debe adoptar todo medio de existencia que no perjudique á los seres vivientes ó les haga el menor daño posible, sin que jamas deba descender á un trabajo servil, y siendo la limosna el medio más preferible de subsistencia; por cuyo motivo la ley recomienda á

los ricos esta santa práctica, por la que no hacen más que devolver á los brahmanes los bienes que han recibido de ellos mismos.

Debe el brahmachari dedicar la mayor parte del tiempo á la lectura de los Vedas, á las innumerables ceremonias del culto, á los sacrificios que ellas exigen, y á todas las prescripciones de la liturgia. Debe borrar, segun los ritos, todas las impurezas que, de diferentes maneras, pueden mancharle.

Estuvieron equivocados los antiguos, como lo están aún actualmente, respecto á la prohibicion hecha al brahman de comer carne, muchos de los modernos, porque en varios casos se les permite comerla, aunque siempre con la obligada condicion de que haya sido ofrecida á los dioses ó á los manes. Lo realmente prohibido es matar á los animales por el solo placer de matarles, y desear aumentar su propia carne con la de otros seres sin honrar ántes á los dioses y á los manes.

Termina el segundo periodo del Brahman cuando ha procreado ya y educado una familia. Cuando ve que su piel se arruga y encanecen sus cabellos, y se le presentan sus nietos á la vista, retírase entónces á una selva y de brahman pasa á ser *vanaprastha* que significa: habitante de la selva. Cuando se encuentra en este estado, no ha roto aún por completo los lazos que le unen al resto de los hombres y puede llevar consigo á su mujer. Toda su existencia está desde entónces regulada como podría estarlo la de un novicio. Lleva consigo el fuego sagrado y todos los utensilios necesarios para las oblaciones santas, y cubierto con una piel de gacela ó un vestido de corteza, debe bañarse por mañana y tarde, llevar los cabellos largos y recogidos sobre su cabeza, dejar crecer la barba, el vello de su cuerpo y las uñas. Dedicándose sin cesar á la lectura y meditacion del Veda, debe abstenerse completamente de carne y no vivir más que de flores, raíces, frutos maduros por el tiempo y caídos espontáneamente, pudiendo sólo en casos muy raros recibir limosna. Privado de todo placer y casto como un novicio, no debe tener otro lecho que el duro suelo, ni otro abrigo que los árboles. Debe ejercitarse continuamente en abstinencias y mortificaciones, en la oracion, la vigilia y el ayuno, exponer su cuerpo desnudo á la intemperie du-

rante la estación de las lluvias y estar en pie entre cuatro hogueras bajo los rayos de un sol ardiente durante la estación del calor. Las *Leyes de Manú* dicen: «si tiene alguna enfermedad incurable, marcha sin detenerse en la dirección del Nordeste, hasta la disolución de su cuerpo, aspirando á la unión divina y no viviendo más que del aire y del agua.»

Después de este período tan duro, síguese todavía otro para el brahman, que es el cuarto y último, más riguroso aún que el anterior, por más que parezca increíble, ya que no imposible. En este período abraza definitivamente la vida ascética, y pasa á ser *sannyasi*, ó sea, el que renuncia á todo.

Cuando un brahman ha estudiado los Vedas de esta manera prescrita por la ley, ha tenido hijos de un modo legal y ha ofrecido cuantos sacrificios ha podido, teniendo ya cumplidas sus tres obligaciones, puede desde entonces no pensar en otra cosa más que en la libertad final.

Nada entonces de lectura del Veda, nada de sacrificios ni de vestigios de la vida doméstica. Abandonará á su mujer; renunciará á toda compañía, no tendrá hogar ni domicilio, vivirá absolutamente solo, mendigará su alimento en el pueblo más próximo cuando el hambre le atormente; purificará sus pasos evitando por todos los medios posibles el caminar sobre un objeto impuro; purificará el agua que beba filtrándola por temor de hacer morir á los animalillos que en ella se encuentren; por la noche como por el día y hasta con peligro de hacerse daño, caminará mirando siempre á la tierra para no causar la muerte de algún animal; libre de todo cuidado y de todo afecto, inaccesible á todo deseo y sin sentir temor alguno, ni inspirársele á la menor de las criaturas sensibles, no tendrá más que un solo y continuo pensamiento; el de su unión con el alma suprema, con el espíritu divino.

Las *Leyes de Manú* dicen en su libro sexto: «de la misma manera que un tronco de un árbol abandona la orilla de un río cuando la corriente le arrastra; del mismo modo que el pájaro abandona á su capricho la rama sobre que está posado, así el *sannyasi*, libre por grados de todo afecto mundano é insensible á todas las contradicciones, abandona su cuerpo y es absorbido para siempre en Brahma.»

No pueden leerse sin estremecimiento y admiracion los antecedentes datos respecto de los cuatro periodos de la vida de un brahman. Los más fervientes anacoretas de los primeros siglos del cristianismo no han llevado más allá sus mortificaciones y penitencias, sus ayunos y austeridades de lo que nos representa la rigurosa disciplina que la casta brahmánica ha impuesto á sus miembros y los penosos deberes que van unidos á su nobleza y primogenitura, y tal el precio á que, por decirlo así, han comprado su dominacion sobre las demas castas indias.

Si fuera incumbencia nuestra, si lo permitiera la índole de la obra, si no temiéramos una mala interpretacion dada á lo que estampáramos, nos extenderíamos ahora en graves y serias reflexiones acerca los puntos de contacto que quizas tengan las reglas brahmánicas, en sus relaciones con la vida del alma en este y en el otro mundo, con las prácticas de los penitentes cristianos de todos los siglos, relacionadas con sus aspiraciones por la vida eterna.

¿Qué significan en una y otra de las dos religiones esos deseos ó necesidad de purificacion, esas penitencias y austeridades opuestas á la naturaleza humana, para conseguir la vision beatífica? ¿Son ideas innatas en el hombre? ¿Son acaso un eco de algun precepto perdido entre las neblinas que nos ocultan la historia de los primeros días del hombre en la tierra? ¿Son sugerencias de espíritus desconocidos, invisibles, amigos y enemigos de la vida del hombre en la tierra? ¡Quién sabe!

De todos modos aturde y admira que por tantos siglos y durante tantas generaciones haya hombres—y no pocos en número—que, violentando extraordinariamente su naturaleza, propensa al regalo, la castiguen tan bárbaramente por el solo y único fin de gozar la posesion ó vision de un sér desconocido, que debe proporcionarles en otra vida lo que ellos no hallan en esta.

Veamos, pues, quién es Brahma, el Sér deseado por la casta brahmánica.

Brahma es el dios creador. De este proceden Visnu y Siva que, con aquél, forman la trinidad india.

Visnu es el dios conservador. Siva el dios destructor.

Segun nos enseña uno de los libros indios, el *Bhagavata Purana*, al preguntar un patriarca á los tres dioses, quién de ellos era el verdadero Dios, le contestaron: «Aprende ¡oh penitente! que no hay distincion real entre nosotros; lo que os parece tal, no es más que aparente. El Sér único aparece bajo tres formas por los actos de creacion, de conservacion y de destruccion, pero es uno solo. Tributar culto á una de estas formas, es tributárselo á los tres ó á solo Dios Supremo.»

Esta trinidad de personas, tan parecida á la trinidad del cristianismo, no existe en el Veda, el libro sagrado del brahmanismo. El nombre de Siva no consta en él. Sirvió despues dicho nombre para designar el misterioso poder que sucesivamente hace desaparecer los seres, habiendo reemplazado en el panteon indio al Rudra védico.

Este Rudra es el jefe de los vientos, el genio de la tempestad; es un personaje simbólico, de significacion física como la mayor parte de los dioses que se encuentran consignados en el Veda.

Visnu, el penetrante, representa al sol del mediodía, cuyos rayos hieren todos los cuerpos y penetran hasta lo más profundo de ellos. La idea de un creador, ó productor de las cosas, es aún flotante, que digamos, y no se ve fijado por completo en el nombre de Brahma que es de tiempos posteriores.

La concepcion completamente metafísica de un principio eterno é inmutable, ó no se halla en el Veda, ó comienza á aparecer apénas, sin presentarse con nombre fijo ni caracteres determinados.

Segun Burnouf «la religion del periodo védico no es más que símbolo. Los símbolos de estos tiempos antiguos tienen rara vez un valor moral; representan bajo una forma humana idealizada las fuerzas que engendran los fenómenos naturales, ya sean de la naturaleza inanimada, como el fuego, el calor, la luz y los movimientos del aire y de los astros; ya los de la vida animal y vegetal.»

«Si se busca, dice Taine, el rasgo que distingue entre todas las razas del mismo origen á los arias conquistadores de la India, hallaremos este

carácter en su fecunda y delicada imaginación. En ninguna parte el mito ha abundado tanto, ni se ha visto con tanta claridad. Parece que esta raza ha sido hecha para ver dioses en todas las cosas, y cosas en todos los dioses. Adoran al cielo luminoso, á la claridad que envuelve y reanima todas las cosas; al rayo victorioso; al trueno bienhechor que rasga las nubes y liberta de su prision á las fertilizadoras lluvias; á la blanca aurora, que, saliendo de las sombras, y sonriente cual jóven desposada, descubre su seno en presencia de su esposo; y á Agni ó fuego que sale al frotar un leño contra otro. No tienen dioses fijos; los suyos son fluidos como las cosas, y se confunden unos con otros, Varuna es Indra, porque el trueno es el cielo fulminante; Indra es Agni, porque el rayo es el fuego celeste. Cada uno de ellos es á su vez el dios supremo, y ninguno es una persona distinta; cada cual no es más que un momento de la naturaleza, capaz, segun el momento de la percepción, de contener á su vecino ó de ser contenido por él. Cada momento de la naturaleza, y cada momento de la prescripción, puede dar un dios. Se ven atributos divinos y aún atributos de atributos trasformarse en dioses. El licor que se ofrece á los dioses, la oración, el himno y todas las partes del culto concluyen á su vez por trasformarse en fuerzas divinas y en seres divinos, á quienes se invoca y se reverencia.

Nuestros lectores habrán notado aquí el verdadero panteísmo, en un naturalismo, que, no por ser poético, deja de ser una fecunda y necia mitología en todas sus manifestaciones. La concepción de Brahma es el panteísmo exacto, verdadero. No hay mitología más fecunda que la védica. La inmensa influencia y extraordinaria preponderancia de la casta sacerdotal debía necesariamente conducir al politeísmo que se desarrolló en el seno de aquella mitología tan fecunda como absurda.

Para formarnos una idea capaz de darnos la medida del brahmanismo, veamos lo que nos dice M. Taine acerca de él: « En un principio vemos á los dioses flotantes y numerosos reunirse en tres dioses soberanos; Varuna en el cielo, Indra en el aire y Agni en la tierra, apareciendo despues de ellos *la grande alma*, que opera por ellos, anima todas las cosas y que es el sol. Pronto la profunda facultad metafísica desarrollada por el espectáculo de la

naturaleza tropical, separa á este sol sensible, distingue el poder ideal de tras de las formas cambiantes y declara que al principio no había más que el sér indeterminado, puro y sin forma; que todo estaba confundido en él; que él descansaba en el vacío y que este mundo ha sido producido por la fuerza de su pensamiento. Un trabajo lento de elaboracion filosófica y sacerdotal ha terminado por separar de la naturaleza sensible á este sér y ponerle en manos de los sacerdotes. Entre los dioses antiguos, se encontraba tambien el fuego encendido por los sacerdotes ó brahmanes, y que aunque acreditado con ellos, era sin embargo palpable para que se hiciese el sér universal y puro. Insensiblemente uno de sus nombres, *Brahmanaspati*, es decir, el *Señor de la oracion*, se hace un dios distinto, más abstracto y cada vez más importante, y de este se desprende otro Brahma, la *Oracion*, más abstracta aún y que se hace el sér primordial y sin forma, de donde todo procede y que lo contiene todo. De este modo la oracion se confunde con el principio del mundo, con el Dios supremo, porque para estos cerebros exaltados, la imaginacion no es una simple sollicitacion, sino una fuerza apremiante y soberana.

Sabido el sitio que ocupa Brahma en el Vedismo y despues en el Código de Manú, interesa ahora considerarle en lo que ha sido despues en el brahmanismo de los puranas, más moderno que el anterior.

Segun lo hemos visto ya, por su union con Visnu y Siva forma la trinidad divina de la India.

Sobre la montaña de oro *Cailasa* está el *loto* que lleva en su seno al triángulo, origen de todas las cosas. De este triángulo sale el Lingan, Dios eterno, que hace de él su eterna morada. Este Lingan ó árbol de la vida, tenía tres cortezas, de las que la primera y más interior era Brahma, la del medio Visnu, y la tercera y más tierna, Siva. Cuando los tres dioses se separaron, no quedó en el triángulo más que el tronco desnudo, y desde entonces bajo la guarda de Siva. Los tres dioses de la trinidad india parecen haber pertenecido en un principio á tres religiones diferentes que se han confundido uniendo sus cultos en uno solo.

En el brahmanismo posterior se encuentra Brahma despojado de una

parte de sus atributos, por la union de sus dos rivales. Despues que salió para crear el mundo de lo profundo de su eternidad, no es otra cosa su primera emanacion que su energía creatriz, la madre y matriz de todos los seres que se llama Sacti, Parasaeti, Maya, la primera vírgen y primera mujer á la vez, figurada por el órgano propio de su sexo.

Como Sacti era tambien esposa de Brahma, recibe asimismo el nombre de Sarawati, que es la antigua diosa de los arias, la Minerva de la paz, ó pacífica, protectora de las bellas artes.

Siva tiene por esposa á Parvati, la hija de la montaña, que nos trae á la memoria á la orgullosa Juno, y cuya diosa se manifiesta bajo diversos aspectos; unas veces como Durga, la Minerva guerrera que ampara al justo y castiga al impío; otras veces como Kali, la sombría Hecate, digna compañera del genio destructor, y que aparece en las escenas de carnicería y horror reclamando la sangre de los moribundos para los vampiros que lleva consigo, y otras, por último, como Bhavani, la diosa de la fecundidad.

Visnu, como Siva y como Brahma, tiene una esposa que es su energía creatriz y es una divinidad distinta de sí mismo; esta esposa es Lackmi ó Cri, la diosa de la abundancia y de la felicidad, que nos recuerda la Céres de los griegos y que se presenta á los ojos del poeta con los más risueños atributos, acompañada de Kama, el amor, dios inmortal, cuyas flechas están adornadas de flores. Lo mismo que la Vénus griega y que la Freya escandinava, nace Lackmi del seno de las olas.

En la India ha reemplazado realmente Visnu en la adoracion á Brahma, cuya verdadera expresion se encuentra en las Leyes de Manú.

En el *Manava-Dharva-Sastra* (que son las Leyes de Manú), obra considerada por los brahmanes como eminentemente ortodoxa y que goza de mucha autoridad en la India, se ve tambien el dogma de Brahma como Dios único, creador y destructor á la vez del universo.

Visnu y Siva no figuran en este código; ignora, como los Vedas, la trinidad y es anterior á la fusion de las tres divinidades, que es de época más reciente. Sin embargo, no falta quien ha creido hallar esta trinidad en

el brahmanismo primitivo y la suponen formada por Brahma (neutro) Brahma (masculino) y el alma suprema (Paramatma).

La esencia del panteísmo índico es hacer predominar la sustancia sobre la personalidad, y la imaginación védica multiplicando los dioses de una manera indefinida no se detiene, como la de los griegos, á terminar su obra y circunscribir cada una de sus producciones; los dioses védicos permanecen como en estado caótico que dijéramos, no tienen ni pueden adquirir la consistencia y densidad que les convertiría en personas con caracteres distintos é invariables.

La personificación mitológica no es más que un velo trasparente para los fenómenos que simboliza y para sus diversos aspectos; pero los fenómenos y sus aspectos no tienen firmeza; cambian á cada momento; no tienen ninguna forma definitiva; se ve la transformación siempre y por todas partes.

La idea de transformación lleva necesariamente consigo la de algo que se transforma, y de esta manera, dejando á un lado á los dioses personas, al antropomorfismo, se llega al Dios sustancia, abstracto y sin forma, en una palabra, al panteísmo.

De esto y de lo anteriormente expuesto podemos inferir que la metafísica brahmánica está constituida por dos grandes concepciones que forman su doctrina: la concepción panteísta de Brahma y el dogma de la trasmigración.

Ya sabemos que el panteísmo brahmánico salió del politeísmo védico, encontrándose todo resumido en las siguientes importantes palabras con que termina el *Manava-Dharma-Sastra* que ya hemos citado anteriormente.

» Que el brahman, reuniendo toda su atención, vea en el alma divina todas las cosas visibles é invisibles; porque considerándolo todo en el alma no entregue su espíritu á la iniquidad. El alma suprema es el conjunto de los dioses y la que produce la serie de actos realizados por los seres animados. El brahman debe representarse el gran *Sér (Para-Purucha)* como el soberano dueño del universo, como más sutil que un átomo, más brillante que el oro más puro, y como incapaz de ser concebido por el espíritu de otro modo que en el sueño ó en la más abstracta contemplación. Unos

le adoran en el fuego elemental; otros en Manú, señor de las criaturas; otros en Indra; otros en el aire puro, y otros, por último, en el eterno Brahma.

»Él es el que, envolviendo á todos los seres en un cuerpo formado de cinco elementos, los hace pasar sucesivamente del nacimiento al crecimiento, y de éste á la disolucion por un movimiento semejante al de una rueda. Así el hombre que reconoce en su propia alma el alma suprema presente en todas las criaturas, obtiene la suerte más feliz, la de ser al fin absorbido en Brahma.»

Uno de los rasgos más característicos de la doctrina brahmánica lo constituye la transmigracion de las almas. Con arreglo á esta ley, todo acto del pensamiento, de la palabra y del cuerpo, segun que es bueno ó malo, lleva consigo su fondo bueno ó malo tambien, y de este modo de las acciones de los hombres resultan sus diferentes condiciones, y todos los males, así físicos como morales que afligen á la humanidad, no son otra cosa que la consecuencia inevitable de los pecados cometidos en una existencia anterior.

Cincuenta defectos corporales especifica el Manava-Dharma-Sastra como castigos de esta especie, y la distincion de los seres en dioses, hombres y criaturas inferiores, así como la de los hombres en diversas castas está fundada sobre el mismo principio.

El nacer en un grado más ó ménos elevado de la escala de los seres, no es efecto de la casualidad, de una fatalidad meramente física, ni de la voluntad soberana de un dios Omnipotente, sino la consecuencia de los méritos adquiridos ó de las faltas cometidas en una vida precedente.

El brahmanismo nos presenta una religion metafísica en sus principios fundamentales y destituida de lo llamado teología por el positivismo.

Segun la doctrina brahmánica no es movido ni gobernado el mundo por voluntades ó por una voluntad única, sino que está sometido en su movimiento y en sus cambios á una fuerza abstracta, que es el mérito y demérito, y que tiene bajo su imperio lo mismo á los dioses que á los simples mortales.

No encontramos en esto nada que se parezca á las ideas griegas, mahometanas, cristianas ó modernas.

Ningun destino exterior gobierna la vida de los seres, sino que cada sér por su vicio ó su virtud se crea su propio destino.

No hay leyes naturales que encadenen los acontecimientos que sólo están unidos por la ley moral.

No hay ni un dios autócrata que distribuya el bien y el mal por decretos arbitrarios, ni un dios justo que los distribuya para recompensar ó castigar; no se interpone ningun Dios entre la virtud y la felicidad, entre el vicio y la desgracia para separarlos ó unirlos.

La felicidad va unida por su propia naturaleza á la virtud y la desgracia al vicio, como la sombra al cuerpo.

Cada accion virtuosa ó viciosa es una fuerza de la naturaleza, y obra sobre su autor como un peso ó como lo contrario de un peso, haciéndole elevarse ó descender en la escala de los mundos, y estando determinado su destino en cada encarnacion por la proporcion de estas dos fuerzas, como la inclinacion del fiel de la balanza es determinada por la proporcion de los pesos que están en los platillos.

La idea del panteismo está envuelta en la idea de la transmigracion. El panteismo es la distincion en cada sér de un elemento sustancial é invariable, y de un elemento formal ó modal y que cambia, es la indeterminacion de las sustancias y la unidad de sustancias deducida de esta indeterminacion.

La distincion que la ley de la transmigracion india establece entre el alma y el cuerpo es idéntica á la de la sustancia y la forma.

Tal como la comprende el brahmanismo, está el alma desprovista de conciencia y de memoria. La conciencia es para el alma la forma, y como esta forma procede de la union pasajera del alma con el cuerpo, es de tan corta duracion como esta union, puesto que al pasar á otro sér no lleva consigo la conciencia de lo pasado, y por consiguiente la esencia del alma; lo que de ella queda y sobrevive es la sustancia pura, el sér indeterminado y sin forma.

Esta sustancia permanece idéntica aunque revistiendo variadas formas en las diferentes vidas por que pasa; y si la sucesion de seres y su diversi-

dad en el tiempo no impiden la unidad de sustancia, tampoco la impedirá la pluralidad simultánea de estos mismos seres.

Si consideramos las almas haciendo abstraccion de sus encarnaciones y de sus méritos y deméritos en ellas contraídos, nos será imposible concebirlas como diferentes unas de otras; y si las concebimos idénticas, estamos ya poco distantes de reunir las en un centro ó foco comun, en un alma suprema.

Esta ley de la trasmigracion nos lleva como por la mano á la distincion que debemos hacer entre la inmortalidad del alma y la de la persona.

Sujetos los indios, como nosotros, y como todos los hombres, á la ley del sentido comun, presentóseles como á nosotros, el problema del mal, que intentaron resolver á su manera. Comprendieron ya en su época que había algo doloroso—por no llamarlo injusto—en la desigual reparticion de los bienes y males en este mundo. El cristianismo resuelve el problema esperando en el porvenir, hacia donde dirige todas sus miradas, confiando en una vida y justicia futuras, como premio ó castigo de las obras buenas ó malas; pero los indios lo explican fijando su vista en lo pasado y acudiendo á una preexistencia indefinida del alma. El cristianismo considera la vida presente como una preparacion y á la tierra como un lugar de prueba; pero los indios hacen de la vida la consecuencia de una serie de vidas anteriores, y de esta tierra un lugar de expiacion.

En esta diferencia del cristianismo comparado con el brahmanismo debe buscarse la inmensa distancia que separa una religion de otra, la religion, por decirlo así, de los pueblos orientales de la de los occidentales.

Segun predicen los brahmanes, el alma humana ha preexistido, y, en su consecuencia, expía actualmente en su cuerpo tal ó cual y en tal ó cual forma los deméritos de sus existencias anteriores. De la misma manera, y siguiendo la propia doctrina, tal como ha preexistido, sobrevivirá despues á fin de expiar las faltas presentes así como ha expiado las pasadas. Á las objeciones que pudieran hacerse á esta doctrina tocante á la memoria que podría conservar el alma de sus hechos pasados en las anteriores existencias, acude el brahmanismo diciendo que el alma no se acuerda de sus existencias

y pasados precedentes y que en sus vidas futuras no se acordará tampoco de su vida presente ni de las faltas cometidas durante ellas.

El espiritismo—resucitado en estos últimos tiempos—tiene algunos puntos de contacto con esta doctrina brahmánica, de la que sale muy mal parada la inmortalidad del alma, que es precisamente lo que se quiere predicar, toda vez que no se concibe en buena filosofía una inmortalidad sin memoria y sin conciencia. El buen sentido de nuestros lectores comprenderá todo lo absurdo que envuelve la idea de la inmortalidad del alma, dependiendo de la idea de la trasmigración de la misma; por lo que no entraremos en el terreno, llano por otra parte y despejado, de las pruebas que podríamos aducir á millares en comprobación de lo falso de la doctrina brahmánica.

Con los antecedentes hasta ahora expuestos, penetremos ya en la región de las creencias indias. La extensión del globo ocupada por el pueblo ario le hace acreedor á que le dispensemos un lugar importante en nuestro trabajo, y sean cuales fueren las aberraciones de ese gran pueblo, merece que se estudien extensamente sus mismos extravíos, que nos han de servir para formarnos ideas cabales, exactas de la civilización india, y de los tropiezos que da la humanidad en su peregrinación en este mundo.

La doctrina de los indios está contenida en cuatro libros. Trata el primero del origen de las cosas, de la naturaleza del Dios, del alma, del bien y del mal.

El segundo de los soberanos.

El tercero de la moral.

El cuarto del rito.

Este último libro se ha perdido, y los brahmanes, que según lo dicho hasta ahora, son muy poderosos, dicen que lo serían mucho más aún si se descubriera ó hallara este cuarto libro.

El pueblo no conoce estos libros, ni se le leen públicamente, pero hay otros en donde se encuentra la teología popular, que ya sabemos es el politeísmo llevado á su última expresión.

Según dicen ellos, queriendo el Gran Dios manifestar su excelencia,

crió los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Sopló en el agua con una gran caña, salió un huevo, colocólo en medio del firmamento, y le llamó el mundo bajo. Crió en él un sol, una luna, las estrellas, toda especie de animales, un hombre y una mujer que produjeron cuatro hijos, cada uno de ellos con los caracteres análogos á los cuatro elementos.

Brahma, de condicion terrestre, y por consiguiente melancólico, fué elegido para dar leyes ó mandamientos á los hombres, para lo que era muy apto por su carácter grave y serio.

Tuteri, de temperamento ígneo, tenía un alma marcial, se le dió el gobierno del reino, y una espada, símbolo de la victoria y del imperio.

Shuderi, flemático, dulce y tratable como el agua, fué destinado al comercio, y así le daban pesos y balanzas.

Wiso, vivo como el aire, recibió el talento de inventar; éste lleva una cesta llena de herramientas.

Crióles Dios una mujer para cada uno, y las puso en los cuatro ángulos del mundo; fueron á buscarlas, y poblaron así las cuatro partes. Sus descendientes se corrompieron, y cayó sobre ellos la ira celestial, que se declaró en tempestades y en un diluvio universal. Los cuerpos fueron destruídos, y las almas se retiraron al seno del Omnipotente. Para no perder éste el fruto de su creacion, resolvió renovar el género humano con tres personas más perfectas que las primeras. Presentóse en lo alto de un monte y dijo: « Levántate, Breman, primera de las criaturas de la segunda edad. » Pareció este, y adoró á su Criador.

Vistenay y Ruderer salieron asimismo del seno de la tierra, y á cada uno le señaló Dios su oficio: á Breman le dió el poder para criar, á Vistenay el de conservar, y á Ruderer el de destruir, y así este es el señor de la muerte y de todos los males físicos. En su mano se halla todo lo que se puede considerar como la pena del pecado.

Penetrándole íntimamente á Breman la facultad creatriz, sintióse acometido de violentos dolores en todas las partes de su cuerpo, se le hinchó el vientre, sintiendo cruel tormento hasta que por último el mismo peso se abrió camino por uno y otro lado, y salieron dos gemelos ya grandes, de

distinto sexo, y produjeron tres parejas que poblaron el occidente, el norte y el mediodía.

Vistenay proveyó á su subsistencia y conservacion, y Ruderí esparció castigos, enfermedades y muertes, á proporcion que los hombres merecían estos males por su corrupcion y vicios; pero, á fin de que pudiesen evitar las penas, bajó el Omnipotente hasta el monte y del seno de una nube oscura, de la cual salieron algunos rayos de su gloria, dió á Breman un libro de preceptos, encargándole que los enseñase á los hombres.

El citado libro consta de tres partes: la primera contiene la moral y explicacion de cada precepto; la segunda la ley ceremonial, y en la tercera están el género humano dividido en tribus, y las reglas prescritas á cada tribu.

La ley moral está contenida en ocho preceptos ó mandamientos expresados de la manera siguiente:

El primero prohíbe matar criatura alguna viviente, por tener alma como la tiene el hombre.

El segundo manda que no se vea ni se oiga lo que es malo, ni se murmure, ni se coma carne, ni se toquen cosas manchadas.

El tercero prescribe el tiempo y el modo de adorar.

El cuarto manda que no se ha de mentir con intencion de engañar á los otros, en las compras y contratos.

El quinto manda la atencion con todo el mundo, especialmente con los pobres.

El sexto prohíbe toda opresion directa ó indirecta.

El séptimo arregla las fiestas, y manda alegrarse en ellas sin excesos; dispone la preparacion de la víspera, y los ayunos y oraciones.

El octavo y último prohíbe toda especie de robo, y apropiarse lo que á cada uno se ha confiado en el ejercicio de algun oficio; ordena contentarse con el salario, porque ninguno tiene derecho sobre lo que es de otro.

Siguen luégo despues las leyes ceremoniales, que consisten en abluciones, en ungirse y en postrarse, señalando el tiempo y el modo de hacerlo. Tienen tambien sus santos que invocan en las necesidades, segun se ordena en el libro, para los viajes, para el comercio y para las batallas.

Por de pronto, no parece sino que estamos haciendo un extracto fiel de la ley mosaica y de todo lo contenido en los libros históricos de Moisés. Quieras que no, la imaginacion llama en su auxilio á la ciencia é historia, y estas nos dicen, de comun acuerdo, que Sydbartha Catyatinha, el fundador del budismo, de quien hablaremos, que debía combatir el brahmanismo y el régimen de las castas, nació el 622 ántes de Jesucristo, que el budismo constituyó su sistema religioso del año 433 al año 513, y que los datos más autorizados demuestran que la antigüedad india no se remonta más allá del año 3200 anterior á Jesucristo, cuya época es aproximadamente la de Moisés.

La sorpresa es ya grande con estos datos y reflexiones; pero sube de punto admitiendo la asercion de Megastenes, que vivía 292 años ántes de Jesucristo, quien nos dice que en su época no sabían los indios escribir, y si se reflexiona ademas que los antiguos no hicieron mencion ninguna de los templos soberbios, de las inmensas pagodas, monumentos tan notables de la religion de los brahmanes, y especialmente si se atiende, segun lo escrito por Cuvier, que las épocas de las tablas astronómicas fueron calculadas con posterioridad y mal calculadas, debiendo, por consiguiente, disminuir notablemente la cantidad de los 3200 años.

Colocados ya en el terreno de la antigüedad de la cronología india, y á fin de tener resuelto este punto, ántes de pasar adelante en lo concerniente á la religion y filosofia de aquel pueblo, tomaremos una hermosa página del primer sabio actual de estas materias.

«..... Segun Bailly, los indios habrían formado desde el año 3553 ántes de Jesucristo una nacion poderosamente constituída, y los brahmanes habrían poseido unas tablas astronómicas cuya antigüedad dataría de cinco á seis mil años. Bentley fué el primero en reconocer que nada indicaba que los indios hubiesen poseído jamas un conocimiento positivo y correcto de la astronomía. El *Surya-Siddantha*, ó libro de ciencias al que los brahmanes dan modestamente una antigüedad de varios millones de años, no se remonta más allá de siete ú ochocientos años ántes de la era cristiana. Las más antiguas observaciones de este libro no llegan más allá de los siglos XVI ó XII

de ántes de nuestra era. La leyenda de Christna, dice Bentley, es un grosero remedo del Evangelio. La posicion de los planetas en su nacimiento acusa el año 500 de nuestra era. Laplace dice tambien en el *Sistema del mundo*: «Las tablas de los indios suponen conocimientos muy adelantados en astronomía; pero es muy lícito creer que no pueden reclamar una antiqüedad muy remota.» Delambre demuestra que no existe la más mínima razon para admitir la verdad de las observaciones supuestas. Montucla ha hecho observar que el grande periodo de 864,000 años es mitad de otro $24,000 \times 360$. Pues bien, 24,000 es el periodo árabe en cuyo curso realizan las estrellas fijas una revolucion entera, por un movimiento progresivo. Luégo pues, esto es un plagio. Davy afirma que los periodos remotos de los indios se fijaron arbitrariamente por medio de una supputacion retrógrada, pero no determinados por una observacion real. Bentley fué el primero que comparó las posiciones indias de los planetas con las sacadas de las más exactas tablas europeas, é infirió de ello las fechas en las cuales se encontraron exactas por ambas partes sus posiciones respectivas. Encontró tambien que el *Surya-Siddantha* fué compuesto seis, siete, ú ochocientos años há, é infirió de ello que Xaraha era el autor del tratado. La fecha del *Vasistha-Siddantha* y del *Baya-Siddanta*, que los indios habían acostumbrado hacer elevar á uno ó dos millones de años, no se remonta, segun los cálculos de Bentley, más allá del siglo x ó del xi de la era cristiana.

«La astronomía india, dicen Weber, Klaproth, Lassen, está fundada únicamente en obras griegas y los datos de la escuela de Alejandría. En la época védica está enteramente en la infancia, limitándose á la observacion de algunas estrellas fijas, de las 27 ó 28 mansiones lunares y de los perigeos de la luna. El año es de 360 días. La fecha de la más antigua division india en estaciones lunares, en número de 28 antiguamente, de 27 actualmente, está comprendida entre 1528 y 1375 ántes de Jesucristo, siendo probablemente el 1428. Laplace afirmaba que las tablas indias no pueden reclamar una antiqüedad muy remota. Todo indica que son posteriores á Tolomeo, pues que el medio movimiento que señalan á la luna con relacion á su perigeo, á sus nudos y al sol, es más rápido que el de Tolomeo.....

Klaproth afirma que se compusieron en el siglo VII de la era vulgar y que se han referido despues posteriormente á una época anterior. (*Memorias relativas al Asia*, 1826, pág. 397).

»Asimismo, segun Lassen, el primer indianista aleman, el *Surya-Siddantha* es posterior á la introduccion de la astronomía griega en la India, y data de los primeros siglos de la era cristiana. (Marsillet.—*Materiales para servir á la historia del hombre*. t. I, pág. 233.)

»Son un hecho capital las alteraciones y las interpolaciones que la mayoría de los libros indios han sufrido en diferentes épocas.... Sólo existen en manuscritos, en hojas de bambú preparadas al efecto, y se vuelven á copiar perpétuamente. Esto supuesto, se comprende cómo cada copista pudo insertar en los antiguos libros lo que él miraba como un perfeccionamiento ó un esclarecimiento necesario. «De ahí viene, dice el mismo Jacolliot (*La Biblia en la India*, pág. 383) que la Sociedad asiática de Calcuta no ha podido recoger enteros los Vedas, y que no está muy segura de las copias que posee, en las que se han descubierto numerosas interpolaciones hechas á capricho.» Todo el mundo conoce la famosa historia del Pandit á quien confiaba el capitan Wilfort sus copias de los Vedas: «Sus falsificaciones, dice, eran de tres especies: en la primera no había más que dos ó tres palabras alteradas; en la segunda había leyendas antiguas, pero muy gravemente alteradas; en la tercera había leyendas escritas completamente de memoria.... Para ocultarlas no vacilaba en alterar y desfigurar su propio manuscrito, el mío y el del colegio.....» Citemos como ejemplo de estas alteraciones una leyenda de Noé sacada, segun él, del *Padina-Purana*. Contiene la historia de Noé y de sus tres hijos y está escrita de mano maestra; desgraciadamente no hay ni una sola palabra que haya podido hallarse en ese *Purana* (*Asiatic Researches*). Los Pandit han llevado á veces el descaro hasta pretender que esta manera de proceder en historia es legítima para la mayor honra de los héroes y de los dioses (1).»

Sin detenernos en reflexiones que el buen juicio de nuestros lectores les

(1) MOIGNO.—*Les splendeurs de la Foi*.—Tom. II.

sugerirá fácilmente, podemos continuar en el exámen de las creencias de los indios.

La vista de las criaturas vuelve la atencion al Criador, principalmente la del sol y la luna, que llaman poéticamente «los ojos de la divinidad.»

La tercera parte del libro á que hemos aludido mucho ántes, se encuentra lleno de particularidades acerca de la distincion de las tribus. Dicen que, no obstante la sabiduría de los preceptos, y las leyes prescritas para observarlos, se corrompió todavía tres veces el género humano, y tres veces, á pesar de los cuidados del conservador Vistenay y de sus súplicas, mandó Dios al destructor Ruderí que soltase los vientos, y llamase las aguas del fondo de los abismos, con lo que fué trastornado todo el mundo. Pereció toda la especie humana, á excepcion de un justo llamado Koli, que fué conservado, y la renovó; entónces tuvo fin la mision de Breman, el cual daba la instruccion, y la de Ruderí el destructor, siendo llevados al seno de Dios. Ya no quedó otro que el conservador Vistenay, el cual tambien será elevado al cielo en llegando la catástrofe última de que el mundo se acabará con fuego.

En la division de las castas, entre los descendientes de Koli hubo una notable mutacion. Hizo Dios destruir los enteris ó guerreros por ser malos, y los reemplazó con los rajás, sacándolos de los brahmanes. Esta es la primitiva teología de los indios, como se conserva entre los que llaman instruídos; pero entre el vulgo ha degenerado en politeismo.

La verdad es una, simple é indivisible; pero cuando en lugar de encontrarnos con la verdad, damos en el error, es difícil, casi imposible detenerse; y por esto, desde el punto en que los indios reconocieron más de un Dios, dieron en toda suerte de absurdos sobre la generacion, poder, inclinaciones, enemistades y combates de sus dioses.

Los tres primeros son: Brahma, Visnú y Ruderí ó Ishuran: á estos son inferiores sus mujeres, sus hijos y sus favoritos, aunque tambien los cuentan por dioses, que componen la segunda clase; la tercera clase son los seutas, especie de ángeles que cuidan del gobierno del universo; la cuarta son los ashurenos, gigantes ó demonios, que son los que nos hacen mal, y, no

obstante, los ponen tambien entre los dioses. Hasta los mismos indios más hábiles son incapaces de desembrollar la generacion de estas castas de dioses.

Acerca de la creacion aislada de estos dioses, ó la generacion de unos á otros, acerca de su poder limitado ó irresistible, y otras cualidades, cada casta, ó por mejor decir, cada individuo, tiene su opinion, y el gefe le da más ó ménos valor segun su obstinacion ó su interes. Bástenos los hechos principales relativos á estas extravagantes divinidades, sin tomarnos mucho trabajo en apurarlos, porque, ya que son errores, importa poco el engaño. Lo único que merece notarse es que los politeistas más celosos, cuando quieren remontarse al origen de las cosas, siempre parten de un principio único; y como no cabe en el entendimiento humano, no saben definirle; y así el que es principio de todo será siempre un misterio incomprensible para la humana capacidad.

Existía con Dios no más que el agua: hizo que sobre las olas anduviese una hoja de árbol en forma de niño, de donde salió Brahma. Á éste le dió Dios poder para criar el universo: otros suponen que el que tuvo poder para criar el universo no fué Brahma, sino Visnú, cuyo origen es muy oscuro, pero los ponen en concordancia diciendo que Brahma cría y Visnú conserva. Colocado Ishureno entre los dos, los concilia cuando están discordes, y aún los castiga si no le obedecen. En una ocasion de desobediencia cortó á Brahma una cabeza, pero todavía le restan cuatro. Brahma está colocado en el más alto de los ocho mundos y más cerca de la habitacion de Dios: dos mujeres ha tenido que le han dado una multitud de hijos, uno de los cuales es Kasiopa, padre de los buenos y de los malos ángeles.

Su hijo Sagatra, que no tenia ménos de quinientas cabezas, y mil manos, nació de la sangre que corrió cuando Ishureno cortó á su padre una cabeza. Habiendo el cuidado del mundo ocupado mucho á Visnú, crió administradores. Á éste llevarán en una concha el sagrado libro llamado «Vedam» que es el que contiene tan excelentes cosas. Tuvo millares de mujeres, y las dos más fieles, que jamas le dejan, son Leshimi, diosa de la

fortuna, que se tiene por la diosa Vénus india, porque fué hallada en una grande rosa, y en la superficie de un mar de leche; la otra es Pagoda, madre de los dioses. La primera rasca perpétuamente la cabeza de su querido esposo; la segunda le frota los piés, teniéndolos en su regazo.

De tantas mujeres no ha tenido más que tres hijos, y aún uno de ellos nació de la sangre que le salió de una herida que se hizo en el dedo.

Visnú es famoso por sus diez metamorfosis ó transformaciones; y aunque todas tienen por motivo un fin inútil ó extravagante, no lo parece así á los indios.

La primera vez se transformó en pescado, para sacar el *Vedam* de lo profundo del mar; la segunda en tortuga, para entrarse debajo de la tierra, y buscar así la ambrosía; la tercera en cerdo, para seguir á un gigante enorme que había arrollado la tierra como un pliego de papel, y se la había llevado al hombro hasta las regiones infernales; pero le alcanzó Visnú, le quitó la tierra, y, no pudiendo volver á ponerla derecha, acudió á un santito de una pulgada de alto, y éste la puso bien: quiso el mar burlarse de aquel pigmeo, se le tragó entero, y le echó por las narices: hé aquí por qué es salada el agua del mar. La cuarta transformacion fué en un mónstruo mitad hombre y mitad leon, para castigar á un gigante usurpador de toda la tierra. La quinta en Brahma mendigó, para apoderarse de un dios subalterno llamado Malavi, que tambien había usurpado el mundo; le pidió Visnú sólamente tres piés de terreno para construir una cabaña: se los concedió Malavi, y, apoyando Visnú el pié sobre aquel terreno, se ha hecho un gigante tan grande, que cubre el resto de la tierra con el otro pié, y así la tiene libre del dominio de Malavi, bien que á éste le consuela haciéndole portero del paraiso. La sexta vez se transformó Visnú en un bello niño, que cortó la cabeza á su madre. Al padre le mató su cuñado, que era un poderoso cuteri, á quien había negado la vara blanca de abundancia; y Visnú para vengarle exterminó toda la raza de los cuteris. El padre y la madre de Visnú resucitaron, y tuvieron un hijo llamado *Ran*, que es el tronco de los rajás. La séptima vez, Visnú, bajo la figura de este *Ran*, mató á un gigante que tenía diez cabezas y veinte brazos; y persiguió hasta la isla de Ceilan á los

robadores de su hermana, pasando por un puente de piedras volantes. La octava vez tomó Visnú la figura de Kisna, verdadero pícaro, que mentía con descaró, robaba los vasos de las lecheras por verlas aturdidas, y ocultaba los vestidos de las mujeres que se bañaban, por verlas desnudas: bien que pasado este tiempo de su juventud se hizo un dios de importancia, que sana los enfermos, resucita á los muertos, convierte las cabañas en palacios, destrona á los tiranos, restablece á los reyes desposeídos, castiga á los opresores, y consuela á los que estos oprimen. Los pastores, que le habían hecho su rey, se multiplicaron hasta ciento sesenta mil; y Kisna, viendo que se habían hecho muy malos, los enredó unos contra otros, y se destruyeron. Conservó Kisna diez y seis mil mujeres, y las llevó consigo al cielo para hacerle compañía.— Aunque toda la tierra se volviera papel, dicen los indios, no bastaría para escribir los milagros de Kisna.— La novena vez tomó Visnú la figura de Bodha, y permanece sobre la tierra con esta figura, que es humana, y sólomente se ocupa en rezar sin hacer milagros. Cuando haya pasado así treinta y cuatro mil y treinta años, desaparecerá. Este Bodha es el dios To, á quien adora la mitad del Asia, y reside en Lima, en el gran Tibet, en verdadera figura humana, y piensan que no muere, porque tienen buen cuidado de renovarle. Por último, aún no ha llegado la transformación décima, en la que Visnú se presentará en un caballo blanco con alas, y este pegaso indio siempre está en el cielo en pié sobre tres patas; pero, en el momento señalado por el Todopoderoso, dejará el caballo caer el pié que tiene en el aire, y dará tal golpe en la tierra, que la serpiente sinana no podrá sostener el mundo y se retirará: la tortuga, viéndose con toda la carga sobre sí, se arrojará al mar, y la tierra se anegará.

De este modo se concluirá la última edad; volverá á empezar la primera y no habrá resurrección. Ishureno no es ménos pasmoso que Visnú, porque tiene, como él, transformaciones y extravagantes aventuras, cuya relacion no divertiría despues de las primeras, porque con la diferencia de algunas circunstancias, vuelven á entrar las unas en las otras, pues son viajes por los aires, derrotas de gigantes, cabezas de seis caras, y otras de tres ojos, con los que abraza todo cuanto mira, ó deja desnudas las mujeres. Hízose men-

digo por veinticuatro años, y así es el patron de los joghies ó fakires errantes. Envió á su hija á un convite, y la adornó con las serpientes con que él acostumbraba rodearse; con su quitasol de colas de pavo real, su cadena de huesos humanos, con su piel de tigre por encima y su cuero de elefante. Llevó muy á mal que los convidados entre los cuales estaban Brahma y Visnú, se rieran de aquel aparato; quiso castigarles por la afrenta hecha á su hija; pero ellos huyeron abandonándole el sol y la luna; arrancó un diente del primero, y dió tan fuertes golpes á la luna que todavía se le ven las contusiones. Ishureno es el Príapo de la India, dios de la deshonestidad, á la que junta las propiedades de holgazan y gloton que no desdican de la primera. Las mujeres que escogía eran tan castas como él: dos de ellas, viendo los micos y elefantes, le suplicaron que las transformase como él lo hacía consigo, y de este comercio nació un mico y un elefante. Nada en él era estéril, porque de la saliva que dejó caer en tierra, nació una palma, cuyo licor le gustaba tanto, que iba continuamente al árbol, y volvía regularmente borracho. Le observó su mujer, y se embriagó como él: por esto Ishureno siempre danza.

Repugna la relacion de estas bajezas, pero debiendo conocerse los grados de civilizazion de un pueblo por toda clase de manifestaciones, hácese preciso dar á conocer estas extravagancias indias para que se conozca el culto impuro del Lingan, que semejante al del Príapo, es la divinidad más in munda de todas, haciendo alarde los indios del culto tributado á este dios, porque llevan pendiente del cuello el Lingan adornado de pedrería.

Los fakires son unos pícaros que tocan una campanilla para animar esta deshonesta supersticion.

Con los tres primeros dioses, Brahma, Visnú é Ishureno, conocen los indios por dioses secundarios á sus hijos, y á los hijos de estos por dioses de tercera clase. Los sacerdotes de estos dioses hallan su interes en multiplicarlos infinitamente, siempre con las mismas extravagancias.

Las pagodas tienen tres estancias: la primera está abierta para todo el mundo; la segunda está llena de ídolos espantosos y la tercera es la habitacion del dios.

La piedad ó sentimiento religioso de los indios se demuestra tambien bajo la forma de lujo público religioso, bajo los más imponentes y variados aspectos.

Lo que de pronto sorprende al ánimo con una especie de estupor es la colosal extension y el religioso terror que reina en las pagodas, en las que ocupa su lugar correspondiente una ornamentacion rica y frecuentemente hasta graciosa. Sus paredes están de ordinario recargadas de colores. En ocasiones solemnes se adornan con pabellones las entradas de los santuarios.

Esos templos son por su abrumador conjunto la fiel imágen del panteísmo indio que todo lo informa y domina. En una multitud de detalles en que la piedra reviste las formas más fantásticas impresas por una imaginacion delirante, se descubre el esfuerzo desesperado del arte, no obstante el genio extravagantemente grandioso que quiso encerrar la idea religiosa en el recinto de un edificio.

En pagodas de la mayor antigüedad, construídas cuando el brahmanismo estaba en todo su apogeo, se encuentran imágenes de ídolos adornadas con la mayor magnificencia, profusion de esculturas de rara elegancia en las pirámides que hay en sus entradas en las que se ha prodigado el pórfito.

Para que no dudemos de la riqueza de construccion de los templos indios, podemos contemplar todavía las magnificas ruínas de los de Ellora, que abruman la imaginacion humana más poderosa. Al ver tan asombrosos edificios, anteriores, segun algunas opiniones, á la civilizacion de los brahmas, el desarrollo de las artes y del culto religioso recibe el más brillante testimonio en la magnificencia de los templos y en la infinita variedad de sus ricos detalles.

El observador atento, y que juzga de las cosas sin prevenciones, ni ideas preconcebidas de preferencia, descubre un arte decorativo muy adelantado en aquellas columnas lisas ó estriadas, en el trabajo de las cornisas, en la riqueza de los bajo-relieves mitológicos, en aquellas estátuas colosales y en los frisos llenos de figuras de hombres y animales.

No se concibe cosa más rara ni bella en el mundo, que uno de estos tem-

plos, abierto en la roca viva, en el seno de la montaña, templo colosal y de una sola pieza que ofrece bases formadas por elefantes colocados de frente arrimados unos á otros, doblando la cabeza como si llevaran ellos el peso de todo el edificio.

Á esa riqueza de construccion, á ese portento de osadía escultórica hay que agregar la interminable serie de bajo-relieves que representan escenas de orgías referentes á las leyendas de Ziva; episodios guerreros sacados de la historia de las aventuras de Visnú y de la grande lucha de Rama contra los gigantes de Ceilan; combates en los cuales figuran Hanumat y sus monos, y en los que los campeones van armados con arcos y espadas. Hay allí guerre-ros montados en elefantes y otros en carros.

Estas maravillas son restos preciosos que atestiguan, así como lo hemos visto en Egipto y Asiria, que el arte precedió con un bello periodo á los tiempos considerados como primitivos y cuya antigüedad cede el puesto á otra anterior, más adelantada y perfecta, probándonos una vez más la grande ilustracion de los pueblos orientales, primitivos, en épocas que se dan la mano con los primeros días del mundo.

La pluma se nos ha ido como por sí misma, y casi ántes de lo que hubiéramos querido nosotros, á tratar de partes de la civilizacion india, que requieren otro sitio y mayor espacio; pero ya iniciada la materia, continuaremos en ella.

La India exportaba en sus buenos tiempos de la antigüedad varios productos de lujo, los más de ellos, entre los cuales se contaban quizas las hermosas mujeres, mercancía más preciosa que todas las demas para aquel pueblo, que la exportaba con pingües beneficios, cuando no la guardaba para sus rajahs que la pagaban á precio de oro. Sabemos que el rey Djanaka dirige regalos á otro rey vecino, entre los cuales forma muy excelente parte el de mil mujeres esclavas con ricos collares. Exportaba tambien la India el marfil, aromas y especias.

El comercio gozaba de mucha consideracion. En el *Ramayana* leemos lo siguiente: «Todos los hombres distinguidos, entre los cuales se colocan los comerciantes, vinieron á la presencia del rey con los jefes del pueblo.»

La importacion en la India alimentaba en gran parte los gastos de su lujo. Por lo demas, la venta no estaba muy sometida, que digamos, á reglamentos ménos severos que la industria. No sólomente podía el monarca prohibir la exportacion y la importacion de algun objeto determinado, sino que se atribuía ademas el monopolio de la misma venta. La India recibía del exterior la mayor parte de los metales preciosos que figuran frecuentemente como regalos de bodas, y como adornos de los carros, de los arneses, para los elefantes y caballos.

Ademas de las pruebas, que llamaríamos directas, de este comercio extenso que encontramos en la legislacion de Manú, encontramos otras como el permiso de prestar dinero á interes y la fijacion exacta de la tasa. En la India existían tambien los cambistas. Manú encarga en sus *Leyes* que los Veysias se informen del precio de las piedras preciosas y de las perlas, de los corales y de las telas. En este mismo Código sagrado hay artículos particulares prescribiendo lo procedente para la compra de los objetos destinados al lujo.

Si nuestros lectores recuerdan exactamente la prohibicion hecha á los brahmanes de matar animales, ni siquiera dañarles, verán con ménos sorpresa los siguientes textos de la legislacion de Manú: «Algunas personas aprueban la agricultura; pero este género de vida es censurado por los prudentes, porque el palo armado con un hierro cortante *destroza la tierra* y los animales que contiene.» En este otro pasaje se ve á la legua la idea de atentado y de expiacion necesaria. «Débense repetir cien oraciones del Rig-Veda por haber cortado árboles frutales, cepas, lianas, plantas trepadoras ú otras en su florescencia.»

Y no obstante, este Código que hace alardes de tanta sensibilidad á favor de seres insensibles, se muestra humillante, duro y cruel para con la pobre mujer, tan apreciada despues por el Código del cristianismo. «Las mujeres, dice, tienen por herencia el amor de sus lechos, de sus sillas y del adorno, la concupiscencia, la ira, las malas inclinaciones, el deseo de hacer mal y la perversidad.»

Este Código de Manú anterior, segun hemos visto, de algunos siglos á

la era de Jesucristo, recomienda además que se tenga á la mujer en perpétua dependencia de padre, marido y hasta de hijo.

Á pesar de esta dependencia y humillacion, subsiste, no obstante, la familia india, por una de aquellas extravagancias que no se comprenden. Aunque el indio está facultado para tener muchas mujeres-concubinas, no existe en su familia más que una sola mujer legítima que gobierna el interior de la casa. Varios pasajes característicos que encontramos en el Código indio nos lo prueban suficientemente, dándonos una idea cabal de la influencia que supo adquirir la mujer y de las consideraciones otorgadas á su debilidad. El mismo Manú es quien ordena lo siguiente: «No golpeeis á la mujer ni siquiera con una flor, aunque tuviera cien faltas.» Hay en los Vedas muchísimas máximas que manifiestan claramente el sentimiento del valor moral atribuído á la mujer.

En las creencias y en las costumbres derramó más suavidad y dulzura la doctrina budista. No ha llegado aún la ocasion de hablar de Buddha y de su doctrina, pero ya que estamos hablando de la mujer india, no podemos omitir aquí un pasaje del *Ramayana*, en que se trata de la mujer: «Á tu aspecto, exclama el anciano Valmiki, suéñase pudor, esplendor, felicidad y gloria; piénsase en Lakchmi la esposa de Vichnú, ó en Rati, la risueña compañera del amor. De estas divinidades cuál eres tú, ó mujer de la seductora cintura?»

Esto nos demuestra que la mujer india no fué sólo la esclava de un amo ó el adorno de un harem, sino que tuvo también su lugar como madre, como esposa, y la poesía le prestó además rasgos de delicadeza etérea, de sueños llenos de gracia misteriosa y á menudo también de una pureza moral, tierna y encantadora.

¿Quién sabe si debió en parte la mujer india las consideraciones y respetos que se le guardaron á lo noble y gracioso de las telas de su vestido en las épocas antiguas? El gusto en las cosas del lujo y del arte debió ser uno de los dones de aquellas organizaciones tan refinadas, y extremaron hasta la pasión la investigación del adorno. De esta manera la mujer honesta y respetada, pero hermosa, seductora, dotada del encanto fascinador, pro-

verbal aún actualmente, ejerció una influencia real, innegable en el pueblo elegante.

¿Quién sabe, por otra parte, el influjo que ejerció en el desarrollo del adorno lujoso la multitud de bayaderas, locamente enamoradas de todo cuanto seduce, halaga y embriaga los sentidos?

No son las mujeres indias las que concurren á la supersticion, ántes van en tropel á las peregrinaciones, rodeando á aquellos penitentes que se sacrifican á los más crueles tormentos, y se cuelgan sobre el fuego.

El culto de los elementos es el que se encuentra en casi todas las tribus dispersas de la India, luchando contra una naturaleza rebelde. Él nos enseña al hombre en su debilidad, é impelido por el instinto religioso, implorando fuerzas superiores á las suyas, poderes desconocidos y ocultos, cuyos efectos maravillosos ve en torno suyo. El hombre en su natural ignorancia de las leyes inmutables y necesarias de la naturaleza, pide ante todas cosas su bienestar á las fuerzas que ha deificado, y que cree dotadas de una voluntad y de una esencia análoga aunque superiores á la suya, y reclama de ellas una habitacion, alimento abundante y vestidos. Al principiar cada día renueva sus ofrendas y sus libaciones; por este sacrificio cree obtener una larga vida, aumentar sus bienes y su posteridad, y atraer una benéfica lluvia sobre sus campos. Pastor, cazador, labrador y guerrero, espera el indio de la ofrenda consumida por sus dioses la multiplicacion de sus vacas y de sus caballos; los implora tambien contra las enfermedades que le amenazan sin cesar, bajo un clima abrasador, á que le exponen las variaciones frecuentes de la atmósfera. Necesita guarecerse de los vientos, fortificar el asilo que le cubre, y dirige sus invocaciones á los *marontas*, cuyo soplo destructor teme.

Rodeado el indio de peligros y apremiado por la necesidad alcanza por medio de sacrificios y libaciones el favor de los dioses á quienes teme: los reconoce como señores de todos los bienes, de modo que dice en el Rig-Veda: «tú das los caballos, tú das las vacas, ¡oh Indra! tú das la cebada, señor y custodio de la opulencia.» Reza su oracion al dios que es el amigo de sus amigos para que aparte de sí la pobreza y le conceda todo en abun-

dancia: luégo que se ha asegurado contra las necesidades más urgentes, reclama la protección de los seres superiores contra los peligros que puedan venirle de sus semejantes, y pide á estos seres la victoria sobre sus enemigos, sobre las hordas bárbaras que le disputan el suelo, ó le quitan sus ganados, riqueza principal del pueblo pastor. Segun una idea, que parece comun á todos los cultos antiguos, suplica á los dioses que nieguen su apoyo al enemigo de su raza: «privad de alimento, privad de fuerza, privad de vuestro socorro, dice, al enemigo que nos ataca.» Sin embargo, las oraciones de este libro sagrado contienen pocos vestigios de aquella crueldad guerrera, de aquella ferocidad salvaje que respira en los cantos heróicos de las demas naciones. El carácter de los indios, que las instituciones brahmánicas han hecho dulce hasta la timidez, dice Mr. Neve, no aparece en los cantos de los Vedas desprovisto del ardor belicoso; pero la fiereza marcial está allí ya templada por sentimientos más pacíficos y por el deseo de descansar en el seno de la abundancia y de los goces de la vida pastoril.

Hemos dicho ya, y la repetición del fenómeno nos obliga á insistir en ello, que en la cosmogonía india hay algunos rasgos de semejanza con la cosmogonía hebraica.

Hé aquí cómo el *Manava-Dharma-Sastra* refiere la formación del mundo: «En su origen estaba el universo sumergido en la oscuridad; era imperceptible, desprovisto de todo atributo distintivo, que no podía ser descubierto por el raciocinio ni ser revelado, y al parecer entregado enteramente al sueño. Cuando llegó á su término la disolución, entónces el Señor que existe por sí mismo y que no está al alcance de los sentidos, haciendo perceptible este mundo con sus cinco elementos y los demas principios, resplandeciendo con el brillo más puro, se presentó y disipó la oscuridad, es decir, desarrolló la naturaleza. Habiendo resuelto este supremo sér, á quien sólo el espíritu puede concebir, sacar de su sustancia las diferentes criaturas, creó primeramente las aguas, en las que depositó un gérmen, que se convirtió en huevo brillante como el oro..... Las aguas se llamaron *navas*, porque eran producto de *Nava*, (el espíritu divino); habiendo sido las aguas el primer lugar del

movimiento de *Nara*, fué en su consecuencia llamado *Narayana* (el que se mueve sobre las aguas).

Todo lector medianamente versado en la lectura del Génesis, libro que contiene la cosmogonía hebráica, recordará en esta doctrina la del pueblo judío: « y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. »

Después de haber permanecido en el huevo un año de Brama, el Señor con solo su pensamiento separó este huevo en dos partes, de las que formó el cielo y la tierra, colocando en medio la atmósfera, las ocho regiones celestes y el receptáculo permanente de las aguas. Sacó del alma suprema el sentimiento que existe por naturaleza y produjo anteriormente el yo, promovedor y señor soberano, y ántes del sentimiento de la conciencia produjo el principio intelectual.

Designó también el Sér Supremo desde el principio á cada criatura en particular su nombre, los actos, y una manera de vivir según las palabras del Veda. Dió también origen á multitud de dioses, que obran esencialmente, dotados de un alma, y á una legion infinita de genios, y en seguida instituyó el sacrificio. Del fuego, del aire y del sol, sacó para la consumacion del sacrificio los tres Vedas eternos llamados *Rig*, *Yadjon* y *Sama*. Creó el tiempo y sus divisiones, las constelaciones, los planetas, los ríos, los mares, las montañas, las llanuras y demas cosas. Hizo nacer las pasiones, las virtudes, los goces y la palabra humana, y distinguió lo justo de lo injusto.

Ampliando datos anteriores, que podrán parecer repeticiones, pero que no lo son en realidad, y á fin de que nuestros lectores tengan ideas exactas y cabales de la civilizacion de un pueblo tan importante como el indio histórica y geográficamente considerado, debe saberse que después de haber dividido Brahma el cuerpo en dos partes, se hizo el soberano señor mitad varon y mitad hembra, y uniéndose á esta parte femenina engendró á *Viraj*, y después entregándose á una devocion austera, produjo á Manú, creador de todo este universo. Deseando Manú hacer nacer el género humano, después de haber practicado las más penosas austeridades, creó los santos eminentes señores de las criaturas, los cuales son siete. Estos crearon á su vez

otros siete Manús, los *devas* y sus moradas, y los *maharchis* dotados de inmenso poder. Crearon también los *yakchas*, dioses de las riquezas, especie de gnomos; los *bakchasas*, gigantes maléficos; los *pisatchas*, especies de vampiros; los *ganhdarbas* ó músicos celestes; las *apsuras*, ninfas celestes, bayaderas de la corte de Indra; los *asuras* ó titanes indios, los *nagas* ó dragones, las serpientes, los pájaros, las diferentes tribus de los antepasados divinos; los meteoros, los cuerpos celestes, los *Kinnaras* ó genios fantásticos á caballo, después los animales de todas clases, los minerales y los vegetales.

Segun la doctrina expuesta en el *Manava-Dharma-Sastra*, el mundo pasa por los periodos sucesivos de creacion y destruccion. Cuando despierta Brahma, realiza inmediatamente sus actos este universo, y cuando duerme, entónces se disuelve el mundo; porque durante su pacífico sueño, los seres animados, provistos de los principios de la accion, abandonan sus funciones y el sentimiento cae en la inercia. Y cuando se han disuelto al mismo tiempo en el alma suprema, entónces esta alma de todos los seres duerme tranquilamente en la más completa quietud, de suerte que despertando y descansando alternativamente, el sér inmutable hace revivir ó morir eternamente todo el conjunto de las criaturas movibles é inmovibles.

En las leyes de Manú se encuentra todo un sistema de computacion cronológica que no deja de ser curioso. Cedámosle la palabra y nos dirá este código religioso: «Diez y ocho *guiñadas* (nimechas) forman una *cachtha*; treinta *cachthas* forman una *calá*, y treinta *calás* una *mushurta*; igual número de *mushurtas* componen un día y una noche.

El sol establece la division del día y de la noche para los hombres y para los dioses; la noche es para el sueño de los seres y el día para el trabajo. Un mes de los mortales equivale á un día y una noche del *pitris*. Divídese en dos quincenas: la quincena negra es para los manes (*pitris*) el día destinado á las acciones, y la quincena blanca, la noche destinada al sueño. Un año de los mortales equivale á un día y una noche de los dioses.

Divídese el tiempo en cuatro edades ó *yugas*.

Cuatro mil años divinos forman el primero de estos *yugas*, ó *crito-yuga*;

siendo de igual número de años el crepúsculo que precede y el que sigue. En las otras tres edades precedidas, y seguidas igualmente de un crepúsculo, disminuyen sucesivamente en una unidad los millares y las centenas de años. Estas cuatro edades reunidas forman una edad de los dioses, y la reunión de mil edades divinas componen un día de Brahma.

La noche tiene igual duración. Al expirar esta noche es cuando Brahma despierta, y al despertar hace emanar el espíritu divino. Setenta y una edades de los dioses forman el periodo de un Manú, siendo innumerables los periodos de los Manús, así como las creaciones y destrucciones del mundo; el Sér supremo las renueva como jugando.

Segun las leyes de Manú, la enseñanza debe correr á cargo de los Brahmanes, quienes deben monopolizar tambien la doctrina santa á favor suyo, en lo que les imitarán tambien despues todos los sacerdocios de todas las religiones. En el Código santo se lee esta significativa sentencia: «El que sin haber recibido permiso, adquiere por medio del estudio el conocimiento de la santa escritura, se hace culpable de robo de los textos sagrados y desciende al infierno.» En otro texto se dice: «Vale más para un intérprete de la santa escritura morir con su ciencia, áun cuando se encuentre en una horrible desnudez, que sembrarla en un suelo ingrato.» Al brahman le dice su sagrado Código: «Yo soy tu tesoro, consérvame, no me comuniqués á un detractor, pues sólo así estaré siempre lleno de fuerza.»

Como se ve, la ignorancia debe ser uno de los principales apoyos en que se sostendrá el brahmanismo. Si el vulgo penetrara sus arcanos y misterios, si trascendiera al público el conocimiento de los principios religiosos y filosóficos, estaría amenazado de muerte y destrucción todo el edificio sobre que descansa la religion india.

En la organizacion religiosa que las leyes de Manú establecen, ó cuando ménos sancionan, está el brahman deificado en cierto modo, porque es el árbitro soberano de la sociedad india y todo depende de él absoluta y exclusivamente. Al leer las penas expiatorias que aquel código distingue expresamente para multitud de faltas, delitos y crímenes, se ve que los más severamente castigados ó sometidos á las expiaciones más rigurosas, son

aquellos delitos á consecuencia de los cuales ha tenido que sufrir un miembro de la casta sacerdotal.

El brahman que sin querer mata á otro, debe construirse una cabaña en un bosque y permanecer allí doce años, manteniéndose sólo de limosnas para la purificacion de su alma, y teniendo siempre á la vista, como muestra de su crimen, la calavera del muerto; pero si el culpable pertenece á la clase de los kchatrigas y ha matado voluntariamente á un brahman, debe presentarse espontáneamente como blanco á los arqueros ó arrojarse en el fuego. Por haber asesinado con intencion á un hombre virtuoso de la clase militar, la penitencia debe ser una cuarta parte de la que se impone por la muerte de un brahman; no debe ser más que una octava parte para un vaisya, y de una décima sexta parte para un sudra.

Una observacion general, de todos los países y de todas las épocas se presenta aquí, aplicable en donde quiera que hay un culto en manos de una casta sacerdotal. Estas castas han aturdido al vulgo por medio de leyes severísimas dictadas contra él por los agravios inferidos á ellas, y á la manera que la filosofía india prestó sus principales dogmas á casi todos los pueblos antiguos, así tambien, cambiando de forma, alcanzaron á nuestras diversas épocas sus fábulas y supersticiones, informando más ó ménos parte, sino todo, de la legislacion sacerdotal contra el pueblo.

Ya hemos dicho anteriormente que el Código de Manú ha destinado uno de sus doce libros á la exposicion de las reglas de la vida ascética. Hicimos tambien notar la semejanza que existe entre el penitente indio, meditando en los Vedas, y el anacoreta de los primeros tiempos del cristianismo, con la vista fija en los Evangelios. Diríase que esta tendencia á la vida ascética es peculiar de los países próximos á los trópicos, segun se la observa más extendida en aquellas latitudes que en otros puntos del globo. ¿Habrían influido los climas en la formacion de las religiones primitivas? ¡Quién sabe!

Si los climas pueden haber influido en la formacion de las religiones, no habrán ejercido ménos influencia en el carácter religioso de los hombres en determinados países. Entre los indios ha influido tanto la ley religiosa, que la vida hasta cruel é inconcebible de *tapasi*, es decir, de devoto que se im-

pone la penitencia voluntaria del *tapas*, ha sido adoptada frecuentemente por los hombres de aquella nacion, y han seguido al pié de la letra las atroces prescripciones del *Manava-Dharma-Sastra*.

Veamos lo que nos dice este libro: «El anacoreta debe mantenerse sobre las puntas de los piés durante todo el día; rodearse de cinco fuegos en los rigores del estío; exponerse al rigor de las nubes en la estacion de las lluvias, y llevar vestidos húmedos en la estacion fría, y aumentar gradualmente el rigor de sus penitencias; debe imponerse mortificaciones cada vez más crueles, y sacar de este modo su corteza corporal.»

El Ramayana y el Mahabahrata, que son las dos grandes epopeyas indias, abundan en ejemplos de este horrible modo de penitencia, y aún actualmente á pesar de los grandes progresos innegables debidos á la comunicacion de los pueblos, no son raros los ejemplos de esta clase de penitencia, como ya lo hemos dicho anteriormente apoyados en autoridades de viajeros.

Insistimos mucho en estos puntos religiosos y de vida mística, porque en nuestra época de materialismo y positivismo, debe hacerse más repugnante é increíble cuanto se diga relacionado con la vida del alma y la existencia de otro mundo despues de la peregrinacion en la tierra.

La exaltacion de la vida contemplativa y ascética, y la superioridad que le atribuye la ley de Manú, trajeron necesariamente una distincion capital entre los efectos que la doctrina de Brahma ha producido. En la práctica, se ha encontrado la religion india dividida en dos: la religion vulgar ó de las obras llamada *Karma*, y la religion mística superior llamada *Ioga*. En la primera no ha desaparecido la vida activa, aunque se encuentra asociada á gran número de prácticas de devocion.

Los brahmanes sobre todo practican diariamente muchos deberes religiosos. Deben honrar todos los días á los sabios con el estudio de los Vedas, á los dioses con los sacrificios, á los manes de los antepasados con las memorias fúnebres, á los hombres ofreciéndoles alimentos, y á los espíritus haciéndoles la obra del *dali*, esto es, de las oblaciones; pero entre estos actos de devocion, el principal es el sacrificio, como lo es en todas las religiones, sin excluir la cristiana.

Segun las *Leyes de Manú*, el Señor de las criaturas, al criar á los dioses y á los hombres, les puso en una relacion de dependencia recíproca por medio del sacrificio; los dioses viven de los sacrificios que les ofrecen los hombres, y estos no podrían subsistir sino por los dones que les otorgan los dioses. Por esta razon se ve que el hombre no debe comer nada sin ofrecerlo á los dioses; preparar los manjares es un acto de devocion; el hogar doméstico es un altar y el fuego que arde en él es un fuego sagrado. Por medio de estos sacrificios gana el hombre el favor de los dioses, obtiene de ellos los diferentes bienes de la tierra, y se asegura un feliz porvenir despues de la muerte. Á estos sacrificios les acompañan diferentes ceremonias, abluciones y plegarias, que deben hacerse segun las reglas prescritas, sin lo cual los *vakchasas*, especies de demonios, destruyen el efecto de los sacrificios.

Ademas de los sacrificios regulares, hay tambien otros extraordinarios, por medio de los cuales se obtienen la gloria, las riquezas, y una familia numerosa, ademas de otras cosas. Todos estos sacrificios, en general, se consideran como un medio de obligar á los dioses á conceder gracias proporcionadas á la importancia de la obra consumada.

Igual teoría sobre los efectos necesarios de las obras de religion se aplica á los *sraddhas* ó ceremonias fúnebres en honor de los manes antepasados. Á la manera que no podrían subsistir los dioses sin los sacrificios de los hombres, ni podrían éstos vivir sin las gracias de los dioses, del mismo modo no podrían tampoco ser felices los manes de los difuntos, si sus descendientes no les ofrecieran el *sraddha*, porque privados de estos honores caen en el infierno, así como el impío que se los ha negado. Es pues un deber sagrado para un brahman el casarse con el objeto de tener hijos que puedan un día tributarle estos honores, así como los hijos incurrirían en las penas más graves si privasen de ellos á sus padres.

Actualmente el lado moral del brahmanismo ha desaparecido casi completamente para dar lugar á una supersticion repugnante. Han sido reemplazados los dogmas de los Vedas por medio de las adiciones de los Puranas, por una mitología muy compleja que no es del caso exponer aquí.

Segun la doctrina india, hay para el mundo dos épocas de destruccion y de

renovacion, y, por consiguiente, hubo en el trascurso de las edades que nos han precedido, épocas en que la tierra y los gérmenes de la vida estuvieron en peligro. Fué preciso, en aquellas épocas, nada ménos que la intervencion de un dios para salvar al universo, y tal ha sido el objeto de los *avatars* ó encarnaciones de Visnú. Ya sabemos que estas encarnaciones son nueve, y que la última es la de Budha, que no se refiere de ningun modo al budhaismo, como pudiera parecer atendiendo sólamente al nombre. Habrá tambien una décima, pero no se manifestará sino al fin de la edad presente.

Aquí es donde conviene más que en parte alguna del estudio de las creencias indias recordar las observaciones cronológicas relativas á este antiguo país. En prueba de ello, y dejando á nuestros lectores que decidan con su solo buen criterio la cuestion planteada en lo que acabamos de decir respecto á las encarnaciones de Visnú, vamos á presentarles un párrafo que encontramos en una obra bastante autorizada.

» Así, pues, la idea de la encarnacion que ha dado origen á las concepciones sublimes del cristianismo, es una idea indiana. El misterio cristiano de la redencion se encuentra en el fondo de todos los avatars, puesto que en cada uno de estos mitos, hay un Dios que se encarna para salvar al universo. Por lo demas, esta idea es muy antigua en el brahmanismo, y no es necesario creer que tuviese origen en la época demasiado moderna de la redaccion de los Puranas, en que se halla consignada. En los Vedas y Onparischads se ofrece ya claramente el dogma de la redencion y del sacrificio del Dios encarnado. Por ejemplo, en el himno de Purucha, se ve al Dios-hombre considerado como la víctima que inmolaron en un principio los dioses para dar al mundo el ejemplo del primer sacrificio. Sabido es que la idea de la encarnacion de la divinidad fué comun á la religion mazdea, y de aquí pasó indudablemente á los judíos, á cuyo monoteismo era absolutamente extraño. »

Por más esfuerzos que se hagan, no se puede elevar esta teoría de las encarnaciones y redenciones á una edad remotísima, y si se pudiera, ya sabemos que uno de los recuerdos más poéticos y consoladores que se llevaron al traves del mundo los pueblos salidos de las llanuras del Sennaar, fué

el de un reparador y restaurador del linaje humano *encarnado* en una vírgen. Y esta tradición, cuyos ecos resonaron desde el Edén á todo el mundo, debió dejar más profundas huellas en la India, como país cercano al sitio donde la prometió quien podía únicamente hacerlo.

Sabemos que hay muchos admiradores de la India; no ignoramos que algunos, llevados de su entusiasmo hacia aquel país, le harían cuna de todos los conocimientos humanos, y le darían una antigüedad que se daría la mano con lo eterno; no falta quien haya querido formar todo un sistema astronómico indio fundándolo en nociones incompletas; pero ya hemos visto también, guiados por la autoridad de respetabilísimos sabios astrónomos, que no han podido conseguirlo, debiéndose limitar á inquirir si aquel pueblo conoció tal ó cual observación, demostrando por último que fueron insignificantes sus conocimientos en esta materia.

Entrando otros en distinto terreno, se han propuesto interpretar los enigmas que había envueltos en la aplicación del misticismo al conocimiento del mundo; pero no han tenido tampoco mejor fortuna, porque los mitos de que tenemos noticia no son susceptibles de una interpretación racional y positiva desde el punto de vista científico en que deben considerarse.

Y concretándonos ya en un punto determinado, ¿qué interpretación, diremos con un autor moderno, puede darse al mito que representa la tierra como una flor de loto, cuyo tronco era el monte Merú, cuyos pétalos y filamentos formaban las demás montañas, y cuyas hojas marcaban los cuatro puntos cardinales? La sutileza de algunos admiradores de la India, continúa diciendo el citado autor, se ha estrellado en estas interpretaciones, y sólo ha dado de sí una nueva y fecunda ciencia tan enigmática como la que se proponían explicar.

Podemos, pues, tener la seguridad completa de que no hemos de hallar en la astronomía india, como no la hallaremos tampoco en su filosofía y ménos en su teología una teoría científica del orden y estructura del universo, de los conocimientos humanos y modo de hallar la verdad ni de las ideas referentes al Sér Supremo é infinito. Más aún: meditando atentamente en los Vedas y haciendo abstracción de escuelas y doctrinas, no vacila-

mos en decir que descubriremos en ellos muchos ecos perdidos de la voz que tronó en el Eden durante la infancia del mundo.

Describiéndonos los Vedas la época anterior á la creacion, estampan las siguientes ideas: « No había nada ni visible, ni invisible, ni region superior, ni aire, ni cielo. No existía la muerte, ni la inmortalidad. Nada distinguía el día de la noche. Él solo (Brahma) respiraba, sin tener aliento, encerrado en sí mismo. No existía nada más que él. Las tinieblas estaban cubiertas por las tinieblas; el agua no tenía movimiento. Todo era confuso. El Sér moraba en el seno del cáos, y este gran todo nació por la fuerza de la piedad. »

Recuerden aquí nuestros lectores lo dicho por un sabio de nuestro siglo, y que hemos citado en uno de nuestros primeros capítulos: « la razon no inventa lo que la razon no comprende », y por más que se quiera conceder mucha poesía, grande invencion mitológica á ese sistema, deberá no obstante concederse que hay tambien ideas superiores á la simple razon humana, máxime para inventadas en aquellos tiempos en que se suponen, y por un pueblo falto de instruccion científica y religiosa.

Y para probar la falta de ciencia en aquel pueblo que funda un sistema tan poético anterior á la creacion; pero superior no obstante á sus conocimientos naturales, permítasenos repetir aquí lo que hemos copiado ya poco ántes, y que debemos recordar ahora como prueba de lo que adelantamos: « El mundo estaba sumergido en la oscuridad, el Señor existía por sí mismo. Aquél cuyo espíritu es el único que puede percibir, que no hace impresion en los órganos de los sentidos, que no tiene partes visibles, el Eterno, el alma de todos los seres, á quien nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor. Habiendo resuelto en su pensamiento hacer emanar de su propia sustancia las criaturas, produjo primero las aguas, en las cuales depositó un gérmen. Este gérmen se convirtió en un huevo brillante como el oro, tan relumbrante como el astro de los mil rayos, en el cual nació el mismo sér supremo, bajo la forma de Brahma, el padre de todos los seres. Despues de haber permanecido en el huevo un año de Brahma, el Señor mentalmente le dividió en dos y de estas dos partes formó el cielo y la tier-

ra, con la atmósfera en medio, las ocho regiones celestes y el receptáculo permanente de las aguas.»

¿Es posible la comparación entre uno y otro texto? ¿No revela el primero hasta conocimientos de teología cristiana, mientras que le faltan al segundo los más elementales en ciencia profana?

En la India, como en todos los pueblos donde no vemos unidad de ideas religiosas, hubo multitud de escuelas filosóficas y estas contribuyeron por necesidad á engendrar varias sectas distintas. Junto á la doctrina ortodoxa del Vedanta, cuya fundación se debe á los oupanichads se desarrolló la escuela contraria ó heterodoxa del Sankhya, dividida después en dos ramas una que tiene por fundador á Patandjali y la otra que debe su existencia á Kapita.

La existencia de estas sectas, y las relaciones de todas para con los brahmanes, nos recuerda el respeto de todas las demás castas á favor de estos, debido á la severa ley que proclama su inviolabilidad. Á fin de que se convenzan nuestros lectores de la preponderancia que supieron adquirir entre su pueblo, citemos algunos trozos de las leyes de Manú.

« Un brahman de diez años , y un kshattriya de cien años , deben ser considerados como el padre y el hijo , y de los dos , el brahman es el padre y el que debe ser respetado como tal.—El hombre que por cólera y con intención hiere á un brahman aunque sólo sea con un tallo de yerba, debe renacer durante veintiuna transmigraciones en el vientre de un animal innoble, y cuantos sean los granos de polvo que absorban la sangre del brahman al caer á la tierra, otros tantos años el que la ha hecho correr, será devorado por animales carniceros en el otro mundo.—El don hecho á un hombre que no es brahman, es un mérito ordinario; hecho á un brahman es doblemente meritorio; si se hace á un brahman adelantado en el estudio de los Vedas, es cien mil veces más meritorio; y, por último, si se hace á un teólogo consumado, es infinito.—Que el rey se guarde de dar muerte á un brahman aunque haya cometido todos los crímenes posibles; que le destierre de su reino dejándole todos sus bienes y sin hacerle mal alguno.—¿Qué príncipe prosperaría oprimiendo á los que en su ira podrían formar otros mundos; otros

regentes de estos mundos y cambiar los dioses en mortales?—De las aguas procede el fuego; de la piedra el hierro; de la clase sacerdotal, la clase militar; su poder que todo lo penetra se debilita contra los que les han producido. Los kshattriyas no pueden prosperar sin los brahmanes y los brahmanes no pueden elevarse sin los kshattriyas; uniéndose la clase sacerdotal y la clase militar, se elevan en este mundo y en el otro.—El vaisya, después de haber recibido el sacramento de la investidura del cordón sagrado y de haberse casado con una mujer de su misma casta, debe siempre ocuparse con asiduidad de su profesión y de la conservación de las bestias. En efecto, el señor de las criaturas, después de haber producido los animales útiles, confió al cuidado de ellos al vaisya, y volvió á toda la raza humana bajo la tutela del brahman y del kshattriya.—Una obediencia á las órdenes de los brahmanes versados en el conocimiento de los libros santos, es el principal deber de un sudra, y lo que le procura la felicidad después de su muerte.—Servir á los brahmanes es declarado como la acción más laudable para un sudra, y todo lo demás que pueda hacer no le será recompensado.—Los brahmanes son declarados la base, y los kshattriyas la cúspide del sistema de las leyes; por consiguiente, el que declara su falta en su presencia cuando están reunidos, queda purificado.—Un brahman, por su solo nacimiento, es objeto de veneración aún para los dioses, y sus decisiones son una autoridad para el mundo: la santa escritura es la que le da este privilegio.

La verdadera civilización tiene mucho que censurar en esta legislación injusta sobremanera, dictada á favor de una casta contra todas las demás. Comprendemos que se rodee de cierto prestigio, y hasta autoridad si se quiere al sacerdocio de todas las religiones, como representante de los intereses del espíritu; pero, de esto al favoritismo, al privilegio, hay, en nuestro concepto, un abismo que con el tiempo debe producir, y produce el alejamiento, el odio, la aversión, en perjuicio de los mismos intereses religiosos que se quieren proteger y favorecer.

Los brahmanes no llegaron á hacerse jefes de la sociedad india y á alcanzar la elevada posición que después nadie ha podido quitarles ni siquiera disminuir, sin acudir ántes á la lucha. Las tradiciones que poseemos de los

arias nos presentan desde remotísimos tiempos á los brahmanes sometidos á gefes militares en la época en que invadieron la India, y se establecieron en ella despues de haber subyugado las poblaciones indígenas de aquel país. Además, desde su origen obedecían á sus reyes y no á sus sacerdotes, á pesar de la piedad que les distinguía. Pasado ya el tiempo de las guerras y asegurada la conquista, no fué necesario el carácter guerrero, y entónces una civilizacion pacífica, y, por consiguiente religiosa, se desarrolló en el extenso país de la India.

Á este propósito dice M. Taine: «Figuráos bajo un cielo abrasador una raza extranjera salida de un país templado y hasta frío; los ejercicios corporales se hacen intolerables; principia la aficion al reposo y á la ociosidad; disminuyen las necesidades del estómago; los nervios se excitan, la inteligencia se hace delirante, contemplativa, y de este modo se forma el extraño pueblo que los viajeros nos describen hoy con una sensibilidad femenina, con extremada delicadeza en sus percepciones, con un alma situada en los confines de la locura, próxima á la alucinacion, al éxtasis y á la catalepsia, y con una imaginacion exuberante.»

Como es natural, no cedieron los kshattriyas sino despues de una enérgica resistencia el poder supremo que hasta entónces habian ejercido. Entre las dos castas rivales nació un violento conflicto, y los brahmanes, más hábiles, ya que no más fuertes que sus adversarios, gracias al apoyo de las poblaciones inferiores, acabaron por conseguir una completa victoria, á la que debió la sociedad india la forma teocrática que conserva aún actualmente.

Encontramos este recuerdo de la sangrienta guerra entre el sacerdocio y el imperio en la leyenda del Parasurama, segun se lee en el grandioso poema llamado *Mahbharata*.

Parasurama, quinto hijo de Djumadayin, rey de Kangakubja, aparece primero dotado de un carácter de implacable ferocidad. Cuando jóven, mata á su madre por órden de su padre irritado, y más adelante persigue á la raza brahmánica de los Bhrigus exterminados por los kshattriyas, á quienes habían rehusado dar sus tesoros. Parasurama concibe despues un odio perso-

nal contra los kshattriyas que mataron á su padre; su furor no reconoce límites, y en una serie de victorias derrota á sus enemigos. La sangre corre á torrentes y el terrible Parasurama forma con ella cinco grandes lagos que consagra á los ya apaciguados manes de los Bhrigus. Convertido despues en tan piadoso como cruel había sido ántes, hace un gran sacrificio á Indra y da la tierra entera á los sacerdotes que le ofician y cuyo jefe es Kacyapa. Advierten los brahmanes que no son bastante fuertes para conservar el órden en la sociedad cuya direccion les ha sido confiada, y eligen nuevos reyes, á quienes, sin perder ellos nada de su autoridad, encargan del gobierno que no pueden ejercer por sí mismos. Reciben los reyes y guardan el poder con la condicion de ser los protectores de la humanidad, pero obedeciendo á los brahmanes sin los que nada serían.

Estos son los caracteres legendarios de la lucha de los brahmanes y de los kshattriyas; y si bien la historia desearía pormenores más precisos y extensos, sin embargo, tales como son, revelan que la victoria les costó cara á los brahmanes y que quizá jamas la hubieran conseguido, si los kshattriyas no se hubiesen dividido entre sí, y si uno de los principales guerreros de su propia casta no se hubiese pasado á los enemigos haciéndose su campeón.

Debiéramos ya entrar en la explicacion del buddismo, pero ántes creemos deber dar á nuestros lectores una sucinta explicacion de los brahmanas, ó comentarios ortodoxos de los himnos del Veda, que, en concepto de los indios, forman parte integrante de su escritura santa.

B. de Saint-Hilaire dice que el brahmana es una explicacion minuciosa de todos los pormenores del rito minucioso que los brahmanes observan en las numerosas ceremonias de su culto. Esta explicacion versa á la vez acerca de los himnos ó fórmulas que deben ser rezados escrupulosamente, acerca del sentido dado á las palabras oscuras ó dudosas del texto sagrado, acerca de las tradiciones anteriores y acerca de las leyendas. El brahmana es, por consiguiente, legendario, tradicional y filológico, debiéndose á este múltiple carácter la causa de la incertidumbre que durante mucho tiempo

ha reinado acerca de la verdadera naturaleza de esta clase de libros y sobre la definición que de ellos se ha de dar para distinguirlos de otros. El Veda, escritura sagrada del brahmanismo, se compone de dos elementos, según dice el comentador indio Sayana: los mantras y los brahmanas; todo lo que en el Veda no es un mantra es un brahmana y recíprocamente todo lo que no es un brahmana es un mantra.

Los brahmanas contienen dos partes distintas que son: las explicaciones relativas á los sacrificios y las explicaciones adicionales.

Otro comentador indio, llamado Madluoudona, añade á las prescripciones litúrgicas y explicaciones adicionales las doctrinas de Vedanta, de las que, según él, son el eco los brahmanas; pero esta opinión es inadmisibile, porque el Vedanta pertenece á una época posterior á la de los brahmanas.

Entre los comentadores europeos, llama Colebrooke á los brahmanas suplemento de los Vedas, y analizando el Aitaraya—Brahman lo considera como la segunda parte del *Rig-Veda*, notando, sin embargo, que esta segunda parte está en prosa en vez de estar en verso como la primera. En una palabra, considera los brahmanas como parte esencial de las escrituras santas de los indios, y dice que cada Veda, tomando la palabra en su sentido más lato, se compone de dos partes, que son: una colección de himnos, y uno ó muchos brahmanas que para la fe brahmánica sirven de suplemento á esta colección de himnos.

Colebrooke se equivoca al emitir este dictámen, y consiste su error en identificar casi por completo estas dos partes tan distintas; porque, según dice Saint-Hilaire, «un brahmana, aunque sea tan ortodoxo como el *Samhita*, no puede ser colocado al mismo nivel que él; pues equivaldría esto á equiparar los Padres de la Iglesia con la Biblia.»

Estos comentarios ortodoxos de los Vedas son la mejor contestación que puede oponerse á los que censuran los comentarios de las Sagradas Escrituras hechas por personas sabias y competentes en la materia.

«La letra mata y el espíritu vivifica», dice una autoridad. La sola lectura de los Vedas no bastaría para que el creyente supiera á qué atenerse: los brahmanes, comentando los versículos, le dan la regla segura de su fe.

Dice un indianista caracterizado que los brahmanas sirven de lazo entre los himnos y los actos de los sacrificios, y además para mostrar su relación directa y recíproca presentando cada rito con sus detalles; y mostrar asimismo su relación simbólica, ya descomponiendo y analizando la fórmula en sus diversas partes, ya apoyando dogmáticamente esta relación con razones sacadas de la tradición y especulación.

En los brahmanas se encuentran prescripciones sobre el ritual, ilustraciones sobre las palabras, relaciones tradicionales y teorías filosóficas de la más remota antigüedad. Este es el carácter general y fundamental de todas las obras de esta especie, que, sin embargo, se distinguen entre sí, según que tengan una u otra tendencia y que pertenezcan a uno u otro Veda. Muller ha tratado con mucha ilustración esta materia, y aún puede asegurarse que la ha agotado; hablando de los cuatro periodos que, en su sistema, componen la época védica, destina el tercero para los brahmanas, posteriores, según él, a los mantras y tehandas, y después de los cuales no hay más que los Sutas que le compendian y terminan por reemplazarlos.

Los brahmanas no se llaman así, según Muller, porque traten de Brahma, o de las oraciones del sacrificio llamadas Brahmani, sino porque han sido compuestos por los brahmanes o para ellos. En cierto modo fueron los brahmanas los *Dicta Theologica* de las distintas asociaciones brahmánicas acerca de los pormenores oficiales del culto. Estas decisiones y reglas fueron poco a poco reunidas en un cuerpo de doctrina que se ha perpetuado hasta nuestros días; pero estaban naturalmente encerradas dentro de ciertos límites que no podrían traspasar no obstante la libertad que se tomaron en redactar dichas decisiones. Como es natural, el culto existía ya desde mucho tiempo antes que ellas, y estaba organizado de manera que, si era susceptible de perfeccionamiento, no lo era de cambio.

Tres eran las clases de sacerdotes que había consagrados por el mismo Veda; unos para hacer los preparativos materiales del sacrificio, otros para cantar las oraciones en alta voz, y finalmente otros para rezar los himnos en voz baja y según las reglas de la antigua pronunciación.

Esta división de los sacerdotes producía también la de los tres Samhi-

tas, el Rig-Veda, el Sama-Veda y el Yadjar-Veda, el primero de los cuales formaba el estudio especial de los Hotris, el segundo de los Udgatris y el tercero de los Adhvaryas. Los brahmanas tuvieron que conformarse con este orden sistemático, y por eso hubo tres clases de brahmanas, como había también tres clases de sacerdotes. Sólomente cuando las tres clases de sacerdotes toman parte en una misma ceremonia, se halla esta expuesta entónces de la misma manera en las especies de brahmanas.

En opinion de los indianistas son obras recientes los brahmanas así por la materia de que tratan como por las formas de su estilo, y Muller llega al extremo de decir que los autores de los brahmanas no comprendieron el verdadero espíritu de la antigua poesía en el sentido real del sacrificio; porque imaginaron que los himnos se habían compuesto en vista de las ceremonias, cuando, al contrario, las ceremonias se han adaptado muy posteriormente á los himnos. De ese error procede que los brahmanes lo hayan alterado todo con sus falsas interpretaciones, y, de consiguiente, que haya desaparecido de los himnos védicos toda la poesía, mal avenida siempre en todos los comentarios. Esta opinion es también la de los comentadores indígenas.

Ademas, en la misma India reconocen ya todos los que se ocupan en estas materias, que el Veda se compone de dos partes principales: los *mantras* y los *brahmanas*, revelados y eternos unos y otros.

Llámase *mantra* la parte del Veda que contiene las oraciones sagradas, las invocaciones á los dioses, los versos que se han de cantar durante el sacrificio, las fórmulas litúrgicas y las bendiciones ó maldiciones que deben pronunciar los sacerdotes. Ateniéndose á la etimología de la palabra, es un *mantra* «lo que hace pensar, excita el pensamiento del que oye y la materia para reflexionar.»

El brahmana contiene las explicaciones sobre el sentido de los mantras y las reglas para aplicarlas; recuerda, como comentario, las leyendas relacionadas con los ritos y descubre el poder oculto en los mismos. En el brahmana tenemos la teología y filosofía primitivas de los brahmanes, como en la Biblia tenemos las de los hebreos; y los mantras constituyen el fondo de todas

estas teorías teológicas y filosóficas, de la misma manera que los escritos de los Padres de la Iglesia forman el de las Sagradas Escrituras.

El brahmanismo tiene muchos puntos de contacto con el mazdeismo, la religion de los antiguos persas. Esta coincidencia ha hecho creer que las dos doctrinas, la zenda y la indiana, tuvieron un mismo origen, ó que se formaron en países muy cercanos. En el llamado Ariana por los antiguos geógrafos, que es el Iran de los persas, el Eriene de los libros de Zoroastro y el Aryavarta del sanscrito, se formaron los primeros principios de la religion que adoptaron despues en cada una de las distintas comarcas donde dominaba un aspecto particular. Ya hemos visto varias veces que los arias llegaron á las hermosas vegas del Ganges, mientras que, por otra parte, se extendían hasta las orillas del mar Caspio, dominando aquel inmenso espacio de tierras.

En sus invasiones llevaron consigo los arias una civilizacion más adelantada que la de los habitantes de las comarcas que invadían, y gracias á esta civilizacion rechazaron, empujándola hacia las partes del sud, á la poblacion que dominaba el país que ellos pasaban á ocupar. La etnografía comprueba no sólomente este hecho, sino que demuestra además lo que llevamos dicho ya tantas veces, á saber: que el Asia occidental ha sido la cuna del hombre, y, por lo mismo, de la civilizacion, de la vida social y religiosa de la humanidad, yendo desde allí, como un rayo de luz salido de un foco, á propagar y extender las luces en los sitios donde el hombre vivía ignorante, rudo, sin conocimientos artísticos ni científicos. Pero esta civilizacion, ese foco de luz llegó casi á extinguirse por su excesiva concentracion. La ciencia asiática necesitaba del secreto del templo, como la de los egipcios, para poder subsistir. Era una ciencia que no podía resistir al exámen individual; la libertad intelectual quedaba aherrojada, y la esclavitud de la inteligencia era un hecho, un artículo de la legislacion sagrada, que debía acabar por embrutecer á los sectarios de aquella religion brahmánica; como así fué en efecto. ¡Ay de la religion que no pueda sufrir el exámen y la discusion de sus fundamentos! Los pueblos modernos, á nuestro entender, no han aprovechado suficientemente las lecciones de la experiencia; y han seguido en demasía las huellas trazadas por los sacerdotes egipcios y los

brahmanes de la India. Esto es un error. La luz no puede dejar de serlo, y por consiguiente, no puede dejar de alumbrar, de disipar las tinieblas y encaminar al extraviado. No es la discusión la que perjudica, sino la obcecación, y tanto peor para el obcecado.

Un estudio, somero siquiera del brahmanismo, revela desde luego su monstruosidad. Ciertamente que si no se profundiza, se colocará al brahmanismo entre las religiones más antiguas del globo. ¿Deberemos decir que el politeísmo griego admitió ó adoptó algunos de sus mitos? Indudablemente que sí. Sabido es que Pitágoras tomó de los brahmanes parte de las ideas que entraron en su sistema de filosofía, que no era más que un recuerdo de las doctrinas asiáticas, acomodadas al carácter griego, y modificadas por el contacto con la libertad de que gozaba Grecia desconocida enteramente en Asia. De todos modos, entrando en comparaciones, se ve la absoluta imposibilidad de la creación mitológica griega, ú occidental, sin acudir á las fuentes orientales, y pocas fábulas hallaríamos en occidente que no debieran su origen á los mitos de la India, Asiria y Egipto. Sea como quiera, es innegable la conformidad que resulta entre los testimonios asiáticos y griegos.

Hay en la historia del nacimiento de Cricna, octavo avatar de Visnú, muchas semejanzas con la de Júpiter.

Educado en medio de pastores y pastoras, siendo aún muy joven, aplastó la cabeza de la terrible serpiente *caliya*; como Hércules, atacó á monstruos de toda clase y llegó á ser el afortunado esposo de Ronknimi. Más adelante, tomó la defensa de la familia de los Pandas, despojados y proscritos, contra los Konrus, descendientes de Bharata y que tenían por jefe á O' Douryodhana, hermano de Pandus. Llevó la victoria al lado de los vencidos. Douryodhana fué muerto y Youdichthira, mayor de los Pandus, tomó posesión de los estados de sus padres. Esta fué la última victoria y también el último beneficio de Cricna, pues cansado de la tierra, se remontó á la celeste morada, confiando á su incansable amigo, Arjuna, uno de los hijos de Pandu, sus últimas instrucciones.

Este es el asunto del grandioso episodio del Mahabharata, conocido con el nombre de Bhayavatgita.

Como toda religion, el brahmanismo ha tenido tambien sacrificios, y legislacion acerca del modo de ofrecerlos. En el brahmanismo es el sacrificio el medio infalible de alcanzar el poder sobre este mundo y el otro, sobre los seres visibles é invisibles, sobre la creacion entera animada é inanimada. El sacrificio es un vasto conjunto cuyas partes deben estar en perfecta armonía; es una cadena en la que no debe faltar ningun anillo; es un camino siempre abierto para subir al cielo. El sacrificio existe desde la eternidad, y procede del Sér Supremo, como de Él procede tambien la triple ciencia, la ciencia de los himnos del Rig-Veda, de los cantos del Sama-Veda y de los ritos del Yadjur-Veda. Es la comunicacion santa de los mortales con los dioses; tiene piés, manos, ojos y cabeza, y su forma es perfecta, cuando no se ha descuidado alguna de las partes que la componen, y concuerdan todas sin distincion en la unidad sistemática que los Richis han consagrado. Si se rompe, empero, un hilo de este maravilloso tejido, si le falta algun pormenor, se pone en peligro el valor de todo el sacrificio. Para evitar todos estos funestos errores, se hace necesaria la presencia de un brahman que dirija el sacrificio, y que, si se comete alguna falta, la repare inmediatamente por medio de una fórmula propiciatoria. Así se comprende perfectamente la prodigiosa virtud concedida por la supersticion dominante en aquellos países á cada una de las palabras del sacrificio, y así se explica tambien que se cuenten con especie de terror las sílabas breves y largas, porque una equivocacion podría traer funestas consecuencias. En los versos rezados en honor de un Dios, era preciso pronunciar el nombre de este Dios, ó á lo ménos aludir á él, y si por equivocacion se pronunciaba el nombre de este Dios, todo el sacrificio era estéril. Hacíase tambien extensivo este escrupuloso cuidado á las estrofas formadas con los versos, y que eran símbolo de una ú otra divinidad, segun el número de versos de que se componían. La estancia de nueve versos es el símbolo de Brahma, y la de quince versos es el símbolo de Indra.

El valor que adquirieron los brahmanas en la religion brahmánica se comprende por la importancia del sacrificio: compréndese asimismo la razon de por qué han sido atribuídos al mismo Brahma. Pero en Europa no se admiten estas razones para conceder el mismo valor é igual origen á uno y

otro; y no les da á los brahmanas más valor real que el de un producto extravagante, de una superstición embrollada, pero organizada por el tiempo y la madurez hija del mismo.

*
* *

Nos haríamos interminables si debiéramos conceder espacio á cuanto se nos ocurre acerca del brahmanismo; pero como quiera que el budismo debe ocupar un puesto preferente en lo tocante á la India y á sus diversas manifestaciones de civilización, de ahí es que daremos de mano á lo mucho que nos falta aún, para ceder el puesto al budismo.

La mejor introducción que podemos presentar para tratar de esta religión india, será la pintura que de ella nos hace en brevísimas palabras un autor francés tan acreditado como Saint-Hilaire en su libro titulado: *Le Bouddha et le Bouddhisme*.

«El lujo que en la práctica se extremó hasta los últimos excesos en la casta privilegiada, como en todas las naciones del Oriente, no encontraba barreras ménos severas en la ley budista. La moral religiosa era pura, austera, francamente ascética y monacal. El Buddha, en su revelación por tantos conceptos sublime, proclama el dolor como la ley de la humanidad y que debe atribuirse á nuestras pasiones y á nuestras culpas, le señala como término el nirvana, y aspira á enseñar á los hombres el camino de la salvación. Proscribe el homicidio, el adulterio, la mentira, la embriaguez. Tiene además prescripciones especiales contra los regalos sensuales y las aficiones lujuriosas. Débese abstenerse también de descansar fuera de tiempo, abstenerse de ver bailes y espectáculos teatrales; abstenerse de llevar adornos de ninguna clase y de perfumarse, de tener excelente cama, de recibir oro y dinero. Es indudable que estas prescripciones no tienen el carácter obligatorio que va unido á las primeras; pero están vivamente recomendadas y completan la perfección de la vida religiosa.»

Consultando los libros indios, encontramos en Buddha un reformador religioso, á quien preocupaba principalmente la idea de cambiar las costumbres de sus compatriotas contemporáneos. Para esparcir y propagar su doctrina, empleó la predicacion, medio desconocido en la India, absolutamente nuevo para el brahmanismo, que dominaba entónces sin rival, y se adaptaba perfectamente al carácter popular de su enseñanza, al proselitismo que era uno de sus fundamentos.

Las verdades religiosas, ó lo que se consideraba como tal, no eran ya el patrimonio exclusivo de castas privilegiadas, como en la religion de Brahma, sino el de todos los que deseaban adquirirlas. Este sistema de propagacion aumentó rápidamente los sectarios del reformador, é hizo al mismo tiempo del budahismo un enemigo encarnizado del brahmanismo, destruyendo su sistema religioso, fundado sobre todo en la existencia y privilegios de la casta sacerdotal.

Pero no anticipemos ideas, y demos algunas nociones del fundador del buddismo y de la religion misma.

Buddha es el nombre sagrado, pero no él de familia, del fundador del buddismo. Su nombre propio era Siddhartha, y el de Buddha no lo recibió hasta que poseyó la ciencia perfecta: por esto su nombre significa el sabio, el resplandeciente, el que ha llegado á la posesion de la ciencia perfecta.

Segun la opinion más admitida, nació Buddha á últimos del siglo VIII ántes de Jesucristo, en la ciudad de Kapilavastu, en la India central, siendo su padre Zuddhodana que era rey de aquella comarca. Su madre era de extraordinaria belleza, raras virtudes, inteligencia y piedad, y murió á los siete días de haber dado á luz á su hijo, « á fin de no verle abandonarla, dice la leyenda, para andar errante como religioso y mendigante. »

El huérfano fué confiado á los cuidados de una tía materna, que era tambien una de las mujeres de su padre, y que con el tiempo había de ser una de las más ardientes partidarias de las doctrinas de su sobrino.

Pasemos por alto sus primeros infantiles años, con todos los accidentes obligados en las vidas de los grandes hombres, y veámosle en la edad en que su familia le obligó á casarse, en lo que consintió él pero con esta

condicion: «La mujer que se le ofreciera no había de ser una criatura vulgar y sin recato; por lo demas, poco le importaba que fuese ó no de su casta; él la tomaría de entre los vaisyas y los sudras, así como de entre los brahmanes y los kshattriyas, con tal que estuviese dotada de las cualidades que deseaba en su compañera.

La civilizacion de un pueblo se manifiesta de distintas y muchas maneras. Rasgos de ella encontraremos en el pueblo indio con la breve relacion de este accidente de la vida de Siddhartha.

Extensa era la lista de las cualidades que á su esposa exigía Siddhartha; no obstante, las encontró todas reunidas en la hermosa Gopa, á quien declaró la primera de sus esposas. Siendo tan independiente como su marido de los usos y preocupaciones de la sociedad brahmánica, mostróse digna esposa del jóven príncipe, y desde luégo, y á pesar de las exigencias de su familia, adoptó la costumbre de no velarse en adelante. «Sentadas, decía ella, de pié ó andando, las gentes respetables, aunque descubiertas, son siempre hermosas. Las mujeres que dominan sus pasiones y sentidos, satisfechas de sus maridos, no piensan nunca en otro, pueden aparecer sin velo, como el sol y la luna. El supremo y magnánimo Bislú, así como la multitud de otros dioses, conocen mi pensamiento, mis costumbres, mis cualidades, mi recato y mi modestia; ¿por qué, pues, me he de velar el rostro?»

Esta union debió hacer feliz á Siddhartha; sin embargo, por más que así fuera, no podía ella distraerle de los graves pensamientos que dominaban su espíritu, y despues de reflexionarlo mucho, despues de infinitos sueños y visiones, resolvióse á renunciar á su elevada gerarquía, para cumplir lo que él creyó que era su mision, á cuyo fin fué á encontrar á su padre, y le dijo: «Señor ha llegado el tiempo de mi aparicion en el mundo; no me opongais obstáculos, ni se apodere de vos la tristeza. Permitid, ó rey, así como vuestra familia, y vuestro pueblo que me retire.—¿Qué es necesario, hijo mio, respondióle el rey llorando amargamente, para hacerte cambiar de parecer? Díme lo que deseas, y yo te lo daré. Este palacio, estos criados, este reino, yo mismo, tómallo todo.—Señor, respondió Siddhartha; yo deseo cuatro cosas: otorgádmelas, si me las podeis dar: yo permaneceré á

vuestro lado, y me veréis siempre en esta morada, que jamas abandonaré. Que la vejez, señor, no se apodere nunca de mí; que permanezca siempre en posesion de la juventud con sus hermosos colores; que la enfermedad no tenga poder sobre mi cuerpo, ni me ataque jamas, y que mi vida sea ilimitada y sin decadencia.»

Al escuchar el rey estas palabras, se colmó de dolor, y exclamó: «Hijo mío, lo que tú pides es imposible; yo no lo puedo; los mismos rishis, en medio de Kalpa, donde viven, no han escapado jamas al temor de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, ni á su decadencia.»— Á esto replicó el jóven: «Padre mío, si no puedo evitar el temor de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, ni la decadencia; si no podeis, señor, concederme las cuatro cosas principales, tratad, por lo ménos, ó rey, de concederme otra no ménos importante; haced que desapareciendo dé aquí bajo, quede libre de las vicisitudes de la transmigracion.»

El rey comprendió perfectamente, y sin forjarse ningun género de ilusiones, que era del todo inútil emplear la persuasion y los ruegos para oponerse ó combatir el proyecto de su hijo, y, en su consecuencia, mandó poner guardias en todas las salidas de su palacio y de la ciudad, á fin de evitar la fuga. Pero todas las precauciones y cuantas medidas tomó fueron vanas; porque Siddhartha burló la vigilancia de los centinelas, y se escapó de noche de Kapilavastu, sin que nadie lo advirtiera, ni sospechara.

Al salir Siddhartha de su ciudad natal, dirigióle una mirada, como de postrera despedida, y fijando su vista en el palacio que abandonaba, dijo con el acento que inspira un fanatismo, próximo á la locura:— «No volveré á entrar en la ciudad de Kapila, ántes de haber obtenido la cesacion del nacimiento y de la muerte, no volveré á entrar ántes de haber obtenido la morada suprema exenta de la vejez y de la muerte, así como la pura inteligencia.»

Aquí comienza la vida de verdadero penitente de Siddhartha, y como su reforma influyó tan radicalmente en la manera de ser de la India, no podemos dispensarnos de dar, aunque sea á grandes rasgos, las noticias más esenciales de su vida y reforma.

Luégo que Siddhartha se vió libre de los lazos de su cuna, se despojó

de todo lo que le recordaba su casta y alcurnia. Cortóse los cabellos, y los arrojó al aire, porque, en su concepto, no podía un religioso llevar la cabellera de un guerrero. Trocó sus vestidos de seda de Benarés con un cazador que los usaba de piel de ciervo de color amarillo. Durante algun tiempo frecuentó las escuelas de los más sabios brahmanes, la de Arata Tolama, en la gran ciudad de Vaisali; la de Rudraka, en Radjagripa, capital de Mayhada; pero la enseñanza brahmánica no le satisfizo, y no halló « el camino que conduce á la indiferencia para los objetos del mundo, que conduce á la exención de la pasión, que conduce al fin de las vicisitudes del sér, que lleva al estado de Sramana, que conduce al Nirvana. »

¿Quién no diría que son estas las aspiraciones, quién no ve aquí los deseos de las almas contemplativas, segun las doctrinas de la mística cristiana? Imposible parece que en aquellos tiempos, y en la India, hubiese una persona que, por sí sola, y sin impulso externo, pero superior á la naturaleza y tendencias humanas, pudiera concebir tan sólomente el deseo de tanta perfección.

Retiróse entónces Siddhartha á una ciudad llamada Urulviva, donde pasó seis años en la soledad, entregándose á las más rudas austeridades, soportando el hambre, la sed, el frío, el calor, la lluvia, y no comiendo más que un grano de sésamo por día.

Notó al fin de este tiempo que las mortificaciones en lugar de esclarecer y elevar su espíritu, lo oscurecían, y que el ascetismo brahmánico, cuyos excesos imitaba, no era el camino que conduce á la pura inteligencia; resolvió abandonar esas prácticas, tomó abundante alimento que le traía una jóven del pueblo, llamada Sudjata, y en poco tiempo recobró su fuerza y hermosura.

Pasó á Bodhimanda, y segun cuenta la tradición, sentado allí sobre el césped, cruzadas las piernas, con el cuerpo recto y mirando al Oriente, al pié de un árbol llamado Bodhidrama (árbol de la inteligencia), hizo voto de no levantarse hasta que hubiese obtenido la inteligencia suprema.

Permaneció sentado un día y una noche sin movimiento, y al despuntar la aurora del día siguiente, habiéndose revestido de la cualidad de *Buddha*,

alcanzó la triple ciencia. Poseía finalmente el secreto de los destinos y de la salvación universal, había hallado lo *absoluto*: estaba fundada una religión nueva.

Siddhartha contaba entonces treinta y seis años de edad.

El árbol á cuya sombra se había sentado, era una higuera de la especie llamada *pippala*, y la veneración de los fieles no tardó en rodear á este árbol de un fervoroso culto que ha durado no pocos siglos. El año 632 de nuestra era, ó sea 1200 años después de la muerte del fundador Buddha, el peregrino chino, llamado Hinen-Thsang, vió todavía el Bodhidrama, ó á lo ménos el árbol que el fanatismo de los budhistas hacía pasar por tal.

Estando ya Buddha en la plena posesión de la verdad, dudó un momento si la comunicaría á los hombres, por el temor que le asaltó de verla mal acogida y expuesta á sus insultos, ó bien si era más prudente gozar él solo de la luz y ocultar el secreto de la salvación eterna; pero su gran corazón no vaciló mucho tiempo.

Entre la posesión pacífica y solitaria de la verdad absoluta y los peligros consiguientes é inseparables del apostolado, escogió generosa y noblemente los peligros del apostolado, y se resolvió á despreciarlo todo á fin de propagar los beneficios de su doctrina.

Desde aquel momento se le vió ir de un lugar á otro, predicando en todas partes en el lenguaje popular, abriendo á todos, reyes y esclavos, brahmanes y tschandolas, puros é impuros, compatriotas y extranjeros, hombres y mujeres, el camino á las verdades que debían hacerles dichosos en esta vida y bienaventurados en la otra.

Quedan destruídas las barreras de casta, clase y nación; todos son iguales ante el fin de alcanzarla, ante el Nirvana; el camino de la salvación es el mismo para todos, y lo comprendía en esta solemne frase que parece arrancada del Evangelio del Nazareno: «Mi ley es una ley de gracia para todos.» Palabras sublimes, palabras generosas, dignas de figurar por lema de una causa ó religión más racional y lógica que el abigarrado buddhismo.

Al revés de lo que hizo más adelante Mahoma, todas las conversiones llevadas á cabo por Siddhartha, lo eran por la persuasión y la bondad, pero

en poco tiempo se multiplicaron; que no es la fuerza, ni la violencia lo que puede apoderarse de la inteligencia y voluntad humanas. Tuvieran todas las religiones amor y caridad en vez de violencias y alardes de fuerza, y fuera un paraíso el mundo, sin los rencores y odios hijos legítimos de la opresión que sienten.

La nueva doctrina buddhista predicada con persuasión y bondad, aunque atacaba en sus mismas bases al poder brahmánico, ganaba no obstante partidarios entre ellos, á los que seducía por su claridad y sencillez, comparada con el largo, difícil y pesado estudio de los Vedas. Atraía también á muchos príncipes y reyes que aprovecharon esta ocasión para librarse de la tutela opresiva de los brahmanes.

Los indígenas de ciertas partes de la India, aunque sometidos á la civilización brahmánica, habían continuado en cierta independencia, y como es consiguiente no deseaban más que escapar de la gerarquía religiosa; pero, en las clases inferiores fué donde hizo Buddha el mayor número de sus prosélitos.

Todos los desgraciados y oprimidos se acogieron á él como á su libertador.

« La diferencia de la enseñanza búdica, dice Bournouf, comparada con la de los brahmanes, está en la *predicación*, la cual tenía por efecto poner al alcance de todos las verdades que eran ántes el patrimonio de las castas privilegiadas. Da al buddhismo un carácter de sencillez, y, bajo el punto de vista literario, de medianía, que le distingue en gran manera del brahmanismo. Ella explica cómo Sakya—Muni fué impulsado á recibir en el número de sus oyentes á hombres que rechazaban las clases más elevadas de la sociedad. Pone de manifiesto sus resultados, es decir, la facilidad con que se propagó su doctrina y se multiplicaron sus discípulos. En fin, da el secreto de las modificaciones capitales que la propagación del buddhismo debía traer á la constitución brahmánica, y de las persecuciones que el temor de un cambio no podía menos de atraer sobre los buddhistas en el día en que fuesen demasiado fuertes para poner en peligro un sistema político, fundado principalmente sobre la existencia y perpetuidad de las castas. Estos hechos se hallan tan íntimamente ligados entre sí, que basta que el

primero se produzca para que los otros, con el tiempo, se desarrollen de una manera casi necesaria.

La ciudad de Benarés fué la primera donde Buddha predicó por vez primera sus doctrinas. El misticismo búddhico, al dar cuenta de este hecho, nos dice: « En Benarés hizo Buddha dar vueltas por primera vez á la rueda de la ley. »

Á juzgar por la diversidad de sitios donde le vemos, no parece que prolongara mucho tiempo su morada en Benarés, porque la mayor parte de los sutras nos lo presentan ya en Badjagriba en el Maghada, ya en Zravasti en el Kozala. En estas dos comarcas, cuyos reyes, Bimbuara y Prasenadjit habían, desde un principio, abrazado su ley, pasó casi todo el resto de su vida respetado, protegido y honrado.

Esta fué la cuna del buddhismo.

Por lo demas, se poseen muy pocos pormenores de la fase apostólica de Siddhartha, puesto que el *Solita vistara* tan sólo nos conduce hasta la época de sus primeras predicaciones. Sabemos sólomente que sus principales residencias fueron Kalantaka y Nelanda en el Maghada y en el Kozala, Djetavana, y despues de doce años de ausencia, volvió á ver á su padre Sulddhoana, á quien convirtió á su doctrina; que los Sakyas y los habitantes de Kapilavastu adoptaron el buddhismo á imitacion de su rey; que su tía Maha Pradjapati fué la primera mujer á quien permitió abrazar la vida religiosa; que este ejemplo fué seguido por la bella Gopa y por las otras dos mujeres de Siddhartha, Vasodhara y Utpalavarna.

Sábese tambien que á pesar de la proteccion real y del entusiasmo popular, tuvo que sostener luchas muy vivas y perseverantes contra los brahmanes y con mucha frecuencia se vió amenazado hasta en su vida.

Los cambios religiosos son los más difíciles y ocasionados á revueltas, guerras y represalias, porque afectan á la parte más noble del hombre. La historia es la misma en todos los pueblos y en las épocas todas, y los intereses creados resisten desesperadamente contra su desaparicion. No debemos extrañar pues la guerra suscitada por los brahmanes, con su poder amenazado, contra el buddhismo: al contrario, lo que más extraña y sorprende

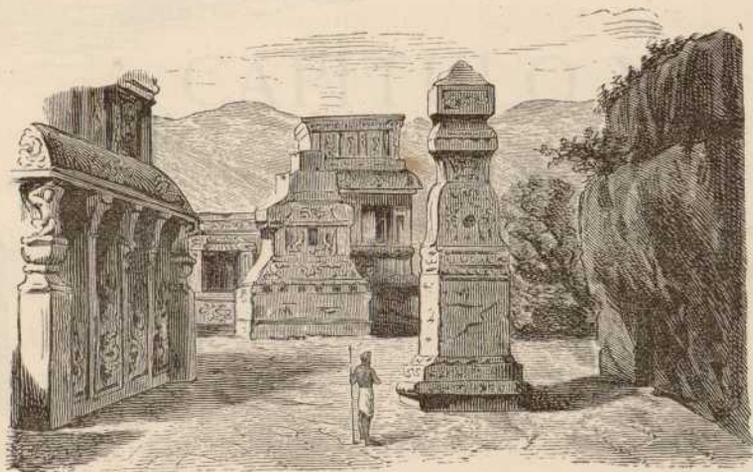
es que no cediera vencido ó cansado ante la lucha desigual, ó que no sucumbiera á los lazos que por necesidad se le debían tender aunque fuera oculta y arteramente, además de la persecucion pública y hasta legal si así se quiere.

La aureola del martirio se presenta regularmente como desenlace final ó término de carrera de grandes reformadores; pero nunca se nos presenta Buddha con ella, porque todas las tradiciones y leyendas están acordes en citar como sitio de su muerte á Kusingara, en el mismo reino de este nombre. Cuando contaba ya ochenta años de su edad atravesó el Ganges con su sobrino Ananda y muchísimos discípulos suyos, y visitó la ciudad de Vaisal. Sintióse desfallecer cuando se encontraba cerca de la ciudad de Kusingara, en el país de los mallas y junto al río Atchiravati. Detúvose en un bosque, debajo de un zala, y allí expiró.

El *Dul-va* tibetano describe á grandes rasgos los funerales que se le hicieron, los cuales fueron con toda la solemnidad que se reservaba entónces para los monarcas soberanos llamados Ttchakravartisas.

El cuerpo de Buddha fué quemado ocho días despues de su muerte. Sus reliquias fueron divididas en ocho partes, entre las cuales no se olvidó la de los Sakyas de Kapilavastu.

Conocida la existencia de Budda, veamos ahora lo tocante á su religion, objeto principal del capítulo siguiente.



es que no recibes vendida o cuando ante la huelga desistió, o que no acudiera
 bien a los laxos que por necesidad se le debían tener cuando fueran ocultas y
 atardecamente, además de la persecución pública y hasta legal si así se quiere.
 La escuela del maitro se presenta regularmente como desolada final o
 término de cartas de grandes reformadores; pero nunca se nos presenta
 Buddha con ella, porque todas las tradiciones y leyendas están acordes en
 citar como sitio de su muerte a Kusinagara, en el mismo reino de este nom-
 bre. Cuando contaba ya ochenta años de su edad atravesó el rango con su
 sobrino Ananda y muchos otros discípulos suyos, y visitó la ciudad de Vesali,
 sintiéndose debilitado cuando se encontraba cerca de la ciudad de Kusinagara,
 en el país de los mallas y junto al río Archiravati. Detuvo en un bosque

deja de un xala, y allí expiró.

El *Viv-sa* tibetano describe a grandes rasgos los funerales que se le hi-
 cieron, los cuales fueron con toda la solemnidad que se reservaba entonces
 para los monarcas soberanos llamados *Tibetvayas*.

El cuerpo de Buddha fue quemado ocho días después de su muerte,
 sus reliquias fueron divididas en ocho partes, entre las cuales no se olvidó
 la de los Saigya de Kapilavastu.

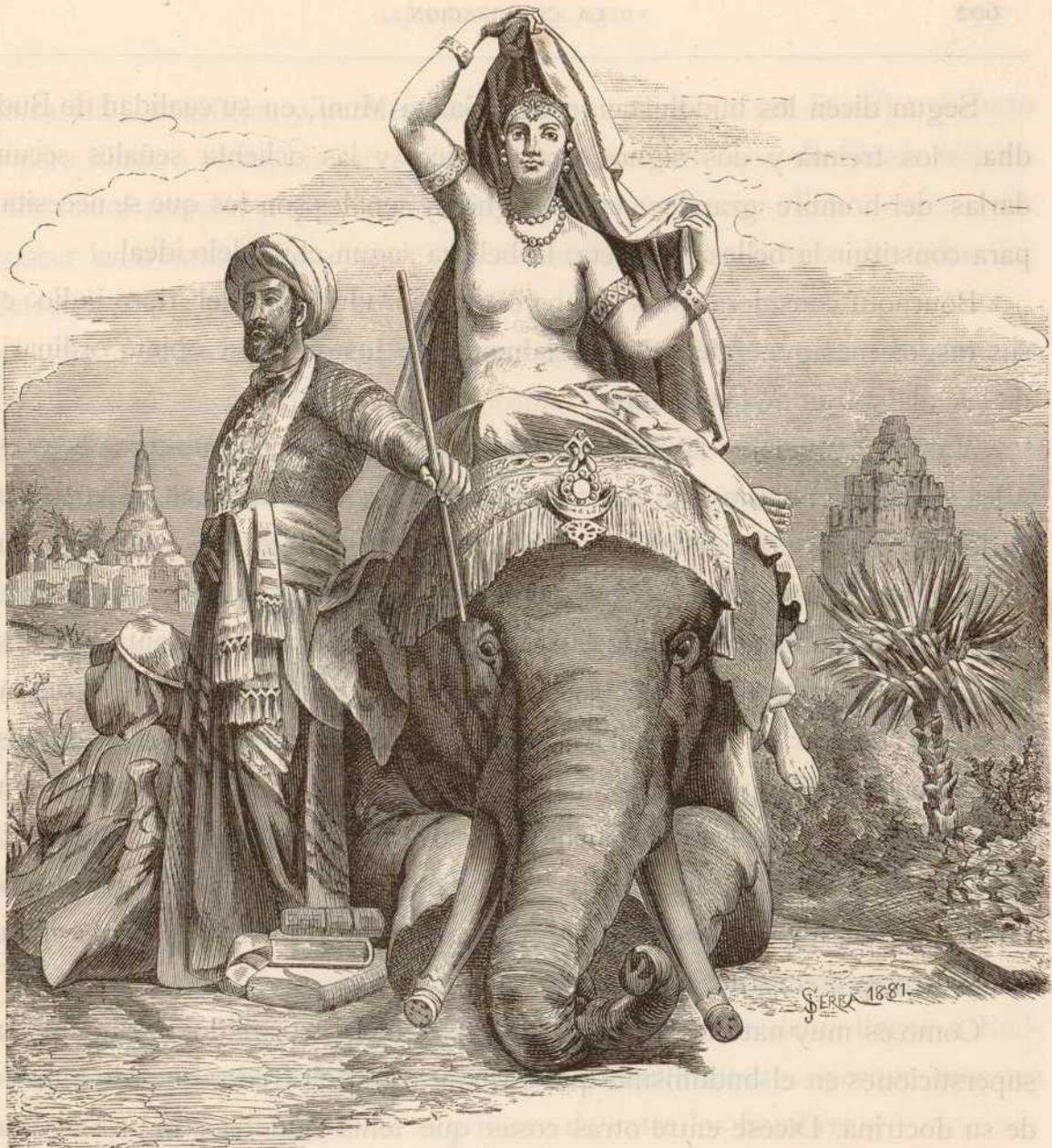
Conocida la existencia de Buddha, vamos ahora a tocar a su religión
 objeto principal del capítulo siguiente.

La escuela budista que se enseñaba en el *Tibet* y en el *India* y en el *China*
 era la que se enseñaba en el *India* y en el *China* y en el *Tibet*.

La escuela budista que se enseñaba en el *Tibet* y en el *India* y en el *China*
 era la que se enseñaba en el *Tibet* y en el *India* y en el *China*.

La escuela budista que se enseñaba en el *India* y en el *China* y en el *Tibet*
 era la que se enseñaba en el *India* y en el *China* y en el *Tibet*.

La escuela budista que se enseñaba en el *Tibet* y en el *India* y en el *China*
 era la que se enseñaba en el *Tibet* y en el *India* y en el *China*.



CAPÍTULO XIV

CONTINUACION DEL ANTERIOR.—COMPARACIONES.



¿QUÉ es Buddha en concepto de sus secuaces?
El verdadero ideal de todas las virtudes, ciencia, santidad y poder sobrenatural. Y esto en cuanto á la parte del espíritu y moral que podríamos decir, pues tocante á la parte física, le consideran como el verdadero ideal de belleza.

Segun dicen los buddhistas, poseía Sakya-Muni, en su cualidad de Buddha, « los treinta y dos signos característicos y las ochenta señales secundarias del hombre grande », cuyos signos y señales son los que se necesitan para constituir la belleza perfecta, la belleza segun el modelo ideal.

Bournouf considera estos signos como reproductores del tipo indio en sus rasgos más generales, y especialmente en los que son objeto ordinario de las alabanzas de los poetas.

Vamos á satisfacer la curiosidad natural, legítima, de nuestros lectores, y les citaremos algunos de estos signos: una protuberancia en la parte superior de la cabeza; cabellos rizados vueltos á la derecha; un negro subido; la frente larga y unida; cejas semejantes á las de la ternera; ojos alegres, rasgados y de un negro subido; los dientes en número de cuarenta, iguales, apretados y perfectamente blancos; lengua larga y delgada; espaldas redondeadas y relleno el intermedio; brazos descendiendo hasta las rodillas; dedos redondeados y afilados; uñas encorvadas, de un color que tira al del cobre rojo, y lisas; rótula ancha y desarrollada; dedos de los piés, largos; empeine del pié, saliente; manos y piés dulces y delicados; nariz prominente; cejas iguales, reunidas, regulares, negras; mejillas llenas é iguales, y otros por el estilo.

Como es muy natural, algunas de estas señales han dado nacimiento á supersticiones en el buddhismo que forman como el credo, que dijéramos, de su doctrina. Dícese entre otras cosas que tenía Buddha la figura de una rueda en la planta de los piés, y sus secuaces no han dejado de reconocer la huella de su pié en muchos sitios, indicada por dicha figura.

Todo lo dicho hasta aquí puede referirse concretamente al retrato físico de Buddha; pero, más que esto nos interesa, para nuestro objeto, cuanto se refiere á sus leyendas, por ser un eco fiel y seguro del estado de la civilización india en aquellas épocas, y su punto de partida para ulteriores comparaciones.

Desde su principio nos representa la leyenda á Sakya-Muni en el estado de *Buddisattva* en el cielo Tushita, rodeado de los homenajes de los dioses. En el curso infinito de sus vidas anteriores, ha reunido méritos infinitos por

su caridad, sacrificios y penitencias; pero para llegar á ser Buddha perfecto y para librar á todos los seres vivientes, es necesario que descienda todavía otra vez al mundo, y que éntre en el seno de una mujer. Esta mujer debe poseer las treinta y dos especies de cualidades y estar limpia de todos los defectos de las mujeres.

¿Se lo diremos á nuestros lectores? ¿Nos será lícito emitir aquí con entera libertad una opinion personal, propia, sin prevencion de ningun género, ni preferencia, á favor ó en contra de ésta ó aquella escuela? Pues bien, con todas las reservas necesarias y las salvedades exigidas por la naturaleza del asunto, diremos que no acertamos á estudiar las leyendas indias sin ver en ellas reminiscencias más ó ménos veladas, hasta copias mal formadas, si así se nos permite, de las leyendas y tradiciones hebraicas que debieron su origen á las escenas ocurridas en las primeras horas del mundo en aquellos países limítrofes de la India.

No lleven á mal nuestros lectores nuestra opinion que estampamos en uso del derecho que nos asiste, no exigiendo que se adopte lo que nosotros opinamos, y si alguna confirmacion faltara á fin de corroborar lo que decimos, de seguro que la encontraríamos en los datos que siguen.

La reina Mayadevi es la única que reúne todas las perfecciones exigidas á la mujer que debía recibir y llevar en su seno al que debía llegar á Buddha; ella es pues la única que dará á luz al Buddisattva, « porque ninguna otra mujer es capaz de llevar al primero de entre los hombres. »

Antes de descender del cielo, deja el futuro Buddha en su lugar, para que consuele á los dioses de su partida, al Buddisattva Maitreya, á quien consagra, poniéndole en la mano su tiara, y su diadema en la cabeza. Maitreya es quien le debe suceder en cualidad de Buddha, cuando el mundo pervertido haya perdido todo el recuerdo de la predicacion de Sakya-Muni.

Sin que Mayadevi tenga comercio con hombre alguno, desciende en seguida Sakya-Muni al seno de la reina, como un rayo luminoso de cinco colores, y su presencia es anunciada por señales extraordinarios.

El palacio de Suddhodana resplandece por sí mismo; todos los pájaros del Tlimavat acuden con cantos de alegría; los jardines se cubren de flores;

los estanques se llenan de loto; los instrumentos músicos resuenan por sí mismos acentos melódicos. El Buddisattva se sostiene constantemente en el seno de Mayadevi del lado derecho, sentado con las piernas cruzadas: Indra, que es el rey de los dioses, y Brahma, que es el señor de las criaturas, bajan á recibirle en su nacimiento y bañarle y lavarle con sus manos. Cuando el niño es presentado en el templo por su padre, todas las imágenes de los dioses se levantan de su lugar, para ir á saludarle y proclamarle *Svayambhu*, ó sea el sér que existe por sí mismo, el que es la primera necesidad del mundo.

Por no insistir en conceptos ya conocidos, recuerden nuestros lectores las tradiciones hebráicas por un lado, y mediten por otro en los fundamentos de la metafísica, y verán muchos, muchísimos puntos no parecidos, sino iguales, entre los principios de la teología y filosofía seguidos en la India, y en los que poseemos nosotros.

En el retiro de Uruloiva, sostiene Buddha los asaltos de Mara, que es el dios del amor, del pecado y de la muerte, y sale victorioso de esta lucha.

Quedaría incompleto lo más necesario que debemos saber tocante á Buddha y á su doctrina, si no supiéramos los diversos nombres que recibe en las obras que á él se refieren.

Los principales son: Tathagata, que es uno de los títulos más elevados y significa «el que se ha ido como sus predecesores; el que ha recorrido su carrera religiosa de la misma manera que los Buddhas anteriores.» Por medio de este título se afirma la pluralidad de los Buddhas.—Sugata, que significa el bienvenido, porque vino á salvar el mundo y hacer la felicidad de las criaturas.—Bayhavat, es decir el bienaventurado, con cuyo nombre se le designa regularmente en los sutras del Nepsul.—Buddisattva, que tiene la misma etimología que Buddha, y al pié de la letra equivale á decir «el que tiene la ciencia de la *budhi* ó de la omnisciencia.»—Buddhisattva es un Buddha que comienza; un Buddha es un Buddisattva que termina. El Buddisattva es el resultado de la adquisicion de la inteligencia suprema. Para la formacion de un Buddha se necesita además la aplicacion de dicha inteligencia á la instruccion de las criaturas y á la salvacion del universo.—

Arhat, que es el significado de venerable. Este título es ménos elevado que los anteriores, pero los religiosos buddhistas lo toman como grado superior.

Como complemento de estos datos, podemos decir aquí, anticipando ideas, que el nombre de Buddha se convierte en *To* en China, y en *Phot* en Siam. « To, dice el chino Ma-Tuan-Lin, es una palabra extranjera que significa « el convencimiento absoluto, la inteligencia pura, la inteligencia por excelencia. » To y Phot, lo mismo que Buddha, proceden de la raíz sanscrita budh, que significa conocer y bodhi conocimiento. Sramana-Gautama se convierte, en el reino de Siam, en Zamana Khodom. En esto se funda el nombre de religion samanea dado al buddhismo. Chaca ó Xaca equivale, en el Japon, al nombre indio Sakya.

* * *

Entramos con repugnancia ¿á qué negarlo? en la materia que ahora vamos á tratar.

Debemos hablar de una religion que cuenta dos mil años de existencia y que, segun cálculos fundados, es todavía la religion de la quinta parte de la humanidad conocida.

Weber dice hablando del buddhismo: « El buddhismo constituye uno de los fenómenos más notables de la historia universal, por lo mismo que despues de dos mil años de existencia es aún la religion de la quinta parte de la humanidad viviente.

B. de Saint-Hilaire calcula en trescientos millones el número de sus sectarios.

Esta religion se extendió primeramente por la península indica, de la que había de ser más adelante desterrada; pareciéndose hasta en esto al cristianismo desterrado del África, despues de haber sido una de las más lozanas ramas de su árbol. Propagóse despues en todas direcciones, y fué adop-

tada por la China y el Japon, las islas de Ceilan y de Java, la Cochinchina, Birman, Tartaria, Mongolia y otros puntos.

Falto de universalidad el buddhismo, y á pesar de su mucha extension, no se conoció en Europa hasta principios de nuestro siglo; pues no deben tenerse en cuenta, para su verdadero conocimiento, las vagas é incompletas reseñas, debidas á viajeros, que se poseían acerca del estado de dicha religion; acerca de su origen y primitiva constitucion, con algunas tradiciones, ademas, referidas en los puntos donde se profesaba.

La ciencia y la historia de las religiones deben agradecer á Brian Houghton Hodgson, residente ingles en Kathmandou, capital de Nepaul, que fuera el primero en investigar los libros sagrados pertenecientes al buddhismo, haciéndolo entrar de esta manera en la ciencia positiva de las religiones. Los libros que conoció Houghton contenían la doctrina y la biografía de Buddha, las reglas de la disciplina que había impuesto á sus religiosos y la metafísica de toda su doctrina. Para lograr este objeto, que debía revelar á Europa y á todo el mundo los misteriosos secretos envueltos en las espesas sombras de dos mil años de existencia, captóse el infatigable ingles la amistad de los sacerdotes de Buddha, cuya confianza supo ganarse, consiguiendo así saber que en los conventos del país se conservaban libros sanscritos en los que se suponía contenida la doctrina religiosa y filosófica del fundador Buddha.

Segun la tradicion—dato que es preciso tener muy en cuenta para juzgar imparcialmente y con todo conocimiento de causa—habían sido introducidos dichos libros en el Nepaul hacia el segundo siglo de la era cristiana, procedentes de Magadha, allende el Ganges, y, penetrando de Nepaul en el Tibet, al cabo de cinco ó seis siglos, habían sido introducidos cuando el Tibet abrazó la fe de Buddha.

Procuróse Hodgson algunos ejemplares de estos libros, y los regaló á las sociedades científicas que mejor podían aprovecharse de ellos, mereciendo citarse la sociedad asiática de Calcuta, la de Lóndres y la de París.

Un jóven húngaro, llamado Csoma de Körös penetraba casi en los mismos días en el Tibet cuyo idioma aprendía—sin poseerlo aún ningun euro-

peo, y con este medio podía analizar dos grandes colecciones de literatura tibetana, llamadas el Kahgyour y el Bstangyour, compuestos de más de trescientos tomos, en los que había la traducción exacta y fiel de la mayor parte de los originales sanscritos descubiertos poco ántes por el inglés Hodgson en el Nepaul.

Ademas, y agregándose providencialmente unas á otras las casualidades que conspiraban á un mismo resultado definitivo, Mr. Schmidt, de San Petersburgo, aseguraba, á su vez, que las traducciones tibetanas de los libros sanscritos búddhicos, habían sido traducidas asimismo al mogol, y que la doctrina de la fe búddhica había pasado con los libros que la contienen de la India al Nepaul; de aquí al Tibet y despues de aquí á la Mongolia.

Tournour, Jorge, halló en la isla de Ceilan, el extremo opuesto de la India, una redaccion parecida; casi igual, de los libros sanscritos búddhicos, que podríamos llamarlos canónicos, asimilando lenguajes. Descubrió que los sacerdotes singhaleses poseían una coleccion regular de las escrituras búddicas, en idioma pali, que es un dialecto del sanscrito, y pudo reconocer que esta coleccion había sido importada de la isla de Ceilan, bajo el reinado de un monarca de la India, decidido protector del buddhismo, por los años 316 ántes de Jesucristo.

Con formas casi idénticas reproducen estos libros palis los libros más importantes de Mayadha y del Nepaul.

Para mayor ilustracion, publicó ademas una obra pali, llamada el *Mahavamsa*, donde se encuentran consignados los anales de la isla de Ceilan, despues de su conversion al buddhismo.

Finalmente, multitud de documentos indios, tibetanos, singhaleses, chinos, mongoles y hasta griegos están acordes en determinar que la predicacion de la doctrina de Buddha tuvo lugar en los pueblos de la India unos seis siglos ántes de la era cristiana.

Megastenes, que penetró hasta Pataliputra, la Palibotra de los antiguos griegos, en la corte del rey Thandragupta, indica seguramente á los budhistas en los Sarmanai ó Garmanai, quienes formaban una secta de filóso-

fos opuesta á los brahmanes, que se abstenían del vino y vivían en el más casto celibato. Fácil es reconocer en este nombre de Sarmanai el otro de Sarmanus que se aplicaron á sí propios de un modo particular los budhistas.

Dícenos Megastenes «que los Sarmanus tenían consigo mujeres que participaban de su filosofía, y, como los hombres, practicaban el celibato,» que, «lentos de frugalidad dichos filósofos, viven de los alimentos que se les da y ninguno les rehusa.»

Fijándose en estos textos, dice oportunamente B. de Saint-Hilaire: ¿no es esta una descripción fiel de las costumbres particulares de los budhistas, costumbres de que jamás han participado los brahmanes?

Con semejantes testimonios vemos claramente cuáles son los fundamentos en que se apoya el conocimiento que actualmente se tiene de la doctrina del buddhismo.

Pasando de esto á la enumeración de los libros que podríamos llamar sagrados de los budhistas, deben saber nuestros lectores que es punto ménos que imposible conseguirlo. Su mismo origen se presta á errores, porque ya lo es atribuirlos á Buddha, quien no pudo componerlos.

Los discípulos de Buddha, como más adelante los de Jesus, fueron los que consignaron por escrito sus discursos y lecciones, después de haberlos recogido, á la manera que algunos de los apóstoles nos legaron en los Evangelios los principales hechos y discursos de su maestro el Nazareno.

Los libros sagrados de los budhistas forman una verdadera biblioteca, que es tan confusa como rica en multitud de volúmenes. Si debiera darse crédito á la tradición de los budhistas, se compondría su literatura sagrada de unas ochenta mil obras; pero es lo cierto que los europeos no tienen conocimiento sino de ochenta y ocho, aunque es muy probable que haya en ellas todo lo más esencial, ó los verdaderos fundamentos de la doctrina que profesan.

Es de suponer que los budhistas comprenderían la necesidad de ordenar su inmensa colección de obras religiosas, así como que intentarían y adoptarían varias divisiones ó clasificaciones. De estas se conocen tres que son:

- 1.^a—Soutra.—Pitaca, y contiene los discursos de Buddha.
- 2.^a—Vinaya.—Pitaka (ó Matrika, la madre), y contiene la disciplina.
- 3.^a—Abhidharma.—Pitaka, es decir, la ley revelada ó la metafísica.

Las relaciones de estos libros entre sí deben comprenderse de la siguiente manera:

1.º—Sutra.—Todo el buddhismo descansa en las lecciones y palabras de Buddha. Redactadas estas sin distincion de materia, siguiendo una forma continua y con las circunstancias á que se refieren, se llaman Sutra. Entre estos, tomaron ó escogieron sus redactores los que más especialmente se referían á la disciplina ó á la metafísica, formando un conjunto ó parte del mismo, que comentaron y explicaron, constituyendo de este modo los Vinaya y los Abhidharma Pitaka. De aquí es que los Sutra se consideran como Buddha-Vatchana, esto es, palabras de Buddha, ó de Mulagrautha, equivalentes á libros de texto, siendo así que las otras partes se consideran sólomente como comentarios.

La curiosidad natural de nuestros lectores desearía aquí las nociones que pudiéramos darles de todo lo relativo á los libros sagrados de los buddhistas; pero el carácter general de la obra y las dimensiones que deben abrazar nuestros cuadros nos impiden satisfacer sus legítimos deseos como nosotros quisiéramos. Básteles saber una vez por todas que cada idea está explicada por todos los sinónimos imaginables, sacados del tesoro de una lengua siempre inagotable; cada pensamiento está presentado bajo todas las formas posibles, creadas por una imaginacion ilimitada; cada conclusion está traída por una serie de miembros directos é indirectos, positivos y negativos. Redúcense todos á diálogos entre Buddha y uno ó muchos de sus discípulos, acerca de los diferentes puntos de la ley.

Respecto á su forma, todos comienzan por estas palabras sacramentales:

«Hé aquí lo que han oido de mí un día que Bhagavat estaba en tal ó cual parte.»

Y todos terminan tambien siempre por esta misma fórmula:

«Así habló Bhagavat.»

Á poco que se reflexione, se observa profunda diferencia en la redaccion de los Sutra, debido esto á las diferentes escuelas y á las diversas épocas en que fueron publicados; observándose en esto, al igual que en todos los progresos religiosos, que lo más simple se aproxima siempre más á la verdad, ó á lo ménos á los comienzos de la religion á que pertenece. De aquí se infiere lógicamente que los simples Sutra—las colecciones en prosa—pertenecen al tiempo de Buddha, ó á lo ménos al de sus primeros discípulos.

2.º Los libros Vinaya, ó disciplina, son los que contienen la parte disciplinar del buddhismo, y todas estas obras pertenecen á las leyendas.

3.º Gran multitud de obras llamadas Abhidharana Pitaka, que segun confesion de los mismos comentadores buddhistas, no derivan directamente de Buddha, aunque fueron recopiladas despues de su muerte y compuestas de explicaciones que él había dado en diversas ocasiones, sobre las leyes ó condiciones esenciales de la existencia. En su fondo no son más que explicaciones de los principios contenidos en los Sutra. Sus formas, empero, son análogas.

La redaccion extremadamente difusa de sus doctrinas metafísicas no logra hacerlos inteligibles; porque sus proposiciones aisladas, aunque repetidas en distintas formas, no quedan explicadas, ni unas aclaran á las otras. Compréndese fácilmente que sus expresiones filosóficas, ajenas del todo á nuestro modo de pensar, y hasta opuestas frecuentemente á nuestros conocimientos lógicos, queden oscuras para nosotros, y no podamos explicarlas sino por la débil aclaracion que su etimología nos ofrece.

El más importante de todos estos escritos es el llamado «la perfeccion de la sabiduría,» ó, segun la traduccion del Tibet, «la sabiduría inagotable.» Todos estos libros exponen bajo diferentes formas el único principio de que no sólo el objeto de la ciencia, esto es la perfeccion de la sabiduría, no tiene una existencia real, sino que tambien el sugeto, el mismo móvil de la ciencia, el que debe saber, ó sea el bodhisattwa, ó el que realmente sabe, esto es, Buddha, no tiene ni siquiera existencia real.

Este es un puro nihilismo, una negacion absoluta de toda realidad, de toda sustancia; pero á esto debe lógica y necesariamente conducir la espe-

culacion buddhista, arrastrada por la fuerza de sus principios. Negacion, pero negacion absoluta. El caos, pero el caos absoluto.

Omitimos hablar de la cuarta clase de obras que, dándose título de Sutra, no pueden pasar por tales, y pertenecen ademas á épocas muy posteriores. La mayor parte de estos libros, y especialmente sus comentarios pertenecen al periodo comprendido de los siglos VI y X posteriores á la venida de Jesucristo.

*
* * *

¿Es el buddhismo actual el mismo que fué en su origen, el fundado por el mismo Buddha?

Decididamente que no.

Toda religion humanamente fundada, sea la que quiera, debe necesariamente alterarse, cambiar, desfigurarse; y no debia ser el buddhismo una excepcion de la regla general.

El buddhismo actual no es ni de mucho y desde muchos siglos, ni sombra siquiera de lo que fué en su principio. Comenzó por perder á poco de su aparicion, el sello de simplicidad y pureza moral que, en sus comienzos, le diferenciaba de un modo evidente é innegable de todas las demas religiones humanas; trocó su hermosa sencillez en penosas especulaciones sofisticas y metafisicas, y su pureza en una mezclanza de cultos que habían admitido y santificado las cosas más vergonzosas.

El estudio de la moral de la doctrina buddhista sería del agrado de nuestros lectores, como nos sería grato á nosotros extendernos en él, pero debiéramos ir muchísimo más allá de lo que nos es dable; no obstante, y aunque parezca extraño, debemos decir que la doctrina primitiva de Buddha no es ninguna religion, porque es un ateismo puro, el más completo que hasta ahora hayan concebido los hombres. Dios debe ser y es efectivamente el objeto primero y final de toda religion, y el buddhismo no contiene ninguna doctrina particular sobre Dios.

Como debía ser consiguiente, si Buddha no pensó en dictar una doctrina acerca de Dios, no ideó tampoco ningún culto de la divinidad; no da apenas valor alguno á las ceremonias, y sólo para él tienen objeto los preceptos morales. «Brahma, dice, habita las casas en donde los hijos honran á los padres.»

¿Qué era, pues, lo esencial en la doctrina budhista? Su sistema moral. Este dice al hombre: «Por el nirvana, que es por consiguiente el soberano bien, el objeto final de toda moral,» puede el hombre libertarse de los tormentos de la existencia.

¿Qué es el nirvana? Buddha nos habla de él con frecuencia, pero nunca explica claramente en qué consiste, á pesar de que no admite y hasta rebate las opiniones más diversas de los brahmanes respecto al mismo. No obstante, se sabe que el sentido propio del vocablo nirvana es extincion, anonadamiento, y Buddha lo compara frecuentemente á la extincion de una lámpara.

La filosofía no sabe á qué atenerse, ni puede imaginarse más que un completo nihilismo, un anonadamiento absoluto, concretándose á lo que expresan las palabras. ¡Qué sistema religioso, qué moral tan hueca de sentido, cuando no bastan los dos para explicar las transformaciones del espíritu, y sólomente dejan camino á la idea del vacío que confirma la de la abolicion total del sér, inferida lógicamente de la enseñanza búddhica!

La difusion y propagacion del buddhismo debía confiarse á la predicacion ó enseñanza oral; por cuyo motivo procuraron los budhistas grabar su memoria en los pueblos por medio de ciertas y determinadas fórmulas que sirvieran de auxiliares y á manera de ideas relativas.

Las llamadas «cuatro verdades sublimes» son las primeras y más importantes de esas fórmulas, y contienen los dogmas fundamentales del buddhismo. Estas cuatro sublimes verdades se determinan en el libro sagrado *Mahavastou* de la manera siguiente: «Hay ¡oh fiel! cuatro verdades sublimes. ¿Cuáles son? El dolor, los efectos del dolor, el anonadamiento del dolor, la vía del anonadamiento del dolor. Cada una de estas palabras es una verdad sublime. Ahora ¡oh fiel! ¿qué es el dolor, qué es una verdad

sublime? Es el nacimiento, la enfermedad, la muerte, el hallazgo de lo que no se ama, la imposibilidad de obtener lo que se desea y se pide, la forma, el sentimiento, la imaginación, la idea, la ciencia; en una palabra, los cinco atributos de la idea: todo esto es el dolor. Hé aquí ¡oh fiel! lo que es el dolor, que es una verdad sublime. ¿Qué son los efectos del dolor? otra verdad sublime. Es el deseo sin cesar renaciente que acompaña el placer y la pena, que buscan juntos su satisfacción. Hé aquí ¡oh fiel! lo que son los efectos del dolor, que es otra sublime verdad. ¿Qué es el anonadamiento del dolor? otra sublime verdad. Es la destrucción completa de ese deseo incesante é infatigable, que, acompañado de pena y de placer, busca por todos lados cómo satisfacerse; es la emancipación del deseo, es la renuncia al deseo, es el anonadamiento, la destrucción del deseo, es la absoluta renuncia del deseo. Hé aquí ¡oh fiel! lo que es el anonadamiento del dolor, que es una sublime verdad. ¿Qué es la idea del anonadamiento del dolor? Es la sublime vía que se compone de ocho partes, á saber: la recta intención, la voluntad, el efecto, el acto, la vida, la lengua, el pensamiento, la verdadera contemplación. Esta es ¡oh fiel! la vía del anonadamiento del dolor, que es una verdad sublime.»

Comparando esta metafísica más que confusa con la poesía, con los himnos funerarios cantados en los funerales de los indios, no hallaremos esenciales diferencias, según podrán juzgarlo por sí mismos nuestros lectores, leyendo las siguientes estrofas:

«Es locura buscar estabilidad en la condición humana, porque es tan endeble como el tronco del banano, pasajera como la espuma del mar.

» Cuando para recibir la recompensa de sus acciones, se resuelve un cuerpo compuesto de cinco elementos en estos mismos principios, ¿qué es lo que hay que lamentar?

» La tierra es perecedera; el Océano pasa, los mismos dioses pasan, y, sin embargo, el hombre quisiera ser inmortal!

» Todo cuanto existe aquí abajo debe desaparecer; caerá todo lo alto; se disolverá todo lo compuesto, y la vida acabará con la muerte.»

El nihilismo, ó anonadamiento completo que encontramos así en la filo-

sofia como en la poesía de la India se hace ménos comprensible meditando en un pasaje de Sutra acerca de la existencia, ó del principio real del conocimiento.

« Quiero hacerlos saber ¡oh fieles! — dice el Sutra — qué es la existencia, qué es el acto de la concepcion de la existencia y de la existencia de ella, y quién es el que se reviste de la existencia. Escuchad, y grabadlo en vuestro espíritu; yo quiero hablar. ¿Qué es la existencia? Los cinco atributos, las causas de la concepcion. ¿Qué es el acto de la concepcion de la existencia? Es el deseo que renace sin cesar, acompañado de pena y de placer, y que trata de todos modos de satisfacer. ¿Qué es el acto de la renuncia á la existencia? Es la abnegacion perfecta, el rechazo completo, la expulsion, el anonadamiento, la opresion, la destruccion, la manumision, la terminacion, la desaparicion, el desvanecimiento de este deseo, que sin cesar se renueva, al que acompañan la pena y el placer, y que trata de todos modos de satisfacerse. ¿Quién es el que se reviste de la existencia? Tal ó cual persona respetable que veis, y que tiene tal ó cual nombre, que es de tal ó cual familia, que toma tal alimento, que siente tal placer ó dolor, que es de tal ó cual edad, que vive hace tanto tiempo, que tiene tal ó cual dignidad, y este es el que se reviste de la existencia. »

La moral búddhica se ha reducido asimismo á cierto número de fórmulas, cuyas principales reciben el nombre de « los tres refugios » expresados de la siguiente manera: « Yo busco un refugio cerca de Buddha; busco un refugio en la ley; busco un refugio en la comunidad. Á estos refugios se juntan los mandamientos de la doctrina. »

Despues de estas bases, fúndase toda la moral búddhica en las siguientes prohibiciones:

Primera: El homicidio.

Segunda: El robo.

Tercera: La impureza.

Cuarta: La mentira.

Quinta: La embriaguez.

Aumentáronse despues dichas prohibiciones hasta el número de diez, y fueron:

Sexta: No decir mal de Buddha.

Séptima: No decir mal de la ley.

Octava: No decir mal de la comunidad.

Novena: No creer nada herético.

Décima: No seducir á religiosa.

Hízose despues otra adición más adecuada á las cinco primeras prohibiciones:

Primera: El homicidio.

Segunda: El robo.

Tercera: El adulterio.

Cuarta: La mentira.

Quinta: La disputa y la calumnia.

Sexta: El insulto.

Séptima: Las palabras vanas.

Octava: La codicia del bien ageno.

Novena: La envidia.

Décima: La heregía.

Á estos mandamientos van adjuntas las siguientes prohibiciones:

Primera: Comer fuera de las horas ordinarias.

Segunda: Asistir á bailes, cánticos ó representaciones de música y teatrales.

Tercera: Adornarse y perfumarse.

Cuarta: Tener lecho en alto.

Quinta: Aceptar oro y plata.

Hasta aquí podríamos decir que llegó la parte prohibitiva ó negativa de la moral de Buddha; tócanos ahora ver la positiva en la que están condensadas las seis virtudes ó perfecciones, por las cuales se hace el hombre capaz de llegar á la perfeccion distintiva de un buddha.

Es la primera perfeccion la de la limosna. No debe entenderse por limosna un simple acto de liberalidad, sino el de abandono, no sólomente de

todos los bienes, sino de los miembros y de la vida para servicio del prójimo. La segunda perfeccion es la de la virtud, esto es la perfecta carencia de todo pecado; de toda transgresion de los mandamientos. La tercera es la de la paciencia, ó la exencion de toda clase de maldad, del placer de hacer daño, del orgullo y de la ambicion. La cuarta es la de la aplicacion, ó el celo dedicado á cuidar y desenvolver todos los gérmenes de virtud que están implantados en el alma por el cumplimiento del deber. La quinta es la de la contemplacion, que consiste en el reposo de la meditacion unido á las fuerzas sobrenaturales. La sexta es la perfeccion de la sabiduría, que desvía del alma todo error é ignorancia.

Estas seis perfecciones se atribuyen á Buddha directamente; porque hay otras cuatro que, aún cuando muy antiguas, no son, no obstante, del tiempo de Buddha. Estas otras cuatro perfecciones son las siguientes: la de buena vía, ó el reconocimiento y práctica de todos los medios que llevan á la emancipacion de la humanidad; la de la oracion, súplica que el hombre dirige á un buddha para obtener su bendicion y llegar á ser tambien buddha; la de la fuerza y la de la ciencia.

Só pena de quedar incompleto nuestro humilde trabajo, debemos detenernos unos momentos más en la explicacion de estas materias, que deben completar el estudio de la civilizacion india, sintetizada en sus dos religiones brahmánica y búddhica.

El apogeo de la perfeccion del hombre, que es la contemplacion, es el término de la vida de un buddha.

Nuestros lectores habrán comprendido de sobra que la moral búddhista tiene más de contemplativa que de activa, y por consiguiente, desempeña tan grande papel en dicho sistema el desarrollo de la inteligencia.

La contemplacion, segun los buddhistas, comprende cuatro grados.

La práctica de estos cuatro grados de contemplacion, fué el premio de la lucha que sostuvo Buddha contra el vicio, cuya vocacion suprema se le reveló, por la primera vez, cuando era uno de las solitarios de Sakya-Muni. Cerca del ocaso de su vida, repitió Buddha por última vez su frase predilecta: «Lo que no es simple es efímero.» Los cuatro gra-

dos de contemplacion que en la vida de un buddha ocupan un lugar importantísimo, segun acaba de verse, encuéntranse descritos en el libro *Salita vistara* del modo siguiente:

«Cierta día visitaba el jóven Siddhartha, con otros niños, un pueblo de labradores: entró en un bosque que estaba más allá de los campos cultivados, y sentóse para contemplar. Dirigió entónces su espíritu hacia un punto único (el nirvana), y despues de haberse fijado así, llegó al primer grado de contemplacion, que es el goce de la calma, nacida de la reflexion, acompañado del juicio y del raciocinio, y libre del deseo, del pecado y de los vicios, y se detuvo. Cuando por la supresion de lo que aún es objeto del juicio y de raciocinio, y mediante el reposo interior y el recogimiento de su espíritu en la unidad, llegó al grado segundo, que es el goce de la paz nacida de la contemplacion y libre del juicio y del raciocinio, se detuvo. En seguida de esta paz y de este desasimiento interior quedó indiferente, conservó su memoria y su conciencia, y sintió el placer de su cuerpo; llegó al tercer grado de la meditacion, y se detuvo. Y cuando, por la renuncia del goce, por la renuncia al dolor, se desvanecieron las anteriores impresiones de alegría y tristeza, llegó al cuarto grado de la meditacion, que es la perfeccion de la memoria y la indiferencia ó la carencia de todo dolor y de todo placer, se detuvo.»

Quizas no sea del agrado de nuestros lectores, quizas no sea muy pertinente, que digamos, al objeto primordial de nuestra obra, pero nos parece que no han de llevar á mal nuestros lectores que, de paso, les hagamos notar la semejanza entre esta mística buddhista y la cristiana, á cuyo objeto, y suponiéndoles enterados de ésta, pondremos á continuacion las principales observaciones que se nos ocurran respecto de la búddhica.

Segun ésta, el alma no se desprende sino por grados del estado de inquietud y oscuridad, herencia de los ménos instruídos, para elevarse á una region pacífica y esclarecida, donde descansa en un perfecto silencio, falta de todo movimiento y sentimiento.

La serie de estos grados es la siguiente:

Sepárase el espíritu primeramente de todo deseo de los goces munda-

nos, de toda afición á los bienes de la tierra; recójese en sí mismo, aprecia la verdadera naturaleza de las cosas, su variedad, su mutabilidad, se concentra en un solo objeto el nirvana, y no cesa hasta que el pensamiento de este supremo bien, tan distinto de todos los de la tierra, le colma de la más íntima alegría.

La actividad y el raciocinio cesan en el segundo período; recógese el espíritu en su unidad, y llega á la paz interior é inmutable. El nirvana no es ya el solo objeto que contempla en su diferencia con las cosas de la tierra, sino que le contempla ya directamente, y esta contemplación, aunque simple y pacífica, le colma de inefable satisfacción.

El alma llega á la beatitud en el grado tercero. Hácese ya indiferente respecto de las cosas de la tierra, por la satisfacción íntima que ya había logrado librándose de ellas por el pensamiento. Esta satisfacción interior se le comunica ahora hasta el cuerpo, que siente un goce nada comun con la satisfacción de sus inclinaciones naturales. El espíritu conserva todavía su memoria y conciencia, y siéntese en personalidad.

Por último, no sólo cesa en el cuarto grado el goce del cuerpo, sino también el goce y la paz espiritual. Nada echa de menos el alma, nada espera; porque su indiferencia ha conseguido ya la perfección, y nada son ya para ella el dolor y el placer. Y no obstante, esto no es la pérdida total de la conciencia, ántes, al contrario, ha llegado esta al más alto grado de perfección. De manera que en el primer grado cesa el deseo terrenal; en el segundo el conocimiento discutivo; en el tercero el interés, y en el cuarto la satisfacción interior.

Recorridos ya por el hombre todos los grados de la contemplación, ateniéndonos á lo que dicen los budhistas, «está recogido, perfecto, purificado, iluminado, inmaculado, sin falta, apto y hábil para todo, firme y sin dolor. Esta purificación, empero, del espíritu y del corazón no es el único resultado de la Dhyana, sino que por su medio penetra el espíritu al mismo tiempo en un mundo superior.

Encima de este mundo, según dicen los budhistas, hay otros tres que son: el de los deseos; el de las formas, y el mundo sin forma. Los tres se

encuentran poblados de innumerables divinidades, y genios sin número, cuyas perfecciones morales é intelectuales van en aumento, á medida que se elevan por encima del mundo terrestre.

Teniendo en consideracion la diversidad de lectores, las ideas que se han abierto paso actualmente y la importancia filosófica que tiene para comparar las civilizaciones la relacion exacta de las doctrinas búddhicas, damos aquí la explicacion de estos mundos.

El de las formas se divide en cuatro regiones, y la perfeccion de sus habitantes está en relacion con los cuatro grados de la Dhyana, de donde procede el nombre de contemplacion que llevan estas elevadas esferas. Á la manera que el espíritu humano se eleva por los cuatro grados de la contemplacion, elévase tambien de un modo inexplicable al traves de esas cuatro regiones del mundo de las formas, y entra en comunidad con sus habitantes; mas, cuando ha recorrido los cuatro grados de la contemplacion, se eleva todavía más, entra en el mundo sin forma y atraviesa sus cuatro regiones. En la primera de estas regiones, que es el *lugar del espacio infinito*, está el espíritu enteramente lleno y dominado por el pensamiento de que el espacio es infinito; en la segunda de dichas regiones, *lugar de la inteligencia infinita*, está ocupado del pensamiento de que la inteligencia es infinita; en la tercera, *lugar en que nada existe*, cesa toda creencia en la realidad de las cosas, y en la cuarta, *donde no hay idea ni falta de idea*, está el espíritu indiferente entre la afirmacion y la negacion; puede pensar, pero en realidad ya no piensa. Los habitantes de estas esferas no han conseguido este modo de existir, sino por su preexistencia en una vida anterior, durante la cual han admitido estas verdades, se han dejado penetrar de ellas, y de esta manera es como la contemplacion conduce, al traves de las esferas intermediarias, hasta la que habitan ellos.

¿Desean saber ahora nuestros lectores si esta ascension á los diversos mundos debe tomarse en un sentido real, ó bien considerarla sólomente como un éxtasis, como una especie de raptó? El buddhismo no sabe satisfacer la pregunta: sólomente podemos contestar con la duda. La ascension puede reducirse á la vía de la contemplacion que conduce al hombre á las

perfecciones y virtudes que poseen los que habitan en esta esfera superior.

Desvaneciéndose esta sublimacion del espíritu en la indiferencia absoluta, constituye la vía por la cual se emancipa el hombre terrenal de la miseria de esta vida. Cuando el hombre ha llegado al último grado del pensamiento, hasta el extremo de que no debe dar más que un paso para penetrar en el nirvana, ha obtenido ya la sabiduría perfecta, la Buddi, y llega á ser buddha. Los medios que conducen á esta Buddi ó que forman sus propiedades constitutivas, se designan con el nombre de *Bodhyanya*, y son como siguen, en número de siete:

Primero:—La *reflexion*, que coloca la ley ante la vista del hombre.

Segundo:—El *estudio*, ó exámen de la ley, que conduce á su cumplimiento.

Tercero:—La *aplicacion* y la *perseverancia* del pensamiento estudiando la ley.

Cuarto:—El *gozo* interior que da valor al hombre para dominarse y mortificarse.

Quinto:—La *confianza*, que asegura al sabio el cumplimiento de su deber.

Sexto:—La *dominacion de sí mismo*, que le hace indiferente á todo.

Séptimo:—La *indiferencia y el menosprecio del mundo*.

La sabiduría absoluta de un buddha que es el objeto propio é inmediato de la Buddi, está representado por las *doce fuerzas*. En su conjunto son intelectuales y van más allá de la medida humana. Para Buddha—y todos los hombres pueden y deben llegar á ser buddhas—son estas fuerzas los medios por los cuales realiza su empresa suprema de libertar al mundo del dolor. Así aparece otra vez la moral buddhista en su espíritu, segun el cual no pueden los individuos, separados de la comunidad, conseguir su salvacion por sí solos, ni pueden llegar á esto sino por la emancipacion de toda la humanidad. Esta accion se diferencia de la cristiana, que es real sobre la naturaleza humana, en que es solo intelectual y ejercida por la revelacion de la ley. Esta accion, cuya semejanza se toma de la esfera temporal, se expresa por la frase «volvía la rueda de la ley.» La rueda figura la exten-

sion, ó el círculo de la dominacion; este círculo se extiende por todas partes por donde rueda el carro de un vencedor, y volver la rueda es lo mismo que ejercer su dominacion en toda su extension. La rueda es el símbolo del buddhismo tomado en general, y por esto se ve grabada en sus monumentos y hasta en sus monedas.

Ademas de estas fuerzas tiene asimismo las cinco ciencias, ó como si dijéramos artes, en el sentido de capacidades y de fuerza sobrenatural, y son:

La facultad de tomar la forma que se quiera.

La de oír á cualquier distancia los sonidos más débiles.

La de leer en el pensamiento ageno.

La de saber en qué estado ha vivido cualquiera ántes de esta vida.

La de ver á cualquier distancia.

¿Quién no ve aquí las facultades ó dones de los cuerpos glorificados, segun la doctrina cristiana? ¿De dónde proceden estas semejanzas? ¿No sería curioso y de provecho ademas un estudio detenido y profundo del origen y causas de estas semejanzas?

Estas facultades se llaman tambien el ojo divino, el oído celeste, la ciencia del pensamiento ageno, la de las existencias anteriores, la revelacion de la fuerza mágica.

Esta doctrina, que admitía tantos milagros, debió naturalmente suscitar muchas dificultades y producir no poca incredulidad, ya que no quedaba más dilema que obrar milagros ó fingirlos. Esta dificultad es insuperable, y, no obstante, no impidió que el buddhismo se propagara.

*
* *

Antes de entrar en la comparacion que nos ofrece el estado actual de la India con el antiguo, nos permitirán nuestros lectores que estampemos cuatro palabras acerca de la disciplina del buddhismo, tal cual se desprende á lo ménos de sus libros sagrados.

Buddha se esforzó por reunir á todos los partidarios de su doctrina en una comunidad. Al principio, como el número de discípulos no era grande aún, el mismo Buddha instruía á los novicios. Para llegar á ser un asceta en la comunidad necesitábase profesar su fe á Buddha, y despues de esto se le cortaban los cabellos al postulante, se le vestía un manto amarillo compuesto de harapos y remiendos, y se le ponía bajo la vigilancia de un asceta más antiguo encargado de instruirle.

Á semejanza de las órdenes religiosas mendicantes del catolicismo, eran asimismo una especie de frailes mendicantes los discípulos de Buddha, obligados tambien, ademas de la castidad, á no vivir más que de la generosidad pública. Á esta vida de abnegacion y sacrificio debían el nombre de domadores de sus sentidos.

Como en el catolicismo, había tambien irregularidades en el buddhismo que impedían su admision en la comunidad, como por ejemplo: ciertas enfermedades, como la sarna; ciertas deformidades corporales; grandes crímenes, como el parricidio; ó los cuatro crímenes condenados por los brahmanes; debían tener más de veinte años y el consentimiento de sus padres.

De paso obsérvese la prevision prudente de exigirse la edad de más de veinte años, y el consentimiento paterno, para que el hombre decidiera de sus destinos, preferible á la precipitacion de ciertas épocas tocante á la admision en las órdenes cristianas de niños de quince años, sin conocimiento práctico aún de las pasiones, que tan tristes resultados producían despues en la lucha que entablaban con los deberes contraídos.

Las mujeres vivían tambien, como los hombres, en comunidad. Estas *hermanas de la ley* estaban consagradas, como ellos, á la pobreza y á la castidad. No siempre vivieron los monjes en comunidad; despues que habían recibido la enseñanza de Buddha y que habían sido admitidos en la vida comun, retirábanse á la soledad de las montañas y bosques para vivir como ermitaños, y no abandonaban su retiro sino para mendigar el necesario sustento.

Esta vida cesaba durante los cuatro meses que comprende la estacion de las lluvias, desde la luna nueva de julio hasta la de noviembre, en cuyo pe-

riodo dejaban su vida silenciosa y se retiraban á habitaciones fijas, donde se ocupaban en la meditacion y propagacion de las doctrinas de Buddha. Acabada la estacion, reuníanse otra vez para comunicarse mutuamente el resultado de sus meditaciones y propaganda. Estas reuniones restablecían de pronto la vida comun y se convertian en verdadera corporacion. En un principio se edificaron al efecto lugares de reunion, especie de cláustros elevados en jardines, donde iban los monjes á oír la predicacion de su maestro; pero no eran más que residencias temporales abandonadas en la estacion de las lluvias, abiertas siempre empero para los extranjeros. Más tarde se convirtieron en verdaderos conventos, espléndidamente dotados, como puede comprobarse á contar desde el siglo xiv de nuestra era.

Formadas las comunidades era consiguiente la distincion de gerarquías, que se determinaron por la edad de una parte, y por los servicios y saber de otra. Las dos gerarquías, la de la edad y la de la ciencia están detalladas en un fragmento de un Sutra, que dice así: «Reconociendo Bhagavat el espíritu, las tendencias, el carácter y el natural de los marinos que le pertenecen, les explicó las doctrinas de la ley, que debían imprimir en su corazon las cuatro verdades; cuando las hubieron oído, unos pidieron los frutos del estado de un *Srotapanna*, los otros los de un *Sacridagamin*, y otros, por último, los de un *Anagamin*. Algunos adoptaron la vida espiritual y llegaron, por el anonadamiento del mal, á contemplar el estado del *Arhat* frente á frente. Estos concibieron lo que es la *Bodhi*, á la cual llegan los *Zravaka*; aquellos concibieron lo que es el estado de un *Pratyeka Buddha* y otros la del perfecto Buddha. Finalmente, todo se refundió en Buddha, en la ley y en la asamblea.

La *confesion* era una de las prácticas religiosas más importantes del buddhismo. Como los brahmanes, creen los buddhistas que el pecado debe ser expiado. La confesion, como acto expiatorio y medio de remision del pecado, se hace públicamente ante la junta de conservadores y guardianes de la ley, en cada luna llena y en cada nueva.

Encuéntranse en los Sutras muchas reglas de la vida habitual de los monjes. Vése en ellos que el vihara estaba rodeado de plataformas, con

asientos elevados, balaustradas y ventanas con rejas. Para los actos de comunidad se tocaba una placa de metal, y se colocaban á la mesa en silencio, segun la categoría de cada uno. Á los forasteros se les acogía benévola-mente y se les servía ántes que á nadie. Recomendábanse los desiertos como lugares de meditacion, las casas abandonadas, las cavernas de las montañas, las cabañas sin lecho, las grietas de las rocas, la soledad de los bosques, los cementerios y otros puntos ignorados y solitarios.

La hospitalidad se reputaba deber religioso, y en muchos puntos se insiste sobremanera acerca de la obligacion de dar hospitalidad.

Debemos notar de paso la diferencia que existe entre el monje buddhista y el penitente brahman. Este andaba generalmente desnudo, mientras que el otro iba vestido. Su traje era pobre, hecho de pedazos recogidos en los caminos y en los cementerios, suficiente empero para cubrir su desnudez. Esta ordenanza se da la mano con la obligacion de la castidad impuesta al monje, debiendo ser el pudor su primer elemento. Buddha reprende en muchos puntos—segun lo prueban las leyendas—á los mendicantes desnudos, y en otras partes se habla tambien con bastante viveza del contraste ofrecido por el escandaloso aspecto de su desvergüenza y el hermoso espectáculo que presenta la castidad de los buddhistas decentemente vestidos. Sólamente así se recibía tambien á las mujeres en las reuniones que ellos celebraban.

En sus principios fué muy sencillo el culto ofrecido por el buddhismo. Ademas, la constitucion ateista de la doctrina de Buddha no se prestaba de sí á ningun culto de la divinidad; y, sea como quiera, consta que no tenía Buddha la intencion de introducir un culto nuevo, como demostracion externa de su sistema religioso. Todo lo que el buddhismo nos ofrece peculiar suyo en este punto consiste únicamente en ofrendas de flores é inciensos presentados al son de los instrumentos músicos con oraciones é himnos cantados. Como ya sabemos que estaba prohibido matar á los animales y hasta dañarles en lo más mínimo, no debe extrañarnos no hallar vestigio ninguno de sacrificio cruento ó de holocausto, segun se observa en todas las demas religiones cuya base es el sacrificio de víctimas humanas ó animales.

Este acto del culto se reduce simplemente á una demostracion de honor, miéntras que en el culto brahman hay verdadero sacrificio. Buddha debe ser el primer objeto del culto. La imágen de Buddha se representa siempre sentada, con las piernas cruzadas, en actitud de meditacion, con la mano levantada como un doctor que enseña: hállase en todas partes y su tipo es universalmente conocido. Los buddhistas veneran tambien con culto las reliquias.

La huella del pié de Buddha es asimismo objeto especial del culto. Esta huella del pié bienaventurado se llama *prabat*, y se la encuentra en Ceilan en el monte Sumana y en otros muchos puntos, como en Luvo, Siam, Mendey—entre los birmanes—, donde el fanatismo de los buddhistas ve no sólomente la marca de la rueda que adorna el zapato de Buddha, sino tambien otras muchas figuras y señales referidos y explicados en una obra, como por ejemplo, un puñal, una corona de flores, un arco de triunfo, el creciente de la luna, el monte Meru y muchos otros que prueban la fecundidad de imaginacion de aquellos fanatizados sectarios.

Como resúmen podemos decir que el culto de Buddha es un culto dado al hombre más bien que á Dios; no obstante, en llegando á tomar el carácter de culto, debe por necesidad rodearse de elementos religiosos que son los que forman la verdadera existencia de todos los cultos sean los que fueren.



La historia interior del buddhismo se encuentra consignada en sus libros sagrados y en los Sínodos buddhistas.

El primero de estos se celebró inmediatamente despues de la muerte del mismo Buddha, y se comenzó en él la coleccion y redaccion de los libros sagrados. La duracion de este sínodo fué de siete meses y su objeto principal era recoger y redactar las enseñanzas dogmáticas de Buddha. Llámase

comunmente el sínodo de los Quinientos por el número de sus asistentes, ó de los *Sthavira*, porque solo se compuso de los discípulos inmediatos de Buddha.

Celebróse el segundo sínodo en tiempo del rey Calacoka, uno ó dos siglos despues de la muerte de Buddha, dando motivo para su celebracion algunos abusos de disciplina que se habían introducido en el Mahayana-Vihara.

La historia de las religiones nos manifiesta siempre el abuso, la relajacion, la necesidad de reformas, á lo ménos en la parte disciplinaria, al poco tiempo de sus fundaciones. La naturaleza humana es amiga de la novedad, y el carácter de fijeza y estabilidad que deben tener las religiones, repugna siempre al espíritu tornadizo y versátil que es el distintivo de la miseria humana. La misma religion del Crucificado no se ha visto libre desde el sacrificio del Gólgota de novadores, herejes y partidarios de reformas que le han causado hondas y profundas heridas, que no ha cicatrizado aún y que durarán probablemente miéntras dure ella, y como la religion de Buddha, ha recurrido, desde sus primeros días, á los sínodos, para reparar los males ocasionados á su existencia, fijando, determinando y definiendo en ellos su doctrina.

Diez acciones prohibidas hasta la fecha de la celebracion del segundo sínodo buddhista fueron restablecidas á su primera disciplina. Por la curiosidad que excitan, y por la medida que nos acusan de la civilizacion india, las ponemos á continuacion, á fin de que nuestros lectores juzguen por sí mismos de la diversidad de creencias en los distintos pueblos de la humanidad y mediten con alguna detencion en la lástima que inspira el hombre entrado en las sendas del error y de las supersticiones.

Las diez acciones prohibidas anteriormente y que la relajacion había declarado lícitas son:

- Conservar la sal más de diez días.
- Hacer una comida despues de la del mediodía.
- Tomar fuera del Vihara lo que está prohibido en él.
- Cumplir ciertas acciones santas en su casa y no en la sala de los ayunos.

Emprender una accion cualquiera sin la autorizacion de los superiores.

Faltar á la ley sin poder apelar al ejemplo de un superior.

Tomar suero despues de la comida.

Usar bebidas embriagantes.

Tener alfombras suntuosas para sentarse.

Llevar alhajas de oro ó plata.

Este sínodo duró ocho meses y se llamó el de los Setecientos. Esta revolucion disciplinaria fué el único cisma que se presentó entre los buddistas en el siglo siguiente al de la muerte de Buddha.

El tercer sínodo se celebró 246 años ántes de Jesucristo con motivo de los cismas nacidos en los vihara. Despues del último sínodo habían nacido diez y siete sectas. Los brahmanes habían fomentado en parte estas sectas heréticas, pero cuando el rey Azoka les retiró su favor, reconocieron exteriormente la religion de Buddha y se introdujeron en los vihara.

El cuarto sínodo se reunió bajo la proteccion y por iniciativa de Kanichka, rey nuevamente convertido, que, de enemigo y perseguidor se hizo amigo y protector del buddhismo. El motivo de reunirse este sínodo fué que un monje del convento de Mahadeva en la Cachemira se hacía pasar por la encarnacion del dios de la muerte, Mara, desfigurando ademas la religion con multitud de prácticas mágicas ajenas á la misma. Este sínodo completó la coleccion de las doctrinas últimas y determinó definitivamente el dogma. Á propósito de esto dice una relacion auténtica « que todas las palabras de Budda fueron entónces redactadas, y que se adoptaron como su verdadera é infalible doctrina las cuatro partes principales y originales, y las diez y ocho subdivisiones que de él se habían deducido. » Por lo visto, se fijó definitivamente el cánon de sus libros sagrados, y se determinaron exactamente los dogmas y los puntos principales de la moral.

El buddhismo, como todas las religiones, ha tenido contra de sí heregías que le han minado en su misma esencia. La de los Vaitalya que apareció en Ceilan, en el siglo tercero despues de Jesucristo, profesa como error principal la creencia en los Bhuta ó espíritus malignos, el culto que les da, con otros desaciertos á cual más groseros.

*
* *

Conocidos ya los principales caracteres de lo que podríamos llamar vida interior del buddhismo, no estará fuera del caso una ligerísima noticia de la historia exterior del mismo.

La religion de Buddha que, en sus principios, no se extendió fuera del mismo lugar de su nacimiento, no tuvo verdadera importancia en la historia del mundo hasta la época de la celebracion del tercer sínodo, bajo el rey Azoka, en el siglo tercero ántes de Jesucristo, en el cual resolvió extender la doctrina de Buddha en los países circunvecinos por medio de misioneros. Los reyes de Magadha fueron los protectores del buddhismo: celebráronse tres sínodos en sus ciudades principales y bajo su proteccion y de su reino partieron todos los esfuerzos hechos para conservar la doctrina libre del error y legarla intacta por herencia á la posteridad.

Para que no falte ningun rasgo de semejanza entre el buddhismo y las prácticas adoptadas en ciertos países cristianos, veremos que el rey Azoka, el del tercer sínodo, para dar más estabilidad y duracion á los resultados de los trabajos de predicacion de los misioneros, y á fin de proteger en general á la nueva religion bajo todos conceptos, instituyó un cargo especial que fué el de los superiores de la ley, parecido al de los inquisidores en España. Esos superiores de la ley estuvieron dotados de poder ilimitado, tuvieron el encargo de vigilar la propagacion y cumplimiento de la ley entre los que no eran ni brahmanes ni buddhistas. Véase pues que sus funciones, ó, mejor dicho, su poder no llegaba tan allá como el de los miembros del Santo Oficio. Los deberes de esos superiores de la ley consistían en favorecer de un modo especial á los nuevos creyentes ó convertidos, y extender su celo de proselitismo á los pueblos que no pertenecían al imperio de Azoka.

*
* *

Tócanos ahora tratar de un punto espinosísimo que quisiéramos evitar, y lo haríamos gustosos, si este acto no debiera interpretarse por una cobardía que jamás hemos experimentado. Siempre hemos tenido, y demostrado, el valor de nuestras convicciones religiosas y científicas, y no hablamos de las políticas, porque, por una rarísima excepción en estos tiempos, no hemos tenido, ni podemos tener, ninguna convicción política, porque amamos demasiado á nuestro patrio suelo, para poder pertenecer á ninguno de los partidos que alternativamente lo destrozan y deshonran, siendo para nosotros un enigma indescifrable que haya un hombre honrado y pertenezca á un partido político, sea el que fuere, de los muchos que forman ya la jerga de lo que se llama bandería política.

Dicho esto para satisfacción nuestra y tranquilidad y regla de conducta para los que se devanen quizás los sesos por indagar ó saber á qué fracción pertenecemos, cuando no somos más que hijos de nuestra pobre y deshonrada patria, desgarrada tristemente por la fiera llamada política, atizada por hijos suyos mal nacidos, abordemos de frente la espinosa cuestión que nos amedrenta.

¿Tiene el buddhismo relaciones con el cristianismo?

¿Hay en el cristianismo semejanzas con el buddhismo?

Hablando con nuestra franqueza habitual, confesaremos que sólo vamos á tratar estas preguntas, rozándolas como si fueran ascuas. Las tememos, y creemos ser nobles confesando nuestro temor. Verdad que conocemos nuestra insuficiencia para hablar de esto como se requiere, pero cabalmente esta insuficiencia produce nuestro temor.

Es muy común objetar el parecido que á primera vista presenta el buddhismo con el cristianismo, como para deducir la prueba de que este tiene secretamente su origen en la doctrina de Buddha; pero además de que esto

lo dicen sólomente los enemigos declarados ó encubiertos del cristianismo, débese notar además, reflexionándolo desapasionadamente, que la semejanza es más aparente que real, ya se examinen las dos doctrinas en sí mismas, ya se consideren los dos cultos.

El ateísmo es el fundamento, la base de la doctrina del buddhismo, y nadie podrá probar que el monoteísmo puro, tal como lo predica el cristianismo, sea anterior á Jesucristo, excepcion hecha del pueblo hebreo, custodio de la religion y de las tradiciones teistas.

No olviden nuestros lectores que hablamos de doctrinas y no de *doctores*. En cuanto á la semejanza de las dos doctrinas, estamos nosotros decididamente por la negativa absoluta, sin vacilacion, ni concesion de ningun género, y si se nos objeta que la India ha conocido la trinidad, contestaremos que esta idea, como muchísimas otras, segun ya lo hemos dicho en más de un punto hablando de la India, debe su origen á las tradiciones del comienzo del mundo, como podemos probarlo, y además que dichas ideas, más que á la religion, pertenecen á las escuelas filosóficas con un origen posterior al cristianismo, con lo cual queda destruído por su base el argumento. Además, los errores de los maniqueos y aún de los gnósticos demuestran al ménos entendido en materias teológicas que la monstruosidad de la especie de union hipostática, forjada por la imaginacion india, distaba inmensamente de la idea de la trinidad del cristianismo.

Pero, se nos objetará una vez más, ¿cómo explicar esas analogías? ¿no es, acaso, una de aquellas raras casualidades que la crítica severa se negará fundadamente á admitir?

Para contestar de una vez á todas las preguntas por el estilo, permítansenos fijarnos en un solo punto de las diversas teogonías que forman la fe religiosa de casi todos los pueblos del universo: una vírgen madre.

« En efecto, dice un reputado escritor, recórranse desde el norte al mediodía y desde el poniente á la aurora las diversas regiones del globo; regístrense los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Vírgen madre en el fondo de casi todas las teogonías. »

Y así es. Muy poco versado estará en la materia cualquiera que niegue la existencia de este hecho. ¿Cómo explicarlo, pues?

Distingamos otra vez entre la doctrina y los doctores, y digamos resueltamente, y sin temor de que se nos tache de crédulos ó fanáticos, que «no es un efecto casual que el misterio de la encarnacion de un Dios en el casto seno de una vírgen sea una de las creencias fundamentales del Asia; no es un efecto casual que las mujeres privilegiadas que llevan en su vientre esta emanacion de la divinidad sean siempre puras, hermosas, santas, y tan semejantes entre sí, que podría creérselas vaciadas sobre un tipo remoto que nos oculta la noche de los tiempos; no es un efecto casual que un rayo de luz una la Naturaleza divina á la humana naturaleza. . . . Esas nociones que llevan el sello de las épocas primitivas se remontan evidentemente al nacimiento del mundo. Los patriarcas antidiluvianos, esa cadena de ancianos que vivían la edad de los cedros, queriendo formarse una idea de la mujer entre todas bendita, cuyo alumbramiento prodigioso debía salvar al género humano, se la retrataron bajo la imágen de Eva ántes de su caída: atribuyéronle una belleza majestuosa y santa que no podía producir en el alma de los hijos de los hombres otro sentimiento que el de una religiosa veneracion: convirtiéronla en una amable estrella de dulce luz, misteriosa, casta y velada, cuya aparicion debía preceder á la del sol de justicia. Los medios por los cuales hace descender Dios la fecundidad en este seno virginal, concuerdan de una manera chocante con las ideas madres que dominan en las teogonías de los pueblos del mundo. Echad una ojeada sobre las religiones antiguas, en todas vereis el fuego sagrado; y el fuego era, segun la opinion de los magos, el emblema terrestre del sol, y el mismo sol no era otra cosa que la morada del Altísimo y la tienda de Adonai-Jehová, decían los hebreos que habían conservado esta idea primitiva con el depósito de la fe de Abel.»

Como este hecho, encontramos muchos otros en las tradiciones religiosas de todos los pueblos cuya explicacion se hace imposible, si no se admiten tradiciones primitivas de un solo y mismo origen; y, sin embargo, la lógica se impone con rigurosa inflexibilidad.

Veamos otras tradiciones.

« Los indios, los chinos, los peruanos y hasta los hurones—dice un publicista—reconocen que el primer hombre fué formado de la tierra. Los brahmas, que hacen una pintura encantadora de su *chorcam* ó paraíso, ponen en él un árbol cuyos frutos, si fuese permitido comerlos, darían la inmortalidad. Los persas refieren que Ahriman, el genio del mal, sedujo á nuestros primeros padres bajo la forma de una culebra. La historia de la mujer seducida al pié de un árbol, de la cólera de Dios y del primer fratricidio era tradicional entre los iroqueses. Los tártaros atribuyen nuestra caída á una planta dulce como la miel y de una hermosura maravillosa; los thibetanos á la falta de haber gustado de la peligrosa planta llamada *schimæ* dulce y blanca como el azúcar: por este fruto fué revelado el conocimiento del estado de desnudez. La tradicion de la mujer y de la serpiente era igualmente conocida en Méjico..... »

Hemos hecho—por aficion—especiales estudios acerca de la concordancia de las tradiciones religiosas que se encuentran en los distintos pueblos cultos y salvajes del globo, y podemos asegurar á nuestros lectores que siempre nos ha asombrado el fondo de unidad que domina en todas ellas. ¿Sería debido esto á la casualidad? Nuestra candidez no es tanta que lo consienta.

En esta cuestion, como en otras muchas, especialmente religiosas, se involucran factores heterogéneos que no pueden conducir á un producto homogéneo: este es el defecto que no se sabe, ó no se quiere evitar. Fijémosnos en el dogma cristiano, recordemos su historia, prescindamos de sus representantes, y el problema quedará tan simplificado, que más no podrá serlo. El dogma es puro, su doctrina sublime ¿á qué fijarnos en los defectos, ni en los vicios, que los tienen grandes, muy grandes, los encargados de sostener aquél y de predicar ésta?

No tratamos de captarnos la amistad de unos hombres determinados, ni tememos la enemistad de otros que no debemos nombrar: solo tratamos de decir la verdad á unos y otros, porque por sobre de todos ellos está nuestra conciencia. Si la doctrina que arranca del Gólgota no tiene entre los hombres el aprecio que su divinidad se merece; si no se tocan en toda la tierra

los grandiosos resultados que eran de esperar de ella; si hay quien se atreve á decir que el cristianismo toca ya á su término para ceder el puesto á otras doctrinas, no se culpe de ello á la doctrina en sí que es irremplazable, única que puede hacer llevadera al hombre la vía dolorosa en este destierro llamado mundo; cúlpese sí, pero mucho, á los que no están poseídos del espíritu de abnegacion y sacrificio de los doce discípulos del Crucificado que, allí, en la cima del Gólgota, á la sombra protectora de la cruz tinta aún en sangre del divino mártir, tendiendo la vista á todo el inmenso horizonte del globo que su celo les presentaba en lontananza, hicieron el voto de dar sus vidas por la propagacion de la doctrina de su maestro sin más ambicion que las fatigas y sudores, sin más esperanza que el martirio, sin más anhelo que el bien de sus hermanos, con entera y completa renuncia de todo goce, de toda satisfaccion, de toda recompensa, con entero y completo sacrificio de todas sus pasiones y afectos mundanales. Reaparezcan los apóstoles en el mundo, renuncien á los regalos de una vida ociosa, prediquen más con el ejemplo que con las palabras el Evangelio, sean fieles imitadores y discípulos de su Maestro, vivan para el cielo y mueran para el mundo, y aún habrá hombres que lo abandonen todo por seguirles, aún habrá mártires que con su sangre fecundicen los campos de Cristo, aún se abrirán nuevas catacumbas, y se ostentará lozano y frondoso el árbol del cristianismo seco ahora y carcomido y parecido á la higuera del Evangelio destinada al fuego. Quizá se nos diga que no tenemos mision de Dios para hablar con este lenguaje, y que no es nuestra voz la autorizada para predicar estos sermones, y se nos aplique lo de *mædice, cura te ipsum*. Harto lo sabemos, y como prueba de que no lo ignoramos, salimos nosotros al encuentro de la objecion, diciéndoles á los aludidos que esos son *distingos* que no sacan del atolladero y que hacen escapar por la tangente, y que ahí están las vidas de los santos—que conocemos como el primero—diciéndoles que no llegaron á la region celestial siguiendo el camino que ellos siguen. *Durus est hic sermo*, decía ya su divino Maestro en una ocasion solemne: *durus est hic sermo* les repetimos ahora nosotros, como lo es para cualquiera persona decirle las verdades que no le gusta oír, y sepan que no quiere más á un

enfermo ni á un niño mimado quien les otorga cuanto piden sin contradecirles en lo más mínimo, que quien les niega sus peticiones, contrariándoles, no por el placer de oponérseles, sino por el buen deseo de su salud, y buena crianza.

Basta, por ahora, de esta materia, que sobradas ocasiones se nos presentarán para insistir en ella, dándole toda la extension que su importancia requiere, y vivan persuadidos nuestros lectores, pese á quien pese, de que ni morirá el catolicismo miéntras exista el mundo, ni continuará tampoco el actual órden de cosas existente donde deba florecer, porque si bien es verdad que el catolicismo no perecerá, lo es tambien que no hay nada definido acerca de los puntos del globo donde debe existir, como nos lo acreditan de consuno la fe y la historia (1).

Las consideraciones á que nos llevaría la comparacion de las semejanzas entre la religion cristiana y la de Buddha, nos harían entrar en un terreno que, si bien grato para nosotros, no correspondería totalmente al carácter dominante de nuestra obra; no extrañen pues nuestros lectores que dejando aparte lo que se nos ocurre acerca del pecado original, extraño al buddhismo, y de la idea de un Salvador que tampoco pertenece al buddhismo tal como la comprende el catolicismo; prescindiendo de lo concerniente á la moral del buddhismo y á la cristiana; dejando aparte lo relativo á las formas exteriores de ambos cultos, y á cuanto pudiera alegarse, respecto del

(1) Al corregir las pruebas de este pliego, encontramos el siguiente suelto en el *Diario de Barcelona* del 20 de setiembre de 1881.

« Leemos en una correspondencia de los Estados Unidos: «Habiendo sabido los americanos que el Papa tenía intencion de salir de Roma, donde se halla prisionero y privado de garantías necesarias para la seguridad de su persona y el ejercicio de su ministerio, se han apresurado á ofrecerle un asilo. El *Herald* dice que en ninguna parte será más libre ni más respetado que aquí, y que no serán sólo los católicos, muy numerosos por cierto, los que le recibirán con entusiasmo, sino que los protestantes serán los primeros en felicitarle por su venida. Si quiere una ciudad exclusivamente suya, se le construirá; y ya que el Antiguo Mundo no quiere religion ni Papa, la América se considerará dichosa al ofrecer hospitalidad al Jefe de la Iglesia, miéntras las circunstancias no le permitan volver á Roma. Esta idea parece quimérica, pero dada la situacion de Europa ¿quién nos responde que no se realizará?»

Hace ya mucho tiempo que la América del Norte parece destinada á grandes sucesos religiosos. El suelto anterior apoya lo dicho por nosotros. Nuevamente lo repetimos: la fe no desaparecerá del mundo, pero es casi seguro que abandonará los países europeos. ¡Ay de los ministros que hayan contribuido á trasladar el Vaticano á la nueva Roma que le construyan los fieles americanos! La historia habla de más de una traslacion de la silla apostólica; pero ¡ay del día que la navecilla de Pedro surcara la inmensidad del Océano, porque no creemos que regresara á la ciudad de las siete colinas, abandonada á sus destinos como toda la Europa!

sacerdocio y sacrificios, y aún de las preces, no podemos ver ni debemos hallar en el buddhismo más que formas inspiradas por la naturaleza en los que se aproximan más á la verdadera religion, miéntras que en el catolicismo debemos descubrir algo más que el resultado de la casualidad y de la arbitrariedad.

*
* *

Pasando á otro órden de consideraciones y debiendo terminar el somero estudio que hemos hecho de la civilizacion india en sus épocas primitivas, y en sus diversas manifestaciones, veamos ahora, valiéndonos de autores modernos, lo que nos dicen sus adelantos actuales comparados con su industria antigua.

En estas regiones consagradas al culto del sér, de lo eterno y del infinito, parece tenerse al tiempo por nada.

Á pesar de muchísimas revoluciones, han cambiado poco el teatro y el actor.

El lujo es igual como lo es la naturaleza. Los mismos pájaros, centelleantes con mil fuegos, ostentan sus colores tan brillantes como matizados. La piel de las fieras, igual á los más soberbios tejidos, presenta al trabajo humano la misma materia ó el mismo modelo. Los mismos bosques gigantes exhalan los penetrantes aromas, cuya quintaesencia recoge el lujo.

Tambien son iguales los dones de la raza. Siempre se ve la misma delicada tenuidad, flexible, de infinita destreza en la ejecucion de verdaderas obras maestras de paciencia y gusto.

¿Quién sería capaz de decir la hora en que nació este arte maravilloso de mezclar en un tejido brillante y matizado los tonos dulces y los violentos en inefable armonía?

De esta manera se han sucedido unos siglos á otros, unas generaciones de conquistadores han reemplazado á otras, y, no obstante, la India no ha cambiado. Los rajáhs de nuestra época recuerdan las relaciones que hacen

los historiadores acerca del fasto de Poro y Túxilo. Como estos reyes contemporáneos de Alejandro, introducen su lujo en las armas, arneses, adornos de oro ó de marfil y gran número de los elefantes.

En nuestras exposiciones de la industria, el lujo de los rajáhs de la India moderna está representado por las copas, los cofrecillos, las armas, los utensilios de jade, amatista, cristal de roca, incrustados de arabescos de oro, rubíes y esmeraldas, de extraordinaria perfeccion.

Excepcion hecha de algunos pormenores es el mismo lujo de los rajáhs de otros tiempos, cuyos palacios, jardines y azoteas podían verse tambien, algunos miles de años há, no muy diferentes de los que nos ha puesto á la vista la fotografía inglesa.

El arte indio, puesto al servicio de un lujo escogido, continúa siendo un arte aparte por esta admirable fidelidad á sí mismo, y á sus leyes primitivas. No tiene la extravagancia del gusto chino, ni la regularidad griega y romana, ni la vulgaridad moderna. Lleno de gracia y de sencillez en la cerámica, ha desplegado en él curvas onduladas, suaves y flexibles como los movimientos de una serpiente: y ¿qué no podría decirse, si fuera este el lugar de insistir, acerca de estas maravillas ligeras de una composicion tan fácil en apariencia?

¿Dónde está el arte europeo que iguala á los tejidos matizados con mil colores, las muselinas bordadas de oro, los rebocillos brillantes con el más exquisito gusto, los tapices de mesa esmaltados de flores, y los pañuelos de odaliscas, en los que se encuentran todos los matices que la naturaleza ha prodigado en las alas de la mariposa?

«Diríase, escribe un autor colorista, que el lujo indio ha querido empeñar una lucha directa con el sol, tener un duelo á muerte con la devoradora luz de su cielo abrasado; intenta llenar con igual esplendor en este diluvio de fuego; realiza las maravillas de los cuentos de hadas; fabrica telas del color del tiempo, del color del sol, del color de la luna, metales, flores, pedrerías, reflejos, rayos, relámpagos, y lo mezcla todo en su paleta candente. En un tul de plata hace palpar alas de cantáridas, esmeraldas doradas que parecen volar aún. Con los elitros de los escarabajos compone follajes

imposibles para flores de diamantes. Aprovecha el rizo leonado de la seda, los matices de ópalo del burgano, los ondeados espléndidos del oro azul del pavo. No desdeña nada, ni siquiera el bricho, con tal que despida su brillo, ni tampoco el cristal, miéntras sea reluciente. Es preciso que brille á toda costa, que resplandezca, que luzca, que lance rayos prismáticos, que sea flamígero, deslumbrador, fosforescente. Es preciso que el sol se confiese vencido (1).»

Del mismo autor es la siguiente descripción que dará á nuestros lectores una idea de la industria actual en las regiones indias.

«Lahore ciñe alrededor de sus lomos un cinturón de torres y fortificaciones de un estilo edad media orientalizada. De ese fondo sombrío se lanzan, como de palos de marfil, los minaretes de las mezquitas y las agujas floridas de las pagodas hechas de alabastro ó de mármol. En las calles estrechas pulula una población innumerable, extraña y pintorreada como un sueño; formas que creíamos desaparecidas con la edad media, reviven allí con esplendor oriental. Á cada instante pasan largas cabalgatas de caballeros sykes, caravanas de camellos, hileras de carros dorados tirados por bueyes gibosos. Las débiles galerías resplandecen como dípticos entreabiertos, dejando ver, bajo formas humanas, chorros de pedrerías y reflejos de brocado. Las bayaderas y las cortesanas, cargadas de anillos, brazaletes, pendientes, joyas, cascabeles y lentejuelas, sonrien á los transeuntes y mezclan sus risotadas con los cacareos de las gallinas y de las aves encerradas en jaulas. Los elefantes, con sus ricas gualdrapas, pasan, ensanchan con las ancas las calles demasiado estrechas y se llevan con el lomo los arcos demasiado bajos ó arruinados (2).»

«Sería cierto, continúa diciendo el autor á quien seguimos aquí, que nuestro gusto occidental estuvo en vías de alterar esta incomparable perfección por necias exigencias? Jueces expertos han podido notar más de un síntoma perjudicial de esta decadencia. Tratándose de varios de estos produc-

(1) T. GAUTIER.—EL ORIENTE en la *Exposición*.

(2) *Id.*—*Id. id.*

tos exquisitos, de los hermosos chales de Lahore y de Cachemira, han notado las sensibles influencias de nuestros comerciantes y de nuestros dibujantes. Sería esto un raro efecto de nuestros cacareados progresos? Sería un crimen contra el arte corromper el gusto del Oriente, empañar, falsificar el vivo y justo brillo, romper las armonías de color, tomadas de los juegos de la luz y de los vivos modelos de las aves, de los insectos, de las flores bajo del cielo indio? Presuntuosos emancipados, sujetémonos más bien á la escuela de esas bellezas tan puras. Reproduzcámoslas si podemos, y sino, continuemos gozando de ellas pidiéndolas al comercio; guardémonos de poner la mano en ellas por empresas sacrílegas de un gusto móvil, equívoco, que, só pretexto de civilizacion, no haría aquí más que traer la barbarie.»

*
* *

Por lo expuesto hasta ahora, no cabe ningun género de duda que el pueblo indio fué en la antigüedad más civilizado que no lo es actualmente, segun se desprende de sus monumentos literarios y arquitectónicos. Tienen gran número de templos en todos los puntos de la India, entre los cuales los hay muy notables por lo tocante á la arquitectura. Bien es verdad que se distinguen por su pesadez y sobra de adornos, pero cúlpese de ello á su engorrosa y embrollada mitología de la que son expresion fiel. Á pesar de esto, atraen á los peregrinos de todas las comarcas de la India. En el Indostan y en el Dekham existen templos, palacios y pirámides que pueden presentarse como modelos, ya que no de gusto, á lo ménos de paciencia á la vez que de magnificencia.

Tratando de literatura, son abundantes, como lo hemos visto, sus obras buenas de moral y de poesía. No hay europeo medianamente instruído que no haya leído su rica perla el drama de Sakontala, de que hablamos en el capítulo anterior, y sus fábulas de Bidpai valen tanto ó más que las mejores de Esopo. Este género de poesía no pudo nacer espontáneo sino en un

país donde se cree en la trasmigración de las almas y que estas pasan además á animar el cuerpo de los brutos.

La inactividad es proverbial entre los indios. Llevados de su natural indolencia, no sienten apénas más necesidad que la del reposo. Su sobriedad y moderación hace que no lleven otro vestido que un simple tejido de lienzo ó algodón, sin más vivienda que una cabaña de bambúes cubierta con hojas de palma, siendo el arroz y el agua su principal alimento. Los ricos ostentan en su casa todo el lujo de los pueblos orientales, acostumbrados como están á las comodidades de la vida. Al efecto mantienen muchísimos esclavos, visten ricos trajes cubiertos de oro, plata y bordados, tienen aposentos pintados y dorados y usan esencias y perfumes preciosos. Las mujeres participan de las aficiones de sus maridos y viven completamente inactivas. Desde la antigüedad más remota han sido comunes los más refinados afeites entre la coquetería india. Ya en tiempo de Alejandro gastaban profusión de perlas, diamantes y otras piedras preciosas, llevaban ricos anillos, móviles y sonoros hasta en la nariz y en los piés, añadiendo á todos estos atractivos el más poético y bello de miles de flores naturales y de plantas olorosas. Los aposentos actuales de las mujeres indias ricas respiran un voluptuoso descanso; murmura en ellos el agua fresca formando cascadas si es que no se derrama por conchas de mármol, y el pavimento está cubierto de riquísimas alfombras, de que están asimismo adornadas las paredes y forradas las puertas.

Parece que esta vida muelle y regalada debiera enervar los caracteres. Para probar lo contrario, y á pesar de ser muy conocida la historia que vamos á narrar, no sabemos resistir á la tentación de copiarla, por los bellos rasgos que encierra y para amenizar el final de este capítulo que debemos terminar.

Reinaba Zimeth en el principado de Tchittora, en el tiempo en que Akbar ocupaba el trono de Delhi, y la fama pregonaba por todas partes la hermosura de Padmana, esposa de Zimeth, como muy superior á la de todas las bellezas de la India. El gran Mogol hizo manifestar al príncipe de Tchittora la necesidad de que se le sometiera como vasallo cediéndole la so-

beranía de sus estados, á ménos que prefiriera cederle la princesa, su esposa. Habiendo rechazado Zimeth una proposicion tan injuriosa, pónese el gran Mogol en camino con un ejército de doscientos mil hombres y pone sitio á la capital de Zimeth, situada en un peñasco poco ménos que inaccesible; pero la resistencia de los sitiados fatiga á los sitiadores, y la falta de víveres, les obliga á retirarse. Deseando, sin embargo, Akbar valerse de uno de los infames ardidés nunca reprobados por la política oriental, envía un heraldo á Zimeth, le declara que admirado de su heróico valor está contento con retirarse si puede conseguir la amistad de un príncipe tan animoso, y añade que para poner el sello á esta alianza desea ir con una insignificante comitiva á visitarle en su palacio. La hospitalaria magnificencia con que se ve recibido conmueve su alma naturalmente generosa, pero no tarda en concebir un funesto capricho que da al traste con semejantes impresiones, y pide como una gracia que se le permita contemplar sin velo y por un breve momento á la hermosa princesa á quien admira todo el Indostan. El pudor de Padmana rechaza esta demanda, pero la política de Zimeth le obliga á acceder á ello. La vista de la princesa inflama de nuevo el corazón del gran Mogol, que, en consecuencia resuelve llevar á cabo el inicuo proyecto que le había inspirado la venganza. Acompañale Zimeth á algunos pasos fuera de la fortaleza, y al ver que toda la comitiva de Akbar se reduce á unos cuarenta cortesanos, el príncipe de Tchittora se hace seguir sólomente por unos cuantos oficiales.

Llegado el momento de separarse, quítase Akbar del cuello un enorme collar de perlas que ocultaba un cordon de seda, pone personalmente el collar al cuello de Zimeth, y mientras éste le está dando las gracias con entusiasmo, tira del cordon y arrastra al desgraciado príncipe haciendo asesinar ó dispersar al propio tiempo á su escasa comitiva.

En la fuerza de una desesperacion imposible de describir, determina Padmana disimular, y cuando el gran Mogol, de regreso en Agra, manda ofrecerle la libertad de su esposo con tal que lo abandone para constituirse esposa del soberano de la India, ordena ella á su primera dama de honor que empiece por contestarle atentamente fingiéndose la interesada misma, y



ZIMETH MUERE HERIDO DE UNA FLECHA EN LOS MUROS DE TCHITTORA

beranía de sus estados, o al menos que prefiriera cederle la princesa, su esposa. Habiendo rechazado Zimeth una proposición tan injuriosa, pónese el gran Mogol en camino con un ejército de doscientos mil hombres y pone sitio á la capital de Zimeth, situada en un peñasco poco ménos que inaccesible; pero la resistencia de los sitiados fatiga á los sitiadores, y la falta de víveres, les obliga á retirarse. Deseando, sin embargo, Akbar valerse de uno de los infames ardides nunca reprobados por la política oriental, envía un heraldo á Zimeth, le declara que admirado de su heroico valor está contento con retirarse si puede conseguir la amistad de un príncipe tan animoso, y añade que para poner el sello á esta alianza desea ir con una insignificante comitiva á visitarle en su palacio. La hospitalaria magnificencia con que se ve recibido conmueve su alma naturalmente generosa, pero no tarda en concebir un funesto capricho que da al traste con semejantes impresiones, y pide como una gracia que se le permita contemplar, sin velo y por un breve momento á la hermosa princesa á quien admira todo el Indostan. El pudor de Padmana rechaza esta demanda; pero la política de Zimeth le obliga á acceder á ello. La vista de la princesa inflama de nuevo el corazón del gran Mogol, que, en consecuencia resuelve llevar á cabo el inicuo proyecto que le había inspirado la venganza. Acompaña á Zimeth á algunos pasos fuera de la fortaleza, y al ver que toda la comitiva de Akbar se reduce á unos cuarenta cortesanos, el príncipe de Tebitorá se hace seguir sólo por unos cuantos oficiales.

Llegado el momento de separarse, quitase Akbar del cuello un enorme collar de perlas que ocultaba un cordón de seda, pone personalmente el collar al cuello de Zimeth, y mientras éste le está dando las gracias con entusiasmo, tira del cordón y arrastra al desgraciado príncipe haciendo asesinar á disponer al propio tiempo á su escasa comitiva.

En la fuerza de una desesperación imposible de describir, determina Padmana disimular, y cuando el gran Mogol, de regreso en Agra, manifiesta que desea la libertad de su esposo con tal que lo abandone para constituirse esposa del soberano de la India, ordena ella á su primera dama de honor que empiece por contestarle alagadamente fingiéndose la interesada misma.



Mr. Tarradés, Conas y C^{ta} Editores.

ZIMETH MUERE HERIDO DE UNA FLECHA EN LOS MUROS DE TCHITTORA.

prosiga con aquel monarca una correspondencia que debe terminar con el consentimiento absoluto de la princesa.

Entusiasmado Akbar, le insta con urgencia para que vaya á su córte; finge ella acceder á su demanda, y aprovechando la costumbre que hace enteramente sagrada é inviolable la silla de viaje de una mujer, envía á Agra á su dama de honor con una escolta de algunos guerreros de lealtad y valor á toda prueba.

Recibida la falsa Padmana como soberana, pide por escrito al gran Mogol que se le permita ir personalmente á anunciar á Zimeth su libertad; y apenas se abren á la supuesta princesa y á la comitiva las puertas del castillo, en donde estaba encerrado el príncipe, perecen asesinados el comandante y los principales oficiales, que entraron sin recelo en la prision de Zimeth. Bajo ningun concepto se atreven los guardias á registrar las sillas en que se lleva al príncipe prisionero, que á poca distancia encuentra caballos preparados de antemano, llegando felizmente á Tchittora con sus libertadores.

Aguardaba entre tanto el gran Mogol á su preciosa conquista en un palacio de verano, y enfurecido al saber la burla de que ha sido objeto, reúne un ejército numeroso y sitia de nuevo á Tchittora. Los dos partidos echan mano de todos los medios que pueden inspirar el odio, el valor y la venganza; resiste la plaza sitiada ventajosamente, preséntase con frecuencia en las murallas el mismo Zimeth, que es excelente arquero, y amenaza á la persona de Abkar. Manda éste construir una torre móvil para combatir desde ella á su rival con la misma arma, y abandonado Zimeth por la fortuna, cae herido de una flecha.

Habiéndose divulgado en el campamento la noticia cierta de la muerte del príncipe de Tchittora, envía Akbar algunos heraldos para ofrecer la paz á Padmana, y con su mano el trono del Indostan; pero los enviados encuentran únicamente las cenizas y los huesos calcinados de aquella leal esposa que, fiel á las costumbres indias, se había sacrificado voluntariamente arrojándose á la hoguera de su marido difunto. Desde entónces el gran Mogol procuró borrar la memoria de sus crueles amores prodigando mercedes y gracias á los habitantes de Tchittora.

Esta historia nos da una idea de la obstinacion con que luchan las mujeres indias por la independencia de su patria, sometida por los ingleses; pero la constancia, la astucia y el valor de que dan pruebas repetidas los indios nos está diciendo que un pueblo de tal temple no estará condenado por la Providencia á llevar siempre el odioso yugo de los extranjeros.

Los extranjeros, actuales dominadores de la India, bien lo saben nuestros lectores, son los codiciosos ingleses.

La actual civilizacion india se ha resentido mucho del yugo opresor que llevan impacientemente aquellos pobres pueblos explotados por el carácter mercantil de sus dominadores. Por lo que ya llevamos dicho se sobreentiende á lo ménos que la industria india no ha ganado nada, generalmente hablando, con el cambio de señores.

Si los indios, dice un autor caracterizado, han llegado á perfeccionar las manufacturas y llevarlas á un grado de belleza de que todavía estamos muy distantes, es por la combinacion y las felices mezclas de diferentes especies de algodón que convienen en fuerza, en flexibilidad y en sus variadas calidades, por el tejido de las diferentes muselinas, y por las reiteradas investigaciones y observaciones hechas por sus antepasados y trasmitidas de padres á hijos de una manera no interrumpida.

El algodón se cultiva en casi todas las comarcas de la India, y es tan lucrativo este género que hay países donde cada año da una sola fanega de terreno nueve quintales de algodón.

Los ingleses han generalizado el cultivo de la cochinilla, hasta el punto de que forma ya un artículo de comercio.

En los montes Ghattos crece en mucha abundancia el palo de sándalo que el comercio aprovecha de muchas maneras, especialmente en troncos y tablas para la fabricacion de muebles de escaso volúmen, en virutas para los tintes, en polvo para quemar con el incienso, y tambien extraen de él una esencia preciosa á la que atribuyen los indios cualidades muy saludables.

El opio y la pimienta constituyen tambien dos ramos importantísimos de comercio que atraen grandes sumas de dinero al país; pero el comercio de importacion queda actualmente en manos de los ingleses. Los géneros prin-

cipales que lo constituyen son: vinos, aguardiente, paños, terciopelo, hierro, plomo, armas de fuego, frutas secas y dulces, corales, etc., etc.

La riqueza del territorio indio la ha convertido en objeto de codicia para las demas naciones. Sus habitantes han sido en todas épocas de los más pacíficos y suaves del globo, y, de consiguiente, víctimas de los conquistadores atraídos por el cebo tentador de las riquezas.

No podemos seguir la historia de las alternativas de la conquista de la India desde sus tiempos más remotos hasta la actualidad; porque tampoco nos daría una idea exacta, ni aproximada siquiera de las vicisitudes de aquella civilizacion tan cambiada y maltratada por el mercantilismo ingles que todo lo materializa y bastardea á trueque de un puñado de oro, único dios y única religion ante los que se postra rendido y humilde aquel pueblo de comerciantes y señores feudales.

El poderío ingles lleva en su seno propio el gérmen de muerte que habrá de acabar finalmente con su dominacion orgullosa en la India. En vano inspirados los conquistadores por una política más astuta que humana, han procurado conservar á sus conquistados sus antiguas leyes civiles, regularizar la distribucion y el cobro de las contribuciones, y sostener otros procedimientos por el estilo. No obstante estas y otras muchas consideraciones con que los ingleses tratan á los indios; no obstante sus increíbles esfuerzos á fin de que sean respetadas las leyes de Manú, reanimando ademas el estudio de los libros sanscritos, jamas podrán los indios olvidar en su orgullo é intolerancia que los ingleses son unos extranjeros, políticos más ó menos hábiles, pero, al fin, dominadores suyos, que son para ellos gente sin casta, sin ley, y que comen carne de animales como lo hacen sus tan odiados parias.

El espíritu religioso sobreexcitado por la mala direccion impresa á las predicaciones protestantes, ha producido en todos tiempos, desde la conquista, graves desórdenes, que los políticos ingleses consideran muy peligrosos y de terribles consecuencias para la conservacion de aquellas vastas posesiones bajo el dominio del pabellon británico.

La historia nos enseña que los sacudimientos religiosos son muy temi-

bles para los pueblos que los sufren, y si á estos se agrega el santo grito de la independencia, no hay poder que los resista si se repiten con cierta regularidad é insistencia. Un día es Sandrochetto quien á la voz de la religion y del honor subleva aquella poblacion inmensa para aplastar á los europeos y restablecer el trono de los monarcas indios; otro día es Nana-Saib, quien, como una aparicion legendaria tiene mucho tiempo en jaque todo el poderío ingles, humillando al leopardo británico acorralado ya por un puñado de fanáticos, y últimamente no les han faltado imitadores, á los cuales seguirán otros y otros, hasta que, debilitando el prestigio de los conquistadores, y fatigándoles, y haciéndoles insostenible su situacion en aquellas regiones, se unan á los mestizos, ambiciosos en su arrogancia de grandes derechos políticos, y acaben por restituir á su madre patria la preciosa independencia á que aspiran y que, no lo dudamos, conseguirán dentro de un plazo más ó ménos largo, ya por sí solos, ya auxiliados, aunque sea secretamente, por algun enemigo declarado ó encubierto de la preponderancia inglesa en aquellos lejanos países que nunca debieron ellos poseer.

Antes de abandonar la India, pero sin ánimo de dar nuestro voto en la materia, copiaremos lo dicho por un publicista acerca de la aparicion y existencia en Europa de una raza oriunda, segun parece, de aquellas remotas regiones, derramada en todas las naciones europeas actualmente y conocida entre nosotros con el nombre de gitanos.

« La primitiva tribu india de los *tzengaris*, dice Rienzi, es una subdivision de las diferentes tribus de parias ú hombres sin casta. Los *tzengaris* se llaman igualmente *vangaris* en la costa de Concan y de los *Piratas*, y *sukaliv* en la costa de Malabar; son nómadas, y de mí sé decir que he tenido ocasion de encontrar á menudo cuadrillas enteras á breve distancia de la antigua y magnífica ciudad de Bedjapur, como tambien en los alrededores de Baugalor, en Maissur, que nosotros llamamos Misora, por la costumbre que tenemos de adulterar los nombres orientales. Los *tzengaris* son generalmente de un color negruzco, y por esto los persas los llaman indios negros; pero por su religion, por sus instituciones, por sus costumbres y por su idioma difieren de las otras tribus indias. Los mahratas les dan el nombre de *sudas*

(rateros) y efectivamente, durante la guerra se entregan al pillaje, llevan provisiones á los ejércitos y los inundan de espías y de bailarines. En tiempo de paz fabrican unos tejidos groseros y hacen comercio de arroz, de manteca, de sal, de toddi, de calu, de arrac, de opio, de guraku, de pan, etc., siendo esportilleros que trasladan sus propias mercancías de un lugar á otro á carga de buey. Sus mujeres son bonitas y bien formadas, como la mayor parte de las mujeres indias, pero se abandonan á la más desenfrenada licencia. Los tzengaris suelen robar muchachas para venderlas en seguida, segun sus necesidades, á los naturales y á los europeos; y hasta se les acusa de inmolar víctimas humanas á los rakchasas ó demonios y comer carne humana. Casi en todas partes ejercen el oficio de tercería, y las mujeres dicen la buenaventura por dinero á los que van á consultarlas, á cuyo objeto golpean un tambor á fin de evocar al demonio, pronuncian en tono de sibila y con una rara volubilidad cierto número de palabras extravagantes, y despues de haber mirado el cielo y las rayas de la mano de la persona que les consulta, le predicen con gravedad el bien ó el mal que le reserva el destino. Estas mujeres hacen tambien pintarrajos y usan este talento con las mujeres indias dibujándoles estrellas, flores y animales en los brazos, picando los contornos de las figuras con un alfiler y frotando las picaduras con el zumo de las plantas, de la misma manera que lo he visto practicar en América, en la Oceanía y en otros países. Estos pintarrajos dejan una señal indeleble. Por lo demas, los tzengaris están dispuestos á ejercer cualquier oficio, segun las ocasiones; están unidos entre sí y viven en familia, no siendo entre ellos cosa muy rara que el padre y la hija, el tío y la sobrina, el hermano y la hermana vivan juntos y se confundan como brutos. Son recelosos, embusteros, jugadores, borrachos, perezosos y de todo punto iliteratos; desprecian la religion y apenas tienen otras creencias que las que infunde el miedo á los genios malos y la fatalidad.»

Por el interes de curiosidad que despierta una raza tan numerosa como diseminada y de costumbres tan distintas de los pueblos entre quienes vive, sin asimilarse nada absolutamente, ni aún el lenguaje puro, porque hasta en esto se hacen rehacios á la confusion, damos á renglon seguido una lige-

rísima noticia del origen de los que en España conocemos con el nombre de gitanos.

La tribu errante de los tzengaris ó vangaris, segun se les llama en la India, se formó, desde los tiempos más remotos, de los hombres sin casta expulsados de las tres tribus de que se componen los mahratas. Constituyen, por lo visto, un pueblo separado; no obstante su procedencia, viven independientes de la religion de Brahma y de las leyes de Manú, y andan diseminados en multitud de diversas comarcas del Indostan.

Es hasta cierto punto importante ver de fijar la época en que comenzaron los tzengaris á invadir los países vecinos al suyo, y derramarse entre las naciones europeas. No falta quien supone que su dispersion data de los tiempos de la conquista del célebre Timur, conocido más comunmente por el nombre de Tamerlan, y probablemente despues de la toma de la ciudad de Delhy que sucumbió el miércoles, 8 de enero de 1399 y fué saqueada en 17 del mismo mes. Á causa del degüello ordenado por Tamerlan, segun asegura Cherif-Addin, abandonaron muchísimas familias aquel desgraciado país; pero es lo más probable que los indios de las tres primeras castas no seguirían su ejemplo porque la religion, que observaban fanáticamente, les prohibía salir de él, prescindiendo aún de su profundo amor á su patria que les detendría en ella á riesgo de perder la vida.

Estos argumentos no militan á favor de los sudras y parias, y es muy creíble que no los detendría allí ningun vínculo, pudiendo hasta creerse que seguirían al bárbaro conquistador, pasando luégo á Egipto y á Turquía, continuando despues su dispersion al resto de Europa, donde los conocemos con los nombres de egipcios, zíngaros, bohemios ó gitanos.

Descendiendo los gitanos ó tzengaris de los mahratas, conviene saber algo de estos últimos.

Hace poco más de un siglo que la Europa sabe la existencia de este pueblo, desconocido en todos los mapas de aquella época, y que destruyó el imperio del gran Mogol, poseyendo hasta principios de este siglo el estado más grande de todos los libres de la India. Es descendiente de la última casta india, y se halla dividido en tres tribus que son: la de los arrenda-

dores, la de los pastores y la de los vaqueros. Su nombre originario es, al parecer, el de *Moha-Raschtra*, que significa los grandes guerreros. Las montañas de los Ghattos occidentales contenían una provincia de Mherat ó Mahrata que es el país natal de esta nacion, segun lo afirman algunos autores. Los mahratas estuvieron constantemente aliados con los piratas de la costa occidental, llamados tambien bandidos ó gamin.

Los mahratas, labradores y guerreros, carecen completamente de ideas literarias, hasta el punto de no tener ningun conocimiento de las letras, de modo que los brahmanes son los únicos encargados de la direccion de los asuntos políticos.

Los mahratas son de baja estatura y generalmente mal tallados; y su constitucion es muy notable, pues, como dice un autor contemporáneo, presenta una república militar, compuesta de rajhás ó gefes independientes unos de otros, á cuyo frente estaba el peichwa que se consideraba como el ministro del supremo rajhá, pero el poder de éste era meramente nominal. El peichwa poseía un territorio muy corto, sus rentas anuales consistían principalmente en contribuciones, pero no excedían de cuatro croros de rupías. En su corte eran hereditarios todos los empleos, y por esto los grandes dignatarios vejaban al pueblo, y especialmente las provincias conquistadas, arrancándoles enormes tributos.

Los estados de los mahratas eran de dos especies: los unos ocupados y regidos por ellos mismos, y los otros tributarios sólomente.

*
* * *

Seríamos interminables si debiéramos dar una ligerísima reseña siquiera de las manifestaciones de la civilizacion india que nos revelan sus edificios públicos, civiles y religiosos. Generalizando la cuestion diremos con un reputado autor: «No se puede estudiar el progreso de los edificios indios en atencion á que carecemos de la certeza histórica; ni aquel arte se encadena con el

de los otros pueblos. Los indios, meditadores tranquilos en un principio, dieron despues rienda suelta á su desordenada imaginacion, y siempre estuvieron sometidos á castas dominadoras. No encontrando en la naturaleza figuras y formas que bastasen á expresar los conceptos de su divinidad, idearon mitos extravagantes, gigantescos, múltiples; y sacaron de la mitología, perpetuada en magníficos y antiguos poemas, escenas variadísimas. No conocieron, sin embargo, ni la pureza del dibujo, ni las justas proporciones en la disposicion; tampoco se ve que en estas se ligasen á un sistema, como en Egipto; por lo cual sus fisonomías son más naturales, y sus actitudes y movimientos más variados. Los atributos, los trajes, el color, los accesorios, la accion, tienen significados particulares y permanentes; pero la union de los miembros y de los individuos es más moderada que en las recientes composiciones de los indios.

El que describió los templos de Salseta y de Elora, encontró que comparados con ellos nada son las pirámides; por el deterioro se ha calculado que llevan tres mil años de existencia, y más las siete Pagodas situadas en la costa de Coromandel, donde el mar llega al primer piso. Rode y Riem creen que tiene cinco mil años de antigüedad el templo de Sckalembon, con inscripciones en una lengua anterior á la sanscrita y con pinturas que serán acaso las primeras del mundo.

Estas obras eran ejecutadas por un vulgo servil, bajo el dominio de los sacerdotes; tanto que no se encuentra en ellas el elemento principal de las bellas artes; la libertad, y sí la paciencia: esta campea en los edificios arquitectónicos, ya estén fabricados en la roca, ya en la superficie de la tierra, siempre con masas gigantescas, y con hermosos adornos: á veces se construyó un templo entero en una sola roca. Pero el genio capaz de elevarse á los altos conceptos de la arquitectura, y de medir el ardor y las fuerzas segun el objeto, no se presentó. Aun dejando á un lado las ideas griegas, es preciso convenir en que en las fábricas indias no se encuentran jamas la simetría y la armonía de las partes; el sistema de adornar es bárbaro y confuso, como en todo país donde no se han sabido expresar los afectos internos del hombre y su exquisita belleza. Y cuando se ven algunos pormenores con-

cluidos con admirable delicadeza, y ciertas partes donde la sencillez llega hasta lo grandioso, mezclado luégo con una incorreccion irracional, se ocurre la idea de una nacion que llevó de fuera los primeros conocimientos, y no acertó despues á madurarlos é identificarlos con su naturaleza.»

Como coronamiento y para evitar la difusion, veamos lo que decía de la India inglesa el señor Castro y Serrano en el último número de su Revista *España en París*.

«Así como Inglaterra no se ha cuidado excesivamente de presentarse en París con la ostentosa profusion que puede y sabe, así ha tenido el empeño de siempre, porque sus numerosas y ricas colonias ocupen en el concurso el primer lugar sobre todas las del universo. Parece que la Gran Bretaña, echándosela de madre previsora y entendida, ha hecho gala de descuidar sus afeites propios para que resalten más los méritos individuales de sus hijas casaderas. En efecto, es opinion bastante acreditada ya entre los ingleses, que las colonias cuando llegan á la virilidad de su civilizacion, industria y comercio, pueden ir tomando estado segun se presenten los pretendientes, si no han de ser una carga pesada y un motivo de zozobras constantes para la metrópoli, que les dió el sér.—Cualquiera diría que Inglaterra ha traído á París sus colonias con ánimo de buscarles novio.

»Victoria y ambas Australias; Bahama, Barbada, Bermuda y Colombia; Guyana y Canadá; el Cabo y el príncipe Eduardo; Nueva Escocia, Ceylan, Honduras y Hon-Kong; Jamáica, Lebuan, Malta y Leeward; Natal y Mauricio; Nueva Brunswich y Terranova; Nueva Gales del Sur, Nueva-Zelanda, Queensland, Santa Elena, Vancouver, Trinidad y Tasmaina; la India, en fin; toda la numerosa prole del más engendrador de los pueblos antiguos y modernos, toda, ménos Gibraltar (para que hasta en esto sea España desdichada), han venido á París con unas galas, unas dotes y un fausto tan civilizador y potente, que volúmenes enteros no bastarían para enumerarlos y describirlos.

»La India sobre todas se ha mostrado tan esplendorosa, como lo indica el bosquejo de una de sus perspectivas que ofrecemos despues. Inglaterra ha querido mostrar á Europa que hay algo de calumnia en la acreditada es-

pecie de que allí se comercia y no se civiliza.— Junto á las riquezas naturales del Indostan y las artes indígenas de aquella antigua raza, las cuales por lo comun son tan extrañas como bellas, los ingleses exhiben un emporio de progreso y cultura á la europea que maravilla por sus proporciones. Las bellas artes, la imprenta y librería, el mobiliario, las telas, los minerales y piedras preciosas, los productos químicos, el té, el opio, el tabaco, el añil, el algodón, las féculas, los azúcares, las maderas, los aceites, todo amenaza en aluvion sobre el continente occidental para la apertura del istmo de Suez. El alarde de la India no debe pasar desapercibido para las demas naciones coloniales de Europa.

« Cuando Vasco de Gama descubrió á fines del siglo xv esa tierra de oro que se extiende hasta el Himalaya, no pudo calcular que ciento cincuenta años despues cuatro ingleses harapientos de Coramandel, que ocuparon el espacio de una legua cuadrada, habían de servir de base de posesion á un territorio de más de millon y medio de millas, donde se albergan y viven ciento ochenta millones de habitantes; ni que habían de erigirse á las riberas del Ganges ciudades de cuatrocientas mil almas, tan hermosas como las mejores de Europa; y mucho ménos que el estampido del cañon británico destruiría imperios como el de Delhy, y haría viajar por Occidente en busca de la civilizacion moderna á los representantes del misterio índico con quienes nos hemos codeado este año en París. »

*
* * *

Con harto sentimiento nuestro nos vemos precisados á terminar este capítulo de la India, sin poder abordar de frente, como desearíamos, las gravísimas y trascendentales cuestiones del papel representado en la historia religiosa del mundo por las razas arias y semíticas que corresponden de lleno á esta materia y á la parte del globo que acabamos de estudiar.

« La naturaleza de Dios no está enunciada en los *Vedas* de una manera dogmática y definitiva, dice un autor moderno; pero el Cristo está en ellos

de tal manera asimilado al principio comun de la vida y del pensamiento, que en las catacumbas se ven á menudo las almas de los muertos llamadas cristos y en el Evangelio segun san Juan es identificado el Cristo con la vida, la luz y la razon. El número y la variedad de las heregías, que fueron lo más frecuentemente las opiniones de iglesias todavía independientes unas de otras, prueban que la metafísica cristiana empleó varios siglos en elaborar sus fórmulas y crear los ritos particulares que debían ser su manifestacion en cada iglesia. Debemos consignar que las iglesias de Oriente han conservado en su metafísica una fuerte tendencia alejandrina y por consiguiente panteista, miéntras que la de Roma se ha aproximado más y más al semitismo, que descansa en la personalidad absoluta de un Dios separado del mundo. ¿Este hecho, que todo el mundo puede observar, ya que aquí abundan los libros, debe explicarse por una diferencia en las razas ó bien por causas particulares y por una reaccion de la organizacion política del clero romano acerca del dogma fundamental?»

No es posible encontrar más errores en ménos palabras. ¡Siempre lo mismo! Siempre el naturalismo, siempre lo humano mezclado con lo divino, y siempre lo terreno sobre lo celestial. Á fuerza de querer explicarlo todo humanamente, nos quedamos con más misterios y sobrenatural que si nos atuviéramos sólamente á milagros y á lo divino. El defecto actual, generalmente hablando, es el haber olvidado los hombres el proverbio latino: *Cuiuslibet in arte sua credendum est*. Cada cual está fuera de su centro, y ya no se presta la confianza al que es digno de ella por su profesion ó estudio particular, originándose de ahí que la mayor parte hablan de lo que no entienden, produciéndose luégo el caos que todo lo domina y perturba. Hablando de religion, debe prescindirse de hombres: estos no pueden fundar ninguna, y, si lo hacen, ahí está la historia que abona lo que nosotros decimos.

El autor que acabamos de copiar poco há dice, en el mismo artículo de donde extractamos los anteriores párrafos: «De ahí viene que nosotros, arias, cuando nos tomamos el trabajo de estudiar y comparar entre sí el Coran, la Biblia y el Veda, rechazamos el primero como obra de una raza

inferior á la nuestra; el segundo nos admira de pronto sin complacernos gran cosa que digamos, conocemos que los hombres que en él se nombran no eran de la misma raza que nosotros y no pensaban como nosotros; en el tercero, toda la ciencia moderna ha reconocido á nuestros antepasados.»

¡Toda la ciencia moderna! Nos cae en gracia la frase.

Durante muchísimo tiempo las tribus arias permanecieron unidas— como lo dice toda la ciencia moderna— en su primera cuna, que ya sabemos estuvo en las orillas del Oxus, es decir la Bactriana y la Sogdiana; pero despues, separándose dos grandes colonias de la madre patria, dirigieronse en busca de nuevos asientos una hacia el mediodía, otra al occidente. La primera de estas dos colonias penetró en la India donde sujetó á su dominio los pueblos camíticos y dravidianos que ántes la habían ocupado, y fundó allí la civilizacion brahmánica. La otra colonia despues de muchos contratiempos y obstáculos narrados extensamente en la primera parte del Zendavesta, se estableció por último entre el mar Caspio y el río Tigris, ocupando las célebres regiones que llevaron despues hasta nuestra época el nombre de Media y Persia.

¿Quién puede reconocer, pues, en los arias á nuestros antepasados? ¡Oh poder de la preocupacion á cuánto obligas!

*
* * *

Mucho hemos hablado de la religion seguida en la India, pero muy poco de las ciencias cultivadas en ella.

Créese que el juego de ajedrez es invencion de los indios, y no falta quien les atribuye tambien la de los números llamados arábigos. En todas las ciencias estaban mucho más atrasados que los egipcios y los caldeos, y lo tenemos perfectamente demostrado por lo tocante á la astronomía. Los indios consideraban la tierra como una superficie plana, con una montaña en el centro, á cuyo rededor daban vueltas los astros. Un enorme elefante sostenía el mundo sobre su lomo.

En cuanto á costumbres públicas, la clase agrícola disfrutaba de aquella tranquilidad que tan favorable es para el cultivo: jamas se les arrancaba de sus campos para destinarlos á otra parte, y eran inviolables sus bienes y personas.

El que hería á un artesano y le privaba de una mano ó de un ojo, era castigado con el último suplicio.

El que decía ó suponía que una ley no era equitativa, sufría la pena de muerte, á no ser que al mismo tiempo indicara el medio de corregirla; y si presentaba un proyecto para hacerla perfecta, recibía grandes dignidades. El remedio nos parece radical y de seguro éxito para extirpar de un pueblo la manía llamada política, por una parte, y para tener, por otra, muy excelentes leyes, aunque muy pocas en número que es lo que conviene á los pueblos, al revés de lo que se hace ahora que no hay memoria, por más feliz que sea, que pueda recordar las disposiciones legislativas en sus distintas clasificaciones.

Los brahmanes tenían obligación de dar cuenta al Rey de las observaciones que tenían hechas, á cuyo fin cada año le acompañaban á una cacería, y entónces reunidos en consejo privado, le daban cuenta de las observaciones que durante aquel año habían hecho, ya acerca de las producciones de la tierra, ya acerca de los animales ó ya acerca de la administracion del Estado. Si alguno quedaba convencido de haber faltado á la verdad por tres veces, se le imponía silencio perpetuo; pero el que jamas había manchado su labio con la mentira, quedaba exento de todo tributo.

¡Cuánto tienen que aprender de este pueblo bárbaro de la antigüedad los modernos políticos que se disputan como fieras la patria que debieran enaltecer y honrar!

Durante los dos capítulos dedicados á la India hemos hablado mucho del sanscrito. Nuestro humilde trabajo quedaría harto incompleto, si no presentáramos aquí un brevísimo bosquejo de una lengua que tiene mucho que ver con las principales de Europa, hasta el punto de haber recibido de los lingüistas el nombre de lenguas indo-europeas.

Hablando ya un autor moderno, citado muchas veces por nosotros, de

la raza indo-europea, dice que ella fué la que en todas épocas floreció por esplendor de civilización, habló los más perfectos idiomas, produjo las más ricas literaturas y tuvo finalmente la primacía de la excelencia humana. La raza indo-europea, continúa diciéndonos con mucha razón Lénormant, es la raza noble por antonomasia, es aquella á quien confió la Providencia el encargo de llevar las artes, las ciencias y la filosofía á un grado de perfección, desconocido de los demás pueblos. Y para esta raza especialmente han salido exactas las bendiciones y la profecía de Noé, tocante á la estirpe de Jafet, de modo que esta estirpe no sólo ha llegado á ser la más numerosa y extensa, sino que es también la dominadora del mundo, la que cada día va también adelantando hacia el dominio universal (1).

La importancia de las lenguas indo-europeas es inmensa bajo todos conceptos; porque sirven actualmente de órganos para la civilización moderna después de haberlo sido ya para la mayor parte de los pueblos antiguos más adelantados. Son además las lenguas que han vivido más tiempo, á lo menos tocante á la infinidad de sus períodos ya que no en concepto de su misma duración.

El célebre Bopp fué el primero en demostrar la semejanza de la mayor parte de las lenguas llamadas indo-europeas. En todos sus trabajos literarios había tendido á la demostración de la íntima semejanza del sanscrito, del zend, del persa, del griego, del latín, de las lenguas germánicas, slavas, célticas y del lituano. Logrado esto—y lo obtuvo ventajosamente—se procedió á averiguar la forma antigua de donde hubiesen salido, y se obtuvo la realización de la idea fecunda de la procedencia primitiva común de todas las lenguas indo-europeas, que forman el numeroso grupo antes citado. Corresponde mucha parte de esta gloria, después del iniciador Bopp, á Chavèe y á Schleicher. Á propósito de este común origen decía ya mucho tiempo ha el citado Chavèe: «Estas lenguas no son para el lingüista más que variedades de una lengua única y primordial hablada antiguamente en el centro del Asia. Penetrados de esta verdad, hemos emprendido reconstituir orgánica-

(1) LÉNORMANT, *Manual*, etc.

mente las palabras de esta lengua primitiva restableciendo por todas partes el tipo original con el auxilio de sus variedades más bien conservadas.»

Algunos autores llevados de su espíritu nacional unos, del prurito de la novedad otros, han intentado bautizar con nombres de su gusto la lengua comun conocida hoy con el genérico de indo-europea. Gústales á los alemanes el de indo-germánica, sin razon que abone su preferencia. Lenguas arianas las han llamado otros. Quizás se le podrían aplicar otros más ó ménos adecuados, pero, por un exceso de vanidad, no debe aumentarse la fraseología, especialmente designando muy bien el nombre adoptado el significado de la cosa.

Nosotros no podemos hacer un estudio—ni entra en el plan de nuestra obra—de las diversas cuestiones á que da márgen la lingüística que estamos desflorando; así que nos contentaremos con decir que las lenguas llamadas indo-europeas se acostumbran dividir en ocho grandes grupos que son: grupo indio, grupo ario, grupo helénico, grupo itálico, grupo céltico, grupo germánico, grupo slavo y grupo lético.

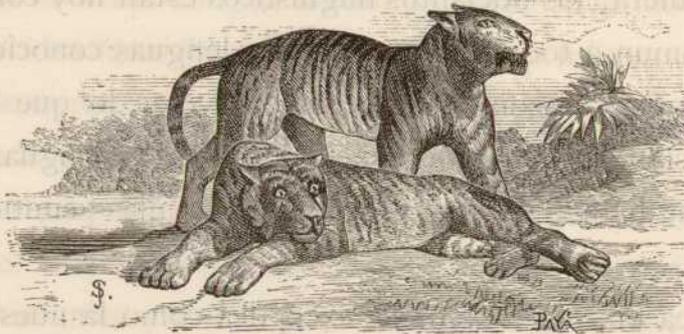
Estos estudios lingüísticos, que no son de nuestra incumbencia, conducen como último resultado á probar que todos los anteriores grupos proceden de una sola y misma raíz comun, cuya raíz no es el sanscrito, porque este no pasa de ser una de las tantas ramas—aunque la más antigua—del tronco comun de todas las lenguas indo-europeas, procedentes de otra lengua perdida hoy.

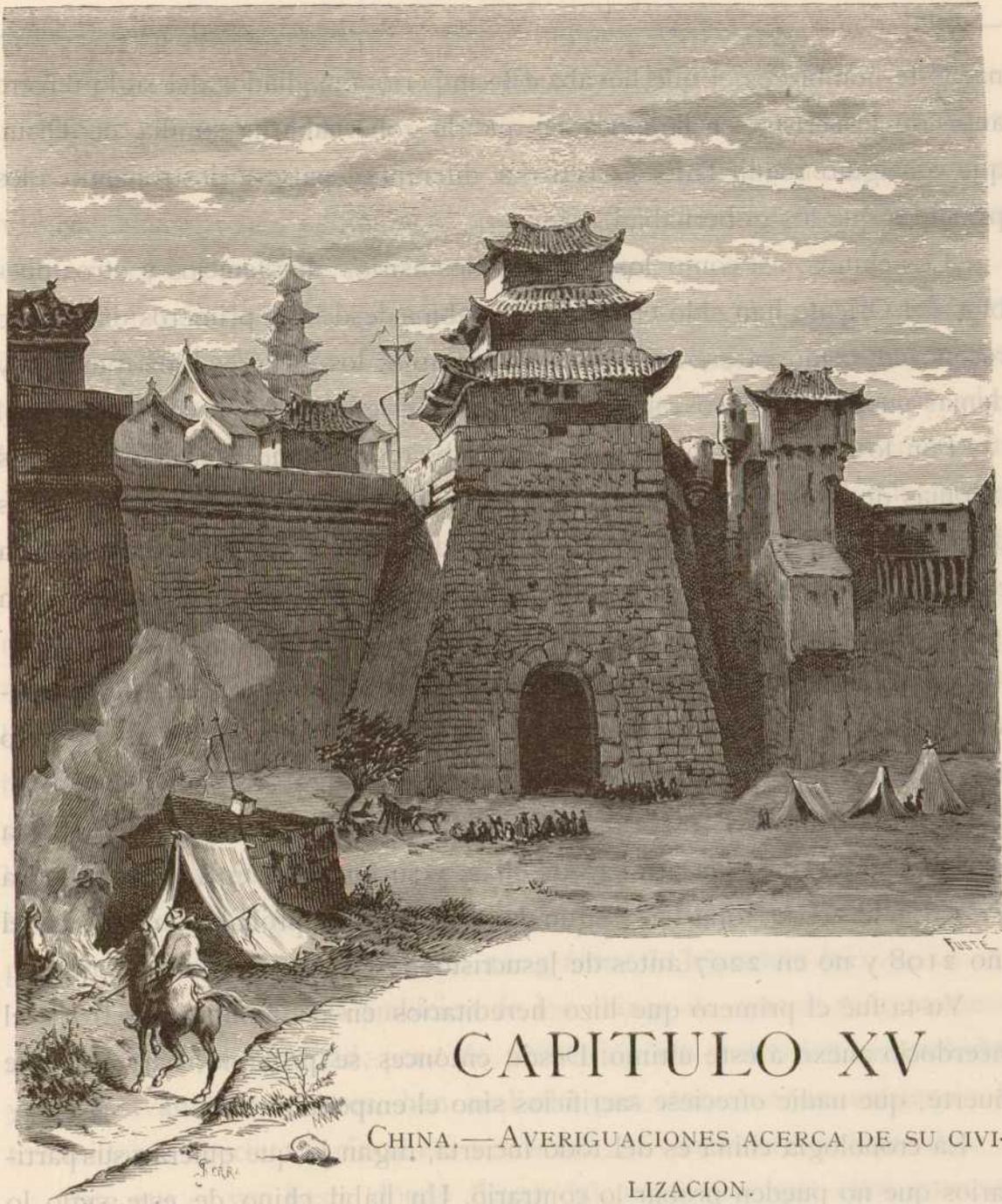
Sea como quiera, los adelantos lingüísticos están hoy contestes en señalar un origen comun á todas las muchísimas lenguas conocidas con el nombre de indo-europeas, razon de más para aseverar lo que al principio de nuestra obra decíamos de la procedencia de todas las lenguas de tres primeras ó madres que hablarían las tres grandes familias semíticas, camíticas y jaféticas.

En una época tan marcadamente excéptica como la nuestra, en un siglo en que se disuelven todas las creencias religiosas y desaparecen una tras otra las hermosas ilusiones del corazon, para ir en pos de quimeras que agostan las risueñas esperanzas concebidas en la niñez; cuando no tienen apoyo

de ninguna clase entre los pueblos que se llaman cultos las ideas que protegen y amparan la debilidad humana, sirve de lenitivo ver que las ciencias se encargan de derramar un bálsamo en el corazón creyente, y reanima la consideración de que mientras los hombres, sin excepción de clases, envenenan la tierna flor de la fe, se nos aparece la ciencia y con su luz refulgente nos abre las sinuosidades que se nos agolpan para aturdirnos y hacernos vacilar en nuestra peregrinación vertiginosa y contrariada.

La India con sus mitos, con su filosofía, sus tradiciones y su rico lenguaje, nos ofrece, como todos los demás pueblos recorridos hasta ahora, un ejemplo vivo, irrefutable, de los grandes destinos á que está llamada la humanidad salida de aquellas poéticas y fértiles regiones, que no en vano vieron desarrollarse en ellas las gigantescas y frondosas vegetaciones del Eden, del único paraíso posible, superior á todas las creaciones de los poetas y pintores. El color local que hasta ahora hemos admirado en aquellas tierras privilegiadas, no se descubre en ninguna otra parte del globo, y si un artista quiere inspirarse en lo que sería la poesía primitiva, no puede salirse de aquellos países que debe estudiar con detención y ricas facultades, investigando mucho, sin que la imaginación deba fatigarse en creaciones, que no igualarían nunca á la realidad que encontrará en todas partes.





CAPITULO XV

CHINA.—AVERIGUACIONES ACERCA DE SU CIVILIZACION.

LA China, conocida en general en los libros chinos con el nombre de Tien-hia, ó *cielo inferior*, y de Tchong-Koue, *reino del centro*, ha recibido sucesivamente los nombres de las diferentes familias que la han gobernado. El de China, con que nosotros la nombramos, procede de los tártaros y de los indios que lo pronuncian Thsi-

na. Este nombre es el que llevaba este imperio á mediados del siglo tercero ántes de Jesucristo, en la época en que lo gobernaba la familia de Thsin, que consiguió reunir bajo su cetro á diferentes países, destronando á los príncipes que los gobernaban.

Los chinos, así como los egipcios, los asirios, los fenicios y otros pueblos del Oriente han sido civilizados y sabios desde sus primeros días, y no reconocen como otros muchos, por ejemplo: los griegos, los romanos y demas pueblos europeos, siglos de barbarie é ignorancia, ó edad de hierro.

Por lo tocante á su origen, es muy verosímil que fueron una de las colonias de la dispersion ocasionada en las llanuras de Sennaar, de resultas de la confusión de las lenguas. Segun se dice, fué Yao quien condujo esta colonia á la China, y quien fundó la monarquía china, acompañado de Chun que, ademas de ser su colega, fué tambien su inmediato sucesor.

Cuanto se refiere acerca de los tiempos anteriores á Yao, es un conjunto de fábulas y tradiciones oscuras indignas del menor crédito en concepto de los críticos más autorizados.

Veintidos dinastías ó familias han reinado en China, desde Chun hasta nuestra época. Hia es la primera de ellas, y su fundador es Yu, llamado Ta ó el Grande. Esta dinastía, segun la opinion más probable, comienza el año 2198 y no en 2207 ántes de Jesucristo.

Yu-ta fué el primero que hizo hereditarios en su familia el cetro y el sacerdocio anexo á este último. Desde entónces se prohibió, bajo pena de muerte, que nadie ofreciese sacrificios sino el emperador.

La cronología china es del todo incierta, digan lo que quieran sus partidarios que no pueden probar lo contrario. Un hábil chino de este siglo lo confiesa en una memoria muy recomendable que escribió acerca de la antigüedad de los chinos. «Un literato del siglo pasado, dice, aunque infiel, ha probado tambien que todos los fundamentos de nuestra cronología, ántes de 841 (época anterior á Jesucristo), son vagos, y van flotando de un sistema á otro, sin que puedan fijarse por falta de monumentos auténticos. Para edificar, despues de destruir, recurre á los libros de los europeos, sirviéndose de su cronología para fijar la nuestra.»

Lo poco que tenemos dicho de la China es, como podríamos decir, lo que anda entre el vulgo de la ciencia. Recientemente, como en muchos otros ramos científicos, se han hecho escrupulosas indagaciones tocante á la historia china y á su cronología, y podemos adelantar un paso más en las afirmaciones hechas hasta pocos años atras.

«La historia de la China es muy oscura en su origen, segun confesion de los sabios de dicho país. Cita los nombres de antiguos personajes que habrían reinado, pero sin precisar ni la época ni la duracion de su reinado. La historia de estos personajes antiguos está llena de acontecimientos tan maravillosos, que una sana crítica no podría admitirlos. ¿De dónde sale la colonia que está fijada en la China actual? ¿Cómo estaba compuesta? ¿En qué época tuvo lugar esta emigracion? La historia china se calla completamente acerca de cada uno de estos puntos importantes.»

Este apartado pertenece al R. Padre Perny, quien se inclina á creer que la China actual fué conquistada y habitada por una tribu salida de la cuna del género humano ántes del diluvio, y que se estableció desde un principio en la pequeña Bukaria. Un hecho innegable, que admiten todos, es que la historia china no comienza á adquirir alguna certeza hasta despues de la época de Hoang-Tí (2697 años ántes de Jesucristo), pero sobre todo despues del reinado de Yu el Grande, 2205 ántes de Jesucristo (1).

No es muy antigua la ambicion de los chinos de querer remontarse á una desmedida antigüedad; pero de pretension en pretension, empeñados ya en sus vanidosos errores, han acabado por atribuirse una existencia de tres millones doscientos cincuenta y seis mil años anteriores á Jesucristo.

Para que se vea hasta dónde llegan las maravillas que ellos cuentan, baste saber que afirman muy seriamente y como cosa de fe que en el reinado de Yao, gefe de la colonia que pobló la China, sobrevino una inundacion general que asoló los campos y solo quedaron al descubierto de las aguas las cumbres de los montes más elevados. Ademas, Yao instituyó

(1) Extractado del Apéndice al Diccionario frances.—Libros chinos de la lengua mandarina hablada, por Pablo Perny, misionero de la Congregacion de las misiones extranjeras. París, 1872.

tribunales; encargó á cuatro astrónomos de su corte la formación de un calendario; inventó la moneda, pesos y medidas, y una clase de música reservada para las fiestas y alabanzas de los hombres célebres, y descubrió la brújula y la navegacion, etc., etc.

En otro orden de ideas dicen que Yu sucesor de Yao, impulsó la agricultura y la industria, reformó los abusos de la administracion, puso orden en la mayor parte de las ceremonias, suavizó los castigos para los criminales sustituyéndolos por las flagelaciones, la confiscacion y el destierro; fundó colegios, estableció hospitales, destinó la música para civilizar las costumbres, y dejó sabias máximas de gobierno.

Parécenos que es mucha civilizacion todo lo que á esos dos reyes se refiere para una edad tan primitiva como aquella en que ellos vivían y reinaban.

Esta observacion no carece de fundamento serio, pues los mismos chinos confiesan que uno de sus reyes, Chi-Houum-Tí, que ocupaba el trono 213 años ántes de la era de Jesucristo, había mandado quemar todos los libros, derribar los monumentos, destruir todo lo que podía recordar el conocimiento de los tiempos anteriores; así como que su historia no se reconstruyó hasta al cabo de ciento cincuenta años, ó sean cincuenta y siete años ántes de Jesucristo. Además, Confucio, el filósofo eminente autor del Chonking, único título que puede presentarse formalmente para la antigüedad de las cosas pertenecientes á la China, vivía unos cuatrocientos años poco más ó ménos ántes de Jesucristo, unos dos mil años despues de los acontecimientos. Hay más aún, consta que doscientos años despues de Confucio fué quemado el Chonking y escrito otra vez, segun se dice, dictándolo un anciano que lo sabía de memoria.

Acudamos á célebres y competentes autoridades en la materia, y veamos lo que nos dicen respecto de la tan decantada antigüedad de las cronologías de la China, guiándonos en este estudio un maestro muy reputado entre los más sabios de Europa.

Klaproth niega la existencia de toda certeza histórica en los anales del llamado Celeste-Imperio que sea anterior al año setecientos cincuenta y dos ántes de la era de Jesucristo.

Abel-Remusat hace remontar la historia de los chinos al año 2637 antes de Jesucristo.

Lassen dice que los chinos no tienen historia verdadera sino á contar desde el siglo octavo, y, por conjetura, coloca la primera dinastía, que es la de Huc, en el año 2205 antes de Jesucristo: el periodo más remoto se termina el año dos mil antes de Jesucristo.

Schlegel cree que los caracteres de la escritura china cuentan cuatro mil años de antigüedad, lo que los hace remontar á tres ó cuatro generaciones despues del diluvio.

Varios escritores han insinuado que Fo-Hi, el fundador del Celeste-Imperio, podía ser el mismo Noé.

Segun la cronología de los setenta (1), podrían admitirse, en caso necesario, los diez reyes chinos, antecesores de Hoang-Ti, y fijar la época de la fundacion del imperio chino por Fo-Hi en el año doscientos cincuenta y cuatro despues del diluvio, ó sean 3462 antes de la venida de Jesucristo. Un autor respetable, hablando de esto, decía: «No necesitamos para la China un espacio de tiempo tan grande, para demostrar que, aun cuando la parte de la historia china, desde el año sexagésimo del reinado de Hoang-Ti hasta el primer año del reinado de Fo-Hi, estuviera revestida de toda la certeza y de toda la autenticidad que se conceden á las demas partes de la misma historia, no se podría sacar de esto ninguna consecuencia que no pudiera admitirla todo buen cristiano ó todo buen crítico. Efectivamente; todo buen cristiano puede admitir sin inconveniente una cronología que no contradice en lo más mínimo los monumentos sagrados ó los dogmas innegables de la ciencia religiosa que profesa. Todo buen crítico, sin faltar á las reglas de su arte, puede adoptar una cronología que no tiene nada que no esté conforme con la sana razon, apoyada ademas en todas las pruebas que bastan para producir una certeza moral en el ánimo de cualquiera que no esté preocupado (2).»

(1) Llámanse así los setenta y dos hebreos que por orden del rey Filadelfo de Egipto tradujeron el Antiguo Testamento del hebreo en que estaba escrito al griego, y por eso su traduccion es conocida con el nombre de *Version de los setenta*.

(2) P. АМҪОТ.—*Memorias relativas á los chinos*; tomo XIII.

Firmes en nuestro propósito de apoyarnos siempre en autoridades científicas de reconocida competencia, acudamos á ellas para que desvanezcan las dudas que puedan asaltarnos y sean nuestros guías en el penoso viaje que tenemos emprendido. Los astrónomos nos servirán de ilustracion en un pueblo cuyos conocimientos astronómicos se han ponderado hasta el exceso.

En el libro de Confucio, el Chonking, se da á entender claramente que ántes del emperador Chonang-Iy, ó sean 2159 años ántes de Jesucristo, conocían ya los chinos un método para calcular los eclipses.

En la coleccion de *Cartas edificantes y curiosas*, que leimos siendo aún niños, hay una carta del P. Gaubil en la cual haciéndose cargo de la existencia de conocimientos astronómicos en China, en una época en que serían como un reflejo de la ciencia antediluviana, conservada y trasmitida por Noé á sus hijos, dice: «Creo que los fundadores del Imperio habían recibido de los Patriarcas, ó hasta de Noé, muchos conocimientos acerca de la astronomía.»

Dicho esto, debe saberse que Confucio no habla de eclipses observados con certeza sino hacia el año 722 ántes de Jesucristo, y que para encontrar la observacion, pero no la prediccion de un primer eclipse en los anales chinos, debe llegarse al año 1104 ántes de Jesucristo, y al 775 para la observacion del segundo que se registra en el Celeste Imperio.

El mismo Laplace, que es el astrónomo más favorable á la antigüedad de la astronomía china y á la importancia que se le atribuía como base de sus ceremonias religiosas, nos dice que las primeras observaciones útiles para la astronomía, se refieren al periodo de 1104 á 1098 ántes de Jesucristo.

En una carta dirigida por M. Sedillodt á Humboldt se dice lo siguiente: «En resúmen, en los libros clásicos de la China no se indican más que cinco hechos dignos de atencion en apariencia: los solsticios de Yao y de Tcheon-Hong calculados fuera de tiempo: un eclipse de sol al que se le han señalado varias fechas; pero que todas han salido falsas; la identificacion de la soberana con la polar ó más bien con el mismo polo, y finalmente, supuestas estrellas en su paso por el meridiano. Añádanse á esto combinaciones

de cifras que descansan sobre relaciones ridículas ó en los números místicos de Confucio, y se tendrá el cuadro completo de los conocimientos científicos de la China en el periodo que precede á la era cristiana (1).

Sin comentarios, porque no los necesitan, entregamos los anteriores datos al buen juicio y razonado criterio de nuestros amables lectores.

¿Significa esto, empero, que la civilizacion china estuviese atrasada en épocas remotas? ¿Estuvo acaso el pueblo chino falto de las facultades intelectuales que distinguieron á otros contemporáneos suyos? Nada de esto; á pesar de las densas nieblas que nos ocultan la historia de ese antiguo pueblo, ofrece bastantes puntos claros para los hombres que han consagrado sus estudios á las investigaciones de su civilizacion á fin de poder seguir con alguna seguridad en el camino que nos habrá de conducir al descubrimiento de las incógnitas que buscamos. Sus industrias y hasta los abusos en ellas cometidos nos orientarán suficientemente.

Veamos lo que nos dice Montesquieu, autor nada sospechoso, tratando de este pueblo:

«Las tres primeras dinastías, dice, duraron bastante tiempo porque fueron prudentemente gobernadas y era ménos extenso el imperio de lo que lo fué despues; pero, puede decirse en general que todas esas dinastías comenzaron bastante bien. La virtud, la atencion, la vigilancia son necesarias á la China: estaban allí al comienzo de las dinastías pero faltaban al llegar su fin. Efectivamente, era natural que emperadores curtidos en las fatigas de la guerra, que lograban hacer descender del trono una familia anegada en las delicias, conservaran la virtud que habían experimentado ser tan útil, y temieran los deleites que habían visto ser tan funestos. Pero, despues de esos tres ó cuatro reyes primeros, la corrupcion, el lujo, la ociosidad, las delicias se apoderan de los sucesores; se encierran en el palacio; se debilita su inteligencia, se acorta su vida; decae la familia; elévanse los grandes; se acreditan los eunucos; no se ponen más que niños en el trono; el palacio se convierte en enemigo del imperio; un pueblo ocioso que lo habita arruina al

(1) *Lettre á M. de Humboldt sur les travaux de l' Ecole arabe*, 1853, pag. 11.

que trabaja; el emperador es muerto ó derrocado por un usurpador, que funda una familia, cuyo tercero ó cuarto sucesor va á limitarse tambien en el mismo palacio.

La historia de la civilizacion del pueblo chino es inseparable de la de sus dinastías, y, sin embargo, debemos prescindir de estas para ocuparnos enteramente en aquella, só pena de dar á nuestra obra un carácter que no admite, y que no debemos darle.

El imperio chino tal como debemos estudiarlo, nos ofrece todos los caracteres de una grande monarquía con el correspondiente desarrollo de poder y esplendor cuya consecuencia inmediata es el desenvolvimiento del lujo en sus proporciones más exageradas. Pero, ¡cosa rara! no obstante el innegable triunfo de la unidad del poder imperial, encontramos allí tambien los rasgos de un feudalismo inmenso con sus consiguientes alternativas de esplendor y decadencia.

En la China no encontraremos las castas, propiamente dichas, como en otros pueblos orientales y antiguos, pero descubriremos allí las clases, con sus correspondientes gerarquías.

Desde tiempo inmemorial están divididos los chinos en tres clases, que son: los mandarines ó dignatarios, los letrados ó sabios, y el pueblo. Así es que el mérito personal es una de las grandes causas de la desigualdad de las condiciones en China, y, de este modo, un hombre salido de las últimas capas sociales puede llegar á las primeras por medio de su mérito. El hombre que pueda acreditar un señalado talento en el órden científico y literario, segun ciertas reglas establecidas y fijas, ó á lo ménos el talento tal como lo entienden los chinos, y sobre todo el mérito poético, segun lo comprenden ellos, bastan las más de las veces para dar á un chino un puesto distinguido.

Poseemos un documento autorizado que abonará estas indicaciones acerca de la gerarquía de las clases. Aludimos á un calendario imperial y administrativo que se remonta al siglo undécimo ántes de nuestra era, redactado, segun se dice, por un hermano del emperador Won-Vang, que fué el fundador de la dinastía de los Tcheou. En este calendario constan

consignados los principios que dirigen el Estado y se ocupa además en la gerarquía de las clases. Estos principios son ocho, y los siguientes: amar al prójimo, respetar á los ancianos, ascender en graduacion á los hombres de mérito, delegar á los hombres aptos, proteger á los que sirven bien al Estado, honrar las diversas ilustraciones, conocer á los empleados secundarios que se hayan portado bien, recibir segun los ritos á los extranjeros que lleguen á la corte.

Las clases, segun este documento, además de las tres en que hemos dicho estar divididas, se subdividen en la manera siguiente: los cultivadores que producen las nueve especies de granos (especialmente el mijo, la cebada, el trigo, el arroz); los jardineros; los leñadores; los pastores de los pantanos cultivados que enseñan las aves y los cuadrúpedos; los artesanos que trasforman por su trabajo las ocho materias brutas (las perlas, el marfil, el jade, las piedras, las maderas, los metales, las pieles, las plumas); los mercaderes con tienda abierta y los mercaderes ambulantes; las mujeres legítimas, que trasforman por su trabajo la seda y el cáñamo; los criados y las criadas, comprendidos en estos los esclavos comprados en el mercado; finalmente, los individuos sin profesion fija.

Por lo que antecede, no encontramos en China las castas, pero hay las corporaciones ó clases reglamentadas, circunscritas, parecidas á lo que antiguamente se hacía en varias naciones de Europa. En China domina sobre todo la autoridad, el reglamento, el procedimiento del trabajo. Pero obsérvese también que entre las industrias que figuran en la division de clases, las hay innecesarias, esto es, las hay que solo tienen aplicacion al lujo.

Y á propósito de esto, y recordando ideas emitidas en las primeras líneas de este capítulo hablando de las maravillas atribuídas á los chinos, tocante á su civilizacion primitiva, ¡qué es lo que no ha inventado Fo-hí, cuya existencia se fija como unos tres mil años ántes de Jesucristo! Se le supone matemático, físico, astrónomo, encuentra y enseña el uso de los instrumentos más esenciales para la caza y la pesca; da las reglas de la música; hace con madera de tong, una lira ó *kine*, cuyas cuerdas son de un tejido precioso; y se le debe también la guitarra de treinta y seis ó cincuenta cuerdas.

Como si el talento fuera hereditario, ó propiedad particular de los emperadores chinos, pasa al emperador Yeu-tí la fecundidad de ideas de sus antecesores y no se les quedará rezagado en invenciones notables. Enseña á sus súbditos el uso del arado, y el cultivo del cáñamo. Él fué ademas quien abrió los caminos del lujo á los chinos enseñándoles el cultivo de la morera y el arte de hacer telas de seda, aunque este último arte se atribuye á otros muchos. Tambien perfecciona la lira que adorna con piedras preciosas, y, finalmente, instituye el lujo público fundando fiestas pomposas y espléndidas.

Se nos objetará quizas, y con razon, que hay en todo esto mucho de leyenda; pero demos un paso más y entremos en la historia con el emperador Hoang-tí, que vivió por los años de 2637 ántes de Jesucristo.

Sería el cuento de nunca acabar la enumeracion de los servicios prestados por este célebre emperador á la agricultura como á las ciencias. Efectivamente; seca los pantanos; instituye leyes útiles; alienta la industria; reforma el calendario; organiza el imperio en provincias; y aumenta el esplendor de la monarquía y del culto. Siguiendo en este camino, instituyó la diadema que adorna la cabeza de los emperadores, y el traje azul y amarillo que debe cubrir su persona. Dícese que considerando el ave hoei y la variedad de sus colores, así como la de diferentes flores, imagina hacer teñir los vestidos en los diversos matices que debían señalar la distincion entre las clases.

Ya en el terreno de los descubrimientos, se pretende tambien, para redondear su gloria, que dirigió sus miras hacia la hermosura de los edificios y que construyó un templo.

Como prueba de los progresos que había hecho desde un principio la civilizacion china, cítanse obras de los primitivos tiempos de aquel Imperio que contienen máximas y hasta preceptos acerca del uso de las riquezas, á cuyo propósito se cita la siguiente anécdota. «Ojalá, dice un anciano á un excelente emperador, Yao, pudiérais poseer inmensas riquezas, vivir muchos años y tener muchísimos hijos.—Ay!, respondió Yao, no me atrevo á admitir vuestros deseos, porque si se tiene una dichosa posteridad, se recogen muchas inquietudes. Si se es rico, se pasan muchos cuidados. Y si

se envejece, se tienen muchos defectos de que reprenderse. «El anciano le replicó á su vez: «Tener muchos hijos y confiarles el cuidado de la autoridad suprema, es procurarse alivio; poseer grandes riquezas y distribuirlas á los pobres es un manantial de placer.» ¿Quién no ve aquí la caridad—no la filantropía—opuesta á todos los malos usos que puedan hacerse de la fortuna?

El estudio de los diferentes reinados de la China nos enseñará, como en otros pueblos orientales, una continuada sucesion de vicios y crímenes, como si unos y otros fueran patrimonio obligado de las testas coronadas desde su aparicion en la tierra. Ya sean hereditarios los reyes chinos, ya usurpadores ó elegidos, se nos presentan—aparte de la mayor ó menor ilustracion manifestada por uno que otro—disolutos, defectuosos, indignos de sentarse en un trono, hasta el punto de no faltar al Celeste Imperio sus correspondientes Heliogábalos y Nerones para que nada tuviera que envidiar al imperio romano.

Y como si al lado de lo serio ambicionara tener lo ridículo, al objeto de completar el gran cuadro de sus emperadores, tuvo tambien la China su David penitente.

En efecto, el emperador Chon-King trueca sus lujosos vestidos por un traje de pieles y plumas, se corta las uñas y los cabellos, hácese acompañar al pié de una montaña, se acusa en la presencia del dios á quien intenta aplacar despues de haber manifestado su ira por el hambre que envió contra el imperio. Acúsase de haber tenido demasiadas mujeres, de haberse excedido en los refinamientos de la mesa; de haber hecho construir palacios demasiado espléndidos; finalmente, pide perdon de infinidad de faltas que revelan demasías de riquezas, de superfluidad y abusos de goces y prodigalidades.

El trono del Celeste Imperio está casi continuamente rodeado de espantosos excesos y extraordinario apego á las riquezas que el pueblo, como siempre, debe proporcionar. Á tal extremo llega el abuso, que un emperador se ve precisado á declarar que jamas se servirá de los que procuran enriquecerse, y que distinguirá á los que cuiden de defender la vida y haciendas de sus pueblos.

Ni le faltaron tampoco Agripinas y Mesalinas á la China. Ta-Ki, esposa de Cheou-Sin, empuja á éste en la senda de los crímenes y de todo género de maldades. No satisfecha con esto, tiene todas sus complacencias en inventar nuevos y atroces suplicios, deleites sin nombre para dar rienda suelta á su libertinaje. Su esposo construyó á sus ruegos un palacio de mármol, en donde reunió Ta-Ki á los jóvenes de ambos sexos, como en centro destinado á toda clase de orgías y deshonestidades, cuyos solos nombres cubren de carmin el rostro de la persona más disoluta. Aquel templo de la lujuria estaba abierto noche y día á todos los libertinos sin distincion de clases, y allí encontraban mesa puesta continuamente, como continuamente reinaba allí la embriaguez del vino y la de todas las sucias y hediondas pasiones. Los asesinatos eran ordinariamente el final de aquellas orgías, mezclándose así la sangre con los demas licores para mejor apagar la sed producida por tanta prostitucion y deshonra.

La indignacion de los nobles chinos llegó á su colmo y estalló con estrépito; pero, como el temor de perder lo que halaga nuestras pasiones, suele inspirar á los libertinos actos de desesperacion que suelen confundirse con el valor, mostró Cheou-Sin tan afeminado y despreciable y tan lleno de deshonra, más constancia y denuedo que se debía esperar. La proximidad del peligro le inspiró valor en la lucha suprema empeñada con sus vasallos irritados; pero vencido por estos arrojóse en brazos de la desesperacion, precipitándose en una hoguera, que él mismo mandó preparar, cubierto con sus más ricos trajes. La historia de Cheou-Sin recuerda la de Sardanápalo y de otros tantos príncipes afeminados y voluptuosos más dados á festines y placeres que al cuidado del gobierno de los estados que por desgracia les tocaron en suerte. ¡Si á lo ménos sirvieran estas lecciones de la historia para escarmiento y enmienda de los reyes!

Poco, muy poco tiene que agradecer la civilizacion, entendida la palabra en su sentido recto, á los emperadores chinos de las épocas que vamos recorriendo; bien es verdad que la dinastía de los Tcheou nos presenta una serie de príncipes relativamente buenos; pero aparecen luégo los voluptuosos, como Yeou-Wang, que hizo gala de todos los escándalos hasta

constituirse él mismo en esclavo de una mujer, la hermosa Pao-Sse, célebre por sus seductores atractivos.

Entre todas estas épocas de disipacion distínguese muy especialmente el siglo octavo anterior á nuestra era, por presentarnos una larga lista de príncipes perezosos, plantas parásitas que vivían en sus palacios ébrios de los goces del libertinaje y del más refinado lujo.

En esta época tan sensual y llena de abusos, como si la Providencia quisiera hacer gala de su sabiduría, apareció el filósofo Confucio, el Khoun-fou-Tsen de los chinos. Entregado Confucio á la filosofía y á las graves meditaciones desde su primera edad, fué su moral prudente y exenta de vicios. Nunca había sido más necesaria que entónces la aparicion de uno de esos hombres que parecen ahuyentar con su voz las tempestades sociales, contienen el huracan de las revoluciones y conducen á los pueblos por el camino de su salvacion. La relajacion de las costumbres había causado y causaba terribles estragos en la sociedad china que amenazaba desquiciarse completamente, la dinastía reinante que, segun ya lo hemos visto, era la de Tcheou, iba en rápida decadencia, los príncipes tributarios y algunos gobernadores se declaraban independientes ó se rebelaban y en aquel desórden surgían ideas de nuevas formas de gobierno, no mereciendo ya veneracion ni acatamiento ninguno ni las antiguas máximas, ni la autoridad, ni siquiera la religion misma.

Confucio, contemporáneo á lo que parece de Solon y de Pitágoras, tiene una filosofía digna de ser conocida y estudiada, aunque no fuera más que por haber salvado con ella de la ruína espantosa que amenazaba á su patria.

¿Acaso, dice Confucio en sus máximas, podrán servir á la humanidad los hombres viles y despreciables, aunque estén dotados de talento? No, de ninguna manera. Se inquietan para obtener destinos, y cuando se encuentran elevados á ellos, emplean todo su afan por conservarlos: lo atropellan todo para conseguirlos, y no temen á la afrenta ni al crimen.

La filosofía moral de Confucio es sublime y parece haberlo abarcado todo con mirada superior. Oigámosle tratando de la justicia de la guerra,

Puédese emprender la guerra, dice; sin embargo, antes de llegar á este extremo, conviene estar muy persuadido de que forme su base la humanidad, la justicia su objeto, y la rectitud la regla. Ninguno puede atentar contra la vida de algunos individuos como no sea para conservar la de un número mayor; no se puede turbar la tranquilidad de los particulares sino para asegurar la del público; ni dañar á ciertos individuos sino para hacer un bien á toda la especie; ni se debe querer sino lo que legítimamente se debe; quererlo porque se nos debe, y no exigirlo tampoco bajo otro título. Resulta, pues, de esto que solo la necesidad debe poner las armas en nuestras manos. Por consiguiente, si la guerra se hace á impulso de ella y con las condiciones que acabo de indicar, se llegará á amar á los mismos enemigos; fácilmente se conseguirá detener el carro de destrucción en medio de las más brillantes conquistas; se sacrificará el valor á la virtud, y se olvidarán los propios intereses para volver á los pueblos, vencedores y vencidos, la tranquilidad y sosiego que anteriormente gozaban.

Sólo Jesucristo, como Confucio, ha impuesto el amor á nuestros enemigos: última y grandiosa victoria á que puede llegar el hombre: el vencimiento de sí mismo.

En otro orden de ideas dice Confucio: ¡Cuán sabio es mi discípulo Hoi! Un poco de arroz hervido forma su alimento, una taza de agua apaga su sed y un rincón de la plaza es su albergue. Hombre vulgar! su vida te parece miserable, pero nada le hace perder ella de su jovialidad.—Yo me alimento con los manjares más comunes; mi codo, replegado debajo de mi cabeza, me sirve de almohadón cuando me apremia el sueño; y puedo asegurar que, en esta vida tan dura, sabe el filósofo encontrar placeres; porque la virtud tiene sus delicias en medio de los padecimientos.

Trátase también en el Chou-King de la afición excesiva á las grandes cacerías, de la pasión demasiado viva por el vino, de la música deshonesta, de las maravillas adornadas de pinturas, y otras por el estilo, cada una de las cuales es sobrado capaz para perder un reino.

Á pesar de la elevada filosofía de Confucio, que produjo no obstante resultados parciales, se observa hasta el comienzo de nuestra era igual des-

barajuste en las elevadas esferas ocupadas por los reyes y sus cortesanos, á despecho de las invasiones de los tártaros, entregándose con muy escasas excepciones á todos los vicios, manifestados sin pudor ni rastro alguno de decoro con todos los excesos á que es dable llegar en una pendiente que se recorra vertiginosamente. Un emperador, Youan-Tí, de la dinastía de Han, se rodea de una pompa nunca vista, y encierra diez mil corceles en sus caballerizas y más de mil mujeres en su harem. Atrévase á hacerle algunas observaciones un virtuoso sabio y le invita á que no conserve más que veinte mujeres, despidiendo á las demas para que buscaran cómo casarse. Cierto que le atendió el emperador, pero sólomente para caer en otro exceso entregando el poder á los eunucos, precipitando así su reino al abismo de las ambiciones é intrigas propias de aquella raza bastarda, ruína eterna de las cortes que los poseen y consideran.

Un hecho histórico relacionado con la vida de Confucio y con la suerte del imperio chino debe darnos una idea exacta del nivel á donde llegó la civilizacion en aquel país y lo que pudo arraigar en el mismo.

Habiendo fallecido el soberano de Lon, apresuróse el sucesor suyo á llamar á Confucio, cuyos talentos respetaba, confiándole sucesivamente la policía general del pueblo, juntamente con el gobierno del mismo, la administracion de justicia, y, por último, el cargo de ministro. ¡Qué interés, qué actividad, cuánto estudio, cuánto desvelo no emplearía Confucio para que sus doctrinas, aplicadas al gobierno del Estado, triunfasen completamente! Y, efectivamente, trasformóse la faz de la nacion de una manera radical y eficaz; el comercio, la agricultura, el orden, la paz, todos los elementos, en fin, que contribuyen á la prosperidad de un pueblo, encontraron impulso y proteccion en el sabio ministro. El orden y economía en la administracion, la justicia, la moralidad y el trabajo, sustituyeron al despilfarro, á la venalidad, al vicio y á la holganza, de manera que el monarca no sabía cómo elogiar, ni premiar los eminentes servicios de su ministro.

Estaban acostumbrados los poderosos á cometer toda clase de delitos y desórdenes, sin que nadie les fuese á la mano, porque los jueces eran, si cabe, más corrompidos que ellos. Propúsose Confucio acabar tambien con

este abuso, ofreciendo al público un escarmiento ejemplar que en lo sucesivo contuviese á todo el mundo dentro de sus justos y señalados límites. Un opulento cortesano, sobre quien pesaban infinitos crímenes, fué el elegido por Confucio para su proyectado objeto. Confiado vivía el tal cortesano en que sus riquezas continuarían asegurándole la impunidad, y de que su favor en la corte sería temido por quien se atreviera á presentar acusacion contra él; pero, Confucio, sin consideraciones de ningun género, mandó prenderle, y, probados sus delitos, mandó que le decapitaran, como así se verificó, en efecto, presidiendo la ejecucion el mismo ministro que la había decretado.

Aplaudió el pueblo tal medida porque le libertaba de la tiranía de los grandes, acostumbrados á oprimir á los pobres.

La situacion del reino de Lon era ya demasiado próspera, para que no despertara los celos al propio tiempo que los temores de los príncipes vecinos, quienes, viendo cuánto crecía el poder y la fama del soberano que protegía á Confucio, empezaron á idear medios de derribar á éste, como causa del engrandecimiento que tanto les confundía y espantaba.

El rey de Tsí, que acababa de subir al trono, asesinando al que legítimamente lo ocupaba, experimentó más inquietudes que ningun otro, temiendo que el de Lon invadiese más adelante su territorio; pero conocía muy bien el carácter de éste, y determinó aprovecharse de él. Lo primero que hizo fué enviarle un embajador, bajo ciertos pretextos, con riquísimos presentes, y entre otros uno de cien jóvenes escogidas de entre las más bellas de su reino, y adornadas ademas con todos los atractivos de una esmerada educacion. Bastó la presencia de estas jóvenes para destruir la severa austeridad de la corte de Lon, y á la severidad y rigidez de costumbres, al orden de un pueblo laborioso, al sosiego establecido por un gobierno paternal, sucedieron en breve los bailes, los festines, el desenfreno y la disolucion.

Confucio vió con dolor que el monarca ya no hacía caso de sus consejos, que las leyes no eran observadas, que todas las cosas volvían, finalmente, al antiguo estado de desconcierto de que las había él sacado con tan ímprobo trabajo. Sus reflexiones llegaron á importunar de tal manera al rey, que éste le prohibió volverse á presentar ante su vista.

Volvió Confucio con noble resignacion á seguir su anterior método de vida, y á sus viajes, en los cuales, á vuelta de grandes fatigas, disgustos y miseria, tuvo la satisfaccion de observar que en todas partes se tenía conocimiento de sus doctrinas, y esto ya era mucho, por más que todavía se observasen en pocos pueblos.

Entónces, inspirado por su profunda filosofía, comparaba su suerte con la de un perro arrojado de casa por sus dueños, y decía: «Tengo la fidelidad de ese animal, y me tratan lo mismo que á él. Pero ¿qué me importa la ingratitud de los hombres? Esta ingratitud no me impedirá hacerles todo el bien que de mí dependa. Si son infructuosas mis lecciones, tendré á lo ménos el consuelo interior de haber cumplido fielmente mi deber.»

Sea efecto de la doctrina de Confucio, sea que la fuerza de la civilizacion se abriera paso á despecho de los vicios, no faltó alguno que otro emperador que saliera en defensa de los sagrados derechos del progreso. El emperador Tchang-Tí prohibió á los empleados públicos, bajo severas penas, que se distinguieran de las demas clases de la sociedad por sus vestidos y demas porte, y no faltaron otros emperadores que dictaron órdenes severas contra el fasto de empleados de elevada posicion que vejaban y dilapidaban la fortuna pública.

¿Protegieron los emperadores chinos las artes, distraídos como estaban en su vida de holganza y placeres? Es consiguiente que una conducta tan disipada ejerciera cierta opresion en la inteligencia de aquellos príncipes tan ajenos á la vida pública de su pueblo y al bienestar particular de sus súbditos. Sin embargo, debemos á dos autores árabes una anécdota, revestida con los caracteres de historia, que nos encaminará con toda seguridad.

Los chinos, dicen los autores aludidos, son los más hábiles de todos los pueblos del mundo, en toda clase de artes, y particularmente en la pintura, y hacen con sus manos unas obras de perfeccion tan grandes, que no pueden imitarlas los demas. Cuando un obrero ha terminado una obra excelente, la lleva al palacio del príncipe para pedir la recompensa que cree merecer por la delicadeza de su trabajo. El príncipe le manda que deje su obra en la puerta del palacio, en donde permanece un año. Si nadie observa en ella ningun

defecto, es recompensado el obrero, y se le agrega al cuerpo de los artesanos; pero si se encuentra en ella el más mínimo defecto, se le rechaza y no recibe ninguna recompensa. Sucedió que una vez uno de sus obreros pintó, en una tela de seda, una espiga y encima de ella un pajarito, con tanta destreza, que los que miraban la obra quedaban sorprendidos de ella, por lo muy natural que estaba la pintura. La obra estuvo expuesta por mucho tiempo, cuando acertó á pasar cierto día un jorobado delante del palacio, la censuró, y fué introducido al punto cerca del príncipe ó gobernador de la ciudad, que hizo al mismo tiempo comparecer al obrero en su presencia. Preguntóle entónces al jorobado qué defecto encontraba en aquella obra, y contestó: « Todo el mundo sabe que un pájaro no se posa en una espiga sin doblarla. Sin embargo, este pintor ha representado la espiga recta, sin inclinarla, y ha pintado al pájaro como estando posado encima. Esta es la falta que ha cometido. » Encontróse la observacion conforme con la verdad, y el príncipe no dió ninguna recompensa al obrero. Por este medio y otros semejantes intentan los chinos hacer más hábiles á los obreros, porque de este modo les empeñan á poner más extremado cuidado en la perfeccion de sus obras y aplicar su talento con más atencion á todo cuanto sale de sus manos. »

Así parece que debían las artes en China llegar á un grado de perfeccion extremada, como no hayan alcanzado otro igual en ningun pueblo del mundo, y, sin embargo, á pesar de esa proteccion oficial, no ha sabido salir el arte de la rutina á que estuvo siempre sujeto.

Tanto por la curiosidad que encierra, como por la demostracion de la civilizacion china que nos proporciona, vamos á copiar una anécdota que no carece de interes en este punto histórico de nuestro trabajo.

« El emperador Kang-Sí, que vivía en el siglo décimo séptimo de nuestra era, mostrábase protector de las artes, como algunos de sus antepasados, y había en su imperio pintores extranjeros que habían adoptado los procedimientos pictóricos de los artistas chinos, sobrepujándoles ya en ellos, por lo que el emperador colmó de honores á varios. Uno de estos pidió un día á Kang-Sí el favor de admitírsele á retratar la emperatriz: acordóselo amable-

mente con la condicion, empero, de que no debía tenerla á la vista. Objetó el pintor que no habiendo tenido nunca la honra de ver á la emperatriz, parecíale imposible reproducir su fisonomía. « Si os basta sólamente verla, dijo el emperador, ponéos detras de esa celosía dorada, ella cruzará ahora la galería, mirad bien y procurad recordarla. » La emperatriz pasó efectivamente, y el artista miró con tanto ojo abierto; puso en seguida manos á la obra, y algunos días despues presentaba el retrato al emperador. « Tiene perfecto parecido, dijo Kang-Sí despues de haberlo mirado con atencion; ¿por qué pusisteis esta pequeña señal negra en la mejilla de mi esposa?— No hice más que copiar á mi ilustre modelo, contestó el pintor; esta señal hermosea la mejilla de la emperatriz!—Os engañais, ¿cómo no habría yo visto nunca semejante señal?—Atrévome á asegurar que existe. » Llamóse á la emperatriz: el granito de belleza existía efectivamente en el mismo sitio en que lo había puesto el artista en el retrato. « Verdaderamente, dijo Kang-Si, sois el más ilustre pintor del imperio, una sola mirada os bastó para ver lo que en muchos años no había advertido yo. » Y el pintor europeo fué colmado de nuevos favores.

Esta anécdota, de una época muy posterior en siglos á la que estamos tratando, prueba cuán estacionada permanece la civilizacion de un pueblo que, ademas de su propia vida, ha recibido torrentes de luz que le han traído los europeos por medio de los misioneros, sin que haya bastado todo esto para impulsarla á dar un paso más en la senda del progreso. En esto, como en la virtud, puede asegurarse que el no ir adelante es volver atras, y los pueblos estacionarios no distan mucho de la ignorancia y embrutecimiento.

Los chinos actuales y los de la antigüedad se confunden como en un mismo retrato, debido esto, sin duda, más que todo, á la supersticion que les domina por el culto á lo pasado y á los antecesores suyos. La civilizacion china duerme, está como petrificada. Más que otro pueblo alguno está destinado el chino á representar escaso papel en la humanidad; porque son necesarios muchos siglos, mucha constancia y sucesos muy trascendentales para cambiar sus disposiciones hacia lo pasado en vez de tenerlas hacia lo venidero.

Los pueblos modernos tienden al porvenir; el chino, por un contrasentido inexplicable, aspira á lo pasado. Mientras las generaciones actuales se desvelan por enriquecer y ennoblecer á sus hijos, los chinos que reciben distinciones creen honrar y ennoblecer á sus pasados, y esta es su mayor satisfaccion, sin que piensen para nada en sus descendientes.

La China nos ofrece un fenómeno de los más raros en la vida de los pueblos, desde que poseemos historia. La raza china apta para inventar, no ha sabido perfeccionar, ni progresar. Su historia artística actual es su historia artística de infinidad de siglos. Sus costumbres de hoy, son las costumbres de ayer, las costumbres de veinte siglos de existencia, sin modificación ninguna. Sus utensilios de pleno siglo décimonono, cuya influencia se ha hecho sentir hasta en los pueblos salvajes, son los mismos de sus abuelos de siglos muy anteriores al nuestro, sin que nuestra civilización haya podido servirles de punto de partida para mejorarse, perfeccionarse, adaptarse á las costumbres europeas. Diríase que es un pueblo sujeto á la fascinación, á un encantamiento que los tiene insensibles á cuanto les rodea, sin impresiones de objetos exteriores, sin vida.

Y, sin embargo, dentro de círculos especiales ha sido y es el pueblo chino un pueblo artista por excelencia. ¿Quién ha sabido, como ellos, trabajar las maderas preciosas y muchísimos otros objetos peculiares de su país? Si los chinos supieran salirse del amaneramiento que les domina, si en lugar de la caricatura representaran fielmente la naturaleza, escollo en donde se estrellan siempre, á buen seguro que nada tendrían que envidiar en cuanto á la elegancia, á lo hermoso y hasta lo delicado de sus trabajos. Así como los pueblos occidentales conspiran todos por presentar ideales de sí mismos, cuya belleza existe solo en espacios vedados á la vista y ambición humanas, el pueblo chino al contrario, parece haberse propuesto en todo un tipo fijo, uniforme, constante, de todas las épocas, que les ponga en ridículo y haga formar pobre concepto de ellos á los pueblos que reciben sus productos.

En una palabra: en China no hay arte, sólomente existe allí la industria y aún esta como un excedente, como aplicación del arte.

Hablando de la China, es imposible no decir algo de sus célebres porce-

lanas, mayormente siendo una de las manifestaciones más características de la civilización de aquel país.

Los portugueses fueron sus introductores en Europa en el siglo décimo-sexto. Para hablar de este artículo de cerámica con el debido acierto, seguiremos las huellas de un autor competente que lo ha tratado de un modo especial y con completo conocimiento de la materia.

Acostumbrados los chinos á sus cronologías, no dan una antigüedad remota á la porcelana. Para ellos es de reciente fecha, porque data sólo de uno ó dos siglos á lo más ántes de Jesucristo.

La China, ántes de esta época, no conocía más que los vasos de barro cocido y de bronce. Los alfareros no buscaron durante mucho tiempo más que la cualidad de la pasta y los tintes más adecuados, ignorando todavía el arte de aplicar los colores variados, afanándose sobre todo en poner los tonos en armonía con el color del té.

El reflejo verde que recibe de la porcelana azul y que lo hace más grato, fué también una de las causas principales de la preferencia dada frecuentemente á este último color.

Un emperador, algunos días después de su advenimiento al trono, en el siglo décimo, recibió una respetuosa instancia para que se sirviera indicar el modelo de los vasos destinados á su servicio, y decretó al margen del memorial: « Dése en lo sucesivo á las porcelanas el color azul del cielo después de la lluvia, tal como aparece en los intervalos de las nubes. » Los alfareros inventaron efectivamente una pasta que se hizo célebre: « era azul como el cielo, brillante como un espejo, delgada como papel, sonora como un instrumento de música y de un lustre de encantadora tenuidad. » Á veces realizaba su mérito un ligero crugido. La belleza de esta porcelana desesperó á sus imitadores: llámosele siempre *el azul del cielo después de la lluvia*, y cuando después del año 1368 se hubo cesado de fabricarla, buscaron los aficionados sus fragmentos más pequeños para adornar con ellos sus sombreros ó rosarios. La pasta blanca fué probablemente la primera en estar de moda. Buscábanse ya partes interiores de vasos delgadas, sonoras, transparentes.

Hablemos rápidamente de los diversos perfeccionamientos. Cuando la cualidad de la pasta hubo alcanzado una perfección notable, intentaron los obreros chinos adornar la superficie. Las tazas y vasos del país de Tsin eran siempre de un blanco puro, pero ofrecían al mismo tiempo peces de relieve ó venas que imitaban las ondas del agua; otros estaban adornados con dibujos parecidos á cintas finas ó más bien á patas de cangrejo. Admirábanse sobre todo las porcelanas que presentaban vestigios de lágrimas. Los progresos de la porcelana blanca no perjudicaron por otra parte á los progresos de la de color; ni se perdonó nada para obtener los tonos más espléndidos. Redujéronse á polvo las cornalinas, y se pagó á los occidentales doble de su peso de oro su color azul de cobalto. Cada variedad de color tuvo un nombre que realzaba su nobleza. Al blanco de rayo de luna correspondió el rojo de sol ántes de la lluvia. El negro sembrado de perlas amarillas fué el privilegio de la fábrica de Kien; la de Kian fué el secreto del esmalte negro como tinta.

Desde un principio se adornaron los vasos, pintando especialmente en ellos flores azules. Las flores desempeñan un gran papel en la vida de los chinos, y forman una parte real en su manera de ostentarse. Con el vino extraído del arroz, son su principal fuente de goces. Las flores inspiran á sus poetas: sus más brillantes comparaciones las sacan de los jardines. La jóven es una flor de albérchigo, sus cejas se parecen á la hoja del sauce primaveral; un hombre elocuente es la margarita de los setos; á un jóven literato se le predice que llegará á ser una planta de los jardines académicos, esto es un académico.

No pasa esto de ser una afición tierna, reflejo de cierta dulzura de ánimo, con tal que no caiga en pretenciosa puerilidad.

Aquí tenemos explicado por qué los chinos en una época tan antigua pensaron en seguida en adornar sus porcelanas con tanta profusión de flores inventadas y hasta fantásticas.

No se encuentra en los historiadores la cita de ninguna obra distinguida en este género anterior á la dinastía de los Song, que reinó desde el año 960 hasta el 1279. Desde entónces las fábricas célebres supieron no sólomente

pintar las flores, sino amoldarlas, pintarlas en hueco, cincelarlas en relieve, y las figuras humanas, las escenas de la vida familiar, los animales, los monstruos comenzaron á mezclarse con el reino vegetal.

Bernardo Palissy, en Francia, no obtuvo sus resultados en la cerámica hasta últimos del siglo décimosexto.

Bajo la dinastía de los Song se realizan los principales progresos del arte cerámico en la China que, desde el siglo décimo al décimotercero, ocupa multiplicadas fábricas y produce artistas ilustres como los hermanos Tchang. Disminuyó despues el movimiento por efecto de la dominacion de los mongoles.

En el último cuarto del siglo décimocuarto reaparece esta brillante industria, y bajo la dinastía de los Ming encuentra el grado más superior de perfeccion á que llegó jamas. Este periodo de esplendor se extiende desde fines del siglo décimocuarto hasta los primeros años del décimoséptimo. Los anticuarios distinguen los productos de cada uno de estos siglos por señales distintivas que son como otras tantas marcas de fábrica tal como la presencia ó la forma de tal ó cual planta, de tal ó cual animal, etc.

Desgraciadamente la porcelana se convierte en objeto de inmoralidad á principios del siglo décimoséptimo, por la proteccion de un emperador amigo de los asuntos licenciosos. Las numerosas muestras que existen de dicha moda, despues de haber inundado el mercado, representan lo más frecuentemente un magoto entre dos hermosas. No hablamos de representaciones enteramente vergonzosas. Todo esto dista mucho de las representaciones inocentes del siglo décimoquinto, tales como grillos belicosos que adornan las copas, las gallinas con sus polluelos, pintados en jarros y copas.

Hablando en realidad de verdad, los síntomas de decadencia se manifiestan desde últimos del siglo décimosexto que ve nacer pacientes falsificaciones y se vuelve ya hacia la imitacion del pasado. Había falsificadores que vendían nuevo por viejo. El arte se hacía copista y plagiarío. Es indudable que esta decadencia que iba en aumento se debía á varias causas. La inspiracion débese solo á un momento.

La proteccion imperial empero con sus rígidos reglamentos y más mi-

nuciosos que rígidos aún, parece haber tenido no poca parte en la decadencia.

La fabricacion imperial de King-Tee-Tchin contribuyó á extinguir toda iniciativa señalando á cada uno su tarea, su género, y á todos los modelos que debían copiar. Desde entónces se ha sostenido en gran parte la perfeccion de la ejecucion; pero la originalidad ya no se encuentra sino en ciertos pormenores.

Si la porcelana china, dice otro autor, continúa dando al mundo brillantes y seductores productos, el mueble chino tiene asimismo en la industria un puesto peculiar y que se ha sostenido afortunadamente. Á este propósito dice un historiador del mobiliario: «No es nada extraordinario que los chinos se hayan mostrado hábiles en el trabajo de la madera, puesto que es la base de sus construcciones públicas: los pórticos, la entrada de los palacios y de los templos, el santuario de las divinidades, todo es de madera, y por la abundancia del oro, por los colores consagrados se distinguen y clasifican segun su categoría los monumentos frágiles. En cuanto á los muebles, son tallados, lo más frecuentemente, en las maderas más duras, la llamada por excelencia madera de hierro, madera de águila, y la de teck; las especies más blandas, el cedro, los sándalos, el bambú, no se muestran más que muy raras veces en piezas pequeñas y á veces en adornos ó embutidos.

Ya que hemos dicho algo del mobiliario chino, no estará fuera del caso atenernos á la autoridad del escritor aludido, y decir que menciona como cosas dignas de saberse los tabiques movibles, destinados á separar las habitaciones, y cuya parte inferior, llena y grabada en relieve de asuntos sagrados é históricos, se remata con una galería calada, recortada con el más encantador capricho. La cama, cuyo mueble cita asimismo, es un objeto muy complicado entre los chinos. En la mayoría de los casos, la madera que está al descubierto es un grande círculo sostenido por recortes y adornado á veces con cuadros que contienen pinturas sobre seda. Hay cama que se convierte en un verdadero cuarto dormitorio. La cama, con abertura circular, tiene ántes un arimez ó puede cerrarse por medio de una puerta

corredera y que tiene un asiento, y en frente una mesita con un espejo que permite vestirse de noche sin ser visto.

Las sillas redondas como nuestros sillones de oficina y de brazos terminados por dragones contorneados, son verdaderos tronos, de las cuales las pintadas de rojo están reservadas al emperador, y aquellas en que la madera se muestra al desnudo, pueden estar ocupadas por altos dignatarios al dar audiencia. Las demas de respaldos cuadrados, de maderas esculpidas, están guarnecidas en el fondo y en el asiento, de piedras escogidas con accidentes naturales que aparentan un paisaje montañoso.

Taburetes con sostenimiento circular y triangular, mesas y aparadores completan este género de mobiliario, con grandes pantallas, cuadros que contienen sentencias ó emblemas, á menudo de relieve sobre fondo de laca. Estos muebles son comunmente de madera negra ó rojo muy subido. Las camas, tabiques, en una palabra, las fabricaciones corrientes de Ning-po (centro especial de la fabricacion de los muebles en el siglo pasado, que los Tai-panih rebelados destruyeron despues) son de madera amarilla incrustada de marfil, ó de madera negra con adorno incrustado de pako amarillo.»

Algo hemos insinuado, aunque de paso, de la pintura en China. Esta bella arte, tan desarrollada y de tanta inspiracion en los pueblos occidentales, nos dará tambien la medida de la civilizacion china por sus manifestaciones que conocemos. Los chinos profesan como primer principio del arte pictórico: deben representarse los objetos tales como son y no tales como parecen ser.

Este principio nos da la exacta y única explicacion de por qué faltan en las pinturas chinas el claro oscuro, la perspectiva y los escorzos, pero no porque ignoren todo esto los pintores del Celeste Imperio como se cree comunmente. Cualquiera que haya examinado una pintura china habrá comprendido á primera vista que no hay allí, propiamente hablando, arte de pintura, sino arte de iluminacion, y á esto se reduce todo.

Los chinos no pintan al óleo: únicamente á la aguada ó cola, sobre seda, vitela ó papel de arroz. Los pintores del Celeste Imperio pintan las más de las veces una porcion de acuarelas que encuadernan en forma de álbum con cubiertas de damasco de seda, teniendo por objeto las aventuras de alguna

persona. Un viajero, cuyas notas nos han servido para escribir este capítulo, dice á propósito de esto lo que van á leer nuestros lectores: «Nosotros hemos hojeado varios que nos han puesto á la vista escenas de la vida oficial, privada ó campestre. Véanse en ellos jóvenes muchachas inverosímiles recogiendo las delicadas hojas del té con la punta de sus dedos finos como garras de ave, dignatarios que pasaban con su cortejo, sentenciados á muerte que iban al suplicio, fumadores de opio que descendían poco á poco de la fortuna y de la felicidad al último escalon del embrutecimiento y de la miseria.

Á menudo son tambien asuntos místicos los que se desarrollan en las hojas sedosas del álbum; recordamos un viaje misterioso hacia un genio superior, llevado á cabo por unos filósofos, en cuya ilustracion había el artista chino dado rienda suelta á toda la fantasía, á toda la independecia de su imaginacion. En la primera página, vestidos los sabios de seda y oro, con el rostro alegre y erizado de pelos blancos, estaban sentados en un carro de color de fuego tirado por un búfalo verde; criados jóvenes que tenían en la mano hojas de nenúfar, guiaban el tiro al traves de un paisaje adornado de peñascos color de rosa y de sauces plateados, con gestos graciosos y amanerados. Otros personajes indican el camino que debe seguirse. En la página siguiente, renunciando los filósofos á su retiro terrestre, iban montados en pavos de plumas brillantes, llenas las manos de ramas floridas. Emprendían un camino aéreo. Más allá, descansan en medio de nubes, en un palacio de vapor; esperando la hora de emprender otra vez su camino, se complacen en la música, rasgueando pipas, tocando tambores, soplando en flautas, con semblantes santurriones y ojos arrobados. Miétras tanto, cabalgando camellos de color de rosa, adornadas las frentes con un largo cuerno enroscado, zorros blancos y búfalos de formas absurdas, los viajeros emprenden otra vez el camino, cruzando llanuras azules bordadas con montañas nebulosas y lagos cristalinos y llegaban pronto al centro de un gran bosque. Parábanse allí otra vez, preparando unos el té, miétras que los otros sentados á la sombra, jugaban al ajedrez con semblante profundamente malicioso; finalmente acurrucados en buhos y cigüeñas, llegaban al

término de su viaje y podían contemplar al grande genio que reina sobre los hombres, sentado, cruzadas las piernas entre las alas de un ancho murciélago. Los filósofos muy satisfechos permanecían extasiados en medio de las nubes. Por lo demas, este álbum fué compuesto por un artista célebre á orillas del río Blanco, y es imposible ver un colorido más delicado, un primor más exquisito en el delineamiento; parece que miéntras dibujaba los miles de arrugas de los rostros de sus filósofos, se dedicaba el pintor á exceder en tenuidad los más delgados hilos de una telaraña suspendida entre dos ramas de almendro debajo de su ventana. »

Los productos chinos, gracias á los rápidos y fáciles medios de comunicacion de que se dispone ahora, son bastante conocidos, para que nos detengamos en notar que el carácter totalmente decorativo observado en el álbum de la anterior descripcion, se observa tambien hasta lo infinito en los abanicos chinos, en las pantallas, en sus objetos torneados, en sus esculturas de marfil, concha, nácar, y miles de objetos que nos representan el carácter realmente local que sólo ellos saben imprimir á sus obras.

¿Es la China el país originario de la seda? Parece indudable que sí, aunque su nombre latino *sericum*, derivado de *Serica*, provincia de Serés, que actualmente es el país del Pequeño Tibet, la haría procedente de la India, de donde la sacaron los griegos y romanos. De todos modos es lo cierto que en China se criaron los primeros gusanos de seda, donde se cultivaba la morera con el nombre de árbol de oro. De la China pasó esta industria á las naciones vecinas, despues á Persia, luégo á Fenicia y Grecia. Plinio dice que los habitantes de la isla de Cos se dedicaban á ella con muy buen éxito.

Esta es la tradicion que nosotros llamaríamos latina.

En una Historia del comercio de los pueblos antiguos debida á Heeren, pregunta este sabio si es exacto que la palabra seda se haya aplicado á las telas y cortinas del templo de Jerusalem, y consigna que el primer escritor griego que habló del gusano de seda fué Aristóteles en su obra de Historia natural. Los sabios incurren tambien en errores y contradicciones, pues miéntras formula Heeren su pregunta en son de duda, mal encubierta,

confiesa que la seda constituía el principal elemento de los ricos vestidos de los medos adoptados igualmente por los persas.

Pasando á otro orden de ideas, y ateniéndonos á autores que tenemos á la vista, parece probado que la seda fué anterior al gusano que la produce, y que el mismo gusano ántes de domesticarse, con cuya circunstancia debía multiplicar y mejorar sus productos, proporcionaba ya en su estado salvaje una seda que se podía utilizar, y que, por lo tanto, se utilizaría probablemente. Plinio, á quien ya hemos citado no há mucho, nos habla de orugas cuyos capullos, grandes como huevos, se recogían en las ramas del ciprés, del terebinto, del fresno y del roble, y que los ya citados habitantes de Cos la devanaban é hilaban para su uso.

Ademas de esto, y prescindiendo de los más ó menos grados de certeza que pueda tener lo dicho hasta ahora, encuéntrase aún actualmente en China el gusano de seda, en estado salvaje, en una especie de pimienta. Las investigaciones más recientes han probado asimismo que desde tiempo inmemorial se conoce en China el cultivo de la morera y del gusano, de la misma manera que el hilado y tejido del capullo. La imaginacion fantástica y creadora de los chinos podría remontar este conocimiento de la seda á las épocas semi-fabulosas, en que los emperadores del Celeste Imperio tenían, como dicen allí, cabezas de tigre, cuerpos de dragon y astas de buey; pero nosotros nos referimos única y determinadamente al gusano de seda tal como lo poseemos ahora en Europa.

Si debiéramos dar crédito á los hechos maravillosos narrados por los chinos, la emperatriz llamada Siling-Chi, que vivía en los años 2650 anteriores á nuestra era, fué la inventora de tres cosas de igual é inmensa importancia, á saber: el arte de domesticar y criar los gusanos, el de devanar los capullos, y el de tejer la seda. En recompensa, los chinos honraron á dicha emperatriz con culto público, con el nombre de Sien-Thsan, para darle una prueba pública y fehaciente de su eterno agradecimiento.

Pruébese la perpetuidad de este culto pudiendo consignar que aún actualmente las emperatrices chinas, acompañadas de todas sus damas de honor, ofrecen en un día determinado solemnes sacrificios á Sien-Thsan, im-

poniéndose además como una obligación la cría de gusanos de seda por su cargo y cuenta.

Y como si no bastara todo esto para demostrar el aprecio en que tienen los chinos la posesión de este productivo comercio, llegaron al extremo de prohibir, desde remotos tiempos, la extradición de las semillas de morera y de gusanos de seda, dictando reglamentos muy terminantes, castigando con pena de muerte cualquiera infracción. Efecto de estas prohibiciones fué el conservar por muchos siglos el secreto del lugar de procedencia, los medios de producción de las maravillosas telas de seda y todo lo concerniente á ese ramo de comercio, y gracias si pudo divulgarse á un ardid de ingenioso contrabando, efecto de la coquetería de una jóven princesa, hija de un emperador de la China, que casada con un rey del Khotan, donde no se criaban la morera y el gusano de seda, y no sabiéndose resignar á no tener semejantes telas, ocultó en su cabellera la simiente del árbol y de la mariposa, que pasaron por no atreverse los guardas á molestar á una hija del cielo.

Terminaremos estas ligeras noticias acerca de la seda, seguros de que nos las agradecerán la mayoría de nuestros amables lectores, recordando que en el año 552 de nuestra era y bajo el reinado de Justiniano penetraron en Europa el gusano de seda y la morera, merced á otro fraude tan ingenioso como el de la princesa china, por la intermediación de dos religiosos de la orden de San Basilio, quienes llenaron el hueco de sus bastones de las dos preciosas semillas, que regalaron al emperador bizantino, y éste, ménos codicioso, más ilustrado, y, sobre todo, más amigo del verdadero progreso y de la civilización de los pueblos que los mezquinos hijos del Celeste Imperio, se dedicó á propagar la nueva industria que tardó aún algunos años en propagarse entre las naciones europeas.

*
*
*

El estudio de la familia en China, como base y esencia de la sociedad, y reflejo, por consiguiente, de la civilización, ofrece muchísimas dificulta-

des por los diversos aspectos que presenta y por la notable discrepancia que ofrecen las clases sociales.

Los ricos en el Celeste Imperio se diferencian mucho, más que en otra parte alguna, de la masa del pueblo.

Oigamos á un testigo de vista, y por cierto que nos dará un cuadro poco halagüeño de la familia china. « Sin hablar, dice, de las muchas causas de envidia y discordia que deben nacer de la presencia de varias mujeres secundarias en una misma casa, compréndese que sería una muy rara casualidad si ambos esposos, que no se conocieron en manera alguna ántes de su matrimonio, pudieran avenirse. Las antipatías de carácter no tardan en manifestarse, y poco á poco nacen las repulsiones invencibles y los odios profundos. De ahí las perpetuas quejas, las disputas, y á menudo batallas sangrientas. »

Esta descripción de la familia china, nada envidiable, es del P. Hue en su libro acerca del imperio chino. Para formarse nuestros lectores una idea del fundamento en que se apoye quizás el citado P., bueno es que recuerden que en China está admitida y practicada la poligamia, y que se verifican los matrimonios sin haberse visto ni tratado nunca los contrayentes.

Otros autores, contradiciendo lo dicho por el P. Hue, afirman que la vida de familia en China ha sido siempre muy formal, á pesar de la poligamia, y que existe allí el sentimiento de la familia y el respeto á la dueña de la casa.

Quizas asalte á nuestros lectores la objecion de los infanticidios numerosísimos que se cometen diariamente en China; pero á esto contestan los defensores de la armonía social de aquel país, que este crimen horrible pertenece sólamente á la clase pobre y de ningun modo á las ricas ó acomodadas.

Sin pretender nosotros ser jueces en una materia tan delicada y espionosa, pero que afecta tan directa y eficazmente á la civilizacion real ó aparente de aquel pueblo, daremos aquí una exacta reseña de la manera cómo se verifican los matrimonios entre las clases distinguidas, que bien merece saberse por la curiosidad que envuelve tan original manera de unirse dos personas.

Terminados que están definitivamente los desposorios mediante una cantidad de dinero que los padres del novio envían á los de la novia, ésta á su vez envía á su futuro esposo el inventario de cuanto posee: ajuar, joyas, muebles, objetos de arte; hácele tambien llegar á sus manos un hermoso zapatito perfumado de almizcle, bordado de oro y pedrería, tan lindo que, segun el lenguaje poético de la galantería, «podría esconderse en el cáliz de un loto.» Con un cordon de seda prende el novio de su cuello esta primera prenda de amor, que mirará á menudo, respirará su aroma, y dulces ensueños le mostrarán la que adora sin conocerla, hermosa como Ngcow-Chan, la más hermosa de las heroínas de la China. Entónces enviará á su muy amada cinco piezas de raso de diversos colores: azul, blanco, verde, púrpura y amarillo.

El día destinado para el matrimonio se vendan primeramente los piecitos de la novia con pequeñitas fajas negras, se le calzan despues unos zapatos de raso encarnado en los cuales hay bordados dos fénix de perlas de color; despues, sobre un ancho pantalon de seda blanca, se le hace colocar la falda de raso carmesí adornada por delante y por detrás con un fénix de oro, emblema de la mujer. Por la primera vez se levantan y arrollan, sobre las orejas, las largas trenzas que forman el tocado de las jóvenes doncellas; las trenzas están sostenidas por dos especies de cetros de jade esculpido, fijados uno en cada lado de la cabeza; estos cetros, que son siempre á pares y se llaman *joni*, simbolizan la simpatía. Á este tocado se le añade á veces una sarta de oro y perlas, cuya franja cae sobre el rostro y lo tapa.

Llega el momento de la partida, que no se verifica ni sin lágrimas ni sin postreros saludos al padre y á la madre y solamente cuando los sonidos de la música de la comitiva nupcial se han dejado oír tres veces delante de la casa. Dada la última señal, la joven golpea algunas veces el suelo con su frente. Cuando se levanta, se le pone una manzana en la mano izquierda, en la derecha un bote lleno de semillas de cereales, perlas de oro y plata, y luégo se le echa en la cabeza un velo de seda encarnada que la cubre enteramente. Entónces, el hermano mayor de la joven, ó á falta de hermano, un

próximo pariente entra en el aposento y coge con violencia á la novia, que forcejea y lanza gritos desesperados. Una magnífica silla de manos, de raso de púrpura, bordada con flores de todos matices, y que remata con un fénix de alas abiertas, recibe á la doncella, y se la encierra allí herméticamente.

El cortejo emprende el camino; un hombre armado con un látigo que sirve para apartar á los curiosos, precede á la silla de la casada. Detrás del palanquin siguen los músicos alineados en dos filas; entre estos, unos hombres adornados con bandas encarnadas llevan el ajuar de la novia, colocado en mesas de laca, despues los muebles, la vajilla, los pebeteros de bronce, y una multitud de cofres magníficos, vacíos las más de las veces y alquilados para aquella circunstancia.

Adelántase en seguida un muchacho que lleva una cesta en la cual hay encerrados dos ánades mandarines, emblema del amor conyugal; despues los convidados á caballo, en coche ó en litera, desfilan, y termina el cortejo con muchísimos hombres que llevan linternas y banderas de seda.

Cuando llegan delante de la casa del esposo, estallan tres bombas de fuego y se tiran cohetes; entónces el novio, vestido con traje de raso azul y túnica de raso negro, adornado con todas las insignias de su grado si es mandarin, sale de la casa y va á llamar en el palanquin; sólamente á la tercera vez le abre la novia. Las cuatro jóvenes que la han servido durante el camino la ayudan á bajar y á caminar sobre la alfombra de seda encarnada que se extiende desde la calle hasta el aposento nupcial. Cuando la esposa entra en la casa, una de las intermediarias mete su mano en una vasija llena de cinco especies de semillas, y le echa un puñado de ellas á la cara: esto es un preservativo contra las desgracias. En el umbral del aposento perfumado hay colocada una silla de caballo elegantemente bordada y colocada de traves en la puerta. La novia debe pasar por encima de ella, y arrojar al propio tiempo al aposento la manzana que tiene en la mano. Esta rara ceremonia es un juego de palabras chinas en accion. La novia encuentra la tranquilidad y trae la paz á la casa.

Trae tambien el buen orden, y la abundancia simbolizados por el bote

precioso que tiene en la mano. Á los jóvenes esposos se les hace sentarse en un doble divan separado por una mesa que ocupa el fondo del salon, y todos los convidados entran en el aposento. Este es el instante solemne: el novio va finalmente á ver el rostro de aquella á quien consagra su vida; retira con un golpe que da con su abanico el velo que la ocultaba á todos los ojos, y ella ve tambien por la vez primera al hombre á quien debe amar siempre.

Las ceremonias religiosas del matrimonio se efectúan con sencillez; consisten en preces dirigidas al cielo y á la tierra, á las almas de los antepasados, al genio del hogar. En los festines con que se termina el día reinan el lujo más espléndido y la más magnífica suntuosidad.

Esta diversidad de costumbres domésticas y sociales comparadas con las nuestras, se presta á grandes consideraciones que nos están vedadas por los límites á que está reducida nuestra obra. Á primera vista parece que, dadas estas ceremonias matrimoniales y existiendo en China la poligamia, debiera estar desconocida la prostitucion tan licenciosa en otras naciones, y, sin embargo, nada hay más equivocado que esto. Al contrario, la prostitucion se ostenta en China con un cinismo y publicidad desconocidos en muchos países. Tal casa, pintada y dorada, adornada de flores que aparecen en las ventanas de los terrados, está llena de mujeres prostitutas que tañen diversos instrumentos músicos y hacen resonar el aire con sus cantos. En Pekin no se encuentra nada tan frecuentemente como estas casas públicas, y aseguran los viajeros que hay hombres casados que no se avergüenzan de pasar en ellas días enteros.

La corrupcion de costumbres no es peculiar de Pekin, sino que se manifiesta en todas las ciudades, y las hay donde reina con más cinismo y formas más repugnantes. Confesemos que esta ostentacion de malas costumbres no es argumento que favorezca la tolerancia de la poligamia. Las pasiones son insaciables y no se acallan satisfaciéndolas ni dándoles rienda suelta. Si nos faltara una prueba terminante, nos la ofrecería la China.

*
*
*

Dos palabras acerca de las manifestaciones religiosas del Celeste Imperio.

Puede que en ningun país del mundo se celebren tantas fiestas como en China, y quizás en ningun sitio, como allí, está todo tan exacta y minuciosamente determinado por los reglamentos acerca de la materia.

La China es á todas luces el país oficial por excelencia, y todo es allí oficial, sin exceptuar las mismas diversiones.

El culto lo tributan los hijos del Celeste Imperio á una multitud de genios que son personificaciones de la tierra, los vientos, las nubes, la lluvia, los truenos y demas afecciones atmosféricas. Es consiguiente, pues, que sean abundantes las ceremonias, y que el número de los templos esté en proporcion con la gran lista de dioses á quienes dedicarlos.

Y, en efecto, hay en China muchísimos templos; pero, por una razon muy natural, se opone la misma multitud de los edificios á la magnificencia de los mismos, que realmente carecen de suntuosidad. No obstante, la ciudad de Pekin, como capital del Imperio, encierra algun templo digno de visitarse.

Por incidencia, nos tocaría aquí hablar de la arquitectura china, como otra de las manifestaciones de la civilizacion de aquel pueblo; pero, poco se nos ofrece en este ramo tan importante. La arquitectura china, á la cual no le negaremos nosotros cierta antigüedad, ha conservado siempre un tipo perenne, fijo, el de pabellon, que todo el mundo conoce, por haberse hecho de moda su forma para muchos usos, especialmente en sitios de recreo, y ha empleado por material la madera. Algo pudiéramos decir aquí de la muralla que tan célebre se ha hecho, y que, en concepto de varios autores, es la obra más gigantesca del mundo, pero cualquiera comprenderá que la tal muralla no puede pertenecer por ningun concepto á las llamadas bellas ar-

tes. Este calificativo, que le corresponde, á saber, el de industria, pertenece tambien á los inmensos canales que surcan el país, algunos de los cuales son obras maestras dignas de ser vistas y admiradas, sobre todo cuando los surcan los miles de embarcaciones de todas formas y colores adornadas con miles de banderolas á cual más caprichosas y elegantes. Todas las obras de arquitectura china se distinguen por su ligereza, como lo acreditan sus techos flotantes, sus casas de un solo piso, sus columnas apenas perceptibles, sin más adornos que dragones alados y otras chocarrerías por el estilo.

La arquitectura china, como todo lo de aquel país, se encuentra estacionada, duerme. Para ella han pasado veinte siglos, como un día; es actualmente lo que era en aquella fecha. La civilizacion china actual nos dice en todos los tonos lo que era muchísimos siglos atras: como si no tuviera un más allá, como si hubiese llegado aquel pueblo al colmo de todos los adelantos, vive parado, como aturdido y no sabe adelantar un paso del punto en que lo dejaron todo los [contemporáneos de Confucio. Esta curiosidad histórica, que no deja de ser un fenómeno sorprendente, sería digno del estudio de los sabios, para que nos descifraran ese enigma, y nos dijeran por qué se detuvo en su camino un pueblo que llegó á tan alto grado de civilizacion.

Reanudando ahora la relacion interrumpida de las manifestaciones religiosas, comprenderemos desde luego que el pueblo chino tan adicto á todos los ritos antiguos debe necesariamente observar solemnidades de mucho brillo y esplendor, y que por fuerza deben serlo tanto más en cuanto la influencia del Estado les imprime, como en todo, su sello oficial.

Tratando de esta materia, lo primero que se ocurre son las fiestas ú honores tributados á la agricultura. Cada año, el día quince de la primera luna, que regularmente corresponde á los primeros días del mes de Marzo, hace el emperador personalmente la ceremonia de la abertura de las tierras. El espacio de que disponemos no nos permite descender á pormenores que sentimos tener que omitir y que nos darían cabal idea de la grandiosidad desplegada en aquel acto ceremonioso y solemne. Despues de varias preces y ritos, despójase el emperador de sus vestidos imperiales, empuña el man-

go del arado tirado por un par de bueyes ricamente adornados, y abre una porcion de surcos en toda la extension del campo designado para la fiesta, devuelve despues el arado á los principales mandarines, quienes labran tambien sucesivamente rivalizando en destreza, terminando la ceremonia con distribucion de dinero y piezas de tela que se regalan á los labradores presentes, saliendo luégo los más hábiles á terminar la labranza en presencia del emperador. Esta fiesta, llamada de la primavera y la otra que toma el nombre de las siegas, por la operacion á que alude, son ceremonias cuya gracia y grandeza reunidas enternecen y encantan, y darían una idea muy aventajada de las costumbres patriarcales en donde quiera que se encontraran, si no fuera la China tan desmoralizada por vicios inmundos y repugnantes como los ya citados del infanticidio, la prostitucion y la poligamia.

Si esta mezcolanza nos asombra, y queremos averiguar la causa ú origen del contrasentido que á primera vista se descubre en esa extraña conducta, no creemos andar desacertados diciendo que, en nuestro concepto, debe atribuirse esta especie de contubernio al carácter eminentemente artificial que es el sello de todas las manifestaciones chinas.

Fijémonos en las siguientes circunstancias que nos darán la medida de lo que es dicho carácter. En iguales día y hora, en todos los pueblos del imperio, se representa la misma escena. Se pasea un búfalo de barro cocido y cuernos dorados, al que sigue un niño con un pié calzado y otro desnudo, golpeándole continuamente con una vara, como para hacerle andar. El cortejo lo forman comediantes y máscaras. Dígasenos ahora qué tiene que ver todo este artificio con la fiesta de la primavera, de la labranza y demas faenas agrícolas. Sin embargo, en obsequio de la verdad, debemos confesar que la naturaleza entra por algo en la ceremonia, porque toman parte en ella los labradores con sus instrumentos de labranza y productos primerizos de la tierra.

Á pesar de todas estas fiestas, que podríamos llamar nacionales, no es tan floreciente como podría creerse el estado de la agricultura en China, puesto que segun varios autores de todas épocas remotas y recientes, hay inmensos terrenos y extensas montañas enteramente yermos aquellos y áridas estas y páramos tan tristes como los que más.

Un pueblo que dedica tan magníficas fiestas á la agricultura en la época de la primavera, es consiguiente que las dedique suntuosas cuando llegue la hora de la recolección de la cosecha, y, efectivamente, las celebra más solemnes y continuadas. Los templos, ricamente adornados, están continuamente llenos por espacio de quince días; los teatros atraen multitud de espectadores; celébranse festines; pero, contra lo acostumbrado en otras religiones que los anticipan á las fiestas, los ayunos y las oraciones señalan el término de los regocijos y brillantes fiestas.

Indicamos ántes que las fiestas eran muy numerosas en China, y, en efecto, además de las celebradas en honra de la agricultura, es digna de notarse la de año nuevo, que tiene lugar en el signo de Acuario, que es el undécimo del zodiaco.

En China, como en algunas naciones europeas, hay la costumbre de celebrar el primero de año, que lo es de regocijo universal, con regalos, ya de mucho, ya de escaso valor, que se hacen las familias.

Otra de las fiestas que celebran con más esplendidez los chinos, y que ha logrado fama universal, es la llamada de las linternas. En ella, como diríamos vulgarmente, echan el resto los hijos del Celeste Imperio para hacer público alarde de su habilidad peculiar para construir los faroles de fantástico efecto, fabricándolos ya de papel, ya de cristal ú otras materias á cual más caprichosas.

Una de las aficiones más pronunciadas de los chinos es el navegar en sus ríos y canales, como que parece haber tantos habitantes en el agua como en la tierra en aquel imperio. Claro está que su afición debe llevarles á celebrar fiestas que podríamos llamar acuáticas, si se nos pasa la frase, y, efectivamente, sus regatas de juncos deben mencionarse entre las principales solemnidades de sus fiestas. En China abundan las maravillas del arte con las de la naturaleza, y sus ríos y canales son verdaderas vistas agradables que embelesan y sorprenden. Los juncos en que verifican sus regatas son largos y estrechos, representando la popa y proa respectivamente la cabeza y la cola del dragón imperial: generalmente están esculpidos, con adornos dorados y dibujos de los colores más vivos y variados. Están empavesados

dos de bricho y seda, y en toda su longitud hay infinidad de banderolas y gallardetes encarnados que ondean movidos por el viento. El pueblo llena los muelles, las orillas y los tejados de las casas y hasta las barcas que hay en el puerto. Así en los juncos que se deslizan rápidamente en la superficie de las aguas como en los muelles donde se apiña la muchedumbre, tocan las extravagantes é ingratas músicas á que tan aficionados se muestran los chinos y que no pueden oír los europeos sin ofensa de sus oídos.

*
* *
*

¿Qué podemos decir de la literatura china? ¿Qué sabemos de la lengua hablada en el Celeste Imperio? La autoridad será nuestro guía en esta materia, ya que es insuficiente nuestro propio testimonio.

El autorizado sinólogo Remusat dice acerca de la primera pregunta que hemos formulado: «La literatura china es sin duda la primera del Asia por lo que hace al número, á la importancia y á la autenticidad de los monumentos. Las obras clásicas, llamadas *King*, ascienden á una época antiquísima, y en ellas han cifrado los filósofos de la escuela de Confucio la base de sus composiciones sobre la moral y la política. La historia ha merecido siempre de los chinos toda su atención, y sus anales constituyen el cuerpo más completo y mejor seguido de cuantos existen en las otras lenguas; y la geografía se ha cultivado con el mayor esmero dando origen á varias obras á cual más excelente. El uso de las oposiciones ha dado un vuelo muy alto á la elocuencia política y filosófica: la historia literaria, la crítica de los textos y la biografía forman el objeto de una porcion de obras muy notables por el método y la regularidad que en ellas se observa. Hay igualmente muchas versiones de libros sanscritos sobre la religion y la metafísica. Los letrados se dan á la poesía, que entre ellos está sujeta al doble yugo del metro y de la rima, y poseen poemas líricos y narrativos, especialmente poemas descriptivos, piezas dramáticas, novelas de costumbres y otras en que

se hace uso de lo maravilloso. Se ha compuesto además un crecido número de colecciones especiales y generales, bibliotecas y enciclopedias, y en el siglo pasado se comenzó a imprimir una colección de obras selectas en ciento y ochenta mil volúmenes. Las notas, las glosas, los comentarios, los catálogos, los índices y los extractos por orden de materias proporcionan el medio de encontrar fácilmente lo que se busca. Por lo común los libros están impresos en papel, y sus diferentes partes están clasificadas, numeradas y compaginadas, y para decirlo en una palabra, no hay en Europa nación alguna que posea tantos libros, ni libros tan bien hechos, tan cómodos para consultados y á precio tan bajo.

Háse dicho hasta la saciedad que los chinos conocían la imprenta mucho ántes que los europeos. Si por imprenta se entendiera el arte de imprimir en láminas ó planchas grabadas, como se hizo primitivamente en Europa, es cierto que los chinos aventajan de mucho en esto á nuestros países, porque su hermosa edición de los King data ya del siglo décimo de nuestra era muy anterior al arte de la xilografía del holandés Lorenzo Coster, maestro de Guttemberg. Los chinos en ningun tiempo conocieron los caracteres fundidos y móviles que es lo que constituye el arte conocido propiamente por imprenta.

Antes de nuestra era conocían ya los chinos el uso de la pólvora, y esto haría probable una opinión que supone la pólvora conocida ya de los hebreos cuando el sitio de Jericó.

Volvamos empero á la materia de que nos desviábamos, y digamos algo de la lengua china.

Esta lengua, dice el ya citado Remusat, se ha considerado por mucho tiempo como la más difícil de todas las del mundo; pero hace diez años que en Europa es mejor conocida, y en este espacio de tiempo se han solventado sus principales dificultades. En su estado primitivo la escritura fué figurativa, pero posteriormente se ha hecho en parte silábica y se aplica á la expresión de los sonidos como á la representación de las ideas; y aunque, por decirlo así, es indefinido el número de signos compuestos que la constituyen, los métodos recientemente introducidos permiten adquirir en poco

tiempo un profundo conocimiento de ellos. Los chinos tienen diccionarios excelentes que explican con mucha regularidad y esmero todos los signos de su escritura y todas las voces de su lengua.

Dado el gran número de homofonías de una lengua monosilábica, esto es el gran número de sílabas formadas de los mismos elementos fónicos, aunque correspondientes á ideas muy distintas, había muchísima dificultad en determinar segun un sistema gráfico los múltiples sonidos de las homofonías en cuestion. Los chinos llegaron á este resultado empleando dos clases de signos.

Su primera especie de caracteres no se compone sino de imágenes ó verdaderos dibujos: la imagen de un árbol, de una montaña, de un perro. Unas veces se los emplea independientes, aislados; otras veces se les junta para hacer una idea más ó menos compleja. De este modo la imagen del agua y la de un ojo, si están una á continuación de la otra, dan la idea de lágrimas; una puerta y una oreja dan la idea de oír; el sol y la luna dan la idea de brillo. Débense también colocar entre los verdaderos dibujos los grupos de líneas ó puntos, que figuran, bien números—uno, dos, tres—bien el estado de superioridad, de inferioridad, de inclinación hacia tal ó cual lado, y así sucesivamente. Hubo un tiempo en que estos caracteres ó imágenes, despertaban de una manera directa—merced á la exactitud de su representación—la idea que estaban llamados á dar; pero poco á poco estos rasgos ingenuos y verídicos perdieron su forma original; y en los signos que actualmente dejan ver las ideas de perro, de sol, de luna, de montaña, ya no se encuentran de pronto las imágenes antiguas que evocaban de modo directo esas diversas ideas. Los caracteres de esta primera especie se han evaluado en unos doscientos como número mínimo.

La segunda clase de caracteres, dice Endlicher, es más complicada, porque permite dos elementos: uno fonético y otro ideográfico. Este cuida de determinar el valor á veces muy múltiple del elemento fonético. Este último, si es único representado, dejará fluctuar la inteligencia del lector entre un gran número de homofonos; el elemento ideográfico hace cesar esta vacilación evocando una idea determinada, ó á lo menos una categoría de

ideas. De este modo, el carácter tomado en totalidad indica á la vez la pronunciaci3n y el sentido; sus dos partes se completan recíprocamente; una de ellas, sin embargo, es mirada como nula en cuanto á su valor f3nico y la otra parte es la única que determina su pronunciaci3n. Si, por ejemplo, el signo *tcheu*, buque, est3 unido delante de los signos que representan *huo*, fuego, *ma*, caballo, estos dos últimos signos perder3n su valor fon3tico, la palabra se leer3 *tcheu*, pero este *tcheu* ya no significar3 buque. Merced al carácter de que se encuentra precedida, dejar3 comprender ya una vacilaci3n de la llama, ya una especie particular de caballos.

Bastan estas ligeras nociones acerca de los caracteres chinos, por pertenecer á la parte gr3fica y no á la estructura de la lengua del Celeste Imperio que es, en todo caso, de lo que debiéramos tratar nosotros, si no fuera extralimitarnos; pero no pondremos punto aqu3 sin decir ántes que la lengua china tiene tres grandes dialectos que son el de Canton, el de Fukian y el mandarino, vulgar este último en las provincias del centro del Imperio y usado en todo él como idioma cultivado. Á pesar de que los tres dialectos pertenecen á una misma lengua, son no obstante enteramente distintos, siendo, por lo tanto, muy difícil que se comprendan unos á otros los habitantes de puntos opuestos.

Y, sin embargo, como mera curiosidad apuntaremos aqu3, reservándonos entrar en pormenores oportunamente, cuando tratemos de la civilizaci3n americana, que en la América del Sur se han encontrado ídolos que tienen inscripciones con letras del alfabeto chino, y que los habitantes de Eten hablan un dialecto primitivo que comprenden los trabajadores chinos que van ahora á América.

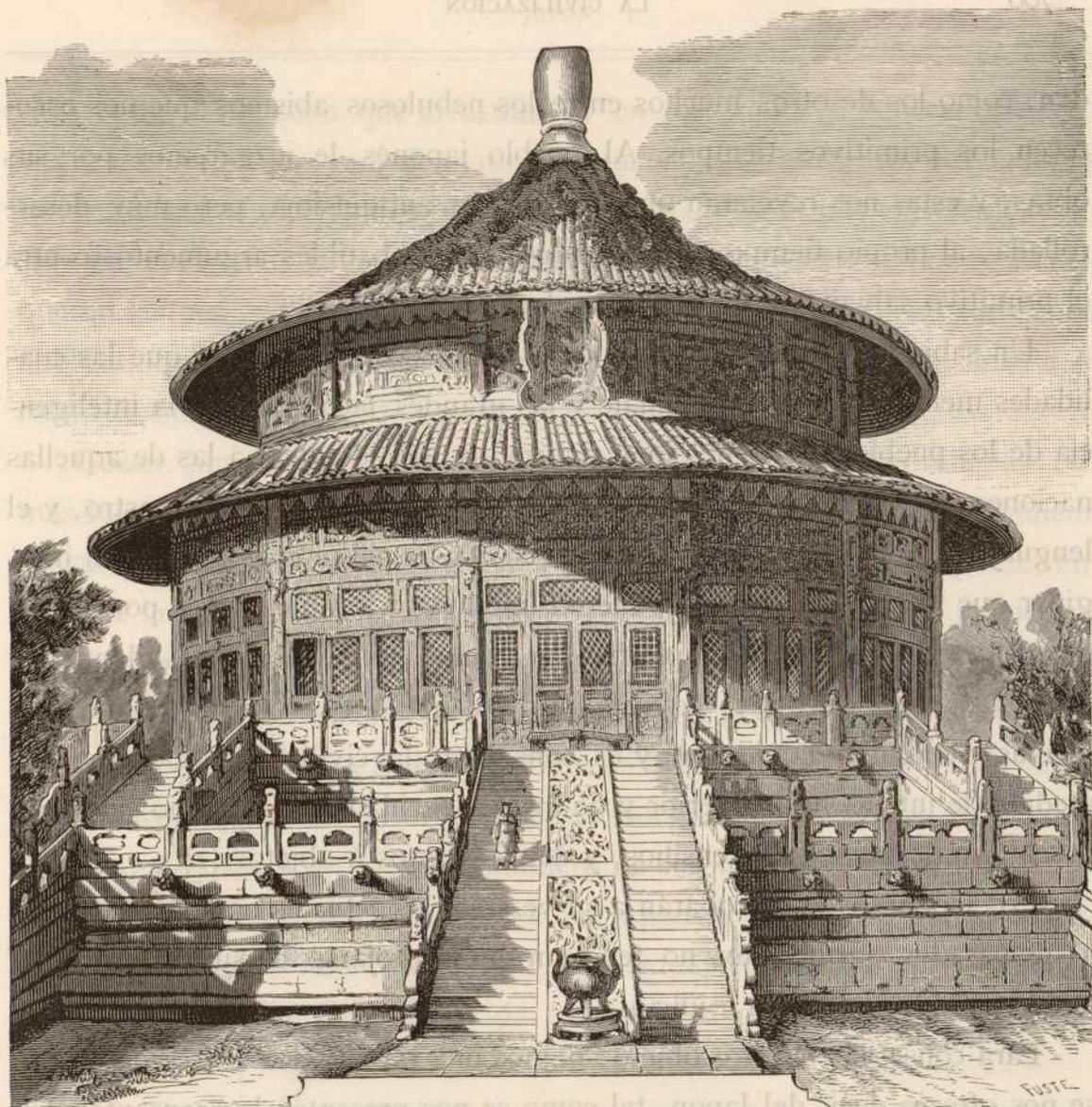
No insistiremos en lo que de estos interesantísimos datos podr3 deducirse; nuestros lectores sacar3n por sí mismos las consecuencias. Sólo haremos una observaci3n y concluimos.

Posteriormente á nuestra era se ha visto frecuentemente el Celeste Imperio fraccionado en porciones de estados pequeños, de manera que áun cuando datara su civilizaci3n de una época mucho más antigua debiera haberse perdido varias veces, porque en el siglo décimotercero los habitantes

de la provincia de Fu-kian, en la China del Sud eran antropófagos, escogiendo ávidamente los hombres más gordos, bebían la sangre de los prisioneros de guerra, y se hacían señales ó figuras en la piel con un hierro candente, pareciéndose en esto á las naciones más salvajes.

China es un país para visto de léjos y examinado en los muebles y artefactos que de allí nos vienen. Para visto de cerca es repugnante y capaz de enfriar el entusiasmo de su más ferviente admirador.





CAPÍTULO XVI.

JAPON. — COMPARACIONES CON CHINA.



CHINA y Japon parecen dos ideas relativas. Sus comparaciones nos indicarán sus diferencias. Hablar del Japon es tratar de un pueblo muy adelantado, y sus orígenes se nos pier-

den, como los de otros muchos entre los nebulosos abismos que nos oscurecen los primitivos tiempos. Al pueblo japonés le juzgaremos por sus obras, y estas nos revelaran una civilizacion antiquísima, pero muy desarrollada, al propio tiempo que nos prestaran irrefutables argumentos contra el primitivo salvajismo de la humanidad.

Un sabio contemporáneo ha dicho: «Forzoso es reconocer que las cualidades mentales de superior linaje y las grandes facultades de la inteligencia de los pueblos modernos más civilizados, son idénticas á las de aquellas naciones que dejaron pensamientos como los de Confucio ó Zoroastro, y el lenguaje del Veda, los edificios de Egipto ó las esculturas de Nínive. El imaginar que los pueblos antiguos fueron inferiores á los modernos, porque, en circunstancias diferentes, empleaban su tiempo y aplicaban sus talentos de distinta manera que hoy, equivale á decir que toda obra ha de apreciarse más que quien la ejecuta, y es considerar la civilizacion no como una medida de inteligencia superior y de gran capacidad mental, sino como un inventario de muebles, utensilios, y demas trastos ú objetos (1).»

Los japoneses nos probarán á su vez que los actuales no son superiores á sus pasados, y que estos no tendrían que sonrojarse de su civilizacion si los actuales les llamarán á juicio.

Para conseguir nuestro objeto, demos una rápida idea acerca de cuanto se nos ofrezca decir del Japon, tal como se nos presenten los conceptos sin fijarnos en su órden, y entraremos despues en las comparaciones que se ocurran.

Sorprendería al ménos avisado que un pueblo desconocido en el resto del mundo durante tantos siglos y con el cual no se podría comerciar sino cruzando, especialmente pocos años há, algunos miles de leguas de mar, no se diferenciara de nosotros en usos y costumbres, como así es efectivamente.

La clase acomodada y todos los nobles con cierta graduacion usan an-

(1). On the origin of savage life: Opening Address read before the Literary and Philosophical Society of Liverpool, October 1873.—By A. J. Mott.

chos vestidos de seda que arrastran, y en los cuales producen bellísimo efecto las flores de oro ó de plata combinadas artísticamente; sus mangas son muy anchas y colgantes; pero el adorno á que son más aficionados consiste en una espada cuya empuñadura y hasta con frecuencia la vaina enriquecen las perlas y los diamantes. Su elevada estatura y un exterior de nobleza, que les es natural, realza la belleza de su traje, y el color de su rostro es ménos aceitunado que el de los demas asiáticos.

Gozan fama de hermosas las mujeres japonesas, y visten además con más lujo y ostentación que los hombres: sus cabellos caen con estudiado descuido por detrás de la cabeza, donde se atan en un copete colgante; encima de la oreja izquierda llevan un punzón de cuyo extremo pende una perla ó alguna piedra preciosa, y además, en cada oreja, un cerquillo de perla que produce bellísimo efecto; su cinturón es muy ancho y sembrado de flores y figuras cuya belleza no cede en nada al resto del adorno: sobre varios largos corpiños llevan un vestido flotante que arrastra de algunos piés. En el Japon se juzga por el número de corpiños la categoría de la mujer que los lleva. Dícese que hay dama japonesa que lleva á veces hasta ciento, lo cual parecería inverosímil si no se supiera que los tales corpiños son de una seda tan fina y delicada que pueden caber muchos en el bolsillo.

Cuando las señoras de elevada categoría salen á la calle—cosa muy rara generalmente entre las mujeres—llevan siempre numeroso cortejo. Siguenlas una multitud de doncellas, llevando unas preciosísimas chinelas, otras pañuelos, y otras, por fin, toda clase de dulces en grandes azafates; á estas doncellas preceden las camaristas que rodean á sus amas, unas con abanicos y otras con sombrillas en forma de dosel, cuya franja es una hermosa tela de seda.

La clase media, compuesta casi exclusivamente de comerciantes, artesanos ó soldados, usa vestidos muy cortos ó muy sencillos, pero todos llevan armas, y se afanan en poseer una rica espada y un hermoso puñal, que se colocan dentro de una faja muy ancha y de cuadros. Se distinguen además de los nobles, en que se cortan el cabello de la parte posterior, mién-

tras que las personas de categoría se afeitan la parte superior de la frente, creyendo unos y otros dar á su fisonomía un aspecto agradable, y estando tan orgullosos de ella que casi siempre llevan la cabeza descubierta.

Háse dicho que los japoneses están separados de nosotros más por la oposicion de sus usos y los nuestros, que por la distancia de los países, y algunos les han llamado nuestros antípodas morales, fundándose para esto en que entre los japoneses el color blanco es el del luto; en que se cubren cuando saludan; en que se ponen los trajes de ceremonia cuando están en casa, y se visten con negligencia y holgura cuando salen; porque montan á caballo por la derecha; en que les parecen insípidos nuestros manjares más sabrosos, y tienen horror á lo que constituye nuestro más comun y natural alimento.

La religion, que ejerce en el ánimo de los japoneses más influjo que en el de casi todos los demas pueblos, es el origen del orden admirable que reina en el imperio japonés. Todos los japoneses, exceptuados algunos ateos que creen en la mortalidad del alma, son idólatras, y reconocen una infinidad de dioses, siendo los más antiguos los Camis que pretenden ser descendientes del Sol, y á cuya raza pertenecen todos los emperadores del Japon desde la fundacion de este Imperio.

Adóranse tambien en el Japon los Fotoques de China, y ademas de estas dos especies de divinidades, existen cuatro principales que pueden considerarse como dioses de primer orden, siendo el más considerable de todos Amida, uno de los ídolos más antiguos de China que adoran los japoneses bajo diferentes formas, misteriosas todas pero ridículas, y del cual se cuentan mil falsedades con que se divierte la plebe.

Despues de Amida es Xaca el dios más reverenciado en el Japon. Segun dicen los bonzos nació Xaca de una madre vírgen cuya muerte causó al nacer, y se retiró desde su juventud á los desiertos de Siam donde vivió algunos años entregado á los ejercicios de la más austera penitencia. Habiendo pasado de Siam á China, predicó á Amida y publicó una especie de teología que tiene tanta aceptacion en este Imperio como la moral de Confucio. Terminó sus viajes trasladándose al Japon, donde fué el primer legis-

lador, y dió á conocer á Amida y á los Fotoques, porque los japoneses sólo adoraban entónçes á los Camis, á los cuales sólo pedían bienes temporales, y á los demonios, en cuyo honor sacrificaban para librarse de su furor.

Xaca era en verdad un gran filósofo, y á él deben los japoneses la metempsícosis y la teología de los chinos. Es prodigioso el número de libros que compuso, pero el último de todos, que intituló *Foquequium*, y que, segun declaró al morir, contenía tantas verdades como los otros, es sin embargo tan oscuro que es de suponer que no lo entendería ni su mismo autor. No obstante, esta oscuridad ha contribuído á hacer más respetable la obra y á que goce entre aquellos insulares la misma autoridad que tienen entre los cristianos los libros santos.

Hay otras dos divinidades que participan de la categoría de Amida y Xaca, llamadas Canon y Gizon, de las cuales no se cuenta cosa alguna particular y cuyo origen es casi totalmente desconocido. Pretenden los bonzos que Canon vivía hace dos mil años, y que en aquella época crió el sol y la luna. El templo de Ozaca es el más hermoso de los que se le erigieron en el Japon.

El culto que los bonzos y japoneses rinden á sus ídolos se parece muchísimo al cristiano.

Los bonzos del Japon forman una especie de gerarquía muy parecida á la de la Iglesia católica. Tienen un sumo pontífice que llaman Xaco, quizás porque es sucesor del gran Xaca, y á este primer sacerdote siguen en categoría los *tundas* que corresponden á los obispos católicos, y son los que ordenan á los sacerdotes dándoles poder de ofrecer sacrificios. Todos los superiores de las casas de bonzos son *tundas*, porque todo el clero del Japon, usando el lenguaje eclesiástico, es regular, y puede considerarse como una órden religiosa dividida en varias congregaciones, pero bajo un mismo general.

Efectivamente, los bonzos están divididos en varias sectas; pero aunque enemigas irreconciliables entre sí, todas reconocen á un mismo gefe, y se distinguen por el color de su traje, pues la forma es igual para todos, y se asemeja bastante al de los ermitaños cristianos.

En ningun pueblo como en el Japon existe tan ilimitada y desarrollada prácticamente la libertad de cultos, sin las malas consecuencias que esto produciría en otro punto cualquiera para la tranquilidad del Estado y hasta de las familias. La diversidad de opiniones religiosas que reina entre los bonzos se extiende á todas las clases del Estado, y como cada cual tiene derecho de elegir á su antojo la secta que más le acomoda, de ahí que no sólo las provincias y las ciudades se hallan divididas respecto al culto de los dioses, sino tambien las familias. Esta variedad acerca de la doctrina no turba en ningun modo la tranquilidad doméstica, ni perjudica, segun ya lo hemos dicho, á la sociedad civil. Esto parece paradoja á primera vista, pero la razon del fenómeno consiste en que el odio de los bonzos no se comunica á sus discípulos con sus opiniones.

Las principales sectas religiosas en que está dividido el Japon—porque prescindiremos de algunas sin importancia—son las siguientes: La de los nobles: cree en la mortalidad del alma, y los bonzos que la profesan se llaman *xenxos*. Para estos no puede haber mérito ni demérito, base de toda moral. La segunda, que son los que se precian de probidad quienes la siguen, enseña la inmortalidad de las almas, rinde un culto especial á Amida, y sus doctores se llaman *xodoxines*. La tercera es la de los adoradores de Xaca, á cuyo profeta colocan en primera línea entre los dioses, y sus sacerdotes son los que observan la regla más severa, pues se levantan á media noche para cantar las alabanzas de sus dioses, y meditar sobre algunos puntos de moral que explica ántes el superior. Estas explicaciones se verifican de un modo muy interesante y patético (1). Estos bonzos han tomado el nombre de *foquexos*. La cuarta es más bien un cuerpo destinado á la guerra que una secta religiosa particular; sus bonzos se llaman *negores*, y son los soldados más disciplinados y aguerridos de Oriente, de tal suerte que los emperadores del Japon han tenido siempre gran cuidado, en las diferentes revoluciones del Imperio, de atraerlos á su partido ó de obligarles á lo ménos por medio de condiciones ventajosas á permanecer en estricta neutralidad.

(1) Así lo dice San Francisco Javier, segun testimonio del P. Charlevoix.

Estas cuatro clases de bonzos son las más considerables; pero existen otros que se valen de sortilegios, que son los *icoxos*, y otras dos clases de penitentes y contemplativos que viven en los bosques sin otras mansiones que el hueco de los árboles, y á los cuales dieron los misioneros europeos el nombre de *arbori-bonzos*. Finalmente, en los montes septentrionales del Japon se hallan otros bonzos llamados *jenguís* y *guoguis*, siendo la única ocupacion de estos últimos guiar y acompañar á los que emprenden ciertas peregrinaciones, cuya relacion está plagada de ridiculeces y fábulas indignas de personas formales.

Para que nada falte en el Japon en el concepto religioso, hay tambien allí monjas regulares que hacen voto de continencia, viven en comunidad bajo la direccion de los bonzos cuya secta han adoptado, y se distinguen, lo mismo que estos, por el color de los hábitos, que son casi enteramente iguales á los de los religiosos cristianos.

El conocimiento de la naturaleza humana y su propension innata al mal nos dirá inmediatamente que esta comunicacion de los dos sexos no puede estar exenta de peligros, y que estará muy ocasionada á naufragios la castidad de bonzos y monjas. Así es en efecto. Considerada exteriormente es sumamente austera la vida de los bonzos, pues tienen casi siempre cadavérico el rostro y causan cierto terror con su aspecto; pero dista mucho de corresponder la realidad á tal apariencia, y hasta los pueblos saben con certeza que estos sacerdotes son muy libertinos y tienen vergonzosas amistades con las monjas retiradas que están bajo su direccion.

El hombre es hombre en todas partes; las pasiones son las mismas en todos los hombres, y sus efectos y resultados deben ser iguales dadas condiciones iguales. Dada la comunicacion de sexos distintos, debe la naturaleza reclamar sus fueros; se entablará la lucha consiguiente entre el deber y la concupiscencia, y es sabido que

Nitimur in vetitum semper, cupimusque negata.

Los comentarios quedan á cargo del discreto lector.

Á pesar de la persuasion en que están los japoneses de los excesos de sus bonzos y monjas, les profesan una veneracion inconcebible, pues se desprenden de lo más precioso para dárselo á ellos, que sólo viven de limosnas, y sin embargo, por su poder, son formidables hasta para los mismos príncipes. Los mismos emperadores se creen muy honrados teniendo un hijo honzo, como prueba de que excede á toda ponderacion el respeto que se les profesa.

¡Qué de comparaciones podrían establecerse aquí! Á falta de ellas sólo diremos nosotros que por algo se ha dicho que los japoneses son de todos los pueblos no europeos los más fáciles de cristianizar y los más firmes en su creencia despues de bautizados.

Una de las ocupaciones más graves de los bonzos es la enseñanza de la juventud, á la cual explican la poesía, la elocuencia, la filosofía y el culto de los dioses. Las academias, cuyo número es igual al de las principales ciudades, son frecuentadas por una infinita multitud de estudiantes.

Los bonzos predicán tambien con bastante frecuencia en los templos, y siempre con grande ostentacion: el doctor sube á un tablado tapizado comunmente de ricas alfombras de China, y ostenta magnífico traje; en una mesa que tiene delante se ve un ejemplar del *Foquequium*, abre el libro, lee algunas líneas, lo cierra, y despues de una breve explicacion tan enigmática como el texto, se extiende, ya sobre la moral, ya sobre las postrimerías del hombre. Segun el testimonio de varios misioneros católicos que han asistido á estas predicaciones, aseguran en sus correspondencias, que no han oido nada más elocuente, hermoso é interesante, y que, por lo regular, todo el auditorio prorumpe en llanto.

Un rasgo característico digno de saberse: la última conclusion que el predicador deduce de lo que ha expuesto con tanta energía, se reduce siempre á que no puede asegurarse la felicidad para la otra vida sin hacer grandes limosnas á los bonzos.

Las prácticas religiosas de los japoneses se parecen, como ya lo tenemos dicho ántes, á las cristianas. Tienen tambien sus apóstoles y doctores, cuyo recuerdo han canonizado, y hasta sus mártires á los cuales tributan

honras casi divinas. Los tales mártires son infelices que se dejan magullar debajo de las ruedas de los carros en que de vez en cuando pasean los ídolos por las calles, que se dejan pisotear y ahogar en el tropel cuando el pueblo va á los templos á ofrecer sacrificios en las grandes solemnidades, ó finalmente los que adrede van cargados de enorme peso á arrojarse en el fondo de las aguas para llegar más pronto, segun ellos dicen, al paraíso del dios Canon.

Continuando la exposicion religiosa de los japoneses, debemos hacer constar que las exequias se celebran en su país con extraordinaria pompa en todas ocasiones. Sacan con gran ceremonia el cadáver del finado fuera de la ciudad, lo colocan sobre una alta hoguera, la encienden despues de muchos gestos y oraciones, y cuando se ha apagado el fuego, recogen los restos de los huesos y los entierran con las cenizas. El luto se prolonga á dos años, y durante este largo periodo se abstienen de toda clase de diversiones, y hasta los trajes que llevan sólo inspiran tristeza.

Hagamos alto, y pasemos de la religion á la política.

En todas épocas ha sido monárquico el gobierno del Japon, y siempre se ha regido allí todo por la voluntad absoluta del soberano. No existen tribunales de justicia; pero el príncipe tiene en cada ciudad un oficial ó magistrado cuya jurisdiccion no se extiende más que á lo criminal. La cruz y la hoguera son el suplicio de la plebe, y la decapitacion el de las personas de categoría. Cuando se quiere entre estos últimos hacer alguna gracia al culpable, se permite que sea su ejecutor el pariente más próximo, y esta muerte, que nada tiene de infamante para el que hace las veces de verdugo, no deshonra tampoco al que la padece. La mayor parte empero de los nobles que mueren por mandato del príncipe, se abren el vientre con un cuchillo; algunos esperan que se publique el fallo, pero la mayor parte evitan esta deshonra matándose, que es el partido que toman los que se precian de valientes. Segun la ley, todos los parientes y criados, en cualquiera parte que se hallen, tienen que sufrir la misma pena cuando alguno es condenado á muerte ó desterrado; esta ley, empero, no se observa siempre con toda escrupulosidad.

Las contiendas que se originan entre particulares por cuestiones de intereses, terminan frecuentemente por un arbitraje, y con más frecuencia aún por la voluntad absoluta del soberano, del amo ó del señor, de modo que los pleitos no se eternizan como entre nosotros, y las partes se someten sin réplica á la sentencia, porque no hay apelacion en esta clase de fallos. No sucede lo mismo con las sentencias de muerte; no es muy fácil prender á una persona de categoría para hacerla subir al cadalso, y muchas veces es preciso trabar un combate en que se vierte sangre en abundancia.

¿Cuál fué el origen de la monarquía japonesa? No ha sido posible descubrirlo todavía; pero no es antigua á lo que parece, porque los anales le dan unos mil trescientos años. Existen, no obstante, débiles conjeturas acerca de su origen: hay autores que suponen que habiendo conspirado contra el emperador varias familias chinas de las más considerables de dicha nacion, y habiéndose descubierto la conspiracion, fueron desterrados los culpables y poblaron las islas del Japon que estaban desiertas. Otros afirman, con más verosimilitud, que los primeros habitantes de estas islas eran una colonia de la Tartaria occidental, y el carácter de los japoneses se parece, en efecto, tanto al de los tártaros, que puede en verdad decirse que un japonés es un tártaro culto y civilizado.

Está fuera de duda que los primeros habitantes del Japon tendrían un gefe que fundó la monarquía y cuyos descendientes fueron los *Daos* ó *Dairis* que reinaron hasta el siglo xvi. Su trono se apoyaba en muy sólidos cimientos, porque ademas de tan larga y pacífica posesion, habían tenido el secreto de hacerse pasar por hijos del sol, y todos eran elevados despues de su muerte á la categoría de los dioses *Camis*. Este sagrado origen no impidió, sin embargo, que fueran destronados.

Para demostrar una vez más que las pasiones humanas obran en todas partes de igual manera, y convencernos si ya no lo estuviéramos suficientemente de que ni los tiempos, ni los países cambian la naturaleza humana, expliquemos lo que se sabe acerca de la revolucion japonesa origen de tantas otras.

La principal dignidad del Imperio era la de cubo-sama, cuyo significa-

do es: *cubo*, jefe de la milicia, y *sama*, señor. Esta adición al título de cubo que no se había hecho desde un principio, puso al generalísimo al frente de todos los consejos y de todos los negocios. La ambición humana es insaciable, es un torrente fácil de contener en su nacimiento, pero cuya corriente es ya imposible moderar. Quien consigue una gracia, jamás deja de pretender otra mayor: así fué que en el Japon la ambición de los cubo-samas y la benignidad de los emperadores aumentaron siempre proporcionalmente: exigiendo la una, cediendo la otra; pero ambas en desdoro del soberano y conspirando las dos á su ruina aunque por opuesto camino. Insensiblemente el súbdito y el soberano llegaron en el Japon á tener sólomente el nombre de lo que debían ser recíprocamente, pues el ministro daba órdenes á las que no se atrevía á oponerse el príncipe. No les faltaba á los cubo-samas sino dar un paso más para subir al trono; pero la astucia humana igual en Europa que en Asia, que en otra parte cualquiera, comprendía que era preciso esperar, para darlo con éxito, una ocasion oportuna, propicia, que debían proporcionar el tiempo y los acontecimientos, como así fué efectivamente.

Sobrados motivos ofrecen para quejarse los súbditos los príncipes que no son modelos de honradez y probidad: pocos nos presenta la historia del mundo que hayan pasado á la posteridad con el amor y buena memoria de sus súbditos, y la tierra japonesa, que tambien alimentaba hombres, no debía ser una excepcion de la regla general que hace á los hombres encumbrados en altos puestos arrogantes é intratables, cuando no soberbios y crueles.

Un dairi afeminado se hizo en el Japon tan despreciable, que el cubo-sama que gobernaba en su nombre, creyendo que los pueblos estaban dispuestos para no extrañar que el que llevaba sobre sus hombros todo el peso de la soberanía participase tambien de sus honores, se juzgó autorizado para apoderarse del cetro al ver que nadie se oponía. Se hizo, por consiguiente, proclamar emperador, dejando no obstante al dairi todas las preeminencias exteriores de su dignidad, en consideracion á su origen celeste, y quizas para no hacer de pronto demasiado odiosa su usurpacion. Esta som-

bra de majestad, cedida por un ambicioso astuto y hábil político, contentó á un príncipe que desconocía el verdadero poder de la soberanía; y como la distribución de las gracias puramente honoríficas que se le concedió, contribuía á que su corte fuese tan numerosa como ántes, porque los japoneses, como otros muchos pueblos europeos, son en extremo ávidos de las más insignificantes distinciones honoríficas, apenas advirtió que había otro soberano más que él en el Imperio, entregado como estaba á su vida de disipación y holganza.

Los malos ejemplos son contagiosos y el que dió el cubo-sama debía producir sus efectos naturales. El objeto propuesto por el cubo-sama no fué de completo éxito, porque no fué reconocido como emperador fuera de la Tensa, que es el nombre de los cinco distritos ó provincias comprendidos con este nombre. Los gobernadores de las demas provincias comprendieron muy sagazmente que tardaría algun tiempo en consolidar su dominacion, y formaron otras tantas soberanías de sus gobiernos, de modo que se contaron setenta que llevaban el nombre de reinos. No obstante, no llegaron nunca estos reyezuelos á ser tan independientes de la corte imperial, que no fuera el cubo-sama el príncipe soberano de todos ellos.

*
* *
*

Antes de entrar en algunas comparaciones, que haremos á la ligera, entre China y el Japon, será oportuno decir una palabra acerca de las condiciones físicas del país que nos ocupa.

Aunque la situacion del Japon lo expone á grandes calores, las montañas que lo cubren, principalmente hacia el Norte, son causa de fríos rigurosos, por cuyo motivo se dice que en el Japon son excesivos el frío y el calor. El invierno especialmente es muy largo, y nieva en tanta abundancia, que muchas ciudades sólo pueden comunicarse por medio de galerías abiertas en la nieve; pero se asegura, al mismo tiempo, que las tierras dan dos co-

sechas anuales, primeramente de trigo, que se siega en el mes de mayo, y despues de maíz, cuya recoleccion se verifica en setiembre. No hay, en verdad, un país en el mundo tan abundante en agua, pues por todas partes se ven lagos, fuentes, ríos y canales formados por el mar.

La principal riqueza del Japon consiste en minas de oro y plata, siendo estas últimas más numerosas y abundantes, y produciendo la plata que más se aprecia en el mundo, que se cambia por oro en China, en igualdad de peso. Los japoneses hacen, ademas, un comercio considerable con sus perlas, que son rojas en su mayor parte, y con sus magníficas telas de bordados de oro de riquísima labor.

La superioridad de los japoneses sobre los chinos, en ingenio y gusto, se descubre luégo como en muchos otros conceptos, y si en ambos pueblos inmenso uno, muy grande el otro, se oculta á veces la barbarie bajo la civilizacion refinada, á lo ménos, entre los japoneses, se presenta el refinamiento con mucha ménos grosería y extravagancia.

En artes y costumbres son preferibles los japoneses á los chinos. Si el japonés produce un objeto destinado á la caricatura, sabe presentarlo con más variedad, observacion y númen que el hijo del Celeste Imperio.

Si del gusto artístico pasamos al material, vemos la cocina japonesa libre de las repugnancias y asquerosidades del arte culinario chino.

Por decirlo todo de una vez, y en pocas palabras, puede verse al pueblo japonés más cerca en todo de la naturaleza que el chino.

En las artes japonesas se descubren todas las exquisitas cualidades de los chinos, libres empero de los defectos en que incurren éstos.

El Japon nos ofrece el doble carácter de una sociedad monárquica y feudal, con todo el esplendor de una corte, y toda la magnificencia de los objetos artísticos compatibles y propios de una nobleza opulenta.

Las artes decorativas sobresalen, como en China, en el Japon, en perjuicio del arte puro. Sin embargo, es evidente que en el Japon se siente la innegable influencia de una proteccion más ilustrada y eficaz.

Los artistas son muy á menudo sostenidos por la corte, que los deja libres para sus modelos, permitiéndoles trabajar segun les plazca, y no produciendo

do, por consiguiente, más que obras perfeccionadas, porque no se toleraría un artefacto que no fuera un prodigio de paciencia. Por esto se han hecho célebres en todo el mundo sus pinturas sobre esmalte, sus grabados en metales y otros trabajos por el estilo, que les han dado justa y universal nombradía.

También tienen seda los japoneses y acaso la saben trabajar mejor que los chinos. Son muy admirados en Europa ciertos tejidos de seda, oro y plata, procedentes del Japon. Asimismo tiene, como la China, el árbol del barniz. En la corte imperial se prefieren los muebles barnizados á los que son de plata y oro. Crece en el Japon con asombrosa rapidez un árbol especial, llamado Kassi, parecido á la morera, cuya corteza sirve para la fabricacion de papel, de cuerdas y hasta de tejidos.

La influencia de la mujer japonesa se presenta mucho menor que la de la china, si se comparan sus respectivas acciones acerca de su ostentacion en público y en familia.

La subordinacion de la mujer japonesa llega hasta el extremo por efecto de la legislacion y de las costumbres admitidas. El esposo dispone de todos los bienes de la esposa, y hasta de ella misma, segun el derecho que tiene de venderla, si así se le antoja, aunque en obsequio á la verdad y en honra de la civilizacion japonesa, debe confesarse que se hace poco uso de semejante derecho legal.

Si la esposa japonesa comete adulterio, se la castiga severamente y hasta puede el marido matarla con arreglo á derecho; pero, si es el marido el adúltero, no incurre sino en penas poco graves. Además, aunque en principio es la monogamia la forma de matrimonio vigente, no está excluída la admision perfectamente legal de algunas concubinas.

La patria potestad es en el Japon ilimitada y despótica. El padre está autorizado para vender á sus hijas con tal que ellas no se opongán.

Desde estos puntos de vista resulta claro que deja mucho que desear la cultura japonesa, y es consiguiente, además, que esto debe influir en el poco vuelo que deben tomar en aquel país ciertas manifestaciones de bienestar, inherentes á la manera de estar constituída la familia, maneras que, en último resultado, afectan á la sociedad en general.

Sabido esto, se comprenderá sin extrañeza que se eduquen jóvenes en el Japon para el oficio de cortesanas, oficio que no tiene allí nada de infamatorio, y para cuyo buen desempeño se les enseña poesía, música y hasta astronomía. Sus casas se frecuentan públicamente como si fueran academias. Pero, después de esto, lo más indigno, y que hace odiosa la civilización japonesa, dándonos una pobre idea del estado de aquellas costumbres públicas, es que muchas veces se eleva aquellas cortesanas á la categoría de esposas, sin que la sociedad japonesa lo repugne, ni lo censure, ni se ofenda.

Después de esto no encontramos inconveniente en que se diga, tratando del Japon, en una obra muy acreditada lo que van á ver nuestros lectores, en oposicion, á primera vista, con mucho de lo que dejamos expuesto.

« La civilización de los japoneses parece estacionaria como la de China, pero el Japon no deja de entrañar algun gérmen de perfectibilidad que ofrece la perspectiva de una revolucion moral. Los bizarros é inteligentes japoneses son parecidos á los europeos por un carácter más varonil y un grado más alto de libertad política: su lengua, sabia, segun se dice, es el antiguo chino, y los caracteres de su alfabeto tienen una figura más semejante á los de los chinos, aunque no espresan palabras enteras, sino solamente letras. Los chinos no saben leer un libro japonés; pero cualquier japonés instruído lee los libros chinos. Titsingh, que se ha ocupado en formar una obra importante sobre el Japon, ha traído libros impresos que honran la habilidad de esta nacion; pero sus caracteres no son móviles, y sólo imprimen por un lado. El mismo Titsingh poseía un herbario magnífico, dibujado é iluminado con tanto esmero como buen gusto, y además trajo unos mapas y planos lavados con mucho primor, que no dejan de ser útiles á la corografía, á pesar de que no están consignadas en ellos las longitudes ni las latitudes. Los japoneses han hecho grabar las monedas de su imperio desde el año seiscientos ántes de Jesucristo, y los escudos de las familias más distinguidas. En aquella comarca asiática se lee y se habla el holandés, y la medicina y la historia natural comienzan á enseñarse con arreglo á las obras holandesas, pues hasta el presente sus médicos han sido muy ignorantes. »

Hasta fecha muy reciente estuvo el poder en el Japon dividido en espiritual y temporal, perteneciendo el espiritual ó religioso al emperador ó Mikado y el temporal al Taicoun. Esta division del poder ha sido causa de no pocas confusiones entre los que han tratado de las cosas del Japon, como lo ha sido pocos años atras de revoluciones profundas en la manera de ser de aquel pueblo singular bajo todos conceptos.

Las pompas estaban divididas asimismo en dos caracteres: unas que se dirigían al gefe de la religion, y otras al gefe político y militar, aunque fuera el mismo.

La veneracion con que se trataba al sumo pontífice, que sacaba todo su esplendor del poder imperial, tomaba un carácter supersticioso, como lo han tomado siempre todas las veneraciones dirigidas á las monarquías en cierto modo divinizadas del Oriente.

La divinizacion del emperador japonés la habrá notado cualquiera que haya tenido á la vista alguna de las láminas que representan al citado personaje llevado en hombros de vasallos, por no poder tocar el suelo con sus piés, y hasta en su mismo palacio era tratado con igual pompa cual si fuera un dios. En ciertas horas de representacion permanecía en la más completa inmovilidad con la corona en la cabeza, y debía estar de esta manera envarado, petrificado, porque el más mínimo é insignificante movimiento de aquel sér más desgraciado que otro alguno, por la servidumbre á que estaba sujeto, era interpretado al momento como la señal de las mayores desdichas.

Los hábitos sacerdotales de este sumo pontífice consistían en una túnica de seda negra, sobre la que iba colocada una falda encarnada, una como dalmática sobre el pecho con un dragon alado y un sombrero con dos especies de tirantes que le caían sobre las mejillas. Tanta incomodidad acabaría por hacerse insoportable al dios mortal, y hasta parece que llegó á quitarse la corona para colocarla en su asiento real.

Cuando llegaba la hora de la comida se le ponían doce mesas, ricamente preparadas y magníficamente servidas. De las doce escogía una el Mikado en la cual se reunían todos los manjares de las otras. La divinidad mortal comía entónces al son de una música más infernal que divina.

Luégo que la divinidad acababa de comer se rompía inmediatamente en mil pedazos toda la vajilla de que se había servido. Imposible parece que caigan inteligencias humanas en tanta extravagancia!

Nadie podía tampoco hacer uso de una prenda de vestir que él hubiese llevado. El cielo se habría encargado de castigar al imprudente que tal hubiese hecho, enviándole una hinchazon que no hubiera perdonado ninguna de las partes de su cuerpo.

Nada de todo esto ha sucedido en la China, en donde la teocracia no ha arraigado como en el Japon. La religion en China está, si se nos permite la frase, más descentralizada, no reconoce un ídolo sacerdotal. En el Japon se rodeaba ántes este ídolo de la corte más suntuosa. La reciente revolucion, que todos recordamos, pudo prevalecer contra el Mikado, arrebatarle todo el prestigio espiritual, y difundir entre la poblacion otras miras, distintas ideas. El Mikado tenía el privilegio de la poligamia con una corte la más suntuosa que imaginarse pueda, mezclada con sacerdotes y grandes señores que sólo se distinguían al traves de su brillantez y opulencia por la diversidad de insignias que revelaban sus categorías ó funciones. Los camis, que, segun lo tenemos ya insinuado, eran los más nobles, llevaban, á semejanza del emperador, bordados en una especie de dalmática sus escudos de armas, así en el pecho como en la espalda.

Para que la distincion fuera más completa, las mujeres que formaban la corte del emperador vestían trajes diferentes de los de las demas mujeres. Las legítimas vestían unos trajes tan largos que les dificultaban mucho el andar: excusado es decir que los bordados figurando flores de plata y oro, formaban lo especial de dichos vestidos. En aquella corte cultivaban las mujeres todas las bellas artes, y durante mucho tiempo fué el punto principal de reunion de los talentos japoneses.

Toda esta civilizacion desapareció en 1867 cuando se derribó el poder del Mikado: las consecuencias de este cambio serán profundas modificaciones de costumbres arraigadas por el trascurso de muchos siglos.

Despréndese de lo dicho lo que podrá ser tambien la pompa desplegada en la ostentacion del poder temporal.

Efectivamente: un poder enteramente militar, con su corte, con sus ostentaciones de monarquismo y feudalismo, con su lujo de nobles formando corte, no puede ménos que ofrecer puntos de vista notables para un curioso observador de la civilizacion.

No faltan en el Japon entre sus etiquetas cortesanas sus caballos lujosamente enjaezados, sus literas brillantemente adornadas, sus carrozas sobrecargadas de dorados, sus características sombrillas de fina seda carmesí y su infinidad de criados ó ayudas de cámara ricamente vestidos, ya de blanco, ya de infinita variedad de colores, que acompañan á sus señores ó á la corte.

*
* *

Tócanos examinar ahora al Japon desde otro punto de vista, el más interesante por lo que toca á su civilizacion; el que más puede influir en sus futuros destinos.

Háse dejado sentir en el Japon la influencia europea; el comercio, la facilidad de comunicaciones, el trato con los europeos han roto la valla de ocho mil leguas de mar que le separaban de nosotros, y parece querer entrar en lo que se llama—mal llamado—concierto europeo.

Ganará ó perderá el Japon con estos cambios?

Nosotros nos inclinamos á la negativa.

Aplaudimos, sin embargo, las intenciones de admitir y adoptar los usos y costumbres europeos y hasta los conatos de codificacion á la europea, pero no es esto todo.

La nobleza japonesa es refractaria á la democracia, cuyas corrientes empiezan á dejarse sentir allí por la influencia ejercida por una clase que asoma, y que podría llamarse media, más instruída, más laboriosa, compuesta en general de comerciantes, industriales y banqueros. El emperador se inclina á considerar esta clase, dando así ejemplo á la nobleza escandalizada, pero que no le imitará en mucho tiempo.

El conocimiento que tenemos de las pasiones y flaquezas humanas nos hace desconfiar de esas intenciones, que podrán ser todo lo sanas que se quiera, pero que no arraigarán entre una clase muy influyente, muy déspota, y que ve escapársele de las manos el monopolio de los favores imperiales.

Estas reformas, además, implican la descomposición de la familia japonesa, que, si bien estaba muy imperfectamente constituida, como lo recordarán nuestros lectores, descansaba no obstante sobre bases sólidas por inmemoriales costumbres compatibles con su aislamiento de las demás sociedades humanas. Bajo este punto de vista amenazan malos vientos á la constitución de la sociedad japonesa.

Y ya que la ocasión se nos presenta, y nos la traen las circunstancias que no hemos buscado por cierto, aunque sea una pequeña digresión de nuestro asunto principal, no queremos, ni podemos desaprovechar la oportunidad que se nos viene á la mano, para tocar aquí muy incidentalmente una cuestión de familia tratada muy á fondo por un académico francés en una obra cuya tendencia sentimos de todas veras.

Aludimos á Ernesto Legouvé, miembro de la Academia francesa, en su obra *Les Pères et les Enfants au XIX siècle*.

Partidario, en nuestro concepto, el ilustrado académico de la aceptación de los hechos consumados, en vez de buscar su enmienda ó reforma, acepta resignado los cambios introducidos en las familias europeas, en lugar de corregirlos ó modificarlos, y, no está aquí todo, sino que, creyendo mejores los cambios actuales que lo existente ayer, procura que su hijo sea un hombre del siglo XIX.

En la imposibilidad de extractar exactamente una página de su libro, donde se consigna lo que decimos, nos tomaremos la libertad, con el permiso de nuestros benévolo lectores, de traducirla, para que ellos mismos formen concepto y juzguen.

«.....La libertad de conciencia no es sólomente el vulgar derecho de seguir su culto sin ser ni encarcelado, ni perseguido, ni molestado; no es más que una cuestión de orden público, un mero reglamento de policía. La li-

bertad de conciencia implica sobre todo el poder de afirmar su creencia sin ser ni calumniado, ni insultado, ni siquiera despreciado. Su fundamento es esta máxima: que nadie pueda exigir el respeto á su opinion si no respeta la aghena. Y su resultado riguroso es esta doctrina: todos los caminos que conducen al bien, conducen á Dios. ¿Estás convencido?

—Sí, pero no consolado.

—Por qué?

—Siento siempre que no estemos unidos en una misma fe.

—Tambien lo siento yo por mí; pero no por tí. Cuanto temo lo que nos separa, otro tanto aplaudo lo que nos distingue. No quise ni quiero hacer de tí otro yo mismo, pero sí darte una fuerte vida individual. Cuanto más te desarrolles en el bien fuera de mí, más habré logrado mi objeto; porque entónces habré hecho de tí un hombre, y no el eco de otro hombre. Démonos la mano: ya no temo ahora que desconozcas el principio de la libertad de conciencia; porque soy yo quien lo represento para tí. Tu madre y el abate de Lauriel han hecho de tí un cristiano: bendígoles por ello. Yo he hecho de tí un hombre del siglo décimonono; mi tarea equivale á la suya, y está cumplido mi deber.»

«El día siguiente copié textualmente esta conversacion en mi diario, y fuíme á casa de mi amigo. Así que me vió:

—Y bien?

—Lee y juzga, respóndle entregándole mi manuscrito.

Leyólo atentamente; luégo, despues de un rato de recogimiento:

—Está bien. Tu conversacion con tu hijo no ha menguado en nada la ternura que te profesa, y creo aún que ha hecho aumentar el aprecio que te tiene. Hé ahí el problema resuelto para hoy; pero ¿mañana?

—Cómo mañana?

—Sí, ¿qué sucederá mañana, dentro de un mes ó en un año?

—Una de dos; ó mi hijo pasará del catolicismo al deísmo, ó se quedará católico.

En ambos casos está conseguido mi objeto. Si se separa de la religion católica, no lo hará ni como apóstata que reniega de ella, ni como ingrato

que la abandona. Gracias á mí, honrará siempre en ella la patria moral de doscientos millones de conciencias; recordará siempre que fué la guía y maestra de su juventud; conservará siempre para con su fe muerta el culto de respeto y sentimientos que se guarda para los seres amados que ya no existen.

—Sí; pero ¿si continuara siendo católico? Acuérdate de lo que te dije: no habrá ya más comunidad de ideas entre vosotros; y de consiguiente, no habrá ya más concordia ni union.

—La union no puede obtenerse ya en las familias con las mismas condiciones que ántes. En otro tiempo nacía de la subordinacion de todas las ideas á una sola, la del padre y la del marido. Ahora los padres y los hijos, los maridos y las esposas, los hermanos y las hermanas, tienen todos una opinion personal en política, en arte, en religion, en ciencia; todos la expresan, todos la sostienen, y la única diversidad de las edades, de los sexos; de las profesiones, de los caracteres basta para producir las diferencias completas de opiniones que tú miras y temes como la obra particular de las disidencias religiosas. Nada hay pues más quimérico que buscar la concordia doméstica en la semejanza de las opiniones ó de las creencias.

—Dónde buscarla entónces?

—En el principio nuevo, inquebrantable que hoy he grabado en lo más íntimo del corazon de mi hijo, y que es el fundamento de toda verdadera democracia.

—Cuál es este principio?

—El respeto de las desavenencias.

—Respeto impracticable con los católicos! exclamó mi amigo: su dogma les manda la intolerancia. Todo hijo católico no puede ser liberal y demócrata como tú, porque sería un católico inconsecuente.

—Bueno, será inconsecuente! ¿Qué sería del mundo sin la inconsecuencia? Ella es la encargada de reparar todos los yerros de la lógica: es el correctivo de todas las teorías absurdas. El hombre, por desgracia, vale mucho ménos que sus doctrinas cuando son buenas; pero, gracias á Dios, vale mucho más cuando son malas. Por otra parte, mi hijo para ser, en esta mate-

ria, inconsecuente como católico, no tendrá más que ser consecuente como cristiano; no quiero por prueba de esto más que la América, en donde el catolicismo sirve tan ardientemente la causa de la libertad como las Iglesias protestantes.

—Por qué? respondió con viveza mi amigo. Porque la Iglesia católica americana no tiene ni autoridad política ni dominacion social, porque no es más que una religion y no un poder.

—Deja pues que ande el tiempo, déjale dar un paso, uno solo; y lo que dices de la América, se dirá de Francia. Sobrevenga á Francia, lo que es inevitable, una renovacion y sabes tú qué llegaría á ser de la dominacion católica, de su poder político y temporal? No se caería al suelo, pero se esparciría. Ahora bien; con él desaparece todo lo que hace del catolicismo el adversario de la democracia. Los católicos no están separados de la libertad sino por lo que les separa del Evangelio: convertidos en simples cristianos, se convierten en nuestros más firmes y más útiles aliados. Sí, nuestros más útiles. Inútil es que hagan los filósofos, porque la filosofía no basta para todo: el dominio de la razon es asaz frío para muchos corazones; la moral independiente es demasiado á menudo independiente de la moral; hay millares de almas humanas demasiado débiles; hay millones de imaginaciones demasiado ricas para contentarse con nuestros estériles apoyos y nuestros terrestres consuelos. El hombre tiene sed de incomprendible, de infinito. Quién saciará esta sed sublime? Sólomente la religion. Y al frente de las religiones, el cristianismo.

«Abramos pues, desde hoy, nuestras filas á los católicos que vengan á nosotros. Si ellos son inconsecuentes siendo liberales, mucho más lo somos nosotros siendo intolerantes; su dogma puede prohibirles pactar con nosotros, nosotros violamos nuestro principio cuando les rechazamos; porque la democracia no es nada, y el libre pensamiento no es más que una mentira, si no tienen por fundamento el respeto á todas las desavenencias honradas.»

—Cuando inteligencias claras, privilegiadas, tratan una cuestion delicada y no la resuelven, extremece tener que ocuparse en ella.

No debemos, ni lo intentamos, refutar lo dicho por E. Legouvé en las anteriores líneas, porque necesitaríamos tratar exprofeso la cuestión; pero no podemos, sin faltar á nuestros deberes, ocultar el profundo sentimiento que nos causa ver mezcladas tantas verdades entre tanto error, y tantas bellezas revueltas entre tanta asquerosidad repugnante.

¡El respeto de las desavenencias!!! ¿Y quién lo dice? ¿Y dónde lo dice? ¿Y cuándo lo dice? ¿Habla en serio M. Legouvé, ó se burla de sus lectores? ¡El respeto de las desavenencias!! ¿Cuándo hubo una época de más intolerancia que actualmente en Francia, en la Francia republicana, descrédito de la forma republicana? Cuando en las cuatro partes del globo comen el pan de la expatriación miles de súbditos franceses, cuyo único delito es profesar la religión cristiana, se nos habla, en nombre de la democracia, de respeto de las desavenencias, para buscar la concordia doméstica?

Si no les queda á los japoneses más recurso práctico que el indicado por el académico francés, medrados van á quedar, y puede empezar su emperador á expedir decretos de expulsión, que sobrados motivos le prestará para ello el fruto que va á recoger de las semillas sembradas de procedencia europea, ó mejor dicho francesa.

Afortunadamente para los japoneses la autoridad lo puede todo, sin hallarse coartada por ministros que se le impongan, y mientras nó estén formadas las costumbres, que no se forman en un mes y mucho menos de real orden, puede esperarse en la corta duración de los decretos que introdujeron radicales cambios en la manera de constituirse la sociedad japonesa.

Los medios adoptados para introducir la civilización en el vasto imperio japonés no son ni los adecuados, ni los que deben proporcionarle su bienestar material. Todos los pueblos orientales, á contar desde el más remoto, que es el Japon, viven dentro de una atmósfera asfixiante producida nó por el bienestar, sino por un exceso de refinamiento, que entorpece sus almas y mata sus facultades intelectuales, así como les enerva las físicas. Los hábitos del trabajo, pero del trabajo que ennoblece al hombre, al propio

tiempo que le produce bienestar, son desconocidos en los pueblos orientales. Este marasmo en que viven aquellos pueblos no puede ser, no debe ser el destino para el cual les haya criado la Providencia. Aquel estado de cosas debe cesar, y cesará. ¡Cuántos siglos, empero, se habrán menester para conseguirlo! China y el Japon han tenido el privilegio de estar cerrados á los europeos; hoy sus puertos son frecuentados, y las luces de la civilizacion se abren paso allí de muchos modos y por muchos puntos; el comercio y la religion han derribado las murallas que impedían la entrada, y el tiempo está encargado ahora de dar cuenta de aquellas poblaciones poco ménos que salvajes comparadas con las europeas y americanas. Es indudable que, andando el tiempo, sucederá un mundo nuevo á aquel mundo que ya no tiene razon de ser, á aquel mundo socavado ya en muchos puntos por las ideas extranjeras, las más incompatibles con su pasado histórico; y la justicia, la moral, la civilizacion verdadera ocuparán el puesto que hoy inmerecidamente ocupan unos imperios que deben pasar á la historia para no reaparecer jamas. Las creencias fatalistas, las desigualdades opresivas, que forman la constitucion de aquellos pueblos, deben desaparecer como las sombras, y descubrimos ya entre los celajes de remotos horizontes, hermosos como una esperanza halagadora, el fantástico espectáculo que les reserva el porvenir á aquellas inmensidades del globo, unidas ya despues del cataclismo que les espera, al concierto unísono de la humanidad hermana, y caminando en íntima alianza hacia los futuros é idénticos destinos á que les llama la Providencia. Todos los pueblos asiáticos han tenido su hermosa historia, durante muchos siglos, de extraordinario poderío y grandeza; pero ha sido tambien de degradante descomposicion por su vida de holganza, inercia, miseria y lujo. La civilizacion les llama ahora á nueva vida, á la vida de la actividad, del trabajo, de la perfeccion del hombre y no de su estacionamiento é inactividad: mucho tendrán que luchar aún los pueblos occidentales para atraer á sus hermanos á esta nueva vida; pero lo conseguirán al fin, que no en vano inspiró Dios la inteligencia humana, y no puede la inspiracion divina adormecerse, aletargarse, vivir muriendo miserablemente. Pueblos asiáticos, reconoced vuestro nuevo destino; quede satisfecha

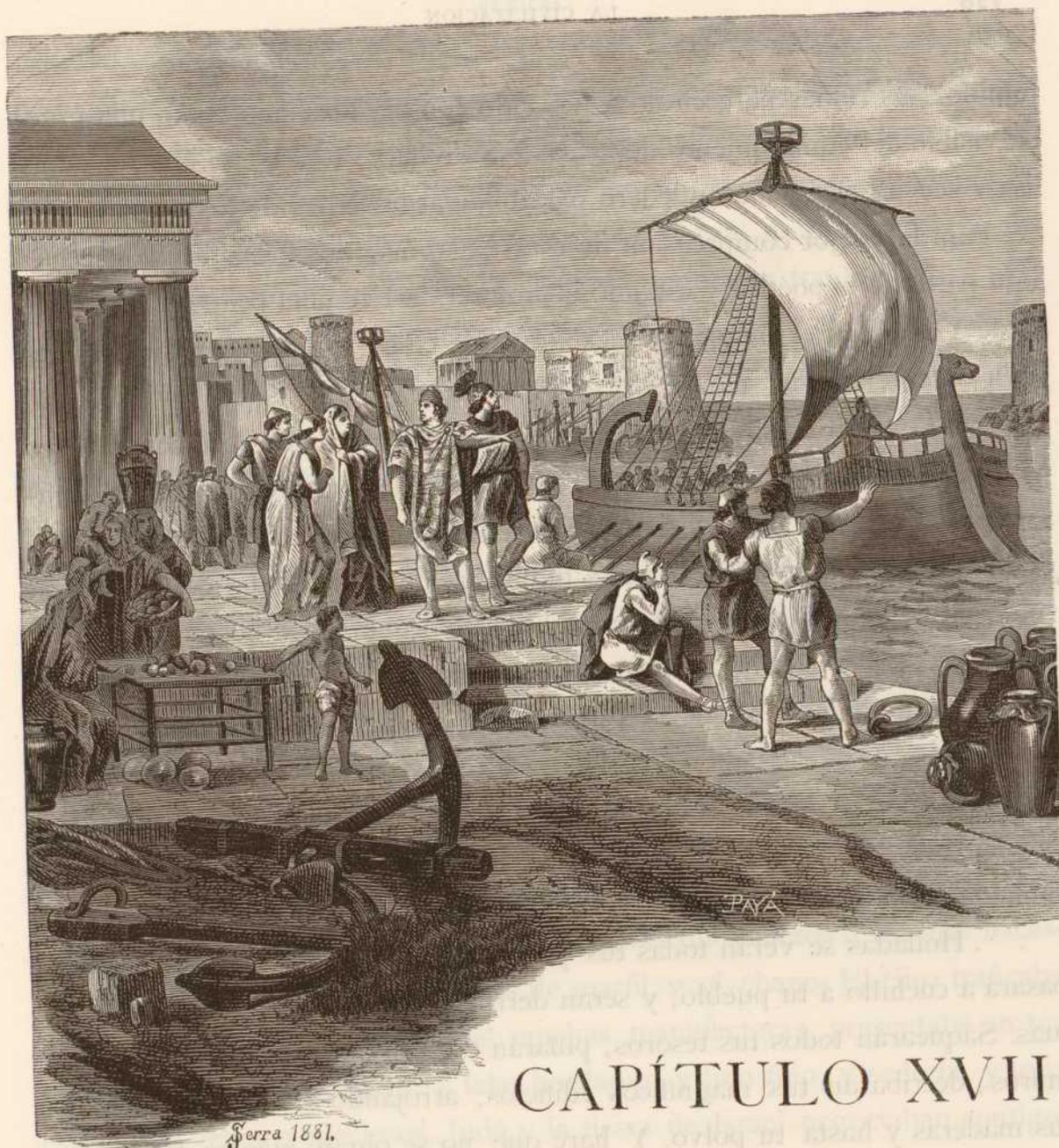
vuestra ambicion con los soberbios recuerdos de vuestros absolutos imperios; pero ceded ante el paso de la civilizacion que sigue su camino triunfante y victorioso, y se dirige con todo su irresistible poder á su primitiva estancia, despues de haber dado la vuelta al mundo, para regeneraros y devolveros la lozanía que con su ausencia perdisteis.



CAPÍTULO XVII

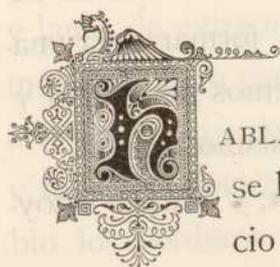
FENICIA.—TIBU Y CARTAGO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION
—COMPARACIONES

cuando hoy de las ruinas de Ebo ha dicho: «La suerte
se ha echado contra la raza de los hebreos, la cuna del comercio
que civilizó el mundo, el peñal indigente salta las
curvas alveoladas donde antiguamente se amontonaban los tesoros del



CAPÍTULO XVII

FENICIA.—TIRO Y CARTAGO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION.
—COMPARACIONES.



ABLANDO Volney de las ruínas de Tiro ha dicho: «La suerte se ha cebado contra la reina de los mares, la cuna del comercio que civilizó el mundo; el pescador indigente habita las cuevas abovedadas donde antiguamente se amontonaban los tesoros del

mundo. Sus ruínas parecen no haber sido conservadas sino como una prueba visible del cumplimiento de la palabra divina: «será como una roca muy lisa y servirá como un tendedero para enjugar las redes de los pescadores.»

Para la mejor comprensión de estas palabras, nos permitiremos poner aquí parte de la poética y espantosa profecía de Ezequiel contra Tiro, á que alude Volney en el pasaje que acabamos de citar, copiádoselo de sus viajes á Oriente, segun sus *Ruinas de Palmira*.

«.....Por tanto, esto dice el Señor Dios: Oh Tiro, héme aquí contra tí: yo haré subir contra tí muchas gentes, como olas del mar borrascoso. Y arrasarán los muros de Tiro, y derribarán sus torres, y yo raeré hasta el polvo de ella, dejándola como una peña muy lisa. Ella, en medio del mar, será como un tendedero para enjugar las redes; porque yo lo he dicho, dice el Señor Dios: será ella hecha presa de las naciones. Las hijas de la campiña perecerán también al filo de la espada: y conocerán que yo soy el Señor. Porque esto dice el Señor Dios: Hé aquí que yo conduciré á Nabucodonosor, rey de reyes, desde el Norte á Tiro, con caballos y carros de guerra, y caballeros, y con gran muchedumbre de tropa. Á tus hijas que están en la campiña, las pasará á cuchillo, y te circunvalará con fortines.
. . . . Holladas se verán todas tus plazas por las pezuñas de los caballos, pasará á cuchillo á tu pueblo, y serán derribadas al suelo tus insignes estatuas. Saquearán todos tus tesoros, pillarán tus mercaderías y destruirán tus muros, derribarán tus magníficos edificios, arrojando al mar tus piedras, tus maderas y hasta tu polvo. Y haré que no se oigan más en tí tus conciertos de música, ni el sonido de tus arpas. Y te dejaré tan arrasada como una peña muy limpia, y servirás de tendedero para enjugar las redes (1).»

Segun Volney, ántes citado, las ruínas de Tiro prueban la exactitud de las amenazas del hijo de Buzi. Por lo que antecede puede formarse ya una idea de la inmensa grandeza de Tiro; pero nos la formaremos más cabal y aproximada acudiendo á otros datos que nos facilitará el mismo profeta.

«.....Oh Tiro, tú dijiste: Yo soy de una belleza extremada; y situada estoy

(1) EZEQUIEL.—Cap. XXVI.

en medio del mar. Tus vecinos que te edificaron, te embellecieron con toda suerte de ornato: construyéronte de abetos del Sanir, con todas las crugías á uso del mar; para hacer tu mástil trajeron un cedro del Líbano: labraron encinas de Basan para formar tus remos; y de marfil de India hicieron tus bancos, y tus magníficas cámaras de popa de materiales traídos de las islas de Italia. Para hacer la vela que pende del mástil, se tejió para tí el rico lino de Egipto con varios colores: el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa formaron tu pabellon. Los habitantes de Sidon y los de Arad fueron tus remeros: tus sabios, oh Tiro, te sirvieron de pilotos. Los ancianos de Gebad y los más peritos de ella te suministraron gentes para la maestranza, que trabajasen en el servicio de tu marinería: las naves todas del mar estaban en tu pueblo sirviendo á tu tráfico. Tú tenías en tu ejército guerreros de Persia y de Lidia y de Libia.

Los cartagineses, que comerciaban contigo, henchían tus mercados con gran copia de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo. La Grecia, Tubal y Mosor tambien negociaban contigo, trayendo á tu pueblo esclavos y artefactos de cobre; de tierra de Thogorma traían á tu mercado caballos y ginetes y mulos. Los hijos de Dedan comerciaban contigo: tú dabas tus géneros á muchas naciones; y recibías en cambio colmillos de marfil y el ébano. El Siro traficaba contigo, y para proveerse de tus muchas manufacturas, presentaba en tus mercados perlas, y púrpura, y telas bordadas, y lino fino, y sedería, y toda especie de géneros preciosos. Judá y la tierra de Israel negociaban contigo, llevando á tus mercados el más rico trigo, el bálsamo, la miel, el aceite y la resina. El mercader de Damasco contrataba contigo, y en cambio de tus muchas mercaderías te daba muchas y varias cosas ricas, excelentes vinos y lanas de extraordinaria blancura. Dan y la Grecia y Mosel llevaban á tu mercado, para comerciar contigo, hierro labrado, mirra destilada y caña aromática. Los de Dedan te vendían alfombras para tus estrados. La Arabia y todos los príncipes de Cedar compraban tus mercaderías, dándote en cambio los corderos y carneros que te traían. Los mercaderes de Sabá y de Reema traían á vender en tus plazas toda especie de aromas los más exqui-

sitos, y piedras preciosas y oro. Haran y Quene y Eden contrataban contigo: Saba, Assur y Quelmad te vendían géneros. Hacían ellos el comercio contigo de varias cosas, llevándote fardos de ropas de color de jacinto y de varias estofas y bordados, y diferentes preciosidades, embaladas y liadas con cuerdas: vendían también maderas de cedro. Tus naves ocupaban el primer lugar en el comercio marítimo; y fuiste populosa y opulentísima en medio del mar. Tus remeros te condujeron por muchos mares. Tú con tu comercio marítimo enriqueciste á muchas naciones: con la abundancia de las riquezas tuyas y de tu gente hiciste ricos á los reyes de la tierra....»

Si se fijan nuestros lectores en el largo texto que hemos copiado, comprenderán inmediatamente la importancia que le damos, y por qué no hemos reparado en darle tanta extension.

Asombra de pronto el desarrollo de artes y comercio que se descubre á la simple lectura de esta página de Ezequiel, y todas las historias juntas no alcanzan á darnos tal cúmulo de noticias é interesantes datos.

Es óbvio por sí mismo que el lujo que hemos visto desplegado en todos los pueblos de Oriente, recorridos hasta ahora por nosotros, en nuestro rápido viaje, debía tener necesariamente su comercio de cambio; pues, bien, Ezequiel se encarga de ponernos al corriente de los pueblos que cambiaban con Tiro y de los géneros que le daban para sus cambios.

Los fenicios, emprendedores y comerciantes por carácter y por necesidad, fueron los intermediarios del cambio comercial con todos los pueblos de la tierra, pero al propio tiempo reservaban para sí mismos cuanto correspondía á una civilizacion que, por su refinamiento y asquerosos excesos, fué el principio y causa de su ruína.

Por lo que hemos visto en Ezequiel sabemos que el comercio de Fenicia, representado, ó monopolizado por Tiro y Sidon, tomó sus elementos de vida, pero de una vida pletórica, no sólomente de sus propias fabricaciones, sino también de los productos de las naciones más adelantadas en todos los ramos de la riqueza y de las artes.

Tiro y Sidon, célebres por su importancia primero, por su inmensa catástrofe después, deben su nombradía al esplendor extraordinario propio solamente de las grandes ciudades emporios de comercio: en ellas se concentraba, como en un foco universal y comun, toda la magnificencia del mundo entónces conocido.

No hubo, ni habrá—dada la igualdad de circunstancias y épocas—plaza, ni pueblo comercial que las iguale siquiera. Ni Italia con sus gloriosas repúblicas comerciantes, ni el Norte con sus espléndidas ciudades, tan célebres unas y otras en la historia de la edad media, podrán compararse jamás á los primitivos modelos que nos han legado Tiro y Sidon de grandeza y poderío marítimo, como tampoco en el género de vida de placeres y refinamiento de toda clase de goces, proporcionados por fabulosas riquezas.

La historia de Fenicia, embellecida por el trasparente nebuloso con que se cubren los tiempos antiguos, parece más una leyenda que una realidad. Su exuberancia vital la lleva á respirar otras atmósferas léjos de sus playas, y extiende su comercio y comunica su animacion y vida á las tres partes del globo conocidas entónces.

Francia y España les deben Marsella y Ampurias. Cádiz, el non plus ultra del mundo conocido en aquellos días, les debe su ser y sus templos. Tebas, Utica, Hipona, Lébedos y otras ciudades de Beocia, África y otros Estados recuerdan su origen fenicio; y, para colmo de asombro, la ciencia actual no puede negar el viaje de circunvalacion al África, llevado á cabo en aquellos remotísimos tiempos por los intrépidos fenicios, dueños entónces de los mares conocidos y exploradores audaces de los ignotos, sin más brújula que su pericia y temerario valor.

Y, sin embargo, este pueblo tan floreciente, tan rico, tan próspero; este pueblo, gigante de civilizacion, asombro de reyes y espanto de naciones, debía sucumbir, pero sucumbir para no reponerse jamás en todos los siglos.

No son los pueblos más fuertes los que más montones cuentan de oro; la prosperidad aletarga y ensoberbece, y difícilmente resisten una prueba dura. Las riquezas no son fuerte baluarte para defender la independendencia de

un pueblo cuando aquellas llegan al exceso, por el germen de corrupcion que entrañan, sobre todo si esas riquezas se deben al comercio y no á la agricultura y al trabajo corporal. La historia nos lo prueba con harta evidencia.

Las grandezas de Tiro y Sidon, como las de otros pueblos antiguos, deslumbran sí, pero su esplendor no es absolutamente real: fáltale tanta solidez como apariencia le sobra. Carece de la energía que desarrolla el espíritu belicoso y fuerte. Toda la marina de Cartago, cuyo comercio era tambien inmenso, no pudo resistir victoriosamente el ímpetu de una marina de un pueblo guerrero en sus primeros días de vida.

Y es que el ideal de esos pueblos comerciantes, sentados sobre montones de oro, no es otro que gozar, y el goce continuado no es para resistirlo la naturaleza humana, que necesita, para templarse, del espíritu de contradiccion.

Estrabon nos habla extensamente de la cruel y bárbara manera con que los fenicios explotaron el suelo español, que les brindó con sus grandes riquezas minerales á su llegada á nuestras costas. Las naves fenicias salían de España cargadas hasta hundirse de metales que aprovechaban para fabricar sus utensilios y adornar sus salones. La excesiva exportacion disminuyó la existencia, y, demasiado débiles los fenicios para soportar el trabajo, recurren á los esclavos cuya suerte fué la más desesperada y horrible. La abundancia se había agotado en España, pero había aumentado la codicia de sus dueños advenedizos.

Andando el tiempo, España imitará en lejanas playas el ejemplo que á sus antepasados dieron los fenicios; la esclavitud procurará el descanso á la ambicion española, y esta encontrará su castigo, perpetuado durante muchas generaciones, en la misma abundancia de las riquezas, en el exceso de sus goces que corromperán reyes y súbditos, para hundirlos á todos en los abismos de la humillacion y decadencia más desesperantes y vergonzosas, que les harán el ludibrio de las naciones y el juguete de las pasiones políticas nacionales y extranjeras.

Sin embargo, la civilizacion fenicia tuvo sus periodos de esplendor y

gloria que la colocan en primera línea entre las más adelantadas de la humanidad.

Poco fértil en sí el territorio de la Fenicia, y encerrado además entre el mar y las montañas, no podía bastar á las necesidades de sus habitantes. La misma escasez, como lo hemos insinuado ántes, los hizo industriosos, activos; y, para subsistir, inventaron las artes y sobre todo el comercio. Á su sagacidad atribuyen los griegos y latinos el honor de la invencion de la escritura alfabética. Dejemos que se dispute este honor entre Agenor y Cadmo, el primero de los cuales sacó indudablemente de Egipto este arte, perfeccionándolo sus súbditos, y el segundo, fundador de la nueva Tébas, quédese con la invencion de diez y seis letras del alfabeto griego. De todos modos nadie puede negar á Fenicia que si hubo quien tentó ensayos marítimos, nadie puede usurparle el mérito de su habilidad en desarrollarlos y perfeccionarlos.

Los bosques del Líbano les suministraban abundante madera para la construccion de buques, y aprovechándose de las ventajas que les ofrecían sus puertos, arrostraron todos los peligros del mar, sin más guía que las estrellas del polo, fundando colonias en Chipre, Rodas, Grecia, Sicilia, Cerdeña y España. Establecieron en Cádiz su depósito y principal escala. Ofrecióles la Bética tantos raudales de riqueza, que, sobrecargados de plata en un viaje, se vieron obligados á usarla en sus áncoras en lugar de plomo. Hasta la casualidad se esforzó por contribuir á la fama y riqueza de Fenicia, haciendo que un perro de pastor, impelido por el hambre, rompa un marisco, y le quede teñida la garganta; y este color, sustituido sólo por la cochinilla, andando los siglos, será el exclusivo para los reyes de Tiro, que lo prohibirán á sus vasallos, y el reservado por los romanos para los mantos de sus emperadores y de los generales á quienes se conceda el honor del triunfo.

Sidon era ya célebre tambien, cuando Josué introdujo los israelitas en la Tierra de Promision. Como toda la Fenicia, pertenecía esta ciudad á la tierra de Canaan, y por lo tanto debía entrar en su parte. No pudieron, empero, conquistar á Sidon ni á Tiro, áun cuando parece que

bajo los reinados de David y Salomon, los reyes de Fenicia eran en cierto modo tributarios del reino de Israel.

Tiro permaneció mucho tiempo en la oscuridad.

Homero no habla de ella en la enumeracion que hace de las ciudades célebres, en cuyo número coloca á Sidon. Sólo mereció alguna consideracion cuando una parte de los sidonios, sojuzgados por el rey de Ascalon, buscaron en ella un asilo. Las riquezas que llevaban consigo los fugitivos, las artes que enseñaron á sus huéspedes, el gusto que les inculcaron por el comercio marítimo, elevaron á Tiro á tan alto grado de esplendor que no sólo igualó sino que sobrepujó al de Sidon. Con el tiempo fué la morada de los reyes de Fenicia, cuando todo el país se halló reunido bajo un mismo soberano, cosa que no acaeció siempre, y este país se vió muy á menudo repartido entre varios príncipes.

Los fenicios, segun se lee en el Génesis (1), como lo proclamaron ellos mismos, y segun lo decían todavía sus descendientes en el siglo iv de nuestra era, ateniéndonos al testimonio de san Agustin, pertenecían á la raza de Canaan, que la tradicion bíblica une á la raza de Cham. Su capital, como ya hemos dicho, era Sidon, que tomó su nombre de Sidon, primogénito de Canaan. Además de los inventos, de que ya hemos hecho mérito más de una vez, se les atribuye la invencion de los pesos y medidas, de la aritmética, etc., etc. Sanconiaton, su historiador, mencionado varias veces en esta obra, es un personaje real y no legendario, que vivía hacia la época de Moisés y escribía ántes de la guerra de Troya.

Siguiendo nuestra costumbre de investigar los orígenes de los pueblos, para saber á qué atenernos en el cuadro que presentamos de la civilizacion de la humanidad y sus progresos ó vicisitudes, debemos consignar aquí, como de paso, y guiándonos por la etnografía más acreditada, que es muy cierta y definida la descendencia de Canaan, último de los hijos de Cam; entre los cuales sin embargo goza en la Biblia del honor de una muy triste preeminencia, puesto que en ella se presenta transferida nomi-

(1) GEN. Cap. X, v. 15-18.

nalmente, y, por decirlo así, personificada toda la maldición lanzada por Noé contra Cam, según consta del capítulo IX del Génesis. Canaan fué el padre de los fenicios y de los cananeos, primeros habitantes del país que en la última extremidad occidental del Asia se extiende entre el Mediterráneo y el Jordan; y por esto se llamó tierra de Canaan, antes que se convirtiera en la Tierra de Promisión de los hijos de Abraham y la residencia fija del Pueblo escogido.

Nuestros lectores ya están acostumbrados á las inscripciones asirias; pues bien, aunque en estas se hace muchas veces mención de dicho país, no se le designa empero ni una sola vez con el nombre de Canaan, sino con el de *Mat-Akhari*, que literalmente significa *region de detras*, esto es *de occidente*; porque los asirios, como otros pueblos orientales, acostumbrando volverse con la frente hacia oriente (mientras que nosotros nos dirigimos hacia el norte) para señalar los cuatro puntos cardinales, daban al oriente el nombre de *delante qedem* como los hebreos; por lo que también el Mediterráneo recibió en la Biblia el nombre de *mar posterior*, ó sea *occidental: yam akharon*. (1)

Una inscripción del rey asirio Bin-Nirari, que floreció desde el año 809 al 780 antes de Jesucristo define exactamente la extensión del Mat-Akhari, que él enumera entre los países tributarios suyos, diciendo: «...Mat-Akhari, que en su conjunto abraza el país de Surru (Tiro), el país de Sidunu (Sidon), el país de Khumri (reino de Israel, llamado así del rey Omri), el país de Udume (Edom), el país de Palasta (la Palestina, tomada en el sentido primitivo y limitado de país de los filisteos), hasta el Gran Mar del sol occidental (2).» De los hijos de Canaan, nombrados en el capítulo del Génesis que antes hemos citado, Sidon primogénito, Het, Jebus, Amorreo, Gergeseo, Heveo, Araceo, Sineo, Aradio, Samarreo y Amateo, tomaron su nombre los varios pueblos, mencionados á menudo en la Biblia, de los sidonios, heteos, jebuseos, amorreos, gergeseos, heveos,

(1) VIGOUROUX, *La Bible et les découvertes modernes*, etc.

(2) MÉNANT, *Annales des Rois d'Assyrie*, etc.

araceos, sineos, aradios, samareos, amateos, que llenaron de habitantes la tierra de Canaan, ántes que la invadiera y sujetara Josué.

Homero habla, en su libro XV de la *Odisea*, de las relaciones que desde antiguos tiempos tenían los griegos con los fenicios, á pesar de que estos se aliaron siempre contra los enemigos de Grecia. Nuestros lectores comprenderán hasta dónde llegaba el grado de civilizacion de los fenicios sabiendo que tenían por bárbaros á los griegos.

Como ya lo hemos insinuado, son muchos los preciosos inventos de que es deudora á la Fenicia la civilizacion antigua.

Uno de tantos es la del cristal, á cuya fabricacion se refieren desde los tiempos más remotos algunos trabajos de exquisita delicadeza, como las copas de formas especiales y elegantes, aunque en rigor de verdad, sobresalieron en el arte de la fabricacion de metales preciosos.

Es evidente que un pueblo tan adelantado y de tan refinada civilizacion tendría su culto para el arte, y así lo acreditan los restos que han podido contemplar los viajeros.

El arte egipcio y hasta el asirio había impreso su carácter especial y distintivo al fenicio: así lo demuestran evidentemente las numerosas muestras que nos han quedado de objetos escultóricos y de joyería.

Hemos visto que el incienso era tambien uno de los artículos de comercio que más apreciaban los fenicios. Hé aquí lo que nos dice de este producto el filósofo Teofrasto, discípulo de Aristóteles: « El incienso, la mirra y la casia vienen á los países de los sabeos y de los adramitas, el incienso y la mirra en las montañas de ese país y en las islas de las cercanías. El arbusto que produce el incienso es más alto que el que produce la mirra: y los dos son ya salvajes, ya esmeradamente cultivados. Siendo sagrada la propiedad entre los sabeos, nadie entre ellos guardaba esos productos. La mirra y el incienso cosechados se llevaban al templo del Sol, tan venerado del pueblo árabe, donde estaban custodiados por hombres armados. Cada propietario ostentaba allí su parte acompañada de una tablilla que indicaba su medida y precio. Despues iban los mercaderes á depositar allí, al lado de cada lote, el valor marcado en la tablilla; despues de lo cual iba el sacerdote, que se-

paraba el tercio de aquel dinero para la divinidad del templo, y dejaba lo restante para el propietario. El incienso de los arbustos tiernos es más blanco, pero tiene menos olor; el de los viejos es más amarillo, pero más oloroso.»

Actualmente el tráfico del incienso está en poder de los Samalis, de la isla Zuila, cerca de las costas de la Etiopía.

Para que un pueblo deje un nombre tan ilustre como lo dejó Fenicia, y especialmente Tiro, es indispensable comprarlo á fuerza de inteligencia y prodigiosa actividad, acreditada por el desarrollo de su civilizacion, y este inmenso desarrollo se nos revela de distintas maneras y con argumentos incontestables en los diferentes ramos de la ciencia, industria y comercio.

Veamos una prueba de esto.

Hiram, rey de Tiro, era amigo y aliado de David. Habiendo éste conquistado el reino de Edom, se encontró dueño de Elat y de Asiongaber, ciudades marítimas en el fondo del golfo arábigo, lo que le facilitó el comercio de la Arabia, abriéndole por el estrecho de Babelmandel el camino del golfo Pérsico, de la India y del África. No estaban aún los hebreos ejercitados en la navegacion, entendiendo aún menos el arte de construir naves. David acudió á Hiram, que le envió fenicios prácticos en ambos géneros. Con sus auxilios, equipó el príncipe hebreo una flota, y emprendió varios viajes, que le produjeron grandes sumas de oro y plata. Proyectando David la construccion de un palacio, se dirigió tambien al rey de Tiro, para que le proporcionase obreros y piedras, cedro y abeto. Los tirios eran entónces célebres como arquitectos. El templo que habían levantado á Hércules en la isla en donde construyeron despues la nueva Tiro, á media milla de la antigua, era en aquel entónces el mejor monumento del arte que había en el universo. Hiram complació á David, y el palacio que sus gentes construyeron á este príncipe fué digno de su magnificencia y de la reputacion que los tirios habian adquirido.

Esta reputacion arquitectónica que nos da una palpable prueba del vuelo extraordinario que tomó la antigua civilizacion fenicia, la consigna un orientalista, hoy en boga, que ha visitado y explorado la Fenicia. «Lo que

distingue, dice, los monumentos de la arquitectura fenicia, es un mismo carácter de fuerza maciza é imponente, el desden del finito en los detalles, con tal que se llegue á producir un efecto general de poder y grandeza. Es, finalmente, el gusto del monolitismo (1).»

Dijimos ya que la arquitectura fenicia tenía íntimas relaciones con la egipcia, pero no excluía en manera alguna, por severa que fuese, la ornamentacion interior.

Esta semejanza ó intimidad de relacion entre las dos arquitecturas haya sido quizas la causa de que, poniéndose en contradiccion consigo mismo el autor-viajero ántes citado, diga que los artífices enviados por Hiram á David, para la edificacion del templo, adoptaron como modelo el templo egipcio porque no conocían otro, y que su arte era sólomente un artículo de exportacion, y ademas que arrendaban sus servicios por la cuenta que les tenía, sin imprimir á sus obras el sello distintivo de un ideal propio y preconcebido.

Duro en extremo nos parece, y más que duro contradictorio, el concepto que el arte arquitectónico fenicio ha merecido á Renan, y si no temiéramos calificaciones posibles contra nosotros por parte de los admiradores del autor de la *Vida de Jesus*, nos atreveríamos á calificar de injusto y falso su dictámen. ¿Qué significa ese *desden del finito*, de que nos habla el mismo Renan, demostrado en los pormenores de construccion, sino una facultad inteligente y poderosa en el arte de construir? Y si *la piedra calcárea de la costa de Siria* — como dice el mismo Renan — *compuesta de particulas de desigual resistencia, de aspecto rugoso y granuloso, no se prestaba á las delicadas cinceladuras de los mármoles griegos*, ¿significa esto otra cosa sino que no serían quizas los fenicios perfectos escultores, pero que podían ser, esto no obstante, muy hábiles arquitectos, como realmente lo eran? Si no se hablara en la Escritura de la fábrica del templo, y si este no lo hubiesen construído artistas fenicios en su mayor parte, otro fuera sin duda el juicio del arte fenicio formulado por Renan; porque, lo hemos dicho ya, cuando pueblos

1 E. RENAN. *Mission en Phénicie*.

que han construído ciudades gigantes de opulencia y riqueza han legado un nombre tan respetable y asombroso como el fenicio, es que su civilizaci3n debió ser grandiosa, y esa civilizaci3n se manifiesta en artes, ciencias y letras, no de un modo comun y ordinario, sino sobrepujando á otros pueblos que dejan eclipsados, como quedan eclipsadas las estrellas al asomar la luz del sol en Oriente.

Estas observaciones l3gicas, naturales, incontestables, se avienen muy mal con la consecuencia que forma la sntesis del libro de Renan, y es: deducir del conjunto de sus observaciones en Fenicia la absoluta inferioridad de aquel pueblo en el arte, que fué entre ellos esencialmente imitador é industrial.

¡Imitadores los inventores de la navegacion, del cristal, de la aritmética, del alfabeto, del tinte de las lanas finas y sedas, del comercio, de la colonizaci3n, y que, en días de prueba, burló por espacio de trece años el valor y empeño de los ejércitos de Nabucodonosor! ¡Ah! si hubiesen sido los galos los inventores de todo lo que debemos á los fenicios, cuán otro fuera el concepto emitido por el injusto orientalista! Todas las trompetas de la fama, fatigándose hasta enronquecer, no bastarían á pregonar la gloria que tributaría á los antiguos franceses.

Tranquílcese, empero, los mánes de los fenicios. El libro de Renan pasará, como pasan anualmente las hojas de los árboles nacidas en abril y muertas en octubre, mientras que las hojas de la historia donde están escritas con caracteres de diamante las glorias fenicias continuarán subsistiendo mientras exista la humanidad deudora de tantos beneficios al antiguo pueblo Mat-Akhari.

Reanudemos nuestra narracion.

Al contribuir Hiram al embellecimiento de la capital de su vecino, no descuidó el hermoseo de la suya.

Era Astarté una divinidad comun á los fenicios y á los filisteos. Estos la llamaban Astarot, pero aún no tenía templos entre los primeros. Hiram le hizo levantar uno en Tiro, mandó construir otro á Júpiter Olímpico, y fortificó el cuartel oriental de la ciudad cuyo círculo aumentó, segun lo afirma Dio antiguo historiador de Tiro.

La empresa, empero, más importante de este príncipe fué la union de Tiro con la isla vecina, por medio de un muelle que debió costar sumas y trabajos inmensos. La isla estaba habitada hacía ya mucho tiempo, pero Hiram hizo de ella una ciudad con el gran número de edificios que le añadió.

Salvemos un periodo de casi dos siglos para llegar al punto que interesa á nuestro viaje, y entremos en el reinado de Pigmalion.

La avaricia ahogó en este rey los sentimientos de la naturaleza y de la religion. Su hermana mayor, Elisa, más conocida con el nombre de Dido, estaba casada con Siqueo ó Sicarbas, su tío, sacerdote de Hércules, cuyas riquezas eran inmensas. Resuelto Pigmalion á apoderarse de sus tesoros, le asesinó, segun dice Virgilio, al pié del altar en donde sacrificaba. Dido, que adivinó el móvil de este atentado, encubrió su dolor con el más profundo disimulo. Continuó viviendo en buena inteligencia con su hermano, fingiendo ignorar el paraje en donde Siqueo había escondido sus tesoros, sin demostrar ninguna prisa en poseerlos. Algun tiempo despues le pidió permiso para irse á establecer en Cartica, pequeña ciudad entre Tiro y Sidon, con sus hermanos Barca y Ana. Pigmalion convino en ello con tanto más placer cuanto contaba estar con más libertad para buscar los tesoros que Siqueo había ocultado. Dido obtuvo de él naves para trasportar sus efectos. Hizo llevar á ellas de noche sus tesoros, y partió sin avisarle, con muchos tirios que quisieron seguir su suerte. Viéndose burlado, hizo Pigmalion que la persiguiesen, pero fué inútil. Llegó á la isla de Chipre sin que hubiese podido alcanzarla. De allí, haciendo vela hacia el África, desembarcó en Útica, colonia tiria, que la recibió, junto con todos los que la acompañaban, con la mayor humanidad. Poco tiempo despues escogió un terreno en donde fundó Cartago.

Dejemos aquí consignada esta fundacion, y prosigamos lo concerniente á Tiro.

Á pesar de la proverbial avaricia de Pigmalion, envió éste á la colonia tiria de Gades (Cádiz) un presente magnífico para ser colocado en el templo de Hércules, y que prueba, á la par que las inmensas riquezas atesoradas en Tiro, lo perfeccionadas que estaban allí las artes. Consistía el presente en

un olivo, cuyo tronco y ramas eran de oro, y el fruto de esmeraldas imitando perfectamente aceitunas naturales.

Durante el reinado del sucesor de Pigmalion, fué destruído por las olas el muelle que unía las dos ciudades de Tiro; lo que hizo pasar á la del continente una parte de los moradores de la marítima, que abandonaron la isla, para establecerse en tierra firme. Dedicáronse con nuevo ardor al comercio, elevando esta ciudad al más alto grado de prosperidad. Sus comerciantes corrían parejas con los príncipes en opulencia y fasto. Las naves alimentaban en todas las plazas marítimas el lujo y la molicie. De este modo corrompió Tiro las costumbres sencillas y frugales de los países á donde se extendía su comercio, proporcionando incentivo á las pasiones, porque no se limitaba á los artículos de primera necesidad. Las telas más ricas y trabajadas con el mayor primor, muebles raros, joyas, perfumes y otras cosas supérfluas, hé aquí lo que daba en cambio de los géneros que su país le negaba, y de las materias preciosas que recibía para labrarlas.

Ezequiel había entonado un cántico lúgubre sobre la ruína de Tiro, y el genio de la destrucción y de la muerte cerníase airado sobre la reina de los mares, agitando convulsivamente sus grandes y negras alas que hacían vacilar la tea incendiaria que empuñaba en una mano, mientras blandía en la otra afilado puñal chorreando sangre.

«Tú, dice el profeta al rey de Tiro, creído sello ó imagen de Dios, lleno de sabiduría y colmado de hermosura, vivías en medio del paraíso de Dios: en tus vestiduras brillaban toda suerte de piedras preciosas..... y el oro, que te daban hermosura; los instrumentos músicos estuvieron preparados para tí en el día de tu creación..... yo te coloqué en el monte Santo de Dios; tú caminabas en medio de piedras preciosas y brillantes como el fuego,..... con la abundancia de tu tráfico se llenó de iniquidad tu corazón, y pecaste.....; por lo que haré salir de en medio de tí un fuego que te devorará, y te convertirá en ceniza sobre la tierra..... reducido serás á la nada, y nunca jamás volverás á existir (1). »

(1) EZEQUIEL. Cap. XXVIII.

Las leyes naturales se oponen necesariamente á los focos productores de corrupcion. Tiro se había convertido en un centro de disolucion, porque poseía todos los recursos para satisfacer las más refinadas necesidades, los más locos caprichos. Todos los pueblos le trajeron tambien su contingente de vicios y en cambio les ofrecía ella la corrupcion siempre nueva, siempre espléndidamente preparada, como acostumbran hacerlo en todos los periodos históricos las grandes ciudades que son el punto de vista de la disipacion de todos los pueblos. París y Lóndres nos ofrecen actualmente el ejemplo material de lo que podía ser Tiro en la época de su apogeo.

Itobal II, que es el rey á quien van dirigidas las amenazas de Ezequiel, aparece en el trono de Tiro en el tiempo en que Nabucodonosor reinaba en Babilonia. Dueño ya éste de la Judea, quiso apoderarse de la Fenicia. Sidon y la mayor parte de las ciudades de este país, cedieron en poco tiempo al esfuerzo de sus tropas. Pero Tiro, á la que sitiaron en seguida, les opuso la más vigorosa y obstinada resistencia. Las necesidades de la defensa reanimaron la energía de aquella raza de mercaderes astutos y animosos que veían con su derrota la pérdida de una vida de regalos y deleites, y fué preciso que Nabucodonosor permaneciera trece años acampado delante de la ciudad, sin economizar trabajos ni estratagemas para reducirla, de modo que en su ejército, segun la expresion aterradora de Ezequiel, «toda espalda se desolló, y toda cabeza quedó calva.

Finalmente, reducidos los sitiados al último extremo, cargaron en las naves sus mejores efectos, y se refugiaron en la isla. Al entrar Nabucodonosor en Tiro se vió cruelmente burlado en sus esperanzas. Furioso por encontrarla casi desierta y sin las grandes riquezas que había prometido repartir á sus soldados para recompensarles sus largas y pesadas fatigas, pasó á cuchillo á los habitantes que habían quedado, é hizo arrasarse la ciudad hasta los cimientos.

Tal fué el deplorable fin de la soberbia y disipada Tiro.

Así se cumplieron las predicciones amenazadoras que anunciaban su destruccion; así han estado de acuerdo, acerca de Tiro, á pesar del inmenso espacio de siglos que les separa, un profeta de Israel y el autor de las *Ruinas de Palmira*.



Hemos dicho que la importancia de los fenicios consistía principalmente en sus colonias esparcidas en todo el mundo conocido. Utica fué una de sus más antiguas colonias en la costa africana, que les servía de escala en sus relaciones mercantiles con España. Entre Utica y Adrumeto, cuyo territorio corresponde actualmente á la regencia de Túnez, se levantó Cartagena, en el istmo de una península de quince leguas de circuíto, y en posición muy á propósito desde el punto de vista del comercio á que se la destinaba, y de su defensa en caso necesario.

La posición topográfica que los fenicios habían elegido para fundar en ella la ciudad de Cartago, les era en extremo favorable, pues á más de estar en contacto con España, las Galias, Sicilia, Cerdeña y otras islas vecinas colonizadas todas por ellos mismos, podía con facilidad comerciar con las naciones del interior de África; y la fertilidad de su territorio, por otra parte, producía en abundancia el trigo y otros cereales y muchos frutos delicados.

Vemos pues que Cartago era hija de la soberbia *reina de los mares*, y más adelante veremos que fué también digna heredera de los mismos destinos, siguiendo, en parte iguales procedimientos, y en parte, otros distintos.

Tiro se valía sólo del comercio, sin apelar casi nunca á la política para sus fines; Cartago, al contrario, siendo esencialmente mercantil, fué más política en sus empresas que comerciante.

Tiro no apeló nunca á la fuerza armada para sus conquistas que fueron tantas cuantas se propuso; Cartago se sirvió siempre de ella en sus relaciones con sus propias colonias y la empleó como medio de enriquecerse tratando con las demás naciones.

Tiro ha dejado en la historia un nombre que todo el mundo oye pronunciar con simpatía, admiración y respeto; Cartago ha estampado en sus ana-

les y en los de varias naciones páginas negras y borrosas que nadie mira sin repugnancia y sin murmurar una maldición.

Tiro se ve rodeada de una aureola de gloria esplendente; Cartago está envuelta entre nubarrones cenicientos, anuncios de catástrofes y desgracias.

Detallemos algo la fundacion de Cartago.

Sabemos ya que Dido compró terrenos en África para establecerse con la reducida colonia de hombres industriosos que le acompañaban. Los naturales del país exigieron que los recién llegados les pagasen por mucho tiempo cierto tributo anual, mediante cuya condicion les suministrarían, si daban dinero, todo lo más necesario para edificar una ciudad.

Al abrir los cimientos de la nueva ciudad dicese que se encontraron una cabeza de caballo y una palma, lo que fué tenido por agüero favorable, y da crédito á esta circunstancia la de haberse encontrado en los alrededores de donde estuvo Cartago, y hasta en Sicilia, medallas acuñadas por los cartagineses muchos siglos despues de la muerte de Dido, que en sus reversos representan una cabeza de caballo, ó un caballo con una palmera, como alusion al casual encuentro ántes mencionado.

Edificada ya Cartago, reuniéronse los nuevos cartagineses con los antiguos, y pronto fué Cartago aumentada con una nueva ciudad y una ciudadela que tomó el nombre de Birsá.

Un príncipe comarcano, llamado Zarbas, con objeto de señorear una ciudad que iba siendo ya floreciente, pide la mano de Dido; pero no quería esta princesa, modelo de viudas honradas, violar la fe que había prometido á su esposo Siqueo al unírsele: á fin de evitar la guerra á los suyos, manda preparar una hoguera, sube á ella, y sacando un puñal que llevaba oculto debajo de su vestido, se dió la muerte.

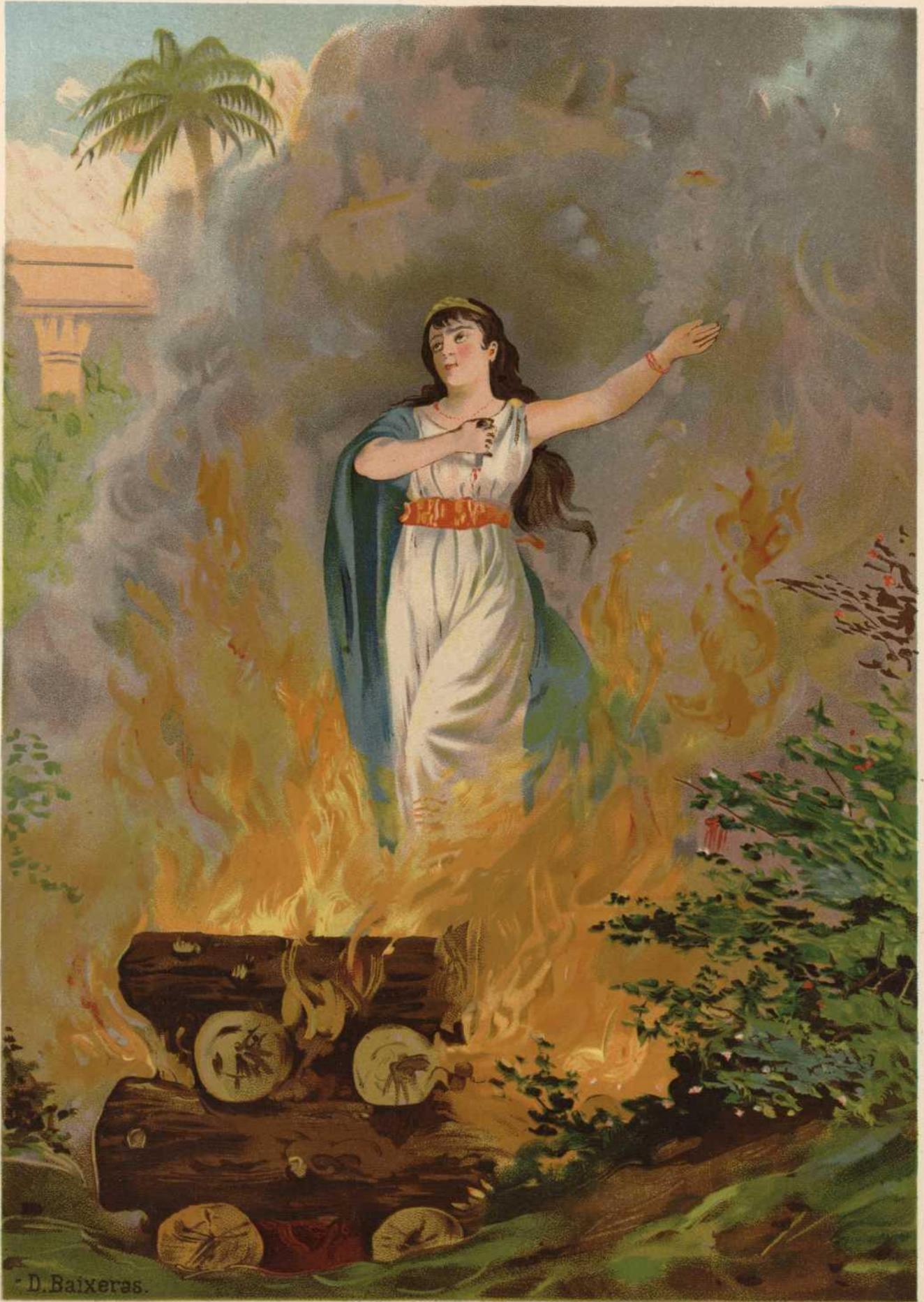
Despues del trágico fin de Dido, debido á su más que heróica fidelidad conyugal, hay en la historia de Cartago un vacío de más de tres siglos.

La civilizacion no tiene que agradecer nada absolutamente á este pueblo mezcla de guerreros y comerciantes sin ningun género de virtudes, pero lleno en cambio de vicios y defectos que le han dado triste celebridad.

El gobierno de los cartagineses era en parte monárquico, parte aristo-



SUICIDIO DE D. ...



D. Baixeras.

Mr. Terradas Comas y C^o. Editores.

SUICIDIO DE DIDO.

crático y parte democrático, hallándose dividido el poder entre los sufetas ó jueces, el Senado y el pueblo.

La república cartaginesa anduvo próspera mientras el poder estuvo equilibrado entre los tres elementos; pero, así que el pueblo hubo adquirido sobrado ascendiente, las intrigas y facciones precipitaron á los cartagineses en un abismo de desgracias.

Los sufetas eran los primeros magistrados de Cartago. Se nombraban por elección, y esta se verificaba cada año. Eran dos, y habían de sobresalir entre sus compatriotas por la nobleza, la virtud, el talento y la riqueza. Su cargo se parecía al de los cónsules de Roma, ó al de los reyes de Esparta, y esta semejanza ha sido causa de que muchos autores les hayan dado el título de cónsules ó reyes. La mayor parte de las ciudades cartaginesas tenían también sus sufetas particulares.

El Senado se componía de varones respetables en todos conceptos. La dignidad era electiva y su número crecido. Ignoramos á punto fijo cuál era el poder del pueblo en Cartago; pero, en tiempo de Aníbal, cuya época conocemos mejor, parece que tenía la preponderancia en los negocios. Es muy probable que de entre los senadores se elegían los jueces de un tribunal compuesto de ciento y cuatro individuos, cuyas facultades eran muy extensas, principalmente en cosas de justicia. Tenía cinco presidentes de su mismo cuerpo. Su autoridad era bastante despótica, como la de los éforos de Esparta. Juzgaba también este tribunal del comportamiento de los generales de la república, cuyas derrotas castigaba con tanto rigor como los crímenes.

En las costumbres de los cartagineses notábase un fondo de austeridad, crueldad y barbarie, que los diferenciaba de todos los demás pueblos, y esta diferencia se hacía más palpable por las artimañas, sutilezas y astucia que les distinguía tanto, que, para indicar la mala fe, se decía proverbialmente *la fe cartaginesa*, y para indicar un espíritu artificioso, decíase *espíritu cartaginés*. El carácter nacional cartaginés se distinguía por su exclusiva afición al comercio, y el único móvil de todas sus empresas era la codicia y la esperanza de ganar impelidos por el engaño.

La educacion del pueblo cartaginés se limitaba á la escritura, al cálculo, á la teneduría de los registros, y á cuanto concierne al comercio. Así es que en siete siglos y medio que duró la existencia de Cartago, no presenta esta república otro hombre eminente — que se sepa — en ciencias y letras, que el poeta Terencio, quien fué conducido desde muy jóven á Roma, en calidad de esclavo, y nos ha legado algunas comedias, imitadas ó traducidas de Menandro, que son modelos de pureza, elegancia y delicadeza de estilo.

El espíritu de comercio informaba todas las cosas en Cartago; así es que sus ejércitos se componían casi sólo de mercenarios que compraba á los pueblos vecinos ya formados y adiestrados, como la caballería nómada, los honderos baleares, la temible infantería de España, etc., etc.

La religion de los cartagineses era el más estúpido paganismo. Adoraban á Moloch, ó Saturno, y le inmolaban los hijos de las familias más distinguidas. Las madres, violando las leyes más imperiosas de la naturaleza y contrariando la ternura de su sexo, se hacían un deber religioso de asistir á este horrendo espectáculo. Si derramaban una lágrima, ó se les escapaba algun suspiro, al ver á sus hijos metidos en la hornaza, ó encerrados en la estátua que estaba abrazando al dios, mientras luchaban con las agonías de la muerte, el sacrificio no era agradable á Saturno, y se perdía el fruto del espantoso sacrificio. ¡Qué religion la que no puede encontrarse sin estar á su lado la barbarie y la esclavitud!

España fué el principal teatro de las funestas hazañas de los cartagineses. El laboreo de sus minas fué la cuna de Cartagena como lo ha sido en este siglo de tantas ciudades de las Californias y Australia.

La civilizacion cartaginesa carecía de vida, no tenía un alma que la informara; por esto no ha dejado ninguna huella artística ni literaria, ni monumental siquiera que nos dé una idea de su genio.

Salidos de Fenicia, no supieron conservar de esta más que su carácter comercial, descuidando hasta la reproduccion de las artes fenicias; y si en algo se ve el paso de un recuerdo artístico es sólomente en objetos destinados á la superfluidad y ostentacion de las personas opulentas. La rica

sociedad cartaginesa se pareció también á todas las sociedades que deben su bienestar al comercio: fué profusamente espléndida.

Las colgaduras y tapicerías cubrían las suntuosas habitaciones en su parte interior. Los bordados y la infinita variedad de los tintes enriquecían soberbiamente las preciosas telas de algodón que figuraban en primera línea.

En sus comidas, verdaderas crápulas, representan muy importante papel no sólomente el vino sino también las bebidas más exquisitas y de subidos precios. La sociedad cartaginesa es una rara mezcla de avaricia y lujuria que unas veces vende á precios fabulosos y otras veces guarda para su regalo las hermosas esclavas africanas y las procedentes de las naciones orientales.

La moral de los cartagineses aplicada á la legislación pública era muy parecida á la de Esparta. Como en esta ciudad de Lacedemonia estaba allí prohibida la enseñanza de las ciencias y hasta de la lengua griega. Con este dato nos ahorramos muchas investigaciones á que nos entregaríamos quizás por la extrañeza que produce en todo hombre observador el ver la escasa, mal dicho, la ninguna celebridad de los cartagineses en todos los ramos del saber humano, y su completa falta de artistas de toda clase.

Á pesar de todo esto, Aristóteles hizo en su libro *de República* un excelente elogio de sus instituciones políticas. Examinando con alguna detención el mecanismo—si se nos pasa la palabra—de la forma de gobierno de la república de Cartago, se observará de pronto que de entre todos los pueblos de la antigüedad, que ya conocemos, es el que más puntos de contacto, ó mayor semejanza tiene con los gobiernos de las naciones modernas europeas, y para que no le falte nada á la comparación que podría establecerse, no debemos descuidar que los comerciantes cartagineses, parecidos en esto á los de una nación europea, muy mercantil también, compraban con su oro la sangre de los mercenarios que morían por ellos en los ejércitos defendiendo las ambiciones de la república, y corriendo por su cuenta la defensa de un pueblo que no era su patria y que no derramaba una lágrima en cambio de la sangre ó de la vida que le vendían.

Pero los cartagineses, como los tirios, sus progenitores, supieron dar muestras de valor y energía en el momento del peligro. Ciertamente que el pueblo cartaginés inspirado sólo por la codicia, dado al oro, á los placeres y á la navegacion, no supo hallar ni la delicadeza de las artes, ni la elevacion de ideas, pero supo escribir una página brillante, inesperada, última que cierra su historia de más de siete siglos.

Nuestros lectores nos permitirán que, sin escribir la historia de los acontecimientos anteriores á la desaparicion de Cartago, les presentemos sucintamente los hechos acaecidos en sus postreros días.

Declarada por Roma la guerra á los cartagineses—que fué la tercera guerra púnica—sometióse espontáneamente á los romanos la rica é importante ciudad de Útica. Los cartagineses envían á Roma embajadores con plenos poderes para declarar que Cartago se entregaba, con todo lo que le pertenecía, á la disposicion de Roma. El Senado promete á los cartagineses la libertad, la conservacion de sus leyes y de sus bienes, con la condicion de que habían de enviar á Lilibeo en rehenes á trescientos jóvenes de las familias más principales, y hacer además todo lo que mandarían los cónsules. Cartago accede y da los rehenes. Los cónsules piden en seguida una cantidad de trigo suficiente para la subsistencia de sus tropas, todas las galeras cartaginesas con tres bancos de remos, todos los pertrechos de guerra, y además todas las armas que hubieran en la ciudad. Como Cartago nada podía negar, tuvo que acceder á todo. El cónsul Censorino manda entónces que salgan de la ciudad todos los habitantes. Los cartagineses prefieren la muerte al cumplimiento por su parte de esa postrera disposicion del Senado romano. Los cónsules comenzaron entónces á someter todo lo más llano del país, y sitiaron luégo á Cartago por mar y por tierra.

Asdrúbal VII é Imilcon III desbaratan todas las operaciones de los romanos contra los cartagineses; pero este último se pasó luégo á los romanos. Á pesar de esto alcanzan los cartagineses algunas ventajas contra los sitiadores, obligando á estos á levantar el sitio de Hipozarito, y á trabajar con menor ahinco en el sitio de Cartago. No tiene resultado una negociacion entablada entre los cartagineses y el rey de Macedonia, Andrisko. Un tal

Bitias les había traído un socorro de ochocientos caballos, mas no por esto dejaron los romanos de tomar á Megara, que formaba parte de la ciudad de Cartago, obligando á los que la ocupaban á retirarse á otra parte llamada Birsá.

Furioso Asdrúbal por este contratiempo, coge á todos los prisioneros romanos que tenía, los manda conducir á la muralla, y á la vista de todos los trató con la mayor inhumanidad por quitar á sitiados y sitiadores toda esperanza de transaccion.

Escipion Emiliano activa de día y de noche los trabajos del sitio. En catorce días tuvo terminadas sus obras. Los cartagineses, por su parte, no se descuidaban en la defensa. Por fin, á los veintiseis días hubo un ataque general que nada decidió, bien que fué muy empeñado. Á los veintisiete se da otro que dura hasta muy entrada la noche, y se termina con la pérdida de algunos puntos que los cartagineses hubieron de abandonar á los romanos. Escipion pasó el resto de la campaña en apoderarse de todas las plazas de guerra que todavía estaban por los cartagineses, y suministraban víveres á Cartago. Durante los días más crudos del invierno toda la hueste cartaginesa, que llegaba á ochenta y cuatro mil hombres, fué batida en la defensa de Néferis, cuyo sitio había durado veintidos días. Sólo pudieron salvarse cuatro mil hombres. Las fortificaciones del puerto llamado Cothon fueron demolidas. La ciudadela tuvo que rendirse con motivo de los ataques que sufría y por la falta de víveres. Algunos de los defensores se adelantan vestidos de penitentes, pidiendo nada más que las vidas salvas para los que quisieran salir. Otorgada por Escipion la merced que pedían, se entrega el mismo Asdrúbal. Léjos su mujer de imitarle, degüella ella misma á sus hijos, y se arroja á las llamas en el templo; nuevecientos desertores que Escipion había exceptuado del perdon se precipitan desesperados en medio del incendio que destruye la ciudadela y el famoso templo de Esculapio.

Miéntas tanto en el Senado romano se pronunciaba con fatídica repetición la célebre frase que murmuran aún los ecos de la antigüedad: *Delenda est Carthago*, porque Roma deseaba la desaparición de una rival que amenazaba humillarla, y que le costaba ya torrentes de sangre y montones de oro.

Manda finalmente el Senado al procónsul la orden de destruir á Cartago, y á consecuencia de la misma, la malaventurada ciudad es arrasada hasta los cimientos.

Despues de la desaparicion de la infortunada ciudad, y durante el consulado de Domicio, emprende C. Graso su reedificacion por orden del Senado, poblándola con seis mil ciudadanos romanos, siendo esta la primera colonia romana que salió de Italia por disposicion del gobierno, y prosperó tanto que en los consulados de M. Tulio Decubo y de Neyo Cornelio Dolabela, era ya una de las más importantes que tenían los romanos. Guerreando Julio César en África contra Pompeyo, dejó allí una colonia de tres mil hombres, con los cuales se reunieron muchos habitantes de las ciudades más cercanas. En los primeros siglos de la era cristiana se consideraba como la capital de África, y se hizo famosa en la historia eclesiástica á causa de los muchos concilios y conferencias que en ella se celebraron en los primeros siglos de la Iglesia.

En el reinado de Constantino, Maxencio la redujo casi á cenizas. Genserico, rey de los vándalos, la tomó el 19 de octubre del año 439 de Jesucristo. Las conquistas de Belisario, noventa y cinco años despues, volvieron á unirla al Imperio romano. Finalmente, los sucesores de Mahoma se apoderaron del África, y los sarracenos destruyeron otra vez á Cartago de tal manera, que no nos han quedado de ella más vestigios que algunas cloacas y cisternas, para decirnos: aquí estuvo la rival del poder romano.

*
* *

Con la muerte de Cartago desaparecen de aquel suelo africano el comercio, la industria, la civilizacion en todos sentidos, para quedar convertida aquella porcion de la tierra en un desierto, en guaridas de bárbaros semi salvajes. Si no fuera por el lujo de colores que ostentan hombres y mujeres, diríase que ni sombra de civilizacion hubo jamas en donde estuvieron

pueblos tan importantes como Cartago, Utica y otros no menos célebres.

Sin embargo, debemos ser justos. Los hermosos espectáculos que ofrece constantemente la naturaleza á las imaginaciones de aquellos habitantes sostiene vigoroso el sentimiento de lo bello en cuanto es compatible con sus creencias religiosas, y el porte de sus personas refleja el grado de su cultura, que participa mucho de la de los pueblos orientales. Hombres y mujeres son la representacion viva, material, de las bellezas que el cielo y la tierra ostentan en el suelo donde estuvo ántes Cartago.

Un artista inspirado nos pintará aquel lindo país, y terminaremos así nuestro ligero estudio.

« Aquellas palmeras, las primeras que yo veía; aquel pueblecillo de color de oro, enterrado entre ramajes cargados ya de las flores blancas de la primavera; una jóven que se nos acercaba, en compañía de un anciano, con el espléndido traje encarnado y los ricos collares del Desierto, llevando una ánfora de asperon encima de su cadera desnuda; esa primera muchacha de piel blanca, bella y fuerte, de una juventud precoz; el anciano triste pero no desfigurado, por una vejez prematura, todo el Desierto se me aparecía de este modo en todas sus formas, todas sus bellezas y emblemas: era por la primera vez una asombrosa vision. El cielo era sobre todo lo que había allí de incomparable: el sol iba á ponerse y doraba, teñía de púrpura, esmaltaba con fuego una multitud de nubecillas desprendidas del gran cortinaje negro extendido sobre nuestras cabezas, y alineadas como una franja de espuma en la orilla de un mar agitado; más allá comenzaba el azul, y entonces, en unas profundidades que no tenían límites, al traves de las claridades desconocidas, descubríase el país celeste del azul. Subían tibias brisas con no sé qué olores confusos y qué música aérea, del fondo de esa poblacion florida; los dátiles suavemente agitados se movían con rayos de oro en sus palmas, y oíanse correr debajo del bosque apacible murmullos de agua mezclados con los ligeros estremecimientos de las hojas, con cantos de aves y sonidos de flautas. Al mismo tiempo un muezzin que no veíamos se puso á cantar la oracion de la tarde, repitiéndola cuatro veces á los cuatro puntos

del horizonte, pero de un modo tan apasionado y con tales acentos, que todo parecía callarse para escucharle (1).»

¿Qué tiene que ver este cuadro, nos están diciendo quizás nuestros lectores, con la civilización cartaginesa, ni con la actual de los pueblos que ocupan las regiones que un día fueron Cartago? La objeción está bien fundada: pero mediten, comparen la descripción de los dos seres, de las dos figuras de primer término del cuadro, el paisaje, el cielo, la armonía poética, encantadora entre el cielo y la tierra, y dígnanos si no les revela una austeridad de costumbres que no hemos visto en ninguno de los pueblos orientales hasta ahora recorridos por nosotros; dígnanos si no descubren aquí la aspereza del carácter africano tan distinto del de sus antiguos pobladores.

Quizas intenten saber quienes nos lean el por qué de esta austeridad y aspereza, y á poco que reflexionen descubrirán su causa única é inmediata: la religion.

No queremos anticipar juicios que habremos de emitir extensamente cuando tratemos de la civilización árabe en España; pero queremos satisfacer la curiosidad de quien la tenga por saber algo más de lo que podemos decir aquí.

Todos los pueblos antiguos, con su politeísmo, nos han presentado largos catálogos de dioses de mil distintas formas: el musulman con su severo monoteísmo y la prohibición terminante de representar la figura humana y hasta todo sér viviente ha reducido su inspiración artística al colorido de los objetos. Hé aquí por qué el arte árabe, hé aquí por qué la Alhambra que es su maravilla, no nos presenta ninguna figura, ni una sola imagen de un sér viviente; pero en cambio hay allí un mundo infinito de combinaciones de ángulos, líneas cortadas, óvalos, cuadrados y miles de figuras geométricas, con muy pocas flores y letras que son un portento de colorido y contrastes.

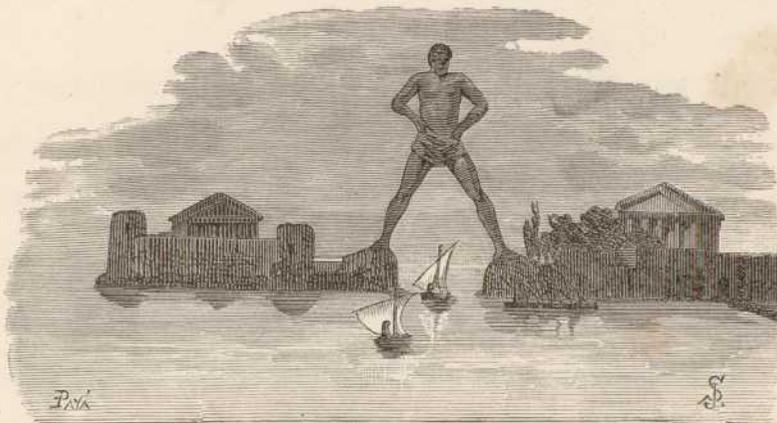
Mucho debiéramos decir aquí acerca de esta materia y del arte manifestado en las mezquitas y hasta en sus minaretes; pero tiempo tendremos de

(1) E. FROMENTIN.—*Un été dans le Sahara.*

ocuparnos en la austera grandeza de la religion mahometana manifestada en sus diversos géneros, y para entónces aplazamos la satisfaccion de la curiosidad que ahora se despierte quizas.

Ahora, tócanos despedirnos de los pueblos orientales que ya no volveremos á ver más, y presentarnos ante el pueblo que ofrece más analogías con nuestro mundo moderno, á lo ménos los que somos más meridionales. Aludimos al pueblo griego.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE DE CAPÍTULOS
DE
LA CIVILIZACION

TOMO PRIMERO

	PAGINAS
PRÓLOGO.	V
INTRODUCCION.	IX
CAPITULO PRIMERO.—El hombre primitivo.—Instinto de la civilizacion.	19
CAPITULO II.—Primeras industrias.—Primeras y diversas mani- festaciones de la civilizacion.	57
CAPITULO III.—Civilizacion egipcia.—Simbolismo religioso de la civilizacion egipcia.—Estado social, civil y político del Egipto.— Influencia de las castas en su civilizacion.—La gran pirámide.	95
CAPÍTULO IV.—Mirada retrospectiva.—Tébas Ménfis.—Lujo egipcio.—Cleopatra.	143
CAPITULO V.—Ruínas de Egipto.—Civilizacion actual.—Compa- raciones deducidas de las dos civilizaciones.	183
CAPÍTULO VI.—Nociones históricas de Asiria.—Monarquía asiria.	197
CAPÍTULO VII.—Ideas generales de la civilizacion asiria, funda- das en los descubrimientos modernos de sus antiguos monu- mentos.	217
CAPÍTULO VIII.—Civilizacion asiria.—Babilonia.—Nínive.	275

CAPITULO IX.—Artes y ciencias, gobierno y religion, usos y costumbres de los asirios.	347
CAPÍTULO X.—Civilizacion meda.	423
CAPÍTULO XI.—Formacion del imperio persa.	453
CAPITULO XII.—Períodos gloriosos del imperio persa.—Comparacion de su estado antiguo con el actual.	489
CAPÍTULO XIII.—Orígenes de la India.—Sus creencias religiosas y primitiva civilizacion.	531
CAPÍTULO XIV.—Continuacion del anterior.—Comparaciones.	601
CAPÍTULO XV.—China.—Averiguaciones acerca de su civilizacion.	657
CAPÍTULO XVI.—Japon.—Comparacion con China.	699
CAPÍTULO XVII.—Tiro y Cartago en sus relaciones con la civilizacion.—Comparaciones.	725

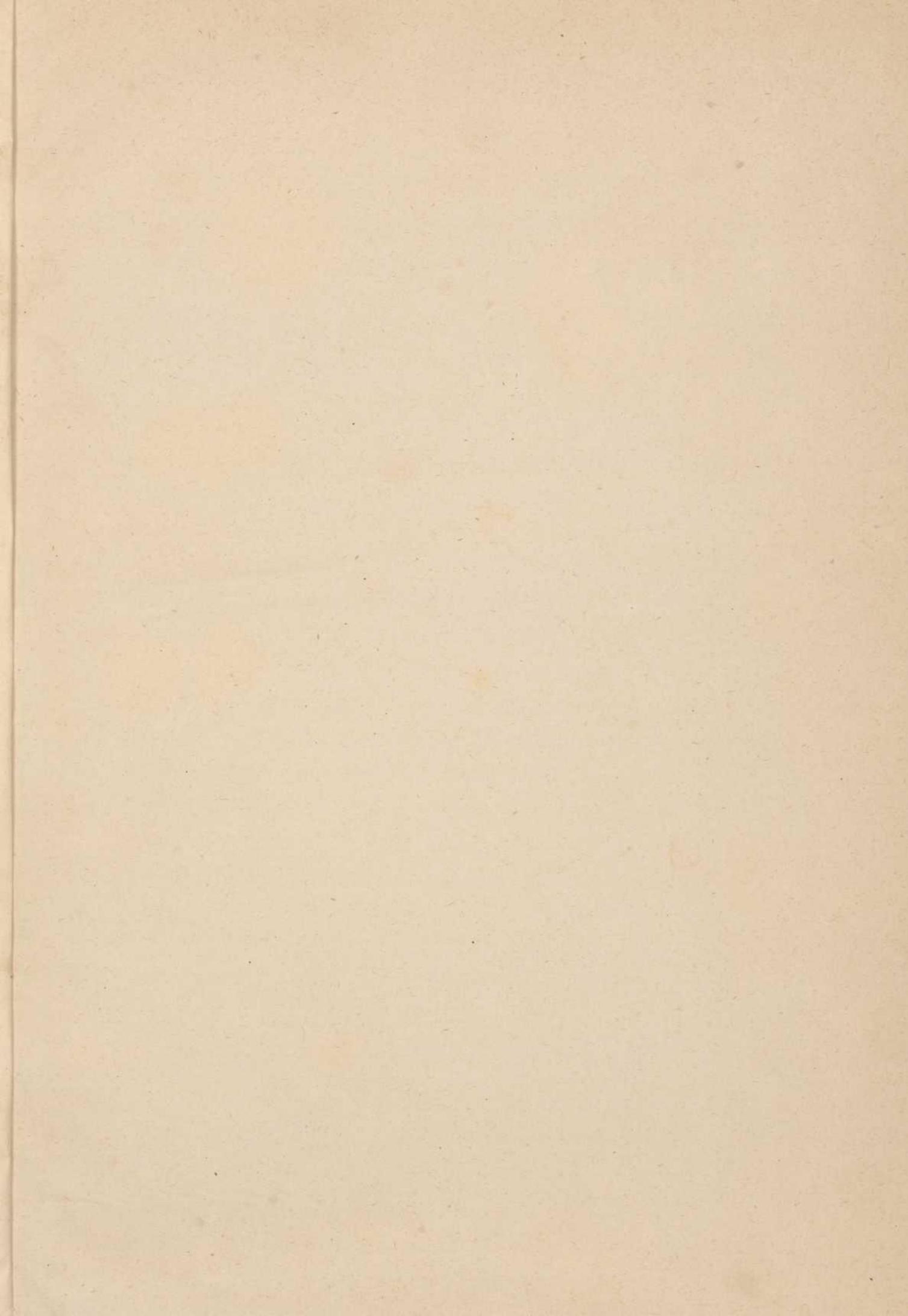
PAUTA

PARA

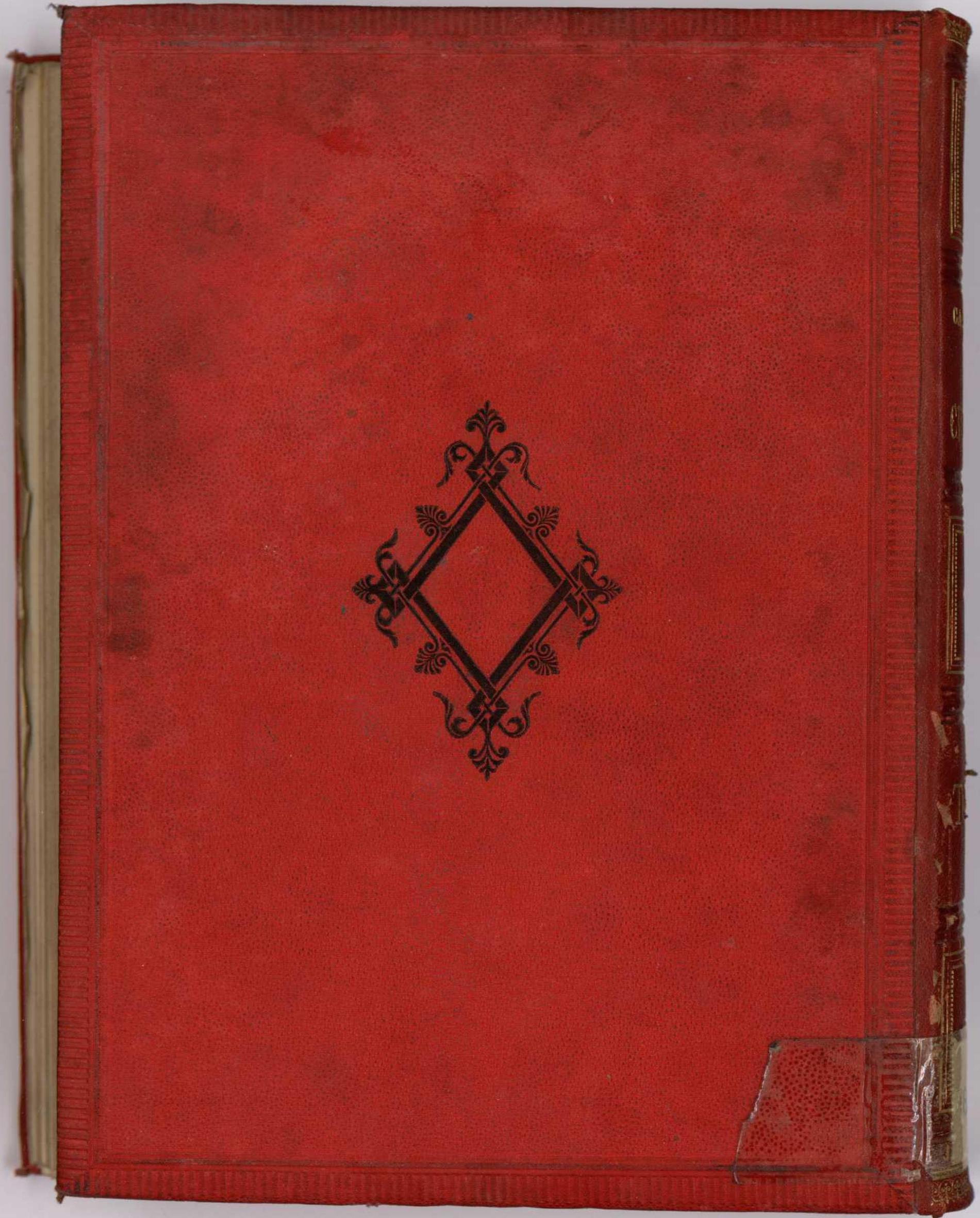
LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO.

	<u>PÁGINAS</u>
PORTADA.	I
Hombre primitivo.	44
Narciso se enamora de sí mismo.	80
Interior del palacio de un monarca egipcio.	108
Patio de una casa particular egipcia.	148
Cleopatra esperando la visita de Marco Antonio.	180
Asurbanipal ofrece en sacrificio los leones cazados por él.	286
Castigo de Nabucodonosor.	316
Asurbanipal cazando.	355
Infancia de Semíramis.	388
Sacontala se despide de Madhaví.	534
Zimeth muere herido de una flecha en los muros de Tchittora.	640
Suicidio de Dido.	742







CASABÓ Y PAGÉS



LA

CIVILIZACION

TOMO I

8687